

BDC



cuadernos de

ruedo ibérico

16

diciembre
enero
1968



8. P. 5439



c u a d e r n o s d e

Revista bimestral

Redactores-jefe

RAMON BULNES
JOSE MARTINEZ
JORGE SEMPRUN

ruedo ibérico

Directeur Gérant de la publication :
FRANÇOIS MASPERO

© Editions Ruedo ibérico

Tous droits de reproduction et de traduction
réservés pour tous pays.

Administration, diffusion et ventes :

5, rue Aubriot, Paris 4.
C. C. P. Paris 16.586-34

Imprimé par A. Cary. Colombes (Hauts-de-Seine)

número

16

diciembre-enero 1968

El Congreso Cultural de La Habana

- Alonso Aguilar : **Dependencia, independencia y desarrollo** 13
- Fernando Martínez Heredia : **Colonialismo y cultura nacional** 13
- Yves Lacoste : **Reflexiones sobre la originalidad histórica de la situación de subdesarrollo** 14
- León Rozitchner : **Actividad intelectual y subdesarrollo** 15
- Mario Benedetti : **Sobre las relaciones entre el hombre de acción y el intelectual** 20
- Luca Pavolini : **Los intelectuales de los países industrializados** 25
- Ambrosio Fornet : **El intelectual en la revolución** 26
- Aurelio Alonso : **Desmercantalar y desarrollar la creación** 28
- Comisión V, subcomisión 2 (Declaración final) : **Problemas de la creación artística y del trabajo científico** 29
- Jean-Pierre Vigier y Georges Waysand : **Revolución científica e imperialismo** 31
- Declaración general del Congreso Cultural de La Habana** 43
- Llamamiento de La Habana** 50
- Discurso de Fidel Castro en la clausura del Congreso Cultural de La Habana, el 12 de enero de 1968 (fragmentos) 52

Santiago Torres y Castro : Pequeña nota a una página del guerrillero Ernesto Che Guevara	58
Ernesto Che Guevara : El Patojo	61
Carlos Barral : Fin de escala	63
José Bergamín : Asombros chinescos	67
Juan Goytisolo : El furgón de cola	71
Antonio Tovar censurado : Memoria de ayer y de hoy	76
Ignacio Fernández de Castro : Tres años importantes : 1961 - 1962 - 1963	79
Correo del lector	99

Pedidos y suscripciones a Ediciones Ruedo ibérico

5, rue Aubriot, Paris 4 C.C.P. 16.586-34 Paris

Precio de venta : Cuaderno ordinario 7,— F

Condiciones de suscripción :	6 cuadernos ordinarios	6 cuadernos ordinarios y suplemento anual *
Francia	30,— F	50,— F
España	360,— Pts	600,— Pts
América latina (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US
América latina (correo aéreo)	16,— \$ US	24,— \$ US
Otros países (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US

* El primer suplemento anual de Cuadernos de Ruedo ibérico es **Horizonte español 1966**, tomo I: 288 p., 6 planchas fuera de texto; tomo II: 436 p., 10 planchas fuera de texto. Precio de los dos volúmenes: 51 F. Para poder adquirir la obra al precio de 20 F es necesario ser suscriptor de Cuadernos de Ruedo ibérico, al menos a partir del número 4 inclusive. Los suscriptores que han abonado 50 F recibirán automáticamente el suplemento. Aquellos suscriptores que sólo han abonado 30 F deberán enviarnos 20 F. Para los no suscriptores será aplicado el precio de librería. Respecto al suplemento anual 1967, Cuba: una revolución en marcha, la suscripción mínima para tener derecho al suplemento cuenta sólo antes del nº 10. La tercera serie (números 13 a 18) comportará también un suplemento anual (1968), cuyo tema todavía no está decidido. La suscripción a Cuadernos de Ruedo ibérico da derecho automáticamente al 20 % de descuento en la compra de los libros pertenecientes al fondo editorial de Ediciones Ruedo ibérico, o de aquellas editoriales que representamos (Grijalbo, Era, Cuadernos americanos, Joaquín Mortiz, Siglo XXI, Sur, Jorge Alvarez, Siglo Ilustrado, Austral, Prensa latinoamericana, Moncloa, etc.). Pídase catálogo.

Un siglo de « El Capital »

Con motivo del primer centenario de la publicación de **El Capital**, el Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad de Francfort (Alemania occidental), y la Editorial Europa han organizado, del 14 al 16 de septiembre, en el paraninfo de esa universidad, un coloquio internacional con participación de científicos sociales del Este y del Oeste, para discutir algunos de los problemas más relevantes que plantea la obra cumbre de Carlos Marx. Las líneas que siguen pretenden tan sólo enumerar las cuestiones tratadas, como primera orientación del nivel, desde el que se discute actualmente el marxismo en Alemania. Tres grupos de cuestiones quedaron claramente delimitados: 1) aspectos filosóficos o metodológicos que implican una adecuada comprensión de **El Capital**; 2) validez de **El Capital** en la crítica del capitalismo contemporáneo; 3) **El Capital** en los problemas que plantea la edificación del socialismo.

I. ASPECTOS FILOSOFICOS O METODOLOGICOS DE « EL CAPITAL »¹

Marx ya se quejaba en el prólogo a la segunda edición de haber sido mal entendido, sobre todo en lo que se refiere a su método. La **Revue Positiviste** lo acusaba de « metafísico »; el **Journal des Economistes** lo consideraba « analítico »; el **Mensajero Europeo** de Petersburgo lo llamaba « realista » y las reseñas alemanas hablaban, claro está, de « sofística hegeliana »². Cien años después, no ha cambia-

do mucho la situación y el método —y con ello, el contenido mismo de **El Capital**— continúa siendo objeto de las más vivas discusiones. Dónde encajar esta obra, dentro de la multiplicidad de las ciencias sociales, porque evidentemente contiene mucho más que economía en su sentido clásico: ¿ en la filosofía?, ¿ la historia?, ¿ la sociología? La respuesta inmediata consistiría en afirmar que en la obra de Marx se encuentra de todo como en botica y a la manera de Schumpeter, recortar un Marx economista de otro filósofo, un sociólogo y hasta... ¡ un profeta! La comprensión del marxismo oficial en los países socialistas no se diferencia fundamentalmente de esta desmembración positivista y se habla de una filosofía marxista que se diferenciaría de la economía y hasta sociología marxista. El « economista marxista » confiesa no poder discutir sobre las cuestiones metodológicas —son cosas del filósofo— y el « filósofo marxista » diserta

1. En este apartado nos referimos concretamente a las conferencias que pronunciaron Roman Rosdolsky, antiguo colaborador del Instituto Marx-Engels de Moscú, actualmente residente en Detroit (USA), sobre « Algunas acotaciones sobre el método de « El Capital » y su significación para el estudio actual de Marx », Nicos Poulantzas (París), discípulo de Louis Althusser, sobre « Teoría e Historia: breves anotaciones sobre el objeto de « El Capital » », y Alfred Schmidt (Universidad de Francfort) sobre « El aparato conceptual de la crítica de la economía política ». Estas y las demás ponencias aparecerán el año próximo en un libro que prepara la « Europäische Verlagsanstalt ».

2. **Das Kapital** I, Dietz Verlag, Berlin, p. 15.

sobre la cosificación, sin meterse demasiado en honduras económicas. Los « compartimientos estancos » que caracterizan a la mentalidad burguesa, aparecen de nuevo en el marxismo oficial. Esta repristación de las categorías burguesas, que con la etiqueta de marxista o socialista, reaparecen continuamente en la argumentación de los « marxistas » del Este —y Francfort no iba a ser una excepción— muestra hasta qué punto las cuestiones conceptuales y metodológicas sobrepasan con mucho un interés meramente especulativo: el marxista sabe de la relación teoría-práctica. Un estudio de las distintas interpretaciones « marxistas » de *El Capital* —en el afán de no querer entender de la ciencia burguesa, no vale la pena que nos detengamos, sus raíces ideológicas son demasiado manifiestas— reflejaría muy cabalmente las contradicciones concretas del socialismo en este último siglo.

En el periodo de la Segunda Internacional, *El Capital* se considera una obra **exclusivamente** económica. Para Kautsky —cuyo libro *Las doctrinas económicas de Carlos Marx* servía de introducción obligada— *El Capital* representa más bien la culminación que la ruptura con la economía clásica. La teoría del valor marxista sería propiamente la ricardiana, una vez que se hacen patentes las contradicciones de clase que hasta entonces permanecieron ocultas o falsamente armonizadas. Marx sería en primer lugar un economista en sentido estricto y el materialismo histórico significaría la primacía determinante, en una relación mecanicista de causa-efecto del factor económico sobre las demás « superestructuras ». Este « economismo » más o menos determinista es el que critica la ciencia burguesa, como si con ello tocase a Marx. A veces, incluso, como en el caso de Max Weber, llega a hacer descubrimientos —dependencia e interferencia mutua entre infra y superestructura— que

ya están implícitos en un Marx no mecanicista que, claro está, desconoce por completo.

Lenin no sólo mostró la relación existente entre « economismo » y « reformismo », sino que incluso llegó a escribir que para entender *El Capital*, era preciso haber trabajado a fondo la *Lógica* de Hegel. El marxismo de la Segunda Internacional se había encontrado siempre muy a disgusto con las « totalidades dialécticas », pero dada la claridad con que Marx definía a su método de dialéctico, se presentía que su negación debía estar preñada de muy graves consecuencias y se prefirió no insistir demasiado en el tema. Una excepción, sin embargo, hay que señalar, Bernstein, el pensador más consecuente y tal vez él más capaz de su generación, quién se percibió muy pronto de que desde los supuestos positivistas o neokantianos de que prácticamente partían todos los marxistas de su tiempo, no se sabía muy bien qué diablos era eso de la dialéctica.

La dialéctica hegeliana ya había sido, en cierto modo, producto de la revolución: Hegel pretende, en último término, crear la lógica capaz de aprehender el hecho histórico de la Revolución Francesa. Que la dialéctica es « el álgebra de la revolución », como la denominó Alejandro Herzen, es mucho más que una ocurrencia genial. La Revolución de Octubre va a posibilitar un primer renacimiento de la interpretación dialéctica de *El Capital*.

El primer paso fue constatar que Marx, a partir de la crítica de las teorías económicas de la burguesía, tiende a una crítica de la economía **in toto**, es decir, como posible ciencia autónoma: autonomía que sería el resultado de la « cosificación » inherente a la sociedad capitalista. El subtítulo de *El Capital*, « Crítica de la economía política » y no crítica de la economía burguesa o capitalista, habría que tomarlo al pie de la letra. Se trataría, por tanto, de

criticar la economía como ciencia específica de la sociedad capitalista, al mostrar el « fenómeno económico » en su « totalidad » —relaciones de producción, desarrollo técnico— es decir, en su totalidad histórica. El nivel de abstracción que alcanza **El Capital** se hace inteligible, cuando se comprende que lo que, en último término, se está describiendo es la **realidad histórica**, a través del estudio de los **fenómenos económicos**. El objeto de **El Capital** sería, por consiguiente, la **realidad histórica en su concreción total**.

Esta interpretación dialéctica-histórica de **El Capital**, que tuvo sus precursores en el joven Lukács y Gramsci, sucumbió a la congelación del marxismo que siguió a la muerte de Lenin. Ha vuelto a renacer al hacer crisis el estalinismo, pero esta vez ya en conocimiento de los manuscritos del joven Marx y de la primera redacción de **La Crítica de la Economía Política** de 1859, que refuerzan la tesis leninista de que sin Hegel, es decir sin la dialéctica, no cabe entender el pensamiento de Marx. Pero he aquí la madre del cordero: la relación Hegel-Marx, punto central para la comprensión del marxismo, dista mucho de estar resuelta, si no se quiere aceptar como moneda de ley, eso de poner a Hegel boca abajo.

Es indudable que entre el panlogicismo de Hegel y la irreductibilidad radical conciencia-ser de Marx, existe una diferencia fundamental. Negarla y propugnar un Marx hegelianizante, sería una forma, aunque mala, de resolver el problema. La dificultad radica en mantener esta irreductibilidad y continuar, a pesar de ello, hablando de « totalidades dialécticas ». En este punto crucial, Marx no nos saca de apuros: sus reflexiones metodológicas son escasas y no siempre libres de ambigüedades³. Pero lo que nos importa no es tanto su metodología explícita —mil veces citada— como su metodología practicada. ¿Cuál es el

método de Marx en **El Capital**?, ¿cuál es el concepto de ciencia que yace en esta obra? Cuestiones que definen la problemática de lo que podríamos llamar la « nueva escuela de Francfort »: explicitación y fundamentación filosófica de la metodología practicada en **El Capital**. Pero, éste y no otro, es el programa de Louis Althusser en Francia. La discusión habría de girar en torno a una comprensión « dialéctica » de **El Capital**, rechazada como « historicista » por los discípulos de Althusser y una comprensión « estructuralista », que los jóvenes de Francfort rechazaban como « estática » y « antihistórica ». Los representantes de los países socialistas prefirieron guardar silencio.

II. « EL CAPITAL » Y LA CRITICA DEL CAPITALISMO CONTEMPORANEO

El revisionismo de la Segunda Internacional quería concentrarse en la lucha concreta en pro de un mejoramiento continuado del nivel de vida de la clase trabajadora, relegando la realización del socialismo a un futuro lejano e indeterminado. El revisionismo de la actual socialdemocracia ha echado por la borda la visión difusa de este futuro lejano: para un Wilson o un Brandt, el capitalismo no sólo ofrece posibilidades infinitas de adaptación, sino que constituye incluso el mejor instrumento de realización del « estado de bienestar ». Pero, ¿son, en realidad, compatibles « capitalismo » y « estado de bienestar »?

3. Ambigüedad que se hace bien patente en su relación explícita con Hegel: tan pronto reduce a mínimo su influencia, casi una « coquetería lingüística » como nos dice que serían los resabios hegelianos en el capítulo sobre la teoría del valor como insiste en la importancia central del pensamiento de Hegel. La correspondencia con Engels y Lasalle testifica del estudio intensivo y de la admiración creciente por Hegel —no ya en su juventud, época en que pasaba por ser el mejor conocedor de Hegel de su generación, sino en la década 1850-1860, periodo de preparación de **El Capital**.

El « estado de bienestar » viene definido tanto por una política social avanzada —seguro de enfermedad, vejez, invalidez, paro, etc.— como por un salario real alto y empleo asegurado para todos los miembros de la sociedad. ¿Desarrollo económico, salario real alto, pleno empleo, son acaso conciliables con el sistema capitalista, es decir, con la posesión privada de los bienes de producción? He aquí la cuestión básica, en torno a la cual giraron ponencias y discusiones sobre la significación actual de **El Capital**.

Joseph M. Gillman, de Nueva York, se refirió a la contradicción real entre capitalismo y « estado de bienestar » en la sociedad norteamericana. No sólo una política social muy retrasada —el seguro de enfermedad, institución archinatural en la Europa occidental, se convirtió en ley en 1966— sino el paro y los salarios ínfimos de una gran parte de la clase trabajadora no especializada, contradicen la pretensión del capitalismo norteamericano de haber realizado el « estado de bienestar ». Los recientes slogans « guerra contra la pobreza », la « Great Society », conllevan el reconocimiento oficial de que no es oro, todo lo que reluce. Mucho más no se puede esperar de ellos: falta tanto un programa consecuente como los medios económicos para hacer las reformas y mejoras mínimas necesarias. No se puede a la vez « impedir la expansión del comunismo » con las armas y luchar contra la pobreza de dentro y de afuera. Pero no se trata de una cuestión financiera, o ideológica, de prioridades. « Mucho más importante que los costos, es el hecho de que el estado de bienestar crearía relaciones entre trabajadores y capitalistas, que terminarían por poner en tela de juicio el dominio de los capitalistas sobre la producción y sobre el reparto de la renta nacional ». Una política que garantizase el pleno empleo con salarios altos, así como una progresiva

expansión de los bienes sociales y educacionales —y eso tiende por definición el estado de bienestar—, tendría como consecuencia el aumento progresivo del factor trabajo y con ello, iría disminuyendo la plusvalía que el capitalista pudiera apropiarse, es decir, llevaría en último término a la desaparición del capitalismo.

La contradicción fundamental —producción cada vez más socializada y posesión privada de los bienes de producción— lejos de desaparecer, se ha radicalizado. La tendencia a la concentración del capital ha sobrepasado, si cabe, a lo previsto. La disminución del porcentaje de poseedores de los bienes de producción y el aumento de los que dependen exclusivamente de su trabajo manual o intelectual, corrobora el análisis de Marx. A pesar de los remiendos keynesianos la eliminación del paro continúa siendo una meta inalcanzable para el neocapitalismo. Ciertamente, las crisis periódicas han sido en gran parte controladas, pero al doble precio de progresiva supercapacidad —cada vez se producen más máquinas que han de trabajar a rendimiento más bajo— e inflación. Y aún así, sólo la producción masiva de costosas armas permite reducir el paro a límites asimilables, sin caer en una crisis de superproducción.

El neocapitalismo va radicalizando sus contradicciones —en este punto hubo unánime acuerdo. Se hicieron repetidas alusiones a la barbarie que puede desencadenar cuando se siente atacado en sus intereses vitales. Sobre el modo, sin embargo, de oponerse a este desarrollo, no se expresó más que la confianza en la razón humana. Un profesor de la Universidad de Hamburgo puso el dedo en la llaga al preguntar a los asistentes: Sus análisis sobre las contradicciones internas del neocapitalismo han alcanzado un grado muy alto de sutileza y de poder de convicción. Pero, ¿cómo van ustedes a « colo-

car » estos argumentos? ¿cómo los van a hacer populares y eficientes, si la clase obrera —única realmente interesada en acabar con el sistema— se siente, en los países altamente industrializados conforme y por completo integrada? Probablemente la clase obrera no se siente integrada como se supone y una crisis —siempre en el horizonte— podría hacerla girar 180 grados; y, sin embargo, hay que reconocer que, en tal caso, sabemos mucho mejor cómo reaccionará la burguesía que cuál será el comportamiento de la clase obrera. La gran laguna del marxismo contemporáneo parece consistir precisamente en la falta de una teoría apropiada de las relaciones de clase dentro del neocapitalismo, cuestión en la que los cambios han sido sustanciales desde los tiempos de Marx.

III. « EL CAPITAL » Y LA EDIFICACION DEL SOCIALISMO

El profesor Fritz Behrens (Berlín Oriental), cogió al toro por los cuernos, al preguntarse cómo es posible que 50 años después del triunfo de la primera revolución socialista, aún no contemos con una obra, que basada en el método de *El Capital*, explique la economía de la construcción del socialismo. El que no poseamos una economía marxista de la construcción del socialismo, es un hecho de enorme importancia, sobre el que no cabe insistir demasiado. Una explicación satisfactoria exigiría un estudio detallado de la experiencia socialista de este medio siglo. Conformémonos con aludir a algunos hechos decisivos.

« Un orden social no desaparece hasta que se hayan desarrollado las fuerzas productivas al máximo dentro de ese orden y nuevas relaciones de producción no le sustituyen, mientras que las condiciones materiales que implican su existencia, no hayan sido incubadas en el seno del

antiguo orden »⁴. Esta afirmación de Marx, que parece indudable aplicada al proceso del feudalismo al capitalismo —y ésta es precisamente la experiencia que tiene en su base— se ha mostrado como falsa proyectada al futuro. No han sido los países económicamente más desarrollados, los primeros que han dado el salto al socialismo, sino que la cuerda se ha roto por su parte más floja. No ha sido la contradicción entre producción altamente desarrollada, concentrada y socializada y posesión privada de los bienes de producción, sino la contradicción entre las relaciones de propiedad existentes y las todavía no suficientemente desarrolladas fuerzas de producción, la que está en la base del proceso devolucionario. La revolución triunfó en un país, en cuanto estructura agraria y política, aún de lleno en el feudalismo, y cuyo desarrollo industrial había sido realizado en condiciones de semicolonialismo, en base a la importación de capitales extranjeros. La gran guerra, la revolución, la guerra civil convirtieron a Rusia en un desierto: había que empezar de cero. El fracaso de la revolución en la Europa occidental radicalizó, si cabe, la situación: construcción del socialismo en un país económicamente arruinado y además en un estado de sitio permanente.

Muy otra era la imagen que de la edificación del socialismo se había hecho Marx: su punto de arranque no había sido la absoluta ruina económica en un país semi-feudal, sino el resultado de las continuas crisis de superproducción, una vez que la concentración capitalista, hubiera desarrollado al máximo sus fuerzas productivas. En la Rusia Soviética de los años veinte, « la expropiación de los expropiadores » no bastaba para hacer realidad el socialismo. La propiedad de los bienes de pro-

4. Marx-Engels, *Werke*, Dietz Verlag, Berlín, tomo 13, 1961, p. 9.

ducción había pasado al control del Estado, pero la distribución de los bienes de consumo, en una situación tal de escasez, tenía que basarse, no en el principio socialista, a cada cual según sus necesidades, sino en el principio individualista, a cada cual según su trabajo y esfuerzo personal. Surge así una nueva contradicción inesperada entre propiedad estatal y distribución individual, que va a marcar todo el proceso de edificación del socialismo.

En la coyuntura económica de la Rusia Soviética de los primeros decenios, no hacía falta una teoría económica muy sutil para establecer un programa: electrificación, industria pesada eran imperativos inmediatos. Sin demasiados cálculos de rentabilidad, se fue levantando fábrica tras fábrica. Lo decisivo era sentar los fundamentos para un proceso de industrialización rápido. Las prioridades estaban bien definidas: industria pesada al máximo, industria ligera dedicada al consumo, sólo lo imprescindible. La burocracia central reparte órdenes y consignas, basadas en un pragmatismo a ras de suelo. Una disciplina rígida es el instrumento ineludible para hacer realidad este « voluntarismo ». A la « ciencia económica » corresponde tan sólo una labor de mera apologética: se aclaran las consignas y, siempre que se puede, se adoban con una cita de los clásicos. Los resultados son conocidos: por un lado, la Unión Soviética logra colocarse a la cabeza de los países industriales; por otro, todos los males — permítanosos que esta vez no los enumeremos — que solemos designar bajo la rúbrica de estalinismo.

Si se consideran los índices de crecimiento, el centralismo burocrático parece haber constituido un éxito relativo en los primeros tiempos de despegue o de rápida reconstrucción. Hasta finales de los años cincuenta, los índices de crecimiento en

los países socialistas eran por lo general más altos que en la República Federal Alemana, Italia y Francia, que constituían la cúspide de los países capitalistas — si omitimos al Japón, que por razones muy particulares, superó tanto a los unos como a los otros. A partir de los años sesenta, el índice de crecimiento ha disminuido muy sensiblemente en los países capitalistas, pero no menos sensiblemente en los países socialistas y de algunos, como por ejemplo Checoslovaquia, se puede decir que se encuentran en un periodo de clara estagnación. Mientras que se trató de construir una fábrica al lado de otra, pudo servir el voluntarismo burocrático; pero una vez que se ha alcanzado un determinado nivel económico, las cosas se complican enormemente. Larga es la lista que se podría acudir de inversiones irrentables, de sobrecapacidad en unas ramas y falta de capital en otras, por no hablar de las desarmonías en el abastecimiento de la población en estos países.

El centralismo burocrático ha hecho crisis, no porque Stalin se muriera oportunamente ni porque Jrutshov condenase el « culto de la personalidad ». El centralismo burocrático ha hecho crisis al alcanzar los países socialistas un nivel de desarrollo, desde el que se hacen cada vez más visibles las contradicciones internas del sistema. Pero aquí yacen las dificultades. Un estudio marxista de la realidad de estos países, no puede evitar descubrir contradicciones, precisamente al nivel de las relaciones de producción. Pero son estas contradicciones las que han constituido y continúan constituyendo el tabú número uno, en cuanto su estudio objetivo no puede dejar de rozar los intereses de la burocracia y del partido. Un problema tan fundamental como el de la propiedad socialista, que no tiene que ser necesariamente propiedad estatal, constituye un tabú en todos los países socialistas, con excepción

de Yugoslavia. Los gobiernos saben que con un centralismo a ultranza no salen del atasco, pero ¿cómo plantear en serio la descentralización económica —las empresas ganarían una cierta independencia y con ello, responsabilidad— sin tocar el problema de la autogestión y democratización en la base, que minaría sus posiciones en el poder? No es extraño, que los que en tiempos de Stalin rechazaron la cibernética y las modernas técnicas de cálculo como productos decadentes de la burguesía, se agarren a la electrónica como a tabla de salvación, y propugnen, a

la manera de W.W. Nowoschilow⁵, la vuelta a la planificación burocrática, ya que las modernas máquinas calculadoras lo hacen hoy posible.

El Capital poco ha influido hasta ahora en la edificación del socialismo. Pero es seguro que tendran que empezar a trabajarlo en serio, desentrañando su método y verdadera significación científica, si quieren fundamentar una teoría socioeconómica, que les ayude a salir del atolladero.

Octubre, 1967.

5. Véase Sowjetwissenschaft - Gesellschaftswissenschaftliche Beiträge, Berlin, 1966, Heft 7 y 11.

Alguno libros distribuidos por Editions Ruedo Ibérico

Filosofía marxista contemporánea

Georg Lukács	Prolegómenos a una estética marxista	(Grijalbo)	24,— F
Georg Lukács	Aportaciones a la historia de la estética	(Grijalbo)	33,— F
Adam Schaff	Filosofía del hombre	(Grijalbo)	18,— F
Karel Kosic	Dialéctica de lo concreto	(Grijalbo)	
A. Sánchez Vázquez	Filosofía de la praxis	(Grijalbo)	30,— F
Georg Lukács	La significación actual del realismo crítico	(Era)	15,— F
A. Sánchez Vázquez	Las ideas estéticas de Marx	(Era)	21,— F
Georg Lukács	Teoría de la novela	(DEA)	15,— F
Henri Lefevre	¿Qué es la dialéctica?	(DEA)	9,— F
Louis Althusser	La revolución teórica de Marx	(Siglo XXI)	15,— F
Herbert Marcuse	Eros y civilización	(Joaquín Mortiz)	15,— F

Cuadernos de Ruedo ibérico necesitan ayuda urgente de todos sus amigos

La publicación de nuestra revista —que hoy alcanza su número 15— es el resultado de un gran esfuerzo en todos los planos para vencer los obstáculos que se oponen a ella.

Sólo mencionaremos aquí las intervenciones de todo tipo de las autoridades españolas para impedir la difusión de Cuadernos de Ruedo ibérico y sus inevitables secuelas: muchos de los lectores potenciales ignoran todavía su existencia, el número de suscriptores es insuficiente, las pérdidas de envíos grandes, los gastos de expedición muy onerosos, los descuentos considerables y los cobros lentos.

Silenciamos otras dificultades no menos importantes —quizá más descorazonadoras— que hemos logrado vencer en gran parte de un número a otro.

Señalamos que Cuadernos de Ruedo ibérico es hoy la única revista española de formación política, de abierta oposición, independiente de grupos y partidos políticos, y que este carácter original nos obliga a continuar publicando sus fascículos.

Adversarios y disidentes —cada cual a su manera— reconocen aquel carácter y alrededor nuestro surgen, sobre todo a partir de los últimos números, cada vez más numerosas aprobaciones. Hemos conquistado una autoridad en la opinión pública. Y quizá estos hechos hayan contribuido a hacer mayores cada día los obstáculos con que hemos tropezado desde el principio y que provocan hoy una grave crisis financiera.

Tenemos, sin embargo, la voluntad de seguir asumiendo firmemente nuestra función. Pero para que Cuadernos de Ruedo ibérico sigan siendo lo que fueron hasta hoy —y con mayor razón para mejorarlos— es indispensable que doblemos el número de nuestros suscriptores, es imprescindible que obtengamos ayudas de nuestros amigos. A éstos nos dirigimos en primer lugar.

A partir del número 16, Cuadernos de Ruedo ibérico publicarán la lista de las ayudas recibidas.

Lector amigo : si consideras que Cuadernos de Ruedo ibérico deben seguir siendo publicados, si estimas que deben ser mejorados, ayúdanos en la medida de tus posibilidades

El Congreso Cultural de La Habana

4 a 12 enero de 1968

El Congreso Cultural de La Habana se distingue de todas las reuniones internacionales de intelectuales celebradas hasta la fecha por algunos rasgos característicos.

En primer lugar, por el número de los asistentes y por la diversidad geográfica de su procedencia. 470 intelectuales de 65 países: por sí solo, este dato meramente cuantitativo subraya la diferencia con los Congresos por la Defensa de la Cultura, o las asambleas convocadas por el Movimiento de la Paz, en épocas cercanas o remotas. Pero no se trata tan sólo de diferencias cuantitativas, claro está. La composición misma del Congreso apunta hacia otro de sus rasgos peculiares. Y es que en La Habana, del 4 al 12 de enero de 1968, se reunieron intelectuales de todas las especialidades (economistas, sociólogos, historiadores, hombres de ciencia, etc.), junto con los escritores y artistas que solían antaño participar en este tipo de reuniones. De entrada, por tanto, el Congreso Cultural de La Habana reflejaba una de las realidades del mundo contemporáneo, la que se refiere al creciente papel de los intelectuales en los procesos productivos y sociales, como consecuencia de la revolución técnico-científica de nuestro tiempo.

En segundo lugar, el Congreso Cultural de La Habana es el primero en abordar, de forma sistemática y coherente, y con participación de los más directamente interesados —es decir, los representantes de los países de Asia, Africa y América latina— los problemas del llamado Tercer Mundo, los problemas del subdesarrollo, de sus orígenes concretos y de las concretas vías para superarlo. Al abordar esta problemática, y al intentar hacerlo de forma seria, sin las estridencias de un radicalismo puramente

verbal, los intelectuales reunidos en La Habana eran mayoritariamente conscientes de abordar una de las cuestiones fundamentales de nuestro tiempo. Las nuevas estructuras económicas del imperialismo, en efecto, y su actual estrategia, colocan en un primer plano las contradicciones que van acentuándose, el abismo que va profundizándose, entre el grupo de países imperialistas más desarrollados, y los continentes enteros en que se agravan las consecuencias del subdesarrollo, ya sea en países políticamente independientes, ya en aquéllos en los cuales se despliegan las luchas de liberación. Esta contradicción incide ya en todas las demás y exige la elaboración de una estrategia revolucionaria global que la tenga en cuenta.

En tercer lugar, el Congreso Cultural de La Habana se ha distinguido por su carácter netamente ofensivo. No se trataba aquí de « defensa de la cultura » o de « defensa de la paz », como en otras ocasiones memorables. Se trataba de manifestar, sobre la base de las actuales condiciones objetivas de la lucha, una voluntad no sólo de resistencia, sino de contraofensiva. De explorar los medios y las vías de una respuesta dinámica. O sea, de rebasar el campo de la **ética** para penetrar audazmente en el de la **política**. A este respecto, e independientemente del hecho que los delegados al Congreso no ostentaban más representación que la propia y personal, es evidente que la reunión de La Habana hay que considerarla sólo como el inicio o germen de actividades a desarrollar ; no se agota en sí misma, ni en las declaraciones a que ha dado lugar, sino que deberá proyectarse en iniciativas políticas e intelectuales que contribuyan a reforzar la lucha contra el imperialismo.

Como primer paso en ese camino, hemos recogido en este número algunas de las ponencias presentadas y discutidas en las diversas Comisiones en que se estructuraron los trabajos del Congreso. Nuestro propósito no es meramente informativo. Se trata de provocar o de profundizar una reflexión sobre temas a los que se ha prestado ya cierta atención en **Cuadernos de Ruedo ibérico**.

Jorge Semprún

José Martínez

La Habana, 21 de enero de 1968

Alonso Aguilar
(México)

Dependencia, independencia y desarrollo (Fragmentos)

1. El atraso de América latina, como el de Asia y Africa, empezó a configurarse desde hace siglos bajo el coloniaje de los países europeos; se consolidó al amparo de un falso y desigual librecambismo que impuso una injusta distribución internacional del trabajo, y adquirió muchos de los rasgos que hoy le son típicos, a partir del momento en que un capitalismo ya maduro y en cierto modo en decadencia, comenzó a volcarse hacia el exterior en busca de ricos territorios, fuentes de materias primas baratas, abundante mano de obra, mercados en proceso de expansión y zonas de influencia política. El subdesarrollo fue el fruto de un largo proceso histórico. Y si bien en la estructura socioeconómica de las naciones dependientes han quedado supervivencias precapitalistas que en Francia, Inglaterra o Estados Unidos desaparecieron desde el siglo XIX, ello no obedece, como algunos piensan, a que la economía de los países atrasados no sea capitalista, sino a que en tales países nunca surgió un capitalismo análogo al capitalismo clásico o siquiera al neoclásico. El único capitalismo que conocieron y, podría decirse sin exageración, han padecido, es el **capitalismo del subdesarrollo**. Es este un capitalismo diferente, débil, subordinado, inestable, impuesto en sus orígenes por la fuerza y desde fuera, e incapaz siempre de acumular capital a un ritmo satisfactorio y de evitar que una parte del excedente se fugue al exterior mientras otra se dilapida dentro de cada país. Un capitalismo cuyo rasgo más característico es la dependencia, la que no sólo se exhibe en el plano económico, cultural y político, sino en todos los aspectos; una dependencia estructural, porque influye decisivamente sobre las bases mismas del subdesarrollo y porque vuelve tal fenómeno parte integrante, parte esencial del sistema capitalista en la fase del imperialismo.

Bajo el capitalismo del subdesarrollo todo es depen-

diente, incluso la clase dominante y, a veces, también, vastos sectores del proletariado. La burguesía, no es, como los viejos capitanes de industria anglosajona de otros tiempos, una clase social en ascenso, audaz y emprendedora, segura de sí misma, confiada en su destino. Es más bien una clase titubeante, asustadiza, carente de iniciativa y de espíritu de empresa y a la que sólo gustan los negocios fáciles y que no ofrecen riesgo alguno. En lo único en que no queda atrás de nadie es en su voracidad para explotar el trabajo ajeno. Nuestros negociantes son mediocres, pero saben ganar dinero, saben extraer del esfuerzo y del sudor de campesinos y obreros todo lo que pueden. Las tasas de plusvalía en Latinoamérica suelen alcanzar niveles increíblemente altos, de los que resulta una distribución injusta de la riqueza. Mas a pesar del concurso que los bajos niveles de consumo de las masas prodrian entrañar para un desarrollo económico acelerado, el potencial de ahorro se desperdicia y la burguesía nunca logra convertirlo plenamente en capital, en inversiones productivas que impulsen un desarrollo nacional independiente. Una parte sustancial de esa plusvalía o excedente se paga año por año, como oneroso tributo, a las grandes potencias de las cuales se depende, a través de una relación de intercambio desfavorable, un movimiento internacional de capitales igualmente perjudicial, cuantiosos envíos de divisas por concepto de transporte, seguros y otros servicios, y otra parte no menor del ahorro generado por el pueblo lo despilfarran las clases dominantes en lujosas residencias y centros de recreo, automóviles y joyas, viajes de placer al extranjero, publicidad y propaganda comercial y política, una pesada e ineficiente burocracia, obras públicas redundantes o no necesarias, grandes ejércitos y cuerpos policíacos represivos, que en la práctica sólo sirven para desatar la violencia contra quienes proclaman la necesidad de cambios revolucionarios.

Fernando Martínez Heredia
(Cuba)

Colonialismo y cultura nacional (Fragmentos)

El desarrollo del capitalismo como sistema mundial, esto es, la época imperialista, ha implicado la dominación efectiva de la mayor parte de los países del mundo por la clase burguesa de los países más desarrollados. El colonialismo y el neocolonialismo son las resultantes de un desarrollo desigual que ha

permitido el control y explotación de los recursos naturales, las fuerzas productivas, las instituciones políticas y, en diferente medida, todo el conjunto de la vida social de la mayoría de los pueblos, por parte de los imperialistas. Las sociedades colonizadas tenían grados muy dife-

rentes de desarrollo social; el elemento unificador de su situación, el llamado subdesarrollo, consiste en la desnaturalización, deformación y retardo de su desarrollo social por consecuencia de la explotación imperialista. Para los pueblos colonizados la dominación imperialista y el « subdesarrollo » constituyen el máximo posible de desarrollo burgués, la fase última del capitalismo...

Los estudios de las estructuras económicas nos dan la razón de ser del colonialismo pero no bastan para conocer la complejidad del país colonizado. Condicionada a las características concretas de cada caso y al grado de penetración consecuente, la colonización ha significado la derrota de los modos locales de vivir y entender la vida. La introducción de adelantos tecnológicos y disciplina moderna de trabajo sólo se realiza en relación con el interés metropolitano, que rige también la distribución nacional de la producción y la distribución, la conservación de formas atrasadas y la aparición de los peores elementos de la sociedad capitalista —ejércitos de desocupados, grandes ciudades llenas de indigentes, etc. Sobre esta base estructural se integra todo un conjunto social colonizado.

La colonización se da a través de un complejo proceso de asimilación o imposición de técnicas, instituciones políticas y de otros órdenes, corrientes y obras literarias y artísticas, difusión masiva de opiniones destinadas a encauzar a todos en la

admiración de los valores reales o supuestos de los colonizadores y su modo de vida. Este conjunto contiene, indudablemente, muchos elementos positivos que resultan necesario incorporar a la cultura nacional.

El problema de las relaciones entre la cultura nacional y otras culturas es muy importante. En la época moderna, capitalista, se hacen más complejas y estrechas las relaciones entre las naciones y se transmiten más intensa y fácilmente las influencias culturales. Sin embargo, lo que caracteriza a una parte apreciable de las transferencias culturales modernas es su contribución, en proporciones variables, a la colonización. La colonización cultural ha sido y es todavía un instrumento de hegemonía de los imperialistas sobre los pueblos.

En la realidad del subdesarrollo no se deforma solamente la estructura económica: las formas políticas e ideológicas son también « subdesarrolladas » y tienden a integrarse en una totalidad colonizada. La democracia política y su ideología, en América latina, son ejemplos de esto: en tanto carecen parcialmente de una base social real, constituyen un aparato desnaturalizado e inoperante; en tanto cumplen la función social de adecuar y adormecer a los explotados políticamente activos, son un factor hegemónico eficaz para ayudar a sostener regímenes de explotación mucho más anticuados que el régimen correspondiente al orden democrático burgués...

Yves Lacoste *
(Francia)

Reflexiones sobre la originalidad histórica de la situación de subdesarrollo

(Fragmentos)

Existen muchas definiciones de « subdesarrollo », pero la mayoría de ellas lo convierten en un dato relativo, muy mal localizado en tiempo y espacio. Es importante, por el contrario, examinarlo en el marco de una perspectiva histórica. La situación de subdesarrollo no es simplemente un retraso histórico, la supervivencia de caracteres antiguos en la época actual. En efecto, la situación del subdesarrollo puede estar caracterizada por datos fundamentales que son modernos. El subdesarrollo no es la supervivencia del pasado, sino el aspecto negativo de lo moderno.

Es posible interpretar el carácter moderno de la situación del subdesarrollo, en los diferentes países del mundo, considerando cómo han evolucionado uno con respecto a otro, dos datos primordiales: de una parte el aumento del número de hombres, de otra parte el crecimiento de los recursos de que dispone efectivamente la masa de la población. Durante siglos, y esto en países de estructuras económicas y sociales diferentes, el crecimiento

demográfico fue muy débil, así como el aumento de los recursos económicos que también era muy lento. De esto resultaba una gran pobreza para la gran masa de la población, pero también, dado el débil crecimiento demográfico, un equilibrio que ha durado siglos.

A partir del siglo XIX, en una fracción del mundo, esta situación de equilibrio fue radicalmente modificada: en Europa y en América del Norte, esencialmente, un crecimiento demográfico notable comenzó, pero también se inició un formidable auge económico, a partir de la « Revolución Industrial ». También ha aparecido, en estos pocos países, una situación completamente nueva, que es posible denominar: situación de desarrollo; una de sus mayores

* NDLR. De los textos redactados originalmente en lengua no castellana, damos las versiones establecidas y distribuidas por los servicios del Congreso (textos de Y. Lacoste, L. Pavolini, J.-P. Vigier y G. Waysand).

características es que el crecimiento económico es mucho más rápido a largo plazo que el crecimiento demográfico.

En el resto del mundo, mientras que grandes cambios económicos, sociales y políticos se producían —la colonización, esencialmente— una situación de equilibrio se mantenía entre un débil crecimiento demográfico y económico. Pero a partir del siglo XX, en conjunto y, sin embargo, en fechas sensiblemente diferentes según los países, una situación radicalmente nueva apareció; un crecimiento demográfico cada vez más rápido comenzó entonces, mientras que el auge económico permaneció relativamente débil. De esto resultó una **grave distorsión interna**, en un gran número de países de América latina, de África y de Asia. Esta distorsión, este desequilibrio interno, es un aspecto fundamental del subdesarrollo. La situación de subdesarrollo puede ser caracterizada (caracterizada y no definida, pues una definición debe indicar con precisión las causas de esta distorsión), por el hecho de que a largo plazo, en un país dado, el crecimiento de los recursos de los cuales dispone **efectivamente** la población, es menos rápido que el aumento de los efectivos de esta población...

Este desequilibrio entre el crecimiento demográfico y el crecimiento de los recursos de los cuales dispone **efectivamente** la población, resulta de un conjunto de causas económicas, sociales y políticas, cuya aparición histórica es más o menos antigua o reciente. No es posible estudiarlas aquí con precisión. Digamos solamente que el auge demográfico es la consecuencia de un conjunto de factores económicos, sociales y políticos que están

ligados de cierta manera a la propagación de una cierta forma de la economía capitalista. En cuanto al insuficiente crecimiento de los recursos de que dispone efectivamente la población no resulta, fundamentalmente, de las dificultades naturales sino de causas sociales y políticas. En efecto, en cada país subdesarrollado de grandes potenciales naturales, los recursos técnicos permanecen sin emplear porque la población es demasiado pobre para comprar lo que sería técnicamente fácil de producir. La debilidad del poder de compra de la gran masa de la población solamente en parte resulta de la baja productividad económica, pues sobre todo se debe a los acaparamientos importantes que efectúan minorías privilegiadas y grandes firmas internacionales. Así por ejemplo, en un gran número de países subdesarrollados, la mitad o las dos terceras partes de la cosecha de los campesinos, son tomadas por los grandes propietarios. En los países subdesarrollados las relaciones de producción son por supuesto de tipo capitalista, pero son muy diferentes de las existentes en los países capitalistas desarrollados. En efecto, en países subdesarrollados el sistema capitalista se ha combinado históricamente con relaciones sociales de tipo «feudal» para el mayor beneficio de las minorías privilegiadas y de las firmas internacionales.

La situación de subdesarrollo aparece pues, históricamente, como una **contradicción interna** dramática que resulta de un doble juego de fuerzas. De una parte, un juego de fuerzas sociales y políticas frena el aumento de las producciones destinadas a la gran masa de la población. De otra parte, otro juego de fuerzas económicas, sociales y políticas provoca el aumento rápido de esta población...

León Rozitchner
(Argentina)

Actividad intelectual y subdesarrollo

I. Los intelectuales de los países subdesarrollados parecíamos estar condenados a seguir interiorizando como propias las formas de pensamiento que han servido precisamente para sojuzgarnos. Y, sin embargo, decir que las **formas** con las cuales pensamos nuestra realidad

nacional están en cada uno de nosotros determinadas por las **formas** de producción, esto, que puede ser una fórmula aceptable en su generalidad, resulta difícilmente comprensible cuando debemos hacer entrar en ella la especificidad de una vida, para el caso, la propia. La dificultad

se halla en las múltiples mediaciones que llevan desde el proceso de producción hasta el individuo, y del individuo considerado así, en general, hasta alcanzar más precisamente a uno mismo; ése que, gozando del privilegio de la palabra, parecería escapar al determinismo de lo social e inscribirse en una extraterritorialidad que la sola palabra abriría.

Pero cabe esperar, sin embargo, que el análisis aplicado a una coyuntura donde dos sistemas se entrecruzan —el que nos viene impuesto desde los países desarrollados, el que impera en nuestros propios países sometidos al subdesarrollo— no los haga más evidente. En efecto, ¿qué sucede, por ejemplo, si asumiendo una perspectiva estrictamente nacional, esa que abarque a la unidad del país como una unidad humana a desarrollar, tratáramos de discernir los objetivos que deben ser los propios? Y más aún: ¿qué pasa si confrontamos esos objetivos con las categorías, las formas y los modelos racionales con los cuales nosotros mismos, como intelectuales « universalistas », pensamos esa posibilidad? Ocurre que nos sorprenderá encontrar, más allá de nuestras convicciones arraigadas en favor del cambio y de la revolución, un fenómeno inquietante: descubrir que la dependencia no es sólo la del país, la de nuestro sistema de producción, sino que la dependencia forma parte de nuestros propios hábitos mentales y está profundamente arraigada en nosotros. Alcanzaremos así a comprender que esas categorías y formas que aplicamos a nuestra realidad, y con las cuales queremos alcanzar objetivos que sean efectivamente nuestros, corresponden sin embargo a objetivos extraños, que son precisamente los ajenos: los objetivos de quienes nos condenan a permanecer en el subdesarrollo.

Así entonces descubrimos que estas formas de pensar, que creíamos propias, son

en realidad formas ajenas: expresan la persistencia del dominio colonialista, interiorizado hasta confundirse con nosotros mismos, y que nos sigue imponiendo desde adentro una percepción y un ordenamiento de la realidad ajustado a sus objetivos. Estos modelos de pensamiento son los modelos que corresponden al mantenimiento de las formas de producción impuestas por los países centrales. Sólo que, al infundírnoslas, con su prestigio de únicos creadores de cultura, como si fuesen categorías efectivamente « universales », « internacionales », cumplen el mismo destino que las técnicas y los capitales que nos transfieren: permiten la reproducción de sus propios sistemas de producción dentro de los cuales nosotros mismos, en tanto que intelectuales, entramos a formar parte como un medio más de producción. Así podríamos decir que **nuestras ideas, nuestros modelos de pensamiento, nuestra racionalidad en suma, aparecen como la extensión de la racionalidad dominante del sistema de dependencia que, desde los países centrales, se prolongan en cada uno de nosotros y entra a formar parte de nuestro modo subjetivo, espontáneo y separado, de pensar la realidad.**

Este carácter deformante del marco teórico no se denuncia sólo en el campo específico de una ciencia o de una técnica. Aparece también en la modalidad estrictamente personal con la que recortamos nuestra relación con la sociedad, con sus hombres, sus instituciones y con la tarea profesional que ejercemos. Lo cual equivale a decir que ese marco deformante aparece organizado cada uno de nuestros proyectos, por más personales que éstos sean, y abarca el campo de toda acción posible. Así con la actividad profesional: **los modelos que empleamos, y en consecuencia los medios, son inadecuados para formular proyectos que aspiren a resolver los problemas nacionales de los países**

subdesarrollados en función de objetivos propios y no, como sucede, en función de modelos implícitos de dependencia.

Si la función del intelectual está tan determinada por el sistema de producción que lo produjo a él mismo, lo acepte o no, como individuo subdesarrollado, cabe entonces volver a plantear las condiciones que, dentro de su actividad, le permitan vencer este condicionamiento. Porque es preciso reconocer que no hay formas políticas o económicas de subdesarrollo que al mismo tiempo no impliquen forzosamente la producción de hombres subdesarrollados, es decir adecuados a ella. Y esto por más que los intelectuales, desde las posiciones de privilegio y de distanciamiento que les concede la palabra, participen en un movimiento « universal » de creación, o pretenden haber accedido por medio de un desvío a una forma de conciencia internacional que a los demás, aferrados a la particularidad del propio proceso nacional, les estaría negada.

Así el intelectual producido por el sistema capitalista estaría irremediabilmente escindido en dos niveles aparentemente irreconciliables: por una parte dispondría, en tanto que intelectual, de categorías universales de pensamiento y de racionalidad. Pero por la otra estaría determinado, en su existencia empírica, por las formas vividas de relación que delimitan estrictamente el movimiento de su actividad cotidiana, sor-damente instaladas en él. Este contenido no es pensable, en su verdad, en función de aquellas formas. Y si las aplica sólo lo llevan a un discernimiento superficial de su propio proceso, incapacitado de recuperar en sí mismo tanto como en la historia los índices que lo lleven a una comprensión de esa contradicción vivida que quisiera eludir. El mismo aparece sólo como lugar de la contradicción donde el sistema de dominio se refleja, pero sin eco.

II. Pensar la realidad significará deshacer,

tanto objetiva como subjetivamente, las modalidades de dependencia que obran en el intelectual subdesarrollado. Lo cual si bien implica, por un lado, la presencia objetiva del campo social como campo a modificar, por el otro es preciso sobre todo **acentuar la presencia del intelectual como formando él mismo parte, necesariamente, de ese campo de modificación.**

Esta inclusión del intelectual dentro del campo mismo del conocimiento tiende a dar término a una ilusión, fuertemente impulsada en el pensamiento dualista de las burguesías de los países centrales respecto del imperativo metodológico que afirma la « neutralidad de la ciencia » y la « neutralidad del científico » en el proceso de conocimiento. Aquí neutralidad por una parte, y presunta universalidad por la otra, se corresponden eficazmente para neutralizar la perspectiva históricamente situada en los intelectuales de los países subdesarrollados. Esto equivale a la exclusión de la experiencia personal de sometimiento del campo de conocimiento, como si ésta no fuera un índice de su sentido de verdad. Por otra parte tiende a excluir al intelectual como **mediador** entre su campo de pertenencia histórica específica y el campo teórico del conocimiento.

Saltando pasos intermedios podríamos afirmar: a) el modo de enfrentar un determinado campo de conocimiento estaría determinado previamente por la capacidad de discernir u ocultar el entronque del propio proceso personal con el proceso social. Esta relación, que plantea la necesidad de deshacer la trampa que la burguesía creó en nosotros, forma parte también del análisis metodológico del conocimiento. Aquí, en el descubrimiento que nos muestra cómo está en juego, en el propio individuo subdesarrollado, el problema de la dependencia, se asienta finalmente la elección posterior de las diversas hipótesis de interpretación de la

realidad que abren o cierran la salida del proceso de sometimiento.

b) el punto de partida para comprender la contradicción burguesa se revela en la existencia, dentro del intelectual mismo, de una racionalidad que no se extiende coherentemente desde el sujeto hasta abarcar el campo material de producción del cual el intelectual resulta como sujeto pensante y teórico. Superar esta separación significará entonces, en la medida en que se asume ambos términos, aparecer como un modelo humano de tránsito de un sistema a otro. Significa el esfuerzo de haber integrado el propio contenido, antes desdeñado por la mirada del otro, a la coherencia del mundo.

III. La nación, marco de sentido para la actividad intelectual.

El punto de partida del intelectual sometido a las condiciones de subdesarrollo sería, especialmente, la separación entre las **formas intelectuales de conocimiento** que provienen, en su pretensión de universalidad, de los países dominantes, y las **formas de ser y de sentir**, esas que están arraigadas en una relación sensible con su medio y para las cuales no habría pasaje: sólo cabe la disociación. Esta disociación es homóloga a la que aparece en el proceso de la división del trabajo capitalista, donde el acentuamiento de esta separación es la norma para impedir que sus habitantes lleguen a tornar concreto, visible en un todo coherente, el proceso de producción en el cual se encuentran sin embargo incluidos.

Frente a esta disolución introducida por las formas de producción capitalistas, que separan el contenido material de una racionalidad capitalista que permita pensarlo, **la nación aparece en el subdesarrollo como campo de concretización de todo conocimiento.** Aquí sólo podemos esbozar, rápidamente, algunas sugerencias. Señalar

que en la nación aparece planteado, como campo de contradicción creada por la misma dependencia, un campo común histórico donde lo material y lo formal se verifica.

La nación aparece, dentro de la desintegración como campo de unidad concreto: —unidad geográfica limitada; —unidad de los sistemas que la constituyen (economía, derecho, idioma, etc.); —unidad de sus habitantes en tanto que conciudadanos (« todos somos bolivianos, argentinos, etc. »); —unidad de una forma política común.

Pero esta unidad contradictoria, donde lo formal y lo material se halla disociado, cumple al menos la siguiente condición: la posibilidad de verificar lo formal en un campo material preciso que lo delimita. En efecto, a la comunidad formal reconocida (« todos somos argentinos », « todos somos iguales ante la ley », etc.) se le contraponen contradictoriamente una organización material que niega esta totalización formal (la tierra y los medios de producción, por ejemplo, como propiedad privada pero no común). Así la nación aparece como un campo preciso de verificación colectiva, que encierra la densidad de toda la riqueza humana, pues de esta contradicción plena se deriva, como aspectos, solamente parciales, todas las otras contradicciones que aparecen aisladas sólo abstrayéndolas de este proceso total. La nación contiene, en su unidad material, todos los sistemas que las ciencias y el conocimiento abstraen, pero que el conocimiento no puede verificar como habiéndose originado en el proceso histórico humano a no ser que las vuelva a remitir a este campo común que les devuelve la plenitud de su sentido.

En lo que se refiere a la acción, cuyo criterio de eficacia plena es preciso integrar al conocimiento revolucionario, la nación también presenta un privilegio que

ningún otro campo tiene : es el único donde el hombre puede esbozar un proyecto de modificación global que envuelve la modificación de todos los sistemas al mismo tiempo. Pero es también, al mismo tiempo, el único campo que admite que nos incluyamos en él en la plenitud de una participación activa. Por lo tanto el que abre la posibilidad de incluirse a sí mismo unitariamente en la totalidad que nos determinó. En efecto, la nación es el campo de totalidad que reconoce a sus ciudadanos, en principio y de derecho, su participación política, cosa que todo país burgués salvo el propio excluye. Y aunque de hecho —y ésta es otra modalidad de la contradicción— esta actividad sea cercenada, la nación, sin embargo, aparece como el campo legítimo e indiscutible dentro del cual proyectar una modificación global. Si definimos al hombre por la acción, y lo intelectual es una de ellas, es evidente que la nación es el único campo donde su acción puede extenderse hasta contener la totalidad de sus relaciones con la realidad.

Así entonces, la nación aparece como un punto histórico de partida donde la formalidad burguesa, viniendo desde su forma teórica más amplia (teoría universal de los principios liberales democráticos) se **restringe** hasta abarcar el campo material preciso de una nación. Pero en el modo contradictorio como se aplica, al mismo tiempo la nación expresa, viniendo desde la dispersión empírica y regional en el que se encuentra el intelectual subdesarrollado, el campo máximo de ampliación concreta a conquistar. La nación sometida al subdesarrollo expresa el punto máximo de contradicción histórica, pues es aquella contradicción la que envuelve en una sola unidad de sentido, ahora discernible, tanto a la forma individual como a la forma general de producción que lo constituyó.

Pero para ello debemos tomar como forma

réguladora el sentido del proceso histórico no a la forma « mercancía » que nos impone el subdesarrollo, sino a la forma « hombre » que precisamente es lo que reprime y domina. Pero esa forma « hombre » a conquistar significa darle, para entender su sentido, nuestro propio contenido relegado y disminuído. Debemos definir entonces al intelectual no por el mero campo de su acción específica en un solo nivel (separación burguesa entre conciencia pura, universal por esencia, por una parte, y cuerpo material, empírico y situado por la otra). Debemos hacerlo poniéndolo en perspectiva sobre aquel campo que reúne en una sola unidad todos los sistemas que determinan su existencia como sujeto, pero sujeto que pertenece a una totalidad contradictoria, material y formal al mismo tiempo. Lo cual significa decir que toda actividad intelectual sólo adquiere su sentido concreto en la medida en que recupera el planteo histórico (la contradicción nacional) y converge hacia ella orientando la acción. Es preciso prolongar el pensamiento hasta reencontrar el momento histórico-material de su verificación activa en la cual el intelectual está de hecho incluido. El intelectual, mediador entre la teoría y la práctica, adecua así la forma al contenido preciso de su campo histórico.

En los países dependientes, donde la contradicción entre la forma y el contenido de la nación es mantenida por el poder, no existe campo de objetividad posible, dentro del marco que las instituciones burguesas ofrecen, para elaborar un conocimiento verdadero. Y esto sucede porque, siguiendo la división del trabajo social capitalista, el intelectual mismo y las organizaciones que lo incluyen **disuelven** la unidad orgánica del proceso que tiene a la unidad de la nación como fundamento. Este conocimiento abre en cambio sobre las diversas disciplinas tradicionales que

no hallan en la nación ni campo de síntesis ni de convergencia, porque ésa es básicamente la función que se le asigna al intelectual burgués: ocultar el campo de síntesis material que se revela en el proceso de producción dando sentido a todos los otros. Así a las formas de disolución de la organización del trabajo capitalista corresponden las formas de disolución en el proceso del conocimiento, y al mismo tiempo la disolución de la coherencia posible del intelectual como sintetizador de la realidad. Lo que se entiende por síntesis a nivel del conocimiento presupone, como formando parte de ella la unidad del campo humano de producción como campo de relaciones no contradictorias.

En la medida en que todo proceso de conocimiento objetivo oficial, en los países subdesarrollados dominados por el imperialismo, necesariamente deforma esta realidad, los intelectuales deben referirse a un campo de realidad distinta que los incluya. Debe contribuir a crear esa nueva objetividad que, por definición, sólo puede desarrollarse allí donde la necesidad de la transformación global, revolucionaria, aparece incluida en el proyecto de conocimiento. Debe convertirse necesariamente en política, pero no sólo porque reencuentre el nivel específico de lo político sino porque habrá convertido en política su propia actividad intelectual.

Pero este acentuamiento de lo nacional no

es para alarmar a los intelectuales subdesarrollados que han hecho, de golpe, el tránsito a un internacionalismo abstracto. Pues sólo desde esta perspectiva que se propone previamente recuperar el campo propio de la nación veremos emerger una concepción concreta de lo internacional. Con ello queremos decir que no hay un internacionalismo concreto a no ser que previamente se haya definido el sentido de lo internacional desde lo nacional asumido en su contradicción. Por ejemplo, los diversos proyectos de internacionalismo que resultan de la situación actual (China, URSS, Cuba, etc.) sólo pueden ser distinguidos concretamente a partir de las propias necesidades nacionales. Esto significa verificar la forma teórica, aunque de izquierda, en la materia precisa de la nación, en el modo como la concepción internacional hace posible nuestro acceso a la categoría de nación liberada de la contradicción imperialista. Y será justamente esa la prueba del « internacionalismo » que se concreta en función de la perspectiva nacional: en el modo como tolera y asume el tránsito de otras naciones a la independencia nacional. Con esto queremos señalar que aún la categoría de internacionalismo, para tener efectivamente contenido, requiere una perspectiva situada en la decisión de resolver la contradicción asumida en el proceso nacional. Fuera de este contexto es vacía y abstracta: mera retórica conceptual.

Mario Benedetti
(Uruguay)

Sobre las relaciones entre el hombre de acción y el intelectual

En el contexto neocolonialista, el hombre de acción puede ser un caudillo o un militar, un gángster o un gerente de empre-

sa, un domador de fieras o un agente de publicidad, un deportista o un misionero. En la raíz está siempre la búsqueda de un

estilo dinámico. Pero allí empieza y acaba el territorio común, ya que por debajo de esos distintos modos de actividad no fluye una convicción cardinal, una misma corriente ética. El ser humano puede ser empujado a la acción por un afán generoso o por el llamado de su Dios, cuando lo tiene; pero también por una fanática obsesión, una desmedida apetencia de mando, y aun por una crueldad no siempre admitida ante sí mismo. Frente a semejante hombre de acción, el intelectual va adquiriendo cierta vergonzante fama de contemplar pasivo, de ente estático. En nuestra enajenada América latina, cuando el hombre de acción suspende por un instante sus órdenes o sus estafas, sus cobros o sus invasiones, para mirar a esa permanente molestia que es el intelectual, éste tiene a menudo la sensación de que lo están poniendo entre comillas, y no son precisamente comillas de destaque sino de menosprecio. Es bastante lógico que así sea. Nuestros senadores y coroneles, nuestros diputados y correveidiles, nuestros modernos filibusteros, suelen ser moderadamente incultos y por lo tanto no es razonable que para ellos la cultura constituya un mérito, o por lo menos un foco de interés. Muchos de esos hombres de acción son los clásicos exponentes de un crapuloso conformismo frente a las más abyectas exigencias del Imperio; el intelectual, en cambio, es casi por definición un inconforme, un crítico de su medio social, un testigo de implacable memoria. Claro que, si por una parte hay hombres de acción que se especializan en la compra y venta de conciencias, por otra, también hay hombres de pensamiento cuya máxima rebeldía frente a los crueles, frente a los canallas, frente a los injustos, consiste en corregirles las faltas de ortografía.

En el ámbito revolucionario, las relaciones entre el hombre de acción y el intelectual, cambian (o por lo menos deberían cambiar)

fundamentalmente. Cuando no se produce esa transformación, ello se debe tal vez a que a uno y a otro les es difícil sobreponerse a la recíproca desconfianza heredada de la situación anterior. (Al decir esto no me refiero tan sólo al hombre de acción y al intelectual que conviven en un país que ya ha hecho su revolución, sino también a los que sufren la presión de un medio enajenante y sin embargo hacen lo posible por provocar en ese contorno una transformación revolucionaria.) Por eso creo que tanto el intelectual revolucionario como el hombre de acción revolucionario deben tratar, en primer término, de enfrentarse honestamente a sí mismos, a fin de poder luego enfrentar con franqueza su mutua relación, e incluso inaugurar una relación nueva. En esta estricta zona, y en este primer estadio, no hay nada más revolucionario que la sinceridad y el respeto mutuo. Sólo a partir de ese logro, puede pensarse en otras acepciones, extensiones y avances de una relación revolucionaria entre hombres de acción e intelectuales; sólo a partir de ese cimiento se puede iniciar una construcción que no esté permanentemente amenazada por el derrumbe.

Si antes vimos que, dentro del contexto neocolonialista, un hombre de acción sólo tiene de común con otro hombre de acción la agresiva preferencia por un dinámico estilo de vida, en un contexto revolucionario cada hombre de acción comparte con los otros la identidad de un rumbo, la tremenda lucha por instaurar en el mundo la justicia. Tal actitud compartida incluye por supuesto una base ideológica, una ética revolucionaria, una teoría de la revolución. Ahora bien, ¿qué es ese factor aglutinante de los hombres de acción revolucionarios sino un elemento decididamente intelectual? Un gángster maneja una ametralladora; también la maneja el guerrillero. Aparentemente, son dos hom-

bres de acción cometiendo el mismo acto de violencia. ¿Qué es entonces lo que convierte la violencia inhumana del primero en el gesto de profunda humanidad que significa la violencia del segundo? ¿Qué, sino un elemento intelectual? Detrás de la acción del gángster está el culto de la violencia por la violencia, la poderosa atracción del dinero, el momentáneo disfrute de la ley de la selva. Detrás de la acción del guerrillero está la consciente adopción de la violencia para llegar algún día a la paz.

Hay otras diferencias, claro. El hombre de acción involucrado en la madeja capitalista, trata generalmente de que el pueblo piense lo menos posible. Es consciente de que tanto más arduo le será llevar a cabo sus designios, cuanto más se desarrolle en el pueblo la capacidad de discernimiento. El hombre de acción revolucionario sabe, en cambio, que para sus fines, que son los de la revolución, es fundamental que esa capacidad de intelección que antes estaba limitada al esfuerzo aislado, individual, solitario, del intelectual, se convierta cuanto antes en un patrimonio colectivo. El hombre de acción revolucionario debe comprender, por lo tanto, que el aporte intelectual es indispensable a la revolución. Así como existe un elemento intelectual que aglutina a los hombres de acción revolucionarios, así también hay un elemento de acción que aglutina a los revolucionarios del intelecto. La toma del poder por fuerzas revolucionarias ¿qué es sino una obra maestra de la acción? Pues bien, los intelectuales revolucionarios, aunque sigan las más diversas orientaciones estéticas, aunque usen los más disímiles instrumentos de trabajo, están sin embargo unidos por su calidad de revolucionarios, y esa calidad tiene su raíz en una acción, hayan o no participado en la misma.

Es cierto que a veces una apresurada simplificación del problema puede llevar a

muy confusas interpretaciones. Por lo pronto, no todos los intelectuales revolucionarios (empezando por Carlos Marx) terminan en soldados. Ni está prohibido ni es obligatorio. Por otra parte, no creo que sólo los que terminan en soldados tengan derecho a ser llamados intelectuales revolucionarios. Nadie lo ha expresado mejor que Regis Debray: « Militante también es el que en su mismo trabajo intelectual combate ideológicamente al enemigo de clase, el que, en su mismo trabajo como artista, arranca a la clase dominante el privilegio de la belleza » (Carta a Enrique de la Osa, publicada en *Bohemia* el 22 de julio de 1966). La verdad es que ni la belleza ni el arte tienen la culpa de haber sido durante siglos monopolizadas por las capas sociales que tenían fácil acceso a la cultura. Paralelamente con la liberación del suelo y del subsuelo, la revolución tiende a acabar también con los latifundistas de la cultura, a restituir al pueblo su bien ganado derecho de frecuentar la belleza, de ascender al buen gusto, de producir su arte.

De todos modos, cada vez va apareciendo con mayor claridad que el mero hecho de adoptar una actitud militante, comprometida, en América latina significa un riesgo. Quizá el tipo de riesgo que puede correr un intelectual en cuanto tal, no sea exactamente una acción, pero la verdad es que a veces el riesgo intelectual provoca las mismas consecuencias que un acto subversivo.

A lo largo y a lo ancho del continente, es extensa la nómina de intelectuales presos o torturados, o simplemente despojados de su trabajo, por el solo delito de haber escrito un texto comprometido o de haber adoptado una actitud digna. Aún en el caso de la condena de Regis Debray, pasa a ser virtualmente decisivo su libro *¿Revolución en la revolución?*, que, después de todo, es el trabajo de un intelectual. Como lo

expresé en un artículo publicado recientemente en Cuba, el escritor ya no reside en una « ciudad abierta », libre de todo riesgo. No es **más** pero tampoco es **menos** que el resto del pueblo; ni privilegio ni menosprecio.

Es evidente que en la figura de Che se conjugan definidos rasgos de hombre de acción y de intelectual. El comandante Guevara es un ejemplo singular; por eso mismo no debe abarataarse su trayectoria convirtiéndola en gratuito apoyo de viejos o nuevos resentimientos. La vida y la muerte de Che son suficientemente ejemplares como para que su irradiación sea, ahora y siempre, fecunda y no frustránea; como para que su pensamiento, que sigue en pie, lleve al hombre, a todo hombre (incluso el intelectual ¿por qué no?) a sentirse estimulado y no menospreciado en la función que realiza, en el ejercicio de su vocación, en la dignidad de su trabajo. Lo contrario sería volver al hombre viejo, al hombre enajenado, al hombre que teme, o sea precisamente a los antipodas de lo que Che buscó lúcida y corajudamente hasta su muerte. La imagen del comandante Guevara es esgrimida a veces contra el intelectual, y eso a mí me parece profundamente injusto. Para la mayoría de nosotros, la muerte de Che fue un mazazo en la nuca. Quizá hayamos madurado, en unas horas de angustia, mucho más que en largos años de argumentaciones y reyeratas. Ahora, que ya pasó el primer impacto, es necesario que esa madurez se canalice hacia una actitud más serena, más depurada, más dolorosamente sabia. Creo que la búsqueda de la verdad fue en Che una pasión tan avasallante como la conquista de la justicia. Por eso estimo que el mejor homenaje que nuestra América puede rendirle es seguir conquistando esta justicia, pero también buscando aquella verdad. Sé perfectamente que el riesgo que corre un intelectual latinoamericano al

hacer público, por ejemplo, su apoyo a la Revolución Cubana, no es de ningún modo comparable al que corre un guerrillero frente a tropas especialmente adiestradas para suprimir su gestión. Pero admitida esa distancia, nada autoriza a menospreciar aquel otro riesgo. Hay muchos grados de riesgo, muchos grados de peligro, de coraje, de decisión, pero aún el último grado del riesgo **es un riesgo**, y siempre estará por encima de todas las variantes de la cobardía.

Si uno de los deberes del intelectual revolucionario es no caer en actitudes que luego le provoquen una mala conciencia social, otro no menos importante es no inventarse una mala conciencia, y sobre todo no permitir que otros se la inventen. Dejemos la mala conciencia para los intelectuales que (no siempre por dólares; a veces también por la posibilidad de éxito, de confort, de publicidad, de viajes, de evasiones varias) han accedido a servir al imperialismo o por lo menos a ser neutralizados por él, lo que en ambos casos equivale a abdicar su facultad de inteleción, a amputarse su vocación de justicia, a suicidarse en cuanto seres sensibles.

Resulta curioso comprobar que la exigencia que algunos hombres de acción reservan para el intelectual, y sobre todo para el escritor o el artista, no la esgriman en cambio para otros sectores de la ciudadanía. Cuando alguien reclama, y no precisamente en un sentido metafórico, que el escritor revolucionario debe terminar en soldado o de lo contrario dejar de cumplir su función (que en su caso específico es función intelectual), uno no tiene más remedio que preguntarse por qué se plantea esa perentoria disyuntiva sólo al escritor y no al obrero, o al técnico, o al maestro, o al deportista. Esa diferencia de tratamiento puede insensiblemente llevar a la fabricación de una tesis que me parece

bastante peligrosa. Por ejemplo: que quienes ejercen otros oficios cumplen una necesaria función dentro del ámbito revolucionario, pero que el escritor o el artista sólo asumen, dentro de ese ámbito, un papel de artículos suntuarios, con funciones erradicables y faenas superfluas. Lo más grave, a mi ver, es que esa tesis no suele ser un relámpago frívolo, sin consecuencias, una suerte de débil sarampión de las revoluciones, sino una tenaz, porfiada tendencia (a veces subterránea, pero siempre sectaria) que las amenaza, tanto en su etapa preparatoria como en la de consolidación. Del artista depende en gran parte que esa tendencia le descalifique, o que él, por el peso de su actitud, la convierta en algo inadmisibles, no sólo para su dignidad sino para la dignidad de la revolución. El escritor que se resigna a ser considerado un vergonzante artículo suntuario, demuestra en última instancia que la acusación tiene, en su caso particular, algo de cierto. Por el contrario, el que se niega a ser considerado un lujo de la revolución, el artista que defiende su derecho a soñar, a crear belleza, a crear fantasía, con el mismo encarnizamiento y la misma convicción con que defiende su derecho a comer, a tener un techo, a salvaguardar su salud, ese artista será el único capaz de demostrar que su oficio no es un lujo sino una necesidad, y no sólo para sí mismo sino también para su semejante.

La promisorio paradoja es que los hombres de acción revolucionarios y los intelectuales revolucionarios que de algún modo intentan colaborar en la formación de ese hombre nuevo, de ese hombre del siglo XXI que sabiamente proponía Che; la promisorio paradoja es que esos hombres del siglo XX que en definitiva van a formar al hombre nuevo, no son en sí mismos hombres nuevos. Sin embargo, unos más rápidamente, otros con más lentitud, todos van dando algunos pasos, así sea vacilantes,

en el recién conquistado territorio. Nuestra mala conciencia de hombres de acción o de intelectuales, cuando ha existido, ha estado siempre condicionada por el hombre viejo que en nosotros persiste, nunca por el hombre nuevo que trabajosamente se va abriendo camino en nuestra propia espesura. Gracias a ese embrión de hombre nuevo que albergamos, unos podemos hacer cinco, y otros cien; pero todo aporte es válido. A veces, redundar en beneficio del hombre de acción y de su misión heroica y enaltecida. Cuando el hombre de acción revolucionario desemboca en los actos que constituyen su riesgoso objetivo, es decir, cuando la revolución efectivamente se produce, sus posibilidades serán mayores si, previamente al estallido, el intelectual (con sus escritos, con sus apariciones públicas, con sus pronunciamientos, con sus enfoques esclarecedores) ha preparado al pueblo para su nuevo destino. La labor preparatoria del intelectual, su faena de esclarecimiento, se convierte así, indirectamente, en un acrecentamiento de la seguridad para el hombre de acción. Si en una etapa previa, el intelectual logra que buena parte de la opinión pública pierda el miedo de la terminología revolucionaria y se sobreponga a ese pánico que le fue pacientemente inculcado por la prensa, la radio y la televisión de signo capitalista; si el intelectual tiene éxito en esa tarea, aumentarán considerablemente las posibilidades de que el hombre de acción encuentre apoyo popular precisamente en el momento en que ese apoyo puede decidir la suerte de la revolución.

Es fácil estar de acuerdo, por ejemplo, en que el indio es un elemento indispensable en la lucha por la liberación, pero si se considera que hay un crecido porcentaje de población india latinoamericana que no habla ni entiende español, se comprenderá fácilmente que tal incomunicación puede

ser un tremendo obstáculo para el hombre de acción que irrumpen, más o menos desprevénido, en ese medio. Aunque parezca obvio, creo que vale la pena destacar la decisiva importancia que tendría, a los fines revolucionarios, el aporte de intelectuales (antropólogos, lingüistas, etnólogos) capaces de familiarizar al hombre de acción, en este caso el posible guerrillero, con la lengua y las costumbres del indio. En un sentido limitado del término, no se trata propiamente de una acción, ni siquiera de un riesgo menor, sino simplemente de impartir enseñanza. Sin embargo, esa tarea (que puede parecer escasamente comprometida) se convierte en un factor fundamental como sostén de la acción revolucionaria; más aún, en una garantía de eficiencia, tan indispensable como el perfecto funcionamiento de los fusiles.

Pocas veces el intelectual tiene la ocasión de ser un héroe (incluso se ha dado el caso de artistas que por un mero azar han desembocado en el martirologio) pero conviene aclarar que si bien es un gran privilegio cívico llegar a ser un héroe, el no llegar a serlo no constituye obligatoriamente una vergüenza. Es comprensible que el hombre de acción a veces se impacienta, y que, por su misma vocación dinámica, tienda a simplificar las características del intelectual, o, en el peor de los casos, a inventar un falso intelectual, un burdo fantoche, al que sea más fácil poner en ridículo. Lo que no es admisible es que el intelectual acceda a esa simplificación. « No debemos crear asalariados dóciles al pensamiento oficial », nos alertó el coman-

dante Guevara y ello de ningún modo contradice la conocida frase de Fidel, en sus **Palabras a los intelectuales**: « Dentro de la revolución, todo; contra la revolución, nada. » La indocilidad del intelectual cabe perfectamente dentro de la revolución; más aún, la enriquece, la hace más viva, más sensible, más creadora. El intelectual verdaderamente revolucionario nunca podrá convertirse en un simple amanuense del hombre de acción; y si se convierte, estará en realidad traicionando la revolución, ya que su misión natural dentro de la misma es ser algo así como su conciencia vigilante, su imaginativo intérprete, su crítico proveedor. Es frecuente que el intelectual, aún el más contemplativo, lleve en sí mismo un tenso hombre de acción; no es menos frecuente que el hombre de acción, aún el más decidido, cobije en sí a un tímido intelectual. Semejante dualidad hace más conflictivas y difíciles estas relaciones; lo más saludable sería tal vez que uno y otro la admitieran francamente de modo que esa doble cualidad no representara una frustración sino un enriquecimiento, gracias al cual pudieran asumir íntegramente la responsabilidad que signa sus respectivas funciones dentro de la sociedad. Para usar un delicioso y sugerente término cubano, yo diría que el hombre de acción debe ser el **abrecaminos** del intelectual, y viceversa. O sea que, en el aspecto dinámico de la revolución, el hombre de acción sea una vanguardia para el intelectual, y en el plano del arte, del pensamiento, de la investigación científica, el intelectual sea una vanguardia para el hombre de acción.

Luca Pavolini
(Italia)

Los intelectuales de los países industrializados

(Fragmentos)

Es imposible hablar de las responsabilidades de los intelectuales de los países industrializados sin precisar las características económicas y sociales

de dichos países; es decir, sin precisar cuál es el papel que el sistema intenta asignarles, en el cuadro de una definida estructura de la sociedad. Sola-

mente aclarando este punto fundamental la discusión sobre la responsabilidad puede liberarse de una visión abstracta del «compromiso», traducéndose concretamente en términos de lucha...

Parece claro, muy claro, que en los países capitalistas industrializados las delimitaciones de autonomía e independencia de los intelectuales, siguen restringiéndose continuamente. Su número crece en proporción a la creciente demanda de una sociedad de alto desarrollo técnico, pero los grupos financieros dominantes tratan con intensidad siempre mayor de convertirlos en dependientes asalariados. La lógica del sistema camina hacia la destrucción de las así dichas «profesiones libres». Paradójicamente, el intelectual contemporáneo se encuentra con relación al monopolio financiero en aquellas condiciones que representaban la servidumbre del intelectual frente a sus amos feudales. Por eso el intelectual, naturalmente en formas nuevas y particulares, tiene que enfrentarse con los problemas de la explotación, de la enajenación, y por lo tanto, con los problemas relacionados con la lucha para su propia emancipación.

Todo eso se produce de manera muy evidente para los intelectuales integrados en las organizaciones de producción de los grupos capitalísticos; sin embargo esto se aplica también en los casos de aquellos intelectuales que se encuentran subyugados por el monopolio a través de métodos refinados que pasan por las grandes empresas de publicidad, las editoriales, los periódicos, etc. La forma más sutil es la de darle a los intelectuales la ilusión de compartir el poder y hasta de tenerlo en sus manos. La «tecnocracia» neocapitalista quiere disfrazar el poder efectivo de los grandes capitales privados y quiere esconder en la sombra la figura del capitalista, o sea, del patrón.

Uno de los aspectos más graves de esta tendencia hacia la total subordinación del trabajo intelectual por parte de los grupos dominantes, consiste en el intento de transformar la Universidad sencillamente en un instrumento del sistema, estructurándola según las exigencias de los monopolios privados, quitándole toda autonomía de estructuración y de investigación científica.

Frente a estos procesos se están desarrollando tendencias que deben analizarse con el máximo cuidado.

Ambrosio Fernet
(Cuba)

El intelectual en la revolución (Fragmentos)

Conocemos muy bien ese sentimiento de frustración, de inutilidad, de desarraigo que experimentan los escritores y artistas de un país subdesarrollado y

Estas son tendencias objetivamente paralelas a aquellas que consideran inevitable la integración total de la clase obrera en el sistema neocapitalístico. Asimismo existe hoy el intento de negarle al intelectual la posibilidad de desarrollar un efectivo papel revolucionario en los países capitalistas industrialmente desarrollados. Ahora bien, es totalmente cierto que la lógica del así dicho sistema neocapitalístico exige la integración, también ideológica, sea de la clase obrera, sea de los intelectuales.

También es cierto que la tendencia hacia la integración ha sido una característica de todo tipo de sociedad.

Hace falta analizar los métodos por los cuales las clases dominantes tratan hoy en día de lograr esa integración, hace falta analizar entonces los métodos necesarios para oponerse a este proceso: para que la clase obrera mantenga no sólo su capacidad de lucha, sino también su propia conciencia; para que el intelectual defienda y desarrolle en sentido revolucionario su propia autonomía de pensamiento y de investigación. Estas son tareas muy difíciles, pero absolutamente necesarias.

Por eso pienso que no deben de aceptarse las teorizaciones según las cuales, aún con las mejores intenciones, se pretende dirigir exclusivamente hacia el exterior las posibilidades de lucha de los intelectuales de los países capitalistas desarrollados. Un asunto es la lucha común e internacionalista que cada intelectual tiene el deber de desarrollar al lado de todas las fuerzas revolucionarias y antimperialistas del mundo, en primer lugar al lado de los países subdesarrollados que luchan por su emancipación; otro camino distinto es la transferencia de un compromiso de lucha, o también la «espera», hasta que el mismo desarrollo de los movimientos de liberación del así dicho Tercer Mundo creara las condiciones para la acción revolucionaria en los pueblos donde el capitalismo se encuentra en su fase avanzada. Esto en la práctica conlleva al fin del compromiso y la renuncia a la acción conducida en el contexto específico de cada uno.

Según mi opinión esto no coincidiría ni siquiera con las exigencias reales de los pueblos del así dicho Tercer Mundo: ellos no necesitan solamente solidaridad y declaraciones por parte de los intelectuales de los países capitalistas desarrollados, sino también necesitan que se desarrolle una lucha lógica y positiva dentro de las ciudadelas del imperialismo...

colonizado. Conocemos también sus mecanismos defensivos, sus coartadas. Cuando uno ha leído el Ulises, domina un idioma extranjero y puede hablar

durante horas del surrealismo o del Guernica, sabe que pertenece a una selecta comunidad internacional que, por los medios más diversos, no cesa de afirmarnos en nuestra condición de privilegiados. Aun hoy se puede tener el estómago vacío y sufrir ciertas humillaciones sin convertirse por eso en un revolucionario. Aunque despreciado por la burguesía, el intelectual comparte con ella en cierta forma el dominio del mundo y puede permitirse, a su vez, el lujo de despreciarla. Los pretextos abundan. Pronunciar correctamente el nombre de un autor extranjero —Goethe o Baudelaire, por ejemplo— llega a ser un signo de superioridad espiritual, un salvaje placer que experimentan con frecuencia los intelectuales del mundo subdesarrollado.

Pero hay coartadas menos inocentes. Se puede ser de izquierda —morir de vejez en la izquierda— sin sentirse obligado por eso a cerrar filas con las masas o a comprometerse en la acción revolucionaria. Después de todo un escritor o un artista no es un hombre de acción y, en cuanto a la adhesión moral, sabemos que es posible asumir todo el sufrimiento del mundo sin olvidarse, cuando truenan, de sacar el paraguas. Por lo demás, hoy la historia se asemeja de tal manera a ciertas fábulas que nos cuesta trabajo no ser un poco maniqueos: reconocemos a simple vista a los buenos porque luchan por sus derechos más elementales —la tierra que trabajan, la educación para sus hijos, la dignidad que les permita recobrar sus facciones humanas— y a los malos porque en Cuba, en el Congo, en Argelia, en Santo Domingo y en Viet Nam, han demostrado ser irremisiblemente malvados. Así, tomar partido por los primeros no es necesariamente un acto de madurez política, sino una prueba elemental de humanidad, como la indignación que sacude al niño cuando presiente, por las maniobras y las fechorías del lobo, que la bondad y la belleza están brutalmente amenazadas. En todo caso, hoy damos por sentada la responsabilidad política del escritor en el acto mismo de reconocer su responsabilidad artística: nos parecen las dos caras de una misma moneda. La razón que nos permite despreciar y condenar al artista que se hace cómplice directo o indirecto del imperialismo es la misma que nos lleva a rechazar el arte académico y nos impide imaginar siquiera un arte contrarrevolucionario.

Cuando los intelectuales de un país en revolución exigimos de los demás responsabilidades concretas es porque hemos asumido las nuestras y estamos dispuestos a dar cuenta de nuestros actos. No hablo sólo de nuestras responsabilidades cívicas. Como intelectuales de un país subdesarrollado en revolución, alfabetizar, aprender el manejo de las armas, cortar caña ya forman parte de nuestros deberes elementales; carentes de cuadros intermedios estamos obligados, además, a servir de intermediarios entre nuestra obra y nuestro público; el poeta ha

comprendido que para que ese hermoso y extraño poema que ahora escribe en silencio sea repetido mañana por las calles, él mismo tiene que convertirse en maestro, divulgador y funcionario cultural. Hay algo de incestuoso en ese espléndido proceso de educación de las masas. Pero hay más. Cuando nos declaramos herederos de toda la cultura universal no hacemos una frase: es que, efectivamente, estamos dispuestos a reivindicar lo que nos pertenece y desde los bisontes de Altamira hasta Vassarel desde Homero y las leyendas africanas hasta Kafka, consideramos el esfuerzo del hombre por interpretar la realidad y crear un mundo a su propia imagen como un esfuerzo revolucionario, y por lo tanto como nuestra herencia inalienable. Los colegas que nos visitan suelen darnos palmadas en el hombro: quizás no esperaban encontrar en nuestras galerías cuadros abstractos y pop, en nuestras librerías ediciones de Proust, Joyce y Robbe-Grillet, en nuestros cines películas de Antonioni y de Bergman; quizás no esperaban escuchar la música serial de nuestros jóvenes compositores y esas apasionadas discusiones sobre estética en los seminarios de arte y en las mesas de los cafés. «Admirable revolución —dicen—. No permitan que nada la manche».

Les confieso que si antes esa observación nos enorgullecía, desde hace algún tiempo nos resulta irritante. No es sólo que haya una mezcla de paternalismo y recelo en ese afán de conservar intacta la imagen de una revolución inmaculada —la revolución no es una virgen ni está hecha por arcángeles— sino que, de alguna manera, nos convierte en simples vestales, guardianes de un fuego ya encendido, cuando debemos ser incendiarios, creadores de un fuego nuevo. Que a sólo noventa millas de la potencia imperialista más implacable de este siglo Cuba haya logrado conciliar supuestas autonomías —justicia social y libertad de creación, subdesarrollo y arte de vanguardia— sólo demuestra que ésta es una auténtica revolución dispuesta a forjar, en las tensiones del mundo moderno, un hombre liberado al fin de sus fantasmas. Por lo tanto, este clima de experimentación y libertad creadora nos ha ahorrado muchas discusiones inútiles y esa turbia estela de frustración y desaliento que deja tras sí la justicia cuando degenera en una pasión abstracta.

Pero ¿podemos darnos por satisfechos? Si nos limitáramos a evitar los errores, cumplir puntualmente con nuestro deber y esperar que se reconozcan nuestros méritos, ¿en qué nos diferenciaríamos de un aduanero de Bruselas o un comisionista de Buenos Aires? La responsabilidad presupone la libertad pero ésta presupone a su vez —para el intelectual de un país en revolución— el deber de inventar nuevas responsabilidades. El intelectual encuentra ahí su función específica y el sostén de su vocación revolucionaria.

Aurelio Alonso
(Cuba)

Desmercantilizar y desarrollar la creación : problemas

(Fragmentos)

El sistema mercantil justifica su subsistencia en el afianzamiento de su propia estructura, que produce los mecanismos de su autorregulación. El mecanismo de selección en la creación artística y literaria, sometida a las leyes del mercado en la sociedad capitalista o de dominio capitalista, gira en torno a la demanda. La gestión de la mediación (el editor, el empresario, etc.) ajusta la relación en función de sus intereses. A medida que gana prestigio y se consagra, por este mecanismo, un talento real, mayores son paradójicamente su independencia y su compromiso con la gestión mercantil. Es un proceso producido por el sistema y que ha probado su eficacia en la formación de casi todas las tradiciones culturales de nuestro tiempo. La dinámica de la cultura mercantil desnaturaliza la creación al hacer del producto cultural un valor de cambio; se pierden, además muchos más talentos en las ruedas del molino mercantil que los que se realizan, y aún muchos más sin llegar a enterarse siquiera de las reglas del juego. Al servirse de la demanda como indicador, se desconoce las posibilidades de extensión de la **aptitud marginal de consumo** del público, que regularmente no se corresponde con aquélla. Los socialismos no han logrado llegar muy lejos en cuanto a completar la desmercantilización de la producción. Pero aún la sola liquidación de este sistema de relaciones y este modo de vida no garantizaría la selección y el establecimiento de los valores perdurables.

Unas líneas atrás aludíamos a los talentos que se pierden en la maniobra mercantil. Sin embargo ¿cuántos se han recuperado o han visto favorecida su aparición? ¿cuál es la diferencia?, ¿cuántos se pierden ahora y por qué?

El socialismo no ha creado aún un mecanismo eficiente de **selección cultural**.

La mediación, expresión de la gestión pública, se convierte en una función estatal. Nueva categoría que halla razón de ser si se tiene en cuenta que la historia cultural se espontánea sólo en tanto se tome como punto de referencia las opciones del

creador y las del consumidor. La previsión institucional tiene que regularse en política cultural que garantice caminos para que esas opciones se hagan trascendentes en la plenitud de su validez. Que garantice que no se oficializan tendencias. Que garantice los caminos de la investigación y la experimentación. La categoría de funcionario se perfila en una dimensión no vista en otras estructuras sociales.

Este alto grado de responsabilidad funcionaria hace que se defina al creador como el productor de cultura; que la categoría orgánica de este campo de la historia es la de creador, no la de funcionario. Este conocimiento es necesario al creador, al funcionario creador y al funcionario no-creador, para preveer la subversión de ambas categorías que pueda resultar en la distorsión de la continuidad en que se defina en historia un programa no trazado (porque en materia de creación no se puede planificar con instrumentación aritmética). En consecuencia es un imperativo de la época estabilizar un mecanismo de selección que tenga cada vez mayor soporte en la participación del creador (de la vanguardia de la creación especialmente) y del público (a medida que la demanda exprese el desarrollo de su formación) y descanse menos en la función mediadora.

La organización del sistema de selección habría que buscarla. El método general: la crítica.

La tradición válida del pensamiento marxista se significa en la crítica de su época y en su propia crítica. La producción intelectual, la lógica de la creación, tiene que ser una lógica crítica. **No se trata de hacer de la crítica una institución sino de desarrollar una práctica crítica, una conducta crítica.** Se trata de que la demanda del público en formación sea cada vez más la resultante de la acción del ejercicio crítico individual. Se trata de que la creación sea cada vez más una creación crítica, auto-correctiva, expresiva del pensamiento de su época, rebelde a los lugares comunes y las verdades trilladas.

Comisión V. Sub-comisión II
(Declaración final)

**Problemas de la creación
artística y del trabajo científico**

I. La explotación colonial y neocolonial a que han sido sometidos los países del llamado Tercer Mundo tiene como consecuencia directa la deformación de todas sus estructuras sociales. La alienación cultural es también un resultado producido por estos siglos de opresión. El desarrollo pleno de los pueblos, impone la eliminación de toda forma de opresión nacional y de clase. La lucha contra estos males y sus causas es, por tanto, vital para las fuerzas populares y sus intelectuales revolucionarios.

Sólo una profunda revolución social permite establecer las bases de una reconstrucción de la nación y su cultura. A la violencia reaccionaria impuesta por el imperialismo y las oligarquías nacionales, debe responder, con un odio de siglos, la violencia revolucionaria de las masas populares. En el mundo actual, el imperialismo ha definido con su acción agresora la forma principal en que las fuerzas revolucionarias tienen que realizar sus tareas históricas: la lucha armada.

Esta lucha de liberación es, en sí misma, un resultado. Resultado cultural, en el sentido más amplio del concepto, resultado histórico, resultado político, también. En él han coincidido los esfuerzos seculares del pueblo, las guerras, el trabajo, las expresiones artísticas. Este arte ha sido un medio de afirmación de la personalidad del colonizado y del resurgimiento, o surgimiento, de la cultura nacional aplastada por la opresión; un protagonista de los combates por la libertad. Ha sido también, en cuanto arte, un enriquecedor espiritual de los pueblos.

Cada novela, poema, panfleto, que de alguna manera resulte expresión de las capacidades y del «ser para sí» del pueblo cobra un valor político específico, la conciencia nacional es un prólogo y un aporte a la lucha anticolonial y antimperialista. El ejercicio de la literatura y del arte constituye en sí mismo un arma, y el escritor, artista o pensador que resista las presiones y halagos de los neocolonizadores estará participando en un nivel de la lucha de su pueblo. Sin embargo la medida revolucionaria del intelectual está dada, en su expresión más alta, por su disposición para compartir, a todo riesgo, las tareas del combate de las masas revolucionarias.

El concepto de intelectual incluye, de manera especialmente destacada al político revolucionario. Los dirigentes políticos revolucionarios son intelectuales revolucionarios, y son la parte más destacada de la vanguardia social en tanto les corresponde la responsabilidad mayor, en alertar, organizar y dirigir a las fuerzas revolucionarias en la lucha contra el enemigo.

II. Las vanguardias culturales tienen responsabilidades específicas; en primer lugar, con la obra cultural propiamente dicha. Las diversidades de desarrollo de los países del Tercer Mundo hacen que el concepto de obra cultural comprenda desde la lucha por la lengua nacional, hasta la obra de creación artística y teórica. A través de esta obra cultural la vanguardia concreta su primera responsabilidad: contribuir al desarrollo de la cultura nacional.

Resulta imprescindible hacer dos salvedades; en primer lugar, el subdesarrollo y su secuela de atraso material y espiritual no puede ser entendido como una tradición, en segundo, la expresión «cultura nacional» no puede significar jamás en encasillamiento localista opuesto a los logros alcanzados por la humanidad en su historia.

Las vanguardias culturales tienen la obligación de poseer y defender una perspectiva internacional de la cultura. Ello les permitirá cumplir su tarea de incorporación de todo lenguaje válido producido en otras latitudes. En este sentido, las vanguardias no pueden perder de vista el carácter contradictorio de la producción cultural de las sociedades basadas en la explotación; toda actitud de rechazo o aceptación absolutas resulta, además de ingenua, contraproducente. Es imprescindible distinguir entre la verdadera cultura que en estas sociedades se produce —muchas veces tan crítica para con sus estructuras sociales que resulta un arma en sí misma— y la «cultura de masas» que ellas producen, y exportan, para servir al sistema. Esta última debe ser objeto de una oposición participante, puesto que opera directamente sobre el pueblo, las vanguardias no pueden ignorarla. A partir de la perspectiva internacional de la cultura y del dominio de la historia de su país, las vanguardias deben asumir su tarea de reelaboración crítica de la tradición. Existe el peligro de que en la defensa de los valores nacionales frente a la invasión de la ideología y las formas artísticas del país dominante, se reconozcan como auténticas, formas de expresión que sólo conservan validez en tanto que constancia histórica, pero que en determinadas circunstancias pueden convertirse en un freno a la evolución de la cultura nacional.

La obra de las vanguardias será el resultado de la conjunción de los lenguajes incorporados y los elementos temáticos que aporta la realidad sobre la que trabajan. Será un producto único e irreducible en el que el lenguaje mismo que se incorporó resulta modificado.

El combate cultural es solamente una parte de la lucha que en todos los terrenos enfrenta a los

pueblos con el imperialismo, por tanto la actuación de las vanguardias deberá estar siempre informada por una clara perspectiva política.

III. La toma del poder político no es más que el derecho a empezar a reconstruir la nación y su cultura. Se descubren entonces, en toda su brutal significación, las huellas de una situación social basada en el enraizamiento de la ignorancia. Todo intento de despegue nacional tiene en ella su principal freno, liquidarla es la tarea de orden. La educación, el trabajo productivo, y sobre todo la defensa de la revolución, que es la defensa de la cultura, son tareas comunes a todo revolucionario. Las vanguardias deberán asumirlas como una condición de existencia, con todos los riesgos y responsabilidades que ello comporta.

Pero en esa experiencia vital que le transforma, en esa participación imprescindible, no se resuelve el carácter específico de su tarea intelectual. Las vanguardias deben desarrollar una lucha por la descolonización; entender, al menos en principio, su país como un conjunto: los problemas (económicos, sociales, éticos) que el desarrollo acelerado plantea y la situación internacional en que se desarrolla. Esto le permitirá coincidir en la formación de una conciencia crítica que influya en crear una correcta perspectiva de desarrollo.

No se trata de formular una política cultural, sino de coincidir en la creación de condiciones en las que la producción artística pueda desarrollarse plenamente; y en consecuencia ir elaborando un hecho político que resulta de las necesidades de la creación misma.

Debemos partir del hecho de que es éste un objetivo central y que constituye la forma primera, fundamental y trascendente en que toda vanguardia cultural debe hacerse valer. La vanguardia debe aceptar los riesgos de la experimentación, el primero de los cuales es equivocarse, sin temor alguno: la discusión abstracta sobre un nuevo arte es ociosa. Se trata de luchar por nuevas condiciones sociales, y a partir de esta militancia crear con la más absoluta libertad a los más altos niveles de que se sea capaz. No importa cuan alejados puedan parecer éstos de las posibilidades inmediatas de las masas; ellas avanzan, y avanzan más rápido si tienen una meta clara a la que dirigirse. En este sentido la creación de las vanguardias debe funcionar como un verdadero arquetipo al que se debe tender. Desde el punto de vista de la lucha ideológica, la significación de la obra de las vanguardias se define sobre todo si aceptamos el hecho de que en el terreno del arte se lucha con obras de arte. No es despreciable tampoco la influencia que la producción de la vanguardia artística de una revolución puede ejercer en los planos nacional e internacional, y

sobre las nuevas generaciones, sin por ello disolver en estas significaciones el valor específico de las obras de vanguardia. La experimentación debe tomar en cuenta todos los caminos a partir de todos los logros. En este plano es necesario tener en cuenta las experiencias de las vanguardias políticas; éstas no pueden esperar que la conciencia revolucionaria exista en las masas para desencadenar el «pequeño motor» que moverá el conjunto de la «rueda dentada». De modo análogo las vanguardias culturales no pueden esperar a que una aguda conciencia estética exista en el pueblo para proponer e inducir estos logros.

En lo que concierne al plano ideológico la lucha ha de ser siempre una lucha de ideas y en ella nos encontramos, en primer lugar, con tres *ismos* de triste significación, y no sólo cultural como veremos, a saber: **populismo**, **ultranacionalismo** y **tradicionalismo**. Se trata, en rigor, de tres planos perfectamente interdependientes que forman un cuerpo ideológico que tiene que ver con la revolución en su conjunto. Tienen su base emocional, justa, en el deseo de «ir al pueblo», en un repliegue defensivo ante la agresión imperialista, y en el deseo consecuente de preservar la tradición, lo autóctono, como fuente de defensa. Estas intenciones, se presentan de modo ahistórico, abstracto, y por ende, falso. Pierden de vista, al operar con «lo que le gusta al pueblo», que el gusto se forma y que operamos sobre un gusto deformado durante años por los intereses imperialistas. Desconocedores de las estructuras contradictorias de las sociedades explotadoras, niegan sus culturas en bloque, impiden la incorporación de lenguajes y los trasplantes culturales, con lo que la cultura nacional, lejos de mantenerse pura, deviene cada vez más pobre, provinciana y débil. Desconocen que la tradición cultural se ha formado en un constante intercambio con culturas extranjeras; que existe una relación entre la tradición y determinadas estructuras socioeconómicas, que una revolución modifica aceleradamente, y que las tradiciones verdaderamente vivas no necesitan sobreprotección.

Estas tendencias dan lugar al cuerpo de ideas que fundamentándose en un tradicionalismo reaccionario pretenden paralizar la experimentación y búsqueda que un verdadero espíritu revolucionario supone y la necesaria tarea de inducción que a toda vanguardia política corresponde. Sería, sin embargo, un error de típico corte idealista pensar que se trata sólo de un equívoco teórico. La ideología a que nos referimos (que tiene una amplia base social) resulta de las condiciones que impone el subdesarrollo y que no son fácilmente superables. **Esto explica el predominio temporal del pensamiento ideológico sobre el científico.**

Por otra parte la necesidad de una revolución de orden social es tan obvia en los países subdesarro-

llados, que cuenta con la simpatía abstracta de casi toda la intelectualidad, incluso la que preferiría una revolución reformista, no violenta. Pero no hay opción, es sabido, que la única revolución posible, en sentido contemporáneo, es la revolución socialista. Los grupos intelectuales que no se la proponen como objetivo la tendrán en la práctica y puesto que no tienen otra opción frente a la presión imperialista, seguirán con ella, a remolque, nunca desde ella. Ellos son expresión y parte de la base social del liberalismo que se halla formada, en general, por otras capas de la población que en encuentran en circunstancias similares.

Vinculada esencialmente a la lucha política, a la defensa y desarrollo de su revolución, la vanguardia

mantendrá la investigación y experimentación más rigurosa paralelamente a la respuesta a toda necesidad inmediata. La improvisación, sin embargo, no será convertida en objeto de culto; algo que enseña y prueba a una revolución es su capacidad para no extender las necesidades de hoy a un mañana en que devienen irracionales.

La transformación radical de las estructuras sociales otorga entonces un sentido concreto a la libertad de creación, y da lugar a un público cada vez más capaz de compartir con el creador los riesgos de la investigación, de la audacia, del arte y del pensamiento que prefiguran, con la sociedad, esa posibilidad mejor de vida que acostumbramos a llamar futuro.

El imperialismo hoy

Jean-Pierre Vigier
y Georges Waysand

En la primera comisión del Congreso Cultural de La Habana (Cultura e independencia nacional), los físicos franceses Jean-Pierre Vigier y Georges Waysand presentaron un informe sobre Revolución científica e imperialismo, que suscitó una interesante discusión. De dicho trabajo extraemos su segunda parte, en la cual, después de haber expuesto la problemática de la revolución científica de nuestros días, Vigier y Waysand analizan algunas características nuevas del imperialismo actual.

Revolución científica e imperialismo

El imperialismo

Lo que queremos mostrar al tratar el problema del imperialismo, no es sólo su dependencia de la revolución científica, sino cómo esa dependencia determina la situación que nosotros conocemos, la cual está dominada por la lucha heroica del pueblo vietnamita. En efecto, aun cuando no lo mencionáremos, no se puede, no se podría ignorar que la guerra que saquea al Viet Nam plantea de manera trágica la necesidad de apreciar las condiciones objetivas que deben determinar la estrategia de los movimientos socialistas.

Hasta ahora, implícita o explícitamente, prevaleció la idea de que el agravamiento de las rivalidades interimperialistas, los éxitos políticos de los movimientos de liberación nacionales, en fin las contradicciones internas de los países capitalistas desarrollados, provocarán inevitablemente el derrumbamiento del sistema capitalista. Esto ha provocado el estado actual del movimiento obrero. Las aspiraciones en cuanto a la situación internacional, la concepción de las relaciones de fuerza a escala internacional hubieran dado lugar en su seno a expresiones muy distintas. Pero lo que hay en común es, en fin,

una concepción de **statu quo** que debilitó fuertemente el internacionalismo y que, en el momento decisivo, dejó a Viet Nam trágicamente solo. No podemos ignorarlo, de igual modo que no podemos ignorar que si en última instancia, la contribución de la Europa occidental a la lucha del pueblo vietnamita no es más, en el mejor de los casos, que un movimiento consciente de solidaridad política y material, es porque justamente sufrimos esa estrategia del **statu quo**.

Nadie aquí, lo esperamos, tiene la ambición de arreglar con palabras esas dificultades. Pero lo que sí podemos hacer es aclarar nuestras ideas y ver desde ahora lo que puede ser hecho.

El folleto de Lenin: **El imperialismo fase superior del capitalismo** domina la cuestión del imperialismo. El espíritu con que Lenin redactó esta obra es perfectamente claro: se trataba para él de forjar un instrumento de lucha y, por tanto, dar un análisis preciso eliminando las generalidades que enmascaran los mecanismos del fenómeno de la dominación imperialista. Lenin escribe: « Los razonamientos de orden general sobre el imperialismo olvidan o relegan a un plano secundario la diferencia esencial de las formaciones económicas y sociales, degeneran infaliblemente en banalidades huecas o redundancias como la comparación entre « la gran Roma y la Gran Bretaña »; incluso la política colonial del capitalismo en las fases **anteriores** a ésta se distingue fundamentalmente de la política colonial del capital financiero. »

Este trámite conduce a Lenin a caracterizar al imperialismo con cinco rasgos esenciales. Esos rasgos esenciales son, textualmente:

1. Concentración de la producción llevada a un grado de desarrollo tan elevado que creó los monopolios, cuyo papel es decisivo en la vida económica.
2. Fusión del capital bancario y del capital

industrial y creación, sobre la base de este « capital financiero » de una oligarquía financiera.

3. Exportación de los capitales a diferencia de la exportación de las mercancías, toma una importancia muy particular.

4. Formación de uniones internacionales monopolistas de capitalistas que se reparten el mundo.

5. Fin de la repartición territorial del globo entre las grandes potencias capitalistas.

(**El imperialismo, fase particular del capitalismo**, capítulo VII.)

Los puntos 1, 2, 4 y 5, es decir, la creación de los monopolios, el desarrollo del capital financiero, la formación de uniones internacionales, el fin de la repartición territorial del globo resumen los comentarios y explicaciones: se trata de un hecho suficientemente conocido. El asunto que se trata hoy es el punto 3, es decir, la exportación de los capitales.

Es un punto esencial y es una de las características dominantes de este cuadro económico del capitalismo —en vísperas de la segunda guerra mundial—, trazado por Lenin. La exportación de los capitales significa la inversión en las colonias para hacer fructificar el capital que ya no encuentra uso en las metrópolis imperialistas. La necesidad de la exportación de los capitales es el resultado, como explica Lenin, de la maduración excesiva del capitalismo. La creación de los monopolios al principio del siglo XX reunió un excedente de capitales en los países avanzados. Pero en estos países avanzados la agricultura es atrasada y las masas son miserables: una distorsión puede crearse en la capacidad de producción permitida por los capitales que acaban de ser multiplicados y la capacidad de consumo de las masas. Para evitar la crisis, hay que exportar los capitales, hace falta que el flujo de dinero vaya de las metrópolis hacia las colonias o a algún país como Rusia. Es en las colo-

nias donde hace falta hacer « trabajar » el capital. En efecto, no escatiman ningún medio : se crean las colonias de población. El mejor ejemplo es sin duda el de Francia después de la guerra del setenta : Alemania tomó los territorios del este de Francia. ¿Qué hace el gobierno? Manda a los alsacianos, trabajadores distinguidos, a Argelia. Para Lenin —vuelve sobre esto varias veces—, la exportación de los capitales es decisiva. El escribe : « Lo que caracteriza el antiguo capitalismo donde reinaba la libre concurrencia, es la exportación de las **mercancías**. Lo que caracteriza al capitalismo actual donde reinaba los monopolios, es la exportación de los capitales » (Cap. IV, primer párrafo).

Pero Lenin no se contenta con formar con ellos, el criterio de diferenciación entre los estados del capitalismo ; enseña todas las consecuencias de este estado de hechos : los capitales no siendo ya invertidos en las metrópolis, tienen tendencia a estancarse.

El burgués se hace un parásito que vive del fruto de los bonos de sus acciones. Lenin al examinar la situación de Inglaterra, el país capitalista más potente, constata que el deterioro de la producción es muy avanzado por el ritmo intensivo en que la exportación de los capitales se había practicado. El número de los rentistas se elevaba a un millón mientras que la proporción de los productos disminuía. De 1851 a 1901, cuando la población crece de 17,9 a 32,5 millones, el número de los obreros de las principales industrias varía solamente de 4,1 a 4,9 millones. En cincuenta años la proporción de productores ha disminuido ; de más de un 30 % se reduce hasta un 23 o un 15 % de la población total. El imperialismo es entonces la culminación del rentista. Es a la vez, en la crítica marxista, una evidencia muy fuerte. Cuando Bujarin empieza a escribir una « crítica de la economía marginalista » para hacerle frente a la audiencia de los traba-

jos de la escuela vienesa¹ muy naturalmente la intitula, cuando la publica en Moscú en 1919 : **La economía política del rentista**².

La lectura de esta obra dedicada a Lenin, es hoy por una parte ininteligible si uno precisamente no tiene presente la muy fuerte correlación que existía entonces entre rentista como fenómeno de masa y la exportación de los capitales, característica del imperialismo. Un análisis del imperialismo exige pues un examen de los mecanismos de producción del capital ; lo mejor es tomar el ejemplo de los EUA. La situación de EUA es la siguiente : el 5 % del total de las inversiones norteamericanas se encuentran en el extranjero. En 1963 menos de dos millares de millones de dólares salieron de EUA, mientras que la inversión interior en fábricas y equipos (excluidas las fincas y construcciones de edificios) alcanzó casi 40 millares de millones. Esto en sí enseña que nos hallamos en una situación muy distinta de la que existía en la Inglaterra victoriana. Esto no quiere decir que estas inversiones extranjeras no tienen importancia, traducen, al contrario, en parte, el dominio de los monopolios norteamericanos. Pero precisamente la repartición de esas inversiones en el extranjero es, también, muy distinta de la de los capitales ingleses a principio de siglo. De los 44 millares de millones de dólares de inversiones efectuadas en el extranjero hasta 1964 por Estados Unidos, 27,5 millares de millones estaban destinados a Canadá y a Europa occidental : menos de 2 % del conjunto de los capitales

1. Dominada por Böhm-Bawerk y donde Schumpeter hacía sus primeras armas.

2. Como en una amplia parte de la obra, N. B. se limita a una crítica ideológica del marginalismo. Pues aunque se haya empeñado en un atento estudio (había seguido las clases de Böhm-Bawerk) el estado de la sociedad capitalista no le permitía encarar un devenir serio de esta escuela, entonces en sus primeros balbucesos.

de los Estados Unidos en el extranjero están colocados en los países subdesarrollados (US Department of Commerce. **Survey of business**). Ya no es con los países « económicamente atrasados » que se produce el movimiento de inversiones de los capitales sino al revés, con los países capitalistas desarrollados.

Un último elemento en cuanto a la inversión en el extranjero : desde 1929 hasta hoy, el porcentaje de las inversiones norteamericanas en el extranjero en relación con el producto nacional bruto pasó del 1 % sólo durante los años 1938-1940 (donde alcanzó 2,2 %) y 1946-1947 donde alcanzó 3,8 %. Son periodos que corresponden a la preparación de la guerra en cuanto al primero ; al lanzamiento del plan Marshall en Europa en cuanto al segundo, es decir, dos situaciones muy coyunturales. Se puede criticar esta referencia a la noción de producto nacional bruto, que incluye en realidad servicios parasitarios y gastos improductivos, pero aquí sería un error puesto que nos colocamos desde el punto de vista del provecho. Por el contrario lo que se puede decir, es que este 1 % representa una cantidad de sudor, de lágrimas, de explotación, cuya sequedad se traduce mal. Pero como vamos a verlo, no es esto lo esencial de la explotación imperialista. En todo caso, el examen de las inversiones en el extranjero muestra que la exportación de los capitales ya no es un elemento esencial de estabilización del sistema.

La realidad es que hoy en día el movimiento de los capitales se efectúa en sentido inverso : el flujo del dinero sale de los países pobres para llegar a los países ricos.

Hoy todavía y a pesar de que los hechos abundan, esto parece paradójico. Es que en realidad se reduce demasiado a menudo la cuestión del movimiento de los capitales a uno solo de sus componentes : la inversión en el extranjero. También hay que

tener en cuenta los movimientos de capitales de Estados, los impuestos por las patentes y las licencias de explotación, el ingreso de los capitales colocados en el extranjero.

Uno es llevado a examinar el balance de los pagos. Diversos economistas han hecho este trabajo, el valor numérico de los resultados puede diverger pero todos están de acuerdo sobre un punto : el movimiento de los capitales se efectúa en sentido inverso.

Es así que un economista marxista paquistanés, Hamza Alavi, calculó, según los datos del balance de los pagos de los Estados Unidos que de 1950 a 1960 las entradas de capitales han equilibrado las salidas. La misma conclusión es dada para 1956-1958 por el departamento de economía y de asuntos sociales, en cuyo documento titulado « Movimiento internacional de los capitales **privados** en 1956-1958 » e indica : « El importe de los beneficios y de los dividendos repartidos por las empresas norteamericanas en el extranjero es muchas veces igual y a veces superior a las salidas de capitales norteamericanos destinados a las inversiones directas ».

Como se puede ver, este último dato aporta sobre el fin del periodo examinado por Alavi y habla únicamente de los movimientos de capitales privados, los que se equilibran solos.

Ya ningún economista pone en duda hoy este fenómeno de importación de los capitales. No basta hacer la constatación de ello, colocarlo como uno entre tantos y por fin hacer como si no existiera cuando se habla del imperialismo. El imperialismo presenta hoy un nuevo modo de explotación. La razón esencial es que, en los países capitalistas desarrollados, gracias a la revolución científica y técnica, la contradicción entre capacidad de producción y capacidad de consumo puede

ser resuelta en una amplia medida, puesto que la revolución científica permite regular la tasa de inversiones y la estructura del mercado, incluidos los gastos militares. Las recientes discusiones en Estados Unidos sobre la elección del nuevo sistema antiohete aportaron mucho sobre la amplitud de la inversión deseable; por razón de la coyuntura presente, el Ministerio de la Defensa se limitó a una opción « mediatizada ».

Desde el momento en que la contradicción producción-consumo no revestía ya la misma agudeza, era normal que los Estados capitalistas desarrollados importaran estos capitales en sus países. Esta « tendencia » está reforzada además por el hecho de que no sólo la producción y el consumo pueden ser ajustados sino también, en la competencia internacional, el avance tecnológico y científico es una forma de hegemonía. Permite en sí aumentar las tasas de provecho en el extranjero, y por tanto puede repatriar todavía más capitales. Es así que cuando una firma norteamericana quiere implantarse en Europa occidental, le basta aportar el promedio de un 10 % de los capitales necesarios, y encuentra los demás en el propio lugar. Para que esa tendencia se mantenga, es importante que subsista el « technological gap » (atraso tecnológico). De ahí la necesidad de continuar las inversiones en los propios Estados Unidos. El crecimiento permitido por la revolución científica hizo necesario la inversión en las metrópolis imperialistas.

¡ Allá los que no han respetado este imperativo ! Es el caso de Gran Bretaña : inmediatamente después de la segunda guerra mundial, el imperialismo británico tenía que hacerle frente a una alternativa : seguir, adaptándola, la política colonialista tradicional o al contrario, romper el sistema de las relaciones del Commonwealth y rejuvenecer el aparato industrial particularmente

anticuado (también es el caso de Bélgica). Por haber elegido la primera solución durante mucho tiempo, Gran Bretaña fue obligada a devaluar. El viraje del capitalismo francés en 1958 es también una característica de la agudización del problema de la asimilación de la revolución tecnológica y de la necesidad de las inversiones en la metrópoli. La importancia de las inversiones en los países imperialistas explica que mientras las tasas de crecimiento de población en los países subdesarrollados varían de 2 a 3 % al año, la parte global de estos mismos países en la producción industrial queda más o menos sin alteración (7,8 % en 1958 ; 8,3 % en 1965)³.

El vuelco del movimiento de los capitales no es un fenómeno coyuntural pero sí un fenómeno característico del imperialismo contemporáneo. A medida que crece la integración de la revolución científica —en el proceso de producción, y se alejan los contragolpes de la segunda guerra mundial—, parece que el movimiento de los capitales se acelera.

¿ Cómo se efectúa este movimiento inverso de los capitales ? Sobre todo en ingreso de las inversiones colocadas en el extranjero ; el examen efectuado por Harry Magdoff del balance de pagos de Estados Unidos muestra alrededor del periodo 1950-1965, que mientras que las inversiones norteamericanas representan 23,9 millones de millares de dólares, en el mismo tiempo han ingresado en Estados Unidos, gracias a estas inversiones, 37 millones de millares de dólares. Cuando se habla de la importancia de las inversiones en el extranjero, conviene, pues, indicar que son efectivamente importantes para nutrir el flujo de inversiones norteamericanas. Resulta de esta situación que el imperialismo ya no se

3. Organización de Naciones Unidas por el Desarrollo Industrial (ONUDI) : Problemas y perspectivas del desarrollo industrial. 13 de octubre de 1967.

presenta hoy como un monstruo agonizante sino como un monstruo que absorbe siempre más para asegurar su dominación. No hace falta hacer un largo discurso para constatar que desde el punto de vista de la agresividad esto no cambió nada. Lo que ha cambiado es que ya no basta con una independencia política formal para romper los lazos con el imperialismo. Todos los imperialistas nos enseñan que ellos han sabido perfectamente adaptarse a la situación creada por el acceso a la independencia en numerosos países. Por intermedio de las ayudas, de los préstamos, de las cooperaciones técnicas, han sido tejidas de nuevo relaciones de sujeción.

La exportación de los capitalistas significa para los países que son víctimas de ellos, no sólo la renovación de las relaciones de explotación, sino también la pérdida bruta de sustancia, la frustración de este excedente de trabajo, el cual es imprescindible para el desarrollo. La exportación de los países pobres está pues reforzada: su trabajo sirve para reunir una parte de los capitales que permiten la acumulación de la riqueza de los países imperialistas.

El examen de las inversiones norteamericanas y de los beneficios para el periodo 1950-1965 ingresados en Estados Unidos es particularmente elocuente:

	Europa	Canadá	América latina	Otras regiones
Inversiones aportadas por Estados Unidos (millares de millones de dólares)	8,1	6,8	3,8	5,2
Ingreso de los repatriados a Estados Unidos (millares de millones de dólares)	5,5	5,9	11,3	14,3
Flujo resultante	+ 2,6	+ 0,9	- 7,5	- 9,1

Como se ve, esta tabla confirma la opinión de que Estados Unidos ha sacado de América latina en 1965 dos millares de millones de dólares, mientras que no transfirieron ayuda incluida más que 1,6 millares de millones.

Si examinamos ahora brevemente las consecuencias del nuevo imperialismo, la relación con la revolución científica aparecerá más nitida puesto que se trata de fenómenos mejor conocidos.

Existe, por ejemplo, el problema del intercambio desigual: es decir, de la degradación absoluta del precio de los productos propuestos por los pobres en el mercado, mientras que al mismo tiempo los productos propuestos por los países ricos se hacen cada día más elevados. El « envejecimiento acelerado » que es una de las reglas esenciales de la gestión

capitalista contemporánea, crea productos siempre más elaborados donde la importancia de la investigación de desarrollo es muy grande; esto hace que los precios aumenten por el simple juego de las leyes del sistema. Conviene añadir que cuando el producto es radicalmente nuevo, la innovación es también un factor de alza. En los diez últimos años, el precio de las materias primas, fuente esencial de los países subdesarrollados, disminuyó un 25 % mientras que los precios de los productos industriales aumentaron un 50 %. De ello resultó que la deuda exterior de las 97 naciones subdesarrolladas pasó de 9 millares de millones de dólares en 1955 a 30 millares de millones de dólares en 1963 y a casi 40, hoy. Si quisiéramos elaborar un cuadro completo de la situación en este terreno haría falta también indicar

que este aumento general de los precios de los productos manufacturados no eliminó las prácticas más tradicionales del colonialismo. A la explotación de tipo clásico se añaden hoy nuevas formas de saqueo. Lo que caracteriza la situación presente es precisamente la simultaneidad de esas prácticas que tienden a asegurar la estabilidad del sistema. Del mismo modo que en los países capitalistas y europeos los dirigentes se esfuerzan por restaurar los mecanismos de mercado, se puede decir que el funcionamiento actual del imperialismo tiende a oponerse a la evolución, descrita por Lenin, al sostener con el « technological gap » la exportación de las mercancías. Uno de los aspectos más nuevos de este saqueo es sin duda el « drenaje de los cerebros » (brain-drain), que ilustra la importancia que dan los capitalistas al control de la actividad científica y técnica. Como lo constató el Dr. Parkins, consejero del presidente Johnson en cuanto a la ayuda al Tercer Mundo, en un informe oficial :

« La política de inmigración de los Estados Unidos, ha cambiado. Ya no se trata de un llamado del tipo « Denme sus pobres, sus masas sin esperanza » ; ahora decimos : « Denme sus ciudadanos más brillantes, más sabios, más talentosos, nuestras máquinas harán el trabajo manual » . »

Los Estados Unidos drenan precisamente la capa de hombres más necesaria al Tercer Mundo. De los ingenieros y sabios inmigrados a Estados Unidos entre 1949 y 1961, más del 60 % provenían de los países subdesarrollados. De los 11 206 emigrantes de Argentina, por ejemplo, entre 1951 y 1963 más del 50 % eran ingenieros calificados, 15 % administradores de categoría superior.

En 1965⁴ el presidente Johnson firmó una nueva ley sobre la inmigración refundiendo la famosa reglamentación de 1920 y liberalizando las condiciones de admisión de

las personas « de capacidad excepcional en las profesiones, las artes y las ciencias ». Al presentar el proyecto, el secretario de Estado, Dean Rusk no midió sus palabras : « Nuestro país tiene la escasa suerte de poder atraer del extranjero inmigrantes de elevada inteligencia y capacidad : la inmigración, si está bien administrada, puede ser uno de nuestros mayores recursos nacionales... »

La administración de la inmigración se ha hecho efectivamente « sofisticada » inmediatamente después del golpe de Estado de junio de 1966, las universidades norteamericanas mandaban ofertas a los científicos que rehusaban prestar juramentos de fidelidad al general Onganía, ministro de Educación.

La inmigración de los científicos y de los ingenieros se produce al ritmo de 6 000 por año hoy contra 1 500 en 1950. No sólo los países pobres son privados de los cuadros necesarios pues hay que tener en cuenta también el hecho de que cada emigrante representa una pérdida bruta de gastos de enseñanza.

La primera consecuencia de esta situación es la aceleración del subdesarrollo. Los países pobres se hacen cada día más pobres, los países ricos, se hacen cada día más ricos. Consecuencia necesaria del auge del progreso técnico, las « tijeras » no cesan de abrirse entre los países que franquearon el nivel de la revolución técnica y los antiguos países colonizados que se sofocan en vano para alcanzarlo. Al contrario, de hecho todo pasa como si les fuera cada día más difícil acceder a ello. El informe de ONUDI ya citado, indica que la situación de los países pobres presenta en cuanto al desarrollo industrial « algunos aspectos sombríos ». La FAO constata una disminución de la producción alimenticia por habitante del Tercer Mundo. Su secre-

4. Véase *Le Monde*, p. 7, 26 de agosto de 1967. « Cerveaux à vendre ». Alain Merclier.

tario general escribió hace tres meses : « Las dos últimas campañas de cosecha han dejado reducido a la nada los pocos progresos que los países en vía de desarrollo habían podido realizar desde hace unos diez años en lo que se refiere a la producción alimenticia por habitante ». El GATT en su informe publicado el primero de octubre sobre « El comercio internacional en 1966 » explica que estos mismos países no han visto sus intercambios comerciales crecer tan rápido como los de los países desarrollados y que hay que esperar que ellos serán las primeras víctimas de la detención del crecimiento observada en los países industriales en 1967. El problema sería llevar los países a un cierto nivel a partir del cual éstos podrían « despegar ». Se trataría pues, solamente, de llevar con una ayuda técnica apropiada, unos cambios en las estructuras de la agricultura, del artesanado y de los usos, de elevar el nivel cultural para entrar en la carrera alegre de los poseedores. ¿ Cómo explicar entonces que la « ayuda » abastecida no haya podido siquiera contener la degradación de la situación de estos países ? La realidad es otra. Para « despegar » los llamados países subdesarrollados deben efectivamente franquear un cierto nivel técnico pero para ello hace falta invertir completamente la política de inversión, es decir, atacar el proceso de acumulación y por eso fundamentalmente las estructuras capitalistas en sí. Esto es, porque, como lo hemos señalado, la independencia política no puede ya tener sentido y el alcance que implicaba antes. Es también lo que hace caduco toda política cuyo eje estaría constituido por la alianza de las capas populares y de las supuestas « burguesías nacionales » ; esto no por rehusos maximalista o « revolucionarista » de nuestra parte, sino sencillamente porque el análisis de las formas y contenido actuales del imperialismo indican eviden-

temente la inconsistencia de tal estrategia. Que uno se coloque al nivel del análisis fundamental o que uno entienda los aspectos más visibles de su funcionamiento, demuestra hoy que el imperialismo integra la revolución científica al beneficio del mantenimiento de su dominación. Esto indica que el subdesarrollo no es de ninguna manera el hecho de que un cierto número de países tengan un determinado atraso con relación a otro o que exista de cierto modo un desnivel **histórico**, como lo sostienen algunos economistas como W.W. Rostow al distinguir en la evolución social y económica de cualquier región del mundo cinco fases de desarrollo, suponiendo así que la historia social de toda región del mundo es siempre la misma. La situación actual de los países subdesarrollados no tiene nada que ver con las fases anteriores del desarrollo industrial en los países capitalistas desarrollados. A diferencia de la Europa del siglo XIX, los países subdesarrollados deben hoy hacerle frente a la presión de las grandes firmas internacionales que esclavizan su mano de obra, explotan sus fuentes de materias primas y exportan sus beneficios : el cuadro que hemos enseñado anteriormente muestra que estas firmas exportan tres veces más dólares de lo que traen los países subdesarrollados. Las presiones son enormes por el solo hecho de la dimensión de estas firmas. La cifra de negocios de la General Motors representa el presupuesto total de 35 países subdesarrollados. La Europa del siglo XIX no estaba sujeta a un capitalismo exterior.

Un segundo elemento no permite tomar en consideración la asimilación del subdesarrollo a un atraso histórico (aunque este atraso exista y haya sido el origen). El auge demográfico que se observa en los países subdesarrollados es la consecuencia directa de los desequilibrios provocados por el imperialismo a principio de siglo.

La industrialización en Europa no rompió el ajuste de las tasas demográficas con los recursos disponibles. El subdesarrollo no es una escoria del siglo XIX en un mundo que se dirigiera hacia la abundancia, es una parte de la realidad moderna. Hay una relación de causa y efecto entre la situación de los países capitalistas desarrollados y los países subdesarrollados.

El auge demográfico como exportación del excedente económico hace que la situación de los países subdesarrollados sea la de unos países que tienen un potencial productivo subutilizado. La escisión entre países ricos y países pobres no hace más que incrementarse. « El ingreso medio por habitante en más de 40 naciones del mundo, en los países subdesarrollados no pasa hoy de \$ 120 (dólares) al año. El ingreso medio por habitante en Estados Unidos es de más de \$ 3 000 (dólares). Es decir, una diferencia de 2 000 % » ; estas cifras fueron citadas por McNamara⁵ en febrero de 1967 ; y añade : « Una cifra tan fabulosa es una cifra volcánica que... no puede faltar en tener consecuencias explosivas... Si las naciones ricas del mundo no hacen un esfuerzo intenso y coordinado para llenar el vacío que se ahonda entre las dos mitades del planeta, ninguno de nosotros podrá asegurar ya la seguridad de su país ante las catástrofes que serán inevitables, ante las olas de violencia que se llevarán nuestras defensas. El caos económico que podemos prever ante tales disparidades es más amenazador para la seguridad de los Estados Unidos que las armas atómicas chinas. »

Llegamos aquí a uno de los callejones sin salida de la política imperialista : para mantener su dinamismo, la economía capitalista engendra disparidades cada vez mayores (no sólo entre países ricos y pobres, sino también en los mismos países capitalistas desarrollados las distancias se

incrementan). La amplitud de esas disparidades serán motivo esencial de las « explosiones » del futuro. Para hacerle frente en esta conferencia McNamara evoca la ayuda, la cual es el pastel de crema del subdesarrollo : lo echan en la cara de uno para ocultar las realidades. La primera realidad es que no existe ayuda cuando se da con una mano y se quita más con la otra. La realidad es que hay que mirar de cerca lo que se llama ayuda.

Los presupuestos de los países que deciden la « ayuda » colocan bajo esta denominación gastos de naturaleza distinta. Es así que son considerados como ayuda :

- Los gastos militares, muchas veces muy importantes : la ayuda militar de EUA a América latina representa por sí sola el 6 % de toda la ayuda de EUA al extranjero. Es notorio que esta ayuda permite dar salida a los excedentes pasados de moda.
- Los gastos de interés común.
- Los gastos de representación.
- Los gastos de jubilación.

Cuando se descuentan estos importes de la « ayuda » inscrita al presupuesto, se obtienen reducciones espectaculares. Es así que para Francia, que gusta en darse la apariencia de una potencia no imperialista, se puede sacar el cuadro siguiente :

	« Ayuda total » en millones de F (\$ 0.02)	« Ayuda real » ⁶ en millones de F (\$ 0.02)
1960	11 859	5 444
1961	11 981	5 629
1962	11 211	5 478

5. Robert McNamara. Seminario en Jackson (Mississippi).

6. Tal y como está definida por la CAD de la OCDE. *Technique et démocratie*, octubre de 1967, p. 16.

Como se ve hay que aplicar un coeficiente de corrección de 50%. No disponemos de las cifras relativas a los Estados Unidos, pero es verosímil que un coeficiente de importancia igual, si no superior, debe aplicarse a este caso.

En 1960 las Naciones Unidas habían manifestado el deseo de que los países ricos dedicaran el 1% de sus recursos a la ayuda a los países subdesarrollados. Actualmente estamos lejos de la cuenta, la ayuda a los países subdesarrollados expresada en porcentaje del ingreso nacional no cesa de disminuir. Raul Prebisch, secretario general del CNUCED, ha podido declarar este verano que el decenio del desarrollo deseado por las Naciones Unidas en 1960 es en realidad el de la frustración.

El aspecto más claro de la ayuda es que se trata siempre de una ayuda ligada: el país que recibe la ayuda debe comprar al país que la brinda. Lo que está puesto en evidencia con menos frecuencia es que, aun si esta ayuda no está acompañada de condiciones políticas o económicas precisas como a veces ocurre, contribuye implícitamente al mantenimiento de las estructuras existentes en los países subdesarrollados donde muchas veces las relaciones de producción asocian de manera exorbitante determinados rasgos del feudalismo y del capitalismo: ver el sistema de las jornadas de trabajo en América latina para los campesinos. Unas minorías extraen lo esencial de las riquezas del país e incrementan más su miseria al colocar sus capitales en el extranjero y al importar objetos de lujo. Son esas minorías a quienes se les ayuda cuando se practica la «ayuda desinteresada». Se entiende la perplejidad que puede levantar la repartición de la ayuda de los países socialistas. El problema en lo que se refiere a las relaciones entre países ricos y pobres no es tanto de saber si la ayuda proviene de un país

capitalista o socialista sino de saber si contribuye a un reforzamiento del sistema de explotación o al respaldo de una experiencia socialista. El origen de la ayuda no es suficiente; si se le brinda a un país controlado por una minoría, la ayuda no es más que el mantenimiento del **statu quo**.

Se quiera o no, la cuestión del subdesarrollo se plantea hoy en términos de lucha. El funcionamiento del sistema imperialista no permite esperar que los países subdesarrollados incluidos en el mercado mundial capitalista, puedan salir de su situación. Asistimos precisamente al fenómeno inverso. Incluso Europa occidental se está atrasando en su desarrollo con relación a los Estados Unidos. Las proposiciones de carácter reformista sin hablar de los aspectos técnicos que puedan presentar, son callejones sin salida. ¿Cómo podemos esperar, por ejemplo, que se pueda ver una refundición del sistema monetario internacional cuando se ve la locura que provoca el debate actual? La única salida es la lucha por el socialismo así como lo anota Le Duan al evocar estas cuestiones, en ocasión del 50º aniversario de la revolución de octubre: «Hoy la independencia nacional debe estar necesariamente ligada al socialismo.»

Un periodo nuevo de lucha se abre en el centro mismo de los antiguos países coloniales esclavizados bajo el yugo del neocolonialismo. La lucha de masas contra las burguesías y las burocracias locales resurgirá necesariamente, es la gran lección que se saca del análisis del imperialismo contemporáneo.

Conclusiones

Para concluir queremos señalar algunos puntos que resultan del análisis que nosotros acabamos de hacer.

En primer lugar, está claro que los mecanismos que pesan sobre el subdesarrollo, y la creciente miseria —la mayor parte de los hombres de nuestro tiempo—, se deben a la naturaleza profunda del imperialismo y del capitalismo de nuestra época: es decir, al imperialismo y al capitalismo de la hora de la revolución científica. No es pues ni posible ni serio pretender resolver a fondo los problemas de los países subdesarrollados (es decir, de la masa de los hombres de Africa, Asia y América latina), solamente con una «ayuda» material y técnica de los países avanzados a los países subdesarrollados. Para salir del subdesarrollo no existe otro camino que el de romper con el sistema, comprometerse con el camino revolucionario de las luchas de liberación nacional aunque esto sea difícil. Viet Nam, Cuba y otros, han abierto el camino. Sin independencia nacional real, no hay desarrollo posible en ningún campo.

En segundo lugar, nosotros creemos que hay que tener en cuenta, en relación con los problemas que ha traído como consecuencia la revolución científica moderna, una posición exactamente inversa a la posición defendida por la inmensa mayoría de los ideólogos burgueses y neosocialdemócratas. Sin revolución social el progreso científico no es capaz de resolver los problemas de la época. El desarrollo de la ciencia y de la técnica dentro del marco de las estructuras sociales actuales acrecienta, en lugar de disminuir, las contradicciones de nuestro tiempo. Dentro del marco imperialista la explosión científica abre nuevos periodos de luchas y alimenta el antagonismo entre las fuerzas imperialistas dirigidas por los Estados Unidos de América y del resto del mundo. Este antagonismo no solamente opone los Estados Unidos al Tercer Mundo. Se extiende también progresivamente a los países avanzados. Nuevas contradicciones entre Euro-

pa y los Estados Unidos se desarrollan, las cuales, convenientemente analizadas y explotadas, deberán permitir expandir a los países avanzados, la lucha antimperialista.

A la inversa, no es posible aceptar la subestimación sistemática de esos mismos ideólogos (cualquiera que sea la filosofía que ellos profesen) por el papel que debe jugar la ciencia en la edificación de la ideología revolucionaria.

El ritmo de progreso del conocimiento ha cambiado de naturaleza.

Las relaciones entre el conocimiento y la filosofía se modifican. El tiempo de los pensadores solitarios ha muerto. Ha muerto también la posibilidad de descubrimientos a fuerza de citas de textos sagrados, por marxistas que éstos sean.

En tercer lugar, el problema decisivo del momento es el de unificar la lucha contra Estados Unidos: al mismo tiempo en el Tercer Mundo y en los países industrialmente avanzados.

Los intelectuales que se dicen progresistas, socialistas, revolucionarios, pueden hacer mucho por acelerar las cosas. Entre las dos primeras guerras mundiales, diferenciación entre la izquierda y la derecha se basó en el problema del fascismo. Hoy en día se basa en el problema del imperialismo norteamericano.

En Europa occidental, como dondequiera hoy en día, las luchas políticas e ideológicas que se dicen socialistas, no serán consecuentes si ellas no le hacen frente explícitamente a los problemas que hemos señalado aquí. Es necesario retomar la concepción internacionalista de la lucha revolucionaria. Lo más importante que Marx y Lenin han aportado a los hombres que luchan, es el concepto de internacionalismo. Muchos intelectuales de occidente, ante la situación del movimiento obrero, se han refugiado en lo que podemos llamar una actitud «de Tercer Mundo», verbal-

mente revolucionaria : la revolución es para los otros. Otros no ven qué otra cosa pueden hacer, más que la ayuda técnica y científica. Nosotros creemos que se puede hacer mucho más a la vez sobre el terreno científico (es desde luego necesario utilizar la técnica para virar el arma de la ciencia contra las fuerzas de represión del imperialismo) y sobre el plano político, retomar el internacionalismo, esto es, por ejemplo, asociar el sostén político a Viet Nam en lucha con las batallas políticas internas de los países avanzados.

Ante nuestros ojos maduran las condiciones objetivas que ayudan a comprender que la lucha ant imperialista, la lucha contra la ofensiva creciente de los Estados Unidos, no es una simple cuestión de relaciones internacionales, sino la condición necesaria para toda transformación verdadera de la sociedad. Así cada vez es más y más necesario que el problema de la lucha contra los Estados Unidos constituya el preámbulo indispensable de las batallas políticas dentro de los países avanzados.

Crear uno, dos, tres Viet Nam, quiere decir, en el nivel de los países industriales avanzados, crear, con prioridad, focos de oposición al desarrollo de la dominación de los Estados Unidos, luchar para crear condiciones revolucionarias que conduzcan a la ruptura con los dirigentes de la socialdemocracia y del centroizquierda que constituyen el ala izquierda del partido proamericano en Europa occidental. Los intelectuales deben comprender que el camino de todo progreso cultural y social atraviesa indefectiblemente por la lucha ant imperialista, por la crítica implacable de la naturaleza y de los objetivos de Estados Unidos.

De tales posiciones se desprende, bastante frecuentemente en Europa, el escepticismo y la ironía. A nombre del realismo político, disimulado bajo un lenguaje progresista,

se quiere hacer aceptar la dominación de los Estados Unidos. Tal « realismo » no es serio. En un mundo donde crecen las contradicciones, donde se multiplican los enfrentamientos, un pequeño pueblo de campesinos de Asia, atacado por la mayor potencia que el mundo jamás ha conocido, está en el camino de vencer en el terreno que él ha escogido. En Viet Nam la prolongación de la lucha revolucionaria de todo un pueblo, enfrentando hombres con su genio y su coraje a las armas manejadas por los marines o los paracaidistas, ofrece la posibilidad al conjunto del campo socialista de recobrase. Ha permitido la toma de conciencia del movimiento negro en los Estados Unidos y el desarrollo de la batalla contra la guerra. Ha creado las primeras condiciones para la unificación de todas las fuerzas que hoy en día se dirigen en el mundo para barrer la explotación.

En el año 1967, los dirigentes de los Estados Unidos se han quitado la careta : El 6 de julio de 1967 el presidente L. B. Johnson comentaba ante los periodistas la situación prepotente de su país, explicando que con el 8 % de la población del globo, la mitad de sus riquezas, un tercio de las vías férreas mundiales y dos tercios de los automóviles, el 92 % de la población del universo soñaría con estar en su lugar (lo cual es falso). Y el secretario de Estado, McNamara sacaba la conclusión siguiente el 16 de noviembre de 1967 (lo cual es cierto) : que en los años venideros los pueblos opondrían a los Estados Unidos la lucha guerrillera, y agrega que los Estados Unidos deben vencer en Viet Nam para probar a los hombres de Africa, Asia y América latina que la lucha no paga.

Así pues las cartas están sobre la mesa ; la elección de cada cual es muy clara según nuestro punto de vista. No hay otro camino que el de la lucha. Por el momento el destino del mundo, la suerte de la revo-

lución, de la libertad de todos los hombres, se juega en los arrozales bombardeados de Viet Nam del Sur, en la jungla que arde

y en las ciudades bombardeadas del Norte. El pueblo vietnamita se bate por nosotros. Su victoria total será la victoria de todos.

Declaración general del Congreso Cultural de la Habana

1

Pocos meses después de que el comandante Ernesto Che Guevara cayera cumpliendo gloriosamente lo que él mismo calificó como « el más sagrado de los deberes: luchar contra el imperialismo, dondequiera que esté »; al mismo tiempo que el pueblo de Viet Nam demuestra cada día con su acción que el triunfo contra ese imperialismo es posible, intelectuales de setenta países se han reunido en La Habana para examinar los problemas de la cultura en relación con el Tercer Mundo.

El que esta reunión sin paralelo se haya producido en un país en revolución, bloqueado y atacado, en un ambiente de libertad y discusión fraternales, prueba otra vez que defender la revolución es defender la cultura. El que intelectuales de todo el mundo hayan fijado su atención en la problemática de un Tercer Mundo en lucha o en trance de estarlo, prueba otra vez que la cultura de todo el mundo tiene su posibilidad mayor de desarrollo allí donde las fuerzas que se le oponen sean derrotadas. El mundo es un todo, y del triunfo contra el enemigo común depende el futuro. Pero es en los países del Tercer Mundo donde está teniendo lugar hoy la manifestación más alta de la cultura: la guerra popular en defensa del futuro de la humanidad.

Las discusiones han servido para confirmar que el llamado subdesarrollo es sólo una consecuencia del dominio económico y político de unos países por parte de aquellos otros que, en el curso del proceso

histórico, han tenido la oportunidad de un crecimiento económico más rápido y se han constituido en centros, ayer coloniales y hoy imperialistas. El subdesarrollo no es, por tanto, un crecimiento más lento de ciertas economías que se retrasaron con respecto a las otras, sino la consecuencia de la deformación de las estructuras económicas y sociales impuestas a los países llamados subdesarrollados por la explotación directa o indirecta características del colonialismo de ayer y del neocolonialismo imperialista de hoy.

El imperialismo norteamericano es, en la actualidad, el representante sangriento de esa opresión.

No es sólo el retraso económico y la miseria lo que el subdesarrollo determina en los países que lo sufren, sino también consecuencias dramáticas en el orden de la cultura. El analfabetismo popular y la carencia de oportunidades para el acceso del pueblo a la educación y por tanto a las manifestaciones del arte y de la ciencia, van acompañados de un verdadero genocidio cultural.

Los opresores extranjeros utilizan todos los recursos para sustituir los valores culturales del país en que penetran, prohíben el idioma nativo, falsifican la historia y aplastan o desfiguran las mejores tradiciones nacionales, impiden el intercambio cultural con el resto del mundo, sin excluir los contactos con las manifestaciones culturales valiosas y progresistas del país dominante.

Esta cultura degradada se convierte en un instrumento más de la explotación. La corrupción intelectual y moral de los hombres de cultura de los países subdesarrollados es el objetivo de los dominadores. La sumisión ideológica a los valores impuestos desde fuera, prevalece en las zonas menos firmes de la intelectualidad nacional. Por otra parte, como los pueblos se niegan a ser dominados por el imperialismo, éste apela a métodos de gobierno descarnadamente dictatoriales. Los intelectuales son así perseguidos y reprimidos de manera brutal en cualquier intento de exponer lúcidamente los sentimientos y aspiraciones de su país, lo que convierte su actividad cultural en un acto de lucha.

La dominación neocolonial y colonial influye, a su vez, sobre los intelectuales del país subdesarrollante, y los imperialistas pretenden convertirlos, junto a sectores del movimiento obrero en cómplices de la explotación de otros pueblos. El desarrollo técnico de los países capitalistas, y las ganancias extraordinarias que obtienen en el Tercer Mundo, permiten a sus clases dirigentes realizar concesiones económicas para neutralizarlos e incorporarlos al marco común de la explotación. Pero así como los obreros sometidos a esas influencias siguen siendo, en lo esencial, explotados, aunque esa explotación resulte sutilmente encubierta, así los intelectuales de esos países adquieren, de modo creciente, conciencia de su verdadera situación, y comprenden que es deber suyo denunciar y no encubrir la política agresiva de sus gobiernos.

La eliminación del subdesarrollo se convierte, por ello, en un hecho vital para los intelectuales —creadores y científicos— de todo el mundo. Interesa a los escritores, artistas, investigadores y científicos de los países explotados; a los de la minoría de los países que se benefician de esa explotación, y —naturalmente—, a aquellos que

viviendo en países que han hecho una revolución socialista, no pueden asistir pasivamente a un drama del cual, por múltiples razones, son también protagonistas.

El Congreso ha puesto de relieve que en las actuales condiciones históricas de Asia, Africa y América latina, hay que quebrar las dependencias de carácter colonial y neocolonial. Y este cambio revolucionario que expulse a los dominadores y a sus cómplices, sólo puede llevarse adelante mediante la lucha armada, lo que hace que la violencia revolucionaria, y en particular esa lucha armada, se convierta en una necesidad donde existe esta situación.

En la lucha de liberación y su desarrollo, se afianzan y crecen los elementos de una auténtica cultura nacional. La tradición desempeña un doble papel. En la defensa de los valores nacionales frente a la invasión de la ideología y formas artísticas del país dominante (muchas de ellas banales y corrompidas manifestaciones de una seudocultura comercial, como ocurre en la penetración de los Estados Unidos), pueden tomarse como elementos válidos de la tradición cultural, lo que no son sino manifestaciones folklóricas, valiosas como constancia histórica del proceso cultural, pero paralizadoras y retrasantes en el camino de un progreso verdadero.

Por otra parte, una visión pretendidamente « universalista » puede conducir a que se prescindiera de los rasgos y aportaciones válidas del pasado cultural, aquellos que sirvan como impulsores y que puedan ser integrados a las nuevas corrientes universales en un proceso natural de simbiosis que es, en definitiva, la nota común de toda cultura en cualquier país de la tierra.

Huir del nacionalismo estrecho y del universalismo imitador es la tarea de quienes se esfuerzan por contribuir en los países del Tercer Mundo al florecimiento de una cultura con raíces propias y amplios horizontes.

En la lucha por la liberación nacional y la creación del socialismo, se desenvolverá la batalla ideológica.

Aunque el racismo es anterior al imperialismo moderno, éste se ha aprovechado de su herencia y la ha reelaborado a los fines de predominio y explotación hasta convertirlo en parte esencial de su propio sistema.

Mantenedores del racismo en su propio país, los imperialistas norteamericanos emplean la violencia más brutal contra la lucha creciente de su población negra.

El Congreso, al saludar esta lucha de la población negra norteamericana contra sus opresores racistas, al condenar todas las otras formas de racismo, subraya que la eliminación del racismo está indisolublemente ligada a la desaparición del imperialismo y que, como lo demuestra la historia, sólo cuando desaparezca su base económica, es decir, en una sociedad sin opresores, se hará posible la desaparición completa del racismo.

2

El Congreso ha dado oportunidad a los intelectuales que en él se reúnen de examinar los deberes que dimanen de la situación contemporánea.

Los intelectuales de los países del Tercer Mundo tienen insoslayables deberes de lucha que comienzan con la incorporación al combate por la independencia nacional y se hacen más profundos en la medida en que, lograda ésta, los pueblos se encaminan a la realización de más altos objetivos de la emancipación social.

Si la derrota del imperialismo es el prerrequisito inevitable para el logro de una auténtica cultura, el hecho cultural por excelencia para un país subdesarrollado es la revolución. Sólo mediante ésta puede concebirse una cultura verdaderamente nacional y es dable realizar una política

cultural que devuelva al pueblo su ser auténtico y haga posible el acceso a los adelantos de la ciencia y al disfrute del arte; por ello, no hay para el intelectual que de veras quiere merecer ese nombre otra alternativa que incorporarse a la lucha contra el imperialismo y contribuir a la liberación nacional de su pueblo mientras padezca todavía la explotación colonial.

En esa lucha hay formas muy diversas de participación, pero sólo podrá llamarse intelectual revolucionario aquel que, guiado por las grandes ideas avanzadas de nuestra época, esté dispuesto a encarar todos los riesgos a para quien el riesgo de morir en cumplimiento de su deber, no constituya un freno a la posibilidad suprema de servir a su patria y a su pueblo.

Si el ejercicio digno de la literatura, del arte y de la ciencia constituye en sí mismo un arma de lucha y el intelectual que resista a los halagos y las amenazas del dominador externo y las oligarquías nacionales podrá sentirse satisfecho de ejercitar su tarea intelectual con dignidad, la medida revolucionaria del escritor nos la da, en su forma más alta y noble, su disposición para compartir, cuando las circunstancias lo exijan, las tareas combativas de los estudiantes, obreros y campesinos. La vinculación permanente entre los intelectuales y el resto de las fuerzas populares, el aprendizaje mutuo, es una base del progreso cultural.

La carencia de cuadros en los países subdesarrollados obliga al intelectual a convertirse él mismo en divulgador y educador ante su pueblo, sin que esa entrega militante signifique la rebaja de la calidad artística de su obra o de su investigación y servicio científicos, que constituyen también su alta responsabilidad.

Los intelectuales de los países desarrollados tienen a su vez deberes apremiantes hacia el Tercer Mundo.

Si el subdesarrollo es una resultante, si

los pueblos del Tercer Mundo sufren a consecuencia de la explotación imperialista, no hay dudas de que la lucha de los intelectuales de estos países en favor de aquellos que sufren el subdesarrollo tiene un doble carácter. En tanto que, víctimas de una situación cultural que les afecta como miembros de la sociedad dominante, los intelectuales han de convertirse más y más en luchadores activos contra las fuerzas que en su propio país dirigen la sociedad. Luchar junto a las fuerzas populares es para el intelectual de los países capitalistas un deber inexcusable que se une a su participación en la denuncia y la lucha contra la explotación del Tercer Mundo.

Una forma específica de contribución de los intelectuales de los países desarrollados, tanto capitalistas como socialistas en favor de los pueblos que se liberan del imperialismo y afianzan su independencia nacional, la constituye la ayuda que pueden éstos recibir de los científicos, técnicos y en general todos los trabajadores de la cultura, para el avance acelerado en el terreno de la ciencia, la técnica y el arte que es necesario imprimir en los países que se emancipan del yugo colonial.

Todo intelectual honesto del mundo debe negarse a cooperar, a aceptar invitaciones o ayuda financiera del gobierno norteamericano y sus organismos oficiales, o de cualquier organización o fundación cuyas actividades autoricen a pensar que los intelectuales que participan en ellas sirven a la política imperialista de los Estados Unidos. Asimismo, debe respaldar activamente a los intelectuales norteamericanos que se enfrentan al imperialismo, apoyan las luchas del Tercer Mundo —en particular la del pueblo vietnamita— las de la población negra de los Estados Unidos y alientan a los jóvenes norteamericanos a no inscribirse en el servicio militar para ir a pelear a Viet Nam.

3

La guerra entre los pueblos del Tercer Mundo y el imperialismo es a muerte. Y los medios masivos de comunicación son otro instrumento de esta guerra. Hoy el hombre tricontinental ha dejado de ser exclusivamente una económica herramienta de trabajo. Hoy, con el desarrollo de la alta técnica, se ha convertido en un ser receptivo a los medios masivos de control. Cada día más los hombres en Africa, Asia y América latina luchan, despiertan, traban relaciones con la palabra impresa, las ondas de radio, la imagen cinematográfica o electrónica del televisor.

Las potencias imperialistas utilizan los medios masivos de comunicación para la colonización cultural del hombre subdesarrollado. Los medios masivos, no obstante, se encuentran en un estado de atraso técnico debido a la explotación colonialista del Tercer Mundo. Durante siglos la clase dominante ha impuesto su control sobre la vida del hombre utilizando el odio de raza, la guerra, la superstición religiosa, el aparato represivo, el reparto de mercados y colonias. Esos instrumentos de la hegemonía de clase no siempre son eficaces como métodos de control y opresión. Cuando y donde las viejas formas de la violencia reaccionaria no son suficientes, se emplean también otros métodos para el dominio de la clase explotadora; los grupos privilegiados utilizan el monopolio casi total de la prensa, de los espectáculos deportivos, del cine, de la radio y la televisión, del mercado de la canción. La industria de la cultura de masas no se limita a funciones superestructurales, es hoy parte integral del sistema de producción económica. Naturalmente estos nuevos vehículos masivos de comunicación no son negativos por sí mismos; pueden ser útiles o degradantes. Todo depende de quién, cómo y para qué se utilice. La

acción totalizadora de los medios masivos, dominados por el imperialismo, se manifiesta hoy principalmente mediante una inhibición del pueblo ante sus auténticos intereses, de un oscurecimiento de la conciencia frente a los tremendos y decisivos problemas que pesan sobre la humanidad. Una gran parte de la ideología del capitalismo se dedica a inculcar, mediante los medios masivos, la discriminación racial, el egoísmo, la pasividad social y la ideología de la servidumbre. Semejante proceso tiende a crear una aceptación general del **statu quo**, consenso que somete a la clase trabajadora, al pueblo en general, a los intereses de la ideología imperialista. La difusión, en escala mundial, de los instrumentos capaces de multiplicar la información de tipo audiovisual (cine, radio y TV) ha superado numéricamente, en los últimos años, la información verbal (periódicos, revistas, libros). En los países culturalmente subdesarrollados del Tercer Mundo esta desproporción es todavía más grave debido al elevado número de analfabetos y a la difícil comunicación territorial que facilita, sin embargo, las transmisiones audiovisuales. Y estas sociedades subdesarrolladas, son, a la vez, las más esclavizadas y masificadas del mundo. Nace así un gigantesco fenómeno de transposición y contaminación cultural, mediante el cual la cultura —principalmente norteamericana— más técnicamente desarrollada, con la imposición de sus valores y mitos, se extiende por una zona donde existen otros valores culturales (pero desprovista de mecanismos de defensa), con el propósito de absorber, neutralizar y degradar a los pueblos subdesarrollados. Ahora, nuestro problema no es un problema técnico, sino político.

Frente al capital, a los recursos técnicos del imperialismo, nosotros oponemos la fuerza del hombre, del pueblo. La guerrilla, a través de la organización política que

se establece en las ciudades, puede minar las bases del crédito que explotan los medios masivos. Frente a las grandes empresas radiales está la eficacia de la noticia que se trasmite de boca en boca. La comunidad oral en el mundo subdesarrollado es una fuerza revolucionaria. La promiscuidad de la pobreza mantiene a los hombres hacinados en la periferia de las grandes ciudades latinoamericanas, africanas y asiáticas, el analfabetismo los obliga a confiar en la palabra, en la comunicación oral.

La organización política recurriendo a la fuerza revolucionaria del Tercer Mundo, el hombre, puede crear estados de opinión en grandes sectores del pueblo. Como eco de la lucha, las estaciones de radio y la prensa clandestina pueden mantener al pueblo informado a partir de sus propios intereses, minando los medios masivos de las oligarquías y el imperialismo.

La revolución en el poder plantea nuevos problemas. De pronto las grandes mayorías irrumpen definitivamente en la historia: reclaman su derecho al trabajo, la cultura, la dignidad plena del hombre. Los medios masivos de comunicación deben entonces auxiliar en la educación: prensa, radio, televisión y cine pueden dedicar parte de sus recursos a la alfabetización, los libros técnicos, clases por televisión, laminarios para escuelas en las revistas, films didácticos. Debe afirmar los valores nacionales, punto de partida para relacionarse con el resto del mundo, para contribuir al mundo contemporáneo. Los medios masivos deben informar, educar, orientar, unificar a todo el pueblo. Deben ayudar a las grandes masas a entender el mundo que les rodea, a crear la cultura revolucionaria.

De nuevo no es un problema técnico sino político. La República Democrática de Viet Nam es un ejemplo. No tienen televisión. El pueblo, sin embargo, se mantiene informado a través de la radio y una activa

movilización humana logra llevar la información y la cultura a todos los rincones del país. Una vez más se demuestra que frente a la pobreza de recursos que nos deja el colonialismo puede oponerse la fuerza del hombre.

En el uso de los medios masivos, la política cultural revolucionaria no debe nunca olvidar que pertenece a un amplio público. Esto significa que se encuentra con un nuevo tipo de productor y consumidor cultural, situado en el centro mismo de la lucha por la independencia nacional, que no ha tenido el privilegio de recibir una educación académica y desconoce el lenguaje de los medios audiovisuales. Es necesario dirigirse con madurez a este consumidor por medio de la imagen y la palabra: informar siempre con veracidad, buscando la participación crítica y activa de este nuevo consumidor.

Tenemos que vencer etapas, ponernos al día, y los medios masivos de comunicación son fundamentales en este proceso. No nos engañemos. Vivimos día a día en lucha contra nuestro subdesarrollo. Y estamos dispuestos a luchar con la inteligencia, nuestra experiencia y las armas para una existencia más plena de toda la humanidad.

4

Desprovistos casi totalmente de científicos y técnicos, los países que se liberan se ven obligados, en el tránsito al desarrollo a una formación masiva de cuadros en todas las esferas de la ciencia y la técnica.

Esa urgencia transformadora en la posliberación exige de inmediato realizar la revolución científico-técnica.

Los avances internacionales de la ciencia y la técnica hacen posible el desarrollo acelerado. Se impone, por ello, la formación urgente de cuadros, desde los técnicos medios hasta los científicos de alto

nivel. La educación masiva será su fuente productora.

La alfabetización es el primer paso, un sistema educacional gratuito que se fundamenta en una enseñanza primaria obligatoria, condición que se extenderá a la media cuando las circunstancias del país lo permitan para culminar en una enseñanza universitaria acorde con las especificidades del desarrollo económico de la nación y toda esta amplia estructura apoyada en una labor de formación integral del ciudadano, constituyen la base para el progreso imprescindible para la ciencia y la técnica.

Esta ambiciosa tarea exige de los educadores y científicos un enfoque nuevo, un cuidadoso equilibrio entre las exigencias de calidad y las necesidades cuantitativas. Los planes económicos definirán los requerimientos inmediatos en lo científico y lo técnico, y surgen la conveniencia de la planificación perspectiva en la investigación y la preparación de cuadros.

Mientras este proceso formativo nacional no genere los cuadros necesarios, la colaboración exterior contribuirá a suministrarlos y a la vez participará en su formación.

Los esfuerzos por salir del subdesarrollo imponen también un paso acelerado en la cultura. El artista de un país en revolución tendrá, por ello, que mantener el contacto permanente con el pueblo y sus necesidades venciendo, a su vez, todos los intentos de simplificar y petrificar.

Cada novela, poema o panfleto que de alguna manera resulte expresión de las capacidades y de la toma de conciencia del pueblo, cobra un valor político específico. La conciencia nacional es un prólogo y un aporte a la transformación.

Los antiguos conceptos de vanguardia cultural adquieren un sentido aún más definido. Convertirse en vanguardia cultural dentro del marco de la revolución supone

la participación militante en la vida revolucionaria.

La diversidad de desarrollo de los países del Tercer Mundo hace que el concepto de obra cultural comprenda desde la lucha por la lengua nacional hasta la obra de creación artística y teórica. A través de ellas, la vanguardia concreta su primera responsabilidad: contribuir al desarrollo de la cultura nacional, entendida, no como un encasillamiento localista, sino como un proceso de incorporación de los logros alcanzados por la humanidad en su historia.

Ello permitirá asimilar toda innovación válida producida en otras latitudes. En este sentido, los creadores, no pueden perder de vista el carácter contradictorio de la producción cultural de las sociedades basadas en la explotación y lo erróneo de cualquier actitud de rechazo o aceptación absolutos de sus resultados.

Bajo el impulso revolucionario y con la contribución de los intelectuales que participan como agentes de la cultura, surgirán de la cantera popular, nuevos artistas. Esta selección, para ser acertada, ha de tener como complemento la constante superación técnica y artística mediante el logro colectivo de los niveles de más alta calidad en el arte y de los más exigentes de la ciencia y la técnica contemporáneas. Sólo con ese rigor de propósitos podrá hablarse de una verdadera revolución en la cultura.

5

El Congreso, ha puesto de relieve el fracaso del imperialismo norteamericano en su afán inútil de aplastar la razón de los pueblos y frenar la marcha inexorable de la Historia.

De la lucha de las generaciones anteriores por liberarse de la explotación, y de la pelea contemporánea de los pueblos que

combaten todas las manifestaciones agresivas del imperialismo, va surgiendo la imagen de un hombre nuevo.

El hombre de la futura sociedad ha de tener notas distintivas que lo diferencien de aquellos que han sido el producto de la sociedad de los explotadores.

Prevalecerá, en un mañana no distante, este hombre liberado ya de la necesidad de vender su obra como mercancía; que producirá para la sociedad con una alta conciencia y considerará al trabajo como una vocación. Un ser humano que, vinculado a las tradiciones culturales, patrióticas y revolucionarias de su país y de la humanidad, mirará ese pasado con espíritu crítico. Un hombre que se proyectará con audacia hacia el logro de sus objetivos vitales.

La condición esencial para que ese hombre empiece a surgir, es el cambio revolucionario antimperialista que establezca la independencia nacional y, avanzando por el camino propio que las características de cada país determine, quiebre la estructura económica y social en la que el hombre es esclavo del hombre.

Pero la transformación de ese hombre no podrá dejarse a la acción espontánea y mecánica de las estructuras económicas. La sociedad, consciente de sus deberes, ha de crear los medios para su transformación. En la unión del trabajo físico y el estudio, en el dominio de la ciencia y la técnica, en la apreciación del arte, en la formación física a través del deporte y en el cumplimiento de sus obligaciones militares en la defensa de la revolución, que tiene también un sentido formativo, la sociedad dotará a ese hombre del futuro con las condiciones necesarias para su plenitud.

Abolido el egoísmo sobre el cual se ha sustentado en sociedades anteriores el individualismo excluyente, se enriquecerá cada vez más la individualidad verdadera.

Ese hombre nuevo no será una imagen inmutable y perenne: cambiará con las épocas, se transformará al paso de la ciencia y la técnica y de la imaginación incesante.

Pero habrá quedado para siempre atrás el hombre que el capitalismo nos impuso. El hombre alienado será, en lo adelante, el hombre liberado y cada día enriquecido.

6

El congreso ha recibido con emoción el testimonio de los representantes del Frente de Liberación de Viet Nam del Sur y de la República Democrática de Viet Nam sobre las formas en que los intelectuales vietnamitas participan en la heroica batalla por expulsar de su patria a los bárbaros agresores norteamericanos. Esa muestra de fervor y de modestia constituye

la más alta expresión colectiva contemporánea de la incorporación de los intelectuales a una lucha liberadora, y el Congreso Cultural de La Habana la recoge con honda admiración.

El Congreso saluda en el comandante Ernesto Che Guevara el ejemplo supremo del intelectual revolucionario contemporáneo que, abandonando cargos y honores, va a combatir en cualquier pueblo oprimido de la tierra, sabiendo que la vasta familia de los desheredados del planeta es la exigente y dolorosa patria de un revolucionario.

Aquel pueblo y este hombre admirable sustentan nuestra inquebrantable esperanza de destruir al sanguinario imperialismo norteamericano, heredero de la barbarie nazi, y asentar sobre sus ruinas el mundo enteramente humanizado.

Llamamiento de La Habana

En una época en que el número y el papel de los intelectuales en los procesos sociales son radicalmente diversos de lo que fueron hasta ahora, y ello tanto en el plano de las ciencias y las técnicas, de la producción material y de la gestión, de la formación e información de los hombres, como en el de la creación cultural; en una época en que, objetivamente, se encuentran más y más en las posiciones de las clases trabajadoras y de los movimientos de liberación nacional, y adquieren mayor conciencia de este hecho;

en una época en que el imperialismo norteamericano hace pesar sobre la vida misma de los pueblos y sobre el porvenir de la cultura el peso de una amenaza universal;

Nosotros

intelectuales venidos de 70 países y reunidos en Congreso en La Habana, proclamamos nuestra activa solidaridad con todos los pueblos en lucha

contra el imperialismo, y muy particularmente con el heroico pueblo de Viet Nam.

Convencidos de que dichos pueblos han de hacer frente a una empresa global dirigida por el imperialismo norteamericano, secundado éste de diversos modos por todos los demás, y que tiende a mantenerlos o a volver a hundirlos, en un estado de sujeción y subdesarrollo económico, social y cultural ;

convencidos asimismo de que el imperialismo, encabezado por los Estados Unidos, para desarrollar su dominación, extiende o refuerza la agresión militar, política, económica y cultural, particularmente en Corea, Laos y Camboya, en el Congo (K), en el mundo árabe, en las colonias portuguesas de Africa, en Venezuela, Bolivia y así como en otros países ;

convencidos por otra parte de que los trabajadores de los países capitalistas son objeto de una explotación sustentada en el mismo sistema económico ;

comprobamos que dicha empresa de dominación se despliega bajo todas las formas, de las más brutales a las más insidiosas, y que se sitúa a todos los niveles : político, militar, económico, racial, ideológico y cultural. Se apoya en medios financieros gigantescos y dispone de oficinas de propaganda enmascaradas como instituciones culturales.

El imperialismo intenta hacer prevalecer, mediante las técnicas más variadas de adoctrinamiento, el conformismo social y la pasividad política ; al mismo tiempo un esfuerzo sistemático tiende a movilizar a los técnicos, hombres de ciencia e intelectuales en general, al servicio de los intereses y los objetivos capitalistas y neocolonialistas. Así, talentos y habilidades que podrían y deberían participar en una obra de progreso y de liberación se ven convertidos en los instrumentos de la comercialización de la cultura, de la degradación de los valores, y del mantenimiento del orden social y económico impuesto por el sistema capitalista.

El interés fundamental, el imperioso deber de los intelectuales exigen de éstos que resistan y respondan sin vacilar a dicha agresión : Se trata de apoyar las luchas de liberación nacional, de emancipación social y de descolonización cultural de todos los pueblos de Asia, Africa y América latina, y la lucha contra el imperialismo, en su centro mismo, sostenida por un número cada día creciente de ciudadanos negros y blancos de los Estados Unidos. Se trata, para los intelectuales, de participar en el combate político contra las fuerzas conservadoras, retrógradas y racistas, de demitificar su ideología, de afrontar las estructuras que la sustentan y los intereses a que sirve.

Por todo ello, desde La Habana, en medio del pueblo revolucionario de Cuba, y después de una confrontación de ideas caracterizada por la libertad de expresión tan indispensable para las batallas y las tareas de hoy, como para la nueva sociedad que de ellas surgirá, llamamos a los escritores y hombres de ciencia, a los artistas, a los profesionales de la enseñanza, y a los estudiantes, a emprender y a intensificar la lucha contra

el imperialismo, a tomar la parte que les corresponde en el combate por la liberación de los pueblos.

Este compromiso debe reflejarse en una toma de posición categórica contra la política de colonización cultural de los Estados Unidos, lo cual implica el rechazo de toda invitación, toda beca, todo empleo o todo programa cultural o de investigación, en la medida en que dicha aceptación constituyera una colaboración en la política mencionada.

Fragmentos del discurso de Fidel Castro en la clausura del Congreso Cultural de La Habana, el 12 de enero de 1968

Hay algunos hechos acerca de los cuales nadie que tenga un poco de conciencia, acerca de los cuales nadie que tenga sentimientos humanos, sentimientos de justicia, puede permanecer indiferente ni puede permanecer indolente.

Es así cómo, por ejemplo, la agresión a Viet Nam, ese hecho insólito en nuestros tiempos, ese acto de genocidio que salvajemente lleva a cabo el imperialismo yanqui contra aquel pueblo, injustificable desde todos los puntos de vista, con empleo de medios de guerra y de actos de salvajismo, que a todos los que tuvieron oportunidad de vivir o conocer de cerca o de lejos, o leer acerca de los hechos del nazismo en Europa, les recuerda incuestionablemente aquellos hechos; les recuerda incuestionablemente, por ejemplo, todos aquellos actos que después constituyeron crímenes de guerra por los cuales fueron sancionados, y en algunas ocasiones ejecutados, muchos menos de los que debieron serlo, pero si algunos de los principales responsables de aquellos hechos.

La política imperialista yanqui nos recuerda hoy a la política de Hitler, nos recuerda los actos de barbarie del nazismo, pero con una diferencia: y es que el imperialismo ha logrado reunir recursos técnicos y recursos por lo tanto también militares, ha logrado reunir un poder de destrucción y de muerte incomparablemente superior a lo que jamás pudieron soñar los nazifascistas.

Y es lógico que la humanidad tenga que preocuparse cuando ve que tan tremendas fuerzas avanzan por ese camino.

Pero a la vez también, no sólo contribuye a formar esa conciencia la naturaleza de los crímenes que se cometen, sino que contribuye, aun en un grado más alto, la admiración que sentimos hacia el pueblo heroico que tan valerosamente, tan exitosamente, tan increíblemente se enfrenta a esas fuerzas poderosas, combate duramente contra ellas y es capaz, además, de derrotarlas.

La indignación por un lado, el odio por un lado y la admiración por otro, con relación a los hechos que se suceden en Viet Nam, han contribuido de una manera notabilísima, quizás más que ningún otro hecho en estos tiempos, a crear esa conciencia de justicia y de moral universal que se ha evidenciado en este Congreso.

Pero es que al mismo tiempo la humanidad cada vez ve con más claridad que estos hechos no constituyen, ni mucho menos, accidentes aislados, sino que estos hechos constituyen los frutos de toda una concepción, de todo un sistema que se trata de aplicar a todo el mundo. Esta extraordinaria unanimidad con que hoy se condenan los actos del imperialismo yanqui, lógicamente constituye el resultado de toda una cadena de hechos similares que tienen lugar en el mundo en los últimos tiempos. Porque esos mismos imperialistas que asesinan y

matan bárbaramente en Viet Nam, son los mismos imperialistas que invadieron y ocuparon el territorio de Santo Domingo ; son los mismos imperialistas que participan en la represión de los movimientos revolucionarios en todo el mundo ; son los mismos imperialistas que impulsaron los hechos que culminaron en el asesinato de Lumumba ; son los mismos imperialistas que llevan a cabo sus actos de agresión y de provocación a Corea, que intervienen en Laos, que amenazan a Camboya, que mantienen en Formosa a un títere desprestigiado, que mantienen con su apoyo, con sus armas y con sus recursos a los gobiernos oligárquicos de América latina, a las tiranías, a los sistemas arcaicos que prevalecen en este continente ; son los mismos que mantienen el colonialismo portugués en Africa ; son los mismos que apoyan no ya los golpes de Estado en América latina —cosa tan cotidiana—, los golpes de Estado en Africa —cosa tan de moda en los últimos tiempos—, sino que incluso en la misma Europa apoyan el golpe de Estado militar reaccionario de Grecia y alientan las agresiones contra los pueblos árabes **(Aplausos)**.

Es decir, que no hay que mencionar a Cuba, porque ya nuestro caso deja de ser un caso aislado para convertirse en un caso más. Nuestra experiencia acerca de las actividades y de la conducta del imperialismo la hemos aprendido demasiado bien. Pero es que nuestro pueblo hoy día ya no es precisamente la agresión imperialista contra nosotros lo que mueve su actitud y su indignación y su odio al imperialismo, es la comprensión del papel que ese imperialismo juega en todo el mundo.

No hay un solo continente hacia donde se mire, no hay un solo país del mundo, no hay un solo pueblo, no hay un solo problema contemporáneo en que no se vea, en que no se sienta, en que no se palpe la actividad del imperialismo ; no hay una sola causa infame en el mundo que el imperialismo no apoye, como no hay una sola causa justa en este mundo contemporáneo que el imperialismo no combata.

...

Pero el imperialismo como fenómeno universal, el Imperialismo como mal universal, el imperialismo como lobo universal, no puede existir sino a condición de actuar como lobo en todo el mundo y de actuar contra los intereses de todo el mundo. Y ese imperialismo actúa igualmente contra los intereses del resto del mundo llamado desarrollado, el resto del mundo industrializado.

Hoy día se suele, en la terminología política, hablar de imperialismo encabezado por Estados Unidos. Y es que en la realidad contemporánea sólo hay un imperialismo verdaderamente poderoso ; en la realidad contemporánea el sostén del imperialismo, el imperialismo en esencia, es el imperialismo norteamericano. Los demás imperialismos poderosos ayer, son hoy extraordinariamente débiles con relación al imperialismo yanqui. Y es por eso comprendido cada vez más por el mundo entero, que el esfuerzo, que la lucha, se concentra contra el imperialismo yanqui, que es el sostén de todos los gobiernos reaccionarios, es el sostén de todas las malas causas del mundo.

Y ese imperialismo amenaza devorarse incluso, y en cierta medida va devorando también, a las demás potencias imperialistas.

...

Y nosotros sabemos hasta qué grado llega la penetración del imperialismo yanqui en Europa. Y debemos decir seriamente que en un grado quizás más alto de lo que los propios europeos se imaginan el imperialismo yanqui gobierna en Europa **(Aplausos)**.

...

De manera que hay un enemigo que sí se puede llamar universal, y si alguna vez en la historia de la humanidad hubo un enemigo verdaderamente universal, un enemigo cuya actitud y cuyos hechos preocupan a todo el mundo, amenazan a todo el mundo, agreden de una forma o de otra a todo el mundo, ese enemigo real y realmente universal es precisamente el imperialismo yanqui. Y en la misma medida en que la humanidad toma conciencia de este problema, la humanidad se moviliza ; en la misma medida en que toma conciencia de este problema, la humanidad empieza de una forma o de otra a actuar.

...

Nos parece que seríamos ilusos, pecaríamos de idealistas, si quisiéramos que de la noche a la mañana esta conciencia de que hablábamos surgiera en un despertar apoteósico.

Nosotros no nos detenemos a analizar el grado en que los trabajadores intelectuales se movilizan en el mundo en favor de las causas justas ; nosotros nos detenemos más bien

a considerar que cualquiera que sea el grado de ese desarrollo, cualquiera que sea la eficacia de esa solidaridad, el hecho cierto es que ese movimiento está en ascenso, el hecho cierto es que ese movimiento está en desarrollo, el hecho cierto es que ese movimiento crece.

¡Y nosotros, a fuer de sinceros, podríamos decir que muchas veces hemos visto cómo determinadas causas que más afectan al mundo de hoy, cómo determinadas agresiones, cómo determinados crímenes, han encontrado más apoyo, más eco, más protesta y más combatividad en grupos de trabajadores intelectuales que en organizaciones de tipo político de las cuales era de esperarse la mayor combatividad! **(Aplausos)**. ¡En ocasiones hemos visto supuestas vanguardias en lo más profundo de la retaguardia en la lucha contra el imperialismo! **(Aplausos)**.

...
Y nosotros cuando vemos a un hombre de vanguardia o que suponemos de vanguardia en la vanguardia, nos parece lo más natural del mundo; pero cuando hemos visto en la vanguardia de la protesta y de la lucha a quienes no se tenían por vanguardia, nos admira. ¡De manera que no nos ponemos a medir el grado con que combaten, sino que vemos y palpamos el hecho de que cuando las banderas justas no hay quien las recoja en algunos países, hay hombres dignos que recogen esas banderas! **(Aplausos)**. Y no son pocos los ejemplos que tenemos de estos fenómenos.

En el curso de estos años de revolución hemos aprendido mucho, y entre otras cosas hemos aprendido a distinguir entre lo verdadero y lo falso, entre una actitud revolucionaria y una consigna revolucionaria, entre las palabras y los hechos, entre los dogmas y las realidades.

¿Podrá alguien considerar que no constituyó para nosotros una inolvidable experiencia la experiencia de la Crisis de Octubre? No nos gusta hablar de aquel episodio, pero incuestionablemente que nuestro pueblo vivió momentos de grandes peligros. Y nadie debe interpretar como una manifestación de orgullo el expresar aquí que nuestro pueblo se portó con dignidad, con entereza y con valor **(Aplausos)**. Pero sí expresar a la vez que desde hace mucho tiempo, desde que éramos casi adolescentes, veníamos oyendo hablar de la paz, a los hombres que honestamente de una manera o de otra han agarrado la bandera de la lucha por la paz y en la medida de sus fuerzas han enarbolado esa bandera.

Lo que nos llamó realmente la atención fue el hecho de que cuando verdaderamente la paz estuvo en peligro, de que cuando verdaderamente el mundo estuvo al borde de una guerra nuclear, no vimos en Europa —y es de suponer que en Europa habría guerra también si hay guerra nuclear; es de suponer que en un encuentro entre las grandes potencias nucleares, Europa, atada por pactos militares a una de esas potencias, el imperialismo yanqui, habría sufrido las consecuencias de esa guerra, habría estado dentro de la guerra—, no vimos grandes movilizaciones de masa. Y en verdad que si las hubo no nos enteramos; si las hubo, grandes o pequeñas, no lo supimos. Y tuvimos la real sensación, la impresión —que si resulta una falsa impresión agradeceríamos profundamente a quien borrara de nuestros ánimos esa profunda impresión— de que aquella consigna no había sido más que una consigna, un entretenimiento, y que aquella consigna no fue capaz de movilizar ninguna masa, que aquella consigna no fue capaz ni de despertar el instinto de conservación de las masas.

¿Dónde estaban las vanguardias? ¿Dónde estaban las vanguardias revolucionarias? Pero es que nosotros tenemos un ejemplo reciente, muy reciente, que nos tocó de muy cerca, y fue cuando la muerte del heroico compañero Ernesto Guevara **(Ovación)**. Será difícil encontrar un hombre igual que él; será difícil encontrar un revolucionario más puro que él, más consecuente que él, más íntegro que él, más ejemplar que él. Y cuando se nos quiera poner un ejemplo de lo que es y lo que debe ser un revolucionario, ¿acaso puede haber un ejemplo mejor que el suyo?

Sin embargo, ¿quiénes fueron los que enarbolaron su bandera? ¿Quiénes fueron los que agitaron en todo el mundo? Pero sobre todo, ¿quiénes fueron los que enarbolaron su nombre en Europa, los que levantaron y enaltecieron su ejemplo? ¿Quiénes fueron los que se movilaron, pintaron letreros y organizaron actos en toda Europa? ¿En qué sector fue donde más profundo impacto tuvo la muerte de Che Guevara? ¡Fue precisamente entre los trabajadores intelectuales! **(Aplausos)**. No fueron organizaciones, no fueron partidos. Fueron

hombres y mujeres honestos, sensibles, los que tuvieron la actitud de asimilar, de comprender, de admirar, de hacer justicia; frente a los que preguntan por qué murió el Che Guevara, frente a los que son incapaces de comprender y que no comprenderán jamás por qué murió, ni serán capaces jamás de morir como él, ni de ser revolucionarios como él (Aplausos).

Y nosotros sabemos cómo ese hecho dolió en los corazones de los verdaderos revolucionarios en todo el mundo. Y, sobre todo, sabemos cómo ese hecho dolió a los más ejemplares combatientes de esta época, que son los combatientes vietnamitas (Aplausos).

Hemos sabido de muchos pésames, de pésames verdaderos y de pésames formales. Y hablamos de pésame porque no hay otra palabra, aunque desde luego que la muerte de un combatiente no es motivo de luto, si creemos como hemos creído siempre, como hemos creído en nuestro pueblo y como han creído los revolucionarios en todas las épocas, que ningún hombre verdadero, ningún revolucionario verdadero muere en vano. Y de ello nos dan pruebas irrefutables nuestros propios enemigos, de ello nos dan pruebas los propios que no respetando su condición de combatiente herido, imposibilitado de seguir peleando, porque hasta el arma le había sido destruida, lo asesinaron cobardemente. Y no sólo lo asesinaron cobardemente, sino que además lo desaparecieron más cobardemente todavía.

...

Nosotros hemos vivido estas experiencias, y es por ello que, sin ánimo ni mucho menos de halagar, pero sí con absoluta sinceridad, expresamos qué sentimientos han suscitado en nosotros, cuando hemos visto cómo los trabajadores intelectuales en número cada vez más creciente se unen y se convierten en formidables abanderados y defensores de las causas justas.

...

No quiere esto decir que debemos ser conformistas, no quiere esto decir la apreciación de que se haya hecho el máximo ni mucho menos, no quiere esto decir que se movimiento tenga la fuerza que debe tener; quiere decir sencillamente que nos sentimos optimistas porque ese movimiento, movimiento de conciencia, movimiento de justicia, crece y se desarrolla. Y no cabe duda que seguirá creciendo y seguirá desarrollándose, porque en la misma medida que un enemigo universal se hace cada vez más agresivo, en la misma medida en que sus crímenes son cada vez más repugnantes, en la misma medida en que sus garras son cada vez más amenazantes, ese movimiento, esa fuerza, crecerá.

Y al decir que el imperialismo yanqui es poderoso, al decir que el imperialismo yanqui ya acumulado grandes recursos financieros y técnicos, grandes medios de destrucción y de muerte, no aceptamos jamás que esa amenaza a la humanidad, que todas las fuerzas acumuladas por ese imperialismo puedan ser más poderosas que la humanidad. Y nos lo demuestra una vez más Viet Nam, una parte pequeñísima de la humanidad, ¡Cómo se enfrenta, cómo combate y cómo derrota a ese superpoderoso imperialismo! Un imperialismo que trata de amedrentar al mundo, que trata de chantajear al mundo y que sólo consigue levantar más la conciencia del mundo, levantar más la indignación y el espíritu de lucha del mundo, en la misma medida en que sus actos son más repugnantes, en la misma medida en que sus actos son más criminales y más aborrecibles; ese enemigo que todo lo quiere resolver con las armas, que todo lo quiere resolver con su oro, que lo mismo asesina que soborna, que lo mismo oprime por la fuerza que oprime por la corrupción y que penetra en todos los campos, que penetra en todas las actividades.

...

¿Qué tiene, pues, de extraño ante estas realidades que se reúnan aquí hombres y mujeres, trabajadores intelectuales de las más variadas posiciones filosóficas, de las más variadas posiciones políticas o apolíticas, de las más variadas militancias?

Y debemos decir que hay algunas cosas en este Congreso que han resultado verdaderamente impresionantes. Y una de ellas es esa universal conciencia de lo que es el imperialismo y de lo que representa, y esa universal conciencia de que los problemas que el mundo moderno plantea no pueden ser resueltos a través de sistemas sociales obsoletos, abolidos por el desarrollo de la ciencia y de la técnica y abolidos también por el desarrollo de la conciencia humana.

...

Es incuestionable que estamos ante hechos nuevos, ante fenómenos nuevos; es incuestionable que los revolucionarios, los que nos consideramos revolucionarios, y dentro de los que

nos consideramos revolucionarios los que nos consideramos marxista-leninistas, estamos en la obligación de analizar estos fenómenos nuevos. Porque no puede haber nada más anti-marxista que el dogma (aplausos), no puede haber nada más antimarxista que la petrificación de las ideas. Y hay ideas que incluso se esgrimen en nombre del marxismo que parecen verdaderos fósiles (Aplausos).

Tuvo el marxismo geniales pensadores: Carlos Marx, Federico Engels, Lenin, para hablar de sus principales fundadores. Pero necesita el marxismo desarrollarse, salir de cierto anquilosamiento, Interpretar con sentido objetivo y científico las realidades de hoy, comportarse como una fuerza revolucionaria y no como una iglesia seudorrevolucionaria (Aplausos).

Estas son las paradojas de la historia. ¿Cómo cuando vemos a sectores del clero devenir en fuerzas revolucionarias vamos a resignarnos a ver sectores del marxismo deviniendo en fuerzas eclesiásticas? (Aplausos).

Esperamos, desde luego, que por afirmar estas cosas no se nos aplique el procedimiento de la « Excomunión » (risas) y, desde luego, tampoco el de la « Santa Inquisición »; pero ciertamente debemos meditar, debemos actuar con un sentido más dialéctico, es decir, con un sentido más revolucionario.

Es necesario que los fenómenos contemporáneos los analicemos, los estudiemos profundamente. Naturalmente que el análisis, las concepciones, cada vez más tendrán que ser la obra de equipos de hombres más que de hombres individuales. De la misma manera que en la ciencia el investigador aislado ya prácticamente no existe ni puede existir, en la política, en la economía, en la sociología, los investigadores aislados, el surgimiento de hombres geniales en las condiciones modernas se hace cada vez más imposible.

Y hay un cierto subdesarrollo, hay en realidad un cierto subdesarrollo en el campo de las ideas políticas, en el campo de las ideas revolucionarias. Y de ahí se deriva la enorme confusión que existe hoy en el mundo, la enorme crisis que existe en el campo de las ideas, es decir, en el campo de las doctrinas, en el momento en que precisamente las actitudes y los sentimientos revolucionarios del mundo crecen. Nadie puede decir que tiene toda la verdad; nadie puede declarar hoy, en medio de la enorme complejidad del mundo, que tiene toda la verdad. Nosotros tenemos nuestras verdades aquí, surgidas de nuestra experiencia, aplicables a nuestras condiciones; y tenemos nuestras deducciones y nuestras conclusiones; pero nunca hemos pretendido ser catedráticos, nunca hemos pretendido ser monopolizadores de las verdades revolucionarias.

Sin embargo, hemos visto cómo las verdades revolucionarias se van encontrando, cómo las verdades revolucionarias van surgiendo como resultado del análisis, del esfuerzo de muchas inteligencias.

...

Las soluciones del imperialismo son sencillísimas. Las dos terceras partes de la humanidad pasan hambre; para cesar la situación de hambre, para salir de la miseria, tienen obligadamente que hacer revoluciones. ¡ Ahí, pero revoluciones no. ¡ Las revoluciones serán reprimidas a sangre y fuego! Y habrá paz sólo si no hay revoluciones. Pero, además, aunque no haya revoluciones, ¿ qué va a pasar en esas dos terceras partes de la humanidad que se multiplican como curieles? Cuando hablan de los problemas de la población y de la natalidad, de ninguna manera se inspiran en un concepto que tenga algo que ver con los intereses de la familia o de la sociedad. ¡ No! Parten del principio de que la humanidad se morirá de hambre si sigue multiplicándose, y ciertamente nada menos que en estos tiempos, que no son los tiempos de Malthus ni los tiempos de Matusalén. Cuando la ciencia y la técnica logran increíbles éxitos en todos los campos, se acude a la técnica para reprimir las revoluciones y se pide el auxilio de la ciencia para impedir el crecimiento demográfico. En dos palabras: ni los pueblos deben hacer revoluciones, ni las mujeres deben parir. A eso se resumen y se sintetiza la filosofía del imperialismo.

Pero a la vez revelan las contradicciones insalvables de ese imperialismo, la inseguridad, el temor al futuro. Aquí se evidencia que esa oligarquía, sentada sobre cañones, sentada sobre pilas de oro, vive intranquila, vive desconfianza, vive atemorizada ante el porvenir. Y a eso se reduce el pensamiento político hoy en esencia del imperialismo, de la oligarquía que gobierna en Estados Unidos y que a pesar de sus feroces represiones, de sus recursos

técnicos y militares, se siente insegura. Porque ellos saben que sin revolución ninguno de esos países saldrá del subdesarrollo.

...
Los imperialistas saben que sin revolución no hay desarrollo, y se sienten impotentes frente a la realidad de que el mundo crece, de que el mundo se desarrolla, aumenta la población y aumenta inevitablemente —como un fenómeno natural e inevitable— la conciencia revolucionaria.

...
Y ese es sencillamente un problema insoluble, un problema que no tiene solución; ése es un hecho real. Por eso ellos, que utilizan la cibernética y hacen cálculos, suman, restan, multiplican y dividen, parece que han consultado a las computadoras y les han dicho que eso no tiene remedio, que esa situación es insostenible.

Entonces, bien: ¿cuál es el remedio de los imperialistas? Guerras represivas contra las revoluciones, y habrá paz cuando no haya revoluciones; cesen de crecer las poblaciones, porque si no cesan de crecer las poblaciones habrá estallidos y habrá guerras nucleares.

¡En ninguna época anterior de la historia del hombre se habían escuchado semejantes bárbaras, genocidas, brutales manifestaciones contra la humanidad!

Ese es el hecho real, ese es el hecho indisimulable, eso es lo que contribuye a crear la conciencia universal revolucionaria; ese hecho es el que los ha reunido a ustedes aquí, esos hechos incuestionables son los que le dieron la tónica revolucionaria a este Congreso.

Algunos libros distribuidos por Editions Ruedo Ibérico

Cuba

Antología	España canta a Cuba	(Ruedo ibérico)	7,50 F
Carlos Franqui	Cuba. El libro de los 12	(Era)	15,— F
E. Lieuwen	Armas y política en América latina	(Sur)	12,— F
Huberman y Sweezy	Cuba. Anatomía de una revolución	(Palestra)	18,— F
Ernesto « Che » Guevara	Condiciones para el desarrollo económico de América latina	(Palestra)	12,— F
—	Obra revolucionaria	(Era)	42,— F
E. Martínez Estrada	Mi experiencia cubana	(Siglo Ilustrado)	7,50 F
Leland H. Jenks	Nuestra colonia de Cuba	(Palestra)	18,— F
R. Freeman Smith	Estados Unidos y Cuba	(Palestra)	12,— F
E. Martínez Estrada	Martí: el héroe y su acción revolucionaria	(Siglo XXI)	12,— F

Pequeña nota a una página del guerrillero Ernesto Che Guevara

Conocí al Che en agosto de 1961. Cinco años después, por razones y en circunstancias que no debo, aún, divulgar, volví a tratarlo. Podría, pues, y acaso sin que ello pareciera un propósito bastardo, redactar una nota donde la emoción (sincera, desbordada) pautase una centena de párrafos más o menos literarios, más o menos políticos; pero, en última instancia, juntaría su nombre al mío inmerecidamente. Algo diré, no obstante, para el lector europeo de izquierda.

Quiero que el lector guarde, del guerrillero muerto, un recuerdo limpio de toda prosopopeya romántica y mitologizante, limpio de ese sensacionalismo que las revistas semanales y los cines le acercan en las imágenes de un cadáver acribillado por las balas y ofendido por la estulticia y la insolencia del imperialismo yanqui.

¿Quién creo que es el tipo (si lo hay) de lector europeo de izquierda para el que escribo? Lo imagino en ese hombre culto, lúcido, un tanto maniqueo, que oscila entre el esnobismo y la buena fe y muchas veces no sabe (por superficial), no puede (porque le faltan datos), o no quiere (porque en la trastienda de su racionalismo duerme agazapado el colonialismo), acceder correctamente al « fenómeno » americano. El

tipo lo imagino presente en ese hombre a quien nuestros barbados guerrilleros han puesto exultante y le han decidido a cambiar las horas dedicadas al budismo zen o a las cogitaciones sobre el estructuralismo por un viajecito a La Habana. También lo veo en ése, inconsciente, capaz de jugar con las vidas (¡y las muertes!) ajenas por ver de confirmar las tesis de sus librecillos¹.

Perdóneseme si la descripción no ha sido feliz ni simpática, pero advierta el lector, sin embargo, que no se escapa cuánta culpa nos cabe a los americanos por las actitudes de los amigos y camaradas europeos²; culpa quienes nos las tenemos tiesas aquí, culpa (¡por supuesto!) los americanos que la balconean desde París, Londres, Praga, o Moscú.

Si ese lector existe y ha tenido la paciencia de seguirme hasta aquí medite, sin enojo y rencor, acerca de este interludio; pregúntese (pero respóndase), por ejemplo, cuál puede ser la razón de su inclusión entre estas brevísimas anotaciones suscitadas por la muerte de Ernesto Che Guevara.

El comandante Guevara, el guerrillero Che, no es solamente un ejemplo acabado de cómo entender la praxis revolucionaria;

también, y acaso por ello mismo, su vida alumbró otras zonas del marxismo-leninismo: las ideológicas o doctrinarias. Como jefe y teórico militar, como combatiente, le conocen los más (antes que nadie el imperialismo yanqui y sus titeres en más de un continente). De sus especulaciones ideológicas o doctrinarias, de su interés por esclarecer aspectos no sólo de los problemas prerrevolucionarios y revolucio-

narios, sino también de aquellos planteados por la construcción del socialismo, presentes en escritos o discursos de inspiración o necesidad casi subitáneas, pocos sabrán (su mensaje a la Tricontinental es el texto más difundido) y alguien en Cuba, de entre sus verdaderos amigos, debiera promover el masivo conocimiento del pensamiento de Guevara formando un corpus antológico*.

1. Universitario europeo: si tienes que escribir tu tesis de « doctorado revolucionario » olvídate, por favor, de un continente llamado América « latina ».

2. El hombre y la mujer europeos de izquierda, marxistas —militantes o no—, deben saber que agradeceremos su internacionalismo pero no necesitamos teóricos sentimentales, ni enlaces, ni propagandistas, ni combatientes, aun cuando nosotros mismos, erróneamente, los hayamos aceptado por tales. Deben saber que su mejor contribución a nuestra causa es la lucha, en sus propios países, por el socialismo y por aventar el reformismo y el fantasmón paralizante de la coexistencia pacífica, verdaderos caballos de Troya del imperialismo, uno y otra, en el seno de las fuerzas revolucionarias del mundo. No se olvide el significado esencial de la propuesta « crear dos, tres, ... muchos Viet-Nam »: el destino del mundo se está jugando en todas las naciones (mal que le pese al poco importante Malraux): en Viet-Nam, sí, pero también en el Congo, en Bolivia, en España, Francia, ... e Italia (aunque se disguste Giorgio Amendola, otro que confunde la praxis revolucionaria con las ventosidades de su culo de burócrata: « Se piden otros tres o cuatro Vietnames que otros pueblos deberían sostener. Para esos estrategias de café son siempre los otros quienes deben moverse », dijo este insolente bufón italiano en el número de junio pasado del Boletín para el Extranjero de su partido).

Pero deben saber que si nos son indispensables su inteligencia logística y su esfuerzo económico para procurarnos armamento eficiente y moderno, municiones, transmisores-receptores potentes y livianos, medicamentos... Deben saber, por último, que la guerrilla es un trabajo sucio, feo, mortal, necesitado de inteligencia y eficacia extremas, cuya única belleza estriba, apenas, en la posibilidad que tiene el combatiente de proyectar la imaginación hacia el futuro, durante el fugaz minuto de descanso, y suponer al objetivo final cumplido.

(Escrita esta nota llegó a mis manos el n° 12 de CRI. En la introducción al conjunto « Cuba y América latina » —véase p. 84, parágrafo 6 y 7—, escrita por Ramón Bulnes y Antonio Vargas con la competente inteligencia de siempre, aparecen ejemplificados, no obstante, algunos de esos gestos de los compañeros europeos cuya utilidad, para los pueblos en lucha, es casi nula. Sucede, simplemente, que poco pueden, frente al poderío agresor del imperialismo, todos los Sartre y los Russell del mundo.)

3. Copio, para el lector español, esta carta del Che que seguramente desconoce; la fecha de la misma suscita reflexiones varias:

« Agosto 21 de 1964. Año de la Economía Sr. León Felipe, México.

« Maestro: Hacen ya varios años, al tomar el poder la Revolución, recibí su último libro, dedicado por usted.

Nunca se lo agradecí, pero siempre lo tuve muy presente.

Tal vez le interese saber que uno de los dos o tres libros que tengo en mi cabecera es **El Ciervo**; pocas veces puedo leerlo porque todavía en Cuba dormir, dejar el tiempo sin llenar con algo, o descansar, simplemente, es un pecado de lesa dirigencia. El otro día asistí a un acto de gran significación para mí. La sala estaba atestada de obreros entusiasmados y había un clima de hombre nuevo en el ambiente. Me afloró una gota del poeta fracasado que llevo dentro, y recurrí a usted para polemizar a la distancia. Es mi homenaje; le ruego que así lo interprete.

Si se siente tentado por el desafío, la invitación vale. Con sincera admiración y aprecio, Cmdte. Ernesto Che Guevara. »

* NDLR. El deseo de nuestro colaborador acaba de ser satisfecho por la Editorial Era de México con su magnífico volumen **Ernesto Che Guevara: Obra revolucionaria**, prólogo y selección de Roberto Fernández Retamar.

Del ser humano, de su peculiar e íntima personalidad, del hombre común Ernesto Guevara que sufrió y lloró y rió y amó y cantó y tomó mate y leyó poesía³ y odió ; del hijo, del amante, del padre, del amigo, tal vez nadie, individualmente, pueda proporcionarnos un retrato preciso y completo. Unos aportarán el recuerdo de aquella voluntad de autocontrol sobrehumano ; otros de su acerada capacidad de odio y desprecio para con el enemigo ; unos pocos compañeros de armas y amigos darán testimonio de su fraternidad acendrada, de su masculino amor fraternal ; apenas un puñado, por fin, podrá decir de su soterrada y huraña sensibilidad, de su intensa y recatada ternura.

Ese Guevara, solitario⁴ y puritano (si las palabras fuesen más ricas y menos negativas), de ninguna manera avaro de sí mismo, dejó entrever públicamente, al menos una vez, el poso de sus sentimientos. Esta circunstancia es la que quiero rescatar.

Dijo Fidel Castro el pasado 18 de octubre en La Habana, la noche del primer acto de solemne recordación que el pueblo cubano tributo a su héroe, que el Che escribía con el virtuosismo de un clásico de la lengua. Entiendo el propósito del amigo acongojado pero no comparto su juicio. No es una prosa de arte y ni siquiera artística, la de Guevara ; es llana, clara, accesible, y nada más (incorrecta, a veces).

Esa prosa es la de un libro aparecido en La Habana en 1963, en el cual el Che recuerda sus campañas guerrilleras⁵. Recoge allí algunos relatos publicados anterior-

mente en la revista del ejército popular cubano, y otros inéditos. Las narraciones no aluden, lamentablemente y por exceso de modestia, a la extraordinaria y victoriosa campaña que desarrolló, al frente de su columna, en la provincia de Las Villas. El último capítulo de **Pasajes de la guerra revolucionaria**, curiosamente, no está dedicado a contar una instancia bélica personal. Es una elegía funeral y adolorida, aunque esperanzadora, escrita en recuerdo de un amigo guatemalteco muerto en combate, y en la cual se manifiesta, desbordada, aquella interioridad del Che tan poco conocida.

Por ello y porque, como advertirán los lectores, uno encuentra en esas páginas de años atrás, además de ciertas referencias autobiográficas, una descripción casi exacta (¿premonitoria?) del propio fin⁶, leámoslas, reverentes y doloridos, pero también como él, esperanzados.

4. El Che tenía conciencia de su soledad ; « A veces los revolucionarios estamos solos ; incluso nuestros hijos nos miran como a un extraño », le confiesa epistolariamente, en mayo de 1963, a una maestra. Soledad tremenda la de su muerte, también.

5. Ernesto Che Guevara : **Pasajes de la guerra revolucionaria**, La Habana, 1963, 126 p. 126 p.

6. Algún día volveré para hablar de la muerte de Ernesto Che Guevara, esa desgraciada jornada que precipitaron errores, delaciones, falencias « amicales », y ese desprecio por el peligro que, según Fidel Castro, era su talón de Aquiles. Algún día se hablará, sí, sobre tan innecesaria victoria enemiga.

Ernesto Che Guevara **El Patojo**

Hace algunos días, al referirse a los acontecimientos de Guatemala, el cable traía la noticia de la muerte de algunos patriotas y, entre ellos, la de Julio Roberto Cáceres Valle.

En este afanoso oficio revolucionario, en medio de luchas de clases que convulsionan el continente entero, la muerte es un accidente frecuente. Pero la muerte de un amigo, compañero de horas difíciles y de sueños de horas mejores, es siempre doloroso para quien recibe la noticia y Julio Roberto fue un gran amigo. Era de pequeña estatura, de físico más bien endeble; por ello le llamábamos El Patojo, modismo guatemalteco que significa pequeño, niño.

El Patojo, en México había visto nacer el proyecto de la revolución, se había ofrecido como voluntario, además; pero Fidel no quiso traer más extranjeros a esta empresa de liberación nacional en la cual me tocó el honor de participar.

A los pocos días de triunfar la revolución, vendió sus pocas cosas y con una maleta se presentó ante mí, trabajó en varios lugares de la administración pública y llegó a ser el primer jefe de personal del Departamento de Industrialización del INRA, pero nunca estaba contento con su trabajo. El Patojo buscaba algo distinto, buscaba la liberación de su país; como en todos nosotros, una transformación se había producido en él, el muchacho azorado que abandonaba Guatemala sin explicarse bien la derrota, hasta el revolucionario consciente que era ahora.

La primera vez que nos vimos fue en el tren, huyendo de Guatemala, un par de meses después de la caída de Arbenz; íbamos hasta Tapachula de donde deberíamos llegar a México. El Patojo era varios años menor que yo, pero enseguida entablamos una amistad que fue duradera. Hicimos juntos el viaje desde Chiapas hasta la ciudad de México, juntos afrontamos el mismo problema; los dos sin dinero, derrotados, teniendo que ganarnos la vida en un medio indiferente cuando no hostil.

El Patojo no tenía ningún dinero y yo algunos pesos; compré una máquina fotográfica y junto nos dedicamos a la tarea clandestina de sacar fotos en los parques, en sociedad con un mexicano que tenía un pequeño laboratorio donde revelábamos. Conocimos toda la ciudad de México, caminándola de una punta a otra para entregar las malas fotos que sacábamos, luchamos con toda clase de clientes para convencerlos de que realmente el niño fotografiado lucía muy lindo y que valía la pena pagar un peso mexicano por esa maravilla. Con este oficio comimos

varios meses, poco a poco nos fuimos abriendo paso y las contingencias de la vida revolucionaria nos separaron. Ya he dicho que Fidel no quiso traerlo, no por ninguna cualidad negativa sino por no hacer de nuestro ejército un mosaico de nacionalidades.

El Patojo siguió su vida trabajando en el periodismo, estudiando física en la Universidad de México, dejando de estudiar, retomando la carrera, sin avanzar mucho nunca, ganándose el pan en varios lugares y con oficios distintos, sin pedir nada. De aquel muchacho sensible y concentrado, todavía hoy no puedo saber si fue inmensamente tímido o demasiado orgulloso para reconocer algunas debilidades y sus problemas más íntimos, para acercarse al amigo a solicitar la ayuda requerida. El Patojo era un espíritu introvertido, de una gran inteligencia, dueño de una cultura amplia y en constante desarrollo, de una profunda sensibilidad que estaba puesta, en los últimos tiempos, al servicio de su pueblo. Hombre de partido ya, pertenecía al PGT, se había disciplinado en el trabajo y estaba madurado como un gran cuadro revolucionario. De sus susceptibilidades, de las manifestaciones de orgullo de antaño, poco quedaba. La revolución limpia a los hombres, los mejora como el agricultor experimentado corrige los defectos de la planta e intensifica las buenas cualidades. Después de llegar a Cuba vivimos casi siempre en la misma casa, como correspondía a una vieja amistad. Pero la antigua confianza mutua no podía mantenerse en esta nueva vida y solamente sospeché lo que El Patojo quería cuando a veces lo veía estudiando con ahinco alguna lengua indígena de su patria. Un día me dijo que se iba, que había llagado la hora y que tenía que cumplir con su deber.

El Patojo no tenía instrucción militar, simplemente sentía que su deber lo llamaba e iba a tratar de luchar en su tierra con las armas en la mano para repetir en alguna forma nuestra lucha guerrillera. Tuvimos una de las pocas conversaciones largas de esta época cubana; me limité a recomendarle encarecidamente tres puntos: movilidad constante, desconfianza constante, vigilancia constante. Movilidad, es decir, no estar nunca en el mismo lugar, no pasar dos noches en el mismo sitio, no dejar de caminar de un lugar para otro. Desconfianza, desconfiar al principio hasta de la propia sombra, de los campesinos amigos, de los informantes, de los guías, de los contactos; desconfiar de todo, hasta tener una zona liberada. Vigilancia: postas constantes, exploraciones

constantes, establecimiento del campamento en lugar seguro y, por sobre todas estas cosas, nunca dormir bajo techo, nunca dormir en una casa donde se pueda ser cercado. Era lo más sintético de nuestra experiencia guerrillera, lo único, junto con un apretón de manos, que podía dar al amigo. ¿Aconsejarle que no lo hiciera?, ¿con qué derecho, si nosotros habíamos intentado algo cuando se creía que no se podía, y ahora, él sabía que era posible?

Se fue El Patojo y, al mismo tiempo, llegó la noticia de su muerte. Como siempre, al principio había esperanzas de que dieran un nombre cambiado, de que hubiera alguna equivocación, pero ya, desgraciadamente, está reconocido el cadáver por su propia madre; no hay dudas de que murió. Y no él sólo, sino un grupo de compañeros con él, tan valiosos, tan sacrificados, pero no conocidos personalmente por nosotros.

Queda una vez más el sabor amargo del fracaso, la pregunta nunca contestada: ¿por qué no hacer caso de las experiencias ajenas?, ¿por qué no se atendieron más las indicaciones tan simples que se daban? La averiguación insistente y curiosa de cómo se producía el hecho, de cómo había muerto El Patojo. Todavía no se sabe muy bien lo ocurrido, pero se puede decir que la zona fue mal escogida, que no tenían preparación física los combatientes, que no se tuvo la suficiente desconfianza, que no se tuvo, por supuesto, la suficiente vigilancia. El ejército represivo los sorprendió, mató unos cuantos, los dispersó, los volvió a perseguir y, prácticamente, los aniquiló; algunos tomándolos prisioneros, otros, como El Patojo, muertos en el combate. Después de perdida la unidad de la guerrilla el resto haya sido probablemente la caza del hombre, como lo fue para nosotros en un momento posterior a Alegría de Pío.

Nueva sangre joven fertilizando los campos de América para hacer posible la libertad. Se ha perdido una nueva batalla; debemos hacer un tiempo para llorar a los compañeros caídos mientras se afilan los machetes y, sobre la experiencia valiosa y desgraciada de los muertos queridos, hacernos la firme resolución de no repetir errores, de vengar la muerte de cada uno con muchas batallas victoriosas y de alcanzar la liberación definitiva.

Cuando El Patojo se fue no me dijo que dejara nada atrás ni recomendó a nadie, ni casi tenía ropa ni enseres personales en que preocuparse; sin embargo, los viejos amigos comunes de México me trajeron algunos versos que él había escrito y dejado allí en una libreta de notas. Son los últimos versos de un revolucionario pero, además, un canto de amor a la revolución, a la patria y a la mujer. A esa mujer que El Patojo conoció y quiso aquí en Cuba, vale la recomendación final de sus versos como un imperativo:

Toma, es sólo un corazón
tenlo en tu mano
y cuando llegue el día,
abre tu mano para que el sol lo caliente...

El corazón de El Patojo ha quedado entre nosotros y espera que la mano amada y la mano amiga de todo un pueblo lo caliente bajo el sol del nuevo día que alumbrará sin duda para Guatemala y para toda América. Hoy, en el Ministerio de Industrias donde dejó muchos amigos, en homenaje a su recuerdo hay una pequeña Escuela de Estadística llamada «Julio Roberto Cáceres Valle». Después cuando la libertad llegue a Guatemala, allá deberá ir su nombre querido a una escuela, una fábrica, un hospital, a cualquier lugar donde se luche y se trabaje en la construcción de la nueva sociedad.

Carlos Barral

Fin de escala

Estos dos textos forman parte de una serie probablemente titulada **Mitología del ocio**, en la que diferentes textos bajo el subtítulo « Fin de escala » operan como estrofas de separación entre poemas más largos y de distinta temática. **C. B.**

Prado

Bóveda para príncipes, extraña
mente alta. Seca mente
celeste
de un díos que se ha perdido en el desierto.

Cercanías del Prado, mucha gente
muerta en su paja popular, que espera
inútilmente. Un ciego o que lo finge
vendiéndome la suerte. Dos hermanas
oscuras, que parecen poco limpias,
de corazón caliente. Una muchacha
patética, de hermosa cabellera,
que en el azul de Patinir sonríe.

Diente

de ladrillo o de adobe o de piedra inconvicta
cada edificio en especial. La calle
atropelladamente bulliciosa,
ácida en las vitrinas irreales.
Enanos cejijuntos, profetisas
de los castigos del amor. Cuestiones
sutiles en voz alta, pasos
de danza..

Horas nerviosas, últimas,
en que lo indefinido comparece
en una escena urgente :
ciudad de gente a rayas que no entiendo,
de buena gente opaca bajo la luz furiosa.

Todavía otra copa.

Una mujer delgada,
un cuerpo fino, oscuro, de fuste de alabarda,
un mármol gris, incierto, con números escritos,
un cochero que habla con espuma en la boca,
letreros que se vencen al peso del acento,
triste tierra incolora que se asoma,
como la carne pálida,

un momento..

Blancos nervios del cielo transitado,
noble de acero frío y refulgente,
oh bóveda sin lágrimas, estricta
mente en reposo que me invitas
sobre la dura piedra de patria acuchillada.

Parque de Montjuich

A Josep Pla

Te escribo en una pausa de lluvia, entre gotitas
luminosas y polvo alborozado,
desde una balaustrada de cemento
crujiente,
de este parque que escala el promontorio
sobre el mar rechazado por los vientos de tierra.

He visto muchas tablas y algunos Grecos falsos.
¡Qué lugar tan extraño!

Al frente se ven ruinas, lavadas carreteras
y una ciudad muy amplia que se pliega en colinas
y luego por el llano se derrama
en la orilla brumosa, y altas torres
obscenas, como guantes calados, cuatro juntas,
y agujas como en Rotterdam y esbeltos
campanarios rurales, y junto chimeneas
de penachos escuálidos,
y un verde seno tierno de tierra cultivada
que un faro chato guarda de la mar
muy lejos.

Y aquí, más inmediato, casas como cuarteles
y edificios rosados de vítricas escamas
y techos retorcidos y brillantes
y raras cresterías,
hecho todo con trozos de vajilla
y fragmentos de vidrio y desperdicios
de loza decorada.

Estuve en la ciudad, vi sus recodos
cristianos de piedra polvorienta,
sus avenidas de Rubén, sintaxis
preciosa de sus barrios mercantiles.

Gente afanosa, dicen, con aire muy urbano,
en general no feos. Muchachas recelosas
que enconden las rodillas en el metro,
itálicas, al gusto del Giorgione
—como el Maillol del Louvre, más bien graves.
Gente que mira poco.
No hay viejos en los parques.

He preguntado, he visto, las familias
ricas venden sus casas con jardín.

Parece

que tienen muchos hijos que estudian Bellas Artes,
cerámica o diseño, y que así aprenden
la lengua prohibida de sus padres.
Luego son comerciantes, gente seria
fiel a la ley de cada grupo. En tanto
defienden con fiereza sus derechos
de pueblo sojuzgado que fue grande
en tiempo de sus reyes de góticas insignias
y aún después que inventaron una industria
mediocre que los hizo esclavos
de un orden diminuto. Mas los chicos
lo ignoran o lo fingen. Y es hermoso
como es hermosa la ciudad y el campo
que la viste.

Belleza sin tamaño.

Una ciudad discreta, noble, hospitalaria.
Réctilínea y sin plazas. Tal vez interesante.
Una ciudad, querida, en que tú y yo
no viviríamos a gusto. Y, sin embargo,
por la que no me importa haber pasado.

Estuve en la ciudad, vi sus techos
cristalinos de piedra polvorienta
sus avenidas de fútil, empuje
gracioso de sus bancos mercantiles
Gente silenciosa, digna, con una mirada
en general no fofa. Muchachos toscos
que encienden las cigarrillos en el metro
lúcido, el gusto del Giorgio
—como el Mellot del Louvre, más bien grave.
Gente que mira poco
Ha viajado en los países
He preguntado, he visto, las familias
nos venden sus cosas con fingimiento
que tienen muchos hijos que estudian Bellas Artes,
la lengua prohibida de sus padres. (Otra vez con algún hijo)
Luego son comerciantes, gente seria
tal a la ley de cada grupo. En tanto, ven a ser
de pueblo obligado que sus grandes mallé de los siglos
en tiempo de sus reyes de gótico, renacimiento
Y aún después de investigaciones industriales, cuando
medios que los historiadores de los siglos
de un orden diminuto. Los siglos, los siglos, los siglos
lo ignoran o lo fingir. Y es hermosa, hermosa, hermosa
como es hermosa la ciudad y el tiempo con ellos en
que la vista
Belleza sin tamaño.

José Bergamín

Asombros chinescos

La linterna de Diógenes

Tal vez el asombro chino
es como el asombro griego:
sombra de llama de un fuego
preso en fanal cristalino.

Al fin y al cabo

« De aquí a cien años ¡ ay ! todos calvos »,
solían decir los frailes capuchinos.
Ahora, cuando se quitan la capucha,
dicen : de aquí a cien años todos chinos.

Ecumenismo

Hoy respira el Vaticano
un ambiente tan bucólico
que el Diablo se ha hecho cristiano
sin dejar de ser católico.

Juicio final

Por las hojas me tomaréis —dijo el rábano.

Del hecho al dicho

A malas verdades, buenas razones.

La anti-España

La anti-España es otra España,
otra España que no es ésta :
porque es la que lo está siendo
contra ésta y contra aquélla.

Las dos Españas

Es cuento viejo : « —Me quiere usted decir cual es la acera de enfrente, porque vengo de aquélla y me han dicho que es ésta. »

La montaña mahomética

El que más duda que cree
está creyendo que duda.
La cuestión es peliaguda
porque no es cuestión de fe.

(¿ Quién hay que tenga fe ?
El que se cree que la tiene
no la tiene, se lo cree.)

Más pesa Dios que la sangre

Cómo pesa el mar. Y sobre el mar,
el cielo.

Unamuno

Mira como pesa el mar
y sobre el mar pesa el cielo,
decía Unamuno, al sentir
el peso de su destierro.

Soñando con una España
que agonizaba en su pecho
se durmió sobre el rescoldo
pesaroso de su fuego,

De esa España desterrado
y enterrado en su silencio
la tierra de un campo santo
no cubrió su cuerpo muerto.

En un nicho en la pared
se están pudriendo sus huesos
como si hubieran querido
darle ese destierro eterno.

Yo ahora, que desde el mío
estoy el suyo sintiendo,
siento que sobre mi alma
lo que más pesa es su sueño.

El alma en un hilo

Tienes el alma en un hilo :
un hilo que ovilla el sueño
de Ariana en su laberinto.

Antípoda de sí mismo >

Siendo un esqueleto vivo.
Siendo un animado muerto.
Calderón

< Aprende a ser el que eres >
—dijo Píndaro— aprendiendo
a serlo a tu parecer
que es serlo por parecerlo.

Segismundo o don Quijote
o don Juan, cualquiera de ellos
parece que es cuando es
el aprendiz de su sueño.

Burla del hombre invisible,
vano fantasma del tiempo :
< siendo un esqueleto vivo ;
siendo un animado muerto >.

Claro-oscuro

Todo lo oscuro es mentira.
Todo lo claro es verdad.
La oscuridad de la noche
entraña la claridad.

A las claras del cielo

Claro de luna es claridad de olvido.
El olvido es la luna de los muertos.

A la luz de esa luna España entera
es como un olvidado cementerio.

Descampado solar de campo santo,
tierra de soledad y de silencio
bajo un cielo que le abre en la estrellada
de par en par las puertas del Infierno.

Siendo un sepulcro vivo.
Siendo un sepulcro muerto.
Caldón

- Aprende a ser el que eres -
- dijo Pintor - aprendiendo

a ser a tu parecer. Aprende a ser por parecer.
que es ser por parecer.

Seguimundo o don Quijote

o don Juan, cualquiera de ellos
parece que es cuando es
el aprendiz de su sueño.

Buñ del hombre invisible.

Vano fantasma del tiempo
- siendo un sepulcro vivo
siendo un animal muerto.

Claro-oscuro

Todo lo oscuro es mentira
Todo lo claro es verdad.
La oscuridad de la noche
entra la claridad.

Á las claridades del cielo
Claro de luz es claridad de día
El olvido es la luna de los muertos.

Juan Goytisolo **El furgón de cola**

En uno de sus **Divagaciones y apuntes sobre la cultura** fechado el 12 de julio de 1916 y titulado « La reacción », Antonio Machado comenta la situación cultural de España y opina resignadamente: « Seguimos guardando, fieles a nuestras tradiciones, nuestro puesto de furgón de cola ». No recuerdo con exactitud la época en que leí estas « divagaciones » (probablemente hacia 1957). La frase de Machado suena de modo familiar en nuestros oídos y no retuvo especialmente mi atención por aquel entonces. Desde el siglo XVII (recuérdese si no el bello poema de Cervantes sobre « la sola y desdichada España »), el tema de la decadencia nacional es un lugar común entre nuestros escritores, cuando no (como en Quintana, Lista y tantos otros) un árido latiguillo teatral. En su correspondencia con Roda una de las personalidades más sugestivas del despotismo ilustrado, el embajador José Nicolás de Azara, se expresa en términos parecidos a Machado y, tras indicar que España hiede a cadáver, lamenta que « porque el diablo quiere, hayamos de ser siempre la cola de todas las naciones ». El gran poeta del Noventa y Ocho seguía, pues, una tradición muy castiza y su desaliento enlaza con la vieja corriente pesimista del pensamiento liberal español frente a la hosca y deprimente realidad de nuestra patria. Para España no pasan días, decía Larra; para la intelectualidad progresista española, añadiría yo, tampoco. Las desdichas nacionales, tan traídas y llevadas del Noventa y Ocho para acá, han venido a parar en una especie de figura retórica, comodín fácil de nuestra garrulería nativa: el uso y abuso actual (tan hueco y orondo como el de los afrancesados de 1800) de los « me duele España », « queremos a España porque no nos gusta », « españahogándose » y otras fórmulas estereotipadas en boga justificaría sobradamente su extrañamiento definitivo de nuestro lenguaje. Con poco pudor y mucho énfasis nos servimos de ellas para ventilar resentimientos y complejos y hasta (como hizo la derecha en 1936) organizar Cruzadas salvadoras que terminan, como todas las Cruzadas, en un repugnante y odioso baño de sangre. A la verdad entre el término « España » y España existe un divorcio creciente que los tenores, barítonos y bajos de nuestra retórica no pueden o no quieren advertir: mientras en los últimos años la estructura económica de nuestra sociedad se transforma rápidamente y la conciencia individual y social refleja las consecuencias del cambio, el término « España » mantiene entre los intelectuales su inalterable claroscuro. El fenómeno es sorprendente y muestra hasta qué

* Introducción al libro del mismo título recientemente publicado por Ruedo ibérico. Véase p. 75.

punto los esquemas mentales adoptados por pereza y rutina son difíciles de extirpar. El proceso de adaptación de España a la moderna civilización industrial no ha sido objeto hasta ahora de ningún análisis serio en sus aspectos morales y culturales. Por motivos que no vienen a caso seguimos aferrados al concepto de una España arcaica cuando en muchos terrenos, y para cualquier observador incluso superficial y exterior, este concepto no corresponde a la realidad. Se objetará con razón que quienes viven « dentro » ven más (**et pour cause**) lo que permanece que lo que se modifica. Pero la denuncia del anacronismo no debe llevar a enmascarar los cambios por nobles que sean las causas invocadas. Tal actitud equivaldría a abandonar en manos de la derecha el análisis real de nuestro momento histórico. Para bien y para mal España avanza por el camino de su integración en la familia industrial europea, pero un gran sector de nuestros intelectuales no parece haber meditado suficientemente acerca de la importancia del cambio de los métodos de producción y la consiguiente alteración de nuestra conciencia social (lo que explica el carácter cada vez más irreal y precario de su anquilosado lenguaje). El retraso de la cultura con respecto a la técnica nos hace disparar pólvora en salvas: nuestros tiros no dan el blanco, el blanco es otro. Si releemos ahora la frase de Machado la conclusión que se impone es muy triste. Por una paradoja que intentaremos aclarar aquí los herederos de la tradición liberal y progresista ocupamos hoy de cara al país un puesto poco envidiable en el vetusto « furgón de cola ».

Pese a la aparente inmovilidad de nuestra corteza política (superestructura) el periodo que atravesamos pasará a la Historia como uno de los más ricos y decisivos en cambios profundos (estructurales). Con bastante retraso en proporción de los demás países europeos España se adentra por un camino conocido (el de su industrialización por obra del capital monopolista) sin que quienes estando obligados a preveerlo por vocación e ideología nos hayamos ocupado en atender al ejemplo de nuestros vecinos y en sacar de él las consecuencias necesarias. Como analizaremos más tarde, el proceso de transformación actual lleva consigo una serie de implicaciones morales y culturales hirientes y a menudo dramáticas para el idealista cándido que anida en el corazón de cada uno de nosotros: en lugar de la revolución en que soñáramos (continuada de la obra del despotismo ilustrado y de la tradición progresiva del XIX), desbaratada en 1936-1939 por intervenciones extrañas y errores ajenos y propios, topamos con la realidad ingrata de un país en pleno proceso de desarrollo y acomodado, en apariencia, a un « progreso » que niega la necesaria existencia de libertades. Moralmente los intelectuales y artistas españoles no conformistas nos hallamos y nos hallaremos cada vez más en una situación semejante a la de nuestros colegas franceses del siglo XIX cuando, enfrentados al materialismo desenfrenado de la época y tras el fracaso de las diversas tentativas revolucionarias, buscaban refugio en un individualismo romántico como Baudeaire o se encastillaban en un escepticismo político, social y moral como Flaubert, Michelet y Taine. La

civilización neocapitalista de empresarios, técnicos y especuladores, de gente que vive por el rendimiento y para el rendimiento, condena de modo inapelable las « virtudes » humanas de nuestra sociedad primitiva. La nobleza, la lealtad, el desinterés que caracterizaban hasta hace unos años a los españoles son barridos hoy despiadadamente por el credo de la nueva religión industrial y con ellos desaparecen, asimismo, las razones sentimentales y morales de nuestra adhesión a la causa del pueblo que las encarnaba. Este hecho explica, por un lado, la incertidumbre y desgarramiento íntimo de los intelectuales ; por otro, la necesidad amarga de establecer un nuevo tipo de compromiso más razonado y menos espontáneo, más científico y menos moral, encuadrado fatalmente en la disciplina de los partidos políticos que deciden y actúan en nombre del pueblo. Pues, a diferencia del período en que vivieran Baudelaire y Flaubert, ya no hay pueblo sino, por emplear una expresión de Octavio Paz, masas organizadas. « Ir al pueblo, escribe, significa ocupar un lugar entre los « organizadores » de las masas ». El intelectual inconformista de hoy se ve en el dilema de escoger entre la rebeldía romántica o convertirse en funcionario organizador : aceptando el primer término de la antítesis se condena a ser estéril ; inclinándose por el segundo, renuncia a su libertad. En cualquier caso, en contraste con su optimismo ingenuo del período anterior, asiste a una extraordinaria reducción de sus poderes. ¿ Qué puede el intelectual en el marco de una sociedad capitalista ? Poco o muy poco. El mundo industrial moderno le despoja de sus ilusorios atributos y, en el reajuste que se opera, la tentación es muy fuerte de abandonar la partida y, en el naufragio moral de la época, buscar una salvación estrictamente individual. La importancia de Cernuda se explica en parte por haber sido el primero entre nosotros en comprender la inexorable severidad de la alternativa. A pesar del sangriento triunfo militar de la reacción en la guerra de 1936-1939, con un coraje y abnegación que le honran, la clase intelectual española no quiso eludir sus responsabilidades : ante la España negra en el poder, siguiendo el ejemplo de la tradición liberal y progresiva, abrazó el compromiso activo defendido por Larra. Pero las circunstancias de hoy ponen en tela de juicio ciertos aspectos de este compromiso y es posible observar en su edificio la existencia de algunas grietas. Una revolución económico-social se opera bajo la inmovilidad de la superestructura política y, poco a poco, la problemática de la civilización industrial sustituye a la de la sociedad precapitalista que conociera Larra. La esfera de acción del intelectual disminuye, el tecnicismo reemplaza al compromiso sentimental y desinteresado, la tentativa de evasión romántica apunta en el horizonte. Larra o Cernuda : el dilema nos impone una elección. Pero España oscila todavía entre dos mundos, un pie en cada uno de ellos. Diferentes realidades conviven, reflejo de situaciones diversas : el siglo XIX y el siglo XX estrechamente aunados. Larra y Cernuda : en la etapa intermedia que vivimos la Historia da razón a los dos.

El amable lector me perdonará si entro aquí en algunas consideraciones de orden personal. A los intelectuales y artistas de origen burgués de mi

generación nos ha tocado vivir una de las fases más desconcertantes y ariscas de nuestra historia. Nacido en 1931 tenía yo cinco años en el momento de la sublevación del ejército contra la república y ocho cuando ésta sucumbió definitivamente a manos de los militares. Educado como la mayoría de los muchachos de mi medio social en una institución religiosa descubrí al término de la adolescencia la absoluta ineptitud de los principios que me inculcaron respecto a la triste experiencia de nuestra realidad española. Pasada aquella desilusión primera mi insatisfacción moral y un sentido elemental de justicia me condujeron insensiblemente al campo de las fuerzas políticas que, en ilegalidad obligada desde 1939, defienden con tenacidad y heroísmo, la causa de nuestras libertades. La Revolución se infiltró en el ámbito de mis preocupaciones cotidianas y, como muchos otros intelectuales coetáneos míos, he supeditado a ella durante casi diez años mis inquietudes intelectuales y artísticas. Pero por segunda vez, la Historia se ha encargado de burlar la bondad de mis propósitos: el país cambia, pero no del modo que habíamos previsto. Los intelectuales de izquierda nos hemos preparado para algo y no ha pasado nada. A los treinta y pico años de edad los hombres de mi generación nos encontramos en la situación anormal de envejecer sin haber conocido la juventud ni responsabilidades. Ni la educación tradicional ni la que nos forjamos por nuestra propia cuenta nos habilitan a intervenir con posibilidades de éxito en un universo que todo lo inmoló (y esto no es más que el comienzo) a la apoteosis de los valores mercantiles. La civilización industrial contemporánea no reconoce el antiguo y noble papel que los intelectuales desempeñábamos desde el siglo XXVIII: el de una élite desinteresada, consagrada a los ideales del bien público y el progreso. El mundo que (salvo imprevisto) nos aguarda no cuenta con nosotros y nos deja de lado. Como en los demás países avanzados de Occidente —con un retraso de varios lustros— la élite humanista tiende a extinguirse poco a poco, suplantada por la eficacia técnica del intelectual empresario o las consideraciones estratégicas del intelectual organizador. ¿Podemos aún escapar al dilema? En mi opinión, no. A menos de quemar las naves y evadirse como decidió e hizo Rimbaud, como soñó y no pudo hacer Cernuda. Pero, al cabo y a la postre, ¿qué es esta huida sino una forma disfrazada de dimisión?

Los trece ensayos reunidos en el presente volumen reflejan voluntariamente la ambigüedad y el desgarramiento inherentes a la situación peculiar del intelectual en España. En el análisis de los problemas de nuestra sociedad y nuestra cultura no me he propuesto seguir ni mucho menos un método sistemático: la sinuosa complejidad de aquéllos exige, por el contrario, una movilidad de pensamiento (« transhumancia de ideas », diría Breton) que no excluya tan siquiera la contradicción ni lo que pudiéramos llamar « visión bifocal » de los mismos. Tampoco ha sido mi intención formular respuestas a las preguntas que planteo —o formularlas de tal modo que en la mente del lector se conviertan a su vez en preguntas.

El furgón de cola recoge parte de mis artículos escritos entre 1960 y 1966, artículos que fueron publicados, en su mayoría, en diferentes revistas y

semanarios europeos y americanos. Al agruparlos he suprimido solamente aquellos que por su limitado interés periodístico o sus errores e insuficiencias manifiestos no merecen la reproducción. Asimismo me he permitido introducir en ellos una serie de añadidos, cortes, modificaciones y refundiciones necesarios a la armonía y mejor comprensión del conjunto. Una última apostilla al lector: el pesimismo que se desprende de estas páginas tiene como paliativo y reverso (¿o es una ilusión mía?) la esperanza de que, en sus modestos límites, contribuyan al saneamiento de nuestra atmósfera cultural. ¿Ambición vana? Probablemente. Pero indispensable para mí. Sin ella (y mi romanticismo incurable) no me hubiese decidido a darlas a luz. Sirvame ello de excusa y me evite (aunque mi conjuro sea utópico) la proverbial «saña vieja retenida» y los españolismos y ruines procesos de intenciones.

Ediciones Ruedo ibérico

Juan Goytisolo

El furgón de cola

Indice: El furgón de cola. La actualidad de Larra. Escribir en España. Los escritores frente al toro de la censura. La literatura perseguida por la política. Literatura y eutanasia. Estebanillo González, hombre de buen humor. La herencia del noventa y ocho o la literatura considerada como una promoción social. Cernuda y la crítica literaria española. Homenaje a Cernuda. Lenguaje, realidad ideal y realidad efectiva. Menéndez Pidal y el Padre Las Casas. Examen de conciencia. Tierras del Sur.

216 páginas

21 F

Antonio Tovar censurado

NDLR. La censura española prohibió la publicación de este texto de Antonio Tovar. Como no conocemos las normas que rigen tal censura, ignoramos también si el censurado fue el texto crítico, o el autor de la crítica, o el novelista criticado, o todo ello en proporciones igualmente desconocidas.

Memoria de ayer y hoy

El libro¹ nos inquieta y desespera como una vuelta sobre los recuerdos más amargos y la realidad más insatisfactoria. Se trata de la historia de unos jóvenes —no, viejos— españoles: el protagonista en primer lugar; Antonio; Enrique, más en segundo plano, que pasan por las experiencias de nuestros años, los que hemos vivido y los que seguimos viviendo. Es la historia interna y misteriosa, secreta y subterránea muchas veces, de nuestro país. Leer el libro no es un cometido literario, sino pasar una tremenda prueba.

Lo ha sido para mí al menos, ahora que estaba ocupado en dirigir a mi pueblo (mío porque es al que pertenezco) una especie de arenga en la que quiero hacerle encontrar motivos para amar la vida, y gustar de ella sin embriaguez y sin ambición excesiva, y cuando por mi parte reacciono contra la idea, para mí incómoda, grata para los millones de turistas, de que *Spain is different*, y entonces el autor se indigna y viene a probar, sin embargo, que sí, que el caso de España es diferente, y desesperado, y, por consiguiente, al ser el país *different*, tiene que ser tratado de manera distinta y, digámoslo, anormal. Cuando quiero dar forma a unas notas, a falta de tiempo y de aliento para hacer un gran discurso, exhortando a mi pueblo a la paz y al trabajo, y abriendo ante él otra vez el abanico de modestas ilusiones y esperanzas, la lectura de esta excelente novela me presenta de golpe la desesperación de diez años de historia contemporánea. Diez años llenos de amargura para el protagonista, desarraigado con profundo dolor por el corte; para sus amigos, el uno castigado y privado de ilusiones, el otro sustituyendo su generoso entusiasmo romántico por las ideas de José Antonio con el apoyo al régimen cubano.

Juan Goytisolo ha sabido poner a distancia sucesos contemporáneos con una técnica novelesca de desdoblamiento. Lo que pudiera parecer autobiográfico se presenta en segunda persona, casi en vocativo: - La seguiste por el Quartier Latin hacia el centro de ayuda estudiantil... Dolores había comprado un periódico en un quiosco del boulevard Saint-Michel y leía los anuncios con una expresión ausente y premiosa. Varias veces la viste sacar un lápiz del bolsillo del anorak y señalar alguna dirección con un trazado rápido. Mientras se eclipsaba en el portal del inmueble entraste en el café vecino... Te alejaste

confundido... » El escritor se referirá a sus más entrañadas raíces como « tu tribu » y a su país como « tu patria », con lo que se coloca fuera y distancia, dejando exentas y creadas fuera, puesto que son interpeladas, sus figuras. Se produce así en la novela una atmósfera de lirismo que no impide a los personajes existir de manera casi épica.

Así se nos relatan las aventuras de Alvaro, el protagonista, sus amores con Dolores, su fracasado empeño de conseguir un documental sobre los emigrantes españoles, su lírico vivir de recuerdos: el padre asesinado por los rojos, años de infancia en Francia, educación en el colegio religioso en España, y a lo lejos, examinado críticamente, el fondo de la historia de la familia, poetizada por la distancia, y heredera de una fortuna hecha en Cuba con esclavos... Y también las de Antonio, que, en la escuela diplomática ya, se siente llamado a la revisión de todo el presente y a la entrada en actividades subversivas.

Las escenas del presente, con sus turistas en la Costa Brava, se van combinando con los recuerdos, y éstos se distribuyen en varios planos, o en ondas concéntricas, y allá a lo lejos queda, casi mágico, el paisaje de Yeste, con sus viejos dramas político-económicos, sobre el friso de una admirable descripción de la brutal capea. Pocas veces nuestra tragedia nacional se ha expresado con tanto arte.

Pues no basta con ver en este libro el texto de la disconformidad y la amargura. Se trata ante todo de una obra de arte. Cada escena, según va mezclando el presente con el pasado, es autónoma como un poema, y participa en su aislamiento de la economía, de medios y de la selección de la buena poesía. Goytisolo da así una lección a los novelistas que persisten en la técnica de la fotografía al minuto. Lo que se piensa por los personajes se cruza con lo que sucede o se habla, con aciertos como la traducción tropical y sacrilega de la creación de San Ignacio. La objetividad admirable de los informes de la policía se combina con el exaltado lirismo de los recuerdos. Y nada se exime de una burla suprema y objetiva, ni los románticos emigrados españoles en París, que forman los inacabables estratos del exilio, desde el decano de ellos, el que va por allí, por el café de Madame Berger, desde los

1. Juan Goytisolo: *Señas de Identidad*, México, 1966.

tiempos del proceso de Ferrer, hasta nuestros días.

El análisis sociológico del país es implacable. En él se descubren los celosos guardianes, los custodios de un modo de ser cada día más inactual en este mundo desbocado, que crece y conquista y se expande y compadece y destruye y se embriaga y planea y se desnuda y se deja crecer las barbas y el pelo, y se lo suelta, y quiere ser justo y es implacable, coco llevado por el torbellino de las leyes económicas.

Así son tan desesperantes los recuerdos, y tan atormentador el participar de una visión crítica. Yo como lector comprendo esta novela y la admiro, y se la recomiendo al lector de espíritu insatisfecho y

exigente. Gracias a libros como éste, el recuerdo de nuestro tiempo seguirá vivo, y no será borrado ni rebajado. Como sigue vivo el escozor del 98 por haberlo exacerbado con sus escritos unos locos que hubo entonces, odiosos para muchos porque han perpetuado amarguras que era mejor olvidar.

Recuerdo la anécdota del pobre Maetzu, un Maetzu sin obras completas, haciendo que se desmayara, con sus irritados y escocedores juicios, a un pobre español que volvía, después de hacer su América, buscando el querido rincón de color de rosa.

Negro, y rojo, y sucio, y desesperante, es el cuadro que con arte construye Goytisolo en esta novela de introspección y análisis, para dejar como solitario el testimonio de largos y oscuros años.

Après l'édition en langue
espagnole publiée au Mexique
vient de paraître
l'édition française de

Pièces d'identité

par

JUAN GOYTISOLO

nr

GALLIMARD

Ignacio Fernández de Castro

De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo

Sumario

La España de 1800.

I. Revolución burguesa : 1808-1898

1. **La muerte del absolutismo : 1808-1833** : La guerra de la Independencia. Las Cortes de Cádiz. Reinado de Fernando VII. 2. **Primer asalto al poder : 1833-1840** : Regencia de María Cristina. Primera guerra carlista. El liberalismo en el poder. El abrazo de Vergara. 3. **Segundo periodo de guerra revolucionaria : 1840-1868** : La regencia de Espartero. Reinado de Isabel II. Los moderados en el poder. La Vicalvarada (bienio progresista). Los moderados otra vez. Víspera de la revolución. 4. **El final de la revolución burguesa : 1868-1874** : la revolución de septiembre. Monarquía sin rey. República federal (Pi y Margall). Pronunciamiento de Pavía y Serrano. 5. **La restauración del orden burgués : 1874-1898** : La restauración monárquica. Alfonso XII. Cánovas y Sagasta. Alfonso XIII ; regencia de María Cristina. Guerra con Norteamérica.

II. Revolución del proletariado : 1898-1939

1. **Primera etapa de lucha de clases revolucionaria : 1898-1917** : Pérdida de los restos del imperio colonial. Mayoría de edad de Alfonso XIII. Semana trágica. ¡Maura no! Juntas de Defensa. 2. **Segunda etapa de lucha de clases revolucionaria : 1917-1931** : La crisis social de 1917. La dictadura de Primo de Rivera. La muerte de la monarquía. 3. **Periodo revolucionario : 1931-1936** : Proclamación de la república. Cortes Constituyentes. El bienio negro. El Frente Popular y las elecciones de 1936. Sublevación militar. 4. **La revolución proletaria : 1936-1939** : La revolución contra el fascismo. La república contra la revolución. La república vencida.

III. La dictadura de la burguesía : 1936-1966

1. **La « cruzada » de Franco : 1936-1939** : La derecha elige la violencia. La derecha se viste de azul. Serrano Suñer y Franco. Liquidación del enemigo. 2. **De la victoria de 1939 a la crisis de 1945** : La guerra mundial. España opta por la participación en la guerra. Ensayo de institucionalización del Nuevo Estado. España vuelve a la neutralidad. Victoria aliada y sus consecuencias sobre la política española. 3. **El régimen franquista en cuarentena : 1946-1950** : Se plantea la sucesión. Abandono de la legitimidad republicana : pacto de San Juan de Luz. España se convierte en reino. Liquidación del movimiento guerrillero. Franco y Don Juan. Se empieza a romper el aislamiento internacional. 4. **De la inflación a la estabilización : 1951-1960** : Se rompe el bloqueo internacional. Primeros movimientos de masa. La crisis de gobierno de 1951. Hacia la « Reconciliación Nacional ». El pacto de Madrid y el Concordato. La lucha en la Universidad. Crisis política de 1956. Inflación. Gobierno de tecnócratas : el Opus Dei. Las nuevas generaciones. Estabilización. La Iglesia y el régimen franquista. 5. **Tres años importantes : 1961-1962-1963** : La tensión social aumenta con la reactivación económica. Las grandes huelgas de 1962. España pide su adhesión al Mercado Común. La reunión de Munich. Crisis de gobierno. Nuevas huelgas. Hacia el Plan de Desarrollo. 6. **España ante el futuro : 1964-1966** : El Plan de Desarrollo. Crisis del Partido Comunista. Agitación creciente en la Universidad. Crisis del Frente de Liberación Popular. Nuevo gobierno. Peligro de inflación. Reorganización de los Sindicatos Verticales. Tensión entre los católicos catalanes. La Ley de Prensa. Las comisiones obreras. Gibraltar. Subida del salario mínimo. Tensiones políticas en el Movimiento alrededor de la institucionalización. Franco anuncia a las Cortes la nueva Ley Orgánica del Estado y el referéndum. **Panorámica general.** El desarrollo económico. La liberalización política. La oposición política. **Conclusión.**

Tres años

importantes : 1961-1962-1963

En este punto de nuestro análisis creemos que es absolutamente necesario el situarnos de nuevo en la perspectiva general en que se ordenan los acontecimientos políticos.

Aunque con retraso, España ha seguido la dinámica general europea. La evolución española ha estado condicionada siempre por el hecho de pertenecer al área europea, dentro de la cual ocupa una situación de retraso. La reacción de la burguesía española ante la crisis europea de los años treinta no fue diferente de la reacción del resto de la burguesía europea, que en su conjunto se entrega al fascismo. La reacción de la clase obrera española ante la reacción fascista de la burguesía tampoco fue distinta de la del resto de las clases obreras europeas. Como en el resto de Europa, su estrategia fue el Frente Popular Antifascista para la defensa de la democracia.

La guerra de España, la guerra mundial, así como los golpes de Estado fascistas en Alemania y en Italia, y las victorias electorales del Frente Popular en Francia y en España, hay que situarlos en esta perspectiva general europea, cuyo movimiento general caminaba hacia la revolución socialista.

Pero dentro de este esquema general, se perfilan dos factores que serán a la larga decisivos: Rusia y los Estados Unidos de América. Cuando la crisis de los años treinta se manifiesta, en Rusia se ha realizado ya la revolución proletaria. Por razones históricas explicables, esta revolución ha supuesto la ruptura violenta de las conquistas democráticas obtenidas por el pueblo en Europa y la instauración de una dictadura. La crisis económica de 1929 en los Estados Unidos no va acompañada, sin duda por el mayor desarrollo de su capitalismo, de una reacción fascista burguesa, sino de intervencionismo estatal para corregir las crisis cíclicas, orientando el desarrollo hacia formas capitalistas más desarrolladas, hacia lo que hoy se conoce por neocapitalismo.

La « prolongación rusa » de la revolución proletaria internacional coloca en difícil posición a los avances democráticos revolucionarios, facilitando la identificación mítica de la burguesía con la democracia. La « prolongación americana » del capitalismo proporcionará a la burguesía europea la salida « neocapi-

La tensión social aumenta con la reactivación económica. Las grandes huelgas de 1962. España pide su adhesión al Mercado Común. La reunión de Munich. Crisis de gobierno. Nuevas huelgas. Subida general de salarios. Liberalización. Crisis sindical. Hacia el Plan de Desarrollo.

talista », cuando la derrota internacional elimine la vía fascista.

En España se repite con retraso el esquema europeo de la crisis. La burguesía española en el poder, que ayer era fascista, toma decididamente el camino de la incorporación a la Europa neocapitalista y al igual que Europa será ayudada por Estados Unidos en el cambio de rumbo.

La estrategia de frente popular antifascista de la clase obrera europea, ha incorporado a la revolución proletaria cierto número de países del este europeo a consecuencia de la derrota militar del fascismo. Pero también ha facilitado la salida « neocapitalista » en el occidente europeo. España se encuentra situada en ese occidente entregado a la influencia americana y a la solución neocapitalista. Francia, Inglaterra y Norteamérica, en 1945, se convierten en árbitros de la situación española que, en el esquema general, está abocada a la incorporación a la Europa Occidental, y, en términos más amplios, al mundo « libre ».

La oposición tradicional, los vencidos de la guerra civil, elaboran su estrategia sobre la inevitable incorporación de España al occidente europeo, y se presentan como los campeones de la democracia, como los únicos que pueden incorporar una España democrática al mundo libre; sus enemigos de 1936 han quedado descalificados por su opción fascista. Doble error de perspectiva: por una parte, han creído que lo esencial del régimen español era el fascismo, cuando lo esencial eran los intereses capitalistas; por otro, han creído que lo esencial del mundo « libre » era la democracia cuando lo esencial en él eran igualmente los intereses capitalistas.

El primer error les impide comprender a tiempo la capacidad de maniobra del franquismo, que sin perder su esencia es capaz de transformarse. El segundo error, no les permitirá comprender que no pueden ser interlocutores del mundo libre —aunque eliminen a los comunistas, aunque renuncien a la legalidad republicana para conseguir la alianza con los monárquicos—, pues el único interlocutor posible

* Del libro *De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo*, de inminente publicación por Ediciones Ruedo Ibérico. Véase p. 78.

de ese mundo libre es el capitalismo español, es el propio régimen.

La originalidad de la situación española radica en su atraso en relación con Europa. Este retraso hace doblemente difícil para España el seguir la evolución europea occidental hacia el neocapitalismo, y ofrece márgenes amplios de maniobra a la izquierda, derivados de contradicciones agudas entre los grupos dirigentes españoles y entre estos mismos y los intereses del capitalismo internacional. Los diez años de crecimiento rápido del periodo anterior han puesto al descubierto la agudeza de aquellas contradicciones. Examinemos, pues, las contradicciones más importantes y la forma concreta que van adoptando en la evolución española.

Quizá, la más decisiva sea la forma en que los grupos dirigentes se encaran con la contradicción que surge inevitablemente entre las clases trabajadoras y la clase poseedora en las relaciones de producción. Una sociedad neocapitalista, o en camino hacia el neocapitalismo, tiende hacia la integración de la clase obrera buscando hacerle aceptar el sistema gracias a la participación, cada vez mayor, en términos cuantitativos, en los beneficios crecientes del desarrollo. Esto supone la tendencia cada vez más acusada hacia la producción en masa, fuerte concentración de capitales y gran productividad. Supone, también: la tendencia a formas sindicales, tanto patronales como obreras, capaces de mantener un diálogo permanente, capaces de discutir el reparto de los beneficios; sindicatos que colaboran en una tarea común. Es decir, tendencia hacia el sindicato obrero fuerte, democrático, reivindicativo y apolítico que, aceptando el sistema y sus reglas, impulse el desarrollo, pues es de éste de quien puede obtener los mayores beneficios para la clase obrera. Estas dos tendencias son inseparables: sólo una estructura de producción fuertemente concentrada, altamente productiva, y donde los beneficios sean obtenidos primordialmente del consumo de masa, puede conseguir la integración de la clase obrera. Mientras en Europa se desarrollan rápidamente las condiciones características del neocapitalismo, en España la estructura de producción evoluciona, hasta 1959, en condiciones de aislamiento, tan alejadas del consumo de masa, que el desarrollo, la acumulación de capital, se basa en la explotación más directa de la fuerza de trabajo, gracias a los bajos salarios, a la explotación extensiva de la mano de obra, a los márgenes procurados por un consumo selectivo, que mantiene una estructura de producción atomizada de pequeñas empresas, con rendimientos bajísimos, incapaz de absorber el alza de salarios, incapaz de asimilar las reivindicaciones obreras. De ahí, la necesidad imperiosa —si no quiere poner en peligro la totalidad del sistema— de sindicatos de control de la clase obrera: sindicatos no democráticos, débiles, simples aparatos

políticos que impidan toda rebelión colectiva seria contra las bases impuestas por los patronos. Es decir, lo contrario de un sindicato que estimule y facilite la integración de los trabajadores en la estructura de producción. Un sindicato de este tipo no es un sindicato de integración sino de marginación de la clase obrera.

Si las grandes líneas de la evolución imponen al capitalismo español la integración en el mundo neocapitalista, se agudiza la contradicción entre la necesidad de integrar a la clase obrera, que supone una profunda transformación sindical, y la organización sindical existente. Esta contradicción se manifiesta entre los sectores más desarrollados, más acusadamente neocapitalistas y los retardatarios, directamente dependientes de la etapa anterior.

La estrategia obrera se verá directamente afectada por esta contradicción, que si bien procura un excelente margen de maniobra, presenta el riesgo de hacer el juego a los intereses del neocapitalismo —que señalan la línea de evolución forzosa del régimen— facilitando la maniobra integradora; es decir, la conversión del sindicato de control en un sindicato de integración.

El retraso de España en el momento de emprender el camino del neocapitalismo europeo deriva de que todo lo que tiende a modificar las condiciones de aislamiento y pone en contacto la economía española con el mundo neocapitalista origina inmediatamente crisis agudas en sectores enteros del sistema productivo español que no resisten la más mínima « corriente de aire ». A lo largo de estos años se van produciendo crisis graves en los sectores carbonífero, siderometalúrgico, textil, etc., que obligan a dar marcha atrás o por lo menos a detener la marcha para evitar que la crisis termine desastrosamente. A esta contradicción se añade la que existe, aun dentro de un mismo sector, entre las empresas más retardatarias, que sólo sostienen la escasez y el mercado cerrado, con empresas más avanzadas.

Entre los intereses del sector neocapitalista español y los intereses de un capitalismo mundial, que conserva fuertes tendencias colonialistas, empezarán a surgir también las contradicciones que existen ya entre distintos sectores del capitalismo internacional, y que empezarán a manifestarse en la estructura española.

Este conjunto de contradicciones se manifiesta en forma de enfrentamiento de clases, capas y grupos de interés dentro de las clases, así como en tensiones entre regiones de mayor o menor desarrollo. Las tensiones interregionales tienen consecuencias políticas que influyen sobre el régimen y sobre la oposición. Este panorama contrasta vivamente con la rigidez y el inmovilismo de la etapa anterior.

Su primera consecuencia ha sido el fracaso de todo intento de « institucionalización » del régimen en forma fascista; Serrano Suñer primero, y Arrese

después, no pueden, pese a la persistencia del « espíritu » del 18 de julio, imponer « instituciones » falangistas, aun moderadas por el derechismo conservador. El camino recorrido en este sentido queda interrumpido.

Otra consecuencia, íntimamente relacionada con la anterior, es la reacción inmovilista, cargada de agresividad, de las fuerzas políticas preponderantes en la etapa anterior, sobre todo falangistas, que exaltan la guerra civil y su espíritu, que atacan de nuevo duramente al capitalismo y a los monopolios como representantes característicos del nuevo camino emprendido, y que tratan de despertar el « miedo » de la derecha a todo cambio que suponga acercarse a la situación que provocó la guerra...

La tercera consecuencia, es la de alentar variadas fórmulas sucesorias en la oposición y en el Movimiento, entre las que predominan las fórmulas « democráticas » europeas como las más viables, lo que precipitará al régimen en otra nueva etapa de sucesión.

Al lado de estas consecuencias políticas, cuya evolución examinaremos, el desarrollo económico, sus dificultades y contradicciones internas, produce cambios profundos y decisivos que incidirán sobre la evolución política.

En la década de los años cincuenta, se salta de la inmovilidad y el estancamiento económico al desarrollo rápido, se modifica la estructura sociológica. La brutalidad del cambio está condicionada por el progresivo empobrecimiento general de la etapa anterior que había acumulado sobre las clases sociales crecimientos demográficos superiores a lo tolerable. En diez años (1940-1950) la población agraria que ya en el siglo anterior había alcanzado el techo económico de su crecimiento, experimenta crecimientos numéricos importantes que superan aquel techo. La lentitud o el estancamiento del desarrollo, y el aislamiento que pone travas a la emigración, contienen los movimientos migratorios hacia otros sectores. El campo sufre una situación de paro estacional estremecedor, que aumenta el autoconsumo, afectando dramáticamente a los grupos económicamente débiles del sector urbano que ven racionados los productos más imprescindibles, que pasan a alimentar el inaccesible mercado negro. Durante este periodo, la clase obrera industrial crece todavía más considerablemente. Pero este crecimiento engrosa el sector menos calificado, no corresponde a un desarrollo de la estructura de producción. Este es el punto de partida del disparatado desarrollo de los años cincuenta y de la dramática danza de la miseria y la esperanza —de las migraciones masivas— que comienza y se acelera en una vertiginosa carrera hacia los seguros salarios industriales y, a partir de 1959, hacia una Europa en desarrollo. Más de dos millones y medio de personas cambian en estos diez años al menos de provincia

de residencia. Incesante ir y venir que multiplican los intentos fallidos, los desplazamientos cortos dentro de la misma provincia y del mismo municipio, pues la cifra sólo refleja los saldos migratorios de este profundo movimiento. De cada mil emigrantes doscientos se instalan —decimos instalar por expresar de alguna forma el desarrollo de chabolas que conoce el periodo— en Cataluña, 165 en Madrid, casi otros 100 en el norte cantábrico más desarrollado. Casi la mitad, pues, contribuye al crecimiento de las zonas industriales en desarrollo. Casi 350 de cada 1 000 emigrantes lo hacen al extranjero. Al final del periodo Europa abre sus puertas a la emigración española y desvía a su favor la corriente migratoria tradicional española hacia América del Sur. Estos enormes movimientos migratorios que se aceleran después de la estabilización de 1959, cambian profunda y rápidamente la estructura sociológica.

Los obreros industriales que en 1940 eran unos 2 500 000, en 1964, se habían duplicado, llegando a los cinco millones, aumentando casi un millón en los cuatro últimos años. Los asalariados agrícolas pierden 500 000 individuos en el mismo periodo. Pero a pérdida llega casi al millón si se toma como punto de partida el año 1950, puesto que en los diez primeros años después de la guerra, este grupo social aumenta a un ritmo parecido al de su crecimiento demográfico. Sólo en los últimos cuatro años, de 1961 a 1964, la pérdida se acerca a 500 000 individuos.

Unos 700 000 obreros eventuales del campo lo abandonan y emigran durante la década del cincuenta en busca de salarios eventuales y no calificados en las ciudades. En los cuatro años siguientes, la emigración campesina afecta al grupo de los pequeños propietarios, aparceros y arrendatarios principalmente y de forma más parsimoniosa a los obreros eventuales. Ello subraya la segunda etapa del desarrollo; el estímulo es mucho más estable, más seguro. Han desaparecido las situaciones desesperadas capaces de impulsar una débil esperanza de encontrar empleo.

En el rapidísimo crecimiento de los obreros industriales, siguen distinto ritmo el grupo de los obreros no calificados y el de los obreros calificados. Mientras que los primeros distribuyen su crecimiento de 600 000 unidades en el periodo de 1940-1964 en 200 000 hasta 1950, 225 000 de 1951 a 1960, y 175 000 en los últimos cuatro años, los obreros calificados reparten su aumento de 1 600 000 individuos durante los 24 años, en 370 000 en la década del cuarenta, 630 000 en los años cincuenta y 600 000 en los últimos cuatro años. Ello subraya una aceleración rápida del proceso de calificación profesional, mientras disminuye el ritmo de la creación de puestos no calificados.

Al lado de estos profundos cambios, que afectan a la estructura sociológica de las clases explotadas, se empiezan a manifestar otros no menos importantes en las clases dirigentes.

En el periodo que corre desde el fin de la guerra hasta 1959, la coyuntura inflacionista, las condiciones del mercado interior y el aislamiento internacional habían favorecido la proliferación y la multiplicación de las empresas industriales y comerciales de dimensión reducida y con capitales diminutos. Ejemplo esclarecedor lo ofrece el sector comercial que crece desmesuradamente hasta 1951 (más de 300 000 personas activas) y que a partir de ese año empieza a disminuir lentamente. La nueva opción política de 1957 hacia la integración europea, y sobre todo el Plan de Estabilización, detiene la proliferación de la pequeña empresa y se inicia un proceso de concentración, de ampliación, de modernización de las empresas. Se inicia, no sin dificultades, un proceso de reconversión de la estructura de producción y de comercio para dotarla de eficacia « europea ». Este cambio de dirección del proceso de desarrollo afecta vivamente a los grupos y clases propietarias en su función dentro del proceso productivo.

La estabilización primero, y las sucesivas medidas de apertura hacia el mundo económico exterior, van reduciendo las defensas arancelarias en algunos sectores. La nueva política salarial de convenios colectivos, que facilita la presión de la fuerza de trabajo, la ampliación progresiva y bastante rápida del mercado interior y la mayor facilidad para importar bienes de equipo y obtener inversiones extranjeras, facilitan, a partir de 1959, la aceleración del proceso que arrebató la estructura productora de las manos de la burguesía propietaria para entregarla, poco a poco, en parcelas más importantes, a los grupos financieros. Y si esto denuncia la tendencia hacia la concentración del poder económico, con significativos aspectos monopolísticos en algunos sectores, supone también el rápido crecimiento del sector terciario de la industria (técnicos y empleados,) que se nutre a costa de la antigua burguesía, que va hallando su salida en el proceso de proletarianización a nivel privilegiado, que le permite, en cierta medida, conservar su conciencia de grupo privilegiado. En 1960, este proceso es sólo una tendencia. Pero se encuentra presente en el proyecto europeísta del régimen y en las actitudes de los grupos dirigentes a que va a afectar, especialmente en sus generaciones más jóvenes.

Este conjunto de transformaciones de la estructura sociológica tiene influencia inmediata y, a veces, decisiva, sobre los hechos políticos. Las emigraciones campo-ciudad, cuyo ritmo se acelera a partir de 1951, estabilizan primero la población campesina haciéndola perder, progresivamente, su importancia relativa en el conjunto, iniciando, después, un lento decrecimiento de sus cifras absolutas. Esta corriente

no sólo disminuye la fuerza política real de los grupos sociales campesinos, que fueron los protagonistas de los movimientos revolucionarios del siglo XIX y que participaron en gran medida en los de los primeros 36 años del siglo XX, sino que cambian las actitudes de las diferentes clases. No reacciona lo mismo un obrero eventual del campo, constreñido por el estancamiento económico, sin las posibilidades de promoción que supone la emigración a la ciudad y a la industria, que, este mismo obrero, aun en una situación parecida, cuando ve una promoción posible en la emigración. La facilidad, las posibilidades de absorción del emigrante campesino, la rapidez de la corriente emigratoria, las condiciones concretas en que se realiza, su asentamiento definitivo en el nuevo medio o el retorno al lugar de origen, son aspectos decisivos para comprender las actitudes de clase y su comportamiento político. En el caso de los campesinos propietarios modestos, la incidencia de la emigración tiene consecuencias parecidas.

Aun dentro del sector agrario, la emigración masiva y continuada de los grupos más débiles, incide sobre los grupos mejor situados, estimulando la explotación intensiva y mecanizada y la concentración de la propiedad en las regiones de minifundio afectadas por la emigración de la población campesina. Estos grupos, prefieren las facilidades de crédito a la política de contención de los salarios, dispuestos a apoyar las subidas de salarios en el campo para contener la emigración de la mano de obra, si ésta llegara a provocar escasez de obreros de temporada.

No sólo se modifica la fuerza relativa de los distintos grupos, sino también lo hacen sus intereses económicos, sus reivindicaciones y sus actitudes políticas. La eficacia de la estrategia de los partidos que no tienen en cuenta esta realidad, se ve afectada rudamente. Subrayamos dos ejemplos típicos recientes. La estrategia revolucionaria del Frente de Liberación Popular durante este periodo se apoyaba, en gran parte, sobre la situación económica desesperada del proletariado campesino de Extremadura, Andalucía y Castilla la Nueva (es decir de las zonas de latifundio), que teóricamente hacía suponer posible una acción directa de esta población contra los explotadores para la conquista de la tierra. Esta estrategia no tenía suficientemente en cuenta ni la disminución numérica y de fuerza relativa de esta capa del proletariado, ni el que, a partir de 1951, las condiciones habían ido cambiado al desarrollarse la corriente emigratoria. La presión revolucionaria teórica se había diluido, poco a poco, en la expectativa cada día más próxima de la promoción real que tal « salida », a pesar de su brutalidad, suponía para los obreros del campo. El segundo ejemplo lo constituye la estrategia del Partido Comunista en lo que con-

cjerne al campo, que resume la fórmula « la tierra para el que la trabaja »; programa de reforma agraria que asentase en sus propias tierras a los aparceros y arrendatarios, y aun a los obreros de las grandes fincas. Esta fórmula, cuya influencia entre los campesinos fue enorme en el periodo deflacionista de la república, una vez iniciada la fuerte corriente emigratoria pierde su fuerza movilizadora, pierde su eficacia política.

La incidencia de las transformaciones sociales ha sido todavía más notable en el sector urbano. La clase obrera industrial experimenta el crecimiento más importante registrado por una clase en España. Este crecimiento rapidísimo, tiene lugar en una clase social que ha sufrido la derrota militar de 1939, que extermina la mayor parte de sus líderes. La marea de los recién llegados no encuentra ni estructuras de clase para su encuadramiento, ni dirigentes, ni minorías políticas, capaces de darles conciencia de clase y de transmitirles una ideología. La enorme fuerza potencial que va adquiriendo la clase obrera queda muy disminuida, casi neutralizada, por las circunstancias en que se realiza su crecimiento, lo que facilita su sometimiento a los grupos dirigentes, incluso a través de un instrumento tan rudimentario como los sindicatos verticales.

Hasta el año 1959 —es decir veinte años después de la guerra civil— no se manifiesta el despertar colectivo de la clase obrera. La primera toma de conciencia que originan los efectos económicos de la estabilización y los convenios colectivos, es primaria y elemental. Los partidos políticos de clase, a juzgar por su estrategia y sus declaraciones, no tienen suficientemente en cuenta los factores negativos que han presidido el crecimiento de la clase obrera. Inspirados por la mitificación de situaciones tradicionales, ya profundamente modificadas, consideran con excesivo optimismo la situación. El Frente de Liberación Popular basa su estrategia revolucionaria a muy corto plazo, no sólo en un levantamiento campesino irrealizable, sino en la supuesta fuerza revolucionaria de la clase obrera. Esta estrategia lo llevará, en 1962, en el momento de las grandes huelgas, a volcar la totalidad de sus fuerzas, creyendo en un final revolucionario inmediato del régimen de Franco. Paralelamente, el Partido Comunista lanza durante ese periodo llamamientos a la Huelga Nacional Pacífica, a la Jornada de Reconciliación Nacional, que no son escuchados ni seguidos, lo que denuncia su apreciación errónea del grado de conciencia y de madurez política de la clase obrera. Ambas tácticas erróneas denuncian la no aceptación de las transformaciones profundas impuestas por las circunstancias en que se realiza el crecimiento, y dejan a la clase obrera indefensa ante los estímulos integradores que va a recibir del proyecto neocapitalista de integración en Europa que se empieza

a manifestar claramente una vez superados los efectos de la etapa estabilizadora. Los márgenes de mayor calificación y de aumento de salarios son, sin duda, los más fuertes estímulos integradores que está recibiendo la clase obrera a partir de 1961, y ante los cuales se encuentra mal preparada y poco defendida. La estrategia de los partidos de la clase obrera debe rectificar sus puntos de vista mitológicos y optimistas y ajustarse a esta realidad difícil.

En los cambios de estructura sociológica del conjunto de los grupos poseedores, se manifiestan dos tendencias que hay que subrayar: la tendencia a la concentración del poder económico en manos de una minoría; la proletarianización a niveles privilegiados, de sectores de la antigua burguesía, cada vez más importantes. Una y otra tendencia se complementan.

Aun cuando se trata de fenómenos recientes que, con cierta importancia sociológica y política, se manifiestan sobre todo a partir de 1961, inciden ya en el comportamiento de los distintos grupos.

La antigua burguesía que protagoniza la historia política hasta 1951, los patronos que dirigían su propia empresa que heredarán sus hijos, del mismo modo que ellos la heredaron de sus padres, empiezan a comprender, a partir de 1959, su difícil futuro; los más afortunados esperan salvar su empresa mediante ampliaciones sucesivas de capital en formas anónimas ya que no su poder absoluto sobre la misma.

Muchos se van quedando por el camino, y todos saben que tienen que integrarse tarde o temprano en la colosal pirámide de la estructura productora, aceptando una situación subalterna y dependiente. A un sistema económico de tipo feudal —en el sentido de señorío y dominio de la empresa— que caracteriza la primera fase de la revolución industrial, va sucediendo, sin remedio, un sistema piramidal de control del poder económico por minorías cada vez más reducidas y potentes. A partir de 1959, la tendencia del desarrollo económico supone para las nuevas generaciones de la burguesía, la necesidad de integrarse en el sistema no como hijos del patrono sino como cuadros técnicos o administrativos de una estructura despersionada y vigorosamente controlada por los grupos financieros. Ello exige cierta preparación profesional, para cuya adquisición se hallan en condiciones privilegiadas. La nueva situación supone un cambio importante de la función que en la producción de bienes realiza el grupo en su conjunto, al que se va arrebatando parcelas importantes del poder decisorio.

Los cambios profundos en los grupos dirigentes que originan lentamente el cambio de opción realizado por el franquismo desde 1957, y que son visibles tras la operación estabilizadora de 1959, debieron ser tenidos en cuenta en la estrategia de los parti-

dos y los movimientos de clase, pues han modificado o van modificando las condiciones de lucha. En el periodo que estudiamos no se analizan estos nuevos aspectos y las estrategias políticas siguen ancladas en los supuestos tradicionales. El Frente de Liberación Popular opone a la política de Reconciliación Nacional del Partido Comunista una estrategia cerrada de clase, desdeñando el hecho de que, en su propia fundación, fue predominante la joven generación burguesa sometida a las nuevas contradicciones y que el obrerismo cerrado y estrecho en que se basa su estrategia dificulta la toma de conciencia de estos nuevos sectores proletarizados, a quienes se impide alcanzar la comprensión de su nueva situación de sometimiento y de explotación, condenándolos a la eterna situación de burgués despreciado. El Partido Comunista mantiene también este obrerismo estrecho. Su táctica de Reconciliación Nacional que plantea un posible acuerdo entre la burguesía tradicional y la clase obrera, para luchar contra el capitalismo monopolista y el régimen, ignora además que la contradicción entre la antigua burguesía y los nuevos grupos dirigentes se está resolviendo en nuevas contradicciones más profundas nacidas del lento proceso de la proletarianización a nivel privilegiado de esa burguesía, que acerca más positivamente los elementos burgueses proletarizados a la antigua clase obrera, que la posibilidad de acuerdo táctico con los restos todavía no proletarizados de la clase burguesa triturada por el desarrollo. A la hora de fijar objetivos comunes, si tales objetivos son favorables a los restos de una antigua burguesía nacional serán —se quiera o no— contrarios al desarrollo mismo, pues este desarrollo pasa inexorablemente por la concentración, es decir por la destrucción de los eventuales aliados: las bases del pacto de Reconciliación Nacional son en sí mismas anacrónicas, y, en lo profundo, reaccionarias...

En los años 1961, 1962 y 1963 se manifiesta una gran actividad política: estos años, constituyen el umbral de la situación actual.

El éxito brutal del Plan de Estabilización hace pensar al equipo económico del gobierno que ha llegado el momento de dar el paso siguiente.

Los organismos y entidades consultados sobre el posible ingreso de España en el Mercado Común Europeo, consideran imprescindible la incorporación a él de España para que el desarrollo económico tenga futuro. El 9 de febrero de 1962, Castiella, ministro de Asuntos Exteriores, solicita en nombre de España la apertura de conversaciones para la asociación de España al Mercado Común Europeo, como paso previo de la integración. El capitalismo español es consciente de sus limitaciones. En los ambientes más conscientes del capitalismo español y en el grupo económico del gobierno no se ignora

que la incorporación de España a Europa supone un esfuerzo considerable y no pocos sacrificios. Pero se sabe también que no existe otra opción: si la unidad económica europea se realiza sin España se corre el peligro de aislamiento económico, que empezará afectando al comercio exportador de agrios y terminará destruyendo todas las esperanzas de despegue y desarrollo que surgieron en 1961. Por ello, el capitalismo está dispuesto a todos los sacrificios: sacrificios en la estructura económica, que afectarán sobre todo a las empresas pequeñas y medianas, de rendimientos «menos europeos»; sacrificios de orden político.

En la base de la Europa económica —el Mercado Común— se hallaba en 1962, incluso más que hoy, la Europa política: la del Tratado de Roma. Algo apenas existente, pero capaz de plantear serias dificultades a la España de Franco («la España fascista», imagen que aún pervive en los ambientes políticos de Europa) en su gestión del ingreso en el Mercado Común, sobre todo si se manifiestan también intereses económicos concurrentes, tales como los relacionados con el mercado de agrios. Cuando el 9 de febrero el Estado español formaliza su petición, una parte del gobierno, el equipo económico, sabe que la petición supone modificaciones sustanciales del régimen, a plazo más o menos largo, hasta que llegue a ser tolerable para las democracias europeas. Esta previsión de futuro lleva a pensar, que al menos en los equipos económicos del gobierno, existía un amplio proyecto de adaptación de la estructura política del régimen a las formas políticas europeas, proyecto que incluía, al menos, la eliminación de la Falange y una progresiva liberación y democratización de las instituciones. Tal proyecto incluía, inevitablemente la desaparición de los sindicatos verticales y su sustitución por sindicatos de clase pluralistas y de tendencia integradora. La Falange iba a ser el «chivo expiatorio» que sustituiría al régimen franquista en el altar de la unidad económica europea.

Que sea el régimen, la totalidad del gobierno, con Franco a la cabeza, quien toma este acuerdo, quien solicita el ingreso, muestra que el proyecto ha sido aceptado por todos, que hasta el propio sector falangista, representado por Solís, ha aceptado el sacrificio de su propio partido. Este punto debe ser subrayado pues tendrá como consecuencia que se vayan precisando dos posiciones falangistas: una de oposición al proyecto y que acusa de traidores a Solís y a quienes lo han aceptado; otra que está dispuesta a ir hasta el final y participar activamente en el sacrificio actuando, si es preciso, de grandes sacerdotes en el mismo para supervivir políticamente.

Hemos visto al franquismo sucederse a sí mismo, identificado siempre con el orden capitalista, sir-

viendo siempre los intereses de las clases privilegiadas, marginando hombres e ideologías en el momento en que dejaban de ser útiles a este orden; es temerario suponer, pues, que en el futuro no se comporte de la misma manera. Al optar el régimen franquista por el ingreso de España en el Mercado Común, ha aceptado también transformarse en la medida que lo exija esta incorporación. Este hecho pone fuera de combate a la oposición que funde su estrategia en una sucesión que ya asegura el propio régimen, al sucederse a sí mismo en esta coyuntura de integración en Europa.

Una parte importante de la oposición antifranquista ha recorrido ya un largo camino hacia la sucesión del régimen franquista, camino en el que se ha derrochado paciencia, energía y habilidad. Desde los años cuarenta, tanto el Partido Socialista Obrero Español, como las fuerzas de derecha encabezadas por Gil Robles, basan su estrategia en la imposibilidad de que el régimen rectifique el camino del fascismo nacionalista, tomando la nueva ruta que marca el « mundo libre », el neocapitalismo americano. Desarrollan, pues, una política de sucesión que pasa por el acuerdo —aunque sea precario— entre los dos bloques antaño enemigos, y del que se excluye a las fuerzas comunistas y falangistas. El pacto de San Juan de Luz, la Alianza de París y, durante este periodo (junio de 1961), la Unión de Fuerzas Democráticas, han sido el resultado de gestiones, largas conversaciones, buenos oficios, concesiones mutuas.

A partir de 1958, esta política se va centrando sobre Europa. La sección española de la Federación Europea es el nuevo punto de convergencia. Salvador de Madariaga, cuya posición ambigua lo convierte en el hombre de los buenos oficios, es el puente tendido entre Rodolfo Llopis, secretario del Partido Socialista Obrero Español, y José María Gil Robles, que encabeza la recién constituida Democracia Social Cristiana. En torno a estos tres hombres, se va agrupando un amplio abanico de fuerzas políticas de oposición: la Izquierda Demócrata Cristiana, dirigida por el viejo líder Giménez Fernández, los oscilantes grupos de Dionisio Ridruejo y de Enrique Tierno Galván, algún grupo sindical de la HOAC, y los pequeños grupos de jóvenes socialistas de la ASU y, en el exterior —junto a los socialistas y a la Unión General de Trabajadores—, el Partido Nacionalista Vasco y su antigua sindical, los grupos nacionalistas catalanes, y algunas personalidades republicanas más o menos vinculadas a la antigua Izquierda Republicana.

En abril de 1962, en un banquete europeísta, Gil Robles afirma que para que sea posible el ingreso de España en el Mercado Común Europeo es indispensable que esté gobernada por un régimen democrático. Una segunda opción europea de España

se encuentra ya, pues, planteada. Pocos meses más tarde, en Munich (junio de 1962), en la reunión del Congreso de la Europa Política, cien personalidades de la oposición, entre las que se encuentran viejos exilados republicanos y socialistas y políticos de la oposición interior, en su mayor parte de centro derecha, aclaman con un cierto entusiasmo a Salvador de Madariaga y a José María Gil Robles cuando proclaman la fórmula sucesoria cara a la integración de España en Europa. Munich es la culminación de la trayectoria política que inicia la nota tripartita de Francia, Inglaterra y Estados Unidos, inmediatamente después de la victoria internacional contra el fascismo.

La situación es paralela a la que provocó la victoria aliada. Sin embargo, entre una y otra media una larga evolución política y económica que ha acercado al régimen franquista a Europa. La Europa oficial de 1962 no es ya la heredera directa del Frente Popular de 1945, sino una Europa más a la derecha, en pleno desarrollo del neocapitalismo. En 1962, España —con vocación europea, como dicen sus dirigentes políticos— tampoco es la España azul y nacionalista de 1945. En 1962, España exporta emigrantes a Europa e importa turistas, capitales inversionistas y patentes procedentes de ésta. Durante 18 años, la evolución del régimen ha hecho ganar posiciones a Franco, posiciones que ha perdido el exilio. Sin embargo, Munich se desarrolla como « si no hubiera pasado nada », como si bastase el acuerdo entre los antiguos enemigos para que todo el resto, es decir la caída del régimen del general Franco, se diese por añadidura. Como si la dificultad consistiese en hallar la fórmula que salvase los escollos de la legitimidad monárquica o republicana, conciliase el centralismo con los diferentes movimientos separatistas, salvase al país de la violencia revolucionaria, facilitando el paso pacífico a la democracia, y no existiese la resistencia del régimen y su capacidad de adaptación a las nuevas circunstancias. Como si la integración misma en Europa no estuviese condicionada, más que por formas políticas, por diferencias esenciales de desarrollo. Como si no existiese la compleja situación política europea que concedía márgenes cómodos de maniobra al franquismo. Como si en Munich, detrás de cada hombre, de cada grupo, existiese una fuerza política real que, a su vez, representase multitudes, clases y grupos sociales, y que los acuerdos que adoptasen estuviesen avalados, en unos casos por la burguesía nacional democrática, en otros, por la clase obrera socialista, y el régimen franquista se mantuviese sólo de milagro por la fuerza y por una Falange corrompida y desintegrada.

La resolución aprobada en Munich representa la aceptación por los reunidos de la situación de hecho, es decir del régimen franquista, y se parte de esta

situación para llegar, mediante una evolución pacífica realizada « de acuerdo con las normas de la prudencia política », al régimen democrático que permita que España se integre en Europa.

La redacción de esta resolución supone un completo éxito de Gil Robles y de lo que él representa o intenta representar. La ausencia de toda referencia a la cuestión institucional, caballo de batalla en los pactos anteriores, descubre que el exilio renuncia a la restauración republicana como pretendía en 1945, y al gobierno de transición « sin signo institucional »; descubre que el exilio acepta la victoria de 1939 como definitiva y busca la evolución del régimen que permita la integración de los exilados en la vida política del país. Munich es el punto culminante de las renunciaciones de los vencidos, de las concesiones que ofrecen a la derecha.

La resolución adoptada en Munich contiene un proyecto político que no difiere en lo esencial del que llevan al gobierno los hombres del equipo económico en 1957: « El Congreso del Movimiento Europeo reunido en Munich los días 7 y 8 de junio de 1962 —dice textualmente la resolución— estima que la integración, ya en forma de adhesión, ya de asociación de todo país a Europa, exige de cada uno de ellos instituciones democráticas, lo que significa en el caso de España, de acuerdo con la Convención Europea de los Derechos del Hombre y la Carta Social europea, lo siguiente: 1º. La instauración de instituciones auténticamente representativas y democráticas que garanticen que el gobierno se basa en el consentimiento de los gobernados. 2º. La efectiva garantía de todos los derechos de la persona humana, en especial la libertad personal y de expresión, con supresión de la censura gubernativa. 3º. El reconocimiento de la personalidad de las distintas comunidades naturales. 4º. El ejercicio de las libertades sindicales sobre bases democráticas y de la defensa por los trabajadores de sus derechos fundamentales, entre otros medios por el de la huelga. 5º. La posibilidad de organización de corrientes de opinión y de partidos políticos con el reconocimiento de los derechos de la oposición. El Congreso tiene la fundada esperanza de que la evolución con arreglo a las anteriores bases permitirá la incorporación de España a Europa, de la que es un elemento esencial; y toma nota de que todos los delegados españoles presentes en el Congreso expresan su firme convencimiento de que la inmensa mayoría de los españoles desean que esa evolución se lleve a cabo de acuerdo con las normas de la prudencia política, con el ritmo más rápido que las circunstancias permitan, con sinceridad por parte de todos y con el compromiso de renunciar a toda violencia activa antes, durante y después del proceso evolutivo »¹. Esta resolución señala el precio que el régimen

franquista debe pagar para ingresar en el « mundo libre ». Este precio había sido implícitamente aceptado desde el momento mismo en que el gobierno de Franco formalizó su petición. La resolución de Munich es « tan prudente » como puede desear el propio régimen: la rapidez de los cambios queda supeditada al ritmo que las circunstancias permitan y a la « prudencia política », y las condiciones democráticas exigidas son suficientemente imprecisas para admitir interpretaciones muy templadas. Únicamente contiene referencias concretas a la supresión de la censura, al derecho de huelga y a la posibilidad de organización de partidos políticos, y estas tres reivindicaciones o exigencias están ya virtualmente formuladas por el régimen en el nuevo proceso de institucionalización. Para completar el significado de los acuerdos de Munich deben ser señalados dos párrafos de las intervenciones de la delegación española en las sesiones plenarias del Congreso de Munich. Salvador de Madariaga dice ante la asamblea política europea: « Aquí estamos todos menos los totalitarios de ambos lados... ». y Gil Robles en su intervención añade: « ...La experiencia de la historia demuestra de modo incontestable que el comunismo no ha logrado imponerse jamás cuando se ve obligado a actuar dentro de las normas democráticas... »². La fórmula de Munich que se inscribe en el « mundo libre », que rechaza al comunismo y al fascismo y que busca su futuro en el desarrollo neocapitalista, corresponde, pues, a la opción política del régimen franquista que, al solicitar el ingreso en el Mercado Común, acepta la vía de desarrollo propuesta en 1957 por el equipo económico que entró entonces en el gobierno.

Señalada esta identidad de objetivos políticos —impuesta por un contexto internacional, aceptado en Munich y aceptado por el franquismo— conviene analizar las diferencias estratégicas entre la opción de Munich y la opción del régimen. En estas diferencias se inscriben las reacciones políticas que provoca el acuerdo de Munich.

La dificultad de la integración tiene causas históricas en el atraso del desarrollo económico español en relación con el europeo. Debido a estas causas históricas, en 1962, España no podía, ni aún deseándolo, incorporarse al movimiento europeo de integración por razones económicas. Antes de pensar en una integración, debían ser realizados cambios profundos en la estructura de producción económica, que exigían, para no ser utópicos, plazos de realización bastante largos, y ayudas internacionales de tipo económico. La integración no se plantea en términos inmediatos, sino en un plazo más o menos largo. Lo que se planteaba en términos urgentes era

1. Ignacio Fernández de Castro y José Martínez: *España hoy*.
2. *Ibid.*

conseguir que los acuerdos de integración económica europea, al afectar al comercio exterior español por la supresión de los aranceles aduaneros, no perjudicasen la difícil operación de reconversión de la estructura económica, y obtener ayuda técnica y económica necesaria para la realización de aquella operación de reconversión. El régimen franquista se dirigía a conseguir un acuerdo que le garantizase la integración futura de España en el Mercado Común, trato de favor en las relaciones comerciales entre España y el Mercado Común y ayuda para la realización del Plan de Desarrollo. La realización del Plan daba al régimen un plazo de unos diez años para cumplir su lento programa de institucionalización, sin poner en peligro lo esencial de lo ganado en 1939: un programa que cerrase definitivamente el paso a la vía socialista o revolucionaria. A las serias dificultades económicas que planteaba la operación, se añadía la previsible resistencia política de la Falange. La resistencia falangista adquiría mayor peligrosidad a causa del inmovilismo de Franco, de su profunda incapacidad política que le impedía tomar partido entre las diferentes tendencias de sus gobiernos, confinándose en el papel de árbitro, que no decide ni deja tampoco decidir a los otros. Si esta circunstancia había favorecido la entrada en el gobierno del equipo económico, había mantenido también los restos de la Falange incrustados en todos los escalones de la administración del Estado y del Movimiento, que ofrecía la posibilidad de fuerte resistencia pasiva. A esto se añadía el amplio margen de maniobra de que dispondría en este periodo la oposición interior y exterior. En este complejo, el factor positivo lo constituía el hecho de que cuanto más se avanzase por el camino de la integración más difícil resultaba el cambio de rumbo, menos posible la solución falangista; más problemática, también, por ser menos necesaria para el desarrollo capitalista, la solución de Munich.

En Munich se desconocen aparentemente las dificultades económicas de la integración y se insiste únicamente sobre las dificultades políticas. Pero sólo aparentemente. Aun sin mencionarlas, la estrategia de Munich se basa en estas dificultades económicas. En el acuerdo de Munich está implícita la idea de que sin ayuda de Europa, o sin condiciones especiales para la exportación agraria española, las dificultades económicas son insuperables. Si se añade a esto la creencia de que Europa no tratará con Franco, el único camino posible para la integración, aunque ésta sea a largo plazo, es el propugnado en Munich. En Munich se afirma, con toda claridad, que si España no se incorpora a Europa, y con Europa al « mundo libre », porque no se acepta la propuesta que allí se formula, España se convertirá en un peligro para el mundo libre, pues

caerá en uno de los extremismos « totalitarios »: el fascismo o el comunismo. La fórmula Munich se presenta no sólo como la alternativa del franquismo, sino también la solución que salve a España del peligro fascista y del peligro comunista. El argumento va dirigido tanto a Europa, para que no se deje tentar por el régimen franquista, como a la derecha española que se expone a perderlo todo si continúa apoyando a Franco.

La integración europea se está realizando bajo el signo del neocapitalismo, por iniciativa de potentes grupos financieros europeos y americanos. La ideología política que predomina en este movimiento de integración es distinta de la ideología de la derecha tradicional y aun de la ideología burguesa que presidió la etapa de la revolución industrial. Esta nueva ideología, profundamente determinada por el carácter del desarrollo (consumo de masa, ampliación de mercados, eficacia técnica, concentración con tendencias monopolistas, intervención anticíclica del Estado en la economía), hace posibles amplios márgenes de acuerdo con la clase obrera, cuya integración en el sistema estimula. A medio camino de sus fines últimos, la integración europea entra en contradicción con los intereses de los grupos poseedores más retrasados y con sus ideologías políticas. En las clases proletarias tropieza con resistencias organizadas de tipo tradicional, que se oponen a los movimientos integracionistas obreros, que, en lo esencial, se hallan de acuerdo con la línea de desarrollo del grupo dirigente. Con fuerza variable y actuando en sentido contradictorio en el proceso de integración, se manifiestan en Europa fuerzas políticas diversas, que van desde los brotes de tipo fascista hasta los partidos comunistas y las pequeñas minorías revolucionarias.

En su proyecto europeísta, el régimen franquista se apoya principalmente en los grupos avanzados del neocapitalismo; allí donde sus formas políticas no tropiezan con excesiva resistencia, pues, en tales grupos los aspectos económicos predominan sobre los específicamente políticos. Como el franquismo, tampoco estos grupos han decidido la futura constitución política de Europa. La estrategia de la oposición europeísta reunida en Munich busca su apoyo en las supervivencias democráticas nacionales que pretenden dar a Europa una forma democrática burguesa tradicional.

Es especialmente significativa la forma de abordar la cuestión sindical, tanto por el régimen franquista, como por la oposición de Munich. El franquismo se ve constreñido a reconvertir la organización sindical vertical en un sindicato de clase reivindicativo, representativo; en un sindicato reformista que facilite la integración de la clase obrera en el proceso de desarrollo. El hecho de que el control político del sindicato vertical esté en manos de la Falange hace

esta necesidad más apremiante. El régimen franquista quiere superar esta dificultad sin recurrir al acuerdo con los restos de las antiguas sindicales de la clase obrera. Trata de lograr la transformación interna de los sindicatos verticales. El Congreso Sindical de marzo de 1962 es el primer paso por esta vía. Jiménez Torres, secretario de los sindicatos verticales, hombre de tendencia europeísta, presenta una ponencia para transformar la organización sindical en este sentido. La operación fracasa por la intervención violenta de la «vieja guardia» falangista, encabezada por Fernández Cuesta, y por la debilidad de Solís, que vacila entre entregarse por completo a la nueva dirección económica del régimen o mantenerse fiel a los planes falangistas. Solís que había patrocinado el proyecto de Jiménez Torres, se vuelve atrás a última hora, apoya a los inmovilistas y destituye al autor de la ponencia. Pese al fracaso, el proyecto no es abandonado. Lo veremos surgir de nuevo cuando se haya calmado la ola de agitación obrera de la primavera de 1962.

En el proyecto de Munich se aborda el problema sindical con el acuerdo directo de Gil Robles y el Partido Socialista Obrero Español. Este acuerdo supone la conformidad del Partido Socialista para movilizar a la clase obrera hacia su integración, recreando una sindical obrera reformista.

En el momento en que se llega a los acuerdos de Munich, cuando las dos opciones europeístas españolas se enfrentan públicamente, las fuerzas sindicales europeas rechazan toda relación con la sindical vertical española y son el principal apoyo de la estrategia de la oposición. Pero pronto quedará de manifiesto que incluso dentro de las fuerzas sindicales europeas el régimen dispone de cierto campo de maniobra y la reconversión interna del sindicato vertical puede llegar a obtener el beneplácito de los sindicatos europeos.

Los acuerdos de Munich dan lugar a reacciones políticas que es necesario analizar aquí. Por una parte, la reacción oficial franquista: represión individual muy matizada según las personas; se trata de poner al margen las cabezas y atemorizar al conjunto; campaña de prensa difamatoria y deformadora de la realidad que utiliza las semiverdades; movilización de los incondicionales en torno al espíritu del «18 de julio»; recurso al fantasma de la guerra civil, enarbolado ante la masa neutra para apartarla de toda veleidad aventurera. El broche de la campaña de movilización del pueblo contra los traidores de Munich, es el viaje de Franco a Valencia. «Contubernio político de españoles disidentes en Munich. Capitaneados por Gil Robles y el socialista Llopis, comunistas, anarquistas, dirigentes de la HOAC y separatistas, acuerdan declarar la guerra al régimen», son los titulares de la prensa del Movimiento: «Munich y el 18 de julio son

incompatibles». «La farsa de Munich es hija natural del escándalo de Atenas» (alude a la boda de Juan Carlos —hijo del pretendiente Don Juan— con la princesa Sofía de Grecia), se puede leer en pancartas y octavillas distribuidas por la Falange y los tradicionalistas por aquellos días. Telegramas de todos los «consejos provinciales» del Movimiento, de todos los alcaldes, de miles de centros oficiales, inundan El Pardo, proclamando su adhesión al Caudillo y exigiendo el castigo de los traidores. Esta reacción espectacular e insospechada, que no corresponde a la importancia del acontecimiento, descubre la voluntad del régimen franquista de desacreditar ante la opinión derechista a los hombres políticos, que como Gil Robles, presentan una alternativa distinta para alcanzar el mismo objetivo. Pero, sobre todo, revelan la rebelión de la Falange contra el proyecto de integración europea que patrocinan sus enemigos dentro del Movimiento. Al acusar de traidores a los «de Munich», se acusa al propio tiempo a los enropeístas del régimen; se trata de ganar posiciones, defendiendo así su comprometida situación política.

Pese a los enormes medios de propaganda empleados, el régimen no logra una verdadera movilización popular contra Munich; el viaje de Franco a Valencia, previsto como apoteosis popular de apoyo al Caudillo, no pasa de ser un conjunto de manifestaciones falangistas organizadas, mientras que el pueblo permanece indiferente.

Pero si el régimen no logra movilizar al pueblo contra Munich, también es cierto que los aliados de Munich no lograron tampoco inclinar al pueblo a su favor, ni siquiera en la forma modesta, con sordina, a que constriñe el temor las manifestaciones populares de simpatía en España. En general, la reacción de la burguesía española fue hostil a Munich y sensible a la campaña falangista. De manera clara pudo constatarse que la mayor parte de la burguesía continuaba apoyando al franquismo, sino con entusiasmo, al menos, con tranquila y significativa pasividad. La reacción popular y la reacción burguesa sitúan a Munich en el vacío, sin raíces en el interior de España.

Las demás fuerzas de la oposición antifranquista toman también posición ante los acuerdos de Munich. Dos reacciones características conviene analizar aquí: la del Partido Comunista y la de las fuerzas socialistas, con vocación revolucionaria, como el Frente de Liberación Popular.

El Partido Comunista no fue invitado al coloquio de Munich. El Partido Comunista ha visto confirmarse su aislamiento a medida que fue desarrollándose la guerra fría. En 1962, un verdadero abismo separa al Partido Comunista de los demás grupos exilados. Sin embargo, en 1962, el Partido Comunista español seguía haciendo esfuerzos considerables para romper

su aislamiento. Su objetivo era crear un frente democrático antifranquista que comprendiese a los partidos representantes de la burguesía y a la totalidad de las fuerzas de izquierdas, para derribar la dictadura de Franco e instaurar una democracia burguesa tradicional. Munich supone para el Partido Comunista un fracaso: confirma su aislamiento. Su reacción es curiosa. Pocos días después de la reunión de Munich, Santiago Carrillo, secretario general del Partido Comunista español, en un discurso que publica *Mundo obrero* en su número de junio, define la actitud de su partido ante los acuerdos de Munich. En este discurso destacan dos puntos: la coincidencia del Partido con los cinco puntos aprobados en Munich como objetivos políticos comunes de la oposición al régimen franquista. Munich es presentado como demostración de lo bien fundado de la política de Reconciliación Nacional. El segundo punto lo señalan estas palabras de Carrillo: « Sin embargo, aún quedan obstáculos y el principal es la resistencia que todavía ofrecen algunos dirigentes de la extrema derecha antifranquista y los dirigentes socialistas de Toulouse a reconocer la necesidad de contar con el Partido Comunista en la solución del problema político español; y el temor de los dirigentes de otros grupos a afrontar públicamente la responsabilidad de contactos y entendimientos con el Partido Comunista... Mas en la inmediata perspectiva de cambio, de transición, que inevitablemente romperá los diques que contienen hoy a las masas populares, que no podrá gobernar con métodos de represión, so pena de arriesgarse a ser barrida, que deberá recabar el apoyo de las masas trabajadoras y populares, una coalición de las derechas y los socialistas no hace el peso. Significaría una aventura peligrosísima. En una situación como la que se avecina en España, cualquier persona conocedora de la realidad, cualquier persona inteligentemente conservadora, tiene que reconocer que la garantía de una transición sin violencia reside en primer término en un acuerdo con el Partido Comunista... »³

Resulta insólito que si el Partido Comunista considera posible tal alternativa revolucionaria y se considera capaz de controlar y dirigir este movimiento popular, prefiera el largo camino hacia el socialismo que pasa por la reconstitución de una democracia burguesa, en lugar de estimular y dirigir la posibilidad revolucionaria. Lo que parece existir en el fondo de este texto es que el Partido Comunista no cree en tal posibilidad. La revolución es exhibida a modo de « coco », para asustar a la burguesía y forzarla al acuerdo. Los análisis del Partido Comunista son los mismos que los que determinaron la política de Frente Popular en 1935, que consideran que a la etapa actual corresponde, no la revolución socialista, sino el terminar la revo-

lución burguesa que consideran inconclusa en España por la pervivencia de residuos feudales. Si este análisis lo estimábamos erróneo aplicado a la situación de 1935, ahora, en 1962, tras los considerables avances logrados en España por el desarrollo capitalista, parece todavía menos válido. En el fondo, revela que el Partido Comunista español acepta la división geográfica de campos de influencia trazada al final de la guerra mundial y el reconocimiento — a escala nacional — de su propia debilidad como partido de clase para modificar el fuerte determinismo internacional que sanciona la política de coexistencia pacífica. Como en el caso de otros partidos comunistas del mundo occidental nos hallamos ante una disminución, al menos temporal, de su misión de partido revolucionario.

Completando el cuadro de las reacciones políticas provocadas por la reunión de Munich, se levanta airadamente la voz de los grupos y movimientos revolucionarios. El POUM, el FLP, los grupos anarquistas no políticos, y otros pequeños grupos ausentes de Munich, se lanzan a una dura ofensiva que denuncia sus aspectos integradores, la renuncia a la violencia, el abandono de los objetivos revolucionarios. La crítica adopta términos agresivos, ya que Munich ha coincidido con las grandes huelgas de la primavera de 1962, y en todos esos grupos se manifiesta el entusiasmo producido por aquella masiva presencia obrera.

La reacción del Frente de Liberación Popular (FLP) debe ser subrayada. No sólo porque se ha mostrado muy activo en las huelgas, lo que ha hecho aumentar su prestigio en aquellos momentos, sino porque su reacción descubre su fuerte sensibilidad a las críticas de los demás grupos revolucionarios y a la situación de aislamiento del Partido Comunista. La reacción del FLP queda plasmada en la declaración de su secretario general el día 30 de junio: « El día 8 de junio pasado, la prensa española publicaba una nota oficial de la Dirección General de Seguridad en la que se afirmaba que el Frente de Liberación Popular era responsable de las huelgas. El mismo día, la prensa y radio franquista iniciaban la campaña contra la reunión de Munich y mencionaban al FLP como una de las organizaciones asistentes a la misma. La reunión de Munich es totalmente ajena al FLP. En contraste con los movimientos huelguísticos, el pueblo no estuvo presente en Munich. La reunión de Munich, objetivamente, representa un intento de buscar al régimen del general Franco una salida de tipo evolutivo que garantice, en definitiva, a las clases dominantes el tranquilo disfrute del poder económico, oponiendo esta « solución » a la necesidad revolucionaria del pueblo que reclama para sí la totalidad del poder económico y político, con la

3. *Mundo obrero*, junio de 1962.

implantación de una democracia real. El FLP no busca la violencia por la violencia, pero declara firmemente que, mientras el pueblo español sufra la violencia, es una traición la renuncia anticipada de la violencia que libera frente a la violencia que oprime. El frente de Liberación no ha firmado ningún pacto de reconciliación.»⁴

Este texto descubre, en primer término, un deseo de justificación ante los «duros» de la izquierda. El FLP en tanto que organización no estuvo en la reunión de Munich ni participó en su preparación. Pero a la reunión asistió alguno de sus dirigentes (concretamente el autor de este libro) y este hecho, conocido en el mundillo político del exilio, dio oportunidad a los demás pequeños grupos revolucionarios, que no habían asistido a Munich, para incluir al FLP entre los reconciliadores, en flagrante contradicción con sus postulados revolucionarios. En segundo lugar y esta cuestión es mucho más importante, el documento citado señala que para el FLP existía, en aquellos momentos, una oposición entre la «solución» evolutiva que representaba Munich y la «solución» revolucionaria, y que esta oposición inevitable a largo plazo se afirmaba también a corto plazo ante las posibilidades inmediatas de la revolución. En esta conclusión tan radical influía el éxito de las huelgas, en las que el FLP había volcado la totalidad de sus fuerzas. Al lado del hecho positivo que significa el plantear sin disimulos la alternativa de la revolución socialista en el proceso de la crisis del régimen franquista, hay que señalar la debilidad de los análisis del FLP que le conducen a admitir como posible una revolución inmediata, en lugar de hacer incidir la alternativa revolucionaria en etapas concretas realizables en el proceso evolutivo, de forma que la presencia revolucionaria permanente lo vaya transformando en sentido positivo hasta que el salto revolucionario llegue a ser posible.

El FLP rectificará más tarde sus análisis, profundizándolos; pero, en 1962, es incapaz de explicar el significado de la presencia de uno de sus dirigentes en Munich y llevado por el entusiasmo, y extremadamente sensible a los juicios de quienes siempre se hallan más a la izquierda y son más «puros», reaccionará ante la reunión de Munich con el más limpio y menos matizado revolucionarismo.

Entre la petición de ingreso en el Mercado Común del gobierno de Franco y la reunión de Munich, tienen lugar las grandes huelgas de la primavera. Las huelgas conmueven la totalidad del país durante dos meses (se inician el 6 de abril en la cuenta minera asturiana y no terminan hasta el 6 de junio) y señalan una importante etapa de la recuperación obrera, afirman su presencia activa como clase social en el conjunto del país. Desde 1961, se descubre una tensión creciente en las relaciones de producción. En marzo, los empleados de la compañía

de tranvías de Granada se manifiestan exigiendo aumentos de salarios. En abril, tiene lugar una huelga intermitente en los autobuses de Barcelona. En el mismo mes se producen manifestaciones de protesta en la fábrica de vagones de Beasain, en Guipúzcoa, y peticiones colectivas de aumentos de salarios del personal de la RENFE. En septiembre, la tensión se extiende a multitud de empresas de Madrid, Barcelona, Valencia. En diciembre estalla el primer conflicto serio e importante: en la fábrica de vagones de Beasain tienen lugar manifestaciones que significan la casi ocupación de la empresa; debe intervenir la fuerza pública para expulsar a los obreros. El motivo es, esta vez, la lentitud con que se tramita el convenio colectivo. En 1962, el movimiento obrero sigue intensificándose: en febrero hay huelgas en la empresa Basconia de Bilbao, en Valencia, en Sagunto, en Guipúzcoa. El motivo es el mismo: tramitación lenta de los convenios colectivos y resistencia patronal a rectificar los salarios. En abril, los obreros agrícolas de Cádiz se niegan a trabajar si no se aumentan sus salarios, y, casi simultáneamente, en Asturias, en el pozo de La Nicolasa, los mineros interrumpen el trabajo. A partir de este momento, la huelga se extiende. Primero en Asturias, donde va ganando cuenca tras cuenca, hasta que la paralización de las minas de carbón es absoluta. León sigue el movimiento. Después del sector minero se ve afectado el metalúrgico: las Vascongadas, Cataluña, Madrid. El paro es general en algunos sectores y regiones y afecta a unos 300 000 trabajadores. Las noticias, que al principio transmitía el «tan-tan» de las redes clandestinas, saltan a la prensa extranjera que les dedica grandes espacios y que destaca corresponsales. El gobierno no puede seguir observando silencio y —con las primeras medidas de orden gubernativo que declaran el estado de excepción en grandes zonas del territorio, concentran fuerzas policíacas en los lugares más afectados y abocan a las primeras detenciones en masa— se ve obligado a publicar en la prensa española noticias de la huelga. El impacto es impresionante; las huelgas ocupan el primer plano de la actualidad política española.

Para explicar las huelgas de 1962 —movilización enorme, inconcebible en el grado de inmadurez de la clase obrera— hay que tener presente las circunstancias en que se producen: pérdida de la esperanza de un epílogo victorioso de la guerra civil, hecho que podemos situar alrededor del año 1945; fuerte tradición de lucha revolucionaria —importante en los mineros asturianos—, tradición que ha actualizado la presencia en las fábricas y en las minas de los viejos militantes que han salido poco a poco de las prisiones; presencia en la vida activa de nuevas

4. Ignacio Fernández de Castro y José Martínez: *España hoy*.

generaciones fuertemente marcadas por la explotación intensiva; politización y encuadramiento de sus minorías periféricas a partir del año 1956, encuadramiento prácticamente desconocido y que escapa todavía al control de la policía; efectos del Plan de Estabilización sobre la clase obrera: congelación de salarios a partir de 1956, reducción de plantillas y de horas extraordinarias, unido al estímulo de la reactivación que se inicia en 1961; demagogia del sindicalismo vertical y de la Iglesia; y, sirviendo de eje movilizador en esta serie de circunstancias, los convenios colectivos que catalizan las reivindicaciones económicas obreras: en 1962, se hallaban en tramitación numerosos convenios colectivos, a causa de la resistencia patronal y del sindicato vertical. Este hecho facilitó la extensión de la huelga por contagio y solidaridad.

Mucho se ha discutido en torno al significado de las huelgas de 1962, sobre su carácter político, económico, espontáneo o revolucionario. Parece evidente que en la primavera de 1962 la clase obrera no reclamaba el poder y que la lucha se planteó en términos menos ambiciosos: aumento de salarios. Ni en la intención, ni en la forma, fue una huelga revolucionaria. Pero tampoco fue —y es importante señalarlo— una muestra de disciplinada madurez de la clase obrera que limita sus objetivos para ajustarlos a un plan general de movilización en el cuadro de una estrategia general. El primer elemento que salta a la vista es la ausencia de dirección política del movimiento. Los partidos y los grupos políticos de clase, incluidos el Partido Comunista y el Frente de Liberación Popular, no dirigen la huelga, sino que se ven incorporados al movimiento, al que, tardíamente, tratan de coordinar y dar consignas. Sus militantes, sus células, sus permanentes, estaban ya trabajando, y en muchos casos encabezando, dirigiendo, el movimiento reivindicativo a escala de empresa. La presencia de estos militantes fue en muchos casos decisiva, pero esto es muy distinto a que existiese un plan general de movilización que se apoyase en las posibilidades del momento. La extensión de la huelga por solidaridad sorprende a las organizaciones políticas obreras, como sorprende al sindicato oficial y al propio gobierno. Y este hecho, más que cualquier otro, denuncia la debilidad de los partidos obreros y la falta de agilidad de los análisis de su dirección política. La Huelga Nacional Pacífica, de carácter estrictamente político, que concretizase la política de Reconciliación Nacional del Partido Comunista, consigna vigente entonces y cuya inmediata realización estaba prevista, exigía un mayor grado de madurez, una organización y una disciplina política que no existían. La huelga o el movimiento revolucionario en el que se inscribía la estrategia del Frente de Liberación Popular exigía no sólo una organización más potente sino también circunstan-

cias distintas. Existía, pues, una enorme desproporción entre los objetivos —no los lejanos y últimos sino los inmediatos— de los grupos políticos y el trabajo concreto de agitación que realizaban sus militantes y sus organizaciones de base que, condicionados por la realidad inmediata, hacían lo único que podían hacer: incorporarse activamente al movimiento reivindicativo espontáneo.

La huelga se desarrolla y se extiende ajena de las consignas políticas, en un ambiente de tensión. El 5 de mayo, el gobierno declara el estado de excepción y la guardia civil, la policía armada y la brigada social, proceden a una ocupación casi militar de las zonas afectadas por la huelga. En cada empresa en huelga, la intervención de las fuerzas de orden público fue la primera reacción; en cada barrio obrero, la vigilancia es estricta. Desde el primer momento se procede a la represión, al interrogatorio de los líderes, a las detenciones preventivas, a los destierros, a los registros domiciliarios, a la tortura, a la coacción, a los procesos por rebelión militar. Las huelgas se desarrollan de la única manera que permitían las medidas y las fuerzas de seguridad; la escasa organización clandestina que existía fue rudamente afectada por las primeras medidas de represión. Cuando la dirección de las organizaciones políticas obreras intenta dirigir el movimiento, darle un sentimiento político de acuerdo con sus objetivos, inscribiéndolo en su estrategia, es ya tarde. Gran parte de sus propios aparatos está desarticulada y deberán limitarse a cantar la huelga, el heroísmo de la clase obrera, a contar sus pérdidas, sus detenidos, y, un poco ruborosamente, a reivindicar para sí el éxito del movimiento.

Las células de empresa, las organizaciones políticas de base, los permanentes políticos, rindieron en esta ocasión el máximo de sus posibilidades y pagaron por ello un pesado tributo a la represión. Pero sólo pudieron ofrecer a la clase obrera su coraje, su entrega y unos modestos medios de agitación —propios de organizaciones pequeñas y clandestinas—, pero no una preparación adecuada del movimiento para que éste rindiese, dentro de un plan general de lucha, todo lo posible con el menor coste.

La reacción del gobierno franquista fue una reacción clasista. Según una ya vieja costumbre, sus órganos de información identifican las huelgas con una maniobra provocada por agentes del comunismo internacional que utiliza a los obreros ingenuos. Tal denuncia está encaminada a justificar la represión ante la opinión pública; se provoca la reacción de la burguesía, marcada profundamente por el anti-comunismo, objetivo oportuno para separarlo de toda tentación de apoyo a la alternativa de Munich. Como ante Munich, es resucitado de nuevo el espíritu del 18 de julio. En Garabitas, Franco preside una

amplia reunión de alféreces provisionales llegados de todos los puntos de España. La guerra, la cruzada, la lucha permanente contra las fuerzas del mal siempre en acecho, es utilizada para movilizar a los leales. Los argumentos económicos son ampliamente utilizados. Se valoran los daños de la huelga y las pérdidas que han supuesto para la economía; el peligro que suponen para el desarrollo en perspectiva; por último, se recurre a la subida de salarios: aumento del precio del carbón que será destinado íntegramente a los aumentos de salarios; conclusión rápida de convenios colectivos en la mayor parte de las industrias que han estado en huelga; a fines de 1962, subida general del salario mínimo.

La Universidad, donde la presencia de grupos politizados es cada día más patente, reacciona ante las huelgas asturianas de forma claramente política. Tanto en Barcelona como en Madrid, en los primeros días de mayo —cuando el movimiento de huelga se extiende lentamente desde Asturias a las Vascongadas, Cataluña y Madrid, y las organizaciones políticas intensifican su acción dentro del movimiento huelguístico— los estudiantes se incorporan a la agitación general con ruidosas manifestaciones, asambleas, protestas contra el Opus Dei —que ha obtenido la aprobación oficial de su universidad de Pamplona como Universidad de la Iglesia— y declaraciones de adhesión con los mineros asturianos. El movimiento de agitación es rápidamente yugulado por la intervención enérgica del gobierno que efectúa detenciones, impone multas, y hace ocupar las universidades por la fuerza pública. Al lado de esta agitación universitaria, tienen lugar algunos movimientos de solidaridad en sectores intelectuales, entre los que merece ser citada la manifestación de mujeres en la Puerta del Sol de Madrid, en la que participan algunas intelectuales conocidas, y los escritos firmados por 130 intelectuales catalanes y 41 personalidades de Madrid.

La extensión del movimiento a sectores ajenos al propiamente laboral es el resultado de la incorporación, tardía y precipitada, de las direcciones de los grupos políticos y su éxito fue bastante limitado. La contrapartida fue la reacción negativa hacia el movimiento huelguístico, en cuanto el ensayo de politización fue evidente, en sectores que mostraron inicialmente simpatía por los huelguistas. Tal fue el caso de la Iglesia. Alarmada por la participación de algunos sectores de la HOAC en el movimiento huelguístico, aprovechó la circunstancia para intervenir y sujetar a sus movimientos obreros, evitando que se comprometiesen en una acción política. Los testimonios son terminantes. El 26 de mayo, el obispo de Vitoria contestaba a Castiella, ministro de Asuntos Exteriores: «mi sorpresa al leer ciertas afirmaciones ha sido muy grande [...] En lo que se refiere a mi intervención en la situación actual del

mundo del trabajo, los hechos reales son los siguientes: 1) Hace unas semanas vine a saber que algunos sacerdotes de mi diócesis habían recibido copias de un manifiesto de la HOAC. Inmediatamente los mencionados sacerdotes vinieron a mostrarme esos manifiestos; les advertí enseguida que debían abstenerse de intervenir de cualquier forma que fuese y que no debían difundir el manifiesto...»⁵ El obispo de Lérida dice el 2 de junio: «... Si bien los prelados españoles hemos estado siempre al lado de la acción de nuestros eximios gobernantes, tanto durante la guerra como después, debemos ahora más que nunca reforzar nuestra compenetración para hacer frente a las maquinaciones infernales del comunismo y de los que simpatizan con él»⁶.

El obispo de Barcelona escribe el 29 de mayo: «... El único caso que me ha sido denunciado es el de uno de mis jóvenes sacerdotes que sobrepasó los límites permitidos en un sermón, refiriéndose en términos inconvenientes a los conflictos laborales, caso que motivó mi inmediata intervención y condena; hice llamar al interesado que fue severamente reprendido y espera actualmente las medidas que se tomen contra él.»⁶ El obispo de Cartagena: «He destituido al consiliario eclesiástico de la HOAC [...] he escrito sendas largas cartas a dos sacerdotes que se habían referido a cuestiones laborales en sus sermones [...] ordene a los sacerdotes de la ciudad y los que residen en las zonas industriales que no hicieran la menor referencia a los conflictos laborales, concretamente a las huelgas.» El 11 de junio, el patriarca obispo de Madrid-Alcáala, doctor Eijó y Garay, declaró en su discurso del día de Acción Católica: «... yo mismo me he visto obligado a poner valla a ciertas actividades [...] a los que siendo hermanos nuestros se apartan de nuestra doctrina, separarnos de ellos, ni siquiera saludarlos...»⁶ No sólo fueron palabras. Paralela a la represión del gobierno contra las organizaciones políticas que actuaron en la huelga, la jerarquía eclesiástica realiza una amplia represión contra los sacerdotes que durante la huelga mostraron simpatía por los huelguistas; solamente en las provincias vascas, más de cien sacerdotes fueron sancionados por este motivo y trasladados a pequeños pueblos.

El 10 de julio, pacificado el país. Franco estrena nuevo gobierno: el gobierno de la liberalización, primer esfuerzo del régimen franquista para adaptarse a la coyuntura europea, superando la crisis que habían planteado las huelgas, y la reunión de Munich. Se inicia la etapa larga y difícil de adaptación, que va a exigir al franquismo una gran habilidad.

5. Ignacio Fernández de Castro y José Martínez: *España hoy*.
6. *Ibid.*

El primer principio de esta adaptación es que debe hacerse manteniendo el orden y la paz interior. Al frente del Ministerio de Gobernación seguirá Camilo Alonso Vega, el militar duro y leal a Franco. La mano dura de Camilo Alonso Vega debe ser la garantía de que la liberalización política no debe alcanzar a la oposición. La liberalización debe discurrir dentro del cauce del Movimiento. El régimen no puede permitirse ninguna debilidad ante las « fuerzas del mal », a las que seguirá aplicando el peso de su ley. La integración exige el desarrollo económico del país. Tras el éxito de la estabilización y de la reactivación debe ser abordado el desarrollo planificado: López Rodó, comisario del Plan de Desarrollo, refuerza en el gobierno al equipo económico promotor del Plan. En Manuel Fraga Iribarne encuentra Franco el hombre de la liberalización. La aventura política de este hombre, su cínica desenvoltura, llenará la crónica del periodo siguiente. Muñoz Grandes, nuevo y flamante vicepresidente del gobierno, representa la voluntad de Franco de sobrevivir a su propia desaparición.

Desarrollo económico neocapitalista, liberalización lenta y limitada, orden y represión. Tres ejes maestros de la política del nuevo gobierno sobre los que se confía para conducir al régimen franquista, sin que pierda su esencia, al buen puerto europeo. Cada uno de estos tres planos se presenta lleno de dificultades. El desarrollo está amenazado por la inflación, por las crisis que puede provocar en diversos sectores el contacto con el exterior, por el retraso endémico del sector agrario, por la insuficiencia de las inversiones, por el desequilibrio creciente de la balanza comercial, y, sobre todo, por las contradicciones internas de los diferentes niveles de desarrollo y entre los diferentes grupos capitalistas; contradicciones que el desarrollo va a agudizar; grupos difíciles de dirigir y coordinar dentro de un plan que pretende respetar la libertad de la empresa privada. La liberalización, aun dentro de su limitación, encierra el peligro de que el régimen pierda el control de las fuerzas políticas del Movimiento, que forzosamente va a individualizar; va a plantear en términos de competencia la eternamente aplazada cuestión de la institucionalización; un fallo en el ritmo, un paso precipitado, puede poner en peligro la totalidad del proceso de adaptación e, incluso, al mismo régimen. Encierra el peligro de la reacción desconocida que puede producir tal proceso en una juventud sometida a un largo proceso de despolitización. El orden y la represión que los sostiene se han visto recientemente amenazados. Las huelgas han puesto en evidencia que los sindicatos verticales ya no sirven como instrumento de control de la clase obrera. La misma reunión de Munich, pese a su limitada repercusión interior, acusa la presencia de una oposición política que no dejará de aprovechar

cuantas posibilidades se le ofrezcan para entorpecer la marcha del régimen hacia la integración. El Partido Comunista, y fuerzas nuevas como el FLP, se han mostrado activas, apoyadas en cuadros de militantes jóvenes, desconocidos, incontrolables. Dentro de la Iglesia han surgido grupos que son difícilmente mantenidos en la disciplina por la jerarquía y que manifiestan tendencias a una oposición politizada.

En los dieciocho meses que siguen al cambio de gobierno y que completa el periodo que estamos examinando, estas contradicciones alcanzan forma concreta. Pero la oposición tras el entusiasmo y el optimismo despertados por la reunión de Munich y por las huelgas no halla la respuesta adecuada, pierde la iniciativa que, por un momento, parecía haber pasado a sus manos. Para sucederse a sí mismo el régimen franquista tropieza con una situación que puede entrar bruscamente en crisis. La oposición podría ser el elemento determinante de esta crisis, siempre que jugase la buena carta con decisión.

La oposición se apresuró a denunciar con unanimidad ante la opinión pública internacional la falsedad de la « liberalización », presentándola como un nuevo « disfraz del régimen », que ocultaba, detrás de la « simpatía » de Fraga, el mismo monstruo « fascista », enemigo eterno de la democracia occidental. Frente a las tímidas medidas « liberalizadoras » puestas en vigor en la primera época del mandato de Fraga se presenta como argumento la larga lista de la represión brutal que ha seguido a las huelgas y que culmina con el fusilamiento de Grimau, líder comunista juzgado y condenado por crímenes no probados, cometidos durante la guerra civil, y la ejecución a garrote vil de dos anarquistas acusados de haber perpetrado en la Dirección General de Seguridad un atentado que produce algunas víctimas. Un régimen que fusila y agarrota por crímenes no probados, que tortura en las comisarías a los detenidos, que aplica la jurisdicción militar a los huelguistas y a los políticos de la oposición, que deporta líderes monárquicos o liberales, que mantiene una dura represión contra estudiantes, obreros, intelectuales que sólo piden el respecto de los derechos democráticos elementales, no es un régimen democrático sino totalitario. Un Estado en el que no existen sindicatos libres, en el que el derecho de huelga no es reconocido, en el que la ley es constantemente transgredida, en el que no existe libertad de asociación, en el que la prensa está sometida a censura previa y debe acatar las consignas obligatorias, no es un Estado democrático sino totalitario. La liberalización, anunciada a bombo y platillo, es una engaños a la que no se puede conceder el menor crédito. Todo esto es verdad y la oposición cumplía con su

deber el denunciarlo. Pero es una verdad que es necesario analizar en profundidad.

Constituye un grave error político de la oposición no hacer, al lado de esta denuncia, un análisis realista de la dinámica liberalizadora del régimen franquista, y de su verdadero significado, al plantear su propia estrategia política. Es un error seguir basando tozudamente su táctica en la afirmación gratuita de que la liberalización es sólo una farsa, el disfraz de un régimen inmóvil, encarnación sin fisuras de una dictadura totalitaria.

La « liberalización » debe ser entendida como paulatina ampliación del círculo de la libertad con la correlativa reducción del círculo de la opresión. En este sentido dinámico, si se exceptúan breves periodos de inmovilismo y aun de retroceso, el régimen franquista no ha dejado de liberalizarse lentamente en los 25 años de su existencia. La etapa actual se caracteriza por una forzada aceleración de tal dinámica y por su espectacular presentación. Es interesante, pues, determinar los límites exactos de este proceso, determinar el punto en que debe detenerse forzosamente —pues de ser rebasado el franquismo perderá su esencia y se destruiría a sí mismo—, y el ritmo previsible de esta progresiva liberalización.

Los límites del proceso de liberalización « voluntaria », es decir, cuyo motor se halla dentro de las fuerzas del Movimiento, lo constituyen los mínimos exigidos por la integración europea. Determinar exactamente este mínimo es difícil, pero es plausible afirmar que se encuentra por debajo de las formas democráticas europeas, ya que incluso éstas no son aceptadas completamente, sino toleradas como mal menor, por sus propias capas rectoras; podemos, pues, suponerlas bastante tolerantes respecto al pretendido « totalitarismo » de su congénere español. El ritmo de la liberalización está condicionado principalmente por la velocidad del desarrollo económico, en su marcha para alcanzar el nivel que haga realizable en la práctica la integración. Analicemos cómo se aplica, prácticamente, este esquema en la primera etapa del proceso.

En los primeros días de su mandato, Fraga anuncia una espectacular liberalización en materia de información. La censura previa y las consignas a la prensa serán suprimidas. La crítica constructiva al poder será posible. Se presentará a las Cortes un proyecto de Ley de Prensa completamente liberal. De momento, mientras se alcanza ese paraíso de la libertad, se concede cierta libertad de información, periodo de prueba para juzgar como los periodistas y los intelectuales haran uso de la futura libertad. Fraga abre un periodo de « libertad vigilada » para el intelectual. Se percibe en la prensa un cambio en la política de información, que contrasta con la uniformidad anterior. Se empiezan a acusar algunas dife-

rencias: prensa monárquica, falangista, católica, y una tímida polémica política hace su aparición. Paralelamente, en el cine, teatro, en los espectáculos en general, la liberalización de la censura se hace sentir: se empieza a ver obras « subidas de tono » y, también, aunque con mucha prudencia, obras prohibidas hasta aquel momento por razones políticas.

En agosto de 1962, la prensa informa sobre las nuevas huelgas asturianas; en septiembre, la huelga de la empresa catalana Siemens puede ser seguida al día en los periódicos. Aunque existen notas de la Dirección de Seguridad, de inserción obligatoria, llenas de inexactitudes interesadas, sobre todo con motivo de los brotes de terrorismo libertario que tienen lugar en este periodo, y aunque la información general es evidentemente parcial, la prensa informa durante unos meses de lo que ocurre en el país. Pero muy pronto surgen dificultades para esta tímida liberalización.

La Comisión Internacional de Juristas publica su informe, *El Imperio de la Ley en España*, que pone en evidencia que España no está constituida como un Estado de derecho. Más tarde, la prensa internacional recoge el trágico asunto de Grimau —¿suicidio o tentativa de asesinato?— de triste epílogo. Trascienden las torturas y los procesos de los militantes de las organizaciones obreras que participaron en las huelgas: procesos a militantes del FLP, del Partido Comunista, del ETA, de los anarquistas. Marcos Ana, liberado tras más de 20 años de prisión ininterrumpida, ofrece en Ginebra, en Bruselas, en París, el testimonio impresionante de su larga y dolorosa cautividad. En anuncio indiscreto y anticipado de la condena a muerte de Conill, estudiante catalán libertario, conmueve a la opinión internacional y el cardenal Montini envía un telegrama a Franco que provoca una agria respuesta e incidentes en Italia y en España. Dos anarquistas, acusados de ser los responsables de la explosión de una bomba en la Dirección General de Seguridad, que ocasiona una veintena de heridos, son condenados a muerte en juicio sumarísimo, en el que no se aportan más pruebas que su confesión ante la policía, y son ejecutados a garrote vil. En la revista *Es así*, la izquierda falangista denuncia la identificación del régimen con el capitalismo. *Juventud Obrera*, órgano de la JOC, desarrolla una campaña descubriendo la carencia de autenticidad de las elecciones sindicales. La agitación que ha llegado a ser endémica en Asturias provoca una impaciente y brutal represión de la guardia civil y de la brigada político social. Conocido el hecho, da origen a una petición de información firmada por 102 intelectuales, a la que pronto se une otra petición firmada por otro centenar; a estas dos, se añaden gestiones de cincuenta viejos falangistas que desean señalar su separación

del régimen, y la petición de los presos políticos de Burgos. El Abad de Montserrat hace unos declaraciones al corresponsal del periódico francés *Le Monde*, en las que denuncia la falsa apariencia de catolicidad del régimen. Fraga se va enfrentando con todos estos hechos. Cada uno de ellos supone un grave problema de información. Se enfrenta con ellos con habilidad, con desenfado, pero sin recurrir a la prometida verdad de información. Cada nuevo hecho, cada nueva difícil situación, pone en evidencia que en una situación que todavía no es europea, no pueden ser empleados métodos europeos de información. El ministro se ve obligado a dar marcha atrás. Forzado por estas circunstancias, el Ministro de Información realizará una cínica actividad editorial; con pretexto de informar a la opinión, trata de justificar los excesos de la represión del régimen. En esta época aparecen una serie de panfletos difamatorios: **Marcos Ana asesino**, **Grimau especialista en crímenes**, **Juego sucio**, etc., que cubren de oprobio al Ministerio de Información. Al silencio, a la sistemática ocultación de la verdad, del periodo anterior, sucede una desafortunada actividad « informativa ». El ministro « da la cara », pronuncia conferencias, responde, publica folletos en *El Español*, escribe cartas abiertas. En poco tiempo pierde su crédito en esta difícil labor de tratar de justificar los aspectos más desagradables del franquismo.

La tensión entre el deseo de ser europeo en materia de información y la realidad que obliga al régimen franquista a seguir manteniendo la represión es característica de este periodo de libertad vigilada. Y en esta tensión es donde se encuentran los márgenes de maniobra política más importantes de la oposición. Sin embargo, la verdadera política del régimen franquista no es la « liberalización » sino el desarrollo económico. La liberalización es sólo una de sus consecuencias.

Todo está supeditado al desarrollo, condicionado por esa política esencial. La represión se dirigirá a cuanto estorbe o ponga en peligro este eje de acción. Su principal enemigo es la revolución, en cuanto la revolución supone una política de desarrollo económico opuesta a la del régimen, porque la revolución es la única política que no puede realizar el régimen franquista sin destruirse. Frente a este enemigo principal es necesario mantener la unidad y el orden; y precisamente por esta razón la represión alcanza también a políticas no revolucionarias, pero que suponen división, debilidad, dispersión de las fuerzas que el franquismo necesita mantener unidas. Por el contrario, la liberalización responde a la necesidad de terminar integrando en el objetivo común del desarrollo económico capitalista a las clases que en la etapa anterior eran enemigas y marginadas. Los pasos de la « liberalización » deben ser medidos, pausados, armonizados con el desarrollo, y por eso

el apresuramiento desenfadado y optimista de los primeros meses de presencia de Fraga en el gobierno, aun cuando han rendido un importante servicio al franquismo están condenados, por apresurados, al fracaso. Fraga se ve obligado a poner mesura a su actividad para no verse excluido del sistema.

La política central del nuevo gobierno queda definitivamente expresada en el primer Plan de Desarrollo, que se aprueba en 1963 y que deberá ser realizado en el cuatrienio 1964-1968. Plan técnico económico, confeccionado al estilo del plan francés, con la ayuda de organismos internacionales y con la aportación de un equipo de técnicos españoles de la nueva generación, en su mayor parte con ideologías vagamente izquierdistas, e influidos, hasta cierto punto, por la planificación socialista. Por ser un plan indicativo, su eje central lo constituyen las inversiones públicas y un conjunto de medidas complementarias con las que se intenta convencer al sector privado de la conveniencia de invertir en los sectores y en la forma deseada. Sus objetivos son ambiciosos, aunque no exagerados: aumento de la renta nacional en un 6 % anual acumulativo, estabilidad; creación de un millón de nuevos puestos de trabajo, etc. Teóricamente, en el cuadro de una economía capitalista con infraestructura a medio desarrollo, y con una inversión extranjera creciente, e ingresos de turismo capaces de enjugar el déficit de la balanza comercial, su realización es posible.

Sin embargo, en los primeros meses del año 1963, tras la subida general de salarios, se manifiesta con cierta agudeza una tensión inflacionista. Poco después, se recrudece la crisis del carbón y se presentan síntomas de crisis alarmantes en la industria siderometalúrgica, a la que sigue la crisis del sector textil. En todos los casos, se trata de efectos de las medidas de liberalización del comercio internacional sobre estructuras productoras defectuosas, incapaces de resistir a la competencia exterior. A estos problemas se añade el déficit creciente de la balanza comercial; las exportaciones no crecen al mismo ritmo que las importaciones; la producción agraria no sigue, ni de lejos, el aumento del consumo. Sobre ella pesa la amenaza cada vez más próxima de las medidas defensivas del Mercado Común Europeo. Todos estos problemas económicos, que se plantean en el año 1963, cuando se está a las puertas del Plan de Desarrollo, denuncia defectos estructurales, plantean serios problemas de reconversión. En el Plan —comentan los técnicos— algunos de estos problemas (como el del retraso agrario, que a su vez incide sobre la balanza de pagos y en la tensión inflacionista), no han sido abordados con profundidad. Por otra parte, se critica la autenticidad de los datos básicos y la técnica misma con que ha sido elaborado el Plan.

En el próximo capítulo tendremos ocasión de tratar

de los primeros resultados del Plan. Pero en 1963, era evidente que, por encima de sus defectos, y aún de su posible éxito o fracaso parcial, el gobierno afirmaba con el Plan una política de clase concreta, mucho más concreta que la vaga liberalización o la siempre presente represión, una política con futuro, con objetivos escalonados hasta alcanzar la integración del capitalismo español en el capitalismo internacional. Esta política ofrecía al régimen franquista una seria posibilidad de sucederse a sí mismo, estabilizándose en el « mundo libre », y le permitiría depender cada vez menos de la contingente inestabilidad de la dictadura personal.

Esta evidencia se va abriendo lentamente paso entre el optimismo exagerado despertado por las huelgas en la oposición, y hace vacilar los grandes mitos (lucha de la democracia contra el fascismo) en que hasta entonces se apoyaban sus tácticas. A finales de 1963, la crisis de la oposición se pone al descubierto. El Partido Comunista, el FLP, uno detrás de otro, atraviesan una crisis interna importante, en la que se ponen en duda las estrategias y las tácticas y casi la existencia misma de ambos movimientos. La oposición de Munich, disipado también el primer optimismo, reconsidera sus propias posibilidades y cae en una inactividad casi absoluta. Toda la oposición está de acuerdo en que hay que replantear por completo su política de cara a la nueva situación planteada por la política de desarrollo que realiza el franquismo. En el capítulo siguiente examinaremos de forma concreta cómo se plantea la crisis en los distintos grupos de la oposición y cómo se va resolviendo. Sólo resta aquí hacer un rápido examen de la agitación obrera y universitaria de finales del periodo y subrayar la falta de dirección política que ponen de manifiesto estos epilogos de la agitación de la primavera de 1962.

Después de las grandes huelgas de la primavera de 1962, la agitación social continúa de forma ininterrumpida. En agosto, huelgas en las minas de carbón de Asturias; en septiembre huelga de la Siemens en Cataluña; poco después, con motivo de las elecciones sindicales, fuerte agitación en Bilbao y en Asturias, que determinan la no participación general en las elecciones; a lo largo del curso 1962-1963, huelgas y disturbios universitarios. Puede afirmarse que no ha habido día en que no se haya registrado un incidente en alguna parte: breves plantas en la industria o en el campo; pequeñas huelgas de brazos caídos o de reducción del rendimiento y otros incidentes laborales han jalonado los meses siguientes a la gran huelga. Hasta que, en julio de 1963, se produce en Asturias, otra vez, el hecho más significativo. Tras un breve forcejeo el paro se extiende por todas las cuencas de Asturias y León, a lo largo de dos meses y medio de huelgas ininterrumpidas.

La clase obrera ha afirmado su presencia en el país, rompiendo el cauce sindical y obligando al régimen a recrudescer la represión. Pero observando atentamente el desarrollo general de los hechos, se llega a la conclusión de que se trata de un movimiento sin dirección, sin coordinación suficiente, sin finalidad política definida; algo como una espontánea reacción de clase ante la explotación. Las fuerzas políticas, en su totalidad, no han sabido, o no han podido, encuadrar y dirigir durante este periodo el movimiento espontáneo. Las huelgas mineras del verano de 1963 revelan claramente esta ausencia de dirección política.

La crisis de la industria siderometalúrgica en la que se acumulan los stocks, ya que no puede resistir la competencia exterior, incide sobre la crisis endémica del carbón y agudiza su proceso en la primavera de 1963. Las empresas carboneras buscan afanosamente una solución. En esta época ha sido terminado el estudio realizado por los servicios técnicos de los « grandes del carbón » (Plan de expansión de la minería de la hulla en Asturias). Este proyecto, que se ha presentado al gobierno, prevé para solucionar la crisis ventajas tales como libertad total del precio del carbón, protección aduanera, créditos al 3% y a 20 años de plazo de 6 854 millones de pesetas; plan que es necesario imponer al Estado en el momento en que estudia el Plan de Desarrollo. En estas condiciones, si la crisis económica deriva hacia la agitación social, sobre todo después de la experiencia de 1962, es mucho más probable que el gobierno estudie con atención « no económica » sino « política » este plan. Asturias, en permanente estado de agitación, se está convirtiendo en un foco peligroso de subversión, en un peligro político que se debe solucionar. Estos antecedentes son necesarias para enjuiciar la política de tacañería, de provocación, que desarrollan los patronos en la primavera de 1963. En un ambiente tenso de descontento obrero, la huelga gana una tras otra las cuencas, en un impresionante movimiento de solidaridad. Ante el movimiento de huelga provocado por las mismas empresas, éstas se niegan a toda solución y fuerzan al gobernador a una política de represalias: cierre de empresas, brutalidad policiaca en la represión, que prolonga la huelga artificialmente, en condiciones casi insostenibles para los mineros. La crisis que también atraviesa el sector siderúrgico, hace imposible, o al menos difícil, la extensión del conflicto a este sector como en 1962. Los mineros se quedan solos durante dos meses y medio. El heroísmo y el sacrificio obrero sólo ha servido para desgastar su fuerza, para justificar una dura represión, y para que el gobierno estudie con más atención el plan empresarial carbonero y empiece a trazar un plan de reconversión de la cuenca en el que los intereses patronales sí serán tenidos en cuenta, los de los mineros

sólo serán considerados como un problema político que hay que hacer desaparecer. Las fuerzas políticas obreras acusan su incapacidad, y los mineros asturianos sólo reciben cantos épicos

a su valor. Los análisis de la situación, de la política patronal, de la oportunidad de esta huelga llegarán más tarde. Cuando el sacrificio inútil ya se ha consumado.

Algunos libros distribuidos por Editions Ruedo ibérico

Guerra civil española

Gabriel Jackson	La república española y la guerra civil (1931-1939)	(Grijalbo)	36,— F
Claude G. Bowers	Misión en España	(Grijalbo)	24,— F
Pietro Nenni	La guerra de España	(Era)	15,— F
Luigi Longo	Las brigadas internacionales en España	(Era)	24,— F
Gral. Vicente Rojo	Así fue la defensa de Madrid	(Era)	21,— F
José Peirats	Los anarquistas en la crisis política española	(Alfa)	21,— F
Ramón Garriga	Las relaciones secretas entre Franco y Hitler	(Jorge Alvarez)	27,— F
Pierre Broué	Trotsky y la guerra civil española	(Jorge Alvarez)	6,— F
Aurora de Albornoz	Poesías de guerra de Antonio Machado	(Asomante)	12,— F
George Orwell	Cataluña 1937	(DEA)	12,— F

Revue Internationale du Socialisme

revue bimestrielle

Rédaction - Administration

Via della Dogana Vecchia 5-00186 Rome - Boite Postale 665-00100 Rome

Diffusion en France : E.D.I. 29, rue Descartes, Paris-V^{me} - CCP EDI 18462-71, Paris

Numéro 24 (novembre-décembre 1967)

Editorial

Daniel Martin

Le général parade

Ursula Schmiederer

Bonn entre Est et Ouest

TECHNICIENS ET CLASSE OUVRIERE

Colloque sur la conscience politique et syndicale
chez les techniciens en France

David Horowitz

Une société à une dimension ?

ARGUMENTS

Mordecai Briemberg

Rouge et Expert (Ideology and Organization
Communist China, de Frantz Schurmann)

P. T.

En attendant la dynamite

**

Les mots qui brûlent

**

Yankee come home

Aquino Ray

Le suicide d'une petite bourgeoise africaine

LIVRES REÇUS

Edition anglaise : **International Socialist Journal**.

Prix du numéro : 4 F. - Abonnement : 1 an (6 numéros) : 20 F. - Belgique : 210 fr.

Suisse : 20 fr. - C.C.P. n° 1/890, Revue Internationale du Socialisme, Rome.

Correo del lector

Una errata

Señor director: En mis apuntes históricos sobre el FLP publicados en el nº 13/14 y al hablar de la acusación de « maximalismo patológico » que se dirigía al FLP I y II, se lee: « Después de lo que ha pasado y está pasado, más bien parece un síntoma de buena salud mental ». Ese « está pasado » puede hacer nacer en el lector la idea de que se trata de una alusión malévolas. Pero ha sido un error de imprenta. Debe leerse: « Después de lo que ha pasado y está pasando, etc. » Quiero aprovechar la ocasión para asegurar que no he escrito nada en Ruedo ibérico antes del nº 13 de sus Cuadernos. Julio Cerón.

El Opus Dei es una asociación con fines exclusivamente espirituales

Señor Director de Ruedo ibérico: He leído con interés el artículo publicado en el número 12: « Los periódicos de Madrid al primer año de la Ley de Prensa ».

El análisis que se hace en este artículo me parece conforme a la realidad en algunos puntos, sin embargo las afirmaciones que su colaborador hace al tratar de explicar la actitud de El Alcázar y Madrid, presentados como « periódicos del Opus Dei », no son exactas y está en contradicción con los hechos expuestos por el propio articulista.

En estos periódicos trabajan, como en otras muchas publicaciones, algunos miembros del Opus Dei. El hecho es perfectamente claro si se tiene en cuenta que los miembros del Opus Dei son ciudadanos que ejercen una profesión. Como el Opus Dei es una asociación con fines exclusivamente espirituales es también perfectamente normal el que sus miembros gocen de una completa libertad en sus opciones profesionales, políticas y sociales. El resultado de todo ello es un pluralismo de actitudes que se deducen claramente de los hechos consignados en el artículo de Enrique García. Por eso es curioso ver que, en contradicción patente con los hechos, se intenta dar una explicación « táctica » de este pluralismo. ¿ Tan difícil resulta para su colaborador admitir la idea de la libertad? Y lo peor es que con este sistema es imposible llegar a comprender la evolución sociológica que se produce actualmente en España y que conduce a un pluralismo democrático.

Rogándole haga llegar el contenido de esta carta a sus lectores, le saluda atentamente Jorge Collar, corresponsal de El Alcázar en París.

NDLR. Por tratarse de una crítica detallada de nuestros números 8 a 12, transcribimos íntegramente, hasta en sus características ortográficas y tipográficas, la siguiente carta que hemos recibido de un atento lector.

CARACAS (VENEZUELA) 15/10/67. Srs. « Comité de Redacción... » Srs. « Redactores Jefes... » O Sr. « Directeur Gérat de la Publication... »

P A R I S... (FRANCIA).

Srs. « ESCRIBANOS »... (No escritores...)

Por « incidente » han llegado a mis manos los Nºs. del 8 al 12 del « Cuadernos RUEDO IBERICO », —un amigo mio que los vende, me les proporcionó, única disculpa en su favor... « Que los vende... ».

Como ESPANOL— y... suponiendo que Uds. lo son, naturalmente— les aclararé primero, que no soy FASCISTA, que estube condenado a tres (3) penas de Muerte por Franco y qué... me indultó de una personal, el General Queipo del LLano, por haberme « Sublebadado » con él el Año 1.930 en Cuatro Vientos (MADRID).

En cuanto a sus... cuadernos—no sé porqué, llamados « Ruedo Iberico », mi INDIGNACION, asombro é irritación ha sido solo comparable, a la que sentí, cuando un Tribunal compuesto por Traidores y Mentecatos, me condenaba a « Tres penas de muerte » por negarme a sublebarme y a ponerme la « Camisa Falangista », símbolo de la Edad Media.

Es asombroso, irritante, vergonzoso y humillante, despues de todo lo que nos ha pasado, y por lo qué nos ha pasado, que todavia haya ESPANOLES como Uds. que sigan impugnemente, ofendiendo y degradando a ESPANA ¡POBRE ESPANA! Como ESPANOLES— lo mismo que el « GENERALATO » ESPANOL—todo— Uds. son, sencillamente « FUSIBLES » todos. ¡ Y me preguntan desde ESPANA !.. ¿ Que haceis los de Afuera...? Y yo, sarcasticamente, con una INDIGNACION incontentible, les digo..... « ... Hacer de « CHIVATOS » en las Embajadas Americanas, Inglesas, o las que sean, ya puestos no vas a reparar en detalles, colaborar con los... « GOBIERNOS—dis que— LEGALMENTE ESTABLECIDOS » con las Policías... no importa que sean las de HAITI, ó Santo Domingo, y.... escribir.. « RUEDO IBERICO ».

Vamos por partes :

El Nº. 8. SINDICALISMO : Una cosa totalmente INUTIL desde hace mas de CINCUENTA ANOS... « Es el PODER lo que hay que « CONTROLAR » para poder acabar la lucha, no los SINDICATOS, para acrecentarla.

2º. TESTAMENTO DE FRANCO : A nadie— en ESPANA— interesa FRANCO, mucho menos— naturalmente— su Testamento. Cosa totalmente INUTIL.

- 3°. « Conversación con ARANGUREN... » ... Si hubiera una « ORGANIZACION » en ESPANA ó fuera de ESPANA en contra de FRANCO, haría tiempo que ni él ni su Regimen existirían, y... de la Poesía, ni hablar.
- El N°. 9. « PALABRAS » muchas palabras, la mayoría incoherentes, mas incorrectas, mas groseras, los dibujos —hombres y Caballos— infames, de la poesía... ni hablar.
- El N°. 10. EL REFERENDUM: A nadie —en absoluto— ni siquiera a los Franquistas, les interesa el REFERENDUM ; las « COSAS » de los Srs. Ministros de Franco, mucho menos, al fin y al cabo, una mas ó menos no cuenta en la... « Gran lista de los Traidores... », De la poesía y los dibujos... Ni hablar... malisimos...
- El N°. 11. MARXISMO - CRISTIANISMO... Aceite y Agua.
La Falange y las « Cosas » de ellos, ni, Aceite, ni Agua... NADA.
de la poesía... ni hablar y la de « PRIMERA COMUNION », habría que quemarla con la condición de que el AUTOR estuviera en el centro de la PIRA.
- El N°. 12. « EN EL CORAZON DE LA VIOLENCIA »...
¿ Como les es posible decir tanta estupideces, seg u i d i i t a s, seguiditas..... ?
¿ Otra vez el REFERENDUM... ? La carta del JESUITA..... muy interesante... dado que Uds. admitan « TODAVIA » a los JESUITAS como « Personas », para mí, hace SIGLOS, que no lo son. De los peridicos de ESPANA— como de vuestras.. poesias— ni hablar..... Esa « COSA » del ANGELUS... ni hablar.
- En fin, lamentable, terriblemente triste, oprimente,

degradante, ofensivo, ver, comprobar y.... tener que tolerar, a ESPANOLEs que JUSTIFICAN la perdida de « NUESTRA GUERRA » a los treinta (30) Años de su terminación... ¡ Que lamentable. ! Que lamentable que yo no pueda mandarlos a Uds. a sembrar PATATAS, ó a cuidar CERDOS.

...¿ Y Uds. dicen que ESCRIBEN.... ? ¡ Que sarcasmo.. !

Ya me pasó otra vez con la Sra. Victoria KENST, que desde Nuava-York escribía otros « LIBELOLUS » parecidos a estos de Uds., —digo parecidos— porque peores... no podina ser.... Le escribí a Sra. V. KENS y le dije que.... Por favor, se callara, se callara. A uds. no se qué decirles, porque me los imagino Jovenes, melenudos y — seguro que tienen hasta Guitarras Eléctricas — y a estas.... « GENTES »— algun nombre hay que darles— a estas « GENTES » uno no sabe que hacer con ellos. Un campo de Trabajo, bien organizado, seria lo IDE/L, que sembraran PATATAS, por lo menos.

Como no le voy a decir nada a mi Amigo—que vende estos cuadernos— los seguiré leyendo y..... seguro que les seguiré escribiendo a Uds... comentandoles sus.... « ESCRIBANIAS »...

« ESCRIBANO » es un Sr. que.. COPIA lo que le dicen, no que escribe, simplemente copia, y por lo tanto... no sabe nunca lo que dice, porque él no dice... copia, que no es igual.

Como ESPANOL, aun me queda « Corage » para despedirme atentamente de Uds., y para lamentar, una vez mas, la TRAGEDIA de ESPANA creada, fomentada y mantenida por los ESPANOLEs..... como Uds.

DIRECCION :

V. Sanz. Blasco.
Av. Fc°. de Miranda (Chacao)
Edf. PALMIRA-bajos-
CARACAS (VENEZUELA)

V. Sanz.

B.D.I.C

CUADERNOS AMERICANOS

Ofrecemos las siguientes obras

Dólares

Hispanoamérica en lucha por su independencia por varios autores	2,—
Trayectoria ideológica de la revolución mexicana por Jesús Silva Herzog	1,20
La reforma agraria en México por Emilio Romero Espinosa	1,20
El drama de la América latina. El caso de México por Fernando Carmona	2,50
Guatemala, prólogo y epílogo de una revolución por Fedro Guillén	0,80
El panamericanismo. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson por Alonso Aguilar Monteverde	1,—
Historia de la expropiación de las empresas petroleras por Jesús Silva Herzog	1,50

A los precios anteriores se agregará el coste del porte postal

Representantes exclusivos en Europa

Editions Ruedo ibérico

5, rue Aubriot, Paris 4

En el sumario de este fascículo :

El Congreso Cultural de La Habana : textos de Alonso Aguilar, Fernando Martínez Heredia, Yves Lacoste, León Rozitchner, Mario Benedetti, Luca Pavolini, Ambrosio Fornet, Aurelio Alonso, Jean-Pierre Vigier/Georges Waysand y Fidel Castro.

Ernesto Che Guevara : El Patojo ●●● Carlos Barral : Fin de escala ● José Bergamín : Asombros chinescos ●●● Ignacio Fernández de Castro : Tres años importantes : 1961-1962-1963 ●●● Ramón Aboy : Un siglo de « El Capital »

En los próximos números :

René Depestre : Las aventuras de la negritud

Santos Juliá Díaz : Pablo VI y la guerra del Viet Nam

André G. Franck : ¿ Quién es el enemigo inmediato ?

Quaderni Rossi : La revolución cultural socialista en China

Luigi Magri : Hacia un nuevo socialismo

Juan Martínez Alier : El latifundismo en Andalucía y en América latina

Juan Naranco : Los aumentos de salarios y la crisis de la pequeña propiedad

Ramón Serra : Política económica y el problema de la vivienda en España

Juan Carlos Curutchet : Luis Martín Santos, el fundador

Florentino Martino : Luis Cernuda y la joven poesía española

Prix : 7 F

cuadernos de

ruedo ibérico

17

febrero
marzo
1968





c u a d e r n o s d e

Revista bimestral

Redactores-jefe

RAMON BULNES
JOSE MARTINEZ
JORGE SEMPRUN

ruedo ibérico

Directeur Gérant de la publication :
FRANÇOIS MASPERO

© Editions Ruedo ibérico

Tous droits de reproduction et de traduction
réservés pour tous pays.

sumario

Juan Carlos Curutchet : Luis Martín Santos, el fundador. I 3

Ruy Mauro Marini : **Dialéctica del desarrollo capitalista en el Brasil** 19

B.D.I.C

Vuelta al pasado	19
El compromiso político de 1937	20
La base objetiva del compromiso de 1937	22
La ruptura de la complementaridad	24
La embestida imperialista	26
El mito del desarrollo autónomo	27
Imperialismo y burguesía nacional	29
La lucha de clases	31
La integración imperialista	33
La emergencia del subimperialismo	35
Revolución y lucha de clases	37

René Depestre : **Jean Price-Mars, el mito del Orfeo negro o las aventuras de la negritud** 41

La negritud en el poder en Haití	43
Las aventuras de la negritud	47

Manuel Maldonado-Denis : **Puerto Rico : modelo de colonialismo y el colonialismo como modelo** 53

I. Las primeras tres décadas de dominación imperialista (1898-1930)	53
II. Echando nuestra suerte (1939-1940)	57
III. ¿La suerte está echada...? (1940-1967)	59

Vicente Aleixandre : **Estación última** 69

Samuel Feijóo : **El soldado Eloy** 71

Herbert R. Southworth : **Su hombre en Madrid** 81

Dibujos de Posada

Condiciones de suscripción en la página 2

Pedidos y suscripciones a Ediciones Ruedo ibérico

5, rue Aubriot, Paris 4

C.C.P. 16.586-34 Paris

Precio de venta: Cuaderno ordinario 7,— F; cuadernos atrasados 14,— F

Condiciones de suscripción:	6 cuadernos ordinarios	6 cuadernos ordinarios y suplemento anual *
Francia	30,— F	50,— F
América latina (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US
América latina (correo aéreo)	16,— \$ US	24,— \$ US
Otros países (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US

* El primer suplemento anual de Cuadernos de Ruedo ibérico es Horizonte español 1966, tomo I: 288 p., 6 planchas fuera de texto; tomo II: 436 p., 10 planchas fuera de texto. Precio de los dos volúmenes: 51 F. Para poder adquirir la obra al precio de 20 F es necesario ser suscriptor de Cuadernos de Ruedo ibérico, al menos a partir del número 4 inclusive. Los suscriptores que han abonado 50 F recibirán automáticamente el suplemento. Aquellos suscriptores que sólo han abonado 30 F deberán enviarnos 20 F. Para los no suscriptores será aplicado el precio de librería. Respecto al suplemento anual 1967, Cuba: una revolución en marcha, la suscripción mínima para tener derecho al suplemento cuenta sólo antes del nº 10. La tercera serie (números 13 a 18) comportará también un suplemento anual (1968), cuyo tema todavía no está decidido. La suscripción a Cuadernos de Ruedo ibérico da derecho automáticamente al 20% de descuento en la compra de los libros pertenecientes al fondo editorial de Ediciones Ruedo ibérico, o de aquellas editoriales que representamos (Era, Cuadernos americanos, Joaquín Mortiz, Siglo XXI, Sur, Jorge Alvarez, Siglo Ilustrado, Austral, Prensa latinoamericana, Moncloa, etc.). Pídanse catálogo.

Algunos libros distribuidos por Editions Ruedo ibérico

Cuba

Antología	España canta a Cuba	(Ruedo ibérico)	7,50 F
Carlos Franqui	Cuba. El libro de los 12	(Era)	15,— F
E. Lieuwen	Armas y política en América latina	(Sur)	12,— F
Huberman y Sweezy	Cuba. Anatomía de una revolución	(Palestra)	18,— F
Ernesto « Che » Guevara	Condiciones para el desarrollo económico de América latina	(Palestra)	12,— F
—	Obra revolucionaria	(Era)	42,— F
E. Martínez Estrada	Mi experiencia cubana	(Siglo ilustrado)	7,50 F
Leland H. Jenks	Nuestra colonia de Cuba	(Palestra)	18,— F
R. Freeman Smith	Estados Unidos y Cuba	(Palestra)	12,— F
E. Martínez Estrada	Martí: el héroe y su acción revolucionaria	(Siglo XXI)	12,— F

Juan Carlos Curutchet

Luis Martín Santos, el fundador

1 Un análisis de la obra de Luis Martín Santos exige, como paso previo, el planteamiento de una cuestión fundamental, puesto que ella adquiere una importancia especial dentro del panorama de la narrativa española al significar la incorporación de experiencias que, como la joyceana, pese a su relativa longevidad, no habían encontrado aún en la península cultivadores o continuadores bien dotados. Al encarar el análisis de **Tiempo de silencio**, pues, debe discriminarse lo que hay en ella de genuina obra de arte y lo que constituye su importancia, su **necesidad** histórica, y que, por añadidura, resultó ser el factor preponderante de su extraordinaria repercusión. Como es el caso de todos los renovadores de las letras, la renovación estilística marcha en Luis Martín Santos de la mano con una pareja reestructuración de los supuestos ideológicos y morales de que se nutre la obra narrativa. Pero el lector puede concretamente preguntarse: ¿a qué escala se verifica esa renovación? ¿Cuál es la real importancia de sus valores literarios? ¿Renueva la novela a escala española o europea? Porque bien pudiera resultar que quien en España cumplió un papel similar al de Joyce en el seno de la literatura inglesa y europea, a escala europea no fuera más que un epígono secundario de una gloria por todos reverenciada pero, también, hace ya tiempo asimilada y en algunos casos incluso superada. Estas notas, en consecuencia, se orientan en el sentido señalado, apuntan a dilucidar esta básica confusión.

Puede inicialmente advertirse cómo la más obvia cualidad de **Tiempo de silencio** —la cual es, a la vez, como se verá, factor de aciertos y motivo de fracasos —radica en su condición de **summa**, en la vastedad de los procedimientos que incorpora y en la diversidad de las influencias que refleja. Es probablemente esta cualidad fáustica, de permanente insatisfacción, lo que induce ocasionalmente al autor a saquear el arsenal de recursos de la narrativa europea. Así, no cuesta verificar cómo fue en Kafka donde el novelista aprendió que el conflicto de todo ser humano consume sus instancias definitorias en una desolación de raíz metafísica, y cómo fue en Joyce donde aprendió a contrastar la cotidianidad sobre el fondo del mito. Pero esto es así porque el de Luis Martín Santos es un realismo profundo a fuerza de ser contradictorio, de querer penetrarlo todo, de pretender no agotar su brío imaginativo en la representación de aspectos parcializados de la realidad. Es ésta también la razón por la cual, en numerosos pasajes (como en aquella reflexión del comienzo sobre la vida de la urbe madrileña), Luis Martín Santos se vale de un procedi-

miento bastante cercano a aquel, tan característico de la poesía moderna, que Leo Spitzer llamó **enumeración caótica**. El hecho es significativo, puesto que esto no es ya mera descripción, ni tampoco —por supuesto— caos. Es descripción en la medida en que rescata con nitidez la imagen de la cosa verbalmente representada. Es caos en la medida en que las más dispares observaciones son barajadas en vertiginosa sucesión. Pero es, también, **interpretación**, una lúcida interpretación en la medida en que estas caóticas impresiones se articulan en una imagen de conjunto de impresionante nitidez. La maestría del novelista se revela por su capacidad de dar como descripción lo que es, en el fondo, una interpretación, su capacidad de plasmar en descripciones de incuestionable validez objetiva su particular comprensión de los hechos. Aquí ya se ha superado la tradicional antítesis objetividad-subjetividad. Estamos en el plano de la lúcida conciencia creadora, que continuamente remite a los hechos y los rescata con asombrosa fidelidad porque nunca agota el impulso creador en la descripción periférica de los mismos. Este tipo de descripción-interpretación por supuesto no es nuevo, aun en las letras españolas. Lo usaron —con diversa fortuna— Valle, Quevedo, Cervantes, Goya, pero sólo la conciencia moderna ha sido capaz de comprender su real valor como recurso expresivo empleándolo de un modo enteramente lúcido y sistemático. Tal vez el más directo antecedente de esto, en la tradición del realismo español, esté en la que, junto con **Fortunata y Jacinta** de Galdós, puede ser considerada la obra cumbre del siglo XIX: **La Regenta** de Clarín, obra que Luis Martín Santos seguramente no conoció.

Toda esta presentación de la ciudad e introducción del lector en el ámbito en que se desarrollará la acción marca un punto capital de las letras españolas: de repente éstas han encontrado —como las inglesas encontraron en Joyce— un novelista capaz de escribir novelas **densas como una ciudad**, según la afortunada definición de Edmund Wilson. En Galdós todavía persistían prejuicios moralizantes, la ciudad estaba como filtrada por una concepción ligeramente pedagógica e idealizadora, aunque en sus mejores momentos —y tal vez sin proponérselo— Galdós sobrepasara esta natural propensión que parcialmente limitaba sus mejores aciertos. En Valle quedaban resabios estetizantes; en última instancia, siempre era su sensibilidad el factor reordenador de la ciudad traspuesta a sus novelas, aunque en ellas ya se advierten los progresos de una conciencia crítica. Con Baroja ya estamos en el umbral de la nueva novela, aunque su prodigiosa intuición se disuelva por momentos en el sarcasmo, la piedad o la impertérrita voluntad de rebelarse contra todo en procura de un rescate puramente individual. En Cela (el Cela de **La colmena**) hay ya un creador de acusado temperamento crítico, pero maleado la mayoría de las veces por un cinismo deliberadamente achulapado, por una banal propensión tremendista. En Martín Santos, finalmente, se realizan todas estas posibilidades contenidas en la narrativa anterior, por primera vez la ciudad como protagonista adquiere una textura y un relieve resueltamente dialécticos. Por primera vez la voluntad no estorba a la dialéctica,

ni la intuición a la lucidez, ni la formación intelectual a la capacidad creadora, ni la deliberación a la sorprendente frescura de sus páginas. Por primera vez, en una palabra, la conciencia crítica se convierte en soporte integral de la experiencia estética. Con Martín Santos irrumpe en la novela española una hasta entonces desconocida entidad para la cual el propio novelista acuña una feliz denominación: realismo dialéctico. (« De este modo podremos llegar a comprender que un hombre es la imagen de una ciudad y una ciudad las vísceras puestas al revés de un hombre, que un hombre encuentra en su ciudad no sólo su determinación como persona y su razón de ser, sino también los impedimentos múltiples y los obstáculos invencibles que le impiden llegar a ser... » etc.) Con Martín Santos, en definitiva, se da la primera tentativa española de dotar a la novela de un genuino sentido antropológico. La novela, entidad bifronte, deviene simultáneamente medio y fin. Medio de reinención de una nueva conciencia histórica que se revela y asume a través de la autoverificación de su existencia en la obra de arte.

Una pauta para la comprensión de su modo de connotar sólo por medio de elusivas y complejas estructuras metafóricas la situación políticosocial de España, la suministra la existencia de una rígida censura y la experiencia del propio Luis Martín Santos, militante socialista, privado, en varias oportunidades, de la libertad por fidelidad a sus convicciones. Para un escritor español, y sobre todo para aquellos que escribieron durante la década del 50, la censura debía necesariamente traducirse en cálculo previo de posibilidades expresivas. Esto trajo aparejadas graves limitaciones. Por un lado, hubo quienes escogieron el procedimiento de la autocensura como recurso viable para evadir las tijeras del censor, lo cual determinó una castración no por voluntaria menos esterilizadora. Esta literatura perdió vigor, peso específico, compulsividad. Por otra parte hubo quienes escogieron cultivar un tipo de objetivismo naturalista que, al reflejar una situación de vacancia espiritual, de tedio o absoluta vaciedad, se suponía habría de resultar una muda acusación contra los responsables de ese estado de cosas. Desde un libro fundacional, **El Jarama** de Rafael Sánchez Ferlosio, esta segunda variante fue penosamente degradándose hasta concluir, al iniciarse la década del 60, en las desafortunadas empresas de escritores como Juan García Hortelano. Hubo por último quienes prefirieron romper a escribir no haciendo abstracción de esta desdichada situación, pero sí al menos con total desenfado y desentendiéndose de las consecuencias de su atrevida actitud. Su literatura, obviamente, trasuntaba una comprensible cautela, que se traducía en connotaciones elusivas, pero a diferencia de ciertos equivocados pioneros, no escribieron para una hipotética mayoría (que hoy por hoy, en cualquiera de los casos, y al menos en España, no tiene acceso a la cultura), sino que, sin renegar de su condición de hombre de letras, de herederos de todas las conquistas de la narrativa moderna, escribieron desde los supuestos de la cultura, consiguiendo de este modo neutralizar y superar esa pauperización estética promovida por los excesos de los anteriormente mencio-

nados. Fue en este sentido que, como ya se ha señalado¹, correspondió a Caballero Bonald cumplir una función rectificadora, casi inaugural, pero recién con **Tiempo de silencio** esta renovación quedaría inscrita como hecho capital e irreversible, y la necesidad de un total replanteamiento de supuestos tanto éticos como estéticos cobraría dimensión de imperativo categórico. Luis Martín Santos descubre la posibilidad de una cierta modalidad transaccional. No calla nada, ataca y destruye los tabúes, las últimas inhibiciones de su generación, pero simultáneamente somete la lengua a tan intensas metamorfosis, despliega una tan poderosa inventiva, que su ataque se consume ya descargado de trivialidades y alusiones directas, se manifiesta como cualidad del estilo, y sólo incidentalmente como deliberación del concepto².

La trama argumental (las actividades de un joven investigador, Pedro, quien por una sucesión de vertiginosos azares se verá envuelto en las peripecias de un aborto criminal) no es más que un ocasional pretexto para el despliegue de una intrincada visión de una España sórdida y terrible, de una época, de unas clases en descomposición, de un mundo en decadencia, de unas ideas estratificadas que a veces se comportan como reflejos y de unos reflejos que por momentos semejan ideas. Lo primero que sorprende aquí es ya la grandeza, la amplitud de la concepción, el ambicioso proyecto de recrear en la novela una sociedad —un país y una época— en sus múltiples implicaciones, y de someter a revisión todos los mitos que secularmente han regulado su existencia. Una concepción, en suma, que remite a la mejor de las tradiciones europeas, la de James Joyce o Carlo Emilio Gadda, puesto que aquí, y a diferencia de lo que ocurría con sus compañeros de generación, la realidad está, como en los dos novelistas apuntados, recreada en una materia que básicamente es la del lenguaje. En segundo lugar, sorprende la naturaleza de su talento, eminentemente verbal, la contextura de su prosa, maciza y restallante, organizada a partir de una integración de diversos niveles expresivos sobre la base de un contrapunto semántico de vocablos del argot madrileño con otros de las más especializadas jergas científicas. Un lenguaje que, en su inextinguible vitalidad paródica, se define por igual como reacción frente al codificado estilo académino y a la inanidad de ciertos estereotipados y fáciles vanguardismos —para el patriarca de Pombo reserva Luis Martín Santos uno de sus más acerados sarcasmos: « Para llegar hasta allá [para alcanzar la libertad del lenguaje] era preciso atravesar el caos sonoro, las rimas, los restos de todos los fenecidos ultraísmos, las palabras vacías de Ramón y su fantasma greguerizándose todavía a chorros en el urinario

1. Juan C. Curutchet: **Caballero Bonald; un solitario precursor** (en curso de publicación).
 2. Algo similar puntualiza Carlos Martínez Moreno (téngase presente que su nota está referida al texto censurado de la primera edición): « La censura pudo cortar un párrafo (supongo, por mi cuenta, que ubicada a página 135 del libro), pero no podía impedir la inferencia que se alza de toda esa particular fantasmagoría satírica que hace la novela, que la anima, que la distorsiona, que la torna preferentemente tragicómica, permanentemente acusatoria de lo que dice y apunta, infalible en su hermosa condición de libelo. » Número, N° 3-4, Montevideo, mayo de 1964, p. 179.

de los actores maricas »³. Una prosa, en suma, como no había conocido la literatura peninsular desde el silencio del mejor Valle Inclán, prosa hecha de crispación y rebeldía, que se obstina en desconocer los límites de lo regulado y a través de la cual irá perfilando su contorno una atmósfera disoluta y esquizofrénica, en la cual la realidad, convertida ya en su propia pesadilla, se cargará de sordidez a la vez que de una intensa y paradójica luminosidad.

El protagonista, Pedro, es un joven investigador que trata de averiguar si en la herencia de las cepas de ratones cancerígenos hay una transmisión dominante o si la influencia mayor está dada por los factores ambientales. Estas cepas de ratones se identifican nada ambiguamente con el mismo país, y su cáncer es el símbolo de la enfermedad social y moral que corroe al Estado español. Valiéndose del procedimiento alegórico, Luis Martín Santos investiga las causas de la enfermedad, sean éstas congénitas —historia, pasado, tradición— o ambientales —estructuras políticosociales, etc.—, realizando para ello una autopsia del organismo (España) y exhibiendo descarnadamente los tejidos (estratos sociales) afectados por la descomposición. Toda la novela es un extenso y minucioso análisis de los síntomas que la enfermedad presenta en el cuerpo social español. Ningún nivel social, en consecuencia, escapa al incisivo e impenitente criticismo del autor. En las clases altas se introduce por medio de Matías, acaudalado amigo del joven investigador. En las clases medias a través de la familia y el ambiente de la casa de pensión donde éste reside. Y en las clases bajas por medio de las visitas de Pedro al chabolerío donde vive el Muecas, quien le suministra las ratas para sus experiencias, o a través de fantasmagóricas incursiones, en compañía de Matías, a los prostíbulos madrileños, etc. Fiel al procedimiento escogido, el alegórico, toda esta línea central de la novela podría definirse como un intento de eludir la representación directa de la realidad, sustituyéndola por otra que indirectamente la evoque, pero ya nítida, realzada, con especial intensidad estética. A la vez, esta representación alegórica permite otra interpretación, ésta ya de carácter estrictamente literal, conectando la precariedad de recursos en que Pedro debe desarrollar su investigación al problema de la carencia en España de una cultura verdaderamente científica. Es esta yuxtaposición de distintos niveles de significación lo que ocasionalmente pudo provocar la incertidumbre de algún crítico en torno del sentido real de esta experiencia de laboratorio⁴.

3. En realidad la meta propuesta es el fondo del Gijón, célebre café literario madrileño en el que varias generaciones oficiaban cotidianamente el rito de exhumación de los más diversos fantasmones de las letras. En la imaginación de Luis Martín Santos, esta trivial incursión de su personaje asume el carácter de un mítico periplo a través de una enmohecida tradición.

4. Félix Grande: «Renunciamos por el momento a estudiar la simbología que el autor puede haber querido utilizar imponiendo esta tarea a su personaje. Apuntémoslo, no obstante: esa ocupación sobre la investigación del cáncer (¿totalmente hereditario o
(Sigue en la página siguiente)

En una oportunidad, empero, el novelista suministra explícitamente una clave que revela la conexión entre los diversos planos significativos: el alegórico y el literal. Es cuando al introducirse en un café literario, en una obvia referencia a Cervantes y Lope (e indirectamente al propio Luis Martín Santos), el protagonista « comprende que está equivocado, que venir a este café era precisamente lo que no le apetecía, que él preferiría haber seguido evocando fantasmas de hombres que derramaron sus propios cánceres sobre papeles blancos ». Ambas interpretaciones, sin embargo, como ya he señalado, son complementarias, y es esta constante ambivalencia semántica lo que permite a Luis Martín Santos atacar su sociedad por medio de construcciones simbólicas y elusivas que de ningún modo atentan contra el rigor estético de la obra. Estos ataques, generalmente, se producen bajo la forma de la ironía. Para Pedro, el dilema central de su investigación estriba en su imposibilidad de determinar la naturaleza del mal: gene o virus. Si se trata de un gene, la enfermedad es incurable; si se tratara de un virus, en cambio... Pero hasta tanto se demuestre lo contrario, la enfermedad continuará siendo un mal incurable. Aparentemente, en este punto, ambos planos, el literal y el alegórico, se distancian entre sí, puesto que el lector intuye que para el novelista el de España no es en absoluto un mal enteramente incurable. Sin embargo, esto no es más que una ilusión que se destruye en cuanto analizamos la particular estructura de la ironía en la novela. Para no traicionar la coherencia de su personaje, el novelista debe adoptar la perspectiva nihilista de la aceptación del mal como tara incurable, aunque él sepa perfectamente que no lo es. Su forma de obtener un distanciamiento de su personaje, de contrapesar el nihilismo de su concepción negativa de pequeño burgués desarraigado, se producirá bajo la forma de la ironía.

Convendrá recordar, en este sentido, que la nota satírica es un rasgo dominante de una de las más sólidas tradiciones artísticas españolas. Esta actitud pesimista entronca con la picaresca, con Cervantes y con Quevedo, con toda una tendencia de literatura criticista gestada en el seno de la corrupta y decadente sociedad española de la segunda mitad del siglo XVI y principios del XVII. Se continúa a través de Goya y Feijóo en el XVIII para cristalizar, en Larra y Leopoldo Alas (« Clarín »), ya en el siglo XIX, en una postura contradictoria de escepticismo, desengaño y denuncia ante una

parcialmente ambiental?) remite a consideraciones de tipo sociológico y económico. ¿Quién no siente la tentación de definir el resultado de la situación sociológica secular con ese, a un tiempo, irónico y severo sustantivo científico? ». (« Tres fichas para una aproximación a la actual narrativa española », en la revista *Margen*, N° 2, diciembre de 1966, París, p. 50.) Y aquí corresponde una aclaración: estas notas sobre Luis Martín Santos están en deuda con el trabajo de Félix Grande ya citado; también con dos notas inéditas de José Ortega, desaparejas y discutibles, pero llenas de observaciones atinadas y sagaces, y fundamentalmente con un comentario excepcional del novelista uruguayo Carlos Martínez Moreno, también ya mencionado. Conviene de paso señalar que la crítica no ha hecho ni por asomo con su obra la justicia que ésta se merece. Irregular y turbulenta, pero siempre henchida de avasalladora vitalidad, ella basta para ubicar su nombre entre ese grupo de narradores que promovieron — y sostienen — el espectacular desarrollo actual de la novela latinoamericana.

España petrificada y vuelta ya de espaldas al progreso europeo. Esta postura ante la tragicomedia del vivir español alcanza una de sus culminaciones en el esperpento valleinclanesco (la estética de los espejos deformantes) y en el arte narrativo barojiano, y a través del primer Cela va a desembocar en la obra de un gran poeta, Jaime Gil de Biedma, y un gran novelista, Luis Martín Santos. Toda esta longeva tradición encuentra resonantes ecos en **Tiempo de silencio**. Entre los antecedentes citados, uno reviste especial importancia en el presente caso. Me refiero a Goya, a quien el novelista evoca repetidas veces al analizar una de sus mejores pinturas, a la que denomina « Le Grand Bouc ».

Como se recordará, en la terminología psicoanalítica **buco emisario** es el nombre de uno de los dos complejos que dominan la agresividad. Como Igor A. Carusso ha observado en su **Psicoanálisis para la persona**, el neurótico se castiga por el delito de deseo, pero como no lo hace con conocimiento de causa, esto no le provoca arrepentimiento sino, a lo sumo, remordimiento, lo que el propio Carusso ha llamado la « enfermedad de la mala conciencia ». El Superyó exige del Yo la represión de los impulsos peligrosos en el inconsciente. « El Yo, habiendo reprimido el impulso, seguirá actuando como si no hubiera existido un impulso peligroso en la intimidad de la persona. El Yo se encuentra ciegamente a las órdenes del Superyó. La angustia de la conciencia moral, el **remordimiento**, diferente del **arrepentimiento**, deberá ser racionalizado, explicado ; ahora bien, como el impulso peligroso se ha hecho inconsciente, **la angustia será explicada principalmente por razones exteriores al individuo.** »

« El **complejo del ángel** es inseparable del de **buco emisario**. El primero representa la inserción completa del Superyó en el Yo racionalista y la represión completa de los impulsos que lo amenazan. El Dr. Charles Badouin ha hablado de angelismo neurótico ; este excelente término podría aplicarse a una tendencia consciente ; ahora bien, el Yo se identifica plenamente y se cree angélico de una manera inconsciente. Ejemplo simplista : el señor Tal, solterón empedernido, hijo único, consagra a su anciana madre todo su tiempo libre, todos sus pensamientos y todo su esfuerzo. El explica este género de vida, poco agradable, por los deberes filiales, de buen hijo ; renuncia a todas las alegrías y a todas las comodidades de la existencia para procurárselas a su anciana madre. En realidad, a causa de fijaciones inconscientes, pero que corresponden a mecanismos infantiles de su vida libidinal, el señor Tal nunca ha podido decidirse a ser una persona libre y a dejar de ser un niño ; para preservarse de la vida, y al renunciar a sus peligros, renuncia también a sus alegrías. Se considera entonces lleno de renunciamiento, se cree **angélico**, sin serlo verdaderamente. Este ejemplo es ciertamente muy simple, pero todas las neurosis participan de este mecanismo. El señor Tal... querrá explicarse su sufrimiento, y la racionalización lo llevará al complejo del **buco emisario**. En efecto, el señor Tal explicará sus fracasos por la mala voluntad de su jefe en la oficina, de las mujeres que no se han casado con él, y de los políticos en el poder... En fin, afirmará que si él hubiera querido... sólo

que él no ha querido ser un « egoísta » y un « ambicioso » como los demás : ha sido siempre un tímido, un idealista, una persona poco práctica... ¿ Qué comprobamos en el señor Tal a partir de su complejo de ángel ? Comprobamos que busca bucos emisarios de su fracaso. Estos bucos emisarios los encuentra sobre todo a su alrededor, pero también en sí mismo », etc.⁵

Espero que el lector sabrá disculpar esta extensa cita en homenaje a su ilustrativa claridad. Luis Martín Santos era psicoanalista y con seguridad no desconoció este planteamiento de Carusso, al que incluso cita en sus trabajos científicos. A la luz de la cita precedente, el cuadro de Goya queda convertido en un símbolo de impresionante nitidez. Ahora el lector comprende cómo la intención de Luis Martín Santos fue psicoanalizar a su personaje, y a través de Pedro a cada español, e indirectamente al lector ; cómo **Tiempo de silencio** es una tentativa de psicoterapia en su sentido más estricto. En cuanto psicoanalista, Luis Martín Santos sabía, también, que un hombre alienado sólo a través de la conciencización de la alienación y del hacerse cargo responsable de la misma llega a ser un hombre nuevo. Su ataque se dirigirá, pues, bajo la forma de ironía, contra todos los buscadores de bucos emisarios del fracaso histórico español : implicará una tentativa de desmitificación a vasta escala, tan vasta que, puestos a rastrear un antecedente, incluso la imagen del Valle Inclán más vigente quedaría por momentos desdibujada ante nuestros ojos. Sus predecesores genuinos se llaman, sobre todo, Leopoldo Alas y Francisco de Quevedo, Francisco de Goya, Miguel de Cervantes o Mateo Alemán. Pero la misma vastedad de la empresa lo alertará sobre los riesgos y dificultades de la misma. De allí que su constante retorno sobre sí mismo, la circularidad de la conciencia que al retornar sobre sí misma se recrea en el estilo y se expresa a través de la ironía, hagan de ésta, simultáneamente, un arma de desmitificación y un instrumento de verificación de los inapelables límites.

Su ataque posee, así, destinatarios fijos. Más adelante habrá oportunidad de analizar sus despiadadas arremetidas contra Ortega, a quien empero nunca menciona por su nombre. Ahora interesa recordar una de ellas, que aunque incidentemente personifica en Ortega se refiere, en este párrafo, a toda una corriente oficial de pensamiento cuyas postulaciones podrían cómodamente ser resumidas en un terceto del **Canto personal** de Leopoldo Panero : « Porque España es así (y el ruso, ruso), [hoy preferimos el retraso en Cristo] a progresar en un espejo iluso ». La crítica contra este género de actitudes será uno de los motivos recurrentes de **Tiempo de silencio**, pero el novelista nunca incurrirá en el error de pretender refutar ensayísticamente a estos improvisados profetas que postulan la imposibilidad del hombre español para resolver sus conflictos, delegando, por el contrario, toda responsabilidad en la voluntad de Dios. Luis Martín Santos invalida estos postulados mediante su reducción al absurdo por el simple

5. Igor A. Carusso : **Psicoanálisis para la persona**, Barcelona, 1965, p. 139-140.

recurso de la ironía. He aquí su contundente réplica: « Oh... qué listo eres tú para un pueblo que tiene las frentes tan menguadas... puesto que víctimas de su sangre gótica de mala calidad y de bajo pueblo mediterráneo permanecerán adheridos a sus estructuras asiáticas y así miserablemente vegetarán vestidos únicamente de gracia y no de la repulsiva técnica del noroeste ». Esta desmitificación de la España en que « el hombre se alimenta de espíritu y aire puro por los siglos de los siglos. Amén », es una de las constantes de la obra, y es seguramente en estos momentos, cuando la preocupación del autor se centra en su obsesivo propósito de testimoniar la conflictiva condición de « oprimente-oprimido » del pueblo español, que la novela alcanza algunos de sus más sostenidos registros.

El pueblo es, paradójicamente, quizá el blanco predilecto al que se dirigen sus más demoledoras y punzantes ironías, y esto se debe, en primer término, a que Luis Martín Santos nunca lo idealiza. Sus ataques revisten la forma de una antológica recolección de todos los lugares comunes con que la Sensatez y la Capacidad de Iniciativa de la burguesía suelen verterse sobre aquél trasmutándolo en víctima propiciatoria de sus propios fracasos y enajenaciones. Pero estas persistentes andanadas están travasadas a una ironía sutil que, por el simple expediente de su estar-ahí, pulveriza las mismas afirmaciones mediante su reducción a la caricatura y una reversión de las mismas sobre la fuente de su procedencia. En Luis Martín Santos no hay propensiones miserabilistas, tendencias a liberar abstractamente al pueblo de atributos negativos cuya obvia verdad de algún modo lo define o caracteriza. Hay, en cambio, una preocupación por denunciar o testimoniar el carácter transitorio o temporal —histórico, para ser más preciso— de las mencionadas alienaciones. El pueblo se sobrevive en un fantasma de sí mismo, se realiza imaginariamente en la sublimación de sus fracasos y se solaza en los avatares de una equívoca liberación, porque hay una burguesía para infligir esas alienaciones y verificar la continuidad de los alienantes condicionamientos por ella misma establecidos. Al desnudar la dinámica de la sociedad, en consecuencia, la dialéctica de sus relaciones y la incidencia de ciertos mitos tradicionales —progreso, felicidad, etc.— en este mecanismo predispuesto a generar racciones siempre controlables o revertibles; al poner de manifiesto, en suma, la verdadera composición del tejido social —no importa por qué medios—, el novelista está simultáneamente formulando una protesta, ensayando un diagnóstico y allanando de algún modo el camino para la superación ulterior de ciertos males.

Como estudioso de la filosofía y el psicoanálisis, como hombre extraordinariamente versado en los secretos de la antropología, Luis Martín Santos no podía desconocer la función social del mito. El mito, en sí mismo, no es positivo o negativo. Ahora bien, sin una base comunal la sociedad urbana se desintegra a nivel de los sueños o frustraciones individuales, excepto cuando aquélla es suplantada por proyecciones colectivas. Donde hay comunidad, es necesaria la integración, y donde esta integración no se asienta en los fundamentos estables de la racionalidad, el mito

tiene reservada una importantísima función. El simbolismo de los toros (por no citar más que un ejemplo) congreja las dispersas conciencias individuales en un orden imaginativo e inviste lo inicuamente cotidiano de un relevante prestigio ceremonial. La burguesía es una fuerza engendradora de mitos que ahogan la racionalidad. El mito es, correlativamente, una expresión de las fuerzas conservadoras y una sublimación de la frustración comunal. Llegados a este punto, la tauromaquia revela su carácter de exorcismo colectivo. Al matar el toro, la tribu, previa y religiosamente unificada, está expulsando sus demonios; y en caso de alternativa contraria, encornamiento del torero, mejor aún: está incurriendo en esa variedad de suicidio, el autosacrificio, que no cercena la vida sino que corona ejemplarmente el desarrollo de un carácter, de una personalidad negativamente asumida. La historia se trueca en metafísica y la condición en cuestión de naturaleza. Sobre el cadáver de la racionalidad se instaura el reinado del Destino y la Fatalidad. « Aquí somos otra gente », « Spain is different », o como algunos sesudos historiadores dictaminan, la posibilidad del progreso murió con los comuneros de Castilla. Originaria válvula de escape, el mito tapona ahora toda posible solución, ha devenido instrumento deparador de la emoción en **dosis necesarias y previsiblemente controlables**.

El novelista sabe, empero, que si España es como es, esto no es producto del azar. Sabe que la España hermética se consolidó cuando Europa la distanció en saberes, en técnica, en desarrollo industrial. España soslayó en el siglo XIX el viraje de la revolución industrial como ya en el siglo anterior había soslayado el de la ciencia experimental, y en esta situación de aislamiento se gestó esa peculiaridad del español (tan arquetípicamente representada en el terceto citado de Panero) que en él se solaza porque supuestamente « estimula el ingenio y obliga a inventar fórmulas inéditas », y porque así torna a primar en su mente lo propio, lo « indígena », lo celtibérico. En todos sus niveles, pues, **Tiempo de silencio** es una necesaria respuesta a toda una tradición de negativismo español, una respuesta a las distintas variantes de la leyenda negra. Así como la obra de Joyce supuso una adecuada contrapartida a la prematura lamentación de Yeats (**Romantic Ireland's dead and gone, / It's with O'Leary in the grave**), esta novela supone una superación de otra diagnosis similar (Valle Inclán había escrito: « La miseria del pueblo español, la gran miseria moral, se encuentra en su sensibilidad vulgar hacia los enigmas de la vida y de la muerte... Este pueblo miserable transforma todas las grandes cosas en una historia de beatas »; recuérdese que para Valle la España « romántica » había muerto con el carlismo, y que tanto en Valle como en Yeats este calificativo, **romántico**, debe entenderse en su acepción de **vital y capaz de metamorfosis que atestigüen su vigor**). Esta actitud tiene, por lo demás, su correlato en un poema del ya mencionado Jaime Gil de Biedma, que conviene reproducir aquí por sus ilustrativas conexiones no sólo con la actitud sino también con el enfoque de **Tiempo de silencio** (desmitificación a través de la ironía). He aquí el poema en cuestión:

Apología y petición

¿Y qué decir de nuestra madre España,
este país de todos los demonios
en donde el mal gobierno, la pobreza
no son, sin más, pobreza y mal gobierno
sino un estado místico del hombre,
la absolución final de nuestra historia ?

De todas las historias de la Historia
sin duda la más triste es la de España,
porque termina mal. Como si el hombre,
harto ya de luchar con sus demonios,
decidiese encargarles el gobierno
y la administración de su pobreza.

Nuestra famosa inmemorial pobreza,
cuyo origen se pierde en las historias
que dicen que no es culpa del gobierno
sino terrible maldición de España,
triste precio pagado a los demonios
con hambre y con trabajo de sus hombres.

A menudo he pensado en esos hombres,
a menudo he pensado en la pobreza
de este país de todos los demonios.
Y a menudo he pensado en otra historia
distinta y menos simple, en otra España
en donde sí que importa un mal gobierno.

Quiero creer que nuestro mal gobierno
es un vulgar negocio de los hombres
y no una metafísica, que España
debe y puede salir de la pobreza,
que es tiempo aún para cambiar su historia
antes que se la lleven los demonios.

Porque quiero creer que no hay demonios.
Son hombres los que pagan al gobierno,
los empresarios de la falsa historia,
son hombres quienes han vendido al hombre,
los que le han convertido a la pobreza
y secuestrado la salud de España.

Pido que España expulse a esos demonios.
Que la pobreza suba hasta el gobierno.
Que sea el hombre el dueño de su historia.

(Moralidades, México, 1966)

Consecuentemente, la ironía (que aquí ya es sarcasmo) del novelista se proyecta, como en el poema citado, sobre los « empresarios de la falsa historia », los responsables de esta inicua tergiversación. Una de las motivaciones centrales de la obra, en efecto, se encontrará en los despiadados ataques del autor contra la inanidad de la presunta « cultura filosófica » española. Dos ilustrativos ejemplos de esto se hallarán en su antológica descripción de la tertulia del café Gijón y también (el cual resulta, por ahora, de un mayor interés) en la visita de Pedro a casa de Matías que culminará con la contemplación de una reproducción de Goya en el cuarto de éste, « Scène de sorcellerie : Le Grand Bouc », ya mencionado, y que a todas luces es la célebre pintura negra « Aquelarre » que lleva el número 761 en la sala LVI del Museo del Prado. Congregadas por el macho cabrío en hábito frailuno, han acudido las brujas con sus tarros y ungüentos para escuchar los consejos de su abracadabrante inspirador, y como un toque de inocencia, u orfandad, que es en sí mismo un reproche mudo, una niña contempla el cuadro alucinante desde un costado. Insensiblemente, la poderosa imaginación del autor promueve en esta escena una curiosa metamorfosis. El cuadro deviene representación de una conferencia de Ortega disertando sobre la **quiddidad** de la manzana. Pero el cuadro no es solamente ataque solapado contra « el gran buco en el esplendor de su gloria, en el que el cuerno no es cuerno ominoso sino signo de glorioso dominio fálico, en el que tener dos cuernos no es sino reduplicación de la potencia » (o sea contra Ortega, a quien por lo demás nunca se menciona por su nombre, aunque las alusiones resulten cristalinamente), sino simultáneamente crítica de Ortega y el orteguismo, su inanidad en el campo filosófico, la inanidad de un público compuesto de burguesas matronas de sexualidad insatisfecha e impugnación de toda una corriente pseudofilosófica crecida al amparo de una especulación gratuita, mecanista y de importación. Dicho con palabras de Luis Martín Santos : « Todo esto conoces buco, con penetración muy seria, y entonces indicas como triaca magna y terapéutica que a la gran Germania nutricia, Harzhessen de brujas y de bucos hay que fenomenológicamente incorporar. Y tus carolinas espirituales serán nuestras prisiones temporales... Por eso te vistes con ese disfraz que no es tuyo, pero que divierte a los que admirativamente te contemplan ». Y es llegado este punto cuando la blanca presencia infantil del costado asume su rol patéticamente acusador : « Por eso te haces aficionado y afionas a la gente bien tiernamente a la filosofía, como chico de la blusa tan espontáneo, tan grácil, con tan sublime estilo, con tan adornada pluma, con la certera metáfora develadora que te perdonarán los niños muertos que no dijeras de qué estaban muriendo y (no mirando tu

máscara sino tu ojo) pasaremos por alto los dos cuernos y te llevaremos a la tumba cantando un gorigori que parecerá casi como triste ». Esta escena del cuadro cobrará todo su sentido, sin embargo, sólo a la luz del pasaje siguiente, en que se describe esta vez sí una real conferencia del propio Ortega.

En el cuadro de Goya, todavía se trataba del gran capro hispánico recibiendo de las mujeres de la sierra el ofrecimiento de los cadáveres o semicadáveres de sus hijos (obvia referencia al aborto como práctica generalizada), ofrenda mediante la cual intentaban simultáneamente la resurrección de la carne extinta y la expiación de los propios pecados. Goya se vale del tema para exponer su crítica violenta de la degradación de un pueblo rindiendo homenaje al símbolo de la fuerza viril, del sexo. Poco más adelante, el buco se ha convertido en Ortega, y las miserables mujeres de la sierra en encopetadas señoras de la alta sociedad española ofrendando su sexualidad insatisfecha o su deseo de realización de tantos sueños naufragados al « gran matón de la metafísica ». Aquí ya lo que se reverencia es el poder purificador del intelecto, y lo que el novelista satiriza es el rastacuerismo de esta alienación en la inocua verborrea, la dictadura del « corifeo diletante », a la vez que impugna por su ineficacia este género de divertimientos consagrados a recrear el ocio de un restringido grupo social. He aquí la descripción de la conferencia : « Pero ya el gran Maestro aparecía... hierático, consciente de sí mismo, dispuesto a abajarse hasta el nivel necesario, envuelto en la suma gracia, con ochenta años de idealismo europeo a sus espaldas, dotado de una metafísica original, dotado de simpatías en el gran mundo, dotado de una gran cabeza, amante de la vida, retórico, inventor de un nuevo estilo de metáfora, catador de la historia, reverenciado en las universidades alemanas de provincia, oráculo, periodista, ensayista, hablista, el-que-lo-había-dicho-ya-antes-que-Heidegger, comenzó a hablar, haciéndolo poco más o menos de este modo : « Señoras (pausa), señores (pausa), esto (pausa) que yo tengo en mi mano (pausa) es una manzana (gran pausa). Ustedes (pausa) la están viendo (gran pausa). Pero (pausa) la ven desde ahí (pausa), desde donde están ustedes (gran pausa). Yo (gran pausa) veo la misma manzana (pausa), pero desde aquí, desde donde estoy yo (pausa muy larga). La manzana que ven ustedes (pausa) es distinta (pausa), muy distinta (pausa) de la manzana que yo veo (pausa). Sin embargo (pausa), es la misma manzana (sensación) ». Apenas repuesto su público del efecto de la revelación, condescendiente, siguió hablando con pausa para suministrar la clave del enigma : « Lo que ocurre (pausa), es que ustedes y yo (gran pausa) la vemos con distinta perspectiva (tableau) ».

Para completar el cuadro restaría agregar dos cosas. En primer lugar, que la conferencia tiene lugar en un cine de barrio, el sótano del cual está ocupado en el momento de la conferencia por un baile de criadas. La dispar concurrencia de ambos eventos (criadas, toreros, chulos, etc., por un lado, y damas menopáusicas, estudiantes de filosofía, poetas de varios sexos, etc., por el otro) y la intencionada correlación espacial y temporal de los

mismos dan lugar a insidiosos comentarios del autor. Así, por ejemplo, escribe: « Los condenados del sótano no tenían noticia de lo que —tres metros sobre su cabeza— estaba ocurriendo y a causa de ello no presumían que la más aguda conciencia celtibérica se iba a ocupar, de modo deliberado, de elevar el nivel intelectual de la sociedad a la que (indignos, es verdad), ellos también pertenecían. Pero era posible observar la reciprocidad y perfecta simetría del fenómeno, pues tampoco la muchedumbre de la esfera intermedia y quién sabe si ni siquiera el poderoso Maestro tenía la menor noticia de la interesante realidad que bajo sus plantas se establecía con la simultaneidad ya antes indicada... Pero las cosas son como son, vuelto sobre sí mismo el pueblo ignoraba al filósofo y la profusión de lujosos automóviles a la puerta de un cine de baja estofa, sólo le hacía experimentar las nuevas dificultades para el cruce de la calzada y no extraía de ellas ninguna valoración eficaz del momento histórico ». Pero la saña antiorteguiana del autor deparará todavía un último sarcasmo. En la página 150, cuando luego del fracasado aborto de Florita, Pedro, prófugo, se ha refugiado en el burdel de Doña Luisa, el novelista dice de ésta que « tomó un tomate y lo levantó haciendo que el sol golpease con dureza sobre la pequeña esfera roja. Ella miraba el tomate por un lado. Pedro lo miraba por el otro. Ambos lo veían desde diferente perspectiva ». La crueldad de las páginas que Luis Martín Santos consagra a Ortega, al Gijón y a la función de los intelectuales madrileños prácticamente carece de parangón en la moderna narrativa española. Pero incluso esta alusión al orteguismo empírico de la propietaria del burdel soslaya lo meramente grosero, a diferencia de lo que luego ocurrirá con Marsé, puesto que la ironía de Luis Martín Santos no tiene nada de gratuito, está regulada por una conciencia histórica y artística en constante vigilancia. Toda su violencia verbal no es, en tal sentido, más que una tentativa de dinamitar el conformismo de su cultura y su sociedad, pero lo que a nivel de la palabra es ejercicio de la violencia a nivel del intelecto es incisiva y cauta reflexión⁶.

Sobre este propósito criticista de Luis Martín Santos informan, pues, no pocos rasgos de la novela. Su propósito, empero, no es meramente criticista, ni mucho menos nihilista, como algún crítico apresurado ha podido observar. Su novela implica no sólo una crítica del estilo de vida español (del folklorismo del « Spain is different » potenciado a categoría metafísica), sino fundamentalmente una **reflexión** sobre el mismo, una genuina tentativa de dilucidación de algunos cruciales interrogantes a partir de su disección. Luis Martín Santos no está interesado en las meras exterioridades. Sabe que ellas, por sí mismas, no explican nada. Como explícitamente reconoce, « no debe bastar ser pobre, ni comer poco, ni presentar un cráneo de apariencia dolicocefálica, ni tener la piel delicadamente morena para quedar definido como ejemplar de cierto tipo de hombre al que inexorablemente pertenecemos y que tanto nos desagrada ». Indirecta-

6. No resulta tampoco ajeno a esta dualidad otro excepcional creador español con el que Luis Martín Santos poseyó numerosos puntos de contacto: el director de cine Luis Buñuel.

mente, más allá de banales determinismos, el novelista está sugiriendo la presencia de otras instancias superiores que conforman la peculiaridad del ser español. Su investigación toma así un cariz resueltamente antropológico, y consecuentemente su estilo denota una preocupación formal que, en el fondo, no es más que una resultante de su obsesión por dar con las claves instrumentales que le permitan simultáneamente explorar y expresar esta nueva dimensión de lo histórico y lo real. El novelista no incurre en ese característico fetichismo de la realidad « objetiva », no diviniza el mundo de las apariencias. Pero tampoco lo subestima. Lo relativiza, en suma, le restituye su verdadera significación como vía de acceso a otras realidades ya más complejas y contradictorias, menos mecanicistas. Reivindica la naturaleza dialéctica de la realidad y la realidad objetiva de la contradicción.

Consecuentemente el protagonista, Pedro, se define como tal en virtud de su extracción social, por su condición de individuo perteneciente a una cierta clase (pequeña burguesía) y a un determinado país (España) en un momento preciso de su historia (1949). Pero sólo parcialmente. Al fundar la autonomía provisional de su personaje frente a las habituales tipificaciones naturalistas, Luis Martín Santos está señalado, indirectamente, los aspectos metodológicos rescatables, en cuanto susceptibles de realización estética, de disciplinas como el psicoanálisis, la sociología empírica y la antropología cultural en la medida en que éstas contribuyen a realizar una tarea ante la cual la estética realista tradicional (cf. Lukács) ha padecido una de sus más acusadas inhibiciones: las determinaciones concretas de la vida humana. Su obra implica, de este modo, una suerte de realización estética de las postulaciones teóricas de uno de los investigadores marxistas más importantes de nuestra época: el profesor italiano Galvano Della Volpe. Su experiencia tiene sin embargo una filiación más directa y reconocible, entronca con el Sartre de la *Critique de la raison dialectique*, quien, en *Cuestiones de método*, con varios años de antelación respecto al ensayista italiano, ya había formulado los lineamientos centrales de la interpretación que más tarde éste, a su vez, se encargaría de desarrollar. Que Luis Martín Santos conoció a Sartre, e incluso profesó hacia él una admiración sin límites, lo prueban varios de sus trabajos científicos; que Sartre influyó de manera decisiva no sólo en su pensamiento filosófico sino también en su método de creación artística, lo prueba el siguiente párrafo, por ejemplo, en el que no resulta difícil reconocer la idea central del estudio sartriano ya mencionado: « Los realistas suburbanos tal vez hayan llevado demasiado lejos ciertos atisbos de la teoría literaria marxista, al atribuir en exclusiva a un tipo de sociedad unas contradicciones que hay que empezar buscando en el individuo... la narrativa española, al cargarse de ideas sustituyendo al hombre por su circunstancia, ha perdido peso específico y se ha alejado de la verdad artística »⁷. En contraste, pues, con ese proceso de equívoca socialización de la novela que había desembo-

7. Aquilino Duque: « Realismo pueblerino y realismo suburbano », *Índice*, N° 185, junio de 1964, p. 9.

cado, en el caso de García Hortelano, por ejemplo, en la abolición del personaje, en su reemplazo por tipos más o menos estereotipados que pretendían ser la representación arquetípica de todo un grupo social, en Luis Martín Santos se prolonga y acentúa el movimiento de reacción iniciado por Caballero Bonald y estudiado en una nota anterior. Como aquél, Luis Martín Santos destaca el carácter social de su protagonista, pero éste es un mero punto de partida para acceder a una totalización concreta en la cual aquel carácter queda incluido a la vez que trascendido. Del hombre social, pues, al ser existencial. Con toda razón pudo el novelista uruguayo Mario Benedetti celebrar la publicación de **Tiempo de silencio** como una « nueva y exitosa invasión del personaje en el ámbito de la novela contemporánea »⁸.

Continuará en el número 18 de **Cuadernos de Ruedo ibérico**.

8. Cf. La mañana, 9 de febrero de 1964, Montevideo.

Ruy Mauro Marini

Dialéctica del desarrollo capitalista en el Brasil*

Las luchas políticas brasileñas de los últimos quince años fueron la expresión de una crisis más amplia, de carácter social y económico, que parecía no dejar al país otra salida que la de una revolución. Sin embargo, una vez implantada la dictadura militar, en abril de 1964, las fuerzas de izquierda se han visto obligadas a revisar sus concepciones sobre el carácter de la crisis brasileña, como punto de partida para la definición de una estrategia de lucha contra la situación que al final prevaleció. En un diálogo a veces lleno de amargura, los intelectuales y líderes políticos vinculados al movimiento popular plantean hoy dos cuestiones fundamentales: ¿Qué es la revolución brasileña? ¿Qué representa en su contexto la dictadura militar?

Vuelta al pasado

Las respuestas orientanse, por lo general, a lo largo de dos hilos conductores. La revolución brasileña es entendida, primero, como el proceso de modernización de las estructuras económicas del país, principalmente a través de la industrialización, proceso que se acompaña de una tendencia creciente de participación de las masas en la vida política¹. Identificada así con el propio desarrollo económico, la revolución brasileña tendría su fecha inicial en el movimiento de 1930, habiéndose extendido sin interrupción hasta el golpe de abril de 1964. Paralelamente, y en la medida que los factores primarios del subdesarrollo brasileño son la vinculación al imperialismo y la estructura agraria, que muchos consideran semifeudal, el contenido de la revolución brasileña sería antimperialista y antifeudal. Esas dos direcciones conducen, pues, a un solo resultado —la caracterización de la revolución brasileña como una revolución democrático-burguesa— y descansan en dos premisas básicas: la primera consiste en

* Este trabajo es una versión revisada y ampliada del artículo publicado, bajo el mismo título, en *Cuadernos Americanos*, vol. CXLVI, n° 3, México, mayo-junio de 1966.

1. Véase, como expresión más acabada de esta tendencia, la obra de Celso Furtado: *A pré-revolução brasileira*, Río de Janeiro, 1962. También, del mismo autor: *Dialéctica del desarrollo*, México, 1965.

tomar al antagonismo nación-imperialismo como la contradicción principal del proceso brasileño; la segunda, en admitir un dualismo estructural en esa misma sociedad, que opondría el sector precapitalista al sector propiamente capitalista. Su implicación más importante es la idea de un frente único formado por las clases interesadas en el desarrollo, básicamente la burguesía y el proletariado, contra el imperialismo y el latifundio. Su aspecto más curioso es el de unir una noción antidialéctica, como la del dualismo estructural, a una noción paradialéctica, cual sería la de una revolución burguesa permanente, de lo que los acontecimientos políticos brasileños en los últimos 40 años no habrían sido más que episodios. En esa perspectiva, el régimen militar implantado en 1964 aparece simultáneamente como una consecuencia y una interrupción. Así es que, interpretada como un gobierno impuesto desde fuera por el imperialismo norteamericano, la dictadura militar es considerada también como una interrupción y aún como un retroceso en el proceso de desarrollo, lo que se expresa en la depresión a la que fue llevada la economía brasileña². El espinoso problema planteado por la adhesión de la burguesía a la dictadura es solucionado cuando se admite que, temerosa por la radicalización ocurrida en el movimiento de masas en los últimos días del gobierno Goulart, esa clase, del mismo modo que la pequeña burguesía, apoyó el golpe de Estado articulado por el imperialismo y la reacción interna, pasando luego a ser víctima de su propia política, en virtud de la orientación antidesarrollista y desnacionalizante adoptada por el gobierno militar.

A partir de tal interpretación, la izquierda brasileña (nos referimos a su sector mayoritario, representado por el movimiento nacionalista y el Partido Comunista) toma por consigna la « redemocratización », destinada a restablecer las condiciones necesarias a la participación política de las masas y acelerar el proceso de desarrollo. En último término, trátase de crear de nuevo la base necesaria al restablecimiento del frente único obrero-burgués, que marcó el gobierno Goulart, es decir el diálogo político y la comunidad de propósitos entre las dos clases. Y es como, basada en concepción de la revolución brasileña, esa izquierda no llega hoy a otro resultado sino señalar, como salida para la crisis actual, una vuelta al pasado.

El compromiso político de 1937

Sería difícil verificar la exactitud de esa concepción sin examinar de cerca

2. Según la Fundación Getulio Vargas, entidad semioficial, el producto nacional bruto del Brasil presentó las siguientes variaciones: 1956-1961, 7%; 1962, 5,4%; 1963, 1,6% y 1964, -3%. La tasa de crecimiento demográfico del país es, actualmente, de 3,05%. En 1965, el PNB presentó sensible recuperación, aumentando de un 5%, pero la producción industrial propiamente dicha disminuyó casi en la misma proporción. Finalmente, en 1966, las estimaciones de la CEPAL indican que el crecimiento del PNB brasileño fue inferior al 3%.

el capitalismo brasileño, la manera como se ha desarrollado y su naturaleza actual. Por lo general, los estudios están de acuerdo en aceptar la fecha de 1930 como el momento decisivo que marcó el tránsito de una economía semicolonial, basada en la exportación de un solo producto y caracterizada por su actividad eminentemente agrícola, a una economía diversificada, animada por un fuerte proceso de industrialización. En efecto, si el inicio de la industrialización data de más de cien años y estuvo inclusive en la raíz del proceso político revolucionario que, victorioso en 1930, permitió su aceleración, y si la actividad fabril gana impulso en la década de 1920, no es posible negar que a partir de la revolución de 1930 la industrialización se afirma en el país y emprende el cambio global de la vieja sociedad³.

La crisis mundial de 1929 obró mucho en este sentido. Imposibilitado de colocar en el mercado internacional su producción y sufriendo el efecto de una demanda de bienes manufacturados que ya no podía satisfacer con importaciones, el país acelera la substitución de importaciones de bienes manufacturados, desarrollando un proceso que parte de la industria liviana y llega, hacia los años 1940, a la industria de base. Es la crisis de la economía cafetera y la presión de la nueva clase industrial para participar del poder lo que engendra, primariamente, el movimiento revolucionario de 1930, que obliga a la vieja oligarquía terrateniente a abrir la mano de su monopolio político e instala en el poder al equipo revolucionario encabezado por Getulio Vargas.

Durante algunos años, las fuerzas políticas se mantendrán en un equilibrio inestable, mientras intentan nuevas composiciones. La embestida fracasada de la oligarquía, en 1932, refuerza la posición de la pequeña burguesía, cuya ala radical, unida al proletariado, desea profundizar el cambio revolucionario, reclamando sobre todo una reforma agraria. La insurrección izquierdista de 1935 se concluye empero con la derrota de esa tendencia, lo que permite a la burguesía consolidar su posición. Aliándose a la oligarquía y al sector derechista de la pequeña burguesía (el cual será aplastado el año siguiente), la burguesía apoya, en 1937, la implantación de un régimen dictatorial, bajo el liderazgo de Vargas.

El « Estado Nôvo » de 1937, siendo un régimen bonapartista, está lejos de representar una opresión abierta de clase. Al contrario, a través de una legislación social avanzada, que se complementa con una organización sindical de tipo corporativo y un fuerte aparato policial y de propaganda, trata de encuadrar a las masas obreras. Paralelamente, instituyendo el concurso obligatorio para los cargos públicos de bajo y medio nivel, concede a la pequeña burguesía (única clase verdaderamente letrada) el monopolio de los mismos y le da, por tanto, una perspectiva de estabilidad económica.

3. La producción industrial, que no participaba en 1930 sino con la décima parte en la formación de la renta nacional, lo hizo con más de la mitad en 1950.

La base objetiva del compromiso de 1937

La cuestión fundamental está en comprender por qué la revolución de 1930 condujo a ese equilibrio político, y más exactamente por qué tal equilibrio se basó en un compromiso entre la burguesía y la antigua oligarquía terrateniente y mercantil. La izquierda brasileña, haciéndose eco de un Virginio Santa Rosa (intérprete de la pequeña burguesía radical en los años 30), tiende hoy a atribuir ese hecho a la ausencia de conciencia de clase, por parte de la burguesía, explicable por la circunstancia de haberse realizado la industrialización a costa de capitales originados de la agricultura, que no encontraban ya allí un campo de inversión. Indice, en nuestro entender, de un doble error.

Primero, el desplazamiento de capitales de la agricultura hacia la industria tiene muy poco que ver, en sí mismo, con la conciencia de clase. No son los capitales los que tienen tal conciencia, sino los hombres que los manejan. Y nada indica (al contrario, estudios recientes, como el que realiza la Escuela de Administración de Empresas de Sao Paulo, dicen lo inverso) que los latifundistas háyanse convertido ellos mismos en empresarios industriales. Lo que parece haber pasado ha sido un drenaje de los capitales de la agricultura hacia la industria mediante el sistema bancario, lo que, de paso, explica mucho del comportamiento político indefinido y aún doble de la banca brasileña.

El segundo error es el de creer que la burguesía industrial no ha luchado por imponer su política, siempre que sus intereses no coincidían con los de la oligarquía latifundista-mercantil. Toda la historia político-administrativa del país en los últimos cuarenta años ha sido, justamente, la historia de esa lucha, en el terreno del crédito, de los tributos, de la política cambiaria. Si el conflicto no fue ostensible, si no estalló en insurrecciones y guerras civiles, es precisamente porque se desarrolló en el marco de un compromiso político, el de 1937. Los momentos en que ese compromiso ha sido puesto en jaque fueron aquellos en que la vida política del país se convulsionó: 1954, 1961, 1964.

Ahora bien, el compromiso de 1937 expresa de hecho una complementación entre los intereses económicos de la burguesía y de las antiguas clases dominantes; es en este marco en el que el drenaje de capitales tiene sentido, aunque no se pueda confundir tal drenaje con la complementación misma. Y es por haber reconocido la existencia de ésta y actuado en consecuencia por lo que se puede hablar de falta de conciencia de clase, por parte de la burguesía brasileña.

Uno de los elementos indicativos de esa complementación es, en efecto, el drenaje de capitales hacia la industria, por el cual la burguesía tuvo acceso a un excedente económico que no necesitaba expropiar, puesto que se le ponía espontáneamente a su disposición. No es, sin embargo, el único: mantener el precio externo del café, mientras se devaluaba internamente la moneda, interesaba a los dos sectores —a la oligarquía porque preservaba el nivel de sus ingresos, a la burguesía porque funcionaba como una

tarifa proteccionista. La demanda industrial interna era, por otra parte, sostenida exactamente por la oligarquía, necesitada de los bienes de consumo que ya no podía importar, y en condición de adquirirlos solamente en la medida en que se le garantizaba el nivel de sus ingresos.

Este será, sin duda, el punto esencial para comprender la complementariedad objetiva en que se basaba el compromiso de 1937. Se trata de ver que, sosteniendo la capacidad productiva del sistema agrario (mediante la compra y el almacenamiento o la quema de los productos inexportables), el Estado garantizaba a la burguesía un mercado inmediato, el único en realidad de que podía disponer en la coyuntura mundial de crisis. Por sus características rezagadas, el sistema agrario mantenía, por otra parte, su capacidad productiva a un nivel inferior a las necesidades de empleo de las masas rurales, forzando un desplazamiento constante de la mano de obra hacia las ciudades. Esta mano de obra migratoria no iba, tan sólo, a engrosar la clase obrera empleada en las actividades manufactureras, sino que crearía un excedente permanente de trabajo, es decir, un ejército industrial de reserva, que permitió a la burguesía rebajar los salarios e impulsar la acumulación de capital exigida por la industrialización. En consecuencia, una reforma agraria no habría hecho más que trastornar ese mecanismo, siendo inclusive susceptible de provocar el colapso de todo el sistema agrario, lo que hubiera liquidado el mercado para la producción industrial y engendrado el desempleo masivo en el campo y en la ciudad, deflagrando, pues, una crisis global en la economía brasileña.

Es por lo que no cabe hablar de una dualidad estructural de esa economía, tal como se suele entenderse, es decir, como una oposición entre dos sistemas económicos independientes y aún hostiles, sin que la cuestión quede seriamente confundida⁴. Al contrario, el punto fundamental está en reconocer que la agricultura de exportación fue la base misma sobre la cual se desarrolló el capitalismo industrial brasileño. Más que esto, y desde un punto de vista global, la industrialización fue la salida encontrada por el capitalismo brasileño, en el momento en que la crisis mundial, iniciada con la guerra de 1914, agravada por el crack de 1929 y llevada a su paroxismo con la guerra de 1939, trastornaba el mecanismo de los mercados internacionales.

Este razonamiento lleva también a desechar la tesis de una revolución permanente de la burguesía, puesto que se tiene que enmarcar su revolución en el periodo 1930-1937. El « Estado Nôvo » no sólo significa la consolidación de la burguesía en el poder : representa, también, la renuncia de esa clase a cualquier iniciativa revolucionaria, su alianza con las viejas clases dominantes en contra de las alas radicales de la pequeña burguesía, así como de las masas proletarias y campesinas, y el encauzamiento del

4. La refutación más radical de la tesis del dualismo estructural, la hizo André Gunther Frank, en su *Capitalism and underdevelopment in Latin America*, New York, 1967. Véase nº 4, septiembre de 1966, Bogotá. NDLR. Véase también el artículo de A. G. Frank publicado en el número 15 de *Cuadernos de Ruedo Ibérico*.

desarrollo capitalista nacional por la vía trazada por los intereses de la coalición dominante que él expresa.

La ruptura de la complementaridad

Alimentada con el excedente económico creado por la explotación de los campesinos y obreros, y teniendo a la estructura agraria como elemento regulador de la producción industrial y del mercado de trabajo, la industria nacional que se desarrolla entre los años 1930-1950 depende del mantenimiento de esa estructura, aunque se enfrente constantemente al latifundismo y al capital comercial en lo que atañe a la apropiación de las ganancias creadas por el sistema. Sin embargo, y en la medida que se procesa el desarrollo económico, el polo industrial de esa relación tiende a autonomizarse y entra en conflicto con el polo agrario. Es posible identificar tres factores, a raíz de ese antagonismo.

El primero se refiere a la crisis general de la economía de exportación, en Brasil, como un resultado de las nuevas tendencias que rigen en el mercado mundial de materias primas. Aplazada por la guerra de 1939 y por el conflicto coreano, esa crisis se volverá ostensible a partir de 1953. La incapacidad del principal mercado comprador de los productos brasileños —el norteamericano— para absorber las exportaciones tradicionales del país, la competencia de los países africanos y de los propios países industrializados, y la formación de zonas preferenciales, como el Mercado Común Europeo, la hacen irreversible.

Esa situación determinaba ya que la complementaridad, hasta entonces existente, entre la industria y la agricultura se viera puesta en cuestión. Amén de la acumulación de existencias invendibles que, debiendo ser financiadas por el gobierno, representaban una inmovilización de recursos retirados a la actividad industrial, la agricultura ya no ofrece a la industria el monto de divisas que ésta necesita, en escala creciente, para importar combustibles, material primas, equipos y bienes intermedios, sea para mantener en actividad el parque manufacturero existente, sea, principalmente, para propiciar la implantación de una industria pesada. Así es como a pesar de que las exportaciones mundiales aumentan, entre 1951 y 1960, en un 55 %, creciendo a la tasa media geométrica anual del 5,03 %, las exportaciones brasileñas disminuyen, en el mismo periodo, en un 38 %, bajando a la tasa media geométrica anual de 3,7 %⁵. Mientras tanto, las importaciones de materias primas, combustibles, bienes intermedios, equipos para atender a la depreciación y trigo representan el 70 % del total de las importaciones, lo que vuelve extremadamente rígida esa cuenta de la balanza comercial, ya que «cerca del 70 % del total de la importación está constituido por productos imprescindibles a la manu-

5. Datos proporcionados por la revista de la Confederación Nacional de la Industria del Brasil, *Desenvolvimiento & Conjuntura*, Río, marzo de 1965, p. 111.

tención de la producción interna corriente y a la satisfacción de las necesidades básicas de la población »⁶.

Un segundo factor que estimula el antagonismo entre la industria y la agricultura resulta de la incapacidad de ésta para abastecer a los mercados urbanos del país, en franca expansión. Las carencias surgidas en el suministro de materias primas y géneros alimenticios a las ciudades provocan el alza de precios de unas y de otros. Consecuencia del carácter rezagado de la agricultura —que resulta a su vez de la concentración de la propiedad de la tierra— este hecho es puesto en evidencia por su repercusión en el nivel de vida de la clase obrera. La presión sindical en pro de mejoras salariales colmará esa tendencia, gravando pesadamente el costo de producción industrial y conduciendo a la larga a la depresión económica.

Un último factor que puede ser aislado, para fines del análisis, es la modernización tecnológica que acompañó al proceso de industrialización, principalmente después de la guerra de 1939. Reduciendo la participación del trabajo humano en la actividad manufacturera, en términos relativos, ello condujo a que se verificara un fuerte margen entre los excedentes de mano de obra, liberados de la agricultura, y las posibilidades de empleo creadas por la industria⁷. El problema no hubiera sido tan grave si la mano de obra excedente estuviera en condiciones de competir con la mano de obra empleada, pues la existencia de un mayor ejército industrial de reserva neutralizaría la presión sindical pro aumento de salarios, contrarrestando el efecto del alza de los precios agrícolas internos. Tal no se dio, ya que esa mano de obra no se puede emplear sino en ciertas actividades que exigen poca calificación del trabajo (la construcción civil, por ejemplo), aumentando su incapacidad profesional al mismo ritmo que avanza la modernización tecnológica. En consecuencia, los sectores clave de la economía, como la metalurgia, la industria mecánica, la industria química, no pudieron beneficiarse de un aumento real de la oferta de trabajo, en proporción de la migración interna de mano de obra.

En esas condiciones, las migraciones rurales representaron cada vez más un empeoramiento de los problemas sociales urbanos. Esos problemas se juntaron a los que surgían en el campo, donde cundía la lucha por la posesión de la tierra y se generaban movimientos como el de las Ligas Campesinas. Sin llegar jamás a determinar el sentido de la evolución de

6. Ministerio del Planeamiento y Coordinación Económica del Brasil: **Programa de Aço Económica do Governo 1964-1966** (síntesis), noviembre de 1964, p. 120-121. A continuación, el documento señala explícitamente: « Si el país no lograr invertir en un futuro próximo la tendencia desfavorable de la capacidad para importar de los últimos años, será tal vez necesario racionar las importaciones más allá del mencionado margen de 30 %, con lo que se comprometería no solamente la tasa de desarrollo económico, sino también la de la producción corriente ».

7. Entre 1950 y 1960, mientras la población urbana creció a casi un 6 % anual y la producción manufacturera al 9 %, el empleo en la industria no presentó un incremento anual mayor de 2,8 %. Véase Celso Furtado: **Dialéctica del desarrollo**, p. 18-19.

la sociedad brasileña, el movimiento campesino, con sus conflictos sangrientos y sus consignas radicales, acabó por convertirse en el telón de fondo donde se proyectó la radicalización de la lucha de clases en las ciudades.

La ruptura de la complementariedad entre la industria y la agricultura, conduciendo al planteamiento de la necesidad de una reforma agraria, determinó, por parte de la burguesía, el deseo de revisión del compromiso de 1937, revisión intentada con el segundo gobierno Vargas (1951-1954), y con los gobiernos Quadros (1961) y Goulart (1963-1964). En realidad, lo que pasaba era que el desarrollo del capitalismo industrial brasileño chocaba con el límite que le imponía la estructura agraria. Al estrellarse contra el otro límite, representado por sus relaciones con el imperialismo, todo el sistema entraría en crisis, la cual no revelaría apenas su verdadera naturaleza, sino que lo impulsaría hacia una nueva etapa de su desenvolvimiento.

La embestida imperialista

En el periodo clave de su desarrollo, es decir entre 1930 y 1950, la industria brasileña se benefició de la crisis mundial del capitalismo, no solamente en virtud de la imposibilidad en que se encontró la economía nacional para satisfacer con importaciones la demanda interna de bienes manufacturados: se benefició, también, porque la crisis le permitió adquirir a bajo precio los equipos necesarios a su implantación y, principalmente, porque ella alivió considerablemente la presión de los capitales extranjeros sobre el campo de inversión representado por el Brasil. Esta situación es común para el conjunto de los países latinoamericanos. Las inversiones directas norteamericanas en América latina, que habían sido del orden de los 3 462 millones de dólares en 1929, bajaron a 2 705 millones en 1940; en 1946, todavía, el monto de esas inversiones es inferior al de 1929, mas, en 1950, alcanza ya un nivel superior, sumando 4 445 millones, para llegar, en 1952, a los 5 443 millones de dólares.

Este cambio de tendencia no se limita al monto de las inversiones, sino que afecta también su estructura. Así, mientras en 1929 solamente 231 millones (menos del 10 % del total) eran invertidos en la industria manufacturera, este sector atraía, en 1950, el 17,5 % (780 millones) y el 21,4 % en 1952 (1 166 millones de dólares). Si tomamos la relación entre la incidencia de las inversiones en el sector agrícola y en la minería, petróleo y manufactura, veremos que la distribución proporcional de 10 % y 45 %, respectivamente, que existía en 1929, pasa a ser, en 1952, de 10 % y de 60 % del total.

En la historia de las relaciones con el imperialismo norteamericano, los primeros años de la década de 1950 constituyen, pues, un **tournant**. Así también para el Brasil. Es cuando la crisis del sistema tradicional de exportación salta a la vista, como señalamos anteriormente. Pero, sobre todo, es cuando se intensifica la penetración directa del capital imperialista

en el sector manufacturero nacional, de tal manera que las inversiones norteamericanas, que habían sido allí de 46 millones de dólares en 1929, de 70 millones en 1940 y de 126 millones en 1946, llegan en 1950 a 284 millones y, en 1952, a 513 millones de dólares, mientras el monto global de esas inversiones, en todos los sectores, pasa de 194 millones en 1929 a 240 en 1940, a 323 millones en 1946, 644 millones en 1950 y 1 013 millones de dólares en 1952⁸.

Esa embestida de los capitales privados de los Estados Unidos es acompañada de un cambio en las relaciones entre el gobierno de ese país y el Brasil. Durante el periodo de la guerra, el gobierno brasileño logrará obtener la ayuda financiera pública norteamericana para proyectos industriales de importancia, como la planta siderúrgica de Volta Redonda, que ha permitido la afirmación efectiva de una industria básica en el país. En la postguerra, una misión norteamericana visita el Brasil, para realizar un levantamiento de sus posibilidades económicas e industriales, publicando su informe en 1949, mientras el gobierno brasileño elabora el Plan SALTE (salud, alimentación, transporte y energía), para el periodo 1949-1954. En 1950, todavía, es creada la Comisión mixta Brasil-Estados Unidos, siendo aprobado por los dos gobiernos un esquema de financiamiento público norteamericano del orden de 500 millones de dólares, para los proyectos destinados a superar los puntos de estrangulamiento en los sectores infraestructurales y de base.

La ejecución de ese esquema de financiamiento es obstaculizada, empero, por el gobierno norteamericano, quien (al suceder —1952— en la presidencia el republicano Eisenhower al demócrata Truman) acaba por negarse a reconocer la obligatoriedad del convenio de ayuda. La táctica era clara: tratábase de imposibilitar a la burguesía brasileña el acceso a recursos que le permitiesen superar con relativa autonomía los puntos de estrangulamiento surgidos en el proceso de industrialización, forzándola a aceptar la participación directa de los capitales privados norteamericanos —los cuales realizaban, como señalamos, una embestida sobre el Brasil. Esa táctica será adoptada, en adelante, de manera sistemática por los Estados Unidos, estando en la raíz del conflicto entre el gobierno Kubitschek y el Fondo Monetario Internacional, que estalla hacia 1958, y de la ulterior oposición entre los gobiernos de Quadros y Goulart y la administración norteamericana.

El mito del desarrollo autónomo

La burguesía brasileña intentará reaccionar contra la presión de los Estados Unidos en tres ocasiones distintas. La primera, en 1953-1954, con el brusco cambio de orientación que se opera en el gobierno de Vargas (quien, despuesto en 1945, regresará al poder como candidato vitorioso de

8. Los datos sobre las inversiones norteamericanas en Latinoamérica y en el Brasil fueron suministrados por el Departamento de Comercio de los Estados Unidos, en su publicación *U.S. Investments in the Latin American Economy*, 1957.

oposición, en 1951). Buscando reforzarse en el plan externo con una aproximación a la Argentina de Perón, Vargas altera su política interna, lanzando un programa desarrollista y nacionalista, que se expresa en el resucitamiento del Plan SALTE (que había quedado inaplicado y vuelve a la escena bajo el nombre de Plan Lafer), en la ley del monopolio estatal del petróleo y el encaminamiento al Congreso de un proyecto que instituía régimen idéntico para la energía eléctrica, en la creación del Fondo Nacional de Electrificación y la elaboración de un programa federal de construcción de carreteras. Una primera reglamentación de la exportación de utilidades del capital extranjero es elaborada, al mismo tiempo que se anuncia una reglamentación más rigurosa, y en que el gobierno envía al Congreso una ley tasando los beneficios extraordinarios. Paralelamente, en pláticas palaciegas, se ventila la intención gubernamental de atacar el problema del latifundio, proponiendo una reforma agraria basada en expropiaciones y el reparto de tierras. Para sostener su política, Vargas decide movilizar al proletariado urbano: el ministro del Trabajo, Joao Goulart, concede un aumento de 100% sobre los niveles del salario mínimo y llama las organizaciones obreras a respaldar el gobierno.

La tentativa fracasa. Presionado por la derecha, hostilizado por el Partido Comunista y acosado por el imperialismo (principalmente gracias a maniobras bajistas sobre el precio del café, que desencadenan una crisis cambiaria), el exdictador acepta la dimisión de Goulart y, mediante varias concesiones, busca un arreglo con la derecha. Pero la lucha iba ya muy adelantada y el abandono de la política de movilización obrera, expresada por la sustitución de Goulart, sirve tan sólo para entregarlo indefenso a sus enemigos. El 24 de agosto de 1954, virtualmente depuesto, Vargas se suicida, de un tiro en el corazón.

La instrucción 113 de la Superintendencia de la Moneda y del Crédito (actual Banco Central), expedida por el gobierno interino de Café Filho y mantenida por Juscelino Kubitschek (quien asume la presidencia de la república en 1956), consagra la victoria del imperialismo. Creando facilidades excepcionales para el ingreso de los capitales extranjeros, ese instrumento jurídico corresponde a un compromiso entre la burguesía brasileña y los grupos económicos norteamericanos. El flujo de inversiones privadas procedentes de los Estados Unidos alcanzó en menos de 5 años cerca de 2,5 mil millones de dólares, impulsando el proceso de industrialización y aflojando la presión que el deterioro de las exportaciones tradicionales ejercía sobre la capacidad para importar. Observemos que esa penetración de capital imperialista presentó tres características principales: se dirigió, en su casi totalidad, a la industria manufacturera y de base; se procesó bajo la forma de introducción en el país de máquinas y equipos ya obsoletos en los Estados Unidos; y se realizó en gran parte a través de la asociación de compañías norteamericanas a empresas brasileñas.

Hacia 1960, el deterioro constante de las relaciones de intercambio comercial y la tendencia de inversiones extranjeras a declinar, agravados por los movimientos reivindicativos de la clase obrera (en virtud, principal-

mente, de la ya señalada alza de los precios agrícolas internos), agudizan nuevamente las tensiones entre la burguesía brasileña y los monopolios norteamericanos. Janio Quadros, quien sucede a Kúbitschek en 1961, intentará evitar la crisis que se acerca. Expresando los intereses de la gran burguesía de Sao Paulo, Quadros practica una política económica de contención de los niveles salariales y de liberalismo, cuyo objetivo es crear de nuevos atractivos a las inversiones, inclusive las extranjeras, al mismo tiempo que plantea la necesidad de reformas de base, sobre todo en el campo. A ello agrega una orientación independiente en la política exterior, que se destina a ampliar el mercado brasileño para las exportaciones tradicionales, diversificar sus fuentes de abastecimiento en materias primas, equipos y créditos, y posibilitar la exportación de productos manufacturados para Africa y Latinoamérica. Basado en el poder de discusión que le daba esa diplomacia, y en una alianza con la Argentina de Frondizi (alianza concretada en el acuerdo de Uruguayana, firmado en abril de 1961), Quadros buscará, también, sin éxito, imponer condiciones en la conferencia de agosto de Punta del Este, en que se consagra el programa de la Alianza para el Progreso y que representa una revisión de la política interamericana.

Como Vargas, Quadros fracasa. La reacción de la derecha, la presión imperialista, la insubordinación militar lo llevan al gesto dramático de la renuncia. Goulart, que le sucede, después que se frustra una maniobra para —pre-nunciando lo que pasaría en 1964— someter el país a la tutela militar, dedicará todo el año de 1962 a restablecer la integridad de sus poderes, que la implantación del parlamentarismo, en 1961, limitara. Para ello, revive en la política nacional el frente único obrero-burgués, de inspiración varguista, respaldado ahora por el Partido Comunista.

Aunque los intentos para restablecer la alianza con la Argentina no produzcan resultados, ni los de substituir esa alianza por la aproximación a México y Chile, la política externa brasileña no sufre, con Goulart, cambios sensibles. Internamente, se agudiza la oposición entre la burguesía, sobre todo sus estratos inferiores, y el imperialismo, llevando a la concreción del monopolio estatal de la energía eléctrica, que Vargas planteara en 1953, y a la reglamentación de la exportación de utilidades de las empresas extranjeras. Sin embargo, en 1963, tras el plebiscito popular que restaura el presidencialismo, el gobierno tendrá que enfrentarse a una disyuntiva insuperable: obtener el respaldo obrero para la política externa y las reformas de base, de interés para la burguesía, y contener, al mismo tiempo, por exigencia de la burguesía, las reivindicaciones salariales. La imposibilidad de solucionar ese problema conduce el gobierno al inmovilismo, el cual acelera la crisis económica, agudiza la lucha de clases y abre, finalmente, las puertas a la intervención militar.

Imperialismo y burguesía nacional

Este examen superficial de las luchas políticas brasileñas en los últimos quince años parece dar razón a la concepción generalmente adoptada por

la corriente mayoritaria de izquierda, relativa a una burguesía desarrollista, antimperialista y antifeudal. La primera cuestión está, sin embargo, en saber lo que se entiende por burguesía nacional. Las vacilaciones de la política interna y, sobre todo, la conciliación con el imperialismo que puso en práctica en el periodo Kubitschek, llevaron a que se hablara de sectores de la burguesía comprometidos con el imperialismo, en oposición a la burguesía propiamente nacional. Para muchos, esta última se identificaría con la burguesía mediana y pequeña, siendo calificados dichos sectores comprometidos como burguesía monopolista, o gran burguesía.

La distinción tiene su razón de ser. Se puede en efecto considerar que las nacionalizaciones, las reformas de base, la política externa independiente han representado para la gran burguesía, es decir para sus sectores económicamente más fuertes, más un instrumento de chantaje, destinado a aumentar su poder de discusión frente al imperialismo, que una estrategia para lograr un desarrollo propiamente autónomo del capitalismo nacional. Inversamente, para la media y la pequeña burguesías (que predominan, sectorialmente, en la industria textil y la industria de refacciones automovilísticas, por ejemplo, y regionalmente en Río Grande del Sur), se trataba efectivamente de limitar, y aun excluir, la participación del imperialismo en la economía brasileña. A esos estratos burgueses más débiles, habría que agregar ciertos grupos industriales de gran dimensión, pero todavía en fase de implantación, favorables por tanto a una política proteccionista, como es el caso de la joven siderurgia de Minas Gerais, en la que se verifica, sin embargo, fuerte incidencia de capitales alemanes y japoneses.

La razón para esa diferencia de actitud entre la gran burguesía y sus estratos inferiores es evidente. Frente a la penetración de los capitales norteamericanos, la primera tenía una opción —la de asociarse a esos capitales— que, más que una opción, era una conveniencia. Es normal que el capital extranjero, ingresando al país principalmente bajo la forma de equipos y técnicas, buscara asociarse a grandes unidades de producción, capaces de absorber una tecnología que, por el hecho de estar obsoleta en los Estados Unidos, no dejaba de ser avanzada para el Brasil. Aceptando esa asociación, y beneficiándose de las fuentes de crédito y de la nueva tecnología que ella acarrea, las grandes empresas nacionales aumentan su plusvalía relativa y su capacidad competitiva en el mercado interno. En estas condiciones, la penetración de capitales norteamericanos significa la absorción y la quiebra de las unidades más débiles, traducándose en una acelerada concentración de capital, que engendra estructuras de carácter cada vez más monopolístico.

Es lo que explica que hayan sido los estratos inferiores de la burguesía y los grandes grupos (no necesariamente nacionales), todavía incapaces de sostener la competencia con los capitales norteamericanos, los que movieron la verdadera oposición a la política económica liberal de Quadros, que beneficiaba a los monopolios nacionales y extranjeros, y los que impulsaron, en el periodo Goulart, la adopción de medidas restrictivas a

Las inversiones externas, tales como la reglamentación de la exportación de utilidades —mientras la gran burguesía de Sao Paulo tendía hacia actitudes mucho más moderadas. Nada de ello impidió que la intensificación de las inversiones norteamericanas, en los años 1950, aumentase desproporcionadamente el peso del sector extranjero en la economía y en la vida política del Brasil. Además de acelerar la transferencia del comando de sectores básicos de producción a grupos norteamericanos y subordinar definitivamente el proceso tecnológico brasileño a los Estados Unidos, eso agrandó la influencia de los monopolios extranjeros en la elaboración de las decisiones políticas y atenuó la ruptura que se había producido entre la agricultura y la industria⁹.

La lucha de clases

Sin embargo, como los hechos demostraron, lo que estaba en juego, para todos los sectores de la burguesía, no era específicamente el desarrollo, ni el imperialismo, sino la tasa de beneficios. En el momento en que los movimientos de masa, pro elevación de los salarios, se acentuaron, la burguesía olvidó sus diferencias internas para hacer frente a la única cuestión que la preocupa de hecho —la reducción de sus ganancias. Eso fue tanto más verdadero cuanto no solamente el alza de los precios agrícolas, que había aparecido a los ojos de la burguesía como un elemento determinante en las reivindicaciones obreras, pasó a segundo plano, en virtud de la autonomía que ganaron tales reivindicaciones, sino también porque el carácter político que éstas asumieron puso en peligro la propia estructura de dominación vigente en el país. A partir del punto en que reivindicaciones populares más amplias se unieron a las demandas obreras, la burguesía —con los ojos puestos en la revolución cubana —abandonó totalmente la idea del frente único de clases y se volcó masivamente en las huestes de la reacción.

Esas reivindicaciones populares amplias, que mencionamos, resultaban en gran parte del dinamismo que ganara el movimiento campesino, mas se explicaban sobre todo por el agravamiento de los problemas de empleo de la población urbana, que acarrearía la modernización tecnológica. Esa modernización, de origen extranjero y exigiendo de la mano de obra una calificación que ésta no tenía, acabó por crear una situación paradójica: mientras aumentaba el desempleo de la mano de obra en general, el mercado de trabajo de la mano de obra calificada se agotaba, constituyéndose en un punto de estrangulamiento, que postulaba todo un programa de formación profesional, es decir tiempo y recursos, para ser superado. La fuerza adquirida por los sindicatos de esos sectores (meta-

9. Principalmente porque las empresas y accionistas extranjeros dependen de las divisas producidas por la exportación para remitir sus ganancias al exterior. Para una ampliación de este punto, véase mi artículo « Contradicciones y conflictos en el Brasil contemporáneo », *Foro Internacional*, México, vol. V, n° 4, abril-junio de 1965.

lurgia, petróleo, industrias mecánicas y químicas) compensó la desventaja que el desempleo creaba para los demás (construcción civil, industria textil), impulsando hacia el alza el conjunto de los salarios.

La solución inmediata al problema, por parte de la burguesía, implicaba la contención coercitiva de los movimientos reivindicatorios y una nueva ola de modernización tecnológica que, aumentando la productividad del trabajo, permitiese reducir la participación de la mano de obra en la producción y por tanto aflojar la presión que la oferta de empleos ejercía sobre el mercado de trabajo calificado. Para la contención salarial, la burguesía necesitaba crear condiciones que no derivaban, evidentemente, del frente obrero-burgués, que el gobierno y el Partido Comunista insistían en proponerle. Para renovar su tecnología, no podía contar con las parcas divisas suplidas por la exportación y, ahora, ni siquiera con el recurso a las inversiones extranjeras.

En efecto, desde 1961, se hace cada vez más sensible la resistencia de los sindicatos a la erosión inflacionaria de los salarios, y se verifica inclusive, por parte de éstos, una ligera tendencia a la recuperación, al mismo tiempo que se acelera, por mediación del mecanismo de los precios, y en virtud de la rigidez de la oferta agrícola, la transferencia de recursos de la industria hacia la agricultura. Los intentos de la burguesía para imponer una estabilización monetaria (1961 y 1963) fracasan. Sus tentativas para accionar en beneficio propio el proceso inflacionario, a través de alzas sucesivas de los precios industriales, apenas ponen ese proceso al galope, en virtud de las respuestas inmediatas que le dan el sector comercial agrícola y las clases asalariadas¹⁰. La elevación consecuente de los costos de producción provoca bajas sucesivas en la tasa de ganancias: las inversiones declinan, no solamente las nacionales, sino también las extranjeras.

Con la recesión de las inversiones extranjeras, cerrábase la puerta para las soluciones de compromiso que la burguesía había aplicado desde 1955, al fracasar su primera tentativa para promover el desarrollo capitalista autónomo del país. La situación que debía enfrentar ahora era aún más grave, puesto que, con el desenvolvimiento de la crisis de la balanza de pagos, el punto de estrangulamiento cambiario se agudizaba, y esto en el momento en que, terminado el plazo de maduración de las inversiones realizadas en la segunda mitad de los 50, los capitales extranjeros presionaban fuertemente para exportar sus utilidades. Así pues la crisis cambiaria se traducía en el deterioro de la capacidad para importar, el cual no solamente no podía ser sorteado mediante el recurso a los capitales extranjeros, sino que era agravado por la acción misma de esos capitales. La consecuencia de la presión de esas tenazas sobre la economía nacional era, por la primera vez desde los años 30, una verdadera crisis industrial.

En realidad, lo que se encontraba puesto en jaque era todo el sistema

10. Según indica el Ministerio del Planeamiento del Brasil, en la obra citada, la tasa de inflación se aceleró en 1959, pasando del promedio anual de 20 % que presentara entre 1951-1958 a 52 %. Después de atenuarse en 1960, aumentó progresivamente hasta alcanzar el 81 % en 1963.

capitalista brasileño. La burguesía —grande, mediana, pequeña— lo comprendió y, olvidando sus pretensiones autárquicas, así como la pretensión de mejorar su participación frente al socio mayor norteamericano, preocupóse únicamente con salvar el propio sistema. Y fue como llegó al régimen militar, implantado en 1 de abril de 1964.

La integración imperialista

La dictadura militar aparece así como la consecuencia inevitable del desarrollo capitalista brasileño y como un intento desesperado para abrirle nuevas perspectivas de desenvolvimiento. Su aspecto más evidente ha sido la contención por la fuerza del movimiento reivindicativo de las masas. Interviniendo en los sindicatos y demás órganos de clase, disolviendo las agrupaciones políticas de izquierda y acallando su prensa, encarcelando y asesinando líderes obreros y campesinos, promulgando una ley de huelga que obstaculiza el ejercicio de ese derecho laboral, la dictadura logró promover, por el terror, un nuevo equilibrio entre las fuerzas productivas. Se bajaron normas fijando límites a los reajustes salariales y reglamentando rígidamente las negociaciones colectivas entre sindicatos y empresarios, que acarrearón una reducción sensible en el valor real de los salarios¹¹.

Para efectuar esa política antipopular, fue necesario reforzar la coalición de las clases dominantes. Desde este punto de vista, la dictadura correspondió a una ratificación del compromiso de 1937, entre la burguesía y la oligarquía latifundista-mercantil. Esto quedó claro al renunciar la burguesía a una reforma agraria efectiva, que hiriese el régimen actual de la propiedad de la tierra. La reforma agraria aprobada por el gobierno militar se ha limitado al intento de crear mejores condiciones para el desarrollo agrícola, mediante la concentración de las inversiones y la formación de fondos para la asistencia técnica, dejando las expropiaciones para los casos críticos de conflicto por la posesión de la tierra. Trátase, en suma, de intensificar en el campo el proceso de capitalización, lo que, además de exigir un plazo largo, no pudo realizarse en larga escala, en virtud de la recesión global de las inversiones.

Es necesario empero tener en vista que no fue la necesidad de respaldo político del latifundio la única causa de esta situación. La contención salarial resta, por un lado, el carácter agudo que tenía para la burguesía la alza de los precios agrícolas, puesto que éstos ya no pueden repercutir normalmente sobre el costo de la producción industrial. Por otra parte, la dictadura militar pasó a ejercer una estrecha vigilancia sobre el comportamiento de los precios agrícolas, manteniéndolos coercitivamente en un nivel tolerable para la industria. Finalmente, la razón determinante para el restable-

11. Tomando como base el índice oficial del costo de la vida, el Departamento Intersindical de Estadísticas y Estudios Socioeconómicos (DIEESE), de Sao Paulo, demostró que, en los dos primeros años del régimen militar, y frente a alzas del costo de la vida de 86 % y 45,5 % respectivamente, los salarios aumentaron sólo en 83 % en 1964 y 40 % en 1965. En este último año, la reducción del poder adquisitivo real del salario obrero fue del orden del 15,3 %.

cimiento integral de la alianza de 1937 es el desinterés relativo de la gran burguesía en cuanto a una dinamización efectiva del mercado interno brasileño. Volveremos luego a este punto.

Otro aspecto de la actuación desenvuelta por la dictadura militar consistió en la creación de estímulos y atractivos a las inversiones extranjeras, principalmente de los Estados Unidos. Mediante la revocación de limitaciones a la acción del capital extranjero, como las que se establecían en la ley de exportación de utilidades, la concesión de privilegios a ciertos grupos, como pasó con la Hanna Corporation, la firma de un acuerdo de garantías a las inversiones norteamericanas, se trató de atraer al país esos capitales. Simultáneamente, conteniendo el crédito a la producción (que lleva a las empresas a buscar el sostén del capital extranjero o ir a la quiebra, cuando no son compradas a bajo precio por los grupos internacionales); estimulando la llamada « democratización del capital » (lo que implica, en la fase de depresión, facilitar al único sector fuerte de la economía, el extranjero, el acceso a por lo menos parte del control de las empresas); creando fondos estatales o privados de financiamiento, basados en empréstitos externos; tributando fuertemente la hoja de salarios de las empresas (lo que las obliga a renovar su tecnología a fin de reducir la participación del trabajo y, pues, buscar la asociación con capitales extranjeros); el gobierno militar promueve la integración acelerada de la industria nacional a la norteamericana. El instrumento principal para alcanzar este objetivo fue el « plan de acción económica del gobierno », elaborado por Roberto Campos, exembajador en Wáshington y ministro del Plan del gobierno de Castelo Branco, para el periodo 1964-1966. Para atraer a los inversionistas extranjeros, sin embargo, el argumento principal que esgrimió el gobierno fue la baja de los costos de producción en el país, obtenida por la contención de las reivindicaciones de la clase obrera.

La política de integración al imperialismo tiene un doble efecto: aumentar la capacidad productiva de la industria, gracias al impulso que da a las inversiones y a la racionalización tecnológica; y, en virtud de esta última, acelerar el descompás existente entre el crecimiento industrial y la creación de empleos por la industria. No se trata, como vimos, apenas de reducir la oferta de empleos para los nuevos contingentes que llegan anualmente, en la proporción de un millón, al mercado de trabajo: implica también la reducción de la participación de la mano de obra ya en actividad, aumentando fuertemente la incidencia del desempleo.

La integración imperialista subraya, pues, la tendencia del capitalismo industrial brasileño a no crear mercados en la proporción de su desarrollo y, más aún, a restringir tales mercados, en términos relativos. Trátase de una agudización de la ley general de acumulación capitalista, es decir la absolutización de la tendencia al pauperismo, que lleva al estrangulamiento de la propia capacidad productiva del sistema, ya evidenciada por los altos índices de « capacidad ociosa » verificados en la industria brasileña aún en su fase de mayor expansión. La marcha de esa contradicción funda-

mental del capitalismo brasileño lo lleva a la más total irracionalidad, es decir expandir la producción, restringiendo cada vez más la posibilidad de crear para ella un mercado nacional, comprimiendo los niveles internos de consumo y aumentando constantemente el ejército industrial de reserva.

La emergencia del subimperialismo

Esta contradicción no es propia del capitalismo brasileño, sino que es común al capitalismo en general. En los países capitalistas centrales, sin embargo, su incidencia ha sido contrarrestada de dos maneras: por el ajuste de su proceso tecnológico a las condiciones propias de su mercado de trabajo¹² y por la incorporación de mercados externos (entre ellos, el mismo Brasil) a sus economías. La irracionalidad del desarrollo capitalista en Brasil deriva precisamente de la imposibilidad en que se encuentra para controlar su proceso tecnológico, ya que la tecnología es para él un producto de importación, estando su incorporación condicionada por factores aleatorios como la posición de la balanza comercial y los movimientos externos de capital; y de las circunstancias particulares que el país debe enfrentar para, repitiendo lo que hicieron los sistemas más antiguos, buscar en el exterior la solución para el problema del mercado.

Prácticamente, esto se traduce, en primer lugar, en el impulso de la economía brasileña hacia el exterior, en el afán de compensar con la conquista de mercados ya formados, principalmente en Latinoamérica, su incapacidad para ampliar el mercado interno¹³. Esta forma de imperialismo conduce, sin embargo, a un subimperialismo. En efecto, no es posible a la burguesía brasileña competir en mercados ya repartidos por los monopolios norteamericanos —y el fracaso de la política externa independiente, de Quadros y Goulart, lo demuestra. Por otra parte, esa burguesía depende para el desarrollo de su industria de una tecnología cuya elaboración es privativa de dichos monopolios. No le queda pues sino la alternativa de ofrecer a éstos una sociedad en el proceso mismo de producción en el Brasil, argumentando con las extraordinarias posibilidades de ganancias que la contención coercitiva del nivel salarial de la clase obrera contribuye a crear.

En el campo de la política exterior, el subimperialismo encontró su expresión ideológica en la doctrina de la « interdependencia continental » o de las « fronteras ideológicas », que sustituyó a partir de 1964 la orientación independiente que había asumido la diplomacia brasileña. Elaborada por el general Golberri do Couto e Silva, graduado por la Escuela norteameri-

12. Este tema, ampliamente desarrollado ya por Marx, recibe una exposición novedosa por parte de Celso Furtado, en la parte I de su *Dialéctica del desarrollo*.

13. Tomando 1962 como año base, los índices de exportación de productos manufacturados brasileños fueron de 102 en 1963, 152 en 1964, 317 en 1965 y 272 en 1966. Datos suministrados por *Desarrollo & Conjuntura*, Río, diciembre de 1966, p. 10. Se considera apenas, para el cálculo, el periodo enero-agosto.

cana de Fort Benning y jefe del Servicio Nacional de Informaciones (SNI), durante el gobierno de Castelo Branco, esa doctrina establece que, por razones geopolíticas, que lo vincularían estrechamente a los Estados Unidos, el Brasil « debe aceptar conscientemente la misión de asociarse a la política de los Estados Unidos en el Atlántico sur ». La contrapartida de esa « elección consciente » sería el reconocimiento norteamericano de que « el casi monopolio de dominio en aquella área debe de ser ejercido por el Brasil exclusivamente »¹⁴.

El capitalismo brasileño se ha orientado, así, hacia un desarrollo monstruoso, puesto que llega a la etapa imperialista antes de haber logrado el cambio global de la economía nacional (no completó siquiera su industrialización con la formación integral de una industria pesada) y en una situación de dependencia creciente frente al imperialismo internacional. La consecuencia más importante de este hecho es que, al revés de lo que pasa con las economías capitalistas centrales, el subimperialismo brasileño no puede convertir la expoliación, que pretende realizar en el exterior, en un factor de elevación del nivel de vida interno, capaz de amortiguar el ímpetu de la lucha de clases. Tiene, al contrario, por la necesidad que experimenta de proporcionar un sobrelucro a su socio mayor norteamericano, que agravar violentamente la explotación del trabajo en el marco de la economía nacional, en el esfuerzo para reducir sus costos de producción.

Trátase, en fin, de un sistema que ya no es capaz de atender a las aspiraciones de progreso material y de libertad política, que movilizan hoy a las masas brasileñas. Inversamente, tiende a subrayar sus aspectos más irracionales, encauzando cantidades crecientes del excedente económico hacia el sector improductivo de la industria bélica y aumentando, por la necesidad de absorber parte de la mano de obra desempleada, sus efectivos militares¹⁵. No crea, de esta manera, tan sólo las premisas para su expansión hacia el exterior: refuerza también internamente el militarismo, destinado a afianzar la dictadura abierta de clase que la burguesía se ha visto en la contingencia de implantar.

14. Golberi do Couto e Silva: **Aspectos geopolíticos do Brasil**, Río, 1957. Sobre la política exterior del régimen militar, véase mi artículo « Brazilian « interdependence » and imperialist integration », en *Monthly Review*, New York, diciembre de 1965.

15. La decisión de fabricar armas de diversos tipos, municiones y vehículos de guerra, inclusive aviones, fue manifestada públicamente por el industrial Vitorio Ferraz, presidente de la Comisión de Movilización Industrial de las Industrias del Estado de Sao Paulo. Esas comisiones fueron creadas por el gobierno militar en las áreas más industrializadas del país (Sao Paulo, Guanabara y Minas Gerais), con asesoría directa de las Fuerzas Armadas. En declaraciones al periódico *Correio da Manhã* (9-1-1966), dijo Ferraz, quién regresaba de los Estados Unidos, donde mantuviera entrevistas con miembros de la industria norteamericana y del Pentágono, que la producción bélica brasileña se debía a que « las fábricas estadounidenses no están produciendo con su capacidad total, porque existen disposiciones legales que permiten únicamente la producción máxima de material bélico en caso de guerra declarada ». Y añadió: « Colaborando en el exterminio del Vietcong, [el Brasil] aprovechará la capacidad ociosa de sus fábricas y dará lugar a la creación de 180 000 nuevos empleos. Simultáneamente —concluyó— combatiremos al comunismo y nuestros problemas

Segue en la página siguiente

Revolución y lucha de clases

En esta perspectiva se ha de determinar el verdadero carácter de la revolución brasileña. Por supuesto, nos referimos aquí a un proceso venidero, ya que hablar de él como de algo existente, en la fase contrarrevolucionaria que atraviesa el país, no tiene sentido. Identificar esa revolución con el desarrollo capitalista es una falacia, similar a la imagen de una burguesía antimperialista y antifeudal. El desarrollo industrial capitalista fue, en realidad, lo que prolongó en el Brasil la vida del viejo sistema semicolonial de exportación. Su desenvolvimiento, al revés de liberar el país del imperialismo, lo vinculó a éste aún más estrechamente, y acabó por conducirlo a la presente etapa subimperialista, que corresponde a la imposibilidad definitiva de un desarrollo capitalista autónomo en el Brasil.

La noción de una «burguesía nacional» de pequeño porte, capaz de realizar las tareas que la burguesía monopolista no llevó a cabo, no resiste a su vez al menor análisis. No se trata solamente de señalar que los intereses primarios de esos estratos burgueses son los de cualquier burguesía, es decir la preservación del sistema contra toda amenaza proletaria, como lo demostró su respaldo al golpe militar de 1964. Trátase, principalmente, de ver que la actuación política de la llamada «burguesía nacional» expresa su rezago económico y tecnológico y corresponde a una posición reaccionaria, aún en relación al desarrollo capitalista.

El motor de ese desarrollo está constituido, sin lugar a dudas, por la industria de bienes intermedios y de equipos, es decir aquel sector donde reina soberana la burguesía monopolista, asociada a los grupos extranjeros. Son las necesidades propias de tal sector las que impulsaron el capitalismo brasileño hacia la etapa subimperialista, único camino encontrado por el sistema para seguir con su desenvolvimiento. A esta alternativa, la «burguesía nacional» nada tiene a contraponer, sino una demagogia nacionalista y populista, que apenas encubre su incapacidad para hacer frente a los problemas planteados por el desarrollo económico.

La prueba de ello está en que, a pesar de la fuerza que los sectores medios y pequeños de la burguesía disfrutaron en el periodo Goulart, gracias a que sus representantes ideológicos ocupaban la mayoría de los

de desocupación». La información periodística enlistaba 6 industrias de telecomunicaciones (Telefunken, Delta, Motorola, Ar Eletrónica, Philips e Invelson) y 4 de municiones (Parque de Aeronáutica de Sao Paulo; Fabrica de Artillería de la Marina, en Río; Arsenal de la Marina, en Río; y la Compañía Brasileña de Cartuchos) como siendo las que deberían comenzar sus exportaciones en el plazo de 6 meses. Posteriormente, Brasil montó, con asistencia técnica norteamericana, una fábrica de aviones militares ligeros, en el Noreste del país. Y, recientemente, cuando se acusó al gobierno brasileño de integrarse a la corrida armamentista latinoamericana, el entonces canciller, Juracy Magalhaes, declaró a la prensa que eso era inverdadero, por la razón sencilla de que el Brasil estaba desarrollando su propia industria bélica, para atender a sus necesidades y, si necesario, a las de otros países latinoamericanos.

puestos oficiales, no lograron encontrar una salida para la crisis económica que se avecinaba. Al contrario, a medida en que la marcha de la crisis se traducía en el incremento de las reivindicaciones populares y en la radicalización política, esos sectores se sumergieron en la perplejidad y el pánico, hasta el punto de entregar, sin resistencia, a la burguesía monopolista el liderazgo de que disponían.

La política subimperialista de la gran burguesía, tratando de compensar la caída de las ventas internas con la expansión exterior, no ha podido, sin embargo, aprovechar a la llamada « burguesía nacional », la cual, en medio de quiebras y falencias, se vio empujada a una situación desesperada. Aprovechándose de las dificultades encontradas para la ejecución de la política subimperialista (dificultades determinadas en gran parte por el esfuerzo de guerra norteamericano en Vietnam y la recesión argentina, agravada por el golpe militar de 1966), esta burguesía maniobra hoy para introducir modificaciones en la política económica del gobierno, que alivien su situación. Tales modificaciones se cifran, principalmente, en una liberalización en el crédito oficial, lo que, si se realizase sin una correspondiente liberalización de los salarios, agravaría aún más la explotación de la clase obrera; y, si se completara con la liberalización salarial, restauraría el **impasse** de 1963, que condujo a la implantación de la dictadura militar. Es evidente, pues, que la búsqueda de soluciones intermedias, basadas en los intereses de los sectores burgueses más débiles, o resulta impracticable, o es susceptible de conducir, en plazo más o menos corto, la clase obrera y demás grupos asalariados a una situación peor que la en que se encuentran. Hay que recelar que esto no sería posible sin un endurecimiento todavía mayor de los aparatos de represión, y un agravamiento del carácter parasitario que tienden a asumir esos sectores burgueses en relación al Estado. En otras palabras, una política económica pequeño burguesa, en las condiciones vigentes en el Brasil, exigiría muy probablemente la implantación de un verdadero régimen fascista en el país. En cualquier caso, sin embargo, no se estaría dando solución al problema del desarrollo económico, que no puede ser logrado, como pretende la « burguesía nacional », obstaculizando la incorporación del progreso tecnológico extranjero y estructurando la economía con base en unidades de baja capacidad productiva. Para las masas populares, el problema está, inversamente, en obtener una organización económica que no sólo admita la incorporación del progreso tecnológico y la concentración de las unidades productivas, sino que las aceleren, sin que ello implique agravar la explotación del trabajo en el marco nacional e internacional y subordinar definitivamente la economía brasileña al imperialismo. Todo está en lograr una organización de la producción que permita el pleno aprovechamiento del excedente creado, vale decir que aumente la capacidad de producción y de consumo, dentro del sistema, elevando los niveles de empleo y de salario. Como esto no es posible en el marco del sistema capitalista, no queda al pueblo brasileño sino un camino: el ejercicio de una política obrera, de lucha por el socialismo.

A los que niegan a la clase obrera del Brasil la madurez necesaria para ello, el análisis de la dialéctica del desarrollo capitalista en el país ofrece rotunda respuesta. Han sido, en efecto, las masas trabajadoras quienes, con su movimiento propio, e independiente de las consignas reformistas que recibían de sus directivas, hicieron las articulaciones del sistema y determinaron sus límites. Llevando en adelante sus reivindicaciones económicas, que repercutieron en los costos de producción industrial, y atrayéndose la solidaridad de las clases explotadas en un vasto movimiento político, el proletariado agudizó la contradicción surgida entre la burguesía y la oligarquía terrateniente-mercantil e impidió a la primera el recurso a las inversiones extranjeras, forzándola a buscar el camino del desarrollo autónomo. Si al final la política burguesa condujo a una capitulación y, más que eso, a la reacción, es porque, en verdad, ya no existe para la burguesía la posibilidad de conducir la sociedad brasileña hacia formas superiores de organización y de progreso material.

El verdadero estado de guerra civil implantado en el Brasil por las clases dominantes, del cual la dictadura militar es la expresión, no puede ser sorteado mediante fórmulas de compromiso con algunos estratos burgueses. La inanidad de esos compromisos, frente a la marcha implacable de las contradicciones que plantea el desarrollo del sistema, impulsa necesariamente la clase obrera a las trincheras de la revolución. Por otra parte, el carácter internacional que la burguesía subimperialista pretende imprimir a su explotación, identifica la lucha de clase del proletariado brasileño con la guerra antimperialista que se libra en el continente.

Más que una redemocratización y una renacionalización, el contenido de la sociedad que surgirá de ese proceso será el de una democracia y de una economía nuevas, abiertas a la participación de las masas y vueltas hacia la satisfacción de sus necesidades. En ese marco, los estratos inferiores de la burguesía, encontrarán, si quieren, y con carácter transitorio, un papel a desempeñar. Crear ese marco y dirigir su evolución es, sin embargo, una tarea que ningún reformismo podrá sustraer a la iniciativa de los trabajadores.

CUADERNOS AMERICANOS

Ofrecemos las siguientes obras

Dólares

- | | |
|---|------|
| Hispanoamérica en lucha por su independencia
por varios autores | 2,— |
| Trayectoria ideológica de la revolución mexicana
por Jesús Silva Herzog | 1,20 |
| La reforma agraria en México
por Emilio Romero Espinosa | 1,20 |
| El drama de la América latina. El caso de México
por Fernando Carmona | 2,50 |
| Guatemala, prólogo y epílogo de una revolución
por Fedro Guillén | 0,80 |
| El panamericanismo. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson
por Alonso Aguilar Monteverde | 1,— |
| Historia de la expropiación de la empresas petroleras
por Jesús Silva Herzog | 1,50 |

A los precios anteriores se agregará el coste del porte postal

Representantes exclusivos en Europa

Editions Ruedo ibérico

5, rue Aubriot, Paris 4

René Depestre

Jean Price-Mars, el mito del Orfeo negro o las aventuras de la negritud *

Sólo faltan nueve años para que Jean Price-Mars celebre su centenario. Todo hace creer que llegará a esta edad venerable pues con sus 91 años que lleva con gracia y vigor, ha añadido un nuevo libro a una obra comenzada durante los primeros años de este siglo. Si Price-Mars es el intelectual haitiano más conocido, es también el más discutido. Su obra y sus actividades han suscitado la mayor cantidad de polémicas. Y es que existe un profundo divorcio entre lo que Price-Mars ha escrito y lo que ha hecho durante más de medio siglo de presencia en el escenario político e ideológico de Haití. En sus libros, frecuentemente se ha manifestado bajo el aspecto de un espíritu abierto, generoso, liberal y algunas veces hasta progresista, mientras que en su vida cívica es el hombre que desde 1903, llamado a cumplir puestos responsables, jamás ha protestado contra los sonados escándalos de la vida económica y política de su país. Puede decirse que con la mayor frecuencia ha ejercido sus responsabilidades y su legitimidad de sociólogo de talento ante un espejo complaciente. Director de ideas y de opiniones, ha tolerado que discípulos sin fe ni ley interpreten de la manera más absurda sus teorías. Principal iniciador haitiano del movimiento de ideas que debería tomar el nombre de « negritud », Price-Mars jamás, a lo largo de los años, ha desautorizado a aquellos que, como el tirano François Duvalier, se han servido de su autoridad intelectual para utilizar el concepto de « negritud » con fines escandalosamente demagógicos y obscurantistas. En la actualidad, basta lanzar una mirada sobre la extrema aflicción de la condición humana en Haití para ver hasta qué punto la « negritud » de Duvalier es una delirante mistificación en la que las capas más reaccionarias de la sociedad haitiana han encontrado su ideología y sus métodos de acción. La « negritud », como Duvalier y sus cómplices la aplican desde hace diez años en Haití, no es otra cosa que una forma antillana del fascismo, un neorracismo totalitario cuyas principales víctimas son los millones de campesinos y de trabajadores negros de Haití. Esto es tan cierto que el propio Jean Price-Mars, llegado al final de su vida, ha sentido la necesidad, en un acceso de probidad intelectual y de valor moral, de protestar contra la tenebrosa utilización que Duvalier ha hecho de sus ideas. Esta tardía toma de posición le ha valido a Price-Mars el ser a su vez perseguido por Duvalier :

durante un registro policiaco, los « tontons-macoutes » saquearon su biblioteca y se llevaron sus manuscritos inéditos. De este modo, treinta y nueve años después de la aparición de ese libro, la « negritud » de Price-Mars vuelve a él como un boomerang que ensombrece los últimos días de su larga existencia.

Jean Price-Mars nació en 1876 en el pueblo del Gran Río del Norte. Sus padres eran gente sencilla, honrada, inclinados a buscar en la Biblia los elementos de una moral de la vida cotidiana. Muy pronto perdió a su madre, y fue su padre quien se ocupó de su primera educación. Hizo sus estudios primarios en el colegio « Gregoire » de Cabo Haitiano. Después se trasladó a Puerto Príncipe, la capital del país, donde en 1895 obtuvo en el Liceo Petion su diploma de bachiller. Ese mismo año, como beneficiario de una beca del Estado haitiano, fue a París para emprender estudios de medicina. Pero cinco años después, habiendo sido suprimida la beca, tuvo que regresar a Haití dejando inconcluso sus estudios. No fue sino hasta 1923 que pudo hacer su doctorado en la Facultad de Medicina de Puerto Príncipe. Pero a partir de 1903 comienza para Price-Mars una carrera de diplomático que debería durar más de medio siglo. Secretario de Embajada en Berlín a los 27 años, todavía ocupaba el cargo de Embajador en París a los 85 años. Cumplió misiones en los Estados Unidos y en varios otros países. También ha representado a Haití en las Naciones Unidas y en un gran número de encuentros internacionales de carácter político o científico. Candidato a la presidencia en 1930, fue vencido por Stenio Vincent, pero fue elegido senador. Echado del Senado en 1932, conoció años de retiro estudioso, antes de reaparecer en el escenario político en la década de 1940. En 1941, cuando Jacques Roumain fundó el Buró de Etnología, Price-Mars fue encargado de la dirección de este organismo que, de acuerdo con el espíritu revolucionario de Roumain, estaba llamado a estudiar desde un punto de vista estrictamente científico el pasado del pueblo haitiano y los diversos factores históricos que han condicionado el desarrollo cultural de la

1. Prólogo a *Así habló el Tío*, obra del famoso sociólogo haitiano Jean Price-Mars, en proceso de edición por la Casa de las Américas.

nación. Pero después de la muerte prematura de Jacques Roumain en 1944, Price-Mars, llamado a cumplir otras funciones, dejó el Instituto de Etnología bajo el control absoluto de Lorimer Denis y de François Duvalier, quienes lo desviaron de su misión científica e hicieron de él rápidamente el centro de difusión de sus divagaciones ideológicas. En 1957, Price-Mars presidió en la Sorbona los trabajos del Primer Congreso de Escritores y Artistas Negros. Presidió también el II Congreso que tuvo lugar en Roma del 26 de marzo al 10 de abril de 1959. Elegido presidente de la « Sociedad Africana de Cultura », es considerado por sus admiradores como « uno de los padres de la negritud en el mundo negro ».

En 1928, Jean Price-Mars reunió bajo el título de **Así habló el Tío**, los textos de las conferencias que había pronunciado a partir de 1920, en plena ocupación militar del país por los tropas de la infantería de marina de los Estados Unidos de Norte América. El libro tuvo una enorme resonancia sobre las generaciones de intelectuales que entonces despuntaban, pues las invitaba a desembarazarse de « prejuicios que los ataban y lo constreñían a las imitaciones triviales del extranjero ». Les proponía utilizar « materiales que están a su alcance, a fin de que de sus obras se desprenda, al mismo tiempo que un gran soplo humano, ese perfume áspero y cálido de nuestro terruño, la luminosidad asombrosa de nuestro cielo y ese yo no sé qué de confiado, de cándido y de enfático que es una de las características particulares de nuestra raza ». Así habló el Tío fue recibido con entusiasmo como la mejor defensa y la mejor ilustración de la cultura nacional haitiana que haya sido nunca antes intentada por un intelectual del país. El libro llegaba en el momento en que los jóvenes haitianos que entonces tenían talento sentían, bajo la odiosa ocupación extranjera, la necesidad de romper definitivamente con la imitación estéril de las corrientes estéticas importadas de París y de correr los riesgos y peligros de la gran aventura de una literatura y de un arte estrechamente articulados a las realidades y a los sueños de Haití. Por esa misma época, Normil Sylvain, uno de los nuevos talentos del país, hablaba de despertar en nuestros intelectuales el « gusto por la cultura nacional » y justificaba esa preocupación por el hecho de que « llegados después de siglos de literatura francesa, con la cabeza pesada, los oídos llenos de música escuchada, deban olvidarse las cadencias conocidas y sabias, las imágenes recibidas de los otros, leer en el libro de la naturaleza y descubrir el mundo con nuestros ojos ». En **Así habló el Tío**, Jean Price-Mars, atropellando con fuerza los prejuicios y los tabús de la mediocre burguesía haitiana, osó descubrir Haití, el pueblo haitiano y su folklore, el vudú y su compleja mitología, con ojos nuevos e inteligentes. He ahí el verdadero mérito del libro, y es sin duda ello que hace su valor científico y

literario y lo que aún lo hace digno de ser conocido fuera de nuestro país. Realizó brillantemente el primer inventario coherente de la herencia africana de Haití. Abrió el camino a numerosas investigaciones científicas, cuyo objeto deberían ser el vudú y el folklore haitianos. También tenía la gran virtud de proponer una nueva articulación de la expresión literaria y artística a las singularidades de la vida haitiana. Este esfuerzo de enraizamiento del pensamiento y del arte en nuestra realidad nacional, eran tanto más necesarios cuanto que los miembros de la oligarquía haitiana, en su mayoría arrodillados a los pies del ocupante yanqui, manifestaban el más profundo disgusto respecto a todo lo que en Haití lleva la marca indiscutible de la civilización africana. Contra toda verosimilitud, los burgueses haitianos, sobre todo cuando eran mulatos, no cesaban de presentar a Haití como no se sabe qué « faro de la latinidad en América » y se dedicaban a una cacería cultural furtiva, cosmopolita e incolora, en los vagos dominios de las culturas dominantes del terrible occidente cristiano...

Sin embargo esta obra de Price-Mars, si bien esclarecía admirablemente los orígenes y las tradiciones africanas del pueblo haitiano, olvidaba estudiar nuestros problemas sociales y culturales en sus relaciones estrechas con el desarrollo de una sociedad diferenciada por la lucha de nuevas clases surgidas de la revolución que libera a Haití en 1804 después de más de doce años de acciones armadas contra el poder colonial francés. Price-Mars también perdió de vista el hecho de que el aporte africano mestizó en contacto con los elementos culturales dejados por la colonización francesa, integrado a una base económica nueva, removido por un largo proceso nacional, había dotado al pueblo haitiano de una formación psíquica, muy distinta, en sus rasgos esenciales, tanto de la cultura africana como de la francesa. Por no haber diferenciado claramente este fenómeno de mestizaje cultural, que también se manifiesta en el vudú, Price-Mars ha hecho posible las extrapolaciones extravagantes, las interpretaciones fantasiosas, las contorsiones ideológicas, a las que se han dedicado después en Haití los malos lectores de **Así habló el Tío**, como Duvalier y los otros defensores de la negritud totalitaria. De este libro rico en observaciones a menudo justas, de análisis prudentes y sinceros, de observaciones pertinentes concernientes a la psicología del pueblo haitiano, ellos deducirían a toda prisa que es el factor étnico, racial, lo que fundamenta el carácter nacional de una cultura, y no las condiciones de desarrollo histórico propias a cada país. He ahí el carácter mistificador del concepto de la « negritud » cuando niega la evidencia de la lucha de clases y de la diversidad de condiciones materiales de evolución, y considera la sensibilidad creadora de los pueblos negros como un bloque cultural homogéneo e intercambiable en sus manifes-

taciones expresivas. Esto es descuidar la importancia de las nuevas relaciones de clase que después de la trata y de la abolición de la esclavitud, se constituyeron en Haití y en los otros países de América de formación multirracial. La herencia africana, tras una larga cohabitación con elementos culturales venidos de Europa, sumergida en una vida económica nueva, ha desembocado en una formación psíquica, en particularidades psicológicas, en formas de alienación, en estados de conciencia distintos en sus características y en sus contenidos de África a la vez que de Europa. A pesar de su cuna común (África-Europa), las culturas de Haití, de Cuba, del Brasil, de la Guadalupe y de otros pueblos del Caribe, presentan características nacionales propias, en razón de su constitución histórica sobre territorios diferentes, en el seno de una vida económica y social que responde a factores no menos específicos. Para ser efectiva, y homogénea, la comunidad de cultura supone comunidad de territorio, de idioma, de vida económica y de formación psíquica. Esto no contradice, sin embargo, la existencia de numerosos rasgos comunes en el fondo de la psicología de diversos pueblos de América cuya cultura nacional participa de la doble herencia africana y europea. Y entre estos rasgos, sin duda el más evidente y el más decisivo es el proceso de mestizaje cultural, al cual ha sido sometida durante largo tiempo la formación de nuestras respectivas culturas nacionales: es la existencia, en la historia de nuestras diversas y singulares culturas, de un proceso de elaboración sincrética de elementos europeos, africanos e indios. Los errores que frecuentemente se cometen cuando se trata de apreciar en su justo valor diversos aportes europeos, africanos e indios, habitualmente son el resultado de una falsa interpretación del conjunto de la cuestión nacional en un país subdesarrollado, de una incompreensión de las relaciones dialécticas e internas que existen entre los numerosos índices y factores que definen la

categoría histórica que es la nación. Pues es evidente que no es el hecho de pertenecer a una misma raza, ni el color de la piel, la forma de la nariz o el espesor de los labios, ni el desenraizamiento brutal, la « diáspora » consecutiva a la trata, lo que determina el carácter nacional de una cultura, sino las condiciones concretas de vida, las condiciones de desarrollo histórico propias de cada pueblo. En Haití, África manifiesta su presencia a través de un conjunto de percepciones, de representaciones, de reflejos, de particularidades psicológicas, de formas de alienación religiosa, de experiencias de trabajo, de tradiciones orales, de ritmos de danzas y de canciones que se traducen en el vudú, en el artesanado, en el cultivo de la tierra, en el folklore, en la estructura de la lengua que habla el pueblo haitiano (el créole) y en otras manifestaciones de la sensibilidad y de la vida psíquica del pueblo, que son el resultado de un largo proceso de mestizaje y de sincretismo culturales. África en primer término, Europa después, están presentes en la conciencia social y en las costumbres del pueblo haitiano como la expresión mestiza, sincrética, en perpetuo cambio, de las diversas condiciones de existencia social que los haitianos han conocido antes de la trata, durante la época trágica de la esclavitud y bajo el régimen semifeudal y semicolonial producto de la revolución de 1804. Así, sería un grave error en cuanto a Haití se refiere (al igual que en cuanto se refiere a los otros países que participan de una doble herencia cultural) considerar separadamente, aisladamente, la « cultura africana » o la « cultura francesa » o también la « cultura india ». Y es un error mucho más grave aún hablar de « cultura negra » o de « cultura blanca », o de otras categorías fantasmagóricas, insibles, mistificadoras que aparecen en aquellos que, debido a su idealismo filosófico o a su egoísmo de clase, separan la evolución de las ideas del desarrollo económico y social propio de cada pueblo.

La negritud en el poder en Haití *

En Haití, toda una escuela de pseudosociólogos que se ha titulado pomposamente « Escuela Histórico Cultural Les Griots »¹ se ha dedicado a esta empresa de mistificación ideológica. Los hombres de esta siniestra « escuela », François Duvalier y los otros « tontons-macoutes » del espíritu que congestionan la Facultad de Etnología de Haití, siempre han saludado

* Texto ampliado de la intervención de René Depestre en el Congreso Cultural de La Habana, enero de 1968.

1. La palabra griot indica en África Occidental al trovador encargado tradicionalmente de la difusión de las canciones, de los poemas y de los cuentos populares.

en Price-Mars a su maestro en el pensar, su guía espiritual, su mentor intelectual, y siempre han considerado a **Así habló el Tío** como el primer manifiesto de su « negritud », el punto de partida de su concepción del poder, de su ideología política y de sus métodos terroristas de acción.

« El eje de nuestra acción, escribían Duvalier y Lorimer Denis, ha estado constantemente orientado en el sentido de una detección metódica de los elementos biopsicológicos del hombre haitiano a fin de extraer de ahí la materia de una doctrina nacional, que por anticipación al proceso biológico del hombre haitiano apresuraría la fusión indispensable a la expansión del genio haitiano en todos los órdenes de la actividad humana ». Traducido al lenguaje llano, esto querría decir simplemente que ellos entienden articular su acción política a un factor étnico, al concepto de la « negritud » que, todo a lo largo de la vida atormentada de la nación ha sido frecuentemente la forma asumida por la lucha de clases en las conciencias. Este concepto de la « negritud » fue, en un momento dado de la historia de la descolonización, la respuesta afectiva del hombre negro explotado y humillado, frente al desprecio global del colono blanco. Lo mismo que el colono blanco, partiendo de su situación privilegiada en la sociedad esclavista y colonial había epidermizado su pretendida superioridad biológica, de igual modo el negro en función de su condición de oprimido y de paria, su condición de hombre alienado en su propia piel, fue llevado, según una perspectiva totalmente distinta, a la epidermización de su lamentable situación histórica. Así la negritud, en su mejor acepción, era la operación cultural mediante la cual los intelectuales negros de África y de las dos Américas tomaban conciencia de la validez y de la originalidad de las culturas negro-africanas, del valor estético de la raza negra y de la capacidad de sus pueblos respectivos de ejercer el derecho a la iniciativa histórica que la colonización había suprimido completamente. La negritud, en su sentido más aceptable, hasta legítimo, era originalmente la toma de conciencia del hecho de que el proletariado negro está doblemente alienado : **por una parte alienado** (al igual que el proletariado blanco) **en tanto que ser dotado de una fuerza de trabajo que se vende en el mercado capitalista ; por otra parte, alienado en tanto que ser de pigmentación negra, alienado en su singularidad epidérmica.** La negritud era la conciencia de esta doble alienación y de la necesidad histórica de superarla a través de una praxis revolucionaria. No hay que olvidar que por el hecho del dogma racista, a los ojos de la gran mayoría de blancos, el crimen permanente del negro (además de su situación de proletario) era el de **lesa-color.** Esta odiosa mistificación ideológica es todavía el arma a que se sigue recurriendo en los Estados Unidos, en África del Sur, en Rhodesia, etc., contra los negros. La singularidad epidérmica del hombre negro o mestizo, en lugar de ser considerada por lo que es, es decir, una de las casualidades objetivas que pululan en la historia de la humanidad, se convierte en la conciencia de todos los negros, de todos los racistas de la tierra, en una **presencia maléfica**, en la señal de un mal absoluto del ser social, del negro, en la marca y el estigma de una inferioridad sin remisión. Se dio una

significación metafísica y estética tanto al color del negro como al color del blanco y se decretó para la eternidad, como un derecho divino, que sólo el « negro » es un hombre de color y que el « blanco » participa del privilegio de la luz, que como dice Sartre, la « blancura de su piel era la luz condensada », y que era su destino histórico esclarecer todo el resto de la humanidad con las virtudes luminosas de su piel.

La preocupación comercial de **cosificar** al negro encuentra sus coartadas y sus pretextos en ese largo proceso colonial de epidermización de la situación histórica de los pueblos negros. « El concepto de negritud, escribe Fanon, era la antítesis afectiva si no lógica de ese insulto que el hombre blanco le hacía a la humanidad. Esa negritud lanzada contra el desprecio blanco se ha revelado en ciertos sectores como la única capaz de suscitar prohibiciones y maldiciones. Debido a que los intelectuales negros se encontraban ante todo enfrentados al ostracismo global, al desprecio sincrético del dominador, su reacción fue admirarse y cantarse... ».

La negritud, tanto en la literatura y en el arte como en la etnología y la historia, fue en sus comienzos una forma de rebelión legítima, un movimiento de ideas, una corriente de la sensibilidad noblemente opuesta a las manifestaciones del despreciable dogma racista en el mundo. Fue la colonización lo que con hierro, fuego y sangre había abierto en los flancos mismos de la historia universal la sangrienta contradicción **blanco-negro**, para disimular y para justificar las relaciones de explotación económica. La negritud planteaba la necesidad de superar esa contradicción, no por una nueva operación mítica, sino a través de una acción, de una praxis revolucionaria colectiva. Desgraciadamente, con la mayor frecuencia el concepto de la negritud se utiliza como un mito que sirve para disimular la presencia en el escenario de la historia, de burgueses negros que en Haití y en numerosos países de África se han constituido en clase dominante, y que como toda clase que oprime a otra, necesita de una mistificación ideológica para disimular la verdadera naturaleza de las relaciones establecidas en la sociedad. Actualmente, en 1967, el concepto de negritud, encubre con la mayor frecuencia una operación mistificadora semejante, tanto en Haití como en África y en otras partes, y se emplea con fines opuestos a los que legitimaron la aparición de este movimiento del espíritu y de la sensibilidad de los intelectuales negros de los dos continentes. En la actualidad, entre los mistificadores ya sean negros o blancos, la negritud implica la idea absurda de que el negro es un hombre dotado de una naturaleza humana particular, dotado de una esencia que no pertenece más que a él y que, en calidad de tal, está llamado, según un publicista como Janheinz Jahn², a dar a Europa, y al occidente en general, no se sabe qué « suplemento de alma » que necesitaría ahora la civilización occidental. Para el presidente del Senegal, el poeta Leopold Sedar Senghor, « la emoción es negra, como la razón es helénica » y partiendo de esa afirmación absurda, opone la « espiritualidad africana », considerada como un

2. Janheinz Jahn: *Muntu, el hombre africano y la cultura neoafricana*.

bloque emocional, a la « racionalidad blanca », también considerada como un hecho global, monolítico. De este modo, todas las contradicciones de clase son diluidas en la abstracción de la negritud, y los burgueses negros de Africa y de América pueden, con toda seguridad, con la bendición del neocolonialismo, explotar a los trabajadores negros en nombre de una común espiritualidad. Esa misma igual concepción de la negritud la encontramos en la ensayista belga Lilyan Kesteloot³ que ha hecho una tesis de doctorado que trata de demostrar que la « negritud es un en-sí », una esencia particular, un estado permanente que no es necesario superar. Lilyan Kesteloot, como otros « especialistas » europeos de la negritud, encierran al negro en su negrura y al blanco en su blancura. « El alma negra, escribe, así entendida, es de todos los tiempos y no ha sido superada » como lo ha pretendido Sartre y otros que fueron influidos por él. Como tampoco lo ha sido el alma eslava, el alma árabe, o el espíritu francés.

Para Lilyan Kesteloot, la negritud es irreductible. Es una « psicología característica que se debe a una civilización original, a cuyo elemento se añaden las cicatrices de la « Pasión » de la raza, que sin duda seguirán estando impresas durante largo tiempo en la memoria colectiva ». Para singularizar aún más el « negro », Lilyan Kesteloot se preocupa por anunciar el mundo que « el africano es espontáneamente poco sensible al espíritu cartesiano », y si se va a crear lógica elemental e insolente, el africano debe ser aún más espontáneamente alérgico a los métodos marxistas de análisis y a la razón dialéctica. Todas estas habladorías en torno al concepto de negritud, definen en realidad un inaceptable « sionismo negro », es decir una ideología que, lejos de articularse en una empresa revolucionaria de desalienación y de descolonización de Africa y de las dos Américas negras, no logra ya disimular que ella es una de las columnas que sostienen las astucias, las trampas y las acciones pérfidas del neocolonialismo. Frantz Fanon tenía razón al decir que la « verdadera desalienación del negro implica una toma de conciencia de las realidades económicas y sociales. Pues si existe un complejo de inferioridad ello se debe a un doble proceso : económico, primero ; y después por interiorización o mejor, por epidermización de esa inferioridad ». Para todos los negros oprimidos de Africa y de América, la superación de este doble proceso alienante, tiene un nombre e implica una actividad muy concreta : **hacer la revolución**. Separada del contexto histórico de la revolución en el conjunto del Tercer Mundo, separada arbitrariamente de las exigencias inmediatas de la lucha tricontinental, global, de los pueblos subdesarrollados contra el imperialismo y el neocolonialismo, la **negritud** se ha convertido en una noche donde todos los gatos son pardos... y en favor de la cual se trata de alejar a los pueblos negros del deber de hacer la revolución.

3. Lilyan Kesteloot : **Los escritores negros de lengua francesa : nacimiento de una literatura**. Universidad Libre de Bruselas. Tesis de doctorado en Filología romana.

Las aventuras de la negritud

Haití es actualmente el país en que mejor se pueden seguir las **aventuras de la negritud**, porque nuestro país es el lugar del mundo en donde, como ha dicho Aimé Césaire ella « se ha puesto de pie por primera vez » y donde al presente ella es la ideología de que se nutre la tiranía más monstruosa de la historia contemporánea. Es por esto que una crítica del concepto de negritud, a la luz de la espantosa experiencia haitiana, puede tener una significación eficaz para todos los negros oprimidos del mundo.

Se sabe que toda ideología, por su representación de lo real, por los objetivos que persigue, tiende a dar a las aspiraciones particulares de una clase, un valor imaginario. Marx llamó **mistificación** a este proceso de deformación de la realidad. En Haití, los seudosociólogos como Duvalier, estudiando el papel de la negritud en nuestra historia nacional, siempre han considerado este concepto en sí mismo, en lugar de analizarlo en sus relaciones con la historia real de las relaciones sociales. Separando la cuestión racial del desarrollo económico y social de Haití, asignándole un carácter absoluto, mítico, han rebajado nuestra historia a una sucesión caótica de conflictos únicamente étnicos entre los mulatos y los negros quienes, desde los albores de nuestra primera independencia han formado la oligarquía dominante del país. Esto es también lo que se produce cuando, en un plano más general, se separa el dogma racista del desarrollo real de las diversas sociedades coloniales. De ahí se llega a considerar la historia de los pueblos colonizados como una sucesión de conflictos raciales entre los « blancos » y los « negros ». En el caso de Haití, la cuestión del color, lejos de ser el factor determinante de la evolución de la sociedad haitiana, no ha sido más que la **forma mistificadora** que, en la conciencia de dos aristocracias rivales, sirve para disimular los intereses y los móviles reales de la lucha de clases.

En Haití, el antagonismo entre mulatos y negros encuentra sus orígenes históricos, su base económica y social, en la sociedad esclavista de Santo Domingo (nombre de Haití en la época de la colonización francesa). Los mulatos, debido a que estaban ligados por la sangre a la clase de los colonos blancos, formaban, ya en tiempos de la esclavitud, una casta privilegiada en relación a la gran masa de los esclavos negros. Legalmente eran **libertos** u hombres de color libres. Gozaban de una situación jurídica que les permitía desempeñar un papel dinámico en la economía de la colonia. Esto los llevó de modo natural a querer ser ciudadanos completos y a compartir el poder con los colonos blancos. Estos últimos se opondrían violentamente a esta aspiración. Entonces los mulatos se aliaron a la masa esclava (negros) que luchaba por la abolición de la esclavitud, por una revolución que emanciparía a toda la sociedad colonial. Negros y mulatos formaron juntos un ejército de liberación nacional que, bajo la dirección de Toussaint Louverture primero, y después de Dessalines, Pétion, Christophe, al cabo de una lucha extremadamente violenta, se apodera del poder y echa a los colonos franceses de la parte occidental de la isla.

Inmediatamente después de la proclamación de la Independencia (1804), las peripecias de la revolución agraria enfrentaron las dos capas étnicas que habían dirigido la lucha de liberación nacional. Los mulatos se erigieron en herederos de los antiguos propietarios blancos y en numerosos casos no vacilaron en exhibir títulos de propiedad falsos. La capa dominante de generales y de oficiales negros no se los toleró. « Antes de tomar las armas contra Leclerc exclamó Dessalines (el general en jefe de la revolución), los hombres de color, hijos de blancos, no aceptaban en absoluto la sucesión de sus padres; ¿Cómo es que, después de haber echado a los colonos, sus hijos reclaman sus bienes? ¿No tendrán por tanto nada los negros, cuyos padres están en Africa? ». Este drama agrario, puesto en evidencia por Dessalines, abrió en la vida nacional haitiana la **contradicción mulato-negro** que en la conciencia tanto de los burgueses mulatos como en la de los burgueses negros siempre ha desempeñado el papel ilusorio de cortina de humo que esconde los móviles verdaderos que hacen actuar a unos y a otros contra los intereses del pueblo haitiano. La fe en el color reemplaza al verdadero color de la dominación de unos y otros sobre la gran mayoría de haitianos que son negros.

Esa **cuestión de color** es una **realidad social** muy importante de la historia de Haití. Es sabido que Marx al mismo tiempo que negaba el papel decisivo de los dogmas espirituales en el proceso histórico de una sociedad determinada, los consideraba sin embargo **realidades sociales** que si bien no pueden cambiar el curso general de la historia, tienen la posibilidad de modificar sus contornos, su ritmo, sus modalidades. Es por esto que la cuestión de color, « la ideología colorista » es una realidad social que en tanto que tal, ha influido en el desarrollo de nuestra historia nacional, y en ciertos momentos de grave crisis social, ha modificado el ritmo y las modalidades de la lucha de clases en el país. A partir de 1946, siendo la sociedad haitiana presa de una crisis general, debida fundamentalmente al embargo de la economía del país por los norteamericanos, la cuestión de color ocupa de nuevo proscenio en el escenario económico y político, siempre para ocultar el contenido real de la lucha de clases. Los pequeños burgueses negros como Duvalier, quienes a partir de 1946, aliados a los latifundistas negros y a los « compradores » mulatos controlan el poder político sirviéndose históricamente de la « negritud », han tratado de hacer creer a las masas negras que ellas están ahora en el poder y que lá « revolución duvalierista » (**sic**) es una brillante victoria de la « negritud ». Todos los hechos monstruosos de la administración duvalierista, desde hace diez años, no hacen más que destruir a los ojos del pueblo haitiano las imágenes engañosas de esa siniestra mitología.

La espantosa dictadura de Duvalier ha llevado a los haitianos a cambiar la idea que durante largo tiempo se habían hecho de ellos mismos. A sus ojos, Haití ha dejado de estar cuajada dentro de la figura mítica que en la escuela, desde siempre, se ha impreso pacientemente en la conciencia de cada niño haitiano. ¡ Haití, **primera república negra de los tiempos modernos, patria ideal y mítica del hombre negro, cuna y paraíso de la negritud!**

Los haitianos han descubierto, con sufrimientos inauditos, que en un sistema semicolonial, el poder, ya esté en manos de negros, de blancos, de mulatos o de indios, sigue siendo invariablemente un instrumento de deshumanización feroz del hombre y de sus sueños más humildes. Desde hace diez años más que nunca antes, los haitianos ven de lo que son capaces los hombres de piel negra o mestiza como ellos cuando defienden con hierro y fuego los intereses de una minoría de privilegiados y los de un imperialismo totalitario. Los haitianos se percatan del hecho de que la glorificación de no importa cuál raza, es un absurdo infinito que siempre encubre sangrientos desórdenes que atentan contra la unidad de especie humana. Los haitianos ven negros y mulatos tiranos, criminales, sinvergüenzas, obscurantistas, nazis, **tontons-macoutes**, porque precisamente ellos no tienen ninguna **esencia particular** y son burgueses como los otros, y a la hora de la dictadura terrorista del capital pueden ser culpables de crímenes tan espantosos como los que ayer cometía Hitler en los campos de concentración de Europa, o como los que cometen hoy en día los hombres del Pentágono yanqui en los dos Viet-Nam. Naturalmente la tiranía de Duvalier ofrece una caricatura monstruosa de la negritud, y no hay que concluir por ello que este concepto estaba llamado fatalmente a desembocar en una empresa de aniquilación de la condición humana. El socialismo es una doctrina de liberación del hombre, pero el **nacional socialismo** fue un instrumento de exterminación del hombre. Todo depende de la utilización que una clase social dominante haga de una ideología para disimular designios bajamente egoístas. Actualmente los burgueses negros que conservan sus privilegios por las intrigas del neocolonialismo en Africa y en América, se han apresurado a apoderarse del concepto de negritud para hacer de él su arma ideológica porque precisamente ellos saben que este concepto en un momento dado de la lucha contra la colonización, en los libros de Price-Mars, de Dubois, de Cesaire, de Jacques Roumain, de Richard Wright, de Langston Hughes, de Claude MacKay, de Guillén, de Jacques S. Alexis, de Cheikh Anta Diop, de Frantz Fanon, etc., este concepto ha expresado con fuerza el doble carácter de la alienación de los negros oprimidos. La toma de conciencia de los pueblos negros, en este siglo, ha pasado por diversas etapas ideológicas. Durante la primera etapa, en las obras de los etnólogos, de los sociólogos al igual que en la de los escritores y artistas, la alienación del negro oprimido no se define solamente por un conjunto de factores objetivos, pues el dogma racista definía la condición del negro por el factor del color, que si es objetivo a los ojos del blanco racista, es vivido por la víctima del racismo como una dolorosa y cruel subjetividad. En el trabajador blanco la conciencia de clase puede ser articulada únicamente a un criterio económico objetivo, a la naturaleza de la ganancia capitalista, pues el sentimiento de superioridad de clase que el burgués blanco manifiesta respecto al obrero blanco, no hace intervenir un factor racial, no lo toca en su propia carne. En el trabajador negro, sobre la conciencia de clase, por el hecho mismo de la empresa colonial y por las coartadas que ésta se había forjado, se había

inculcado una toma de conciencia racial. Esta es una **realidad social** que nadie puede negar y que ha encontrado su expresión literaria, artística, en el movimiento de la negritud.

Como a la opresión económica y social de la colonización se había añadido una opresión racial, **un mito que golpeaba al negro oprimido en su yo íntimo, que lo alienaba en su piel y en su corazón, y hasta en su sangre que se decía negra**, es normal que el ser humano que ha sufrido por siglos semejante insulto a su humanidad, haya cedido con todas sus fuerzas telúricas a la tentación de dirigir contra el cielo obscuro la antorcha de su subjetividad herida. Toda una rica literatura nació de esta operación que Jean-Paul Sartre, en un célebre ensayo, **Orfeo Negro**⁴, ha descrito como « un descenso a los infiernos esplendorosos del alma negra ». Y Sartre añade: « Yo llamaría « órfica » a esta poesía, puesto que este descenso infatigable del negro en sí mismo hace pensar en el Orfeo que va a reclamar Euridice a Plutón ». Pero este texto excepcionalmente brillante de Jean-Paul Sartre definía el concepto de negritud en 1948, es decir, hace de esto veinte años. En esa época, a donde quiera que se dirigiera la mirada podía verse que el Orfeo Negro era sobre todo cortador de caña, cocinero, barrendero, carbonero, limpiabotas, palafrenero, limpiador de letrinas, muchacho de mil empleos subalternos, brazos y músculos para cualquier cosa, para desembarar todo, para enguajar todo, para nivelar todo, por el bienestar de los colonos blancos. A donde quiera que se mirara, se veía al Orfeo Negro sacando del fuego las castañas destinadas a la gran burguesía colonial blanca.

En Africa el Orfeo Negro no compraba acciones en las minas del Alto Katanga, no se juntaba con los peores aventureros y tontons-macoutes de la alta finanza internacional (mezcla belga, francesa, norteamericana, inglesa, germana occidental), para también opoderarse de acciones muy rentables a costa de la sangre vertida de Patricio Lumumba. ¡ En veinte años el agua del Congo ha corrido bajo muchos puentes, y no es sólo con la gran poesía lírica de Aimé Césaire que la negritud ha descendido al mar ! La negritud de Césaire era una paciencia dinámica que podía horadar « la carne del cielo y de la tierra », era una explosión de la conciencia rebelde del negro oprimido. Era un devenir abierto sobre las exigencias concretas del movimiento de liberación nacional. Y Sartre, al final de su inolvidable ensayo planteaba la siguiente pregunta: « ¿ Qué sucedería si el negro despojándose de su negritud en beneficio de la revolución, no quisiera ya considerarse más que como un proletario ? ¿ Qué sucedería si no se dejara definir ya más que por su condición objetiva ? » Veinte años después la propia marcha de la historia da la respuesta a estas preguntas. Decimos a Jean-Paul Sartre: ¡ Mire a Cuba y tendrá la respuesta ! Mire cómo la negritud se ha incorporado a la revolución socialista y cómo ha encontrado su superación a través de un proceso histórico en que el blanco y el negro y el mulato han cesado de ser opuestos unos

4. Jean-Paul Sartre: « Orfeo Negro ». **Situaciones III.**

a otros y donde el drama de su destino se ha desenlazado en una misma y esplendente verdad humana : la revolución. Este proceso real (y no ya solamente mítico) de descolonización, de desalienación, de todos los hombres colonizados, este proceso de humanización de las relaciones humanas tiene ahora por teatro tres continentes, y es solamente él, y no ya la negritud, lo que moviliza todas las paciencias de los pueblos subdesarrollados ; es él lo que quita a todos los mitos sus encantos mágicos y perniciosos ; es él la forma más alta de conciencia de sí, y permite al hombre colonizado negro, blanco, indio, amarillo, lanzar a la faz de la tierra el postulado supremo de la razón en el Tercer Mundo : **¡ Hago la revolución, y por tanto existo !** Es debido a que semejante postulado corresponde a una necesidad histórica universal que el **Tío Price-Mars**, a los 91 años, ha salido de su largo silencio culpable y ha hecho saber al tirano negro Duvalier que la única palabra que tiene un sentido humano ahora en Haití, es aquella que da razón a la indignación y a la rebeldía organizada del pueblo haitiano oprimido. Que se nos permita añadir que si hay un sitio donde el Orfeo Negro es seguro que encuentre a la Eurídice que ha perdido, éste no está ya en algún infierno mítico, sino en la revolución que es la única capaz de destruir, con la misma fuerza del pueblo, todos los infiernos que los hombres han construido para los hombres ; en la revolución que es la única capaz de devolver a Eurídice a todos aquellos que la aman y la ansían ; la revolución es el gran dios creador del hombre nuevo y del mundo liberado donde está llamado a vivir el nuevo Orfeo Negro que, como se sabe, habla con el mismo acento que Ernesto Che Guevara quien, en su glorioso testamento, ha dejado a los hombres del Tercer Mundo un radar para guiar la verdad y el sol hacia el corazón de todos los pueblos de la tierra. **¡ El nuevo Orfeo Negro será revolucionario o no será !**

Cuadernos de Ruedo ibérico necesitan ayuda urgente de todos sus amigos

La publicación de nuestra revista —que hoy alcanza su número 17— es el resultado de un gran esfuerzo en todos los planos para vencer los obstáculos que se oponen a ella.

Sólo mencionaremos aquí las intervenciones de todo tipo de las autoridades españolas para impedir la difusión de Cuadernos de Ruedo ibérico y sus inevitables secuelas: muchos de los lectores potenciales ignoran todavía su existencia, el número de suscriptores es insuficiente, las pérdidas de envíos grandes, los gastos de expedición muy onerosos, los descuentos considerables y los cobros lentos.

Silenciamos otras dificultades no menos importantes —quizá más descorazonadoras— que hemos logrado vencer en gran parte.

Señalamos que Cuadernos de Ruedo ibérico es hoy la única revista española de formación política, de abierta oposición, independiente de grupos y partidos políticos, y que este carácter original nos obliga a continuar publicando sus fascículos.

Adversarios y disidentes —cada cual a su manera— reconocen aquel carácter y alrededor nuestro surgen, sobre todo a partir de los últimos números, cada vez más numerosas aprobaciones. Hemos conquistado una autoridad en la opinión pública. Y quizá estos hechos hayan contribuido a hacer mayores cada día los obstáculos con que hemos tropezado desde el principio y que provocan hoy una grave crisis financiera.

Tenemos, sin embargo, la voluntad de seguir asumiendo firmemente nuestra función. Pero para que Cuadernos de Ruedo ibérico sigan siendo lo que fueron hasta hoy —y con mayor razón para mejorarlos— es indispensable que doblemos el número de nuestros suscriptores, es imprescindible que obtengamos ayudas de nuestros lectores.

Lector amigo : si consideras que Cuadernos de Ruedo ibérico deben seguir siendo publicados, si estimas que deben ser mejorados, ayúdanos en la medida de tus posibilidades

Ayuda CRI. Segunda lista

Número	Francos	Donante	Número	Francos	Donante
2	100,—	Francisco Carrasquer	150	220,—	Pinilla
20	200,—	Paul Arthur Bundy	153	120,—	Anónimo
22	1 500,—	Anónimo	171	150,—	A.G.

Manuel Maldonado-Denis

Modelo de colonialismo y el colonialismo como modelo

Puerto Rico

De todos los países en la cuenca del Caribe, Puerto Rico es sin duda el más « celebrado » por los Estados Unidos. Se entiende lo de la celebración. Ningún otro país en el Caribe se halla, como Puerto Rico, bajo el dominio directo de la potencia imperialista más poderosa del mundo. Nuestra isla es, pues, un modelo, un paradigma de lo que el colonialismo —tomado en su sentido clásico— significa para el desarrollo —o más bien el subdesarrollo— de un país, así como un espejo, una especie de cuadro hecho a grandes rasgos de lo que sucedería a los demás países del Caribe si los Estados Unidos lograran imponerle a éstos el modelo de Puerto Rico como base o punto de partida para su desarrollo económico. Los propios dirigentes norteamericanos, al referirse a la isla, la califican como una « vitrina » para el resto del mundo, como un « puente » entre las dos culturas del hemisferio. Este entusiasmo desbordante se explica. Detrás de la frase rimbombante yace el control férreo de toda nuestra vida colectiva por los intereses económicos, militares y políticos del país capitalista más avanzado del mundo.

I. Las primeras tres décadas de dominación imperialista (1898-1930)

En consecuencia del Tratado de París de 1898, Puerto Rico pasó a los Estados Unidos como parte de los despojos reclamados por el vencedor de la guerra hispa-

Es una pobre isla encarcelada, van y vienen los días cenicientos vuela la luz y vuelve a las palmeras, la noche viaja en su navío negro y allí sigue, allí está la encarcelada la isla rodeada por el sufrimiento.

Pablo Neruda.

noamericana. Con la invasión norteamericana de nuestro territorio se iniciaba un nuevo capítulo en nuestra larga historia de país colonizado. Cuba obtuvo su independencia —aunque mediatizada. Puerto Rico pasaría a formar parte de los Estados Unidos en calidad de « territorio » —léase colonia— de éste. Las consideraciones que motivaron la toma de nuestro territorio de manos españolas deben ser vistas en el contexto de la teoría, puesta en boga desde aquel entonces por los círculos imperialistas norteamericanos, de que el Caribe habría de ser « el Mediterráneo norteamericano ». En ese contexto Puerto Rico enmarcaba bien. Su posición estratégica era tal que podía servir como base de operaciones navales y militares en el Caribe. Además, las corporaciones azucareras norteamericanas tenían sus miras puestas en nuestra isla. Anexar a Puerto Rico, intervenir a Cuba, Haití y la República Dominicana cuando los intereses de los Estados Unidos estuviesen en peligro, todo ello era parte de un plan maestro para la dominación imperialista del continente que prevalecía —y aún prevalece— en los círculos dirigentes del imperialismo norteamericano.

El marco político fijado para la dominación de Puerto Rico fue un gobierno militar (1898-1900) y luego una Carta Orgánica aprobada por el Congreso norteamericano mediante la cual los poderes de legislar para el pueblo puertorriqueño se ejercerían

desde Wáshington (Ley Foraker de 1900). Así se garantizó, no sólo el control directo de nuestro país por el Congreso norteamericano en el ejercicio de sus facultades legislativas, sino la entrada forzada de nuestro país por el marco restrictivo de las tarifas arancelarias norteamericanas. De esta manera se garantizaba el mercado puertorriqueño para los productos manufacturados provenientes del Norte y se limitaba radicalmente nuestra capacidad para comerciar con otros países a través de tratados comerciales recíprocos. La camisa de fuerza del colonialismo nos imponía así, en 1900, una ley de embudo que perdura hasta nuestros días: obligados a comprar en el mercado más caro del mundo, nuestros productos en cambio se veían sujetos a la desigual competencia de un mercado más desarrollado y eficaz. Como si ello fuese poco, el gobierno militar establecido entre 1898 y 1900 devaluó la moneda puertorriqueña, obligando a los puertorriqueños a cambiar cada peso por sesenta centavos de dólar. Ello contribuyó a la ruina de innumerables agricultores —sobre todo caficultores— y empobreció aún más al ya empobrecido pueblo puertorriqueño.

Según la autorizada exposición de los Diffie, el café, seguido por el tabaco, constituía el renglón mayor de exportación de la isla en el año 1898. Del área cultivable total de Puerto Rico (área total: 3 435 millas cuadradas = 2 198 400 acres) el 41 % estaba dedicado al café, el 15 % a la caña de azúcar, el 32 % a comestibles y sólo el 1 % al cultivo del tabaco. La tierra estaba distribuida en forma mucho más equitativa que en Cuba, según un censo hecho al respecto y citado por los Diffie: para 1899 los agricultores puertorriqueños eran dueños del 93 % del total de las fincas existentes de forma tal que en Puerto Rico « un gran número de personas pertenecientes a la población rural

eran dueños de sus hogares y residentes permanentes de la isla. »¹ Puede afirmarse que la tarifa arancelaria norteamericana sepultó al café como producto principal de exportación de Puerto Rico y puso en su lugar al « Rey Azúcar ». No siendo los Estados Unidos un productor de café, este producto no fue « protegido » por la tarifa arancelaria. El mercado tradicional para este producto, que era el español, se limitó radicalmente como consecuencia del cambio de **status** político. Los intereses azucareros norteamericanos, por el contrario, pudieron beneficiarse grandemente por el hecho de que el azúcar entraría a los Estados Unidos libre de tributación. Lo mismo sucedió con el tabaco y los frutos menores.

Este cambio marchó de la mano con la concentración acelerada de nuestro territorio en manos de corporaciones absentistas norteamericanas, dedicadas primordialmente a la explotación del cultivo de la caña de azúcar, del tabaco, y de los frutos menores. La economía del pequeño agricultor dueño de su finca cedió el paso a la economía del monocultivo y del latifundio —con todas las consecuencias que el cambio en cuestión apareja. El campesino de la montaña, arruinado, se va a ver aceleradamente despojado de su tierra y lanzado al mercado de trabajo en las grandes factorías azucareras absentistas. Un recuento de la situación tres décadas después (1930) nos ofrece una idea de la magnitud del cambio. Tomando el área total de 2 198 400 acres, el cuadro en la distribución de tierras en 1930 era la siguiente: la industria azucarera aumentó el número de acres cultivados de 70 000 (1899) a 250 000, siendo ello el equivalente al 44 % del área total cultivable. De este total el 60 % se hallaba en manos de corporaciones norteamericanas, mientras que el 85 % del tabaco y el 31 % de los frutos menores hallaban también en manos absentistas.

Los cambios ya enumerados tuvieron una influencia marcada en el desarrollo de nuestras clases sociales. Puede notarse claramente que el surgimiento y desarrollo de una burguesía nacional, con fuentes de riqueza relativamente autónomas, apenas logra despegar del suelo. Las corporaciones azucareras —en las primeras tres décadas después de la invasión norteamericana— absorben para sus accionistas la parte principal de nuestra riqueza. Bajo el manto protector de las leyes aprobadas por el Congreso de Wáshington, podían crecer y multiplicar su riqueza sin más limitaciones que aquellas impuestas por ellos mismos o por las fluctuaciones del mercado mundial.

Para todo propósito práctico poco importó, desde el punto de vista del poderío económico de aquellos intereses que rapazmente devoraban nuestras mejores tierras, una reforma política inconsecuente de la primera Ley Orgánica, conocida como la Ley Jones o segunda Ley Orgánica (1917). Mediante la primera de estas leyes, el poder mediatizado de nuestra legislatura colonial se hallaba aún más recortado con la disposición de que sólo la Cámara de Delegados sería electa popularmente, mientras que el gabinete del gobernador nombrado por Wáshington sería a su vez nombrado por las autoridades metropolitanas. La segunda ley orgánica que acabo de mencionar conservaba al gobernador colonial como un funcionario nombrado por el presidente de los Estados Unidos —y con él los miembros más importantes de su gabinete— pero disponía que las cámaras legislativas serían electas en su totalidad por los puertorriqueños. Claramente de corte reformista, esta legislación que emanaba de la metrópoli meramente liberalizaba un poco el régimen colonial vigente pero sin atreverse a tocar la raíz de nuestra situación de pueblo dependiente. Además, una medida —opuesta por los

puertorriqueños a través de sus representantes pero no obstante impuesta al pueblo de la isla— haciendo a todos los ciudadanos puertorriqueños ciudadanos norteamericanos y obligándolos a servir obligatoriamente en las fuerzas armadas de la metrópoli fue aprobada por el Congreso de Wáshington como parte de la ley mencionada. Así se garantizaba, no sólo la utilización de la juventud puertorriqueña en las guerras iniciadas por los Estados Unidos, sino también la continuada presencia en nuestro suelo de los norteamericanos y de sus planes asimilistas.

Así, pues, el poder de nuestra legislatura colonial —limitado al ámbito de lo puramente local— ofrecía en las primeras tres décadas de este siglo un espectáculo tan triste como el que ofrece actualmente. Supeditada, recortada en cuanto a sus poderes, irrisoriamente limitada por la madeja de leyes aprobadas en Wáshington, dirigidas en forma directa o indirecta a intervenir en nuestra vida colectiva, la legislatura colonial no hacía sino *parler*, entregarse a la retórica intoxicante de los pronunciamientos estériles.

Los propios partidos políticos eran muestra de esta esterilidad funcional reflejada tan cabalmente por la legislatura en donde se hallaban representados. Desde el siglo XIX se habían manifestado en Puerto Rico tres tendencias respecto a la condición política de nuestra isla: el asimilismo o anexionismo a ultranza, el autonomismo, y el independentismo. Entre estas tres tendencias, el autonomismo es quien logra, a raíz de la invasión norteamericana, su más grande éxito político: la concesión de la casi natimuerta Carta Autonómica concedida por la Corona española en 1897.

Durante las primeras décadas de la domi-

1. Bailey y Justine Diffie: *Porto Rico: A Broken Pledge*, New York, Vanguard Press, 1931, p. 21-22. Véase también a Harvey S. Perloff: *Puerto Rico's Economic Future*, University of Chicago Press, 1947.

nación norteamericana las tres posiciones básicas enunciadas vuelven a repetirse. Y una vez más el reformismo autonomista prevalece por sobre el anexionismo de una parte y el independentismo de la otra. No obstante, es de notar un hecho importante: el Partido Unión de Puerto Rico (autonomista) que controla la legislatura colonial durante las primeras dos décadas de este siglo pretende reconciliar dentro de sí a elementos de las tres tendencias ideológicas mencionadas, aunque inclinándose en la práctica por el reformismo oportunista de su líder máximo, Luis Muñoz Rivera. Esta política contemporizadora significó una tendencia a una concesión tras otra a la metrópoli, a cambio de reformas puramente políticas tales como la que se logra con la segunda ley orgánica a que ya hice alusión. Como consecuencia de ello nuestro primer gran líder independentista de este siglo, José de Diego, concibe la necesidad de la formación de una organización netamente independentista, aunque su muerte prematura (1918) impide la fruición de sus propósitos libertadores.

De Diego, aunque militaba dentro del Partido Unión de Puerto Rico junto a Muñoz Rivera, seguía también la vía reformista, pero sus metas eran claras: la independencia de Puerto Rico sería la finalidad última hacia la cual debía dirigirse nuestro pueblo. De contenido netamente nacionalista, su prédica fue radicalizándose con los años, aunque nunca llegó a propugnar en forma abierta —como lo haría más tarde Albizu Campos— la vía insurreccionaria como camino para la liberación de Puerto Rico. En 1920 un grupo de patriotas puertorriqueños funda el Partido Nacionalista Puertorriqueño, constituyéndose así por primera vez en la historia de Puerto Rico un partido dedicado exclusivamente a la lucha por la independencia de la isla. La idea de De Diego ha cobrado concreción institucional.

Es necesario señalar, sin embargo, que es esta una agrupación sin una base popular abarcadora de los grupos y sectores más explotados por el sistema imperialista mundial. Por el contrario, las masas obreras y campesinas se aglutinaban mayormente alrededor del Partido Socialista, organización fundada a fines del siglo pasado por el líder obrero Santiago Iglesias Pantín. Es muy importante entender este proceso de divergencia creciente entre la lucha social reivindicadora de los intereses del pueblo y la lucha por la independencia. La agrupación fundada por Iglesias es, para comenzar, de carácter anexionista, siguiendo de cerca la línea del reformismo obrero propugnado por Samuel Gompers en los Estados Unidos. De hecho el movimiento obrero en Puerto Rico nace ya lastreado con la vinculación —más bien la supeditación— al movimiento obrero norteamericano de tipo reformista, hecho histórico cuyas consecuencias para el desarrollo de una conciencia revolucionaria en Puerto Rico no puede bajo ningún concepto empequeñecerse. La lucha independentista, de otra parte, es la bandera de grupos de intelectuales y profesionales y su vinculación con los sectores populares es bastante tenue. En su esfuerzo por contrarrestar la insidiosa propaganda que nos declara incapacitados económicamente para la independencia, los grupos que propugnaban dicha fórmula política se vieron a menudo en el equivocado papel de recalcar el elemento político por sobre el económico. Las masas marchaban así por un lado y los grupos independentistas por otro.

Al resonar por todo el mundo el estrépito de la Gran Depresión la situación en Puerto Rico es extremadamente precaria. La depresión, con su azote despertador de conciencia, logra romper el cerco que separaba a los propulsores de la independencia de las masas populares. Los diez

años que componen la década que va del 1930 al 1940 son decisivos para nuestra historia de pueblo y para el decurso de la lucha por nuestra liberación nacional. Vale la pena que le dediquemos unas cuartillas a este vital periodo histórico.

II. Echando nuestra suerte (1930-1940)

**¿Y Puerto Rico ?
mi isla ardiente,
para ti todo ha terminado.
En el yermo de un continente
Puerto Rico, lúgubremente,
bala como un cabro estofado.**

Luis Palés Matos (1937)

Según lo expuesto anteriormente, Puerto Rico se halla, al filo de la Gran Depresión, bajo las siguientes circunstancias: un gobierno colonial ejercido desde la metrópoli por el congreso norteamericano; concentración de las tierras y de las riquezas en manos de corporaciones norteamericanas; surgimiento y desarrollo del movimiento obrero puertorriqueño en estrecha vinculación y subordinación al movimiento obrero norteamericano de corte reformista; crecimiento y desarrollo de una conciencia independentista dentro de partidos que aglutinaban las tres fórmulas políticas tradicionales (Unión de Puerto Rico) o a través de la formación de un partido con ese único fin (Partido Nacionalista, 1920), pero básicamente desvinculada del movimiento obrero puertorriqueño; continuación de una política contemporizadora y de tipo reformista, inclinada más hacia el autonomismo que hacia las otras fórmulas políticas de parte de los partidos que ejercen el poder dentro de la legislatura colonial (Unión de Puerto Rico, Alianza Puertorriqueña). Muerto De Diego la independencia de Puerto Rico se había convertido en un balón político para la búsqueda de votos. La esterilidad de la política dentro del

constrictivo ámbito colonial se manifestaba en las luchas intestinas por controlar una asamblea legislativa cuyos poderes limitados eran compensados —en la visión estrecha de los políticos de oficio— por el control del presupuesto insular.

En este contexto desmoralizador y desmoralizante nos encontramos al comenzar la década del treinta. Con la proximidad de las elecciones de 1932 el país se halla atravesando por una aguda crisis económica. El descontento entre las masas es grande. La independencia cobra fuerzas. La agitación nacionalista se hace cada vez más patente. Mientras tanto, en la metrópoli la década mencionada verá el acceso de Franklin D. Roosevelt al poder y las reformas del Nuevo Trato no dejarán de tener un serio impacto en la colonia. Nuestro gran poeta Luis Palés Matos expresará su enajenación frente al espectáculo deprimente que le toca presenciar al escribimos acerca de un pueblo que « se muere de nada » y que « lúgubremente, bala como un cabro estofado ». De igual forma expresará su descontento un líder radical que comienza su carrera política en la segunda parte de la década del veinte haciendo prédica socialista y nacionalista. Poeta y periodista, hijo del notable líder político Luis Muñoz Rivera, Luis Muñoz Marín escribe artículos en las revistas y periódicos de la metrópoli y de Puerto Rico condenando al colonialismo y la explotación que padece Puerto Rico a manos de los Estados Unidos. Y en el 1930 el Partido Nacionalista elige presidente de dicha colectividad a un joven abogado y fogoso orador cuya prédica por la independencia de Puerto Rico lleva el sello revolucionario. Frente al independentismo reformista de Muñoz Marín y de otros líderes independentistas de aquel entonces, Pedro Albizu Campos adoptará una postura de intransigencia radical frente al destino de Puerto Rico: su antimperia-

lismo militante abre una nueva página en la historia política de Puerto Rico, historia política que —con la excepción de De Diego en sus últimos años— se había distinguido por la vacilación, la contemporización y el oportunismo político. Creo que no exagero al afirmar que este período de vital importancia para nuestra vida de pueblo no puede entenderse cabalmente sin analizar la gestión histórica de Muñoz Marín y de Albizu Campos desde una perspectiva histórico-social. Veamos.

En el 1932 una coalición compuesta por el Partido Republicano (anexionista) y el Partido Socialista (de igual tendencia) llega al poder en las elecciones celebradas en dicho año. Gobernará hasta 1940. El partido principal de oposición en ese momento lo es el Partido Unionista, partido cuya orientación manifiesta es esencialmente independentista. El Partido Nacionalista, que comparece por primera y única vez a las urnas, no logra elegir un solo representante a las cámaras. Muñoz Marín milita en ese momento dentro del Partido Unionista. Su prédica nacionalista radical se evidencia en su declaración, previa a las elecciones de 1932, en el sentido de que votará por el Partido Unionista y por la candidatura de Albizu Campos. Pero hasta ahí Muñoz Marín en su prédica independentista. Mientras Albizu Campos se lanza a la lucha frontal contra el sistema colonial imperante, Muñoz Marín se acomoda a la vía reformista dentro del orden existente. A partir de 1932 los campos quedarán claramente deslindados: Muñoz Marín se moverá cada día más hacia una solución meliorista, abandonando a partir de 1938 su ideario independentista y limitándose a abogar por un mejoramiento de las condiciones económicas poniendo la cuestión de la condición política de Puerto Rico « entre paréntesis », mientras que Albizu Campos emprenderá el camino insurreccionario que conducirá

a su encarcelamiento en 1936, encarcelamiento que al transcurrir del tiempo se extendería por más de treinta años.

En gran medida el éxito que corona los esfuerzos de Muñoz Marín mediante el triunfo de su criatura: el Partido Popular Democrático (PPD) en las elecciones de 1940, debe entenderse a la luz de lo que le antecede. En primer lugar está el hecho de que Muñoz Marín —a pesar de que su partido se hallaba en la oposición en la legislatura colonial— mantenía estrechos vínculos con la administración de Roosevelt en Washington. Su influencia respecto a algunos programas de ayuda del gobierno federal norteamericano, dirigido especialmente a los grupos más indigentes de la población puertorriqueña, fue de hecho decisiva. Basta leer el libro de Thomas Mathews **Puerto Rican Politics and the New Deal** para percatarse de este hecho. Muñoz Marín tenía acceso directo a la Casa Blanca y su trasfondo « liberal » durante sus años mozos en Greenwich Village fue de gran ayuda para él. Añádase a todo esto el inmenso caudal de popularidad que su prédica le granjeó entre los campesinos y obreros, sobre todo cuando ésta se basaba sobre la tesis de que la independencia vendría tan pronto como Puerto Rico resolviese sus problemas económicos más urgentes.

Albizu Campos, de otra parte, recalca el elemento político por sobre el económico en su intento de destruir la prédica confusionista que posponía la solución de nuestra situación colonial basándose en que ésta debía estar subordinada a la solución de nuestros más urgentes problemas económicos. Guiados por un nacionalismo romántico los nacionalistas puertorriqueños que siguen a Albizu Campos descuidan el proceso lento y trabajoso de organizar las masas populares. De otra parte el liderazgo de Albizu Campos —dado su extraordinario magnetismo personal y su

inclinación hacia el autoritarismo— es esencialmente de tipo unipersonal. El imperio se mueve rápidamente contra él y sus principales seguidores. De hecho su prédica iba ganando demasiados adeptos y ya se estaba convirtiendo en un símbolo de la resistencia sin dobleces al sistema colonial imperante. Varios actos de violencia perpetrados por los nacionalistas alrededor del 1935 convierten a Albizu Campos en un individuo demasiado peligroso para el imperialismo norteamericano. Mientras la mano « liberal » de Roosevelt se extiende para mostrar a Muñoz Marín el camino expedito hacia el poder, se cierra como se había cerrado con Sandino, y Albizu Campos —conjuntamente con todo el alto liderazgo del Partido Nacionalista— va a dar a la cárcel de Atlanta, condenados por « conspirar para derrocar el gobierno norteamericano por la fuerza y la violencia ». En 1938 —dos años antes de tomar el poder su partido— y mientras Albizu Campos languidece en una prisión federal— Muñoz Marín anunciará al pueblo puertorriqueño que la condición política o **status** del pueblo puertorriqueño no estará en discusión en las elecciones de 1940. Con el visto bueno de la metrópoli llega al poder el Partido Popular Democrático bajo el lema de Pan, Tierra y Libertad, donde Libertad quería decir —para la mayor parte de los que siguieron a Muñoz Marín— independencia.

(En sus primeros momentos, el PPD parece haber logrado la síntesis entre las demandas de reivindicaciones sociales y la lucha por la independencia. Pero dicha síntesis no durará mucho. A partir de 1944 el propio Muñoz Marín se encargará de deshacerla.)

Comenzaba una nueva era en la historia política del Puerto Rico del siglo XX. El país continuaba bajo la misma situación económica ya descrita, así como dentro del marco político a que ya hice alusión (Ley Jones de 1917). No obstante, un movi-

miento esperanzador, guiado por una prédica anticolonialista y esencialmente nacionalista asomaba su faz por primera vez en Puerto Rico. Nadie hubiese podido predecir en aquel momento que la coyunda colonial —veinte y pico de años más tarde— sería aun más férrea que la padecida durante las primeras tres décadas de este siglo. Sólo Albizu Campos tuvo la visión sibilina de oponerse a lo que se aproximaba. Pero su voz —encerrada en una ergástula del imperio— ya no podía hacer vibrar como otrora a las multitudes puertorriqueñas. Con la bendición imperialista llega Muñoz Marín al poder en 1940. Nuevas y más sutiles formas de dominación imperial esperan a nuestro pueblo.

III. ¿ La suerte está echada..? (1940-1967)

¿Cómo estás, Puerto Rico,
tu de socio asociado en sociedad ?

Nicolás Guillén
(Canción puertorriqueña)

Con esa incesante repetición de lo trillado que le caracteriza, Muñoz Marín afirma hoy en todas partes que la independencia de Puerto Rico es una imposibilidad. Su propósito evidente —aparte del de desprestigiar la independencia ante los ojos del pueblo puertorriqueño— es la de proveerle una justificación ideológica a su más acariciada « creación » : el « Estado Libre Asociado de Puerto Rico ». En adición, el más prominente ideólogo del colonialismo en el Caribe pretende justificar otra de sus « creaciones » : el « industrialismo por invitación » o programa de « Operación Manos a la Obra », que bajo la dirección de la Administración de Fomento Económico ha dejado muy atrás, como una copia pálida y enclenque de lo existente, aquella dependencia económica que aquejaba a Puerto Rico durante la década del treinta y que el propio Muñoz

Marín había combatido como un ejemplo de « absentismo rampante » para introducir una dependencia económica aún más férrea, aún más abarcadora que la que jamás experimentó la isla durante las primeras cuatro décadas de este siglo. Y para rematar lo antes dicho, el líder puertorriqueño ha extendido su bendición a todo el aparato militar y policiaco —inclusive 13 bases militares entre las cuales hay dos con armamentos termonucleares— que el imperio norteamericano tiene en este su Gibraltar del Caribe.

Los historiadores oficiosos y oficiales del régimen que nos regenta desde el 1940 quieren hacernos creer que en esta fecha comienza una nueva era en Puerto Rico. Y tienen razón. Con la salvedad de que no la tienen por lo que ellos dicen, sino porque en esta nueva era de la historia de Puerto Rico el partido en el poder ha recorrido un camino de 180° en términos ideológicos: de un partido con una ideología progresista —nunca fue realmente socialista— e independentista, el PPD se ha tornado en un partido defensor a ultranza del capitalismo norteamericano y del colonialismo económico y político, mientras ha abandonado categóricamente a la independencia como solución al problema colonial de Puerto Rico.

En el 1944, el PPD obtiene una aplastante victoria en las elecciones. Fortalecido por este hecho, Muñoz Marín comienza su campaña antindependentista. Albizu Campos y el liderado nacionalista se hallan presos. Los restantes han muerto o son perseguidos tenazmente por la policía secreta colonial y norteamericana (FBI). El PPD ha logrado convertirse en un gran movimiento popular que aglutina los sectores campesinos, obreros y profesionales. Bajo el liderado unipersonal de Muñoz Marín el PPD decreta que no se puede ser independentista y pertenecer al PPD al mismo tiempo. En respuesta a dicha aseve-

ración muchos de los independentistas que militaban en el PPD y que habían seguido a Muñoz creyendo que este llevaría al país a la independencia fundaron un nuevo partido, el Partido Independentista Puertorriqueño (PIP), comprometido con la lucha electoral como medio de alcanzar la independencia de Puerto Rico. El Partido Republicano (anexionista) se hallaba en ese momento pasando por una grave crisis que le había debilitado considerablemente.

Las elecciones de 1948 tiene como resultado otro copo para el partido de Muñoz Marín. En este año el Congreso norteamericano concede una de sus dádivas: podemos elegir —luego de 50 años de dominación imperialista— un gobernador colonial puertorriqueño. La autoridad del Congreso en materia legislativa continúa tan irrestricta como bajo las dos primeras leyes orgánicas. El 1948 es además un año en extraño importante por otra razón: Muñoz Marín pone a Teodoro Moscoso en la dirección de la Administración de Fomento Económico y se lanza formalmente la « Operación Manos a la Obra » (Operation Bootstrap). La esencia de esta operación consiste en conceder exención contributiva a las empresas extranjeras (léase norteamericanas) que se establezcan en la isla por un periodo de hasta 17 años, proveer a dichas empresas de todas las facilidades —tales como carreteras, edificios, fuerza hidroeléctrica, etc.— necesarias para que puedan funcionar eficazmente, y brindarles un mercado de mano de obra abundante y barato. La « salvación » de Puerto Rico afirmaba —y aún afirma— Moscoso, consiste en abrir al país sin limitaciones de clase alguna a los inversionistas norteamericanos. El resultado de esta política ha sido la entrega precipitada de nuestro patrimonio nacional a los intereses de los grandes inversionistas norteamericanos. No hay duda de que

el sueño lúbrico del imperialismo norteamericano sería el de convertir a la América latina en un continente donde sus gobernantes emprendiesen una « Operación Manos a la Obra ». Como caso extremo de penetración imperialista, Puerto Rico es el caso límite hacia donde deben mirar los pueblos latinoamericanos. El otro es Vietnam...

Pero el 1948 es significativo aún por otro motivo. En 1947 Albizu Campos regresa a Puerto Rico luego de haber cumplido una condena de diez años en la prisión de Atlanta, Georgia. Los estudiantes universitarios le invitan a hablar en la Universidad en 1948. El rector de la Universidad, Jaime Benítez, niega el permiso amparándose en el carácter « político » de la actividad. Los estudiantes se declaran en huelga. Benítez —con la anuencia de Muñoz Marín— hace invadir la Universidad de policías y cierra las aulas. Más tarde expulsa a más de cien estudiantes huelguistas y a varios profesores. La « calma » es restaurada a través de la intervención policiaca del recinto. El movimiento estudiantil universitario es emasculado y la lucha estudiantil es retrasada —con el beneplácito del PPD— por más de dos décadas. Ya en su primera actuación electoral el PIP logra un total de 60 000 votos, convirtiéndose en el segundo partido importante de Puerto Rico. La campaña antindependentista de Muñoz Marín se torna más virulenta ante este hecho.

Con el retorno de Albizu Campos la lucha independentista vuelve a plantearse en lucha electoral versus lucha insurreccional. Dos años más tarde, el 28 de octubre de 1950, los nacionalistas atacan contra el gobernador Muñoz Marín e intentan tomar algunos pueblos en el centro de la isla. El gobierno de la colonia hace un extraordinario despliegue de fuerza. La represión desatada por la policía estatal

y por la Guardia Nacional —un organismo militar supeditado a las fuerzas armadas norteamericanas— es feroz. Miles de independentistas son detenidos. Albizu Campos es encarcelado nuevamente. Muñoz Marín rehúsa declarar el estado de sitio y informa al gobierno de la metrópoli que la situación se halla bajo control. En efecto el atentado nacionalista —carente de una base popular— es reprimido brutalmente en unos pocos días. Nadie debió llamarse a engaño: la colonia más protegida del Caribe no iba a derrumbarse mediante actos de gran heroísmo —pero que no se asentaban sobre una base amplia de carácter popular. En realidad lo que los nacionalistas pretendieron impedir mediante el tronar de sus pistolas era que se perpetrara el primero de los grandes fraudes que Muñoz Marín tenía reservado para nuestro pueblo. En 1950 el Congreso norteamericano aprobó una ley —conocida como Ley 600— donde se autorizaba a los puertorriqueños a redactar una constitución. Pero esta « constitución » dejaba intacto el poder que el propio Congreso de la metrópoli tenía en materia de legislación para Puerto Rico, dándose así el enorme despropósito de una « Convención Constituyente » donde el pueblo puertorriqueño carecía de los poderes más elementales para regir sus propios asuntos sin interferencia de la metrópoli. Es decir, que la Ley 600 y la Constitución del « Estado Libre Asociado de Puerto Rico » aprobada en 1952 era un hábil juego mediante el cual se pretendía borrar —mediante un nombre pomposo— la condición colonial de Puerto Rico. En realidad había razones más profundas aún determinantes de este curso de acción. La ONU andaba ya pidiendo la descolonización de los territorios dependientes. Los Estados Unidos —que en aquel momento controlaban a la ONU aún más que lo que la controlan hoy— fueron ante el alto organismo inter-

nacional en 1953 y lograron una resolución favorable a sus intereses : de acuerdo con esta resolución Puerto Rico era un país con « gobierno propio » y los Estados Unidos no estarían obligados en lo sucesivo a rendir informes a la ONU sobre la isla. De nada valió la argumentación en contra de los países socialistas y neutralistas ni la de la oposición independentista en Puerto Rico. Al aprobarse la Constitución del ELA mediante referéndum en 1952, el paso dado por los Estados Unidos ante la ONU servía para remachar —confiriéndole legitimidad— al **status** colonial de Puerto Rico.

De ahí en adelante la situación de la isla no ha cambiado. El decantado gobierno propio se limita a facultades puramente locales, pero el Congreso de los Estados Unidos se reserva los poderes básicos sobre áreas tan vitales de nuestra vida colectiva como : reclutamiento militar (los jóvenes puertorriqueños están obligados a servir en las fuerzas armadas norteamericanas y, de no hacerlo, pueden recibir pena de prisión por 5 años) ; defensa (los norteamericanos tiene 13 bases militares en la isla —dos de ellas termónucleares— y el Pentágono es el más grande latifundista que tenemos, ocupando más de 100 000 acres de nuestra tierra cultivable) ; policía secreta (el FBI y la CIA funcionan con autorización del Congreso norteamericano en Puerto Rico) ; aduanas ; correos ; inmigración (no somos los puertorriqueños quienes determinamos quien entra y quien sale de la isla) ; salarios mínimos ; marina mercante (Puerto Rico no tiene marina mercante y sólo puede transportar sus mercancías en barcos de matrícula norteamericana) ; comunicaciones (todo programa de radio o televisión tiene que ser aprobado por la Comisión Federal de Comunicaciones en Washington) ; relaciones internacionales ; aeronáutica civil ; etc.

De la manera más sucinta posible describió este « poder ilimitado » del Congreso Yamil Gadib en su testimonio ante la Comisión para el estudio del **status** político de Puerto Rico, en representación del Congreso Puertorriqueño Anticolonialista. Cito la parte relevante de su ponencia :

« En virtud de ese poder ilimitado, el Congreso recluta nuestras juventudes y las envía a la guerra, determina quiénes pueden entrar y salir de nuestro territorio mediante las leyes de inmigración y emigración ; mantiene aquí un tribunal federal que procesa y enjuicia a puertorriqueños bajo leyes federales ; controla la radio y la televisión y sin su anuencia no puede erigirse en nuestro país una torre emisora ni enviarse o recibir mensaje alguno a través de estos medios de comunicación. Censura libros y obras de arte a través de sus agentes en las aduanas federales ; controla nuestro comercio y nuestra economía mediante el monopolio, hasta donde es posible hacerlo, como mercado consumidor. Mantiene un absoluto e increíble control sobre los fletes marítimos y aéreos entre Estados Unidos y Puerto Rico que le impone a nuestro país un sobreprecio calculado entre 40 y 50 millones de dólares anualmente.

Interviene con exclusividad en las leyes sobre quiebra, naturalización y ciudadanía. Mantiene poder ilimitado de expropiación de nuestras tierras y nuestras propiedades, y aunque pudiera alegarse que ese poder no lo ha ejercido siempre en forma abusiva, el hecho de no existir limitación alguna a este respecto, es inequívoca señal de que nuestro territorio y nuestra riqueza están a merced y siguen siendo posesión y pertenencia de los Estados Unidos. Controla la delegación aérea y marítima. Dirige con exclusividad las relaciones exteriores. Nos prohíbe fijar nuestros propios aranceles por el artículo 3º de la Ley

de Relaciones Federales, reservándose para sí la única arma que podríamos esgrimir para proteger nuestras empresas de producción contra competencias ruinosas de los poderosísimos productores de Estados Unidos, llevándonos a la paradójica situación de que un país pobre compre a los precios del país más rico del mundo ; a que en el intercambio de mercadería tengamos anualmente una balanza desfavorable para nosotros en una suma que fluctúa entre 250 y 300 millones de dólares y que nuestra balanza de pago haya sido, sistemática y endémicamente, adversa a Puerto Rico desde que los norteamericanos pusieron pie en nuestro suelo.

Mantiene el Congreso control sobre la industria azucarera. No nos permite intervenir en los tratados comerciales que negocia Estados Unidos con otros países, ni aún en aquellos aspectos que nos afectan adversamente ; controla correos y moneda y establece las determinaciones fundamentales sobre las normas que rigen en el negocio bancario. Cubre tierra, mar y aire puertorriqueños con su ejército marina y aviación sin siquiera tomarnos el parecer ni el consentimiento para encubrir las apariencias de un sistema que tiene la pretensión de ser democrático.

Puede sostenerse, en fin, que está en manos del Congreso de los Estados Unidos casi todo lo que directa o indirectamente afecta la vida de Puerto Rico. »

Luego de esa exhaustiva enumeración de facultades no creo necesario añadir nada. Dejo al lector perspicaz el juicio que le merezca el gobierno propio de que disfruta nuestra isla.

Esta carencia de poderes, esta indefensión casi absoluta a que nos condena el coloniaje marcha de la mano —no podría ser de otra manera— con la explotación económica de Puerto Rico por los capitalistas norteamericanos. Como se verá a conti-

nuación, la dependencia económica de la isla es de tal naturaleza que aun economistas no independentistas se han visto obligados a dar la voz de alerta.

Como indiqué anteriormente, el programa de industrialización de Fomento es un programa que tiene como base la concepción de una exención contributiva a todas las empresas que se establezcan en Puerto Rico por un periodo que puede durar hasta 17 años. En el 1966 el 78 % de estas empresas eran norteamericanas. El rendimiento neto de estas empresas es astronómico, como podrá apreciarse por el hecho de que su aportación a la economía puertorriqueña —y así lo admite el propio gobierno colonial en su propaganda— es esencialmente la de los salarios que éstas pagan a los obreros en sus fábricas. Los dividendos que estas empresas pagan a sus accionistas superan por mucho lo que empresas equivalentes pagan por sus operaciones en otros países del mundo. Un organismo oficial, la Junta de Planificación, nos indica en su **Informe Económico al Gobernador para 1966**, y al referirse al hecho de que en Puerto Rico no existe una « generación espontánea de ahorro », que « en la distribución funcional de los ingresos predominan fundamentalmente los salarios, las transferencias unilaterales (por ejemplo, compensaciones del Seguro Social o el sistema de desempleo) en contraposición con el pago de dividendos e intereses y otras retribuciones de capital. Hay una razón principal que produce estos resultados : **la gran parte de las ganancias industriales que aunque se originan en Puerto Rico salen fuera y no afluyen como en otros países a las unidades familiares en forma de dividendos.** » (El subrayado es nuestro.) Traducido al lenguaje corriente esto quiere decir que los inversionistas norteamericanos sacan de Puerto Rico más —mucho más— de lo que invierten. De la misma fuente logramos la

siguiente información: en 1965 el rendimiento de capital de Puerto Rico en el exterior fue de 26,9 millones de \$, mientras que el rendimiento de capital del exterior en Puerto Rico fue de 238,9 millones de \$. Por ende la salida neta en términos de rendimiento de capital fue de 212,0 millones de \$ en 1965.

Otro tanto puede decirse respecto al capital financiero. Citamos otra vez fuentes oficiales. En 1960 la deuda externa financiera neta de Puerto Rico, es decir, después de haber deducido el capital en manos puertorriqueñas pero invertido afuera en valores, era de 573 millones de \$ mientras que en 1965 era de 1 280 millones de \$: los intereses totales externos en 1965 fueron de 44,9 millones de \$, y se espera que para 1975 estos intereses suban a 241 millones de \$. Como dice el Informe citado, « sólo en concepto de intereses la economía de Puerto Rico pagará una cantidad neta equivalente al 3,3 % de la producción nacional », aunque no dice que estos intereses irán a engrosar los abultados bolsillos de los bonistas de Wall Street. No obstante, el Informe al Gobernador dice más adelante: « En Puerto Rico de cada 100 millones de \$ de deuda total pública, 95 millones de \$ se deben al exterior y sólo 5 millones de \$ están en manos de acreedores locales. »

De lo dicho puede notarse claramente que se trata no únicamente de una continua y persistente emigración de nuestra riqueza hacia la metrópoli, sino también de que el capital financiero norteamericano extrae de nuestro país enormes cantidades de dinero por concepto de intereses que nunca más vuelven a la isla. Luego no debe extrañar a nadie que en 1965 el secretario de Comercio de Puerto Rico afirmase que nuestra balanza de pagos arrojaba un saldo desfavorable para nuestro país de 228 millones de \$. Puerto Rico se halla en un proceso precipitado de descapitaliza-

ción que de continuar nos dejaría sin fuentes nacionales de formación de capitales y que es un corolario lógico del acelerado proceso de entrega de nuestro patrimonio nacional a intereses norteamericanos. He ahí el fruto más amargo del colonialismo desembozado de la era de Muñoz Marín.

A todo esto el gobierno colonial replica que la isla tiene actualmente un ingreso **per capita** de aproximadamente 900 \$ anuales. Pero lo que no dicen es cómo queda distribuido ese ingreso. En 1960, y tomando como base el censo del gobierno federal norteamericano, el 47,9 % de las familias puertorriqueñas recibía menos de 1 000 \$ de ingreso al año, mientras que el 31 % de las familias recibía menos de 500 \$ al año. Esto —bueno es añadir— dentro del marco de una economía donde el costo de vida es considerablemente mayor que el costo de vida en la metrópoli. José Luis Vázquez Calzada, prominente demógrafo puertorriqueño, acaba de publicar un trabajo donde afirma que si tomamos como criterio de la pobreza el de 3 000 \$ anuales por familia —que es el imperante en la metrópoli— el 60 % de las familias puertorriqueñas caerían bajo esa clasificación. (Nótese la desigual comparación entre los criterios de « pobreza » en un país altamente industrializado y los que deben utilizarse en un país subdesarrollado como el nuestro.) Pero la situación es aún peor si tomamos en consideración como queda distribuido el ingreso en Puerto Rico. El doctor Vázquez nos informa en su estudio que el 20 % de las familias más adineradas recibían el 51,1 % del ingreso personal total en 1963, mientras que en el extremo opuesto el 20 % de las familias más pobres recibieron sólo el 5 % del ingreso personal total. La situación de la pobreza imperante en Puerto Rico es hasta tal punto alarmante que el gobierno colonial se vio precisado a suprimir un

informe sobre la pobreza en Puerto Rico que le fue solicitado al economista norteamericano Herman Miller. Copia de dicho informe —obtenido clandestinamente por el Movimiento Pro Independencia— demuestra cuán hueco es el decantado « progreso » de Puerto Rico, no empece su papel de « vitrina » para el mundo latinoamericano. El gobierno colonial y el de la metrópoli continuamente manipulan las estadísticas para demostrar que el « paraíso » puertorriqueño es muy superior al « infierno » cubano.

Otro aspecto importante de la condición colonial de Puerto Rico es el desempleo. Las cifras oficiales son en el sentido de que el desempleo en Puerto Rico es de un 12 % a un 14 % de la fuerza obrera. Sin embargo el economista norteamericano Hugh Barton —un funcionario de gobierno local— llegó a afirmar en unas vistas celebradas en el Congreso norteamericano el 3 de enero de 1966 que en Puerto Rico el desempleo alcanzaba la astronómica cifra de 30 % de la fuerza de trabajo. Este es uno de los más ricos venteros de explotación de que dispone el imperialismo norteamericano en Puerto Rico: la superabundancia de fuerza de trabajo y un « ejército de reserva » de trabajadores que ellos pueden escoger a su antojo. Dejemos que hable en ese sentido el **Wall Street Journal** del 27 de diciembre de 1966, toda vez que este reportaje refleja cómo el inversionista norteamericano ve a Puerto Rico en términos de posibles inversiones. « La alarmante tasa de desempleo », dice el portavoz de **Wall Street**, « que se estima entre un 12 y un 30 %, está ayudando a atraer las industrias de los Estados Unidos en lo que puede considerarse un record, dada la escasez laboral que afecta a nuestro país. » Pero ésta no es la única razón por la cual estas industrias han iniciado su carrera hacia Puerto Rico. El artículo añade que: « De una parte, los impuestos personales

y sobre la propiedad, además de los arbitrarios y pagos por licencias, son suspendidos a menudo por un periodo de hasta 17 años, dependiendo del producto de una compañía y de cuanto ésta ayuda a la industrialización del área. En adición, el gobierno puertorriqueño concede subsidios generosos para todo, desde transportación hasta entrenamiento. » El lector juzgará por qué la « Operación Manos a la Obra » es tan célebre y celebrada entre los círculos industriales y financieros de la metrópoli.

No cabe duda de que para sostener toda esta estructura económica la metrópoli le da algo a su colonia más « pacificada ». Cuando el vicepresidente Humphrey vino a Puerto Rico el año pasado, nos recordó que los Estados Unidos habían gastado 350 millones de \$ durante el 1965, contribuyendo así al éxito de nuestra « revolución pacífica ». Esto quiere decir que en sus diferentes programas para construcción de carreteras, hospitales, escuelas, etc. —para hablar sólo de los que gastan aquí en asuntos pacíficos— el gobierno federal invierte en nuestra isla aproximadamente 1 000 000 de \$ por día. Si tomamos en consideración lo que extraen del país tanto sus empresas como sus bancos —para no hablar del hecho de que el Pentágono no paga por el uso de los 100 000 acres que ocupa de nuestro territorio ni un solo centavo al gobierno colonial— no podemos sino concluir que esta ayuda —dado lo que reciben a cambio— es en verdad irrisoria. Pero hay algo más. Los Estados Unidos tienen otra forma de subvencionar nuestra economía. Se trata del programa de alimentos excedentes que el pueblo agudamente ha bautizado con el nombre de « mantengo ». Pues bien, de acuerdo con estadísticas dadas a la publicidad por el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos 901 502 personas recibieron excedentes de alimentos en 1966.

Siendo la población de Puerto Rico de dos millones y medio (aproximadamente) puede notarse que 1 de cada 2,5 personas en Puerto Rico se ven forzados a aceptar excedentes alimenticios del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos. Como en la India y otros países, este hecho es convertido en capital político por los que confieren la « dádiva ».

(Nuestro país tiene además la « buena fortuna » de haber sustituido a La Habana como centro turístico del Caribe. Además de la mafia, la prostitución, las drogas y la disolución de nuestra cultura autóctona, fuimos visitados en 1966 por un total de 723 500 turistas que gastaron 139,6 millones de \$ como parte de nuestro programa turístico. Ese es otro renglón importante en nuestra economía subvencionada.)

Según la clásica tesis de Lenin, el imperialismo como fase superior del capitalismo se caracteriza por cuatro cosas : ocupación e intervención de un país por otro más avanzado industrialmente ; explotación de la materia prima del país intervenido para beneficio del país imperialista ; apertura de un mercado para los productos manufacturados excedentes de la metrópoli ; aprovechamiento de una mano de obra barata y abundante que sirva para compensar el relativo mejoramiento de la clase obrera dentro de la metrópoli. La tesis de este artículo —como lo indica su título— es que Puerto Rico es una colonia en el sentido clásico y, como tal, capaz de enmarcar perfectamente dentro de los criterios establecidos por Lenin.

El lector habrá captado sin duda a lo largo de este artículo cómo Puerto Rico sigue siendo un país intervenido militar, económica y políticamente por los Estados Unidos. Mientras en otros países se habla de neocolonialismo aquí hay que hablar de colonialismo, punto. En cuanto a Puerto Rico como mercado la cuestión es inaudita. Somos el quinto consumidor de los Esta-

dos Unidos **en el mundo entero.** Aunque suene increíble este pequeño país consume más productos norteamericanos que Brasil, Venezuela o México, para mencionar sólo a países latinoamericanos. En cuanto a mano de obra abundante y barata ya hemos visto cuál es la situación. Baste con decir que aquí los salarios son mucho más bajos que los que paga la metrópoli a sus obreros.

Quedan las materias primas. Y aquí nos confrontamos con que un mito ha sido propagado desde hace mucho tiempo dirigido a señalar nuestra pobreza de materias primas como fuente de nuestra pobreza. ¡ Como si la caña de azúcar, el café y el tabaco no fuesen materias primas ! Pero todo el andamiaje del mito se ha venido abajo con el descubrimiento de ricos yacimientos de cobre —cuyo rendimiento se calcula en 3 millones de \$— así como el nickel y cobalto —que se calcula rendirán también 3 millones de \$. Por mucho tiempo el gobierno colonial mantuvo en secreto esta información. Cuando la dieron a la publicidad ya habían hecho acuerdos secretos con la Kennecott y otras grandes compañías mineras norteamericanas para ceder a éstas el monopolio de la explotación cuprífera en Puerto Rico. La magnitud de esta transacción es uno de los casos más escandalosos de entrega del patrimonio nacional que se halla realizado en país alguno. Baste con indicar que el ingeniero Gerardo Navas Dávila —que fue expresamente a Chile para estudiar cómo funciona la industria del cobre allí— estima que de una inversión total de 100 millones de \$ las corporaciones mineras que explotarán estos yacimientos derivarán ganancias netas de 2 019 000 000 de \$ (dos mil diecinueve millones). De todo esto el gobierno puertorriqueño sacará la irrisoria suma de aproximadamente 75 millones de \$ —sin contar el costo de las tierras baldías y de la contaminación

del aire y del agua que esto traerá como consecuencia. Es de esperarse que algo similar suceda con los yacimientos de níquel y cobalto.

Actualmente el programa de Fomento se ha concentrado en el establecimiento en Puerto Rico de industrias pesadas. Esto es lo que se gesta en este momento: el establecimiento en nuestra isla de gigantesas compañías refinadoras de petróleo y de sus derivados, traídas aquí con permiso especial del Departamento de lo Interior de los Estados Unidos. Ya la Phillips Petroleum, y la Commonwealth Oil se han establecido en Puerto Rico. Hay otras —Unión Carbide, Sunoco— esperando su oportunidad para coger su tajada. Las ganancias de estas corporaciones son fabulosas; como era de esperarse. Basta con señalar que la Commonwealth Oil Refining —que cuenta a Teodoro Moscoso entre sus accionistas y ejecutivos— informó ganancias netas para el trimestre que acaba de finalizar de 4 millones de \$. Ello quiere decir que esta compañía —si sigue en este ritmo— podrá informar ganancias netas, para sus accionistas, libres de impuestos, de 16 millones de \$ anuales.

Creo que no es menester remachar lo ya expuesto. Vale la pena cuando hablamos de esto recordar una frase de Albizu Campos: «A ningún imperio conviene ejercer su poder directamente, sino que utiliza para ello a los naturales de país intervenido.» Así ha sido en el caso de Puerto Rico. La situación increíble de nuestro país a estas alturas del siglo XX debe entenderse en el contexto de aquellos «naturales del país intervenido» que se han puesto al servicio del imperio que nos regenta. Luis Muñoz Marín y toda la generación que le acompaña en el uso y abuso del poder en Puerto Rico son los responsables ante la historia por lo que está sucediendo en Borinquen. El imperialismo norteamericano no se ha visto obligado

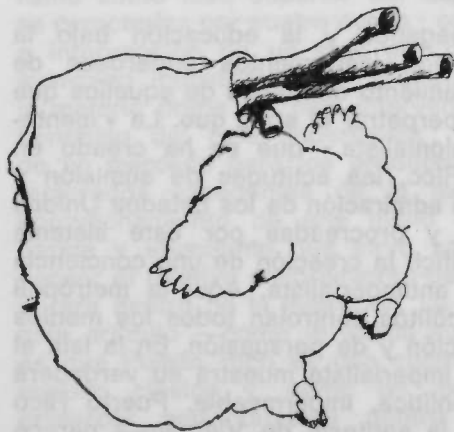
a intervenir directamente con su fuerza militar en Puerto Rico —no tiene que repetir lo que ya hizo en 1898— porque ha encontrado líderes en Puerto Rico dispuestos a hacerles el trabajo. La táctica de la metrópoli es vigilar de cerca a todos los independentistas a través de su FBI y CIA pero sin mostrar su mano muy directamente. Por medio de una política de miedo, coaccionan a los más pusilánimes y silenciosos mediante prebendas económicas a los más vulnerables. El verdadero propósito que les anima es destruir las últimas fuentes de resistencia del pueblo puertorriqueño para entonces anexar a Puerto Rico a los Estados Unidos como un Estado de la unión norteamericana. El Partido Popular de otra parte en encarga de manipular la opinión pública para lograr una mayoría en unas elecciones coloniales que a nada conducen.

La propaganda y la educación bajo la colonia son instrumentos poderosos de adoctrinamiento en manos de aquellos que desean perpetrar el *statu quo*. La «mentalidad colonialista» que se ha creado en Puerto Rico, las actitudes de sumisión y de ciega admiración de los Estados Unidos creadas y procreadas por este sistema hacen difícil la creación de una conciencia popular antimperialista. Aquí la metrópoli y sus acólitos controlan todos los medios de coacción y de persuasión. En la isla el sistema imperialista muestra su verdadera faz monolítica, impermeable. Puerto Rico —como la antítesis de Vietnam— parece ser la respuesta al sueño norteamericano de un país perfectamente «pacificado». La nueva lucha independentista, iniciada por el Movimiento Pro Independencia (MPI) ante la debacle del PIP en las elecciones de 1960 y del 1964, es la más eficaz respuesta del pueblo puertorriqueño al reto de la «pacificación». Aunque operando bajo las condiciones más adversas posibles el MPI ha logrado crear un movimiento

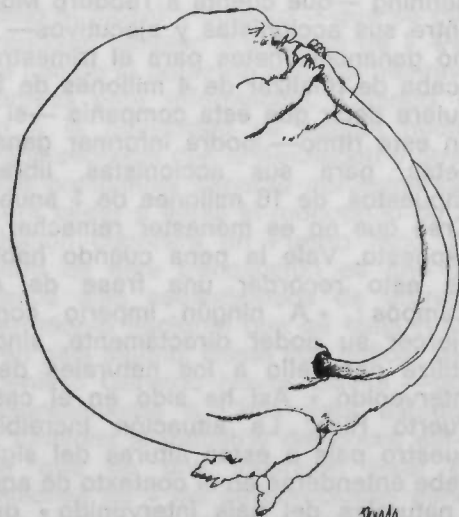
vigoroso y bien organizado que plantea la solución del problema puertorriqueño desde una perspectiva radical. Los independentistas son la única fuerza que se rebela contra el imperialismo norteamericano en Puerto Rico. Pero es necesario lograr una más amplia base popular, conseguir el apoyo de los campesinos y obreros puertorriqueños para lograr la liberación nacional de Puerto Rico. La independencia de Puerto Rico es la única esperanza que queda para el pueblo puertorriqueño si es que este no quiere ser absorbido totalmente por la penetración del imperialismo norteamericano en connivencia con sus sirvientes nativos.
A los hermanos de España y a la América

Nuestra que sufre como nosotros frente a un mismo enemigo le recordamos las palabras pronunciadas por Albizu Campos en 1926 : « Nuestra situación dolorosa bajo el imperio de Estados Unidos es la situación que pretende Norteamérica imponer a todos los pueblos hermanos del continente. Nuestra causa es la causa continental. » Y les exhortamos también a parafrasear la frase del Apóstol Martí haciéndola aplicable a Puerto Rico : « Para el Puerto Rico que sufre, nuestra primera palabra. »

San Juan de Puerto Rico
1° de mayo de 1967



Pineda



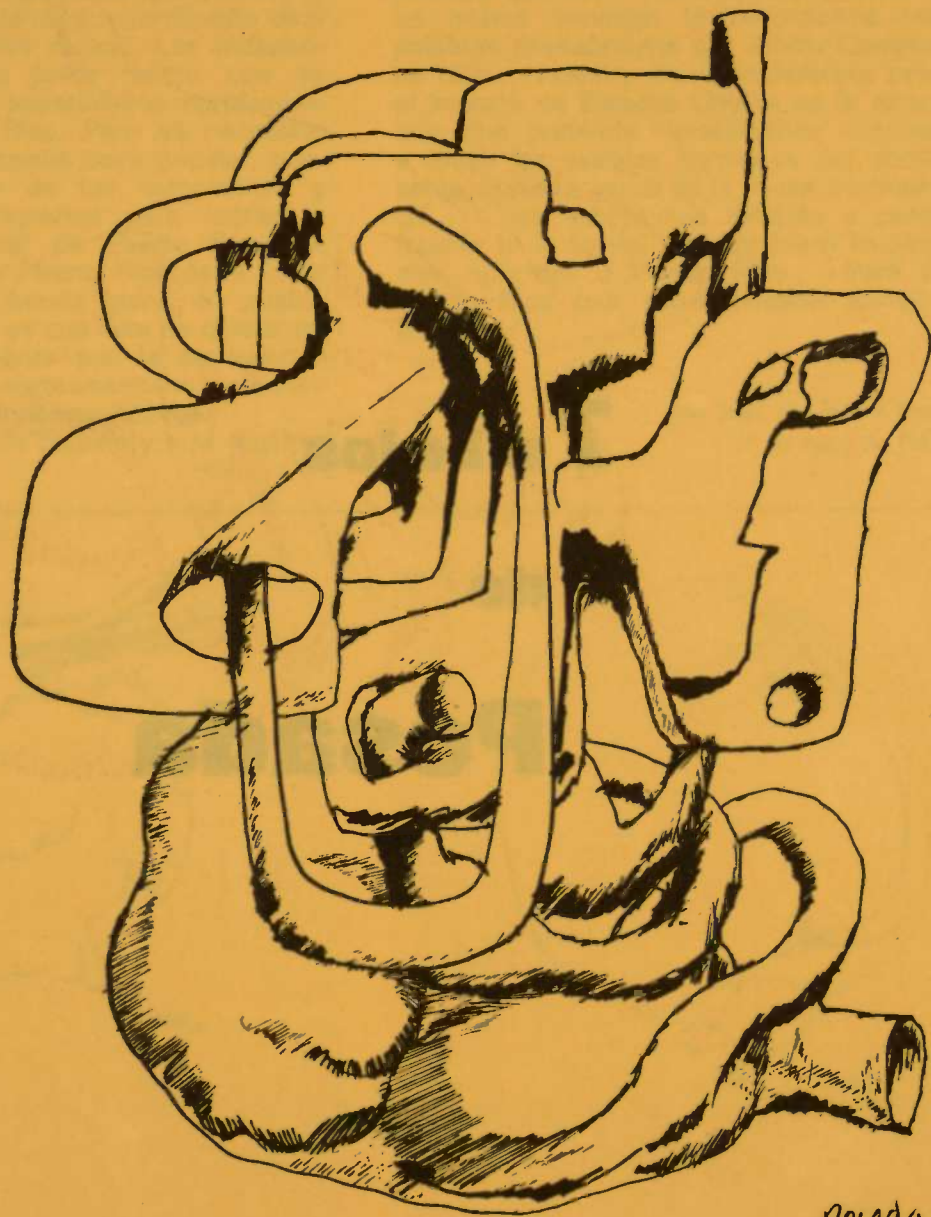
Pineda

A faint pencil sketch of a face with curly hair is visible in the background of the page. The sketch is centered and occupies most of the page's width and height. The lines are light and somewhat sketchy, suggesting a preliminary drawing or a light pencil sketch. The face has a prominent nose, a wide mouth, and thick, curly hair that frames the face. The overall style is simple and expressive.

7 dibujos

de

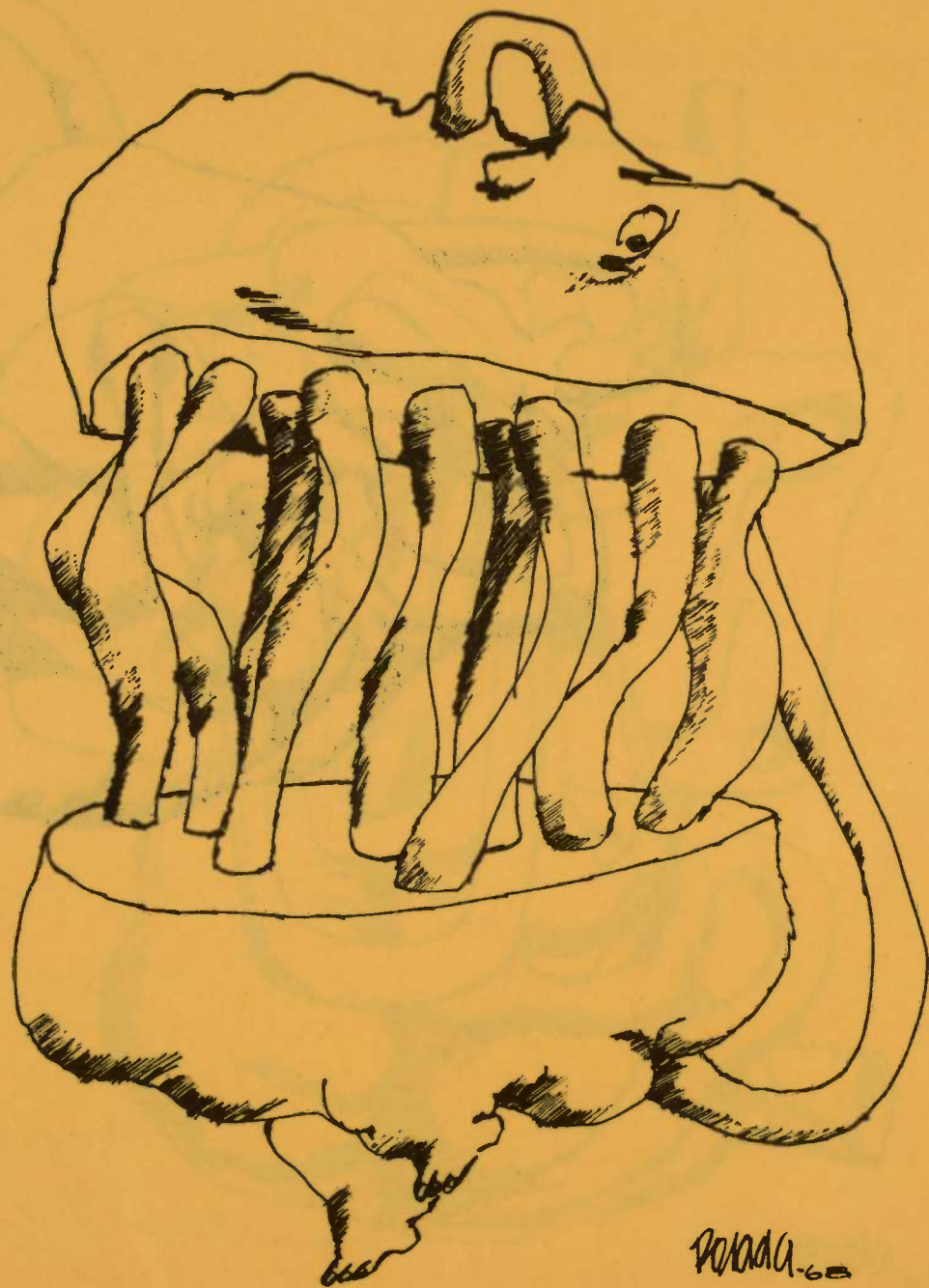
Posada



PONDA 68



PONDG-68.



PORADA-68



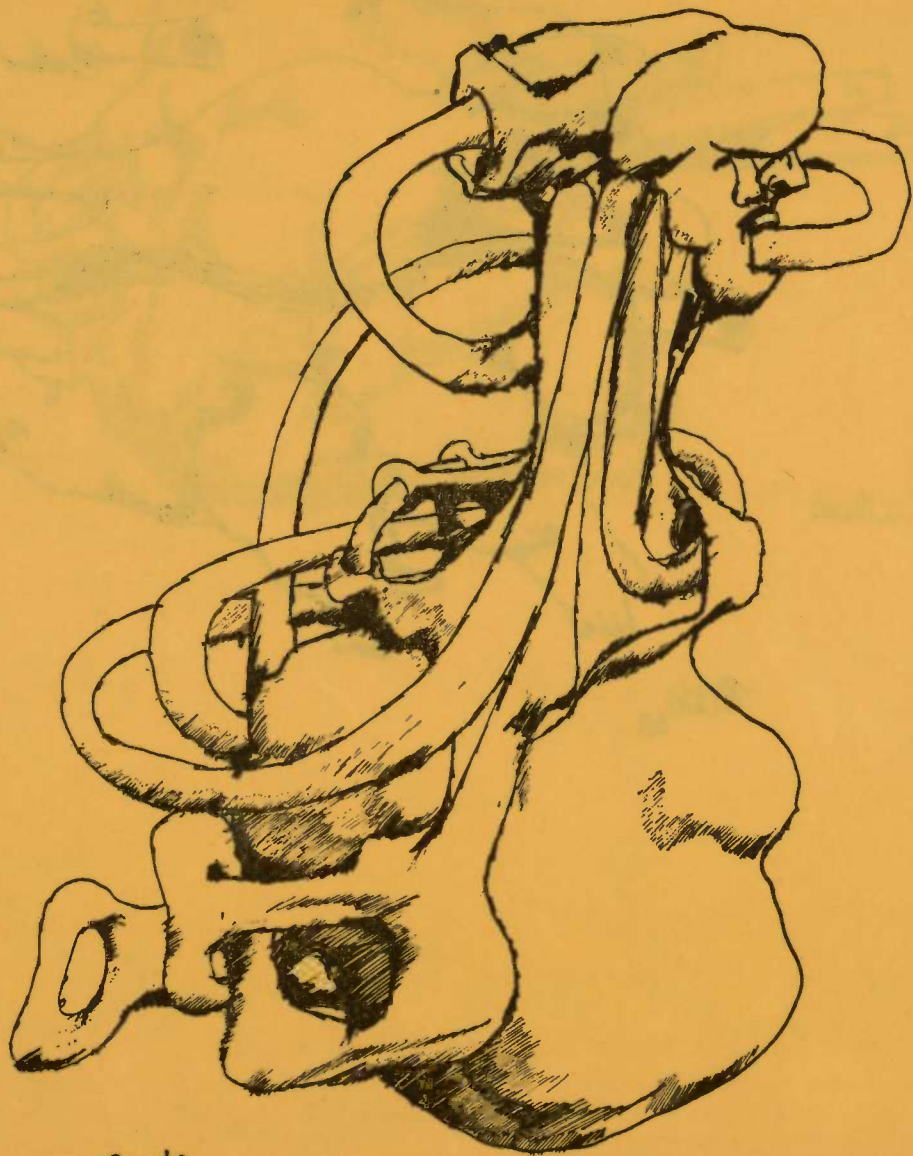
Porada
68.



Ponacki. ee



Rocca 68



Wada. 68

Un término

Conocer no es lo mismo que saber.
Quien aprendió escuchando ; quien padeció o gozó ;
quien murió a solas.
Todos andan o corren, mas van despacio siempre
en el viento veloz que ahí los arrastra.
Ellos contra corriente nadan, pero retroceden,
y en las aguas llevados, mientras se esfuerzan cauce arriba,
a espaldas desembocan.
Es el final con todo en que se hunden.
Mar libre, la mar oscura en que descansan.

El pasado : «Villa Pura»

Aquí en la casa chica,
tres árboles delante, la puerta en pie, el sonido :
todo persiste, o muerto,
cuando cruzo. Me acuerdo : « Villa Pura ».
Pura de qué : del viento.
Aquí ese niño puso
en pie el temblor. Aquí miró la arena
muerta,
el barro como un guante,
la luz como sus pálidas mejillas
y el oro viejo dando
en el cabello un beso
sin ayer. Hoy, mañana.

Las hojas han caído, o de la tierra al árbol
subieron hoy
y aún fingen
pasión, estar, rumor. Y cruzo
y no dan sombra,
pues que son. Y no hay humo.

Velar. Vivir. No
puedo,
no debo
recordar. Nada vive. Telón que el viento mueve
sin existir. Y callo.

Como Moisés es el viejo

Como Moisés en lo alto del monte.

Cada hombre puede ser aquél
y mover la palabra y alzar los brazos
y sentir como barre la luz, de su rostro,
el polvo viejo de los caminos.

Porque allí está la puesta.
Mira hacia atrás : el alba.
Adelante : más sombras. ¡ Y apuntaban las luces !
Y él agita los brazos y proclama la vida,
desde su muerte a solas.

Porque como Moisés, muere.
No con las tablas vanas y el punzón, y el rayo en las alturas,
sino rotos los textos en la tierra, ardidos
los cabellos, quemados los oídos por las palabras terribles,
y aún aliento en los ojos y en el pulmón la llama,
y en la boca la luz.

Para morir basta un ocaso.
Una porción de sombra en la raya del horizonte.
Un hormiguear de juventudes, esperanzas, voces.
Y allá la sucesión, la tierra : el límite.
Lo que verán los otros.

Samuel Feijóo

El soldado Eloy

Eloy nació en el valle de Vega Vieja, de padres campesinos; su madre, una mulata hacendosa y sonriente; el progenitor, un gallego fornido que se jactaba de haber colocado más polines de ferrocarril en la zona de San Juan a Potrerillo que hombre alguno sobre la tierra. Eloy resultó el quinto hijo de una prole que llegaría a nueve.

Desde muy niño Eloy conoció la brega campera. Se vio obligado a trabajar con rudeza, desde el ordeño, a las frías dos de la madrugada, donde tenía que «apoyar» terneros, hasta la guataquea, la aradura, la venta de leche en el lejano pueblo. Poco colegio tuvo Eloy. Su madre le enseñó malamente las primeras letras. Su padre, analfabeto que no se conformaba a su ignorancia, sufría por la carencia de escuela en el valle.

El gallego decía a menudo a su mujer:

—Si los muchachos pudieran estudiar un poco saldrían de esta esclavitud de la pega en el campo... Aquí van a soltar la vida trabajando y no pararán en nada...

Pero no llegaba maestro alguno al valle de Vega Vieja. Si venía la pareja de la Guardia Rural, jineteando gordos caballos, recibiendo saludos y obsequios —un guanajo, un par de pollos— de los amedrentados campesinos, viendo a los rurales con ancestral temor... Si, venía el político de mucha sonrisa y mucho abrazo, buscando votos y prometiendo obras que nunca se realizaban.

Y fue uno de estos políticos, bien vestidos y de doble cara, quien, años después, al ver tras los harapos de Eloy un cuerpo robusto, el mismo de su padre, le propuso a la familia:

—Si me consiguen cien votos en la zona de Vega Vieja se lo acoloco de soldao... Pero dando y dando. Me traen las cien cédulas y se lo acoloco con el Coronel.

Aquella promesa sonó en los oídos de Eloy como lluvia de primavera sobre maíz sediento. Era irresistible. Aunque se opusieron reparos, conociendo la mentirosa boca del político, la familia al fin dispuso criterio.

—Si se coloca de soldao el muchacho está completo. Poco trabajo y un cheque. Ropa y comida libre, y algo del sueldo pa ayudarnos un poco...

Pero al prudente gallego no le gustaba el asunto:

—Ser soldado es la última carta de la baraja. Desde el cabo hasta el teniente lo tratan a la patá... Ahí no va a estudiar nada, ahí se va a achantar, ni se educa ni na, a lo mejor se porta como la mayoría...

Pero nadie le hizo caso. La familia se lanzó a buscar votos y comprometió a medio mundo en Vega Vieja, y más allá de aquellas tierras. El resultado fue sorprendente : más de cien cédulas. El político fue avisado, recogió las cédulas, y pocos días después volvió con el nombramiento de Eloy. Abrazó al joven guajiro, y le dijo, entregándole un sobre :

—Dando y dando. Aquí está tu destino. Toma este sobre y preséntate en la Comandancia de Las Villas.

Satisfecho tras nuevos abrazos a todos, se marchó llevándose al nuevo soldado. Eloy portaba un jolongo chico, conteniendo una muda de ropa interior de lienzo, un par de medias, una camisa y un pantalón de andar. Vestía una guayabera de dril crudo, la de los domingos, y unos pantalones gruesos, con rodilleras bien marcadas a pesar del brillante almidón.

Ya en la Comandancia fue asignado en el Cuartel de Santa Clara. Allí amistó con soldados, campesinos como él, y se adaptó fácilmente a la disciplina del oficio. Y se sintió feliz, orgulloso de su uniforme kaki, de las armas que portaba, que le aseguraban una autoridad nueva. Comprendió su importancia y amó su posición que le sacaba de la miseria y el trabajo sin más destino que un mal bohío y una lucha con la tierra sin recompensa.

Al principio ayudó con algunos pesos a sus padres, a los que fue a visitar con su uniforme nuevo, deslumbrando a la familia y a la vecindad con su rifle y sus arreos de soldado, con botas brillosas y con un cutis que ya había blanqueado.

Eloy era feliz.

Pero el prudente padre gallego le preguntó :

—¿Estudias ?

—Todavía... —le respondió el hijo.

—Mal vas... Así serás un ñame con corbata. Bien vestió y limpio por fuera y por dentro un brutazo...

Se separaron con risas. Y Eloy se fue al cuartel de la ciudad y siguió su vida igual, sin que estudiase, pues padecía de desgano para la lectura, y, además, su vida le era fácil. Como había conocido el valor de un peso, no lo malgastaba. Y siguió ayudando a sus padres hasta que conoció a Eulalia.

El poco dinero se fue hacia ella, en regalos, en convites. Y, una noche, se la raptó. Alquiló cuarto, lo amuebló malamente, y Eloy comenzó entonces a sufrir escaseces económicas. Quería a Eulalia y velaba por que nada le faltase.

Un atardecer, en que salía franco del cuartel, le dijo el teniente Valladares. —No te puedes ir. Mañana vamos a un desalojo en Río Chiquito...

Eloy no comprendió bien el asunto, pero obedeció, como siempre. Primero que nada, así le habían enseñado, a obedecer ciegamente a sus superiores. Envió un recado a Eulalia y se resignó.

Al alba, salieron a caballo a los campos. Al entrar en la naturaleza bravia, de monte y sabana solitaria, brillando al sol mañanero, cantando los judíos, volando las auras, oliente a bejuco y a hoja tierna, Eloy sintió el regocijo de su infancia ; tornaba a lo suyo. El sol del pleno campo le hacía bien. Cabalgó alegre. Tarareó una décima.

A las seis horas de camino llegaron a Río Chiquito.

Allí los vio a la puerta del bohío. Rotos los vestidos, los rostros delgados y secos, los pies descalzos, los niños semidesnudos en los brazos. Los ojos marchitos. Mudos los labios.

El Teniente les dijo :

—Tienen que irse. Están desalojados...

El jefe de la familia le respondió humilde :

—No sabemos dónde ir...

El Teniente los replicó :

—Lo sentimos, de verdad que lo sentimos. Pero la ley es la ley. Tiene que salir...

Un anciano le dijo :

—La ley es injusta. Siempre pagamos la renta...

El Teniente repuso :

—Yo tengo el mandamiento judicial aquí... que es lo que vale. La tierra no es de ustedes y tienen que irse. Vayan cargando los trastes en la carretica porque venimos aquí a hacer cumplir la ley...

Eloy miraba el desalojo, en silencio, turbado. Vio a los delgados brazos hacer esfuerzos para subir a la carreta las destartadas camas de hierro, el escaparate donde faltaban dos tablas al fondo, la mesa de pino, donde el comején roía, tres taburetes, una despintada cunita, bultos de ropa, un arado de madera, la piedra de filtrar el agua, la tinaja... y pensó en su familia, pensó que aquello pudiera ocurrirle también.

Y Eloy se inquietó.

Escortaron a los desalojados hasta una guardarraya de cocoteros, y después que les vieron perderse en un callejón lejano, volvieron al bohío y lo quemaron, según les ordenó el Teniente.

Eloy, con un tizón en la mano, con su piel brillando en el incendio, se turbaba.

En el camino, de regreso, mientras avanzaba al brusco trote de su caballo, ya la naturaleza no le pareció tan bella. Se sintió culpable. Pensó en los campesinos desalojados, en la suerte que les esperaba en campos donde el trabajo no existía. Expuestos al rigor del largo « tiempo muerto »...

Cuando llegó al cuartel, se sentía mal. Y esa noche, en los brazos de Eulalia no halló contento.

Su otra misión desagradable ocurrió en la zafra. Hubo una huelga de obreros, a los cuales no se les pagaban justos salarios. Su destacamento llegó al batey del Ingenio paralizado. Eloy, junto a otros soldados, prendió algunos obreros. Los sacó de sus casas y les hizo subir a varios camiones para su traslado a las cárceles de la ciudad. Los vio de cerca, algunos eran campesinos como él. Se justificaban.

—Estamos en huelga porque no se nos hace justicia...

—Trepn al camión... por las buenas... —les dijo severo el Teniente.

Ningún obrero se resistió ante las armas apuntadas contra ellos. Subieron al camión con la mirada firme. Eloy les vio partir, con cierto escozor en las entrañas.

Ese mismo día patrulló los cañaverales. Rifle en mano andaba por las

guardarrayas, listo a disparar contra cualquier huelguista que pretendiera incendiar las cañas.

Al siguiente día, de posta en un ángulo del batey solitario, se le acercó un niño :

—Guardia, mamá está mala y hay que llevarla al médico. Ayúdeme a levantarla. No hay nadie por aquí. Todos se han ido...

Eloy entró a un rancho y levantó del suelo a una mujer enflaquecida.

—Padece de ataques... —dijo el niño.

—¿ Y tu padre ? —preguntó Eloy.

—Está preso...

Eloy lo miró, inquieto. La mujer desmayada respiró sordamente. Estiró sus miembros. Abrió los ojos. Eloy le preguntó de inmediato :

—Su marido, ¿ dónde está... ?

—Es huelguista. Está preso... —murmuró la mujer.

Eloy miró la choza, vio la miseria, la que él conocía, de su propia choza. Vio el fogón destartado, con su olla de barro, las sillas desfondadas, las camas con su trapos.

—Está preso —repitió el niño.

Eloy engordaba. Su vida le era fácil. No pedía más. Era la suya vida de simple rutina, muy distinta de la ruda labor del campo donde se viera sin ropas limpias, sin buenos zapatos, sin dinero... No hubiera cambiado su condición de soldado por nada en el mundo. El conocía de frente la miseria y sus días desesperados. De allí, de su uniforme y su sueldo no lo sacaba nadie. Ni su Eulalia siquiera. Ni el hijo de dos años quizá. Allí estaba protegido. Allí no había altibajos. Cobrar el cheque, cumplir su rutina y vivir... Ninguna otra idea le preocupaba demasiado. Ni la política, ni los abusos, ni los crímenes. Estaba a salvo. El mundo era así, y él tenía una posición en el mundo, la de soldado. Y eso le bastaba. Pero a veces no olvidaba a los desalojados, al niño del huelguista.

En el mundo que le rodeaba, no le iba todo bien al gobierno. Habían ocurrido levantamientos en las montañas contra sus crímenes. El despotismo obtenía su cosecha natural, y ya los soldados salían a combatir a los rebeldes en los montes. Los días ya no eran quietos. La guerra era una realidad amarga, que tenía que afrontar. Eloy no era cobarde. Eloy sabía obedecer. Eloy fue al frente.

Eulalia le colgó al cuello medallas religiosas. La hizo aceptar un detente con el corazón de Jesús bordado por ella en rojo para que lo resguardara de la muerte, le dio la « oración del Justo Juez » para que la leyera y portara. Y Eloy lo aceptó todo sonriendo. Besó a su hijo al despedirse, y a Eulalia, llorosa, la apretó contra su pecho.

Eloy sabía que los rebeldes luchaban contra un mal gobierno. Se decía : « todos los gobiernos son malos, y con cualquiera tengo que servir ».

Y aceptaba fatalmente su destino. El mundo era muy complicado para él. « ¿ Qué voy a hacer ? » —pensaba. Su Teniente le acompañó a las operaciones de guerra, guiando su destacamento. A los seis días de fatigosa marcha ya estaba en su objetivo.

—Ojalá que esto se acabe pronto —dijo Eloy a su amigo, el soldado

Julián, guajiro como él, mientras se cocinaba el rancho de campaña bajo un yagrumal al pie de una loma.

—Sí... Pero esto va pa largo... Aunque contra nosotros no hay quien pueda. Contra el ejército no se puede...

Eloy sonrió, un tanto tranquilo. El aire soplaba fresco entre las hojas de las yagrumas cobijándoles.

Vio cercanas las cumbres. Divisó las auras volando, altas, como puntos negros que se movían contra un firmamento azul prusia. « Allá arriba —se dijo indeciso— ahí están. »

Al amanecer iniciaron la subida.

Caminaban lentamente. Una avanzadilla se abría paso. Detrás marchaba el grueso de la fuerza, en fila india, bien espaciada, para no dar ventaja a los tiradores ocultos en el monte. Detrás de cada tronco acechaba la muerte. Eso lo sabían bien los cansados soldados.

A las cinco horas de marcha, al pie de un cerruelo, levantaron campamento. Una de las primeras postas le correspondió al soldado Eloy. Se apostó detrás de una roca, ante un valle lleno de palmas y neblinas. A lo lejos se veía el mar, una franja azul pálido.

Su compañero de guardia le dijo :

—A la verdad que ningunas ganas tengo de estar metío por estas bejuqueras...

—Sí. Yo también. Aquí no se me ha perdío na —contestó Eloy.

Y ambos miraron el horizonte, buscando un posible indicio de los rebeldes.

Al anoecer comenzaron los tiros. Nadie durmió bien. Tiros, que venían nadie sabía de dónde. Las postas nerviosas que disparaban. Los nervios tensos.

Al alba continuaron el recorrido fatigoso, de monte en monte, sobre abras, por desfiladeros. Hacía frío, caían lloviznas. Una niebla constante difumaba los árboles. La lluvia en las hojas de los árboles, el fango. Los soldados charlaban entre sí :

—No se ve na.

—¿ Por qué no bajamos ya... ?

—Que vengan otros y que se chiven en esta persecusión...

Al amanecer tuvieron un gran fuego. Un grupo de rebeldes los tiroteó de improviso. Cayeron soldados delanteros, sorprendidos por una balacera que no partía de punto fijo alguno. Eloy los vio pasar, con los rostros pálidos, quejándose.

El Teniente, revólver en mano, se les acercó.

—Ahora nos toca a nosotros ir alante... ¡ Arriba !

Y Eloy fue a la vanguardia.

Un día después entró en batalla. Cuando descendían por un trillo de altas malvalocas las balas les alcanzaron. Cayeron tres compañeros. Eloy disparó al frente, al monte delantero, sin saber a quién. A su lado las ametralladoras abrían fuego a un enemigo invisible : las guerrillas.

El Teniente se les encimó :

—Al monte, vamos a ese monte, ¡ allá dentro están... !

Los soldados avanzaron. A toda carrera. Antes de llegar al monte frontero algunos habían rodado por la yerba. Eloy llegó. Se internó, el rifle

listo a disparar. Pero no veía a nadie. Avanzaba.

Junto a un tronco de yaba lo halló. Era un barbudo, un hombre joven. Yacía pegado al tronco, inmóvil. Eloy se le acercó, cauteloso. Vio la sangre. « Me lo llevo prisionero » —se dijo. Se lo echó en los hombros. Pesaba poco. Era un hombre delgado, el uniforme roto y sucio. Eloy caminó unos cordeles. Se cansó. Cuidadosamente recostó al herido en la yerba mientras cobraba fuerzas. Escuchó. No se oía un disparo ya.

—Tengo sed... Dame agua.

Eloy le apuntó a los ojos. Pero vio en ellos la fiebre y la indefensión.

—Agua...

Eloy le miró. Era un rostro campesino, como el suyo, un rostro sufrido. El herido bebió en la cantimplora que Eloy le tendió.

—Gracias...

—De nada —dijo Eloy.

Y no supo qué hacer.

—Creo que estoy grave —dijo el herido.

—No, no lo estás...

—De ésta no escapo...

Eloy pensó : « si llevo prisionero a este guajiro, de seguro que lo asesinan. El Teniente lo mata. Ya mató a dos sólo porque no supieron decirle dónde estaban los rebeldes ».

—¿ Qué edad tienes... ?

—Diecinueve años —dijo el herido.

Eloy pensó : « si me lo llevo lo mata el Teniente. Lo voy a dejar aquí. Que la suerte lo ayude. De todas maneras no va a vivir mucho porque tiene un balazo de Springfield en la barriga... »

El herido le interrogaba con la mirada. Lo veía pensar. Sabía que su suerte se jugaba.

—Ven con nosotros, soldado, ven...

Eloy no respondió. Dudaba. No quería a su Teniente ni aceptaba al gobierno. Indeciso, no sabía qué hacer.

—Ven con nosotros... —repetía el herido— me cargas y yo te guío...

Eloy se levantó y dijo :

—Te voy a perdonar, eras guajiro como yo. Escápate en cuanto puedas.

—No puedo, soldado, no puedo escapar. Si te vas, mátame, no quiero morir aquí... solo. Llévame donde está mi gente y ven a la revolución...

Eloy no dijo nada. Volvió las espaldas al herido. Salió del montecillo.

—Ya no contábamos contigo —le dijo un soldado amigo—. Nos sorprendieron. Tenemos dos muertos.

Aquella noche ningún soldado durmió. Se esperaba un ataque por sorpresa. Eloy, desvelado, pensaba : « Yo me fuera, pero Eulalia y el hijo... Pero empezar a pasar trabajos ahora... Después que ya estaba asegurado en la vida... A pasar miseria otra vez en los campos... El herido no era malo. ¿ Vivirá todavía ? A la verdad que lo debí haber matado, para que no sufriera más. Pero eso sí que no puedo hacerlo. »

Al amanecer hubo rancho. Eloy separó dos plátanos burros, una laña de

leche condensada, unas galletas. Y, a la primera oportunidad, se internó en el monte.

Allí estaba, más pálido aún. Deliraba con la fiebre.

—Toma, te traigo galletas y plátanos, y una lata de leche...

—Pero el herido no lo reconoció.

Eloy se dijo : « si lo cargo ahora no sé dónde llevarlo. Aunque me quisiera ir con él ya no me puede orientar... »

Se vio rodeado de rifles.

El Teniente gritó :

—¡ Hay que ahorcar a los dos... A los traidores hay que ahorcarlos... !

—Eloy vio las sogas, el lazo. No intentó defensa alguna.

Cuando la tropilla se volvió, un asistente miró atrás a ver si los dos cuerpos ya no se estremecían, y los halló movidos por el ventarrón que bajaba de la Sierra.

El Teniente observó a su confuso asistente.

—El soldado Eloy nunca me gustó —dijo mientras se rascaba una ceja—.

No era hombre seguro...

El asistente calló. Cruzaron un riachuelo, que la fuerte brisa llenaba de arrugas. Cubría sus orillas una fina arena gris. El Teniente se arrodilló ante sus aguas y se remojó la ceja, donde la picadura de un mosquito había levantado escocedora roncha.

España contemporánea

HUGH THOMAS

La guerra civil española

Nueva edición corregida y aumentada

800 páginas

30 mapas

48 F

GERALD BRENAN

El laberinto español.

Antecedentes políticos y sociales de la guerra civil

330 páginas

9 mapas en colores

24 F

MIJAIL KOLTSOV

Diario de la guerra de España

500 páginas

141 documentos fotográficos

33 F

STANLEY G. PAYNE

Falange. Historia del fascismo español

276 páginas

24 F

IGNACIO FERNANDEZ DE CASTRO

De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo

412 páginas

36 F

JUAN MARTINEZ ALIER

La estabilidad del latifundismo

440 páginas

7 mapas

17 documentos fotográficos

42 F

STANLEY G. PAYNE

Los militares y la política en la España moderna

498 páginas

39 F

DANIEL ARTIGUES

El Opus Dei. 1

184 páginas

21 F

ROBERT G. COLODNY

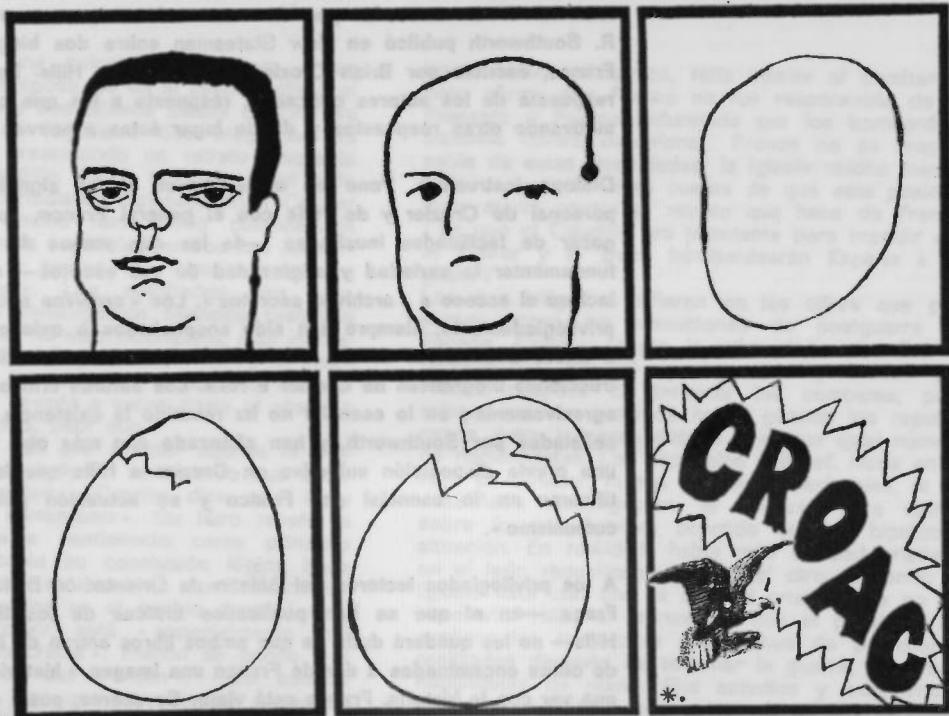
El asedio de Madrid

en prensa

5 rue Aubriot Paris 4

METAMORFOSIS

de MANOLO



*. LA VERDAD ES SIEMPRE ESTUPIDA. M.F.I.

¿Una polémica a la inglesa?

Hace unas semanas las páginas de la revista inglesa *New Statesman* fueron escenario de una polémica que interesará por más de un motivo a nuestros lectores. Fue motivada por la nota crítica que nuestro amigo Herbert R. Southworth publicó en *New Statesman* sobre dos biografías de Francisco Franco, escritas por Brian Crozier y por George Hills. Esta nota provocó la respuesta de los autores criticados, respuesta a las que contestó Southworth, motivando otras respuestas y dando lugar éstas a nuevas réplicas.

Diálogo instructivo. Pone en evidencia un hecho significativo: la amistad personal de Crozier y de Hills con el general Franco, que les ha permitido gozar de facilidades inusitadas —de las que ambos de alaban, quizá para fundamentar la seriedad y originalidad de sus escritos— en su investigación, incluso el acceso a « archivos secretos ». Los « archivos secretos », consultados privilegiadamente, siempre han sido sospechosos a quienes no tienen acceso a ellos. Southworth señala errores, incoherencias, falsedades en las construcciones biográficas de Crozier e Hills. Los autores criticados han respondido agresivamente; en lo esencial no ha rebatido la existencia de las deficiencias señaladas por Southworth, y han afianzado aún más otro hecho indiscutible: una previa disposición subjetiva en Crozier e Hills que les conduce a identificarse en lo esencial con Franco y su actuación política: el « odio al comunismo ».

A los privilegiados lectores del Boletín de Orientación Bibliográfica de Manuel Fraga —en el que se han publicados críticas de los libros de Crozier e Hills— no les quedará duda de que ambos libros entran de lleno en la categoría de obras encaminadas a dar de Franco una imagen « histórica » que nada tiene que ver con la historia. Franco está viejo. Se acerca, pues, el momento en que, como el Cid, sólo pueda ayudar a su régimen « después de muerto ». Tentación grande para sus herederos y amigos de hacer de él ya un héroe epónimo. Quizá a los mismos les venga después la comezón de hacer de él un buco expiatorio sobre el que proyectar las responsabilidades del grupo.

Es interesante la polémica porque pone de manifiesto que también en medios ingleses surgen unas formas de discusión pública —nos referimos concretamente a las cartas de Crozier e Hills— que recuerdan las que, con frecuencia, aparecen en la prensa franquista, incluida la opusdeista, con la diferencia de que *New Statesman* está prácticamente abierto a la respuesta, a la defensa.

He aquí las razones que han motivado la publicación íntegra de aquella polémica en nuestra revista.

Herbert R. Southworth

Su hombre en Madrid

Sea simplemente una coincidencia curiosa o un gran portento de la época, es en sí mismo noticia el hecho de que en los tres últimos meses de 1967 se hayan publicado en Inglaterra dos biografías de Francisco Franco, presentando un retrato favorable del envejecido Caudillo. Estas biografías han sido escritas por dos periodistas ingleses, Brian Crozier y George Hills. Ambos han tenido considerable experiencia en asuntos españoles, ambos han conversado con Franco y ambos han tenido acceso a «archivos secretos». Los resultados han sido desalentadores. La investigación histórica realizada por ambos escritores ha sido incompleta, más incompleta aún la de Crozier que la de Hills, y la interpretación de esta investigación incompleta fue, en el caso de Crozier llevada a veces hasta el absurdo y, en el caso de Hills, peor aún.

El punto de vista con que Crozier aborda la biografía de Franco es el de un sentimiento que autor y personaje comparten —Crozier dice que él y Franco «odian al comunismo». Su libro revela la inadecuación de este sentimiento como principio político: llevado hasta su conclusión lógica hace ver virtudes heroicas en hombres como Francisco Franco y vicios serviles en el pueblo español que, según asegura Crozier, está «especialmente mal dotado para la democracia». Franco se opone «al desorden» en favor del «orden». Pero aunque Crozier comprende bien que la sociedad no puede tolerar los desórdenes provocados por protestas sociales, tales como los que tuvieron lugar en la primavera de 1936 en España (de los que Crozier da una falsa descripción, falsa en su conjunto y falsa en los detalles), al mismo tiempo puede comprender que otro tipo de desórdenes (no siempre reconocidos como tales) como, por ejemplo, ese medio millón de muertos —por lo menos— en la guerra civil, sean necesarios para contener las protestas sociales.

El interés de Hills por la persona de Franco es más indirecto que el de Crozier. Su interés primordial es defender y explicar el papel de la Iglesia católica en la guerra civil y después de ella. Defiende cada uno de los actos de Franco pero, detrás de esta línea de defensa, se cuida de separar cuidadosamente a la Iglesia de los actos de Franco. Mientras Crozier niega disparatadamente que los alemanes

bombardearan Guernica, Hills admite el bombardeo pero afirma que Franco no fue responsable de él. Presenta a Franco enfurecido por los bombardeos italianos contra Barcelona... Franco no es responsable de estas atrocidades, la Iglesia mucho menos. Hills no parece darse cuenta de que esta posición suya atenta contra el retrato que hace de Franco. ¿Es qué el Caudillo era impotente para impedir que el Führer y el Duce bombardearan España a su gusto?

Los dos biógrafos difieren en las cifras que presentan sobre las ejecuciones de postguerra en España. Crozier acepta la cifra dada por Gabriel Jackson de 200 000 republicanos ejecutados por Franco después de terminar los combates, pero arguye que, en caso de haber ganado los republicanos, éstos hubieran matado al menos igual número de nacionalistas. Los españoles son así. Nada en el libro de Crozier, ni sus análisis superficiales, ni su desaliñada investigación, le califican para opinar sobre lo que hubiera ocurrido en tan hipotética situación. En realidad, había más caridad cristiana en el lado republicano que en el otro —cuando la Iglesia está con uno la caridad cristiana ya no es necesaria. Hills, al enfrentarse con el problema de explicar las numerosas ejecuciones de prisioneros realizadas después de terminar la guerra, se evade negándolas de plano. Sus estudios y experiencia, nos dice, muestran que menos de 10 000 personas fueron ejecutadas. (Yo creo personalmente que la cifra de Jackson es inferior a la realidad. De una sola prisión de Madrid fueron sacados y fusilados más prisioneros de los que Hills acepta como cifra total. Más de 35 000 fueron ejecutados sólo en Barcelona desde 1939 a 1941.) Al defender a Franco en este punto, lo que intenta en realidad Hills es proteger a la Iglesia que nada hizo para impedir tal matanza. Pero Franco siempre había matado a sus prisioneros. En 1922, ensalzó públicamente a un corneta que, al descubrir a un moro escondido tras una roca, lo hizo prisionero, lo mató de un balazo y le cortó una oreja. Este tipo de guerra colonial era el único que conocía Franco. Ni Crozier ni Hills mencionan en sus libros este incidente revelador. Ni Crozier ni Hills comprenden lo bastante a la Falange Española para describir el papel desempeñado por Franco en el desarrollo del fascismo en

España. Crozier califica a la Falange de «partido revolucionario de izquierdas» y Hills la llama «quasi-fascismo». Ambos autores se equivocan claramente al relatar los acontecimientos de abril de 1937 en Salamanca (el «incidente Hedilla», que dio a Franco control político sobre España) hasta en detalles tan simples como las fechas. Crozier, se basó en la descripción superficial hecha por Stanley Payne en su Falange; Hills se basó en la autodefensa de Hedilla. Crozier opina que la izquierda debería agradecer a Franco el haber quebrantado al fascismo español. Franco no desmanteló a Falange. Este grupo político estaba bien avanzado en su camino hacia el olvido —nunca consiguió elegir ni un solo diputado a Cortes— cuando Franco y el vacío político de la derecha española, vacío revelado por la guerra civil, revigorizaron al Movimiento. Pero esta Falange resucitada fue incapaz de funcionar eficazmente como movimiento fascista debido a la ruina económica y a la desunión social y política provocada por la guerra civil. No fue Franco quien dio al fascismo español el golpe de gracia, sino que se lo dieron los desembarcos aliados en el norte de África y la derrota posterior de Hitler y Mussolini. Y es que el movimiento fascista español nunca concibió su acción futura sino en concierto con las «jóvenes y dinámicas naciones» es decir, con la Italia fascista y la Alemania nazi. Es cierto, sin duda, que Franco no creía en el fascismo. Franco no tiene creencias políticas más allá del obscurantismo católico español del siglo pasado. Pero utilizó al movimiento fascista español para sus propios fines. Fue el dirigente del movimiento fascista, y la gente que sufrió el horror de la represión probablemente hubiese recibido escaso alivio al saber que Franco realmente no creía en los principios del movimiento político que estaba utilizando.

Hills afirma que Franco probablemente nunca planeó con seriedad aliarse con las potencias del Eje. Pero entonces, ¿por qué escribió una carta a Hitler el 3 de junio de 1940? En esos momentos ni el mismo Mussolini había entrado todavía en la guerra. De hecho, Franco esperó hasta el 10 de junio, día en que Mussolini declaró la guerra, para enviar la carta. El emisario, general Vigón, habló con Hitler y Ribbentrop el 16 de junio. El 19 de junio el embajador español en Berlín presentó a los nazis las reivindicaciones españolas de parte del botín. Hills explica: «Se sabía de antemano que Hitler no concedería esas peticiones porque primero tenía que conservar la fidelidad de Francia mientras galanteaba con España...» La defensa de Hills es demasiado impaciente. Cuando las peticiones españolas fueron presentadas el 19 de junio todavía no se había firmado el armisticio con Francia. ¿Y cómo podía Franco, aun con toda la astucia que Hills le atribuye, conocer la evolución futura en Francia? Parte de esta astucia de Franco ha contagiado a

Hills quien, en este punto de su relato, comprensiblemente evita precisar las fechas. Crozier es aún menos preciso que Hills y ni siquiera menciona estos acontecimientos de junio de 1940. En la interpretación que Hills hace de estos acontecimientos hay un vacío. El 2 de junio, cuando Franco escribió su carta, el 10 de junio, cuando envió a su emisario, el 19 de junio, cuando presentó sus peticiones, Franco no sufría presiones alemanas para entrar en la guerra. En esos momentos era Franco quien «galanteaba con Hitler». ¿Por qué? Simplemente porque él y los falangistas que le rodeaban pensaron que había llegado la hora de una gran redistribución del poder en Europa y del botín colonial. Desde hacía cuatro años la prensa nacionalista española había estado rogando para que llegara este momento. Francia estaba derrotada e Inglaterra, sin duda, caería después. Franco no podía esperar ningún beneficio de la victoria de Hitler en caso de mantenerse al margen.

En su carta a Hitler del 3 de junio, Franco anotaba que Alemania y España ya habían luchado juntas durante la guerra civil contra los mismos enemigos, verbigracia, contra Inglaterra y Francia. La tesis, que Franco y Serrano Suñer repetían una y otra vez en sus negociaciones con Hitler, de que la guerra civil española fue en realidad parte esencial de la segunda guerra mundial, comprensiblemente escapa a la atención de Crozier como de Hills. En su memorándum del 19 de julio, en donde detallaba su propio precio, el Caudillo hacía una sugerencia: Se podría preparar a España para entrar en el conflicto con «suministros de alimentos, munición, gasolina y material de guerra, que de seguro estarán disponibles en los depósitos de guerra de Francia». Sin ninguna duda ni Crozier ni Hills se refieren a esta sugerencia aparentemente cobarde, por respeto a Franco, pero desde el punto de vista oportunista del Caudillo su petición no era cobarde ya que la guerra civil española y la segunda guerra mundial le parecían una misma cosa. El ya había combatido contra ingleses y franceses en la misma España.

El 15 de agosto, Franco hizo algo muy curioso en un hombre, que según Hill, había hecho a propósito peticiones exorbitantes a Hitler. Escribió a Mussolini: «...comprenderá usted la urgencia con que le escribo para pedirle que apoye estas aspiraciones para alcanzar nuestra seguridad y grandeza, a cambio de lo cual puede usted absolutamente contar con nuestro apoyo para su expansión y su futuro.»

Si la oferta de Franco a Hitler no era sincera, ¿por qué complicó aún más el problema haciendo intervenir en él a Mussolini? Hay además otro testimonio interesante al respecto; el del general Halder, jefe del Estado Mayor general alemán quien escribió en su diario a fines de agosto: «Gibraltar: Franco

quería al principio intervenir solamente cuando Inglaterra hubiese sido derrotada porque tiene miedo al poderío inglés. Ahora desea atraerse al Führer, ponerse a nuestro lado.»

En el memorándum del 18 de junio se encuentra también esta frase: «Si Inglaterra continuase la guerra después que Francia hubiese cesado de combatir, España estaría dispuesta a entrar en la guerra tras un corto periodo de preparación de la opinión pública.» ¿No es evidente que en junio de 1940, Franco creyó que Inglaterra sería derrotada, que la guerra iba a terminar?

Tanto Crozier como Hills presentan a Franco como un taimado negociante en sus relaciones con Hitler. Alegaba el hambre, la ruina de la economía, la carencia de vagones de ferrocarril, la escasez de petróleo, la hostilidad de la población, como otras tantas razones para posponer su decisión de entrar en la guerra. Pero éstas no eran hábiles excusas. Eran la realidad más cruda. Franco no estaba intentando engañar a Hitler, como pretende Crozier. Estaba simplemente exponiéndole la desagradable verdad, una verdad confirmada por los documentos alemanes e italianos. Ni siquiera es cierto, como supone Hills, que Franco engañara a Hitler con sus constantes afirmaciones de que planeaba entrar en la guerra, siempre algo más adelante. Franco quería compartir los frutos de la victoria en caso de una victoria del Eje. Pero nunca le fue posible entrar en la guerra sin demasiados riesgos en los momentos en que el Eje parecía ganarla. La incapacidad de Franco para entrar en guerra al lado de Hitler y Mussolini —debida a la ruina de la economía y a la desunión social y económica del país—, no dependía de la voluntad de Franco. Su incapacidad era la consecuencia de los tres años de resistencia repugnante y si alguien quiere agradecer que Franco no entrara en la guerra no es a Franco a quien hay que dar las gracias, a pesar de la insistencia aduladora con que Crozier señala que «es imposible exagerar la contribución de su habilidad y paciencia a la victoria aliada.»

New Statesman, 29 de diciembre de 1967

Franco

Me estaba preguntando cuando lanzaría el *New Statesman* su andanada contra mi *Franco* y por fin llegó. Pero yo había esperado que ustedes emplearían a alguien serio para hacerlo, y no al propagandista archirrepublicano y torturador de Franco, autor nada menos que del libro *El mito de la cruzada de Franco*. Sin embargo, supongo que todo esto es una diversión limpia y sana que mi colega biógrafo George Hills pensará lo mismo. **Brian Crozier.**

Mucho agradecería a Herbert R. Southworth me presentara pruebas de su cifra de 35 000 ejecuciones realizadas solamente en Barcelona desde julio de 1939 a 1941. En realidad, no me ha leído bien. Yo sugerí en mi libro que se llevaron a la práctica 10 000 ejecuciones en España entre julio de 1939 «y 1940», y basé mi suposición en interrogatorios hechos a personas, en su mayoría de simpatías izquierdistas, en Barcelona, Madrid, Valencia, Sevilla, Bilbao y otras varias localidades menores. Yo concedo que posiblemente hubo muchas más a partir de 1941, pero insisto en que citar cualquier cifra es pura adivinanza. Los 200 000 ejecutados que cita el profesor Jackson es una cifra sospechosa no sólo por las razones que ya señalé en mis notas, sino por esta otra razón: la población total sujeta en esa época por razón de su edad a la atroz ley de responsabilidades políticas oscilaba entre 6 y 8 millones de personas. Es imposible precisar más. Si uno de cada 30 o cada 40 de esas personas hubiese sido ejecutada, España hubiera estado sometida a un reinado del terror de proporciones stalinianas, cuyo recuerdo hubiera sobrevivido durante la década de 1950 cuando yo investigué el asunto, y se mantendría también hoy día. No estoy defendiendo a Franco: la ley era contraria a los derechos humanos y Franco carga con la total responsabilidad, fueran 10 000 o 200 000 las ejecuciones. Pero si hay que expresar un juicio, mejor es basarlo en los hechos que en los mitos. Si el señor Southworth conoce a la España moderna tan bien como parece implicar, no se sorprenderá de que mi libro haya revelado algunos hechos tan desagradables para los admiradores de Franco como otros lo son para los correligionarios políticos de Southworth.

La historia del corneta es sospechosa no sólo porque la han contado de varios oficiales franceses y españoles en Marruecos, sino también porque los cornetas del ejército español (como en el inglés) de la época iban desarmados y ¿qué estaba haciendo un corneta lejos del comandante de la compañía a cuyo lado debe mantenerse según el reglamento? (Varias otras historias similares aparecen dadas como hechos en la «biografía» escrita por el joven Luis Ramírez y publicada por los editores parisinos de los libros sobre España de Southworth, pero al examinarlas con más detalle aparecen tan fantásticas como los elogios a Franco en cuanto oficial de la Legión que Arturo Barea presenta como una ficción en su libro pero luego han sido citados con frecuencia.)

Franco y Hitler: Un examen minucioso y detallado de cada una de las etapas en las relaciones entre estos dos hombres eternos hecho que un libro que ya era largo se duplicara. Las gestiones de junio de 1940 tuvieron menos importancia que las realizadas durante el invierno de 1940-1941, que yo describo con detalle basándome en citas de los

discursos y cartas de Franco, que le desacreditan más a los ojos de los aliados que sus actos del mes de junio. La selección hecha por Southworth de los Documentos sobre la Política Exterior Alemana excluye aquellos que demuestran que Franco estaba bien informado sobre la situación militar de Francia y sobre los términos en que su viejo amigo Pétain estaba dispuesto a negociar antes del 19 de junio, día en que se pidió a España que actuara como intermediario entre la Francia derrotada y la victoriosa Alemania. En el momento del colapso de Francia, sin ninguna duda Franco quería recibir su parte en el botín, si es que botín había. Lo que yo afirmo es que Franco en esos momentos y más adelante continuó diciendo y escribiendo que estaba deseoso de entrar en la guerra junto a las potencias del Eje, pero al mismo tiempo presentaba siempre alguna excusa para no hacerlo así. La frase del general Halder de que «tenía miedo al poderío inglés», puede ser sin duda utilizada para dar aún mayor validez a lo que yo escribí —que un balance de las pruebas existentes sugiere que Franco nunca intentó realmente, salvo quizás en una ocasión, intervenir en la guerra al lado del Eje—, de la misma manera que el resto de la frase podía servir para debilitar mi conclusión.

Southworth pregunta: «¿Es qué el Caudillo era impotente para impedir que el Führer y el Duce bombardearan España a su gusto?» La respuesta parece ser que sí, de la misma manera que el general republicano español Vicente Rojo fue incapaz de impedir que sus excelentes planes militares se vieran frustrados por los generales rusos de la república. George Hills.

New Statesman, 5 de enero de 1968

Hills y Franco

El señor Crozier quizás no lo sepa, pero ser o no *sérieux* son palabras mayores en París. Quizás escribió su libro con un espíritu de «diversión limpia y sana», pero ni mi crítica de su libro ni nada de lo que yo he escrito sobre la trágica historia de la república española puede ser calificado de pasatiempo. No leí mal el texto del señor Hills referente a las ejecuciones de postguerra en España. En la página 360 escribe que sus «interrogatorios efectuados durante años... me han llevado [sic] a la conclusión de que no pudo haber más de 10 000 ejecuciones y que la cifra verdadera puede ser incluso considerablemente más reducida». Reniega de esta afirmación cuando dice en su carta que «yo concedo que posiblemente hubo muchas más a partir de 1941». ¿Por qué el señor Hills

no sabe cuántas personas fueron ejecutadas después de la guerra? En su libro escribe (p. 12): «No sólo se me permitió investigar en los archivos militares sino que todo lo que consulté a otros ministerios recibió respuesta directamente o bien a través del Ministerio de Información.» ¿Hizo esa pregunta? Si no la hizo fue desleal con sus lectores y si la hizo debe publicar la respuesta.

Un análisis de las cifras dadas en un libro publicado en España en 1942 por el padre Martín Torrent, capellán de la prisión celular de Barcelona desde 1939 a 1942, indica que 35 000 hombres y mujeres fueron sacados de la cárcel y fusilados. Esta cifra no me parece exorbitante. España no sufrió, como sugiere el señor Hills, «un reinado del terror de proporciones stalinianas», sino un reinado del terror con las proporciones de una cruzada cristiana. Este acontecimiento terrible ocurrió en la Europa occidental bajo auspicio de cristianos. Este es el hecho que debe ser encarado, el hecho que inquieta al señor Hills como inquieta a tantos sacerdotes jóvenes en la España de hoy. El señor Hills enfrentado a este y otros problemas morales, tiene el hábito inconveniente, que comparte el señor Crozier en frecuentes ocasiones, de ampararse tras una referencia a la Europa oriental.

El señor Hills hace lo mismo en su carta al hacer una curiosa comparación entre el bárbaro ataque de los alemanes contra Guernica y el también bárbaro ataque de los italianos contra Barcelona, con el asesoramiento ineficaz —y esto es una simple conjetura suya— pero no bárbaro de los militares rusos. ¿Es qué realmente piensa que estos dos casos se compensan? El sentido de la ecuanimidad del señor Hills muy a menudo está desequilibrado. ¿No escribió en su libro: «La prensa española durante la guerra no se refirió a la persecución de los judíos lanzada por Hitler; y tampoco a la persecución de la Iglesia católica»? Al fin y al cabo, seis millones más o seis millones menos, ambas persecuciones fueron iguales.

El señor Hills dice que la historia que conté del cornetín que mató a su prisionero moro (al parecer estaba desarmado), le cortó una oreja como trofeo y fue felicitado por Franco, es una historia «sospechosa». Esta es una grave acusación. Como el señor Hills sabe, la historia aparece en la página 177 del libro *Diario de un bandera*, libro publicado en 1922 y firmado por Francisco Franco. Después de relatar esta anécdota, Franco señaló en su libro: «No es ésta la primera hazaña del joven legionario». El libro aparece citado en la bibliografía del señor Hills; en su texto lo cita algunas veces. El *Diario* es un texto básico para cualquier biografía de Franco y el señor Hills lo ha debido leer muchas veces. Pero el señor Hills no sólo ocultó esta pequeña anécdota asquerosa —perjudicial a Franco— a sus lectores, lo que difícilmente parece honrado,

sino que cuando yo me refiero a ella, él en su carta dice que es « sospechoso ». ¿No será más bien « sospechoso » el hecho de que tanto Crozier como Hills hayan suprimido esa anécdota en sus libros?

El punto crucial de las conversaciones entre Hitler y Franco fue en aquel momento pudieron haber conducido a España a entrar en la guerra. Serrano Suñer escribió en 1947 que la única ocasión en que España podía haber entrado en la guerra fue en los momentos de la derrota de Francia. Después de ello los documentos alemanes han confirmado esta opinión. El historiador alemán Detwiler califica las gestiones de Franco con Hitler en esa época de « la oferta española » (*das spanische Angebot*). Ese periodo que el señor Hills difumina deliberadamente fue el único momento en que Franco dio muestras de impaciencia por entrar en la guerra. Creyó que podía acabar rápidamente y que quizá lograra algunas ventajas sin dar nada a cambio. Más adelante, nadie —ni siquiera Franco— sabe de seguro lo que hubiera hecho Franco en caso de que Hitler hubiese aceptado sus peticiones. Lo que podemos hacer es valorar toda la información disponible, y no entresacar lo que conviene, como hacen los señores Hills y Crozier. El señor Hills se ampara basándose en la información que quizás el « viejo amigo » de Franco, Pétain, le hubiera dado antes de inclinarse ante los nazis el 19 de junio. Pero aunque Franco hubiera conocido hasta los menores pensamientos de Pétain el 19 de junio, no hubiese podido conocer los términos del armisticio francoalemán porque el mismo Pétain no los conoció hasta las 22,30 horas por lo menos de la noche del 21 de junio. Pétain no estaba en condiciones de « negociar » con Hitler, como imagina el señor Hills. Hitler presentó sus condiciones y los franceses firmaron. Tres días antes de esta firma, Franco informó de nuevo a los nazis que entraría en la guerra si recibía, entre otros recompensas, territorios que pertenecían, al menos nominalmente en esa época, al gobierno de su « viejo amigo » Pétain. *Sérieusement* a su disposición.
Herbert R. Southworth.

New Statesman, 19 de enero de 1968

Franco

El señor Southworth quizás piense que esta carta demuestra que finalmente me hizo tomarle en serio. Que lo piense. Por otro lado, algunos de sus lectores (del *Statesman*) pueden tomarle a él en serio y al menos a ellos les debo algunos comentarios. Primero, ¿por qué dije que no era *sérieux* (palabras mayores, según dice)? Lo dije, no tanto porque fue un pro-

pagandista de los republicanos hace una generación, sino porque sigue siéndolo. Es como contemplar descuidadamente a un dinosaurio bien muerto en el Museo de Historia Natural y ver de repente que empieza a bailar; o como ver a *King Kong* por cuarta o quinta vez. Es interesante, incluso grotesco, un poco escalofriante pero difícilmente *sérieux*. Al fin y al cabo uno sabe que es sólo una argucia (mi referencia a una « diversión limpia y sana », concierne a su crítica, no a mi libro). Más *sérieusement*, aun sin poner en duda los conocimientos del señor Southworth ni su competencia, simplemente dudo de su buena fe. ¿Es qué es posible que, con su famosa colección de más de 7 000 libros sobre España y su bien conocida capacidad de recordarlo todo, no haya aprendido absolutamente nada nuevo en los últimos 30 años? Si ello es así, la analogía con el dinosaurio es válida. Pero si no lo es su buena fe debe ser puesta en duda.

¿Quién pudiera creer, después de leer la crítica del señor Southworth y su carta del número del 19 de enero, que yo obtuve promesas de cooperación de las autoridades españolas aunque dejé bien claro que ésta no sería una biografía aduladora más y que no iba a tolerar censura previa ni a dejar leer el texto antes de su publicación? Si hubiese hecho el elogioso retrato de Franco que el señor Southworth dice haber encontrado en mi libro, cabría pensar que los editores españoles estaban batallando unos contra otros, con aprobación oficial, para traducirlo al español. No estoy informado de que haya ocurrido así aunque confío que, con el tiempo, el público español tendrá la oportunidad de leer mi libro. Mi libro, en la práctica, está tan lejos de ser una biografía « oficial » o « aprobada », que incluso la edición inglesa ha sido declarada exclusivamente *tolerada*, lo que significa que las librerías no deben tener más de tres de mis libros en almacén. Afortunadamente para mí, la mayoría de mis otros críticos, entre los que se encuentran historiadores de mucha mayor reputación que el señor Southworth, han sido honrados y su abrumador veredicto ha sido que yo he descrito « hasta las verrugas » de Franco.

Tratemos, sin embargo, de ser más concretos aunque sea bastante difícil, ya que la crítica del señor Southworth consistía, por mitades casi, en medias verdades y en denuestos. Dice que yo negué « disparatadamente » que los alemanes bombardearan Guernica. En realidad, yo declaré que probablemente no la habían bombardeado. Desde que publiqué mi libro han llegado a mis manos nuevas pruebas importantes en apoyo de esta conclusión hipotética y espero publicarlas pronto. « Disparatadamente » puede parecer así una palabra no sólo rara sino ofensiva. El señor Southworth me acusa (en su última carta) de « suprimir » la historia del corneta que cortó la oreja del prisionero. Una vez más se trata aquí de

una extraña palabra: No incluí la historia porque no me pareció tan importante como muchas de las historias que incluí. El valor de las anécdotas tiene un límite, mucho más importante es el número de ejecuciones después de la guerra civil. Realmente es bastante grotesco que el señor Southworth saque a colación la anécdota del corneta al mismo tiempo que concede que yo acepté (como más o menos sigo haciendo) la cifra de 200 000 ejecuciones citada por Gabriel Jackson. Por si viene al caso, diré que mientras estuve en Madrid repetidas veces intenté obtener una cifra oficial, pero como no me la dieron tuve que recurrir a mis propias investigaciones. Después de aparecer mi libro, sin embargo, me han dado la cifra oficial de 40 000 ejecuciones en la postguerra, cifra que tendré en cuenta en caso de reedición. Sé que no es bastante para agradar al señor Southworth, pero es al menos cuatro veces mayor que la cifra que atribuye a George Hills.

El pasaje del señor Southworth referente a la Falange y al fascismo está tan abarrotado de inexactitudes y contradicciones que hay que seleccionarlas cuidadosamente. Anotaré simplemente que, enterradas en la masa de verbalismo sofisticado del señor Southworth, se pueden encontrar estas dos frases: «Es cierto, sin duda, que Franco no creía en el fascismo» y «pero utilizó al movimiento fascista español para sus propios fines». Exacto: eso es justamente lo que dije en mi libro. El señor Southworth hace una montaña del grano de arena de la visita del general Vigón a Berlín en junio de 1940, demostrando así que ha consultado los documentos alemanes, al menos los publicados. Sin embargo, si hubiera tenido la precaución de leer los que no han sido todavía publicados, como yo hice y como todo hombre de letras perseverante debiera hacer, quizás no hubiera ignorado las pruebas mucho más importantes que proporcionan sobre las relaciones entre Franco y Hitler. Al decir esto, sin embargo, probablemente estoy siendo demasiado caritativo con Southworth. En cualquier caso nadie adivinaria, al leer su crítica, que yo sí tuve esa precaución.

«Desaliñada [investigación]» es otra de las palabras que utiliza el señor Southworth como sustituto para la crítica. Una vez más está en minoría: «[Crozier] ha estudiado cuidadosamente los datos», escribió un crítico; «realmente docto y sensato», dijo otro; «diligente investigación», comenta un tercero, etc. Y por último, el señor Southworth califica mi referencia a la contribución de Franco a la victoria aliada como «aduladora». Bueno, por lo menos en este punto tengo un compañero distinguido porque más o menos fue eso lo que Churchill declaró a la Cámara de los Comunes el 25 de mayo de 1944. **Brian Crozier.**

Franco

El señor Brian Crozier (en el número del 26 de enero) promete presentar «importantes pruebas inéditas» para demostrar que los alemanes no bombardearon Guernica. Me siento escéptico, no sólo porque hay tantas pruebas de lo contrario, sino también porque desconfío del sentido crítico del señor Crozier. El tacaño relato de la destrucción de Guernica hecho en su libro está, en todos los detalles, inspirado en lo que Luis Bolín, un consejero de prensa y oficial del ejército del general Franco, dijo en su libro. Lo dicho no representa ni el uno por ciento de la evidencia disponible. Esencialmente, se trata de la doctrina adoptada por la oficina de prensa de Salamanca en los primeros días después del bombardeo, doctrina que fue gradualmente abandonada conforme se fue haciendo indefendible. Por el momento sólo tiene dos profetas: Bolín y Crozier. El señor Crozier no alcanza a comprender el significado de la «anécdota» del corneta. Al relatar esa historia, Franco reveló ser un oficial que no sólo alentaba a sus soldados a matar a sus prisioneros y mutilar sus cadáveres, sino que tampoco veía nada censurable en recrear al público de su patria con esa historia de heroísmo. Y fue este embrutecido y brutalizador ejército de Africa, mandado por oficiales como Franco, el que importó a España sus métodos de guerra colonial tratando a los campesinos españoles como había tratado a los moros. El incidente ayuda a explicar la educación del hombre que, siendo jefe del Estado español, permitió la ejecución de más de 200 000 prisioneros al término de las hostilidades. Aparentemente el señor Crozier no incluyó esta «anécdota» en su libro porque empleó la edición de 1956 del libro de Franco, **Diario de una bandera**, y no la edición original. Esta «anécdota» que al señor Crozier no le parece «importante», les pareció lo bastante importante a los censores españoles como para suprimirla en todas las ediciones impresas desde 1936. La edición de 1922 del libro de Franco es sumamente difícil de encontrar y, a diferencia del libro del señor Crozier, no está tolerada en las librerías españolas.

El señor Crozier puede juzgar la visita del general Vigón a Berlín en junio de 1940 como le parezca. Pero lo que es inexcusable es que ni siquiera la mencione. En realidad, su libro da una descripción totalmente falsa de las negociaciones entre los españoles de Franco y los alemanes durante el verano de 1940. Dice que Berlín fue informado de las condiciones de Franco para entrar en la guerra en un mensaje fechado el 8 de agosto. Es un hecho

comprobado documentalmente que esas condiciones habían sido comunicadas ya a los alemanes el 19 de junio. El señor Crozier dice que Franco no estaba enterado, en los últimos días de agosto, de que Hitler estaba elaborando planes para atacar Gibraltar. Eso es totalmente falso. El 24 de julio, Hitler convocó al general von Richtoffen, veterano de la guerra de España, y le informó de los planes que estaban elaborándose para atacar Gibraltar, encargándole de comunicárselos a su amigo Vigón, quien a

su vez debía informar a Franco. Von Richtofen y Vigón se entrevistaron en Biarritz el 28 de julio y Vigón le dijo al alemán que fundamentalmente España tenía un gran interés en el plan. Prosiguieron luego las comunicaciones entre los dos partes sobre el asunto de Gibraltar. La manera en que el señor Crozier se refiere a este periodo es prueba de su desaliñada investigación. **Herbert R. Southworth.**

New Statesman, 9 de febrero de 1968

Algunos libros distribuidos por Editions Ruedo ibérico

Guerra civil española

Gabriel Jackson	La república española y la guerra civil (1931-1939)	(Grijalbo)	36,— F
Claude G. Bowers	Misión en España	(Grijalbo)	24,— F
Pietro Nenni	La guerra de España	(Era)	15,— F
Luigi Longo	Las brigadas internacionales en España	(Era)	24,— F
Gral. Vicente Rojo	Así fue la defensa de Madrid	(Era)	21,— F
José Peirats	Los anarquistas en la crisis política española	(Alfa)	21,— F
Ramón Garriga	Las relaciones secretas entre Franco y Hitler	(Jorge Alvarez)	27,— F
Pierre Broué	Trotsky y la guerra civil española	(Jorge Alvarez)	6,— F
Aurora de Albornoz	Poesías de guerra de Antonio Machado	(Asomante)	12,— F
George Orwell	Cataluña 1937	(DEA)	12,— F

Correo del lector **Ausencia de esquema teórico**

...El trabajo de Antoliano Peña del nº 13/14 de Cuadernos de Ruedo ibérico me parece francamente lamentable, tanto por el método de trabajo utilizado, como por su aplicación, y por las conclusiones que pretende sacar. Sin pretender realizar ahora una crítica formal del citado artículo, diré solamente a título anecdótico (en lo referente al método usado

y su aplicación) que entre los « indicadores de sub-desarrollo » del campo español aparece un índice del consumo de carburantes que recoge solamente el consumo de gasolina y el del petróleo (p. 40), ignorándose al parecer que lo que consumen los tractores y en general las máquinas agrícolas es gas-oil.

Años	Gasolina		Petróleo		Gas-oil	
	Millones de l	Índice	Millones de l	Índice	Millones de l	Índice
	1960 = 100		1960 = 100		1960 = 100	
1960	3,0	100	45,0	100	258,6	100
1967	3,5	116	20	44	1 260,2	487,3

(Fuente : Secretaría Técnica del Ministerio de Agricultura.)

Así, tomando sólo los datos de gasolina y petróleo, se permite el articulista hacer elucubraciones sobre el estancamiento, e incluso la disminución del consumo de carburantes en el campo, cuando el consumo de gas-oil (además de ser el verdaderamente importante como combustible) se ha multiplicado casi por 5 en este periodo de 7 años.

Esto pone de manifiesto, por parte del articulista, la ausencia de esquema teórico de conjunto, pues tal estancamiento o disminución del consumo de carburantes es incompatible con el importante aumento de la maquinaria agrícola que el mismo reconoce que se ha dado. Aunque bien es verdad que pretender quitarle importancia comparando el número de tractores por ha de España con el de Francia, ignorando el importante hecho (ya apuntado en el artículo de J. Naranco del nº 13/14) de que mientras en

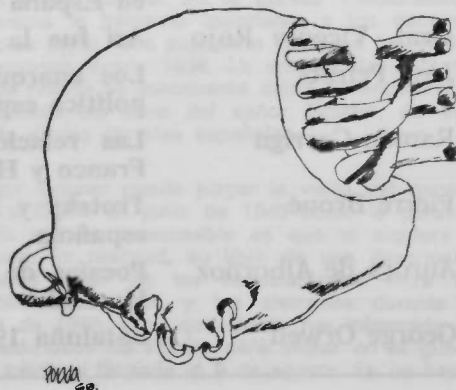
Francia la potencia media de los tractores es sólo de 27,1 CV*, en España es de 42,2 CV**. El hecho de que en Francia se haya dado una « mise à la disposition de la masse des petits agriculteurs, de machines miniaturisées à l'échelle de leurs besoins »***, lleva a rechazar de plano este país como modelo de mecanización racional del campo... LPD (Madrid).

* Datos de la revista *Statistique agricole*, « Série Etudes », número 7, septiembre de 1965.

** Datos de la Secretaría Técnica del Ministerio de Agricultura referidos a 1967.

*** Del artículo titulado « Le problème foncier, propriété du sol et entreprises agricole » de M. Gervais y C. Servolin, publicado en la revista *Economie rurale*, número 66, p. 28.

B.D.I.C.



el opus dei en españa

La primera visión de conjunto de una asombrosa aventura : cómo el modesto grupo religioso de 1928 se ha convertido en una poderosa organización que ha marcado profundamente la evolución ideológica y política de España después de 1939.

Sumario

I. José María Escrivá de Balaguer y Albas. Los comienzos del Opus Dei. Su acción universitaria antes de la guerra civil. El Padre Escrivá durante la guerra : 1. José María Escrivá de Balaguer ; 2. La Universidad española en 1926-1930 ; 3. La Junta para Ampliación de Estudios y la Institución Libre de Enseñanza ; 4. Angel Herrera y la Asociación Católica Nacional de Propagandistas ; 5. La « vida oculta » del Opus Dei (1928-1936) ; 6. El Padre Escrivá y su grupo durante la guerra civil (1936-1939). II. El Opus Dei de 1939 a 1947. Desarrollo de la Obra. Implantación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y en la enseñanza superior : 1. La evolución del Opus Dei de 1939 a 1947 ; 2. El Opus Dei y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas ; 3. El Opus Dei y la conquista de las cátedras universitarias (1939-1947). III. El Opus Dei. Instituto Secular. Su organización. Su espíritu. Sus métodos : 1. Los Institutos Seculares : su naturaleza exacta ; 2. El Opus Dei, Instituto Secular : a) Organización general ; b) Las diversas categorías de los miembros del Opus Dei ; c) Camino y la espiritualidad del Opus Dei ; d) La vida espiritual de los miembros del Opus Dei ; e) El voto de pobreza y el Opus Dei. Las finanzas de la Obra ; f) El voto de obediencia en el Opus Dei. Sus repercusiones sobre la vida profesional de los miembros de la Obra ; g) Secreto y discreción en el Opus Dei ; h) El Opus Dei, el poder y la conquista de las élites ; i) La rama femenina del Opus Dei ; j) Opus Dei, clero y Acción Católica ; k) La permanente « crisis del Estatuto » del Opus Dei ; el Opus Dei y Vaticano II. IV. El Opus Dei de 1947 a 1957. La fase ideológica. La « Tercera Fuerza » : 1. A la búsqueda de una ideología. La « minoría activa » de 1948 (1947-1951) ; 2. El Ministerio de julio de 1951. La « Tercera Fuerza » (1951-1955) ; 3. La crisis de 1956 y el gobierno del 25 de febrero de 1957. Libros y artículos consultados. Índice de nombres.

184 páginas

21 F



Editions Ruedo ibérico

En el sumario de este fascículo :

Juan Carlos Curutchet : Luis Martín Santos, el fundador. 1.
●●● **Ruy Mauro Marini : Dialéctica del desarrollo capitalista en el Brasil** ● **René Depestre : Jean Price-Mars, el mito del Orfeo negro o las aventuras de la negritud** ● **Manuel Maldonado-Denis : Puerto-Rico : modelo de colonialismo y el colonialismo como modelo** ●●● **Vicente Aleixandre : Estación última** ●● **Samuel Feijóo : El soldado Eloy** ●●● **Herbert R. Southworth : Su hombre en Madrid** ●●● **Dibujos de Posada**

En los próximos números :

Juan Tomás de Salas : Vietnam : ¿ paz como sea o guerra para imponer la paz? II. Análisis de clase de la crisis en la economía norteamericana en 1966 y 1967

Chandler Thompson : La «subcultura» norteamericana

Santos Juliá Díaz : Pablo VI y la guerra del Vietnam

Quaderni Rossi : La revolución cultural socialista en China

Lucio Magri : Hacia un nuevo realismo

Raniero Panzieri : Lucha obrera en el desarrollo capitalista

Julio Cerón : Política y neocapitalismo

Juan Naranco : Los aumentos de salarios y la crisis de la pequeña propiedad

Gerardo Núñez : España : también colonia de los trusts europeos

Ramón Bulnes : Comisiones obreras : los problemas de fondo

Andrés Vidal : Peligros y posibilidades de las Comisiones

Clara Barrondo, José Campillo, Francisco Ramón Carmona, Ignacio Fernández de Castro e Iñigo : La emigración y Europa

Juan Carlos Curutchet : Luis Martín Santos, el fundador, II.

Florentino Martino : En torno al estilo de García Bacca

Prix : 7 F



cuadernos de

ruedo ibérico

18

abril
mayo
1968



518 5439



c u a d e r n o s d e

Revista bimestral

Redactores-jefe

RAMON BULNES
JOSE MARTINEZ
JORGE SEMPRUN

ruedo ibérico

Directeur Gérant de la publication :
FRANÇOIS MASPERO

© Editions Ruedo ibérico

Tous droits de reproduction et de traduction
réservés pour tous pays.

Administration, diffusion et ventes :

5, rue Aubriot, Paris 4.
C. C. P. Paris 16.586-34

Imprimé par A. Cary. Colombes (Hauts-de-Seine)

número

18

abril-mayo 1968

sumario

Juan Carlos Curutchet : Luis Martín Santos, el fundador, II 3

Vietnam ● Estados Unidos ● Pablo VI

B.D.I.C

José Angel Valente : Las legiones romanas 17

Juan Tomás de Salas : Vietnam : ¿ Paz como sea o guerra para imponer la paz ? II : Análisis de clase de la crisis en la economía norteamericana en 1966 y 1967 19

Chandler Thompson : La « subcultura » norteamericana 41

Nosotros, sacerdotes católicos (Ponencia presentada al Congreso cultural de La Habana, enero de 1968) 50

Santos Juliá Díaz : Pablo VI y la guerra del Vietnam 51

Julio E. Miranda : Florilegio vietnamita (4 poemas) 73

Pedro Gimferrer : Homenaje a Robert Louis Stevenson 77

Leopoldo María Panero : Canto a los anarquistas caídos sobre la primavera de 1936 78

César López : Felicitaciones 80

Tribuna libre

Grupo 450 : Invitación a emprender el trabajo político organizado 85

Dibujos de Umberto Peña



Con este número – el 18 – acaba nuestra tercera serie anual. Los números 19 (Problemas actuales de la revolución) y 20/21 (doble éste), (España, comisiones obreras, emigración), se hallan en este momento prácticamente terminados. Pero la crisis financiera que atraviesa nuestra revista sigue sin haber encontrado solución. Nuestro llamamiento solicitando ayuda obtuvo respuestas muy alentadoras. Pero insuficientes. Si no obtenemos una base más amplia de suscriptores, si no recibimos más ayuda, los días – los números – de Cuadernos de Ruedo ibérico están contados. No podremos prolongar su publicación más allá del fascículo 20/21.

Pedidos y suscripciones a Ediciones Ruedo ibérico
 5, rue Aubriot, Paris 4 C.C.P. 16.586-34 Paris

Precio de venta : Cuaderno ordinario 7,— F ; cuadernos atrasados 14,— F

Condiciones de suscripción :	6 cuadernos ordinarios	6 cuadernos ordinarios y suplemento anual *
Francia	30,— F	50,— F
América latina (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US
América latina (correo aéreo)	16,— \$ US	24,— \$ US
Otros países (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US

* El primer suplemento anual de Cuadernos de Ruedo ibérico es Horizonte español 1966, tomo I : 288 p., 6 planchas fuera de texto ; tomo II : 436 p., 10 planchas fuera de texto. Precio de los dos volúmenes : 51 F. Para poder adquirir la obra al precio de 20 F es necesario ser suscriptor de Cuadernos de Ruedo ibérico, al menos a partir del número 4 inclusive. Los suscriptores que han abonado 50 F recibirán automáticamente el suplemento. Aquellos suscriptores que sólo han abonado 30 F deberán enviarnos 20 F. Para los no suscriptores será aplicado el precio de librería. Respecto al suplemento anual 1967, Cuba : una revolución en marcha, la suscripción mínima para tener derecho al suplemento cuenta sólo antes del nº 10. La tercera serie (números 13 a 18) comportará también un suplemento anual (1968), cuyo tema todavía no está decidido. La suscripción a Cuadernos de Ruedo ibérico da derecho automáticamente al 20 % de descuento en la compra de los libros pertenecientes al fondo editorial de Ediciones Ruedo ibérico, o de aquellas editoriales que representamos (Era, Cuadernos americanos, Joaquín Mortiz, Siglo XXI, Sur, Jorge Alvarez, Siglo Ilustrado, Austral, Prensa latinoamericana, Moncloa, etc.). Pídase catálogo.

Juan Carlos Curutchet

Luis Martín Santos, el fundador

2

La obra de Luis Martín Santos se define, de este modo, como el ejercicio de una cerrada intransigencia frente a los lugares comunes de su generación, y esta originalidad se consume básicamente en el estilo. Ilustrativa resulta, entre otras muchas, la descripción del burdel. En un verdadero alarde de sabiduría expresiva, en las primeras cinco páginas de la citada descripción el autor no empleará una sola vez la palabra burdel, como tampoco cualquier otra expresión chocante o vulgar. Este será un lugar « de celebración de los nocturnos ritos órficos », el « palacio de las hijas de la noche », etc., pero estará siempe elusivamente designado. Recién en la sexta página aparecerá la palabra « puta », ya como coronación inevitable de un crescendo que ha ido adensando de resonancias el relato hasta situarlo en el umbral de una tensión, un dinamismo improbables de conservar. La despolitización obrada por el régimen durante la postguerra quedará testimoniada, pero de manera también esencialmente elusiva. Se revela normalmente por la total ausencia de referencias concretas a conflictos ideológicos e incidentalmente en el particular sistema de coordenadas establecido por algún personaje (Amador) para ubicarse en el tiempo (« Yo lo soy, nacido en Madrid. De Tetúan de las Victorias. De antes de que hubiera fútbol »). Esta es la máxima concesión al panfleto que se hallará en la obra. Se trata, pues, de un compromiso no subalternizado por banales demagogias. Sus ataques se diluyen en la estructura de la obra ; emanan del contexto, como atmósfera general de insatisfacción y rechazo. Por lo mismo, las metamorfosis de este rechazo resultan siempre inesperadas, imprevisibles. La solidaridad del lector se obtiene por exclusión de la posibilidad de adherirse a la realidad mostrada por la novela. Su compromiso resulta así menos obvio, y a la vez más eficaz. Aquí ya no restan resabios de aquella actitud apriorística que tan negativamente determinara, en no escasa medida, la narrativa de la generación testimonial. Esta, con escasísimas y notables excepciones, habíase caracterizado por su precariedad estilística y su insuficiencia temática, visible esta última en su congénita propensión a considerar como novelables los temas más obviamente políticos —o politizables— de la realidad. Luis Martín Santos no se deja tentar por el señuelo de esta dicotomía tradicional ; personaje negativo o positivo, compromiso o evasión. Cualquier psicólogo (y el autor lo era) podría fácilmente demostrar cómo no hay evasión posible, y que un tipo de literatura introspectiva permite, llegado el caso, medir con

una exacta precisión el empuje de las presiones exteriores. Theodor W. Adorno, verbigracia, ha demostrado cómo el subjetivista Kafka llegó, por el camino de la introspección, a dar con la clave de una objetividad más dialéctica que muchos de sus improvisados detractores. También en Luis Martín Santos hay un idéntico deslizamiento, por el camino de la psicología, hacia una más amplia concepción antropológica. « El protagonista de **Tiempo de silencio** no es, en resumidas cuentas, más que un mediocre al que le ocurren cosas exorbitantes »⁹. También —y no es ocioso recordarlo— Joyce pobló sus novelas de mediocres y personas de baja condición.

Consciente de la inanidad de un tipo de literatura seudocriticista que no muy salomónicamente distribuía virtudes y defectos entre las diversas clases sociales (usualmente cinismo, hipocresía, depravación, etc., a la burguesía, y solidaridad, heroísmo, abnegación, etc., al proletariado), incurriendo en banales generalizaciones que hacían de la lucha de clases y las contradicciones de la sociedad una edificante página evangélica de combate entre el ángel y el demonio, el autor rompe las convenciones para denunciar, airadamente, sin inhibiciones, **todo** el sistema de vida español. Su más curiosa innovación consiste en la adopción de un estilo paródico falsamente celebratorio que se aplica a la descripción de la realidad más abyecta. Como en Cortázar, como en Valle Inclán, hay aquí una sátira de las grandes frases, de las grandes palabras, de los grandes proyectos irrealizados. Siempre el contraste entre los gloriosos proyectos y la realidad irrisoria y miserable en que aquéllos se caricaturizan expresado en un lenguaje heroico ambiguamente celebratorio que otorga al estilo su tono paródico y a la novela su condición de inimitable epopeya burlesca. Las chabolas quedarán así convertidas en los « soberbios alcázares de la miseria », donde la edad media de pérdida de la virginidad es « más bajo que en las tribus de Africa Central ». La cotidiana e incierta búsqueda del pan de estos estratos miserables y desarraigados se compara con la también problemática aventura del troglodita en sus incursiones de caza: « Hacia aquella otra realidad debían encaminarse no obstante todos los días (como sus homólogos aborígenes hacia los campos de caza) y colocándose en lugares estratégicos cobrar mínimos botines en las escaleras del Metro », etc.

Naturalmente la ironía en manos de Luis Martín Santos está de continuo deparando resultados imprevistos. Esta forma de disfrazar la intención diciendo lo contrario de lo que se piensa, es siempre no tanto el resultado de una crisis como el indicio revelador de una aguda percepción de la misma, y lleva en consecuencia siempre implícito un ataque contra la situación global en que ella se origina. Nunca o raramente se aplica a individuos, y cuando ello ocurre, se trata de individuos tan absolutamente moldeados por la situación que de hecho el ataque continúa dirigiéndose contra ésta, ahora bajo la forma de la metonimia. Al referirse a la proli-

9. Carlos Martínez Moreno: *Op. cit.*, p. 177.

feración de las chabolas que conformaron el « cinturón de la angustia » madrileño, verbigracia, el novelista prorrumpe en estentóreas exclamaciones celebratorias del progreso alcanzado bajo la égida del Caudillo: « Como los valores espirituales que otros pueblos nos envidian eran visiblemente demostrados en la manera como de la nada y del detritus toda una armoniosa ciudad había surgido a impulsos de un soplo vivificador ». Sin embargo, y como ya se señaló, no todo es exaltación jocunda y cínicamente celebratoria de las realizaciones del régimen español. La ironía de Luis Martín Santos está siempre dirigida a una situación. Hay momentos en que de improviso el novelista se retrae de su ambicioso proyecto de retratar —y denunciar— todas las facetas de la jungla urbana madrileña y su mirada se circunscribe al orbe minúsculo y vulnerable de su protagonista, Pedro, el joven investigador. Ironía, otra vez, pero ironía cordial, que incluso por momentos trasluce un velado sentimiento auto-compasivo instantáneamente cercenado por la conciencia vigilante del narrador. Rastrear estos desgarros e inventariar sus esporádicas irrupciones equivaldría a reproducir no pocas páginas de la novela, pero a través de ellas se advertiría cómo bajo esta coraza de corrosivo y morboso racionalismo va nitidamente dibujando su contorno una difusa forma de la solidaridad, una fraternal desdicha y un cálido misticismo que sugieren la paradoja de una suerte de sentimentalismo cervantino trasvasado al expresionismo brutal del mejor Valle Inclán. Fórmula, en todo caso, no totalmente extraña a la tradición española, como lo prueba el ejemplo inmortal de su clarísimo predecesor: don Francisco de Quevedo.

Hay también por lo menos una cristalina alusión a la esperanza de la conformación de una conciencia histórica (recuérdese que la « forja de la increada conciencia de la raza » fue la suprema aspiración de Joyce). Se la encontrará inmediatamente a continuación de su penetrante reflexión sobre la urbe madrileña, y reviste una particular importancia por cuanto en ella resulta fácilmente indentificable uno de los niveles oposicionales de la obra, una de las contradicciones catalizadoras de hechos y tensiones: crítica-humor. Cuando después de una satírica incursión por los distintos estratos sociales madrileños en la que el autor va diseñando una serie de proyectos de realización factible, tales como « inventar un nuevo estilo literario y propagarlo durante varias noches en un café hasta quedar completamente confundidos », o « calcular cuántas piedras de mechero vende un enano en una esquina », o « hacer como qué vamos al cine yéndonos al cuarto de la pensión con su colcha roja », o « adivinar cuál es la ley económica que permite que las cerilleras vendan los pitillos uno a uno y con el producto alimenten suficientemente a sus amantes », etc.; cuando después de todo esto el autor declara su intención de « intentar imaginar cómo —Dios mío—, cómo vivía todo este pueblo en los que ellos mismos dicen —ellos sabrán por qué— que fueron los años del hambre », aquí, en este repentino cese del registro satírico vislumbramos otro de los niveles oposicionales ya mencionados; esta vez: sarcasmo-piedad. Curiosamente, estos dos sistemas de contrarios, crítica-humor y sarcasmo-piedad, son

también característicos de su ya citado predecesor : Francisco de Quevedo. Esta última oposición, sin embargo —el tiempo no transcurre en vano— puede ocasionalmente ser asociada a la creación dostoyewskiana, aunque se trata, en todo caso, de un Dostoyewsky depurado de concesiones románticas, lo cual no es mérito, por cierto, del novelista, sino obra de la conciencia de nuestra época. Pero esta filiación dostoyewskiana de ciertos rasgos de la concepción general de la obra es sólo punto de partida, estímulo para la empresa, nunca criterio desvelador de conflictos humanos y sociales. La explicación es obvia : lo que en Dostoyewsky era primordialmente asunto de naturaleza, en Luis Martín Santos es primordialmente asunto de condición. Para Dostoyewsky el sufrimiento era el estado natural del hombre ; Luis Martín Santos resiste a compartir enteramente esta convicción. Entre ambos media el desarrollo de una conciencia histórica y social que en Dostoyewsky permanecía, en gran medida, todavía larvada.

Y restaría finalmente señalar un último rasgo que por sí mismo ilustra acabadamente la función de la ironía en la novela de Luis Martín Santos. Como se puede advertir en numerosos pasajes de la obra (cf. p. 26-31 especialmente), la relación entre Pedro y Amador no es la de investigador-asistente sino la de señor natural-servidor. Obviamente, esta trasposición de un tipo de relaciones periclitadas al campo de la investigación científica no es más que una reedición de las múltiples arremetidas del autor contra el anacronismo de la sociedad española, pero esto sólo superficialmente. Más allá, se intuye aquí una nueva dimensión alegórica. Pedro, peripatéticamente ajeno al bullicio y la realidad durante toda esta excursión por la cuesta de Atocha, enajenado siempre en un vagaroso y mórbido racionalismo que no concede atención más que al curso de los propios pensamientos, y Amador, con su elemental y práctico buen sentido, reencarnan bajo nueva especie la conflictiva relación de la pareja que poderosamente fascinó al novelista : el Quijote y el Sancho cervantinos. Este es un dato que conviene retener, puesto que aquí la cotidianeidad aparece nuevamente contrastada sobre un fondo mítico. Es asimismo notorio que el autor no extrema el paralelismo, pese a que éste reaparecerá varias veces a modo de moderna recreación de la dialéctica cervantina : sanchización de Don Quijote y quijotización de Sancho. Hay empero otro rasgo que revela claramente el propósito del autor de reelaborar el mito de Cervantes. Toda la obra aparece presidida por la « epidemia del malentendido », y éste subrepticamente se origina en la contradicción entre unas normas morales, una concepción de la vida ya en desuso y unas relaciones humanas, sociales y económicas de nuevo tipo. Finalmente, el desenlace de la obra bastaría para despejar toda posible desconfianza frente a la validez de la interpretación aquí insinuada. Cuando en el capítulo final Pedro declina su ilusoria libertad —la capital, el Instituto, su vocación de investigador— para trasladarse a una remota ciudad de provincias a « diagnosticar pleuritis, pericarditis, pancreatitis, prurito de ano » ; a cazar : « se puede cazar, cazar es sano... », etc. ; a jugar al ajedrez : « podrás jugar al ajedrez. A ti

siempre te ha gustado... » etc.; vale decir, cuando el Pedro que había **elegido** acaba « maniatado por el medio, alienado (se ha cumplido, en virtud de la poderosa habilidad del medio, la alienación de la indiferencia; o más aun, la alienación de la aspiración a la indiferencia »¹⁰); todo este sacrificio, en suma, de la libertad anterior en el espejismo de una burguesa sensatez, ¿no remite casi instintivamente a la imagen de Don Quijote muriendo, curado ya de ilusorios idealismos, en « olor de cordura y sensatez »? Luis Martín Santos, como antes Cervantes, narra la derrota de sus personajes, el naufragio de una ilusoria libertad frente a la compulsividad de un medio hostil a todo género de empresas ingenuamente reformadoras, y hoy como ayer la amargura del narrador se carga de feroz ironía para impedir que la lucidez del lector naufrague en un estéril sentimiento de piedad. Alienado en un destino que creía obra suya y que no era sin embargo más que una imposición de su medio, Pedro, como antes Don Quijote, ha fracasado. La razón de su fracaso, en consecuencia, radica en lo ilusorio de su elección. Sólo « convertido de esclavo de su destino en inventor de su proyecto —viene a decirnos Luis Martín Santos—, el hombre deviene un ser trascendente »¹¹. El fracaso de Pedro, pues, se convierte en factor de concienzualización de la alienación del propio lector. Es este aspecto de la obra, en el cual la ironía cumple una función bastante próxima al distanciamiento brechtiano, lo que hace que, bajo tanto aparente negativismo, **Tiempo de silencio** revele su paradójica condición de ejemplaridad moral.

A lo largo de la obra se encontrará, como ya se ha observado, una constante en su criticismo solapado del feroz individualismo español y su negativa a tomar en consideración las experiencias ajenas. Este criticismo se originará, básicamente, en el hecho de que Luis Martín Santos, tanto por formación como por vocación, era ya un europeo, vale decir, un español universalista que silenciosamente reivindicaba su derecho a participar de la herencia de la cultura occidental. Su saña satírica se centra así sobre todos aquellos que de algún modo son responsables por esta situación de aislamiento. Su lucidez, empero, le impide confundir causas con efectos. Su frase amplia, recargada, sus extensos periodos tan complejamente elaborados, son habitualmente una sorprendente mezcla de alusiones diversas que a menudo trascienden el contexto español. Ya desde las primeras páginas, donde su ataque a las inhibiciones científicas de la sociedad española alcanzan una mayor intensidad, las referencias al galardón sueco ofician a modo de hilo conductor a través de una caleidoscópica sucesión de alusiones a falta de recursos para la investigación, unas muchachas toledanas embarazadas, perros con fémures de polivinilo cuyo horrible sufrimiento paradójicamente origina una irónica exclamación de falso alivio, porque aquí, al menos, « las desteñidas vírgenes no cancerosas, no usadas, nunca sexualmente satisfechas, anglosajonas, no existen

10. Félix Grande: *Op. cit.*, p. 50-51.

11. Luis Martín Santos: *Libertad, temporalidad y transferencia en el psicoanálisis existencial*, Barcelona, 1964. p. 204

para proyectar el rencor insatisfecho sobre la Sociedad Protectora », etc., todo ello trabado en una perfecta unidad de impresionante solidez. Curiosamente, aquí el único común denominador está dado por el estilo, por la reducción al orden formal del anárquico torrente conceptual. Pero esta referencia a forma y estilo hace necesaria una nueva digresión.

En efecto, para determinar la existencia de un estilo, convendrá examinar hasta qué punto las formas y el contenido se segregan, condicionan y complementan recíprocamente, y hasta qué punto se da en ellas un fenómeno de mera yuxtaposición. Precisar, en un palabra, si la relación es dialéctica o mecánica. Esta dialéctica interactiva no excluye, por supuesto, la investigación de las formas en cuanto aspecto particular susceptible de análisis e interpretación, pero las subordina, en última instancia, a un problema general de estructura, de estilo, en el cual estas mismas formas se realizan y adquieren pleno sentido. En el primero de los casos mencionados, cuando esta dialéctica existe, aquello que el ensayista italiano Galvano Della Volpe denomina « centro problemático profundo » es intrínseco a la obra : está en el particular sistema de tensiones que configuran la estructura. En el segundo, cuando hay una mecánica, en el caso del arte combinatorio, este centro es extrínseco a la obra : se identifica con la omnisciencia del autor. Estas categorías contrapuestas de dialéctica creadora y mecánica compositiva tienen sus correlatos, normalmente, en un estilo y una retórica. Ejemplo de lo primero se encontrará en **Tiempo de silencio**, de Luis Martín Santos ; ejemplo de lo segundo en **La familia de Pascual Duarte**, de Camilo José Cela.

Hay por supuesto, matices, estadios verbales intermedios, que recorren toda la gama de posibilidades verbales. El problema no es sencillo, y estas coordenadas tienen por objeto solamente establecer una perspectiva general válida para su análisis en profundidad, cosa que momentáneamente excedería los límites provisionales de estas notas. Quede, sin embargo, en pie una verificación inicial : en **Tiempo de silencio** hay una dialéctica creadora y también un estilo que se organiza a través de la formulación verbal, de una estructura estética. Fue paradójicamente no un escritor, sino un escultor, Rodin, quien definió con la mayor precisión esta contradicción reseñada : « Cuando usted quiera modelar una estatua en pie, al trabajar con este pie proceda a separarlo de la masa para que, teniéndolo en la mano, pueda usted ocuparse en analizar y plasmar los relieves musculares de la planta del pie, aunque aparentemente ese trabajo quede perdido, pues la tal planta ha de quedar oculta al reposar el pie en el suelo. Porque, si no lo hace así, luego los músculos de la parte superior del pie le bailarán ». ¿ No fue acaso observar en **Ulysses** una cierta cualidad de este orden lo que indujo a Edmund Wilson a definirla como una novela densa « como una ciudad » ? ¿ No está en la sistemática aplicación de este principio esencial la razón última de la asombrosa densidad de la creación joyceana ? Esto, por lo demás, implica, entre otras cosas, la defunción de aquel degenerado vástago de la retórica iluminista conocido como literatura « de mensaje » y es en tal sentido, y al igual que **Ulysses**, **El Siglo de las**

Luces o A la recherche du temps perdu, que la novela repoezizada de Luis Martín Santos participa de la más genuina clasicidad de nuestra época¹².

Llegados a este punto, convendría reproducir aquí un fragmento de **Tiempo de silencio** en que, al par que las virtudes creativas del autor, el lector podrá observar ya más claramente las peculiaridades reseñadas de su estilo. He aquí el fragmento en cuestión: « La mañana era hermosa, en todo idéntica a tantas mañanas madrileñas en las que la cínica candidez del cielo pretende hacer ignorar las lacras estruendosas de la tierra. Por las calles recién lavadas por la brigada municipal, relucientes los granitos trasladados desde la lejana Sierra y hechos trozos cuadrangulares por ejércitos de incansables canteros, colocados después mediante técnica difícil con ayuda de agua, arena y una barra de hierro (más tarde, llegada la decadencia del oficio, también con algo de cemento líquido en los intersticios), discurría una abundante turba de individuos de diversos oficios todos ellos mal vestidos y sólo algunos afeitados recientemente. Los trajes de los viandantes de colores indefinibles entre el violeta pálido, el marrón amarillento, el gris verdoso, aparecen en esta ciudad de tal modo desvaídos y lacios que no puede atribuirse su deslucido aspecto únicamente a la pobreza de los moradores —con su consecutiva, escasa y lenta renovación de guardarrropa— sino también a los efectos purificadores de índole química de un aire especialmente rico en ozono y a los de índole física de una luminosidad poco frecuente, persistente durante un número de horas apenas soportable para individuos de raza no negra. Realmente, los ciudadanos de referencia deberían utilizar algodones made in Manchester de color rojo rubí, azul turquí y amarillo alhelí de grandes manchas y dibujo guacheado con los que la turgencia de las indígenas quedaría mejor parada y la tez cetrina de los hombres alcanzaría todo su plástico contraste. Esto iba meditando D. Pedro sin comunicar tales pensamientos a Amador que quizá no hubiera podido elevarse a la consideración de tales leyes cromático-geográficas sino que hubiera sugerido más simplemente el consumo de adecuados líquidos reparadores de la fatiga en cualquiera de las numerosas tabernas que se abrían invitadoras a su paso a través del paisaje urbano. Pero aun parecía lejos esta idea del caletre científico y Amador resolvió suspender la sugerencia hasta ver llegado el momento oportuno bajo las especies de sutiles gotas de sudor en la frente del sabio o un resoplido más pesado en su alentar todavía inaudible. Las gentes —casando mal con la proverbial idea de su incuria y pereza— se agitaban rápidas bajo la cúpula mentirosa », etc.

Esta descripción, escogida un poco al azar, que no es la más representativa ni tampoco, en absoluto, la más compleja y elaborada de su autor, permite sin embargo vislumbrar la naturaleza de su estilo. El lector puede observar la perfecta concatenación de los distintos planos entre sí: social, inte-

12. Esto no encierra una valoración. Ciertamente, **Tiempo de silencio** no alcanza en absoluto la incomparable perfección de las tres obras mencionadas, pero participa de su aire de familia, tiene profundas y complejas raíces en esta clasicidad de nuestra época.

lectual, científico, caracterológico, estético, geográfico. Semejante capacidad de reproducción e integración de los distintos planos de la realidad en un mismo nivel —el de la imaginación creadora— resulta totalmente inédito en la narrativa de la postguerra. Se trata de una prosa preñada de contrastes, que recoge la más legítima herencia del barroco, de una genuina **dialéctica de contrastes** aplicada a la representación de una realidad **intersticialmente** contradictoria. El novelista, en suma, no aplica su talento a la invención de contrastes arbitrarios (lo cual era característico todavía en Cela); registra los que la realidad le ofrece, y se vale de ellos como vía de acceso a estratos más profundos de la realidad y a tradiciones que, en muchos casos, pertenecen no ya a la sociedad sino al individuo.

Puede también advertirse, como en Joyce, la preocupación del autor por superar el punto muerto del embotamiento de la sensibilidad naturalista. Mientras Pedro y Amador emprenden esta azarosa excursión a la chabola del Muecas, en vez de emociones el autor va registrando detalles sobre la calidad del empedrado de las calles madrileñas; en vez de sensaciones, acumulando datos sobre la composición química del aire y la conductibilidad del calor en los trajes de los viandantes. Aun así, sólo muy superficialmente podría encontrarse en esto un humorismo gratuito, puesto que no es otra cosa que una caricatura de los denominados procedimientos objetivos, vástagos corrompidos del naturalismo zoliano y su ingenua pretensión de regular científicamente la actividad representativa de la imaginación creadora. Pero esto no es todo: dos alusiones nada equívocas a los « indígenas » (madrileños), insinúan la pretensión de proseguir el paralelismo entre el conglomerado urbano y las tribus del Africa central, motivo ya esbozado en páginas precedentes que definirá posteriormente una de las facetas alegóricas de la obra. Si hoy se recuerda a Zola, no es por sus periclitadas hipótesis y su documentación científica, sino seguramente por la suprema energía con que simbolizó no pocos de sus temas. Consciente de ello, el autor no se abandona a las tentadoras opciones del análisis caracterológico o el criticismo moralizante; convierte estos ocasionales subtemas en soportes de la alegoría en la cual finalmente se integrarán, pero es ésta, la alegoría como estructura, la que proyecta su sentido sobre la realidad y realza su contorno.

El criticismo, pues, se define como opción del lector sobre una estructura orgánica y polisignificativa, que no se agota por supuesto en aquél. La naturaleza dialéctica de la obra se revela así en su múltiple virtualidad, y el lector opta por su personal criterio de interpretación. La leerá como conjunto de peripecias, como análisis caracterológico, como sátira de los estilos o manierismos tradicionales, como ensayo sociológico o como investigación de la angustia. La leerá, en suma, como libremente lo escoja. La dialéctica de la novela, su condición de obra genuinamente abierta, permite éstas y aun otras posibilidades, pero todas a partir del más absoluto respecto a la estricta literalidad de la expresión. Múltiple y diversa, compleja y a la vez de una cristalina transparencia, la novela cumple así

su función de esclarecer dialécticamente la realidad sin renunciar a su cualidad de universo en sí y desde sí comprensible. Volviendo al pasaje reproducido, y presidiendo los tres aspectos señalados —a) humorismo ; b) caricatura de los procedimientos objetivos ; y c) pretensión alegórica—, restaría señalar un cuarto matiz revelador de otra característica central de la obra. Está en dos frases : « mañanas... en las que la cinica candidez del cielo pretende hacer ignorar las lacras estruendosas de la tierra », y « las gentes... se agitaban rápidas bajo la cúpula mentirosa ». Como se puede advertir, el escritor no dedica al « escenario » del fragmento, una calurosa mañana estival, más que estas dos escuetas menciones, las ya reseñadas, y esto para denunciar su condición de espejo deformante de la propia realidad. Hay aquí, pues, una recurrencia al método presentativo (mera descripción) y simultáneamente una crítica de las insuficiencias del mismo. El autor refiere la narración al universo fenoménico, pero con entera conciencia de que « si la novela quiere permanecer fiel a su herencia realista y seguir diciendo cómo son realmente las cosas, tiene que renunciar a un realismo que, al reproducir la fachada, no hace sino ponerse al servicio del engaño obrado por ésta »¹³. Hay, pues, simultáneamente una recurrencia a —y un rechazo de— la realidad fenoménica, pero siempre el rechazo proviene de su inicial aceptación y la demostración de sus insuficiencias radicales. El autor, en consecuencia, no renuncia a la realidad, prodiga su mirada sobre ella, pero con astucia y cautela. Identifica sus falacias, restituye un nuevo ordenamiento a un mundo aparentemente ordenado y reivindica el carácter dialéctico del conocimiento y la expresión. Esto lo ubica en los antípodas del objetivismo naturalista de su generación, vinculándolo, por el contrario, a la dialéctica simbólica de un Joyce o a la alegoría dialéctica de un Kafka. La palabra pierde ingenuidad para cobrar una avasalladora intensidad expresiva cuyo secreto en España desde hace ya muchas décadas se había perdido.

Este fragmento, a la vez, posibilita la identificación de una de las más graves limitaciones del autor. Una cierta tendencia a la abstracción se encarga de recordar constantemente cómo Luis Martín Santos llegó a la novela por el camino de la filosofía y el psicoanálisis, y es esto seguramente lo que, pese a la profusión y exactitud de los detalles, impone la sensación de unos materiales naturalistas pródigamente acarreados con la finalidad de ilustrar un principio o llenar unos esquemas. Esto es así en no pocos pasajes de la novela, y notoriamente visible en aquellos en que el autor se obstina en multiplicar hasta el infinito sus propósitos alegóricos. Las dos tendencias que se combinan en la obra, simbolismo y naturalismo, no se funden en una ambivalencia perfecta. El simbolismo se hace por momentos excesivamente difuso y la atmósfera de la novela se distiende, su intensidad se diluye, incluso incidentalmente amenaza con desdibujarse, pero siempre la realidad acude en su auxilio como factor de equilibrio que lo rescata en la frontera misma de la disolución. La parábola narrativa del

13. Theodor W. Adorno : *Notas de literatura*, Barcelona, 1962, p. 47.

autor parte de la localización madrileña para alcanzar la riqueza cosmopolita universal, pero el lector a menudo experimenta la sospecha de que para penetrar en la obra resulta necesario transitar el camino en dirección opuesta. Esta falsa sospecha se origina en el juego constante de ambivalencias. Madrid es Madrid y también la Megalópolis; la tauromaquia es un popular deporte y también un rito sangriento e incluso el laberinto cretense. Pedro mismo es, por momentos, Galileo, otras veces un pobre diablo y ocasionalmente Teseo. El burdel es el averno y las tres mujeres de la pensión son las tres parcas. La calle de Atocha y el laberinto de Creta integran un mismo sistema de referencias y funcionan dialécticamente en una suerte de abstracción trascendente. Sin embargo, todo este juego de ambivalencias revela a la larga su notoria inconsistencia. Cuando luego de algunas reflexiones sobre la tauromaquia el novelista retoma la descripción de la prisión y desliza una intencionada alusión al laberinto cretense, de pronto el lector recuerda al Minotauro, la necesidad de los exorcismos liberadores y muchas otras cosas. El mito, sin embargo, no está en el contexto, sino como simple alusión, y existe por tanto sólo para quien se obstina en encontrarlo. Otro tanto pasa con la simbología del burdel o de las tres parcas. El burdel impresiona mucho más como cuadro naturalista que como símbolo, y algo similar ocurre con las tres generaciones de la pensión. Esta confusión se origina en que, si bien el tratamiento simbólico está normalmente dado a nivel del lenguaje y no del concepto, ocasionalmente las premisas se invierten, y el lector puede experimentar la tentación de considerar estas esporádicas heterodoxias como categorías de aplicación universal. Para interpretar, pues, para entender plenamente **Tiempo de silencio**, desterrando a la vez toda clase de ilusorias y equívocas sospechas, habrá que comenzar por reivindicar el respeto a la más absoluta literalidad de la expresión.

Plurivocidad semántica y naturalismo de los temas: el ritmo épico realza, con su nota de universalidad, lo que de otra forma pudo haber resultado un relato inconexo y descolorido, y es en virtud de esta palabra épica que la chata novela naturalista se convierte en epopeya burlesca. Lo presente está dado —y tratado— como disfraz o caricatura del pasado; la visión cosmopolita, a la vez, prodiga un comentario irónico de la realidad. La vida no es menos real por marchar ahora disociada de antiguos esplendores. Pocos escritores de imaginación, a partir de Cervantes, según ha demostrado Teodor W. Adorno, se han preocupado por revestir a su época de una aureola de gloria. Shakespeare pudo escribir que nuestras vidas están tejidas por el mismo hilo de los sueños. Hoy convendría modificar esta sentencia: nuestras vidas están tejidas del mismo agobio de la rutina cotidiana. El impulso lírico se ha desvanecido; la cotidianeidad cobra vigor. Entre Shakespeare y nuestra época median Cervantes, Flaubert y la tradición de la novela realista, con su reconversión de la novela en instrumento de expresión de la cultura y la sensibilidad de la clase media. En Luis Martín Santos cristaliza la reacción contra este nuevo estereotipo. Obra maestra del sarcasmo, en **Tiempo de silencio** se refleja la cólera, la

justa indignación con que el novelista habíase enfrentado a su sociedad. Tal vez sólo en el mejor Valle Inclán se encuentre, en la narrativa española de este siglo, la consumación de otro ataque tan feroz y despiadado contra los petrificados e insolventes mitos de la sociedad y la cultura tradicionales, con la diferencia de que lo que en Valle aun era producto de una afortunada intuición, aquí ya ha devenido lúcido proyecto de la conciencia creadora. Su programática voluntad de transformación recuerda, conjuntamente, a Dostoyewsky y a Marx, porque si en éste aprendió a dilucidar el carácter dialéctico de los procesos históricos, en aquél, el apasionado investigador de las miserias y flaquezas humanas, aprendió que toda rebelión es fundamentalmente un acto de comprensión y humildad, vale decir, de amor.

En Luis Martín Santos resultan igualmente llamativos su sorprendente originalidad y su profundo sentido de la tradición. La obra está llena de reminiscencias estilísticas o temáticas de filiación reconocible, y desmontar y analizar todas las piezas de su arquitectura narrativa y registrar sus antecedentes implicaría realizar una incursión por gran parte del pasado artístico no sólo español, sino ya europeo (pero tal investigación, que alguna vez tendrá que ser realizada, excedería por ahora los límites de estas notas). Toda la escena que sigue al fracasado aborto de Florita y su terrible muerte, por no citar más que un ejemplo, remite a la tradición peninsular de los **plantos**, de la cual se encontrarán notables exponentes en el Arcipreste de Hita y —más modernamente— en Valle Inclán (el más famoso en **Divinas palabras**), su más inmediato predecesor en numerosos aspectos. Nihil novum: en Luis Martín Santos están recreados muchos motivos de la literatura anterior. Paradójicamente, es en gran medida esta inmersión, esta constante referencia a la tradición lo que dinamiza su narrativa y acrecienta su originalidad. Al leer los comentarios de Matías, verbigracia, sobre el encuentro de Pedro con Dorita después de la visita policial, puede recordarse al cínico Svidrigailov figoneando otra escena similar entre Sonia y Raskolnikoff en **Crimen y castigo**. Las reminiscencias abundan. De Joyce están, posiblemente, entre otras, el burdel y el periplo nocturno; de Dostoyewsky, el protagonista alucinado, errabundo y monologante, lúcido para verificar la existencia de sus propios problemas aunque encerrado en la imposibilidad de superarlos; de Lawrence el sarcasmo, la despiadada resolución antiintelectual, el carácter demoníaco de ciertos azares cotidianos y la esperanza de rescate por la autenticidad; de Quevedo, la escatología del lenguaje y no pocos recursos estilísticos; de Lawrence también un cierto determinismo sexual; de Joyce su propensión a contrastar lo cotidiano sobre un fondo mítico; y de Valle Inclán un distanciamiento a través de la ironía bastante próximo al famoso efecto brechtiano. Esta condición verdaderamente enciclopédica de la obra, que se define por la obstinación del autor en dar cabida a **todos** los temas y someter a revisión **todos** los estilos, suministra otra clave para interpretar las causas de algunos de sus más resonantes fracasos.

En efecto, como se recordará, toda la aludida escena entre Sonia y

Raskolnikoff figoneada por Svidrigailov impresiona por sí misma, pero a poco que se observe se descubrirá cuánto debió esforzarse el novelista ruso para dar en el contexto la situación en que aquélla se origina. En Luis Martín Santos, por el contrario, todo resulta demasiado provisional, la escena es llamativa pero oblicuamente gratuita, y carece por lo mismo de la desbordante humanidad de aquella tan magistralmente diseñada por su ocasional predecesor. Otro tanto ocurre con Lawrence, cuyo novela **Women in love** ofrece numerosos puntos de contacto con **Tiempo de silencio**. La escena de la tertulia en el café Gijón supera posiblemente a aquella otra descrita por Lawrence en el capítulo VI de la novela mencionada, **pero sólo como cuadro en sí**. La tertulia del novelista anglosajón está también justificada, sólidamente trabada en el contexto de la obra. Su aparición reviste una cierta **inevitabilidad**, cosa que no pasa con la de Luis Martín Santos, y algo similar ocurre con no pocas escenas más. Hay unas páginas especialmente sugestivas: son aquellas que el novelista consagra al análisis de la tauromaquia. Este breve capitulillo resulta independiente de la trama, se justifica solamente porque no rompe la unidad del estilo, aunque en abstracto debiera conspirar contra la unidad del relato. Por lo mismo bien puede ser que este pasaje resulte doblemente ilustrativo del por qué de estas limitaciones. Luis Martín Santos se preocupó por dotar a su novela de una unidad acorde con la naturaleza de su talento: una unidad verbal, y no cuidó mayormente acerca de la discontinuidad y anarquía del orden estructural. Vertió en ella todas sus preocupaciones, confiado absolutamente en el poder unificador de las palabras. Pero las palabras son signos, y allí donde el ritmo épico decae las diferencias de la concepción se hacen visibles. Esto, sin embargo, no es enteramente imputable al autor. En el fondo de sus fracasos yace como desiderátum la ineficacia (o la ausencia) de una verdadera tradición. Luis Martín Santos es, a la vez, el Kafka, el Lawrence y el Joyce de la narrativa peninsular, y también, inevitablemente, el predecesor de sí mismo. Precursor de sus propios aciertos, epígono de sus propios fracasos, su obra rinde tributo a su talento y simultáneamente lo paga al estado de la cultura en que su obra se gestó.

En realidad, **Tiempo de silencio** cubre una etapa que el calificativo de transición define mejor que el de fundación o renacimiento. En la tradición de Quevedo y Goya (o incluso del mejor Valle Inclán), Luis Martín Santos se esfuerza por reanudar los extremos del lirismo y la realidad, pero no a modo de precaria simbiosis, de imperfecta fusión, sino para contrastarlos con violencia. Sobre esta básica contradicción reposa la dialéctica de la obra. Conforme transcurra el tiempo y nuestra perspectiva se enriquezca, seremos capaces de entender, cada vez mejor, cuánto comportaba de riesgo esta curiosa elección. La ironía es el producto de este violento contraste. Habiéndose propuesto, como se propuso, redactar con su novela una suerte de compendio de la moderna conciencia española, Luis Martín Santos debió estar sobre aviso de la necesidad de dotar a su novela de una unidad que no podía ser la de la trama. La unidad, aquí, se consuma

en el estilo. Luis Martín Santos comprendió lúcidamente la realidad cultural de su momento: el agotamiento de una tradición, el desgaste de una palabra machacada, devaluada por el uso, y la precariedad de toda renovación que no se diera a partir de un contexto español. Fue un renovador; a la vez, pugnó por permanecer insólitamente fiel a su país y a la tradición. Esta es la razón de su grandeza y la explicación de su fracaso, puesto que éste no es más que el resultado de ese estado de desintegración cultural que experimentó con tanta agudeza y expresó con tan luminosa intensidad. Ningún novelista anterior (incluido el Cela de *La colmena*) fue tan lejos en su minuciosa e implacable descripción de las realidades cotidianas. Su extremismo escatológico es el mismo de Quevedo o Goya. A la vez, ningún esteticista ha tejido estructuras verbales más complejas y perfectas. Lírico y realista, escatólogo y estilista, Luis Martín Santos reasume la tradición y la dinamiza. Funda el porvenir.

Pasajes como aquel de la reflexión sobre la urbe madrileña, el monólogo de la viuda del « héroe de buen ver », librada al arbitrio de los acontecimientos con una hija madura y soltera y una nieta bella e ilegítima, la incursión de Pedro y Amador por el feudo del « gentleman-farmer Muecas-thone », la descripción de una tertulia del Gijón o el relato de las peripecias del aborto y muerte de Florita, es probable que dejen en la mente del lector un recuerdo imborrable. Inversamente, hay momentos en que su misma facilidad frustra al novelista en un humorismo trivial, como el de la escena en el atelier del pintor informalista. Aquí ya la ironía resulta demasiado gruesa, la multivocidad semántica cede el paso a una univocidad indigente y el sostenido vigor paródico se diluye en el umbral de un humorismo de sainete. Algo similar ocurre en la escena del diálogo entre Matías y la Charo (una prostituta anciana y « jubilada ») en el burdel de Doña Luisa y, ocasionalmente, en no pocas páginas más. Y es esto precisamente, esta discontinuidad incidental en el relato, estos bruscos descensos en la temperatura narrativa, lo que revela mejor que nada cómo Luis Martín Santos era todavía un escritor haciéndose, el conato esporádico de una genialidad difusa pugnando por inventarse un sendero propio, original e intransferible, a través de la maraña de frustraciones y naufragios de la narrativa de su país en estas últimas décadas. Frustrada su vocación en plena juventud, a nivel de una novela primigenia, aun así la validez de su legado permanece indiscutible, y tal vez convengan para definirla aquellas mismas palabras que el profesor Harry Levin escribiera a propósito de Joyce: « Ha aumentado enormemente las dificultades de la labor del novelista » (Cf. Harry Levin: *James Joyce: a critical introduction*). Epitafio del realismo de su generación, *Tiempo de silencio* es a la vez una superación y una condena, no un modelo a imitar pero sí una conducta para reverenciar y proseguir.

Vietnam ●

Estados Unidos de América

● Pablo VI

José Angel Valente

Las legiones romanas

Juan Tomás de Salas

Vietnam : ¿ Paz como sea o guerra para imponer la paz? II : Análisis de clase de la crisis en la economía norteamericana en 1966 y 1967

Chandler Thompson

La «subcultura» norteamericana

Santos Juliá Díaz

Pablo VI y la guerra del Vietnam

Julio E. Miranda

Florilegio vietnamita

José Angel Valente

«... toda la fuerza enemiga ha sido puesta fuera de combate. ¿Quién lucha entonces?»

Interpelación de un senador

Las legiones romanas

Las legiones romanas aún se batan
desde hace dos mil años
en los pantanos y los arrozales.

Un Buda tuerto de mirarlas pasa
errabundas consignas al loto y la tortuga.

El enemigo ha sido aniquilado
cuatro mil veces en tantos dos mil años
y las legiones aún se batan
contra los mismos muertos.

¿Cómo?

Nadie recuerda cómo fue el comienzo
ni quién tuvo la culpa
ni por qué la victoria no saluda
a las heroicas águilas que caen, caen, caen.

Un pato chapotea en poca agua,
el bambú es inflexible,
secreto el limo en los cañaverales.

Arriban nuevas águilas que manda
remoto el Capitolio, gomitas pompeyanas
para mascar (costumbre de este pueblo
de sutiles colosos), sexo en latas
y un gran dólar inflable
de nueva fabricación o cuño nuevo
para todo el imperio, imperio
sacro, por los siglos
de los siglos.

Salud.

Novedad Ruedo ibérico

Stanley G. Payne

Los militares y el poder político en la España contemporánea

Prefacio ; Introduccón. La debilidad institucional de la España moderna ; 1. El fin de un orden ; 2. La era de los pronunciamientos : 1814-1868 ; 3. El derrocamiento de la primera república ; 4. El ejército durante la restauración : 1875-1895 ; 5. El desastre colonial ; 6. Las consecuencias de la derrota ; 7. El protectorado de Marruecos : 1908-1918 ; 8. Las juntas de defensa ; 9. La guerra del Rif ; 10. El pronunciamiento de Primo de Rivera ; 11. Primo de Rivera y Marruecos ; 12. Primo de Rivera y el ejército ; 13. El colapso de la Monarquía ; 14. Las reformas de Azaña ; 15. La Sanjurjada ; 16. El ejército en el bienio negro ; 17. El golpe militar de 1936 ; 18. La rebelión ; 19. La implantación de la dictadura de Franco ; 20. El ejército nacionalista en la guerra civil ; 21. La represión ; 22. El ejército de Franco ; Conclusión. Las bases del poder del ejército en la España moderna. Apéndice A : Datos bibliográficos de Francisco Franco. Apéndice B : Bajas falangistas y carlistas en 1937-1939. Notas. Bibliografía. Índice onomástico.

496 páginas

39 F

Vietnam

¿Paz como sea o guerra para imponer la paz? II

I. Análisis de clase de la crisis en la economía norteamericana en 1966 y 1967

La guerra de Vietnam ha provocado una crisis política grave en Estados Unidos; ha erosionado hasta límites insospechados la popularidad y los apoyos con que llegó al poder no hace más de cuatro años el « presidente de la guerra », Lyndon Baines Johnson, está a punto de causar una irremediable escisión en el seno del Partido Demócrata en el poder; ha incitado a capas cada vez más amplias de la juventud estadounidense a abandonar el panfilismo bien pensante y lanzarse a la rebelión civil; ha agudizado hasta el paroxismo la guerra civil negra y, lo que es peor y sumamente paradójico, ha hecho que Lyndon B. Johnson perdiera el apoyo de los hombres de negocios que « habían sido, según la revista *Time*, sus más tenaces aliados ».

Tan fuertes han sido las presiones en el interior de la sociedad norteamericana para poner fin a la guerra (haciendo abstracción por el momento de la crisis internacional del dólar y de las presiones internacionales en favor de la paz) que el mismo presidente de la guerra —quizá como simple maniobra— se vio obligado últimamente y con reticencia a encabezar la oleada pacifista, por miedo a que ésta lo arrollara a su paso.

Una explicación bien pensante vería en esta oleada de protestas contra la guerra la acción de dos grupos sociales: la clase obrera —por definición— y « capas democráticas antimonopolistas » —sin definición posible.

La verdad, sin embargo, es que un conglomerado de fuerzas en donde coinciden, lo quieran o no, conscientes o no, el senador Robert Kennedy, *Wall Street Journal* (órgano de la alta finanza estadounidense), la revista *Newsweek*, el gobernador Nelson Rockefeller, el senador Fulbright, el difunto Martin Luther King y otros líderes negros más extremistas, el sindicalista Walter Reuther, la juventud dorada de las « diez grandes » universidades gringas, la jerarquía religiosa de todos los colores y los « desconfiados hombres de negocios », no puede calificarse de clase obrera más « capas antimonopolistas ».

Para mayor paradoja, nada sería más injusto que tildar a la clase obrera norteamericana de pacifismo, al menos si se tienen en cuenta sólo las declaraciones de sus representantes sindicales. La gran central sindical AFL-CIO que maneja el inefable George Meany y sus acólitos, no sólo es anticomunista a ultranza, no sólo votó una moción vitoreando a Johnson

cuando éste inició los bombardeos contra Vietnam del Norte en 1965, sino que hasta ahora —aunque con un « desencanto creciente » de la base obrera— continúa siendo uno de los baluartes del « presidente de la guerra ». Más adelante se verá que la clase obrera se aparta de sus líderes progresivamente en este punto y va adoptando una postura cada vez más pacifista, pero baste por ahora anotar que la clase obrera sindicalizada en cuanto tal no rompió aún con Johnson ni su política de guerra.

Al mismo tiempo, calificar de « capa anti-monopolista » a las fuerzas representadas por **Wall Street Journal** o por la gran prensa o por los políticos que adoptaron cada vez más una actitud antibélica o incomodamente neutralista ante la guerra, sería pecar de miopía teológica.

Una situación sumamente contradictoria aparece así: amplias capas del capitalismo imperialista norteamericano se oponen o « desconfían » de la guerra imperialista, al menos a corto plazo.

Para explicar esta paradoja sólo hay un camino: analizar los efectos de la guerra sobre la economía norteamericana y las clases sociales del país. Un análisis de este tipo permitirá descubrir —a corto plazo— quiénes se benefician y quiénes salen perjudicados con la guerra y explicará así por qué capas cada vez más amplias del capitalismo gringo se oponen a la continuación de la guerra.

La primera parte de este análisis —efectos de la guerra sobre la economía norteamericana— fue expuesta en un artículo anterior sobre este tema: **(Vietnam: ¿ paz como sea o guerra para imponer la paz ?**, Ruedo ibérico, nº 13-14, p. 118-133, verano de 1967), y objeto de este segundo artículo es analizar el otro aspecto del problema: efectos de la guerra sobre las clases sociales de Estados Unidos.

El primer artículo reveló que el aumento

de los gastos de guerra desde fines de 1965, en 1966 y 1967, provocó una crisis económica de cierta gravedad en Estados Unidos.

—En un momento en que la economía norteamericana —fines de 1965 y 1966— estaba produciendo casi al límite de su capacidad, el aumento de los gastos de guerra provocó y agudizó la inflación.

—En el verano de 1966, la financiación de los gastos de guerra y las medidas monetarias adoptadas para contener la inflación provocaron un pánico monetario grave.

—Las medidas deflacionarias, compensadas por gastos militares crecientes, instalaron a la economía norteamericana en la recesión en los primeros meses de 1967, sin que desapareciera por ello la inflación.

La conclusión de este análisis fue la siguiente: en periodo de auge la extensión de la guerra forzó a reducir las raciones de mantequilla y beneficios y **tendió** a expropiar a los capitalistas en general de una parte de sus beneficios (aumentando al mismo tiempo, claro, los beneficios de las industrias de guerra y derivadas).

Esta conclusión explicaría el por qué de la aparente contradicción anotada más arriba, el por qué de la oposición de ciertos monopolios imperialistas a la guerra imperialista. Un análisis más detallado de las consecuencias de la guerra sobre los beneficios capitalistas es objeto de la segunda parte de este artículo.

Antes de entrar en el asunto hay que hacer una observación. La crisis económica, la « expropiación » de los capitalistas en general llevada a cabo por un gobierno capitalista en un país capitalista, sólo puede explicarse como resultado de las presiones de un grupo capitalista cada vez más poderoso en la sociedad norteamericana —el núcleo industrias de guerra-militares, especialmente— que comenzó a defender sus intereses insolidariamente y

a intentar arrebatarse la plusvalía de que se apropiaban una gran cantidad de capitalistas norteamericanos. El sistema capitalista norteamericano parece así haber iniciado una transformación; sectores de ese capitalismo parecen dispuestos a quebrar el **statu quo** en el sistema y mejorar radicalmente su posición a la hora de repartir las plusvalías. La paz o la guerra en Vietnam dependen en gran parte de la estrategia y poder de este grupo para imponer sus intereses sobre los demás capitalistas.

El papel desempeñado por la clase obrera norteamericana —analizado en la tercera parte de este artículo— es bien sencillo. Si grupos capitalistas combaten entre sí

por tajadas del pastel de plusvalías, todos están de acuerdo en aumentar el pastel en bloque agudizando la explotación de los obreros. De la actitud de la clase obrera —según se preste o no a una ulterior explotación— depende así en gran parte que la guerra en Vietnam se gane o se pierda, que la revolución sea posible o sea un suicidio. Si se opone a una nueva expropiación el combate entre los dos sectores capitalistas enfrentados será más encarnizado y probablemente acabe —a corto plazo, al menos— con la victoria de los más a la hora de las elecciones, es decir con la victoria de la alternativa pacifista en Estados Unidos.

2. Contradicciones entre los capitalistas en general y la política de guerra en 1966-1967.

Este problema va a ser abordado aportando primero algunos datos sobre las reacciones y beneficios de las distintas capas burguesas; en segundo lugar intentando explicar las causas lógicas del conflicto; después señalando sus límites; por último, valoraremos las consecuencias políticas del conflicto.

La revista **Time** (30 de diciembre de 1966) resume así este aspecto de la crisis: « Johnson perdió la confianza de los hombres de negocios que, hasta entonces, habían sido sus más tenaces aliados ». Lo que interesa ahora es ver con más detalle cómo funcionó el mecanismo de « pérdida de confianza ».

1.1. Capital industrial versus Johnson

Desde el punto de vista del capital industrial en general, la inflación dentro de ciertos límites tuvo que provocar un aumento de beneficios. Y ello es lo que ocurrió en el primero y segundo trimestre de 1966. El índice Dow Jones señala un

aumento del 12 % de los beneficios de las empresas industriales en el primer trimestre de 1966 en relación con el mismo período de 1965. En el segundo trimestre el aumento fue aún considerable: 10,9 % respecto a 1965 (**The New York Herald**, 22 de febrero de 1967).

En este período, por tanto, el capital industrial en general no pudo estar descontento con la política de guerra de Johnson. Pero cuando la inflación pasó el límite tolerable y el gobierno tomó medidas deflacionarias, el capitalismo industrial en general no pudo dejar de salir perjudicado. La subida del precio del dinero, de las materias primas y de los salarios en un momento en que las medidas gubernamentales tendían a disminuir la demanda privada y con ello a controlar la subida de precios, tuvo que tender también a reducir el aumento de los beneficios industriales.

El índice Dow Jones demuestra que las cosas realmente ocurrieron así. Los beneficios industriales siguieron subiendo, en relación con los de los mismos períodos

del año anterior, pero ya mucho más despacio. En el tercer trimestre de 1966, los beneficios aumentaron sólo en 4,3 %; en el cuarto trimestre en 4,2 %, en relación con los mismos periodos de 1965.

En el primer trimestre de 1967, la crisis —desde el punto de vista de los beneficios industriales— se agravó drásticamente. Los beneficios, por primera vez en muchos años, descendieron en un alarmante 7 % en comparación con el mismo periodo del año anterior. Y si se los compara con el último trimestre de 1966, los beneficios de las empresas industriales en el primer trimestre de 1967 disminuyeron en un « inquietante 15 % », según escribió la misma revista **Newsweek** (3 de julio de 1967).

Estas cifras explican elocuentemente la paradoja de un capitalismo imperialista que protesta ante la guerra imperialista; protesta porque la guerra le perjudica en el punto que más duele a un capitalista —imperialista o no: los beneficios.

Y durante todo el año 1967, los beneficios industriales continuaron sin recuperarse enteramente. Según el boletín económico de marzo de 1968 del First National City Bank, en 1967 los beneficios de la industria norteamericana disminuyeron en un 1,1 % respecto a 1966, « a pesar del considerable impulso registrado en el cuarto trimestre ». Si se tiene en cuenta que la inflación erosionó en ese mismo periodo el valor adquisitivo de la moneda en un 3 %, la disminución en los beneficios industriales en general durante todo el año 1967 fue de alrededor de 4 % en comparación con el año anterior.

En esas condiciones, nada tiene de raro que los capitalistas sean neutrales o protesten cada vez más ante la guerra que, según los teólogos, debía coincidir exactamente con sus intereses. Especialmente si se tiene en cuenta algo que las cifras globales de beneficios no permiten entre-

ver: que los beneficios además de disminuir en bloque, se trasladaron en flujo irresistible desde los capitalistas fabricantes de artículos de « paz » a las arcas de las industrias de guerra. Decenas de miles de pequeños y medios industriales no sólo vieron disminuir sus beneficios en un 4 %, sino que sufrieron graves pérdidas, quebraron o salieron del mercado. En cualquier caso, « perdieron la confianza » en Johnson y, lo quisieran o no, pasaron a formar parte de los potenciales pacifistas del país.

Pero no sólo fueron los pequeños y medios industriales los que pagaron parte de los gastos de guerra en 1966-1967 con sus beneficios. Ramas enteras de la industria se vieron perjudicadas, especialmente las productoras de bienes para el consumo. Algunos ejemplos mostrarán la realidad del problema.

Un caso notable lo constituye la industria del **automóvil** en la que los beneficios disminuyeron alarmantemente. La General Motors, por ejemplo, tuvo 100 millones de dólares de beneficios en el tercer trimestre de 1966, mientras que en el mismo periodo de 1965 sus beneficios habían sido de 265 millones. A los ojos de la General Motors —primera empresa industrial del país por el valor de su producción— este hecho debió aparecer casi como la pérdida de 165 millones de dólares que esperaba ganar y se esfumaron.

En 1967 la situación continuó empeorando. Los beneficios de la industria automovilística norteamericana fueron inferiores en un 21 % a los de 1966. El caso de la Ford fue más dramático aún: sus beneficios disminuyeron en 1967 en un 86,4 % en relación con 1966. (**Time**, 1 de marzo de 1968).

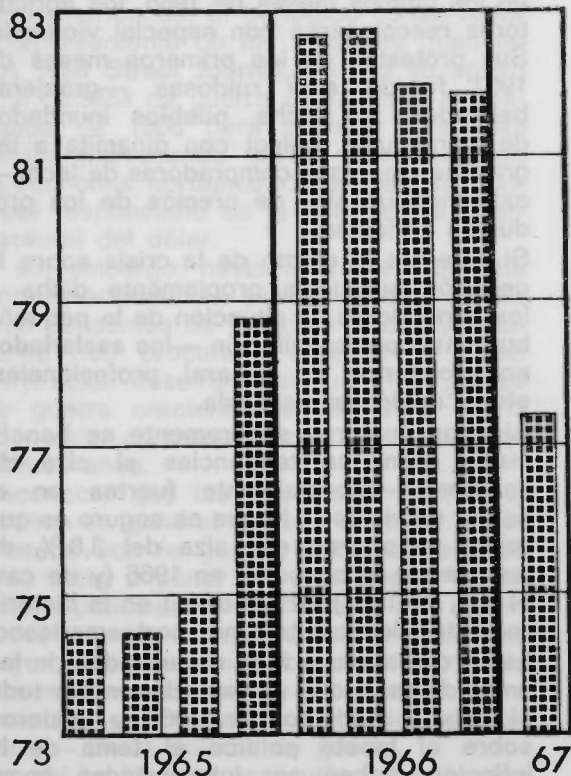
La American Motors perdió, en los tres primeros meses de 1967, 21,6 millones de dólares. « El peor periodo de su historia » (**Business Week**, 6 de mayo de 1967).

También en el primer trimestre de 1967, la General Motors vio reducirse sus beneficios en 34 % y Chrysler en 71 %.

En la industria del **cobre** las ganancias en 1967 se redujeron en un 39 % respecto a 1966. La industria **química** —a pesar de la pólvora, la dinamita y el napalm— tuvo también en 1967 beneficios menores que en el año anterior, según el informe del First National City Bank.

En la industria **textil** la crisis se dejó sentir desde mediados de 1966. La Du Pont de

Cuadro 1. Beneficios de las empresas (antes de pagar impuestos, tasa anual). En miles de millones de dólares.



Fuente: Newsweek, 3 de julio de 1967, basada en un informe del consejo de asesores económicos de la presidencia de Estados Unidos.

Nemours en 1966 tuvo beneficios 5 % más bajos que en 1965, y en el primer trimestre de 1967 sus beneficios se redujeron de nuevo en un 4 % en relación con el mismo periodo de 1966.

La industria de aparatos electrodomésticos, la construcción y otras también vieron como se reducían sus beneficios.

Estos datos, aunque incompletos, permiten darse cuenta de la situación y comprender las razones de esa «desconfianza» de los hombres de negocios hacia Johnson. Desconfianza porque los expropiaban de parte de sus beneficios.

El cuadro 1 permite hacerse una idea más clara de la evolución de los beneficios de las empresas norteamericanas en general —no sólo de las industriales— en los últimos años.

Los beneficios, antes de pagar impuestos, crecieron espectacularmente durante el último trimestre de 1965 y primero de 1966. En el segundo trimestre de 1966 se estancaron prácticamente y a partir de esa fecha comenzaron a disminuir.

La baja más dramática se produjo en el primer trimestre de 1967 cuando, según el consejo de asesores económicos del presidente, los beneficios de las empresas fueron sólo de 77 400 millones de dólares, según índice anual, comparados con 82 800 millones en el segundo trimestre de 1966 o con el total de beneficios en 1966 que alcanzó la cifra de 82 300 millones. Es decir, una disminución de 5 000 millones de dólares.

Es cierto, según muestra el cuadro 1, que los beneficios continuaban siendo más elevados que en 1965 —en dólares de cada año, es decir sin tener en cuenta la depreciación del valor del dinero en 1966 y 1967—, pero también es cierto que esta baja de beneficios se produjo después de seis años seguidos de beneficios en alza. Las cifras globales ocultan además el hecho de que unas pocas empresas —las

relacionadas con el esfuerzo de guerra— vieron multiplicarse sus beneficios, mientras que las demás sufrieron una disminución muy superior a la indicada por las cifras globales, muy superior a los 5 000 millones de dólares que la guerra absorbió del conjunto de los capitalistas. En esas condiciones, por tanto, no es de extrañar que una gran cantidad de capitalistas norteamericanos dé señales de inquietud y desconfianza ante la política de Johnson.

1.2. Pequeña burguesía versus Johnson

La inquietud de la pequeña burguesía norteamericana viene agravándose en estos últimos años. El mito de una sociedad en la que el trabajo permitía alcanzar la cúspide se ha esfumado conforme la estructura del capital monopolista se ha hecho más estable y jerarquizada. La pequeña burguesía ha empezado así a « desconfiar » de un sistema que la condena a permanecer como lo que es : capa intermedia entre la burguesía y el proletariado. Aún sin pretender clasificar tan a la ligera un proceso que tiene raíces más hondas, la agitación estudiantil de estos últimos años en Estados Unidos puede ser en parte expresión de esa « desconfianza » de la pequeña burguesía en general.

Los efectos de la crisis de 1966-1967 sobre la pequeña burguesía han debido ser muy variados. Los **pequeños industriales** salieron perjudicados en general con la inflación —incapaces de repercutir, a partir de cierto nivel, sobre sus precios las alzas de los salarios y materias primas—, con la deflación que les privó del crédito y con la semirrecesión que les privó de la demanda abundante.

Los **pequeños y medios agricultores** debieron beneficiarse en los primeros meses de la inflación ya que fueron los precios de los productos alimenticios los que primero tendieron al alza. Pero, cuando la inflación

se generalizó y luego se dictaron las medidas deflacionarias, los agricultores salieron aún más perjudicados que los pequeños industriales o comerciantes.

Por lo pronto, la subida de salarios en la industria, provocó un « éxodo rural de amplitud inusitada » (Informe de la OCDE) que llegó a causar una disminución de la producción de leche y otros productos. La subida de precios industriales les perjudicó así en un momento en que tenían que hacer frente a una escasez de mano de obra y a una reducción de la producción.

No es extrañar por ello que, cuando la demanda para el consumo se estabilizó en los últimos meses de 1966, los agricultores reaccionaran con especial violencia. Sus protestas en los primeros meses de 1967 fueron muy ruidosas —granjeras bañándose en leche, pueblos inundados de mantequilla, boicot con dinamita a las grandes empresas compradoras de leche— exigiendo un alza de precios de los productos agrícolas.

Si este fue el efecto de la crisis sobre la pequeña burguesía propiamente dicha y los agricultores, la situación de la pequeña burguesía por asimilación —los **asalariados no proletarios** en general, profesionales, etc.— debió ser parecida.

Algunos sectores seguramente se beneficiaron con las tendencias al alza de salarios —especialmente fuertes en el sector servicios—, lo que es seguro es que todos soportaron esa alza del 3,8 % de los precios al consumo en 1966 (y de casi el 3 % en 1967) alza anormal en la historia reciente del capitalismo norteamericano. Las protestas muy bien organizadas de las amas de casa, que se extendieron por todo el país a mediados de 1966 y pusieron sobre el tapete político el tema de la inflación, deben ser interpretadas como expresión de la irritación de amplios sectores de las clases medias frente a la política de Johnson.

2. Causas del conflicto entre los capitalistas norteamericanos en general y la política de guerra

Los datos anteriores y los presentados en el primer artículo sobre este problema (**Ruedo ibérico**, número 13-14) parecen probar la existencia de una contradicción entre la política de guerra de Johnson y los intereses de los capitalistas norteamericanos en general en los años 1966 y 1967.

El senador Robert Kennedy en un discurso reciente (10 de marzo de 1968) ha reconocido que la guerra en Vietnam perjudica a las más amplias capas de ciudadanos norteamericanos. El periódico conservador y representante de los intereses financieros **Wall Street Journal**, rompió su apoyo a la política de guerra de Johnson a principios de 1968 para declarar que ésta estaba provocando graves desajustes en la economía norteamericana y era la principal responsable de la seria crisis internacional del dólar.

Y sin embargo, hasta ahora, el gobierno norteamericano, la prensa y los demás bien pensantes de Estados Unidos y occidente han procurado encubrir el papel perjudicial desempeñado por los gastos de guerra crecientes en la crisis de la economía norteamericana de estos dos últimos años.

Reconocer que los capitalistas norteamericanos en general estaban saliendo perjudicados con la guerra, hubiese obligado **ipso facto** a poner fin a la guerra en un país capitalista. Pero la inercia, más poderosos intereses dentro del mismo sistema, cuyos enormes beneficios dependen de la guerra, han obligado a minimizar las consecuencias perjudiciales —para los capitalistas— de la política de guerra.

De ahí ha brotado una curiosa explicación de esa «desconfianza» de los hombres de negocios hacia Johnson. Desconfían de él, según esta explicación, no porque

Johnson al aumentar los gastos de guerra en periodo de auge redujo inexorablemente al mismo tiempo los beneficios capitalistas en general (aumentando sólo y escandalosamente los beneficios de la industria de guerra), sino porque Johnson no hace la guerra como es debido: la contradicción lógica queda así reducida a mero error de táctica. Conviene desmontar esta explicación.

La revista **Time** y los demás bien pensantes —incluido **The Economist**— consideran que «la desconfianza de los hombres de negocios» hacia Johnson ha sido provocada exclusivamente por su «impericia» o «incompetencia» o «populismo» que le impidieron tomar las medidas oportunas —alza de impuestos en este caso— para financiar la guerra sin inflación.

Esta explicación de la crisis quiere decir que no hubiera habido crisis si Johnson hace la guerra como es debido o, lo que es más importante, esta explicación niega todá posibilidad de conflicto entre los intereses de los capitalistas en general y la política de guerra; sólo acepta una cierta contradicción entre los intereses capitalistas y la incompetencia expresada en el ciclo inflación - deflación - recesión, más la crisis monetaria que ha aquejado a la economía norteamericana en los dos últimos años.

Esta explicación del conflicto parece sin embargo incompleta. El problema que se le ha planteado a Johnson desde fines de 1965, ha sido el de procurarse los recursos necesarios para la guerra en el interior de un sistema económico que estaba funcionando casi al límite de su capacidad. Johnson lo hizo aumentando el déficit presupuestario y agravando —o provocando— con ello la inflación. Se le acusa de no haberse procurado esos recursos de

una manera más ortodoxa: aumentando los impuestos. Y se olvida con ello que el ciclo inflación-deflación opera exactamente igual que un alza de impuestos. Con una diferencia: ningún gobierno no fascista del mundo sería capaz de aplicar un alza de impuestos tan regresiva como la que lleva a la práctica el ciclo inflación-deflación. (La inflación grava proporcionalmente más a todos los débiles de la sociedad; pesa más sobre los asalariados que sobre los capitalistas, más sobre los bajos salarios que sobre los altos, más sobre los pequeños capitalistas que sobre los grandes, etc.)

¿De qué se quejan entonces los « hombres de negocios » norteamericanos? ¿De qué « incompetencia » hablan? ¿No hubieran protestado mucho más si un alza de impuestos « honorable » les hubiese hecho pagar con sus beneficios una porción mucho mayor de esos 25 000 millones de dólares anuales que Johnson necesita para su guerra en Vietnam?

La explicación bien pensante de **Time** no es válida. El conflicto no se planteó entre los capitalistas norteamericanos en general y los métodos de financiar la guerra en 1966-1967, sino entre los capitalistas en general y la política de guerra. Sólo el « patriotismo » de los capitalistas norteamericanos y de la prensa bien pensante impide plantearse el problema correctamente.

El conflicto funcionó de la siguiente forma. Gracias al aumento de los gastos militares, los capitalistas norteamericanos se encontraron desde fines de 1965 en capacidad de utilizar al máximo el aparato productivo, de realizar en el mercado el valor total de la producción, de acumular un excedente económico en aumento constante y de invertirlo en condiciones de rentabilidad. Este fue el momento idílico de la guerra. Gracias al aumento en los gastos militares el excedente económico global realizado

por la sociedad aumentó y, aunque también aumentó la parte del excedente de que se apropiaba el Estado, los capitalistas vieron cómo se aumentaba su parte en el pastel de plusvalía, como crecían sus beneficios. La subida de precios, además, tenía la ventaja de reducir el valor real de los costos en mano de obra y, con ello, los beneficios aumentaban y las perspectivas rentables de invertir eran sumamente halagüeñas.

La situación cambió radicalmente a partir del segundo trimestre de 1966. En ese momento, como la capacidad productiva estaba utilizada al máximo, el excedente apropiado por los capitalistas no podía aumentar más rápidamente que el ritmo físico de aumento de la capacidad productiva gracias a la entrada en funcionamiento de las nuevas inversiones. Ni siquiera era posible ya en ese momento aumentar el excedente económico en manos de los capitalistas a base de reducir el valor real de los salarios, ya que las presiones al alza de salarios eran muy fuertes, el desempleo bajo, y la utilización extrema de la capacidad productiva estaba obligando a la industria a pagar una gran cantidad de horas extraordinarias a un nivel mucho más alto de salarios.

En ese momento, por tanto, el excedente económico realizado por los capitalistas sólo podía aumentar en términos reales al mismo ritmo en que aumentaba la capacidad de producción. Y en ese momento precisamente es cuando los gastos del Estado comenzaron a aumentar a ritmo cada vez más rápido, en ese momento es cuando el Estado comenzó a apoderarse de una parte creciente del excedente económico a ritmo más rápido que el de creación de nuevo excedente. En ese momento, por tanto, el Estado comenzó a confiscar a los capitalistas una parte del excedente económico ulterior que éstos estaban generando.

CUADRO 2. EXPANSION DE LA DEMANDA EN ESTADOS UNIDOS.
AUMENTOS DE VOLUMEN EN PORCENTAJES, TASAS ANUALES
CORREGIDAS ESTACIONALMENTE

	1965 repartición en %	1964		1965		1966		
		2° trimestre al	2° trimestre de	2° trimestre al	1° trimestre de	1° trimestre al	2° trimestre de	2° trimestre al
Consumo privado	64,49	5,7	7,1	—	0,6	6,1		
Inversiones fijas	14,49	7,8	10,7	—	1,3	4,9		
Material y Equipo	7,03	10,6	15,3	—	11,7	18,8		
Construcción no residencial	3,53	14,8	16,3	—	11,0	6,6		
Construcción residencial	3,92	—1,6	—1,1	—	—14,0	—41,1		
Exportaciones netas, en % del PNB.	1,03	1,2 ¹	0,9 ¹	—	0,7 ¹	0,6 ¹		
Demanda del Estado	18,57	—0,1	6,1	—	7,3	13,6		
Administración Federal	9,41	—4,0	7,3	—	10,3	20,9		
Estados y Administraciones locales	9,16	4,3	4,8	—	4,2	6,3		
Variación de las existencias de las empresas en % del PNB.	1,43	1,2 ¹	1,3 ¹	—	1,8 ¹	1,4 ¹		
Producto Nacional Bruto	10,00	5,1	7,2	—	1,9	3,6		

1. Porcentaje para el último trimestre.

Fuente: Survey of Current Business.

El informe de la OCDE permite darse cuenta de cómo se produjo este cambio de situación en las relaciones entre los capitalistas y el Estado. El informe dice que, desde septiembre de 1965 hasta marzo de 1966, la producción industrial aumentó a un ritmo anual del 14 % gracias al aumento en la utilización de la capacidad productiva ya instalada. Este aumento se producía al mismo tiempo que los gastos estatales aumentaban a un ritmo del 6,1 % anual. Eso quiere decir que un aumento en 6 % de la porción del excedente económico de que se apropia el Estado permitió un aumento global del 14 % del excedente económico total generado por la industria¹. Este es por tanto el momento idílico en las relaciones entre los capitalistas y los gastos de guerra.

Pero, a partir de marzo de 1966, el informe de la OCDE pone de relieve que la producción industrial redujo su ritmo de crecimiento a un 6 % anual, aproximadamente igual al ritmo de crecimiento de la capacidad de producción que la OCDE calcula en 7 % anual. Y en ese momento es cuando los gastos del Estado aumentan su ritmo de crecimiento, crecen al 7,3 % en el segundo trimestre de 1966 y al 13,6 % en el tercer trimestre (gracias al aumento de los gastos militares que aumentan al 10,3 % en el segundo trimestre y al 20,9 % en el tercero). En este momento, por tanto, es cuando el Estado comenzó a apoderarse del excedente económico más deprisa que los capitalistas lo generaban. Aún aceptando que los costos reales de la mano de obra se mantuvieron constantes en este periodo, los capitalistas estaban aumentando su excedente económico al ritmo del 6 % anual mientras el Estado aumentaba su parte del excedente a un ritmo del 7,3 % primero, y del 13,6 % después. La confiscación de los capitalistas comenzó así en marzo de 1966 y se fue agravando durante el año.

El informe de la OCDE permite darse cuenta de este mecanismo de confiscación desde otro punto de vista, desde el punto de vista de la demanda (cuadro 2). En el primer momento, desde julio de 1965 a marzo de 1966, el aumento de los gastos del Estado tuvo un efecto beneficioso sobre el sistema. La demanda para el consumo aumentó —ello quiere decir que la clase obrera también se benefició objetivamente de la guerra— y la demanda para la inversión también y mucho más deprisa —ello quiere decir que el excedente económico realizado fue más grande que antes y que las perspectivas de inversión rentable eran sumamente halagüeñas. La confiscación empezó más tarde. En el segundo trimestre de 1966 los gastos militares continuaron creciendo y a un ritmo aún más rápido. Y en este periodo la demanda privada en conjunto no sólo dejó de crecer sino que disminuyó; la demanda para el consumo se redujo y también la demanda para la inversión. El excedente económico a disposición de los capitalistas y listo para la inversión no sólo dejó de crecer sino que disminuyó en este momento. La confiscación empezó por los más débiles —los consumidores por efecto de un alza parcial de impuestos y la industria de la construcción—, mientras el excedente realizado e invertido en el resto de la industria continuó aumentando aunque más despacio que antes.

En el tercer trimestre de 1966, la confiscación de los capitalistas fue mucho mayor. Los gastos estatales aumentaron mucho más deprisa, la demanda para el consumo se recuperó (lo que debe indicar subidas de salarios) y, como es natural, cogidos entre estas dos tendencias, los capitalistas vieron como se reducía su excedente económico realizado e invertido en casi un 5 %. (Este fue el momento en

1. Haciendo abstracción por el momento de las alzas de salarios y precios de las materias primas.

que la reducción de la oferta monetaria y la suspensión de la « ley del 7% de crédito a la inversión », forzó a los capitalistas a encajar la reducción que les había sido impuesta en la parte del excedente económico a su disposición.)

En 1967, « los gastos del gobierno, encabezados por los gastos militares, continuaron creciendo rápidamente » durante el primer semestre (Informe de la OCDE, diciembre de 1967), precisamente en momentos en que la producción industrial se estancaba y las existencias se apilaban en el sistema. Como por otro lado el montante total de lo recaudado en forma de impuestos durante este primer semestre se mantuvo casi estacionario (148 600 millones de dólares en el primer semestre de 1967 contra 147 100 millones en el segundo de 1966 [OCDE]), debido al estancamiento general de beneficios de las empresas e ingresos de los particulares, el déficit presupuestario aumentó desorbitadamente. (Véase el cuadro 3.)

Aun sin un análisis detallado de las consecuencias del aumento de los gastos militares en 1967, basta con recordar como funcionó en 1966 el mecanismo de expropiación de los capitalistas en general y tener en cuenta que en 1967 los beneficios de las empresas disminuyeron, para comprender que la contradicción entre los gastos de guerra y los beneficios capitalistas en general se agravó aún más en 1967. (En 1966 los beneficios comenzaron a crecer más despacio; en 1967, disminuyeron.)

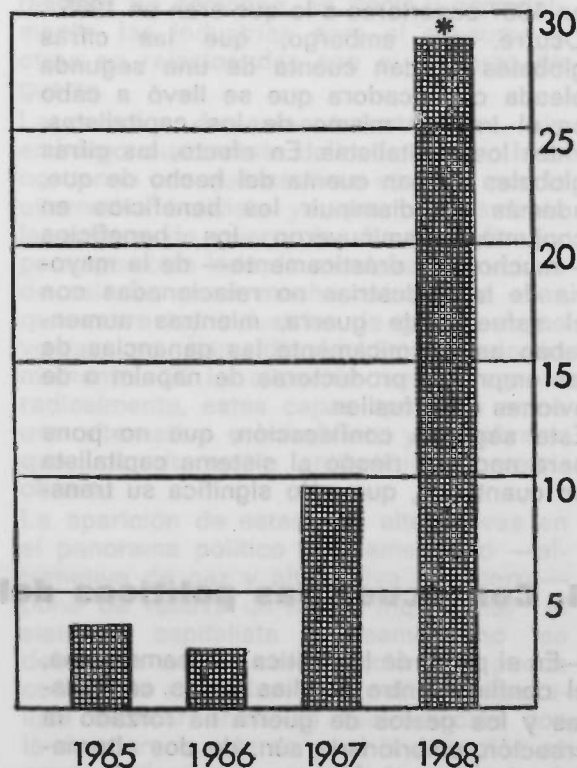
Esta parece ser la verdadera causa de esa « desconfianza de los hombres de negocio » de que habla **Time**, desconfianza porque les confiscan. Su conflicto con Johnson no es porque Johnson les administra mal los negocios sino porque, administrándolos muy bien, Johnson roba una parte del negocio. El mecanismo inflación-deflación no les molesta, lo que

les molesta es que, aun empleando el medio más suave de expropiarles —es decir la inflación-deflación—, les expropie de una parte de sus beneficios.

Si Johnson hubiese financiado su guerra aumentando los impuestos les hubiese hecho sin ninguna duda pagar más; pero

Cuadro 3. Déficits del presupuesto de Estados Unidos (en miles de millones de dólares). Años fiscales (de junio a junio).

* Estimado.



Fuente: Newsweek.

aun pagando menos, los capitalistas norteamericanos en general están irritados con un Estado al que se encontraron como temible competidor en el mercado monetario cuando querían invertir; se lo encontraron disminuyendo el número de obreros

cuando querían emplear mano de obra; se lo encontraron reduciendo la oferta monetaria cuando era rentable prestar; se lo encontraron a todos los niveles como lo que era, como un temible ladrón de plusvalías.

3. Límites del conflicto entre los capitalistas norteamericanos en general y la política de guerra en 1966-1967

Los límites del conflicto son obvios. La expropiación de los capitalistas en general fue sólo conyuntural y no muy grave. El sistema no salió gravemente perjudicado: los beneficios globales continuaban siendo en 1967 superiores a lo que eran en 1965. Ocurre, sin embargo, que las cifras globales no dan cuenta de una segunda oleada confiscadora que se llevó a cabo en el interior mismo de los capitalistas, entre los capitalistas. En efecto, las cifras globales no dan cuenta del hecho de que, además de disminuir los beneficios en conjunto, disminuyeron los beneficios —mucho más drásticamente— de la mayoría de las industrias no relacionadas con el esfuerzo de guerra, mientras aumentaban astronómicamente las ganancias de las empresas productoras de napalm o de aviones o de fusiles. Esta segunda confiscación, que no pone para nada en riesgo al sistema capitalista en cuanto tal, que sólo significa su trans-

formación progresiva en un capitalismo de guerra, produjo sin embargo efectos políticos inmediatos. Produjo especialmente esa « desconfianza » hacia Johnson que se ha contagiado cada vez a capas más amplias de capitalistas norteamericanos, que ha alcanzado al mismo corazón del sistema (la Bolsa saluda cada iniciativa de paz de Johnson con un alza considerable) y que ha socavado objetivamente las bases sociales del « presidente de la guerra ». Ocurre además que si los gastos de guerra continúan aumentando, si la guerra en Vietnam continúa o se agudiza o se propaga a otros lugares, las tendencias a la confiscación de beneficios de los capitalistas norteamericanos en general serán mucho más fuertes —si no se pone en pie una economía de guerra con control de salarios y precios y disminución de los gastos civiles del Estado, es decir, si no se hace pagar a los asalariados la factura entera de la guerra.

4. Consecuencias políticas del conflicto

—En el plano de la política norteamericana, el conflicto entre amplias capas capitalistas y los gastos de guerra ha forzado la creación, embrionaria aún, de dos alternativas igualmente lógicas para resolver a corto plazo.

Alternativa bélica

Por un lado, una ala derecha, ultramontana, republicana y democrática a la vez, ha hecho su aparición en la escena política. Sus ataques contra el « Estado-nodriza »

parecen ser la expresión adecuada de la irritación de amplias capas burguesas norteamericanas ante la expropiación de plusvalías en 1966 y 1967.

Lo curioso de esta tendencia, que tiene su sede hoy por hoy en los Estados del sur y del oeste (bases de las industrias de guerra), es la que se presenta a la vez como belicista y enemiga del Estado. El contenido de clase de este movimiento derechista es obvio.

Significa la reivindicación del grupo de las industrias de guerra presentada en el punto donde se sintetizan los intereses de estas industrias con los intereses del capitalismo norteamericano en general. Por ello se pide a la vez: 1) agravación de la guerra y con ello beneficios recrecidos de las industrias de guerra; 2) reducción de los gastos civiles del Estado —el gobernador Reagan, de California, uno de los portavoces de esta tendencia, dio la pauta reduciendo los fondos de las universidades y los servicios sociales— para que no aumente así la porción que del excedente económico global se apropia el Estado; 3) mano dura con la clase obrera —tanto con los sindicatos como con los « ultraproletarios » de la sociedad norteamericana, es decir los negros— para forzar a los trabajadores a pagar la factura entera de la guerra.

Estas tres reivindicaciones del embrión fascista norteamericano son así profundamente lógicas y pueden canalizar a su favor el descontento de amplias capas burguesas ante la expropiación de plusvalías por el « Estado-nodrizo » y la irritación de las clases medias ante la subida de precios (subida de precios que se achaca, claro, a la desmedida codicia de los obreros y a la « blandura y estupidez » de la administración demócrata que quiere llegar a la luna, pintar de blanco a los negros, enseñar a los idiotas y dar de comer a los vagos).

Alternativa de paz

En segundo lugar, como consecuencia del conflicto capitalistas-política de guerra, una alternativa pacifista pugna por tomar cuerpo en el país, encarnada por personajes tan poco sospechosos de « anti-monopolismo » como el senador Robert Kennedy, el senador Eugene McCarthy, el gobernador Rockefeller o aún, en cuanto sea cierto, por el mismo y gran malabarista Lyndon Johnson. La alternativa pacifista puede canalizar a su favor el descontento, la neutralidad irritada ante la guerra, de amplias capas capitalistas que se vieron perjudicadas por los gastos bélicos y a las que la solución cripto-fascista no conviene, es decir y especialmente, las industrias para el consumo y otras no relacionadas con el esfuerzo de guerra.

La posición de estas industrias es, sin embargo, sumamente delicada. Por un lado no tienen por qué sentirse atraídas por la alternativa belicista ya que precisamente la política de guerra las ha perjudicado, pero, por otro lado, la amenaza de subidas de salarios pesa mucho más sobre ellas que sobre las industrias de guerra cuyas ventas no han disminuido en ningún momento. Si la situación no se agrava radicalmente, estas capas apoyarán antes una alternativa semibelicista y antiobrero, que una alternativa antibelicista y semi-obrero.

La aparición de estas dos alternativas en el panorama político norteamericano —alternativa de paz y alternativa de guerra— pone de relieve un hecho inquietante: el sistema capitalista norteamericano se debate ya en una contradicción que puede conducirle al fascismo. La política imperialista exterior entró en contradicción con la democracia interna y, si la situación se agrava, el sistema capitalista norteamericano puede resolver esa contradicción

imponiendo simultáneamente imperialismo ruera y fascismo dentro.

El reverso de este hecho es optimista: la contradicción, en caso de agravarse, puede resolverse ampliando la democracia interna y poniendo fin al imperialismo exterior. La balbuciente revolución norteamericana podría así comenzar a dar sus primeros pasos.

—Desde el punto de vista de la lucha contra el imperialismo, la enseñanza fundamental de los análisis anteriores sobre la contradicción entre amplias capas capitalistas y los gastos de guerra, es de mostrar que la capacidad del sistema norteamericano para extender la guerra contrarrevolucionaria es bastante reducida en periodo de auge económico. A partir de un límite bastante cercano, el aumento de los gastos militares —sin reducción paralela de los gastos civiles del Estado— pone en marcha un proceso de confiscación de beneficios que hace saltar en añicos la unanimidad capitalista en apoyo de la política de guerra.

Esta vulnerabilidad del sistema norteamericano en la situación actual permite asimismo plantearse el problema de la guerra de Vietnam en términos optimistas. Los revolucionarios vietnamitas no están condenados inexorablemente a la derrota —como sostienen ciertos panegiristas de la omnipotencia de Estados Unidos—, sino que sus golpes alcanzan en el talón de Aquiles al gran coloso norteamericano. En

II. Contradicción entre la clase obrera norteamericana y la política de guerra

La consecuencia más importante derivada de la contradicción coyuntural entre el sistema norteamericano y la extensión de la guerra en 1966-1967, fue la de agudizar la contradicción clásica del capi-

estas condiciones —de igual a igual— la negociación es posible, pero también es posible para los revolucionarios de Vietnam o de cualquier otro lugar del mundo proseguir y extender la guerra revolucionaria sabiendo que un aumento de los gastos militares norteamericanos provocará graves dificultades al gobierno Johnson o a su sucesor.

—Otro elemento puesto de relieve por el análisis anterior sobre el conflicto entre capitalistas y gastos de guerra en periodo de auge, es el papel fundamental desempeñado por la clase obrera de Estados Unidos —proletarios blancos y subproletarios negros. Por el puesto que ocupa en la producción, cualquiera que sea su mentalidad o ideología, proclame o no su anticomunismo a ultranza, la clase obrera norteamericana, al defender sus intereses materiales frente a los intentos de expropiación planeados por los capitalistas norteamericanos, objetivamente ayuda a la revolución vietnamita de la manera más eficaz posible. Rechazar la expropiación es negarse a financiar los gastos de guerra, pedir aumento de salarios es pedir disminución de ametralladoras, presentar un frente unido y potente es desalentar a las fuerzas que pudieran optar en otro caso por la alternativa fascista.

Analizar con más detalle los efectos de la crisis de 1966-1967 sobre la clase obrera norteamericana es objeto de la última parte de este artículo.

talismo entre capitalistas y trabajadores en general.

La guerra del Vietnam, acontecida en periodo de auge (véase **Cuadernos de Ruedo ibérico**, nº 13-14), obligó al gobierno

norteamericano a elegir, quizá de la manera más dramática en la historia reciente, entre los cañones y la mantequilla. El gobierno Johnson optó por los cañones y el mecanismo inflación-deflación se encargó de reducir automáticamente las raciones de mantequilla. Los gastos de guerra obligaron además al gobierno y al Congreso a reducir los gastos civiles del Estado, especialmente, claro, en las partidas destinadas a la lucha contra la pobreza.

Ocurrió además que, entre las medidas que tenía a la mano el gobierno para financiar la guerra del Vietnam —reducción de los gastos civiles o subida de impuestos o inflación—, la más regresiva, la que pesa más sobre los asalariados es la inflación. No es de extrañar, por tanto, que esta guerra norteamericana en periodo de auge provocará de inmediato una agravación seria de la lucha de clases en Estados Unidos.

Para abordar este problema de la contradicción entre la clase obrera y la guerra se van a tocar varios puntos. En primer lugar, se va a describir el funcionamiento del mecanismo inflación-deflación, en 1966 y primeros meses de 1967, que expropió a los trabajadores. En segundo lugar, se va a considerar la agravación de la lucha de clases motivada por esa expropiación. En tercer lugar se analizará el carácter de la contradicción. Y por último se van a anotar las consecuencias políticas de este proceso.

1. Expropiación de los asalariados en 1966-1967

La inflación significó en 1966 un alza de los precios para el consumo del 3,79 % según el informe de ese año de la OCDE². (Los productos alimenticios, que pesan proporcionalmente más en el presupuesto obrero, subieron en un 5,45 % desde

diciembre de 1965 a octubre de 1966.) Esta alza inusitada —para Estados Unidos— de los precios para el consumo mide exactamente la expropiación sufrida en principio de todos los asalariados norteamericanos, es la expresión de la mantequilla que perdieron para pagar cañones. Los salarios fueron reducidos así automáticamente en casi un 4 %³.

El auge del primer semestre de 1966 ocultó, sin embargo, a la clase obrera en general el alcance real de la expropiación. En ese momento de auge las posibilidades de trabajo eran grandes y muchas las horas extraordinarias que la industria contrataba a un tipo de salario mucho más alto que lo normal. De esta manera, buena parte de la clase obrera debió aumentar sus ingresos semanales gracias a un aumento en el número de horas trabajadas, y ello disimuló la devaluación del valor real de los salarios.

Las medidas deflacionarias, cuando comenzaron a producir sus efectos recesivos en el segundo semestre de 1966 y primeros meses de 1967, pusieron fin a esta ilusión. El número de horas extraordinarias contratadas por la industria disminuyó drásticamente; el índice de desempleo aumentó también. (En la industria del automóvil, por ejemplo, disminuyeron a la vez las horas extraordinarias y el número de obreros empleados.)

En ese sentido, por tanto, el resultado de

2. En 1967 el alza de los precios al consumo fue de un 3 %. En enero y febrero de 1968 los precios al consumo aumentaron a una tasa anual del 4 %.

3. No todos los asalariados, sin embargo, salieron perjudicados en esa medida. Por lo pronto, la « aristocracia obrera » sindicalizada (que representa sólo un 18,6 % de la mano de obra del país) estuvo en mejores condiciones para resarcirse de la expropiación que los millones de trabajadores del campo y los no sindicalizados en general. Dentro de la aristocracia obrera, los obreros muy calificados —técnicos de aviación, por ejemplo, que lograron un alza de salarios del 5 % en 1966— pudieron resarcirse mejor que los demás.

las medidas deflacionarias fue realizar prácticamente la expropiación de los trabajadores. Frente a la inflación, la clase obrera encontró cierta compensación trabajando más. La semirrecesión desbarató esa compensación y obligó a los asalariados a consumir con el jornal original bienes cuyos precios habían aumentado. El informe de la OCDE de 1966 aceptó de refilón esta expropiación indudable. El informe reconoció « que los costos de mano de obra han aumentado más despacio que los precios ».

Una evaluación incompleta de la expropiación sufrida por la clase obrera en general en 1966, fue publicada en febrero de 1967 por la Oficina de Estadística del Trabajo (BLS) de Estados Unidos. Según esta fuente, el ingreso medio —descontados los impuestos— de un obrero industrial con tres personas a su cargo fue de 99,33 dólares a la semana en 1966 frente a 96,78 dólares el año anterior. Sin embargo, a causa de la inflación, la misma fuente informa que el ingreso « real » del mismo obrero, en dólares de 1957-1959, fue sólo de 87,82 dólares a la semana en 1966, en comparación con 88,06 dólares en 1965. Una microscópica expropiación de los obreros industriales norteamericanos —es decir, los que estaban en mejores condiciones para resarcirse de la inflación con alzas de salarios— fue así reconocida por las autoridades del país.

La revista **Business Week** (8 de abril de 1967) admitió también esa expropiación de los obreros industriales en 1966 al decir que « los precios subieron el año pasado más deprisa que los aumentos « escalonados » de los salarios —aumentos escalonados son las subidas automáticas de salarios que los patronos conceden a cambio de los convenios colectivos a largo plazo— y que así realmente « pellizcaron » a los obreros que no consiguieron alzas de salarios en 1966 ».

Las cifras anteriores ocultan, sin embargo, la gravedad del problema. En primer lugar, se refieren sólo a los obreros industriales que son precisamente aquellos entre los que se recluta la mayoría de la aristocracia sindicalizada. Si los obreros industriales en general salieron perjudicados, los demás —agricultura, servicios, empleados estatales (1/6 de la mano de obra del país)— debieron salir más perjudicados aún.

En segundo lugar, los ingresos semanales utilizados por la Oficina Estadística del Trabajo ocultan el hecho de que los obreros trabajaron más horas en 1966 que en 1965... para ganar menos al final.

En tercer lugar, aun entre los obreros industriales, aquellos cuyos convenios vencieron durante el año o en general los muy especializados, pudieron compensarse en mayor o menor grado de la expropiación —lo que indica que otros obreros —la mayoría— sufrieron una reducción real de sus ingresos mucho mayor.

Finalmente, hay un hecho coyuntural que ocultan las cifras de conjunto para 1966, pero que tuvo mucha importancia para provocar la irritación de la clase obrera a fines de 1966 y en los primeros meses de 1967. Se trata de que, al decaer la actividad industrial en ese periodo, disminuyeron drásticamente las horas extraordinarias. Resultado de ello fue que el salario semanal medio por obrero industrial fue en febrero de 1967 más bajo que en los siete meses anteriores. Resultado inmediato fue también que los obreros norteamericanos se dieron cuenta con irritación creciente de que estaban siendo expropiados.

Las observaciones anteriores permiten darse cuenta de la expropiación sufrida en 1966-1967 a causa de la guerra de Vietnam, aunque no permiten medir su cuantía exacta ni definir con precisión cuales

fueron los grupos que la sufrieron en mayor o menor proporción. Pero el hecho de la expropiación está ahí y eso es lo que importa a este nivel.

Para los asalariados norteamericanos, acostumbrados a un auge de varios años sin subida visible de precios, la experiencia de 1966-1967 ser decepcionante. Trabajaron más todos, ganaron más algunos, pero, de repente, un mecanismo económico en apariencia automático los expropió al final de todas sus ganancias ilusorias y los dejó peor que en 1965. Inflación-deflación, el mago Johnson repitió al revés el milagro de los panes y los peces: donde antes había pan y medio ahora queda sólo un panecillo y un cañón⁴.

2. Consecuencias de la expropiación: agravación de la lucha de clases en Estados Unidos en 1967

No es de extrañar ante este mecanismo que el año 1967 fuera « el peor año en el frente laboral de que se tiene memoria », según anotó la revista **Newsweek** (23 de octubre de 1967). En los cuatro primeros meses del año, hubo 1 470 huelgas que afectaron a más de 754 000 trabajadores. Esa cifra, según el Ministerio de Trabajo norteamericano fue la más alta en los últimos 15 años. En octubre, el número de huelgas había ascendido hasta 3 200 afectando a 2 300 000 obreros.

Los obreros de ferrocarril, a pesar de todas las presiones del presidente y del Congreso, realizaron una huelga de dos días que paralizó las líneas férreas de costa a costa. La peor huelga en ese sector en 21 años.

Los Teamsters, sindicato de camioneros, realizaron varias huelgas parciales a las que respondieron los patronos con un **lock-out** general que paralizó casi totalmente los transportes por carretera a principios de 1967 y puso en peligro la pro-

secución de la guerra de Vietnam. El conflicto terminó con un alza de salarios calculada en un 6 %.

100 000 maestros participaron en 75 huelgas, triplicando así al menos el record de paro en ese sector en los últimos 27 años. En la construcción los obreros lograron alzas del 8 %. Los obreros de la prensa de Nueva York, tras una empecinada huelga, obtuvieron una subida del 21 % en tres años.

Pero la huelga que marcó el panorama laboral en 1967 fue la realizada contra la Ford, que terminó el 30 de octubre de 1967, tras 49 días de paro que le hicieron perder a la compañía 1 000 millones de dólares de ventas. Walter Reuther, presidente del sindicato del automóvil que cuenta con un millón y medio de afiliados, logró tras esa huelga « el convenio laboral más ventajoso en la historia », según anotó con irritación la revista **Time** (3 de noviembre de 1967). Se calcula que las alzas conseguidas fueron del orden del 7 %.

Tras la victoria de los 157 000 obreros de la Ford, las otras « dos grandes » del automovilismo (Chrysler, con 95 000 obre-

4. Como ya se anotó en el primer artículo sobre este tema, la diferencia entre la guerra de Vietnam y la guerra de Corea o la segunda guerra mundial, fue substancial desde el punto de vista de la clase obrera. En condiciones de depresión económica, los gastos de guerra sacaron a la economía norteamericana de la crisis y significaron un aumento general del nivel de vida y del empleo que coincidió con la época de guerra. En esas condiciones —Corea o segunda guerra mundial— la alternativa que se presentó antes los obreros norteamericanos fue la de « o mantequilla y cañones » o « ni mantequilla ni cañones ». Había un tercer camino, el de la revolución, que hubiese dado « mantequilla sin cañones », pero lo cierto es que la clase obrera eligió el camino oficial de los « cañones con mantequilla ». En Vietnam, sin embargo, la situación fue radicalmente diferente. En periodo de auge la alternativa ante la clase obrera fue la de « o mantequilla o cañones » y el mecanismo inflación-deflación se encargó automáticamente de reducir las raciones de mantequilla para aumentar el número de cañones.

ros, y General Motors con 380 000) suscribieron convenios semejantes con Reuther. La victoria del sindicato del automóvil obligó a muchos otros líderes sindicales, presionados por la base, a aumentar sus exigencias frente a los patronos.

45 000 obreros de la industria del cobre protagonizaron por su parte « la huelga más larga de la historia » de ese sector. En marzo de 1968, la huelga seguía tras siete meses y medio de paro que pusieron en peligro la prosecución de la guerra y propinaron un rudo golpe a la balanza de pagos norteamericana. Los Estados Unidos gastaron la « horrenda » suma de 113 millones de dólares en importaciones de cobre en el mes de enero de 1968, mientras las cuatro grandes compañías cupríferas norteamericanas estaban totalmente paralizadas.

No hay que olvidar, al tratar de la agravación de la lucha de clases en Estados Unidos en 1967, la virulencia sin par de la **sublevación negra** en el verano de ese año que afectó a decenas de ciudades en el país, sacudió a Newark y Detroit hasta los cimientos y puso las bases para la revolución del « Poder Negro » y la revolución a secas. Es obvio que si los obreros industriales organizados salieron perjudicados con la política de guerra, los negros en general —verdadero proletariado dentro del proletariado— salieron literalmente esquilados. Aun sin entrar con más detalle en la situación de los negros en Estados Unidos, baste ahora con recordar que en el « cálido verano » revolucionario de 1967, que afectó a 31 ciudades y causó 86 muertos y 2 056 heridos sólo en julio y agosto, representó la peor sublevación civil que se recuerda en el país.

—**En el terreno del movimiento obrero y de su organización**, la expropiación de 1966-1967 produjo inmediatamente sus efectos. El más importante, hasta el momento, fue la amenaza de escisión del

ala izquierda del movimiento sindical encabezada por Walter Reuther. A principios de 1967, el presidente del sindicato del automóvil (1 500 000 miembros) decidió renunciar a su puesto en el consejo ejecutivo de la AFL-CIO, como primer paso hacia la escisión pura y simple.

Walter Reuther no ha ocultado en sus declaraciones su intención en caso necesario de separarse definitivamente de la central sindical. Se preguntó especialmente si su sindicato debía seguir pagando un millón de dólares anuales a la AFL-CIO para que « siga sentada, inmóvil, indiferente, complaciente ». Una asamblea del sindicato del automóvil reunida en Detroit a principios de abril de 1967 autorizó a su presidente a salirse de la central sindical « si ello era necesario y apropiado para sacar al movimiento laboral de su punto muerto ».

Esta radicalización de la izquierda sindical ha puesta así en peligro el poder del veterano y reaccionario Georges Meany que ha reinado hasta ahora sobre la AFL-CIO (14,3 millones de afiliados) como señor absoluto. El ultraconformismo de Meany —de quien se dice está en demasiado buenas relaciones con la CIA— es ya legendario: « hablando francamente, nosotros, los sindicalistas norteamericanos amamos al sistema capitalista » (*Le Monde*, 7 de febrero de 1967). Su sectarismo anti-comunista es también estrambótico y le ha llevado, desde boicotear a los buques de las naciones que comercian con Cuba, hasta felicitar al presidente Johnson cuando éste dio la orden de bombardear por primera vez al Vietnam del Norte. En esa ocasión Meany hizo adoptar una moción por el comité ejecutivo de la central sindical en la que se condenaban « los bombardeos salvajes y sin piedad de la población civil por los comunistas » (*Le Monde*, 7 de febrero de 1967).

En estas condiciones de paroxismo dere-

chista en los sindicatos se produjo la expropiación de 1966-1967, e inmediatamente variaron todos los datos del problema. Resumiendo lo ocurrido puede citarse una frase significativa de la revista *Time*: « Los líderes sindicales moderados esperan tener gran dificultad en calmar a sus turbulentos hombres de base » (30 de diciembre de 1966). Y la turbulencia ha sido tanta que en 1967 la base rechazó uno de cada siete convenios negociados por sus líderes y les obligó a aumentar sus exigencias. La « rebelión de los jóvenes » obreros se convirtió también en un tópico durante todo el año.

Walter Reuther, sintiendo la marejada que conmovía a la base obrera, radicalizó su posición para ponerse al frente de lo que llamó « fermento de protesta en el país y en los sindicatos ». Las principales críticas de Reuther a la política de la central sindical fueron: racismo, que impide la sindicación de gran parte de la clase obrera de color; incapacidad de atraer y sindicarse a los « trabajadores de corbata » cuyas asociaciones aumentan continuamente al margen de la AFL-CIO, mientras el número de obreros industriales se mantiene casi estacionario; negativa a encabezar la lucha por los derechos civiles, por la renovación urbana y otros problemas candentes tales como la guerra en Vietnam; por falta de estas perspectivas más amplias, el movimiento obrero norteamericano se ha convertido, según Reuther, en un estrecho grupo de presión para la defensa de intereses particulares. La última crítica de Reuther fue la « falta de democracia » en la central unificada.

La inquietud de la base obrera obligó además al mismo Georges Meany a radicalizar su postura a la hora de exigir alzas de salarios —aunque sus opiniones políticas siguieron siendo tan reaccionarias como siempre. El comité ejecutivo de la AFL-CIO, reunido a mediados de febrero

de 1967 en un lujoso hotel de Miami —reunión a la que por primera vez no asistió Walter Reuther— dio a la publicidad una declaración en la que prometió no atenerse a los consejos de moderación del gobierno ni tener en cuenta el límite oficial del 3,2% para las subidas de salarios.

« Los beneficios extraordinarios de los últimos años y el aumento de la productividad permiten un alza del poder real de compra de los trabajadores sin necesidad de aumentar los precios », concluyó demagógicamente el comité ejecutivo de la AFL-CIO enfrentándose a los consejos de moderación del gobierno.

El mismo Meany, ante la irritación creciente de los capitalistas por las « desmesuradas » alzas de salarios pedidas durante el año, declaró en agosto de 1967 que iba a lanzar una campaña « para que sean nacionalizadas todas aquellas industrias que aseguran ser tan vitales a la nación que sus obreros no debían tener derecho a ir a la huelga ».

Todos estos hechos permiten darse cuenta de lo que fue el año 1967 en el frente laboral: el **Big Year** de las huelgas y las protestas y la radicalización de los obreros industriales organizados a los que la guerra obligó a reducir sus raciones de mantequilla. Esta misma expropiación produjo en el frente racial un estallido de violencia revolucionaria que socavó los cimientos de la sociedad.

3. Carácter de la contradicción entre la clase obrera y la política de guerra en 1966-1967

Un primer punto está claro: la extensión de la guerra en 1966-1967, coincidiendo con un periodo de auge de la economía norteamericana, obligó automáticamente a reducir el valor real de los salarios. El aumento de la demanda del Estado en

momentos en que el sistema estaba trabajando más o menos al límite de su capacidad, produjo una subida de precios generalizada que « pellizcó » a todos los asalariados.

Pero, en segundo lugar, esta contradicción entre los intereses de la clase obrera y la política de guerra, no apareció directamente así. La contradicción se presentó convertida en otra: convertida en la contradicción clásica del capitalismo entre capitalistas y asalariados en general.

Los capitalistas, a los que el aumento de gastos militares tendió primeramente a confiscarles una parte del excedente económico a su disposición, trasladaron su confiscación a los asalariados automáticamente a través del alza de precios. Los asalariados entonces, especialmente la clase obrera industrial sindicalizada, trató, y en muchos casos lo logró, repercutir sobre los capitalistas la expropiación a que se veía sometida. Inmediatamente, la contradicción entre la guerra por un lado, y los capitalistas y asalariados por el otro, se transformó en una lucha de clases exacerbada.

No obstante, el papel antimperialista desempeñado por la clase obrera norteamericana en 1966-1967 es evidente, a pesar de las opiniones de sus miembros o de los líderes sindicales. Oponerse a la expropiación, exigir alzas de salarios del 6, del 7 y del 8%, implicó negarse a financiar la guerra, negarse a fabricar ametralladoras⁵.

La virulencia de la lucha de clases en 1967 obligó además a los capitalistas norteamericanos a reaccionar frente a la política de guerra —consciente o inconscientemente. Incapaces de repercutir íntegramente sobre los asalariados el costo de la guerra, los capitalistas norteamericanos en general —con excepción, claro, de las industrias de guerra y derivadas— vieron como sus beneficios tendían a reducirse.

Ello les hizo perder la confianza en Johnson, adoptar una incómoda neutralidad frente a la política del « presidente de la guerra » y con ello, lo quieran o no, se den cuenta o no, socavaron las bases mismas de la política de guerra.

En estas condiciones, una agravación de la guerra contrarrevolucionaria en Vietnam multiplicaría la virulencia de la lucha de clases en Estados Unidos y conduciría a la paz o el fascismo. Por primera vez de manera tan clara, el imperialismo internacional de Estados Unidos entró así en contradicción con la democracia burguesa interna.

4. Consecuencias políticas del conflicto entre la clase obrera y la guerra

La expropiación motivada por los gastos de guerra produjo inmediatamente efectos políticos entre la clase obrera. Según reconoció la prensa norteamericana, después de la « luna de miel » de varios años entre la clase obrera organizada y la administración Johnson, un « desencanto creciente » se apoderó de los sindicatos en 1967.

Ese desencanto produjo de inmediato la semiescisión del ala izquierda sindical encabezada por Walter Reuther y ello fortaleció la posición anti-Johnson y antibélica de algunos políticos. Durante 1967 la prensa habló sin ambages de que « Walter Reuther planea [...] una poderosa alianza político-laboral con el senador

5. El diputado de Ohio, Charles Vanek, declaró en julio de 1967 que « lo único que puede impedir un alza de impuestos (pedida por Johnson y negada por el Congreso) es una gran huelga en la industria del automóvil ». La huelga tuvo lugar y el Congreso se negó hasta ahora a autorizar la subida de impuestos, privándole así al presidente Johnson de los medios necesarios para financiar la guerra. Una vez más, la lucha de los obreros norteamericanos por mejorar sus condiciones de vida se convirtió así en lucha antimperialista.

Kennedy; [...] es bien conocido el desprecio de Kennedy y Reuther por los « belicistas » de la AFL-CIO; [...] Reuther está en condiciones de proporcionar a Kennedy la masa obrera que necesita [...] [para derrotar a] Johnson y a Meany que ahora caminan cogidos del brazo ». (**The New York Herald**, 16 de marzo de 1967). Las victorias de la alternativa pacifista del senador McCarthy, la entrada en liza reciente del senador Kennedy, la no aparición en el panorama electoral norteamericano hasta ahora de una coherente alternativa bélica, las « maniobras » circenses del mismo Johnson, no serían explicables sin este « desencanto creciente » de la clase obrera norteamericana que cada vez se encamina más decididamente a una oposición a rajatabla a la guerra en Vietnam.

Prueba de esto último es que, a pesar de las opiniones de Meany, 450 líderes sindicales se reunieron en diciembre de 1967

Conclusiones

Los datos y observaciones anteriores demostraron: 1) que los capitalistas en general —salvo las industrias de guerra y derivadas— salieron perjudicados en sus beneficios por el aumento exagerado de los gastos militares en periodo de auge económico; 2) los asalariados en general fueron forzados por la inflación-deflación a pagar con sus jornales los costos de la guerra; 3) estas dos acciones agudizaron la lucha de clases en Estados Unidos —en el frente negro hasta el paroxismo— y privaron al « presidente de la guerra » de los apoyos sociopolíticos con que contaba; 4) una alternativa pacifista hizo inmediatamente su aparición en la escena política del país y recibió cada vez mayores

en Chicago y repudiaron tajantemente la política de guerra. Si la guerra se agudiza, el reinado « bélico » de George Meany terminaría bien pronto en el desastre.

En cuanto a las consecuencias políticas de la sublevación negra en 1967 y lo que va de 1968, solamente hay que decir que los incendios de Chicago, Detroit, Newark, o donde sea, causaron probablemente mayores derrotas a la política de guerra, que muchos de los combates militares en Vietnam.

La relación entre la sublevación negra y la guerra de Vietnam quedó puesta en evidencia por una frase muy repetida el último año en Estados Unidos, frase que el senador Kennedy utiliza ahora como consigna en su campaña electoral por la presidencia: « Los 30 000 millones de dólares gastados anualmente en Vietnam son necesarios en Estados Unidos para poner fin a la guerra interior de los ghettos negros ».

apoyos, mientras una alternativa fascizante tomaba forma también como una amenaza para el futuro.

En esas condiciones dos conclusiones parecen atinadas: 1) la revolución en Vietnam, o en otro lugar del mundo, es posible porque hoy por hoy el imperialismo norteamericano es mucho más un « tigre de papel » de lo que parece; 2) si nuevos acontecimientos dramáticos no hacen su aparición, si los grupos partidarios de la guerra en Estados Unidos no recurren a métodos imprevisibles de violencia, la paz en Vietnam es inevitable, Johnson o su sucesor deberá firmar la paz porque continuar o agravar la guerra le conducirá irremediamente al desastre político.

Daniel Artigues

el opus dei en españa

La primera visión de conjunto de una asombrosa aventura : cómo el modesto grupo religioso de 1928 se ha convertido en una poderosa organización que ha marcado profundamente la evolución ideológica y política de España después de 1939.

Sumario

I. José María Escrivá de Balaguer y Albas. Los comienzos del Opus Dei. Su acción universitaria antes de la guerra civil. El Padre Escrivá durante la guerra : 1. José María Escrivá de Balaguer ; 2. La Universidad española en 1926-1930 ; 3. La Junta para Ampliación de Estudios y la Institución Libre de Enseñanza ; 4. Angel Herrera y la Asociación Católica Nacional de Propagandistas ; 5. La « vida oculta » del Opus Dei (1928-1936) ; 6. El Padre Escrivá y su grupo durante la guerra civil (1936-1939). **II. El Opus Dei de 1939 a 1947. Desarrollo de la Obra. Implantación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y en la enseñanza superior :** 1. La evolución del Opus Dei de 1939 a 1947 ; 2. El Opus Dei y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas ; 3. El Opus Dei y la conquista de las cátedras universitarias (1939-1947). **III. El Opus Dei, Instituto Secular. Su organización. Su espíritu. Sus métodos :** 1. Los Institutos Seculares : su naturaleza exacta ; 2. El Opus Dei, Instituto Secular : a) Organización general ; b) Las diversas categorías de los miembros del Opus Dei ; c) Camino y la espiritualidad del Opus Dei ; d) La vida espiritual de los miembros del Opus Dei ; e) El voto de pobreza y el Opus Dei. Las finanzas de la Obra ; f) El voto de obediencia en el Opus Dei. Sus repercusiones sobre la vida profesional de los miembros de la Obra ; g) Secreto y discreción en el Opus Dei ; h) El Opus Dei, el poder y la conquista de las élites ; i) La rama femenina del Opus Dei ; j) Opus Dei, clero y Acción Católica ; k) La permanente « crisis del Estatuto » del Opus Dei ; el Opus Dei y Vaticano II. **IV. El Opus Dei de 1947 a 1957. La fase ideológica. La « Tercera Fuerza » :** 1. A la búsqueda de una ideología. La « minoría activa » de 1948 (1947-1951) ; 2. El Ministerio de julio de 1951. La « Tercera Fuerza » (1951-1955) ; 3. La crisis de 1956 y el gobierno del 25 de febrero de 1957. Libros y artículos consultados. Índice de nombres.

184 páginas

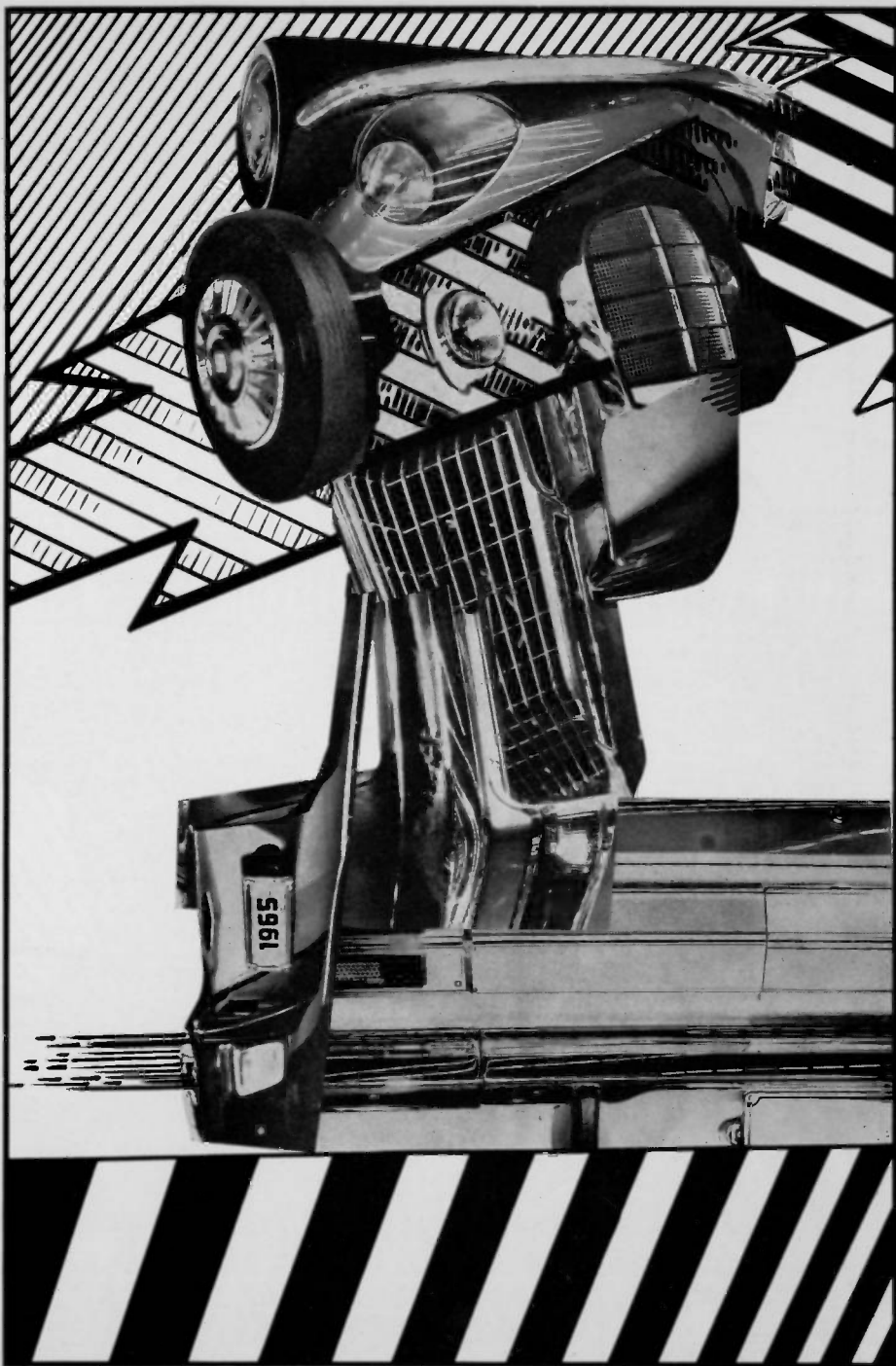
21 F

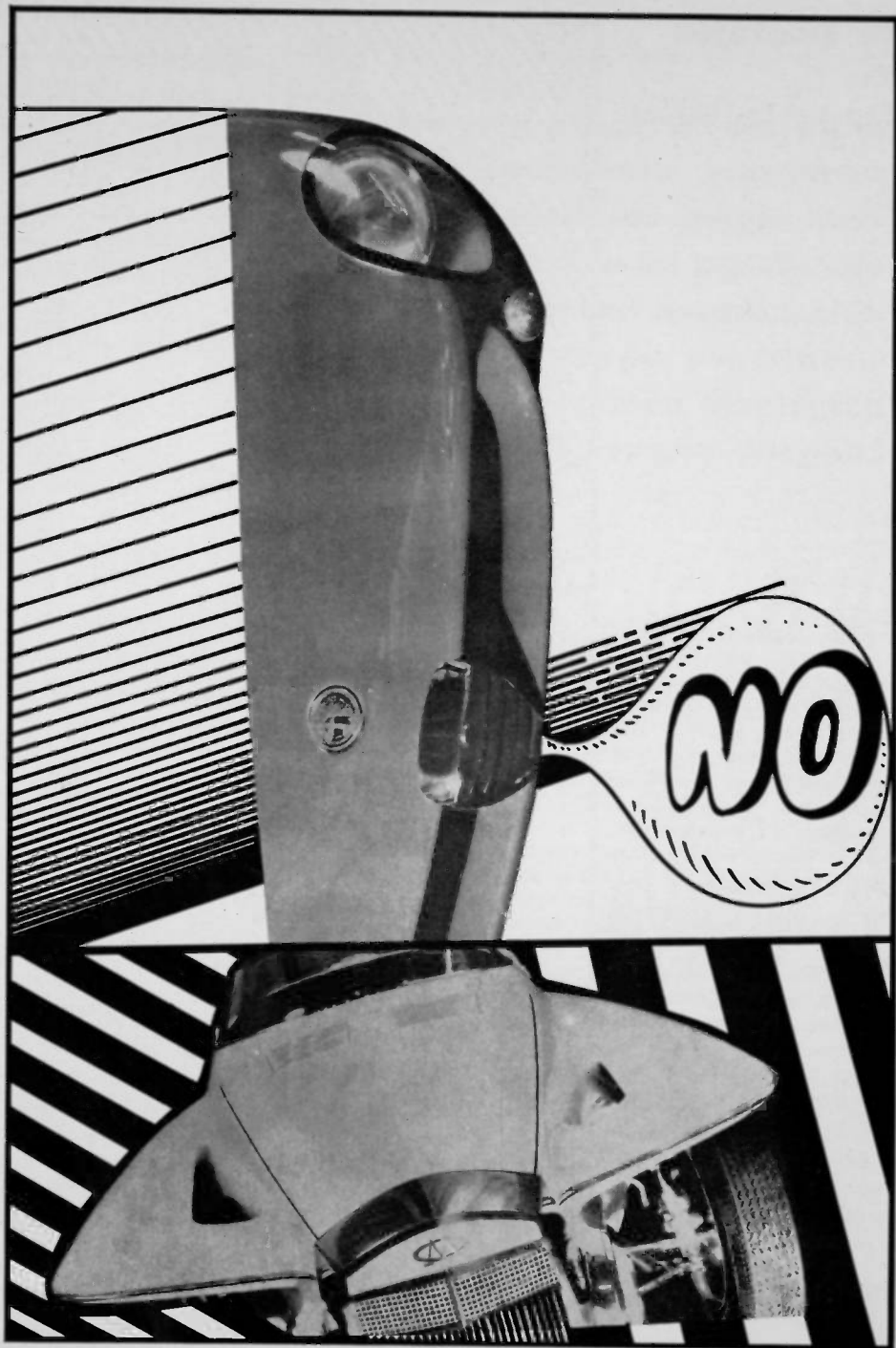


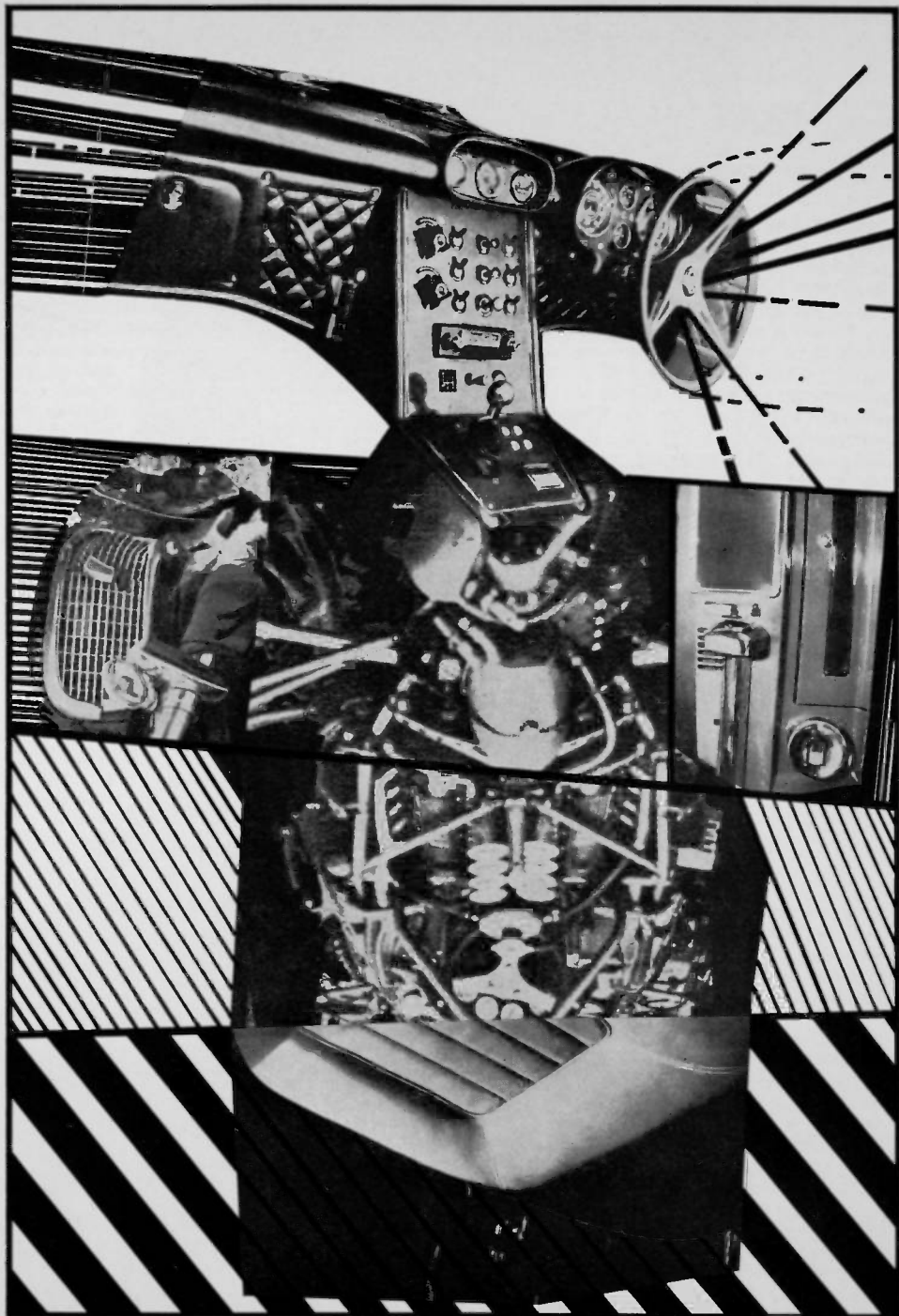
Editions Ruedo ibérico

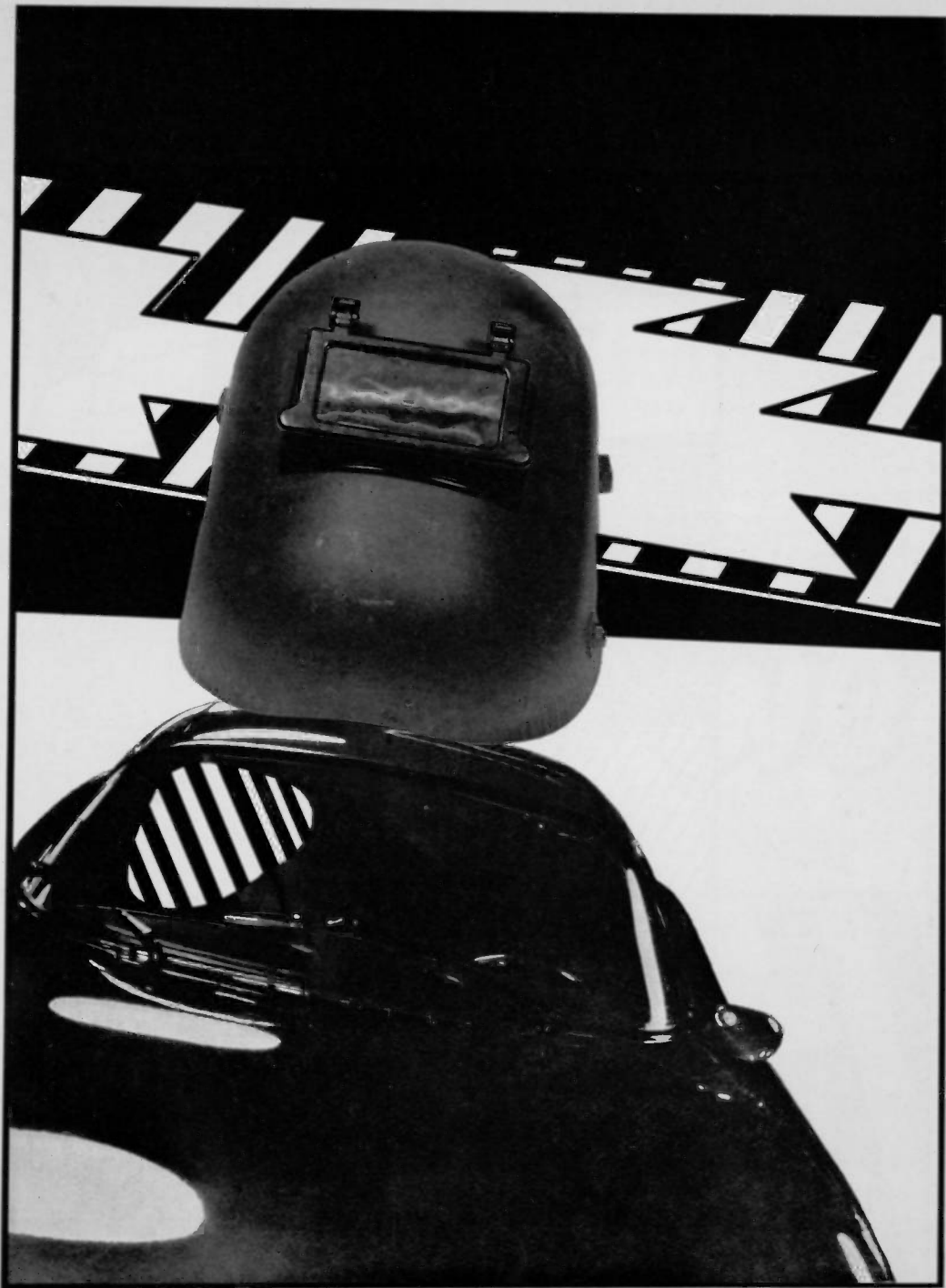
4 montajes de Umberto Peña

Pintor, grabador y grafista cubano, Umberto Peña, nació en la La Habana en 1937, donde hizo sus estudios en la Academia de Bellas Artes de San Alejandro entre 1955 y 1958. Ha presentado numerosas exposiciones y participado en otras: México (1960), Sao Paulo (1961), La Habana (1962), Santiago de Chile (1963), Tokio (1964), París (1967), Roma (1967), Cracovia (1968).









La «subcultura» norteamericana

En 1960 y 1961, cuando yo vivía en Madrid, veía a otros norteamericanos —los de las bases militares— en las calles, en los clubs de jazz y demás lugares recreativos. Muchos españoles les dirigían miradas algo despectivas, algo celosas. Aunque su comportamiento ruidoso y a la vez bastante reservado dejaba mucho que desear, era visible la añoranza española hacia una vida similar.

El tono de voz al decir, «tienen ustedes un país tan rico», siempre revelaba lo que las palabras disfrazaban: quisiera tener lo que usted tiene, y no me gusta que lo tenga usted y yo no.

Estos sentimientos me parecen perfectamente ciertos, pero superficiales. Sin caer en lugares comunes y cursilerías hay que examinar el precio que pagan los Estados Unidos por su riqueza.

Pocos españoles u otras personas fuera de Estados Unidos han comprendido el porqué del interés norteamericano ante los estilos de vida del tercer mundo. Siendo tan acomodados, los observadores estadounidenses tienden a parecer absurdos y hasta hipócritas al mostrar interés en las culturas menos tecnificadas.

A ello hay que añadir que la indiferencia del gobierno norteamericano frente a sus propios problemas raciales y sociales es ya notoria y que el genocidio en Vietnam no es índice de ningún valor humanitario que vaya más allá de la psicosis anticomunista.

Pero esta apariencia de Estados Unidos oculta un elemento importante: hay en el país un descontento creciente de la juventud que rechaza casi todas las tradiciones paternas. Esta juventud provocó la crisis de confianza que aflige al gobierno norteamericano actual y simpatiza mucho más con las aspiraciones de los oprimidos que con la necesidad de mantener intacto el sistema dominante.

De esta situación ha surgido lo que suele llamarse la «subcultura». Las ideas de ésta sobre el futuro y sus quejas contra el pasado pueden ser de interés.

Hasta ahora el descontento juvenil ha acompañado siempre al logro del bienestar material. Los rusos tienen sus *stilyagi*, los ingleses sus *teddy boys*, los escandinavos ciertas variaciones sobre los *dos* y los norteamericanos toda una panoplia de desviaciones peregrinas.

Lo que haré aquí es dar un cuadro breve de la subcultura estadounidense con la esperanza de que otros puedan sacar conclusiones o valoraciones políticas que en mi descripción yo no intentaré presentar.

Dentro de la subcultura norteamericana de hoy hay tres tendencias principales (las llamo tendencias porque no han logrado aún la cohesión necesaria para ser movimientos): los *hippies*, la *New Left* (nueva izquierda) y el *Black Power* (poder negro).

El hecho clave para entender a los dos primeros es que sus integrantes son sobre todo hijos de la clase media, provienen de lo que suelen llamarse «buenos hogares», son casi siempre la causa de una angustia paternal tan intensa que muchas veces resulta cómica. Se distinguen por haber «optado fuera» de la gran sociedad que los rodea. Muchas veces forman colonias en los barrios pobres de las principales ciudades o en las zonas periféricas de las grandes universidades. Se caracterizan por un desdén hacia los bienes materiales —meta ofrecida por el mundo de afuera— y por una gran preocupación por la espontaneidad. Todos, de una u otra manera, a veces conscientemente, a veces por implicación, buscan la manera de construir, de hacer evolucionar, de dar a luz una sociedad mejor, más libre y menos paralizada por sus propios «hang-ups», o sea obsesiones compulsivas y neuróticas. A veces llegan incluso a formar comunidades que en su conjunto comienzan a calificarse de subcultura.

Los hippies

Siendo los que han recibido la mayor atención de la prensa, los *hippies* son tal vez los habitantes más visibles de la subcultura. En términos generales puede decirse que los *hippies* ganaron su lugar al sol debido al uso del LSD y a la música popular, desde los Beatles en adelante.

El mundo de los *hippies* muchas veces es llamado la «drug culture» (cultura de la droga), y la música de grupos como «The Jefferson Airplane», «The Grateful Dead» (los muertos agradecidos) y «The Mothers of Invention», es conocida bajo el nombre de «música psiquedélica», o sea música influida por las fantasías provocadas por el «ácido» (LSD), el «pot» (marihuana) o la «speed» (methedrina).

Pero cabe subrayar que el uso de las drogas no es más que un pequeño elemento de la ética y modo de vida de los *hippies*. De hecho se considera que sólo hay necesidad de recurrir a las drogas como medio para ampliar la conciencia cuando la sociedad

dominante esta neuróticamente obsesionada con la posesión y producción de bienes *ad infinitum*, como fines en sí. Se usan porque la experiencia alucinatoria, la sensación de una pérdida de los poderes intelectuales ante el flujo de la subconciencia, puede ser una especie de gran despertar para los habitantes de la cultura incapaces de contemplar la vida en términos más profundos que los de una ecuación matemática.

Los que no son meros turistas de la subcultura, sino que participan seriamente en la vida de los hippies en el Lower East Side de Nueva York, en el distrito de Haight Ashberry en San Francisco o en el campo (por ejemplo en Drop City en Colorado o en ciertas zonas rurales del Estado de Nuevo México, donde se han constituido comunidades campesinas de hippies), insisten en que las drogas no son más que el paso inicial hacia un modo de vida diferente y más significativo.

Un lema común que describe muy cabalmente lo que se intenta hacer es: «tune in, turn on and drop out». Es decir, sintonizarse (con el mundo no burgués), prenderse (fumando marihuana, tomando píldoras, actos mecánicos similares al encendido de una lámpara) y caer fuera (dejarse ir fuera de la sociedad grande para salir a flote en un medio donde el espíritu entero pueda existir libremente sin estar sometido eternamente a la disciplina del intelecto).

Se admite, sin embargo, que el estado de conciencia abierta, expandida, puede lograrse por muchos medios y que, lógicamente, al lograrlo, una persona sensata no hará uso excesivo de las drogas. En cuanto al peligro de acostumbrarse a las drogas, se le considera más bien como un mito de la sociedad burguesa, ya que la heroína, las anfetaminas y demás drogas adictivas son bien conocidas. Las personas enteradas no confunden unas drogas con otras y, en general, lo que dice la gran prensa sobre la adhesión de los hippies a las drogas suele ser propaganda anti-hippy.

Si la vida hippy se inicia con las drogas, adquiere su calidad distinta a través de la música, modas de vestir más o menos peregrinas y la artesanía individual.

Un baile hippy en el Electric Circus de Nueva York o en el Avalon o el Filmore Ballroom de San Francisco, resulta lo que suele llamarse una «experiencia total». La música es electrónica —guitarras, voces, batería, todas amplificadas, variadas y mezcladas a través de un equipo muy complejo de micrófonos y altavoces; las letras de las canciones están cargadas de un significado pocas veces hallado en la música ordinariamente considerada popular (If you hear the song I sing/ you will understand/ you can hear the mountains ring/ right in your trembling hand... Si oyes la canción que canto/ com-

prenderás/ puedes oír a la cordillera/ justo en tu mano temblorosa).

Las salas de baile parecen más bien cavernas, sin muebles ni adornos. Dejan las paredes lisas (el Filmore es un antiguo cine cuyas paredes fueron limpiadas a propósito de todos los adornos) para proyectar en ellas colores, transparencias y hasta películas, en una especie de sancocho visual que recibe el nombre de «light show» (espectáculo de luces). He aquí entonces una penumbra habitada por toda clase de fantasmagorías resucitadas por una música a todo volumen que descarta por completo la posibilidad de oír otra cosa.

Los artistas generalmente prefieren no actuar en un escenario elevado para poder entremezclarse libremente con el público, que baila, o si quiere se sienta o acuesta en el suelo. Dicho público se viste con ropa económica pero de muchos colores, ropa alterada muy a menudo de acuerdo con el gusto individual. Es común ver pantalones Levis adornados con diseños muy complejos y de muchos colores, hay mucha afición por capotes grandes, medallas, collares, pulseras, sandalias de cuero repujado. Los hombres se adornan tanto como las mujeres entre los hippies y lo pueden hacer sin provocar la menor duda en cuanto a su masculinidad o falta de ella. La verdad es que las preferencias sexuales se consideran un asunto exclusivamente personal y nadie tiene derecho de hacer comentarios despectivos sobre el prójimo.

Además de expresarse en la música y en la ropa, los hippies tratan de realizar parte de su vida a través de la artesanía. Los jóvenes contraen un compromiso más o menos serio con la subcultura tienden mucho a interesarse en trabajos en cuero o metal, en la fabricación de instrumentos musicales o de cosas tan sencillas como muñecos. Ocurre que, tras varios años de estupefacción social (proceso que recibe el nombre de educación en la mayoría de los colegios y universidades norteamericanas), los que tienen el coraje de rebelarse sienten un deseo de hacer una inmersión en lo inmediato, en lo táctil y lo sensual, en fin, en todas aquellas cosas que sólo se pueden gozar en el presente, un presente que las convenciones del sistema suelen proscribir en nombre de unas compensaciones supuestamente más sublimes pero siempre relegadas a un futuro que nunca llega.

La relación entre los hippies y los que ellos mismos llaman el «straight world» (el mundo recto o rígido) es más bien precaria. Hay que tener en cuenta que los hippies son en su mayoría de menor edad que sus hermanos de la Nueva Izquierda o del movimiento del Poder Negro. Muchos han «optado fuera» en su primer año de universidad o hasta en el bachillerato y es frecuente que no tengan más de 18 o 19 años, o aun menos. Forman parte de la

primera generación norteamericana que ha conocido la televisión desde la infancia y esa influencia es muy notable sobre ellos.

La visión que del mundo tienen los hippies puede parecer sumamente irrealista al observador exterior. Habiéndose criado en hogares materialmente acomodados, conocen la comodidad sin asociarla a trabajo alguno. También generaciones anteriores nacieron en la comodidad relativa, pero no recibieron esta impresión reforzada por una dieta de continuo entretenimiento fácil que presupone el bienestar material como condición natural de la vida. De esta manera el hippy actual de 19 años puede mendigar en las calles de San Francisco o Nueva York o recibir fondos de sus padres, sin sentir la menor inquietud moral o emocional.

Si los padres, por su parte, suelen quejarse, la inmensa mayoría de ellos da algún subsidio, bien sea por un sentido de responsabilidad por la buena salud de sus hijos, o bien porque saben que mientras den dinero el hijo volverá a pedir más; si se lo niegan, es posible que se pierda de vista. Testimonio de esto se ve comúnmente en periódicos como el *East Village Other*, de Nueva York, o en el *Oracle* de San Francisco, cuyas columnas de anuncios están llenas de avisos como «Joey Smith, por favor llama a casa. Te amamos y perdonamos todo. Papá y mamá». Mientras tanto Joey está mendigando, haciendo algún trabajillo (a pesar de los varios miles de dólares invertidos en su educación), vendiendo sandalias si es que sabe hacerlas de una calidad suficiente o simplemente gozando del colectivismo que es un elemento importante de la subcultura en todos sus aspectos.

Este colectivismo se manifiesta de diversas maneras. En el nivel más elemental, varias personas arriendan conjuntamente un piso o hasta una casa; luego, cualquiera que se encuentre sin techo puede albergarse allí, contribuir con lo que quiera y valerse de unos cuantos metros de suelo para depositar sus cosas y para sí mismo.

Los hippies tratan también de tomarse en serio refranes tan comunes y cursis en inglés, tales como «es mejor dar que recibir». Recuerdo muy bien una caminata que di por la Haight Street de San Francisco. Sintiendo hambre, entré en una tienda y compré allí un muslo de pavo cocido. Iba por la calle comiendo y, cuando se me acabaron las monedas sueltas, ofrecí mordiscos de pavo a los que me pedían dinero. Varios hippies reaccionaron ofreciéndome dulces, sorbos de coca cola o cualquier otra cosa que tuvieran a mano. Lo importante es compartir, poder dar y recibir, y la comunicación que se establece así entre las personas. Comparada con las actitudes de sospecha que parecen parte intrínseca entre los habitantes de la moderna socie-

dad burguesa, debo notar que la experiencia fue sumamente placentera.

Un fenómeno aislado pero muy característico de los hippies es un grupo, o tal vez deba calificarse de antiggrupo, llamado los *Diggers*. Tomaron su nombre de una asociación medieval inglesa de ayuda mutua, y el grupo de los *Diggers* se fundó en una ceremonia en la que se procedió al entierro simbólico del dinero. Los *Diggers* salen todas las mañanas en busca de verduras rechazadas en los mercados, carne que no pasa la inspección en las carnicerías y lo preparan todo para que sea comestible. Después de ello sirven comidas gratis de «cocido *Digger*» en un parque que colinda con el barrio Haight-Ashberry de San Francisco.

Tienen los *Diggers* además proyectos de abrir tiendas de ropa gratis y hasta han ido a pueblos abandonados en el Estado de Nuevo México para establecer granjas y dedicarse a la agricultura. Los *Diggers* no creen en el principio de organización y por ello cualquiera puede integrarse a ellos. El fin del antiggrupo es dar a cada uno la oportunidad de hacer lo que le venga en gana (Tu tienes que hacer tu propia cosa, es una frase tan común entre los *Diggers* como entre los demás hippies). Lo significativo aquí es que mientras la sociedad institucionalizada da por supuesta la pereza de los individuos, los *Diggers* han podido demostrar que un joven dejado en total libertad termina haciendo cosas útiles por propia voluntad y con mucha alegría. El hombre no es, por tanto, un ser ocioso.

Las deficiencias de los hippies parten de una serie de paradojas superficialmente sorprendentes. Estos jóvenes, hijos del televisor como de sus padres, se orientan en la vida con casi la misma rigidez que sus contemporáneos dentro de la sociedad de masas. Sus costumbres exigen una conformidad casi tan rígida como la de una oficina de la burocracia gubernamental. En primer lugar, es opinión admitida del hippy que cualquier persona que viste chaqueta y corbata y frecuenta su barrio, es con toda seguridad un «Fed», es decir un miembro del FBI. (Por un lado esta sospecha está justificada porque los Feds, siguiendo las huellas de las drogas, o utilizando las drogas como pretexto, parecen tener el don de la ubicuidad; pero cuando la sospecha hippy se extiende automáticamente a cualquier compañero universitario o persona que tenga más de 25 años, la cosa comienza a adquirir caracteres de paranoia.)

Igualmente paradójico es el hecho de que el mismo joven que es capaz de probarse racionalmente que los valores de su mundo son falsos, es capaz sin embargo de aceptar al mismo tiempo los prejuicios generales contra cualquier forma de comunismo, socialismo o ateísmo. Esto, como se verá más ade-

lante, ha sido la desesperación de muchos organizadores de la Nueva Izquierda.

Además de esto, los hippies tienden a ser sumamente ignorantes, o al menos a leer muy poco. He conocido a muchos de 20 o 21 años, con buena inteligencia natural, que sólo con dificultad podían identificar a autores nacionales tan conocidos como Hemingway o Faulkner. Aunque son relativamente pocos los que tienen un interés serio por la religión, casi todos profesan una creencia en dios. Estéticamente tienden a tener lagunas semejantes. Aunque han percibido lo nociva que es la propaganda comercial, su concepto de belleza se aparenta mucho con los letreros de neón, una arquitectura moderna sin personalidad alguna y los colores eléctricos. Aunque hay que defender cierta hermosura extraña y hasta extraterrestre que estos elementos prestan a ciertos sectores de Estados Unidos, debe lamentarse la existencia de jóvenes inteligentes y sensibles que están limitados a esta forma de belleza y que no saben superar el resultado estético del sistema que lo produce —sistema cuyo carácter absurdo los hippies están bien dispuestos a reconocer.

La nueva izquierda

En comparación con los hippies, la Nueva Izquierda es un conglomerado de tendencias altamente intelectuales y politizadas. Sus integrantes suelen ser de una edad un poco mayor y muestran un profundo respeto por la historia y los libros. Aunque ambos grupos tienen como antepasado a la llamada « Beat Generation » (generación beat) de los años 50 (poetas como Allen Ginsburg y Gregory Corso, novelistas como Jack Kerouac y William Burroughs), el activismo de la Nueva Izquierda data concretamente de un solo fenómeno: el movimiento de lucha por los derechos civiles de los negros que tanto caracterizó los primeros años de la década actual.

Casi todos los izquierdistas que ahora tienen entre los 25 y 30 años de edad participaron en las manifestaciones contra la discriminación y muchos fueron detenidos por sus esfuerzos. Por eso están bien enterados de las tácticas de la resistencia pacífica y se sienten muy identificados con los grupos desprivilegiados de la sociedad a pesar de sus orígenes burgueses.

En contraste con los hippies que suelen proceder de las zonas rurales y de las ciudades de tamaño medio, una gran parte de la juventud conscientemente radical en política procede de los grandes centros de población. Muchos son hijos de padres que en los años treinta militaban en el ala izquierda del Partido Demócrata o formaban parte del Partido Comunista que entonces estaba en auge. Debido a ello, estos jóvenes radicales han podido desen-

mascarar la hipocresía de aquellos radicales de los años 30 que más o menos disfrazadamente se vendieron al capitalismo y sienten asimismo una desconfianza muy marcada hacia los tradicionales procesos políticos del país.

En un sentido bastante amplio, los integrantes de la Nueva Izquierda bien podrían ser considerados los hijos del desencanto. Desencantados por los resultados del movimiento de los derechos civiles, desencantados por la « guerra contra la pobreza » de Johnson que sólo ha sido una seudoguerra, desencantados por las esperanzas suscitadas y nunca realizadas por la presidencia de Kennedy, desencantados por las reacciones del « establecimiento » (término que utiliza la Nueva Izquierda para referirse a las clases dirigentes) ante los motines de la universidad de California en Berkeley y ante los motines de los barrios negros de Watts en Los Angeles y en otras ciudades, y desencantados sobre todo por los procesos supuestamente democráticos que tan poco han servido para poner fin al genocidio en Vietnam.

La Nueva Izquierda puede caracterizarse a grandes rasgos como una fracción cada vez más grande de la juventud estudiantil, bastante segura de sus propios valores políticos y morales pero un poco en las tinieblas en cuanto a las formas institucionales (o antinstitucionales, en el léxico de ellos mismos) para articularlos.

Tal vez la mejor manera de describir a grandes rasgos la faz de la Nueva Izquierda sea trazar su historia desde el gran despertar de la juventud norteamericana que los observadores actuales suelen situar en el año 1960.

En aquel año, la gran siesta comenzada ocho años antes con Eisenhower como una especie de niñera nacional llegó a su fin. John F. Kennedy hizo su campaña electoral a base de la promesa de reanimar al país, y ganó la presidencia. Entonces, a los pocos meses, se formaron los Cuerpos de Paz cuyo objetivo era dar a la juventud norteamericana un compromiso entrañable con los desposeídos del mundo. La Alianza para el Progreso reconoció al menos la obligación moral de no ayudar a aquellos gobiernos que se oponían a la reforma agraria, u otras no menos urgentes en sus propios países. Brotó una conciencia incipiente de que existían dentro de los mismos Estados Unidos grandes focos de miseria y descontento. Como resaca del régimen anterior, hubo la invasión de Playa Girón en Cuba, que debió contribuir a aumentar la desconfianza ya grande de Kennedy hacia los consejeros militares y los gurus civiles heredados de Eisenhower y altamente identificados con los elementos bélicoindustriales del país.

Ese fue el panorama nacional que se presentó ante un estudiantado preocupado por los derechos civiles,

iniciándose ya en el activismo político por medio de *sit-ins* (sentadas de protesta) y demás tácticas de resistencia pasiva y afligido por el sentimiento del absurdo y lo superfluo de una sociedad basada en la ética de la superabundancia. Con un nuevo presidente que representaba un punto de partida de rebelión contra el pasado inmediato, por un breve periodo se extendió la ilusión de que iba a transformarse el oficialismo establecido.

En el verano de 1962 se formó *Students for a Democratic Society* (Estudiantes en pro de una sociedad democrática), un grupo que ha desempeñado un papel clave en la evolución de la Nueva Izquierda. Su carta de fundación declaró que los valores imperantes en las universidades norteamericanas eran los de un físico esbelto y el pelo bien cortado (*the values of the slim-hipped and the bullet-headed*). Declaración de Port Huron, publicada por el SDS) y que el objetivo de la nueva organización era revitalizar a la juventud nacional igual que Kennedy se proponía revitalizar al gobierno. Pero, mientras Kennedy se contentó con una revitalización, los estudiantes reunidos en Port Huron (Michigan) pregonaron abiertamente la necesidad de ir más allá, de radicalizarse políticamente. Los miembros del SDS en aquellos momentos —en su mayor parte blancos veteranos de las Marchas por la Libertad en el sur del país— se dieron cuenta de que la inmensa clase media norteamericana, dispuesta en cierto grado a conceder los derechos civiles a los negros, no está dispuesta ni mucho menos a realizar los sacrificios necesarios para extender los **derechos sociales** a los desprivilegiados del país, cualquiera que sea el color de su piel.

Si en esos momentos de principios de la década hubo algunas esperanzas de reforma o reconciliación, desaparecieron por completo con la muerte del presidente Kennedy. Al principio no se vio claramente que las cosas eran así, pero un año después de la muerte de Kennedy era ya obvio que no quedaba nada que esperar.

Bajo Kennedy el ímpetu hacia el cambio había sido lo bastante como para inquietar a los elementos conservadores del país. Pero el instinto de Johnson le conduce hacia el poder establecido y bajo el tolo de sus palabras los principales dirigentes financieros, industriales y laborales del país, ocupaban lugares destacados. Pronto dejó el gobierno federal de inspirar a nadie; solamente reaccionaba ante las demandas de quienes tenían poder para articular y defender sus intereses dentro del *statu quo*.

Cuando la guerra contra la pobreza declarada por Kennedy dio señales de debilitar en lo más mínimo al Partido Demócrata al incomodar a sus mecenas financieros, dicha guerra se convirtió en una esca-

ramuza de opera bufa. Había, por ejemplo, campañas serias para mejorar las condiciones de vivienda en algunas barriadas, pero terminaban en cuanto algunos dueños de fincas raíces en ciudades como Nueva York o Chicago o Pittsburg se mostraron renuentes en verter sus contribuciones anuales a las arcas del Partido Demócrata. Desde ese momento, las huelgas de pago de alquileres y las sentadas de protesta se convirtieron en clases de costura para señoras o jardines de infancia. Si los centros locales que recibían fondos de la Oficina de Igualdad de Oportunidades (OEO) no se conformaban con este cambio, se les suprimían los fondos.

Este frenazo a nivel nacional a las tareas de renovación iniciadas por Kennedy hizo que muchos jóvenes que salieron de las universidades con la intención de ser trabajadores sociales, se consideraran pronto agitadores y se integraran en la Nueva Izquierda.

En agosto de 1965 ocurrió (o antiocurrió) el incidente del golfo de Tonkin. Desde entonces la tasa de conscripción militar ha sufrido un aumento notable, mientras los programas de lucha contra la pobreza se debilitan cada vez más. Esto produjo un cambio en las actividades de la Nueva Izquierda. La lucha contra la guerra se convirtió en otro de sus objetivos. Dentro de las universidades protesta contra la guerra y la conscripción e intenta conseguir para el estudiantado mayor voz en la administración académica. Fuera de la universidad continúa trabajando en algunos barrios pobres de las grandes ciudades, pero al mismo tiempo se opone a la guerra en otros ámbitos.

Sobre los resultados de estas actividades en los barrios conviene recordar que durante los motines de Newark del verano de 1967, los actividades del Newark Community Union Project fueron de los pocos blancos que podían pasear por el barrio sin ser atacados. Lo mismo ocurrió en Detroit y otras ciudades.

Durante su historia relativamente breve, la doctrina de la Nueva Izquierda —o más bien su falta de doctrina— ha ido completándose y adquiriendo un contenido más radical al enfrentarse con los problemas concretos.

Entre los primeros brotes de actividad que tendieron a definir al movimiento, está la huelga estudiantil de Berkeley, universidad de California, en el otoño e invierno del curso 1964-1965.

La protesta inicial que provocó la huelga fue una queja contra la limitación de la libertad de palabra. Unos congresistas del Estado de California habían decidido que era excesivo el activismo izquierdista en Berkeley y las autoridades universitarias intentaron limitarlo ante la amenaza de una reducción del presupuesto (Berkeley es una universidad oficial del Estado de California). El motín estudiantil contra

esos intentos se inició alrededor del Movimiento en pro de la Libertad de Palabra (**Free Speech Movement**), pero rápidamente se convirtió en una acción de mucho mayor alcance. De ser simple defensa de las libertades básicas, la protesta paso a ser un grito de protesta de un estudiantado harto de la «multiversidad» de Clark Kerr (el rector). Por primera vez en los Estados Unidos tuvieron lugar reacciones en masa contra las clases de 3 000 alumnos dictadas por televisión, contra exámenes corregidos por máquinas IBM, contra un sistema que insistía en la despersionalización del individuo. La universidad de California, aducían los estudiantes, no se maneja en favor de los estudiantes ni en pro de los profesores, es una corporación controlada por y para sus propios administradores.

La experiencia de Berkeley en combinación con experiencias en otros lugares formó un punto clave en el pensamiento neoizquierdista: la rebelión contra una sociedad basada en la conveniencia administrativa.

Mucho de lo que ha pasado desde entonces puede explicarse como un esfuerzo de la juventud radicalizada por restablecer la responsabilidad personal dentro de un sistema despersionalizado. Si las instituciones creadas para el bien de un grupo determinado dejan de funcionar, si todas las iniciativas se pierden dentro de la burocracia, entonces las personas perjudicadas tienen derecho a parar el sistema por los medios más convenientes, bien sea con huelgas o desobediencia o por insurrección civil. El activismo se propone establecer de nuevo la responsabilidad personal, o sea provocar una confrontación humana capaz de borrar la indiferencia burocrática. Si esto resulta imposible, la gente abandonada por sus propias instituciones tiene derecho a pararlas, desmontarlas e incluso reemplazarlas por «instituciones paralelas».

Esta visión de una relación dinámica entre la sociedad y el individuo caracteriza al pensamiento de lo que ahora se llama «democracia participatoria». Es así una línea política flexible, reformista o revolucionaria según las circunstancias. Reformista si los líderes institucionales están dispuestos a aceptar la participación del pueblo en las funciones gubernamentales y se pliegan a las necesidades del pueblo; revolucionaria, cuando las clases dirigentes tiendan a cerrar los ojos ante el clamor popular. En la situación actual de Estados Unidos, dadas las circunstancias, el movimiento es fundamentalmente revolucionario.

Las ideas de la democracia participatoria hacen hincapié en dos cosas que el oficialismo norteamericano prefiere ignorar. Primero, la democracia verdadera presupone un compromiso existencial entre el gobierno y el pueblo. Por lo tanto, requiere células sociales de un tamaño y una naturaleza que

permitan a cada uno intervenir en los asuntos de su interés. Segundo, los partidos políticos que son aglomeraciones de intereses de grupo suelen pervertirse en instrumentos de coerción, haciendo que las elecciones en las que se enfrentan tales partidos tengan la misma validez política que un concurso de belleza. Puede que se vote por la menos fea entre las feas o la más bonita entre las bonitas, pero esas elecciones son absurdas en una sociedad cuyas microestructuras son antidemocráticas; es como nutrir al cuerpo social con el equivalente político de los alimentos predigeridos para bebés. Están muy bien para los lectores burgueses de *Time* o *Newsweek*, pero para las personas que formaron su personalidad madura luchando por sobrevivir en la jungla asfaltada de las barriadas urbanas, el asunto es menos que substancial. El mismo sentimiento brota en el hijo del lector de dichas revistas, después de pasar sus vacaciones de verano en la cárcel de Mississippi u organizando manifestaciones contra la conscripción.

Dada esta visión del proceso electoral estadounidense, la Nueva Izquierda en los dos últimos años ha dado un paso más en su evolución. Donde antes apoyaba candidaturas independientes o populares en elecciones para concejales municipales o representantes estatales, ahora la tendencia es hacia una agitación constante con fines concretos. Se habla de la política como vocación y no como actividad ocasional y se trata de organizar a los estudiantes y a los desposeídos para defender sus propias necesidades. Si una escuela vecinal parece inadecuada a sus alumnos, se organiza una huelga para parar la escuela hasta que responda a las demandas de los padres y los alumnos. Si los decanos permiten a la Dow Chemical Company, principal productor de napalm, el reclutar personal en las universidades, se organiza una manifestación, manifestación que paraliza las actividades del representante de la Dow.

Esta «política constante» se contrapone al sistema electoral vigente en Estados Unidos, donde la vida política es hueca y moribunda, a la espera de las elecciones y, se anima durante la campaña electoral, al cerrarse los colegios electorales suelen desorganizarse las campañas y volver a la inercia anterior. Además, luchar contra los medios propagandísticos del oficialismo norteamericano en su mismo terreno —en las esporádicas elecciones— se parece demasiado a un intento de nadar en un río de caramelo. La Nueva Izquierda intenta así batirlo en otros terrenos, en los terrenos que tiene totalmente abandonados.

La Nueva Izquierda representa, pues, una radicalización de la conciencia moral y política de la juventud norteamericana. Es un intento de establecer la identidad y el valor del individuo en una sociedad

que responde a la necesidad humana con tales estadísticas sobre la producción en masa. Ocorre también que, en el país más organizado del mundo, la Nueva Izquierda aborda, con profundas aprensiones el problema de su propia organización. Una reunión del SDS o de cualquier grupo activista en una universidad se convierte frecuentemente en un debate interminable sobre la manera de actuar sin estructurarse. ¿Cómo dejar al organismo surgir del hecho? ¿Cómo evitar el vicio capital del oficialismo, el crear esqueletos burocráticos incapaces de contener carne vital?

Dichos debates, aunque necesarios, rechazan también a mucha gente. En los centros estudiantiles se oye a menudo que la Nueva Izquierda no hace más que hablar. Para la persona que necesita hechos palpables, acostumbrada al examen que certifica el valor de sus conocimientos, al automóvil que confirma su status como elemento participante en la buena vida, hay algo de superfluo en este esfuerzo por revitalizar el ambiente humano. Sin embargo, los estudiantes conformistas siguen sintiéndose inquietos, afligidos con neurosis cada vez menos explicables dentro de su visión del mundo, precisamente hasta que cambian su visión del mundo. Y en la medida en que muchos de ellos la han cambiado, aumenta el número de manifestantes contra la guerra en Vietnam y el de jóvenes lo bastante desencantados con su mundo como para preferir marcharse al Canadá antes que ingresar en el ejército.

Los estudiantes de Stanford e Iowa, dos universidades importantes, eligieron a la presidencia de sus consejos estudiantiles a candidatos de orientación neoizquierdista el año pasado y, dicho sea de paso, los choques de los presidentes con el oficialismo radicalizó aún más a la masa estudiantil. El presidente del consejo de Stanford renunció a los seis meses con una denuncia del obstruccionismo de la administración universitaria; el de Iowa fue impugnado y relevado en una elección nueva muy dudosa, organizada por dirigentes universitarios amedrantados con la posibilidad de un recorte en los fondos entregados por la legislatura estatal a la universidad.

El Poder Negro

El Black Power (Poder Negro), como los hippies y en contraste con la Nueva Izquierda, cuenta con numerosos elementos no universitarios. El término Black Power comenzó a oírse en la primavera de 1966. Al llegar el verano era ya el mote predilecto de la burguesía blanca y negra para tildar, con un halo de extremismo, a todo movimiento que intentara cambiar la situación actual de los negros. Las fuerzas que encontraron su representación en el Black Power estaban latentes en la situación creada

—esperanzas más brutalidad policiaca— por el movimiento de los derechos civiles. Cada vez era más grande la presión para abandonar la vía pacífica de lucha. Los jóvenes negros del Student Non-Violent Coordinating Committee (SNICK, Comité estudiantil no violento de coordinación) se sentían cada vez más decepcionados. El Congreso federal había aprobado una serie de reformas legislativas, pero sin tocar para nada el problema de la desigualdad social de grandes masas de color. La frustración de los organizadores negros fue en aumento. Sintomático del momento fue un artículo aparecido en la revista *Greenwich Village Voice* en el otoño de 1965. El reportero entrevistó a un miembro del Snick y, respondiendo a una pregunta sobre la eficacia de sus tareas en el sur, éste dijo: «En los últimos tres meses he asistido a los funerales de 23 amigos... veintitrés... Hombre, esos son demasiados funerales».

De esta situación de violencia unilateral a una de violencia reciproca hay un paso muy corto. Y ese paso fue dándose a partir de 1966. Comenzaron a circular rumores de que grupos como el Snick, el Core (Congreso para la Igualdad Racial) y el Ram (Movimiento de Acción Revolucionaria), estaban adquiriendo armas. Frases como «la violencia defensiva» y «el derecho de las minorías a auto-definirse», hicieron su aparición.

Así se fue elaborando una doctrina, la del Poder Negro, que se basa en unas cuantas ideas claras: los negros siempre habían actuado conforme a los conceptos e ideas blancos, hora era de que buscaran sus propios conceptos e ideas; el negro sufría una crisis de identidad y tenía que descubrir una posición intrínsecamente suya; separarse de la sociedad blanca y crear sus propios valores, como único método en que la comunidad negra podrá negociar luego con la comunidad blanca sobre una base de igualdad. La idea fundamental era pues un ataque contra el movimiento de integración racial y contra la colaboración de blancos y negros en ese movimiento: primero descubrir e independizar al negro como tal —para lo cual sobran los blancos cualquiera que sea su conciencia social— y luego pactar con los blancos en condiciones de igualdad —en lo que pueden ayudar mucho los blancos radicales, convenciendo a sus propios hermanos de raza.

El Snick fue tal vez el elemento clave en la formulación de esta nueva doctrina. Trazar rápidamente su historia puede quizá aclarar el movimiento. El Snick, que había nacido como rama estudiantil del Southern Leadership Council de Martin Luther King, evolucionó rápidamente hasta convertirse en una organización autónoma. Dirigente del Snick en 1965 era el carismático Bob Parrish, persona con grandes preocupaciones cristianas. Añoraba un

cristianismo primitivo, natural, orgánico y casi anarquista. Solía decir que le inquietaba la existencia del Snick como entidad estructurada, tanto como su derecho a encabezarlo. Bob Parrish usaba el apellido de su madre porque el de su padre —Moses (Moisés)— hacía que el campesinado del sur del país le tomase por una figura bíblica. Cuando renunció a la jefatura del Snick, se fue a Mississippi donde sigue trabajando de acuerdo con su propia visión, una especie de pacifismo militante.

El año 1965 fue un periodo de transición para el Snick, pero en el verano hubo brotes de violencia urbana. Sobre todo éste fue el año de la gran insurrección en el barrio negro de Watts, en Los Angeles. Las cámaras de televisión mostraron gráficamente en esa ocasión la especial brutalidad que reservaban las fuerzas del orden blanco para los sublevados negros: patadas, garrotazos y fusiladas, todo ello reforzado por el odio racial. La prensa nacional y la «gente decente» dieron muestras de mucha más compasión por los comerciantes blancos cuyas tiendas fueron violentadas, que por la frustración negra cuya gravedad pusieron dramáticamente de relieve los motines. Las legislaturas estatales y el Congreso federal se lamentaron emocionadamente por las destrucciones en la propiedad privada, pero mostraron poco afán en corregir la injusticia y la explotación que habían conducido a los negros a amotinarse. Además la guerra que de veras apasionaba ya al oficialismo era la guerra de Vietnam.

Este es el trasfondo que permitió al **Black Power** hacerse visible meses más tarde. Habiendo sido el grupo más eficazmente no violento, el Snick se convirtió en la tendencia más amargada y frustrada. En esas condiciones James Foreman, el jefe que había sucedido a Bob Parrish, fue rebasado por la realidad, no fue lo bastante militante, y a comienzos de 1966 fue elegido jefe del Snick un hombre nacido en la isla de Trinidad y que, tras una niñez vivida en uno de los tugurios peores de Nueva York, había sacado un título de filosofía en la universidad de Howard, en Washington. Se llamaba Stokeley Carmichael. Stokeley comenzó a hablar ya oficialmente de aplicar la violencia defensiva, aunque seguía apoyando las tácticas no violentas, mientras fueran eficaces. Stokeley fue además el primer orador negro, fuera de Martin Luther King, capaz de inspirar a las masas. Su dialéctica y su técnica del debate le permitieron enfurecer a los reporteros blancos, y su agresividad y determinación aterrizaron a los blancos.

En el verano de 1966, los grupos como el Snick concentraron sus ojos con especial interés en los focos de descontento del norte del país. Descubrieron también la contradicción entre la guerra de Vietnam y la guerra contra la pobreza o, más gene-

ralmente, entre la guerra y los intereses de los desposeídos en la sociedad norteamericana. Notaron también que un alto porcentaje de los soldados rasos en Vietnam eran negros y que el índice de muertos y heridos entre ellos mucho más elevado que el índice blanco.

Hubo unos momentos de indecisión, mientras buscaban una táctica eficaz para luchar en las circunstancias nuevas de las grandes ciudades del norte del país. Comenzaron así a colaborar con la Nueva Izquierda con la intención de formar partidos locales (partidos Pantera Negra) capaces de ganar elecciones locales de juntas de educación o las llamadas juntas de los pobres establecidas por la Oficina de Igualdad de Oportunidades. Los partidarios del **Black Power** no fueron los organizadores de los motines del 66, como el oficialismo intentó hacer creer, pero tampoco los condenaron. Su opinión era que si los motines servían para algo en la lucha por crear una sociedad negra coherente, tanto mejor.

La intervención del **Black Power** y del Snick en los motines de 1967 fue ya mucho más decidida, intentaron darle un contenido político a la lucha desesperada de los habitantes de los barrios desheredados. Ayudó en esta nueva radicalización del Snick el hecho de que su jefe el año pasado fuera Rap Brown, cuatro años más joven que Stokeley Carmichael, mucho más truculento y menos filosófico que éste y, si fuera posible, hasta más brusco con la prensa blanca.

Aunque está de moda que los universitarios negros se declaren partidarios del **Black Power**, el movimiento en sí ha rebasado los círculos académicos y ha perdido carácter estudiantil. Ahora el Poder Negro es asunto de los barrios, de las escuelas públicas y de los comités de defensa vecinal que van armándose (algo quijotesicamente) frente a las amenazas policíacas. Desde este punto de vista tiene raíces y una vitalidad de que carecen tanto los hippies como la Nueva Izquierda.

Y sin embargo, teóricamente al menos, el Poder Negro es quizás menos revolucionario que los otros dos movimientos de la subcultura norteamericana. Hablando con los activistas del **Black Power** se nota una cierta inseguridad en cuanto a sus propias metas. Todos quieren una vida mejor, una identidad negra orgullosa y fuerte, pero hasta el momento el **Black Power** no ha producido ningún pensador tan analítico o tan visionario como un Carl Oglesby o un Tom Hayden, pertenecientes a los Estudiantes por una Sociedad Democrática (SDS).

Mientras los dos grupos se muestran fascinados por Cuba, los del **Black Power** se encuentran más o menos en el camino entre Moncada y la Sierra Maestra, mientras la Nueva Izquierda se interesa más en la revolución como etapa superior en la

evolución histórica.

El **Black Power** habla de la guerrilla urbana y hace analogías para justificar esta línea política que parecen no excesivamente convincentes. La Nueva Izquierda, aunque comprende las razones del radicalismo extremo de la comunidad negra, duda de la aplicación de tales tácticas a la realidad norteamericana.

La Nueva Izquierda, y en eso está de acuerdo con los **hippies**, tiende a creer que la revolución interna se producirá después de una crisis —que hay que acelerar— que pondrá en entredicho todas las antiguas formas sociales, especialmente el mito moderno de la producción ad infinitum. La Nueva Izquierda cree también en la necesidad y eficacia de la desertión de las formas sociales que ya no cumplen su cometido. Esta táctica puede llegar a ser tan violenta como la misma insurrección civil, como fácilmente se advierte al considerar la reacción oficialista frente a la resistencia contra la guerra en Vietnam.

Resumiendo este panorama de la subcultura norteamericana hay que hacer una primera constatación: en contraste con la situación de hace diez años hoy existen focos de descontento bastante fuertes dentro de los Estados Unidos, especialmente, pero no exclusivamente, entre la juventud.

Por un lado están los **hippies** cuya visión de la sociedad ideal parece sumamente utópica; vida comunal, desprecio de la propiedad privada, la creatividad contrapuesta al consumo, la no violencia, libertad antes que autoridad y rechazo total de los gobiernos tales como se conciben en la actualidad. Estas reclamaciones implican una línea política obvia, aunque sus mismos adherentes reniegan de la política.

Por el otro lado están el **Black Power** y la Nueva Izquierda. El **Black Power** actualmente opera especialmente en la organización de grupos de presión en las barriadas pobres, en política electoral a base de candidaturas negras independientes y en la resistencia a la conscripción militar y la brutalidad policiaca. La Nueva Izquierda también trata de organizar a los grupos desposeídos de la sociedad norteamericana sobre todo a los blancos pobres que existen en gran número en algunas ciudades del medio oeste y en las zonas mineras de los Apalaches (Kentucky, oeste de Virginia, Tennessee y Pennsylvania), forma la columna vertebral del movimiento contra la guerra de Vietnam en casi todas sus formas, agita reclamando cambios radicales en el sistema universitario y organiza las llamadas « universidades libres ».

Como resultado de todos estos acontecimientos, se

organizó en Chicago en septiembre del año pasado una Convención Nacional para una Nueva Política. Asistieron a ella varios grupos negros, grupos neozquierdistas y hasta algunos liberales. Durante sus reuniones lograron coordinar hasta cierto punto sus actividades contra la guerra y en pro de las comunidades desposeídas, y se mostraron dispuestos por lo menos a considerar la idea de prestar su apoyo de conjunto a un candidato presidencial en las elecciones de noviembre de 1968 que proteste contra el *statu quo* en Estados Unidos. Lo más importante de todo no fueron, sin embargo, los acuerdos de principio a que se llegaron, sino el hecho de que 4 000 líderes radicales de todo el país hubieran logrado reunirse por primera vez para tratar de esos problemas. Fue un testimonio sumamente elocuente del sentido de la crisis del sistema imperante y lo más probable es que haya más reuniones a gran escala y protestas mejor organizadas en el porvenir, como resultado de esta colaboración.

Pero tal vez más indicativo de la crisis espiritual por que atraviesa la sociedad norteamericana actual —especialmente su juventud— son los comentarios recientemente publicados por un estudiante de la universidad de Berkeley que pasó 90 días en la cárcel por su participación en los motines de 1964. Dijo que ahora hay dos revoluciones en Norteamérica: una, tradicional, de los oprimidos contra sus explotadores; y la otra, tan insólita, que ni siquiera tiene aún nombre ni caracteres claros a pesar de que estamos forzosamente inmersos en ella. En este sentido, dijo el estudiante de Berkeley, los detenidos por el uso de las drogas son tan prisioneros políticos como los mártires del **Black Power** o quienes rehusan ir al ejército.

Algunos círculos han comenzado a llamar a esta segunda revolución, la revolución cibernética, la de la automatización y la superabundancia. Los recursos están a la mano, técnicamente existe ya por primera vez la posibilidad de alimentar y dar techo a toda la humanidad. El **Black Power** lo sabe, pero tiene por delante aún como tarea la revolución tradicional por mejorar el nivel de vida de las masas negras superexplotadas. Lo sabe también la Nueva Izquierda a la vez que se da cuenta que es imposible vivir en el sistema norteamericano si se quiere ser humano, recto, y no oportunista. Quizás sea también un hecho nuevo que minorías cada vez más amplias de los países « desarrollados » se rebelen violentamente contra el sistema imperante, demostrando así palpablemente que no sólo de pan vive el hombre y que, además de productor, el hombre es también un ser humano.

Nosotros, sacerdotes católicos, delegados al Congreso Cultural de La Habana, convencidos :

De que el imperialismo constituye en la actualidad y particularmente en el Tercer Mundo un factor de deshumanización que destruye los fundamentos de la dignidad individual, atenta contra la libre manifestación de la cultura, impide las formas auténticas del desarrollo humano y propicia situaciones de subdesarrollo cada día más agudas y oprimentes ;

De que pese a las divergencias existentes entre el cristianismo y el marxismo sobre la interpretación del hombre y del mundo, es el marxismo el que proporciona el análisis científico más exacto de la realidad imperialista y los estímulos eficaces para la acción revolucionaria de las masas ;

De que la fe cristiana implica amor traducido en servicio eficaz a todos y cada uno de los hombres ;

De que el sacerdote Camilo Torres Restrepo, al morir por la causa revolucionaria dio el más alto ejemplo de intelectual cristiano comprometido con el pueblo.

NOS COMPROMETEMOS con la lucha revolucionaria ant imperialista, hasta las últimas consecuencias, para lograr la liberación de todo el hombre y de todos los hombres.

POR TANTO condenamos el bloqueo económico y cultural que el imperialismo norteamericano tiene establecido a la República de Cuba, primer territorio libre de América ; condenamos la guerra de los Estados Unidos al Vietnam, como el atentado más monstruoso del imperialismo contra la libertad de un pueblo situado en el área del Tercer Mundo ;

Rechazamos cualquier forma de colonialismo y neocolonialismo por ser producto del imperialismo alienante y deshumanizante.

Monseñor Germán Guzmán (Colombia) ; Paul Blanquart (Francia) ; Alberto de Ecurdi (México) ; Carlos Zaffardi (Uruguay). Ponencia presentada al Congreso Cultural de La Habana, enero de 1968. Este texto fue leído por Fidel Castro en su discurso de clausura del Congreso, el 12 de enero de 1968.

Santos Juliá Díaz

Pablo VI y la guerra de Vietnam

1. Las razones de la intervención

Siempre que el papa habla del Vietnam comienza con un lamento sobre la falta de paz en nuestros « atormentados tiempos ». Todo lo que el papa diga, todo lo que analice, todo lo que proponga, lo hará en función de la paz. Por ello, creo que un análisis de la intervención del papa en la guerra de Vietnam, tiene que ir precedido de una exposición del concepto pontificio de paz y del papel que el papa quiere jugar en la búsqueda de esa paz.

En la homilía de Cova de Iria¹ (un mal sitio para habar de paz, evidentemente), Pablo VI dice que al estar el mundo en peligro, nosotros debemos pedir a Dios el don de la paz « porque esta paz, sí, es un don de Dios, que supone la intervención de su acción [...] un don que no es siempre un don milagroso ; es un don que realiza sus prodigios en el secreto de los corazones ». Estamos ya aquí ante una manera peligrosa de meter a Dios en los asuntos de este mundo. Si la paz no existe es que nosotros no somos dignos de este don de Dios : reformémonos, pues, reformemos nuestras costumbres, nuestro espíritu, nuestro corazón : si todos reformamos nuestro corazón la paz vendrá del cielo. El papa nos recomendará que seamos « buenos, sabios, abiertos a la consideración del bien general del mundo », que no pensemos « en proyectos de destrucción y de muerte, de revolución y de subversión ».

Esta manera moralizante de considerar la paz le llevará de la mano a afirmar que la verdadera causa de la guerra « es que los espíritus no están unidos »². En lugar de acabar con las verdaderas causas económicas, sociales y políticas de la guerra, el papa cree que lo que hace falta es algo que aglutine los espíritus, algo que les dé esa unidad de base, algo que, estando por encima de los espíritus y, a la vez, en el interior de cada uno, acabe con todas las diferencias, los egoísmos en las relaciones internacionales, los proyectos de dominación, etc. Es evidente que ese algo sólo puede ser la religión católica : « el verdadero fundamento sociológico de la paz entre los hombres reside en la unidad que establece la religión cristiana »³. Nada importa que no se pueda ofrecer como ejemplo los gloriosos tiempos en que, realmente, la religión cristiana era el fundamento sociológico de la sociedad europea. Nada importa el recuerdo de las guerras de religión. A pesar de eso sigue siendo cierto que la cristianización de la sociedad es previa a la consecución de la paz.

Si la paz es un don que Dios regala a los hombres, si su fundamento es la unidad que la religión cristiana proporciona a los espíritus y a la sociedad, su definición más acertada será la de « reflejo del orden querido por Dios »⁴. Ahora bien, elucidar cuál sea el orden querido por Dios es, en la tierra, un asunto de la Iglesia. Los hombres y en general la sociedad de este orden querido por Dios y, por tanto, impotentes para conseguir la paz, tendrán necesidad de recurrir a la Iglesia para que ésta les indique el camino y les trace las líneas fundamentales tanto del orden como de su reflejo. El papa, preocupado por la obtención de uno y de la otra (del orden y de la paz) dedicará todos sus esfuerzos a ayudar a los hombres en esta empresa. Desde el primer discurso de su pontificado el papa se propuso como meta « realizar todos sus esfuerzos para el mantenimiento de la paz entre los hombres »⁵. Nadie duda que esta ayuda que el papa quiere aportar a los hombres es « sincera y desinteresada »⁶ y « no inspirada por intereses particulares »⁷.

La desnaturalización del problema de la paz y de la guerra y de sus relaciones con la sociedad, la ética y la religión está, pues, en la base de la intervención pontificia. Un problema sociopolítico es moralizado, la moral debe ser un reflejo, una realización, de lo revelado por Dios, la Iglesia es la guardiana de la revelación de Dios en la tierra... Por consiguiente, el jefe de la Iglesia debe intervenir en los problemas sociales y políticos.

Una vez planteado así el problema, la defensa de la paz se convierte automáticamente en la defensa del orden social en el que la Iglesia, representante de Dios en la tierra, cumpla una misión social o, para emplear el lenguaje pontificio, sea el fundamento sociológico de la unidad entre los hombres. La confusión que de aquí se deriva es evidente: la defensa de la paz pasa a ser la defensa de la « civilización cristiana occidental », slogan de todos los totalitarismos; la defensa de la paz es la condena de todo movimiento revolucionario al que se designa con el despectivo calificativo de « terrorista ». Confundidos todos los planos, la Iglesia dedicará todos sus esfuerzos a la defensa de un determinado orden social que pasa por ser más conforme con la ley natural y con la revelación.

Únicamente presentando así, el problema es como los papas podrán ofrecer su colaboración, es decir, de hecho, justificar su intervención. Utilizando a la Iglesia como soporte de la sociedad, esta intervención pontificia, y las modalidades que revestirá, no proviene ya de su cualificación como Pastor máximo de una comunidad religiosa, sino más bien en su calidad de jefe del Estado Vaticano. De esta forma, actuando como un jefe político cualquiera, todo su interés será que los católicos de todo el mundo actúen, ante los problemas que él examina, según las directivas que emanan de un poder político-religioso. El papa es consciente de la fuerza que en un momento determinado puede tener una actuación común de todos los católicos⁸.

Se ha producido así una peligrosa confusión que los cristianos tenemos

obligación, contra viento y marea, de deshacer. La utilización de Dios como explicación del mundo es debida únicamente a la imposibilidad que el mundo tenía de explicarse a sí mismo. Esa utilización era resultante, y causa, del dominio y la confusión de la Iglesia sobre la sociedad civil. Las fronteras de la sociedad eran las fronteras de la Iglesia y el solo hecho de entrar a formar parte de la sociedad civil, el solo hecho de nacer, estaba ya cargado de consecuencias religiosas, significaba la entrada en la Iglesia. Hoy estamos ya en condiciones de deshacer estos equívocos: Dios no explica nada; no es la justificación de nuestras impotencias; no es la necesidad, realizada en sí, de nuestros deseos imposibles, de nuestras nostalgias de paraísos perdidos. La fe en ese Dios no puede imponer una visión determinada del mundo, unas opciones concretas, un análisis trascendente de la sociedad mundana. Y por ello los que comulgan en esa fe, la Iglesia, no tiene ninguna misión que cumplir como tal respecto a la sociedad.

Esto no quiere decir que nuestra fe, como nuestra pertenencia a esa Iglesia, no nos imponga una ética. En realidad, la fe cristiana es en sí misma una ética: el reconocimiento de la supremacía del ser humano, del carácter inviolable de la persona; el reconocimiento del absoluto que es el otro que está frente a nosotros. Por ello, el hombre de fe, igual que todo hombre que crea, que opte, por el hombre, no puede silenciar los ataques, las explotaciones y las opresiones de ese « otro » al que él concede un valor absoluto. Pero este hablar en nombre de la fe no puede ir más allá de una denuncia: dondequiera que el hombre es oprimido el cristiano, por un doble título, tiene que denunciar al opresor. No puede callarse por no sé qué razones de estrategia o de eficacia. Su fe le exigirá también, indudablemente, actuar, « dar la vida por los hermanos », pero cuando intenta saber qué camino escoger en su actuación el creyente no puede esperar que su búsqueda sea ahorrada por las directivas de una supuesta revelación que le indicaría el camino. Por su fe él no sabe si la solución a un determinado problema sociopolítico, en el que se juegan los destinos del hombre, es ésta o aquélla. Su fe es una exigencia para la búsqueda, pero en el punto de partida de esa búsqueda como en su punto de llegada la fe no le regala nada: lo que encuentre lo habrá encontrado en tanto que hombre y, por mucha autoridad política o moral que posea, no podrá imponerlo a los otros, no es ésta su misión. Entre otras cosas porque su fe no le asegura la veracidad de su búsqueda.

No es el objeto de este artículo tratar de la relación entre fe, ética y sociedad. Estas breves indicaciones deben bastarnos para comprender que el papa al confundir, siguiendo una vieja tradición, los campos; al confundir Dios y explicación del mundo, Iglesia y sociedad, utilizará su persona y su cargo no para hablar, la mayoría de las veces, en nombre de la fe que él y nosotros profesamos. El pensará que es necesario « hacer política », analizar los fenómenos, indicar sus causas, proponer una solución, esbozar unas condiciones de compromiso. Y, abandonando su misión de denuncia profética, caerá en la tentación de ser personalidad política.

Los papas (todos lo sabemos) hace ya mucho tiempo se dedican a la política. Nosotros, un buen número de cristianos, creemos que no es esa su misión. Ellos, sin embargo, lo hacen. Al denunciar aquí esa intromisión en un terreno que no le corresponde, queremos también denunciar la manera, el modo de hacer esa política. Porque una vez más, desgraciadamente, los análisis y las proposiciones pontificias concuerdan con las tesis que sostienen los opresores, o al menos se les acercan peligrosamente. Al criticar, en este artículo, esta manera determinada de política pontificia, quisiera que quedara bien claro que esta crítica la haría también si el papa en nombre de su fe quisiera imponernos soluciones « progresistas ».

2. Caracterización de la guerra de Vietnam

El análisis de la guerra de Vietnam que han hecho los obispos americanos, solos o en conjunto, parte de la tesis de que se trata de una situación « compleja »⁹. No nos podemos detener aquí en el examen de las posiciones del episcopado americano; sólo señalar que el examen pontificio supone también esta misma apreciación de fondo. La situación vietnamita es, por lo pronto, compleja. Esa complejidad es la causa de que los caminos de solución, que después examinaremos, aparezcan siempre « difíciles » a Pablo VI. Y esta tesis de la complejidad explica también la multitud de circunloquios que el papa emplea para caracterizar la guerra: así, entre otros, « el conflicto vietnamita », « el trágico espectáculo [...] de hermanos que combaten a los hermanos »¹⁰, « el conflicto sangriento », « la guerra encarnizada ». Ya desde ahora podemos notar que el papa no emplea jamás para caracterizar esta guerra la expresión de Ho Chi-Minh: « agresión »¹¹.

El intento de definición más preciso es ofrecido en el radiomensaje de Navidad de 1966¹². « Se trata al mismo tiempo de una lucha ideológica, de una guerra civil, de una batalla en la que participan unos ejércitos; el conflicto afecta a un punto neurálgico del equilibrio entre las naciones; las trampas, los medios puestos en obra y las pérdidas se multiplican; este afrontamiento concierne inevitablemente a las grandes potencias: trazos todos ellos que hacen esta guerra a la vez tan típica, trágica y amenazadora [...] »

Esta precisión no llegará, de todas formas, a definir con exactitud a los combatientes. Después de recorrer los múltiples textos pontificios no se sabe en realidad quienes son los participantes en esta lucha ideológica, en esta confrontación de ejércitos. Una orientación nos la podría dar los mensajes que el papa envía a los que de alguna manera cree comprometidos en la lucha. Así, una vez ha dirigido mensajes a Johnson, Thieu, Ho Chi-Minh, Podgorny y Mao Tse-Tung; otra vez se limitó a los tres primeros y una nueva vez a los « jefes de los dos Vietnam ». Podría parecer que la lucha ideológica tiene, unas veces, cinco participantes; otras, tres y, en fin, otras veces sólo dos. Dejando estas conjeturas, el papa define a los ideólogos « de un lado y del otro », hay « dos partes en

presencia ». Estas dos partes están luchando (aunque U Thant no lo cree así) por motivos ideológicos y porque Vietnam, un pobre pueblo de campesinos que tiene la desgracia de poseer muchos kilómetros de costa, es un « punto neurálgico » de la estrategia mundial. El gran mito del « mundo libre » en lucha contra las ideologías cuyo sistema es la opresión política y social vuelve, pues, a tomar cuerpo. Es el telón de fondo de la preocupación pontificia.

No podemos seguir investigando qué hay detrás de esos « dos lados en presencia ». No podemos, por *a priori* injustificado, hacerle decir al papa lo que él no dice. Y en el estudio de la caracterización de esta guerra lo que nos parece más importante es precisamente lo que el papa no dice.

Así, el papa no menciona jamás la existencia del FNL. El es el gran ignorado, el ausente; a él nunca se le dirige un mensaje, nunca se le invita a sentarse en la mesa de negociaciones. Es indudable que el papa sabe su existencia y de ahí que hable de una « guerra civil », pero sin mencionarlo jamás explícitamente su existencia queda reducida a « los elementos subversivos, las guerrillas », palabras mágicas cuyos ecos inspiran al papa una instintiva reacción de condena, aunque no fuera más que por su intento sacrílego de transformar el orden querido por Dios. Contrariamente a algunos observadores realistas americanos, cuyo número aumenta a partir de la última ofensiva general, el papa parece subestimar la representatividad real, el arraigo popular y la fuerza de los despectivamente conocidos con el nombre de « terroristas ».

Pero así como no se habla nada del ejército popular del FNL, tampoco se menciona nunca la existencia de un ejército extranjero que ha invadido, en número superior a los 500 000 hombres, el Vietnam del Sur. El papa sabe, sin embargo, que hay soldados americanos en Vietnam porque ha intercedido cerca de la RDV para que los aviadores prisioneros fueran tratados según las reglas de humanidad¹⁹. No se dice que la presencia de este ejército ha impedido la realización de unas elecciones libres previstas en unos acuerdos internacionales, por el solo hecho de que, según los servicios americanos de información, estas elecciones iban a ser ganadas por los comunistas, y esto es contrario a la libertad y a la democracia. No se dice, contrariamente a lo que piensan influyentes senadores americanos, que el gobierno legítimo, al que los católicos deben obedecer siguiendo las indicaciones del episcopado vietnamita¹⁴, no duraría « ni un solo día » [R. Kennedy] si le faltara el sosten de un ejército extranjero. Se ignora que la presencia americana se debe, según un cinico reconocimiento del presidente de los Estados Unidos, a los intereses políticos de un país extranjero: « la clave de todo lo que hemos hecho es nuestra propia seguridad »¹⁵; se ignora que ningún pueblo, por muy seguro que quiera sentirse, tiene derecho a invadir a otro. Se silencia que la presencia americana es anterior a la « invasión del sur por el ejército del norte ». Nada de esto es recordado en los análisis pontificios.

La objeción más sencilla que se me podría hacer es recordarme que un papa no tiene por qué analizar una situación política controvertida y que

es, en realidad, difícil de describir. Es lo que yo creo. Pero ya que el papa analiza, si lo hace debe decirlo todo. Esto es, si quiere meterse en política y a la vez salvaguardar su imparcialidad, aún a costa de su misión denunciante, que analice imparcialmente, que exponga las tesis de ambos « lados », en lugar de exponer las de uno solo. Ahora bien lo que el papa dice y lo que calla en su análisis se asemeja o, en el fondo, se confunde con el análisis oficial americano.

Lo que en Pablo VI es « lucha ideológica » es, en Johnson, la contención del expansionismo comunista, de las ideologías totalitarias; las « dos partes » de Pablo VI recuerdan el análisis jonhsonianiano según el cual la presencia americana se debe a la salvaguarda de la libertad de un país invadido « en plena violación de los acuerdos internacionales »; lo del « punto neurálgico » responde a la convicción americana de que si su ejército se retira todo el Sur-Este asiático se convertiría al comunismo: en la conferencia de San Antonio, Johnson veía tropas norvietnamitas en Laos, en Thailandia, en Birmania y recordaba que un golpe de Estado comunista había sido evitado por los pelos en Indonesia. La ignorancia del FNL en los análisis paulinos recuerda inevitablemente el deseo de Johnson de encontrar « mañana mismo » a Ho Chi-Minh, ignorando la existencia del Frente como interlocutor válido, a despecho de su existencia real, más que probada, y de las proposiciones que en este sentido han expuesto algunos senadores de los Estados Unidos.

Al caracterizar así la guerra de Vietnam, Pablo VI se aleja de la « otra parte » y en su mismo análisis hay ya una opción política. Para Hanoi y para el FNL, no se trata de lucha ideológica, sino de independencia nacional; no se trata de expansionismo, sino de poder arreglar por sí mismos sus propios asuntos; no se trata de atentar contra la seguridad americana (lo podrían hacer muy difícilmente), ni de desencadenar un conflicto de más envergadura. Para ellos, no hay nada de todo esto. En la respuesta al mensaje que Pablo VI le había dirigido el 8 de febrero de 1967, Ho Chi-Minh le recuerda que el pueblo vietnamita lucha por algo que ama sinceramente: la paz; que esta paz es impedida por la presencia del « ejército que los imperialistas americanos han enviado al Vietnam del Sur »; que los americanos están cometiendo « crímenes monstruosos [...] napalm, productos químicos y gases tóxicos [...] que han violado los acuerdos de Ginebra ». Lástima que el presidente de la RDV se haya dejado llevar de la demagogia y llame a los americanos « agresores ». Quizá si no hubiera utilizado la demagogia, el papa, que no tiene intereses particulares, habría retomado alguna de las tesis del análisis nordvietnamita. Nosotros tenemos que señalar que, a no ser por el camino « confidencial » que utiliza a veces Pablo VI, el papa no ha ni siquiera recordado, mucho menos ha hecho suyas, las tesis de « la otra parte ».

3. Caracteres de la paz

Contrariamente a lo que piensa Spellman, aunque sin atreverse a desmentirlo, Pablo VI no cree, o al menos no dice, « que toda solución que

no sea la victoria es inconcebible»¹⁶. Pablo VI no ha llegado a decir que los soldados americanos están en Vietnam «en tanto que soldados de Cristo». En realidad no ha dicho nunca, a no ser por medio de circunloquios cuyo contenido es necesario descifrar, que haya soldados americanos en el Vietnam. Pero el hecho de no haber desmentido lo que a mí (dejando aparte la intención subjetiva) me parecen blasfemias objetivas del cardenal Spellman, indica ya que, como primer dato de esta caracterización de la paz vietnamita, el papa no piensa en modo alguno que los soldados americanos deben volver a los cuarteles de su propia nación. Al menos, nunca ha expresado este deseo.

Si es fácil hacer un estudio sobre la teoría de la paz de Pablo VI es, sin embargo, un tanto complejo saber qué clase de paz quiere para el pueblo vietnamita. Sólo tenemos dos expresiones repetidas hasta la saciedad. Se trata, en principio, de una «paz honrosa» u honorable. En efecto, el papa es sensible a que ninguno de los dos contendientes queden deshonrados por la paz. Por ello, en el mensaje de Navidad de 1966 decía que con la paz «el honor de los combatientes quedaría a salvo»¹⁷. Es una lástima que no se especifique el significado de «solución honrosa»; nosotros no podemos entregarnos a elucubraciones gratuitas para desentrañar el sentido esotérico que encierra esa mágica palabra. Nos bastará recordar que la idea de paz honrosa es retomada muchas veces por los dirigentes americanos, «cuyos ejércitos no han sufrido jamás ninguna derrota».

En la encíclica **Christi Matri**¹⁸ señala el papa la otra definición positiva de la paz: «paz en la justicia y en la libertad»; en la carta a U Thant¹⁹ para ofrecerle su colaboración vuelve a emplear las expresiones «solución honrosa y pacífica [...] a fin de que el pueblo de Vietnam pueda consagrarse en la serenidad, la libertad y la independencia a la reconstrucción de su patria»; en fin, a un grupo de visitantes vietnamitas les decía que «todo puede ser aún salvado por la paz, pero una paz en la justicia y la libertad, construida día a día, en la búsqueda de un orden querido por Dios, que comporte una justicia más perfecta entre los hombres»²⁰.

Si estas frases, y otras parecidas, tienen algún sentido (es posible que lo tengan) no podremos averiguarlo sin recurrir a otros textos pontificios por los que podamos saber quienes son los enemigos de la libertad y la justicia. Tomados en sí mismos, estos textos son abstractos, hablan de valores que sin contrastarlos con realidades concretas no quieren decir nada. Por ello el papa baja de los terrenos de la abstracción y nos dice que la paz en la libertad y en la justicia supone que «no se vean más sobre la tierra estos sufrimientos ocasionados voluntaria e inútilmente por la opresión política y social erigida en sistema»²¹. Este texto en el que se habla de la paz en general, y en el que se atacan a los que «persiguen a nuestros hermanos en la fe», nos indica claramente cual de los dos participantes en la lucha ideológica es el que merece el calificativo de «ideologías basadas en el error». Partiendo de la concepción pontificia

según la cual los comunistas son los « adversarios »²² y nosotros las « víctimas »²³ no es difícil, en el contexto internacional en el que el papa sitúa el conflicto vietnamita, saber qué entiende por « paz en la libertad y en la independencia ».

Esta conclusión (que no creo derivada de ninguna lectura indebida de los textos pontificios) se confirma por la respuesta que el general Thieu dirige a un mensaje de Pablo VI: « El gobierno y el pueblo de Vietnam esperan con todo corazón que una paz justa y duradera pueda ser realizada en la libertad, la justicia y el honor »²⁴. Si en lugar de donde dice « el gobierno y el pueblo de Vietnam », dijera « la Santa Sede », la frase del general Thieu podría ser firmada por Pablo VI. ¿Podemos concluir de ahí que la paz en la que piensan los dos es la misma? Responder afirmativamente sería pretender poseer la ciencia de la penetración de los corazones. Sólo podemos constatar que los dos emplean el mismo lenguaje y que el papa no le indica a Thieu, ni siquiera de manera educada y deferente, que la paz en la justicia que él proclama es, en algunos puntos, diversa de la suya. Por el contrario, Pablo VI sigue empleando las mismas fórmulas.

Esta semejanza de lenguaje se constata también examinando otros documentos. El 23 de diciembre de 1965, el papa en su habitual mensaje de Navidad²⁵, decía que el espíritu de paz que había nacido después de las trágicas experiencias de la última guerra estaba siendo suplantado por « las viejas y profundas tendencias del nacionalismo o por las nuevas ideologías que empujan a la subversión y a la dominación ». Es en estas ideologías donde el papa ve el verdadero peligro para la paz. En la encíclica *Mense Maio*, había señalado a la « guerrilla como fuente de sufrimiento » y la asimilaba al terrorismo²⁶. Aparte la equivocación que supone derivar los movimientos revolucionarios de una ideología; aparte la moralización formal a que se somete el proceso revolucionario que es siempre consecuencia de una opresión previa, lo más significativo es que tanto el general Thieu como el presidente Johnson piensan también que su acción se debe a una respuesta a estos movimientos subversivos y que la paz que ellos intentan establecer « no debe ser amenazada en el futuro por los portadores de ideas que Vuestra Santidad había calificado en su mensaje « de nuevas ideologías que empujan a la subversión y a la dominación »²⁷. Ya sabemos, pues, a falta de mayores precisiones, quienes son los que deben ser eliminados para que la paz no sea amenazada por los elementos que Su Santidad había tenido la precaución de denunciar.

Se podría objetar, sin embargo, que Hanoi también utiliza en su descripción de la paz los términos de libertad y de independencia. Lo que difiere, se podría contestar, es el contenido. Libertad, para Hanoi, es que los vietnamitas, de acuerdo con las estipulaciones de Ginebra, puedan arreglar por sí mismos sus propios asuntos; libertad es reivindicación de unas elecciones que les han sido impedidas. Independencia significa que el « ejército imperialista » cese su « agresión » y abandone Vietnam. Ninguno

de estos contenidos es recordado en las declaraciones pontificias. Si hemos podido comprobar que el general Thieu y Pablo VI hablan el mismo lenguaje, el paso siguiente es comprobar que Pablo VI y Ho Chi-Minh utilizan lenguajes diferentes.

Es cierto que el papa ha condenado también, como amenaza de la paz el « egoísmo en las relaciones internacionales » y quiere que la paz vietnamita sea alcanzada en « conversaciones leales y sinceras, sin que predomine de una manera indebida el egoísmo nacional o las ambiciones de supremacía »²⁸. De todos modos, cuando el papa condena los movimientos revolucionarios condena hechos y no simplemente intenciones; cuando condena las « ambiciones de supremacía », condena intenciones sin designar los hechos en que se concretizan. La diferencia me parece fundamental. Porque si es cierto, y el papa no lo desmiente, que como dice Johnson, el ejército americano está en Vietnam para salvaguardar la libertad de esta nación, su intención es laudable y no caería bajo el lamento del papa. Supongamos, además, que ese « egoísmo nacional » predomina en las negociaciones pero no de una « manera indebida », sino bien dosificado, ¿ caería entonces bajo la condena ? Si el papa condena por su nombre a los movimientos revolucionarios, a las guerrillas, ¿ por qué no condena también por su nombre a los ejércitos invasores ?

A mi modo de ver, la explicación de esta paz que Pablo VI proclama hay que buscarla en su fórmula de « equilibrio entre las naciones », de la que Vietnam tiene la desgracia de ser un punto neurálgico. La Iglesia católica se está ya habituando al hecho de la estabilización de los sistemas socialistas; ha abandonado ya la idea de cruzada contra los « lobos disfrazados con piel de corderos », en expresión de Pío XII y aunque Pablo VI los sigue considerando como « el fenómeno más grave de nuestro tiempo » y como « organizaciones profundamente contrarias a lo que los católicos tienen de más querido » y con « las que es imposible ponerse de acuerdo »²⁹, de todas formas la idea de diálogo se está abriendo paso. Todos sabemos lo que, de una parte y de otra, hay detrás de este diálogo. Lo que nos interesa señalar aquí es que la Iglesia del diálogo sería feliz si este equilibrio, es decir, si esta estabilización de los dos sistemas encontrara su garantía en una autoridad internacional, hoy imposible. De un lado, la **pax americana**; de otro, la **pax soviética**. A condición de que ninguno de los dos sistemas intente arrancar al otro un pedazo de terreno. Ahora bien, Vietnam del Sur pertenece, por definición, al área de paz americana: ¿ no es una locura que haya elementos subversivos que quieran modificar lo que otros ya han determinado ? Equilibrios, sí; avances del socialismo, no (a menos que sea un socialismo cristiano). La desgracia del FNL es que al ser subversivo es necesariamente comunista, partidario de una ideología basada en el error. Y dialogar con los « hermanos que están en el error » es ya bastante peligroso como para sentir además la tentación de ayudarles a propagar y hacer triunfar sus ideas. Mientras, y como la paz americana no resulta muy fácil de mantener, los vietnamitas pueden seguir muriendo.

Después del análisis de la paz que proclama Pablo VI, creemos poder llegar a la misma conclusión examinando la paz que condena. En uno de los últimos mensajes de paz cuya intención era establecer todos los primeros de enero la jornada de paz (iniciativa fríamente acogida incluso por los moderados, que U Thant calificó sin entusiasmo de « oportuna »), Pablo VI nos dice que « la paz no puede estar basada en una falsa retórica de palabras [...] que pueden servir y a veces, por desgracia, han servido, para ocultar el vacío de un verdadero espíritu y de intenciones reales de paz, cuando no a cubrir sentimientos y acciones de dominación o intereses de partido »³⁰. La clave de este misterioso texto en el que, si no fuera por todo lo que ya sabemos acerca de la necesidad de Dios, de la moral y de la Iglesia para establecer la paz³¹, no acabaríamos de descifrar de quien se habla, nos viene dada dos párrafos más adelante por la condena explícita del pacifismo. El texto lo juzgamos tan importante que es necesario transcribirlo entero : « Es preciso, en fin, desear que la exaltación del ideal de la paz no favorezca la inercia de los que temen tener que dar su vida al servicio de su nación y de sus hermanos, cuando éstos están comprometidos en la defensa de la justicia y de la libertad, y que buscan solamente huir las responsabilidades y los peligros necesarios al cumplimiento de los grandes deberes y de las empresas generosas. La palabra paz no significa pacifismo, no oculta una concepción cobarde y perezosa de la vida ; proclama, al contrario, los valores más altos y universales de la vida : la verdad, la justicia, la libertad, el amor ». Más adelante, y dirigiéndose especialmente a los católicos, prevendrá contra « las trampas de un pacifismo táctico » que sólo intenta adormecer al adversario para destruirlo mejor y que desarma en los espíritus el sentido de la justicia, del deber y del sacrificio...

El papa había gritado en la ONU : « Jamás la guerra, jamás, nunca jamás » ; el papa había dicho en sus encíclicas : « en nombre del Señor : parad... »³². Algunos americanos creyeron poder utilizar las frases del papa y llegaron a manifestarse con pancartas en las que se podían leer estas frases. El movimiento pacifista se extendió : los universitarios se negaban a alistarse para matar a los vietnamitas, los intelectuales animan una campaña para no pagar impuestos con los que se fabrican bombas. El movimiento pacifista, despreciado en Europa por su romanticismo y su pretendida falta de eficacia³³ se convertía en un peligro... para la paz. Y en este momento son condenados porque se dejan arrastrar a la « trampa » por « cobardes », porque se adormecen frente al adversario. Es lamentable constatarlo : cuando en los discursos de Pablo VI se puede suponer que se habla de América en forma inequívoca (no hay « pacifismo » en el otro campo) y no solamente equívoca (hay egoísmos y ambiciones en todos los campos), quienes salen malparados no son los fabricantes de armas antipersonal, no los que emplean productos químicos, no quienes mandan destruir ciudades enteras. Todo eso es propaganda comunista. Todo eso no existe. Lo que existe son los pacifistas. Y es ahí donde está el peligro para la paz,

porque la paz es la defensa de la justicia y de la libertad, porque se niegan a empresas generosas, a los grandes deberes. Llegados aquí es difícil mantener la sangre fría e intentar seguir el análisis de las respectivas posiciones sin apasionamiento. Dos meses antes de esta condena del pacifismo, Johnson en su conocida declaración de San Antonio decía : « Nosotros amamos la libertad. Si, nosotros queremos la autodeterminación de los pueblos ». Más adelante, extrañándose de la testarudez de los regímenes totalitarios y preguntándose por sus causas se daba a sí mismo la explicación de que el enemigo, al no saber lo que era un régimen democrático « han tomado las disensiones por deslealtad, han tomado la inquietud por el rechazo de una política ; confunden algunos comités por la nación entera. Pues bien, que sepan que llegaremos hasta el fin ». Y volviéndose contra los que le invitan a descomprometerse de la guerra, les dice : « los que mantienen realmente la paz son los soldados [...] Estos valientes jóvenes cuentan con nuestras oraciones, nuestra estima sincera y nuestra gratitud más grande. Que el mundo sepa que las gentes que mantienen la paz irán hasta el fin de todas las pruebas, que, con el sostén total de todos sus compatriotas, vencerán ».

El mejor comentario a estos dos textos de Pablo VI y de Johnson, lo constituye la noticia que nos llega tres días después del discurso del papa. La prensa nos hace saber que en los Estados Unidos ha sido creado un organismo encargado de perseguir a los manifestantes pacifistas que cometan infracciones a la ley del servicio militar. Era lógico si el soldado americano es el nuevo cruzado de Spellman o el defensor de la paz de Johnson. Era lógico si, como dicen asépticamente los obispos americanos después de examinar la « complejidad » de la situación, la presencia americana es justificada. Era lógico si Pablo VI cree que ser pacifista es caer en la trampa del adversario y negarse a empresas generosas. Desde ahora, los jóvenes americanos, habitantes de un país libre, tendrán que ser generosos a la fuerza. Es una desgracia que el resultado de esa generosidad sea la matanza de un pueblo ; es una lástima que estos chicos generosos estén llenado el país de prostitutas y de niños con pelo rubio y ojos oblicuos (la Iglesia, ¿ no tiene quizá una indulgente tradición hacia los pecados de la carne ?), a los que después regalan bombas especiales. La muerte, la destrucción sistemática, el comercio de carne humana, la corrupción, la desintegración de un país : qué lástima. Lástima, sí, pero todo eso se calla con tal que podamos obtener « la paz justa y honorable », es decir, sin retórica : la paz de los muertos.

4. Los caminos hacia la paz

Hemos visto cómo de la teoría del Dios necesario al espíritu humano de la que se deriva la obligación de reconocer el « derecho de ciudadanía »³⁴ a la Iglesia, para que ayude a la construcción del orden social querido por Dios, se pasaba por medio de un proceso que resulta inevitable a la división del mundo en dos zonas : la zona libre y la zona oprimida, según

que la Iglesia goce o no de libertad para ejercer su benéfico influjo en la sociedad. Esta división está en el origen de los antagonismos mundiales que, contrariamente a lo que ocurría en la época inmediata a la postguerra, no tienen necesidad de ser resueltos por confrontaciones armadas, toda vez que el mundo comunista va dando muestras de racionalidad y ha entrado en la fase del diálogo y de la coexistencia. Las disensiones pueden arreglarse por acuerdos pacíficos en el marco de una autoridad internacional: Dios no tendrá necesidad ya de castigar con la guerra las malandanzas de los hombres. La guerra no es necesaria a condición de que se conserve el equilibrio entre las naciones. Unos pueblos minúsculos, sin embargo, desafían este equilibrio organizado sin contar con ellos. La Iglesia, incapaz todavía de salir de sus esquemas sociopolíticos, confunde la decisión de libertad nacional de estos pueblos con su deseo de pasarse a la « otra zona », la encuadra en lo que ella denomina luchas ideológicas e intentará hacer todo lo que esté de su parte para que el equilibrio sea restablecido, intentará negociar una paz. Pero igual que a la hora de analizar, de examinar y definir, la Iglesia no puede dejar de caer en la tentación de utilizar los esquemas empleados por los países en los que ella juega todavía un papel social, así a la hora de proponer soluciones, fórmulas de compromiso, la Iglesia va a hacer suyas, como veremos, las tesis de los países que hoy son su fuente más importante de recursos.

Aunque « la paz no es simplemente el resultado de nuestra actividad humana [sino que] es también, y sobre todo, un don de Dios »³⁵ el papa no desestima por completo la parte que le queda reservada a los hombres. Es por lo que no dejará de repetir que « es necesario encontrarse, conferenciar, negociar con toda sinceridad »³⁶. Incluso en momentos en que podría ser molesto a la línea « dura » de la política americana, el papa no ha cejado en su empeño de que los combatientes se encuentren sentados en torno a una misma mesa negociando leal y sinceramente. Como parte de este empeño hay que situar su infructuosa (así lo reconoce ante el Colegio cardenalicio)³⁷ llamada al arbitraje de los países neutrales y sus constantes llamadas a la tregua cada vez que la ocasión se presentaba.

Ha habido, de todos lados, tantas proposiciones y contraproposiciones para alcanzar el fin de esta desdichada guerra que examinar aquí todas ellas no es posible dados los límites de este trabajo. Nos vamos a limitar a lo esencial que se ha dicho públicamente el año 1967 por Pablo VI, Johnson y Ho Chi-Minh. Creo que el análisis de esta época resume las posiciones efectivas de cada uno.

El año comienza, para nosotros, el 9 de febrero con la publicación en el **Osservatore Romano** de las cartas que Pablo VI había dirigido al presidente Johnson, al general Thieu y al presidente Ho Chi-Minh. El mensaje a Johnson comenzaba diciendo que : « Nuestras llamadas [...] han encontrado siempre en usted un eco favorable », y expresaba el deseo de que « la celebración del nuevo año lunar [...] pueda, con la suspensión de las hostilidades de todas las partes en conflicto, abrir finalmente la vía a las

negociaciones para una paz justa [...] ». Aunque, sigue el papa, « Nos conocemos muy bien los obstáculos [...] no dudamos de su consagración a la búsqueda constante de las vías de la paz », y terminaba pidiéndole una intensificación de « sus nobles esfuerzos ». Johnson después de asegurarle su aprecio por mensaje y agradecerle el « consuelo espiritual » que le aportaba, dejaba caer, con la inocencia tejana que le caracteriza esta frase : « Yo estoy seguro, sin embargo, que Vos no esperáis que reduzcamos nuestras actividades militares sin que el campo adverso se muestre dispuesto a hacer otro tanto. Nosotros estamos dispuestos a establecer conversaciones sobre una reducción equilibrada de las actividades militares ». Antes le había repetido su conocida proposición de conversaciones « donde sea, cuando sea, con quien sea ». Es decir, conversaciones incondicionales.

A Ho Chi-Minh le decía, en sustancia que « este periodo de tregua, al inspirar en todos sentimientos pacíficos, ofrecerá la ocasión de establecer la suspensión mutua de actos de guerra y hará así posible definir los puntos fundamentales para sinceras negociaciones de paz ». El presidente de la RDV le respondía recordándole la presencia de un « ejército imperialista », de los « crímenes monstruosos » que han cometido, y señalaba las condiciones en que unas conversaciones podían tener lugar : « Los imperialistas americanos deben poner fin a su agresión al Vietnam, poner fin incondicional y definitivamente a los bombardeos y a los otros actos contra la RDVN, reconocer al FNL sudvietnamita y dejar al pueblo vietnamita arreglar por sí mismo sus propios asuntos ». (Confrontando esta respuesta con la que, un año antes, hacía llegar al papa, la diferencia más importante es que aquí no se pide ya expresamente « retirar sus tropas y armamentos de Vietnam del Sur... ».)³⁸

Tenemos, pues, en principio, tres posiciones : para Johnson antes de la reducción de actividades es necesario que el campo adverso se muestre dispuesto a hacer otro tanto, esto es, que la reducción llegará después de una negociación en la que se puedan clarificar esas disposiciones. Conversaciones antes de parar la guerra es lo que se conoce en lenguaje diplomático por « conversación incondicional » y en diplomacia tejana « estoy dispuesto a encontrar mañana mismo a Ho Chi-Minh ».

Pablo VI querrá que la tregua haga posible definir los puntos fundamentales para unas sinceras negociaciones de paz. Esto es, que antes de las propiamente dichas negociaciones de paz se debe haber unos encuentros previos que hagan posible definir esos puntos fundamentales de los que depende, a su vez, la posibilidad de las negociaciones de paz. Mi interpretación es que Pablo VI tiene aquí la originalidad de apoyarse sobre un hecho ya adquirido : la tregua, que significa en definitiva la reducción absoluta de actividades militares. Pero su originalidad es también su debilidad : la tregua es por definición débil, su duración es limitada, y esta debilidad de base es la que condenaba de manera irremediable la proposición papal de « tregua para negociar sobre la negociación ». (En este sentido se expresaba ya en su alocución del 19 de diciembre de 1965.)

Ho Chi-Minh, con menos sabiduría diplomática que el papa, respondía en su mensaje a la proposición de negociaciones incondicionales de Johnson, con su conocida tesis de negociación a condición de : cese de bombardeos y otros actos contra la RDV ; reconocimiento del FNL y, en fin, dejar a los vietnamitas decidir sobre sus propios asuntos.

Pablo VI había dicho una vez³⁹ que una de las notas que hacían tan « típica » esta guerra es que la consecución de la paz era posible con tal de que todas las partes en conflicto lo desearan « simultáneamente ». Creo que podemos entender bien las diferentes posiciones si utilizamos una imagen. Si comparamos la paz a una puerta con dos cerraduras y con dos poseedores distintos de cada llave, la posición del papa sería la del que piensa que lo único necesario es que, aprovechando la tregua, los porteros pongan el reloj en hora y lleguen al mismo momento a abrir la puerta. Johnson pide conversaciones previas para poner los relojes a punto sin garantizar que durante estas conversaciones ninguna bomba vaya a caer sobre el portero de piel amarilla ; Ho Chi-Minh dice que los destrozos ocasionados por las bombas le ocupan demasiado tiempo como para ocuparse de los relojes y complica las cosas añadiendo que no hay sólo dos porteros, dos cerraduras y dos llaves sino tres con el FNL. Y que, por tanto, si quieren que se ocupe de los relojes deben cesar antes los bombardeos y admitir un nuevo miembro a la mesa de la relojería.

En estas condiciones, Johnson quizá con el deseo de acallar las molestas llamadas del papa le muestra su convencimiento de que con toda seguridad el papa no va a pensar que una reducción de actividades sea posible sin las buenas disposiciones del campo adverso. Ho Chi-Minh responde que eso es poner al mismo nivel agredido y agresor. ¿ Y el papa ? ¿ Cómo reacciona ?

Por muy extraño que a algunos pueda parecer, el día 24 de mayo, el papa recibiendo a un grupo de vietnamitas que volvían de una peregrinación a Fátima, vuelve a emplear una a una las tesis americanas, adobándola con consideraciones piadosas. He aquí como se expresa el jefe del Estado Vaticano : « Nos habíamos querido que este momento de tregua hubiera hecho reflexionar a los responsables, les hubiera hecho comprender que para llegar a una paz duradera, no basta suspender los actos de guerra : es preciso alejar las causas que dan a la guerra su triste y fatal poder. Es necesario, pues, que cesen los bombardeos sobre el territorio del norte, es necesario que **al mismo tiempo** cesen las infiltraciones de armas y de material de guerra en el sur ; es necesario también que cesen todos los actos de terrorismo, que no sirven ni al honor del pueblo vietnamita, bueno y trabajador, ni a la concordia ni a la paz tan deseada : en una palabra, que cese toda forma de violencia. Es decir, que para obtener la paz, es preciso antes quererla sinceramente »⁴⁰.

Soy el primero en lamentar el tener que estudiar un documento del papa, al que yo reconozco su cualificación como Pastor máximo de la comunidad religiosa a la que pertenezco, como se estudian los documentos de cualquier jefe político. Es el mismo papa quien me obliga porque el docu-

mento es en sí mismo político, es decir, establece las condiciones en que una paz puede ser posible. Estas condiciones, como hemos visto, son : 1. Cese de bombardeos en el norte ; 2. Al mismo tiempo, cese de toda infiltración en el sur ; 3. Cese de todo acto de terrorismo.

Dejando a un lado esta confusión entre actividad terrorista y FNL y el olvido de **todas** las tesis nordvietnamitas, lo más importante de las condiciones de paz me parece la fórmula « al mismo tiempo » que equivale al « simultáneamente » que ya antes habíamos encontrado. Traducido a lenguaje normal esta fórmula significa, en primer lugar, cese condicional de los bombardeos, esto es, los bombardeos cesan si al mismo tiempo cesa la infiltración y la actividad del FNL ; en segundo lugar y esto me parece importantísimo, esa fórmula comporta la necesidad de una negociación previa para ponerse de acuerdo sobre las modalidades del cese de los bombardeos y el control de las infiltraciones. Pablo VI que ya no cuenta aquí con la escapatoria de la tregua, pide directamente : a) cese condicional de los bombardeos y b) negociación previa. Por una desgraciada casualidad éstas son precisamente las tesis que Hanoi rechaza.

Paradójicamente, y esto es ya el mundo al revés, las tesis americanas van a exigir de Hanoi menos de lo que el papa pedía. En efecto, estas tesis que hemos visto ya esbozadas en los mensajes de Johnson al papa, van a encontrar el 29 de septiembre, es decir cuatro meses después de las condiciones vaticanas, su formulación definitiva en lo que se conoce como fórmula de San Antonio⁴¹. En su discurso, Johnson después de un análisis particularmente « duro » de la situación y de sus consabidas afirmaciones sobre sus disposiciones, a encontrar a Ho Chi-Minh, explica las condiciones en que estas negociaciones serían posibles : 1. Los Estados Unidos están de acuerdo en parar inmediatamente los bombardeos aéreos y navales sobre Vietnam del Norte ; 2. Cuando esto conduzca a negociaciones productivas ; 3. Durante las discusiones, Vietnam del Norte no se aprovecharía del cese o de la limitación de los bombardeos.

Una lluvia de comunicaciones y de actividad diplomática empezó a caer después de esta declaración : ¿ qué son negociaciones « productivas » ? ¿ qué significa ese no « aprovecharse » ? El intento de estas palabras equívocas explicitado después por los dirigentes americanos, era obligar a Hanoi a preguntar, a negociar. El ministro de Asuntos Exteriores de la RDV cambió un condicional por un futuro : si cesan los bombardeos negociáramos, se transformó en un « si cesan los bombardeos, negociaremos ». Clark Clifford, sustituto de McNamara, señaló por su parte que el « no aprovecharse » no exigía todo cese de ayuda al sur (que de todas formas se sigue haciendo aún bajo los bombardeos), sino su mantenimiento al nivel actual. No es de nuestra incumbencia hacer aquí un análisis político de las ofertas y contraofertas. Lo único que queríamos hacer ver es que las tesis pontificias del 24 de mayo son más duras que las tesis johnsonianas del 29 de septiembre. Más duras, claro está, para la RDV y para los « terroristas » a quienes se les pedía una inactividad

total a cambio del cese de los bombardeos. A no ser que por « cese de todo acto de violencia » el papa entienda también la evacuación de un país por el ejército extranjero que lo ocupa actualmente. Porque, vamos a ver, la presencia de un ejército de 500 000 hombres en una patria que no es la suya, por muy justificada que a los ojos del episcopado americano pueda parecer, ¿ es o no es un acto de violencia ? Si lo es ¿ por qué no se reconoce explícitamente ? Si no lo es, ¿ por qué no se dice sin hipocresías que la paz que se desea para el Vietnam es la paz impuesta por el ejército americano ?

Entre el 29 de septiembre y el 26 de noviembre, fecha en que Pablo VI, después de su operación, vuelve a hablar de Vietnam, no hay nuevas proposiciones para negociar que introduzcan elementos nuevos en las que ya hemos analizado. En este contexto, el papa dice : « Nos es doloroso ver que las proposiciones de negociaciones son rechazadas y que la atrocidad de de la guerra se exaspera trágicamente »⁴². Tomado en sí mismo, el texto podría ir destinado a cualquiera de las dos partes ; es posible que nuevas proposiciones que no han aparecido en la prensa y que pertenecen a lo que el papa llama en otra ocasión su « actividad confidencial » hayan sido propuestas a los Estados Unidos, y éstos las hayan rechazado, como U Thant en los tiempos en que quería marcharse de la ONU ya afirmó que habían hecho al menos dos veces los americanos. Sin embargo, entre este lamento pontificio y la frase de Johnson « pero Hanoi no ha aceptado estas proposiciones » se puede ver algo más que un acercamiento casual.

La última intervención de Pablo VI sobre Vietnam⁴³ corrobora el análisis que hasta aquí hemos hecho. « Numerosas voces nos llegan invitándonos a exhortar a una de las partes beligerantes a suspender los bombardeos. Nos lo hemos hecho y Nos lo hacemos una vez más en nombre de las poblaciones desarmadas que, aunque involuntariamente, son víctimas de estas acciones militares ». De este primer párrafo vamos a retener, en primer lugar, el tono exhortativo : el papa « exhorta » al cese de « estas acciones militares » ; el papa no las condena, ni pide que cesen incondicionalmente. En segundo lugar, y esto es más significativo, toma a su cuenta las declaraciones del Pentágono según las cuales las víctimas civiles son un producto « involuntario » de los bombardeos. Sin embargo esto es mentira. Se han bombardeo objetivos civiles : hospitales, pagodas, iglesias, escuelas, alimentos almacenados, etc. Dada la precisión de los sistemas de bombardeos es impensable que estos objetivos hayan sido alcanzados involuntariamente. Se han bombardeado ciudades con el propósito deliberado de « desmoralizar » a las poblaciones civiles, siguiendo la invención nazi experimentada por vez primera en Guernica. Y, en fin, se ha bombardeado con armas destinadas especialmente a esos inocentes en cuyo nombre el papa « exhorta » a los americanos : bombas de fragmentación, productos químicos para destruir la fertilidad de la tierra y, una nueva invención, bombas que estallan retardatariamente, es decir, que esperan que las víctimas inocentes salgan de sus escondrijos para desmoralizarlas mejor. Este mismo análisis de los objetivos bombardeados y de

los instrumentos que se emplean nos demuestra que esas acciones no tienen nada que ver con lo que el papa llama « acciones militares ». Eso es, pura y simplemente, un crimen.

El papa continúa : « Pero, al mismo tiempo, Nos invitamos igualmente a la otra parte beligerante —y Nos queremos pensar que en esto seremos seguido por todos los que pueden ejercer con autoridad un influjo determinante en este sentido— a dar un signo de seria voluntad de paz ». No vamos a insistir sobre lo que hay detrás de expresiones como « otra parte » y « al mismo tiempo ». Lo que más llama la atención en este párrafo es que el papa insista en pedir un signo de voluntad seria de paz. Esta petición parece dejar a entender que, hasta ahora, los nordvietnamitas no han ofrecido ningún signo de los que el papa pide o que, al menos, los que han ofrecido son juzgados por Pablo VI como insuficientes. Sin embargo las concesiones que han hecho son tales que sólo queda ya el cese incondicional (Hanoi no añade ya : « y definitivo ») de los bombardeos. El ministro de Asuntos Exteriores de la RDV repite desde enero de 1967 esto es, antes incluso de la carta de Ho Chi-Minh al papa, que hemos examinado— que un cese de las incursiones aéreas norteamericanas conducirá a las negociaciones. ¿ Qué otro signo podía pedir el papa ? No lo sabemos. Lo que sabemos es que los Estados Unidos exigen, antes de que las negociaciones se abran, estar seguros acerca de su « productividad », piden a Hanoi seguridades de sus « intenciones serias de paz » que diría el papa. Hanoi, por su parte, se limita a decir que habrá negociaciones, sin poder predecir sobre sus resultados. El Departamento de Estado americano proclama, entonces, que los « nordvietnamitas no han querido nunca la negociación ». Su mala memoria les impide recordar que en diciembre de 1966, cuando estaban a punto de abrirse negociaciones de la delegación nordvietnamita y la americana en Varsovia, fueron éstos quienes torpedearon la reunión haciendo un « raid » aéreo sobre Hanoi de una intensidad especial dada la fiesta que se preparaba. Los nordvietnamitas pensaron que en esas condiciones, negociar era aceptar un chantaje. ¿ A quién debía pedirle el papa « un signo de voluntad seria de paz » ?

Es curioso constatar, además, que Pablo VI no concretiza ya cual debe ser ese signo que pide. Antes eran los ceses de infiltraciones y de toda actividad terrorista ; ahora sólo pide « un » signo. Y es que entre el 24 de mayo y el 22 de diciembre, está el 29 de septiembre fecha en que el presidente de los Estados Unidos, al comprobar que con o sin bombardeos las infiltraciones siguen produciéndose y la actividad terrorista no cesa, ya no se atrevía a pedir un intercambio de « ceses ». Los dirigentes americanos sólo piden ahora recibir garantías acerca de la productividad de las negociaciones. ¿ Será este el signo de paz que el papa pide a la otra parte ?

En el párrafo que examinamos hay todavía un nuevo dato a resaltar. Y es que el papa quisiera ver su invitación secundada por la URSS especialmente y también por China, que son los únicos que « con autoridad »

pueden influir de una manera « determinante » sobre la otra parte beligerante. Cualquiera que esté informado de la actividad diplomática de los Estados Unidos no ignora que, sobre todo a partir de la instalación del teléfono rojo y del comienzo de la política de coexistencia, cada vez que dan un mal paso en sus relaciones con los países del tercer mundo, los americanos buscan desesperadamente los buenos oficios de la Unión Soviética para que ésta les ayude a salir honrosamente del traspies. Las razones por las que URSS no interviene, o interviene en un sentido o en otro, pertenecen al análisis de la política internacional y caen fuera del objeto de este artículo.

En la declaración que comentamos, el papa continúa : « Y Nos lo hacemos una vez más en nombre de las víctimas de los actos de terrorismo [...] Que cese la violencia en todas sus formas. Nos estamos seguro que el resultado final a conseguir no debe ser la victoria que oprime, sino más bien la seguridad, la paz y la libertad para todos. La negociación franca y leal es, en efecto, el único camino para construir una paz verdadera ». El objetivo de las negociaciones está, pues, claro : no puede ser « la victoria que oprime ». Los opresores, según hemos visto, son los terroristas. Los terroristas, por una coincidencia de lenguaje entre Wáshington y el Vaticano, son los comandos del FNL, cuyas víctimas al no ser un producto de « acciones militares » no son un resultado involuntario de estas acciones. El resultado final no puede ser, por tanto, la victoria del FNL. ¿ Quizá la victoria americana sería también opresora ? Es difícil saber con exactitud a quién se dirige la recomendación papal sobre el resultado final a conseguir. Puede ir dirigido al Pentágono que piensa, aún, en la victoria militar. Sea ello lo que fuere, en ningún documento papal se nos dice jamás que los americanos hayan sido nunca opresores de nadie. Sólo nos queda decir que el día siguiente a esta intervención pontificia, el 23 de diciembre a las 21 horas, el Vaticano recibía la visita del más alto dignitario de los Estados Unidos. Johnson, en signo de seria voluntad de paz, regalaba su propio busto al Soberano Pontífice. Las crónicas no nos dicen qué lugar ocupa, en las amplias galerías del Vaticano el busto del presidente de los Estados Unidos de América.

Conclusión

« Quiera el cielo que no se me pueda reprochar jamás haber callado algo que pudiera ser esencial [...] Por esta razón no puedo limitarme a una simple transmisión del texto del Soberano Pontífice ». Así se expresaba el 1 de enero « día de la paz », el único cardenal católico que pensando en lo que el mismo llama misión profética de la Iglesia y sabiendo que por ser depositaria de esa misión, la Iglesia no puede permanecer neutral ante el mal, pedía que « más allá de toda cuestión de prestigio (compárese con el « honor » de ambas partes) o de justificación estratégica (compárese con la condición de cese de infiltraciones en el sur), América se determine a cesar los bombardeos aéreos sobre el Vietnam del Norte ».

Pablo VI no dismintió las blasfemias del cardenal Spellman. Pablo VI, al poco tiempo de esta toma de posición del cardenal Lercaro admitió y, según deja entender la serena despedida que el cardenal dirige a sus diocesanos, impuso su dimisión. No es posible, ni permitido, afirmar la conexión de estos fenómenos. Es posible que se deba a la libertad que Lercaro manifiesta ante el partido demócratacristiano; es posible que su salida fuera necesaria para obligar a la dimisión de otros miembros de la Curia. Algunos dicen que para esto quizá bastara con que el cardenal abandonase su puesto en la Comisión litúrgica. Nosotros no estamos al tanto de la política externa o interna del Vaticano. Traer este hecho a colación es simplemente para recordar que Lercaro no es ya arzobispo de Bolonia, aunque no tenga más que 76 años y goce de una salud envidable. Spellman murió siendo arzobispo de Nueva York.

Por mi parte, he recorrido las innumerables encíclicas, discursos, alocuciones del papa y de las jerarquías católicas o no católicas sobre el « martirizado pueblo vietnamita ». Tampoco puedo limitarme a transcribir lo que en ellas he leído. Porque he encontrado lamentos por sus desgracias, jamás condenas de quienes las producen; he encontrado « dolores de Nuestro corazón de Padre », jamás alusión alguna al napalm; he encontrado lamentos por las « víctimas inocentes », jamás una indicación, siquiera leve, a las bombas de fragmentación destinadas precisamente a esos inocentes; he encontrado condenas de las « ideologías de subversión, de las guerrillas », jamás condenas de las « ideologías de invasión », de los ejércitos de ocupación; he encontrado invitaciones a la paz, a la negociación, al rechazo de la violencia, y cuando los jóvenes americanos creyeron que el único camino que les quedaba para ser pacíficos era ser pacifistas, he tropezado con condenas del pacifismo e invitaciones a la obediencia a los gobiernos legítimos. Para colmo, y hace sólo unos días, he encontrado en una declaración de monseñor Gouyon, arzobispo de Rennes y presidente de la Sección Francesa de « Pax Christi » la afirmación asombrosa, por provenir de un hombre que « ha interrogado su conciencia de creyente » que « más aun que una falta, el gesto americano es un error » (Gouyon entiende por « gesto » los bombardeos de Vietnam). Claro es que el asombro disminuye al enterarnos que Su Excelencia el arzobispo de Rennes ha sido « *troublé lorsqu'on entend des hommes comme McNamara [...] déclarer que ces bombardements se font en pure perte puisqu'ils n'atteignent pas leur but : ébranler le moral de la population du Nord-Vietnam et contraindre ses dirigeants à capituler* »⁴⁵.

Este triste recorrido, que he realizado movido por una admiración sin límites hacia un pueblo que lucha desde hace treinta años por su libertad, ha evitado voluntariamente entrar en un análisis sociopolítico de la guerra. Me he limitado a confrontar las tesis del papa con las « dos partes en presencia », Examinar cuál ha sido el origen de la guerra, cuál de las dos partes tiene razón en sus análisis, qué repercusiones internacionales entraña la continuación del conflicto, de dónde se deriva la « complejidad » de la situación, qué hacer para salvaguardar la libertad real del

pueblo vietnamita al que los Estados Unidos empujan cada vez más a pedir un volumen mayor de ayuda extranjera, y toda otra serie de problemas por el estilo, no eran el objeto de este trabajo. Prescindiendo de todas esas cuestiones, mi conclusión es que Pablo VI, actuando como personaje político, ha sostenido en su conjunto las tesis americanas, con algunas variantes de forma. Porque: —lo mismo que Johnson, el papa quiere la paz y reza por ella; —lo mismo que Johnson, y contrariamente al Pentágono y al cardenal Spellman, el papa cree que la paz, además de lograrse por los rezos, se conseguirá en una solución negociada, política, del conflicto; —lo mismo que Johnson, y según el deseo del general Thieu, el papa quiere que esa solución asegure al pueblo vietnamita la « serenidad, la libertad y la independencia » para que « se amen de nuevo como hermanos y trabajen cada uno en su sitio, en la seguridad y en la libertad, por la reconstrucción y el progreso económico y social de su patria libre e independiente »⁴⁶; —lo mismo que Johnson, y contrariamente esta vez a Ho Chi-Minh, el papa cree que los bombardeos deben ser parados... cuando la otra parte dé pruebas de buena voluntad; —lo mismo que Johnson, el papa no dice ni una palabra sobre el FNL si no es para dedicarle, sin nombrarlo, el calificativo de « terrorista », como Johnson; —y, evidentemente, el papa lo mismo que Johnson, se lamenta de que sus iniciativas hayan terminado en el fracaso; —lo que, igual que a Johnson, no le impide seguir hablando de la paz y del fin, tan deseado, de la guerra sin sentirse obligado a condenar el empleo del napalm, de las bombas antipersonal, de la destrucción sistemática de ciudades, de torturas. De esto ni una palabra porque todo esto se reduce a propaganda comunista.

Con tal de que se obtenga una paz justa y honorable, con tal de que las actividades « confidenciales »⁴⁷ de la diplomacia vaticana no sean turbadas por declaraciones extremistas y demagógicas, el papa podrá silenciar todo esto, designarlo con circunloquios incomprensibles, proponer negociaciones irrealizables, falsificar la realidad de los hechos y a la vez, para cumplir su misión de Vicario del Príncipe de la Paz, podrá elevar su voz dolorida para que terminen los sufrimientos del atormentado pueblo vietnamita.

Personalmente, creo que estas reacciones vaticanas no se deben a ninguna supuesta mala voluntad. Sus causas no son de índole moral (entendiendo aquí por moral la bondad o la maldad personal) sino más bien estructural: hasta que la Iglesia no deje de ser una fuerza económica, social y política sus reacciones no pueden dejar de ser las mismas que las de quienes en cada momento histórico detentan la fuerza económica, social y política. Su más alto dirigente actual, al que yo creo sinceramente angustiado por hacer compatible esta situación con lo más profundo del mensaje evangélico, se encuentra encerrado en una contradicción sin salida. El resultado inevitable de esa contradicción es, en definitiva, el silencio, las medias palabras y la complicidad. Si más tarde la historia se lo reprocha⁴⁸ ya habrá algún medio de hacer decir entonces lo que hoy

no se dice. El recuerdo de Pío XII y de los crímenes nazis está todavía muy reciente.

París, febrero de 1968

NOTAS

1. **La Documentation Catholique**, 64 (1967) col. 980. Cf. el Mensaje de Navidad de 1966, **D.C.**, 64 (1967) 111, en que el restablecimiento de las relaciones entre el hombre y Dios es previo al restablecimiento de la paz entre los hombres.
2. Mensaje de Navidad de 1963. **D.C.**, 60 (1963), 103.
3. *Ibid.*
4. Primer mensaje de Pablo VI al mundo. **D.C.**, 60 (1963), 836.
5. *Ibid.* Alocución al Cuerpo diplomático, 8 de enero de 1966, **D.C.**, 63 (1966), 284, en la que Pablo VI se muestra dispuesto incluso a utilizar caminos fuera del protocolo normal « cada vez que Nos estimemos que la Iglesia puede aportar útilmente a los gobernantes el peso de su autoridad moral con vistas al mantenimiento y al progreso de una paz justa entre los hombres [...] Tarea temporal, sin duda, pero emprendida para un fin espiritual: la salvación de la sociedad ». Además de por el fin, la actividad política pontificia será también espiritual por los medios: « [...] Nuestra diplomacia —si se puede emplear este término— pone toda su confianza en la oración », decía en su alocución del 2 de enero de 1966, haciendo, sin duda una mala propaganda de su eficacia.
6. Al Colegio cardenalicio, 24 de junio de 1966. **D.C.**, 63 (1966), 1257.
7. Mensaje de Navidad de 1965. **D.C.**, 63 (1966) 156. Frases de ese tipo pueden leerse en todos los discursos sociopolíticos del papa.
8. Por ejemplo, en la Alocución a las Misiones extraordinarias que asisten al Concilio, **D.C.**, 63 (1966), 70-73, dice: « Si millones de católicos a través del mundo, adoptan en un momento dado, sobre tal o cual problema, una misma actitud: ¿quién podrá negar las repercusiones de este hecho sobre la sociedad? »
9. Cardenal Shehan, arzobispo de Baltimore. Carta pastoral sobre Vietnam, **D.C.**, 63 (1966), 1795-1800. Declaración del episcopado americano sobre la paz en Vietnam. 18 de noviembre de 1966. **D.C.** (1967), 41-44. Me he propuesto como límite de este trabajo no entrar en el estudio de los documentos episcopales. Pero, sin comentarios, júzguense estas frases: « es razonable pensar que nuestra presencia en Vietnam está justificada ». Más adelante, « nosotros podemos, ciertamente, sostener en conciencia las posiciones de nuestra nación en las circunstancias actuales ». Y, en fin: « Nosotros debemos protestar claramente cada vez que la escalada del conflicto corre el peligro de ir más allá de los límites moralmente aceptables ». Quiero recordar que esta declaración es más de un año y medio posterior al comienzo de los bombardeos sistemáticos contra la RDV.
10. Alocución a un grupo de peregrinos vietnamitas. 30 de agosto de 1967. **D.C.**, 64 (1967), 1647. « Una cuestión ya tan compleja ». Mensaje, 1 de enero de 1968, **D.C.**, 65 (1968), 99.
11. Respuesta de Ho Chi-Minh al papa. **D.C.**, 64 (1967), 400-401.
12. **D.C.**, 64 (1967), 112-113.
13. Alocución en la audiencia general del 20 de julio de 1966. **D.C.**, 63 (1966), 1363-1365. No he encontrado ninguna petición para que los prisioneros FNL o nordvietnamitas fueran tratados según esas mismas reglas.
14. Comunicado del episcopado vietnamita. 10 de junio de 1965. **D.C.**, 62 (1965), 1412-1414. Cf. las múltiples cartas pastorales de monseñor Nguyen Van Binh.
15. Discurso de San Antonio. **Le Monde**, 1-2 de octubre de 1967, p. 2.
16. Cardenal Spellman. Alocución a los soldados americanos en Vietnam. **Informations Catholiques Internationales**. 15 de enero de 1967, p. 8. Todo el « affaire » Spellman puede verse en **D.C.**, 64 (1967), 255-264. Ahí están recogidas las declaraciones de Spellman, una entrevista al cardenal Martin; declaraciones del cardenal Villot, de monseñor Veuillot; una carta abierta y una entrevista de monseñor Schmitt, obispo de Metz; un comunicado de monseñor Boillon, de Verdun y, en fin, otro comunicado de la Sección Francesa de « Pax Christi ».
17. *Loc. cit.*, col. 112.
18. **D.C.**, 63 (1966), 1633-1637.
19. Cardenal Cicognani: Carta pontificia a U Thant. **D.C.**, 64 (1967), 2019-2020.
20. *Loc. cit.*, 1648.
21. Mensaje de Resurrección de 1965. **D.C.**, 62 (1965), 872-874.
22. Alocución a las ACLI. 19 de marzo de 1965. **D.C.**, 62 (1965), 681. Un poco antes del texto citado (columna 680) felicita a los obreros cristianos que saben « inmunizarse contra la propaganda adversa, las intimidaciones [...] » Cf. Exhortación apostólica al

- episcopado latinoamericano, 24 de noviembre de 1965, recogida en el volumen de la BAC: « Concilio Vaticano II. Constituciones, Decretos, Declaraciones. En la p. 840, les llama « fuerzas activas peligrosas [...] nocivas ».
23. Encíclica *Ecclesiam Suam*. D.C., 61 (1964), 1088.
24. General Nguyen Van Thieu. Respuesta al papa. D.C., 63 (1966), 178.
25. D.C., 63 (1966), 155.
26. Encíclica *Mense Maio*. 1 de mayo de 1965. D.C., 62 (1965), 868.
27. Mensaje dirigido por Nguyen Van Thieu al papa con ocasión de la Navidad. D.C., 64 (1967), 281.
28. Alocución pronunciada en la misa del 8 de diciembre de 1966. D.C., 64 (1967), 5-6.
29. Alocución, ya citada, a las ACLI. La expresión de Pío XII puede verse en el Mensaje de Navidad de 1947. BAC. Documentos Políticos, p. 943. Los papas, ya desde la más tierna infancia del comunismo, no dejan de dedicarle frases llenas de afecto y que eran como una preparación del diálogo posterior. Así, por ejemplo: Pío IX en el *Syllabus*, nº IV: « esas pestilenciales doctrinas ». León XIII en *Diuturnum Illud*, nº 17: « peste vergonzosa y amenaza de muerte para la sociedad civil », o bien: « secta tan detestable » en *Quod Apostolici Muneris*, 11. Pío XI, más reciente, les llamará: « hijos de las tinieblas » por no decirles otra cosa. *Divini Redemptoris*, 39. En esa misma encíclica les caracteriza como « pernicioso enemigo ». Pío XII, más apocalíptico « tenebrosas fuerzas de la impiedad [...] que están al acecho ». No cabe duda que el diálogo ha servido, al menos, para designar con frases más educadas al adversario. Cuando del diálogo se pase al noviazgo y de éste al matrimonio ya habrá tiempo de dedicarse mutuamente encendidas frases de amor.
30. Mensaje del 8 de diciembre de 1967 para establecer el « Día de la Paz ». D.C., 65 (1968), 3.
31. Véase, en una elaboración muy reciente, el último mensaje de Navidad, D.C., 65 (1968), especialmente la columna 10.
32. Discurso en la ONU. D.C., 62 (1965), 1730-1738. Encíclica *Christi Matris*, loc. cit. Véase también la homilía pronunciada en el « Yankee Stadium »: debéis amar la paz, no para ocultar un miedo y un egoísmo que rehúsan el sacrificio [...] una paz fundada en principios morales y religiosos. D.C., 62 (1965), 1740-1743.
33. Véase, por ejemplo, el artículo de Claude Roy, « Defensa de los americanos », en *Le Nouvel Observateur* del 14 de febrero de 1968, p. 32-33.
34. Radiomensaje de Navidad de 1967. Loc. cit.
35. Encíclica *Mense Maio*. Loc. cit., columna 868.
36. Encíclica *Christi Matris*. 20 de septiembre de 1966. D.C., 63 (1966), 1635.
37. Alocución al Colegio cardenalicio. 24 de junio de 1966. D.C., 63 (1966), 1257. En general, para entender el papel que Pablo VI quiere desempeñar en la política, y al que ya hemos hecho referencia, pueden consultarse todas estas especies de « Discurso sobre el Estado de la Unión », que son sus respuestas al Colegio cardenalicio el día de su onomástica. En éste que citamos, el papa se ocupa nada menos que de: Vietnam, Birmania, India y Pakistán, República Dominicana, Haití, Chipre, Polonia, Yugoslavia, Gromyko (que le había visitado) y de la situación del continente africano. « En mis imperios nunca se pone el sol », frase famosa que aprendimos todos los niños españoles y que no puede dejar de venir a la memoria en ocasiones semejantes.
38. Toda esta correspondencia en D.C., 64 (1967), 397-402.
40. D.C., 64 (1967), 1065-1066. Todas estas condiciones son recordadas, una semana después de la última declaración del ministro de Asuntos Exteriores de la RDV, Nguyen Duy-Trinh, por la Conferencia episcopal de Vietnam en su comunicado del 5 de enero de 1968. D.C., 65 (1968), 269.
41. Loc. cit.
42. Alocución. 29 de noviembre de 1967. D.C., 64 (1967), 2113.
43. Alocución al Colegio cardenalicio, 22 de diciembre de 1967. D.C., 65 (1968), 21.
44. La *Documentation Catholique* no ha publicado aún (y ya han pasado dos meses) la intervención de Lercaro. El texto, que no conozco completo, está tomado de *Le Figaro*, 16 de febrero de 1968, p. 10.
45. Véase todo el oportunista razonamiento de monseñor Gouyon en D.C., 65 (1968), 269-270. A. Gouyon, que siguiendo un típico razonamiento francés (por ejemplo, Lebret y su escuela « Economie et Humanisme »), cree que los americanos más que « malos » son « torpes » se le podría preguntar: Señor Arzobispo, si los bombardeos no fueran un error ¿ seguirían siendo un pecado? Y si lo son, ¿ por qué haber esperado al informe McNamara para pedir su cese sin condiciones? Eso es lo que hace R. Kennedy porque quiere ser presidente. Pero eso ya no vale. Así no se juega.
46. Consistorio secreto del 26 de junio de 1967. D.C., 64 (1967), 1298-1299.
47. Carta a los obispos de Vietnam. 21 de febrero de 1965. D.C., 62 (1965), 403-404.
48. Pablo VI es sensible a este posible reproche histórico. Así, explicando las razones que le obligan a hablar continuamente de la paz, dice: « Nos lo hacemos, en fin, porque no queremos que Nos sea reprochado jamás por Dios y por la historia el habernos callado ante el peligro de una nueva conflagración entre los pueblos, que — como todo el mundo sabe — podría tomar formas imprevisibles de terror apocalíptico ». Mensaje para la celebración del « día de la paz ». D.C., 65 (1968), 5.

Julio E. Miranda

4 poemas^{*}

Florilegio vietnamita

desayuno

los Estados Unidos han negad
bardeo sistemático de la pob
se dispara a todo lo que se
mujeres, niños, animales, en
desesperado por aplastar la
pero el último golpe del vie
prueba la existencia de fuer
pese a la llamada « Operación
las declaraciones del presid
un balance optimista de la s
democracia saludable y el fu
contra las pretensiones de l
por apoderarse del pueblo vi
God we trust

villancico

un barquito para el Vietnam un barquito para el Vietnam un barquito
por Navidades para el Vietnam un barquito que hace agua para el Vietnam
con juguetes y comidita para el Vietnam un barquito para el Vietnam
lágrimas lágrimas toneladas de lágrimas para el Vietnam envueltas en
las amenas hojas de L'Humanité para el Vietnam un barquito rosado para
el Vietnam para los pequeñitos niños del Vietnam todo calafateado con

* Del libro inédito *No se hagan ilusiones.*

buenas intenciones para el Vietnam y cooperará el arzobispo para el Vietnam todos muy condolidos lejos de Vietnam mandando oracioncitas para el Vietnam que se guardarán en la capilla para el Vietnam del barquito de Waldeck Rochet para el Vietnam

(cántese con música de acordeón
o cualquier otro instrumento nostálgico)

pausa que refresca

EBA COCA COLA EL REFRES
EBA COCA COLA EL REFRES

ahora una gran botella del tamaño de su madre
si usted tiene complejo de Edipo
EBA COCA COLA EL REFRES

y botellas en forma de niños muertos
si usted cumple alguna misión en Vietnam
EBA COCA COLA EL REFRES

CO COCA COLA BEBA COCA CO
LA EL REFRES
CO

ahora con venenito fulminante
si usted quiere que se suicide un prisionero

BEBA ESTE DIVINO LICOR AMERICANO
mámelo de las tetas del águila imperial
las inmensas tetas que hacen sombra
beba a su sombra

COCL

EL

RE

BB

GLU

si corta usted plátanos en Guatemala
adquiera el coca-machete

o la beatle-cabeza con chorrito

SENORA : USTED !
PUEDE ! VIAJAR ! A ! LOURDES !
SIN ! SALIR ! DE ! SU ! CASA !

COCA COLA BENDITA POR EL PAPA
EN SU NUEVA BOTELLA MARIANA
(300 días de indulgencia
PLENARIA AL MES DE BEBER COCA COLA)

y no olvidemos al poeta
porque ESTE LIBRO
LO PATROCINA...

(Sí, lo adivinan ¿ verdad ?

COGLUCAGLUCOLG

l
u
g
u
g
l
u

oración

COCACOLICOS DEL MUNDO
UNIOS ALREDEDOR DE LA GRAN BOTELLA
OH MADRE SANTA
QUE NUNCA HAS DESAMPARADO A QUIENES TE INVOCAN
ECHANDO EN LA RANURA LOS DIEZ CENTAVOS
TU ESPUMA TU ESPUMA TU ESPUMA RA RA RA

(himno,
se repite)

MADRE EN TI EXISTIMOS NOS MOVEMOS Y SOMOS
NUESTRO GEMIDO SUBE PEGADITO AL CRISTAL ALGO VERDOSO
LLEGA A TU CIELO Y TE DESCORCHA

POP PSHHHH BLUC BLUC BLUC BLUC BLUC
AAAHHHH
GRACIAS
GRACIAS MADRE ADORADA
THANKS UNCLE SAM

EIMEN

Todos : EIMEN

Algunos libros distribuidos por Editions Ruedo ibérico

Vietnam

Wilfred G. Burchett	La guerra de Vietnam	(Era)	18,— F
Wilfred G. Burchett	Habla Vietnam del Norte	(Era)	18,— F
Bernard Fall y Marcus G. Raskin	Para el expediente de la tercera guerra mundial: testimonios sobre el caso Vietnam	(Siglo XXI)	24,— F
Hoang Van Chi	Vietnam Norte	(Sur)	15,— F
Lê Châu	Del feudalismo al socialismo: la economía de Vietnam del Norte	(Siglo XXI)	27,— F
W. J. Pomeroy	Guerrillas y contraguerrillas	(Grijalbo)	7,50 F
Madeleine Riffaud	Con las guerrillas del Vietnam	(Grijalbo)	18,— F
John L. Swomley	El poder militar en los Estados Unidos	(Era)	21,— F
Robert Taber	La guerra de la pulga. Guerrilla y contraguerrilla	(Era)	18,— F

Homenaje a Robert Louis Stevenson

Vieja casaca azul de botones dorados
Con un ojo de vidrio me miraba el corsario
Los fuegos de san Telmo en la noche polar
Pon pancartas azules ISLA TORTUGA EN VENTA
No llegarán más naves a Puerto Providencia
Me falla el corazón y no puedo soñar

Arriad las banderolas del buque desguazado
A la pantera herida matalda a culatazos
Se desmaya en mis ojos un lento bergantín
Luz distantes bahías enterrados tesoros
mi destino en las olas mi sangre en los escollos
Qué batallas campales No no quiero morir

El cuadrante solar divide el planisferio
El mediodía azul puntúa el firmamento
Todo esto no sirve más que para llorar
Los escualos de nieve en su imperial silencio
han llegado a las puertas tenebrosas del reino
y el chambelán mayor les ha abierto el portal

La sangre los reclama oh verdugos sonámbulos
Bajo gasas azules en luz encapuchados
Si la muñeca llora clavadle un alfiler
Aquí está el corazón lo he marcado en el mapa
Os doy mi vida a cambio de un pendiente de plata
Es hermosa la isla cuando va a atardecer

Leopoldo María Panero

Canto a los anarquistas caídos sobre la primavera de 1939

No sentiste crisálida aun el peso del aire
en tu cuerpo aun sin límites no hubo deseos alas
en tu cuerpo aun sin límites ciega luz no sentiste
oh diamante aun intacto el peso del aire.

A lo lejos azules las montañas qué esperan
Por dónde van las águilas Cruzan sombras la nieve
Canta el viento en los álamos los arroyos susurran
Las luciérnagas brillan en las noches serenas
Olor denso a resina crepitan las hogueras
Con antorchas acosan y dan muerte a los lobos
En combate de luces derrotada la nieve
Nada turba al jazmín al aire florecido

Y sus rubias cabezas sobre la hierba húmeda

Son sus ojos azules un volcán apagado
En el viento naufragan sus cabellos de oro
De sus muslos inmóviles tanta luz que deserta

Cómo duele en la sombra desear cuerpos muertos.

La mies amarillea caen a tierra los frutos
Ellos vuelven cansados y no hay luz en sus ojos
Pero los huesos brillan y dividen la noche
Hueste antigua que danza alrededor del fuego
La hora es del regreso y no hay luz en sus ojos
Salpicaduras al borde del camino cabellos aplastados
La hora es del regreso tened cuidado aguardan

Las luciérnagas brillan en las noches serenas

Canta el viento en los huesos como en álamos secos
entra en el pecho silba y ríe en las mandíbulas
entre las ramas flota de un ruiseñor el canto
y como un río el viento acaricia sus cuencas

A lo lejos azules las montañas qué esperan
Una antorcha en la mano de mármol una llama de gas bajo el arco vacila
Y sus nombres apenas quiebran la luz el aire

Sepulturá la tierra tan débiles cenizas
volarán sobre ellas golondrinas y cuervos
sobre ellas rebaños pasarán hacia el Sur
se alzará sobre ellas el sueño de pastores
y desnuda la tierra morirá con la nieve
La hora es del regreso en sus labios asoman
olvidadas canciones rostros contra el poniente

Qué voló de sus labios al cielo y sus ojos azules
qué lava derramaron en qué ocultas laderas
En sus ojos azules se posaba la escarcha
antaño fue el deseo siempre arrancada venda
oh qué fuego voló de sus labios al cielo
aquellos labios rojos que otros nunca olvidaron.

Pero el viento deshace las últimas nieblas
Otros creen que es el frío en las manos caídas
Olvidan que la llama tan sólo se apaga en sus ojos
que después no es el frío, es aun menos que el frío.

César López

Felicitaciones

Un día cualquiera. Un policía dejó, sobre el parabrisa de un automóvil mal parqueado, un papelito blanco. Era el volante correspondiente a la infracción cometida por el dueño del vehículo. La nota tenía alguna que otra falta de ortografía.

La cosa no hubiera tenido importancia a no ser por un pequeño detalle: El dueño del auto y el jefe de la policía de la ciudad eran la misma persona. Con esto, el policía, después de descubierta la acción, quedaba a merced de los exaltados ánimos que suelen tener esta clase de jefes.

Enterado éste, hizo comparecer al vigilante y delante de todos sus compañeros, con el gesto grave y la cara de circunstancias, lo felicitó muy calurosamente por su cívico comportamiento que lo hacía digno del mayor respeto, lo convertía en ejemplo de lo que debía ser un celoso cuidador del orden, basta ya de prebendas, hay que limpiar la ciudad de los vividores, abajo los botelleros, erradicación definitiva de la coba, aquí aprovechó la oportunidad para citar aquello de los no fueros y los no privilegios que dice la ley y brindar por la constitución, que ahora sí, en los momentos de recuperación integral que vive la patria, que es ara y no pedestal, es necesario contar con hombres como él., etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc., etc.

La actitud del jefe local de Policía fue muy celebrada por todos los que presenciaron la escena, y como siempre ocurre en estos casos los rumores llegaron a un lado y otro. Uno de estos lados era, naturalmente, el ocupado por el Señor Alcalde, quien acto seguido envió una carta de felicitación al jefe de la policía escrita en los más encomiables términos.

Luego de haber sido despachada esta carta, con el tiempo necesario para la maniobra, se recibió en la alcaldía otra, que provenía del gobernador de la provincia, el cual felicitaba al alcalde por haber felicitado al jefe de la policía local por haber felicitado al vigilante que había cumplido con su deber.

Como esta manera de proceder honraba al cuerpo de Policía de la Nación, el Jefe Nacional de la misma, una vez enterado, decidió felicitar al jefe local por haber felicitado al vigilante que había cumplido con su deber y además agregaba una felicitación extra por haber sido felicitado por el gobernador y el alcalde.

La prensa, siempre alerta, ya comentaba el asunto cuando se recibió en el despacho del señor gobernador una felicitación enviada por el señor Jefe

de la Policía Nacional a causa de la felicitación que éste había hecho al señor Alcalde por haber felicitado al jefe local de la policía que había felicitado al vigilante por haber cumplido con su deber.

El señor Alcalde decidió enviarla al jefe local quien la pasó inmediatamente al vigilante.

La ciudad se halla conmovida / el honor se pasea glorioso entre sus heroicas calles / un pundonoroso militar rompiendo con la tradición anterior de prebendas y ultrajamientos al deber cumplido / puso una multa al jefe de la policía / el jefe de la policía de acuerdo con la nueva conciencia nacional aceptó la multa / no sólo aceptó la multa sino que felicitó al honrado vigilante y por esa acción tan bella / ha sido felicitado por la mayoría de sus superiores.

Enterado por la prensa radial e impresa el señor Ministro de Defensa felicitó al Jefe Nacional de la policía, acto lógico que salvaguardaba la organización jerárquica de su ministerio, por haber felicitado al gobernador de la provincia por haber felicitado al alcalde por haber felicitado al jefe local de la policía por haber felicitado al vigilante que había cumplido con su deber.

Celoso del cumplimiento de sus obligaciones y valorando la importancia y trascendencia de los acontecimientos, el Primer Ministro felicitó al Ministro de Defensa por su felicitación al Jefe Nacional de Policía ; y esta felicitación siguió el mismo curso que las anteriores hasta llegar al vigilante, con la diferencia de que por ser el Primer Ministro amigo íntimo del Ministro de Defensa la felicitación fue hecha por teléfono, obligando así a los restantes felicitados y felicitantes a seguir el mismo medio de comunicación, lo cual dio tiempo suficiente para los rápidos preparativos de la gran felicitación pública que hizo el Presidente al Primer Ministro por haber felicitado al Ministro de Defensa por haber felicitado al Jefe Nacional de Policía por haber felicitado al gobernador de la provincia por haber felicitado al alcalde por haber felicitado al jefe local de policía por haber felicitado al vigilante que había cumplido con su deber.

Como por otra parte la prensa diaria publicaba abundante información sobre el asunto, y por otra, la felicitación pública del Presidente al Primer Ministro obligó, para seguir la regla ya tácitamente establecida de utilizar la misma vía señalada por el primero de cada ciclo, a otra felicitación pública del Primer Ministro al Ministro de Defensa y ésta a otra del Ministro de Defensa al Jefe Nacional y luego a todas las felicitaciones públicas necesarias hasta llegar al vigilante, que había cumplido con su deber ; el pueblo se sintió responsable y a la vez orgulloso de estas cosas, y decidió, en un grande, enorme, masivo y tumultuoso homenaje nacional, felicitar a su Presidente por la felicitación pública que había hecho al Primer Ministro que había felicitado al Ministro de Defensa, felicitación que se hacía extensiva al propio Primer Ministro y a todos sus subalternos en orden de categoría felicitaria.

A este homenaje contestó el Presidente con gran sencillez, repitiendo su felicitación al Primer Ministro, que estaba a su izquierda, GRANDES APLAUSOS DE LA INMENSA MULTITUD ALLI CONGREGADA ; el señor Primer Ministro inmediatamente pasó la felicitación al Ministro de Defensa,

que estaba a su izquierda, MAS GRANDES APLAUSOS DE LA INMENSA MULTITUD ALLI CONGREGADA, el Ministro de Defensa ofreció su felicitación al Jefe Nacional de la Policía, que estaba a su izquierda, GRANDISIMOS APLAUSOS DE LA INMENSA MULTITUD ALLI CONGREGADA, LA MUCHEDUMBRE ESTABA FRENÉTICA, el Jefe Nacional de la Policía hizo un gesto marcial hacia la izquierda, que estaba a su izquierda, TERRIBLE SILENCIO DE LA INMENSA MULTITUD ALLI CONGREGADA, sólo comparable al desconcierto del Jefe Nacional de la Policía al no encontrar a nadie a su izquierda a quien pasarle la felicitación recibida, ya que como el acto se celebraba en la capital de la república no habían podido asistir los otros felicitados-felicitantes residentes en provincia. Viendo esto, y con su gallardía e inteligencia habituales, el presidente, en una oportuna intervención, se dirigió al pueblo felicitándolo por haberse reunido para felicitarlo a él, que sólo había cumplido con su deber al felicitar a sus competentes colaboradores.

Después de estas palabras la confusión creció al máximo. DELIRIO. Todos deliraban sin saber qué hacer. DELIRIO MAYOR Y PAROXISTICO. Hasta que, nadie sabe a quien se le ocurrió, comenzaron a felicitarse los unos a los otros en una baraúnda formidable.

La nación entera hervía en la problemática de los hechos y sus felicitaciones cuando un ministro de Dios en su programa radial, por otra parte uno de los más escuchados del país, que se disponía a predicar su sermón, metódicamente preparado sobre el versículo bíblico « *No para ser servido, sino para servir* », trastocó la frase según el tema de la actualidad y dijo « *No para ser felicitado, sino para felicitar* ». No le faltó más al pueblo que encontró en esta divina inspiración la solución a toda duda problemática... y a felicitar se ha dicho.

VERDADEROS DESBORDAMIENTOS DE FELICITACIONES

« Yo te felicito, tú lo felicitas, él lo felicita, nosotros lo felicitamos, vosotros lo felicitáis, ellos lo felicitan.

Yo te felicité, tú lo felicitaste, él lo felicitó, nosotros lo felicitamos, vosotros lo felicitasteis, ellos lo felicitaron.

Yo te felicitaré, tú lo felicitarás, él lo felicitará, nosotros lo felicitaremos, vosotros lo felicitaréis, ellos lo felicitarán... »

El vigilante sobre quien recaían todas las felicitaciones decidió, cumpliendo el bíblico precepto adoptado de una forma civil y ya desprovista de todo sentido inicialmente teológico, devolverlas a sus felicitadores, pero no en serie, sino una por una. Estos hicieron lo mismo, por lo cual la cadena se hacía complicadísima e interminable, teniendo en cuenta que todos los habitantes del país se sentían obligados a felicitar a los autores del movimiento y que todos los que recibían felicitaciones respondían con creces a las recibidas.

El ambiente era superfelicitatorio y las felicitaciones al aumentar en semejante forma perdieron sus primitivas causas. Lo que al principio tenía una razón de ser —la actitud honrada y digna de un funcionario— se había convertido en una orgía confusa e ininteligible.

Consecuentemente las guías telefónicas se convirtieron en los libros más solicitados, pues por su enorme número de nombres con sus respectivas

direcciones saciaban el ansia de los más fieros felicitadores. Así las nuevas ediciones corregidas y aumentadas se sucedían vertiginosamente. *Una señora tan entusiasmada con el asunto se atrevió a felicitar a una amiga al enterarse de que sus tres hijos habían muerto quemados en un accidente y ésta tan sorprendida quedó que sólo pudo devolverle la felicitación en la forma acostumbrada por haberla felicitado felicitación que naturalmente se fue extendiendo al forense al médico de guardia a la enfermera al funerario al sepulturero al responsable del accidente que iba a ser condenado por negligencia etc hasta perderse y confundirse con otras corrientes y líneas felicitativas de manera que resultaba imposible seguirle la pista.*

Se buscaban pues, los motivos más extraños e inusuales para las felicitaciones. Lo principal era felicitar y lo demás no importaba.

Se felicitaba en todas las esferas sociales, políticas, culturales y económicas... y qué decir esferas, si en realidad sólo existía un mundo: EL MUNDO DE LAS FELICITACIONES.

De las consecuencias prácticas que trajo dicha manía al país no podemos ocuparnos aquí, MERA CRONICA, sólo señalar que por ese motivo un grupo de ciudadanos que se encontraban en el extranjero, EXILIO CONTINUO Y CONTINUADO, espantados ante el curso de los acontecimientos decidieron estudiar cabalmente el asunto.

Luego de largas, múltiples, sesudas investigaciones, se dieron cuenta de que la cosa felicitativa constituía un grave peligro. Grave en tanto se olvidaba del ser. SIN DETENERSE A PENSAR A QUE SER SE ESTABAN REFIRIENDO LA IDEA FUE ACOGIDA CON GRAN ALBOROZO.

La colonia era numerosa, pero esta labor fue realizada por los más selectos y escogidos. CONDENARON LOS HECHOS FELICITATORIOS.

« Este ser, ser personal e individual no tenía nada que ver con el SER, ni con el ser de este ser, era simplemente el ser que puesto en movimiento constituía su hacer independiente de la trascendencia que pudiese abarcar el hacer; tenía generalmente, antes de la terrible plaga, consecuencias más o menos prácticas, es decir que el hacer estaba encaminado a algo, constituía un verdadero hecho que a la vez llevaba a la obtención de un producto.

Este era el planteamiento. Luego de dividido el esquema se podían ver los siguientes pasos:

El ser en movimiento constituye su hacer y este hacer tiene a su vez distintas etapas: a) lo hecho; b) la manera de hacerlo; c) la consecuencia de lo hecho. Exemplo gratia:

Matar a X de un tiro para salvar el país.

Donde *matar a X* es lo hecho, *de un tiro* la manera de hacerlo y *para salvar el país* es el producto o consecuencia, en este caso la motivación-consecuencia.

Si aplicamos este sistema al problema de las felicitaciones, vemos que éstas constituyen algo fuera del ciclo en cuestión ya que no modifican ni el ser ni el hacer, aunque en cuanto al hacer se podría considerar en qué momento se felicita; usando el mismo ejemplo anterior se podría

felicitar por matar a X, o por haberlo hecho de un tiro por la salvación del país.

Todo lo cual entraña el peligro de una nueva Etica diferente y equívoca. INACEPTABLE.

Como los ciudadanos se han olvidado de toda regla caben las felicitaciones por cualquiera de los aspectos citados y lo que es peor, se había llegado a la última etapa, que podríamos llamar de la felicitación gratuita: se felicitaba.

Si se invocase una aparentemente motivación-consecuencia bastaría una ligerísima investigación para ver que ella estaría ligada a otra posible y esta a otra y así sucesivamente hasta perderse en un laberinto sin salida racional.

Por lo que, según estos leales investigadores, el ciclo SER-HACER-CONSECUENCIA había sido abandonado, sustituido por el CICLO FELICITATIVO. Después de pasar todas estas conclusiones a un lenguaje más claro y sencillo lo enviaron al país, no sólo a los gobernantes, sino también a todos los grupos de ciudadanos, aún a aquellos que vivían en los más apartados rincones de la patria.

El resultado fue un interés inusitado por parte de la ciudadanía en general, decidiéndose al estudio de tan interesantes asuntos. Seminarios, círculos, debates, conferencias y todo tipo de actividad intelectual fue dedicada a solucionar el problema felicitativo.

Entendida dicha realidad y como ejemplo de la cabal comprensión de la misma, el pueblo, conjuntamente con todos los gobernantes, reunidos EN EL MAS FABULOSO Y TOTAL ACTO DE MASAS QUE SE PUDIERA IMAGINAR, acordó por unanimidad felicitar a los ilustres ciudadanos con que contaba la patria en el extranjero.

Terminada la proclamación, volvieron a sus actividades habituales. Los ilustres ciudadanos en el exilio al recibir la noticia felicitatoria y casi a punto de estallar de la alegría felicitaron al pueblo y a sus gobernantes por haber sido tan bien comprendidos. Luego, quedaron todos, tanto dentro del país como afuera, sumergidos en las más perpetuas, desafortunadas y crecientes felicitaciones recíprocas.

SE FELICITABA.

Tribuna libre **Invitación a reemprender o reanudar el trabajo político organizado**

Grupo 450

Desde hace unos cinco años, muchos, por no decir la totalidad, de los militantes revolucionarios de España atraviesan una crisis que afecta a su condición misma de militante o a su talante revolucionario y que repercute incluso en su mundo privado.

La generalización de este fenómeno hace que no quepa explicarlo según criterios normales tales como el aburguesamiento por envejecimiento, por ejemplo. La crisis se ha debido al cambio radical de la situación y de las perspectivas españolas. Y éste a su vez no es sino el reflejo de lo que ha ocurrido a escala mundial.

No cabe engañarse a este respecto. Todos hemos padecido y padecemos esta transformación tajante de nuestras esperanzas de hace cinco o más años. El modo de reaccionar ante ella ha sido sin embargo diverso. Los hay que se han retirado a su tienda como Aquiles y otros han seguido militando. En la inmensa mayoría de los casos, estos últimos han cambiado de partido. El repertorio de los trasvases entre las distintas organizaciones políticas ha sido tan numeroso como el número de combinaciones posibles. Este fenómeno, que referido al sector no obrero es general, puede aplicarse también a los militantes obreros si bien en menor proporción.

Si el criterio es —y no puede por menos de serlo en muy importante medida— el hecho de militar, éstos son dignos de encomio y aquéllos muy censurables. Pero si aplicamos la piedra de toque de la continuidad revolucionaria el juicio cambia. Si muchos se han privatizado —como

ahora se dice— definitivamente, otros, que ya no participan de un modo activo en la vida política, mantienen en cambio un compás de espera.

La línea divisoria no pasa, pues, entre « privatizados » y militantes sino entre los que siguen siendo revolucionarios y los que ya no lo son objetivamente.

Se imponen varias conclusiones. La primera: por lo que al sector no obrero (universitarios, intelectuales, profesionales liberales) se refiere, más del noventa por ciento de los que militaban en 1962, por ejemplo, « se están en su casa ». Una abrumadora proporción de los mismos ha optado por esa solución precisamente porque, con razón o sin ella, estimaban que no podían seguir siendo fieles a sus principios revolucionarios si persistían en las organizaciones a las que pertenecieron hasta entonces. (Tal es —dicho sea de paso— la enormidad de la situación española y aún mundial.)

De los que siguen militando, la inmensa mayoría ha dejado de ser **objetivamente** revolucionaria (lo cual no es sino el corolario de la anterior afirmación). Dicho de otro modo, el cambio de partido ha sido la expresión, consciente o inconsciente, de su conversión a posiciones e inclinaciones reformistas. (Es absolutamente irrelevante a este respecto que el paso haya ido en el sentido de partido tradicionalmente más radical a partido menos radical o viceversa: en el primer caso, siempre se puede recurrir a la acusación de « maximalismo » recién descubierto para justificar con « coherencia

revolucionaria » la deserción ; en el segundo, el mayor radicalismo del partido al que se pasa no es ya, por desgracia, sino eso : una tradición relegada, ... pero sirve de salvoconducto al neomilitante en su vida social.

La finalidad del presente escrito es invitar a la acción a aquellos que, cansados o desencantados, se han retirado de ella y consideran el horizonte cerrado para la revolución y no ven ningún cauce en el que poder actuar. La tesis que propugnamos es : el horizonte está abierto, hay cauce e incluso cauces.

Al mismo tiempo, nos dirigimos a los que nunca han militado, a los que esperan fuera o, recelosos de la política, vierten su energía en empresas generosas pero aberrantes : a los más jóvenes, en definitiva.

Al proponer nuestra línea no pretendemos ningún monopolio y respetamos la posibilidad de otras alternativas.

Agradecemos a **Cuadernos de Ruedo ibérico** la oportunidad de difundir, en Tribuna libre y para sus lectores españoles, este primer resumen de nuestro planteamiento.

Siete principios

1. No hay tal singularidad española.

La esperanza sobre las posibilidades revolucionarias **instantáneas** en España, como país europeo singular, resultó falsa. Hay una uniformidad regional. El Grupo sólo se concibe a esta escala, y no como una empresa estrictamente para España.

2. Una revolución termina su carrera...

Es preciso aceptar este salto como única explicación total de la nueva realidad. Vivimos las postrimerías de una era. Se ha roto la continuidad (aunque la revolución del siglo XX siga siendo eficaz y la más vigente para amplias zonas del mundo [y la del siglo XIX constituya un progreso para algunas de ellas y durante ciertos plazos]). Históricamente, la humanidad está viviendo una vez más una época de transición, está viviendo **entre** dos revoluciones...

3. ... ¡ Viva la revolución !

... porque la revolución **no** « ha dejado de ser posible », como pretenden algunos, que es tan disparatado como afirmar, por ejemplo, que « se ha acabado la era de los descubrimientos en física o en biología ». Se trata de apercibirse al nuevo avatar, en vez de arrastrar una ilusión enervante sobre la supervivencia del anterior.

4. El lenguaje no es un monumento histórico.

A él, primero de todo, hay que llevar la nueva adecuación. Procede adaptar el instrumento lingüístico de los hechos, y no sojuzgar éstos al antiguo vocabulario deformado.

5. No hay por qué revisar el marxismo.

También el revisionismo es un rehusarse a advertir la realidad distinta, un encerrarse en el mismo armazón mental. No hay nada que revisar o « superar ». Todo sigue, en efecto, vigente. Pero, de ser una explicación omnicompreensiva, ha pasado a recubrir una sola franja o capa —por muy central o profunda que sea— de la totalidad.

6. Los partidos han cumplido una gran función histórica.

La deuda contraída con ellos por la humanidad toda es ingente. Pero hoy, aparte de su eficiencia sindical —que constituye, por cierto, un caso de competencia abusiva— su restante incidencia en la realidad es aproximadamente la misma que la de un cenáculo de intelectuales inquietos.

7. El protagonista de la lucha no puede ser único ni concebirse perfecto.

El protagonista de la lucha no es un mesías, sino todo aquel al que privan de lo que es suyo, al que no permiten participar, al que no dejan ser precisamente protagonista total y de pleno derecho en la sociedad, **mientras y con tal de que**, por supuesto, se encuentre en tal situación de objeto y de no asimilado por la estructura de privación.

¿Qué propone el Grupo?

A los que están de acuerdo con esta primera presentación, forzosamente esquemática, les invitamos a constituirse en

grupos para llevar a cabo un trabajo teórico y una actuación política y para crear y mantener una solidaridad mutua como tales grupos y como miembros de los mismos.

Esta vida de grupo no excluye el deber de intervenir decididamente en los planos subordinados. Antes por el contrario, incita a tener una actividad personal al nivel sindical y parapolítico. El miembro del Grupo debe estar sindicado y pertenecer a un partido*.

El Grupo no nace para rivalizar sino para completar.

GRUPO 450

* Así pues, el Grupo no condena la pertenencia de sus miembros a las organizaciones sino que la fomenta (del mismo modo que los partidos estimulan a sus militantes a ingresar en un sindicato y que la participación en empresas culturales o cooperativas no se opone a la lealtad sindical).

Partidos y sindicatos no tienen por qué recelar de aquellos de sus miembros que lo sean a la vez del Grupo, porque éste les da una razón más para ser fieles y activos militantes en unos y otros.

España contemporánea

HUGH THOMAS

La guerra civil española

Nueva edición corregida y aumentada

800 páginas 30 mapas 48 F

GERALD BRENAN

El laberinto español.

Antecedentes políticos y sociales de la guerra civil

330 páginas 9 mapas en colores 24 F

MIJAIL KOLTSOV

Diario de la guerra de España

500 páginas 141 documentos fotográficos 33 F

STANLEY G. PAYNE

Falange. Historia del fascismo español

276 páginas 24 F

IGNACIO FERNANDEZ DE CASTRO

De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo

412 páginas 36 F

JUAN MARTINEZ ALIER

La estabilidad del latifundismo

440 páginas 7 mapas 17 documentos fotográficos 42 F

STANLEY G. PAYNE

Los militares y la política en la España moderna

498 páginas 39 F

DANIEL ARTIGUES

El Opus Dei. 1

184 páginas 21 F

ROBERT G. COLODNY

El asedio de Madrid

en prensa

5 rue Aubriot Paris 4

CUADERNOS AMERICANOS

Ofrecemos las siguientes obras

Dólares

Hispanoamérica en lucha por su independencia por varios autores	2,—
Trayectoria ideológica de la revolución mexicana por Jesús Silva Herzog	1,20
La reforma agraria en México por Emilio Romero Espinosa	1,20
El drama de la América latina. El caso de México por Fernando Carmona	2,50
Guatemala, prólogo y epílogo de una revolución por Fedro Guillén	0,80
El panamericanismo. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson por Alonso Aguilar Monteverde	1,—
Historia de la expropiación de la empresas petroleras por Jesús Silva Herzog	1,50

A los precios anteriores se agregará el coste del porte postal

Representantes exclusivos en Europa

Editions Ruedo ibérico

5, rue Aubriot, Paris 4

En el sumario de este fascículo :

Juan Carlos Curutchet : Luis Martín Santos, el fundador. 2. Vietnam ● Estados Unidos de América ● Pablo VI : José Angel Valente : Las legiones romanas ● Juan Tomás de Salas : Vietnam : ¿ paz como sea o guerra para imponer la paz? II. Análisis de clase de la crisis en la economía norteamericana en 1966 y 1967 ● Chandler Thompson : La «subcultura» norteamericana ● Santos Juliá Díaz : Pablo VI y la guerra del Vietnam ● Julio E. Miranda : Florilegio vietnamita ●●●● César López : Felicitaciones ●● Pedro Gimferrer : Homenaje a Robert Louis Stevenson ● Leopoldo María Panero : Canto a los anarquistas caídos sobre la primavera de 1936 ●●● Tribuna libre : Grupo 450 : Invitación a emprender el trabajo político organizado ●●● Dibujos de Umberto Peña.

En los próximos números :

**Quaderni Rossi : La revolución cultural socialista en China
Lucio Magri : Hacia un nuevo realismo
Julio Cerón : Política y neocapitalismo
Juan Naranco : Los aumentos de salarios y la crisis de la pequeña propiedad
Gerardo Núñez : España : también colonia de los trusts europeos
Raniero Panzieri : Lucha obrera en el desarrollo capitalista
Ramón Bulnes : Comisiones obreras : los problemas de fondo
Andrés Vidal : Peligros y posibilidades de las Comisiones
Miguel Parra : Sindicato y política de rentas
Sergio León : Los últimos traidores
Jean Becarud : La acción política de Gil Robles (1931-1936)
Clara Barrondo, José Campillo, Francisco Ramón Carmona, Ignacio Fernández de Castro e Iñigo : La emigración y Europa**

Prix : 7 F

BDIC



cuadernos de

ruedo ibérico

19

junio
julio
1968



8. P. 5439



c u a d e r n o s d e

Revista bimestral

Redactores-Jefe

RAMON BULNES
JOSE MARTINEZ
JORGE SEMPRUN

ruedo ibérico

Directeur Gérant de la publication :
FRANÇOIS MASPERO

© Editions Ruedo ibérico

Tous droits de reproduction et de traduction
réservés pour tous pays.

Administration, diffusion et ventes :

5, rue Aubriot, Paris 4.
C. C. P. Paris 16.586-34

Imprimé par A. Cary. Colombes (Hauts-de-Seine)

número

19

Junio-julio 1968

sumario



Lucio Magri : Hacia un nuevo realismo	3
Problemas actuales del análisis leninista del Estado burgués y de su derrocamiento	5
La democracia socialista y la extinción del Estado	20
Quaderni rossi : La revolución cultural socialista en China	37
Fines y criterio de esta carta	37
Riesgos de degeneración capitalista en un país socialista	38
Los aspectos nuevos de la « revolución cultural socialista »	44
Importancia de la revolución cultural para el movimiento obrero de occidente	56
Julio Cerón : Política y neocapitalismo	61
Neocapitalismo...	61
... y política	66
Leon Trotski : 1789-1848-1905. Revolución y proletariado	71
Luis Maristany : 6 poemas	79
Florentino Martino : En torno al estilo de Juan García Bacca	95
M.P.E. : La democratización de la enseñanza en España	97
Ramón Serra : Política económica y el problema de la vivienda en España	107
Dibujos de Julio H. Zapata	



Los libros
Anónimo
F.M.
Ramón Abov
Luis Seoane

Condiciones de suscripción en la página 106

Con este número –el 19– empieza nuestra cuarta serie anual. El número 20/21] doble este]: España, comisiones obreras, economía, se halla en este momento prácticamente terminado. Pero la crisis financiera que atraviesa nuestra revista sigue sin haber encontrado solución. Nuestro llamamiento solicitando ayuda obtuvo respuestas muy alentadoras. En los números 15, 17 y 19 hemos publicado los resultados. Pero han sido insuficientes. Cuadernos de Ruedo ibérico es la única revista española de formación política, de abierta oposición, independiente de grupos y partidos políticos. Sólo el esfuerzo de muchos puede vencer los obstáculos que se oponen a tal empresa. Si no obtenemos una base más amplia de suscriptores, si no recibimos más ayuda, los días –los números– de Cuadernos de Ruedo ibérico están ya contados. No podremos prolongar su publicación más allá del fascículo 20/21, cuya aparición es inmediata. Lector amigo : si consideras que Cuadernos de Ruedo ibérico deben seguir siendo publicados, ayúdanos en la medida de tus posibilidades.

Ayuda recibida (tercera lista)

Número	Francos	Donante
46	100	José Maria Castellet
54	150	Anónimo
100	50	F.M.
114	185	Ramón Aboy
144	490	Luis Seoane

Lucio Magri

Hacia un nuevo realismo*

Encuentro completamente justificada la interpretación que ha dado en su intervención Lucio Colletti: el tema fundamental de **El Estado y la revolución**, la causa de su elevación ideal y su originalidad teórica, es la crítica radical del Estado burgués, la afirmación de que el proletariado debe destruir dicha máquina estatal, sustituyéndola por una forma de poder cualitativamente distinto, un « Estado que inmediatamente empieza a extinguirse ». Me parece que hoy, esta obra de Lenin es la más actual y la peor comprendida: encontramos en ella toda la riqueza de la inspiración revolucionaria de Marx, el punto de vista más eficaz para hacer una crítica radical de la sociedad presente, pero también es la obra de la que más se separan actualmente el horizonte teórico y la praxis política del movimiento obrero. ¿ Pero vamos a limitarnos a reconocer y denunciar el divorcio entre los principios y la realidad? ¿ Es que —peor aún— sólo vamos a ver en ello el producto equivoco y una desviación? Creo que no es esto lo que la situación exige.

La raíz histórica y objetiva de este divorcio está clara para todo el mundo. La teoría marxista del Estado burgués y su desaparición, estaba íntimamente ligada a la hipótesis de que la revolución tendría lugar allí donde el desarrollo de la sociedad capitalista determinara las condiciones de su propia crisis y, al mismo tiempo, la promesa de su superación orgánica. En el verano de 1917, cuando Lenin escribió **El Estado y la revolución**, podía repetir inmutable aquella teoría porque la hipótesis seguía en pie: la revolución rusa se limitaría a abrir paso a la revolución occidental, y sólo de este modo el socialismo encontraría las bases necesarias a su desarrollo lineal e ininterrumpido. Pero el hecho de que la historia tomara, sólo unos meses más tarde, otro camino, que la revolución prendiera en un país atrasado y pasara después por un largo periodo de aislamiento, cambió profundamente los datos del problema.

¿ Qué instituciones exigiría, por ejemplo, la transición al socialismo en un país atrasado y aislado? ¿ Cómo impedir que la escasez de bienes, la dureza de la acumulación primitiva, la debilidad de la vanguardia obrera, e incluso la acentuada « violencia », la centralización necesaria del poder, condujeran al despotismo, al burocratismo, a la formación de nuevas capas dirigentes privilegiadas? ¿ Cómo interpretar la nueva forma que adoptaban los poderes burgueses: el fascismo por un lado y el neocapitalismo

* Este ensayo ha sido publicado en italiano en **Problemi del Socialismo**, nº 22, septiembre de 1967.

por otro? Lenin fue el primero que tuvo conciencia de la complejidad de esta problemática y de su gran importancia objetiva.

Ya antes de escribir **El Estado y la revolución**, en el **¿Qué hacer?**, Lenin elaboró, rompiendo con la teoría menchevique de la espontaneidad, una teoría del partido que respondía a las condiciones nuevas que planteaba el desarrollo del capitalismo, al carácter necesariamente «prematureo» de la ruptura revolucionaria. Aquella concepción del partido no concordaba fácilmente con el esquema de **El Estado y la revolución**, y por eso en esta obra se suprime totalmente el problema del partido. Aún es más evidente la elección que hace empujado por la realidad, después de la conquista del poder. En su escrito de 1918, **La revolución proletaria y el renegado Kautski**, el análisis del Estado burgués queda reducido a la denuncia de su carácter represivo y clasista, el concepto de dictadura pierde su aspecto específicamente marxista y se convierte en «violencia sin ley», el problema de la nueva forma institucional y de la lucha con la burocracia, pierde gran parte de su relieve. Y aunque es cierto que en los últimos años de su vida, Lenin está casi obsesionado por la preocupación anti-burocrática, también es verdad que esa preocupación no asume la forma de una elaboración teórica superior, ni de un texto legal de importancia. Queda pues, en su pensamiento y en su actuación, como testimonio de la dificultad objetiva del problema, una antinomia no resuelta, que la complejidad y riqueza de su personalidad tendía a conciliar, y de la que no se liberó más que un modo unilateral.

Sabemos cómo resolvió Stalin esta antinomia: tomando decididamente el camino del reforzamiento del poder estatal. (Me parece muy aguda, a este respecto, la reconstrucción de este proceso que Valentino Gerratana ha hecho en una reedición reciente del opúsculo de Lenin.) Pero es difícil negar —y Trotski mismo lo reconoce muchas veces— que en gran parte, la nueva tendencia burocrática nacía irresistiblemente de las condiciones mismas en que el poder socialista se veía obligado a actuar. De este modo fue agravándose, en la cuestión del Estado, la ruptura entre un sistema de principios ritualmente codificados pero paulatinamente relegados a puro formalismo (el leninismo) y una praxis política sometida a la presión de las cosas e incapaz de controlar la tendencia que, en todas las partes del mundo, conducía hacia nuevas formas de poder autoritario.

Actualmente, con la decadencia del monolitismo político del movimiento revolucionario y por la presión tumultuosa de una nueva realidad y nuevas fuerzas, el problema de esta ruptura entre la teoría y la praxis va a ser afrontado en cierto modo por la extrapolación de nuevas experiencias. «El Estado de todo el pueblo» del XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, la teoría del comunismo italiano sobre el «Estado constitucional» y su «transformación desde dentro», la línea maoísta de la «revolución cultural», aparecen, cualquiera que sea su valor o fecundidad política, como nuevas y diferentes tentativas de plantear el problema del poder. En su estilo afirmativo, en sus comparaciones precipitadas, en su indiferencia hacia una tradición precisa del pensamiento, se

advierten ciertamente el carácter subrepticio de su pretensión teórica, así como la renuncia, a veces consciente, a la teoría en cuanto tal, a la ambición de llegar a un análisis científico de la realidad presente y a una estrategia unitaria del proceso revolucionario; de lo que se deduce su incapacidad manifiesta de contener o liquidar la presión burocrática ¿Pero nos limitaremos a ver en toda esta fermentación de realidades y de ideas sólo la confusión y el caos? ¿No podemos encontrar en este magma un esfuerzo del movimiento obrero que, en el curso de una crisis grave de su unidad teórica y política, trata de volver a encontrar, en formas nuevas y por métodos complejos, el camino de su inspiración originaria, una lucha real y dramática entre la vitalidad permanente de la fuerza revolucionaria y el gravoso condicionamiento del poder?

Me parece, por todo lo dicho, que urge atacar el tópico de que **El Estado y la revolución** si bien posee un gran valor histórico en el ámbito de cierta fase de la experiencia revolucionaria, es de escaso valor en el presente. La verdad, es lo contrario, pues encontramos en él una inspiración (por su radicalismo libertario), una temática (la destrucción del Estado burgués), una línea (la democracia y la extinción del Estado) en las que hoy, después de una larga experiencia y enfrentados con una realidad diferente, advertimos mejor que nunca su actualidad y valor; pudiendo medir mejor la distancia que separaba aquella teoría, en el tiempo que fue enunciada, de la revolución socialista, del proceso objetivo en el que se colocaba, su relativa incapacidad de dar cuenta de su propio contexto histórico.

¿Pero qué era en el fondo tal incapacidad? ¿No se debía también a un análisis insuficientemente científico de la realidad capitalista y de la dinámica revolucionaria; a una definición harto sumaria de la etapa de transición a una sociedad comunista? Creo que no podemos desechar sin más estas preguntas. Por eso me parece profundamente equivocada la polémica de Libertini y Maitan contra la política del Partido Comunista italiano: la tendencia que no propone nada mejor que el retorno a la ortodoxia leninista. Si un retorno al leninismo, a su verdad permanente, es posible —y yo así lo creo—, no lo será más que a través de una confrontación crítica con la nueva realidad, a través de una labor de investigación, de invención de desarrollo profundo. Sólo de tal forma puede encontrarse teóricamente un equilibrio real.

Problemas actuales del análisis leninista del Estado burgués y de su derrocamiento

No hay ninguna duda de que en estos cincuenta años el capitalismo ha modificado profundamente su estructura, funciones e instrumentos de intervención. Tales transformaciones han dado la posibilidad a la socialdemocracia y al reformismo burgués de emprender una ofensiva contra la teoría leninista del Estado y de la revolución. En la extensión creciente del área de intervención pública y en la creciente articulación de la

sociedad en instituciones y poderes (sufragio universal, sindicalismo, instrucción de masa, etc.) que parecían abrir un paso a la presión organizada de las masas sobre el poder estatal, esta corriente ha creído encontrar las bases para una conquista desde dentro del Estado burgués, utilizando dichos poderes e instituciones contra el ejercicio concreto del dominio del capitalismo y contra las leyes fundamentales del sistema.

Durante demasiado tiempo, el ala revolucionaria del movimiento obrero ha respondido disminuyendo la importancia de las novedades que han alterado la estructura del Estado burgués; ha llamado la atención sobre todo acerca de aquellos aspectos clásicos y tradicionales del poder capitalista (que seguían en pie) y con excesiva precipitación ha « desmixtificado » las transformaciones asimilándolas a las categorías tradicionales. Esta actitud no sólo ha dejado el paso libre a las iniciativas de la socialdemocracia, sino que ha sido el fundamento de los equívocos oportunistas más generalizados; muchas de las transformaciones del poder burgués han sido interpretadas como el comienzo de su ruina, como afirmaciones de la hegemonía de la clase obrera, o síntomas de una « neutralidad » del Estado ya en vías de realizarse.

Por eso me parece que, hoy al menos, cuando las características del capitalismo moderno están desplegadas frente a nosotros y cuando muchas significativas experiencias se han asimilado, aquella actitud no es ya —si lo fue alguna vez— comprensible. No a pesar de, sino en función de las características concretas del poder estatal burgués, podemos hablar hoy en efecto, de una crisis radical e irreversible de la ideología y de la praxis socialdemócrata, y encontrar por el contrario confirmados algunos rasgos decisivos del análisis leninista. Es decir:

1) La sociedad capitalista contemporánea se caracteriza en primer lugar por el hecho de tener que actuar en un mundo en el que vastas áreas geográficas, sistemas completos de Estados, escapan a su control o amenazan su hegemonía. Este es un hecho que ha influido sobre el Estado burgués de distintas formas.

Por un lado, ha acelerado el proceso de integración del área económica capitalista que, con ciertas compensaciones políticas e institucionales, va vaciando de parte de su poder efectivo al Estado nacional existente, en beneficio de los centros de decisión supranacionales y sobre todo de mecanismos y tendencias objetivas que por su escala y su fuerza son casi incontrolables por aquél.

Por otro lado, ha obligado al mundo capitalista, y sobre todo a las grandes potencias que lo dirigen, a sostener una competición externa con el sistema socialista y con el movimiento de liberación del área subdesarrollada. Y esta competición, injertándose en su creciente necesidad económica de encontrar colocación a los excedentes de capital, sectores de gastos improductivos para el control del ciclo, han determinado una tendencia creciente a la militarización del Estado y de la economía, distinta por sus características y causas de la analizada por Lenin, pero no menos acentuada.

Hablar hoy en día del Estado burgués, descuidando estos dos fenómenos macroscópicos de carácter internacional, significa empezar por ocultar la realidad en sus aspectos más actuales. Pero ambos fenómenos tienden a liquidar dos de las premisas fundamentales de la línea reformista: la posibilidad de luchar por la transformación social de un país sin que éste asuma inmediatamente en su conjunto el conflicto mundial imperialismo-antimperialismo y sin que en este encuentro no sufra a continuación pasivamente el chantaje o la violencia descarada; y la posibilidad correlativa de sustraer aunque sólo sea en parte, un país capitalista del vínculo con su área, sin determinar una subversión profunda y rápida del complejo de su economía y sin precipitar en la crisis más radical su equilibrio político.

Pero no es esto sólo, pues si se extiende y multiplica en los países subdesarrollados o semisubdesarrollados del área capitalista, una forma de Estado **sui generis**, que es el instrumento, el apéndice de su metrópoli imperialista, y alimenta en ésta su aparato de violencia y su acción corruptora, no podrá ser transformado por una presión reformista ni válidamente combatido con la forma tradicional de lucha política y movimiento de masas.

2) Las instituciones democráticas y representativas caracterizan sólo una parte relativamente restringida del área mundial capitalista. Pero incluso en los países donde existen y parecen consolidadas, hay un proceso objetivo que tiende a vaciarlas de su contenido y a deformar su significado.

En conjunto, se puede decir que el funcionamiento del Estado capitalista pone en peligro el edificio de la democracia representativa en todas sus partes: parlamento, partidos y asambleas locales. Los objetivos que expresan realmente al moderno poder público (decisiones referentes a la inversión, intervención anticoyuntural, administración de los servicios, relaciones políticas internacionales, política de salarios), escapan a la discusión y al control de las asambleas parlamentarias, nacidas y organizadas para desempeñar una función legislativa (que se ha hecho marginal) o para un control político (que es demasiado general). El poder real se transfiere de este modo al ejecutivo, y de aquí a una estructura burocrática que se extiende sin solución de continuidad del aparato estatal o la empresa pública, hasta los grandes grupos privados o las grandes centrales sindicales.

Pero esas decisiones y sus contenidos van haciéndose más y más técnicos, bien porque su substrato político general se esconde bajo un velo de opciones parciales, de cálculos especializados, bien porque su misma naturaleza de decisiones subordinadas a una realidad no modificable del sistema, hace que se presenten como alternativas de eficiencia variada para solucionar problemas parciales cuyo sentido general no está sujeto a discusión. Por esto, toda relación entre el ejercicio del poder estatal y los programas generales o la ideología de las fuerzas políticas se hacen cada vez más formales. A la crisis de la Asamblea se une —imprevista, pero ya general— la crisis de los partidos, su transformación en aparatos

y máquinas especializadas en la gestión del poder y dominados por « élites » burocráticas, su disgregación en sistemas de clientela, y su sustitución parcial por organizaciones de tipo corporativo.

De estas crisis y de las fuerzas centrífugas que originan (inestabilidad, incertidumbre del poder, falta de eficacia) surge una tendencia al reforzamiento del poder ejecutivo en su forma más extrema: el poder personal. La delegación de poderes al « jefe carismático » se convierte en la única forma posible de conciliar el simulacro de la soberanía popular y la realidad del poder burocrático. El carácter delegado de la constitución política va más allá de su forma parlamentaria, asume un carácter consecuente y revela toda su sustancia oligárquica.

Por otra parte, las instituciones democráticas se ven atacadas más íntimamente por la contemporánea y paralela manipulación de la conciencia individual y de la voluntad colectiva. Los instrumentos de información de masa son sólo el aspecto exterior de este fenómeno, que avanza en un frente más extenso y de forma más grave: la parcelación del trabajo y la consiguiente disgregación de la personalidad; la normalización y el control del consumo, y hasta de las costumbres y modelos de comportamiento; la crisis de la capacidad de síntesis y autonomía de la producción cultural; la disgregación del tejido social y la atomización de la vida civil. El control que la clase dominante ejerce sobre la voluntad popular no ataca sólo o especialmente sus manifestaciones, su posibilidad real de imponerse, sino sobre todo, su proceso de formación. Aparentemente existe una mayor extensión del consentimiento, una violencia menor, pero en realidad se trata de la manipulación de dicho consentimiento y de una forma distinta de violencia. La libertad política sobrevive, pero de un modo formal.

¿Qué base real tiene, en esta situación, la esperanza socialdemócrata de transformar la sociedad y el Estado de modo pacífico y gradual, desde dentro y gracias a los instrumentos que ofrece el mismo orden institucional existente, por medio de una presión creciente, de una mayor conciencia, de una organización más potente de las masas? ¿No es evidente la contradicción entre capitalismo y democracia, y por lo tanto la imposibilidad de llevar adelante una efectiva lucha democrática en el marco del sistema social y de la organización institucional existente? ¿No se impone la necesidad de dar a la lucha por la democracia un contenido directamente anticapitalista; y a la lucha anticapitalista la forma política de una democracia « diferente », de un nuevo tipo de relación entre el poder y las masas?

3) El Estado capitalista al asumir el papel de regulador de la vida económica, se ha hecho responsable de problemas sociales cada vez más numerosos e importantes. La extensión del área de su intervención no significa, sin embargo, un crecimiento real de su poder autónomo de dirección del desarrollo social. Por un lado, la autonomía real del poder público, es decir, su posibilidad efectiva de obrar según una línea y exigencia de libre voluntad política, está contrarrestada por lo que el

sistema y sus mecanismos exigen o consienten; su capacidad de orientar realmente según valores propios el desarrollo de la sociedad, en vez de intervenir de modo secundario como elemento subordinado de regulación y racionalización, tiende a reducirse por la rigidez del sistema. El grado de integración internacional, el papel que en la elección de las inversiones de los sectores de vanguardia conserva el capital privado, la dimensión de dichas inversiones y su incidencia sobre la prioridad y la dirección de la investigación científica, la presión de las necesidades inducidas por el sistema, la creciente interconexión entre los diversos sectores y aspectos varios del desarrollo económico, impiden al poder público romper en cualquier punto importante este condicionamiento, sin que se origine un proceso de reacción en cadena, una crisis económica y social que lo ponga frente a la alternativa entre una transformación radical y una capitulación sin condiciones.

Pero además, incluso en su concreta organización, en sus instrumentos de intervención, el aparato estatal expresa la función subordinada a la que se limita. Los Estados capitalistas más modernos, cualquiera que sea su capacidad para poner en marcha un plan anticoyuntural eficaz en pocas semanas, o de organizar perfectamente su máquina de intervención militar a miles de kilómetros de distancia, se convierten en algo ridículamente inepto, carecen de todo instrumento, de los poderes y del personal adecuado, apenas tienen que obrar fuera de los límites de la lógica que les gobierna; si, por ejemplo, deben sugerir o realizar una reforma de estructura, o promover la transformación social y política de un país que esté sujeto a ellos. Su tecnocracia, como toda tecnocracia, sólo resulta eficaz para aquellos fines a que ha sido destinada.

Eficacia que, incluso en su ámbito, es muy discutible. Así como la sociedad capitalista en su compleja expansión sin sentido, en el circuito cerrado de la producción y del beneficio, y en la contradicción creciente entre la planificación y la privatización, entre la socialización y el monopolio, encuentra siempre un límite a su racionalidad, multiplicando los despilfarros y el parasitismo, en el Estado, la tecnocracia degenera continuamente en privilegios corporativos, **status** de casta, grupos de presión, corrupciones. Se crea así un nuevo diafragma que bloquea la voluntad política, el muro de una nueva resistencia pasiva que sólo el sistema, con su presión subterránea, puede llegar a vencer.

Esto invalida definitivamente la ilusión de los socialdemócratas sobre la posibilidad de utilizar la máquina del Estado para la transformación de la sociedad; así como su esperanza de modificar gradualmente, poco a poco, el conjunto del sistema y su equilibrio general. La experiencia concreta de todos los gobiernos « progresivos » que han llegado al poder en el occidente europeo es la prueba más elocuente.

4) El desarrollo de las fuerzas productivas y de su socialización, la ciencia, la técnica, la instrucción de masa y la unificación de la sociedad, harán, sin ninguna duda, más madura la transformación del orden existente. No tendremos que enfrentarnos en occidente con los dramáticos problemas

de la acumulación primitiva, y será posible emplear las enormes reservas de recursos (conocimientos no utilizados, eliminación de los despilfarros, trabajo y capitales inactivos) que liberados de los vínculos de un orden que los congela, podrán asegurar un desarrollo irresistible de la producción y de la sociedad. No por esto, el paso del capitalismo al socialismo se presenta como el fruto de una tranquila transición, como la afirmación de una nueva sociedad ya madura que se libera del caparazón osificado que la aprisionaba. La contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción tiene lugar de modo mucho más complejo y dialéctico que en el pasado, y las fuerzas productivas (ciencia, técnica, capacidad profesional, necesidades, cultura) llevan de modo más grave e íntimo el sello del sistema, tienen la forma que les ha sido impuesta por su modo de disfrute, están hechas a medida de los fines que el orden social ha seleccionado.

Podemos demostrar concretamente que la contradicción mencionada ni desaparece ni se atenúa; en la esfera de la producción o del consumo, en la ciencia como en la cultura, el dinamismo más abierto, la liberación llena de energía creadora propondrán en una dialéctica objetiva, como alternativa al sistema del disfrute y del beneficio, el control humano sobre los productos y las cosas. Pero la lucha se plantea en todas sus dimensiones tanto dentro del grupo social como dentro del individuo. El socialismo se presenta, tanto o más que ayer, como cambio de rumbo, como derrocamiento de las realidades, costumbres y poderes que informan toda la sociedad. En esencia: como revolución siempre « prematura », resultado de la dialéctica de las fuerzas reales, de las contradicciones objetivas, pero también fruto de la elección llena de riesgos de la voluntad anticipadora de una fuerza revolucionaria consciente, que trasciende a la realidad dada y la reconstruye según su proyecto.

La ideología evolucionista de la socialdemocracia queda herida en su centro vital. El paso del capitalismo al socialismo no puede llegar, por mucho que evolucionen las cosas incluso en sus niveles « más elevados », sin un salto, y sin la presencia en la sociedad de una vanguardia, de un poder real, capaz de romper la mera suma de fuerzas espontáneas, de unificar los individuos y las clases, de convertir el futuro en presente. El poder político sigue siendo la piedra de toque de toda estrategia revolucionaria, y la lucha por su dirección el centro en torno al cual se precipitan las tensiones de la sociedad.

Por todo esto y especialmente por el carácter « nuevo » del Estado burgués moderno, me parece que la antigua discusión entre el leninismo y la socialdemocracia puede plantearse con nuevos argumentos, y que en esta discusión el reformismo y el oportunismo serán derrotados definitivamente. Pero la discusión no puede considerarse terminada ni teórica ni políticamente. El objetivo principal de una fuerza revolucionaria no es el de destruir a la socialdemocracia, sino el de destruir al capitalismo; y poco importa que el error de los socialdemócratas sea refutado victoriosamente si esta victoria no sirve para derrocar al capitalismo

como sistema, y si la misma fuerza reformista, degenerando en aparato de poder o en organizaciones subalternas y semicorporativas, mantiene su dominio sobre la clase obrera. Es necesario darse cuenta de que esta « novedad » del poder político y social del capitalismo plantea problemas importantes al análisis leninista del Estado.

El Estado capitalista actual ha ampliado enormemente su intervención en el cuerpo social. Incluso aunque tal intervención se desarrolle dentro de los límites del sistema, respetando sus exigencias y sirviéndose de las formas burocráticas, lleva a cabo un papel de mediador entre los diversos sectores de la clase que está en el poder, pero recoge y utiliza también la fuerza de las clases subalternas, ejerciendo una hegemonía real mucho más allá de los confines del grupo dominante. En otros términos, la máquina estatal como « puro ejercicio » de la violencia legalizada, como fuerza especial de represión de una clase contra otra —que es el aspecto sobre el cual Lenin concentraba toda su atención, teniéndole por el núcleo decisivo del poder político burgués en la época del imperialismo—, aparece hoy, como uno de los elementos de un cuadro más complejo, e incluso, en las relaciones internas de la sociedad avanzada, como un factor que no es predominante.

Dos problemas, estrechamente unidos, se plantean ahora: el de comprender a fondo las razones y el significado de la « reducción » que Lenin hizo en su análisis del Estado burgués —el lugar que ocupa en su pensamiento y en la teoría marxista—, y valorar la naturaleza a las implicaciones de las nuevas funciones de « mediación » del Estado capitalista y en qué sentido tal « novedad » exige la profundización o la revisión de aquella teoría.

La « reducción » que nos ocupa no es algo original y constante en la teoría marxista del Estado. Desde luego, Lenin, en su definición del Estado burgués, como fuerza de represión al servicio de una clase, no cometió ningún abuso, ninguna deformación de los textos: se basó fielmente en una serie de enunciados que, sobre este problema, se hallan en las obras de Marx y Engels, especialmente en las que reflejan la experiencia de la Comuna. Pero no es menos cierto que tales enunciados representan sólo una de las fases de una evolución más compleja, e incluso, en cierta medida, un verdadero viraje respecto a análisis precedentes.

En efecto, en la **Crítica a la Filosofía del Derecho de Hegel**, en **La cuestión judía**, en **La ideología alemana** —escritos que, no por casualidad, son aquellos en los que el problema está mejor desarrollado— el Estado burgués en lugar de quedar reducido a una esencia que lo asemeja a todas las formas de poder político precedentes (fuerza de represión), está visto y analizado en su especificidad según aquel procedimiento metodológico, más consciente y riguroso en **El capital**, que se detiene sobre una concreta formación económico-social, la capitalista, en cuanto forma acabada de la sociedad mercantil, captando la verdadera naturaleza de categorías antes incomprendidas y contradictorias (valor, mercado, trabajo y, entre otras, el Estado).

Ahora bien, la especificidad del Estado burgués, lo que hace de él el único Estado en sentido propio y riguroso, es, según Marx, el hecho de ser no sólo una fuerza represiva, sino una fuerza de represión que se opone como « universalidad abstracta », como vida ficticia de la comunidad, como « derecho igual », a la sociedad civil, a la que degrada a dominio de lo particular. La separación entre el Estado y la sociedad no es sino la otra cara de una escisión que se realiza tanto en la sociedad como en la vida misma del individuo: entre público y privado, entre ciudadano y burgués, entre lo individual y lo general. La universalidad del Estado burgués es ciertamente, para Marx, una universalidad abstracta, formal, no sólo porque encubre y deja intacta una realidad social que la contradice y la vacía de contenido, sino porque de semejante realidad representa la premisa y la garantía. Pero por esto, no se trata de una mera fachada, de una mixtificación ideológica, sino de un elemento real y orgánico de la formación económico-social capitalista, a la que está unida íntimamente.

Por un lado, en efecto —el negativo—, en la medida en que el mecanismo de opresión de clase ha terminado por quedar objetivado, hundiéndose en el fondo de la estructura impersonal de las relaciones económicas, el Estado puede reducir su función representativa a « garantizar el orden dado », puede « separarse » de la sociedad no sólo en el sentido, más obvio y tradicional, de « crear un aparato especial de represión », sino en el más profundo, de privarse de aquellos contenidos y funciones sociales específicas para elevarse al reino « de la legalidad y del derecho ». Por otro lado —el positivo— el sistema capitalista no sólo consiente, sino que presupone la liberación del individuo de sus limitaciones particularistas, de las determinaciones naturales de familia, de grupo, un poder de disponer libremente de sí, como comprador o vendedor de fuerza de trabajo, así como la certeza del derecho, la unificación del mercado y de la legislación, la movilidad de los hombres y de los bienes: el Estado debe, no sólo presentarse como el Estado del derecho igual para todos, de la soberanía popular, de la constitución, sino serlo realmente.

El Estado burgués, en suma, es un Estado de clase porque asume, y sólo en cuanto asume realmente, las características « de la universalidad abstracta ». La contradicción que de tal modo se determina entre sus principios constitutivos (soberanía popular, garantía de la propiedad), el carácter ficticio de aquella universalidad que es por su contenido la defensa de unos intereses particulares de clase, se concilia, en su constitución concreta, a través de la democracia representativa (delegación del poder a una sección de la clase dominante) y a través del poder de la burocracia (que por un lado revela —con su transformación en corporación— el carácter ficticio y formalista del principio constitutivo del Estado, y por el otro, correlativamente, se convierte en parte e instrumento de la clase dominante).

De tales análisis teóricos se derivan evidentemente dos consecuencias importantes. En primer lugar, la convicción de que en el Estado burgués

tiende a constituirse una contradicción permanente entre forma y contenido, entre soberanía popular y orden social, que no es más que un reflejo de la contradicción más general del capitalismo entre racionalidad y privilegio, entre socialización y vida privada. En segundo lugar, la convicción de que la « emancipación política » ficticia del Estado burgués, no puede hacerse real sino como superación de su base social, es decir por la supresión efectiva y positiva del Estado en cuanto tal, de la separación entre individuo y género, entre público y privado.

¿ Por qué razón a este análisis complejo, que ofrecía no pocos instrumentos para la comprensión de la realidad más moderna, el mismo Marx y luego Engels y Lenin, le antepusieron la definición sumaria que reduce el Estado capitalista al común denominador de todas las formas de dominación de clase : la fuerza especial de represión ? ¿ Se trata sólo de una exigencia simplificadora más o menos legítima, de un desplazamiento de acento sugerido por la experiencia y la necesidad transitoria, y que no introduce ningún cambio en la esencia del edificio teórico ?

Me parece que no ; que en la raíz de esta evolución hay algo más significativo. En realidad, el esquema definido en **La cuestión judía** no se ha realizado. La burguesía ha resultado incapaz de constituirse en « clase general », esto es de darse efectivamente el ordenamiento jurídico al que el sistema aspiraba. Todas sus tentativas en este sentido terminaron en un callejón sin salida. En el jacobinismo, la afirmación rigurosa de la ideología política más allá de los intereses de clase, conduce, primero a la expresión de una tensión extrema, a una contradicción consigo mismo, en el Terror, y permite luego un compromiso con el **ancien régime**, tan estrecho y precario que contradice la mecánica y el desarrollo del sistema. En la experiencia siguiente de la república parlamentaria —la francesa del 48, o la norteamericana, después de la guerra civil— la burguesía asume directamente el poder en forma de democracia delegada, pero sólo para verlo degenerar rápidamente en algo ficticio e impotente, presa de todos los particularismos, inestable y corrompido. La primera tentativa de salir de este **impasse** por medio de la delegación a un « poder superior y arbitral », de burócratas y militares, naufragó con el bonapartismo, por un lado en la elefantiasis burocrática —es decir en el parasitismo de una fuerza mediadora que oscilaba de modo permanente entre intereses contrapuestos, segura tan sólo de la afirmación de su propio particularismo—, por otro lado, en la aventura nacionalista.

Marx, cuando vuelve a reflexionar sobre el problema del Estado —precisamente en su escrito sobre el 18 de brumario— parte precisamente de esta experiencia, y a ella se unirán los análisis posteriores de la Comuna. Su razonamiento es sumamente rico y complejo : del bonapartismo, por ejemplo, no recoge sólo la función represiva, su canallesco aspecto exterior, sino que analiza con agudeza excepcional el carácter de ese poder « mediador », del poder de la burguesía fundado sobre los campesinos y su ambigüedad social ; reflexionando también sobre la tendencia que, desde hace algún tiempo, manifestaba el Estado burgués a extender

sus funciones, su intervención y su aparato (casi al mismo tiempo, en un esquema provisional de **El capital** recogido en las **Grundrisse**, se proponía dedicar un volumen entero de su obra a las funciones económicas del Estado capitalista). Pero, no ve en la base de todo esto, una nueva serie de contradicciones, de luchas, a través de las cuales madura una forma nueva de sociedad y de Estado capitalista, sino su degeneración y su crisis. Frente a esta situación la burguesía se verá obligada a dirigirse hacia formas de poder político cada vez más opresivas y parasitarias, que a su vez acelerarán y agravarán el proceso. Esta es la « simplificación » que Lenin recogerá : el Estado burgués aparece como la fuerza especial de represión **tout court**.

En la época del desarrollo monopolístico y de la Segunda Internacional, la crisis del orden social parece disminuir. El vacío político que ha dejado la república burguesa parece colmarse, por un lado, por un compromiso generalizado con el militarismo, que encuentra una nueva base en la impulsión nacionalista, y por otro, por la formación de los grandes partidos obreros que tienden a hacer participar a la masa excluida en los beneficios de la expansión productiva. Pero Lenin, cuya actuación política y reflexión teórica se sitúan en la etapa de este periodo, se fija sobre todo en la lógica catastrófica que va incluida en este proceso : bajo este equilibrio estaban, en efecto, la cartelización de la economía y la impulsión agresiva del imperialismo, y tanto la una como la otra llevaban al sistema a la explosión incontrolada de la violencia. Por esto es por lo que, a sus ojos, el fenómeno de la socialdemocratización, la presencia de los grandes partidos populares en el marco institucional burgués, las nuevas funciones estatales de conciliación social, deben ser desmascaradas cuanto antes, y sólo sirven para acelerar la crisis en la que perecerán. El aspecto represivo de la máquina estatal le parece la esencia sobre la que debe concentrar su razonamiento. La lucha revolucionaria se polariza en torno a la cuestión del poder estatal, y la conquista de dicho poder, al menos parcialmente, se separa del contenido social de la revolución : es la destrucción de una barrera, la conquista de una casamata, que se realiza en un momento de crisis muy aguda reuniendo fuerzas diversas sobre la base de objetivos necesariamente heterogéneos, pero que convergen todos hacia la común y vital necesidad de derribar el Estado existente y el dominio social que artificialmente guarda.

No cabe duda que esta interpretación de la realidad captaba un aspecto fundamental y por lo tanto políticamente decisivo : comprender la salida catastrófica donde se precipitó el sistema capitalista mundial, valorar el peso y el papel de los países atrasados, que expresaban de un modo más directo la realidad del desarrollo desigual, y la importancia de las masas campesinas como aliado fundamental en el momento de la lucha, cuando lo decisivo era establecer a quién iba a corresponder el poder del Estado. Pero esto no quita que, en Marx primero y en Lenin después, hay una simplificación de la realidad, que impide captar, al lado y más allá de la inmediata salida catastrófica —que ofreció al proletariado la ocasión de

formar y afirmar su alternativa revolucionaria —una tendencia más profunda, el proceso a través del cual el capitalismo venía llevando a cabo un nuevo y superior equilibrio social y político.

Las premisas para evitar esta simplificación están, no sólo en la realidad, sino en la teoría marxista ¿o es que no está bien clara en Marx la conciencia de la antinomia profunda entre burguesía y capitalismo, no está implícito el hecho de que sólo por una lucha que contenga y limite la tendencia burguesa a la renta y la privatización, es como puede llegar a desarrollarse el capitalismo por completo, y no es también evidente la necesidad de un poder político que intervenga activamente en la sociedad para resolver esta contradicción? ¿No está también claro en Marx y en el mismo Lenin (en su análisis de la aristocracia obrera y del oportunismo), la conciencia del carácter socialmente « ambiguo » de la clase obrera, hija y antagonista del capitalismo, y no puede encontrarse aquí mismo la base para una teoría del Estado capitalista, como integrador parcial de la clase obrera, expresión de una dialéctica burguesía-proletariado dentro del horizonte del sistema? ¿La misma esencia del análisis marxista del capital, como fuerza impersonal y poder unificador, no sugería la posibilidad de un proceso de integración de los grupos sociales bajo el dominio de esta fuerza y el empleo del Estado como instrumento de su deformada « tendencia social ».

El desarrollo del capitalismo ha reanimado en definitiva todos estos problemas: la máquina represiva no es ya lo esencial del Estado capitalista burgués, porque realmente se han alterado los equilibrios de la sociedad, porque la lógica catastrófica del sistema se expresa de un modo nuevo, más profundo, más articulado y complejo.

Lo que caracteriza en primer lugar al neocapitalismo, es el vertiginoso desarrollo que han alcanzado las fuerzas productivas: la organización monopolística de la empresa y del mercado, a pesar de todos los fenómenos de parasitismo, de derroche, de « maltusianismo » tecnológico, ha podido solicitar e integrar al ritmo que todos conocemos los nuevos descubrimientos de la ciencia, ha hecho dar un salto cualitativo a la organización del trabajo, ha encontrado el camino para planificar a escala relevante, tanto la producción como el consumo.

La mayor importancia de este desarrollo está en su cualidad, esto es, la forma en que se ha expresado, el mecanismo sobre el que está fundado y que a su vez ha puesto en movimiento. Ha acelerado y llevado casi a sus últimas consecuencias un proceso de separación entre la propiedad y la empresa que, sin cambiar la esencia del sistema, ejerce una influencia fundamental sobre la morfología de la clase dominante; no sólo ha consentido sino que ha solicitado nuevos instrumentos de integración en toda el área de la sociedad (consumo inducido, cultura de masa, diferenciación profesional y social dentro de la clase obrera, expansión de un nuevo tipo de clase media, articulación corporativa de la sociedad); ha dado a las fuerzas productivas originales fundamentales (técnica, trabajo, necesidades) un horizonte y una calidad funcionales respecto a los fines

del sistema. Todo esto disminuye la necesidad, que la sociedad capitalista conserva, de un Estado como fuerza especial de represión: el Estado se convierte en una forma de represión entre otras, la violencia se hunde de nuevo en el cuerpo social. Y se hace al mismo tiempo menos explícito y directo el lazo entre el Estado y los grupos dominantes: la naturaleza clasista del Estado pierde en parte su física, inmediata evidencia, no sólo porque queda escondida en un complejo aparato conciliador, sino porque se realiza a través de una dialéctica en la que la clase obrera y los demás grupos no dominantes participan, aunque sea en funciones subalternas.

Crece, por el contrario, la necesidad que el sistema tiene de la intervención mediadora del Estado en la sociedad. La lucha contra la renaciente tendencia al marasmo económico del grupo monopolístico, la necesidad de organizar gastos superfluos para contener el exceso de capital y el aumentar rápidamente el aparato infraestructural, cada vez más decisivo para el desarrollo económico, la promoción de la investigación científica, la regulación de los cambios internacionales, empujan al Estado capitalista, en primer lugar, a ampliar sus funciones de sostenimiento del capital privado para crear las condiciones ambientales necesarias a su dinamismo, luego, cada vez más, como han reconocido los mismos economistas burgueses (Schumpeter, Galbraith) a sustituirlo directamente en sus funciones promotoras y empresariales. En este momento, no sólo parece ilegítima la reducción del Estado burgués de la época del imperialismo a una simple « máquina represiva », sino que no parece posible tampoco el mero retorno escolástico al análisis marxista original de la relación entre Estado y sociedad, que se nos presenta al mismo tiempo confirmado y superado.

Superado, porque la relación entre Estado y sociedad tal como aparece en **La cuestión judía** —así como en su análogo social, el capitalismo de competencia dirigido por el empresario-propietario— aunque haya conocido una verdadera y coherente realización, aparece ya profundamente modificada en una fase nueva, cualitativamente diferente del desarrollo del capitalismo. Este desarrollo ha permitido al capitalismo atenuar, a su manera, la atomización de la sociedad, expresar en la realidad social un verdadero tipo de « interés común », de « contenido universal » (el de la eficiencia y la expansión cuantitativa) en el que participan, al menos en uno de sus aspectos, todos los grupos sociales más importantes, que dan así una base social efectiva a la forma « universal » de su principio jurídico constitutivo (la soberanía popular). La distancia entre Estado y sociedad, en la dialéctica y por la dialéctica del capital, parece atenuarse.

Pero, en el fondo, el análisis de Marx queda también confirmado. En el mismo momento en que el Estado parece « hacerse sociedad », la sociedad, para expresarlo de forma paradójica, se hace Estado. El fin común, el contenido « universal » en torno al que la sociedad se organiza y se integra, pierde todo sentido real, no sólo con respecto a una abstracta

esencia del hombre y de sus valores, sino a las necesidades reales de libertad, sociabilidad y creatividad, que el mismo desarrollo social estimula y defiende. La búsqueda de una eficacia a la que falta la referencia indispensable, se concreta como puro criterio formal. El mundo de la producción y del consumo se convierten en mundos de símbolos, y su contenido material se venga, organizando una sociedad de **status** y « privilegios ». La eficacia degenera en despilfarro. Por uno y otro lado, el principio constitutivo de toda la sociedad —como había anticipado agudamente Weber— se convierte en burocracia, como tecnocracia y como sistema de casta. Las funciones del poder son funciones formales, adecuaciones técnicamente racionales a las exigencias del sistema, o perpetuaciones de los privilegios en los que el sistema encuentra su contenido subterráneo. El « arte de gobernar » se convierte en especialización o pura administración del poder.

En todas las dimensiones y sectores de la sociedad se reproduce así aquella división entre gobernantes y gobernados, y aquella « universalidad abstracta » que caracterizaban la alienación política y el Estado enajenado de Marx. La relación entre « Estado y sociedad » se ha hecho más íntima, la contradicción obra más dialécticamente en el fondo. La oposición entre público y privado, entre ciudadano y burgués, parece haber desaparecido porque lo público no es más que la multiplicación de lo privado; lo privado se tipifica en esquemas repetitivos vacíos ya de individualidad real. El ciudadano no se contrapone al burgués sino como el burócrata al trabajador. El hombre que estaba « lejos de sí » allí donde parecía verdaderamente humano, y « cerca de sí » en los contenidos de su vida que no eran verdaderamente humanos, no está ya, sencillamente, en ningún sitio « cerca de sí ».

No cabe duda de que ha sido Gramsci, entre los marxistas de nuestro tiempo, el que mejor ha estudiado este fenómeno. Recordemos aquella frase, citada hasta el abuso, con la que caracteriza la diferencia entre la revolución rusa y la occidental. « En oriente —dice— el Estado lo era todo y la sociedad civil era primitiva y gelatinosa, en el occidente [...] en el temblor del Estado se percibía de pronto la robusta estructura de la sociedad civil [...] » Todo su pensamiento, sobre todo en la cárcel, es un esfuerzo unido a esta convicción, convicción que le empuja a desarrollar la teoría leninista en una dirección totalmente opuesta a la de la socialdemocracia, en el sentido de una ruptura total del horizonte teórico de la Segunda Internacional. Es cierto que este esfuerzo, que me parece un punto de referencia esencial, además de estar sólo esbozado, conserva en su formulación literal y en el análisis donde luego se hace explícito, no pocas ambigüedades. La complejidad de la sociedad occidental puede parecer el resultado de una estratificación histórica, el residuo de un pasado, más que un elemento de la dinámica capitalista; el conjunto de las relaciones sociales y políticas unidos a ella puede parecer (y esta es una interpretación bastante corriente, a la que Norberto Bobbio ha dado recientemente una forma sistemática) separado de la estructura funda-

mental de la sociedad, interpretable en un plano meramente ideológico-político, o como invitación a un compromiso entre diversas clases progresivas. Así pues, aunque de modo ilegítimo, el pensamiento de Gramsci podría ser utilizado por una corriente revisionista de derecha, entendido como una disolución del marxismo en el eclecticismo historicista, o como la base teórica de una política de alianzas genéricamente progresiva. Sin embargo, actualmente, la naturaleza de la complejidad de que hablaba Gramsci, aparece más claramente: es el fruto de la dinámica capitalista en su historia y en su concreta determinación, la expresión de su antinomia interna.

De aquí se derivan algunas características nuevas que todo movimiento revolucionario debe asumir si no quiere faltar a esa cita que en occidente se ha aplazado ya más de cuarenta años.

La conquista del poder estatal, esto es de una mayoría efectiva, suficientemente homogénea y fuerte para afrontar la tarea de una reorganización general de la sociedad, no es posible de ningún modo sin la formación a través de momentos, choques, experiencias diversas y sucesivas, y por la fuerte intervención de la conciencia, de una alternativa positiva, de un bloque de fuerzas en el que esté viva, consciente y articulada la perspectiva de la nueva sociedad que hay que construir. Sin esto, en efecto, la contradicción del sistema que se extiende y se profundiza, no se expresará en un verdadero choque destructor, pues todas las clases sociales, incluso la clase obrera, están envueltas o ganadas al orden existente; las necesidades insatisfechas se degradarán en una neurosis colectiva, en un impulso irracional, en la disgregación individualista, que es la otra cara de la integración.

Tampoco tal perspectiva positiva puede expresarse en el ámbito de la sociedad existente, representando la confluencia de las fuerzas heterogéneas reunidas en la oposición común a un poder que las ahoga: la opresión del Estado, como la de la sociedad, es inherente a su naturaleza capitalista, las tensiones destructoras que fermentan en la sociedad nacen sobre el terreno de la dominación del capital y se oponen directamente a él.

Todo esto abre a la investigación histórica y a la praxis política de la fuerza revolucionaria, un enorme y nuevo terreno de trabajo: no sólo se trata de definir en forma positiva y articulada, los contornos de una sociedad comunista, cuando está ya históricamente madura la fase concreta de transición a la misma, sino de individualizar con una nueva investigación, con una « sociología » de las contradicciones del capitalismo maduro, en todos sus estratos sociales, en todas sus dimensiones reales, las fuerzas que objetivamente apuntan en dirección del comunismo, y los procesos que pueden liberarle, así como la perspectiva de un futuro diferente. Una reflexión sobre el comunismo y no una recitación de *revival* utópico, sino la descripción « de un movimiento real ».

Además, todo esto implica un tipo nuevo, nunca realizado hasta ahora, de partido y de movimiento: partido de masa, articulado, en medio de una

constelación de instituciones y organizaciones autónomas, pero ni un bloque de intereses, ni la expresión de un esfuerzo corporativo, ni un instrumento de poder; un partido homogéneo iluminado por una conciencia prospectiva, sin antagonismo dirigidos-dirigidos, rigurosamente democrático, creador en cada uno de sus militantes.

Del mismo modo, la lucha en el terreno político no puede dejar de asumir nuevas formas e instrumentos. La ambigüedad que caracteriza al sistema, la contradicción que lo domina, hemos visto que tiene su expresión tanto dentro como fuera del Estado. Es cierto que esto no basta para que la máquina estatal se convierta en algo neutro y pueda utilizarse con fines revolucionarios, pero tampoco podemos deducir la negación de las contradicciones evidentes que encontramos en la realidad y en el funcionamiento del Estado: entre la planificación y los intereses sectoriales, entre las necesidades colectivas y el consumo privado, entre democracia y privilegio. El funcionamiento del Estado se basa en la conciliación y en la selección de las fuerzas que se expresan en la sociedad, y sus instituciones son las adecuadas a esas relaciones: pero las fuerzas mencionadas tienden a pasar el límite que les ha sido impuesto, las instituciones a contradecir sus fines particulares. Se abren de este modo, constantemente, nuevos terrenos y ocasiones de lucha, a través de los cuales se hace posible, no sólo transformar lentamente el Estado, sino formar también en este plano, los elementos objetivos y subjetivos de una realidad antagonista, capaz en cierto momento, de imponer y resolver en su favor un encuentro decisivo. Evitar este terreno, significa, no sólo —y no tanto—, aislarse en una negación global impotente y sectaria, sino, en la mayoría de los casos, acabar por aceptar tales como son, sus principios constitutivos, el marco institucional existente, liquidando toda lucha que realmente represente una insubordinación a aquéllos y que postule su transformación inmediata.

La conquista del poder estatal sigue en el centro de un proceso que también, aunque menos que en el pasado, aparece dividido en dos fases, una antes y otra después de la revolución, muy heterogéneas por sus alianzas y objetivos; es la conclusión de un proceso en el cual toma forma, en la sociedad existente, en la concreción de un movimiento político y una realidad social, la alternativa de una nueva sociedad. La crisis revolucionaria sigue siendo, como veía Lenin, una ruptura, una crisis que produce una inversión de las tendencias actuantes en la sociedad capitalista, llevada a cabo por una voluntad organizada y armada de un nuevo poder coercitivo. Pero a una crisis semejante, sólo puede llegarse por un camino más difícil, por medio de un proceso menos « político », de un movimiento más democrático, donde los fines y los medios, el programa y el poder, se hallan en íntima conexión¹.

Es de esperar y está políticamente justificada la siguiente objeción: ¿Analizando así el problema de la revolución en occidente, siendo tan compleja la estrategia revolucionaria, y dado el vacío de las fuerzas y tradiciones que pudieran darle vida, no se convierte la revolución en algo impracticable? ¿No es suprimir de la realidad, dejándola sólo como ejer-

cicio intelectual, el objetivo mismo de la investigación teórica? No es éste el lugar adecuado a la respuesta; la existencia de una efectiva dialéctica revolucionaria en la realidad social del occidente, que es lo que aquí preconizamos, pueda y debe ser objeto de una verificación concreta, de un análisis económico, sociológico y político; aquí sólo podemos establecer su necesidad y dirección. No creo que sea posible responder a tal pregunta de un modo puramente teórico, que pueda resolverse salvo por la experiencia de un movimiento que, a través de la lucha, ponga al descubierto las tensiones revolucionarias que, antes de dicha lucha, eran invisibles o inexistentes.

Me parece totalmente equivocada la tendencia que hoy prevalece, de separar el problema de la revolución en occidente de las crisis y tensiones que, dentro de este mismo occidente, se producen y seguirán produciéndose, a causa de la oposición entre los diversos sistemas mundiales. No parece posible que en el viscoso tejido de la sociedad capitalista consiga abrirse camino una alternativa, si no es uniéndose a la explosión violenta de las contradicciones externas más elementales, o sin hallar en la experiencia de los países socialistas existentes un persuasivo banco de pruebas de la perspectiva que propone. Tampoco la lucha de los pueblos oprimidos por su emancipación, o el discutido esfuerzo de renovación de los países socialistas, conseguirán triunfar sin que en occidente madure una dialéctica diferente. Este es un terreno nuevo, esencial para la teoría revolucionaria: el análisis de la realidad mundial, como un complejo orgánico en el cual los sistemas sociales antagonistas conviven, y de la forma concreta de su interacción recíproca.

Pasemos ya al segundo gran tema de **El Estado y la revolución**, el de la democracia socialista y la extinción del Estado.

La democracia socialista y la extinción del Estado

«La socialdemocracia oficial y dominante —escribe Lenin— ha huído siempre del problema de la tarea del proletariado en la revolución con un mero sarcasmo filisteo o, en el mejor de los casos, con esta frase sofisticada y evasiva: entonces veremos.»

Hoy la revolución tiene 50 años y parece imposible hablar en términos vagos de la sociedad socialista y sus instituciones, e incluso de modo puramente teórico.

1. No puedo adentrarme en un análisis de la situación italiana y de la respuesta que han dado a estos problemas, en su historia reciente, el Partido Comunista italiano y Togliatti. No quiero liquidar la cuestión con un cómodo homenaje. Es evidente que dicha respuesta abre múltiples problemas interpretativos y hoy está unida a un punto de desarrollo delicado. Lo que me parece políticamente estéril y teóricamente infundado es ver en ella, como hace Libertini, una vuelta a las posiciones socialdemócratas sobre el Estado y no un esfuerzo real, aunque incompleto, para dar soluciones nuevas a los nuevos problemas que se plantean en occidente. Lo que allí se dice de modo muy general, deberá aclararse, porque me parece que las reflexiones de Gramsci y Togliatti constituyen un punto de referencia esencial de la actual investigación.

Sin embargo, es esto lo que se hace generalmente. La vieja frase socialdemócrata « entonces veremos », es en su versión moderna « veremos dónde ». El socialismo, además de ser el fruto del « gran flujo de la historia », será también producto del « genio nacional » : así todo razonamiento científico sobre el futuro, que pueda crear una dificultad a las acciones del presente, se suprime de raíz. En la articulación del proceso histórico, en las fases diversas y en las distintas realidades nacionales o continentales, más que descifrar la peculiaridad —esto es el significado universal, la expresión de un subterráneo mecanismo unificador que gobierna al conjunto— se registra la particularidad, lo que separa a un país de otro, una fase de otra, con lo que toda experiencia aparece cambiada y todo desarrollo imprevisible. En el momento de ponerla a prueba, esta operación, aun en su aspecto inmediato, resulta menos brillante de lo que parecía : el escepticismo en cuanto a los principios, el relativismo sistemático que parece un camino cómodo para salvar la unidad del movimiento internacional y para que la iniciativa política sea más libre en el futuro, se revuelve después contra aquella unidad (por la diáspora teórica y política) y contra aquel futuro (pues no sirve para prepararle). Pero, hay también otro modo de evitar una reflexión real sobre el socialismo. Aquel que —envuelto en ortodoxia y lleno de principios— consiste en contraponer a la realidad del poder socialista, el sistema teórico originario. Por este camino se llega a registrar el divorcio entre aquellos ideales y una realidad que con el tiempo ha cambiado. Ni los principios se verifican, ni la realidad se analiza en su dinámica y componentes ; jamás se da una indicación de las cuestiones que hay que resolver, de los objetivos que hay que alcanzar, de la fuerza que hay que emplear para cambiar las cosas después de haber reconocido por qué están allí.

Lo que hay que hacer es aplicar el método y las categorías marxistas a las ideas y las realidades del socialismo existente.

El punto de partida de esta reflexión, nos viene dramáticamente impuesto por la situación. Hace doce años que Nikita Jruschov denunció de modo grosero y brutal las gravísimas degeneraciones en que había caído el poder soviético bajo Stalin, descubriendo, más allá de sus intenciones, a los ojos de las masas, los límites graves y las contradicciones de fondo, de toda la organización política soviética. Esta denuncia no bastó para incitar, ni en la URSS ni en ningún sitio, un auténtico examen del problema interno de la democracia socialista : a la fe sin crítica (o a la condena expeditiva) en la realidad soviética, se substituyó el acrítico abandonarse al « proceso » de democratización, la confianza en que, superada ya la fase del aislamiento y de la pobreza absoluta, el sistema socialista podría ya por la fuerza de las cosas, darse las instituciones políticas menos dictatoriales, e incluso hacer menos difícil, por menos violento, el camino de aquellos países en los que el socialismo empezaba a dar los primeros pasos.

Pero actualmente esta actitud parece insostenible : no sólo el « proceso

de democratización » se desarrolla con gran lentitud, sino que la realidad induce a preguntarse si se desarrolla y dónde puede conducir. Dos series de fenómenos me parecen muy significativas a este respecto.

En los países socialistas europeos está en marcha, e incluso va acelerándose, una profunda transformación de la sociedad, de su gestión económica, de su cultura, de su situación internacional, que modifica también profundamente la estructura del poder. El resorte parece ser —según todas las evidencias— el desarrollo mismo de las fuerzas productivas, que por un lado exige y por otro determina, la reforma del marco institucional y el cambio de los equilibrios tradicionales. El esquema de Jruschof, que preveía un rápido desarrollo económico en el interior del marco político-social existente, está completamente superado y no podía ser menos: la planificación cuantitativa y centralizada, la superposición de un poder burocrático formalista e ideologizante a la dinámica social, el aislamiento autárquico de la economía, la planificación total del consumo, representaban una serie de estrangulamientos paralizantes de las fuerzas productivas, convirtiéndose precisamente en su contrario, en anarquía, ineficacia, parasitismo, apatía política.

Eliminar dichos estrangulamientos era pues un problema objetivo que no se podía eludir de ningún modo. Pero se podía afrontar en diversas direcciones y bajo la hegemonía de diversos grupos sociales. Se podía, por ejemplo, salir de la autarquía acelerando la integración del sistema socialista, o bien marchando en orden disperso hacia una relativa liberalización del cambio; se podía descentralizar la gestión económica y estimular la productividad, volviendo a introducir como reguladores del desarrollo nuevos mecanismos de mercado, o abriendo un proceso de discusiones políticas sobre el plan y la participación obrera en su realización; se podía estimular la demanda con la expansión del consumo individual, u organizando nuevos sectores de consumo social, y así indefinidamente. Es obvio que todas estas cuestiones no son alternativas esquemáticas, y que probablemente alguna de estas líneas, para realizarse necesita el correctivo y la utilización temporal de la otra (Lenin con la NEP, ofreció un magnífico ejemplo de compromisos que no comprometen). Pero es evidente que en la sociedad socialista europea, las respuestas a estas preguntas se han dado de modo bastante unilateral. Los protagonistas del movimiento de reforma son los nuevos estratos técnicos e intelectuales y el contenido de la reforma reproduce claramente el resultado de tal hegemonía: autonomía de la empresa, diferenciación de los ingresos, consumo privado, etc. El ejemplo yugoslavo, aunque sea precisamente el extremo, aclara muy bien el sentido de este proceso.

Es evidente que también este tipo de « renovación » contiene un elemento de « democratización » real: se liquidan las formas extremas de centralización y de arbitrariedad en el ejercicio del poder; se libera al menos una parte de la producción cultural, la que está más unida al desarrollo económico, de las trabas del control político; se sustituye a una burocracia de casta por una meritocracia de los técnicos; se reconoce la iniciativa

individual en la figura del consumo ; se amplía la circulación internacional de las ideas y las técnicas. Pero existe otro aspecto del fenómeno : una élite política inestable es sustituida por una élite cuyo poder tiene raíces profundas y consolidadas en la realidad social ; la movilidad entre los diversos estratos sociales disminuye ; la nueva dinámica del consumo acumula nuevos elementos de diferenciación entre los grupos, entre las regiones, entre la ciudad y el campo ; la autonomía de la empresa priva de garantía a los trabajadores ; la intensificación de los cambios con occidente refuerza una tendencia concurrencial y nacionalista entre los distintos países socialistas.

El « proceso de democratización » es pues menos unívoco y lineal de lo que parece : se perfila también aunque, en un contexto y en forma completamente distinta, el peligro de una tendencia que ha prevalecido ya en occidente, la de sustituir las viejas formas de burocratismo por otras nuevas, más « socialistas », más « objetivas », más « racionales », pero no menos limitadoras. Más aún : podemos preguntarnos cuáles podrán ser las tensiones futuras entre un poder políticosocial semejante y las estructuras fundamentales del sistema.

En otros países socialistas, en China sobre todo, se está llevando a cabo un proceso completamente diferente, de signo opuesto, pero igualmente destructor del orden existente. Una sociedad menos desarrollada y con menos recursos de lo que la soviética ha estado nunca, con espantosos problemas demográficos y de organización social, unidos a un renovado impulso agresivo del imperialismo, se vuelve a proponer desde sus fundamentos el problema del poder socialista. También, por motivos completamente distintos, está obligada a buscar nuevas y más eficaces formas de lucha contra el burocratismo, para la movilización de las masas, para la educación de la juventud, para la gestión de la economía, sin lo cual sus problemas internos e internacionales no podrán solucionarse.

La respuesta que Mao propone a todo esto es la « revolución cultural ». Y sería absurdo seguir ignorando —como se ha hecho hasta hoy— el aspecto realmente democrático de esta línea, el carácter renovador de una experiencia política de masa, tan gigantesca, el valor del impulso igualitario al que va unida, reduciendo todo a una lucha por el poder entre dos grupos de dirigentes o a la pugna entre dos líneas de política internacional.

Sin embargo, el impulso democrático asume caracteres que le limitan y contradicen en su base : la lucha contra la burocracia se apoya en una dilatación del poder carismático del **leader**, se movilizan políticamente masas desmesuradas, pero en la forma de una tensión ideal acrítica y casi religiosa ; se afirma el derecho a la insubordinación contra la estructura de poder existente, pero desencadenando una multitud de fuerzas espontáneas y anárquicas que corren el peligro de disgregar la sociedad y que inmediatamente exigen una nueva intervención centralizadora ; se destruye el privilegio, pero anulando la autonomía del individuo y la certeza del derecho ; se trata de recuperar la dimensión mundial de la revolución,

pero de tal modo, en formas tan contradictorias, simplistas y de tosco instrumentalismo que resultan incomprensibles y tienden a agravar su aislamiento. Un clima de incertidumbre se difunde así en la sociedad socialista china, que hace precarias y ambiguas las perspectivas incluso a los ojos de todos aquellos que siguen con el mayor interés y comprensión esta nueva, dramática y extraordinaria experiencia.

Tal es, en efecto, la situación compleja y difícil en que se encuentra hoy el poder socialista en un mundo: en pleno desarrollo, la revolución no sólo no ha resuelto completamente, siguiendo la línea de su inspiración primitiva, el problema de la democracia y de la extinción del Estado, sino que las contradicciones que surgen en este terreno ponen en peligro su equilibrio, las estructuras y el futuro de la nueva sociedad que ha edificado.

En esta situación, no es difícil encontrar la confirmación de muchas tesis leninistas, hallando en **El Estado y la revolución** no pocas claves de interpretación de la realidad y por lo tanto de una iniciativa política renovada. En aquella obra, en efecto, Lenin se preguntaba siguiendo a Marx: ¿Qué sustituirá a la máquina estatal despedazada, cuál es el principio constitutivo de un poder de nuevo tipo? La respuesta era rigurosa y perentoria: un Estado en proceso de extinción, constituido de tal forma **que empiece a extinguirse inmediatamente y no pueda dejar de hacerlo.** (Subrayado por nosotros.)

Esto significa, como Lenin aclara después, que la forma política necesaria a la edificación del socialismo es una democracia consecuente, que rompe los límites de clase de la democracia mixtificada de la burguesía (parlamentarismo, burocracia, división del poder) y abre inmediatamente el proceso de extinción del Estado como fuerza especial de represión, como máquina separada de la sociedad: «desarrollar la democracia hasta el final, investigar qué formas ha de tener este desarrollo, ponerla a prueba en la práctica: todo eso constituye uno de los problemas fundamentales de la lucha por la revolución social». De aquí la definición de una serie de instituciones políticas «democráticas» basadas en la experiencia de la Comuna de París: el control directo de las masas sobre el conjunto del aparato estatal, elegibilidad de todos los cargos y revocabilidad del mandato, «salario obrero» a los burócratas, etc. Por esto ve en el soviét más que una experiencia peculiar rusa, el primer ejemplo de un nuevo tipo de poder, de valor universal,

Ciertamente, la democracia es también una forma de Estado. Y la democracia socialista es la forma del poder estatal que el proletariado necesita «en el periodo de transición de una sociedad capitalista a una comunista», la «dictadura proletaria». La esencia de la dictadura proletaria, como de cualquier clase de dictadura, es el poder coercitivo, de una clase que «reprime a otra en cuanto clase»; pero semejante dictadura puede y debe asumir la forma de una democracia consecuente, en cuanto la «represión es ejercida por una mayoría de explotados contra una minoría de explotadores» y «el aparato específico del Estado es aún

necesario, pero es ya un Estado transitorio, una democracia que abraza una mayoría tan grande de la población, que la existencia de una máquina especial empieza a hacerse innecesaria ».

Por otra parte, la extinción del Estado no puede ser más que gradual, la burocracia no « puede desaparecer de un día para otro », las formas políticas no pueden adelantarse demasiado a su base social. Si la democracia « implica el socialismo », su completa realización trae consigo aquellas transformaciones de la sociedad (desarrollo productivo, gestión social de la producción, distribución de acuerdo con las necesidades, superación de la división del trabajo) que la harán, en cuanto Estado, superflua. Pero, y esto es importante, a pesar de su gradualidad, pese a que puedan distinguirse fases distintas, la transición al comunismo es un auténtico proceso, que se inicia inmediatamente y avanza sin detenerse. El fin se realiza si está inmanente en cada fase y en cada aspecto de la « transición ». Las relaciones comunistas de producción y la sociedad de los hombres libres, no nacen automáticamente de la destrucción de la fórmula de la propiedad y de la nueva dirección del Estado. Se realizan sólo en cuanto, en cada momento, existen las garantías objetivas que las orientarán en su desarrollo, especialmente, un nuevo tipo de poder democrático y una dirección proletaria del Estado. Tal poder y dirección no pueden definirse sólo indirectamente, a través del contenido de su política, sino que deben expresarse directamente en la forma de las instituciones y en el grado de control que la clase obrera ejerce efectivamente sobre el Estado.

Vemos pues claramente, la permanencia y extrema actualidad de **El Estado y la revolución**, la contradicción que objetivamente representa frente a las formas patentes de autoritarismo de la época estalinista, así como de las nuevas y más sutiles tendencias totalitarias. Lenin contradice de un modo radical lo que ha sido hasta ahora el denominador común de todos los tipos de « transición » al socialismo : la separación entre una fase en la que « se edifican las bases materiales » y en la que, por lo tanto, es necesario reforzar el Estado, y las relaciones de producción mantienen un carácter profundamente ambiguo, y otra fase, que no se sabe como va a venir, en la cual el proceso de extinción del Estado podrá finalmente plantearse. Ataca sin reticencias y radicalmente toda forma de burocracia, incluso aquella que es socialmente más meritoria y políticamente más progresiva, afirma la necesidad de instituciones precisas en las que la democracia se organice ; ataca toda delegación de poder de la masa a los dirigentes, de la clase al partido. La democracia en su forma más radical no es un lujo para él : es la condición necesaria para pasar al socialismo. ¿ No es algo que está bien claro, después de la experiencia de estos cincuenta años y frente a las transformaciones contradictorias que se realizan actualmente ? ¿ No vemos que del texto de Lenin se deduce más que una solicitud liberadora y democrática, un preciso afianzamiento de la democracia en instituciones concretas, en definidas características de clase ?

Pero nuestra reflexión —también en este caso— no puede quedar en una simple « verificación », en un « redescubrimiento » del leninismo originario. En efecto, hoy se nos plantea un problema al que **El Estado y la revolución**, ni podía, ni puede ofrecer una respuesta exacta. La revolución de octubre abrió un « paréntesis » que no se ha cerrado todavía. No representa una fase después de la cual, el proceso histórico vuelve a recorrer el camino previsto. Por el contrario, la unificación capitalista del mundo ha quedado sin terminar, el desnivel entre los Estados y las áreas geográficas del mundo ha aumentado. La lucha de los pueblos oprimidos por su propia emancipación no ha encontrado en las burguesías nacionales un protagonista válido, ni en las relaciones capitalistas de producción un instrumento eficaz, y por eso ha asumido y viene asumiendo, allí donde tiene lugar, la filosofía de una revolución socialista **sui generis**. De aquí nace un problema específico que exige ser resuelto científicamente: el de la forma de transición al socialismo en aquellas sociedades donde la acumulación primitiva no se ha iniciado aún, las fuerzas productivas están paralizadas por la supervivencia de pesados residuos premodernos, el proletariado representa una minoría privilegiada, la presión económica y política del imperialismo resulta fortísima y eficaz, dado el grado de su subordinación objetiva ¿Cómo puede organizarse en tales condiciones, un poder político capaz de contrarrestar todas estas fuerzas centrifugas, de suplir la debilidad de su propia base social, de quitar de en medio los obstáculos a su desarrollo, sin sucumbir a la centralización despótica y sin dar origen a un sofocante aparato burocrático?

Sabemos cuál fue la respuesta que dio a esta pregunta la sociedad soviética. Liquidada la experiencia del comunismo de guerra, se soltaron las riendas a las relaciones de producción mercantiles, superponiendo, para contener las fuerzas disgregadoras, un poder político que ya entonces acentuaba su carácter centralizado y delegado. Más tarde se pasó a luchar contra las relaciones mercantiles con la planificación de la producción centralizada y concentrada en los sectores decisivos, y con el férreo control del consumo. La base de este poder socialista, en lucha por la transformación de la sociedad fue, más que unas nuevas relaciones entre la clase obrera y el poder, más que la difusión de las nuevas relaciones sociales de producción en la industria, la fuerza y decisión de una vanguardia política que tenía sólidamente en sus manos el control del Estado: un esquema sustancialmente jacobino. Pero del que nacían con fuerza creciente nuevos privilegios; la burocratización y su otra cara, la ineficacia productiva y la apatía de las masas. La solución estalinista de este problema fue el Terror, en el sentido clásico del término: depuraciones, poder personal, violencia, como armas para hacer inestable el poder burocrático, para mantener una fuerte tensión en la sociedad, una conciliación entre las fuerzas populares y el aparato, entre el nacionalismo y el internacionalismo. El contenido real del terrorismo era la defensa del primer país socialista, la lucha contra el fascismo, el desarrollo de una nueva y moderna sociedad, y en estos fines, el poder volvía continuamente

a encontrar su propio significado objetivo y un contacto, en la URSS y a través del mundo, con las masas y las fuerzas progresivas. Pero la solución era contradictoria y sin salida. El Terror aceleraba continuamente la espiral burocrática; el poder autoritario tenía que entrar en contradicción con las nuevas fuerzas productivas; la rigidez dogmática obstaculizaba el desarrollo de las otras revoluciones del mundo y por lo tanto el final del aislamiento; la planificación centralizada dejaba sobrevivir zonas vastísimas de producción premoderna y mercantil. Peor aún, el poder burocrático y la debilidad de las relaciones de producción socialistas debían finalmente alimentar fuerzas y presiones de signo oportunista.

De todos modos, la de Stalin fue la única respuesta efectiva al nuevo problema histórico. La discusión de los años 20 sobre la política económica de transición, de la que fueron protagonistas Preobrajenski y Bujarin, no sale esencialmente del horizonte estalinista. El problema común, al que se proponen diversas soluciones divergentes, es cómo hacer frente a la presión cada vez mayor del sector privado de la economía, cómo hallar recursos para mantener la industrialización, qué ritmo dar al desarrollo, y no por el contrario, las formas y modos de contener la tendencia burocrática, cómo reorganizar el poder estatal, cómo hallar, en nuevas relaciones políticas y sociales, las premisas para el desarrollo del sector socialista.

Sólo hoy, en una situación totalmente distinta, y en nuevos países, el problema del poder socialista, en una fase de despegue, en medio de una lucha aún más dramática contra el subdesarrollo, se vuelve a proponer en formas nuevas: en China, en Vietnam, en Cuba. Y, cualquiera que sea nuestra opinión sobre estas experiencias aún en curso, hay una cosa evidente: el problema se afronta y reconoce como tal y no proponiendo soluciones librescas o la temática propia de realidades totalmente distintas; por primera vez, el estalinismo se discute sobre el terreno, utilizando la experiencia de errores y logros que son ya evidentes.

En su nivel de desarrollo aún más elemental, en la fisionomía primitivamente colectivista de la sociedad, en el carácter de larga lucha popular que ha tenido su conquista del poder, y por tanto, paradójicamente, en su mayor atraso, ¿no es posible encontrar las preciosas premisas para una transición al socialismo muy igualitaria, para una «prematura» difusión de las relaciones de producción no individualistas, para un desarrollo ideológico que no pase necesariamente por las fases de la cultura occidental?

Puede contribuir a corregir la unilateralidad de semejante modelo de transición —más inmediatamente igualitario, menos estatal, más directamente imbricado en la sociedad— y a resolver las antinomias que necesariamente se reproducirán en su interior, destinadas a agravarse mientras avanza el desarrollo, el nuevo carácter de la situación mundial. Existe ya un sistema de Estados socialistas desarrollados; las dificultades que surgen en sus relaciones, el renacimiento de las tendencias nacionalistas, la diferencia de sus fases de desarrollo, no pueden hacer olvidar el peso

de esta realidad y la potencialidad positiva que de ella se deriva. También en el interior de la sociedad capitalista occidental, advertimos el madurar de las nuevas tensiones, el inseguro proceder de una nueva tendencia contradictoria. ¿No puede nacer de esta dialéctica, donde se sea capaz de utilizarla positivamente, un tipo nuevo de transición al socialismo de las sociedades subdesarrolladas? Quizás sea su incapacidad de plantear el problema mundial en su unidad y con realismo lo que constituye el límite de esta experiencia.

Toda esta temática debe ser reconocida en su novedad y en su carácter específico, concretamente analizada, y es inútil buscar las respuestas adecuadas en textos clásicos —como **El Estado y la revolución**— a los que es completamente extraña.

En cuanto a su problema específico, el paso al socialismo como conclusión de un pleno desarrollo capitalista, **El Estado y la revolución**, después de cincuenta años de experiencia y sobre la base de una realidad que se ha hecho más transparente, manifiesta reales insuficiencias, deja abiertas interrogaciones que no se han resuelto.

Para todo lo que venga después del desarrollo capitalista, la revolución socialista representa o representará siempre un viraje « prematuro », un salto cualitativo, no será la sanción jurídica de una nueva sociedad ya pronta, sino el inicio de la edificación de una nueva sociedad. Ahora bien, teniendo que gobernar una sociedad que está aún dividida en clases, en la cual subsiste la división del trabajo y la distribución de « tipo burgués », es evidente que el Estado proletario, en su constitución y en su funcionamiento no puede dejar de reflejar el límite de su base social. El radicalismo de ciertas instituciones « democráticas » (la alternancia en la dirección politoadministrativa, la revocación del mandato, la eliminación de la burocracia y sus privilegios), por un lado, aparece impracticable, y por otro, puede ser envuelto y vaciado de contenido por los límites y mecanismos de la vida social. Lenin es consciente de todo esto (y por algo insiste, no sólo en la « gradualidad » de la extinción del Estado, sino también sobre la « gradualidad » del funcionamiento real de la democracia : la democracia será consecuente sólo en el momento en que se convierta en algo superfluo), pero no se detiene a considerar todos los aspectos e implicaciones que se derivan.

Dos problemas decisivos se plantean, cuya importancia podemos valorar hoy plenamente. Primero : ¿ La crítica del liberalismo y del parlamentarismo debe llevarse hasta el fin, y de tal modo que se suprima el problema de la disensión y su organización en la sociedad y en el Estado? ¿ El « poder democrático » puede ejercitarse, la lucha antiburocrática puede conducirse, por el « pueblo » o el « proletariado » como un todo y de un modo directo, o presupone la articulación de la vida política y social en una serie de instituciones y poderes, una competencia real de los individuos y de los grupos, a través de los que la voluntad popular pueda formarse, expresarse, seleccionar sus dirigentes? En **El Estado y la revolución**, todas estas cuestiones se evitan sustancialmente, las instituciones democráticas con

tanta pasión trazadas, no resguardan ya directamente el derecho de expresión de los individuos, de las clases, de los grupos en los que concretamente el pueblo se divide o puede dividirse. Más tarde, en el **El renegado Kautski**, Lenin explícitamente, niega la legitimidad del problema, superponiéndole la dialéctica de la lucha de clases. Rosa Luxemburgo, fue la primera en advertirle que la supresión de la libertad política, aunque se inicie solamente contra la clase enemiga, fatalmente se vuelve contra la misma clase que la decide; está en efecto, destinada a traducirse en una esterilización de las discusiones, en una ruptura entre clase y partido, en un renacimiento de la burocracia.

Lenin primero y Stalin después, se liberaron de esta obsesión, no sólo aduciendo las « condiciones particulares » en las que se movía el poder soviético (lo que habría sido quizás legítimo y ciertamente menos dañoso), sino con argumentos carentes de fuerza teórica. Justificaron la supresión de la pluralidad de grupos políticos, de la libertad de expresión ideológica, basándose en que en la sociedad socialista las clases iban desapareciendo, o en que el socialismo era una « dictadura proletaria » y la cultura tiene siempre un carácter « partidista ». Pero, precisamente estos argumentos contradicen el fundamento mismo de su razonamiento: el reconocimiento, por ejemplo, del carácter compuesto de la base social del nuevo régimen (obreros y campesinos) y, sobre todo, la teoría que niega la espontaneidad de la conciencia de clase y su formación. En la medida en que las estratificaciones de la sociedad subsisten, y la clase obrera no ha sido « suprimida », es imposible que la soberanía popular se forme y se exprese sin un órgano de mediación; el democratismo simplificado se convierte necesariamente en el poder delegado, en un partido jacobino que tiene necesariamente a transformarse en burocracia. Hoy todo esto parece evidente: no sólo porque la experiencia soviética nos ha enseñado bastante, sino porque el desarrollo de la sociedad capitalista avanzada no conduce, ni a una liquidación de las estratificaciones sociales en el interior de las fuerzas revolucionarias, ni a una identidad más espontánea entre la conciencia revolucionaria y la inmediatez proletaria. Pero la solución del problema no es tan fácil como pensaban los que se oponían a Lenin, y como, con ligereza, siguen creyendo muchos revisionistas actuales.

La primera dificultad nace del hecho de que los « derechos de la libertad », cuando han podido existir, en la experiencia burguesa, lo han hecho unidos a la institución de la propiedad privada, que les proporcionaba la necesaria base material y que contenía, en sus mecanismos objetivos, todas las dilataciones anárquicas y destructoras. ¿Cómo encontrar un fundamento a la autonomía de los individuos y de los grupos en una sociedad donde la propiedad es colectiva, pero las « bases materiales » tienen aún el sello de la escasez y de la necesidad, esto es, donde la propiedad no es aún « social » sino meramente « pública »? Y, por otra parte, ¿cómo impedir que la competición política e ideológica no degeneren en corporativismo o anarquía, en una sociedad cuyo tejido es unitario y eminentemente político, donde la libertad de los individuos no encuentra aún su verdadero

« límite » en la efectiva composición del antagonismo (sino en la diferenciación) individuo-género ?

Y a esto se añade una dificultad suplementaria. La democracia socialista es también, como todo Estado, el instrumento de una clase y realiza sus propios fines y respeta su verdadera naturaleza en cuanto asegura la dirección del Estado por el proletariado. Ahora bien, el proletariado, incluso en una sociedad socialista, existe como una realidad materialmente determinada, y no sólo como idea y concepto : su característica fundamental es la de representar el polo negativo e inferior de la sociedad. Y precisamente por esto, su liberación incluye su desaparición, y su supresión es la liberación de toda la sociedad. Pero el proletariado, mientras exista, será incapaz de ejercitar una hegemonía social, no podrá ser la « clase dirigente », en el sentido tradicional, de la sociedad. Su poder político invierte así en todo momento la « jerarquía natural », violenta continuamente a la sociedad existente ; su « dictadura » no puede expresar su « violencia » más que en el plano político. Por esto, la democracia socialista no es « el Estado de todos », sino que, en su constitución política, refleja directamente el verdadero carácter de clase. La dictadura proletaria es, por definición, la « dirección de aquellos que no la merecen » y no puede resolverse únicamente en hegemonía. ¿ Pero, cómo evitar que esta violencia se vuelva contra la misma clase obrera, se convierta en la base de un poder burocrático, separado y contrapuesto a la clase en cuyo nombre gobierna, y por lo tanto en el instrumento, no de una expansión de la democracia sino de una consolidación del privilegio ?

Lenin buscó la respuesta en la teoría del partido como vanguardia de la clase, que con la conciencia teórica y la unidad organizativa, invierte en su favor la desventaja del proletariado, trasciende su inmediatez, y se convierte en « clase dirigente ». Pero, de este modo, el problema ni se resuelve ni eleva su nivel, sino que se multiplica. En la vida del partido, en efecto, la cuestión de la articulación y las divergencias vuelve a aparecer, así como se perfila de nuevo la amenaza de la separación entre los dirigentes y los dirigidos : la teoría leninista del partido, como algo que desde fuera, elabora una « ciencia de la revolución » e introduce una conciencia revolucionaria en la clase, y la concepción organizativa del partido centralizado como « órgano de combate », no permite contrarrestar eficazmente la resurgente tentación jacobina o, peor aún, burocrática. La « democracia del partido » parece reflejar las mismas contradicciones que la « democracia en general ».

La más interesante línea de investigación para salir de tal **impasse**, me parece que es la iniciada por Gramsci y que, como sabemos, trata de definir una nueva relación entre el partido y la clase, la conciencia y lo inmediato, elaborando una nueva concepción del partido como intelectual colectivo, como « prefiguración », como sistema hegemónico.

Pero, incluso esta investigación que por una parte se acerca a la solución real del problema específico, por otra, abre una nueva temática. El partido podrá ser y funcionar, según lo concibe Gramsci, si puede

realmente conciliar un movimiento de la sociedad y de la clase, un complejo sistema de organismos, de tendencias, de ideas (el sindicato, la cultura, las costumbres, etc.), sobre el que establece una hegemonía, y tales realidades existirán a su vez, si tienen una dimensión organizativa, si son centros autónomos de poder, y serán conciliables, en cuanto la sociedad que reflejan de modo más directo, haya alcanzado efectivamente un proceso de unificación, es decir, si la sociedad está « dispuesta » a aceptar la hegemonía de la vanguardia.

Llegamos pues al segundo problema que **El Estado y la revolución** deja en gran parte sin resolver: el de la relación entre el poder socialista y su base social, el de la extinción del Estado como supresión positiva, esto es como remoción de los presupuestos económico-sociales a los que está unida su existencia.

Lenin se encara con este problema en la última parte de **El Estado y la revolución**, comentando el célebre razonamiento de Marx en la **Crítica al Programa de Gotha**, que distingue dos fases en el proceso de transición, la fase inferior (comúnmente llamada socialismo) y la fase superior (comunismo), analizando para cada una de ellas la cuestión del Estado en relación con la base económica.

Ahora bien, por lo que se refiere a la « fase superior » tal relación está definida ya en la forma sumamente sintética de Marx, de un modo riguroso: la extinción completa del Estado encontrará sus fundamentos en el nuevo carácter del trabajo, en la abundancia de los bienes, en su distribución « según las necesidades ».

En cuanto a la « fase inferior », las cosas son menos convincentes: aparece bastante menos claro el cómo y el por qué, gracias a qué mecanismos se hará realmente de ella la « transición al comunismo » y sobre qué fundamentos económicosociales se apoyará el proceso de extinción gradual del Estado, el ejercicio democrático del poder.

La sociedad de transición, en efecto, como la define Lenin, se caracteriza, en parte, por el hecho de que « no existe la explotación del hombre por el hombre, porque ha dejado de ser posible la apropiación privada de los medios de producción », y también por el hecho de que la planificación se extiende a toda la economía y « todos los ciudadanos se convierten en los empleados y obreros de un solo cártel que pertenece a todo el pueblo, el Estado ».

¿ Pero basta esto para garantizar el carácter socialista de la sociedad, su efectiva transición al comunismo, la extinción gradual del Estado ?

La propiedad de los medios de producción no equivale en absoluto a su apropiación social. Como el trabajo conserva su carácter « particular » y « alienado », como la acumulación sigue fundándose en el « trabajo inmediato » no pagado, del individuo, y los bienes de consumo son escasos respecto a las necesidades, la gestión de la economía no es ni puede ser « gestión social y directa », sino que se presenta en forma de propiedad y planificación estatal. El contenido social de la planificación, depende de que no existan en la estructura del poder estatal grupos privilegiados

se improductivos que puedan, por otro camino, apropiarse de parte de la plusvalía y fundar de este modo su poder exclusivo; depende del grado en que exista por parte de las masas un verdadero control del Estado y la planificación. Esta es, en definitiva, la diferencia entre un capitalismo de Estado, extendido a toda la economía, y el socialismo.

Para salir de este **impasse**, volveríamos a esgrimir el « carácter democrático y de clase del poder estatal », cuyo fundamento social tratábamos precisamente de encontrar. Lenin trata de romper este círculo vicioso a través de un nuevo concepto: « La contabilidad y el control —dice— son esenciales para regular el funcionamiento de la sociedad comunista en su primera fase [...], han sido simplificadas al extremo por el capitalismo convirtiéndose en operaciones sumamente sencillas de vigilancia y registro, o entrega de recibos, operaciones accesibles a cualquiera que sepa leer y escribir y hacer las cuatro operaciones ». Por lo tanto, basta destruir la máquina burocrática que perpetuaba el poder, ya completamente arbitrario de la burguesía, para hallar las bases socialistas para una democracia, para un poder no burocrático. Pero la realidad actual capitalista y la experiencia que ha sido realizada en la sociedad socialista demuestran que tal análisis no tiene fundamento: las funciones estatales no tienen en absoluto tendencia a la simplificación, y el poder burocrático demuestra tener raíces extraordinariamente profundas, que le hacen resurgir al día siguiente de la « expropiación de los expropiadores ».

El análisis de Lenin, en efecto, presupone que el desarrollo de las fuerzas productivas, liberado del embarazo de la anarquía de la competencia y de la propiedad privada, se afirma como una positividad unívoca, que tiende de por sí a la realización plena de las relaciones sociales de una sociedad comunista. La planificación se reduce a la administración racional, y la función estatal al control y contabilidad de las fuerzas productivas. Por carecer la burocracia de base social objetiva, el poder burocrático no es sino una mera degeneración superestructural.

Pero la realidad se nos presenta hoy en forma mucho más ambigua. El desarrollo de las fuerzas productivas tiene lugar en el capitalismo maduro, no sólo a pesar, sino también por medio de una alienación más grave y una división del trabajo más acentuada, la subordinación del consumo y la deformación de las necesidades, la disgregación del cuerpo social y su incapacidad de expresarse en fines no formales y valores autónomos. Las funciones estatales, en tal caso no se simplifican, sino que se complican mucho más y se extienden, pues la sociedad para funcionar, necesita finalidades subrepticias impuestas por un ente externo; el poder no se convierte en algo fungible porque la sociedad no prepara « a todos los ciudadanos » para ejercerle, por el contrario, tiene necesidad de una **élite** que le proporcione un orden arbitrario, y continuamente selecciona y forma con los adecuados mecanismos dicha **élite**. Se extienden y profundizan pues, las raíces del poder burocrático: la burocracia aparece siempre como la proyección alienada de las contradicciones y de las aporías del cuerpo social.

Ahora bien, como el burocratismo tiene sus raíces en el tejido más profundo de la sociedad, en la naturaleza de las fuerzas productivas y en las relaciones sociales de producción, la estatización de la propiedad y la planificación del proceso productivo no bastan para neutralizar esa tendencia: por el contrario, precisamente porque representan una extensión del poder estatal directo sobre toda la sociedad, el burocratismo se convierte en la amenaza específica, en el enemigo interno peculiar de la sociedad socialista. Quede claro, que esto no significa, como dicen los críticos románticos de la sociedad industrial, que la causa del autoritarismo (« la alienación del individuo ») no sea el régimen social, sino la ciencia y la técnica modernas; quiere decir, que entre el autoritarismo y las relaciones sociales de producción, existe una relación más compleja, debido al carácter que las fuerzas productivas asumen en una cierta estructura social, y que debe ser contrarrestado y transformado a un nivel más profundo.

Resolver, como con frecuencia se ha intentado, tal o cual problema, diciendo que la « democracia » debe de extenderse a la gestión económica, sólo es indicar la dirección justa para definir algunas reivindicaciones inmediatas e importantes en el plano institucional, pero no basta. El análisis de las problemas específicos del plan —no merece la pena demostrarlo de un modo concreto— nos lleva, en efecto, con bastante rapidez a análogos **impasses**; y no por casualidad, la « democratización del plan » tiende a realizarse en la práctica por medio de una vuelta a los mecanismos del mercado.

El verdadero nudo de la cuestión es otro. El Estado puede « empezar a extinguirse » y el plan evolucionar hacia la « gestión directa », pero sólo se « inicia inmediatamente » la realización del comunismo, cuando se avanza sin perder tiempo a lo largo de aquellos procesos reales y objetivos que culminarán en la sociedad comunista. Si el trabajo cambia « gradualmente » de naturaleza, superando su propio carácter especializado y alienado para convertirse en necesidad de universalidad, libre expresión del individuo; si el consumo se convierte « gradualmente » también, en la expresión de la personalidad, en vez de destrucción y derroche, encontrando en ello su propia autonomía y el propio límite natural; si, en suma, el individuo, en su totalidad, adquiere la posibilidad de apropiarse directamente —y « gradualmente »— todas las riquezas sociales, y la riqueza social se alimenta « de la apropiación de la fuerza productiva universal, es decir, del individuo social ». Sólo en este caso, podrá el Estado reducirse « gradualmente » a una « contabilidad y un control », hasta su desaparición completa. Diremos con una paradoja que invierte la célebre frase de Lenin: el Estado « podrá ser dirigido por una cocinera », sólo en la medida en que no haya cocineras.

Evidentemente, no por esto el problema de la democracia socialista pierde su carácter específico, la discusión en torno a la « constitución política » pierde importancia. Precisamente porque la edificación de un nuevo orden social se presenta como un proceso complicado, resulta evidente el condi-

cionamiento recíproco entre los diversos planos de los que la « transición » se compone : el político, el económico, el social y el cultural. Pero es en su unidad como debe de captarse este proceso, corrigiendo la unilateralidad que ha prevalecido hasta hoy, al confiar el desarrollo de las relaciones de producción socialistas al mecanismo de la planificación y al poder estatal proletario, descuidando las transformaciones del orden social, de los contenidos materiales de la producción. Se impone pues una nueva dirección de la investigación política, social y económica, capaz de plantearse los problemas concretos del trabajo, de la producción, del consumo, de la familia, del tiempo libre, de la cultura y de la técnica, en la sociedad socialista. De este modo, la cuestión de la democracia socialista encontrará bases nuevas, objetivas, para una salida real al dilema entre burocratismo o anarquía.

Puede parecer que, de este modo, la cuestión se complica, que ciertas fórmulas simples y reivindicaciones elementales (renacimiento del sóviet, libertad de expresión política y cultural, control obrero de la empresa, etc.) se pierden o se hacen impracticables. Es cierto que existe dicho peligro, porque en este terreno casi todo está por hacer, y no han de faltar aquellos que, en esta complejidad y circularidad del problema, encontrarán excusas para su inercia y conformismo.

Pero la realidad, tanto en los países capitalistas como en los socialistas, además de imponer este terreno —en mi opinión— hace también surgir un « movimiento real », los « materiales necesarios » para trabajar teórica y prácticamente en esta dirección. La ciencia y la cultura, por ejemplo, plantean actualmente, en su contradicción interna, el problema de la superación de las « especializaciones » : las mayores conquistas en el campo de las ciencias naturales y sociales, nacen de un proceso de descomposición y reconstrucción de las distintas materias, de una crisis positiva de la división del trabajo. La actitud productiva, al menos en los sectores de vanguardia, forma ya una « personalidad » del trabajador « tendencialmente universal » que contradice el carácter concreto de la profesión y postula un trabajo diferente. En el dominio del consumo, no sólo el aumento de las capacidades excedentes respecto a las necesidades naturales y elementales, ofrece ya la base de un consumo verdaderamente humano, sino que el mismo desarrollo civil hace madurar, con un carácter de emergencia, necesidades colectivas nuevas (sanidad, urbanismo, relaciones entre los sexos y generaciones) que exigen una superación radical de las relaciones sociales existentes.

El horizonte dentro del que se mueve el hombre de hoy es ya el horizonte del comunismo, por atrevida que parezca a algunos esta afirmación en un mundo que vive aún bajo el dominio del capitalismo, el terror de su violencia, la sugestión de su nueva barbarie y el drama del subdesarrollo. Nos acercamos ya, en extensas áreas del mundo, a aquella frontera, al otro lado de la cual —como Marx decía en las *Grundrisse*—, « no es el trabajo inmediato ejecutado por el hombre, ni el tiempo que éste trabaja, sino la apropiación de su fuerza productiva universal, su comprensión de

la naturaleza y el dominio consiguiente a través de la existencia del cuerpo social, lo que aparece como fundamento de la producción y la riqueza ». Y por esto, « el robo del tiempo de trabajo de otro, que es el fundamento actual de toda riqueza es algo bien miserable respecto a la nueva base. Apenas el trabajo en su forma inmediata deje de ser la gran fuente de riqueza, el tiempo dejará de ser su medida, el valor de cambio de su valor de uso [...] » Y en este caso : « el ahorro del tiempo de trabajo equivale al aumento de tiempo libre, esto es de tiempo utilizable para el pleno desarrollo del individuo que, como máxima fuerza productiva, influye a su vez en la productividad del trabajo. Desde el punto de vista del proceso de producción esto puede considerarse como producción de capital fijo : un capital fijo **being man himself** ».

Estos fragmentos me parecen reveladores. Para Marx, el comunismo no es (a la manera de la sociedad soñada por un Galbraith o de la « filosofía de los valores » marcusianos o neotomistas) el « máximo de libertad y humanidad » que la sociedad, después de haber conseguido un cierto nivel de producción material, y realizado las condiciones para controlar y dirigir tal producción, pueda finalmente permitirse. Su crítica del utopismo es más radical : el comunismo es la organización social objetivamente necesaria cuando las formas productivas han alcanzado tal grado de desarrollo, que un progreso sólo puede venir de una base « menos miserable de explotación », a que por lo tanto implica una plena explosión de la libertad y la creatividad del individuo social. La crítica cualitativa del desarrollo capitalista converge en este punto con la cuantitativa y es su premisa indispensable. El desarrollo no queda suprimido, sino transformado en proyecto revolucionario, en organización consciente de la potencialidad real de un contexto social que toda la historia ha producido. Pero si estamos ya en este momento —y tal es mi opinión—, abrir una discusión sobre el comunismo en términos concretos y actuales, cara a la realidad de los países avanzados, del campo socialista y del capitalista, no significa « aislar » esta realidad de la del resto del mundo o superponer una utopía, una « jerarquía de los valores » a la prosa de la realidad. En primer lugar, hay que volver a dar un sentido real y comprensible, al proyecto revolucionario, para las grandes masas de estos países (y no sólo para su capa más miserable), hablar de sus verdaderos y nuevos problemas, explotar las tensiones más profundas del sistema ; pero significa también abrir nuevos caminos, liquidar el derroche en el desarrollo económico, dar a las fuerzas productivas una dimensión y una cualidad adecuadas a las exigencias cada día más dramáticas de la mayor parte del mundo aún subdesarrollada e incluso en plena desintegración.

Es aquí, pues, en un nexo más estrecho entre la calidad y la cantidad, entre la libertad y la producción, entre la democracia política y la organización social, donde podemos encontrar hoy, en mi opinión, el hilo rojo que unifique al movimiento revolucionario mundial. Esto que en la mentalidad estrecha del capitalista o del burócrata puede parecer un « salto en el vacío », es la condición indispensable para un nuevo realismo.

El mérito fundamental de **El Estado y la revolución**, la razón de su modernidad y fecundidad, me parece que está, en el hecho de conducir, a pesar de sus insuficiencias, con el radicalismo de su inspiración revolucionaria, más allá del marxismo empobrecido de la versión socialdemócrata o jruschoviana, directamente a esta problemática que es la misma de Marx y el verdadero centro de la revolución de nuestro tiempo.

Alguno libros distribuidos por Editions Ruedo ibérico

Filosofía marxista contemporánea

Georg Lukács	Prolegómenos a una estética marxista	(Grijalbo)	24,— F
Georg Lukács	Aportaciones a la historia de la estética	(Grijalbo)	33,— F
Adam Schaff	Filosofía del hombre	(Grijalbo)	18,— F
Karel Kosic	Dialéctica de lo concreto	(Grijalbo)	24,— F
A. Sánchez Vázquez	Filosofía de la praxis	(Grijalbo)	30,— F
Georg Lukács	La significación actual del realismo crítico	(Era)	15,— F
A. Sánchez Vázquez	Las ideas estéticas de Marx	(Era)	21,— F
Georg Lukács	Teoría de la novela	(DEA)	15,— F
Henri Lefevre	¿Qué es la dialéctica ?	(DEA)	9,— F
Louis Althusser	La revolución teórica de Marx	(Siglo XXI)	15,— F
Herbert Marcuse	Eros y civilización	(Joaquín Mortiz)	15,— F

La revolución cultural socialista en China*

Fines y criterios de esta carta

1. La « revolución cultural socialista » en curso en la República Popular China es un hecho de enorme importancia para todas las fuerzas revolucionarias internacionales ; no sólo porque acontece en una parte decisiva del campo mundial anticapitalista (y, por tanto, repercute sobre toda la estrategia de la lucha por el socialismo en el mundo), sino por las características que ha asumido, en sus **formulaciones teóricas** y en los **problemas que de hecho implica**. En efecto, asume el carácter de una **lucha política** sobre los principales problemas que se plantean a un país socialista situado en un contexto mundial dominado hasta ahora por el capitalismo mundial. Por estas razones, la actitud de quien se halla directamente comprometido en la lucha anticapitalista no puede ser pasiva ni de mera reconstrucción analítica de los hechos, sobre tal o cual particular de la misma. Es, pues, urgente una **toma de posición**, pero ésta no puede consistir en una genérica aprobación o desaprobación de lo que de los acontecimientos en curso se conoce. Es preciso intentar individualizar cuáles son los **elementos cruciales** de la situación, es decir, aquellos que más directamente influyen sobre la perspectiva estratégica de lucha incluso en otros países : bien en forma de **indicaciones y elaboraciones teóricas** generalizadas, bien en forma de **actos políticos concretos**. Es necesario, por tanto, ir más allá de los detalles, a menudo inconexos y contradictorios, referentes a los episodios concretos del movimiento (que constituyen la mayor parte de la información difundida

en los países capitalistas y del área soviética), e intentar ver más claro en dos direcciones :

a) individualizar desde ahora los **elementos (teóricos y prácticos) útiles para nosotros, en la situación de lucha de los países capitalistas avanzados** : ya sea porque constituyan contribuciones teóricas de validez general, sea porque clarifiquen las relaciones entre las diversas fuerzas de la lucha de clases internacional y refuercen el campo revolucionario. Precisamente porque somos parte activa (aunque limitada) de esta lucha, podemos utilizar desde ahora estos elementos, en base a las exigencias de la situación en que operamos, y en modo parcialmente autónomo del desarrollo de la situación en China.

b) es necesario, sin embargo, valorar, después, el **peso** y la **capacidad de predominio** que estos elementos tienen en la **concreta situación china** : esto es, individualizar una **línea de tendencia**, de manera que se pueda prever si los « elementos válidos » se reducirán a algunos **pronunciamientos teóricos** y a algunos **hechos transitorios**, o bien constituirán el **núcleo fundamental de la política de los comunistas chinos en el próximo futuro**.

Esta carta quiere ser una primera, provisional contribución en tal doble dirección (aunque los límites objetivos de la información permitan afrontar el segundo aspecto mucho menos adecuadamente que el primero). Por ello, esta carta se detendrá, de un lado, menos sobre los aspectos específicamente « culturales » de la revolución en curso y más sobre su alcance político e ideológico general ; por otra

* Lettera n° 13 de Quaderni rossi, enero de 1967. Traducción de M. Pujadas.

parte, no pretende esclarecer todos los hechos y episodios, a veces contradictorios, todas las posiciones en juego, las relaciones de fuerza entre ellas y su posible evolución futura, sino que intenta destacar los elementos que desde ahora permiten una **consciente toma de posición política**, aplicable autónomamente a las actuales condiciones de lucha en nuestro país¹.

Riesgos de degeneración capitalista en un país socialista

Problemas de la revolución socialista en un país subdesarrollado

2. El hecho histórico de que el capitalismo haya sufrido los fracasos más importantes en sus « eslabones más débiles », o sea, en los países menos desarrollados económicamente, y que tales fracasos no hayan extendido la revolución rápidamente a los países capitalistas avanzados, ha suscitado una serie de enormes problemas allí donde las fuerzas revolucionarias se han encontrado en el poder de tal manera.

En efecto, éstas se han encontrado en el poder en países **económicamente débiles**, en los que la **clase obrera era minoritaria**, en los que el **nivel de conciencia de las masas** era, en ciertos aspectos, « **pre-socialista** »: bien porque, en lo político, se encontraban en buena parte bajo un tipo de explotación precapitalista (por ejemplo, campesinos explotados por el señor o por el Estado o por capitalistas

ajenos al país), bien porque, en lo técnico, su nivel de preparación estaba muy por debajo del que requiere una participación activa en la dirección política y económica.

Estos elementos de fondo de la situación comportaban, a su vez, importantes consecuencias. De una parte, en lo económico, el primer problema era el de **acelerar al máximo el desarrollo**, de manera que se superasen los atrasos más graves, y al mismo tiempo realizar tal esfuerzo **sin ayuda exterior** de los países más desarrollados, por cuanto en manos de los capitalistas: uno y otro aspectos tenían graves consecuencias sobre el **nivel de vida de las masas**. De otra, las posibilidades de que este esfuerzo y estos sacrificios fuesen conscientemente sostenidos y decididos por las mismas masas, se hallaban limitadas por las mismas condiciones objetivas de que se ha hablado anteriormente: el nivel económico atrasado tiende a estimular **exigencias de aumento inmediato del nivel de vida**; el predominio de una masa campesina puede estimular **aspiraciones a la propiedad individual**, etc.

Estos problemas podían y pueden empujar a las fuerzas revolucionarias ya en el poder hacia una serie de soluciones políticas que, en último extremo, llevan de nuevo a la sociedad a una situación capitalista —bien que a un nivel más avanzado de desarrollo. Esta « degeneración » aparece a través de un complejo y contradictorio proceso, del cual intentaremos indicar, muy esquemáticamente, algunos aspectos.

La « fase burocrática »

El primer paso se da con la **organización de la sociedad « desde arriba »**, con una fuerte concentración del poder de dirección política y económica, en el interior; y, en el exterior, con la exigencia de **defensa y**

1. En el curso del análisis se recogerán en forma sumaria elementos que han sido desarrollados de manera más profunda en precedentes publicaciones de *Quaderni rossi*, en particular en los artículos de E. Masi en los números 4 y 6 y en la « lettera » de *Quaderni rossi*, número 5.

conservación del Estado socialista, frente a los peligros (políticos y económicos) que plantea la situación internacional. Estos pasos son, en buena parte, inevitables; pero el modo en que se efectúan y las consecuencias a que dan lugar, pueden aumentar o disminuir y dominar las condiciones y las fuerzas sociales que empujan hacia un regreso al capitalismo. ¿En qué modo estas tendencias « degenerantes » se refuerzan? En el interior cuando la estructura centralizada y burocrática del poder provoca la formación de una verdadera **clase**, interesada en conservar poder económico y político en sus propias manos. En el exterior cuando la exigencia de « seguridad » lleva a **evitar los conflictos** que puedan poner en peligro la existencia (o, a menudo, incluso sólo la estabilidad económica) del Estado socialista, aunque sea a costa de **sacrificar** a ello el **desarrollo del movimiento revolucionario en otros países**.

La degeneración capitalista

Con ello las bases para la vuelta al capitalismo están ya planteadas en buena parte. Cuando el nivel de desarrollo aumenta, la clase en el poder que se ha ido constituyendo, tiende a mantener el propio **dominio sobre las masas** conduciendo sus aspiraciones hacia **objetivos de bienestar económico y de movilidad social**; y las tareas internacionales del país socialista se definen en términos de **competición económica** con los países capitalistas. Llegado a este punto, soluciones cada vez más cercanas a las capitalistas llegan a ser las más racionales en el interior, tratándose de organizar una **producción en masa de bienes de consumo** en condiciones de **persistente subordinación de las masas**: se crea una especie de círculo vicioso, en el que una creciente productividad es necesaria para satisfacer las

aspiraciones al consumo estimuladas deliberadamente, y en el que una creciente subordinación de tipo capitalista es la solución más fácil para lograr tal productividad. En lo externo, las relaciones con los países capitalistas son cada vez más de colaboración: ya sea porque el menor apoyo a los movimientos revolucionarios internacionales ha hecho posible esta colaboración, ya sea porque, en lo económico, ésta es la vía más fácil para alcanzar los objetivos que se ha fijado (y es ventajosa y buscada por los capitalistas, por que el tipo de producción y de economía del país socialista es cada vez más similar al suyo, abriendo así un nuevo y amplio mercado de exportación).

La degeneración no es inevitable pero depende de decisiones políticas

Este proceso **no es inevitable**; mas no existe tampoco una solución que lo conjure y lo bloquee desde el principio. En efecto, a un país socialista subdesarrollado no le es posible crear desde el primer momento una democracia socialista interna y actuar de manera rigurosamente revolucionaria en el exterior, eliminando todo problema de seguridad y supervivencia. Sin embargo, en todo momento de su desarrollo existen determinadas **opciones políticas decisivas**: de las que depende el que se refuercen los elementos de degeneración (primero burocrática, después capitalista), o en que se mantengan —en modo tal vez difícil y contradictorio— algunas características socialistas fundamentales internas y se refuerce el movimiento revolucionario en el plano internacional.

En nuestra opinión, la **URSS** constituye el ejemplo típico de cómo una serie de decisiones políticas han desembocado en la primera dirección, la de la **degeneración capitalista**, y **China** representa el intento

más importante de decisiones políticas referentes a la segunda, la del **mantenimiento y refuerzo de características socialistas** aunque se halle en la difícil situación de un país económicamente atrasado y aislado en el contexto internacional.

El ejemplo de la URSS

3. No es posible aquí recorrer con detalle las etapas de la involución capitalista de la URSS. Intentaremos, no obstante, individualizar algunas de las **decisiones políticas cruciales**, esto es, las « respuestas a problemas objetivos » que han reforzado —de manera cada vez más deliberada— las tendencias de degeneración capitalista.

Algunas decisiones que han contribuido, aunque sea involuntariamente, a desarrollar tales tendencias, se pueden hallar en la política del partido bolchevique ya antes de la toma del poder.

Dos son importantes, en particular :

a) el problema de la **relación con las masas campesinas**. La falta de un trabajo de formación y de organización de los campesinos **sobre base socialista** (no queremos discutir aquí en qué medida sea ello debido a factores objetivos o a « prejuicios ideológicos »), ha determinado fuertemente el desarrollo futuro, llevando a una **reforma agraria no socialista** poco después de la toma del poder, para conquistar la incorporación de los campesinos a la guerra civil, contribuyendo así a formar una fuerza no socialista en la sociedad, con todas las consecuencias que ello implica ;

b) la **concepción del partido**. En la misma concepción leninista del partido se pueden individualizar elementos del planteamiento de la **relación entre partido y masas**, que han contribuido más tarde a impedir —tanto en lo teórico como en lo práctico— la formación de posiciones políticas y de

fuerzas que contrarrestasen la constitución de una « clase en el poder » y a que se desarrollasen tendencias dirigidas a la vuelta al capitalismo. Sin embargo, es después de la toma del poder, y en particular **después del fracaso de la revolución en Europa**, cuando las tendencias de degeneración del Estado socialista se destacan, debido a concretas decisiones políticas. A partir de este momento, el **partido** que, en vez de propiciar los elementos de control crítico, de individualización de los límites y contradicciones impuestos por la situación, construye una « **ideología de comodidad** » y adapta progresivamente la concepción del socialismo a las decisiones que realiza de hecho : en vez de propiciar los elementos de orientación para valorar cuánto camino queda por recorrer y qué peligros se deben afrontar, la ideología justifica en tanto que socialista cualquier decisión política adoptada por el partido.

El periodo estalinista

El primero y más importante ejemplo de este método es la teoría del **socialismo en un solo país**. Según ella, en vez de reconocer la contradicción entre fracaso de la revolución internacional y edificación del socialismo en la URSS, afrontando críticamente los difíciles problemas que comporta, se la considera como situación perfectamente adecuada para la construcción del socialismo : con ello, desarrollo del socialismo y refuerzo del Estado soviético se identifican ; las consecuencias en el plano internacional (por las que en ocasiones las exigencias de supervivencia estatal llevan a sacrificar los movimientos revolucionarios) ya no se las considera como límite, sino como perfectamente coherentes con una línea socialista.

Un segundo elemento consiste en la subordinación de los problemas de la **estructura**

de clase de la URSS a las exigencias de la planificación: **privilegios económicos y políticos para la burocracia, poder creciente a los dirigentes empresariales sobre los obreros, diferencias salariales crecientes** entre los diversos niveles, se desarrollan progresivamente, ignorando las consecuencias de tales elementos sobre la **estructura de clase** (contribuyendo a la formación de **clases privilegiadas** dotadas de intereses propios) y sobre el **tipo de conciencia de las masas** (contribuyendo al desarrollo de **aspiraciones y valores de tipo burgués**). En ausencia de intervenciones políticas dirigidas a contrarrestar estas tendencias, se va formando un mecanismo de planificación cuya lógica misma comporta su refuerzo.

La fase postestaliniana

Todo esto allana el camino para un tercer grupo de decisiones políticas, que se han dado en el periodo postestaliniano: **la definición de la relación con el capitalismo en términos de competencia económica y el planteamiento, coherente con aquélla, del trabajo de educación política de las masas**. Así, los gérmenes de aspiraciones de tipo burgués, ya creados por las diferencias salariales y por la jerarquización, se han desarrollado ulteriormente: es fácil, llegados a este punto, presentar la actual evolución en sentido capitalista como « correspondiente al deseo de las masas ». En esta última fase, las consecuencias de tipo capitalista son cada vez menos « consecuencias imprevistas » y no queridas por determinadas decisiones; antes bien, son cada vez más conscientemente determinadas: la actual **línea de transformación de la planificación económica**, constituye el ejemplo más claro. En el **aumento del margen de autofinanciación de las empresas**, en el intento de aplicar **técnicas capitalistas de control de la**

fuerza-trabajo, en el tipo de **poder económico y político** otorgado a los « **managers** » (bien respecto a los trabajadores subordinados, bien respecto al poder político central), los rasgos comunes con la sociedad capitalista no son ya aislados o esporádicos (ligados a un particular problema « de emergencia »), sino que se entrelazan y componen en un cuadro cada vez más coherente. Naturalmente, la ideología hace su correspondiente evolución, adaptando la definición de « **socialismo** » (y de la misma « **sociedad comunista** ») a las características de la actual política.

No entramos aquí en la comparación detallada de los modos de funcionamiento de ambos sistemas, de las diferencias que subsisten, de cuánto y con qué rapidez tenderán a desaparecer. Los ejemplos sumariamente aducidos, sirven sólo para mostrar cómo un **tipo particular de decisión política y de ideología justificatoria** han aumentado, y no contrarrestado, **las tendencias de degeneración, burocrática** inicialmente y **capitalista** después, siempre latentes en un país socialista que se halla rodeado de un área mundial preponderantemente capitalista. La actual sociedad soviética no es, por lo tanto, el resultado de un proceso inevitable derivado de las condiciones iniciales, sino del **modo que se ha elegido políticamente para afrontar tales condiciones**; se han adoptado una serie de decisiones políticas que, al menos en sus comienzos, no eran irreversibles pero que se han acumulado progresivamente en una lógica de degeneración en sentido capitalista cada vez más coherente.

La vía china: presupuestos históricos y teóricos

4. La **China revolucionaria** se ha encontrado frente a problemas muy parecidos a los de los revolucionarios soviéticos: el

atraso económico era incluso más agudo (por el menor nivel de industrialización y por el problema suplementario de la cantidad y crecimiento de la población); la **incidencia de la clase obrera** era menor (como posibilidad de actuar como vanguardia revolucionaria, al ser mermada por las represiones del Kuomintang en los años 1920). Después de la toma del poder, el aislamiento económico de China fue, durante cierto tiempo, menor que el que sufrió el pueblo soviético —pudiendo disfrutar de la ayuda que la URSS le procuró, en aquel momento con un grado más elevado de desarrollo—; pero con el cese brusco de la ayuda soviética en 1960, la situación económica se ha agravado. Las respuestas teóricas y políticas dadas por los camaradas chinos, durante la lucha revolucionaria y después de la toma del poder, han sido sin embargo mucho más adecuadas, y aún hoy son válidas en una serie de aspectos.

En la base de estas respuestas —durante y después de la revolución— se encuentra, en lo teórico, una fuerte y deliberada **acentuación** de los aspectos de **conciencia política, de educación y de organización de las masas**, como fuerza capaz de afrontar y dominar las dificultades objetivas. En la fase misma de la lucha revolucionaria, a partir de la ascensión de Mao Tse-tung a la dirección del partido, este planteamiento ha tenido una primordial, decisiva traducción práctica en la **capacidad de organización revolucionaria de las masas campesinas y subproletarias**. Este hecho, junto a una serie de **características organizativas de la lucha revolucionaria** y a su misma **larga duración**, ha permitido **afrontar parcialmente, ya antes de la toma del poder, algunos importantes problemas de dirección y de organización de la sociedad socialista**: el primero de ellos, el de la organización colectiva de la producción agrícola.

Pero son de subrayar más aún —en el cuadro de esta « carta »— los aspectos teóricos y prácticos que se refieren a la fase sucesiva a la toma del poder (aunque quizás ya elaborados antes de ésta).

La vía china: país socialista y revolución internacional

5. A nivel internacional, se pueden deducir de las actitudes chinas una serie de referencias de gran valor para definir la **posición y la función de un país socialista en la actual situación de la lucha de clases internacional**, y las consecuencias que de ella se deben deducir **dentro de dicho país**:

a) mientras exista el capitalismo mundial como área económicamente dominante, no es posible —incluso en los países en que los comunistas han tomado el poder— la constitución de un « sistema socialista acabado en sí », de una sociedad sin clases; **el país en que los comunistas están en el poder debe ser considerado en el contexto de la lucha de clases internacional**, es una « zona ocupada » por las **fuerzas revolucionarias**: con todas las ventajas que ello implica, pero también con todos los riesgos y consecuencias que tal situación comporta en el modo de « administrar » dicha zona y de organizar a las masas que a ella pertenecen. Las ideologías que no reconocen esto son **mistificadoras**, ocultan los reales problemas tanto de la revolución internacional como de la construcción de una sociedad socialista.

Esta posición teórica no sólo plantea correctamente la relación entre problemas internos y problemas internacionales, sino que, al mismo tiempo, ayuda a plantear la **relación entre revolución en países de capitalismo avanzado y revolución en países subdesarrollados**. En efecto, tal postura da un compacto fundamento teó-

rico al valor socialista que puedan asumir ya hoy las revoluciones en los países subdesarrollados (contra las cómodas posiciones de quienes dicen que sólo de los países capitalistas con alto nivel de desarrollo puede partir la revolución socialista), sin querer con ello construir la ideología de un « socialismo subdesarrollado » que pueda realizarse por sí mismo y de manera acabada, independientemente de los problemas de la revolución internacional en los demás países (como han teorizado, por ejemplo, ciertos movimientos revolucionarios africanos). No faltan, en las posiciones chinas oscilaciones y atenuaciones de esta toma de posición; mas de éstas y de aquéllas es responsable en primer lugar la falta del « otro término » del campo revolucionario mundial, es decir, de una fuerza revolucionaria en los países capitalistas avanzados. Esta ausencia empuja, en ocasiones, a los camaradas chinos hacia un simplístico planteamiento, en términos de lucha únicamente entre pueblos oprimidos e imperialismo: y es particularmente absurdo que sean precisamente los comunistas occidentales, principales responsables de tal carencia, quienes pretendan acusar a los chinos de « ignorar la función revolucionaria del proletariado occidental ».

b) precisamente porque el « país socialista » no es más que una zona de la formación de clases internacional, en la que subsisten particulares relaciones de fuerza, la lucha continúa también en el país socialista, tanto en su dimensión interna como en la de la unión de clase internacional (y en ella donde las clases contrarrevolucionarias del país socialista, bien que derrotadas inicialmente, pueden hallar el alimento más fuerte para una acción contrarrevolucionaria dentro del país).

La lucha de clases dentro del país socialista

6. Este planteamiento del problema en términos internacionales nos da también un cuadro coherente para una visión de los problemas internos en sus dimensiones de clase. En la teoría y en la praxis de los comunistas chinos, estos aspectos están clarificados: tanto la reducción de los problemas de la planificación a problemas puramente técnicos, como la reducción de los problemas políticos en términos puramente de partido, abstractos como análisis de clase, son rechazados. A nivel más directamente teórico, el análisis realizado por Mao Tse-tung de las « contradicciones en el pueblo » y de « aquéllas entre los enemigos y nosotros », es un claro ejemplo; otro lo es el rechazo de la tecnología y la organización de la producción consideradas como algo ajeno al contexto social, como un campo gobernado por leyes autónomas y necesarias, al que no es posible sino adaptarse, considerándolo, al contrario, como un campo objeto de decisiones políticas, de las que, a su vez, dependen las consecuencias sociales y políticas que la tecnología engendra. Pero existen también importantes ejemplos de cómo se ha intentado afrontar, en el terreno práctico, una serie de problemas derivados de la situación objetiva china: los riesgos de que las « exigencias de la producción » determinen, en lo económico y en lo político, la formación de una clase privilegiada; los riesgos de que las exigencias de conservación y seguridad del Estado lleven, dentro de las fronteras, a la formación de una tecnocracia militar y, fuera de ellas, a una política basada en criterios puramente diplomáticos y desligada de los principios socialistas; en fin, los riesgos de que el mismo mejoramiento del nivel de vida de las masas contribuya al resurgir de aspiraciones « burguesas »

y haga perder de vista los fines revolucionarios. Podemos enumerar sumariamente algunos de los modos en que se ha intentado afrontar estos problemas :

Igualdad salarial. La política de igualdad salarial, esto es, el intento de evitar la formación de diferencias demasiado fuertes en las ganancias entre ciudad y campo, entre técnicos y obreros, entre burócratas y resto de la población ; esta política, de intensidad variable (por ejemplo, de gran intensificación cuando el « gran salto adelante », para más tarde retroceder), ha permanecido como elemento constante y de importancia creciente en la línea de los camaradas chinos ;

Obligación del trabajo manual. A la anterior medida se une la obligación del trabajo manual, que, en lo inmediato, es uno de los instrumentos con que se quiere evitar la cristalización de « modos de vida » privilegiados, pero que tiene una especial importancia a largo plazo, como primero, aunque inadecuado, elemento de crítica y contraste a las desigualdades sociales derivantes de la división del trabajo como tal (y que indica, por tanto, posibles desarrollos —en un futuro todavía lejano— de una política de rotación de trabajos) ;

El ejército popular. La teoría y la organización del ejército popular, con la polémica contra las concepciones « tecnológicas », con el regreso a la abolición de las distinciones exteriores (los grados), etc., se enlaza evidentemente con el enorme problema de la guerra revolucionaria y de su función, pero tiene también su importancia en la estructura interna de la sociedad ;

Política y producción. El rechazo de considerar la producción como un « reino

autónomo », y, por tanto, la insistencia sobre el papel de la política incluso en este nivel : aunque se esté lejos de haber encontrado los instrumentos adecuados a esta exigencia, y la intervención de la « política » se haya manifestado tal vez en la forma genérica de slogan o en la burocrática de las reuniones o de las intervenciones de los comités de partido. Cada uno de estos tipos de política se une, directa o indirectamente, a la lucha contra la formación de este o aquel grupo privilegiado en tal o cual sector : aquéllos se han manifestado, por tanto, incluso en verdaderas « campañas », más o menos violentas y explícitas, contra uno u otro de tales grupos. Los más frecuentemente afectados (incluso antes de la « revolución cultural ») han sido los intelectuales y las autoridades académicas ; pero, en diverso modo, han sido atacados a menudo los « tecnócratas de la producción », los del ejército, ciertos estratos de la burocracia. Como veremos más adelante, la revolución cultural ha llevado estos ataques a un nivel más explícito y violento.

Los aspectos nuevos de la «revolución cultural socialista»

El análisis crítico del partido y de la función de las masas

7. La revolución cultural se inserta coherentemente en la línea teórica de los comunistas chinos y en el esfuerzo de ponerla en práctica hasta ahora realizado. En particular, constituye un desarrollo y un intento de aplicación de la teoría de la lucha de clases en el interior de un país socialista y de las relaciones entre esta lucha y el contexto internacional.

En términos generales, dos son los elementos nuevos, de importancia fundamental, que emergen de su planteamiento teórico:

—el análisis en términos de lucha de clases de todos los aspectos e instituciones de la sociedad socialista, incluida la organización del partido: ningún grupo o institución es considerado «por definición» inmune al riesgo de desempeñar una función contrarrevolucionaria y la crítica de clase debe, por lo tanto, ejercitarse sobre todos;

—en justa correspondencia, se acentúa enormemente la importancia de la función ejercitada directamente por las masas, por cuanto las fuerzas capaces de derrotar a las tendencias de degeneración antisocialista se definen, precisamente, en términos de clase y no de cualquier institución considerada como portadora y garante por naturaleza de la línea revolucionaria. Este mismo hecho aumenta enormemente el nivel de conciencia política que se precisa en las masas para desempeñar su función, e impone, por tanto, un análisis crítico del nivel de conciencia existente y una acción particularmente rápida e intensa para hacerlo más adecuado.

Por lo tanto, intentaremos ver, ante todo, cómo se plantean estos problemas en los documentos teóricos oficiales del Partido Comunista chino (o sea, en el «comunicado» y en la «decisión» de 16 puntos de la XI sesión plenaria del VIII Comité Central, de agosto de 1966) y en algunos artículos que los completan.

Factores de degeneración en un país socialista

8. Los factores que pueden alimentar una tendencia contrarrevolucionaria dentro del país se definen:

a) grupos sociales y políticos, supervivientes de la vieja sociedad, han conquis-

tado posiciones de poder en la nueva, y quieren mantenerlas y consolidarlas. Para ello empujan hacia una evolución en sentido burgués que es la más adecuada para sus fines: a ellos se refieren como a «aquellos que después de infiltrarse en el partido han conseguido posiciones de poder, pero siguen la vía capitalista» («16 puntos», p. 2);

b) viejas costumbres, ideologías y valores asimilados en el sociedad burguesa que no sólo inspiran a los grupos de que más arriba se ha hablado, sino que pesan en diversa medida sobre las mismas actitudes políticas de las masas («estas resistencias [...] provienen también de la fuerza de viejos hábitos de la sociedad». «16 puntos», p. 2).

La especial acentuación del elemento cultural, en la fase actual de la revolución, deriva precisamente de la conciencia del peso enorme que tiene este segundo elemento. Mas son igualmente importantes las consecuencias del planteamiento dado a la lucha contra los grupos que alimentan el primer factor contrarrevolucionario, y cómo deben ser combatidos tales grupos.

Lucha contra los grupos que detentan posiciones de poder

9. Hemos visto cómo la conciencia de los riesgos de formación de grupos privilegiados, y el esfuerzo en la lucha contra ellos, han caracterizado muchos aspectos de la política china de los últimos años. Sin embargo, esta línea viene hoy precisada y llevada a sus últimas consecuencias. Se afirma con claridad que estos grupos—cuyo lógica de intereses y de poder empuja hacia una degeneración burguesa de la sociedad, en la que tales intereses y tal poder se puedan desarrollar mejor—son grupos que detentan importantes posiciones de poder en el partido y en el Estado, y que, por tanto, su derrota

no puede advenir con normales operaciones de «rutina» burocrática, sino que comporta una verdadera **lucha revolucionaria por parte de las masas** y hacia el derrocamiento de un poder existente. Este poder halla sus raíces, por ejemplo, en muchos niveles de la organización del partido: desde los cuadros más altos hasta niveles «intermedios» muy importantes, tales como comités ciudadanos o regionales dotados hasta ahora de un enorme e indiscutido poder en la sociedad: «el principal objetivo del ataque se encuentra en aquellos que ocupan puestos de mando en el seno del partido y que han adoptado la vía capitalista. Bombardead las sedes centrales y bombardead el grupo de personas en el poder que han tomado la vía capitalista» (del discurso de Lin Piao a los guardias rojos, 15 de septiembre de 1966).

Esto tiene implicaciones muy importantes, explícitamente enunciadas: significa, en particular, que **no es la máquina del partido** quién puede llevar a cabo esta operación, antes bien, ésta es dirigida, en parte, contra tal máquina.

Esta acción revolucionaria, por lo tanto, debe realizarse **directamente por las masas**, bajo la guía de un grupo dirigente revolucionario: la acción de las masas, como la de sus dirigentes, no se legitima por razones institucionales, encubierta por tal o cual cargo, sino por el **contenido revolucionario, de izquierda**, de sus posiciones. A la luz de todo ello se sitúan varias afirmaciones de los dirigentes chinos, en las que se dice explícitamente que si el actual grupo dirigente escogiese un camino oportunista las masas deberían liberarse de él y continuar la vía revolucionaria con una nueva dirección.

Las masas, pues, no debe temer revolverse incluso contra ciertas instituciones o ciertos dirigentes del partido, con tal que sean guiadas, en tales acciones, por

algunos criterios revolucionarios. La referencia al pensamiento de Mao Tsé-tung debería procurar precisamente alguno de estos **criterios elementales de orientación**, que permitan a las masas **juzar y criticar** al aparato concreto del partido y a sus dirigentes, y deducir las consecuencias incluso en el plano de la acción concreta. Veremos más adelante en qué medida tal referencia (que surge a través de una simplificación del pensamiento de Mao Tse-tung, del que se extraen algunas fórmulas y slogans fundamentales) sea eficaz y suficiente: pero es importante notar aquí la función que aquél tiene en este planteamiento teórico, es decir, la de **procurar a las masas, a todos sus componentes, un criterio de orientación que puedan utilizar directamente y en primera persona.**

La función de las masas

10. La **tarea determinante encomendada a las masas en esta perspectiva** propone de nuevo el segundo orden de problemas: las mismas masas pueden ser, en mayor o menor grado, víctimas de las viejas costumbres e ideologías; de ahí la urgencia de los propósitos **culturales** de la revolución. Pero ello conduce a una situación contradictoria: de un lado, la revolución cultural es necesaria para el desarrollo de la conciencia política de las masas; de otro, aquélla no puede ser «delegada» por las masas a nadie, sino que debe ser realizada por ellas y en primera persona.

Con justeza, los camaradas chinos rechazan una solución «formal» del problema, que sólo sería posible bien delegando en el partido las funciones propias de las masas, bien distinguiendo artificiosamente varias «fases» de la revolución cultural (la inicial, en la que las masas «son educadas» por el partido —en cuyo seno la

lucha se desenvuelve con medios exclusivamente burocráticos— y la ulterior, en la que las masas intervienen en primera persona).

En primer lugar, pues, se insiste en que **la conciencia política de las masas** sólo puede desarrollarse mediante su **participación directa y total en la revolución cultural**, a través de la más amplia libertad de diálogo y el máximo esfuerzo en el razonamiento: el elemento coercitivo debe consistir sólo en la **privación de las posiciones de poder** de los grupos privilegiados que siguen la vía capitalista, y no en limitar el diálogo y la acción de las masas (y ni siquiera la **libertad de discusión** de las minorías o de los camaradas con posturas erróneas).

Las masas deben actuar directamente

« En la gran revolución cultural proletaria las masas pueden liberarse sólo por sí mismas y no se puede actuar en modo alguno en su lugar. Hay que tener confianza en las masas, apoyarse en ellas y respetar su espíritu de iniciativa. No hay que temer a los desórdenes. El presidente Mao nos ha enseñado desde siempre que una revolución no puede realizarse con elegancia, delicadeza, amabilidad, cortesía, contención. Que las masas se eduquen en este gran movimiento revolucionario y distingán lo que es justo de lo que no lo es, entre las maneras de actuar correcta e incorrecta » (« 16 puntos », punto 4).

« Es normal que entre las masas populares existan opiniones diferentes. Confrontar las diversas opiniones es inevitable, necesario y útil. En un diálogo normal, conducido a fondo, las masas populares sabrán afirmar lo que es justo y corregir lo que es erróneo y se acercarán gradualmente a la unanimidad. El método del razonamiento apoyado sobre los hechos y el de la persuasión, deben ser adoptados

en el debate. No está permitido usar el método de la constricción con la minoría que sostiene opiniones diferentes. La minoría debe ser protegida porque a veces la verdad está de su parte. Incluso si en ocasiones tiene opiniones equivocadas, le está siempre permitido defenderlas y mantenerlas. En una discusión hay que recurrir al razonamiento, nunca a la constricción o a la coerción. En el transcurso de cada debate, todo revolucionario debe saber reflexionar en modo independiente y desarrollar el espíritu comunista de osar pensar, osar hablar, osar actuar. Los compañeros revolucionarios, en el cuadro de una misma orientación general, y para reforzar la unidad, deben evitar las discusiones sin fin sobre cuestiones secundarias » (« 16 puntos », punto 6).

Este método —por lo demás— se halla ya en la distinción operada por Mao Tse-tung entre « las contradicciones en el seno del pueblo » y « aquéllas entre los enemigos y nosotros » (cf. « 16 puntos », punto 6).

La función de las vanguardias de las masas

Concretamente, para actuar todo ello se requiere la acción —en el interior de las masas— de una « **vanguardia** »: no de una vanguardia « institucionalizada », burocráticamente definida (por ejemplo, los dirigentes del partido en razón del cargo que ocupan), sino de una parte de las masas que haya alcanzado una mayor conciencia y operado una toma de posición clara, la cual desempeñe una « función de punta », ya sea en la acción directa contra los grupos burgueses que detienen posiciones de poder, ya sea en el debate político entre las masas.

Parece ser que, actualmente, se ha encomendado, en buena parte, esta función a los « guardias rojos ». Discutiremos más adelante los problemas que nacen en

relación con la acción de los « guardias rojos » (por lo que se pueda saber a través de las informaciones extremadamente insuficientes que llegan a occidente), en particular, el problema de la medida en que su acción corresponda concretamente a los rigurosos criterios teóricos expuestos en los documentos oficiales.

No obstante, es útil afrontar enseguida, aunque brevemente, el problema de las **características sociales** de este grupo. En efecto, a menudo suscita perplejidad el hecho de que una función tan importante sea encomendada a grupos de **estudiantes**. Algunos elementos, sin embargo, pueden contribuir al esclarecimiento del problema (dejando abierto el juicio sobre la acción concretamente desenvuelta). Incluso en una sociedad como la china se dan algunos factores que podrían hacer de los estudiantes una fuerza más capaz de absorber las exigencias revolucionarias que impulsan a la revolución cultural: por una parte, están menos influenciados por las viejas ideas y « valores » (asimilados viviendo en la sociedad china antes de la revolución) y más directamente formados por una educación socialista; de otra, su misma condición objetiva contribuye a ello, por cuanto la ausencia de responsabilidades económico-familiares y el no hallarse integrados en el tipo de vida que les corresponde, los mantiene más autónomos respecto a valores de bienestar, de estabilidad y seguridad, etc. Los últimos son factores visibles en otras partes, por la función de punta de los jóvenes (obreros y estudiantes) desempeñan a menudo en los « fenómenos nuevos » de izquierda en los países capitalistas; y pueden tener un peso importante también en un país socialista: indican una particular **posibilidad de utilización revolucionaria** de esta parte de las masas, aunque si no le confieren automáticamente una orientación revolucionaria y si puede ser explotada

tal « disponibilidad », a su vez, por la parte contraria. En resumen, la misma imprecisión y fragilidad de la « situación de clase » de estos estudiantes puede ser un elemento explotable para su movilización: y esto tiene aspectos negativos y positivos al mismo tiempo.

Indicaciones de democracia directa

Volviendo —en términos más generales— a la relación entre vanguardia y masas, en el planteamiento teórico de los camaradas chinos, dicha relación no se institucionaliza de modo esquemático. Los instrumentos mediante los que debería ser realizada, se individualizan en **organismos de participación política permanente y directa** de las masas: son los grupos, comités y congresos de la revolución cultural, de los que se habla por ahora sólo en términos de indicación programática (cf. « 16 puntos », punto 9), y para cuyo modo de funcionamiento se indican métodos propios de la tradición revolucionaria, que van desde la Comuna de París (a la que se hace explícita referencia) a los Soviets y a otras formas de consejos revolucionarios de masas; métodos que consisten, por ejemplo, en la propuesta y discusión de los candidatos por las masas, en la continua revocabilidad de los elegidos, etc.²

La lucha de clase internacional

11. En fin, aunque el planteamiento teórico de la « revolución cultural » se refiere ante todo a los **problemas internos de una sociedad socialista**, ello tiene algunas primeras, importantes consecuencias por

2. La creación de los comités revolucionarios integrados por la llamada « triple alianza » —ejército, cuadros del partido y rebeldes revolucionarios (obreros, campesinos, guardias rojos)— son la expresión más original, concreta y actual de la democracia directa que se intenta llevar a cabo (NDT).

el modo con que se analizan problemas, pretéritos y actuales, del **movimiento obrero internacional**.

Estas consecuencias son coherentes con la **acentuación del vínculo entre problemas internos del país socialista y problemas de la lucha de clases internacional**, que está presente en los principales documentos de la « revolución cultural »: Estas cuestiones (los problemas internos afrontados por la revolución cultural) son de profunda y extrema importancia [...] para garantizar que nuestro país permanezca fiel al internacionalismo proletario y apoye efectivamente las luchas revolucionarias de los pueblos del mundo » (Comunicado de la XI sesión del Comité Central).

En este cuadro, es particularmente importante el **desarrollo progresivo de la crítica a la Unión Soviética y a su línea**; crítica que —ya antes de la revolución cultural, pero también incluso durante ella— se ha enriquecido con importantes aportaciones teóricas.

El análisis crítico de la sociedad soviética

A finales de 1965 se dan los primeros indicios de un **análisis de la estructura de clase** de la Unión Soviética, en la que se individualizaba la presencia de una verdadera « **nueva élite burguesa** », que no se define ya por propiedad de los medios de producción, mas no por ello menos caracterizada en términos de clase ni menos « burguesa » en sus intereses y en sus objetivos políticos y económicos (editorial de los comités de redacción de **Hongqui** y **Renmin Ribao**, reproducidos por **Pékin Information**, 15 de noviembre de 1965, titulado « De la "unidad" de acción de la nueva dirección del PCUS »).

En los documentos de orientación, y en algunos importantes artículos, ligados a la actual « revolución cultural », se establecen indicaciones útiles no sólo para cons-

tatar el actual oportunismo procapitalista de la URSS, sino también para **analizar algunos de sus orígenes históricos**. Ante todo, se da la interesante en extremo de la **falta de trabajo de formación socialista de las masas** después de la toma del poder, como condición que ha permitido la degeneración burguesa; sus raíces históricas se individualizan en los primeros tiempos, y la política de Jruschef y compañía no constituye sino su corolario y manifestación más importante: « en la URSS, después de establecer relaciones socialistas de producción, no se ha desarrollado seriamente la revolución cultural proletaria. Así la ideología burguesa se ha difundido más y más, corrompiendo los espíritus y disgregando —bien que en forma difícilmente perceptibles— las relaciones socialistas de producción. Después de la muerte de Stalin, el grupo revisionista jruscheviano ha preparado, **de manera aún más flagrante**, a la opinión pública hacia la contrarrevolución » (editorial de **Hongqui**, nº 8, 1966). Se formula así una hipótesis utilizable para una explicación más completa de la actual situación de la URSS, no sólo en términos de la voluntad política del actual grupo dirigente, sino de la situación misma que se ha creado.

Emergen, además, directamente, mediante las críticas a los intelectuales por su comportamiento durante los años 1930 (en particular, las críticas a Ciu Yang), interesantes indicaciones críticas de la política estaliniana de frentes populares, respecto a los que surge con mayor claridad, la originalidad de la « política antifascista » seguida por el Partido Comunista chino en el periodo de la guerra anti-japonesa, en la que la autonomía político-organizativa e ideológica del movimiento revolucionario se salvaguardaba prioritariamente.

La decisión de izquierda

En este cuadro, la insistencia con que se afirma una toma de posiciones **de izquierda**, aceptando incluso « la etiqueta » (sin « enmascararla » con una polémica « centrista » contra « las dos posiciones opuestas »), no es un hecho puramente formal : corresponde a la **adquisición y al desarrollo de elementos teóricos y políticos que han caracterizado a la izquierda en la historia del movimiento comunista internacional**. Pero, respecto a tales, se dan importantes diferencias y pasos adelante. En primer lugar, estas posiciones se afirman ahora con un bagage de **experiencias históricas** mucho mayor : el desarrollo y la victoria de la misma revolución china, la degeneración capitalista de la URSS, el desarrollo y actual contexto de la lucha de clase internacional. En segundo lugar, es la primera vez en que un análisis consciente y esforzado de todos estos problemas, se lleva a cabo por un **partido en el poder** y se intenta **llevarla a la práctica en un país socialista** ; y esto es importante, tanto por el peso más importante que de este modo asumen tales posiciones, como porque éstas se someten así más rigurosamente a la « prueba de los hechos », esto es, al enfrentamiento con problemas que las minorías revolucionarias no han tenido que afrontar, prácticamente, y que un partido en el poder no puede evitar.

Posiciones teóricas y realidad de hecho en la revolución cultural

12. Las posiciones teóricas, rigurosamente revolucionarias, que caracterizan los documentos de orientación de la « revolución cultural socialista », no son, obviamente, suficientes para definir por completo las características de este movimiento, su desenvolvimiento y sus perspectivas futu-

ras. Aquellos indican que nos hallamos ante una **lucha política** de gran envergadura, que comprende a la posición y función del partido, sobre problemas cruciales para las tendencias futuras (de desarrollo o atraso revolucionarios) del movimiento revolucionario chino. Se plantean aquí dos órdenes de interrogantes : —¿ cuáles son los **problemas específicos** sobre los que la revolución cultural se está desarrollando ? es decir, ¿ cuáles son los problemas que, de modo más crucial, abren hoy **alternativas de pronunciamiento político** al movimiento revolucionario chino ?

—¿ cuáles son los **medios de lucha** y cuáles sus consecuencias ?

Con las respuestas a dichos interrogantes se podrá medir la **correspondencia entre afirmaciones teóricas y concreta acción política** del movimiento revolucionario chino. Sin embargo, actualmente es difícil dar una respuesta exhaustiva a tales interrogantes por una serie de motivos (entre los cuales, la escasez de informaciones e indicaciones de las « fuentes públicas » chinas correspondientes). Nos limitaremos, pues, a señalar una serie de elementos que, si no permiten un análisis ni una previsión completos sobre los acontecimientos en curso, se nos antojan suficientes para una primera **toma de posición política**, para evitar actitudes « de espera » o abstracto análisis intelectual, que constituirían una evasión ante problemas políticos de urgencia extrema.

Problemas actuales del movimiento revolucionario chino

13. Los problemas que los dirigentes revolucionarios chinos están afrontando, se pueden centrar en un único aspecto fundamental : « ¿ Qué hacer, en este momento, para ir a fondo en la vía revolucionaria ? » O sea : ¿ Qué consecuencias

comporta la elección de esta vía, en lo económico, en lo diplomático, en lo militar, en el nivel de conciencia de las masas? Resulta claro que se trata de consecuencias de gran envergadura.

En el plano militar, las decisiones revolucionarias pueden arrastrar a China a **formas de conflicto directo con los Estados Unidos** (no sólo en el caso de una intervención directa china en el Vietnam, sino también en el caso de que los Estados Unidos emprendan una forma de « agresión limitada preventiva »).

En el plano de la política internacional, las decisiones revolucionarias pueden comportar la **ruptura con las formas de alianza o de colaboración** mantenidas hasta ahora, ya con « **burguesías nacionales** » de países **subdesarrollados**, ya con **partes del movimiento comunista internacional** no alineadas hasta ahora con la Unión Soviética pero que intentaban mantener una « posición intermedia ».

En el plano económico, las decisiones revolucionarias pueden comportar graves consecuencias, no sólo por los **recursos que se dediquen directamente en el fortalecimiento militar de China**, no sólo por las **destrucciones que pueda ocasionar una agresión** (la forma probable de una eventual agresión de Estados Unidos estaría dirigida, precisamente, a la destrucción de « puntos neurálgicos » de la economía), sino también a través del **aumento de la ayuda económica y militar a otras fuerzas revolucionarias**, y —más en general— atribuyendo **prioridad a este tipo de objetivos económicos respecto a los de « aumento del bienestar »**.

Aún en lo económico, si éstas son las consecuencias de posibles decisiones revolucionarias internacionales, otras pueden derivarse de **decisiones revolucionarias internas**, por ejemplo, en las **formas de gestión de la economía**, en la **función de los técnicos y especialistas**, etc.

Pero quizás son más dramáticos todavía los problemas que estas decisiones pueden comportar en términos de **conciencia política de las masas**: el **nivel de conocimientos políticos de las masas**, de **espíritu de sacrificio y de compromiso de trabajo** que se pide a las masas en esta fase de la lucha revolucionaria, es enorme; la posibilidad de utilizar ciertas exigencias elementales, no cualificadas aún políticamente, de mejoramiento del nivel de vida, por ejemplo, se reduce fuertemente, y sólo una **adhesión consciente a los objetivos de la revolución internacional** puede elevar las masas a la altura de las tareas que de ellas se requieren.

Es indudable que son éstos los problemas que los comunistas chinos entienden afrontar conscientemente, y sobre los que se ha desarrollado la lucha política en curso. Serán analizados, en este cuadro, dos aspectos de esta lucha: el **conflicto de posiciones que se ha establecido a nivel de dirección del movimiento**, y la **lucha para llevar a las masas a un nivel más alto de conciencia revolucionaria**.

La revolución cultural y los dirigentes del partido

14. La « revolución cultural » puede tener un alcance doble para sus dirigentes políticos: de un lado, puede representar —según la misma interpretación oficial— el **enfrentamiento entre las diversas posiciones políticas**; del otro, puede representar un **ataque contra los dirigentes que, en el modo de vida y en el estilo de trabajo, muestren comportamientos e intereses típicos de una élite privilegiada**. Sobre el primer aspecto, las indicaciones que vienen de China son genéricas: no se precisa en qué propuestas políticas y en qué tipos de acción se ha concretado la posición de los que, ocupando posiciones de poder en el partido, han elegido la

« vía capitalista ». Se tienen indicaciones relativamente más numerosas sobre el carácter de la oposición a la línea del partido asumida por ciertos « hechos culturales », y, más en general, sobre algunos aspectos de la política cultural que son condenados; más tampoco aquí hallamos las críticas y las propuestas políticas específicas a que aquéllos dieron lugar (sino con referencia a hechos pasados, como las críticas al « gran salto adelante »). En fin, polémicas explícitas han tenido lugar, en tiempos recientes, contra la « subordinación de la política a la producción » en la gestión de la economía, y contra la concepción « tecnicista » del ejército y de la guerra; mas no resulta claro en qué medida estas polémicas pueden estar ligadas al actual enfrentamiento político. Tenemos así una serie de elementos que dan una mayor concreción a los actuales slogans revolucionarios y a los ataques contra los que siguen la vía capitalista, pero no permiten analizar con precisión las decisiones políticas concretas sobre las que, a nivel del grupo dirigente, se ha desarrollado la revolución cultural.

El segundo aspecto, el ataque a los « modos de vida privilegiados », parece delimitarse concretamente a través de las noticias —aunque que fragmentarias— sobre el modo en que se desenvuelve el movimiento de masas. En efecto, parece que, muy a menudo, los grupos de jóvenes que guían tal movimiento apliquen concretamente las indicaciones teóricas dadas al respecto, tiendan a atacar a aquellos dirigentes que contradicen, en su modo de vida, los principios igualitarios, en la actualidad reafirmados y acentuados, de la línea del Partido Comunista chino. Sobre este aspecto volveremos más adelante, analizando las características del movimiento de masa.

La revolución cultural y las masas

Mucho más clara aparece, en términos generales, la línea de fondo de la « revolución cultural » respecto a las masas. Esta constituye, efectivamente, el intento de hacer operar un « salto cualitativo » a su nivel de conciencia política: los slogans sobre la « prioridad a la política » expresan bastante bien este esfuerzo de hacer que las masas, en todos sus comportamientos, decidan en base a criterios políticos. Estos ya no deben ser algo que sólo los dirigentes utilizan conscientemente y a los que las masas se adaptan (en tanto que sus intereses inmediatos no sean lesionados, salvo negativa a adaptarse cuando las « exigencias políticas » impliquen sacrificios demasiado grandes). Cada componente de las masas debe asimilar ciertos criterios ideológicos y políticos (por cuanto elementales), y utilizarlos activamente ya sea en la normal actividad cotidiana (de trabajo, de vida social y familiar), ya sea en las « circunstancias excepcionales » que de vez en cuando puedan surgir, que pueden requerir un especial esfuerzo de trabajo, determinados sacrificios económicos, la participación en un combate.

Sólo en este cuadro se pueden comprender correctamente una serie de métodos actualmente usados y de las « campañas » que se desarrollan. La difusión del « libro de citas de Mao Tse-tung » es un claro ejemplo: desde el punto de vista de la « discusión teórica de alto nivel » puede parecer un hecho puramente propagandístico y un empobrecimiento y deformación del pensamiento de Mao Tse-tung, gracias a su reducción a « slogans » y « sentencias »; pero desde el punto de vista de hacer penetrar en las masas ciertos criterios políticos elementales, de hacer emerger la dimensión política en cada problema que ellas encuentren en su actividad, este hecho adquiere un signifi-

cado diverso. El análisis de su contenido, de los criterios con que las citas son escogidas y ordenadas, confirma tal significado. Y lo mismo se encuentra en la insistencia en los episodios que muestran « la utilización del pensamiento de Mao Tse-tung » en varios campos, desde la organización de la producción a la de los servicios, al trabajo científico, etc.; también esto corresponde a la exigencia de mostrar cómo algunos criterios políticos fundamentales pueden y deben operar en todos los aspectos de la vida de las masas.

La eficacia e idoneidad de los medios políticos adoptados con tal fin puede y debe ser discutida; mas para que la discusión sea válida es necesario que aquéllos sean referidos a sus fines fundamentales, y no reducidos a hechos del color de una forma cualquiera de « culto a la personalidad ». La visión política, de la que estos fines y medios derivan, es fundamentalmente exacta: se ha visto que **el nivel de conciencia de las masas, existente hasta ahora, no es ya suficiente para las actuales tareas del movimiento revolucionario**. Si un país socialista no quiere desentenderse de la lucha de clase internacional (y preparar así su propia degeneración), las masas de tal país deberán, de un modo u otro, **sostener sacrificios duros**; si se quiere desarrollar una organización productiva, un tipo de tecnología, una gestión de la economía en la que no se reproduzcan las formas capitalistas de subordinación obrera, las masas deberán ser capaces de una **participación activa y continua**, que no esté guiada solamente por limitados intereses corporativos. Lo uno y lo otro requieren **la asimilación y la utilización activa y continua de ciertos principios políticos socialistas**; ya no es suficiente que éstos se transformen **ocasionalmente** en una suerte de guía de las

masas a través de la intervención « movilizante » del partido.

Desde este punto de vista, la visión que orienta la acción actual de los camaradas chinos y los problemas que pone de relieve, son profundamente actuales para la acción misma del movimiento revolucionario en los países occidentales: sobre ello volveremos más adelante.

Los instrumentos de la revolución cultural

15. Una vez esclarecidos estos puntos de referencia, que no deberán ser olvidados, es posible plantear algunos problemas sobre la mayor o menor idoneidad —respecto a los fines— del movimiento que concretamente se está desarrollando. Tres aspectos deberían ser analizados en particular: **la relación entre « directivas desde arriba » y « acción espontánea »**; **el nivel de conocimiento político de esta acción y sus contenidos**; **las repercusiones que esta acción** (directamente realizada sobre todo por una parte, bien que numerosa, de las masas) **puede tener sobre el conjunto de las masas**.

El material sobre el que nos podemos basar es confuso y contradictorio: ya sea por la escasez de informaciones por parte de los chinos, ya sea por las « manipulaciones » de las fuentes de información burguesas o reformistas, ya sea porque probablemente —ocurren acontecimientos objetivamente contradictorios en el seno mismo del movimiento (o porque tal vez va más allá de las directivas generales establecidas, o porque —como advierten las mismas fuentes chinas— los grupos de oposición pueden tal vez enmascararse e intentar usarlo para sus fines). A pesar de todo, parecen emerger algunos elementos.

El tipo de indicaciones políticas que se da « desde arriba » al movimiento, se limita a **principios extremadamente generales**; la ausencia de una discusión abierta a nivel

de dirigentes impide especificar ulteriormente y con la mayor exactitud su contenido. Esto tiene consecuencias parcialmente contradictorias. De un lado, obviamente, actúa como **límite respecto al grado de conocimiento político**, particularmente en lo que se refiere a los jóvenes más comprometidos en la acción y a su capacidad de ser una verdadera « vanguardia », esto es, la capacidad de transmitir una orientación al conjunto de las masas. De otro, sin embargo, aumenta ciertos **márgenes de autonomía** en su acción: en efecto, parece claro que, si el movimiento ha partido de una iniciativa de arriba, sus múltiples formas de acción, la elección de los objetivos de la lucha, el tipo de discusión que se da en su seno, nada de ello puede ser puntualmente predeterminado desde arriba; el carácter general de las directivas puede ser así incluso un estímulo para la mayor toma de conciencia, en forma de decisión autónoma sobre los modos en que se debe aplicar la línea general recibida.

Por qué luchan los guardias rojos

Ahora bien, en la medida en que se manifiestan, estas decisiones no son « marginales » o puramente técnicas: se trata de **decidir qué aspectos de la sociedad se quieren atacar con la « crítica revolucionaria », qué indicaciones positivas se quieren deducir de las enunciaciones generales y propagar entre la gente.** De los muchos acontecimientos, a menudo contradictorios, que se citan sobre la acción de los « guardias rojos », emergen con frecuencia algunas direcciones de acción que tienen un significado político preciso: la **demanda de la abolición de los privilegios de que aún gozan los « excapitalistas », la polémica contra los incentivos y contra los valores centrados en el bienestar, el ataque a los modos de vida privilegiados, la polémica contra ciertas características de clase**

del pasado y de la tradición china.

Estos hechos ponen de relieve **elementos positivos y problemas por resolver**, unos y otros de enorme alcance.

En primer lugar, precisamente al nivel general y elemental de las indicaciones y de los instrumentos de orientación, puede nacer, por primera vez, una forma de **conciencia socialista de masa**, o sea, la asimilación y la utilización activas por los vastos estratos de las masas de algunos **criterios socialistas fundamentales**: la **exigencia de la lucha contra los aspectos « de seguridad », de « estabilidad burocrática » de la sociedad**, y de lucha por una **tensión revolucionaria constante**. En la medida en que esto acaece, constituye un hecho de alcance histórico: las afirmaciones de los « guardias rojos », a menudo enunciadas, sobre sus tareas entendidas como **« lucha para transformar el pensamiento de las masas »** y no sólo para modificar ciertas condiciones de vida, parecen indicar una conciencia de la naturaleza de esta tarea.

Riesgos y problemas por resolver

Precisamente por el enorme alcance de esta tarea, se plantean frente a ella problemas de gran dificultad, que no parecen estar resueltos:

a) **las repercusiones sobre las masas en su conjunto.** El grado de participación de las masas al movimiento es variable. Todas se hallan implicadas en un cierto tipo de acción (en particular, en la difusión del pensamiento de Mao y en la campaña para « poner la política en primer lugar »), pero la participación en otras formas (manifestaciones de masa, formas de acción violenta, ataques específicos a tal o cual persona o institución) es variable, y se ve a menudo a los « guardias rojos » en primer plano, y a los obreros y campesinos en posición pasiva o, en ocasiones, hostil.

Se plantea, a este respecto, un difícil problema. La « revolución cultural », ya sea en sus « episodios superficiales » a veces contradictorios, ya sea —mucho más— en sus consecuencias más profundas, si se desarrolla a fondo, provoca mutaciones y « crisis » en los modos de vida, costumbres y maneras de pensar, a menudo bastante enraizados en las mismas masas. Es necesario que las masas se constituyan en portadoras activas de estos cambios ; pero aparece, al mismo tiempo, el riesgo de que aquéllas se opongan o se adapten a ellos pasivamente ; en uno y otro caso no se alcanza el objetivo fundamental de crear más elevado nivel de conciencia revolucionaria.

b) la relación entre tensión revolucionaria y « funcionamiento de la sociedad ». Las exigencias de continua transformación, de lucha y discusión constantes, de impedir la cristalización burocrática de grupos e instituciones, entran a menudo en conflicto con las exigencias « de normal y eficaz funcionamiento » de la producción, de la escuela, de la administración. Certamente, en momentos de pronunciamiento decisivo, los camaradas chinos dan prioridad al primer tipo de exigencias, y afrontan también las pesadas consecuencias organizativas que pueden traer consigo (por ejemplo, el actual cierre de las escuelas, o —en otros momentos— dificultades en la producción). Pero aquí se manifiestan dos riesgos opuestos. Por una parte, el riesgo de que este tipo de tensiones yendo más allá de ciertos « límites de tolerancia », comprometan demasiado gravemente el funcionamiento de algunos mecanismos económicos y sociales, y provoquen una crisis que terminaría por debilitar las posiciones revolucionarias (no en vano, parece que algunos de los oponentes hayan tomado como pretexto las dificultades inherentes al « gran salto adelante » para atacar la línea de izquierda). Por otra

parte, surge el riesgo contrario de que, acabado el momento de « emergencia », las « exigencias técnicas » vacíen el movimiento, lo mantengan sólo como fachada formal, comprometiendo así sus objetivos, que requieren una acción continua y profunda para poder elevar el nivel de conciencia política y para poder contrarrestar día tras días la formación de grupos privilegiados y de actitudes de tipo capitalista.

Límites en el planteamiento del movimiento

Los **límites del planteamiento del movimiento**, frente a este tipo de riesgos, parecen hacerse sentir más intensamente. Las indicaciones genéricas pueden ser suficientes para producir un primer desarrollo de conciencia socialista más avanzado en una parte de las masas, pero, probablemente, no son suficientes para que ésta tenga la capacidad de actuar eficazmente en la difusión de dicha conciencia, para superar la pasividad o la hostilidad, para conseguir una transformación del alcance de la que se quiere lograr. Precisamente, desde este punto de vista (más que por una genérica exigencia de « democracia de partido ») pesa la **ausencia de una indicación explícita de las divergencias existentes** a nivel del grupo dirigente y de un **debate abierto** sobre las mismas ; lo que dificulta un debate a nivel de masas sobre importantes puntos de referencia y elementos de esclarecimiento. La gran **dependencia del movimiento de la iniciativa de la cabeza** (no tanto en sus contenidos particulares cuanto en su misma existencia y en sus posibilidades de manifestación) lo hace, además, más frágil frente al segundo tipo de riesgos : su futuro desarrollo, sus consecuencias sobre la organización de la sociedad y sobre la política internacional, su permanencia efectiva o su reducción a un hecho formal,

dependen en buena parte de los resultados de conflictos y decisiones, cuyos términos no se han precisado por ahora, y que acontecen en el vértice del partido.

Enseñanzas revolucionarias del movimiento en curso

16. Estos problemas, planteados todavía hoy, impiden formular previsiones concretas sobre la eficacia global y las futuras consecuencias del movimiento, mas no obstaculizan el ver, desde ahora, su carácter profundamente revolucionario: **haber puesto en primer lugar el problema de la conciencia revolucionaria de las masas, haber indicado las dimensiones de la lucha de clases en el seno de una sociedad socialista, haber definido el camino hacia el socialismo en los términos de tal lucha y no como pacífico « progreso » y « refuerzo » de una sociedad ya estabilizada, haber escogido el método del conflicto abierto en vez del simple « ajuste burocrático », todos ellos son hechos de gran alcance que la revolución cultural ha planteado ante el movimiento revolucionario internacional.**

Y los camaradas chinos se dan perfecta cuenta de la importancia y dificultad de las tareas que se han impuesto :

« De esta lucha depende la cuestión de saber si la dictadura del proletariado y las bases económicas del socialismo podrán o no desarrollarse y consolidarse, si nuestro partido y nuestro Estado degenerarán o no ; de esta lucha dependen el destino de nuestro partido, de nuestro Estado y de la revolución mundial. No podemos en absoluto permanecer indiferentes frente a esta lucha » (editorial de **Hongqui**, nº 8). « Puesto que las resistencias son bastante fuertes, la lucha podrá tener flujos y reflujos e incluso repetidos reflujos. Estos reflujos no serán nocivos en absoluto. Permitirán al proletariado y a las otras

masas trabajadoras, particularmente a los jóvenes, templarse y extraer las lecciones y experiencias que les ayudarán a comprender que la vía revolucionaria es tortuosa y no sin obstáculos » (« 16 puntos », punto 2).

Importancia de la revolución cultural para el movimiento obrero de occidente

Por qué la revolución cultural es importante para nosotros

17. Estas dos citas definen bien la importancia que la revolución cultural tiene para nosotros, para la lucha revolucionaria en los países capitalistas avanzados. Por una parte, es importante porque de ella depende la línea de **lucha de China**, que junto con la **República Democrática del Vietnam**, es el **único país que lucha sin equívocos contra el capitalismo mundial**³; por ello, toda la perspectiva de lucha revolucionaria internacional se halla implicada en ella. Por otra parte, **pone de relieve**, tanto para nosotros como para los camaradas chinos, **los problemas y las dificultades** (las « tortuosidades ») de la **vía revolucionaria**; y es posible extraer, como veremos, **enseñanzas igualmente válidas para las condiciones en que esta lucha se desenvuelve en otros países**, en particular, en aquellos de capitalismo avanzado.

Falsificaciones y formas de desorientación

18. Por esto no se puede rehuir una toma de posición, tanto más necesaria

3. La actual posición política de la República de Cuba, ya libre de equívocos, permite agruparla junto a China y Vietnam en su lucha declarada contra el capitalismo mundial (NDT).

frente a las **falsificaciones** y a la **campaña denigratoria** que el ala reformista del movimiento obrero conduce (que, no casualmente, advierte la importancia internacional del acontecimiento) y frente a la **desorientación** que han sufrido algunos sectores « de izquierda » del movimiento obrero occidental.

Puede ser útil detenerse brevemente en estos aspectos. Su característica común consiste en la **incapacidad** (o en el **rechazo deliberado**) de **individualizar los problemas centrales** que afronta la revolución cultural; de ahí, que todo el juicio político sobre ella resulta distorsionado.

La posición del Partido Comunista italiano

No es preciso alargarse mucho sobre las posiciones asumidas por el movimiento obrero oficial, esto es —en Italia— por el Partido Comunista y, sobre su estela, por los documentos oficiales del PSIUP*. En la raíz de estas posiciones está la **completa adhesión a la política de la URSS** —¡ que remonta a mucho antes de la revolución cultural!— y la consiguiente **completa enajenación frente a los problemas que se desarrollan en la elaboración de una línea revolucionaria internacional**. El intento de profundizar estos problemas y de llegar a una postura revolucionaria, no puede sino aumentar y exasperar las reacciones de los reformistas. Así, muchas de las críticas hechas a la revolución cultural no son más que críticas formuladas desde hace años contra la línea de los camaradas chinos: la crítica al rechazo de la **estrategia de coexistencia pacífica**, la reacción aterrorizada frente a las **críticas de la política soviética**, y al rechazo de la unidad de acción con ésta, etc.

A éstas se añade ahora la acusación (de molde típicamente estalinista) de « ayudar

objetivamente el ataque imperialista al Vietnam » rechazando la unidad de acción con la URSS; crítica en la que los soviéticos han « tocado el la » en las formas falsificadoras más grotescas, y que es proseguida por los otros partidos comunistas (los franceses a la cabeza, y seguidos muy de cerca por los italianos).

Los aspectos relativamente « nuevos » de las reacciones comunistas respecto a la revolución cultural, tienen dos características.

Por una parte, corresponden a una **deliberada voluntad de falsificación**, y al intento de explotar los aspectos oscuros y contradictorios del movimiento en curso, la desorientación que pueda haber suscitado, para frenar o conjurar el peligro de una creciente adhesión a las posiciones chinas en las filas del movimiento obrero; y a ello apunta el tipo particular de « selección de las noticias » (sean verdaderas o inventadas), con la insistencia sobre episodios de destrucción de obras de arte, de conflictos violentos entre grupos diversos de la población, etc.

Pero, por otra parte, se manifiesta una reacción (si queremos) más « sincera »: es el miedo que la doble naturaleza del Partido Comunista, **liberal-burguesa** y **estalinista** al mismo tiempo, experimenta frente a la revolución cultural. El alma liberal-burguesa deforma totalmente las dimensiones de los problemas en juego, y se ve alcanzada, ante todo, por los ataques contra la tradición cultural china y contra el patrimonio cultural occidental (dos ideales, el tradicional y el occidental, sagrados para toda ideología burguesa); y no siendo capaces de ver la dimensión de clase (por simplista y discutible que sea) de estos ataques, habla de « chovinismo » y de cosas parecidas. Más significativa es, sin embargo, la reacción del « alma estalinista »: ésta se revuelve contra el hecho de que el análisis de la

* Partido Socialista Italiano de Unión Proletaria.

sociedad china, en términos de clase, comprende a las instituciones del partido y del Estado. No es casual que estos aspectos hayan asumido una importancia creciente en las críticas del Partido Comunista italiano: «hace ya meses que la función del partido y del Estado es discutida», proclama horrorizado **Rinascita** del 24 de septiembre de 1966.

Las posiciones de tipo trostkista

Más complejas, y dignas de mayor consideración, son las razones de la incapacidad de comprensión por aquellos sectores de la «izquierda no oficial» que, directa o indirectamente, se vinculan con los movimientos trotskistas.

En la raíz de estas posiciones hay dos graves carencias y ambigüedades, que subsisten en estos sectores de la izquierda:

a) **rechazar un análisis claro de la naturaleza de clase de la URSS y del proceso de evolución capitalista que se opera en tal país:** la repetición de la fórmula del «Estado obrero degenerado», el rechazo de unir a una interpretación teórica coherente una serie de constataciones y de críticas que también hacen estos grupos, son sus características más evidentes;

b) **la correspondiente incapacidad de renunciar al mito de la «unidad del campo socialista»**, y de ver su naturaleza oportunista o abstracta (según los contenidos políticos que se den a tal unidad) en la situación actual.

Las consecuencias que se derivan son, precisamente, oportunistas o abstractas, en términos de línea política. Son oportunistas cuando, por ejemplo, tal planteamiento lleva a perpetuar una **táctica «entrista»** de trabajo en el seno de los partidos reformistas, o a recoger, con diferenciaciones ambiguas, consignas y posturas elaboradas en su seno (quizás,

por alguna corriente de «izquierda moderada»). Son abstractas cuando, por ejemplo, después de insistir en la unidad de acción del campo socialista, se pasa a precisar su contenido política de manera que —para ser fieles a algunos principios revolucionarios— resultan completamente irrealizables e inaceptables, dada la actual línea política de la URSS. El común denominador de esta acción —no sólo en el plano internacional— es, así, precisamente, **la propuesta, en el interior del movimiento obrero oficial, de líneas que en su seno son irrealizables**, reduciéndose, así, a una **agitación abstracta**.

En este cuadro, es difícil comprender correctamente el alcance de la línea china (que ahora ya ha despedazado los ambiguos esquemas de la unidad con las fuerzas reformistas) y de los problemas que crea en su seno. De este modo, por ejemplo, elementos teóricamente válidos de crítica a la burocracia y de exigencias de democracia socialista (importante patrimonio de la crítica de Trotski a la URSS), se repiten de manera puramente doctrinal; en vez de advertir el alcance enorme —en términos de democracia socialista— del intento de dar un «salto cualitativo» hacia la conciencia política de las masas y su grado de participación activa, y de haber individualizado este salto como tarea crucial en esta fase de la lucha; dicha tentativa se realizará con medios adecuados o no, se logrará o no, pero es (y se ha visto de qué modo) un problema central en la línea de los camaradas chinos.

Más en general, la ambigüedad de los criterios interpretativos, impide que estos grupos adviertan un hecho muy importante: por primera vez, después del fracaso de la izquierda bolchevique en los años 1920, **existe de nuevo un campo de la izquierda internacional con un peso real en la lucha de clases mundial**. La posibilidad de que una acción se integre autó-

nomamente en tal perspectiva, en las áreas capitalistas avanzadas, es así olvidada, y la ambigua relación con el movimiento obrero reformista permanece.

Indicaciones válidas de la línea china

19. Frente a estas posiciones, es útil recapitular —terminando esta « carta »— las enseñanzas válidas que se pueden deducir de la línea desarrollada por los comunistas chinos en estos años y hasta la actual « revolución cultural socialista ».

I) La correcta formulación teórica y la capacidad de aplicación práctica, de la **función y de las tareas que la revolución socialista, en un país subdesarrollado, tiene en el cuadro de la lucha socialista internacional.**

II) El análisis excepcionalmente lúcido —que se le une— de los **riesgos de degeneración de un país socialista, y el máximo esfuerzo realizado hasta ahora para evitarlos concretamente.**

III) La crítica correspondiente a la **política interna e internacional de la URSS, y la individualización de las características « burguesas » que está asumiendo la sociedad soviética.**

IV) Coherente con todo ello, el **rechazo del compromiso y de ambiguas formas de unidad con la URSS, y —consecuentemente— de un trabajo político que sea prisionero de los partidos comunistas con mayoría reformista ; por lo tanto, la exigencia del desarrollo internacional de nuevas formas de organización revolucionaria.**

V) El haber puesto de relieve la **función de las decisiones políticas** frente a los problemas internos e internacionales de la acción socialista (rechazando las con-

cepciones deterministas según las que la tecnología, de la producción o de la guerra, implica inevitablemente ciertas soluciones a las que no se puede hacer más que adaptarse).

VI) El haber puesto, de modo correspondiente, en el orden del día, como exigencia esencial de esta fase de la lucha, el « **salto cualitativo** » en el nivel de **conciencia política de las masas**, y el haber concentrado el máximo esfuerzo sobre este objetivo.

De todos estos elementos es posible sacar importantes consecuencias para la acción política en los países capitalistas avanzados. El **salto de cualidad en la conciencia de las masas**, que es necesario en un país socialista si quiere —en el interior y en el exterior— llevar su revolución hasta el fondo, lo es igualmente en los países capitalistas avanzados **para que la revolución pueda tener lugar.** En uno y otro caso, el nivel de conciencia que se requiere, consiste en la **capacidad de individualizar y combatir al capitalismo en todas sus formas, incluso las más avanzadas y más encubiertas ;** pero, si en un país subdesarrollado la revolución puede tener un éxito inicial (aunque no para consolidarse y desarrollarse ulteriormente) antes de que este nivel se haya alcanzado, en un país capitalista avanzado esto no es posible. El ejemplo de los camaradas chinos, por tanto, nos incita a encontrar **métodos de trabajo adecuados a tal fin en las condiciones de capitalismo avanzado.**

Para que estas enseñanzas den sus frutos, es preciso evitar algunos riesgos derivados de una eventual interpretación deformada o simplista :

I) una posición de « **espera en la liberación por parte de las revoluciones de los pueblos subdesarrollados** », cuando en realidad el único modo correcto de sostener estas revoluciones es el de **luchar**

para crear una perspectiva revolucionaria en los centros del poder imperialista ;

II) una posición que considere ya victoriosos los medios con que los chinos luchan para evitar la degeneración, y que renuncie a todo análisis crítico, reproduciendo así una relación de « Estado-guía » en vez de una relación de internacionalismo proletario en el campo internacional, que hay que contribuir a crear ;

III) una posición que afronte el problema de la organización revolucionaria de las masas con la creación artificial y prematura de « partidos », sin antes haber construido, pacientemente, las raíces y las bases en las masas ; es precisamente el relieve que los chinos han dado al problema de la conciencia política de las masas y al largo y duro trabajo que ello

implica, lo que debería indicar el método justo para proceder en esta vía.

Solidaridad con los compañeros chinos

El compromiso de utilizar autónomamente, en nuestras condiciones de lucha, estas indicaciones y estos ejemplos, es el modo más serio que los militantes revolucionarios de los países capitalistas avanzados tienen para construir con los hechos una solidaridad y un vínculo político con la lucha revolucionaria del Partido Comunista chino. La difusión, el esclarecimiento y la interpretación de las posiciones chinas, la abierta afirmación de nuestra solidaridad con estas posiciones frente a los campos reformista y capitalista internacionales, constituyen un aspecto de este compromiso.

Política y neocapitalismo

El hecho de escribir con pie forzado, y no sobre un tema de libre elección, tiene una clara ventaja: incita a reflexionar sobre el sentido de los conceptos impuestos, en este caso neocapitalismo y política.

Neocapitalismo...

Desde hace un quinquenio vivimos unos tiempos caracterizados, en definitiva, por una neta euforia de los capitalistas y por la consternación difusa de los socialistas y, sin entrar ahora a discernir la causa del efecto, este fenómeno se da a la vez en el terreno de los hechos y en el de la especulación teórica. En este último plano, lo primero que advertimos es la transformación, en fecha relativamente reciente de la palabra **capitalismo**. ¿Por qué **neocapitalismo**? ¿Esta transformación del término encubre otra realidad más profunda? En todo caso, puede resultar interesante formular a este respecto algunas observaciones.

El término homólogo, que debería ser « neosocialismo », no se emplea por lo que el enfrentamiento es ahora: **neocapitalismo contra socialismo**. En las contadas ocasiones en las que se habla de neosocialismo se suele introducir en la palabra un matiz despectivo, como de producto adulterado. Nadie piensa, en cambio —ya sea amigo o enemigo— que el neocapitalismo constituya un avatar inferior, sino todo lo contrario. De esta confrontación puramente « técnica » de los dos designativos sale, pues, mejor librado « neocapitalismo » con los atributos positivos de novedad y eficiencia mantenida o regenerada¹.

Toda palabra que designa una realidad específica se va enriqueciendo con adjetivos a lo largo del tiempo o en función del espacio. En la primera fase está la palabra aislada (gótico, por ejemplo), más tarde va adquiriendo calificativos (gótico francés, gótico flamígero). Viene más tarde un salto en el vacío y aparece el prefijo (neogótico). Este prefijo es la señal de que se ha cortado la continuidad del proceso.

Estas primeras consideraciones no son ociosas porque nos llevan a la gran cuestión subyacente en todo este capítulo: la continuidad, y no sólo del capitalismo sino también de la revolución que hemos vivido en este

1. En un aspecto formal —pero también importante— es, pues, algo nuevo contra algo viejo, lo cual constituye una verdadera inversión con respecto a la situación anterior. También en el plano de las expectativas el cambio ha sido radical. Recordemos cómo, hace todavía mucho tiempo, desde el tecnócrata novicio hasta el gran teórico (un Schumpeter, por ejemplo), hasta los más capitalistas consideraban ineluctable el triunfo, a más o menos largo plazo, del socialismo.

siglo. No hay más que dos posibilidades, en efecto: o el neocapitalismo es una nueva « fase superior » del capitalismo como lo era el imperialismo para Lenin o se trata de algo distinto.

Suspendamos el juicio sobre esta disyuntiva porque, ya se trate del mismo fenómeno evolucionado o de otro radicalmente nuevo, las consecuencias prácticas son las mismas. En un punto o en otro se ha roto la continuidad, sin que tal circunstancia haya sido advertida o plenamente percibida por la izquierda. No es una ruptura tajante, no es una solución, es, si se me permite la metáfora química, una ruptura por sublimación, si se me consiente el paralelo marxista, una ruptura cualitativa. El capitalismo imperialista era un capitalismo superior. El neocapitalismo es capitalismo y algo más. Y aquí se desvela con toda evidencia el talón de Aquiles correspondiente de los teóricos anticapitalistas. En la medida en la que el neocapitalismo es capitalismo, sus análisis brillantemente renovados —nadie pone en tela de juicio el esfuerzo de **aggiornamento** de la teoría frente a los nuevos desarrollos de la economía— les confirman en su fe. En la medida en lo que opera esa realidad de orden superior —que, por otra parte, tiene el dinamismo aplastante de todo lo nuevo— esos análisis ignoran el fenómeno o lo adaptan, lo embuten como mejor pueden en el corsé rígido del esquema teórico canónico que más afinidades parece presentar.

Y nos encontramos con una paradoja muy notable: la adhesión a una escuela familia teórica —por muy perfecta, por muy científica que sea— no solamente no resulta más eficaz para aprehender la realidad (en las épocas de transformación radical) sino que, por el contrario, obstaculiza, obnubila, esteriliza la capacidad de percepción.

Veamos un ejemplo, el más importante quizá. Existe hoy una realidad obrera (nivel de aspiraciones, conciencia, acometividad, etc.) que todos conocemos. En vez de contemplarla limpiamente, **como es**, es abordada al amparo de un verdadero cobertizo teórico. Los más toscos se abalanzan sobre ella decididos a que no contradiga ni la letra de unos postulados intocables. Los más sutiles, **ocultando su consternación**, ensanchan el espíritu de los textos, los metaforizan para que sigan siendo aplicables. Tosquedad o sutileza, no deja de ser una tesitura « euclídea » (contrapuesta al talante russelliano o de un Riemann, por ejemplo). Más concretamente, ¿qué hacen los « abiertos » con los conceptos de **pauperización** y de **clase revolucionaria** enfrentados a la citada realidad de hoy? La pauperización absoluta no les resulta ya defendible, la relativa les parece vulnerable y entonces se llega a este monumento de talmudismo: « Dado que el obrero siente ahora la apetencia de bienes de consumo duraderos con más fuerza que sus necesidades materiales básicas (alimentación, vivienda, etc.) se puede seguir hablando de pauperismo ». O bien: « Es cierto que la clase trabajadora ha perdido su antiguo vigor. Pero sigue habiendo una conciencia revolucionaria encarnada hoy en los técnicos, en los profesionales que han heredado ese papel de vanguardia ». Todo esto tiene un grave corolario práctico. Se imparte al militante una

instrucción por dos canales, nada mediatizados el uno por el otro. « Los grandes textos conservan toda su vigencia », por un lado. Por el otro, se suministran unas consignas « realistas, adaptadas a la fase actual de la lucha, flexibles », que pueden revestir la forma de un programa mínimo, una profesión de fe en el pluralismo, una alianza con el enemigo tácticamente más cercano, etc. Se crea así en el político un verdadero desdoblamiento de su personalidad militante que, cualquiera que sea su nivel de inserción en el subconsciente, no deja de ser destructor².

¿ Es éste realmente el camino justo? ¿ Hay razones para sentir cierta euforia?³ ¿ No da todo ello una triste impresión de debilidad, de resignación, de haber pasado a la defensiva? A este propósito, quizá valga la pena hacer un breve excursus y volver a los neocapitalistas. Frente a esa mansa esclerosis, ¿ cuál es su actitud en el plano teórico? Una actitud ofensiva, de superación, de adaptación. No cabe discutir el progreso del neocapitalismo con respecto al capitalismo incluso en los aspectos más formales. Del despliegue somero de su fuerza a la creación de todo un repertorio de condicionamientos —por citar un ejemplo concreto, todo lo que va del empleo de esquiroleros y pistoleros a las « relaciones humanas en la fábrica »—, de un empirismo primario a la justificación teórica y, en particular, su nuevo y más exitoso aspecto: lo que pudiéramos llamar su progresismo semántico. Hoy en día, en efecto, la izquierda padece un anquilosamiento y aun un verdadero conservadurismo de vocabulario; la derecha, en cambio, puede mostrar un cuadro impresionante de hallazgos, de eficacísimas innovaciones. Pensemos en **capitalismo popular, sociedad de consumo, mundo libre, socialización, crepúsculo de las ideologías**, etc. Sí, el conjunto genérico que resumimos en la palabra neocapitalismo es algo más que capitalismo. No es, desde luego, otra cosa, situada al lado o detrás del capitalismo. Es una realidad de plano distinto, en la que el hecho capitalista está subsumido o « en suspensión », sin descomponerse ni negarse. Justamente por esto —y no es paradoja— no tiene sentido recurrir al revisionismo para salir del pozo ciego del análisis teórico actual.

2. Este desdoblamiento tiene un precedente ilustre en la historia del catolicismo. También sus militantes recibían una doble formación: por un lado se les daba el Evangelio y por otro la casuística moral, la consigna de las Bienaventuranzas y a la vez el programa mínimo del « Examen de conciencia antes de la confesión ». Y lo más notable de ambos casos es la separación estanca entre esos dos canales, que se mantenían **deliberadamente** aislados el uno del otro. Por lo que se refiere a la Iglesia, las consecuencias son de todos conocidas...

3. Existe hoy una verdadera euforia de los teóricos marxistas, por ejemplo. Nunca —se nos dice— ha rayado tan alto o ha llegado a abarcar tanto el marxismo. Pero, recurriendo al consabido paralelo, ¿ no cabe sentir a la vez cierta alarma? El momento de mayor riqueza y complejidad ¿ no es también aquél en el que la teoría deja de engranar directamente sobre la realidad? Las discusiones sutiles entre personas* que ahora privan ¿ no recuerdan un poco la porfía entre probabilistas y probabilidadistas? Y por último, ¿ no debería inquietar el hecho de que ese florecimiento marxista sea, en proporción creciente, obra de filósofos y no de economistas?

* Entre personas, y no entre portavoces. ¿ No apunta ya el fenómeno del divismo, característico de todas las situaciones bizantinas? (Cierto que hace sesenta o setenta años también se trataba de polémicas entre personas pero todas ellas tenían detrás una « representación ».)

El revisionismo sigue siendo un rehusarse a advertir esa realidad distinta, un encerrarse en el mismo armazón mental. Todo afán de revisión es precisamente una afirmación de fe en el sistema. No, no hay nada que revisar. Todo sigue, en efecto, vigente. Pero, de ser una explicación omnicomprendensiva, ha pasado a recubrir una sola franja o capa —por muy central o profunda que sea— de la totalidad. ¿No es ésta, por cierto, una constante general? Y no solamente en la vertiente política. ¿Ha dejado de ser cierta (aplicable) la Física anterior? ¿Invalida acaso Einstein a Newton? ¿Y « Libertad, igualdad, fraternidad » es una consigna muerta o está contenida —sin agotarla— en aquella otra de « Proletarios de todos los países, uníos »? (Y ésta a su vez ¿satisface ya las exigencias de hoy y de mañana, desde el punto de vista de la motivación y de la semántica?) En el presente momento inicial, dentro de los límites de este trabajo y por parte de su autor sería prematuro, materialmente imposible y presuntuoso intentar una formulación precisa, adecuada a la tesis anteriormente sustentada. Pero siempre se puede efectuar alguna calicata en la realidad que permita un primer desbroce de los aspectos más previos (a saber, los que se refieren precisamente a la motivación y a la semántica).

En las épocas de crisis el medio más seguro de ver claro consiste, paradójicamente, en sondear los fenómenos aberrantes. En nuestro caso, los nuevos movimientos o tendencias de juventud rebelde que nacen al margen de los canales que venían (merecidamente) arrogándose el monopolio de aglutinamiento y encauzamiento de tales energías. ¿Cuál es la razón de ser de **hippies, provos y hooligans**?⁴ A su propio estilo, confuso y gangoso, nos dan una clave valiosísima para percibir la inquietud profunda de la época venidera⁵. Estos jóvenes no se rebelan contra la pobreza o la menor disponibilidad de bienes —¡ se rebelan, si acaso, contra la abundancia!—, ni siquiera contra la injusticia y por la libertad de los oprimidos y desde luego tampoco por una sociedad sin clases. Estos jóvenes se rebelan, primero, contra una organización exhaustiva de la vida que todo lo ha previsto, que interfiere en todo y por todos quiere velar⁶. Y en segundo lugar, y sobre todo, se rebela contra su impenetrabilidad⁷. La sociedad perfecta de la que son un perfecto producto no les ofrece realmente nada. Les incita simplemente a producir para el consumo, a consumir para la producción⁸, a « estar ». No les invita « ser », a **participar**. En Occidente como en Oriente, en los países cristalizados por la abundancia, la inmensa mayoría padece una **privación** real en su condición humana que, por muy sutil que pudiera parecer en épocas anteriores de explotación material directa, no resulta ya tolerable. Y esta rebeldía del mañana inmediato, prefigurada hoy torpemente en los aberrantes, confluye en su raíz más profunda con la rebeldía de ayer, y aun de hoy en amplias zonas del mundo. Sobre este particular los materialistas de todo tipo han sido muy modestos en su evaluación de las motivaciones. La adhesión que suscitan las revoluciones de nuestro siglo en la fase que se solía llamar de « dictadura del proletariado » no se debe a que haya aumentado el nivel de vida —que muchas veces disminuye forzosamente— de las masas

trabajadoras sino a que éstas se sienten por fin **protagonistas**, y no tratadas como objetos (independientemente de ese trato proceda de una minoría explotadora o de un « estado del bienestar »). Y esto nos lleva ya al aspecto semántico, a propósito del cual la izquierda debe hacer el mismo esfuerzo que la derecha ha introducido en su « vocabulario ». No es que, debidamente metafóricas y puestas al día, no sigan siendo utilizables palabras como explotación, por ejemplo⁹. Pero, por su desgaste, por las connotaciones que han ido adquiriendo y porque la realidad que recubren ha quedado desplazada por otra más abarcante, resulta conveniente y saludable adecuar el instrumento lingüístico a los hechos.

Y en un plano más general, y por todas las razones enumeradas hasta el momento y, sobre todo, porque actúa de pantalla opaca entre nosotros y la vida, ¿no procederá suspender la teoría usual¹⁰, ponerla en hibernación, al menos por un tiempo? No propongo una postura adámica, que siempre

4. Es interesante recordar que no se trata de un fenómeno local (privativo de los países capitalistas) sino general. Tan preocupantes deben ser para la Unión Soviética sus **hooligans** (y en primer término Yevtuchenco y compañía) como los **hippies** para la « Gran Sociedad » estadounidense.

5. No se trata de magnificar su importancia, como se suele hacer a veces sino de destacar su valor instrumental para detectar esa inquietud, que no cabe atribuir a los jóvenes de partido, por mucho mayor que sea la simpatía que nos inspiran.

6. Y en este aspecto manifiestan su carácter regresivo, como en su tiempo Ruskin y todos los « antimquinistas ».

7. Y en este aspecto ponen de relieve su valor como « signo ».

8. Pero también hay que pensar « producción ». En este sentido podría orientarse quizás otra de esas calicatas. ¿Cuál es el centro de la teoría anticapitalista? Conceptos o realidades como « relaciones de producción », « medios de producción », es decir, en definitiva el esfuerzo de producción que hace el hombre desde el momento de extraer de la tierra las materias primas hasta que se llega al producto terminado. Más concretamente, el esfuerzo de producción tal como era antes de la revolución de la cibernética y de la automatización. ¿Traduce hoy esfuerzo de « producción » (o « trabajo ») lo que traducía ayer? Y sobre todo, ¿lo traducirá en un futuro próximo, al invadir más plenamente los sectores primario y secundario la automatización y la cibernética el terciario? En suma: ¿por qué no va a seguir siendo vigente o defendible « plusvalía »? Pero también: ¿abarcan lo mismo sus presupuestos « trabajo » y « producción »? ¿Y sus complementarios « ocio » y « consumo »?

Producción: se ha calculado que ya hoy bastaría el 2% de la población para producir todo lo que necesita o desea un país. « Ocio »: se va a trabajar sólo 180 de cada 365 días.

9. Conviene matizar a este respecto. No se puede poner en el mismo plano la fuerza significativa de « explotación » y la de « alienación », que tiene una validez persistente. Ni tampoco equiparar « explotación » con engendros de Baja Escolástica tales como « burguesía nacional » que no quiere decir prácticamente nada.

Hay que tener en cuenta la inercia que impulsa a seguir utilizando unas palabras cuando ya han dejado de ceñirse estrictamente a la realidad y sólo la describen metafóricamente. Recordemos las últimas líneas del **Manifiesto**: en 1848 los obreros no llevaban ya cadenas. Y hoy « explotación » dice a la vez demasiado y demasiado poco. (Aunque perduren explotaciones materiales directas y queden todavía esclavos encadenados en la Península Árabe o en el Sahara.) Pero los nuevos desarrollos y la nueva complejidad desbordan el antiguo vocabulario. La historia del hombre es, en suma, la lucha por ampliar el número de participantes, de protagonistas, y por reducir el ámbito de la privación. (Y no basta con la Seguridad Social desde la cuna hasta la tumba si siguen subsistiendo mecenas y filántropos.)

10. No se trata por supuesto de esa elucubración de « superar el marxismo ».

es presunción : la de Noé, más bien, al desembarcar cuando, después de cuarenta días y cuarenta noches, volvió a contemplar todas las cosas con una mirada nueva, **sin haber dejado de ser él el mismo**. (O, siguiendo con la comparación bíblica, se propone un año sabático para el análisis teórico vigente.)¹¹

...y política

Ninguna táctica puede prosperar si no es la aplicación de una estrategia, y las estrategias no sustentadas en una teoría solamente tienen sentido cuando se posee la fuerza, cuando se está en el poder y no en la lucha por alcanzarlo. En la arena política mundial la bipolaridad ha cedido el paso a una superioridad **in crescendo** de los Estados Unidos. En la arena mundial el socialismo es « la oposición ». Ya hemos visto el pozo ciego en el que se debate su análisis teórico. No obstante, repasaremos —siquiera sea a título de confirmación— su estrategia y su táctica y el instrumento de su acción.

¿ Existe una estrategia socialista ? Descartemos de entrada toda referencia a la Segunda Internacional cuyos dirigentes se sentirían probablemente desconcertados si se les formulara una pregunta al respecto. El bloque soviético tenía una estrategia, la ha tenido durante largos años, indiscutible, eficaz, de gran calidad¹². Hasta hace poco tiempo la iniciativa estaba en sus manos, y toda estrategia supone en definitiva tener la iniciativa y conservarla. En el último quinquenio la situación se ha invertido radicalmente y nos tocado el dudoso privilegio de vivir una de esas crestas que no se repiten en un siglo. Pasado el punto de inflexión —que los historiadores futuros se encargarán de acotar en una fecha o en un hecho concreto—¹³, estamos ahora bajando hacia la hondonada. Hoy en día, la Unión Soviética tiene únicamente la estrategia típica del segundón mundial, y es una estrategia nacional y no ideológica¹⁴. Es la política tradicional de Francia ante la Inglaterra victoriana y, a propósito de los últimos acontecimientos, el paralelo con Fachoda no es ninguna tontería. En cuanto a la China popular, la impresionante capacidad creadora de que da muestras en el plano interior, su admirable inventiva estratégica por lo que al asentamiento nacional de su doctrina se refiere, no tiene equivalente satisfactorio en materia de política exterior. Preciso es reconocer que la única formulación estratégica válida y coherente resulta la dada a conocer últimamente con la firma de Ernesto Guevara.

No pueden sorprender después de esto los repetidos fallos tácticos de los últimos tiempos y los consiguientes triunfos del « neocapitalismo », que han culminado en la derrota árabe y en sus secuelas en las Naciones Unidas, en la insumisión rumana y en el escándalo del Partido Comunista israelí¹⁵.

Si pasamos ahora a analizar el instrumento de la acción, en este caso concreto los partidos, la reflexión se hace más acerba. La gloriosa ejecutoria de los partidos en un pasado dilatado y todavía reciente no

puede hacernos olvidar su situación actual. Precindiendo de su eficacia sindical —que constituye, por cierto, un ejemplo de competencia abusiva— su restante incidencia en la realidad es aproximadamente la misma que la de un cenáculo de intelectuales inquietos¹⁶. Bastará con que meditemos sobre este simple hecho : después de 1949, desde hace casi veinte años, los partidos no han tenido arte ni parte en los movimientos revolucionarios, o simplemente progresistas, que han logrado triunfar. En varias ocasiones, han vivido incluso de espaldas a los mismos¹⁷ o los han snobado. A este dato irrefutable pero poco observado podemos añadir otro más que, en cambio, resulta ya tópico : el desvío ante los partidos de las nuevas generaciones que, en sus elementos más vivos, propenden a crearse sus propios cauces o caen en manos de iluministas y mistagógicos.

¿Qué podemos deducir de todas estas consideraciones? Dicho con la concisión y consiguiente excesiva simplificación que imponen los límites de este trabajo, se trata de lo siguiente : también en este plano se da una ruptura de la continuidad. La revolución del siglo XX está terminando su carrera. Vivimos las postrimerías de una etapa histórica y los prolegómenos de otra nueva. Todos los síntomas que hemos repasado someramente concuerdan en esta interpretación. Estamos viviendo **entre** dos revoluciones. Estamos viviendo una época 1831-1848¹⁸.

¿Cuáles son las características de estas fases de transición ?

En el plano teórico :

La teoría que informó el movimiento revolucionario anterior es puesta en cuarentena, recusada con desprecio y también con una saña hija de la decepción provocada por la ilusión fideista que en ella se depositó.

La rehabilitación abusiva de las ramas fallidas de la especie. (Es patético y también irritante asistir a estas resurrecciones de la Luxemburgo —« si no la hubieran matado »—, de Trotski, por supuesto —« si hubiera triunfado él en vez de Stalin »—, de Kautski ya, quizá de Bujarin en breve

11. Algún indicio de año sabático ya hay : los últimos acontecimientos chinos, quizá. Y a este respecto cabe fiar en esa cualidad singular del comandante Fidel Castro que más que intuición es un verdadero **instinto** de la historia.

12. No se da a esta descripción un contenido emocional sino técnico. Preciso es comparirla, cualquiera que sea el juicio de valor de cada uno sobre cada hecho concreto.

13. Con el simbolismo al que tan dados son, quizá escojan la muerte de Lumumba o la retirada de los cohetes de Cuba. Por mi parte, preferiría la retractación por Jruschof de su segundo ultimátum sobre Alemania (octubre de 1961).

14. Taschkent podría ser su símbolo.

15. Un partido comunista expulsa a uno de sus miembros porque éste ha atacado la política antisoviética de aquél...

16. Para evitar torcidas acusaciones, conviene recordar que la exaltación máxima de la función del partido se debe al fascismo.

17. Se puede evocar el conocido ejemplo cubano : tres meses antes de la victoria definitiva del comandante Fidel Castro, el partido comunista local iba todavía por lo del « gobierno democrático de coalición ».

18. Hasta en lo más concreto : estamos hoy sometidos a un nuevo **enrichissez-vous...**

y, para que van más allá, de Proudhon, que es el pensador recién descubierto y se empiezan a publicar trabajos encomiásticos sobre Fourier y muy pronto —como parte del repliegue al que aludimos más adelante— se propondrán como modelo los kibbutzim, los falansterios de hoy.)¹⁹ La proliferación de utopismos, de los que nunca se sabe muy bien si son progresistas o reaccionarios : no es tanta la distancia que media entre los comuneros y el consumismo.

Y, sobre todo, la aparición de pensadores-precursores²⁰ (los Owen, Saint-Simon, Godwin, etc., del XIX) que intuyen la nueva revolución por venir pero a los que su tiempo no les permite todavía llegar a una formulación científica y eficaz.

En el terreno de los hechos :

Un repudio o un desentenderse de los valores revolucionarios anteriores por parte de las nuevas generaciones²¹. La consiguiente aparición de fenómenos de masa que son puristas o misticoides pero, en todo caso aberrantes (**cátaros, begardos, románticos, ayer, provos, hippies, psicodélicos**, etc., hoy).

La inhibición o el descorazonamiento generalizados : a treinta años de distancia, la pobre reacción que provoca la guerra del Vietnam no sale muy bien librada de la comparación...

El repliegue a una vida privada protegida con hábiles coartadas²² o a actividades minoritarias y « de estudio ».

Y, si todavía no han nacido, muy pronto surgirán las sociedades secretas de nuestro siglo.

Antes de terminar quisiera añadir dos matizaciones para invalidar la posible acusación de pesimismo histórico. La primera es que, cuando se anuncia el final de un ciclo revolucionario, no se niega su vigencia. Hay siempre una diferenciación geoeconómica a este respecto. La revolución del siglo XX sigue siendo vigente, la más vigente, la más eficaz en amplias zonas del mundo, del mismo modo que en el momento de la universalidad máxima de aquélla seguía siendo aplicable en puntos concretos la del siglo XIX. Hay países que llevan un retraso de 1 revolución, otros de 2, y para la Arabia Saudita el Renacimiento constituiría un hecho revolucionario y el régimen esclavista de la Grecia clásica un verdadero progreso para las poblaciones prehistóricas de Nueva Guinea.

La segunda reflexión es que, en la lucha política mundial, las revoluciones no pierden nunca la partida. Aun de aquellas que son rápidamente colonizadas por sus adversarios, como le ocurrió a la del siglo XIX, se puede decir lo que de Grecia, sojuzgada por Roma : vencidas, conquistan a sus vencedores. Mientras agonizan, fecundan el terreno en el que nacerán sus sucesoras inmediatas. En una palabra, si bien afirmamos la ruptura de la continuidad por razones tácticas, en el plano estratégico la revolución es una realidad continua²³. Todo lo demás es negar la historia.

¿Qué podemos hacer, pues ?

Como se acaba de decir, vivimos la hora de Blanqui y de Proudhon y ni

Marx redivivo acertaría ahora mismo con la formulación exacta. En el plano de la elaboración teórica yo propongo, por tanto, un proceder esenio —o, si se quiere, babouvista—, un « preparar los caminos ». Y, por supuesto, las citadas vacaciones sabáticas de la especulación según la línea habitual. Como requisito para aspirar a aprehender la realidad de hoy y de mañana empezar por la mirada « puesta a cero »²⁴. Esta nueva mirada dará sus frutos en la acción práctica, que debe mantenerse con mayor rigor y entrega aún si cabe. Si lúcido, dos veces activo.

Verano de 1967

19. Algo ya empieza a esbozarse, con las colonias agrícolas de los hippies. Y es otro ejemplo más de ese parecido casi literal con la fase citada del siglo XIX: las fundaciones de Owen en los Estados Unidos, Oneida, etc.

20. Que son muchas veces meros utopistas.

21. O, como alternativa, el afán de superar la « traición » de los partidos volviendo a las fuentes. Y así, después de fracasar con la creación de un Nuevo Partido Comunista Marxista Leninista Auténtico (porque surgen de golpe cinco) se escarba en la historia con pasión de arqueólogo y se exhuma « Liga de los Comunistas » como nombre para la nueva formación.

22. Lectura de Althusser o de Marcuse, cotizaciones de apoyo, lámpara de minero colgada en el bello salón y después de la cena cantos revolucionarios.

23. Esto hay que destacarlo con fuerza. Porque hoy está en boga, especialmente en labios de exrevolucionarios desencantados o impacientes, cierta afirmación que se profiere con tono de superioridad y cientifismo: « La revolución ha dejado de ser posible »... que es como decir « se ha acabado la era de los descubrimientos en física o en biología ».

24. Esto no es para rasgarse las vestiduras, y menos que nadie los marxistas porque tal fue precisamente la actitud de Marx. En otras palabras, y recurriendo una vez más al paralelo de siempre, tomistas son hoy con igual derecho el Padre Ramirez y Jacques Maritain. Se trata de elegir.

Desde que se escribieron estas líneas ha pasado casi un año y han surgido movimientos estudiantiles que —en Italia y en Alemania, sobre todo— han sacudido la calma aparente de nuestras sociedades « opulentas y sin problemas ». Ante estos hechos recientes ¿ procederá modificar lo que aquí se dice al hablar de la juventud? ¿ Ha desaparecido la realidad hippie fundiéndose en los « europeo-guevarismos »? Todavía es pronto para dar una respuesta concluyente. Pero, aunque tal respuesta fuera afirmativa ¿ no seguiría siendo el hippismo el dato nuevo y la prefigura del futuro? Quiero decir: ¿ esos movimientos estudiantiles son realmente el prefacio de la revolución próxima o meramente la última manifestación de la revolución que termina? En un sentido, anuncian sin duda el porvenir por cuanto: a) contribuyen a devolver cierta esperanza a los escépticos para los que « la revolución había dejado de ser posible en Europa »; y b) confirman definitivamente la no vigencia de los partidos como encuadramiento y como instrumento (básico). Pero fundamentalmente son —en mi opinión— la postrer secuela de la historia anterior. Fundamentalmente, tienen una componente de senectud: el hecho de limitarse a copiar, a invocar los triunfos ajenos, a

asumir mágicamente la virtud del héroe lejano esperando con ello asumir también su eficacia y su victoria. En otras palabras: son un momento de transición, un « puente » (estimabilísimo, por cierto, y positivo). Cabría recordar quizá el fenómeno homólogo del siglo XIX: en la acción práctica, la agitación a-ideológica contra la Santa Alianza; en la tesisura personal, ... en la tesisura personal, ¿ quién no se ha sentido tentado de recurrir al adjetivo romántico para designarles? (Los síntomas que podrían aducirse son muchos: el afán de singularizarse de los demás y de uniformizarse entre sí —el traje que es casi un uniforme—, la exaltación del Inmolado, del Héroe muerto sin triunfo, más que del Héroe eficaz que está venciendo, la obsesión de la pureza —el voto en blanco—, la manía sincretista —esos carteles « Jesús-King-Duschke » o incluso « Lumumba-Kennedy-Duschke »— y muy pronto quizá, como su complemento en arte y en literatura, un Nuevo Sentimentalismo que barrerá ese fugaz neoclasicismo que ha sido le Nouveau Roman y enterrará del todo el intelectualismo en pintura.

(Abril de 1968)

España contemporánea

HUGH THOMAS

La guerra civil española

Nueva edición corregida y aumentada

800 páginas 30 mapas 48 F

GERALD BRENAN

El laberinto español.

Antecedentes políticos y sociales de la guerra civil

330 páginas 9 mapas en colores 24 F

MIJAIL KOLTSOV

Diario de la guerra de España

500 páginas 141 documentos fotográficos 33 F

STANLEY G. PAYNE

Falange. Historia del fascismo español

276 páginas 24 F

IGNACIO FERNANDEZ DE CASTRO

De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo

412 páginas 36 F

JUAN MARTINEZ ALIER

La estabilidad del latifundismo

440 páginas 7 mapas 17 documentos fotográficos 42 F

STANLEY G. PAYNE

Los militares y la política en la España moderna

498 páginas 36 F

DANIEL ARTIGUES

El Opus Dei. 1

184 páginas 21 F

ROBERT G. COLODNY

El asedio de Madrid

en prensa

5 rue Aubriot Paris 4

1789-1848-1905. Revolución y proletariado*

1789-1848-1905

La historia no se repite. Por mucho que se quiera comparar la revolución rusa con la Gran Revolución Francesa, no por eso se convierte la primera en una simple repetición de la segunda. El siglo XIX no ha transcurrido en vano.

Ya en el año 1848 presenta una gran diferencia respecto al año 1789. En comparación con la Gran Revolución, la prusiana o la austriaca sorprendieron por su falta de brío. Por un lado llegaron demasiado pronto; por otro, demasiado tarde. El gigantesco esfuerzo que necesita la sociedad burguesa para arreglar cuentas radicalmente con los señores del pasado sólo puede ser conseguido, bien mediante la poderosa **unidad de la nación entera** que se subleva contra el despotismo feudal, bien mediante una evolución acelerada **de la lucha de clases** dentro de esta nación en vías de emancipación.

El primer caso se dio entre 1789 y 1793; toda la energía nacional que se había ido acumulando en la tremenda resistencia contra el viejo orden, se volcó por completo en la lucha contra la reacción. En el segundo caso, que hasta ahora no se ha dado en la historia y que consideramos solamente como una posibilidad, se produce, dentro de la nación burguesa, el grado de energía necesario para conseguir la victoria sobre las fuerzas oscuras del pasado, mediante una «desdibujada» lucha de clases. Los ásperos conflictos internos que consumen gran parte de sus energías y privan a la burguesía de la posibilidad de desempeñar el papel principal, empujan a su antagonista hacia delante, le dan en un mes la experiencia de décadas, le colocan en el frente más avanzado y le entregan las riendas tendidas, ocasión que él aprovecha para, decididamente y sin vacilaciones, dar a los acontecimientos un ímpetu poderoso.

O una nación que se contrae toda ella como un león preparándose para el salto; o una nación que se ha dividido definitivamente, durante el proceso de la lucha, para dejar en libertad de movimientos a su mejor parte en orden a la realización de la tarea para la cual el todo entero ya no tiene fuerzas suficientes. Estos son dos tipos opuestos que, desde luego, se pueden contraponer en su forma pura sólo teóricamente.

Lo peor es, como en tantos otros casos, un término medio; en este término medio se dio el año 1848. En el período heroico de la historia francesa vemos

delante de nosotros una burguesía ilustrada y activa que aún no había descubierto sus propias contradicciones. La historia le había confiado la tarea del mando, en la lucha por el nuevo orden, no sólo en contra de las instituciones anticuadas de Francia sino también en contra de las fuerzas reaccionarias de toda Europa. Como consecuencia la burguesía en todas sus diversas fracciones, se siente conductora de la nación, compromete a las masas en la lucha, les transmite consignas y les señala la táctica de la lucha. La democracia unificó la nación bajo una ideología política. El pueblo —pequeños burgueses, campesinos y obreros— elegían burgueses como diputados y las tareas encargadas a ellos por las masas, estaban escritas en el lenguaje de una burguesía que era consciente de su papel mesiánico. Aunque también durante la revolución misma se destacan claramente antagonismos de clase, el ímpetu, una vez conseguido, de la lucha revolucionaria elimina política y consecuentemente los elementos burocráticos de la burguesía. Ninguna capa social es relevada sin haber transmitido antes su energía a las que le suceden. Así, la nación como un todo continúa la lucha por sus objetivos con medios cada vez más potentes y decididos. Cuando la crema de la burguesía adinerada se separa del núcleo del movimiento nacional puesto en marcha y se alía con Luis XVI, vuelven las reivindicaciones de la nación, que a la sazón están ya dirigidas contra esta burguesía, hacia el sufragio universal y hacia la república como formas lógicas e inevitables de la democracia.

La Gran Revolución Francesa es, en efecto, una revolución nacional. Incluso más: aquí se manifiesta en su forma clásica la lucha mundial del orden social burgués por el dominio, el poder y la victoria indivisa dentro del marco nacional.

Jacobinismo es hoy una injuria en boca de los sabelotodo liberales. El odio burgués contra la revolución, contra las masas, contra la violencia y contra la historia que se hace en la calle, se ha concentrado en un grito de indignación y de angustia: ¡**Jacobinismo!** Nosotros, el ejército mundial del comunismo, históricamente hemos ya arreglado cuentas hace tiempo con el jacobinismo. Todo el movimiento proletario internacional de la actualidad ha nacido y se ha fortalecido en disputa con las tradiciones del jacobinismo. Lo hemos sometido a

* Del libro de León D. Trotski: 1905, de inmediata publicación por Ediciones Ruedo ibérico.

una crítica teórica, hemos mostrado su estrechez, hemos desenmascarado su contradicción social, su utopismo, su fraseología y hemos roto con sus tradiciones que, durante décadas, pasaban por herencia sagrada de la revolución.

Pero defendemos el jacobinismo contra los ataques, las calumnias y los ultrajes inspidos de que le hace objeto el liberalismo flemático y exangüe. La burguesía ha traicionado ignominiosamente todas las tradiciones de su juventud histórica, sus mercenarios actuales profanan las tumbas de sus antepasados y calumnian los vestigios de sus ideales. El proletariado defiende el honor del pasado revolucionario de la burguesía. El proletariado que, en la práctica, ha roto tan radicalmente con las tradiciones revolucionarias de la burguesía, las protege, como herencia de grandes pasiones, de heroísmo e iniciativa y su corazón late lleno de simpatía hacia los hechos y las palabras de la Convención jacobina.

¿Qué es lo que dio al liberalismo su fuerza atractiva que no fuesen las tradiciones de la Gran Revolución Francesa! ¿En qué otro periodo se elevó la democracia burguesa a tal altura, encendió una llama tal en el corazón del pueblo como lo logró la democracia jacobina, « sans culotte » y terrorista de Robespierre en el año 1793?

¿No era el jacobinismo el que posibilitaba y posibilita todavía al radicalismo burgués francés de los diversos matices a mantener en proscripción hasta hoy en día a una inmensa parte del pueblo, incluso del proletariado —y eso en una época en que el radicalismo burgués en Austria y Alemania nutrió su corta historia de actos inútiles y ridículos?

¿No era la fuerza atractiva del jacobinismo, su ideología política abstracta, su culto por la República Sagrada y sus declamaciones solemnes, de lo que se nutren todavía hoy los radicales y radical-socialistas franceses como Clemenceau, Millerand, Briand, Bourgeois y todos esos políticos, más incapaces todavía de conservar las esencias de la sociedad burguesa que los *junker* de Guillermo II, estúpidos por la gracia de Dios; *junker* a los cuales envidian tan desesperadamente las democracias burguesas de otros países mientras, simultáneamente, denigran la razón y la fuente de su posición política privilegiada —el jacobinismo heroico— con calumnias? Incluso después de haber defraudado muchas esperanzas siguió viviendo como tradición en la conciencia del pueblo; el proletariado habló aún durante mucho tiempo de su futuro en el lenguaje del pasado. En el año 1840, casi medio siglo después del gobierno del « partido de la montaña », ocho años antes de los días de junio de 1848, Heine visitó varios talleres en el suburbio Saint-Marceau y pudo ver lo que leían los obreros, « la parte más fuerte de la clase baja ». « Allí encontré — así informó a un periódico alemán — varias ediciones nuevas de los discursos del viejo Robespierre, también de los

panfletos de Marat por entregas, la historia de la revolución de Cabot, la libélula venenosa de Cormenin, La doctrina y la conspiración de Babeuf, Buonarrotti — todos ellos escritos que olían como a sangre; [...] Como fruto de esta siembra — profetizó el poeta — amenaza irrumpir, más tarde o más temprano, desde la tierra francesa la república. »¹

En el año 1848, la burguesía era ya incapaz de jugar un papel comparable. No era lo suficientemente dispuesta ni audaz como para asumir la responsabilidad de la eliminación revolucionaria del orden social que se oponía a su dominación. Entretanto, hemos podido llegar a conocer el **porqué**. Su tarea consistía — más bien de eso se daba ella cuenta claramente — en incluir en el viejo sistema garantías que eran necesarias, no para su dominación política, sino simplemente para un reparto del poder con las fuerzas del pasado. La burguesía había extraído algunas lecciones de la experiencia de la burguesía francesa: estaba corrompida por su traición y amedrentada por sus fracasos. No solamente se guardaba de empujar a las masas al asalto contra el viejo orden sino que buscaba un apoyo en el viejo orden con tal de rechazar las masas que la empujaban hacia adelante.

La burguesía francesa supo hacer grande su revolución. Su conciencia era al mismo tiempo la conciencia de la sociedad entera y nada podía convertirse en institución duradera sin haber sido reconocido antes por esta conciencia como un objetivo suyo, como una tarea suya de carácter político. A menudo adoptó una actitud teatral para esconder ante sí misma la estrechez de su propio mundo burgués; pero ella seguía adelante sin embargo.

La burguesía alemana, en cambio, desde el principio en vez de « hacer » la revolución, se separaba de ella. Su conciencia se rebeló contra las condiciones objetivas de su propia dominación. No se podía llegar a la revolución con ella sino contra ella. En su pensamiento, las instituciones democráticas se presentaban no como un objetivo de su lucha, sino como el peligro para su bienestar.

En el año 1848 se necesitaba de una clase que hubiese sido capaz de tomar en sus manos los acontecimientos prescindiendo de la burguesía e incluso en contradicción con ella, una clase que hubiera estado dispuesta no sólo a empujar a la burguesía hacia adelante con toda su fuerza, sino también a quitar de en medio, en el momento decisivo, su cadáver político.

Ni la pequeña burguesía ni el campesinado eran capaces de hacerlo.

La **pequeña burguesía** urbana era no sólo hostil al **ayer** sino también al **mañana**. Estaba todavía enca-

1. [« Lutetia », Berichte über Politik, Kunst und Volksleben, Brief vom 30. April 1840, en: H. Heine, Werke und Briefe, Berlin 1962, tomo 6, p. 268.]

misada en las circunstancias medievales —pero se veía ya impotente para mantenerse frente a la industria « libre »; todavía configuraba los rasgos de las ciudades— pero ya cedía su influencia en favor de la gran burguesía y de la mediana; ahogada en sus prejuicios, aturdida por el alboroto de los acontecimientos, explotada y explotando ella misma, ávida y desesperada en su codicia, la pequeña burguesía atrasada no podía estar en la cabeza de los acontecimientos mundiales.

Al **campesinado** le faltaba, en una medida aún mayor, una iniciativa política independiente. Desde hacia siglos avasallado, empobrecido y furioso, siendo siempre la encrucijada tanto de la vieja explotación como de la nueva, el campesinado representaba, en un momento determinado, una fuente rica en caótica fuerza revolucionaria. Pero desunido, dispersado, rechazado de las ciudades, los centros nerviosos de la política y de la cultura, apático, limitado en su horizonte a lo que le rodeaba de inmediato e indiferente frente a todo pensamiento urbano, el campesinado no podía tomar importancia como fuerza dirigente. A partir del momento en que le liberaban de la carga de las obligaciones feudales, el campesinado volvía a su inmovilidad y pagaba a la ciudad, quien había luchado por sus derechos, con extrema ingratitud: los campesinos liberados se convirtieron en fanáticos del « orden ».

La « **intelligentsia** » democrática, sin un poder de clase, colgaba pronto, como una especie de retaguardia política, a remolque de su hermana mayor, la burguesía liberal; luego, en momentos críticos, se separaba de ella para únicamente dar pruebas de su propia impotencia. Se enredaba en contradicciones insolubles y llevaba consigo esta confusión por todas partes.

El **proletariado** era demasiado débil, se encontraba sin organización, sin experiencia y sin conocimientos. El desarrollo capitalista había progresado lo suficiente como para hacer necesaria la abolición de las viejas condiciones feudales pero no tan suficientemente como para permitir destacarse a la clase obrera —el producto de las nuevas condiciones de producción— como una fuerza política decisiva. El antagonismo entre el proletariado y la burguesía se había desarrollado demasiado en el marco nacional de Alemania como para que aún le fuera posible a la burguesía figurar intrépidamente con el papel de protagonista nacional; pero no se había desarrollado tanto como para que el proletariado pudiese hacerse cargo él mismo de este papel. Aunque los roces internos de la revolución preparaban al proletariado para la independencia política, también debilitaban, al mismo tiempo, la energía y la unidad de la acción, hacían despilfarrar infructuosamente las fuerzas y obligaban a la revolución, después de los primeros éxitos, a

marcar el paso sin moverse del sitio para emprender luego la retirada bajo los golpes de la reacción.

Austria ha sido un ejemplo especialmente claro y trágico de esta inexperiencia y del error que supone no llevar las condiciones políticas a sus últimas consecuencias durante un periodo revolucionario.

El **proletariado** de Viena mostró en 1848 un heroísmo asombroso y una energía inagotable. Una y otra vez se metía de lleno en la lucha empujado por un ronco instinto de clase, sin tener una idea general sobre los objetivos de la misma; saltaba de una consigna a la otra. La dirección del proletariado pasó —asombrosamente— al **estudiantado**, el único grupo democrático activo que tenía, gracias a su actividad, una gran influencia sobre las masas y, por consecuencia, también sobre los acontecimientos. Los estudiantes podían, sin duda, luchar valientemente en las barricadas y fraternizar honrosamente con los obreros, pero eran incapaces de señalar la dirección de la revolución, posibilidad que la « dictadura » de la calle había colocado entre sus manos.

El proletariado, desunido, sin experiencia política y sin dirección política independiente, seguía a los estudiantes. En cada momento crítico los obreros ofrecían firmemente a los « señores que trabajan con la cabeza » la ayuda de los « que trabajan con las manos ». Ora convocaron los estudiantes a los obreros, ora les cerraron el camino al centro de la ciudad. Otras veces, en virtud de la autoridad política de que se revestía la « legión académica », les prohibían plantear reivindicaciones independientes propias. He aquí la forma clásica de la benévola dictadura revolucionaria sobre el proletariado.

La consecuencia de todo ello fueron los acontecimientos siguientes. Cuando el 26 de mayo todos los obreros vieneses siguieron el llamamiento de los estudiantes y se lanzaron a la acción para impedir que desarmaran a la « legión académica », cuando la población de la capital, levantando barricadas por todas partes, se demostró asombrosamente potente y se apoderó de toda la ciudad, cuando la Viena armada tenía a Austria como respaldo, cuando la monarquía, que se dio a fuga, había perdido todo significado, cuando, a causa de la presión popular, también las últimas tropas fueron mandadas a retirarse de la capital, cuando el poder gubernamental de Austria era un objeto sin dueño, entonces no hubo ninguna fuerza política para hacerse con el timón.

La **burguesía liberal**, conscientemente, no quería encargarse de un poder que había sido tomado de manera tan rapaz; soñaba únicamente con el regreso del emperador, que se había retirado de la huérfana Viena al Tirolo.

Los **obreros** eran suficientemente valientes para destrozarse a la reacción pero no lo bastante organizados y conscientes como para tomar posesión de la gerencia de la misma. Existía un movimiento obrero

potente pero no había todavía ninguna verdadera lucha de clase desarrollada en la que el proletariado hubiese podido precisar sus fines políticos. El proletariado, incapaz de tomar el timón por sí mismo, tampoco podía inducir a la democracia burguesa para que realizara este gran acto histórico, ya que la burguesía —como ya tantas otras veces— se escondía en el momento decisivo. Para obligar a este cobarde a cumplir con sus deberes, el proletariado hubiera necesitado, en todo caso, de la misma fuerza y madurez que para la organización de un propio gobierno obrero provisional.

En resumidas cuentas, una situación que un contemporáneo caracterizó muy acertadamente con las palabras siguientes: «En efecto, en Viena se ha edificado la república pero desgraciadamente nadie se ha dado cuenta de ello»... La república, de la que nadie se había enterado, desapareció para mucho tiempo y dejó el camino libre a los Habsburgos... Una ocasión, una vez que se ha desaprovechado no vuelve por segunda vez.

De las experiencias de las revoluciones húngara y alemana, Lassalle sacó la conclusión de que, de allí en adelante, la revolución solamente se podía apoyar en la lucha de clase del proletariado.

Lassalle escribe a Marx en su carta del 24 de octubre de 1849: «Hungria tuvo la oportunidad, más que ningún otro país, de culminar felizmente la lucha. Entre otras causas, porque allí los partidos todavía no habían llegado a una separación y a un aislamiento tan radicales, al fuerte contraste que se da en Europa occidental, y porque allí la revolución aún se encubría bajo la forma de una lucha nacional por la independencia. A pesar de eso, Hungria sucumbió y ello precisamente debido a la traición del partido nacional.»

«Por lo tanto —continúa Lassalle en relación con la historia de Alemania durante los años 1848 y 1849— esto me ha servido de lección definitiva en el sentido de considerar que en Europa ya no puede terminar bien ningún combate que no sea de antemano una pronunciada lucha puramente socialista; que ya no podrá terminar bien ninguna lucha que implique las cuestiones sociales sólo como un elemento obscuro, como un fondo, presentándose por fuera bajo forma de una insurrección nacional o de un republicanismo burgués.»²

No vamos a detenernos en la crítica de estas decisivas conclusiones finales. En todo caso son indudablemente correctas en el sentido de que, ya a mediados del siglo XIX, no se podía resolver la tarea nacional de la emancipación por la presión homogénea y unánime de la nación entera. Sólo la táctica independiente del proletariado, quien sacase las fuerzas para luchar de su situación de clase y solamente de ella, podía garantizar la victoria de la revolución.

La clase obrera rusa del año 1906 no se parece en

absoluto a la clase obrera de Viena de 1848. Y la mejor prueba de ello es la experiencia de los soviets de diputados obreros. Aquí no se trata de organizaciones de conspiradores minuciosamente preparadas, que en un momento de exaltación se hacen con el poder sobre la masa del proletariado. No, aquí se trata de órganos creados metódicamente por esta misma masa en orden a la coordinación de su lucha revolucionaria. Y estos soviets, elegidos por las masas y responsables ante ellas, estas organizaciones incondicionalmente democráticas practican una política de clase decisiva en el sentido del socialismo revolucionario.

Las particularidades sociales de la revolución rusa aparecen especialmente claras en la cuestión de la entrega de armas al pueblo. Una milicia (guardia nacional) fue la primera consigna y la primera adquisición de todas las revoluciones —1789 y 1848— en París, en todos los Estados de Italia, en Viena y en Berlín. En el año 1848, la guardia nacional (es decir, la entrega de armas a los propietarios y a los «intelectuales») fue una consigna de toda la oposición burguesa, incluso de la más moderada, pero su objetivo no era únicamente el de proteger las libertades ganadas o meramente «concedidas» contra los intentos de subversión desde arriba sino también la de preservar la propiedad burguesa de los abusos del proletariado. La demanda de una milicia era, por tanto, una clara exigencia clasista de la burguesía. «Los italianos sabían muy bien —comentó el historiador inglés liberal del acuerdo italiano— que el armamento de la milicia civil haría imposible una subsistencia del despotismo. Además era una garantía para las clases poseedoras contra una posible anarquía y contra cualquier clase de agitación popular.»³ Y la reacción dominante, que en los centros importantes no disponía del poder militar suficiente para poder combatir la «anarquía», es decir, las masas revolucionarias, armaba a la burguesía. El absolutismo permitió, por de pronto, a los burgueses oprimir y pacificar a los obreros, para luego él desarmar y pacificar a los burgueses mismos.

En Rusia, la reivindicación de las milicias no tiene ni el más mínimo apoyo de los partidos burgueses. En el fondo los liberales no pueden menos de comprender su importancia: en este sentido, el absolutismo les ha servido claramente de lección. Pero también se dan cuenta de que es absolutamente imposible componer una milicia sin o contra el proletariado. Los obreros rusos se parecen poco a los obreros de 1848 que llenaron de piedras sus bollos y enarbolaban garrotes mientras que los

2. [Cf. Ferdinand Lassalle, *Nachgelassene Briefe und Schriften*, tomo 3, ed. G. Mayer, Stuttgart-Berlin 1922, p. 14.]

3. Bolton King, *Istorija ob-edinenija Italii*, Moscú, tomo I, p. 220.

traficantes, los estudiantes y los abogados llevaban al hombro mosquetes reales y ceñían espadas.

Armar la revolución significa en Rusia antes que nada armar a los obreros. Como los liberales lo sabían y lo temían, preferían desistir de crear las milicias. Sin combate, pues, abandonaron estas posiciones al absolutismo igual que el burgués Thiers abandonó París y Francia a Bismarck con el único objeto de no tener que armar a los obreros.

En la colección de artículos **El Estado constitucional**, el manifiesto de la coalición liberaldemócrata, Dzivelegov dice con mucha razón al discutir la posibilidad de un golpe de Estado que « la sociedad misma tiene que demostrar, en el momento decisivo, su disposición a sublevarse para proteger su constitución ». Pero como de ahí resulta por sí mismo la exigencia de armar el pueblo, el filósofo liberal

crea « necesario añadir » que para la defensa contra los golpes de Estado « no es necesario en absoluto que todo el mundo tenga preparadas las armas. »⁴ Lo único necesario es que la sociedad misma esté dispuesta a resistir. Sigue siendo desconocido por qué camino debe hacerlo. Si algo resulta claro de estas evasivas es que, en el corazón de nuestros demócratas, el miedo a la soldadesca de la autocracia ha sido vencido por el miedo al proletariado en armas.

Así la tarea de armar a la revolución recae con todo su peso sobre el proletariado. Y la milicia civil, la reivindicación clasista de la burguesía de 1848, se presenta en Rusia desde el principio como una exigencia de armar al pueblo y sobre todo al proletariado. Con esta cuestión se pone el descubierto todo el destino de la revolución rusa.

Revolución y proletariado

La revolución es una prueba de fuerza abierta entre las fuerzas sociales en lucha por el poder.

El Estado no tiene fin en sí mismo. Es simplemente un instrumento de trabajo en las manos de la fuerza social dominante. Como cualquier instrumento tiene sus mecanismos motrices, de transmisión y de ejecución. La fuerza motriz es el interés de clase, cuyo mecanismo consiste en la agitación, la prensa, la propaganda de Iglesia, de escuela, de partido; la manifestación callejera, la petición y la sublevación. El mecanismo de transmisión es la organización legislativa de los intereses de casta, dinastía, capa o clase, bajo el signo de la voluntad divina (absolutismo) o nacional (parlamentarismo). El mecanismo ejecutor finalmente es la Administración, con la policía, los tribunales, las cárceles y el ejército.

El Estado no tiene fin en sí mismo sino que es el más perfecto medio de organización, desorganización y reorganización de las relaciones sociales. Según en qué manos se encuentre, puede ser la palanca para una revolución profunda o el instrumento de una paralización organizada.

Cualquier partido político que merezca ese nombre trabaja para conquistar el poder gubernamental a fin de poner el Estado al servicio de la clase cuyos intereses representa. La socialdemocracia, como partido del proletariado, aspira naturalmente a la dominación política de la clase obrera.

El proletariado crece y se fortalece con el crecimiento del capitalismo. En este sentido, el desarrollo del capitalismo es equivalente al desarrollo del proletariado hacia la dictadura. Pero el día y la hora en que el poder ha de pasar a manos de la clase obrera no dependen **directamente** de la situación de las fuerzas productivas sino de las condiciones de la lucha de clases, de la situación

internacional y, finalmente, de una serie de elementos subjetivos: tradición, iniciativa, disposición para el combate...

Es posible que el proletariado de un país económicamente atrasado llegue antes al poder que en un país capitalista avanzado. En 1871, se hizo cargo conscientemente de la dirección de los asuntos públicos en el París pequeño-burgués aunque sólo por un periodo de dos meses; pero ni por una sola hora tomó el poder en los grandes centros capitalistas de Inglaterra o de los Estados Unidos. La idea que la dictadura proletaria depende de alguna forma automáticamente de las fuerzas y medios técnicos de un país es un prejuicio de un materialismo « económico » simplificado hasta el extremo. Un tal concepto no tiene nada en común con el marxismo. En nuestra opinión la revolución rusa creará las condiciones bajo las cuales el poder puede pasar a manos del proletariado (y, en el caso de una victoria de la revolución así **tiene que ser**) antes de que los políticos del liberalismo burgués tengan la oportunidad de hacer un despliegue completo de su genio político.

En el periódico americano **The Tribune** escribió Marx, resumiendo los resultados de la revolución y de la contrarrevolución de 1848-1849: « La clase obrera alemana está, en comparación con la inglesa o la francesa, tan atrasada en su evolución social política como la burguesía alemana en comparación con la burguesía de esos otros países. **De tal amo, tal siervo.** El desarrollo de las condiciones necesarias para la existencia de un proletariado numeroso, fuerte, concentrado e inteligente va mano a mano

4. « Konstitutionnoe gosudarstvo », sbornik statej [El Estado Constitucional] 1^a edición, p. 49.

con el desarrollo de las condiciones necesarias a la existencia de una burguesía numerosa, acomodada, concentrada y poderosa. El movimiento obrero mismo **nunca** es independiente, nunca comporta exclusivamente un carácter político hasta que todas las diferentes partes de la burguesía, sobre todo su parte más progresista, los grandes propietarios de fábricas, no han conquistado el poder político y no han transformado el Estado según sus necesidades. Entonces ha llegado el momento en que el conflicto inevitable entre los señores de las fábricas y los obreros asalariados se aproxima amenazante y ya no puede ser aplazado por más tiempo.»⁵ El lector conoce probablemente esta cita ya que, en los últimos tiempos, los marxistas librescos han abusado de ella frecuentemente. Ellos la han puesto de relieve como argumento irrefutable contra la idea del gobierno obrero en Rusia. «De tal amo, tal siervo». Si la burguesía rusa no es lo suficientemente fuerte como para encargarse de la autoridad pública, entonces menos aún se puede hablar de una democracia obrera, es decir del dominio político del proletariado.

El marxismo es sobre todo un método de análisis —no del análisis de textos sino del de las relaciones sociales—. ¿Es justo, en Rusia, que la debilidad del liberalismo capitalista signifique a todo trance la debilidad del movimiento obrero? ¿Es justo, en Rusia, que un movimiento proletario independiente no sea posible antes de que la burguesía haya conquistado la autoridad pública? Basta con plantear estas preguntas para reconocer el desesperado formalismo de pensamiento contenido en el intento de convertir un comentario histórico-relativo de Marx en un teorema secular.

El desarrollo de la industria fabril en Rusia tuvo, en los periodos de prosperidad industrial, un carácter «americano»; pero las dimensiones efectivas de nuestra industria capitalista parecen enanas en comparación con la industria de los Estados Unidos. Cinco millones de personas —el 16,6% de la población trabajadora— están ocupadas en la industria transformadora de Rusia; el número correspondiente en los Estados Unidos es de seis millones, el 22,2%. Estas cifras expresan todavía poco comparativamente; sin embargo dan una idea clara si tenemos presente que la población rusa es casi el doble de la americana. Pero a fin de poder figurarse las auténticas dimensiones de la industria en estos dos países hay que señalar que, en América en el año 1900, los talleres, fábricas y grandes empresas artesanales vendían mercancías por un valor de 25 000 millones de rublos, mientras que Rusia, en la misma época, producía en sus fábricas y empresas mercancías por un valor de menos de 2 500 millones de rublos⁶.

El número de proletarios industriales, su grado de concentración, su nivel cultural y su importancia

política dependen, sin duda, del grado de desarrollo de la industria capitalista. Pero esta dependencia no es directa; entre las fuerzas productivas de un país y las fuerzas políticas de sus clases se interponen, en cada momento, diferentes factores sociales y políticos de carácter nacional e internacional que pueden llevar la configuración política correspondiente a unas condiciones económicas en otra dirección e incluso cambiarla por completo. Aunque las fuerzas productivas de la industria en los Estados Unidos son diez veces más grandes que las nuestras, el papel político del proletariado ruso, su influencia en la política internacional, en la política de nuestro país y la posibilidad de tener influencia en la política internacional en un futuro próximo es incomparablemente mayor que el papel y la importancia del proletariado americano.

Kautski, en su trabajo sobre el proletariado americano, recientemente editado, señala que no hay ninguna analogía directa e inmediata entre las fuerzas políticas del proletariado y la burguesía, por un lado, y el grado de desarrollo capitalista, por el otro. «Son sobre todo dos Estados —dice— que se contraponen como dos extremos y de los cuales cada uno contempla el efecto desproporcionadamente fuerte (es decir mayor de lo que corresponde al nivel de su desarrollo) que produce cada uno de estos dos elementos del modo de producción capitalista: **América la clase de los capitalistas, Rusia la de los proletarios.** En América, más que en ningún otro lugar, se puede hablar de la dictadura del capital. El proletariado en lucha, en cambio, no ha obtenido, por ningún concepto, la importancia que en Rusia; y esta importancia tendrá que aumentar, y lo hará, ya que este país tan sólo acaba de comenzar a contemplar luchas de clases y de concederles, en cierto modo, un cierto margen de libertad para su libre desenvolvimiento.» Después de la mención de que Alemania puede estudiar, en cierta medida, su futuro en Rusia, Kautski continúa: «La verdad es que constituye un fenómeno peculiar el que sea precisamente el proletariado ruso quien deba indicarnos nuestro futuro, no en lo que toca a la organización del capital sino en lo que toca a la rebelión de la clase obrera; pues Rusia es el Estado más atrasado entre los grandes Estados del mundo capitalista. Eso parece estar en contradicción con la concepción materialista de la historia, según la cual el desarrollo económico forma la base del político. Sin embargo está solamente en contradicción con aquella especie de concepción materialista de la historia que presentan nuestros adversarios y críticos que entienden por ello un patrón

5. Karl Marks, «Germanija v 1848-50, izd. Alekseevo], 1905, p. 8 y 9; [cf. «Revolution und Konterrevolution in Deutschland», Marx-Engels-Werke, Berlin 1960, tomo 8, p. 10 f.]

6. D. Mendeleev, K poznaniju Rossii, 1906, p. 99.

hecho y no un **método de investigación.**⁷ Estas líneas hay que recomendarlas especialmente a la atención de aquellos marxistas nacionales que sustituyen el análisis independiente de las relaciones sociales por la interpretación de textos preseleccionados por ellos y aplicables a todos los casos de la vida. ¡Nadie compromete el marxismo tanto como estos marxistas nominales!

Por tanto, siguiendo a Kautski, Rusia está caracterizada en el terreno económico por un nivel relativamente bajo del desarrollo capitalista, y en la esfera política por la falta de importancia de la burguesía capitalista y por el poder del proletariado revolucionario. Esto conduce a que la «lucha por los intereses de toda Rusia corresponde a la **única clase fuerte actualmente existente, al proletariado industrial**».

«Como consecuencia de esto al proletariado industrial le corresponde una gran importancia política; por lo tanto, su lucha en Rusia por su liberación del pulpo asfixiante del absolutismo ha llegado a ser un **duelo entre éste y la clase de obreros industriales, un duelo en el cual el campesinado otorga un apoyo importante pero sin que pueda desempeñar un papel dirigente.**»⁸

Todo esto, ¿no nos da derecho de concluir que el «siervo» ruso puede llegar al poder antes que su «amo»??

Hay dos clases de optimismo político. Se puede sobrestimar sus fuerzas y las ventajas de una situación revolucionaria y proponerse tareas cuya realización no está permitida por las correlaciones de fuerzas dadas. Pero a la inversa, también se puede reducir, de una manera optimista, sus objetivos revolucionarios señalándose un límite que inevitablemente sobrepasaremos en virtud de la lógica de la situación.

Se puede restringir el marco de todas las cuestiones relativas a la revolución afirmando que nuestra revolución es, en su finalidad objetiva y, por tanto en sus resultados inevitables, una **revolución burguesa**; y se puede cerrar los ojos ante el hecho de que la figura principal de esta revolución burguesa es el proletariado que, en el transcurso de la revolución, es llevado al poder.

Alguien puede consolarse pensando que, dentro del marco de una revolución burguesa, la dominación política del proletariado será sólo un episodio pasajero; y se puede dar también olvido del hecho de que el proletariado, una vez en posesión del poder, no lo cederá de nuevo sin una resistencia desesperada, no lo soltará hasta que le sea arrebatado por las armas.

Hay quien puede consolarse con el hecho de que las condiciones sociales de Rusia todavía no están maduras para un orden económico socialista, sin considerar que el proletariado en el poder es empujado inevitablemente, por toda la lógica de su

situación a dirigir estatalmente la economía.

La definición sociológica general de lo que es una **revolución burguesa** no determina en absoluto las tareas político-tácticas, las contradicciones y los problemas que se presentan en el caso de una revolución burguesa **concreta.**

En el marco de la revolución burguesa hacia finales del siglo XVIII, cuya tarea objetiva era conseguir el dominio del capital, la dictadura de los **sans culottes** resultaba posible. Esta dictadura no era un episodio meramente pasajero sino que configuró todo el siglo siguiente; y ello pese al hecho de haber fracasado rápidamente a causa del reducido marco de la sociedad burguesa.

En la revolución de comienzos del siglo XX, pese a ser igualmente burguesa en virtud de sus tareas objetivas inmediatas, se bosquejó como perspectiva próxima la inevitabilidad o, por lo menos, la probabilidad del dominio político del proletariado. El propio proletariado se ocupará, con toda seguridad, de que este dominio no llegue a ser un «episodio» meramente pasajero tal como lo pretenden algunos filisteos realistas. Pero ahora podemos ya formular la pregunta: ¿Tiene que fracasar forzosamente la dictadura del proletariado entre los límites que determina la revolución burguesa o puede percibir, en las condiciones dadas de la **historia universal**, la perspectiva de una victoria después de haber reventado este marco limitado? Aquí surgen algunas cuestiones tácticas: ¿Debemos dirigir la acción conscientemente hacia un gobierno obrero, en la medida en que el desarrollo revolucionario nos acerque a esta etapa o bien tenemos que considerar en dicho momento el poder político como una desgracia que la revolución quiere cargar sobre los obreros, siendo preferible evitarla?

¿No tenemos que darnos por aludidos por las palabras del político «realista» Vollmar sobre los comuneros de 1871 de que, en lugar de tomar el poder les hubiese sido mejor echarse a dormir?

7. K. Kautskij, «Amerikanskij i russkij rabocij» [El obrero americano y el ruso], S. Petersburgo, 1906, p. 4 y 5 [cf. K. Kautsky, Der amerikanische Arbeiter, en: Die Neue Zeit, XXIV, 1, Stuttgart 1906, p. 677].

8. D. Mendeleev, «K poznaniju Rossii», 1906, p. 10.

Ignacio Fernández de Castro
De las Cortes de Cádiz
al Plan de Desarrollo

Sumario

La España de 1800.

I. Revolución burguesa : 1808-1898

1. La muerte del absolutismo : 1808-1833 : La guerra de la Independencia. Las Cortes de Cádiz. Reinado de Fernando VII. **2. Primer asalto al poder : 1833-1840 :** Regencia de María Cristina. Primera guerra carlista. El liberalismo en el poder. El abrazo de Vergara. **3. Segundo periodo de guerra revolucionaria : 1840-1868 :** La regencia de Espartero. Reinado de Isabel II. Los moderados en el poder. La Vicalvarada (bienio progresista). Los moderados otra vez. Vispera de la revolución. **4. El final de la revolución burguesa : 1868-1874 :** La revolución de septiembre. Monarquía sin rey. República federal (Pi y Margall). Pronunciamiento de Pavía y Serrano. **5. La restauración del orden burgués : 1874-1898 :** La restauración monárquica. Alfonso XII. Cánovas y Sagasta. Alfonso XIII ; regencia de María Cristina. Guerra con Norteamérica.

II. Revolución del proletariado : 1898-1939

1. Primera etapa de lucha de clases revolucionaria : 1898-1917 : Pérdida de los restos del imperio colonial. Mayoría de edad de Alfonso XIII. Semana trágica. ¡Maura no! Juntas de Defensa. **2. Segunda etapa de lucha de clases revolucionaria : 1917-1931 :** La crisis social de 1917. La dictadura de Primo de Rivera. La muerte de la monarquía. **3. Periodo revolucionario : 1931-1936 :** Proclamación de la república. Cortes Constituyentes. El bienio negro. El Frente Popular y las elecciones de 1936. Sublevación militar. **4. La revolución proletaria : 1936-1939 :** La revolución contra el fascismo. La república contra la revolución. La república vencida.

III. La dictadura de la burguesía : 1936-1966

1. La « cruzada » de Franco : 1936-1939 : La derecha elige la violencia. La derecha se viste de azul. Serrano Suñer y Franco. Liquidación del enemigo. **2. de la victoria de 1939 a la crisis de 1945 :** La guerra mundial. España opta por la participación en la guerra. Ensayo de institucionalización del Nuevo Estado. España vuelve a la neutralidad. Victoria aliada y sus consecuencias sobre la política española. **3. El régimen franquista en cuarentena : 1946-1950 :** Se plantea la sucesión. Abandono de la legitimidad republicana: pacto de San Juan de Luz. España se convierte en reino. Liquidación del movimiento guerrillero. Franco y Don Juan. Se empieza a romper el aislamiento internacional. **4. De la inflación a la estabilización : 1951-1960 :** Se rompe el bloqueo internacional. Primeros movimientos de masa. La crisis de gobierno de 1951. Hacia la « Reconciliación Nacional ». El pacto de Madrid y el Concordato. La lucha en la Universidad. Crisis política de 1956. Inflación. Gobierno de tecnócratas: el Opus Dei. Las nuevas generaciones. Estabilización. La Iglesia y el régimen franquista. **5. Tres años importantes : 1961-1962-1963 :** La tensión social aumenta con la reactivación económica. Las grandes huelgas de 1962. España pide su adhesión al Mercado Común. La reunión de Munich. Crisis de gobierno. Nuevas huelgas. Hacia el Plan de Desarrollo. **6. España ante el futuro : 1964-1966 :** El Plan de Desarrollo. Crisis del Partido Comunista. Agitación creciente en la Universidad. Crisis del Frente de Liberación Popular. Nuevo gobierno. Peligro de inflación. Reorganización de los Sindicatos Verticales. Tensión entre los católicos catalanes. La Ley de Prensa. Las comisiones obreras. Gibraltar. Subida del salario mínimo. Tensiones políticas en el Movimiento alrededor de la institucionalización. Franco anuncia a las Cortes la nueva Ley Orgánica del Estado y el referéndum. **Panorámica general.** El desarrollo económico. La liberalización política. La oposición política. **Conclusión.**

420 páginas

36.— F

Ruedo ibérico

Luis Maristany

Luis Maristany nació en Barcelona el 12 de octubre de 1937. Licenciado en filología románica por la Universidad de Barcelona (1962), ha sido becario en París (1963) y profesor visitante en la Universidad de Cincinnati (1965-1967). En la actualidad trabaja en una empresa editorial de Barcelona. Esporádicamente ha publicado poemas en revistas; tiene en curso de publicación un ensayo sobre Baroja (en *Bulletin of Spanic Studies*, de Liverpool) y prepara una selección de escritos —no recogidos todavía en volumen— de Luis Cernuda.

Los poemas que publicamos a continuación son algo más que una simple promesa: revelan el talento seguro de un creador a quien, en adelante, será preciso tener en cuenta. J. Goytisolo.

6 poemas

En París, hará unos cuatro años

Educados, pálidos, intocables,
me miraban muy bien acomodados
en sus recios sillones, con las piernas
correctamente cruzadas y colgantes,
los tres niños.
Escuchaban, por cortesía, o preguntaban,
como los mayores, por España,
sobre el Caudillo o sobre el concordato,
sobre nuestro estado de ánimo, no importa
lo que fuera, porque en sus labios
todo cobraba un aire intrascendente,
como un cultismo más, un simple lujo.
Seda, terciopelo, porcelanas,
flores de cristal, con languidez dispuestas,
alhajaban las consolas... Y mientras,
la muchacha española,
contratada en Wagram, para el servicio
interno de la casa, servía
té con pastas. Gravitaba
el silencio por la estancia en penumbras,
que se posaba
sobre las blancas teclas del piano...

Lo recuerdo muy bien : en los espejos
cuidadosamente esparcidos por la estancia.
Intacta me devuelven, después de cuatro años,
la imagen insidiosa
de tres niños, sentados,
cual tallas marfileñas,
herederos sin duda
de Dios sabe qué encumbrada nobleza.

Insomnio

Estoy cansado, cansado de aguardar
una hora tras otra. La noche me retiene
en su concha vacía, y sólo a fuerza de codos,
de mucha educación, logro al fin imponerme.

Cuando amanece, me desvela cualquier ala
de luz por los postigos. Con un sabor amargo
voy juntando en la calle los primeros colores
mientras descubro la soledad abierta de la noche.

Algunos hombres siguen ahí cual palotes de vino,
sin alivio, y una mirada borrosa de nostalgia.
De dos en dos, muy juntas
haldean varias viejas a su primera misa.

Si el mundo está bien hecho
(que dijo un artesano de la rima),
no lo sé : no he tomado medidas.
Pero en cualquier parada de autobús,

cada uno, con mayor o menor
puntualidad, muy testarudo,
sigue hablando únicamente de su insomnio,
de una noche tapiada entre la noche

de sus cuatro paredes. Es un paso hacia atrás.
El autobús arranca y hace temblar
la paz inexistente. Lejos,
las primeras sirenas convocan al trabajo.

Los hombres de estas calles...

Los hombres de estas calles me actualizan
los primeros y fijos recuerdos de la infancia.
Eran años oscuros,

con la bolsa del pan, al mediodía,
y la cartilla del racionamiento en el bolsillo,
la deuda del colmado, permanente,
y el domingo, el periódico, a la vuelta de misa.
Se amontonaban, entonces,
en la negra y clandestina trastienda,
potes de leche, huevos, mantequilla,
jamón serrano y barras de pan blanco...
Mas todo aquello nos estaba vedado.

En el balcón corrido me pasaban las horas :
por los barrotes, asomándome un poco,
cuando los plátanos no estaban aún poblados,
reconocía a los niños de la portera,
jugando con sus compañeros en la calle.
Mis hermanos habían ido a la escuela
y el abuelo soñaba, hasta su muerte,
volver a América, una vez terminara la guerra.

Bienvenida

Todas las almas, más o menos ruines, se asomaron a los ojos.
Ni un solo vetustense allí presente pensaba en Dios en tal instante.
El pobre don Pompeyo, el ateo, ya había muerto.

(Clarín, La Regenta)

Recuerdo (la anécdota figura
en una comedia de Ionesco)
que un siervo o delegado
—vara de mando, imperio de librea—
insólito silencio imponía
a los allí presentes cortesanos :
« el rey está pensando... », « el rey
sigue pensando todavía ».

También en Roma el Papa —oficiosos con él
los cortesanos y parte de la curia—
ha dado oficialmente
mediana rienda suelta al pensamiento.
Si no de par en par,
pontificias ventanas se entreabren
y el aire —instancia en mano—
audiencia solicita para entrar en palacio
(Repican eclesiásticas
las campanas unánimes)

Listas, procesos, documentos, misivas,
telarañas, mandamientos sociales,
vergonzosos recuerdos, protocolos,
intercambio de pliegos, de poder a poder,
doloroso revivir de un pasado
—de anillos, de escándalos y gestos—
mientras arde
o se muerde la lengua Galileo ;
todo se arrastra y olvida,
relegado será
en sótanos oscuros,
inexpugnables secretos vaticanos...

Mira. Llegan ramos de flores

y jefes del estado
en carrozas ornadas de damascos.

El hombre Juan murió...

En New York o en Oriente
mendigos a sueldo ocasional
limpian las calles de papeles y de escombros,
para dar acogida al vicario de Cristo
que abandona su claustro.
(Gacetillas desmienten conatos de protesta)
Su paso limpio, augusto, coronado de vitores ; la paz
es proclamada en los púlpitos,
encumbradas tribunas de la tierra.

Y Pablo escribe y sella

oficios, documentos. Millares de judíos
pueden al fin dormir plácidamente
pues una absolución les ha sido impartida.

Tras tanto error de siglos,
las puertas se entreabren
pero los goznes chirrían y denuncian lo mismo
y la palabra llega triste
y con polvo...

El hombre de la calle
trabaja y muere de sus manos :
algo hay en él perfectamente serio.
Pone la radio, discute o habla, y tibiamente
se entrega a la costumbre.
La guerra sigue ardiendo... Ese frente
asiático... Mujer, ¿ dónde tienes el atlas ?
¡ Oh qué mala formación recibí en el colegio !
Es tarde y algo ha muerto para siempre en nosotros ;
pero los muertos, cautelosos, actúan,
y claman blasfema indiferencia,
tedio, qué mal, qué pobremente compartido.
No. No se olvida el pasado, continúa :

hábitos del vivir que nos ajustan
muy bien los cinturones y las mentes.
¿ Pues qué vamos a dejar a los muchachos ?
¿ Despachos uniformados, pisapapeles entronados
o buscavidas que a codazos
ocupan sillones honorables, políticos,
torvas miradas, nocturnos
luminosos terrones para el sexo,
casas o vagos depósitos de vidas
rutina bienpensante,
humo de fábrica y hospicios
y alguna que otra hora extraordinaria... ?

Tal es, extraordinario,
que al fin la Iglesia admita
el aire de la tierra,
concesión generosa a los humanos.
Sea por éstos bienvenida a la rueda
—en años bien entrado, algo marchito—
de este coloso siglo veinte nuestro.

Malos tiempos para la poesía

Hoy a algunos poetas les diría
que conviene escribir en voz más baja ;

y a muchos otros, si lucen cuello duro,
que han de pagar un plus de vida cara.

En estos tiempos, la poesía
va algo estrecha de hombros :

cuanto se dice es calcomanía,
lírica o social, importa poco.

Unos ascienden a sus olimpos estelares
y llevan una venda en los ojos,

otros no hacen más que hablar a voz en grito
y aún confunden la mano con el codo.

Escrito en una plaza

Es domingo, jornada de precepto, según el calendario.
Desde luego,
tiene poca importancia el año en que vivimos

basta sólo contar nuestra edad con los dedos
y retirarse a un lado.

A estas horas, la plaza
se repuebla
y es un lugar de espera y de refugio.
Hay algunos tenduchos : cacahuetes y menta
y palanganas con pipas a que acuden los niños.
Bares con sus terrazas extendidas
—entre un sordo murmullo dominguero—
y parejas
que ocupan tibiamente los ángulos.

(Es inútil.

Habrá que aguardar a que anochezca)

Del césped
unas manchas azules alzan libres su vuelo
en tanto que unos viejos se apiñan en sus círculos.

Un sol tibio

se detiene en los rostros y dibuja unas sombras,
dos a dos, con sus armas a punto,
aureolados de una extraña opinión...

Yo recuento los años, los nuestros, con los dedos,
en esta plaza, donde todos seguimos un poco columpiándonos.

Algunos libros publicados por Editions Ruedo ibérico

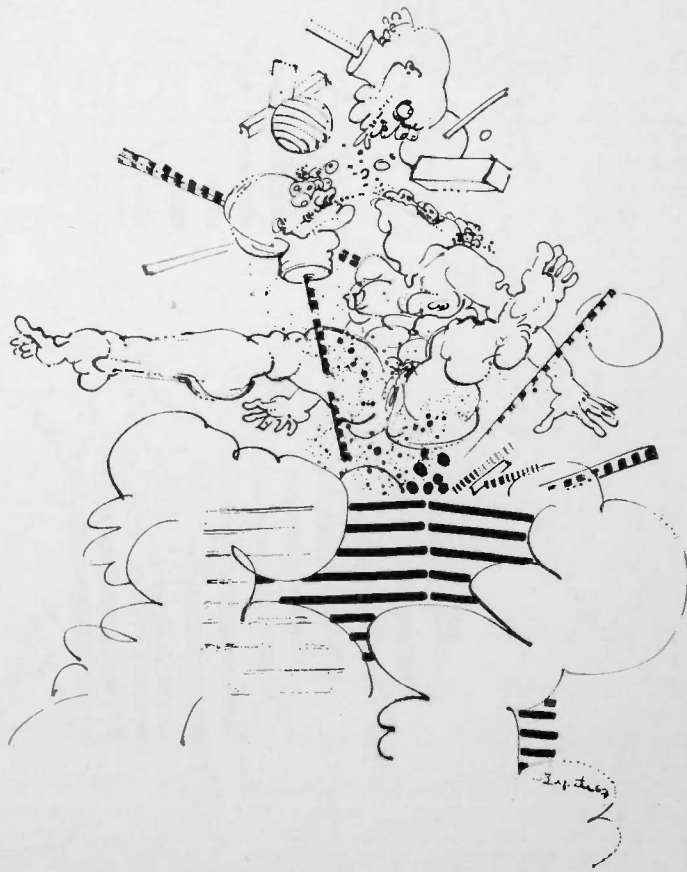
Poesía

Carlos Alvarez	Noticias del más acá. Otras noticias	7,50 F
Antología	España canta a Cuba	7,50 F
Antología	Versos para Antonio Machado	
Gabriel Celaya	Episodios nacionales	2,70 F
Salvador Espriu	La pell de brau	16,50 F
	Texto bilingüe. (Traducción de J. A. Goytisolo. Notas de María Aurelia Capmany)	
Angel González	Grado elemental	
Bías de Otero	Que trata de España (edición completa)	21,— F

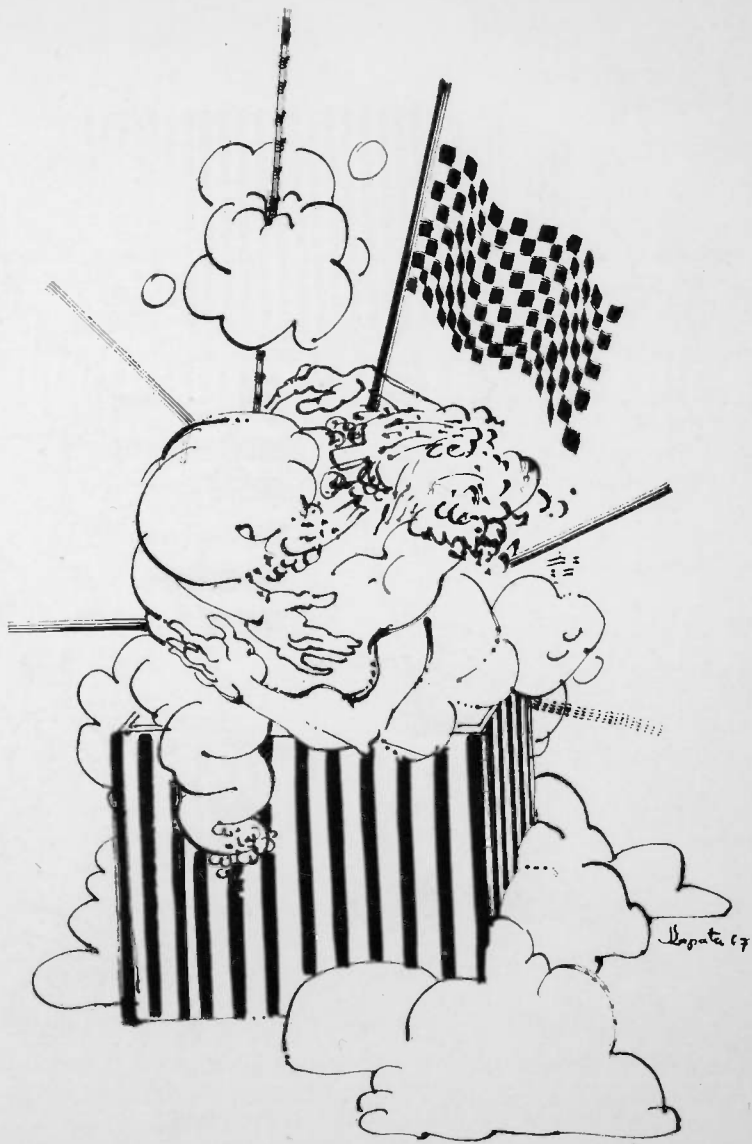
Julio H. Zapata

10 dibujos

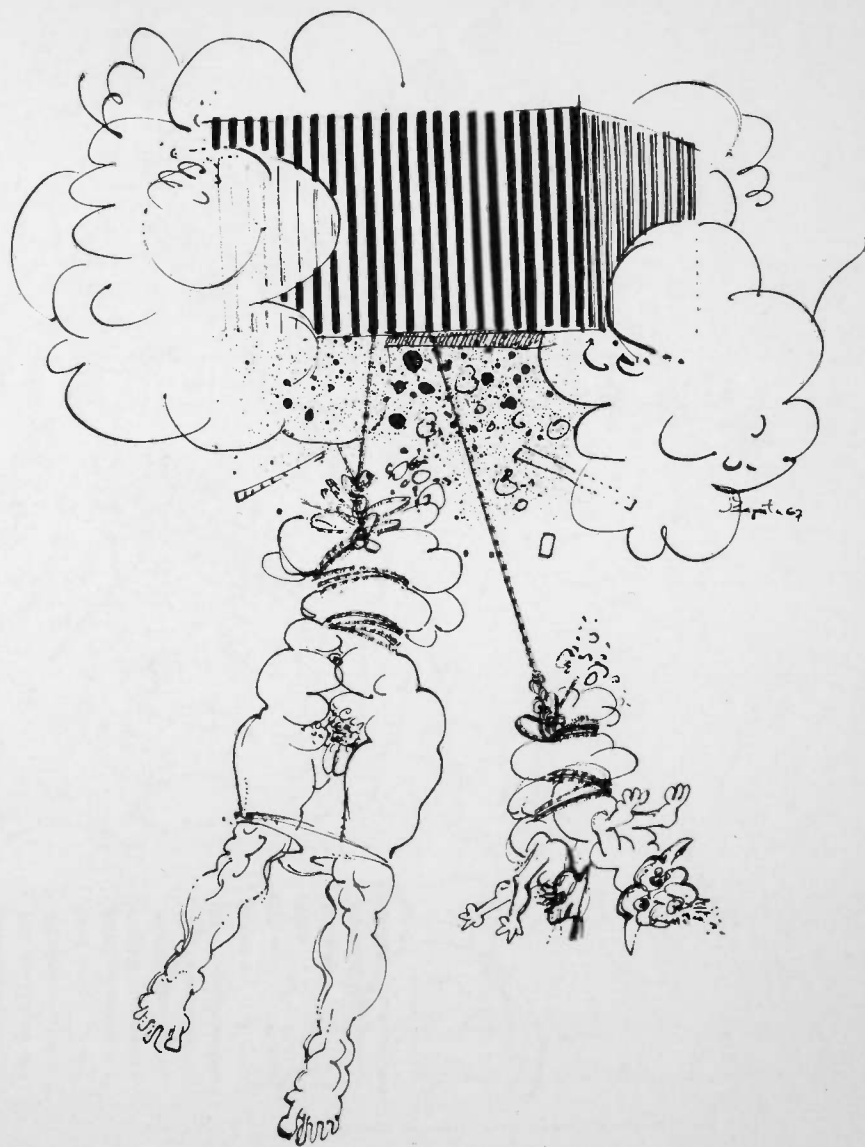
Los dibujos publicados a continuación son del pintor cubano Julio Herrera Zapata, que nació en Madrid en 1932. En 1939, se trasladó al exilio. Estudió en la Universidad de La Habana y en la Parsons School of Design de Nueva York. Ha realizado tres exposiciones individuales de pintura en La Habana y varias exposiciones colectivas en Cuba, Estados Unidos, México, Brasil, Venezuela, Uruguay y Francia. En Cuba trabajó, después de la revolución, como maestro en la Ciudad Escolar « Camilo Cienfuegos », en la Imprenta Nacional, de la que fue uno de los fundadores, y en la Casa de las Américas. Fundó el Taller de Cerámica del Instituto Nacional de la Industria Turística. Actualmente reside en París.

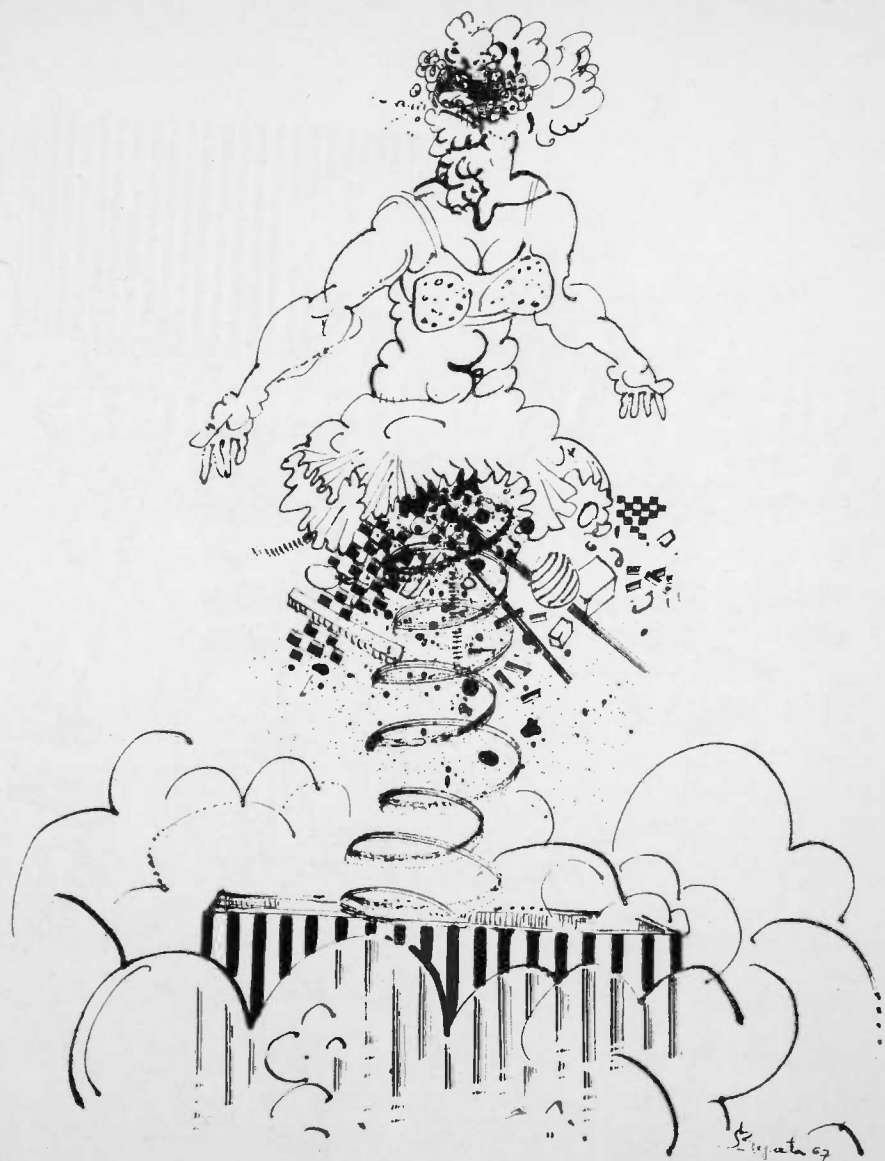


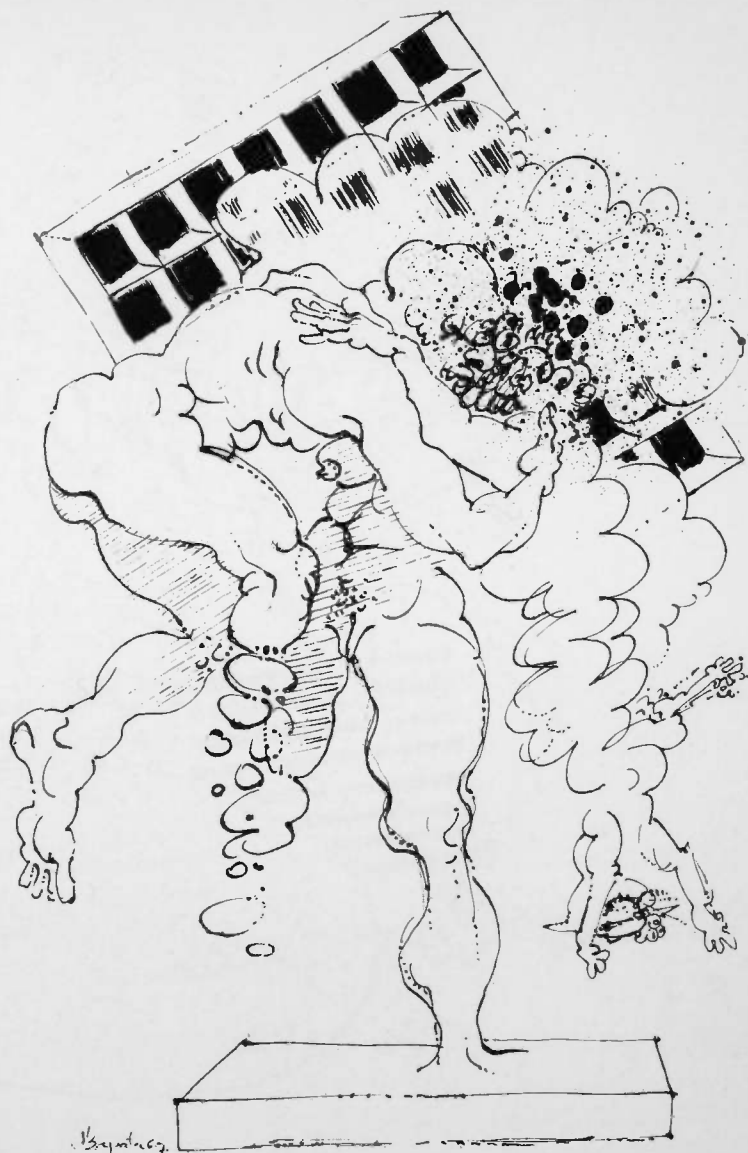


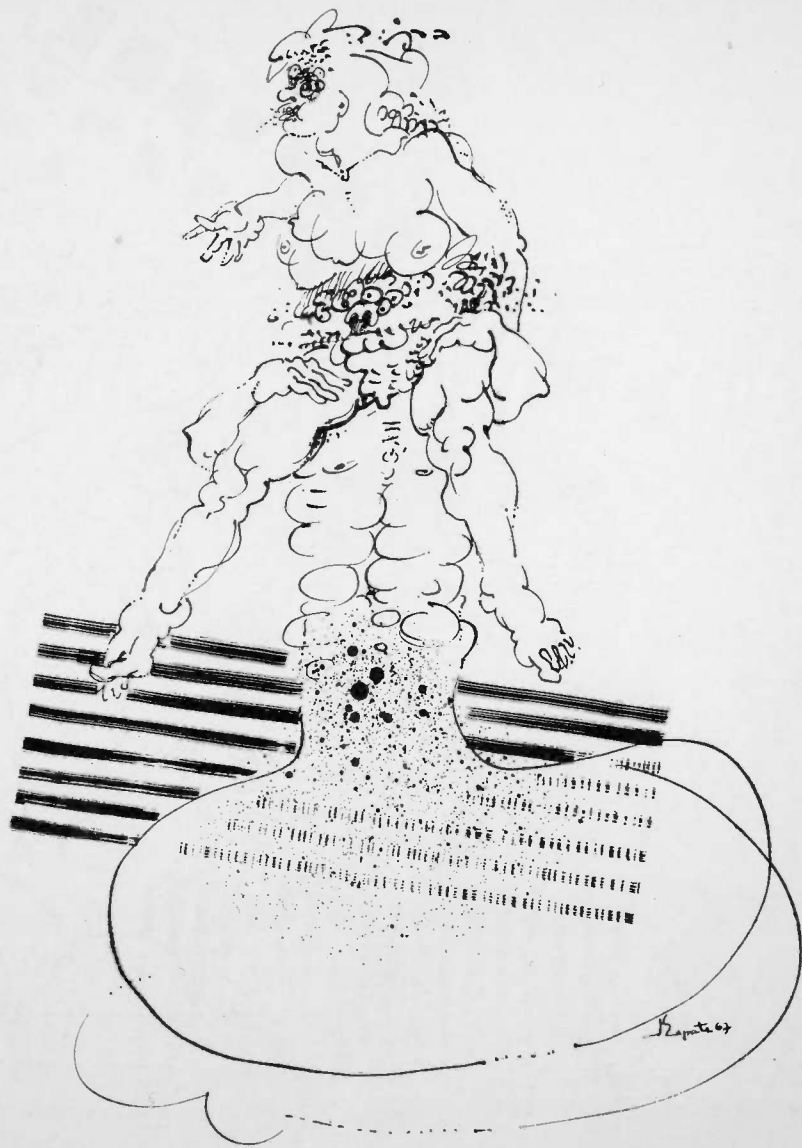




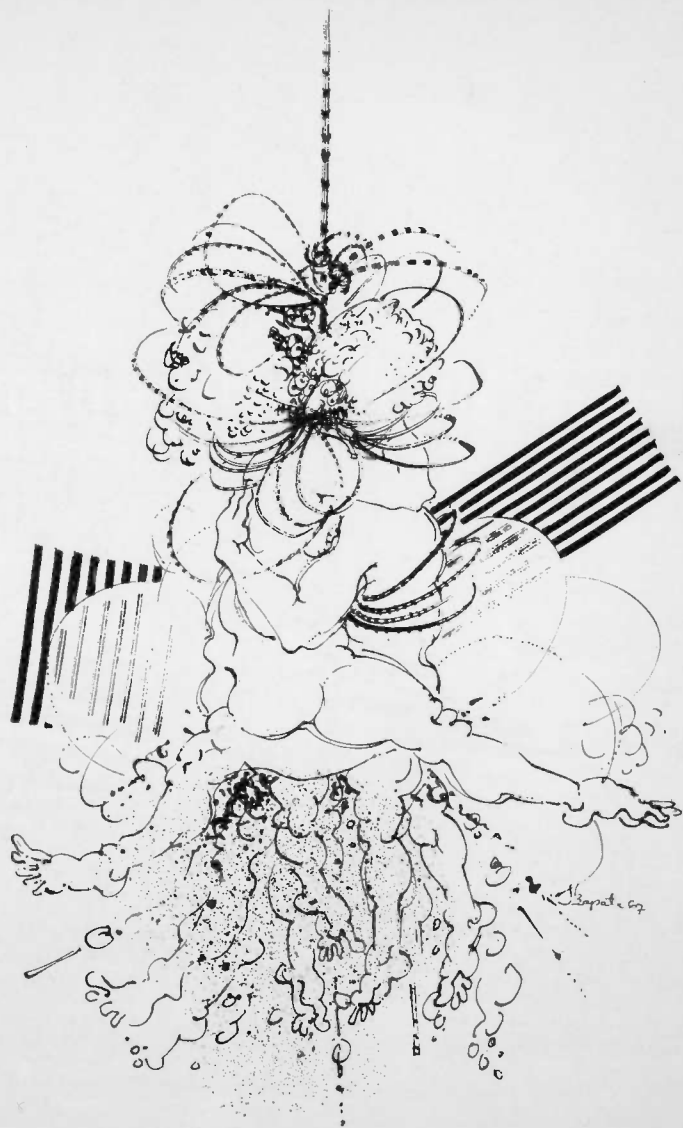












En torno al estilo de Juan David García Bacca

La personalidad intelectual de Juan David García Bacca se destaca hoy, en el ámbito de nuestro idioma, como una de las más profundas e interesantes del momento actual. Y acaso no resulte exagerado afirmar que en su obra se encuentran algunas virtudes únicas entre nosotros¹. Por eso cuando se piensa que sus libros son poco menos que desconocidos en su patria, no se puede dejar de recordar aquellas palabras con que alguien llamaba a España, madrastra de sus hijos mejores. Y lo paradójico es que en este caso el perdedor no es García Bacca, sino la propia España, que priva a sus lectores de una de las obras más importantes que hoy se escriben en castellano. Bastaría solamente mencionar algunos títulos como *Filosofía de las ciencias* (México, 1942), *Elementos de geometría de Euclides* (México, 1944), *Antropología filosófica contemporánea* (Caracas, 1957), *Metafísica* (México, 1963), *Introducción literaria a la filosofía* (Caracas, 1964), e *Invitación a filosofar según espíritu y letra de Antonio Machado* (Mérida, 1967), para comprender lo que ellos representan dentro del escaso panorama que ofrecen nuestras letras en el campo de la investigación filosófica. Su *Metafísica* puede considerarse como uno de los libros más serios, profundos y documentados que en ese sentido se hayan escrito en nuestra lengua. Y una de las cosas que primero nos sorprende al entrar en contacto con esta obra es el alcance y amplitud de la misma, donde se encuentra desarrollado y explorado el tema propuesto en todas sus dimensiones, demostrando un **conocimiento** de la filosofía que va desde los presocráticos griegos hasta las últimas corrientes de nuestros días. Pero el método seguido por García Bacca en dicho libro no se agota en la simple especulación ontológica, sino que aprovechando los modernos descubrimientos de las ciencias físicas y matemáticas, alcanza una categoría dinámica y real, basada en las leyes objetivas de los fenómenos de la naturaleza.

De más estará señalar que se trata de algo poco menos que inconcebible entre nosotros donde aún siguen teniendo vigencia aquellos ensayos que responden a una actitud mental anacrónica con respecto a la realidad histórica de nuestro tiempo. Y este reparo no se limita únicamente al pensamiento,

« Pero en definitiva, todos : maestros de maestros, y maestros nuestros, somos discípulos del pueblo. Maestro tan discreto que no se ha dado nombre propio, y tan eficiente que nos hallamos enseñados sin caer en cuenta de que lo hemos sido por un maestro. »
I.D.G.B. »

puede aplicarse con igual o mayor justicia al lenguaje. Pues no pocos escritos reputados entre nosotros como « filosofía », sólo tienen de filosofía la retórica, una retórica importada, semánticamente ajena a nuestra lengua. Por tanto, acaso una de las mayores exigencias hoy, en el campo de la inteligencia, sea filosofar en castellano.

« La filosofía — escribe García Bacca— comienza a libertarse de su función derivada: de la de altavoz del Altavoz, cuando un hombre se decide, o le nace, filosofar en lengua materna... El castellano no ha llegado aún a ser órgano vocal del filosofar; y debátase entre una pretendida función de altavoz de Altavoz —de traductor de Originales—... Anda mediatizado por latín, alemán, francés, inglés... Y todavía nos apuntamos por gran mérito decir **vivencia** por Erlebnis, y discutir si Aufhebung ha de traducirse por absorción, ascensión, eliminación, sin ponerse, jamás, ante el mundo de las cosas y fenómenos, apegarse a ellos, más que aguja de diafragma a surco de disco, y ver si nos nace palabra castellana nueva o reformamos una ya nuestra —cual el calor y presión de las montañas han reformado carbón en diamante...»²

Y es precisamente la conciencia de esa necesidad la que hoy nos permite ver la obra de García Bacca, como una de sus cualidades más interesantes, el haber logrado filosofar en castellano. Mas esto difícilmente hubiese sido logrado de no poseer el autor esas virtudes que anteriormente hemos mencionado, y que a continuación trataremos de señalar.

El conocimiento que de las lenguas clásicas posee el profesor García Bacca, no solamente le es útil para sus investigaciones filosóficas, sino que apli-

1. El presente escrito no intenta estudiar el pensamiento filosófico de Juan David García Bacca aunque en algún momento tenga que soslayarlo, sino que, como su título indica, se refiere a ciertas cualidades estilísticas de ese autor. Por tanto no debe sorprendernos que a lo largo de estas líneas se citen con frecuencia algunos ensayos de García Bacca, publicados en varias revistas hispanoamericanas, y no aquellas obras suyas esencialmente filosóficas.

2. « Filosofía y Lengua » (Papel Literario de El Nacional, Caracas, 1966).

cado al castellano, le permite sacar el máximo provecho a las palabras en su alcance semántico y etimológico. Y más, tratándose de un espíritu cuya simpatía hacia las disciplinas señaladas, no le impide sentir un profundo amor por la música y la poesía. Tal vez por eso sus escritos participan de ese **tono poético** donde la profundidad y la armonía, constituyen para el lector un doble goce: estético e intelectual. Ya hemos dicho que probablemente los ensayos de García Bacca no tengan equivalente hoy, dentro del género, en castellano. Y ello no solamente por la penetración crítica y filosófica de su pensamiento, o por su contenido, sino, de manera muy especial, por la originalidad estilística del autor, heredero de nuestra mejor tradición literaria. Pues el tono sentencioso y proverbial de sus ideas se expresa con una agudeza y un donaire, que sólo tiene equivalente en el lenguaje vivo del pueblo. Y es precisamente en la sabiduría y en el lenguaje del pueblo, donde este autor parece hallar una de las fuentes más importantes de nuestra cultura. (Verdad que algunas de las sentencias y aforismos más interesantes del idioma se encuentran en nuestros refraneros populares.) Y como confirmación de lo que acabamos de decir vamos a transcribir algunas frases, o giros, empleados por este autor, que además de constituir un ejemplo de agudeza e ingenio, llevan consigo la gracia y la sal del pueblo que las creó: «**Eso es hacer historia. Lo demás son cuentos.**» «**Eso de pasarse de listo le puede suceder a cualquiera, al más pintado.**» «**La frase se las trae.**» «**Gente de malas pulgas somos...**» «**¡Mal año para la epoqué fenomenológica!**» «**Que sí, en realidad de verdad, y no de mentirijillas, o de pico a fuera...**» «**Lo he descubierto más tarde, bastante más tarde, casi al peinar canas.**» Mas dichas frases no son aprovechadas como adornos dentro de un lenguaje más o menos elaborado, sino que fundiéndose con su propio estilo, fluyen con la gracia y la frescura del lenguaje hablado.

Este amor e interés de García Bacca hacia la sabiduría del pueblo (no en vano es Antonio Machado uno de sus maestros preferidos) ha sido sin duda la razón fundamental de su interés por filosofar en castellano. Y filosofar en castellano es filosofar con el lenguaje del pueblo, que no es —por suerte— el lenguaje sofisticado y empalagoso de tantos escritores nuestros³.

Mas escribir para el pueblo no es tarea fácil, aunque lo parezca. En filosofía, en literatura, en poesía, si se pretende escribir para el pueblo no basta con seguir una tendencia determinada, por muy justa y bien intencionada que ésta sea. La filosofía, la literatura, la poesía, para poder cumplir una función positiva, tienen que vibrar a tono con el pueblo. Porque «**voces da el individuo, y aun a veces grandes voces.** Pero la voz del individuo, en cuanto

tal, es voz en desierto. A su voz y a sus voces no responde nadie, ni habla a nadie. A la voz individual le falta el **tono**. Es decir: **estar a tono con el pueblo**. En un concierto la voz individual dice algo bajo la condición básica de que lo diga a **tono** con el tono general. Lo primero que hace falta, pues, para que la **palabra** individual ascienda a la categoría de **voz** es que se ponga a **tono** con el pueblo, que es colectividad viviente de cultura enraizada en tierra [...] Un pueblo es una colectividad de hombres que han conseguido poblar todo, hasta la tierra —sus ríos, montañas, cuevas, bosques, picos, árboles...—, de leyendas, historias, mitos, apariciones, fantasmás, poemas, música, religión... Todo a un **tono**. Ese tono único es el que hará que las voces individuales suenen concertadas. [Mas,] para oír la voz del pueblo hay que tener buen oído. Y para ponerse a tono con él en todo lo que uno diga, sobre cualquier materia que fuere, es preciso vibrar a su tono. Si el poeta [el escritor, decimos nosotros] no está a tono con el pueblo su voz no resonará. Será voz del que clama en desierto, hablará para oírse; narcicismo verbal, ridículo e infecundo, propio, decía Machado, [refiriéndose aquí a ciertos poetas] de **señoritos que componen versos.**»⁴ Escribir a tono con el pueblo, de los grandes problemas que rodean al hombre, es sin duda la más urgente y responsable de las tareas que hoy se presentan al escritor contemporáneo. Y escribir a tono con el pueblo no es —como ya quedó dicho— ni narcisismo verbal ni degradación del lenguaje. Escribir a tono con el pueblo es, por ejemplo, lo siguiente:

«**Si Cristo, parecidamente, no viene prestamente al mundo actual a predicar el orgullo, el sentimiento de dignidad, a los pobres, se hallará con que otros —socialistas y comunistas— han realizado ya lo que debió hacer su Iglesia hace diecinueve siglos: predicar el orgullo a los humildes, dignificar al pobre destruyendo la pobreza, y no canonizarla cual virtud social y triste ocasión de hacer tristes méritos ante el Cielo. Tal misión la han emprendido y comenzado a realizar desde hace siglo y medio los socialistas; y ahora se pasa la Iglesia el tiempo pidiendo a Dios que le devuelva los pobres —que fue incapaz de hacerlos suyos— para hacerlos dignos, e imitando a los socialistas con partidos socialcristianos, con encíclicas inspiradas, por reacción, en el **Manifiesto comunista**, y predicando, circunspectamente, humildad a los poderosos.**

Mas si Cristo, en persona, no viene presto al mundo actual, el socialismo —bajo una u otra forma, comunista o no— se habrá llevado no sólo las primicias y albricias —se las ganó ya— sino la posibilidad misma de entrar en la contienda de amor a la humanidad.

La **Alianza para el Progreso** es otra forma de lo mismo: Viendo Dios que los cristianos ricos —que

deben estar átesorando el 999 por mil de todas las riquezas de la humanidad— no habian hecho con su riqueza lo que debían por amor a sus hermanos pobres y por dignidad hacia el hombre, entregó Dios a los socialistas la empresa y misión de dignificar al pobre —prácticamente a la humanidad entera. Ahora se pasan algunos ricos el tiempo montando Alianza para el Progreso, e imitando el programa de los socialistas, y pidiendo a Dios, un poco avergonzados, les devuelva la empresa y misión de dignificar al hermano pobre, que lo son casi todos los hombres del mundo...

No es Cristo quien ha vuelto al mundo a predicar el orgullo a los humildes y a restaurar la dignidad de los hombres. Fue Marx.

A la filosofía moderna le va a pasar lo mismo: Viendo Dios que los filósofos no habían hecho de la filosofía sino campo de disquisiciones sobre ser y no ser, principio y causa, sustancia y accidente, sujeto y objeto, potencia y acto, esencia y existencia... se decidió Dios a darla, hace cosa de un siglo, a la izquierda hegeliana, al materialismo dialéctico, quien hizo lo que se debía hacer en filosofía: entregarla al pueblo, a la humanidad, es decir, a los pobres, a sus problemas de vida o muerte, trabajo y tierra, clase y lucha, victoria sobre enajenamiento y despojo, objetivación y cosificación, economía y sociología. Y ahora se pasan la vida fenomenólogos, historicistas y existencialistas no precisamente rogando a Dios —en quien no suelen creer o, al menos, creen que Dios hace oídos sordos a tales ruegos, tardíos e insinceros—, sino tratando, un poco vergonzantemente, de incardinar a sus sistemas la problemática —ferozmente real e indigestible para sus tragaderas— de tierra, trabajo, capital; alienación, cosificación; humanismo... con vagas, no comprometedoras y bizqueantes sociologías.

La economía clásica [...] encontró por bondad de la historia y a tiempo, su filósofo: Marx.

No sé si [...] los filósofos actuales [perderemos] la vergüenza —disimulada bajo mil formas— de dedicarnos a estudiar marxismo y economía moderna —al modo que algunos hemos perdido la vergüenza de filosofar sobre matemáticas y física.

Pero si no llegáramos a perderla, no nos extrañe, ni tomemos a mal, que la historia nos deje de lado en capillitas, cenáculos, sacristías y nichos, al derredor de profetas del ser, de sintactiqueros de palabras, o de directores de orquesta con partitura de los tiempos del canto gregoriano.⁵

Tal vez el lector haya encontrado en estas líneas, del propio García Bacca, las cualidades que, probablemente sin lograrlo, hemos tratado de señalar. Mas estas cualidades, no parecen haber sido reconocidas por sus paisanos, especialmente por cierta crítica sectaria y convencional («bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos») donde, como

afirmaba Valente: el elogio, por prodigalidad necia, halago interesado o miedo hirsuto, ha dejado de tener significación crítica o moral de índole alguna. Entre tanto (y en oposición al lenguaje erudito-pedantesco de «bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos»), el estilo de García Bacca entronca con los veneros más profundos y originales del idioma —Machado, Cervantes, Gracián— en busca del manantial auténticamente popular, sin mixtificaciones, ni academicismos, logrando así una de las cosas más difíciles para todo verdadero escritor: escribir para el pueblo.

Y ya lo decía su maestro Juan de Mairena, cargándolo una vez más a la cuenta de Abel Martín: **Escribir para el pueblo [...] ¡qué más quisiera yo! Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos, claro está, de lo que él sabe. Escribir para el pueblo es escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla, tres cosas inagotables que no acabamos nunca de conocer [...] Siempre que advirtáis un tono seguro en mis palabras, pensad que os estoy enseñando algo que creo haber aprendido del pueblo.**

3. Esta afirmación puede resultar chocante y desmesurada, convencidos como estamos de que la filosofía es fruto casi exclusivo de cierta «intelligentsia» europea. Sin embargo —y en lo que a España se refiere— acaso no esté de más recordar un comentario de Luis Cernuda, referente a Antonio Machado, que pudiera ser aleccionador a este respecto:

«Machado, que tenía astucia avlzora, nos dejó en sus comentarios en prosa bastante que meditar acerca de temas variados: literarios, filosóficos, políticos, enfocados por él con una novedad y una significancia a las que sólo recientemente ha sido posible hacer justicia. Quien esto escribe recuerda que, al aparecer en revista los primeros comentarios de Abel Martín y las primeras notas de Juan de Mairena, allá por 1925, oyó decir a aquel pobre Benjamín Jarnés, en la tertulia de la Revista de Occidente: «¿Para qué publica Machado esas notas en prosa, que no tienen interés ninguno?» En dichas notas hacia entonces Machado, sin que nadie se apercebiera, el comentario más agudo de la época; si las comparamos con los libros en que Ortega y Gasset, por las mismas fechas, pretendía diagnosticar el presente y vislumbrar el futuro inmediato, se comprenderá cuál de los dos veía mejor y más claro.» (Estudios sobre poesía española contemporánea. Ediciones Guadarrama. Madrid, 1957.)

Lo dicho por Cernuda demuestra claramente como tras las palabras sencillas y humildes de Machado se encuentra un pensamiento filosófico mucho más profundo e interesante que el de tantos «pretendidos» y «pretenciosos» filósofos. En este sentido puede verse el último libro de García Bacca: **Invitación a filosofar según espíritu y letra de Antonio Machado.**

4. «Comentarios a La esencia de la poesía de Heidegger» (Revista Nacional de Cultura. Caracas, 1956).

5. «Filosofía y Economía» (La Gaceta. Fondo de Cultura. México, 1962).

el opus dei en españa

La primera visión de conjunto de una asombrosa aventura : cómo el modesto grupo religioso de 1928 se ha convertido en una poderosa organización que ha marcado profundamente la evolución ideológica y política de España después de 1939.

Sumario

I. José María Escrivá de Balaguer y Albas. Los comienzos del Opus Dei. Su acción universitaria antes de la guerra civil. El Padre Escrivá durante la guerra : 1. José María Escrivá de Balaguer ; 2. La Universidad española en 1926-1930 ; 3. La Junta para Ampliación de Estudios y la Institución Libre de Enseñanza ; 4. Angel Herrera y la Asociación Católica Nacional de Propagandistas ; 5. La « vida oculta » del Opus Dei (1928-1936) ; 6. El Padre Escrivá y su grupo durante la guerra civil (1936-1939). **II. El Opus Dei de 1939 a 1947. Desarrollo de la Obra. Implantación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y en la enseñanza superior :** 1. La evolución del Opus Dei de 1939 a 1947 ; 2. El Opus Dei y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas ; 3. El Opus Dei y la conquista de las cátedras universitarias (1939-1947). **III. El Opus Dei, Instituto Secular. Su organización. Su espíritu. Sus métodos :** 1. Los Institutos Seculares : su naturaleza exacta ; 2. El Opus Dei, Instituto Secular : a) Organización general ; b) Las diversas categorías de los miembros del Opus Dei ; c) Camino y la espiritualidad del Opus Dei ; d) La vida espiritual de los miembros del Opus Dei ; e) El voto de pobreza y el Opus Dei. Las finanzas de la Obra ; f) El voto de obediencia en el Opus Dei. Sus repercusiones sobre la vida profesional de los miembros de la Obra ; g) Secreto y discreción en el Opus Dei ; h) El Opus Dei, el poder y la conquista de las élites ; i) La rama femenina del Opus Dei ; j) Opus Dei, clero y Acción Católica ; k) La permanente « crisis del Estatuto » del Opus Dei ; el Opus Dei y Vaticano II. **IV. El Opus Dei de 1947 a 1957. La fase ideológica. La « Tercera Fuerza » :** 1. A la búsqueda de una ideología. La « minoría activa » de 1948 (1947-1951) ; 2. El Ministerio de julio de 1951. La « Tercera Fuerza » (1951-1955) ; 3. La crisis de 1956 y el gobierno del 25 de febrero de 1957. Libros y artículos consultados. Índice de nombres.

184 páginas

21 F



Editions Ruedo ibérico

La democratización de la enseñanza en España

La democracia en la enseñanza no se ha alcanzado aun en los países de la órbita occidental que se gobiernan en régimen de democracia política. Nuestro país, que no disfruta de las condiciones de un Estado democrático —partidos políticos, libertad de prensa, libertad de asociación— malamente iba a conseguir la democracia en la enseñanza, pues es un hecho que la enseñanza que se imparte en un país está intimamente vinculada a los planteamientos económicos, sociales y políticos que predominan en esa sociedad. La enseñanza tiene como finalidad el hombre, y según el concepto que del hombre se tenga y de su función en la sociedad, así se orientará la educación del mismo. Es cierto que desde los tiempos en que se decía que España tendría un régimen totalitario a semejanza de Alemania e Italia o aquellos otros en que se difundió lo de «democracia orgánica», ha pasado bastante tiempo y han cambiado tan sustancialmente las condiciones del interior e internacionales que a los hombres que controlan la actual política no se les ocurre aparecer con el lenguaje fascista de los años cuarenta y hacen manifestaciones públicas de democratismo, que si bien no engañan a nadie, sirven para que los hombres de la dictadura puedan emplear en las confrontaciones internacionales palabras que sean inteligibles por sus interlocutores.

A quienes sigan la política española, no hace falta decirles que el régimen sigue identificado consigo mismo, en otras palabras, sigue siendo dictatorial. Basta abrir los periódicos en estos mismos momentos: encarcelamientos de líderes obreros y de estudiantes despidos, cierre de Facultades y Centros Culturales, multas y cierre de los periódicos que intentan cumplir objetivamente con el deber de informar, secuestros de libros, etc. Esto sin referirnos a las causas que motivan todos estos hechos, que es el mantenimiento, por todos los medios, de situaciones injustas y de privilegio. Así, mientras en el orden político la represión es la forma de actuar del gobierno, en el orden social se mantiene la más rígida estratificación con predominio de los privilegios de carácter hereditario y económico. En este contexto social, hablar de la democratización de la enseñanza, como repetidamente hacen los responsables del Ministerio de Educación y Ciencia, nos parece una falacia y un sarcasmo.

Cifras

Si venimos al nivel específico de la enseñanza, nos encontramos con que el tanto por ciento de la renta nacional dedicado en España a la educación, es el 2,46; Francia y Gran Bretaña dedican el 5,4 %, e Italia el 5,6 %. En cuanto al gasto público por habitante y año, es en España de 11,21 dólares (antes de la devaluación). En Francia 92, en Gran Bretaña 81,7 y en Italia, 56¹.

Consecuencia de estas bajas inversiones en la enseñanza es la lamentable situación en que nos encontramos.

—Un millón de analfabetos² con uno de los índices de analfabetismo más altos de Europa, 8,9 %, sólo superado por Grecia, Portugal y Turquía.

—Un millón de niños sin escolarizar³ entre los seis y catorce años. Sólo en Madrid, se da la cifra de cuarenta mil niños sin escuela. Repitiéndose el mismo fenómeno en las ciudades que han recibido la emigración de los medios rurales, la Comisaría de Desarrollo reconocía que faltaban 27 000 escuelas. El Plan de Desarrollo 1964-1967, programó 14 000 escuelas y sólo construyó 9 000, lo que representa un 35 % menos⁴.

1. Sexta Conferencia de Ministros de Educación. Estrasburgo, enero de 1967.

2. Cifra empleada recientemente por el procurador Fernández Cantos en un Informe dirigido al gobierno. El 8,9 % está tomado de la última publicación del Ministerio de Educación y Ciencia: Datos y cifras de la Enseñanza en España, 1967, tomo I.

3. Tena Artigas, director general de enseñanza primaria, en declaraciones del 3 de marzo último, reconocía que en el curso 1964-1965 había 600 000 niños entre 6 y 14 años sin escolarizar. En esa misma entrevista se daba el dato de que cada año se incrementa el número de alumnos que se incorporan a la escuela, con respecto al año anterior, en 82 000 alumnos. Haciendo cálculos obtenemos una cifra de más de 200 000 alumnos sin escolarizar. Nuevo Diario recogía, en un editorial del 21 de marzo, que según fuentes oficiales más de 850 000 niños entre 6 y 13 años estaban sin escolarizar y según el mismo editorial el departamento de estadística de DATA eran cerca de un millón. Fernández Cantos, en el Informe de que hemos hablado, daba la cifra de más de un millón.

4. Del informe de Fernández Cantos.

—En la Universidad y en las Escuelas Técnicas Superiores, hay en la actualidad 120 000 alumnos, cifra que representa la cuarta parte de los existentes en Italia (413 000) o en Francia (550 000). En una época en que la especialización es una necesidad para el desarrollo, nos encontramos en nuestro país con una población activa con titulación superior y media: en los servicios del 2,4 %, y en la industria la misma cifra 2,4 % entre media y superior⁵. Estas cifras se hacen más hirientes en el sector agrario donde los índices son 0,12 % para la enseñanza superior; 0,25, para media; 0,05, con capacitación profesional; 84,50, con enseñanza primaria y 15 % sin estudios. Los últimos datos referidos a la población activa agraria, 4 800 000 personas⁶.

Enseñanza media

1. **Alumnos.** Centrándonos en la enseñanza media, en el curso 1966-1967, el número de alumnos ha sido de 824 289, de los cuales correspondían 178 353 a la enseñanza oficial, 284 633 a la libre, y 361 843 a la colegiada⁷. De estos datos hemos de destacar que numéricamente, la enseñanza oficial no cubre ni la cuarta parte de la población escolar.

La cifra de 284 000 alumnos libres en enseñanza media, pone de manifiesto la insuficiencia de nuestras estructuras educativas, pues ni el Estado, con sus actuales planteamientos, y menos las empresas privadas, con su afán de lucro, cubren las necesidades actuales. Eso sin contar que cada día existe un mayor deseo por parte de las familias de dar estudios a sus hijos, con lo que el débil incremento de centros sigue siendo insuficiente, hasta tal punto, que la Agencia Cifra ha difundido la siguiente noticia en enero de 1968: «No podrán matricularse ni examinarse como alumnos libres en los Institutos Nacionales de Enseñanza Media San Isidro, Cardenal Cisneros, y Lope de Vega, alumnos nuevos, es decir, los que no estuvieran matriculados en el curso 1966-1967 [...] La medida ha sido adoptada ante la concentración de alumnos libres, la falta de profesorado y personal auxiliar e incluso la inexistencia de locales donde celebrar los exámenes.»

La enseñanza privada está en su gran mayoría controlada por los religiosos, como lo prueba el hecho de que los 361 843 alumnos de enseñanza colegiada, según datos del Ministerio de Educación y Ciencia de 1967 (que son los últimos), la Iglesia absorbiese 281 014 alumnos dejando a los demás Colegios privados la cifra de 80 829 alumnos.

Como fácilmente se comprueba, los religiosos controlan un número de alumnos superior al que tienen la Enseñanza Estatal y la Enseñanza privada no religiosa, juntos.

El dato de 824 829 alumnos en el bachillerato, nos especifica con claridad el clasismo de este grado de enseñanza, hay que estudiar a través de la categoría profesional de los padres, la distribución del alumnado: sólo el 3,73 % de los alumnos, son hijos de peones y el 8,07 de obreros especializados, lo que nos da un total de 11,70 % de hijos de obreros en la enseñanza media, mientras el 82,80 % de los alumnos, son hijos de clases medias y acomodadas. Este clasismo en la totalidad de los centros, se acentúa cuando es referido a los centros de la Iglesia, en los que el 11,70 % se convierte en 7,49 para hijos de obreros, entre peones y especializados, y el número de alumnos procedentes de familias burguesas, pasa del 82,80 al 87,52 %⁸. Ante datos como éstos, no tienen ninguna validez las declaraciones y preambulos a las Leyes y Decretos, como el Decreto del 17 de enero de 1963, regulador de las Secciones Filiales y de los estudios nocturnos y que proponía a aquéllas «como medio de penetración y de transformación de las zonas extremas de las capitales» y de los estudios nocturnos «como cauce para llevar la enseñanza media a la población trabajadora».

Hay que agregar que los estudios del bachillerato nocturno han funcionado con una ordenación discriminadora en tanto no se cursaba en ellos las mismas asignaturas que en el bachillerato general y además, a los trabajadores se les impedía e impide prácticamente, seguir el bachillerato superior, pues en todo el país, sólo dos Institutos tienen su nocturno bachillerato superior.

Este sentido discriminatorio y clasista de la enseñanza media, no se ha visto disminuido últimamente, como lo demuestra la orden que regula el acceso a tercer curso de bachillerato desde la enseñanza primaria (*Boletín Oficial* del 3 de octubre de 1967). Se establece en esa Orden Ministerial, que aquellos alumnos que estén en posesión del certificado de estudios primarios, conseguido después de ocho años de escolaridad y aprovechamiento suficiente, o sea, con 14 años, y quieran pasar al bachillerato, habrán de someterse a una prueba de tres grupos de materias y una vez superada, se incorporarán a tercero de bachillerato perdiendo, por tanto, nada menos que dos cursos. O sea, que a la gran mayoría de los españoles que no puedan pagar las cuotas de los Colegios privados y a los que no se facilita la posibilidad de estudiar en un Centro Estatal, se les pone una criba más en su acceso a la cultura.

5. Plan Regional del Mediterráneo, OCDE.

6. Anlló: *El campo español*.

7. Datos y cifras de la Enseñanza en España, 1967. Ministerio de Educación y Ciencia, tomo I.

8. Datos del Instituto de la Juventud. Publicados por Pueblo.

Centros

En una reciente publicación del Ministerio de Educación y Ciencia sobre datos y cifras de la enseñanza en España 1967 y de la que estamos tomando gran parte de la información numérica, distribuye hasta el 31 de mayo de 1967 los centros en funcionamiento de la siguiente manera: Oficiales, 549, de los que 221 son Institutos; 173, Secciones Delegadas; 171, Secciones Filiales y 4 Centros de Patronato. La enseñanza privada, disponía en esa fecha de 2 032 centros. En esta última estadística no se especifica cuantos son de la Iglesia y cuantos de la enseñanza privada no religiosa, pero datos más antiguos del curso 1964-1965 del INE, demuestran que la Iglesia regentaba más de la mitad del total de centros del país en enseñanza media, y en estos últimos años esa tendencia se ha incrementado en cuanto que las Secciones Filiales del INST—171— que hemos considerado como centros oficiales, tienen en la mayoría de los casos como entidades colaboradoras de ordenes religiosas, aunque tanto los gastos de construcción como los de sostenimiento corran a cargo del Estado.

Refiriéndonos a la localización de los centros y volviendo a los datos de 1964-1965 publicados en 1966 por el INE, Madrid disponía de 355 centros, Barcelona de 224 y mientras existen provincias como Soria, con 6, Segovia con 8, Teruel con 5, Cuenca con 7, datos que ponen de manifiesto la discriminación regional existente.

Profesorado

El profesorado oficial era en el curso 1966-1967, los colegios privados y de la Iglesia, utilizaban los servicios de 22 251 profesores, de los cuales sólo eran licenciados en Ciencias y Letras 11 217, encubriéndose la estadística púdicamente bajo la ambigua palabra de « otros » nada menos que a 11 000 religiosos y religiosas a los cuales se les ha equiparado por arte del legislador (artículo 34 de la Ley del 26 de febrero de 1953) a titulados superiores en los siguientes términos: una vez cubierta la plantilla mínima a base de licenciados en Ciencias o Letras, los centros de educación media no estatal, podrán completar sus cuadros de profesores titulares con otros licenciados en cualquier Facultad Universitaria, Arquitectos o Ingenieros y bachilleres eclesiásticos en Teología, en Filosofía o en Letras por Facultades canónicamente erigidas. En el mismo apartado, párrafo II, sigue « el profesor auxiliar, deberá tener [...] estudios completos de la carrera sacerdotal cursados en Seminarios Diocesanos o equivalentes, en Casas Religiosas de formación o aquellos otros que sean autorizados por Decreto ».

Los religiosos siguieron su enseñanza rutinaria en sus propios Colegios sin tomarse la molestia de titularse en las Universidades. El Decreto complementario llegó el 7 de septiembre de 1960. En el artículo 4º, apartado f), especificaba: podrán profesar en las asignaturas de Ciencias [...] en los centros de la Iglesia, en los grados elemental y superior, los que obtengan el diploma de auxiliar mediante un examen de aptitud con pruebas iguales a las de ingreso en el Cuerpo de profesores adjuntos numerarios de Institutos. Sólo podrán presentarse a estas pruebas: 1) Los poseedores de grados mayores en Ciencias Eclesiásticas; 2) Los bachilleres eclesiásticos en Teología, Filosofía o Letras por Facultad canónicamente erigida; 3) Los que hayan hecho los estudios completos en la carrera sacerdotal; 4) Los que hayan obtenido declaración de equivalencia conforme al artículo 5º de este Decreto, que dice: « Los miembros de ordenes, congregaciones e institutos que cuenten con licencia del Ordinario o Superior Provincial ».

O sea, que con un certificado del Superior Provincial y un examen ante un tribunal mediatizado, cualquier bachiller en Teología tenía y tiene el sagrado derecho en enseñar Matemáticas, Física, Química y Ciencias Naturales en cualquier curso de enseñanza media incluido el preuniversitario. Pero el artículo 6º del Decreto del 7 de septiembre de 1960, dice que podrán continuar el ejercicio docente aquellos que no teniendo alguna de las titulaciones expresadas, viniera ejerciendo la enseñanza desde fecha anterior a la promulgación de la Ley de 1953 y lo acrediten mediante certificación del Ordinario o Superior Provincial. Estos señores habían de someterse a una prueba en la cual ellos elegían la lección a exponer; con igual derecho podrían elegir los curanderos « examen » sobre un tema elegido previamente para que les titulasen como médicos.

De esta manera, sino con el beneplácito, si con la claudicación de la gran mayoría del profesorado oficial, han ido cubriendo el profesorado los colegios religiosos que agrupados desde el 24 de diciembre de 1957 en la Federación Española de Religiosos de la Enseñanza (FERE) representan la organización más fuerte en la enseñanza media, siendo por tanto la que impone sus planteamientos aunque sea contra toda justicia.

Profesorado seglar

No podemos entrar aquí a tratar la falta de representatividad de las organizaciones de los profesionales no religiosos de la enseñanza media: licenciados en Ciencias y Letras. Diremos solamente que, a través del Sindicato Nacional de Enseñanza, creado el 23 de abril de 1964 y que inició sus actividades

en la primavera de 1965, han de resolverse los problemas de tipo laboral. Sabido es, que en el sindicalismo vertical de las tres vertientes —línea política de mando, Sección Económica y Sección Social— esta última es la que lleva la peor parte, pues a los puestos ejecutivos y decisorios no llegan los hombres que combaten en la base, y las decisiones que tomaron los jerarcas, son de obstrucción a las reivindicaciones que la base plantea, como lo prueba la actitud mantenida por la línea política de mando del sindicato en el convenio colectivo promovido por la Sección Social del mismo.

Los representantes gubernamentales

Aceptan los planteamientos de la Sección Económica que no responden a otros intereses que a los designados por la FERE. Ultimamente en Madrid, se ha intentado la creación de un frente de empresarios seculares, pero su espíritu individualista y pequeño burgués, no puede dar réplica exacta a una organización que como la FERE lleva varios años de funcionamiento y mantiene en Madrid unas oficinas (Claudio Coello, 32) y unos representantes para presionar sobre los distintos organismos oficiales. En cuanto a los colegios profesionales, dejando de lado que en la actual situación histórica, su estructura asociativa está desfasada, pues responden a la época liberal, diremos que existe un Colegio de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias en cada Distrito Universitario y luego un Consejo Nacional de Colegios. En el pleno del Consejo Nacional de Colegios, existen 13 cargos por designación y 12 como representantes de los Colegios de Distrito. En la Comisión Permanente del Consejo Nacional, los designados son 9, y los elegidos por los Colegios de Distrito sólo son cuatro. Pero estos cuatro representantes de las Juntas de Distrito, también están faltos de representatividad. Primero, porque se exigen cinco años de colegiación para presentarse a cualquier puesto de la Junta de Gobierno de Distrito, si exceptuamos el puesto de Decano para cuyo cargo se exigen 10 años de colegiación. Esta norma es de fecha 6 de marzo de 1965 y fue dictada primero para impedir el acceso de los núcleos de profesores más jóvenes y combativos a los puestos decisorios, y segundo, porque una vez constituidas las listas de candidatos, éstas han de ser presentadas al Ministerio de Educación y Ciencia, con lo cual quedan excluidas aquellas personas que no aceptan los planteamientos del régimen.

Existe otra asociación que cae dentro de la Secretaría del Movimiento que es el Servicio Español del Profesorado de Enseñanza Media (SEPEM) entre

cuyas funciones, según dice el artículo 57, apartado d) de la Ley del 26 de febrero de 1953, está la de: «Difundir el espíritu del Movimiento entre el profesorado de enseñanza media». De esta asociación, se puede decir sin exagerar, que sólo existe sobre el papel.

Consecuencias inmediatas de este asociacionismo burocrático y desmedulado, son los insuficientes salarios que padecen estos profesionales que oscilan desde las 5 700 pesetas al mes, seis horas de clase diarias y las 8 820 pesetas según la categoría del colegio donde se trabaja; un horario excesivo, seis horas diarias, que agota al profesorado e impide la preparación de las clases y actualización de conocimientos; estos problemas se acentúan cuando el profesor se ve obligado a incrementar su horario con clases particulares para cubrir sus necesidades familiares. La falta de estabilidad en el empleo, pues además de las condiciones de despido generales ya injustas, se establece en el artículo 15 de la Reglamentación Laboral del 9 de septiembre de 1961, otras causas específicas que sitúan a los profesores en permanente interinidad aunque sean profesionales responsables. La ausencia de la voz de los profesores en las reformas de la enseñanza que son dictadas desde arriba, de forma que no vinculan a quienes tienen que ponerlas en práctica, quedando reducidas en el mejor de los casos a bellas frases que no pasan del papel en que se escribieron. Situaciones como las apuntadas no creemos que tengan solución dentro de las actuales estructuras. Por otra parte, los profesionales de este sector, por su origen y educación burguesa, viven ideológicamente en la ambigüedad o el vacío. Lo que mueve a la esperanza en este sector es la incorporación al mismo de las promociones jóvenes con una conciencia clara de su posición en la sociedad.

Subvención a la enseñanza no estatal

En el momento presente, dos organizaciones distintas, la FERE y el Sindicato Vertical, piden, para conseguir la democratización de la enseñanza media, que el Estado, de su presupuesto, subvencione a la enseñanza privada.

En las conclusiones del décimo Congreso Nacional de la FERE, celebrado en Madrid del 27 al 30 de diciembre de 1967, se decía: «Para una democratización integral, es necesario salvar la libertad del padre de familia para que elija, conforme al derecho natural, el centro que prefiera para educar a sus hijos.

Esto no se podrá conseguir mientras el presupuesto nacional de enseñanza no sea repartido como lo exige la justicia distributiva proporcional y equi-

tativamente entre los centros estatales o no estatales. »

En la conclusión tercera, se continúa: « Debe ser salvada la libertad de la iniciativa privada, ya que esta goza de un derecho primario para ello, manteniéndose el Estado en su papel subsidiario y suplementario y excluyendo todo aquello que directa o indirectamente conduzca al monopolio docente. »

En Sindicato Vertical de Enseñanza, ha elaborado un informe donde se llega a conclusiones y en el que tomando como modelo el sistema de subvenciones franceses, inapropiado a nuestra realidad, se dice de la subvención de la enseñanza privada « que facilita la integración social el hacer efectivo el principio de la libertad de enseñanza y la democratización de ésta ».

Los dos organismos son coincidentes en cuanto que fundan su argumentación en el principio de la libertad de enseñanza y en tanto que apelan a la subvención a la enseñanza privada como medio para democratizarla. Esta identidad de opiniones, tiene su causa en la presencia de los miembros de la FERE en la Sección Económica del Sindicato, a cuya Sección hace el juego la línea política de mando. Por otra parte, los niveles nacionales y provinciales de la Sección Social están faltos de representatividad y sin ninguna comunicación con la base, por lo cual podemos decir que las declaraciones oficiales del Sindicato no representan la opinión de los sindicados.

Nuestro planteamiento del tema es el siguiente:

1) La historia reciente, y un poco más lejana, muestra a la Iglesia española en contra de las escuelas no confesionales. En la actualidad, cuando la FERE habla de libertad de enseñanza, no está pidiendo que se dejen abrir colegios de otras confesiones religiosas y que se puedan fundar colegios laicos. No pide tampoco la FERE, porque no lo practica de hecho en ninguno de sus colegios, la libertad de conciencia y de cátedra. La libertad de que ellos hablan, no respeta a quienes no coinciden con sus planteamientos.

2) La FERE habla de justicia distributiva, pero como hemos visto, la Iglesia dispone el mayor número de colegios del país, lo cual quiere decir que la Iglesia se llevaría la mayoría del dinero repartido. Como por otra parte, según hemos dicho, en los colegios que la Iglesia tiene en la enseñanza media sólo un 7,49 % son hijos de obreros, mientras el 87,52 procede de las clases medias y burguesas, creemos que al subvencionar dichos colegios se iría claramente contra esa justicia distributiva. Por otra parte, puesto que a esos colegios asisten solamente aquellos que puedan pagarlos, no creemos que el Estado debe subvencionar dichos centros.

3) Nadie que viva en España puede dudar de los privilegios que la Iglesia detenta en todos los órdenes y concretamente en la enseñanza; citaremos

algunos: a) La obligatoriedad de estudiar la religión católica como asignatura en todos los niveles de enseñanza; b) El artículo 2º de la Ley del 26 de febrero de 1953 sobre ordenación de la enseñanza media, dice: « La enseñanza media, se ajustará a las normas del dogma y de la moral católicas y a los principios fundamentales del Movimiento Nacional »; c) El que se incluyan en esa misma Ley de 1953 muchos artículos que han tenido que ser previamente aceptados por la Santa Sede; d) Los Decretos sobre el profesorado que hemos citado anteriormente; e) En el plano económico, los colegios de la Iglesia se benefician de exenciones fiscales según establece el artículo 20 del Concordato de 1953: « Gozarán de exención de impuestos y contribuciones de índole estatal o local [...] los colegios u otros centros de enseñanza dependientes de la jerarquía eclesiástica que tengan la condición de beneficiodocentes »; f) Hay otros colegios que pueden beneficiarse de una reducción de los impuestos, cuando son declarados de « interés social »; g) Préstamos en efectivo, reciben los religiosos, como ayudas al estudio, y como préstamos a la construcción, ampliación y renovación de edificios. Créditos importantes han sido concedidos por el Instituto de Crédito para la construcción nacional.

Pues bien, desde esta plataforma privilegiada y excluyente, la FERE le pide al Estado participar en sus presupuestos.

4) Nosotros consideramos que la enseñanza es un servicio público que no puede estar sometido al capricho de iniciativas privadas. Sentado este principio, creemos que el Estado debe dedicar de manera urgente, su presupuesto, incrementado de forma considerable, a la creación de centros docentes donde ese millón de niños y jóvenes españoles sin escolarizar tengan cabida. Cuando esto esté resuelto, cuando se hayan multiplicado las escuelas maternas, que es un tema ni planteado siquiera, cuando el acceso a cualquier nivel de enseñanza se produzca según las capacidades personales y no según el origen social, cuando el Estado pague con mínimo decoro a los maestros que profesen en las escuelas públicas, entonces, y no antes, podía pensarse en subvencionar a los colegios privados que quedasen y con las consiguientes contraprestaciones. Todo lo demás es desconocer la realidad en que nos movemos, llevando la conclusión a personas faltas de información. Porque si planteamos la cuestión desde el punto de vista económico, sólo la escolarización de los niños entre 6 y 14 años, para realizarse completamente, requeriría la cifra de 31 791 millones de pesetas para 1968, incrementándose hasta 38 024 para 1971⁹. Debemos recordar, que el presupuesto total para 1967 del Ministerio de Educación y Ciencia, ha sido de 23 586 millones, habiendo descendido el tanto por ciento del presupuesto general dedicado

a educación del 12,75 % para 1966, al 11,54 % para el año 1967¹⁰, y si el presupuesto que se discute en las Cortes es aprobado, ese tanto por ciento quedará reducido al 10,38, lo cual creemos que demuestra que con los actuales distribuciones presupuestarias, el Estado no atiende las necesidades que en enseñanza tiene el país, y por tanto, mientras el Estado no facilite de hecho la escolaridad de todos los niños españoles entre los 6 y los 14 años, ni una sola peseta debe ser distraída en subvenciones.

Hemos intentado hasta aquí poner de manifiesto el clasismo de nuestra enseñanza media refiriéndonos al origen social de los alumnos. Hemos hablado del profesorado, llegando a la conclusión de que existe una clara discriminación en beneficio de los miembros de la FERE. También hemos hecho una alusión a las distintas posibilidades de estudio según la localización geográfica de los centros, máxima concentración de los mismos en las ciudades y dentro de ellas en los barrios de clases medias y burguesas e insuficiencia de centros en las zonas suburbanas y rurales. Por último, hemos expresado desde nuestro punto de vista, lo injusto que sería que el Estado subvencionase en estos momentos a la enseñanza privada.

Pero la visión de la educación media que intentamos dar, quedaría incompleta si no nos refiriésemos a otros aspectos, aunque sea de pasada, que nos darán desde otros ángulos los planteamientos antidemocráticos de nuestra enseñanza media.

1) La separación de sexos en las aulas, establecida por el artículo 5º de la Ley del 26 de febrero de 1953, es incompatible con la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer y establece el alejamiento entre la escuela, por una parte, y la familia y la calle, por otro, donde niños y niñas conviven conjuntamente. Este planteamiento puede llevar a represiones de tipo freudiano de trascendencia en el futuro adulto. Estableciendo la coeducación desde los primeros años escolares, niños y niñas se comportan debidamente sin perturbaciones desagradables. Existe además, el problema de las enseñanzas del hogar que orientan a las mujeres a trabajos serviles y domésticos, discriminatorios en suma.

2) Creemos contrario a los derechos humanos y al espíritu conciliar, el que se imparta obligatoriamente y como asignatura la enseñanza de la religión católica. Habría que dejar libre opción a las enseñanzas religiosas e introducir en los centros donde existan alumnos de otras confesiones, profesores de las mismas.

3) Consideramos que va contra las recomendaciones de la Unesco sobre la enseñanza de las lenguas vernáculas, el que no se enseñen el gallego, el vasco y el catalán. Ello pone en peligro la existencia de esas lenguas y la cultura de que son vehículo.

Pero los aspectos antidemocráticos y negativos de nuestra enseñanza media, no terminan en esto. En nuestra enseñanza se prescinde de la realidad física del niño y del adolescente, basando la valoración del hecho humano en conceptos metafísicos. Pocos de nuestros profesionales de la enseñanza, conocen la constitución, funcionamiento y condicionamientos de los cerebros de los alumnos, pocos respetan la personalidad de los mismos, es decir, el derecho a interpretar y modificar el mundo según el grado de integración y desarrollo de sus niveles neurofuncionales, o sea, se prescinde de las bases fisiológicas del aprendizaje.

En nuestras aulas, en general, predomina el concepto jerárquico donde el saber se imparte el forma oral, *ex cathedra*, por el profesor sin participación activa de los alumnos.

Si hiciésemos un análisis de los programas, comprobaríamos que están excesivamente recargados. La visión que dan de la historia es reaccionaria, contabilizando batallas y fechas, reseñando personajes, no movimientos sociales e institucionales. Según este sistema, nuestros niños pueden conocer los nombres de los faraones del antiguo Egipto y no saber lo que representa el movimiento sindical en la era industrial o lo que ha representado la revolución rusa de 1917 o el tercer mundo. La enseñanza de la filosofía, es un conjunto de afirmaciones dogmáticas, cuya comprensión está fuera del alcance de los alumnos, en vez de presentarles una problemática más en contacto su realidad. El estudio de las asignaturas de ciencias debía estar fundamentado en la experimentación, en la búsqueda de los alumnos, como establecen los estudios realizados en este sentido en la OCDE, pero en nuestros colegios, los laboratorios parece que sólo cumplen una exclusiva finalidad: que los vea la Inspección.

Se admite generalmente que una vida mental despierta y expansiva, tiene su base en la extensión y profundización de los contactos con el ámbito físico y con el contorno social. Tenemos que reconocer que nuestra escuela, nuestros institutos y colegios, viven marginados de las realidades sociales que les circundan y esto es grave, porque entendemos que es necesario una doble ósmosis del medio a la escuela para vivificar la enseñanza y de la escuela al medio que la rodea como núcleo de irradiación cultural y de transformación social. En nuestros centros de educación media, los alumnos no tienen representantes elegidos por ellos mismos, no se les educa en la crítica y el diálogo, no se les enseña a trabajar en grupo; en definitiva, no se les enseña activamente la democracia.

9. De las declaraciones de Tena Artigas a *La Vanguardia*, 3 de marzo de 1968.

10. Datos y cifras de la Enseñanza en España, 1967.

Horizonte español 1966

Primer suplemento anual de Cuadernos de Ruedo ibérico

Sumario

Tomo I

1. Esteban Pinilla de las Heras. España : una sociedad de diacronías.
2. C.E.Q. García. De la autarquía económica al Plan de Desarrollo.
3. Equipo de jóvenes economistas. Las 100 familias españolas.
4. Pedro Marcos Santibáñez. La familia « F ».
5. Xavier Flores. La propiedad rural en España.
6. Macrino Suárez. Problemas de la agricultura española.
7. Vicente Girbau. La entrevista de Hendaya.
8. Felipe Miera. La política exterior franquista y sus relaciones con los Estados Unidos de América.
9. Ignacio Fernández de Castro. La Iglesia de la cruzada y sus supervivencias.
10. P.B. Significación religiosa, económica y política del Opus Dei.
11. Luis Ramírez. Visión actual de la guerra civil (encuesta).

Tomo II

12. Enrique Fuentes. La oposición antifranquista de 1939 a 1955.
13. Xavier Flores. El exilio y España.
14. Jorge Semprún. La oposición política en España : 1956-1966.
15. Fernando Claudín. Dos concepciones de « la vía española al socialismo ».
16. Martín Zugasti. El problema nacional vasco.
17. Santiago Fernández. El movimiento nacional en Galicia.
18. Joan Roig. Veinticinco años de movimiento nacional en Cataluña.
19. Antonio Linares. Las ideologías y el sistema de enseñanza en España.
20. Antoliano Peña. Veinticinco años de luchas estudiantiles.
21. Angel Bernal. Las paradojas del movimiento universitario.
22. Antoliano Peña. Las Hermandades de Labradores y su mundo.
23. Iñaki Goitia. El orden laboral y las Magistraturas del Trabajo.
24. Jordi Blanc. Las huelgas en el movimiento obrero español.
25. Ramón Bulnes. Del sindicalismo de represión al sindicalismo de integración.
26. Blai Serratés. Teoría económica del turismo y su aplicación al caso español.
27. Raúl Torras. Problemas de la entrada de España en el Mercado Común.
28. Angel Villanueva. Causas y estructura de la emigración exterior.
29. Ramón Aboy. Españoles en Alemania.
30. Juan Claridad. Nueva realidad : nueva prensa.

Ilustraciones de Cattolica, Genovés, César, Ges, Rojo y Vázquez de Sola.

Tomo I : 288 páginas, 6 planchas fuera de texto, numerosas ilustraciones, mapas y gráficos. 21,— F

Tomo II : 436 páginas, 10 planchas fuera de texto, numerosas ilustraciones, mapas y gráficos. 30,— F

Los dos tomos 51,— F

Editions Ruedo ibérico

Pedidos y suscripciones a Ediciones Ruedo ibérico

5, rue Aubriot, Paris 4

C.C.P. 16.586-34 Paris

Precio de venta : Cuaderno ordinario 7,— F ; cuadernos atrasados 14,— F

Condiciones de suscripción :	6 cuadernos ordinarios	6 cuadernos ordinarios y suplemento anual *
Francia	30,— F	50,— F
América latina (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US
América latina (correo aéreo)	16,— \$ US	24,— \$ US
Otros países (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US

* El primer suplemento anual de Cuadernos de Ruedo Ibérico es Horizonte español 1966, tomo I : 288 p., 6 planchas fuera de texto ; tomo II : 436 p., 10 planchas fuera de texto. Precio de los dos volúmenes : 51 F. Para poder adquirir la obra al precio de 20 F es necesario ser suscriptor de Cuadernos de Ruedo Ibérico, al menos a partir del número 4 inclusive. Los suscriptores que han abonado 50 F recibirán automáticamente el suplemento. Aquellos suscriptores que sólo han abonado 30 F deberán enviarnos 20 F. Para los no suscriptores será aplicado el precio de librería. Respecto al suplemento anual 1967, Cuba : una revolución en marcha, la suscripción mínima para tener derecho al suplemento cuenta sólo antes del nº 10. La tercera serie (números 13 a 18) comportará también un suplemento anual (1968), cuyo tema todavía no está decidido. La suscripción a Cuadernos de Ruedo Ibérico da derecho automáticamente al 20 % de descuento en la compra de los libros pertenecientes al fondo editorial de Ediciones Ruedo Ibérico, o de aquellas editoriales que representamos (Era, Cuadernos americanos, Joaquín Mortiz, Siglo XXI, Sur, Jorge Alvarez, Siglo Ilustrado, Austral, Prensa latinoamericana, Moncloa, etc.). Pídase catálogo.

Ediciones Ruedo ibérico

Juan Goytisolo

El furgón de cola

Indice : El furgón de cola. La actualidad de Larra. Escribir en España. Los escritores frente al toro de la censura. La literatura perseguida por la política. Literatura y eutanasia. Estebanillo González, hombre de buen humor. La herencia del noventa y ocho o la literatura considerada como una promoción social. Cernuda y la crítica literaria española. Homenaje a Cernuda. Lenguaje, realidad ideal y realidad efectiva. Menéndez Pidal y el Padre Las Casas. Examen de conciencia. Tierras del Sur.

216 páginas

18 F

Ramón Serra **Política económica y el problema la vivienda en España**

La escasez de viviendas constituye en España un mal crónico que se agravó considerablemente a partir de la guerra civil 1936-1939.

Las posibilidades de habitar una vivienda mínimamente digna habían sido siempre muy escasas para una buena parte de la clase obrera, habida cuenta de su bajísimo nivel de ingresos. La paralización de la construcción durante el periodo de lucha, las destrucciones sufridas por el patrimonio inmobiliario, la penuria extrema de materiales para la construcción en los años de postguerra, la congelación de los alquileres y las dificultades económicas generales, empeoraron en grado sumo la situación al mantener la oferta de nuevas viviendas muy por debajo de la demanda creciente.

El desarrollo industrial de los años cincuenta originó grandes movimientos de población hacia los principales núcleos industriales con el resultado de concentrar las nuevas necesidades en unas cuantas zonas en donde los problemas planteados por la falta de viviendas llegaron a situaciones límites. Fue la época del barraquismo y de los realquilados en gran escala en Barcelona, en Madrid, en Bilbao, y en tantas otras ciudades cuyas fábricas ofrecían puestos de trabajo más o menos seguros a la población rural. Al mismo tiempo el problema amplió considerablemente su área social de influencia afectando no solamente a la clase obrera sino también a la clase media baja.

Entre los factores que provocaron, y continúan aún presionando, el espectacular aumento de las necesidades destacan junto a los que se pueden llamar tradicionales —crecimiento natural de la población, aumento paulatino del nivel de vida, etc.— los siguientes:

A. EL GRAN DEFICIT DE VIVIENDAS ACUMULADO

La insuficiencia del número de nuevas viviendas construidas anualmente para hacer frente a las nuevas necesidades provoca lógicamente el incremento acumulativo de una demanda insatisfecha.

La escasez de datos impide un cálculo preciso de esta cifra. La cantidad reconocida oficialmente era a principios de 1961 de un millón de viviendas. Numerosos autores —Tamames, Cotrullo, etc.— y organismos oficiales como la Delegación de Barce-

lona del Ministerio de la Vivienda o la Organización Sindical de Barcelona, reconocen la escasa fiabilidad de las estadísticas oficiales al respecto. Agustín Cotrullo estimó, para 1950, basándose en los datos del censo de la vivienda de aquel año, un déficit de 2 200 000 viviendas para toda España.

Aparte del Ministerio de la Vivienda, nadie cree que el ritmo anual de construcción de viviendas en los últimos 15 años haya superado las nuevas necesidades. Por lo tanto el déficit no puede haber disminuido.

B. LA ESCASA REPOSICION DEL PATRIMONIO INMOBILIARIO

La mayor parte del déficit no es carencial sino que está integrado por viviendas antiguas que no reúnen las condiciones mínimas de habitabilidad. Estas subían a 1 500 000 en 1950 según la Fiscalía de la Vivienda.

La apremiante necesidad de taponar cuando menos el déficit carencial obligó a descuidar totalmente la reposición, con lo cual el número de viviendas insalubres en lugar de disminuir tiene tendencia a aumentar.

El Plan Nacional de la Vivienda 1961-1976 señalaba que el ritmo deseable de reposición durante el periodo de vigencia del Plan era de 110 000 viviendas anuales, pero el ritmo posible era tan sólo de 56 942. Como el Plan prevé un ritmo progresivo, en los primeros seis años —1961-1966— el número programado anualmente no llegaba ni a la mitad.

C. PEQUENA DIMENSION DE LAS VIVIENDAS

La mayor parte de las viviendas construidas después de la guerra civil tienen unas dimensiones netamente insuficientes.

Como ejemplo basta consignar que el 64,7 % de las viviendas programadas en el Plan Nacional 1961-1976 eran de 45 a 53 m² útiles, el 27,8 % eran de 63 a 72 m² y el 7,5 % de 80 a 104 m².

Comparando la estructura según número de habitaciones de las viviendas que integran el patrimonio inmobiliario entre 1950 y 1960 se comprueba la disminución porcentual de las viviendas más grandes.

D. MOVIMIENTOS MIGRATORIOS

Los movimientos internos de población originados en el éxodo rural hacia las zonas industriales durante los últimos 20 años no tienen común medida en toda la historia del Estado español.

Su influencia sobre la agravación del problema de la vivienda ha sido decisiva e indudablemente es el factor más importante de cuantos puedan considerarse. Un ejemplo claro de las necesidades creadas por este reasentamiento de la población, al mismo tiempo que de la imprevisión de los servicios oficiales, lo da el hecho de que mientras el Plan Nacional 1961-1966 preveía que 1 005 200 personas resultarían desplazadas en los 16 años de duración del Plan, solamente en el primer quinquenio 1961-1965 el movimiento migratorio interno registrado fue de 1 915 600 personas.

El éxodo rural crea nuevas necesidades en las zonas industriales al mismo tiempo que desocupa viviendas en los pueblos de origen, pero estas viviendas, disponibles en efecto, tan sólo sirven para enmascarar el problema dado que, contabilizadas dentro del patrimonio inmobiliario nacional, generalmente permanecen desocupadas ya que la demanda en estas zonas es baja debido a la emigración.

LA DEMANDA DE VIVIENDAS

Si bien es cierto que las necesidades de viviendas son grandes en España existen una serie de factores que impiden que todas estas necesidades se traduzcan en demanda solvente. Estos factores mantienen a la demanda real por debajo de la demanda potencial. Dos son los obstáculos principales que se oponen a que se restablezca el equilibrio; por un lado el elevado precio de las viviendas y por el otro el bajo nivel de ingresos de grandes sectores de la población en especial de los que constituyen la corriente migratoria.

Las causas de los altos precios —sean de compra, sean de alquiler— que alcanzan las nuevas viviendas, son variadas. A la baja productividad de la industria de la construcción debida el pequeño tamaño de la mayoría de empresas, la escasa racionalización tanto de los elementos utilizados como de las técnicas empleadas, etc., se unen el coste de los solares, excesivamente hinchado por la desenfadada especulación del suelo urbano y los grandes márgenes de beneficio. Los solares urbanos dejados prácticamente al libre juego de la oferta y la demanda, alcanzan precios de escándalo en las ciudades sometidas a un fuerte proceso de incremento demográfico. Estos precios no tan sólo encarecen las nuevas construcciones sino que además conducen a un aprovechamiento intensivo de los solares no dejando ni espacios verdes, ni zonas para aparcamiento, ni zonas para construcciones sociales (escuelas, centros

culturales, etc.) y a un irracional crecimiento de las ciudades, planteando graves problemas para los servicios públicos (agua, electricidad, teléfonos, alcantarillado, transportes, etc.), con una elevación considerable de los costes sociales.

El hecho de que sea la iniciativa privada la que asuma la mayor parte del peso de la construcción de nuevas viviendas trae como consecuencia que a los elevados costes de construcción se unan unos márgenes de beneficio realmente usurarios, posibles gracias a la extrema necesidad de viviendas existente. Así se da el caso de que mientras la demanda de viviendas de lujo o semilujo está ampliamente satisfecha haya una escasez angustiosa de viviendas modestas. La oferta de estas últimas además de insuficiente se caracteriza por un minúsculo tamaño (45 a 60 m²), la calidad ínfima de la construcción (en Barcelona se llega a construir con un coste de 2 000-2 500 ptas/m², mientras que el coste mínimo con una calidad aceptable oscila de 4 000 a 4 500 ptas/m² y su localización en zonas suburbanas con una urbanización incipiente —cuando no inexistente— carencia total de servicios sociales y largos desplazamientos (tanto en Madrid como en Barcelona, son normales los trayectos de una hora a hora y media para llegar al trabajo).

Los ingresos de numerosas familias obreras y aun de buena parte de las pertenecientes a la clase media baja no son suficientes para alcanzar los elevados alquileres o los precios de venta de la mayor parte de las viviendas que se ofrecen al mercado. En las viviendas de alquiler son corrientes las mensualidades de 3 000 pesetas más entradas de 150 a 200 000 pesetas —eso en las viviendas llamadas modestas.

La dificultad en afrontar estos dispendios obliga a numerosos compradores o arrendatarios a recurrir al procedimiento de los realquilados para redondear los ingresos.

LA OFERTA DE VIVIENDAS

Ante el cúmulo de necesidades mal reflejadas por la demanda actual, la oferta de nuevas viviendas, a pesar de aumentar de año en año, se demuestra claramente insuficiente. Insuficiencia no tan sólo cualitativa sino además poco acorde con la localización geográfica de las necesidades y con su estructura (dimensiones y posibilidades de pago). Las causas de esta insuficiencia son muy numerosas. En la base hay que citar la política económica general y la política de la vivienda en concreto seguidas por el gobierno español desde la guerra civil. Aunque la intervención del Estado en materia de vivienda tiene una larga historia, fue a partir de 1939 cuando se intensificó ante la gravedad de la situación hasta llegar, en 1957, a crearse el Ministerio de la Vivienda.

La política de desarrollo industrial practicada en España a partir de los años cuarenta intensificó la polarización de la actividad industrial en dos grandes núcleos —las provincias de Barcelona y de Vizcaya— con antigua tradición y otro —Madrid— mucho más reciente y prosperando al amparo del favor estatal. Estas tres zonas se convirtieron por este hecho en los grandes polos de atracción de la mano de obra. Entre 1940 y 1960 el saldo migratorio favorable a estas tres provincias fue de 1,4 millones de personas, casi el 90 % del saldo total de las provincias que experimentaron saldos positivos. Entre 1960 y 1965, las tres provincias citadas recibieron unas 740 000 personas procedentes del resto de España, o sea, el 59 % del total del movimiento migratorio interno. A pesar del fabuloso crecimiento en números absolutos, el ritmo de polarización disminuyó bastante en este último quinquenio.

La completa ausencia de una programación tanto nacional como regional del desarrollo español, basado en la iniciativa privada y el intervencionismo estatal, originó en consecuencia unas migraciones internas de población totalmente imprevisibles sobre todo en su magnitud. La política de la vivienda completamente descoordinada de la política económica general se limitaba a sancionar una realidad existente —el déficit creciente de viviendas— y a procurar estimular la oferta en general.

LA POLÍTICA ESTATAL DE LA VIVIENDA

De hecho no puede hablarse, en el estricto sentido de la palabra, de la existencia ni de una política económica general, ni de una política de la vivienda

en concreto. El conjunto de medidas adoptadas por el gobierno durante los años cuarenta y cincuenta constituyen un heterogéneo muestrario de tendencias, intereses y preocupaciones coyunturales con escasa, y a veces nula, coordinación entre los diferentes sectores de actividad económica. A partir, más o menos, de 1960 se ha pretendido elaborar una política económica coherente con unos objetivos definidos y unos medios orquestados para alcanzarlos. En realidad el cambio ha sido tan sólo formal; los diferentes grupos de intereses que se reparten o alternan en el poder son demasiado antitéticos como para que la orientación de la economía española sea clara y precisa. El equilibrio relativo de poderes da como resultado la solución de compromiso y el respeto de las posiciones adquiridas.

Si se acuerda llamar política de la vivienda a las medidas contenidas en el conjunto de disposiciones elaboradas por el Estado español a lo largo de 28 años de actividad, se pueden extraer una serie de constantes que más o menos han caracterizado a esta política. Las más importantes son las siguientes:

A. PRIORIDAD ABSOLUTA A LA INICIATIVA PRIVADA

El Estado ha declarado explícitamente que su misión en el terreno de la vivienda es la de fomentar la iniciativa privada a la cual corresponde la resolución del problema.

Esta orientación está claramente indicada en las cifras de los resultados de los cinco años del Plan Nacional de 1961-1976.

Viviendas construidas según grupos de promoción

	1961	1962	1963	1964	1965
Oficial	50 585	21 986	29 446	21 818	18 599
Privada protegida	83 891	125 847	158 439	209 387	222 194
Privada libre	13 544	14 612	18 812	25 689	42 492
Total	148 020	162 445	206 697	256 894	283 285

Fuente: Instituto Nacional de la Vivienda (INV). Memoria 1965.

La aplicación práctica de este principio ha hecho que la mayor parte de la ayuda estatal se encauzara hacia las subvenciones, préstamos, desgravaciones fiscales, etc., o sea estímulos a la inversión privada. La acción total directa se encauzó a través del Instituto Nacional de la Vivienda. Las inversiones efectuadas en los cinco primeros años del Plan permiten hacerse una idea del peso relativo de las diferentes fuentes.

Las inversiones privadas superan ampliamente las cantidades programadas en el Plan Nacional, el

superávit del crédito es mucho menor y la financiación a cargo del INV ve reducidas sus cifras muy por debajo de las programadas.

B. SUBSIDIARIEDAD A OTRAS POLÍTICAS

La política de la vivienda fue desde un principio, y a pesar de las declaraciones rimbombantes, subordinada a la consecución de otros objetivos.

En primer lugar la vivienda, como tantas otras necesidades no menos importantes —escuelas, hospitales, carreteras, etc.— fue sacrificada en gran parte a una

Año	Inversión privada		Inversión pública (INV)	Total
	Prom. part.	Crédito		
			complementario	
1961	10 271	3 178	6 551	20 000
1962	15 571	3 482	6 947	26 000
1963	18 596	5 085	8 104	31 784
1964	24 310	6 230	9 977	40 516
1965	34 243	7 469	9 037	50 749

Fuente : INV. Memoria 1965.

	Inversión prevista y realizada (en millones de pesetas de cada año)						TOTAL	
	INVERSION		CREDITO		PRIVADA		Prevista	Real
	Prevista	Real	Prevista	Real	Prevista	Real		
1962	9 001	6 620	3 625	3 318	9 134	14 838	22 359	24 776
1963	10 308	7 407	3 897	4 648	9 767	16 996	23 973	29 001
1964	11 061	8 865	4 189	5 532	10 442	29 285	25 692	43 682
1965	11 915	7 071	4 516	5 841	11 224	26 778	27 655	39 690

Fuente : INV. Memorias 1964-1965.

industrialización cuya finalidad principal fue y sigue siendo la producción de bienes de consumo duradero —coches, electrodomésticos, televisores, etc. Es evidente que ante la imposibilidad, sobre todo en una economía capitalista, de satisfacer todas las necesidades, se escogió una opción bien clara. Al inclinarse por el tipo de sociedad de consumo —que aquí no es ni mucho menos de masas como en otros países más desarrollados—, se condenó al subconsumo de los bienes y servicios que constituyen el llamado capital social. Las razones que influyeron en esta decisión son obvias: la posibilidad de que el capital privado obtuviera grandes beneficios con este tipo de producciones y el hecho de que la escasez de viviendas en particular y de capital social en general afecta, a corto plazo y hasta un cierto nivel de desarrollo, muchísimo menos a la clase burguesa que a la clase obrera. La situación española es tanto más extremada cuanto que aquí la clase obrera está prácticamente amordazada e imposibilitada para ejercer cualquier tipo de presión en defensa de sus intereses.

En segundo lugar la política de la vivienda ha estado siempre subordinada a una política de estabilidad monetaria. Cada vez que la inflación amenazaba con destruir el siempre precario equilibrio financiero, entre las medidas tomadas para normalizar la situación figuraba la contención del gasto público en viviendas, la restricción de créditos a la construcción, la limitación del número de licencias, etc.

C. AUSENCIA DE UNA POLITICA GENERAL DE ORDENACION TERRITORIAL

El problema de la vivienda está íntimamente imbricado con la ordenación del suelo, el urbanismo y la ordenación territorial.

Los programas de construcción de viviendas precisan para su planteamiento y realización la previa elaboración de planes de ordenación territorial y de urbanismo que permitan la correcta localización de las nuevas construcciones. Al mismo tiempo sólo una ordenación del suelo puede evitar los movimientos especulativos que se producen cuando la demanda de terrenos urbanizados se eleva mucho.

En España la ordenación territorial no existe. La Ley del Suelo de 1956 hablaba de redactar un plan nacional de urbanismo (de hecho un plan de ordenación territorial); el Plan de la Vivienda de 1961-1976 citaba la extrema necesidad de un plan de tal tipo, y en el mismo sentido se manifestaba el Plan de Desarrollo 1964-1967, pero en 1967 se sigue sin la menor noticia de que se haya hecho algo en tal sentido.

De planes de urbanismo provinciales, comarcales o municipales existen, en cambio, grandes cantidades. Su operatividad es nula. Dado que está regulada por la ley su existencia, se limitan a ser meros trámites administrativos para conseguir los oportunos permisos de urbanización y construcción; pero su incidencia sobre los complejos problemas que de

hecho crea la localización de nuevas industrias, o zonas turísticas o de vivienda, es completamente despreciable.

La existencia de una serie de disposiciones sobre el régimen del suelo no ha tenido la menor virtualidad en el sentido de frenar la carrera especulativa, sobre todo de los solares urbanos.

La creación en 1957, y dentro del Ministerio de la Vivienda, de una Dirección General de Urbanismo, y en 1959 de la Gerencia de Urbanización como organismo autónomo dentro del mismo ministerio, no aportó ninguna mejora sensible a la situación a pesar de los buenos propósitos que figuran en las leyes que les crearon.

La inoperatividad de los poderes públicos en este campo concreto se explica contemplando el saneado negocio que realizan principalmente las grandes compañías inmobiliarias en manos de la alta burguesía especulando con las urbanizaciones turísticas y los polígonos de viviendas.

D. ESCASA ACCION SOBRE LA PRODUCTIVIDAD DE LA INDUSTRIA DE LA CONSTRUCCION

El coste de las viviendas depende directamente de la productividad de la industria de la construcción. En este sentido, los esfuerzos de los poderes públicos por aumentar esta productividad pueden considerarse paralelos a los realizados para disminuir el precio de los solares —otro elemento determinante— o sea, prácticamente inexistentes.

Entre las empresas dedicadas a la construcción de viviendas existe una inmensa mayoría cuya reducida dimensión les impide utilizar mano de obra especializada, maquinaria adecuada, técnicas modernas y una conveniente racionalización de los sistemas de producción. Los elementos prefabricados son escasamente utilizados. Otro inconveniente importante es la escasa normalización de los materiales de la construcción.

En ciertos sectores, como en el de material sanitario, existe un claro monopolio de producción.

A pesar del reconocimiento de una amplia problemática en estos y otros aspectos de la industria de la construcción, la acción del Estado para, cuando menos, encauzar su solución, ha sido prácticamente nula.

E. FALTA DE ESTIMULOS OPERATIVOS AL PEQUEÑO AHORRO PRIVADO

El gran problema para el obrero o el empleado medio que quiere construirse su vivienda es la capitalización de la cantidad necesaria para constituirse en promotor.

Al bajo nivel de sus ingresos se une por un lado el elevado coste de una vivienda, y por otro las continuas incitaciones y facilidades dadas para la

compra de bienes de consumo duraderos que se llevan sus escasos ahorros. En otras circunstancias las cuentas ahorro-vivienda, recientemente instituidas, podrían ayudar a resolver el problema, pero en las actuales es de prever que su papel se desviará de su finalidad primera.

En las ciudades, donde el precio de los solares convierte en prohibitivos los edificios de una o pocas viviendas, la única solución existente son las cooperativas. Por una serie de razones de tipo eminentemente práctico —escaso poder económico, poca dedicación de sus miembros, pequeña capacidad empresarial, etc.— las cooperativas no han podido aprovechar gran parte de las oportunidades que la legislación sobre viviendas con ayuda estatal les ofrecía.

Los Patronatos Municipales de la Vivienda, instituciones aparentemente idóneas para promover la construcción de viviendas para la clase obrera y media baja, no han dado el resultado que de su gestión podía esperarse, debido por una parte a la parquedad de sus recursos financieros y por otra a su falta de acometividad.

El resultado ha sido que el gran beneficiario de las ayudas y ventajas concedidas por el Estado ha sido el capital privado a través de las empresas inmobiliarias, que disponiendo de recursos financieros iniciales, de una organización adecuada y de relaciones personales con la Administración, se han dedicado al saneado negocio de la venta de pisos.

F. FALTA DE COORDINACION entre las diversas medidas y desproporción en los fines propuestos y los medios dispuestos para alcanzarlos, junto con una falta de instrumentalización de las soluciones apuntadas.

Las consecuencias de todo ello han sido: la ineficacia —total o parcial— de gran número de medidas contenidas en la legislación vigente, medidas que a la larga se han vuelto en contra de los mismos a los que se pretendía proteger (como la congelación de los alquileres); aparición de contradicciones como la de que, dada la regresividad del sistema fiscal español, buena parte de los gastos de la política de la vivienda ha sido financiada por los mismos a los que se pretendía ayudar; desviación parcial de gran número de medidas de su finalidad primera: la construcción de viviendas modestas, etc.

CONCLUSIONES

En resumen el examen conjunto de las necesidades de viviendas, de la política seguida por el Estado español para resolver el problema y de los resultados alcanzados, pone de relieve las contradicciones existentes en un sistema económico y político incapaz de resolver los problemas que su misma dinámica interna le plantea.

El predominio de la iniciativa privada y el afán de lucro como motores básicos de la actividad económica, son incompatibles con un desarrollo económico fuerte y equilibrado y, por lo tanto, con la plena satisfacción de las necesidades sociales, entre ellas la vivienda.

La solución del problema de la vivienda tan sólo puede venir a través de una economía socialista. En efecto, sólo una economía en donde el interés colectivo prevalezca sobre el interés individual y que disponga al mismo tiempo de la capacidad efectiva de planificar las actividades económicas presentes y futuras, puede pretender buscar una equilibrada satisfacción de las necesidades individuales y sociales, consiguiendo a la vez una adecuada distribución de los recursos disponibles.

Las líneas de actuación en materia de vivienda que a continuación se indican sólo encontrarían su máxima efectividad en el marco de una economía con propiedad colectiva de los medios de producción y con una planificación compulsiva del quehacer económico.

—En primer lugar la política de la vivienda debe formar un todo armónico con la política económica general. Dentro de la planificación económica del desarrollo, un Plan Nacional de Ordenación Territorial debería dar lugar a un Plan Nacional de Urbanismo y éste a un Plan Nacional de la Vivienda.

De esta forma, por su imbricación dentro de una planificación general del desarrollo económico, la planificación de la vivienda podría, en buena ley, tener en cuenta la situación presente y, sobre todo, las necesidades futuras convenientemente cuantificadas y localizadas, además de los medios tanto humanos, como físicos y financieros, disponibles a todos los niveles para resolverlas, consiguiendo así el necesario equilibrio no tan sólo entre necesidades, objetivos y medios —o sea un equilibrio interno en el plan de la vivienda— sino el mucho más difícil equilibrio entre las necesidades generales del sistema y los medios disponibles totales.

Toda la planificación debería regionalizarse como única solución para evitar los inconvenientes derivados de la disparidad de situaciones en las distintas regiones españolas. En el caso concreto de la vivienda debería llegarse hasta el nivel de planes municipales.

Otra característica esencial de la planificación de la vivienda debe ser la existencia a cada nivel de organismos encargados y responsables de su realización teórica y práctica.

—En segundo lugar corresponde a los poderes públicos cargar con la responsabilidad directa de la

realización de los planes de construcción de viviendas. Esto supone: a) la impulsión de organismos —preferentemente a nivel municipal— dedicados a la urbanización de terrenos y la construcción de viviendas; b) el ofrecer a las cooperativas y a las sociedades de construcción de viviendas sin ánimo de lucro, toda una posible serie de ventajas preferentes —subvenciones, créditos, exenciones fiscales, etc.— respecto a los promotores privados orientados a la construcción de viviendas destinadas a la venta o al alquiler. Al mismo tiempo deberían disfrutar de ventajas referentes a la simplificación de trámites administrativos y disponer de asesoramiento y ayudas técnicas por parte de los organismos oficiales.

—En tercer lugar la política debería incidir fuertemente en la disminución de los costes de las viviendas. Varias son las líneas de actuación en este sentido, por ejemplo:

a. Socialización del suelo urbano para evitar la especulación de los solares y el aumento espectacular de sus precios;

b. Reestructuración de la industria de la construcción fomentado la concentración de las empresas y la mecanización y racionalización de las actividades de éstas;

c. Normalización de todos los materiales empleados en la construcción;

d. Extensión de la investigación.

—En cuarto y último lugar debería potenciarse al máximo el ahorro-vivienda, cuando menos mientras durara la situación de penuria extrema de viviendas. En este aspecto la política de la vivienda debería preocuparse de: a) Estimular y amparar este tipo de ahorro; b) Instrumentalizar su aplicación, sobre todo la del ahorro familiar.

Es evidente que en lo referente a allegar fondos para la financiación de los planes de viviendas, la coordinación con la política financiera general debe ser completa. De no ser así la dedicación a la vivienda de los fondos provenientes de las Cajas de Ahorro, de las entidades públicas y privadas de seguros, etc., junto con las detracciones de ahorro privado que pudieran realizar las cooperativas, las Sociedades de Construcción, las Sociedades de Crédito Cooperativo, los Bancos Hipotecarios, etc., podrían comprometer la financiación del desarrollo de otros sectores de la economía.

CUADERNOS AMERICANOS

Ofrecemos las siguientes obras

Dólares

Hispanoamérica en lucha por su independencia por varios autores	2,—
Trayectoria ideológica de la revolución mexicana por Jesús Silva Herzog	1,20
La reforma agraria en México por Emilio Romero Espinosa	1,20
El drama de la América latina. El caso de México por Fernando Carmona	2,50
Guatemala, prólogo y epílogo de una revolución por Pedro Gullén	0,80
El panamericanismo. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson por Alonso Agullar Monteverde	1,—
Historia de la expropiación de la empresas petroleras por Jesús Silva Herzog	1,50

A los precios anteriores se agregará el coste del porte postal

Representantes exclusivos en Europa

Editions Ruedo ibérico

5, rue Aubriot, Paris 4

En el sumario de este fascículo :

**Lucio Magri : Hacia un nuevo realismo ● Quaderni Rossi :
La revolución cultural socialista en China ● Julio Cerón :
Política y neocapitalismo ●● León Trotski : 1789 -1848 -
1905. Revolución y proletariado ●●● Luis Maristany :
6 poemas ●●● Florentino Martino : En torno al estilo de
Juan García Bacca ●●● M.P.E. : La democratización de
la enseñanza en España ●●● Ramón Serra : Política
económica y el problema de la vivienda en España ●●●●
Dibujos de Julio H. Zapata**

En los próximos números :

**Juan Naranco : Los aumentos de salarios y la crisis
de la pequeña propiedad**

**Gerardo Núñez : España : también colonia de los trusts
europeos**

Raniero Panzieri : Lucha obrera en el desarrollo capitalista

Ramón Bulnes : Comisiones obreras : los problemas de fondo

Andrés Vidal : Peligros y posibilidades de las Comisiones

Miguel Parra : Sindicato y política de rentas

Sergio León : Los últimos traidores

Jean Becarud : La acción política de Gil Robles (1931-1936)

**Clara Barrondo, José Campillo, Francisco Ramón Carmona,
Ignacio Fernández de Castro e Iñigo : La emigración y Europa**

Prix : 7 F



cuadernos de

ruedo ibérico

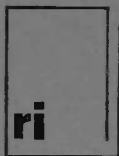
20

21

agosto
noviembre
1968



8° P. 5439



c u a d e r n o s d e

Revista bimestral

Redactores-jefe

RAMON BULNES
JOSE MARTINEZ
JORGE SEMPRUN

ruedo ibérico

Directeur Gérant de la publication :
FRANÇOIS MASPERO

© Editions Ruedo ibérico

Tous droits de reproduction et de traduction
réservés pour tous pays.

Administration, diffusion et ventes :

5, rue Aubriot, Paris 4.
C. C. P. Paris 16.586-34

Imprimé par A. Cary. Colombes (Hauts-de-Seine)

número

20

21

agosto-noviembre 1968

sumario

Raniero Panzieri : Lucha obrera en el desarrollo capitalista 3

X
B.D.I.C**Presente y futuro de las Comisiones obreras**

Introducción	19
Ramón Bulnes : Los problemas de fondo	23
Comisiones obreras del metal (Barcelona) : Documento	34
Andrés Vidal : Peligros y posibilidades de las Comisiones obreras	35
Comisiones obreras del metal (Barcelona) : Documento	46
Comisiones obreras : Las actuales tareas de las Comisiones obreras	47
Gonzalo Martín : Acción sindical en la agricultura	51
Miguel Parra : Sindicato y política de rentas	69

Gerardo Núñez : España : también colonia de los trusts europeos 81

Juan Naranco : Los aumentos de salarios y la crisis de la pequeña explotación 109

Santos Juliá Díaz : Para entender lo del diálogo 121

Crónica : revistas y libros

La censura política en Realidad	157
El Congreso cultural de La Habana (Mundo obrero)	159
En memoria de Ernesto Che Guevara (Casa de las Américas)	159
España después del referéndum	160
La lucha estudiantil en España (Mondo Nuovo)	161
La duda de unos jóvenes (Cuadernos para el diálogo)	162
El laberinto de la burocracia vaticana y la « deserción » del clero (Questitalia)	163
El antimperialismo del clero sudamericano (Rinascita)	164
Agresión imperialista y pueblo norteamericano (Partido Comunista cubano)	164
Autogestión y organización burocrática (Cuestiones actuales del socialismo)	164
Imperialismo y regimenes antipopulares	165
La OLAS y la lucha antimperialista (Tricontinental)	165
Esteban Romay : La cuestión agraria de Karl Kautski	167
Sergio León : Los últimos traidores	179
L'Espagne à l'heure du développement (J.E.G.)	192
David Barea : Sartre y España	195
Marxismo y lucha de clase (G.M.)	201
Blanco de Octavio Paz (U.)	204
Reseña de libros por G.M., F.F.-S. y U.	

Dibujos de José Hernández

Ediciones Ruedo ibérico

diario del **che** en bolivia

noviembre 7, 1966
octubre 7, 1967

346 páginas

10 documentos fotográficos

15 F

Pedidos y suscripciones a Ediciones Ruedo ibérico 5, rue Aubriot, Paris 4 C.C.P. 16.586-34 Paris

Precio de venta: Cuaderno ordinario 7,— F; cuadernos atrasados 14,— F

Condiciones de suscripción:	6 cuadernos ordinarios	6 cuadernos ordinarios y suplemento anual *
Francia	30,— F	50,— F
América latina (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US
América latina (correo aéreo)	16,— \$ US	24,— \$ US
Otros países (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US

* El primer suplemento anual de Cuadernos de Ruedo ibérico es Horizonte español 1966, tomo I: 288 p., 6 planchas fuera de texto; tomo II: 436 p., 10 planchas fuera de texto. Precio de los dos volúmenes: 51 F. Para poder adquirir la obra al precio de 20 F es necesario ser suscriptor de Cuadernos de Ruedo ibérico, al menos a partir del número 4 inclusive. Los suscriptores que han abonado 50 F recibirán automáticamente el suplemento. Aquellos suscriptores que sólo han abonado 30 F deberán enviarnos 20 F. Para los no suscriptores será aplicado el precio de librería. Respecto al suplemento anual 1967, Cuba: una revolución en marcha, la suscripción mínima para tener derecho al suplemento cuenta sólo antes del nº 10. La tercera serie (números 13 a 18) comportará también un suplemento anual (1968), cuyo tema todavía no está decidido. La suscripción a Cuadernos de Ruedo ibérico da derecho automáticamente al 20% de descuento en la compra de los libros pertenecientes al fondo editorial de Ediciones Ruedo ibérico, o de aquellas editoriales que representamos (Era, Cuadernos americanos, Joaquín Mortiz, Siglo XXI, Sur, Jorge Alvarez, Siglo Ilustrado, Austral, Prensa latinoamericana, Moncloa, etc.). Pídanse catálogo.

Lucha obrera en el desarrollo capitalista

Este es el texto de una conferencia pronunciada por Raniero Panzieri en la sede de la Federación Juvenil del Partido Socialista italiano. Dicha conferencia tuvo lugar en marzo de 1962. Conviene, pues, desde el presente, situar tal discurso en su momento político concreto y remarcar, de pasada, el sentido de su actual publicación cara a España.

En el plano político general, marzo de 1962 es la fecha de los comienzos del centro-izquierda fanfaniano. Paralelamente, surge la desorientación obrera frente a la nueva iniciativa política del capitalismo. Al mismo tiempo, sobre todo en Milán, fuertes luchas preparan la oleada combativa de aquel verano. En Turín, por otra parte, el sindicato trabaja tenazmente para suscitar la lucha en la Fiat, con una confianza precisa en la capacidad combativa de los obreros; se llega incluso a la declaración prematura de una huelga en febrero de 1962: esta quiebra ocasiona las más feroces acusaciones de extremismo al sindicato turinense, en boca de los dirigentes confederados y del Partido Comunista italiano (a partir del propio Togliatti). Cara a tales luchas, la posición del sindicato era todavía parcialmente abierta. No obstante, ya se esbozan todos los signos de una política tan sólo reivindicativa, de una táctica reformista que dominará de manera absoluta a lo largo de meses y años sucesivos. En tanto, Panzieri se encontraba totalmente fuera de la « izquierda oficial » del Partido Socialista italiano y desde 1961 ya no formaba parte del Comité Central. « A pesar de esto —como señala Vittorio Rieser—, lo mismo en la izquierda del Partido Socialista italiano que en el Partido Comunista italiano el debate es abierto y ofrece amplias posibilidades de intervención incluso (y sobre todo) para quienes no tienen miedo de ser situados al margen de los « niveles oficiales » de las organizaciones ». La intervención de Panzieri, obviamente, se implanta en este terreno, retomando ciertos puntos de elaboración del primer número de Quaderni rossi.

La coherencia de este discurso, el rigor de sus argumentos y la capacidad interpretativa a todas las escalas hacen que en el presente muchas de las líneas trazadas por Panzieri constituyen la base « preliminar » de todo análisis que quiera recoger los elementos más avanzados, más significativos en el plano de tendencias, del desarrollo capitalista. Discutibles son, empero, los « límites históricos » fijados ante la situación italiana. Los acontecimientos posteriores parecen indicar que Panzieri sobrevaloró la capacidad batalladora de algunas organizaciones obreras. Pese a todo, permanece vigente su afirmación rotunda de la necesidad de partir del análisis del capital para llegar a una comprensión de la clase obrera e imponerle el trabajo de organización política. Es en esta última dirección, creemos, donde reside su interés primordial para los movimientos reivindicativos que hoy se consolidan en España, en medio de una confusión no muy dispar de la que Raniero Panzieri acusa en el marco particular italiano de hace unos años. Este interés estriba, sobre todo, en la convicción que Panzieri enarboló hasta su muerte con ejemplar entusiasmo: « la convicción de que la clase obrera está llamada a la lucha por el socialismo ».

Este primer número de **Quaderni rossi** fruto, por otra parte, de una serie de experiencias políticas, de participación en las luchas— ya nosotros mismos, que lo hemos preparado, que lo hemos hecho, que lo hemos escrito, lo consideramos en gran medida insuficiente y superado por el propio desarrollo de la situación política y de la lucha de clase en nuestro país. Digo superado, pero no en los aspectos que habitualmente nos reprochan, ya que éstos nos parecen plenamente válidos (después subrayaré este punto, anticipando ahora que, a lo sumo, el defecto del primer número de **Quaderni** es el de ser todavía tímido en un determinado tipo de análisis).

Punto de referencia, a la vez teórico y práctico, son las luchas obreras que se han desarrollado en Italia alrededor de 1960. La mayor parte de las veces, estas luchas han tenido una articulación en apariencia tan sólo sindical; no han encontrado una expresión política perfecta. Son, sin embargo, importantes, muy importantes, dado que se caracterizan de manera particular respecto al desarrollo precedente de las luchas obreras. Aquí, por supuesto, no contamos con el tiempo necesario para realizar un análisis profundizador: en consecuencia, me limito a señalar algunas características generales de estas luchas obreras tomadas en su conjunto.

No necesito decir que las luchas obreras—desde 1960 hasta hoy— son el hecho más sólido y macizo. Además, cuantitativa y cualitativamente, creo constituye lo más importante de la situación política italiana. Deseo fijar este punto: esto es, que asumamos estas luchas como el elemento **más importante** de la situación política italiana que va desde 1960 hasta el presente. Hablaba de « características destacadas de estas luchas consideradas en su conjunto »: todo el conjunto de las llamadas nuevas reivindicaciones¹, que no se pre-

sentan jamás separadas de las reivindicaciones salariales; todas las nuevas reivindicaciones que tienden a expresar el nivel obrero al mismo nivel del capital (tal como hoy el capitalismo se presenta en la fábrica, con las características de hoy tomadas en su conjunto); estas nuevas reivindicaciones, digo, indican la tendencia clarísima, por parte de la clase obrera, de llevar a primer término la condición obrera en su conjunto, y —quisiera también decirlo— la condición obrera en sí misma.

Tenemos reivindicaciones de diversa índole —salario a rendimiento: reivindicaciones referidas más bien a la contratación de los orgánicos, tiempos y ritmos de trabajo, etc.— que se presentan muy diferentes de una situación a otra situación, de una fábrica a otra fábrica, de una zona a otra zona. Pero característica destacada es que, en gran número de casos —evidentemente, no en la totalidad—, las reivindicaciones esgrimidas por los obreros, por la clase obrera, tienden a subrayar lo que constituye el momento característico de la relación del obrero, de la clase obrera frente al capital en aquella determinada situación; es decir, tienden a poner en evidencia los elementos específicos de la relación de subordinación, como tal, de la clase obrera al capital, frente al capital. Es evidente que existe una relación —y utilizamos, asimismo, la palabra dialéctica, aun cuando sea siempre fuente de equívocos— entre esta tendencia obrera a plantear dicho tipo de reivindicaciones, no tan sólo salariales, que caracterizan a la condición

1. Todas las referencias a las luchas sindicales, a las reivindicaciones, a las formas de organización, etc., se hallan desarrolladas ampliamente en varios artículos de **Quaderni rossi**, 1; en particular, los artículos de Mottura, Alasia, Pugno, Frasca, Miocchi, Gasparini —que analizan varias luchas de la provincia de Turín— y los artículos de Rieser, Garavini y Murano sobre los aspectos de la política reivindicativa (además del editorial de Foa en torno a los problemas de carácter general).

obrero en su conjunto y a la actividad desarrollada por el sindicato de clase.

El sindicato de clase ha recogido, no sé si con mucha o poca rapidez, pero haciéndolo con notable fuerza y claridad, ya antes de 1960 (el proceso crítico del sindicato de la CGIL dura por lo menos desde 1956), algunas de las características nuevas del desarrollo capitalista: creciente desarrollo del capital, creciente desarrollo y modificación de la composición orgánica del capital, el recurso de técnicas integradoras cada vez más refinadas del obrero a la fábrica, el recurso a técnicas de programación, de planificación capitalista, etc., para las cuales, en estos años, a manos llenas han sido arrojadas las semillas entre la clase obrera.

Cuando miramos las organizaciones existentes y percibimos una situación tensa, grave, en el seno de las organizaciones del movimiento obrero, no debemos olvidar, por otro lado, lo enormemente positivo que estas organizaciones han conseguido a lo largo de los últimos años.

Ha habido y hay en estos años un proceso complejo, nada simple, de recíproca comunicación entre la clase obrera y el sindicato². No siempre los canales de comunicación han sido abiertos, claros, evidentes. Frecuentemente, asistimos todavía hoy a huelgas llamadas espontáneas, que, de hecho, no son tales. Porque, cuando una huelga llega a plantear reivindicaciones de este género, evidentemente no se trata de una huelga espontánea; puede existir un cierto grado de espontaneidad, que es en realidad una conciencia obrera, un grado sensible de conciencia obrera, y entonces llegamos a pensar que el sindicato no sabe nada, que tan sólo interviene después. Pero esto no significa que el sindicato no haya intervenido, no haya colaborado en los preparativos de esta condición obrera de lucha. Creo se quede afirmar tranquila y claramente que, en estos años, el sindi-

cato de clase, algunos de sus sectores, algunos de sus representantes, en un esfuerzo que ha sido también colectivo, ha contribuido notablemente a la formación de una conciencia obrera adecuada al nivel alcanzado por el capital (no se puede decir lo mismo, a nuestro juicio, en lo que a partidos políticos se refiere; más tarde ya veremos por qué).

Otra característica muy importante de estas luchas obreras —y esto es en verdad importante— reside en el hecho de que todavía tenemos en Italia una situación de muy amplias y numerosas desigualdades. Tomando la situación que yo mejor conozco, la de Turín o Ivrea, tenemos, junto al nivel Fiat, otros cinco o seis niveles distintos, con condiciones salariales diversas, con condiciones globales de relaciones de trabajo diversas, etc.; esto, sin hacer referencia a la desigualdad más grande: la del Norte y Mezzogiorno.

Poseemos, pues, zonas de desarrollo, zonas que permanecen más atrasadas, etc. Hemos tenido luchas obreras en zonas avanzadas y en zonas atrasadas. ¿Cuál es la característica predominante? Esta: que muy a menudo, ya se desarrollen en zonas avanzadas, ya se desarrollen en zonas atrasadas, las luchas obreras tienden a asumir las mismas características; es decir, tienden precisamente a poner en evidencia, si bien todavía por medio de contenidos sindicales (y éste es el problema peliagudo que debemos discutir), la relación global entre la clase obrera y el capital.

Hemos tenido en Turín, concretamente, luchas características de zonas atrasadas, por ejemplo en Cotonifici Val di Susa [CVS] y, hace poco, otra lucha muy importante, la ejecutada por los obreros de la Lancia (la de los obreros de la Michelin es dis-

2. Véase sobre este particular el artículo de Emilio Pugno, «Asambleas obreras y sindicato», en el QR 1 citado.

tinta). Son dos situaciones —Cotonifici Val di Susa y Lancia— de relativo retraso; mejor dicho, la de los CVS es de retraso absoluto³. Tanto, que el periódico de la Fiat, **La Stampa**, ha sostenido abiertamente las reivindicaciones de los obreros de los CVS, diciendo: « Resulta comprensible que estos obreros se agiten, ya que no gozan de las condiciones obreras Fiat ». ¿ Por qué le interesaba a la Fiat hacer esta política, adoptar esta actitud? En primer lugar, porque la Fiat tiene intereses en el conjunto del desarrollo económico, aparece éste donde aparezca. En segundo lugar, por razones ideológicas, para consolidar el mito Fiat: « Vosotros estáis mal, claro, porque no sois trabajadores de la Fiat ». Sin embargo, se equivocan la Fiat y su periódico dando esta valoración, dado que, en realidad, una vez puesto en marcha el mecanismo de la lucha, aunque lo fuese por simples motivaciones salariales (condiciones de absoluta insuficiencia económica de los obreros de los CVS), aquélla ha adquirido, inmediatamente después, contenidos de alto valor sindical y **potencialmente** político. Así, los obreros de los CVS han planteado claramente el problema de sus condiciones en tanto clase obrera, manifestando abiertamente que el suyo no era un problema de salario e imponiendo a los sindicatos llevar adelante, junto a las reivindicaciones salariales, reivindicaciones que nadie hubiera pensado maduraran en una situación como la suya, reivindicaciones que se refieren precisamente a la condición obrera, a los tres aspectos de la relación de trabajo.

Los camaradas de Milán nos dicen que la situación es la misma; por otra parte, poseemos una amplia información de este tipo; es decir, de que las luchas de las zonas más atrasadas **tienden** a asumir las mismas características que asumen las luchas de las zonas más avanzadas. ¿ Por qué sucede así? Porque, evidentemente,

si la clase obrera se mueve y al moverse madura una conciencia de clase, entonces mide, tiende a medir sus propios peticiones en relación a lo que es el capital, no en base a la situación empírica en que la clase obrera se halla. Esta es una indicación importantísima que nos lleva a superar la visión fragmentada, malamente empírica, de la realidad, a recobrar una visión marxista de la realidad, para la cual lo real no es el dato empírico —esta o aquella empresa vista como un átomo—, sino que lo real es el capital tal como se manifiesta, tal como se revela en esta o en aquella situación. Si no se ve el nivel del capital en su conjunto, no se puede captar tampoco la realidad de cada situación. La realidad empírica de cada situación es importante, pero en tanto remite a la realidad conjunta del capital; y esta comprensión es la única que permite luego comprender de verdad cada situación concreta. El error que todos hacemos, muy a menudo todavía, es ver, aceptar al capital tal como él tiende a presentarse: es decir, como un conjunto atomizado de situaciones. Esta tensión hacia un nivel y hacia características unidas de la clase obrera, incluso partiendo de situaciones distintas, significa, evidentemente, que hay una fuerte tendencia unitaria y, por tanto, con un contenido que no es tan sólo sindical sino también potencialmente político. Los sindicatos del campo de la CGIL, Federbraccianti y Federmezzadri (**Federación de braceros y Federación de aparceros**), están realizando desde hace muchos meses —ahora ya hace dos años— un razonamiento análogo en lo que atañe al campo de hoy: sobre este apartado me limito a señalar los artículos, los estudios lúcidamente extraordinarios e inteligentes, que figuran entre las contribuciones más importantes que el

3. Véase los artículos de Giovanni Mottura sobre la lucha de los CVS (QR 1) y de Gabriele Lolli sobre la lucha en la Lancia (QR 2).

marxismo haya producido en Italia a lo largo de estos últimos años (y no solamente en Italia), escritos por tres camaradas: Daneo, Bloise y nuestro compañero Guerra⁴.

La tercera característica sobre la que quisiera detenerme un momento, y que, por otra parte, está ligada estrechamente a las dos anteriores, es la siguiente: en estas luchas se expresa una fuerte carga, un fuerte potencial, una fortísima tendencia hacia una reivindicación ya no sindical —hacia una reivindicación de poder obrero. En otras palabras, estas diversas características de las luchas obreras significan, consideradas en su conjunto, que la clase obrera tiende a poner sobre el tapete, directamente, la relación de poder entre capital y clase obrera. Esta tensión y, por lo tanto, esta carga de unidad y de recobrada autonomía de la clase obrera, se expresa también en la actitud de dicha clase obrera hacia las organizaciones; es decir, como demanda y serena imposición a las organizaciones de una regla de democracia obrera, de una justa relación entre clase obrera y organización⁵. Como todos los sindicalistas saben, en la clase obrera de hoy —especialmente durante la lucha—, se expresa fuertemente la reivindicación del control de los organismos por parte de la clase obrera. Esta quiere controlar los organismos de clase, los quiere utilizar. No es cierto que no los reconozca; los reconoce, pero los reconoce como instrumentos, quiere que sean instrumentos, rechaza toda relación de carácter instrumental, de carácter externo que venga del exterior de la clase obrera, de arriba a abajo. Sabéis —es crónica sindical de cada día— que hoy son quizá poquísimas las situaciones de lucha obrera, aun cuando la lucha sea limitada a objetivos sindicales, en las cuales la clase obrera no comience la agitación justamente con la asamblea obrera como órgano de decisión soberana

hasta el fin. Hemos asistido y asistimos de continuo a las protestas de los obreros, cuando al término de la lucha el sindicato se presenta inevitablemente como el delegado que al final ha firmado con el patrón, con la parte contraria; y se presenta después ante los obreros para decir lo que ha hecho. Hemos registrado también, en decenas de luchas acaecidas en Turín, **violentas** protestas de los obreros, con dos significados concretos. El primero, más limitado, es éste: la relación con la organización, el negarse a delegar en las organizaciones. El segundo, más general, es este otro: en realidad, en dichas luchas sindicales los obreros habían expresado un contenido que no puede ser satisfecho por ninguna conclusión sindical, porque cada acción sindical, por avanzada que sea, tiene siempre un aspecto, justamente el contractual, que es, irremediabilmente siempre, un elemento de estabilización del sistema: que es, a su vez, lo puesto en discusión por los obreros en la lucha. Dado que los obreros, sin embargo, no encuentran una expresión política adecuada, una posibilidad de articularse sobre el plano de la organización y sobre el plano político, esta carga de lucha global que expresan tiende a manifestar su insatisfacción en forma negativa, cargando sobre el sindicato, por decirlo así, una responsabilidad que el sindicato no tiene, porque en ningún caso la acción sindical podría asumir una tarea política de carácter general —lo que no significa que la acción sindical no comporte opciones diversas. La acción sindical será llevada a cabo de una manera concreta si se la pone en relación con una perspectiva política; será realizada de otro

4. Véase en especial los artículos de Daneo y Bloise en el primer número de **Economía e sindacato**, en **Rassegna sindacale y Política ed economia**, así como los artículos de Guerra en **Mondo Nuovo** de los años 1961-1962.

5. Véase las conclusiones citadas de las luchas de Turín en **QR 1**.

modo si se la pone en relación con otra perspectiva política; será ejecutada ambiguamente, como en el presente, cuando, queriendo recoger los impulsos obreros y no pudiendo alienarlos junto a las perspectivas políticas ofrecidas por los partidos, el sindicato tiende a no escoger, a no expresar en sustancia ni una ni otra opción política: ni una opción reformista ni una opción de ruptura del sistema. No obstante, la acción sindical, aun cuando sea alineada junto a una perspectiva de ruptura del sistema —que, para nosotros, es hoy la función justa del sindicato⁶— no significa que pueda cumplir las tareas políticas de la ruptura: esto no puede lograrlo en ningún caso la acción sindical. Una de las cosas que más nos ha maravillado es toparnos con camaradas que nos acusan de enarbolar pretendidas posiciones anarcosindicalistas, cuando, en realidad, nuestra preocupación, nuestra preocupación inicial, es justamente eliminar el equívoco que aparece en la situación de hoy; esto es, que la acción sindical pueda hoy desarrollar las tareas políticas de ruptura del sistema. El problema es replantear en su intersección el problema político, partiendo del dato importante de la situación italiana que representan las luchas obreras, pero para comprobar precisamente que el nivel sindicato no puede, en ningún caso, satisfacer las exigencias políticas que estas luchas proponen. Y los partidos de clase, que tendrían que recoger esa propuesta, se guardan muy bien de hacerlo.

Ahora bien, para profundizar un poco este razonamiento, es preciso referirse al elemento objetivo. En verdad que hay luchas obreras y que constituyen un hecho relevante desde un punto de vista cuantitativo y cualitativo; sin embargo, todo esto podría también ser un hecho provisional, particular. Es preciso ver al adversario, ver si estas luchas revelan rasgos característicos y objetivos del capital, o si, por el

contrario, no es así. Es preciso descubrir cómo está constituido el capital para después decidir el significado político de estas luchas.

Se necesita hacer esta verificación, verificación siempre al nivel del capital, ya que no basta con hacerla en el interior del nivel obrero. Por el contrario, el nivel obrero tan sólo se constituye seriamente si se coloca al nivel del capital y ha logrado dominar a éste, comprenderlo, englobarlo. Si hacemos un esfuerzo en este sentido (y eso intentamos con **Quaderni rossi**, ligados a todas las restantes fuerzas del movimiento obrero que trabajan sobre el terreno de esta elaboración), nos damos cuenta y creemos poder afirmar que justamente el carácter avanzado de las luchas obreras revela los rasgos avanzados del capitalismo de hoy. Las luchas obreras tienden avanzadas —usamos esta fea y ambigua palabra—, tienden, mejor dicho, a aportar una riqueza de contenidos políticos en absoluta correspondencia con el nivel alcanzado por el capital: son avanzadas en tanto es avanzado el capital, en tanto es avanzado el capitalismo de nuestro país. Nos damos cuenta, por ejemplo, de que todas las comprobaciones que podemos hacer sobre la tendencia de la clase obrera a replantear en toda lucha, incluso en aquellas que arrancan de motivos salariales inmediatos, la relación conjunta entre clase obrera y capital corresponde a un aspecto fundamental de la condición del trabajo en el capitalismo plenamente desarrollado. Cuando el capitalismo ha llegado a tal estadio de desarrollo de la composición orgánica del capital, a tal nivel de relación entre capital fijo y capital variable —es decir, relación entre el total de trabajo pasado utilizado como capital (máquinas, materias primas, materias auxiliares, etc.) de una parte, y la fuerza-trabajo de otra—,

6. Véase la reseña de Dino De Palma, « Dos alternativas de la acción sindical », en QR 1.

tiene una absoluta necesidad de obtener una absoluta integración del capital variable en el capital fijo. Es decir, tiene necesidad de garantizar que el capital variable, la fuerza-trabajo **viviente** —las máquinas, que, como Marx decía, van a dormir a casa por la noche y habitan en casa el domingo (ahora incluso el sábado)—, las máquinas vivientes, digo, estén subordinadas **de manera absoluta** a las máquinas muertas, a las máquinas-máquinas (entiendo máquina no en sentido empírico: máquina son las instalaciones, pero también las técnicas, las organizaciones del trabajo, etc.). El capital tiene cada vez necesidad mayor de esta absoluta subordinación, de esta absoluta reducción de los seres vivientes —que son los trabajadores— al puro capital cristalizado del capital fijo, ya que cuanto más crece el valor del capital fijo tanto más cualquier interrupción, cualquier modificación, cualquier defecto en su funcionamiento, en el funcionamiento de la máquina, pone en peligro un valor mucho mayor.

¿Cómo consigue el capital en su conjunto que esta parte viviente que deplora —de la que, sin embargo, no puede prescindir— venga englobada dentro de la máquina? Lo consigue mediante una atomización de los hombres⁷. Este capital variable tiende continuamente a convertirse en clase obrera. Y tienden a reconocerse los hombres que la componen y, por consiguiente, a convertirse en clase obrera. Tiende a la insubordinación contra el capital fijo (también contra sí mismo, en cuanto capital variable: algo importante, para no tener un concepto místico de la clase obrera) y entonces lo primero que debe hacer el capital, a fin de cuidarse de la insubordinación obrera, es impedir al obrero que reconozca a su compañero como parte del mismo capital variable, del mismo ciclo laboral. Marx decía en los **Manuscritos de 1844** —una de las obras de juventud que yo no creo se deba sobrevalorar, pero que

contiene sobre este punto una observación muy adecuada— cómo el capital, en su desarrollo, recorre todos los grados de alienación y pasa del primer estadio de la alienación (que es la alienación del hombre, del obrero por su producto) al segundo estadio (que es la alienación del obrero por el proceso productivo mismo), al tercer estadio (que es la alienación del obrero por su propio cuerpo —considerado en un cierto momento como máquina externa al ser viviente que es el obrero—), al último estadio (que es la alienación de un obrero por otro). Naturalmente, estos estadios no se reconocen en la historia del mismo modo que las estaciones de una línea de tranviaria. Se entrecruzan, se presentan unidos, el capitalismo va hacia adelante, hace, incluso, zig-zag, retrocede parcialmente. La característica del capitalismo, sin embargo, es que está en su estadio máximo de desarrollo: uno de los signos de esto es justamente el hecho de que, en general, se presenta una situación de alienación, digámoslo así, total: es decir, que comprende todos los cuatros estadios. Y cuanto la cuarta característica, la alienación de obrero por otro obrero, se convierte en característica destacada de la condición obrera, estamos ciertamente en presencia de un capitalismo desarrollado. Por consiguiente, el capitalismo hace amplio recurso a todo lo que le puede servir para atomizar, para fragmentar la clase obrera en la fábrica, recurriendo para esto a toda una serie de ideologías. Ideologías funcionales, ideologías que no son simples enmascaramientos, sino funciones del capital. Tenemos así todas las técnicas de integración obrera, que van desde los estadios más groseros (por ejemplo, la

7. Véase sobre estos aspectos los artículos de R. Alquati en torno a la Fiat (QR 1) y la Olivetti (QR 2-3), así como el análisis retrospectivo de la encuesta Fiat del 60-61 realizada por De Palma, Rieser, Saccomani (QR 5).

adaptación brutal del cuerpo del obrero a la máquina) a los actuales más refinados, o bien combinando, también aquí, en modo diverso, viejas y nuevas técnicas. Al comienzo del desarrollo de la industria, en el estadio de la manufactura, con frecuencia es la máquina la que se adapta al hombre: después, el hombre se adapta a la máquina.

Las máquinas son siempre creadas en el ámbito del capital, no son invenciones técnicas neutras, objetivas. Dentro de la máquina, decía Marx, hay **la voluntad del capital: la máquina está marcada por el capital**. Las máquinas sirven para producir; en este sentido, contienen un elemento objetivo, por así decirlo, pero que está ligado siempre al elemento que deriva del modo social en que se produce. Hay un uso capitalístico de la máquina, que marca **también** a la máquina en cierto modo. A medida que se avanza en los varios estadios del desarrollo tecnológico, hasta la más alta mecanización y la automación, se afinan cada vez más las técnicas de integración del obrero; es cada vez más necesario para el capitalista asegurarse que el obrero no se vea como obrero colectivo, sino como un fragmento dentro de la empresa, como un fragmento de la misma empresa. Y así se llega no sólo al uso de técnicas ahora superadas o en camino de serlo —las «**human relations**»—, sino que se llega a formas mucho más avanzadas de técnicas de integración obrera, que se encuentran, por ejemplo, en todas las ideologías de la participación técnica; al obrero le son ampliamente reconocidos **poderes de decisión técnica**; aún más, se tiende a descargar sobre el obrero toda una serie de decisiones, porque esto rinde funcional la fábrica. Lo importante es que el obrero no tenga jamás en las manos la posibilidad de decidir sobre la organización: es decir, de decidir **sobre el capital**. En cambio, la

técnica mistificada, que se presenta como pura decisión técnica, se descarga cada vez más generosamente sobre el obrero tradicional o sobre el obrero que muchas veces es el técnico de la gran industria moderna, que en realidad es un obrero, un asalariado en la clásica, en la típica, en la característica situación del obrero.

Entre las técnicas funcionales más importantes a que recurre el capitalismo (esto se relaciona con el comienzo de nuestro razonamiento, con cierto tipo de lucha sindical a que tiende hoy la clase obrera), figuran todas las técnicas que se refieren a las tareas, que se refieren a la tendencia del capitalista a reconocer, a individualizar con características propias cada **particular puesto** de trabajo, tendiendo a una fragmentación máxima de la clase obrera a través de la apreciación, de la valoración de tareas. El ideal para el capitalista sería que cada obrero tuviese su propia valoración de las tareas. Todo este proceso de la relación de trabajo del capitalista viene camuflado como una necesidad técnica objetiva, desde el momento que las viejas calificaciones obreras no sirven ya de frente al nuevo tipo de máquina, de procesos de trabajo, de producción, etc. El capitalista tiende a decir: «Yo doy una valoración objetiva de lo que cada obrero hace, midiendo sus operaciones, midiendo sus gestos, quizá introduciendo incluso elementos subjetivos, calculando sus capacidades psíquicas, físicas, musculares, nerviosas, etc.» Naturalmente, esta objetividad es tan sólo para el capitalista; claro está, es una objetividad que la clase obrera no puede aceptar. Es la objetividad de aquellas máquinas. Y entendemos por máquinas el proceso productivo que el mismo capital ha querido y ha plasmado. Por lo tanto, es la objetividad del capital: no es la objetividad de la clase obrera.

Ha habido una cierta fase en Italia en que el descubrimiento justo de las nuevas

técnicas y de la nueva condición del capitalismo —descubrimiento esencial para que el sindicato sea algo serio y acorde con la realidad— ha dado lugar, sin embargo, a que muchos sindicalistas y algunos estudiosos de problemas sindicales hayan cometido este error, diciendo: «Aceptamos el desafío que el capitalista nos lanza sobre el terreno de la objetividad. Y, puesto que la técnica en sí no puede ser mala, estaremos en condiciones de descubrir una objetividad mejor que la suya; es decir, estaremos en condiciones de descubrir que él nos dice estupideces. Nosotros le arrojaremos a la cara la verdadera objetividad inherente a las máquinas»⁸. Pero en este camino no se encontraba ninguna objetividad; y se han dado fracasos, evidentemente, porque la objetividad que uno encuentra, en relación con el proceso productivo capitalista, es la objetividad de aquel proceso productivo: es la objetividad del desarrollo capitalista. Esto no significa, por supuesto, que la clase obrera pueda oponer a esta objetividad falsa, a esta objetividad capitalista, el recurso a sus viejos tipos profesionales de unidad, porque éstos ya están desencajados, en muchos casos ya ni siquiera existen, murieron arrastrados por el desarrollo capitalista. Pero cuando se va a ver qué puede ser este algo que está más allá, este algo que está más allá es, evidentemente, una reconstrucción de lo que Marx denominaba el obrero colectivo. ¿Y qué comporta esta reconstrucción del obrero colectivo, en una situación como la que tenemos ante nosotros, frente a este tipo de capital? Comporta la negación global del capital, comporta el hecho de que la clase obrera se reconozca a sí misma como capital variable **para refutarse** como capital variable y reconocerse **globalmente** clase obrera como fuerza social en oposición al capital en su conjunto. No hay otras posibilidades de desembocadura política. Todas las

nuevas reivindicaciones reenvían siempre a este proceso, a esta perspectiva: a una perspectiva de recomposición global de la clase obrera y de oposición global de la clase obrera al capital. A eso ha llevado el desarrollo mismo del capital. El desarrollo del capital ha obrado de manera tal que la relación entre capital y clase obrera se presenta como dilema: o una clase obrera totalmente integrada en el capital a una clase obrera que globalmente se opone al capital y tiende a destruir la condición capitalista. Por supuesto, esto no significa, en absoluto, que el problema sea el de hacer la revolución en un solo acto, en un solo día. Antes al contrario, se trata de un proceso muy duro y trabajoso de recomposición unitaria de toda la clase y que significa que el verdadero terreno político hoy es el de la recomposición unitaria de la clase.

Pero veamos otra característica que surge de esta situación del capital tal como nos empuja a reconocerla el desarrollo de las luchas obreras. No se trata de una operación intelectual. Quiero sólo subrayar un aspecto fundamental: que en relación al desarrollo desmesurado de la composición orgánica del capital, a los procesos de integración de la clase obrera, de racionalización del trabajo en el interior de la fábrica, al nivel del proceso del trabajo, corresponde una más amplia planificación en la esfera del cambio de la distribución y del consumo. Hay, en resumen, una perfecta correspondencia entre el crecimiento del capitalismo, entre el desarrollo capitalista bajo el aspecto de la incorporación del capital variable a la necesidad del capital fijo, de un lado, y el desarrollo de todas las técnicas de planificación de las ventas y del mercado, del otro. Porque así como el capital tiene necesidad de cuidarse

8. Véase un desarrollo más amplio de estos temas en el artículo de Panzieri, «Sobre el uso capitalístico de las máquinas en el neocapitalismo» (QR 1).

siempre más de la insubordinación obrera, así, en la esfera de la distribución y del consumo, existe cada vez una necesidad mayor de procurarse la posibilidad productiva a largo plazo, a plazo cada vez más largo. Estas son cuestiones obvias: economistas y sociólogos burgueses no han hecho otra cosa que escribir sobre ello; sobre este terreno han nacido y florecido todas las más importantes teorías, ideologías y técnicas económicas del capitalismo contemporáneo. Nos encontramos, pues, frente a toda esta enorme serie de fenómenos que van desde la verdadera y propia programación del mercado —si vamos a visitar cualquier empresa, notamos enseguida que su problema de hoy es, no ya vivir a remolque del mercado, sino programar el mercado, estimularlo en relación a la producción que cada vez tiene mayor necesidad de dominar el mercado— hasta las técnicas de propaganda. Estas cosas son las que sorprenden más la mirada del sociólogo burgués, que ve tan sólo estos fenómenos más aparentes y no ve la realidad que está detrás. Pero la realidad que está detrás, ¿cuál es? Es que la producción, como Marx indicaba, es al mismo tiempo una parte específica del proceso económico capitalista (porque junto a la producción existe el cambio, la distribución, el consumo: ¡ojo con no ver estos otros aspectos y reducir **llanamente** todo a la producción!) y es también el elemento esencial, el elemento que domina la totalidad⁹. La producción aparece, por así decirlo, dos veces en la economía capitalista; aparece como hecho específico y aparece, por lo contrario, también como hecho general, como categoría dominante del proceso total. Sin comprender esto, no se comprende el funcionamiento del capitalismo y se cae en una consideración empírica de este o aquel momento del capitalismo. Y esto, que es un proceso, digámoslo así, de abstracción científica

(cuando consideramos científicamente el capital), es también un proceso histórico, es también un proceso de desarrollo histórico del capital; es decir, cada vez más el momento de la producción deviene momento dominante, determinante de todos los otros momentos de la economía. ¿Qué significa esto? Significa que aquella parte del proceso que en los primeros estadios del capitalismo aparecía como un hecho importante pero específico, cerrado en sí mismo (la fábrica), se generaliza: la fábrica tiende a penetrar, a impregnar toda la sociedad civil, incluso el área externa.

Aquí es preciso prestar mucha atención, porque es sobre este punto donde se vierten, en investigaciones de este tipo, acusaciones de obrerismo y similares. En realidad, también aquí se trata justo de lo contrario; o sea, se trata de aferrar el hecho de que la fábrica **desaparece** como momento específico. El mismo tipo de proceso que domina la fábrica, característica del proceso productivo, tiende a imponerse a **toda la sociedad** y, por consiguiente, los signos característicos de la fábrica —el particular tipo de subordinación de la fuerza-trabajo viviente al capital, etc.— tienden a penetrar **todos los niveles** de la sociedad, reencontrándose en formas específicas, en formas particulares. Pero el momento de la fábrica tiende a devenir el elemento específico de toda la situación social en un estado avanzado de desarrollo del capitalismo. No en balde sentimos continuamente hablar y parlotear de la alienación del hombre contemporáneo, de las formas de la alienación, de opresiones, etc. Todas estas chácharas de los sociólogos burgueses tienen una verdad que el sociólogo burgués no puede descubrir: la verdad es el momento de la producción que se generaliza y tiende a invadir todos los momentos de la vida de la sociedad. Pero, afirmando esto, es preciso afirmar un concepto marxista de la fábrica. Como

Lenin decía, la fábrica no es una colección de datos empíricos, los muros de la fábrica, este o aquel determinado hecho empírico. La fábrica es, decía Lenin, el mismo desarrollo de la industria en un determinado estadio de desarrollo del capitalismo.

Es preciso tener un concepto no empírico de la fábrica, es preciso tener un concepto real —que es justamente aquel que evita los peligros y los ridículos callejones sin salida del obrerismo. En realidad, obreristas son aquellos que, considerando la sociedad civil —lo que se desarrolla a nivel de sociedad civil y de Estado— y prescindiendo de este momento, proponen de nuevo una imagen empírica de la fábrica y, por tanto, ven las luchas obreras tan sólo como mezquinas luchas obreristas, mezquinas luchas de fábrica. En cambio, las luchas obreras son hoy tan fuertes, tienen tal riqueza de contenidos precisamente porque expresan la réplica obrera a la fábrica en su realidad; es decir, a lo que hoy es el momento característico del **completo** desarrollo social. Lo que hoy da a las luchas obreras tanta tensión, tanta carga política, tan grandes posibilidades de devenir expresión de una situación general de la sociedad, es su tendencia a oponerse naturalmente a la fábrica de hoy, que ya no es **tan sólo** una realidad **específica**, sino que tiende cada vez más a devenir el elemento determinante en el interior de todo el complejo de la economía y, por consiguiente, de la sociedad. Lo mismo se puede decir en lo que se refiere a la relación entre sociedad civil y Estado; en consecuencia, a la relación entre fábrica, sociedad civil y Estado. En tanto el capitalismo está en sus comienzos, en tanto el capitalismo, al menos en cierta medida, es todavía competitivo, concurrencial, el Estado, que siempre es un Estado de clase, deviene la esfera en que, en primer lugar, los capitalistas se aseguran las condiciones previas de la libre compra-

venta de la fuerza-trabajo. Para que la fuerza-trabajo se pueda libremente vender en el mercado, hace falta que se reconozca a todos los individuos el derecho de vender y de comprar; es decir, la condición del obrero asalariado presupone la igualdad jurídica de los ciudadanos ante la ley, sin la cual el capitalismo no puede desarrollarse, porque, ciertamente, no puede recurrir a la libre compra-venta de la fuerza-trabajo.

El punto fundamental, en cambio, me parece el siguiente: En tanto exista una situación de relativa concurrencia, la esfera estatal es para cada capitalista la garantía de la armonización de los intereses contrapuestos, de los intereses de la concurrencia, el lugar donde se recomponen los conflictos internos al mismo capital. A medida que se desarrolla el capital en su conjunto y se acumulan los grandes capitales, se va adelante en el proceso de acumulación y, por tanto, en la composición orgánica del capital, se tienen todos los fenómenos que conocemos de la formación de los monopolios, de los oligopolios, etc. El Estado tiende a asumir nuevas características, porque aquella vieja función no responde ya a las necesidades de este nuevo desarrollo del capitalismo; es decir, el Estado tiende a devenir —como decía Marx y también Engels en una lúcida página— el representante directo del capitalismo colectivo. A medida que se presenta el desarrollo del capitalismo desaparecen los elementos privados-concurrenciales, digamos así, desaparece la imagen del empresario (primero, del capitán de industria; luego, del gran empresario; etc.) y los agentes, los trabajadores del capital, devienen —decía Marx— funcionarios del capital. Hay objetivación de todos frente

9. Sobre el conjunto de temas ligados a la relación entre fábricas y sociedad, véase el artículo del mismo título de Mario Tronti en QR 2.

al capital; el capital deviene siempre más la **potencia objetiva que unifica todas las fuerzas dentro de sí**, y en este estadio de desarrollo es evidente que el representante principal del capital por su desarrollo, contra los intereses sectoriales de esta o aquella parte del capital, deviene una figura de capitalista colectivo: es decir, el Estado. El capital, en el grado más elevado de su desarrollo, **debe planificarse a sí mismo**. Y el agente más importante de esta planificación es el Estado (Marx usaba ya en *El Capital*, con exactitud, la palabra « planificación »). Por consiguiente, el Estado no es más que un guarda, un terreno, por así decirlo, neutro para los capitalistas, al que éstos deben recurrir para arreglar sus conflictos. Esto si el Estado no deviene representante en primera persona de los intereses del capital, gestiona en primera persona los negocios del capital. Hay un bellissimo ejemplo en el informe de Moro al congreso de la Democracia Cristiana, sobre la interpretación capitalista de las funciones del Estado: todos los programas de que se habla hoy, las planificaciones económicas, etc., son ejemplos típicos del desarrollo que Marx había previsto; más bien, al preveerlo, había escrito *El Capital*.

Porque *El Capital* está escrito precisamente para reconstruir en su conjunto el proceso de desarrollo del capitalismo (por otra parte, son cuestiones estas que Marx dice explícitamente, riéndose de quien no ve en su conjunto este proceso de desarrollo). Naturalmente, todo este proceso de desarrollo capitalista tiende a integrar cada vez más los términos que en los primeros estadios del desarrollo del capitalismo aparecen escindidos, parecen esferas independientes —la fábrica, la sociedad civil, el Estado—, tiende a integrar cada vez más estas esferas, a hacer de ellas una sola esfera, por así decirlo, sin que desaparezcan, sin embargo, los caracteres específicos de cada una (es muy importante ver

siempre esto). Tal proceso, como siempre sucede en la ideología (es decir, en una consideración estática que está en el interior del proceso —y por consiguiente burguesa—), aparece invertido: este proceso significa el crecimiento del peso cuantitativo y cualitativo de la potencialidad política revolucionaria de la clase obrera y, en cambio, viene representado por la ideología como desaparición de la clase obrera, como relegación a tercer plano. La generalización de una relación capitalista de trabajo obrero salario-capital viene presentada como relegación a tercer plano, introduciendo en la producción los términos del consumo: por tanto, invirtiendo la consideración de la relación. Efectivamente, también ésta es una ideología funcional; porque, en este estadio, para el capital es siempre más importante, como hemos dicho, el elemento de atomización: por consiguiente, la carrera individual. Pero dentro de la realidad del proceso, el secreto está, en cambio, en la generalización de la relación de subordinación, siempre más amplia cuantitativamente, del trabajo al capital. Así, este crecimiento monstruoso del capital viene presentado incluso como desaparición del capital en algunas ideologías neocapitalistas; el capital, que, llegando al límite, desaparece de por sí, deviene riqueza de todos, riqueza de la sociedad y, en función de esto, el problema es administrar esta riqueza común, administrar el bienestar, crear el Estado del bienestar. Por ello, este Estado, que es el capitalista colectivo, viene presentado como un Estado de bienestar que, cada día más, se encarga de distribuir esta riqueza común entre todas las clases, entre todos los componentes de la sociedad. Y así las funciones que el Estado viene a asumir directamente, en la gestión del capitalismo, como factor que asegura el desarrollo capitalista —por medio de una planificación en la medida de lo posible orgánica, etc.—

llegan presentadas como desaparición del carácter clasista del Estado. Justo el Estado que realiza plenamente su carácter clasista, llega, en cambio, presentado como un Estado que pierde, por lo menos, algunos de sus caracteres clasistas y, al menos en parte, deviene un terreno neutro sobre el que puede tener lugar el encuentro clase obrera y capital.

Y, además, ahí están todos los mitos tecnológicos, positivos y negativos, que hallamos en las formas más refinadas dentro de los intelectuales burgueses y reformistas; los más positivos son fáciles de descubrir: son los que dicen que el socialismo vendrá de mano de la automatización. Así, este futuro monstruoso, que sería un mundo automatizado en el capitalismo, ésta que es tan sólo una idea límite, evidentemente, llega invertida de manera positiva como liberación del hombre, con todas las consecuencias (y reaparece también aquí el bienestar, etc., etc.). Pero las ideologías más interesantes son las que afirman que sí, que el proceso de la industria reduce al hombre a una completa alienación en el momento productivo; y, sin embargo, esto, dicen, es producto de la industria: no es resultado del capitalismo, del desarrollo capitalista. Es la misma industria la que está hecha así, ¿cómo se puede liberar el hombre? Nada; dentro de la industria, no se libera. No hay nada que hacer. Pero lo podemos liberar fuera, le podemos dar tiempo libre, cada vez más; le podemos dar recreos, etc. Y no sólo el automóvil, antes al contrario; a menudo, estas ideologías repudian estas cosas vulgares, ligadas al mundo de la producción. Le debemos dar los campos, el retorno a la naturaleza... Por la mañana, va a la fábrica; pero, por la tarde, por la noche este hombre debe tomar otra vez contacto con la naturaleza, con las fuerzas naturales, etc. Nos encontramos en presencia de cosas ridículas; sin embargo, hay muchas per-

sonas inteligentes —que podrían pasar por inteligentes— que las toman en serio. Muchas observaciones que yo hago provienen de un artículo de Mario Tronti que aparecerá en el próximo número de **Quaderni rossi**. Hay una observación muy aguda a este propósito del propio Tronti: que, en general, cuando también el científico burgués es reducido a asalariado, a asalariado del capital, ya no quiere reconocer la condición del asalariado, porque debería reconocer su propia condición. Y, por consiguiente, no está ya en grado de hacer ciencia, porque no está ya en grado de reconocer la realidad de la relación capitalista. Realidad capitalista que, en un cierto límite, el economista clásico, por ejemplo, estaba todavía en grado de valorar, en tanto no estaba reducido todavía a obrero asalariado del capital y vivía en una sociedad donde el capital constituía todavía una parte de la sociedad, no había invadido toda la sociedad como la ha invadido hoy.

Ahora, quisiera hacer algunas conclusiones. Sobre estos temas, nos llegan a menudo las típicas preguntas dirigidas. Una de éstas, que se liga al reproche de obrerismo, es la siguiente: « Pero, entonces, ¿ dónde está para vosotros la esfera de la acción política? ¿ No reconocéis la mediación política? » No, el problema no consiste en no reconocer la mediación política, antes al contrario. Todo el razonamiento que hacemos tiende a afirmar que ya en la fábrica la relación de clase tiende a devenir una relación política, una relación de poder. La esfera de la mediación no sólo no desaparece, sino que se amplía, y, por tanto, la necesidad del carácter político de la acción obrera no sólo no se atenúa, sino, al contrario, se refuerza. Efectivamente, diré que tan sólo desde este punto de vista se puede rechazar, criticar a fondo, como posiciones privadas de sentido las posiciones de tipo anarco-

sindicalistas. Es preciso, verdaderamente, llegar a ver cuánto domina hoy la relación de clase, en tanto que política, todos los momentos, todas las esferas de la fábrica, de la sociedad civil, del Estado. Sin embargo, el desarrollo capitalista quema un viejo tipo de mediación política, los viejos contenidos.

La mediación política no se reencuentra ya tan sólo al nivel del Estado. Por el contrario, si se busca tan sólo al nivel del Estado, no se encuentra ya tampoco a aquel nivel, porque se ha perdido el origen de la mediación. No se puede saltar por encima de las propias espaldas, no se puede llegar al décimo piso sin haber pasado los otros previamente; es decir, cuando el Estado es un momento político, pero hoy orgánicamente ligado a todas las fases políticas de la relación de clase, existe una continuidad en las mediaciones políticas, los diversos momentos desaparecen, pero son integrados el uno en el otro, no existe ya una yuxtaposición similar a la existente en los primeros estadios del desarrollo del capitalismo. La prueba está en el hecho de que la clase obrera, en el pasado, en situaciones de capitalismo inicial o en decadencia, pero en un estadio inferior de desarrollo, ha tenido, por ejemplo, la posibilidad de insertar su acción en el conflicto entre el capital y las situaciones residuales de los estadios sociales precedentes. Ya hoy, en una situación de capitalismo avanzado como la europea, como la italiana, no existe ya para la clase obrera este tipo de posibilidades estratégicas y tácticas; es decir, de hacer suyos los objetivos puramente democrático-burgueses, para alojarse en el contraste entre los residuos de la vieja sociedad feudal y el capitalismo. No porque el capitalismo haya absorbido, volteado, transformado todos los residuos precedentes; esto, el capitalismo no lo ha hecho nunca. Hasta en su estadio más elevado de desarrollo, conserva siempre

zonas de degradación y miseria. Pero tales zonas no constituyen ya un conflicto insalvable. El capitalismo, aun conservando las zonas de degradación, las ha englobado en su desarrollo (aparte del hecho de que las quema ampliamente por su necesidad intrínseca de desarrollo). Pero, incluso estas zonas que mantiene, es del interés de la clase obrera que no se mantengan en el interior, porque es también del interés de la clase obrera que se cumpla el desarrollo del capitalismo. ¿Para qué? Para llevar cumplidamente a su nivel más alto la lucha, para que la lucha de la clase llegue a ser directamente una lucha por el socialismo, llegue a ser la lucha que había sido concebida por los clásicos del marxismo, para la que ha nacido la teoría marxista.

Diré que desde este punto de vista, objetivamente, hay verdaderamente hoy en Italia y en otros países capitalistas avanzados, una situación que para los militantes es una situación que entusiasma. ¿Por qué entusiasmo? Porque, por primera vez en la historia, **la clase obrera está llamada a la lucha directa por el socialismo.** Este es el carácter que verdaderamente entusiasma. Sentimos que existe tal impulso, que comienza hoy a bullir en la situación de clase de nuestro país. Por tanto, lo importante es no anclarse en esquemas viejos, en esquemas superados, en el razonamiento sobre las viejas contradicciones del capitalismo. Lo importante es seguir adelante y hacer de manera tal que las organizaciones recojan la riqueza de contenidos nuevos que está en la realidad de la situación de clase y vayan elaborando perspectivas políticas adecuadas a la realidad de las relaciones de clase de hoy. Unas perspectivas políticas que no se resuman en el sermón sobre la revolución. Sabemos de sobra que esta situación plantea a la clase obrera tareas revolucionarias, porque el carácter directo del

encuentro con el capital se presenta inmediatamente, también al nivel de sociedad civil y al nivel de Estado y, por tanto, es evidente que tan sólo una perspectiva claramente revolucionaria, la posesión de una estrategia revolucionaria puede fundar también la táctica. Nuestra táctica no puede repetir modelos viejos, debe ser una táctica nueva, adecuada a esta situación: la táctica del movimiento obrero hoy día. El punto fundamental es reconstruir unitariamente la clase obrera al nivel político y, por tanto, no quedarse en el nivel sindical de las luchas, no quedarse en las fragmentaciones de las luchas; es extraer de estas luchas el motivo (esta es la tarea de los partidos, una tarea que el sindicato no puede desarrollar), el arranque para reconstruir **políticamente** la trama de la unidad de la clase, de una clase obrera que no debemos ya ver con los ojos de ayer, una clase obrera que ha llegado a ser más fuerte, y en consecuencia más consciente y numerosa. Porque es verdad que el desarrollo del capitalismo significa también la generalización de la condición obrera a estratos nuevos, incluso a funciones que otra vez no podían tener una característica precisa de condición asalariada y que hoy la tienen. Pensad en las funciones de los técnicos, en las funciones de los intelectuales que hoy, muy a menudo, son funciones en el proceso productivo. Retrasándonos para mirar viejos tipos, viejos esquemas de política de alianzas, no nos damos cuenta de los esquemas nuevos que el desarrollo de la situación reclama y así sucede, por ejemplo, que el Mezzogiorno las organizaciones del movimiento obrero se encuentran en una crisis gravísima, porque también el Mezzogiorno está en movimiento, porque las cuestiones meridionales en sus viejos términos han desaparecido, no existen ya. Un camarada historiador, Massimo Salvadori, autor del bellissimo libro que se titula **El mito del buen gobier-**

no, está ahora escribiendo una segunda edición con un capítulo final en el que se dirá que la cuestión meridional **ya no existe**, que no hay ya aquella cuestión que nos llevaba a una reivindicación genérica de todos los estratos del Mezzogiorno contra el Norte o contra el Estado unitario, perdiendo de vista, ya entonces, los elementos de clase. Pero hoy, anclarnos en estos esquemas significa no lograr que se recobre la realidad, ni siquiera una realidad aparente, porque ésta es abrasada por el desarrollo del capitalismo. Por consiguiente, no se trata de plantearse si el centro izquierda es bueno o es malo y parloteos de esta índole. El problema es otro: ver si la clase obrera hoy, si el movimiento obrero organizado logra situarse al nivel del problema, logra conducir la lucha en una perspectiva de **lucha global por el movimiento del capital**, porque no hay en verdad hoy otra posibilidad de enriquecer, de mantener en pie, de llevar adelante la organización del movimiento obrero.

Por otra parte, y es elemento de fondo, a esto empuja también la situación internacional, porque este razonamiento es un razonamiento que tiene directamente una dimensión internacional, porque este desarrollo es internacional, porque la clase obrera de los países capitalistas avanzados debe encontrar a nivel internacional sus posibilidades de unidad del capital. En efecto, los países subdesarrollados, los países retrasados que han realizado el primer ciclo de su liberación, el ciclo político-nacional de su emancipación (el « compromiso revolucionario » de que habla Ben Khedda en Argelia, por ejemplo, cosa que es muy importante para Europa occidental) muy difícilmente podrán superar este estadio de desarrollo, hacer frente y tener razones de las nuevas formas de intervención neocapitalistas, si la clase obrera occidental no lleva la lucha contra los centros del poder capitalista.

Esta es la verdad: aquellos países, los países subdesarrollados, tenían amplias posibilidades de desarrollar victoriosamente su lucha en tanto ésta no tocaba al nivel del capitalismo de hoy. Sabemos que en Francia las posiciones capitalistas avanzadas han impuesto la paz en Argelia, sabemos que detrás de la OAS no hay nada: es una trágica farsa. ¿Por qué? Porque las fuerzas del capital están detrás de De Gaulle, no están detrás de la OAS. Detrás de la OAS están los pequeños intereses de los colonos franceses; los grandes capitalistas franceses esperan que aquéllos se vayan de Argelia, porque ellos deben hacer grandes negocios con el petróleo, deben hacer grandes negocios con el desarrollo económico de Argelia, esperan que la revolución argelina, la independencia argelina signifique un tipo nuevo de dependencia colonial. Estos pueblos, por más fuerte que sea la carga revolucionaria que hayan acumulado, y es fortísima, difícilmente lograrán situarse a este nuevo nivel de desarrollo de la lucha, si la lucha no es promovida al nivel del capitalismo de hoy por aquellos que deben devenir los protagonistas directos de la lucha contra el capitalismo: es decir, los movimientos obreros europeos, los movimientos obreros de las sociedades capitalistas avanzadas.

Hay un tipo de responsabilidad que, si los movimientos obreros europeos no asumen, acabarán en una forma de traición, traición en el sentido profundo marxista: es decir, traición sobre el plano internacional de la suerte internacional del movimiento obrero y del proletariado. Por otra parte, tenemos en Europa síntomas de una fortísima tensión de clase. Los tenemos desde hace años. Los hemos tenido en Bélgica, los hemos tenido en Inglaterra, los hemos tenido y los tenemos, incluso, en Alemania Federal. Dentro de esto que pasa por ser sindicalista, en realidad hay una tensión que podría también ser anulada, ser totalmente neutralizada (América enseña) por una integración sindical en el sistema, pero podría ser también encaminada hacia una solución clasista, hacia una solución revolucionaria. Sin embargo, todavía una vez, una vez más, tan sólo la organización de la clase puede expresar y llevar adelante un proceso de este género, lo puede conducir victoriosamente en las formas políticas y de organización que son nuevas, que no puede repetir los viejos moldes organizativos de la clase obrera. Pero este es un proceso que no se puede inventar, que debe pasar a través de la reanudación y transformación de las organizaciones históricas del movimiento obrero.

Presente y futuro de las Comisiones obreras

« La historia del movimiento obrero —nos dice Ramón Bulnes en uno de los artículos que publicamos en este número— registrará en sus páginas que en las nacionalidades ibéricas, bajo el franquismo y ante la imposibilidad de encuadramiento masivo a partir del sindicalismo clandestino y de los partidos obreros, la clase obrera constituyó una organización representativa y unitaria, las Comisiones obreras ». Hoy las Comisiones obreras —después de un largo proceso organizativo que comienza esencialmente en 1962— se hallan consolidadas, es decir, han pasado de ser unas comisiones espontáneas y circunstanciales, a ser una organización estable que tiende a expandirse y estructurarse a todos los niveles y que lucha centralmente por un objetivo inmediato e impostergable: la conquista de un sindicato de clase unitario y democrático.

Pero está claro que este objetivo precisa una mayor explicación y profundización. El contenido y orientación que las Comisiones obreras den a sus luchas inmediatas condicionan a su vez el contenido y orientación de ese futuro sindicato unitario, objetivo intermedio inmediato. Igualmente el sentido de estas luchas —si no se acepta la práctica puramente espontánea— ha de estar condicionada por la alternativa socialista que la izquierda se plantee ante el sistema capitalista en su conjunto.

La crisis capitalista actual y la crisis progresiva de las actuales formas fascistas de poder, definen un cuadro en el que las luchas de masas comienzan a jugar un papel activo. La organización de las masas, su educación política —ideológica y práctica— son los ejes que potenciarán estas luchas, de las que hoy las Comisiones obreras son sus máximos canales. Para la izquierda que quiere actuar sin las trabas de una

práctica oportunista a corto plazo y que considera como objetivo central preparar, organizar a las masas para una dura y prolongada confrontación contra el sistema capitalista (cualquiera que sea la forma política que adopte), potenciar estas Comisiones, velar por su democracia, activar y consolidar su ampliación y extensión, es su primer objetivo. Sin embargo, para que estas tareas sean eficaces y duraderas, esta izquierda tiene planteados al mismo tiempo la continua profundización y ampliación del contenido de las luchas actuales que las presentan insertas ya en una opción claramente socialista.

Cuadernos de Ruedo ibérico se hace eco de esta fundamental problemática, de estas inquietudes y sus consiguientes elaboraciones teóricas, en los trabajos que publicamos en este número y que examinan el presente y el futuro de las Comisiones obreras. En numerosos trabajos, y más articuladamente en su número 8, Cuadernos de Ruedo ibérico viene analizando diversos problemas del sindicalismo obrero en España. Hoy nos ceñimos al análisis de las Comisiones obreras, instrumento central de las luchas actuales por la existencia de un auténtico sindicalismo en nuestro país y cuyo papel, actual y futuro, está definiéndose en la actualidad.

Varios trabajos integran nuestro « bloque ». En dos extensos artículos Ramón Bulnes y Andrés Vidal nos sitúan ante una serie de problemas fundamentales. El primero enmarca las perspectivas de las Comisiones obreras dentro del cuadro de una estrategia socialista revolucionaria, una estrategia de toma del poder por la clase obrera y demás trabajadores. El segundo analiza la situación que la actual crisis capitalista plantea al movimiento obrero y concretamente a sus Comisiones. Los dos autores coinciden en plantear el gran peligro que para la clase obrera significaría el limitarse a una lucha puramente democrática (antifranquista); en plantear la necesidad de que las organizaciones revolucionarias enuncien desde hoy —englobados en una estrategia revolucionaria— los objetivos que la clase obrera persigue frente a todo el sistema; la necesidad, en suma, de dar una dirección revolucionaria que evite el que la clase obrera se mueva empujada más por los vaivenes del capitalismo que por una opción política revolucionaria predeterminada, lo que supone que la clase obrera se

adhiera a las corrientes sindicalistas y reformistas en las épocas de auge económico, para caer en el « revolucionarismo » en la inevitable crisis subsiguiente. El resto del « bloque » lo completa una serie de documentos de las propias Comisiones, de los que hemos de resaltar, por su importancia, por su profundidad, el informe presentado en la Conferencia de Europa Occidental por España celebrada en París en febrero de este año, y dos ensayos : Gonzalo Martín : Acción sindical en la agricultura, y Miguel Parra : Sindicato y política de rentas. Cuadernos de Ruedo ibérico han estimado que la mejor introducción a este conjunto de trabajos era el texto de la conferencia pronunciada en Turín (Italia) el mes de marzo de 1962 por nuestro malogrado amigo Raniero Panzieri : Lucha obrera en el desarrollo capitalista, que no obstante estar limitado a la circunstancia italiana de aquellas fechas, posee una validez general que prueba una vez más desde entonces el desarrollo actual del movimiento obrero español y el violento conflicto social que ha estallado en Francia en la primavera de 1968.

Todos estos trabajos —que por diferentes caminos convergen hacia una unidad de fondo— podemos considerarlos como una aportación, más o menos acertada, pero llena de elementos de análisis, que esperamos suscite la búsqueda de soluciones a los problemas de cuya solución depende fundamentalmente el correcto enfoque de la lucha por el socialismo en nuestro país.

Horizonte español 1966

Primer suplemento anual de Cuadernos de Ruedo ibérico

Sumario

Tomo I

1. Esteban Pinilla de las Heras. España : una sociedad de diacronías.
2. C.E.Q. García. De la autarquía económica al Plan de Desarrollo.
3. Equipo de jóvenes economistas. Las 100 familias españolas.
4. Pedro Marcos Santibáñez. La familia « F ».
5. Xavier Flores. La propiedad rural en España.
6. Macrino Suárez. Problemas de la agricultura española.
7. Vicente Girbau. La entrevista de Hendaya.
8. Felipe Miera. La política exterior franquista y sus relaciones con los Estados Unidos de América.
9. Ignacio Fernández de Castro. La Iglesia de la cruzada y sus supervivencias.
10. P.B. Significación religiosa, económica y política del Opus Dei.
11. Luis Ramírez. Visión actual de la guerra civil (encuesta).

Tomo II

12. Enrique Fuentes. La oposición antifranquista de 1939 a 1955.
13. Xavier Flores. El exilio y España.
14. Jorge Semprún. La oposición política en España : 1956-1966.
15. Fernando Claudín. Dos concepciones de « la vía española al socialismo ».
16. Martín Zugasti. El problema nacional vasco.
17. Santiago Fernández. El movimiento nacional en Galicia.
18. Joan Roig. Veinticinco años de movimiento nacional en Cataluña.
19. Antonio Linares. Las ideologías y el sistema de enseñanza en España.
20. Antoliano Peña. Veinticinco años de luchas estudiantiles.
21. Angel Bernal. Las paradojas del movimiento universitario.
22. Antoliano Peña. Las Hermandades de Labradores y su mundo.
23. Iñaki Goitia. El orden laboral y las Magistraturas del Trabajo.
24. Jordi Blanc. Las huelgas en el movimiento obrero español.
25. Ramón Bulnes. Del sindicalismo de represión al sindicalismo de integración.
26. Blai Serratés. Teoría económica del turismo y su aplicación al caso español.
27. Raúl Torras. Problemas de la entrada de España en el Mercado Común.
28. Angel Villanueva. Causas y estructura de la emigración exterior.
29. Ramón Aboy. Españoles en Alemania.
30. Juan Claridad. Nueva realidad : nueva prensa.

Ilustraciones de Cattolica, Genovés, César, Ges, Rojo y Vázquez de Sola.

Tomo I: 288 páginas, 6 planchas fuera de texto, numerosas ilustraciones, mapas y gráficos. 21,— F

Tomo II: 436 páginas, 10 planchas fuera de texto, numerosas ilustraciones, mapas y gráficos. 30,— F

Los dos tomos 51,— F

Editions Ruedo ibérico

Los problemas de fondo

La consolidación de las Comisiones obreras

La historia del movimiento obrero registrará en sus páginas que en las nacionalidades ibéricas bajo el franquismo y ante la imposibilidad de encuadramiento masivo a partir del sindicalismo clandestino y de los partidos obreros, la clase obrera constituyó una organización representativa y unitaria, las Comisiones obreras.

Ya se ha superado el periodo, iniciado esencialmente en 1962, en el que las Comisiones obreras nacían y desaparecían al compás de las luchas parciales¹. Con las últimas elecciones sindicales (1966) culmina el periodo de consolidación. Las Comisiones obreras alcanzan un considerable grado de estabilidad, se estructuran y coordinan a todos los niveles. Las Comisiones obreras se consolidan como formas de oposición unida a la CNS y afirman su objetivo inmediato: la construcción de un sindicato de clase unido y democrático.

Hoy las Comisiones —a pesar de su ilegalidad, recalcada recientemente por el Tribunal Supremo— son reconocidas, de una u otra forma, por muy diversos sectores. Merece la pena pasar revista a los diversos « reconocimientos » hechos públicos en los últimos meses. Como dato más bien humorístico registramos la opinión de Solís Ruiz, máxima jerarquía de la quebrantada y anacrónica CNS. Días después de las enérgicas manifestaciones del 27 de octubre pasado, Solís « invita » demagógicamente a las Comisiones obreras a actuar dentro de la legalidad: « Yo soy hombre que me agrada vivir dentro de la legalidad. Cuando voy a Inglaterra conduzco por la izquierda, y cuando voy a los Estados Unidos respeto las leyes de ese país. Las Comisiones obreras no respetan la legalidad española. En España todo hombre que tenga una inquietud social puede llevarla a cabo, pero siempre dentro de las reglas del juego. Comprendo a los que sienten inquietud social y política, pero no entiendo a los que siguen consejos de fuera. Exijo respeto para mi patria y no quiero que vengan a arreglar mi casa quienes tienen la suya desarreglada. No me agrada que se reciban consignas y dinero de fuera para agitar. Las Comisiones obreras, si quieren actuar, que utilicen el cauce del Sindicalismo, y que actúen dentro de la legalidad » (Arriba, 1 de noviembre de 1967).

Diversas posiciones evolucionistas coinciden en afirmar la importancia de las Comisiones y la necesidad de su legalización.

El profesor Ruiz Giménez, demócrata-cristiano, afirma en una revista de los jesuitas: « Creo que este es uno de los temas [la influencia presente y futura de las CO] más serios y graves que tenemos hoy planteados. Las Comisiones obreras son una « realidad natural ». Se dirá que estimulada por determinadas minorías: evidente. Las minorías en cualquier país, —sean de tendencia izquierdista o derechista— son, en definitiva, las que tratan de impulsar los movimientos o se aprovechan de ellos para llevar adelante sus ideales. Pero la realidad es que las Comisiones surgen de una manera muy viva, del corazón mismo de la masa trabajadora, cuyas aspiraciones representan en gran parte. En las Comisiones han concurrido obreros cristianos, obreros socialdemócratas, obreros marxistas. Es un hecho. Que en esas Comisiones haya, tal vez, una creciente influencia de los obreros de tendencia marxista, es verosímil, dado que en la « ilegalidad » prevalecen siempre las posiciones más radicales. Y en hombres que sufren, que no obtienen lo que en justicia les pertenece, la inclinación a la radicalización es algo natural. Me parece que la política respecto a las Comisiones obreras por parte del Estado y más aún de la Iglesia, no puede ser una política de coerción, de repulsa, de acoso o como se la quiera llamar. Solo es razonable una política que defienda lo que de legítimo y válido existe en esa formación espontánea y que

trate de darle un cauce legal dentro de los cauces representativos de la masa trabajadora del país» (Ensayos, nº 51, noviembre-diciembre de 1967).

El «reconocimiento» más espectacular provino de un dinámico empresario catalán, el señor Durán Farell. En una reunión de «jóvenes patronos» catalanes, presidida por el ministro del Plan de Desarrollo, López Rodó, Durán Farell, presidente —entre otras empresas— de la «Maquinista Terrestre y Marítima SA» afirmó: «Ante una situación tensa, por las consecuencias del paro tecnológico, entendí constructivo tener contactos, que plantee con tremenda honestidad de actitud, con miembros de las Comisiones obreras [...] Llámeseles como se les llame, el empresario de hoy debe tener en cuenta a las Comisiones obreras. Su ignorancia da lugar a un «diálogo raro» y también a que se proceda a enfrentar a los hombres con los hombres»².

Dentro de sus propios límites, y de las limitaciones que impone la ley de Prensa, los órganos informativos «liberalizantes» mencionan a las Comisiones obreras en términos favorables (la prensa del Opus Dei: Madrid, Alcázar y Nuevo Diario principalmente). Recientemente el semanario Mundo de tendencia semejante dedicó su «dossier semanal» a las Comisiones obreras. En la introducción a esta información —cuyo contenido es de una gran objetividad— Mundo pide «que esta realidad natural y espontánea de la sociedad española [las CO] sea integrada cuanto antes dentro de los cauces de la más rigurosa legalidad»³.

También en el extranjero los sectores que apoyan la alternativa evolucionista y tecnocrática en nuestro país conceden su «reconocimiento» oficial a las Comisiones obreras. L'Express, en Francia, comentando el fracasado viaje de su director a España, habla, entre otras cosas, de las Comisiones obreras como representativas de la mayoría de los trabajadores.

La consolidación de las Comisiones obreras es un hecho y esta consolidación coincide con una coyuntura de crisis capitalista y por tanto de represión política. La congelación de salarios, los despidos y el consiguiente paro obrero son los rasgos que caracterizan esta crisis ante la clase trabajadora. Si en 1959, ante una situación semejante la clase trabajadora se vio incapacitada para reaccionar por diversas causas (falta de nivel organizativo, emigración masiva a Europa, etc.), hoy no sucede lo mismo. Los trabajadores cuentan con un principio de organización de masas, las Comisiones obreras, que puede dar —de hecho está sucediendo ya en varias regiones— una respuesta a los planes capitalistas. Por el grado que la represión está alcanzado en la actualidad contra las Comisiones se puede apreciar la importancia que les concede el sistema. La actual política represiva que busca el desmantelamiento de las Comisiones, indica que el sistema ha localizado a su enemigo central, a la organización de masas con más capacidad de movilización⁴.

Al mismo tiempo, la consolidación de las Comisiones está suponiendo la crisis de diversas organizaciones sindicales clandestinas, unas con cierto grado de incidencia (USO y STV, por ejemplo), otras prácticamente inexistentes (FST, UGT, etc.), que se mantienen al margen (y en muchos casos contra) de las Comisiones obreras e intentan cristalizar inútilmente un aparato sindical paralelo. Los fracasados intentos de organizar la ASO en España o el Frente Democrático Sindical en Madrid, y la falta de dinamismo del pacto que en algunas regiones existe entre USO, UGT y FST, creo que deberían proporcionar a las direcciones de todos estos grupos la suficiente experiencia como para apreciar la inviabilidad de sus intentos⁵. Considerarse unitario, hablar de un futuro de unidad sindical y estar, al mismo tiempo, al margen o en abierta oposición a las Comisiones obreras o no consolidarlas o crearlas allí donde carezcan de incidencia o de existencia, supone ir contra una profunda corriente unitaria, supone ir contra una organización unitaria que, con todos sus fallos e imperfecciones, aparece hoy como el mejor instrumento de defensa de los intereses de la clase trabajadora y de lucha por sus objetivos de clase⁶.

Los problemas de fondo

Las Comisiones obreras como organización de masas, es decir, como organización capaz de integrar a todos los asalariados,

se ven abocadas, en esta fase posterior a su consolidación, a definir su contenido y a darse una perspectiva estratégica. Indudablemente, estos problemas no se resuelven a priori. Hoy diversos sectores integra-

dos en las Comisiones obreras buscan analizar y profundizar su sentido. Serán estos planteamientos, que la propia realidad y lucha cotidiana ayudarán a perfilar, los que señalarán en su día la solución a los problemas planteados. La lucha por la liquidación de la CNS y la construcción de un auténtico sindicato de clase es el más fuerte aglutinante que une a los hombres que luchan en las Comisiones obreras. Pero, a partir de esta fecunda uniformidad, surgen diversas orientaciones. Para unos se trata de limitar el horizonte político de los trabajadores —y por tanto su nivel de conciencia— a una plataforma de reivindicaciones económicas ligadas simplemente a consignas antifranquistas. Para otros, se trata de definir y tener presentes constantemente los objetivos finales, los objetivos de fondo que la clase obrera y el resto de los trabajadores persiguen frente a **todo el sistema capitalista** (no sólo frente a su expresión política actual, el franquismo); no se trataría de romper la unidad que debe existir entre la lucha por la democracia (libertades básicas) y la lucha por el socialismo, en aras de una pretendida unidad antifranquista, sino, por el contrario, de presentar estas luchas estrechamente ligadas desde hoy. Desde este punto de vista, la conquista de un sindicato de clase —y de las demás libertades básicas— debe ser definida, clara e insistentemente, como un **objetivo intermedio** fundamental que permitiría a los trabajadores potenciarse política y organizativamente para proseguir, con mayor eficacia, su lucha por los objetivos finales, su lucha por el socialismo. Indudablemente, el actual marco de lucha —definido por la crisis y por la represión— apoya la validez de estas tesis. El carácter anticapitalista de la más elemental reivindicación obrera en los actuales momentos de recesión económica, lleva a ir descubriendo ante todo el pueblo trabajador sus objetivos de fondo,

empuja, por tanto, a las Comisiones obreras a definir su política frente a todo el sistema⁷.

Toda esta problemática está ligada a una serie de **problemas de fondo** de cuya comprensión depende la orientación del movimiento revolucionario. Como problemas de fondo considero fundamentalmente los siguientes: carácter del desarrollo burgués en curso; evolución de las clases sociales; carácter de la revolución social por la que se lucha; « bloque histórico » que impulsa esta revolución; el problema de los objetivos intermedios y de la política de alianzas dentro de este proceso; significado de la actual crisis capitalista y lecciones que de ella debemos extraer⁸.

El desarrollo burgués

La fuerza dominante del desarrollo burgués es el **capital financiero**, tradicionalmente aliado con la oligarquía terrateniente, y que concentra la mayor parte de la producción en los sectores decisivos de la economía. Tras un largo periodo de concentración y acumulación, a partir de la superexplotación y el aplastamiento político de las masas trabajadoras, ha ido controlando de modo directo el aparato de un Estado, cuya intervención en la economía del país va en aumento. En la actualidad, abre las puertas del país a los intereses económicos y estratégicos del imperalismo, como contrapartida a sus múltiples vinculaciones con los monopolios extranjeros. La alta burguesía aparece como grupo hegemónico que impulsa el único desarrollo capitalista posible en España, el capitalismo monopolista de Estado. Este capitalismo no es una superestructura, una costra que obstaculice el desarrollo de la economía española. Este sistema constituye una estructura económica de primera magnitud: es la estructura que adquiere la concentración técnica y financiera al

llegar a un determinado nivel dentro del sistema capitalista. Este nivel está determinado, ante todo, por el crecimiento de las fuerzas productivas y fue alcanzado por los países capitalistas más avanzados después de la crisis de 1929 y, sobre todo, después de la segunda guerra mundial. El capitalismo español, pese a todas sus deficiencias estructurales, se ha situado al nivel que Lenin definía como la preparación material más completa para el socialismo, su antesala, porque en la escalera histórica no hay ya peldaños intermedios entre esta fase y aquella a la que se da el nombre de socialismo.

Una vez que el **capital financiero** se ha constituido en España como Estado Mayor de toda la burguesía no existen dentro de la misma capas sociales con expresión autónoma, es decir, con capacidad de afirmarse radicalmente con intereses propios contra el sistema. Los mecanismos de la concentración y la progresiva liberalización interior y exterior de la economía condenan a la desaparición a grandes sectores de la pequeña burguesía (al tiempo que otros sectores sociales crecen a la sombra de los monopolios). En todo caso, la evolución económica sitúa a las capas medio y pequeño burguesas en una posición cada vez más subordinada, económica y políticamente, respecto a la alta burguesía financiera y terrateniente.

Como instrumento político de dominación, la burguesía mantiene a la dictadura franquista. La mediocre implantación de la burguesía española en los inicios de la industrialización, su temprana alianza con la oligarquía latifundista y su renuncia a la realización de una transformación agraria radical, han hecho del desarrollo capitalista un lento proceso desigual y turbado por graves antagonismos que hallaron su más clara expresión en la crisis revolucionaria de 1936. Estas desigualdades y antagonismos han marcado políticamente con rasgos

antidemocráticos la trayectoria de la burguesía, que ha hecho históricamente de la dictadura militar y fascista su habitual forma de dominación. En las últimas décadas en nuestro país el gran capital ha utilizado el fascismo para forzar el proceso de transformación de la estructura económica —lo que exigía el aplastamiento del movimiento popular— y poder desembocar en el sistema del capitalismo monopolista de Estado. Hoy este sistema y sus exigencias de funcionamiento más flexible entran en contradicción con las formas políticas fascistas. El carácter autoritario que estas formas fascistas han conferido a la dictadura burguesa pretende hoy recogerlo la oligarquía monopolista, para pasar, a través de una « liberalización » y una « institucionalización » que han mostrado ya su práctico inmovilismo, a un nuevo régimen político en el cual una reducida tecnocracia, estrictamente ligada a los monopolios y a la Banca, dictaría el comportamiento, no sólo político, sino también económico, a todas las clases sociales.

El proceso revolucionario

Dada la extensión del poder monopolista y el carácter decisivo de los resortes públicos y privados sometidos a su dominio y dado el impulso que imprime a todo el sistema capitalista español hacia una integración progresiva en el sistema capitalista mundial, la única revolución realmente democrática en las nacionalidades ibéricas, y además la única revolución posible, es la **revolución socialista**. Las transformaciones socialistas cubren la única etapa que queda abierta ante los explotados y frente a los opresores. No existe ninguna revolución intermedia, posterior a la supresión del capitalismo monopolista de Estado y anterior al socialismo.

En llevar a cabo estas transformaciones

radicales están objetivamente interesados los trabajadores de la ciudad y del campo, manuales o intelectuales. La clase obrera es la clase protagonista de esta transformación en la vanguardia de un frente de fuerzas socialistas. ¿Qué clases pueden integrar el bloque revolucionario? Es preciso no ver el paso al socialismo como labor exclusiva de una alianza entre la clase obrera industrial y los trabajadores del campo. La industrialización incrementa el peso numérico del proletariado urbano y la concentración monopolista proletariza a amplias capas de técnicos, intelectuales y de las llamadas profesiones liberales. La incorporación masiva de la mujer al trabajo asalariado es otro de los fenómenos importantes de la última época.

Quiere esto decir que la **revolución socialista** será la obra de un amplio frente de los trabajadores, dirigidos por la clase obrera, y que en este frente deben integrarse sectores sociales que, si bien hoy pueden estar influidos por el proyecto del capital monopolista, pueden y deben ser ganados para la revolución socialista, a favor de su enfrentamiento objetivo con los intereses de la alta burguesía.

Partiendo de esta base, vemos que los trabajadores no pueden oponer frente a la evolución capitalista en curso **otro desarrollo burgués**, ni pueden orientar el auge de sus luchas reivindicativas y antifranquistas hacia una supresión del poder de la alta burguesía en beneficio de formas pequeño burguesas de producción (la vuelta al capitalismo sin monopolios), hoy en crisis nacional e internacional y desprovistas de base objetiva para su existencia.

El hecho de que las tareas inmediatas del proletariado se orienten hacia la conquista de las **libertades básicas**, las libertades políticas democráticas, no debe oscurecer el claro carácter socialista de la futura revolución. Es indudable que conquistar las

libertades de organización, expresión y propaganda, es una **necesidad primaria**, es un medio indispensable para que los trabajadores aceleren su desarrollo organizativo y lleven a cabo una acumulación de experiencia política, indispensables para su existencia a nivel político.

Pero, si el sistema de libertades formales, es decir, la república democrática burguesa tradicional carece de la base social necesaria, pues el desarrollo económico operado bajo el franquismo la ha destruido al subordinar la pequeña burguesía al desarrollo monopolista.

Si las exigencias de flexibilidad que el desarrollo de las fuerzas productivas y su internacionalización imponen a la oligarquía monopolista, no han de requerir más que un cambio político de fachada, un adcentamiento del autoritarismo fascista para convertirlo en autoritarismo tecnocrático y ganarse la sumisión política de unas capas medias, ya dominadas o dislocadas económica y socialmente.

Si, por último, la estrecha interdependencia del desarrollo de las fuerzas productivas a escala internacional y la presencia de un bloque socialista en expansión hace impensable cualquier concesión del capitalismo imperialista en nuestra península.

Debe concluirse que la clase obrera, a la vanguardia del amplio frente de trabajadores asalariados en formación, no puede estar orientando su lucha por las libertades políticas básicas hacia la instauración de una república democrático-burguesa, sino hacia la consecución de una serie de objetivos estratégicos intermedios, insertos ya en el programa de la revolución socialista, que limitarán la capacidad de maniobra de la oligarquía monopolista, al mismo tiempo que servirán para fortalecer y potenciar la organización que destruirá todos los vestigios políticos de la dominación burguesa, mediante la toma del poder y la apertura de un largo periodo de socia-

lización económica y democratización política.

Tampoco el hecho de que la conquista de las libertades básicas haga necesario establecer pactos de acción antifranquista con determinadas fuerzas de la oposición burguesa, debe favorecer el oscurecimiento de los objetivos socialistas. Ninguna de estas alianzas deben implicar la confusión de los objetivos propios del proletariado y del frente de los trabajadores, ni introducir en la política socialista conceptos burgueses que enturbien la clara conciencia socialista de la clase. Por consiguiente tales alianzas, posibles y necesarias, deberán ser seguidas siempre de la más rigurosa crítica de las alienaciones burguesas de los posibles aliados y de la lucha ideológica más exigente, en orden a la elevación de la conciencia revolucionaria de la clase obrera y de los demás trabajadores. En el caso del Partido Comunista español, las coaliciones y alianzas que propone y con las que pretende agrupar a fuerzas sociales antagónicas en un clima de fraternidad democrática, provocan, por su mera proposición propagandística, un proceso de reblandecimiento de la conciencia obrera. El Partido Comunista, deseoso de atraerse a cada uno de los sectores de la hipotética coalición, reduce en su programa las aspiraciones y exigencias populares, las degrada al mínimo común denominador².

Si partimos de la base de que la burguesía no monopolista no constituye una fuerza interesada en la supresión del sistema del capitalismo monopolista de Estado, lo que significaría la supresión de la burguesía globalmente como clase, hemos de aceptar que la posibilidad de una colaboración « revolucionaria » entre la clase obrera y la burguesía no monopolista en el proceso de liquidación de la alta burguesía industrial y financiera ha de ser considerada como una especulación reformista y hacer depen-

der de un pacto utópico de este tipo el carácter pacífico de la transición al socialismo, viene a ser una débil justificación para una política oportunista.

No parece muy correcto pensar en la posibilidad de un régimen intermedio, un régimen ni democrático burgués ni socialista, que satisfaría a todos y permitiría el desarme pacífico y resignado de los monopolios, para iniciar un lento proceso de transformaciones socialistas.

Sin embargo, esta posición es mantenida en nuestro país por el Partido Comunista. Su postura en este terreno es la siguiente: « Es imposible trazar un esquema rígido conteniendo el porvenir. Pero una perspectiva probable a la que debemos tender, es a que la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura [obreros y empleados, campesinos, intelectuales y creadores, científicos y profesionales, artistas, estudiantes, artesanos, pequeños industriales y comerciantes] devenga en el futuro la gran formación políticosocial que, una vez conquistada la democracia política, aborde la tarea de complementarla mediante la realización de la democracia económica, anti-feudal y antimonopolista.

En el futuro, la alianza podría plantearse el acceso al poder, por vías democráticas, con el sostén activo de la lucha de masas, para realizar esa tarea histórica de ampliar la democracia política con la democracia económica.

Más tarde, cuando a través de un periodo de transición prolongado, España haya logrado dotarse de los medios de producción modernos, aprovechando las conquistas de la revolución científica y técnica actual, la alianza misma sería, la formación llamada a pasar de esa democracia antimonopolista y antifeudal al establecimiento del sistema socialista » (S. Carrillo: **Nuevos enfoques a problemas de hoy**, p. 96).

Es absurdo considerar que esa transición

prolongada al socialismo pueda desenca- denarse en un Estado democrático sin contenido de clase definido, mitad burgués, mitad proletario. La «treta» del proleta- riado para acceder a un poder compartido se saldaría, o bien en un efectivo apoyo de la clase obrera a la solidificación del capitalismo monopolista mediante un pro- ceso de nacionalización de sectores en crisis y de reformas fiscales estabilizado- ras que no tienen nada en común con una auténtica socialización de la economía, o bien en una trampa de mayor calibre aún para la clase obrera, mediante la cual, el primer intento de transformación socialista sería sancionado por los copropietarios del Estado y sus aliados exteriores en forma violenta y definitiva, sin que la clase obrera, adentrada equivocadamente en una vía de pacíficas transformaciones y concesiones políticas, estuviese en condiciones político- organizativas de responder a ese ataque inevitable. Indudablemente la primera sali- da constituye la única posibilidad histórica de que se instaure en España una demo- cracia de corte burgués tradicional, pues la clase obrera, dirigida por organizaciones políticas reformistas, desempeñaría el papel que en este tipo de régimen desempeña la pequeña burguesía.

Las vías al socialismo y las Comisiones obreras

No cabe duda que tener una u otra con- cepción del proceso revolucionario, adop- tar consecuentemente una u otra línea de acción política, condiciona el futuro de las Comisiones obreras, dado que orientan la acción cotidiana de parte de los elementos más conscientes y mejor organizados en ellas.

Como se dice en uno de los artículos que siguen, el **contenido** de las Comisiones —que no se puede definir de antemano—

« vendrá dado por una serie de factores de los cuales el principal será sin duda la capacidad de los grupos revolucionarios para acertar y dirigir y coordinar la lucha ». Esta capacidad vendrá definida, en el actual proceso de dotar a la clase obrera y a los demás trabajadores de un alto nivel organizativo y de conciencia, por una **capacidad teórica** que les permitirá elabo- rar y expresar continuamente los objetivos estratégicos y finales y por una **capacidad práctica** que les lleve a plantear y dirigir acciones concretas a todos los niveles (de fábrica, rama, región y global) enmarcados en una estrategia revolucionaria de toma del poder¹⁰.

Si una organización política rompe la estrecha unidad que ha de existir entre la lucha por las libertades y la lucha por el socialismo y presenta sus objetivos políti- cos dentro de una estrategia y una política centralmente burguesas, es lógico que estos planteamientos intenten ser trasladados a la línea de acción de las organizaciones de masas (en nuestro caso, las Comisiones obreras y el Sindicato Democrático de Estudiantes, fundamentalmente).

La afirmación puede parecer esquemática referida concretamente al caso del Partido Comunista español y merece una amplia- ción. Su secretario general afirma en el libro anteriormente citado : « Los comunis- tas estamos dispuestos a cooperar, aún sin participar en él, con cualquier gobierno que aplique lealmente, sin retenciones, el programa expuesto por quinientos sesenta y cinco intelectuales españoles de diversas tendencias, en el documento de fecha 31 de enero de 1967, a saber : 1º : libertad de todos los detenidos y su readmisión —así como de todos los represaliados— en sus centros de trabajo o estudio. 2º : elevación de salarios y escala móvil de los mismos. 3º : libertad sindical y derecho de huelga. 4º : libertad de reunión y expre- sión. 5º : libertades políticas. 6º : amnistía

para presos y exiliados políticos. Esta es la verdad y no las fábulas « ultras » sobre el « peligro comunista »¹¹.

Nadie —y menos que nadie quien lucha por el socialismo en nuestro país— puede minimizar la importancia de tales objetivos intermedios. Lo que causa sorpresa es que un partido obrero, orientado por el marxismo-leninismo, esté dispuesto a **cooperar** con un gobierno simplemente evolucionista, a quien no se le exigen explícitamente ni siquiera la libertad de partidos políticos, con un gobierno que significaría una fase de evolución del régimen dictatorial actual hacia unas libertades burguesas. Un grupo que está dispuesto a colaborar con un gobierno burgués —aún sin participar en él— simplemente porque establezca unas templadas libertades formales, es un grupo que claramente plantea la incorporación de las masas trabajadoras a un pacto burgués en condiciones no hegemónicas, es decir, en condiciones absolutamente subordinadas a los objetivos de los grupos dominantes.

Siguiendo esta política no se conseguirá que las masas trabajadoras sobrepasen el estado de conciencia en que viven actualmente, nos encontraremos con que las aspiraciones de la organización política se limitarán a las que las organizaciones de masas expresan como **inmediatas**, es decir, que la organización política **no propondrá** a la organización de masas objetivos que, asimilados y expresados por ella, supongan una continua profundización de su programa inicial unitario¹².

Por el contrario las organizaciones revolucionarias consideran que la instauración del socialismo es una práctica que debe emprenderse desde el primer momento; que los objetivos de un partido revolucionario deben ser siempre enfocados desde unas perspectivas revolucionarias, que una estrategia de lucha por el poder político no puede imponerse ocultando a las masas

los objetivos revolucionarios que deben conseguir y la continua rebeldía con que han de plantear su posición dentro del régimen actual o dentro del nuevo régimen que la misma burguesía pueda llegar a establecer; que sus objetivos son los de preparar y llevar a la práctica, dentro de las posibilidades, la lucha revolucionaria, formar teóricamente a la clase trabajadora dentro de un sistema de normas no concordantes en absoluto con el orden burgués, cualquiera que sea la forma que adopte y encuadrar políticamente a esa clase trabajadora.

Los grupos burgueses seguirán su marcha con su dinámica propia sin hacer caso de las llamadas a la « mesa redonda », ni de los ofrecimientos de « cooperación ». Sólo la presión organizada y enérgica de la clase trabajadora acelerará los cambios burgueses y, para que estos cambios sean profundizados al máximo y se pugne por desbordarlos, es necesario, **desde ahora**, que la clase trabajadora disponga de una estrategia revolucionaria en la que estos cambios sean definidos claramente como intermedios, como trampolines que permitirán la potenciación de la clase trabajadora en su lucha por los objetivos finales. Mal se conseguirá esta potenciación si desde hoy proponemos a la clase trabajadora que se disponga a « aceptar las reglas del juego democrático y a desenvolverse en ellas »¹¹.

Teniendo en cuenta estos principios es lógico que las organizaciones revolucionarias de la clase obrera apoyen decididamente el desarrollo y perfeccionamiento autónomo de las Comisiones obreras, el despliegue de su potencial unitario. La unidad de la clase obrera se construye mediante la posibilidad de elaborar autónomamente su política a partir de los datos de su propia dinámica reivindicativa. Es un error considerar que la unidad de la clase obrera se construye poniendo un « techo »

a la dinámica política de sus organizaciones, mediante un común denominador reivindicativo. Es lógico que las Comisiones obreras, como organizaciones de masas, posean un programa mínimo. Pero si las organizaciones revolucionarias no **elaboran** y **proponen** reivindicaciones intermedias, cada vez más radicales, que profundicen sin cesar ese programa hacia los objetivos de fondo, las organizaciones de masas naufragarán en el mar de las maniobras seudodemocráticas de la oligarquía. En este sentido la defensa de la autonomía del movimiento obrero plantea a estos

grupos la necesidad de evitar que la clase trabajadora sea colocada detrás de una línea política que responda a objetivos burgueses, a soluciones burguesas. Como afirma la Comisión obrera del Metal de Barcelona en uno de sus documentos: « la lucha social, el fortalecimiento de las posiciones de la clase obrera, la elevación de su conciencia de clase, la extensión de su organización, es la apremiante tarea de las Comisiones obreras. No lo es el correr tras objetivos burgueses sin hacer clara distinción de nuestros objetivos contrapuestos »¹³.

Notas

1. Para una sintética historia de las Comisiones obreras, véase « Declaración de las Comisiones obreras de Madrid » (*Cuadernos de Ruedo ibérico* n° 8, agosto-septiembre de 1966, p. 64), y « Las actuales tareas de las Comisiones obreras », documento que reproducimos en este número.
2. Es significativo el hecho de que precisamente en la « Maquinista » existe una de las Comisiones de empresa más combativas y mejor organizadas de Cataluña. El señor Durán que, para reestructurar esta empresa, planteó la necesidad de despedir a 500 trabajadores, se encontró con la cerrada oposición legal (la empresa recibió una documentada alternativa al expediente de crisis) e ilegal de los trabajadores. Por esto en sus declaraciones el señor Durán después de buscar las simpatías de las Comisiones obreras, les reprochó su posición « absolutamente antiparo ».
3. La revista fue secuestrada por el Ministerio de Información, aunque llegó a tener cierta difusión.
4. La represión contra las Comisiones obreras se realiza, sobre todo durante estos últimos meses, a todos los niveles. Las empresas se sirven de los expedientes de crisis para despedir a los mejores luchadores obreros y la CNS expulsa de sus cargos representativos a aquellos trabajadores sospechosos de pertenecer a las Comisiones. La labor de represión es completada por la policía que detiene continuamente a dirigentes y miembros de las Comisiones.
5. Para situar las posiciones de estos grupos en el contexto actual ver mi trabajo « Del sindicalismo de represión al sindicalismo de integración » publicado en *Horizonte Español* 1966, suplemento anual 1966

de *Cuadernos de Ruedo ibérico*. Aprovecho para plantear una necesaria rectificación. En este trabajo, por falta de información, sitúo desafortunadamente y de pasada la política seguida por un grupo sindical, la AST, grupo que —quede bien claro— canaliza firmemente su lucha desde la plataforma unitaria de las Comisiones obreras.

6. Esta actitud lleva en muchos casos a estos grupos a no apoyar las acciones masivas protagonizadas por Comisiones obreras en estos últimos meses. En otros casos estos grupos dictan consignas que no encajan dentro del sentir general. Recientemente, por ejemplo, en una región concreta, estos grupos plantearon a los trabajadores, que aún mantienen sus cargos representativos dentro de la CNS, la necesidad de presentar la dimisión. Con esta consigna desconcertante se olvida la necesidad, agudizada en momentos de represión, de mantener a toda costa posiciones legales que apoyen la acción obrera. Semejante actitud favorece en estos momentos, inconscientemente, a la CNS, que busca eliminar a todos los representantes combativos que se introdujeron en la propia base de la « estructura verticalista » aprovechando las últimas elecciones sindicales.

7. A los que consideran que en la actual fase de la lucha no es conveniente explicitar « excesivamente » los objetivos socialistas para conseguir la total unidad antifranquista (todos contra Franco y sus « ultras » y « burócratas » de la Secretaría General del Movimiento), a los que consideran que es imprudente proclamar abiertamente los objetivos socialistas, porque estos no se presentan como la tarea inmediata de las organizaciones revolucionarias, es preciso recordarles que los clásicos de la teoría revolucionaria continuamente insisten en la necesidad de proclamar los principios y los objetivos de la revolución, al menos como principios en el caso de

que no sean objetivos inmediatos. Creyendo engañar a los enemigos, lo que se hace es engañar y desviar de sus objetivos finales a la clase trabajadora. Es difícil que una revolución triunfe enmascarando sus fines. (La nueva situación que, para la lucha obrera, crea la actual crisis capitalista, es analizada detalladamente por Andrés Vidal en el artículo que se publica a continuación, « Peligros y posibilidades de las Comisiones obreras ». Próximamente Cuadernos de Ruedo Ibérico publicará una serie de trabajos en los que se analiza la situación y perspectivas de la economía española. Véase también en este número el trabajo de R. Panzieri: Lucha obrera en el desarrollo capitalista, p. 3).

8. Sólo pretendo recoger los frutos de la importante discusión y de la elaboración de nuevos planteamientos que está teniendo lugar, desde hace varios años, en el seno de nuestra izquierda. Este proceso teórico se desarrolla a partir de diversas plataformas políticas; tanto en el seno del Partido Comunista, donde la discusión interna concluye con la expulsión o escisión de los miembros contrarios a la línea oficial, como a partir de diversas organizaciones revolucionarias con incidencia real y creciente en el interior del país.

Todo este proceso no es ajeno al mismo nacimiento de nuestra revista que busca con su « práctica teórica », aportar nuevos elementos, nuevos análisis a la discusión en curso. Propugnar la unidad de la izquierda consecuentemente creemos que exige al mismo tiempo la aclaración y continua investigación sobre los problemas de fondo de nuestra lucha por el socialismo. Esto si es que pretendemos que la unidad sea eficaz y duradera.

Los planteamientos que expongo a continuación son extraídos sintética y casi textualmente de las publicaciones de una de esas organizaciones revolucionarias a las que aludo más arriba, las Organizaciones Frente (FLP-FOC-ESBA). Véase Declaración del Comité Político (1966) y una serie de elaboraciones posteriores.

9. Son muchos los casos que se pueden citar para mostrar este fenómeno. Por ejemplo se proclama a la clase obrera campeona de la defensa de los « campesinos » en general, impidiendo así la unidad del proletariado agrícola y del campesinado pobre frente a los terratenientes y frente a los capitalistas del campo. (Véase la serie de artículos dedicados al problema agrario en Cuadernos de Ruedo Ibérico nº 13/14, y en este mismo número.)

O se pretende el acercamiento a las corrientes católicas más timoratas enunciando como objetivo de la clase obrera, por ejemplo, una reforma de la enseñanza respetuosa con el lucrativo negocio de la enseñanza religiosa, en lugar de estimular y dar a conocer las corrientes radicales que en el propio seno del movimiento católico alientan la necesidad de una reforma de la enseñanza que la garantice en

forma laica, estatal, gratuita y obligatoria hasta los 18 años. (Véase la serie de artículos dedicados al « diálogo » marxismo-cristianismo en Cuadernos de Ruedo Ibérico, nº 11, y en este mismo número.)

10. La despreocupación por los temas fundamentales de la teoría revolucionaria es de una gran gravedad cara al futuro. Con ello se están olvidando una serie de ideas clave de Marx desarrolladas posteriormente por Lenin. Por ejemplo, como dice Jorge Semprún: « La idea crucial de que la clase obrera, por su propia situación social, no está en condiciones de rebasar, por sí misma, por sí sola, los límites del economismo sindical, del reformismo sindical; de que la clase obrera, por sí sola, por sí misma, no está en condiciones de elaborar la visión hegemónica de su misión histórica. De ahí la necesidad de construir los partidos revolucionarios de vanguardia, que nunca son, ni han sido, ni serán, una creación espontánea de la clase obrera. » Más adelante, el mismo autor insiste sobre este tema en los siguientes términos: « Y es que la clase obrera se encuentra, objetivamente, en una situación muy peculiar, inédita en la historia de la humanidad. Como clase, nunca acaba de estar constituida, siempre está constituyéndose, descomponiéndose: tiene una configuración interna esencialmente dinámica, fundada en la contradicción permanente entre sus intereses y su situación de clase. Como clase, no existe para sí misma, no deja de ser objeto histórico, para convertirse en sujeto o agente de la historia, más que cuando alcanza a la elaboración de su propia conciencia de clase, que es, a la vez, conciencia orgánica de la necesidad de su autosupresión como clase, a través de la liquidación de toda sociedad de clases; pero a esa conciencia hegemónica de clase no puede alcanzar por sí misma, por sí sola [...] Cuando en ésta [la clase obrera], en suma, no funcionan los instrumentos de su toma de conciencia, de su constitución en clase con vocación hegemónica — instrumentos que, repito, no se crean espontáneamente, sino que se construyen orgánicamente — la tendencia reformista — permanente, inevitable, siempre renaciente — predominará, porque el reformismo — en la medida que significa estructuración integradora de las mejoras y conquistas parciales, dentro del sistema capitalista como tal, y como tal aceptado, no global y radicalmente puesto en entredicho — resuelve, por un lado, a nivel ideológico, aunque sea de forma transitoria y alienante, y por otro, a nivel material, al participar las masas trabajadoras de forma progresivamente ampliada en el mercado Imperialista de bienes de consumo, la contradicción interna fundamental de la clase obrera, que sólo puede mantenerse y desarrollarse como clase, manteniendo y desarrollando la sociedad de explotación de que forma parte, y que, para elevarse a la situación de clase hegemónica, necesita negar continuamente sus propias conquistas,

sus propios objetivos parciales, rebasándolos continuamente, en función de un proyecto estratégico revolucionario, cuyos resultados materiales, hasta la fecha, en los países en que dicho proyecto ha triunfado, son cuestionables » (« Notas sobre izquierdismo y reformismo », Cuadernos de Ruedo ibérico, nº 2).

11. S. Carrillo: **Nuevos enfoques a problemas de hoy.** Los límites impuestos a la lucha actual y la ruptura entre lucha por la democracia y lucha por el socialismo, pueden apreciarse también en una serie de frases que reflejan el espíritu del libro.

« Nadie —y menos que nadie el Partido Comunista— piensa en hacer hoy la Revolución comunista en España. La disyuntiva que se ofrece al país es: dictadura reaccionaria y fascista o democracia ».

« En el momento actual los comunistas, la clase obrera, las fuerzas renovadoras de la sociedad no reclaman más que una cosa: libertades democráticas para todos » (p. 3).

[El Partido Comunista] « está dispuesto a aceptar las reglas del juego democrático y desenvolverse en ellas » (p. 107).

« Los comunistas no pretendemos actualmente al poder; ni siquiera exigimos participar con ministros en un gobierno de transición. Repetimos nuestra disposición a cooperar desde fuera de él con un gobierno que haga suyo el programa comprendido en el documento de los 565 intelectuales a que me refiero al principio » (p. 110).

12. Cuando me refiero a la actuación del Partido Comunista dentro de las Comisiones obreras no pretendo afirmar la existencia de un bloque monolítico que actúa definitivamente con unos planteamientos reformistas. Existen diferencias regionales, diversos matices que dan fluidez a la situación. La realidad nos demuestra que militantes e incluso núcleos de militantes desde el interior del Partido divergen —consciente o inconscientemente— de la línea marcada por su dirección y ponen en práctica una política auténticamente de clase o siguen las directrices de las organizaciones que mantienen una tal política. No entramos a analizar el futuro, las perspectivas, de estos núcleos. Sólo nos interesa resaltar que la posición crítica y la alternativa organizativa que se están dando a los planteamientos reformistas de la dirección del Partido Comunista pueden caer en un peligroso sectarismo si se olvida esta dinámica realidad. No se puede olvidar que muchos hombres de vanguardia forman parte

del Partido Comunista no tanto por su línea política actual, como por haber sido atraídos por el papel que históricamente ha jugado el partido de Lenin, por el superior grado de influencia y medios respecto a otras organizaciones o simplemente por desconocimiento del programa de otros grupos. También es preciso tener en cuenta que la **tendencia o movimiento comunista** (que desborda ampliamente el marco organizativo del Partido Comunista) ha estado en franco crecimiento frente a la progresiva extinción de otras tendencias históricamente mayoritarias (socialismo y anarquismo). No cabe duda que el marxismo-leninismo —no en un sentido purista sino en su aplicación práctica que tenga en cuenta las modificaciones que ha sufrido el capitalismo desde Lenin— es la ideología que expresa mejor las necesidades objetivas del movimiento político actual. Sin embargo hemos de tener en cuenta que la tendencia comunista está lejos aún de conquistar la hegemonía en la clase obrera, problema que está ligado a la necesidad de un partido revolucionario que con una correcta aprehensión de la realidad y un justo programa socialista aglutine, encuadre y dé una dirección revolucionaria a este movimiento. Hacia este objetivo tienden inevitablemente una serie de organizaciones marxistas y militantes revolucionarios, de dentro o al margen, del actual Partido Comunista. Este proceso necesario e inevitable —que se desarrolla en una izquierda atomizada— significa y significará un grave despilfarro de esfuerzos revolucionarios e históricamente supondrá una grave responsabilidad para la organización que lo hace necesario. Pero está claro que la crítica a las prácticas estalinistas del actual Partido Comunista y a su política reformista que actúa como reblandecedor de la conciencia de clase, será estéril y se sumará en la impotencia política si no tiene una proyección organizativa, sino busca la construcción de una alternativa en el terreno de la organización. Históricamente la polémica de los revolucionarios encabezados por Lenin contra el reformismo representado por Bernstein y Kautsky tuvo un objetivo principal: oponer al desarrollo de las corrientes reformistas en la clase obrera la concepción hegemónica de su misión; oponer a la desmedulación de los grandes partidos obreros reformistas un núcleo revolucionario que pudiera convertirse en el instrumento de cristalización de dicha visión hegemónica.

13. Véase anexo 1, en la página 34.

Anexo 1. Documento aprobado y difundido clandestinamente por las Comisiones obreras del Metal de Barcelona (septiembre de 1967).

Creemos necesario aclarar algunas posiciones referentes a la adhesión de las Comisiones obreras al acto organizado el día 11 de septiembre, que consistió en una manifestación en el cruce de las calles de Ronda San Pedro, Ali-Bey, Gerona, donde hasta 1939 se hallaba situado el monumento a Rafael Casanova, y en el cual las Comisiones obreras participaron activamente, siendo detenidos tres militantes de las mismas.

Debido a que consideramos que la adhesión a dicho acto se ha podido tergiversar en su significado y en el que Comisiones obreras ha querido darle debido, principalmente, a una falta de amplia discusión en todos los ramos de Comisiones obreras. Debido a que la propaganda distribuida por grupos burgueses, convocando a dicha manifestación, manifestaba una clara tendencia integradora de la clase en la sociedad burguesa, pretendiendo confundir sus objetivos con los de la burguesía « nacionalista », llamando a la unidad en la « lucha por las libertades de Cataluña, por encima de los intereses de clase ». Y debido también a que varios dirigentes de Comisiones obreras han firmado un escrito, encabezado por personalidades burguesas, en donde se expresan ideas y objetivos semejantes, creemos necesario puntualizar las siguientes cuestiones: La clase obrera es la única clase social insobornablemente democrática. La clase obrera está contra toda injusticia, contra toda opresión, contra toda discriminación, contra todo privilegio. La clase obrera está pues, consecuentemente, a favor de la autodeterminación de todos los pueblos.

Pero eso no quiere decir que nosotros, los obreros de Cataluña, debamos danzar una hipócrita sardana de « solidaridad nacional » con capitalistas y banqueros, con explotadores y fariseos que son los que siempre han traicionado, por sus mezquinos intereses económicos, la legítima aspiración del pueblo a la libre expresión de su ser nacional.

Al pueblo trabajador de Cataluña, a todo el pueblo que además de la explotación capitalista sufre también la opresión de su lengua, de su cultura y de sus justas tradiciones, nosotros, la clase obrera, debemos decirle: « No os fiéis una vez más de capitalistas y banqueros que quieren engañaros

fingiendo una « comunidad nacional », una comunidad de intereses entre ellos y vosotros. Vuestra Cataluña no puede ser la Cataluña de los capitalistas que correrán siempre a Madrid a buscar protección cuando levantéis la voz en defensa de vuestros derechos; vuestra Cataluña será la Cataluña del trabajo, sin explotadores ni burgueses, o no será sino una trampa más de la burguesía para manteneros sumisos y conformados ».

Porque la clase obrera es la única garantía democrática del pueblo, porque la clase obrera en su lucha por su emancipación total, lucha también por la libertad de todo el pueblo que trabaja. **La lucha contra la burguesía capitalista es la más consecuente lucha por el respeto a la autodeterminación nacional.** Pero si la clase obrera marcha a remolque de los capitalistas en sus hipócritas planteamientos nacionalistas, lejos de acercar la hora de la liberación nacional, la retrasa. Ir tras ellos, cayendo en la trampa de « los intereses superiores de Cataluña » es negar a la clase obrera, a sus intereses, a los de todo el pueblo trabajador, es negar la posibilidad de una verdadera libertad nacional.

Por estas razones, las Comisiones obreras debemos rechazar los planteamientos antes mencionados y esgrimidos por algunos ante el 11 de septiembre. Que se queden ellos, los burgueses, su Cataluña de banqueros y grandes negocios capitalistas.

La lucha social, el fortalecimiento de las posiciones de la clase obrera, la elevación de su conciencia de clase, la extensión de su organización es la apremiante tarea de las Comisiones obreras. No lo es el correr tras objetivos burgueses sin hacer clara distinción de nuestros objetivos contrapuestos.

Sólo si la clase obrera se afirma a sí misma, se fortalece y se une, existe garantía democrática de un futuro de libertad. Pero si la clase obrera pierde su fuerza propia en beneficio de las ideas y de los mitos de la burguesía, la democracia, la libertad y la autodeterminación de los pueblos, se perderá otra vez en las falsas promesas de la burguesía, que traicionará una vez más la libertad, anteponiendo a ésta sus « sagrados » intereses económicos de clase explotadora. **Comisión obrera del Metal de Barcelona. Septiembre de 1967.**

Peligros y posibilidades de las comisiones obreras

1. Las bases del desarrollo monopolista

Mientras el despliegue de la represión sobre Comisiones obreras se hace cada vez más intenso, el activismo demagógico del Consejo Nacional de Trabajadores ha estado ocupando casi diariamente las páginas de la prensa oficial. Demagogia —verticalista o tecnocrática— y represión son las dos armas complementarias que el capitalismo está utilizando a fondo contra los trabajadores.

La intensificación de la represión es la consecuencia inevitable de una crisis cuya solución capitalista se revela incompatible con el más elemental planteamiento reivindicativo de los trabajadores. Y como telón de fondo de la represión se prodigan las consideraciones tecnocráticas destinadas a convencernos de que « no puede haber desarrollo sin estabilidad ». Se trata, al igual que en 1959, de que la estabilidad del proceso monopolista se consiga plenamente a costa de los trabajadores.

El proceso monopolista ha conocido una fase expansiva entre 1962 y 1966. Las palancas de tal expansión no las ha proporcionado la « planificación indicativa » —puro papel mojado en las condiciones concretas de España—; las ha proporcionado :

—una gigantesca acumulación y concentración monopolista, producto de un largo periodo de sobreexplotación autárquica de las masas trabajadoras, garantizado por los expedientes más terroristas del franquismo.

—la explotación sistemática del atraso de la agricultura, como fuente de financiación del desarrollo capitalista, a través de la absorción de los capitales y brazos del campo. Mediante el éxodo del proletariado rural y del campesinado pobre arruinado, se ha pretendido potenciar en las ciudades el mercado interior que la ausencia de una reforma agraria radical ha impedido históricamente desarrollar en el campo.

—una excepcional coyuntura para los monopolios europeos, que ha permitido exportar parte de los problemas de una agricultura en crisis a los mercados de trabajo extranjero, con el consiguiente atesoramiento de divisas en que se traducen las remesas de los trabajadores emigrados, y que ha permitido, además, hacer depender buena parte del desarrollo capitalista español de las divisas traídas por millones de turistas extranjeros.

—la penetración masiva del capital extranjero en los resortes fundamentales de la economía, estimulada con todo género de ventajas y garantías : bajos salarios en la perspectiva de un buen mercado potencial, explotación

del trabajo femenino y de la juventud, facilidades fiscales, facilidades para la exportación de los beneficios, etc.

La tecnocracia estatal-monopolista había pronosticado un desarrollo « armónico » y « equilibrado ». Sin embargo, el proceso monopolista no ha dejado de agudizar los desequilibrios entre las regiones, entre las ramas ; se ha visto marcado, desde el principio, por la reaparición de las tensiones inflacionistas que latan crónicamente en las desigualdades de la estructura económica española. Durante esta fase, la inflación ha sido ampliamente utilizada como mecanismo de ahorro forzoso : el aumento ininterrumpido del beneficio de los capitalistas —los grandes y los pequeños— por la continua pérdida del poder de compra de los trabajadores y rentas fijas. En este marco, la ideología « neocapitalista » proyectará insistentemente la alternativa que el capitalismo español viene definiendo sin ningún equívoco desde 1959 : potenciar, de modo acelerado, un mercado de « consumo de masas », capaz de « nivelar las clases », capaz de « integrar » a la clase obrera y al pueblo trabajador en el sistema y de reforzar la profunda inserción de este sistema en la órbita de los grandes monopolios internacionales. El slogan tecnocrático del momento era, naturalmente, « no hay desarrollo sin inflación ».

2. El movimiento obrero frente a la «estrategia rígida» del capitalismo

Pero pronto se cerrará el periodo de **estrategia elástica** con la que el capitalismo y la CNS habían intentado asimilar y canalizar el empuje reivindicativo de una clase que extendía rápidamente sus órganos unitarios y representativos. Tras el importante salto cualitativo facilitado por el marco liberalizante de las elecciones sindicales, las Comisiones obreras deberán afrontar un recrudecimiento progresivo de la represión. La burocracia sindical cerrará filas en una ofensiva sistemática contra los cargos representativos fieles a la clase obrera. Y es que, a finales de 1966, venían a confluír, de un lado, un importante incremento en la extensión y continuidad de las acciones de masas ; de otro, una agudización de las contradicciones del proceso monopolista, hasta alcanzar límites peligrosos para el sistema en su conjunto. Los capitalistas y la CNS, respaldados por tanto por el aparato represivo del Estado, asumirán una **estrategia rígida** que debía culminar con la declaración del estado de excepción en Vizcaya.

La depreciación de la moneda, la fuga de capitales —para ser luego reinvertidos con todas las ventajas y garantías del capital extranjero—, el recelo de los capitales europeos y yanquis, el déficit de la balanza de pagos, impulsarán a la oligarquía financiera y monopolista a « desacelerar » su desarrollo antes de terminar el primer plan. Se trataba entonces de realizar un saneamiento financiero que permitiese iniciar un nuevo ciclo de auge capitalista. Pero la estabilización encubierta de 1966 cerrará el impulso económico con una recesión industrial sin haber conseguido atajar la inflación. La devaluación de la libra esterlina suministrará el pretexto para

enmascarar en una torpe maniobra oportunista la necesidad oligárquica de « estabilizar » —a costa de los trabajadores y de los sectores más marginales de la pequeña empresa— el proceso capitalista. Los llamamientos patéticos a la « austeridad » nacional han pasado a sustituir, de la noche a la mañana, la pomposa demagogia y las promesas referentes al II Plan de Desarrollo, tirado al rincón de los trastos viejos.

La combinación del paro con el alza meteórica del coste de la vida define hoy la situación de los trabajadores de la ciudad y del campo. La utilización de la crisis para intensificar la acumulación de capital, la concentración y modernización de las plantas industriales y la penetración del capital extranjero, define el interés de la oligarquía financiera y monopolista.

Así, los trabajadores deben oír hoy que un aumento de la masa de salarios atentaría contra sus propios intereses, al traducirse en nuevas elevaciones del coste de la vida y en una extensión del paro. Así, los trabajadores deben ver como la congelación de salarios y los despidos son aprovechados por la oligarquía para llevar adelante un reajuste o reconversión del aparato productivo capitalista. Las dificultades de acceso al Mercado Común y la amenaza potencial del movimiento obrero y popular agudizan el interés oligárquico en intensificar la concentración técnica y financiera, en reforzar las palancas de su dominación económica y política mediante un control más estrecho del aparato estatal, en resguardar esa dominación situándola en creciente dependencia de la oligarquía imperialista¹.

Como ponen de manifiesto reiteradas propuestas de los empresarios al gobierno, la libertad de despido sin trabas es una exigencia de flexibilidad para el funcionamiento del capitalismo². La institucionalización de esa libertad que la burguesía viene disfrutando de hecho desde hace tiempo, entraña un duro golpe para las posiciones, cada vez más quebrantadas, de la burocracia falangista: los jefes verticalistas han creído en la proclamación de la defensa del empleo como en el último argumento justificador de su existencia. Ignacio Morillo, « calificado y representativo miembro » del Consejo Nacional de Trabajadores, se lamentaba recientemente de que « los expedientes de crisis se están autorizando en muchos casos sin tener para nada en cuenta el informe de la Organización Sindical ». Y Juan Rayán Calderón, otro « dirigente electivo del sindicalismo español », declaraba: « La situación es crítica. No debe autorizarse ni un expediente de crisis más sin antes oír al Consejo Nacional de Trabajadores. Somos los Consejos Provincial y Nacional de Trabajadores, las Secciones Sociales de los Sindicatos los que tenemos derecho y autoridad para opinar ».

Este derecho y esta autoridad se hallan hoy en plena bancarrota, frente a unos grupos capitalistas dominantes que precisan, a toda costa, sustituir todo un conjunto de resortes, de inspiración burocrática y fascista, ajustándolos a sus imperativos de concentración y racionalización industrial.

Pero no sólo la CNS, sino el « equilibrio » y la « armonía » de todo el sistema se hallan, a su vez, confrontados con un movimiento obrero que precisa imponer, contra la represión franquista, sus formas de organización unitaria y representativa para poder avanzar hacia sus reivindicaciones

más imposterables. De aquí que determinadas formas de presentar el conflicto entre « ultras » y « evolucionistas » —en sustancia, entre el capital financiero y monopolista y la burocracia falangista— desembocan en conclusiones tácticas cuyo oportunismo puede resultar peligrosísimo para el movimiento obrero. Tomar la prudencia de que hacen gala los evolucionistas por impotencia o debilidad frente a los inmovilistas, significa una equivocación lamentable; proponer a los evolucionistas un refuerzo consistente en el apoyo del movimiento obrero —lo que exige degradar los contenidos y las formas de su lucha— es una **traición** a la posibilidad revolucionaria que late en dicho movimiento.

En su búsqueda de una salida a la crisis de las actuales formas políticas de su dominación, los grupos « liberalizantes », tropiezan, evidentemente, con la resistencia de los « ultras inmovilistas » y tratan de vencer esa resistencia paulatinamente, evitando conflictos agudos. Pero el hecho fundamental que ha condenado ya a muerte a la « liberalización » sin libertades, a partir del propio régimen, **no es la resistencia de los burócratas y de los duros del régimen, sino la lucha de masas**, en desarrollo frente a unas clases que no disponen todavía de instrumentos políticos de recambio, integradores del impulso obrero y popular, ni de las posibilidades de apoyar dicho recambio en concesiones sustanciales, de carácter económico, que el caótico desarrollo capitalista no permitirá en toda una fase. En tanto esta situación se prolongue —es decir, en tanto que el movimiento obrero y popular no se halle política y organizativamente a la altura de sus posibilidades— los « liberalizadores » mostrarán « debilidad » e « impotencia » frente al movimiento obrero y popular y seguirán manteniendo, con Franco o sin Franco, las formas esenciales de la dictadura burguesa. El capitalismo necesita tiempo para que puedan reunirse las condiciones políticas y económicas —sobre todo estas últimas— de un recambio a la altura de sus intereses; recambio que, en definitiva, sólo puede ser posible con bases estables si los grupos capitalistas dominantes cuentan, en un momento dado, con la complicidad de direcciones sindicales y políticas cuya función histórica es la de explotar y administrar el atraso político en que la dictadura franquista ha sumido a las masas trabajadoras. Hoy esas direcciones intentan convencer, sin éxito, a la oligarquía de que el momento del recambio ha llegado ya.

Por el contrario, la posibilidad y la necesidad del movimiento obrero es la de **dirigir la destrucción del franquismo antes de que el sistema que todavía necesita apuntalarse en él haya podido consolidar plenamente sus instrumentos de estabilización económica y política**. Derrocar el franquismo significa, para la clase obrera y el pueblo trabajador, imponer sus órganos unitarios y representativos de lucha en la perspectiva de la conquista del poder. Lo que se está discutiendo en la fase actual es si el sistema capitalista consigue prolongar y escalar la crisis de sus formas políticas de dominio nacidas de la guerra civil hasta llegar a su perfección « democrática » con ayuda del reformismo en sus diversas variantes; o si, por el contrario, la crisis del franquismo se constituye en **punto de partida de un**

desarrollo politicoorganizativo de la clase obrera y del pueblo trabajador en función de sus objetivos finales. Un resultado u otro van a depender fundamentalmente —en un marco socioeconómico con escasas posibilidades « integradoras » a corto y medio plazo— del **trabajo político** de los elementos de vanguardia en el seno del movimiento obrero. Este trabajo —que acusa un considerable retraso— es el de **potenciar la unidad del movimiento obrero en torno a sus objetivos de clase.** Y ello comporta, por de pronto, una doble exigencia : un esfuerzo constante por situar el tema del poder —**la única fuente de autonomía de la clase obrera**— en el centro de cada una de las luchas presentes ; una lucha implacable, sin contemporalización alguna, contra la influencia de unas direcciones reformistas que no permiten ya alimentar duda alguna en lo referente a la perspectiva que introducen en el movimiento obrero. Quien hoy no lucha por el poder para la clase obrera —teniendo presentes bien entendido, los objetivos intermedios que sea preciso recorrer— lucha por la « **fase de equilibrio** », es decir, por la **democracia burguesa.** Por otro lado hay que tener también muy presente que los **objetivos intermedios** o la crítica al sistema no son fuente de autonomía si no se relacionan con la toma de poder.

La lucha de masas —y no tanto el interés oligárquico en flexibilizar las actuales formas políticas de dictadura burguesa— opera como determinante de cualquier cambio fundamental en el terreno sindical como en cualquier otro nivel del Estado. La realidad de hoy es que el capitalismo no puede prescindir de los servicios de la burocracia, a la que critica a través de la prensa « evolucionista », pero a la que, a fin de cuentas, mantiene con todos los medios de represión e influencia sobre las masas. La histeria demostrada por las capas e instituciones dirigentes de la burguesía con ocasión de las últimas acciones de masa de la clase obrera, la complejidad de los dispositivos de represión puestos en funcionamiento, ponen de manifiesto hasta qué punto el capitalismo español se siente condicionado en sus planes por una clase obrera que **solamente está comenzando a organizarse y a situarse en la vanguardia del resto de las clases y capas explotadas y oprimidas en su trabajo.** Puesto que el capitalismo, en su crisis, teme como nunca el uso que la clase obrera pueda hacer de la más estrecha fisura liberalizadora, se cede enteramente la palabra a la represión³.

La consigna capitalista del momento consiste en eliminar obstáculos para los despidos y bloquear a toda costa el movimiento reivindicativo salarial. Para ello, la CNS, cualesquiera sean las declaraciones de sus Consejos, debe seguir siendo lo que siempre ha sido : un instrumento de represión política y de dominación económica al servicio del capitalismo y de su Estado, dirigido por la oligarquía financiera y monopolista.

En este contexto es de una necesidad absoluta para la oligarquía financiera y monopolista y la CNS imponer un firme control político sobre la masa de enlaces y vocales surgidos de las últimas elecciones sindicales, mediante toda clase de maniobras demagógicas. Se trata de inmovilizar políticamente, a través del control de los cargos representativos inferiores, al grueso de

la clase obrera ; se trata, por tanto, de restringir la base de movilización de unas Comisiones obreras golpeadas sistemáticamente por la represión. Esta masa de enlaces y jurados ha desbordado prácticamente en sus luchas el marco de las Comisiones obreras. Por ello constituye una exigencia apremiante para las Comisiones obreras hacer frente a la represión dotando de dirección política y organización de clase a la base representativa surgida de las últimas elecciones sindicales. Su organización a partir de comisiones de empresa capaces de dirigir la lucha de clases dentro y fuera de la CNS, desde la fábrica al barrio y a la calle, representa en estos momentos : a) el medio de que Comisiones obreras recobren la posibilidad de manifestarse de modo **abierto**, no clandestino, posibilidad que se ha perdido en muchos casos y sin la cual las Comisiones obreras se rebajan a la categoría de una sigla más, incapacitándose para hacer frente a los efectos disgregadores y atomizadores del franquismo sobre la clase obrera ; b) El mejor expediente para acelerar la crisis de la CNS cortando toda salida demagógica a la burocracia falangista ; c) la única posibilidad de transformar en lucha política consciente, de alto contenido clasista, todo un conjunto de movimientos reivindicativos elementales que hoy crecen abandonados a su propia dinámica y que mañana pueden servir de base objetiva de recambio de la CNS a partir de « sindicalismos » reformistas y burocratizados perfectamente integrados en el sistema.

Para ello es preciso restablecer el papel de los jurados y enlaces como brazos legales de un órgano ilegal, las Comisiones obreras, que les sostiene, movilizándolo a la empresa en su apoyo, pero que también les critica o desautoriza si han defraudado la confianza de sus compañeros. Es preciso que exista una Comisión obrera en cada empresa para poder llevar adelante la triple exigencia que la Comisión obrera de Hispano-Olivetti de Barcelona definió en su día respecto a los enlaces vocales : a) Deber de informar a sus compañeros de trabajo de cuantas gestiones emprendan ; b) Deber de recoger e impulsar las iniciativas y sugerencias de la base ; c) Deber de cesar en el cargo cuando lo exija la mayoría de sus compañeros.

Todo ello no puede lograrse mediante invocaciones abstractas a la « solidaridad » y a la « unidad » de la clase obrera. A medida que las exigencias del capitalismo vayan reduciendo las funciones de la burocracia falangista, más reiteradas serán sus proclamaciones « sociales ». A medida que la burocracia simplifique su papel dentro del aparato franquista más insistente y ampulosa será su demagogia. Mayor será su necesidad de mixtificar y confundir al movimiento obrero y, al mismo tiempo, de ofrecer cierta resistencia al creciente poder del gran capital sobre todos los resortes estatales. Por consiguiente, también será mayor la necesidad de que la organización representativa y dirigente de la clase obrera oponga a las mixtificaciones demagógicas de la burocracia la plataforma reivindicativa de los trabajadores, en la que se unifiquen las reivindicaciones específicas de cada empresa y sector de la producción. No existe unidad o solidaridad si no es en torno a un programa.

3. La construcción de un sindicato de clase

Pero la liquidación política de la CNS y la construcción de un sindicato de clase no constituye una tarea simplemente « antiverticalista ». Desde el momento en que la CNS sigue siendo un instrumento vital para el funcionamiento del **sistema**, es preciso que todos los resortes del Estado se vuelquen en apoyo de la CNS contra la más elemental reivindicación de la clase obrera. La CNS tiene que ser mantenida todavía como instrumento de la política económica del capitalismo, función a la que éste no puede renunciar dadas las profundas contradicciones de su desequilibrado desarrollo. Sin política de salarios —sin su congelación y subordinación a los imperativos del equilibrio del sistema y a las tasas de beneficio capitalista— es inconcebible el desarrollo del capitalismo en nuestro país.

La crisis actual subraya con singular énfasis las tareas que Comisiones obreras deben asumir. La reivindicación elemental e impostergable de los trabajadores choca hoy con la resistencia del sistema en su conjunto, por la mediación de la CNS respaldada por todo el poder de represión. He aquí por qué el progreso de Comisiones obreras hacia el cumplimiento de su tarea inmediata fundamental —la liquidación de la CNS y la construcción de un sindicato de clase— no puede tener lugar si limitan su horizonte político y, por tanto, el nivel de conciencia de los trabajadores, a una plataforma de reivindicaciones inmediatas ligadas a las consignas de la lucha política antifranquista. La ambigua consigna de la « libertad sindical », enturbia con un tinte demoburgués el significado intensamente anticapitalista que reviste el hecho de la construcción de un sindicato de clase **en las condiciones concretas de España** (hecho muy distinto a la **reconstrucción** de un sindicato unitario a partir de organizaciones sindicales más o menos integradas en un sistema capitalista avanzado, con un mecanismo democrático parlamentario como forma política del Estado). La definición constante de las reformas más radicales de estructuras que un sindicato de clase debe preconizar, el enunciado de los objetivos que la clase obrera y el resto de los trabajadores persiguen frente a **todo el sistema**, constituye una exigencia del desbordamiento de la CNS por las Comisiones obreras.

Estos objetivos podemos resumirlos en los siguientes :

- socialización del sistema de crédito y de los sectores básicos del aparato de producción y distribución ;
- expropiación del latifundio y de los grandes capitalistas agrarios, para la inmediata constitución de grandes empresas socializadas. Estímulo a la concentración y cooperativización progresiva de las pequeñas y medias explotaciones, facilitado mediante la constitución de parques comunales y maquinaria ;
- fusión progresiva de las pequeñas y medias unidades económicas por ramas de actividad y zonas geográficas para crear unidades socializadas de dimensión adecuada desde el punto de vista de la planificación y de la productividad.

—socialización del suelo y monopolio de la construcción en manos de grandes empresas socializadas, como único medio de suprimir la especulación sobre los terrenos y dar solución a la crisis de la vivienda social.

—planificación de la política de transportes en base a su socialización. Prioridad al transporte público en las ciudades.

—enseñanza laica, gratuita y obligatoria hasta los 18 años. La Universidad de los trabajadores.

Hay que rendirse a una evidencia: conforme el control político de la CNS se vaya debilitando —conforme la burocracia se desgaste en su enfrentamiento con el movimiento obrero— el capitalismo español precisará conservar, como cuestión de vida o muerte, un instrumento capaz de gestionar su política de salarios. Y este instrumento sólo puede ya ser construido con éxito para la burguesía en un marco que garantice cierta libertad sindical⁴. El capitalismo necesita un sindicalismo respetuoso y domesticado, pero dotado de representatividad como condición y garantía de que los acuerdos en torno a cuestiones vitales sean respetados. El intento de desarrollar este sindicalismo a partir de una liberalización progresiva de la propia CNS —con la colaboración, en un momento dado, de algunos representantes del sindicalismo tradicional— es el primer paso hacia una salida que carece de perspectivas. Aparece, en todo caso, como una solución dilatoria, que, sin embargo, puede representar una larga fase de luchas.

En la fase actual la burguesía española no puede proclamar la « libertad sindical » que le interesa, no sólo por la resistencia que opone la burocracia falangista en la defensa de su último reducto. Junto a una situación económica desfavorable, la burguesía se encuentra ante la presión de las masas que está siendo lo bastante fuerte para ofrecer resistencia a un desarrollo evolutivo de la CNS. También ocurre que los sindicatos que la burguesía precisa como garantía « democrática » de su dominación no existen más que en gérmenes. Estos gérmenes son de una gran variedad y podemos encontrarlos en las direcciones del sindicalismo anarcocristiano, en los nacionalsindicalistas decepcionados, los excenetistas que pactan con la CNS (el incoherente y demagógico pesamiento de estas corrientes podemos analizarlos a través de la mayoría de las publicaciones de la Editorial ZYX de Madrid o de la revista **Indice** del señor Figueroa), los burócratas « evolucionistas » de la CNS (los Iglesias Selgas), los residuos en el extranjero de la fallida ASO en estrecho contacto con los sindicalismos alemán y norteamericano, o en los aparatos del actual sindicalismo reformista tradicional o de nueva planta. Todos estos gérmenes ofrecen, sin duda, las mayores garantías en materia de conformismo. Pero para sacar a flote, en un momento dado, a tales instrumentos, seleccionar a las respectivas burocracias « representativas » y dominar la situación en el marco de esa libertad sindical, la burguesía tendría que hacer concesiones tanto en lo político como en lo económico. Estas concesiones se traducirían en lo inmediato —o teme la burguesía que se traduzcan— en una reducción de su libertad de maniobra, tanto en el interior como frente a

los problemas económicos que plantea el acceso al Mercado Común. En esta perspectiva, ¿qué orientación estratégica puede adoptar la lucha de Comisiones obreras contra la CNS? Es claro que no debe plantearse en nombre de un sindicalismo que, a cambio de una mayor representatividad y ciertas mejoras de detalles —o gracias a ellas— siga manteniendo las funciones de instrumento de la política capitalista que hoy desempeña la CNS. Este sería, exactamente, el sindicalismo que interesa a la burguesía y que la burguesía, por sí sola, no puede potenciar con carácter definitivo a partir de una CNS adecuada. Diremos que el problema del capitalismo es el de cómo superar la crisis de la burocracia verticalista —del **sindicalismo de represión**— hacia un sindicalismo o sindicalismos de **integración**. Es un problema al que sólo la colaboración decidida del reformismo puede facilitar una solución.

4. El reformismo dentro de las Comisiones obreras

Creemos que ha sido la superioridad **táctica** de las Comisiones obreras —además de su potencialidad unitaria— la que ha desbancado de un modo prácticamente absoluto a los sindicatos clandestinos, tradicionales o de nueva planta. Esta superioridad táctica se cifraba fundamentalmente en el carácter **abierto** de su actuación y en el aprovechamiento de un conjunto de medios **legales** existentes en la CNS. Pero la superioridad táctica sólo se justifica en función de una superioridad **estratégica**. El proyecto estratégico de las Comisiones obreras ha de consistir —consiste para un importante sector de las Comisiones— en la edificación de un poder obrero autónomo, establecido escalonadamente a partir de las Comisiones de empresa y fábrica. Poder que ha de existir al margen de la CNS como condición politicoorganizativa para profundizar su crisis y precipitar su desbordamiento por la combinación de la lucha legal e ilegal. Lógicamente la construcción organizativa de esas Comisiones obreras debe ir ligada a la progresiva definición de un programa reivindicativo. La lucha por este programa implica —**al mismo tiempo**— un desarrollo de la lucha política democrática y una generalización de la conciencia anticapitalista mediante la explicación y aclaración de los objetivos finales de la clase obrera y del resto de los trabajadores. Es decir que la clase obrera ha de ir definiendo y conquistando una serie de objetivos intermedios (las **libertades básicas**, por ejemplo, indispensables para un desarrollo politicoorganizativo acelerado) sin enmarcarlos en un pretendido programa democrático burgués. Al contrario, ha de considerarlos claramente como medios, como instrumento para conseguir sus propios objetivos finales. La autonomía organizativa sólo puede ser resultado del progreso de la autonomía política. Estos planteamientos no son compartidos por el reformismo —representado en gran parte en el seno de las Comisiones obreras por el Partido Comunista español⁶. El reformismo con su política pretende confundir las Comisiones obreras dentro de un marco interclasista (en la actualidad las llamadas « Comisiones cívicas »). El reformismo proclama desde las Comi-

siones obreras la necesidad no de desbordar la CNS sino de « reformarla ». No parece que se plantee la necesidad de que las Comisiones obreras dirijan firmemente la construcción de un sindicato de clase capaz de elaborar sus opciones anticapitalistas a partir de su dinámica reivindicativa, sino que aspira a desalojar a los « ultras » del poder —a la burocracia de la CNS— para que la clase obrera pueda realizar su « participación en la programación democrática de la economía ».

El reformismo en su ofrecimiento de un recambio sindical « democrático » a partir de las propias Comisiones obreras, ha llegado a proponer la creación de una « comisión mixta liquidadora », con representantes obreros y patronales, para realizar el inventario de todos los bienes de la Organización Sindical y establecer la forma y los términos en que deberían adjudicarse a las organizaciones obreras y patronales. Con ello —a parte de lo utópico de la proposición— ignora que mientras los trabajadores han pagado de sus propios bolsillos las cuotas sindicales, los empresarios las han recuperado cargándolas sobre los precios.

El reformismo « olvida » de esta forma las auténticas respuestas de las Comisiones obreras a las maniobras liberalizantes de la CNS: presionar al máximo desde dentro y desde fuera de la CNS, legal e ilegalmente y desbordar la maniobra liberalizante exigiendo el derecho de los trabajadores a construir y regular por sí mismos su propio sindicato —un sindicato de clase, unitario y democrático—; exigir la limitación del Estado al reconocimiento de los derechos de asociación, reunión, huelga y prensa obrera y exigiéndole, finalmente, garantías para la actuación sindical y la entrega a los trabajadores del patrimonio de la CNS. Solamente a los trabajadores corresponde regular el sindicato que necesitan, en un congreso obrero al que asistan representantes elegidos por asambleas a todos los niveles, portadores de las propuestas de la base.

Estos fallos « tácticos » sólo pueden ser comprendidos si los situamos en un contexto estratégico. El problema de las vías al socialismo —los **problemas de fondo** analizados en el artículo anterior— incide y determina, como es lógico, las actitudes tácticas. De ahí la importancia de adoptar una u otra vía al socialismo.

Notas

1. Todo un conjunto de argumentaciones tecnocráticas, dirigidas, simplemente, a adjudicar la responsabilidad de la inflación a los trabajadores, desembocan hoy en una congelación de salarios que se pretende contrarrestar por la « congelación de precios » y el « control de los beneficios de las empresas » ¡dentro de un sistema capitalista cuya dirección se halla en manos del gran capital nacional e internacional! No es este el momento de demostrar, mediante un análisis detallado, la radical falsedad de tales argumentaciones. La inflación, en España, se remite a **otras causas**. Una agricultura descapitalizada y en

avanzado proceso de despoblación, anquilosada por estructuras que perpetúan la baja productividad y la miseria —cuando no engendran irracionales excedentes—, entra en contradicción con la creciente demanda de los núcleos urbanos industrializados. El atraso de la agricultura constituye la causa principal de un encarecimiento constante del coste de la vida, que acentúan los múltiples escalones de intermediarios incrustados en los canales de comercialización.

Pero hay que sumar a la crisis agrícola la especulación sobre el suelo, así como el despilfarro a que conducen unos gastos públicos que el Estado no orienta de acuerdo con exigencias económicas colectivas, sino de acuerdo con conveniencias polí-

ticas antipopulares. Es preciso subrayar, por otra parte, la responsabilidad que alcanza el sistema fiscal, con sus impuestos indirectos y tasas que repercuten directamente sobre las capas populares. Y hay que mencionar, en fin, la estructura general de la industria, su doble faz resultante del desarrollo desigual del capitalismo en nuestro país. De un lado, una vasta franja de pequeñas empresas, definidas en la mayoría de los casos, por la productividad rutinaria, la baja competitividad y los costes altos. De otro lado, un conjunto reducido de grandes empresas que dictan arbitrariamente sus precios al mercado: un sector monopolista ligado a la Banca, al Estado y al capital extranjero, que organiza su superioridad técnica y financiera sobre todo el aparato económico y que organiza también la vida cara, las crisis y la desocupación.

2. Cuando el señor Pujol Xicoy (miembro de la patronal de la CNS de Barcelona) pidió al ministro de Industria, López Bravo, mayores facilidades de despido (no tener que presentar expediente de crisis previamente), éste contestó que con un seguro de desempleo tan ridículo como el existente no podían otorgarse estas facilidades.

Para hacer frente a esta dificultad, los empresarios han presentado hace poco al Ministerio de Trabajo un proyecto de reforma que se basa en los siguientes puntos:

—Aumento por parte de las empresas de su cotización para el seguro de desempleo.

—Aumento de las prestaciones de este seguro de parados.

—Pago por la empresa del salario íntegro durante el primer mes de despido, salvo caso de nuevo trabajo.

—Posibilidad de despido para la empresa, sin tener que esperar la resolución del Delegado de Trabajo, aunque luego, si fuera negativa, tendrían que readmitir a los trabajadores despedidos.

El Ministerio de Trabajo no se dado por enterado por el momento de tal proyecto empresarial. Un comentarista extraía estas conclusiones: «Parece que el Ministerio, por razones políticas que todos conocemos, no ha aceptado la propuesta. Sabe que la contrapartida de la libertad de despido es la autonomía del sindicato obrero».

3. Los tecnócratas, los «liberalizantes», los más inteligentes servidores de la oligarquía, esperan un momento más oportuno para llevar a cabo sus planes políticos consistentes en dar relevo al franquismo dentro de un panorama más claro de desarrollo económico y sin grandes convulsiones (traernos un franquismo sin Franco, es decir, «cambiarlo todo para que nada cambie»). Hoy dejan paso a la represión para que defienda su sistema y cínicamente

intentan convencer a la opinión pública, a través de sus múltiples medios informativos, de que la represión es inevitable ante unos radicalismos que echan por tierra toda posibilidad evolutiva.

Veamos la opinión del señor Balcells, rector de Salamanca, conocido hombre del Opus Dei y representante «liberalizante»: A la pregunta «¿Cómo ve usted la realidad política?», contesta en el diario El Alcázar (Opus Dei): «Creo haber sido bastante explícito, en repetidas ocasiones, al situarme en la leal oposición «desde dentro». Ahora añadiré lo siguiente: Reconozco que la tensión empieza a preocuparme, sobre todo por lo que tenga de fracaso de las tentativas para una «concordia civil» que muchos deseamos. Asoman nuevamente, no ya las «dos Españas», sino los radicalismos más extremos e irreconciliables de sus dos polos, y en medio, sufriendolos, la gran masa del pueblo español y esta posición «centro», aperturista y pacífica que tantos preconizamos [...] Y uno asiste, impotente, al lamentable espectáculo de ver cómo se malogra una vez más el empeño de evolución y «discrepancia en concordia» con libertades políticas por todos respetadas, al estilo de la Comunidad Europea en la que queremos integrarnos».

Otro ejemplo nos lo ofrece el semanario Desarrollo, en vanguardia del pensamiento neocapitalista español. En una de sus últimas editoriales titulada «Un poco de sosiego», viene a «ofrecer» la democracia al pueblo español siempre que éste no pretenda acelerar los lentos ritmos históricos de nuestro sistema: «Con violencia no puede haber desarrollo económico, porque no puede haber país. Interesa dramáticamente a los españoles evitar e impedir la violencia porque, entre otras cosas, España se encuentra ya en aquel nivel de renta a partir del cual es posible la democracia, si es que España no es realmente diferente. Sería estúpido y contradictorio caer en posibles traumatismos que ya sí pueden haber sido superados. Pensamos que lo que España precisa en este momento es un poco de sosiego, lo demás, todo lo demás, se nos dará por añadidura».

4. La escasísima canalización de los conflictos a través de los sindicatos verticales es un dato que indica su creciente debilidad. En 1964, se considera que sólo un 5% de los conflictos laborales fueron encauzados por la burocracia verticalista. (Véase J.M. Maravall: Trabajo y conflicto social, Madrid.)

5. La política seguida por la dirección del actual Partido Comunista español es analizada más a fondo en el trabajo que publica Ramón Bulnes en este mismo número, p. 23. Para analizar esta posición creo de deben tenerse en cuenta las tesis que Bulnes expone en la nota 12 de su artículo.

Anexo 2. En relación con los problemas tratados por Andrés Vidal en su trabajo, reproducimos el documento ha sido aprobado y difundido clandestinamente por las Comisiones obreras del Metal de Barcelona. En él plantean su posición ante la actual crisis capitalista.

La crisis actual

1°. Estamos asistiendo actualmente en España a una crisis económica que irá agudizándose cada vez más. Las primeras manifestaciones de esta crisis ya las hemos empezado a sentir los trabajadores. Son: —La devaluación de la peseta; —La congelación de los salarios; —Los despidos masivos y el aumento del paro; —La elevación de los precios; —La especulación y la aparición del mercado negro; —El aumento de la represión policiaca; —El cierre de pequeñas empresas y los expedientes de crisis en muchas otras.

2°. ¿Por qué surge una crisis económica?

—Las crisis son inevitables en el sistema capitalista, donde toda la producción está organizada para que los empresarios y accionistas ganen el máximo, sin preocuparse de las necesidades de la gente. Sólo se produce lo que se vende enseguida y proporciona mayor margen de ganancias.

—Por otra parte, si el Estado —como ocurre en España— está al servicio directo de los grandes empresarios, toda la organización económica del país está orientada en su provecho.

En España las principales fuentes de riqueza son: el turismo, los envíos que los trabajadores emigrados hacen a sus familias y las inversiones de capital extranjero atraídas por los bajos salarios. Es decir, dinero fácil que llega en abundancia hoy, pero que no sabemos si llegará mañana y que, en todo caso, hace depender nuestra economía del extranjero. Nadie se preocupa de invertir dinero en modernizar la industria, porque una inversión en maquinaria nueva tarda en rendir. En cambio, se construyen muchos hoteles de lujo que pueden ser amortizados en una temporada.

—La misma desorganización la encontramos en las fuentes naturales de riqueza. La agricultura está abandonada. Un país agrícola y fértil como el nuestro, con gran variedad de cultivos, tiene que importar productos agrícolas del extranjero. Grandes extensiones de tierra están sin cultivar, para que el duque o el conde X vayan a cazar una vez al año, o para criar toros, o porque el terrateniente no le interesa arriesgar capital para modernizar el sistema de cultivo. Tiene otros negocios que le rinden más. Así, al cultivar cada uno lo que quiere, resulta que un año falta, por ejemplo, remolacha y al siguiente sobran patatas.

3°. ¿Cómo surge una crisis económica?

En la práctica una crisis suele surgir así. Por falta de plan a escala nacional se fabrican más cosas de las que la gente puede comprar. Se acumulan las cosas fabricadas que no se venden. En consecuencia, se disminuye la producción. Primero se suprimen las horas extraordinarias. Luego las pequeñas empresas empiezan a despedir gente. Las grandes hacen un « reajuste de personal ». Aumenta el paro. La gente, al trabajar menos, no puede comprar tanto como antes. En consecuencia, aún se fabrica menos y se despide más. Se congelan los salarios porque los empresarios no quieren dejar de ganar el 100 o 200 % como estaban acostumbrados. Se devalúa la peseta para que el extranjero nos compre más. Pero las materias primas que nosotros compramos al extranjero nos salen más caras y los precios aumentan en todos los artículos.

Si a esta crisis nacional se une la que existe en toda Europa, el problema se agrava, porque ya no hay la inhumana válvula de escape que consiste, como en 1959, en enviar los parados a Francia y a Alemania.

Resumiendo. Una crisis surge: —Porque el sistema capitalista está basado en la ganancia máxima, como sea, y no en las necesidades de la gente; —Porque el Estado capitalista, al no intervenir de una manera eficaz y desinteresada en la vida económica del país, favorece el que la producción esté organizada en favor de unos pocos, que hacen lo que quieren, contra el interés de la mayoría.

4°. ¿Qué consecuencias tienen para nosotros las crisis económicas?

Todas, puesto que somos nosotros quienes las pagamos. Al venderse menos se produce menos. En consecuencia nos echan a la calle. Al producirse menos, los empresarios ganan menos. Para seguir conservando su margen de ganancia, su solución consiste en no elevarnos los salarios. Los precios siguen subiendo, porque hay un mercado internacional en el que no se puede influir por un decreto del gobierno. Al subir los precios y no subir los salarios, resulta claro ver que sus crisis las acabamos pagando los trabajadores.

5°. ¿Qué solución hay para acabar con las crisis?

El capitalismo no tiene soluciones. Esto lo estamos sintiendo en nuestra carne los trabajadores. Pero nosotros sí tenemos soluciones. Por eso no podemos aceptar el sistema capitalista. En consecuencia, debemos luchar:

—**Contra** el abandono del campo.

Por la reforma agraria, es decir, por quitarles a los grandes propietarios unas tierras que no son suyas, para devolverlas al pueblo y someterlas a una explotación racional en beneficio de todos.

—**Contra** la propiedad privada de los medios de producción —las fábricas.

Por el control de los obreros en la gestión de las empresas.

—**Contra** la especulación de las viviendas.

Por la socialización del suelo, porque el suelo no es de nadie en particular y todos tenemos igual derecho a disfrutarlo.

—**Contra** la falta de escuelas y el gran negocio de la enseñanza.

Por la enseñanza gratuita para todos hasta los 18 años y por la Universidad de los trabajadores.

6°. ¿Cómo conseguirlo?

No será fácil, porque los que ahora se aprovechan de nuestro trabajo cuando nos necesitan y nos tiran a la calle cuando ya no nos necesitan, no nos van a dejar así como así que hagamos valer nuestros derechos. Pero nosotros tenemos dos bazas importantes:

—El número. Los trabajadores explotados somos mayoría en el país.

—El lugar que ocupamos en la economía. Quienes producimos en realidad somos nosotros. Sin nuestro trabajo no se hace ni un alfiler. Nos necesitan y nos temen.

Todo consiste en saber aprovechar estas dos bazas.

Para ello es urgente **organizarse**.

Existe hoy en toda España un movimiento que ha nacido para la defensa de los intereses de la clase obrera: Las **Comisiones obreras**, que son los órganos unitarios, representativos y que dirigen la lucha de la clase obrera. Organicemos **Comisiones obreras** en nuestro lugar de trabajo. Discutamos los problemas de los trabajadores. Expliquemos el problema de la clase obrera. Coordinemos lo que nosotros hacemos con lo que hacen los demás.

Unámonos todos en Comisiones obreras. Ese es el primer paso para conseguir el órgano de defensa que todos necesitamos: el **Sindicato Obrero Único y Democrático**. Y una vez conseguido, nos apoyaremos en él para construir esa sociedad más justa que todos deseamos. Las **Comisiones obreras del Metal de Barcelona**.

Las actuales tareas de las Comisiones obreras. Informe presentado por las Comisiones obreras en la Conferencia de Europa Occidental por España, celebrada en París en febrero de 1968. Este informe ha sido elaborado por las Comisiones obreras de Barcelona.

1. Origen, desarrollo y perspectiva de las Comisiones obreras

Las especiales condiciones en que se ha desarrollado en España la lucha de la clase obrera (que en resumen son las propias de un régimen político de negación de las libertades fundamentales, instaurado sobre la derrota y el aniquilamiento físico del movimiento obrero), exigían la aparición de unas formas organizativas originales y adecuadas a esas especiales condiciones. Ni los partidos políticos de la clase obrera (reducidos a la más absoluta clandestinidad), ni las organizaciones sindicales históricas, que en cuanto que partícipes también de la guerra civil habían sufrido la persecución y el aniquilamiento, ni los intentos de nuevas agrupaciones sindicales de base ideológica y consiguientemente clandestinas, podían cumplir la urgente tarea de dotar a la clase obrera de una organización repre-

sentativa, con amplia base real en todos los países de la península y con clara vocación de agrupación de masas.

Tras los primeros y titubeantes intentos de desarrollo capitalista al estilo occidental iniciados por la oligarquía monopolista de España, que entrañaban ciertos retoques liberalizantes a la fachada descaradamente fascista del Estado, una cierta dinámica de las fuerzas sociales se hacía cada vez más sensible en el país. La **contratación colectiva** (Ley de Convenios colectivos año 1958) de las condiciones de trabajo (que aunque esterilizadas por la función del sindicato verticalista, levantaba una creciente conciencia obrera en torno a los intereses más inmediatos de la clase y forzaban a los trabajadores a agruparse y a formar comisiones para discutir las condiciones de trabajo con la dirección de la empresa), el **nacimiento de una tímida opinión pública burguesa** (necesaria para mantener la mínima dialéctica interna imprescindible al sistema y medio además

de control e influencia del capital monopolista como director de todos los intereses burgueses sobre el aparato burocrático del Estado en manos de militares y burócratas falangistas), el crecimiento económico dentro de un proceso inflacionista y desajustado y otras varias condiciones de diversa índole, favorecían la aparición de la clase obrera en forma progresivamente menos espontánea, en forma progresivamente organizada. La clase obrera comenzaba así, a lo largo de los años 1960, a no ser ya tan sólo « un peligro potencial » para el régimen (que de esta forma venía condicionando siempre los planes de la oligarquía) sino a ser ya una fuerza real que condicionaba dichos planes por su actuación organizada y constante en el país.

Superando los controles y estrecheces del sindicato oficial, en manos del aparato burocrático fascista e instrumento de encuadramiento represivo de las masas trabajadoras, la clase obrera comenzó a responder, en cada reivindicación, en cada fábrica, taller, con « comisiones espontáneas » formadas por los trabajadores más conscientes e incluso trabajadores que ocupaban cargos electivos del sindicato oficial. Tales trabajadores que contaban de esta forma con la confianza y el respaldo de sus compañeros, podían dirigirse como verdaderos representantes a las direcciones de las empresas e incluso a las autoridades. Por nacer como una necesidad de expresión de las necesidades de la clase, las « comisiones » tenían un carácter claramente unitario, ya que no nacían sobre una base ideológica o de partido. Por ser elegidas directamente por los compañeros para la gestión de sus intereses en cada fábrica o taller, esas comisiones eran rigurosamente representativas. Por afrontar todas las necesidades de la clase, en fin de cualquier índole que fueran, tales comisiones eran pues órganos de representación y dirección de las luchas obreras, pues nadie fuera de ellas podía encuadrar masivamente a los trabajadores y llamarse su representante. Desde la existencia masiva de las « comisiones » a raíz de las huelgas mineras de 1962 y 1963, hasta la primera asamblea de dichas comisiones en Barcelona (primavera de 1964) y las asambleas de « comisiones » de los metalúrgicos madrileños en los mismos años, un proceso de extensión generalizada convierte a las comisiones espontáneas en una organización estructurada de « Comisiones obreras », debidamente coordinadas a nivel de ramo, de localidad, de provincia, de región. Las Comisiones obreras aparecen así, en estos momentos, como verdaderos órganos unitarios y representativos de dirección de la lucha de la clase obrera en todos sus aspectos.

Como objetivo inmediato e impostergable, las Comisiones obreras luchan por el Sindicato de clase unitario y democrático por las libertades fundamentales de asociación, expresión, manifestación y

huelga, necesarias a la clase para su fortalecimiento organizativo. Pero, ¿ las Comisiones obreras son un sindicato? Sin duda trascienden hoy los propios objetivos sindicales ya que como expresión organizada de la clase obrera, deben dirigir sus luchas en todos sus aspectos.

Las Comisiones obreras, pues, no pueden definirse por sus principios ideológicos. Antes bien se definen por sus características organizativas (ser unitarias y representativas) y por su función (la dirección de la lucha en todos sus aspectos) ¿ significa esto que las Comisiones obreras son apolíticas? En modo alguno. Nada más claro que su función tiene mucho de política y trasciende lo estrictamente sindical. Sucede simplemente que la política que a través de las Comisiones obreras se expresa es la política de la clase obrera, expresada libremente en su cauce organizativo por todos los trabajadores sin discriminación de tipo político, ideológico o religioso. La inexistencia de discriminación alguna resulta así la mejor garantía del aspecto unitario de las Comisiones obreras. Quienes ven en las Comisiones obreras el medio eficaz para la lucha reivindicativa de la clase, quienes ven en las Comisiones obreras la configuración de los futuros órganos de la democracia obrera, todos ellos encuentran en su cauce organizativo el medio propio para su expresión y su lucha.

Pero sería insuficiente explicación del desarrollo de las Comisiones obreras poner de relieve únicamente su carácter organizativo y su función. A estos aciertos hay que sumar los que las Comisiones obreras, han tenido en la táctica de su lucha y que se concreta especialmente en los siguientes: asambleas de empresa, de ramo y de localidad, como medio de forzar la clandestinidad y conseguir una legalidad de hecho; ejercicio de los derechos de huelga y asociación, sin esperar a su reconocimiento, pasando así de una situación de estricta clandestinidad (como era normal antes de su aparición en el movimiento obrero de la península) a una situación de ilegalidad que fuerza el reconocimiento. Combinación por último de las luchas legales e ilegales, participación así en las elecciones sindicales oficiales copando miles de puestos representativos en el seno de la CNS y trabajando desde dentro de ella para su destrucción y constitución consiguiente del Sindicato Unitario y Democrático.

2. El actual marco político y económico de la lucha obrera en España

La actual crisis económica que sufre el país tiene características propias que la diferencian de un simple movimiento de recesión cíclica al estilo del que puedan sufrir otros países occidentales. Además de que la circunstancia europea influya desfavora-

blemente en la economía española, la base de sus males debe buscarse en causas estructurales, vicios tradicionales que lastran la economía y que la oligarquía dominante (terratendiente-financiera-monopolista) no puede afrontar en virtud de sus contradicciones internas, sin destruirse al mismo tiempo, esto es: sin abrir un periodo revolucionario. La reforma agraria que elevando el nivel de vida del campo fortalecería el mercado interior (reforma irrealizable dada la vinculación de los intereses terratenientes en el capital financiero); la reforma fiscal (irrealizable de verdad por ir contra los intereses inmediatos de la alta burguesía industrial, terrateniente y financiera); las inversiones masivas en infraestructura, imposibles sin el capital extranjero... etc. El bajo nivel de vida de la generalidad del país y el creciente grado de conciencia y combatividad de la clase obrera mostrada a través de sus cada vez mayores y coordinadas acciones de masas hace peligrosas las libertades formales que en un país industrializado y fuertemente desarrollado pueden ser fácilmente neutralizadas por el capital monopolista; de esta forma, la oligarquía monopolista no puede desembarazarse de la burocracia fascista y militar, verdadero freno al desarrollo del país al estilo propio occidental, sin entrar en el peligro de verse rápidamente desbordada por las masas. «Ultras» y «evolucionistas» (expresión política de la burocracia falangista y la tecnocracia al servicio de los monopolios) no pueden romper entre sí ya que no pueden vivir los unos sin los otros.

Es en este marco en el que se sitúa la lucha actual de las Comisiones obreras, la lucha de la clase obrera dirigida por sus comisiones. Siendo el mal desarrollo capitalista dirigido por los monopolios el único desarrollo posible, ya que no es posible resucitar formas superadas del desarrollo capitalista, el futuro se orienta hacia un endurecimiento de la lucha de clases caracterizado por una creciente organización de la clase obrera y capas proletarizadas y una creciente concentración capitalista al servicio directo del imperialismo. La creciente entrada del capital extranjero, la dependencia de estas inversiones para salvar el desnivel de la balanza de pagos, el valor estratégico que para el imperialismo tiene el país como clave occidental y mediterránea, incrementan la venta que del país realizan los monopolios al imperialismo americano, al mismo tiempo que ponen de relieve el escaso papel político y económico de las capas medio y pequeño burguesas que son dominadas, utilizadas y dirigidas por la oligarquía monopolista.

En la actual coyuntura de deflación, el capital monopolista y sus representantes vuelven a presentarse con su verdadera faz autorizada que les es consustancial, frenan la «evolución liberalizadora» y, valiéndose de sus aliados de la burocracia fascista

y militar, emprenden un movimiento de represión contra la clase obrera y consiguientemente contra las Comisiones obreras.

3. Las tareas inmediatas de las Comisiones obreras

A) **Dotar a la clase obrera y a las masas trabajadoras de un alto nivel organizativo y de conciencia.** Pese a la represión subsiguiente e inmediata a las últimas elecciones sindicales, en las que Comisiones obreras habían logrado una importante presencia en el interior del mismo tinglado verticalista; frente a esta represión (dentro del sindicato, gubernativa, y penal, también empresarial) continuada y acrecentada durante el último año de crisis económica, las Comisiones obreras han ido afirmándose como una organización progresivamente consolidada, progresivamente coordinada y madura. El nervio orgánico de las Comisiones obreras ha resistido los embates de la represión gubernamental, lo que acredita el grado de realidad que las Comisiones han alcanzado. Sin embargo, en el camino de agrupar, organizar y movilizar masivamente a la clase obrera y capas proletarizadas queda una enorme tarea para realizar. Esta es la más inmediata tarea que sólo puede realizarse mediante:

B) **Definición de las plataformas reivindicativas de la clase obrera, así como de sus verdaderos objetivos de clase a fin de elevar la conciencia política de las masas.**

La especial situación de deflación que estamos sufriendo, la cada vez mayor realidad del despido libre, con la consiguiente amenaza de paro para los trabajadores, hace difícil las simples tareas reivindicativas salariales y de condiciones de trabajo. Sin abandonarlas nunca (lo cual facilitaría las maniobras demagógicas del sindicalismo oficial o las maniobras reformistas y divisionistas en el seno de la clase obrera) las Comisiones obreras deben definir sus plataformas reivindicativas de la clase (a todos sus niveles: de taller, de fábrica, de empresa, de ramo y generales, de la juventud, etc.). Partiendo de estos objetivos impostergables, en cuya lucha la clase obrera se eleva progresivamente en grado de cohesión organizativa, al mismo tiempo que la movilización alcanza a zonas progresivamente más amplias de los trabajadores, se hace imprescindible preparar la conciencia política de los trabajadores y elevarla mediante la exposición de una respuesta de la clase obrera al discontinuo, contradictorio e inhumano desarrollo capitalista: la exigencia de la reforma agraria, la socialización del suelo, de los transportes, de la banca y de los grandes monopolios, etc., verdaderos objetivos de fondo de la lucha de la clase obrera, deben presentarse como programa a las masas, realizable sólo desde un poder

verdaderamente democrático, es decir de los trabajadores.

Sólo mediante esta exposición de los verdaderos objetivos de la clase obrera y mediante la defensa diaria de sus reivindicaciones más inmediatas es posible acceder a grados superiores de movilización y por consiguiente,

C) Alcanzar niveles de respuesta eficaz a la represión que ejerce el régimen sobre la clase obrera. Aunque ya son frecuentes las huelgas y manifestaciones de solidaridad en defensa de los dirigentes obreros detenidos o represaliados, acciones que constituyen la única garantía verdaderamente eficaz para los representantes obreros, es indudable, que todavía falta mucho camino que recorrer en este aspecto para que las Comisiones obreras tengan la capacidad de respuesta a la represión que se hace necesaria. Sin esta contundente capacidad de respuesta las Comisiones obreras no conseguirán mantener su presencia pública diaria en el país, característica fundamental en ellas y necesaria para su existencia. Solamente cuando el encarcelamiento, despido, multa o represión en cualquier aspecto sobre los dirigentes obreros venga subsiguientemente acompañada de plantas, paros, huelgas, mani-

festaciones y otras acciones posiblemente superiores podremos decir que las Comisiones obreras se encuentran completamente consolidadas y en condiciones de dirigir auténticamente la lucha de clases.

D) La extensión de la lucha organizada a los barrios y centros de habitación de los trabajadores. Las presentes circunstancias de deflación y crisis económica de profundidad imprevisible, las crecientes necesidades y el contradictorio desarrollo capitalista, crean en las zonas de agrupación urbana y proletaria, los ingentes problemas, de vivienda, educación, transporte, e incluso abastecimiento que afectan a amplias masas de trabajadores. Todo ello pone de relieve la necesidad de ampliar la lucha que dirigen las Comisiones obreras con base en las empresas y ramos, a los centros de habitación en donde los trabajadores sufren una segunda explotación y abandono —en su calidad de consumidores. Por otra parte, la organización del creciente número de parados, la incorporación a la lucha obrera de las mujeres y la juventud reclaman con urgencia esta extensión organizativa así como la definición, exposición y propaganda de las plataformas reivindicativas también en este campo.

Algunos libros distribuidos por Editions Ruedo ibérico

Problemas agrarios

René Dumont	Tierras vivas	(Era)	21,— F
Josué de Castro	Ensayos sobre el subdesarrollo	(DEA)	18,— F
Emilio Romero	La reforma agraria en México	(Cuadernos Americanos)	9,— F
Moisés T. de la Peña	El pueblo y su tierra		
Oscar Lewis	Los hijos de Sánchez	(Joaquín Mortiz SA)	24,— F
Oscar Lewis	Pedro Martínez	—	24,— F
Huberman y Sweezy	Cuba, anatomía de una revolución	(Palestra)	18,— F
Ernesto Guevara	Condiciones para el desarrollo económico de América latina	—	12,— F
Juan Anlló	Problemas del campo español	(Cuadernos para el diálogo)	10,50 F
Z. Alvarez Ahumada	Desarrollo social y reforma agraria	(Palestra)	

Acción sindical en la agricultura

I. Introducción

La agricultura en España constituye uno de los factores más importantes en función de un desarrollo político y económico, armónico y equilibrado. En nuestros tiempos la agricultura se ha convertido definitivamente en un factor de desequilibrio, retardatario y obstaculizador del desarrollo. Venimos oyendo desde hace muchos años que la agricultura española está en crisis. Que existe un atraso secular. Que aún son mantenidas las viejas formas feudales de explotación social y económica. Que el subproletariado rural ha iniciado — desde hace algunos años — un éxodo impresionante, una corriente migratoria de envergadura¹ y que preocupa naturalmente a todo el país. Que el campo «no es rentable». Que la contratación colectiva brilla generalmente por la ausencia. Que se carece en absoluto de una red eficaz para la comercialización de los productos agrícolas. Que el agricultor necesita crédito a largo plazo. Que los beneficios de la tierra, principalmente de zonas latifundistas, se invierten en otros sectores productivos con rentabilidad más a corto plazo. Que el campo está descapitalizado. Que no existen las mínimas condiciones de vida de acuerdo con un minimum de desarrollo social. Que desde un punto de vista sindical, en el campo impera la marginación. Que desde un punto de vista político, sigue dominando, aunque en dimensiones mínimas, el espontaneísmo anarcoide*.

Estas son frases que podemos oír casi diariamente. Tópicos llenos de verdad que se escuchan por Andalucía, a lo largo y ancho de Extremadura, Castilla; surgen a discusión en pleno minifundismo gallego; toman matices diferentes en Levante, Aragón, Cataluña; son reales igualmente en los campos de Euzkadi.

En efecto, el campo español está llegando al cénit de su posición crítica. Mucho se ha comentado pero, a fin de cuentas, solamente palabras y frases bien escritas en diversas publicaciones especializadas. Solemnes discursos de los jerarcas verticalistas que, demagógicamente, han mantenido la esperanza del campesino, en base

a una superstición y a un analfabetismo impuestos. Pero el estado apocalíptico de nuestra agricultura se ha generalizado a toda la piel de toro, tomando las conclusiones de los análisis diversas orientaciones según las zonas a estudiar. De todas maneras, y a primera vista, creemos que todo el problema del agro español gira en

1. Véase *La emigración pide la palabra* (Seminario de trabajadores y estudiantes españoles en París, curso 1966-1967), publicación de la Organización Exterior del FLP. También, «La emigración española en Francia en los últimos años», por Angel Villanueva, *Cuadernos de Ruedo ibérico*, número 11, 1967. (Esta misma revista prepara un número monográfico sobre la emigración.)

* Este hecho puede constatarlo, sobre todo en Andalucía. Según parece, en tal perspectiva (de anarcosindicalismo cristiano) se orienta el grupo populista de la Editorial ZYX de Madrid, utilizando los canales y algunos militantes de la HOAC. Es muy

significativo que nombres como José L. Rubio, Manuel Lizcano, J.M. Ganzález-Estéfani, Romano García, etc., aparezcan simultáneamente vinculados a la Escuela de Estudios Cooperativos y Sindicales (del sindicato vertical), a la revista *Índice* y a la editorial ZYX. También es un índice bastante claro la documentación que publican: así, Abad de Santillán, Proudhon, Piazzi, J. Martín, Gómez del Castillo, etc. El antimarxismo y el antipartido de clase, aparte de su confusa posición ante las Comisiones Obreras, nos reafirman en nuestras apreciaciones. No cabe la menor duda —cara al futuro— que esta línea «obrerista» interesará muchísimo a Solís y a los demás jerarcas verticalistas.

torno al sistema de propiedad privada de la tierra y a la inoperabilidad de la planificación indicativa. Cuando en España se intentó llevar a cabo la reforma agraria de la República, se tuvo bien presente la importancia de tal dimensión. Pero faltó la dimensión de control del poder por las organizaciones proletarias. Por todas partes parece que se evidencia la necesidad de tal reforma pero, simultáneamente, se manifiesta un hipócrita respeto al « sacrosanto » principio de propiedad privada, sin más limitaciones que las impuestas por las leyes. (Mantener, en suma, y por la persistente imposición de la burguesía terrateniente, los privilegios establecidos.) Se ha sostenido algo así como un aparente círculo vicioso al defender tal concepto de propiedad, con las limitaciones de una sistemática legal esencialmente liberal y nada socializante. Las posteriores transformaciones económicas —por propia inercia— hicieron surgir las llamadas « leyes sociales », revestidas de un carácter « tuitivo » sin pretender alterar, no obstante, la misma estructura económico-agraria en la que está inmerso el campesino.

Hace ya algunos años, el economista y sociólogo G. Myrdal, al referirse al tema que estamos tratando, afirmaba textualmente: « La reforma agraria es una condición primordial del crecimiento industrial. Uno de los principales obstáculos a la industrialización en los países subdesarrollados es la falta de un mercado amplio y en estado de expansión. Esto, a su vez, es una consecuencia de la pobreza y del bajo nivel de vida de la gente, que en su mayoría obtienen su sustento de la agricultura. En los países en que la propiedad privada de la tierra está divorciada de su cultivo, por tradición la tierra es objeto de inversiones y especulaciones por parte de una pequeña minoría acaudalada. El propio hecho de que la tierra se vuelve entonces un símbolo de riqueza, de poder y pres-

tigio, puede disminuir los incentivos para establecer empresas en la industria manufacturera. » Y el mismo autor continúa diciendo: « A pesar de ser difícil, es preciso emprender la reforma agraria; de no hacerlo, nunca se saldrá del círculo vicioso. Los intentos por elevar el nivel de educación y de espíritu de empresa de los campesinos tendrán que fracasar fatalmente, si no se les dan tierras. »³

A simple vista, el problema de la posesión (incluso propiedad colectiva) de la tierra y del cultivo de la misma, ambas en las mismas manos, es esencial para emprender el desarrollo. Ello se debería encuadrar dentro de una ordenación global, en donde se combinaran las más variadas formas para obtener una garantía de eficacia. Lo cual nos indica claramente que es necesario forzar nuestro **status actual**: una reconversión estructural agraria, girando primeramente en torno a las formas de propiedad.

Es preciso conexionar todo esto con las dimensiones que adquiere hoy la agricultura moderna. ¿Es posible que nuestro campo dé un salto en el tiempo y se convierta por arte mágico en fértiles vergeles, en rentables unidades de producción y en productivas explotaciones bajo la dirección de empresarios con claras perspectivas y cualidades de dirección? Está claro que no. Que no vendrá del cielo cual excelente maná. Sobre todo, porque es vital una fuerza crítica que empuje y forcejee. Una fuerza que se sienta tan apegada a la tierra (ciertamente muchísimo más) que el propietario que, por regla general, vive en Madrid supervisando de cerca sus negocios financieros.

Es precisamente la fuerza que puede engendrar un movimiento campesino unitario, consciente de sus reivindicaciones y metas a largo plazo, la que ha de empujar

2. G. Myrdal: *Solidaridad o desintegración*, México, 1956.

al campo español hacia el progreso. Meynaud lo pone de manifiesto al afirmar: «La condición de campesino puede ser mejorada considerablemente por una acción sistemática y enérgica. A partir del momento en que se sepan deshacer diversos «tabúes» políticos y sociales, inmensas perspectivas se desentrañan. Estas posibilidades justifican todos los esfuerzos emprendidos y también los sacrificios exigidos a la colectividad. El poder político está, sin duda, bien colocado para valorar este hecho, pero, en definitiva, son los mismos campesinos quienes determinarán el nivel de rendimiento de la acción comprometida. Aquí encontramos el imperativo número uno: la formación de hombres.»³ Efectivamente, he aquí uno de los obstáculos más generalizados a nivel del campo español: la falta de hombres capacitados técnica, sindical o políticamente. (Desde la posición de los sindicatos verticalistas y oficiales, existe un desprecio increíble por los líderes natos, por su excesivo enraizamiento en la base o por sus claros antecedentes políticos antifascistas, hecho, éste, muy corriente, sobre todo, en el campesinado andaluz.)

Hoy nos encontramos con una organización sindical agraria, controlada por los sindicatos verticales, bastante folklórica, basada en el principio de la fraternidad de clases, poco penetrante y nada positiva que, finalmente, no presenta alicientes reales ni garantías suficientes al campesino, impidiendo que surjan dirigentes y despreocupándose de la formación de los mismos.

Para emprender una profunda reforma agraria en España es necesario, a ciencia cierta, la participación de la clase obrera campesina. Urge la presencia de la misma a través de nuevos cauces sindicales. Es necesaria su crítica y su participación activa en la elaboración y puesta en práctica de la tarea. Evidente su interrelación

con el resto del movimiento obrero. Unos y otros forman un bloque histórico con análogos problemas de clase. Aunque, según Serge Mallet, «si el movimiento campesino no puede encontrar solución a sus problemas sin la alianza del mundo obrero, no aceptará esta alianza más que como bloque igual en derechos —y tendrá razón. Cruelles experiencias han enseñado además a los campesinos lo que podía ocultarse bajo el vocablo de «dirección de la clase obrera.»⁴ Pero, a la vista de las actuales condiciones objetivas y teniendo en cuenta que una atomización sindical repercute irreversiblemente en favor del monopolio verticalista (o, al menos, retrasa saltos importantes de avance del proletariado), y dado el desarrollo, en principio, operativo de las Comisiones obreras (a nivel industrial), parecerá lógico que el eje de la lucha e, incluso, la orientación pase de inmediato por estas últimas. Desde la necesaria unidad y autonomía sindical de la clase obrera, habrá de tenerse presente que «los puntos de referencia constante para la elaboración de las orientaciones generales y particulares del sindicato son los principios del progreso social y democrático que lo inspiran.»⁵ Es decir, que la praxis sindical forma (o debería formar) parte de la praxis revolucionaria. Y solamente la clase obrera es capaz de materializar este último aspecto.

En estas breves anotaciones intentaremos dar un rápido bosquejo de la situación actual al tiempo que iremos entresacando perspectivas y puntos de interés, que sirvan como referencia para encauzar correctamente el latente movimiento campesino español, perfilando la canalización

3. J. Meynaud: *La révolte paysanne*, París, 1963.

4. S. Mallet: *Les paysans contre le passé*, París, 1962.

5. «Il documento della CGIL sull'autonomia sindacale», en *La CGIL per l'unità sindacale*, p. 16, Roma, 1967.

de la lucha sindical que jugará un papel decisivo en nuestra marcha revolucionaria.

II. Diversidad y enfoque unitario

A través del ruedo ibérico podemos observar diversos modelos de agricultura según las zonas. Indudablemente, los problemas que, desde una visión de lucha sindical y obrera, se plantean en Galicia o Asturias, son bastante diversos de los que pueden plantearse a los jornaleros del sur y Extremadura, a los arroceros del Guadalquivir, a los viñedos de Jerez, a los aceituneros de Jaén y Córdoba, a los cortadores de caña en la costa de Málaga-Almería, a los naranjeros valencianos, etc. Esto es evidente.

De una parte, no podemos olvidar que ciertas zonas periféricas son localizadas como fundamentalmente industriales. Este hecho repercute social y económicamente en el campesinado. Otras franjas, primordialmente turísticas, como la Costa del Sol, parece ser que tienen una influencia negativa de inestabilidad por lo que de artificial y puramente coyuntural tiene nuestra industria del turismo, para la que nuestros productos agrícolas de primera necesidad son insuficientes casi en un 50%. Otras zonas, como Levante, con mayor tradición asociativa (tradicción de suyo menos combativa y más reformista que la andaluza), hoy se nos muestran con unas estructuras organizativas de naranjeros para defender sus propios intereses, aunque estén también bajo el maleficio peninsular de la falta de canales para la comercialización.

Es decir, las diferentes formas de propiedad y distribución de la tierra, las extensiones de los fundos cultivables y las diversas relaciones de producción nos va configurando, casi automáticamente, otras tantas actitudes psicológicas del campe-

sinado que soporta la explotación. Haremos, por ello, una referencia más concreta a las regiones más significativas o, mejor dicho, a los modelos.

a) De una manera precisa, como ya hemos indicado, la reforma agraria es consecuencia de un **cambio forzado y coactivo en la distribución de la propiedad**; al mismo tiempo que inciden las **nuevas técnicas** de la agricultura moderna, girando sobre el nuevo concepto de explotación: la **empresa agraria**.

Todo ello, en una perspectiva totalizadora y compleja. Ni el régimen latifundista ni el minifundista parece ser válidos para el montaje, en ellos, de la empresa agraria, unidad óptima de explotación de la tierra que posibilita el desarrollo de los campesinos. No vamos, nuevamente, a transcribir los cuadros de la distribución de la propiedad de la tierra en España. Aparte de estar ya muy divulgados, los incluye cualquier publicación sobre nuestra estructura económica⁶.

Bien cierto es que junto a una redistribución **planificada coactivamente** (pensamos y creemos que es el método más correcto) ha de primar simultáneamente una dimensión técnica y una dimensión política (ya de por sí, algo de esto último nos indicaría la coactividad de la planificación). La planificación indicativa —actualmente vigente en España—, se ha mostrado inoperante en cuanto a una débil perspectiva de « expropiación de explotaciones defectuosas y procederá a la expropiación de las mismas por causa de interés social... », según se afirma en la Ley del Plan de Desarrollo⁷.

El desarrollo, para no ser fallido, ha de llevar parejo una **orientación ideológica**.

6. R. Tamames: *Estructura económica de España*, Madrid, 1960 (cap. III). También *Horizonte español 1966*, Ruedo ibérico, París, 1966.

7. R. Tamames: *España ante un segundo plan de desarrollo*, p. 55 y 128 y s, Barcelona, 1968.

Myrdal hace una referencia a estos aspectos ideológicos, centrándose en la **igualdad** que, en realidad, se nos manifiesta como un punto de atracción importantísimo en la motivación de la lucha obrera por el desarrollo; y afirma: « La doctrina radical de la igualdad, subyacente en las filosofías y reflejada también en las actitudes de las personas, ha sido por varios siglos algo semejante a una anomalía en un mundo caracterizado por grandes desigualdades, y gobernado principalmente por los intereses que tienden a perpetuarla. »⁸ En la misma perspectiva se enraizan las siguientes palabras de Comín: « La supresión de las clases sociales y de las clases internacionales son condiciones imprescindibles para el logro de una auténtica civilización del trabajo. Sólo suprimiendo las clases se suprime la lucha, lucha que es hoy un hecho real y dramático, desgraciadamente. Sólo suprimiendo las clases, regiones como el sur español podrán salir de su estancamiento. »⁹ Lo cual sólo será posible a través de una estrategia revolucionaria de la clase obrera en dirección a la conquista del poder. Por ello, en última instancia, el condicionamiento ideológico del « desarrollo » neocapitalista viene impuesto desde los resortes de poder de las clases dirigentes, es decir por la burguesía terrateniente y por el capitalismo financiero. La lucha de la clase trabajadora es, justamente, contra este modelo de desarrollo (que lleva en su interior la integración y domesticación total de los asalariados).

El sentido ideológico de la igualdad, aplicado a una situación de cambio de las actuales estructuras agrarias, va inherente a las mismas pretensiones de la lucha de la clase trabajadora, motor de fuerza, cuya correa de transmisión podría concretarse en un conjunto de plataformas de acción, volcadas inmediatamente a la conquista de nuevas unidades de producción agrarias,

casi todas ellas de carácter comunitario, ya colectivista, ya cooperativo.

La redistribución y ordenación del campo español ha de hacerse de una manera general y total, atendiendo, naturalmente, a las diferencias regionales. Una reconversión planificada. Pero repetimos una vez más que tales alteraciones en profundidad no podrán realizarse sin el empuje de los que padecen el actual desarrollo **sui generis** y sin ninguna ideología concreta. Volveremos sobre esto más adelante.

Una reforma agraria nos conduce directamente al concepto de **empresa agrícola** y de **comunidad de campesinos**. El cultivo de la tierra impone regímenes de cooperación y colectivización. Un cultivo ágil y rentable. Se pueden encontrar modelos progresivos, por ejemplo, en las aldeas colectivas o kibutzianas israelíes¹⁰ o en las granjas estatales argelinas.

En nuestro caso, surgirían muchas dificultades y obstáculos, propios del atraso: la formación de técnicos, de empresarios agrícolas, la ausencia aún de espíritu revolucionario para liberarse un pueblo..., junto a problemas de financiación, de coordinación agroindustrial, etc. Importante, no menos, es la educación para la cooperación y vida colectiva, teniendo en cuenta, sobre todo, los altos índices de analfabetismo que aún imperan por zonas campesinas, principalmente del sur.

A pesar de los aletazos, desde el comienzo cadavéricos para el mundo obrero, del I Plan de Desarrollo, estos aspectos que señalemos han quedado olvidados. La clase trabajadora tiene ante sí un inmenso campo reivindicativo, para el que

8. G. Myrdal: *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*, México, 1959.

9. A.C. Comín: *España del Sur*, Madrid, 1965.

10. M. Rosner: « Principes, types et problèmes de la démocratie directe dans les Kibboutzim », en *Autogestion*, número 2, París, 1967. (Véase la nota 33 de este trabajo.)

bien podría esgrimir unos canales de tipo sindical.

De lo anterior podemos ir sacando, a título de conclusiones provisionales, los aspectos más sobresalientes. Desde la zona **latifundista**, junto a sus cultivos extensivos, sus monocultivos —generalmente con precios oficiales previamente garantizados—, la presencia del absentismo —como ya hemos mostrado—, bajo nivel de inversiones y evasión de beneficios a otros sectores más productivos a corto plazo. La desigualdad en la distribución de la renta es irritante: al lado de los jornales de hambre de los campesinos, el terrateniente obtiene una gran masa de beneficios (esto se puede confirmar no con mucha dificultad). La figura del latifundista terrateniente no es mítica ni falsa. Y sus ingresos tampoco, « por muy mal que esté el campo » —según suelen afirmar. En tales zonas, las condiciones de vida del campesino, del jornalero, son misérrimas. Dentro de la monotonía y atonía ambiental, campesinos y jornaleros viven en sus pueblos, ajenos totalmente a la mal llamada « civilización »; sus únicos contactos se producen a través de la radio, TV¹¹ (que comienza a penetrar con la creación de teleclubs, otro de los planes drogistas de la política de Fraga), y por las noticias que suelen traer hijos y paisanos que decidieron emigrar. Precarias condiciones higiénicas, de vivienda, educación, cultura, capacitación laboral y técnica. Completa ausencia de actividad sindical, dada la ineficacia que siempre manifestó la Cámara Agraria y las Hermandades de Labradores y Ganaderos. También, una gran desconfianza de la clase trabajadora debida, según puede verse, al control represivo de la Guardia Civil, empeñada —y siguiendo órdenes muy concretas— en imponer una mordaza al campesinado. (El terrateniente, el alcalde y los « civiles » forman el « cordón sanitario ».) La necesaria y urgente unión de los jorna-

leros, caso de darse espontáneamente, es rápidamente reprimida. La situación de paro estacionario, aneja al monocultivo, influye de manera decisiva. La emigración temporal también es un factor de desunión, producido por la ausencia de inversiones que logren la diversidad de cultivos e, incluso, la implantación de granjas mixtas —aún bajo el régimen de propiedad privada de la tierra.

El **minifundismo** también trae consigo otra serie de problemas sin resolver. La política concentración parcelaria ha comenzado débilmente, intentando paliar algunos de ellos. Según parece, aún después de intervenir tales servicios y de haberse destacado en el I Plan de Desarrollo¹², sigue la problemática más o menos de la misma manera. La tierra cultivada en minifundio presenta unas características muy concretas basadas en una economía de tipo familiar, precaria. Es curioso observar por Galicia o Asturias las parcelas familiares junto a « la » vaca familiar. Cuando el cultivo llega a esta situación, la intervención política se impone con carácter de urgencia. Al viajar, por ejemplo, por Asturias, es fácil ver —a la caída de la tarde— cómo cada pequeño propietario dejaba su cántara o sus dos o tres cántaras de leche para, de seguido, ser recogidas por los camiones de Nestlé, Arias u otra gran empresa monopolística, para transportarlas a las plantas de transformación y pasteurización. El papel monopolizador del intermediario oprime al pequeño agricultor aislado. El binomio cooperativismo-sindicalismo (dentro de la perspectiva global en la que insistimos constantemente), promovido y controlado por los minifundistas, aparte de ser una valiosa acción antioligopolista, conducirá a la creación, por ellos mismos, de las plantas industriales nece-

11. Consúltese un interesante trabajo sobre el tema, por el profesor J.A. González Casanova: **El régimen político de la televisión**, Barcelona, 1967.

sarias a los productos derivados y a resolver comunitariamente una serie de problemas indiscutibles: mecanización, transformación, comercialización, inversiones...

Para llegar a tales extremos, se necesita de un movimiento de agricultores minifundistas interesados en la cooperación. Potencial indudablemente positivo en la lucha de clase obrera.

Sería ingenuo ignorar que todas estas perspectivas se proyectan desde un régimen capitalista —al tiempo que dictatorial— en donde la agricultura está encuadrada; con un tipo psicológico de latifundista que desconfía de la tierra, bien encasillado en su posición burguesa, tenazmente contrarrevolucionaria.

De todas formas, se van despertando débiles indicios hacia formas nuevas, presionados quizás por las competitivas estructuras neocapitalistas del Mercado Común. También condicionados por las alteraciones y desequilibrios que continuamente —y en mayor proporción, en la actualidad— se producen a nivel de la sociedad global, y en zonas en donde el proletariado industrial es más combativo.

Refiriéndose Mallet a los campesinos franceses y al sindicalismo agrícola de este país, afirma: « La famosa « doble naturaleza » del campesino, ligado a los intereses de los obreros como productor, pero vinculado al mundo capitalista como propietario, está a punto de ceder el sitio a una naturaleza única: la de productor de riquezas sociales a quien escapa la propiedad de la mayor parte de los medios de producción, pues en la agricultura moderna, la tierra y los instrumentos no constituyen más que una ínfima parte de los medios necesarios: la fábrica de abonos, de piensos para el ganado, matadero o silo, la fábrica de conservas, constituyen otros instrumentos de producción indispensables para la realización del producto

agrícola como producto social. »¹³ Esto es una consecuencia lógica de la penetración del capital financiero en la agricultura. El capitalismo agrícola —la burguesía terrateniente—, que de hecho ya está aliada al capital financiero (hecho normal en la opción neocapitalista), reforzará sus posiciones económicas en la agricultura, absorbiendo e incluso aniquilando al pequeño agricultor y al minifundista. He aquí un dato imprescindible para comprender el proceso de **proletarización progresiva** originado por el sistema neocapitalista (en contra de los defensores fanáticos y casi religiosos de la « superación » clasista o la disminución proletaria con tal sistema económico). Este fenómeno, aún incipiente en España, podrá adquirir importantes dimensiones. El pequeño propietario y el minifundista podrán dar un considerable salto cualitativo en su combatividad dentro de la clase trabajadora, a la cual indiscutiblemente pertenecen. En tal sentido pueden ser esclarecedoras las siguientes frases de Lucio Libertini: « [...] En otros términos, el hecho de una orientación global de la agricultura, dominada por el capitalismo monopolístico, en la que participa el capitalismo agrario. Este bloque dominante coloca la masa de los pequeños propietarios en una aplastante subordinación y provoca un proceso continuo de proletarización que se manifiesta, en primer lugar, a través del éxodo masivo de la fuerza-trabajo de la agricultura; en segundo lugar, con el acrecentamiento de la incidencia relativa del proletariado agrícola, propiamente dicho, en el total de la fuerza-trabajo agrícola; en tercer lugar, con la creciente cualificación técnica y profesional del bracero agrícola; finalmente, con la transformación sustancial de la posición del pequeño propietario, que permanece jurídicamente autónomo, pero

12. R. Tamames: **España ante un segundo plan de desarrollo.**

que en definitiva acaba empujado a una condición, siempre más evidente, de dependencia y subordinación.»¹⁴ No cabe duda que, en esta etapa, la lucha sindical se dirige contra las formas monopolísticas que, dentro del marco del sistema neocapitalista, llega a los mismos resortes del poder. (Este hecho, por ejemplo, nos pone claramente al descubierto la inconsistencia combativa del movimiento *kibutzim* israelí y su reformismo, al ser considerado en el contexto estructural, económico y político, del Estado proimperialista. Y demuestra irreversiblemente el contenido *utópico* de su pretendido socialismo.)¹⁵

III. Subdesarrollo y dualismo

Podría surgir de lo hasta aquí dicho una aparente contradicción entre la evasión de capital producida desde la agricultura hacia la industria, y lo últimamente destacado de la ingerencia y control del capital monopolístico en tal sector. Es evidente que estos fenómenos pueden darse en la actualidad —predominando el primero, y algunos brotes del segundo en determinadas zonas geográficas con mayores índices de concentración capitalista.

A pesar de todo, nuestra agricultura en general se caracteriza por las típicas condiciones de subdesarrollo. Y por ello, la

13. S. Mallet : *Op. cit.*

14. L. Libertini : *Capitalismo moderno e movimiento operario*, p. 82, Roma, 1965.

15. Sobre este asunto se ha publicado en Madrid, por la editorial ZYX, un opúsculo desorientador y confuso, en donde se pretende demostrar y defender la existencia de un socialismo israelí. Se trata de *Socialismo agrario en Israel*, de J. Castellote. Hago esta referencia, ya que el confucionismo es mayor debido a la falta de documentación israelí o sobre Israel que hay en España, y a las simpatías « irracionalistas » sobre el mismo Estado judío.

situación de **dualismo** dominante ; es decir, de descoordinación estructural —a pesar de la tímida e indicativa acción planificadora— entre la agricultura y la industria. Potenciar un desarrollo inarmónico del sector industrial, promocionar desmesuradamente las industrias derivadas de la afluencia turística, y marginar el sector agrario, todo ello nos ha llevado al recrudescimiento de los desequilibrios regionales.

El Informe Sociológico de la Fundación FOESSA concluye, sobre este punto, de la manera siguiente : « El fracaso de la agricultura no se debe sólo a la gran dificultad que supone introducir en el campo las técnicas más adecuadas de producción y distribución. Hay un factor humano importante : por un lado, escasean los empresarios agrícolas ; por otro, la extensión de la formación profesional adecuada entre los empresarios agrícolas es deficientísima. Todo ello se agrava con el fenómeno de la emigración hacia puestos industriales, que supone una especie de « selección de los más capaces » entre los emigrantes y, por tanto, un descenso de la capacidad productiva entre los que se quedan. »¹⁶ El mismo Informe, en frases anteriores, afirma : « Cuando en estos años hablamos en España de desarrollo económico estamos abstrayendo más o menos inconscientemente una realidad polar : la industria se desarrolla pero la agricultura no. »¹⁷

En efecto, las conclusiones de ciertos estudios sociológicos pueden coincidir con estas últimas palabras que transcribimos del Informe FOESSA. Pero ¿ desarrollo de la industria, real y expansivo ? ¿ Desarrollo a costa de quién ? Sin duda alguna, a costa de la « selección de los más capaces ». Considerar sólo la vertiente rígida y fría

16. Informe FOESSA, Madrid, 1966. (Véase la reseña de A. Linares : « Sociología y revolución », en *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, número 13/14, París, 1967.

17. *Ibid.*

de los cálculos económicos para valorar los « grados de desarrollo » equivale tanto como intentar ocultar con las cifras estadísticas el sentido represivo y explotador del mismo despegue económico.

Las características de nuestro subdesarrollo agrícola ya las hemos citado algo más arriba. Son las mismas, las comunes, a todos los países con un sistema económico y político análogo al mantenido por el franquismo. Es la polarización fundamental entre latifundismo y minifundismo. Es la ausencia del concepto de empresa agrícola y de empresario, en sus vertientes comunitarias, colectivas o, incluso, de explotación familiar rentable. Es la presencia muy generalizada del absentismo y de formas anacrónicas y retardatarias de relación propietario-poseedor. Es la evasión de los beneficios de la tierra a otros sectores (prueba implacable de la agonía del derrumbamiento feudal). Es la ausencia de unas instituciones u organismos estatales, gobernados por los mismos campesinos —paso este importante, dentro del sistema— encargados de la gestión y canalización del crédito agrícola. Es el grave problema de los precios agrícolas y la carencia de una red para la comercialización interior y exterior de los productos del campo. Es la escasez de centros de capacitación y orientación, de instituciones análogas con fines exclusivamente de estudios económicos y de técnica agraria. Junto a ello, y incidiendo naturalmente en un terreno común, la necesaria reconversión de la política forestal en una organizada y seria política de economía de montaña. La aplicación de nuevas técnicas de desarrollo comunitario (en tanto que se identifique con una neta orientación socialista), por expertos y peritos, para potenciar el despegue y acelerar el cambio de las condiciones de vida¹⁸ en las que está inserto el campesino español. Simultáneamente a estas características,

encontramos otra de importancia fundamental y que no podemos omitir: al lado de una mecanización y una tecnificación de la agricultura, urge una industria de transformación de la producción derivada del agro y un fomento de industrias —en zonas agrícolas, evidentemente— cuya producción beneficie y sea de urgencia para acometer un plan de reforma y reconversión agraria. Una agricultura moderna no puede prescindir de tales extremos.

En un país nuevamente en « vías de estabilización », y en situación dualista (nuestro sector industrial pretende dar un salto a una inserción neocapitalista al tiempo que olvida dos factores sumamente básicos: de un lado, la reconversión agrícola; de otro, manteniendo la inoperabilidad estructural precisamente en comparación con el « área del neocapitalismo »), solamente es posible entrever una vía correcta de desarrollo: la planificada coactivamente y con un control directo del movimiento obrero. Esto conllevaría ciertas dificultades de tipo politicoorganizativo. E inmediatamente surgiría la ausencia de un mínimo de autocapacidad de expansión « racional » del sistema económico y político español, materializado en el interior por una confluencia de medidas represivas e integracionistas¹⁹ sin avance real. Ya hemos dicho que el desarrollo económico tiene una cara eminentemente política, unida a lo que llamábamos « orientación ideológica ». El ingrediente de la coactividad que debería llevar aquel plan sería

18. Sobre el tema, consúltese *La demagogia de los hechos*, por I. Fernández de Castro, Ediciones Ruedo Ibérico, París, 1963.

19. Respecto a la « nueva línea » verticalista, véase « Del sindicalismo de represión al sindicalismo de integración », por Ramón Bulnes, *Horizonte español* 1966, Ediciones Ruedo Ibérico, París, 1966. También: Martínez Conde: « Problemas laborales », en *Cuadernos para el diálogo*, número 44; « Encuesta sobre economía española », en *Triunfo*, números 240 y 241.

una consecuencia importante de esa posición ideológica, y solamente podría ser inyectada a presión por la presencia de técnicos y dirigentes de las clases trabajadoras (el mayor o menor grado de coactividad, dentro del sistema, dependerá de la mayor o menor flexibilidad de las reglas de juego impuestas por el neocapitalismo y por el mayor o menor grado de conciencia de clase obrera: según acepten plenamente el juego, adoptando posiciones reformistas, o según lo rechacen, en función de una alternativa socialista y en defensa de una lucha revolucionaria).

« Todo desarrollo es Economía, pero también todo desarrollo afecta a los hombres, que viven en Sociedad »²⁰, afirma Recalde. En nuestras condiciones, es necesario matizar como lo hace este autor. Una técnica al servicio de una base. Técnica hoy aplicada en beneficio de las clases explotadoras, en función de un « desarrollo » económico fundamentalmente para esos grupos oligárquicos, y basado naturalmente en el control, cada vez más amplio, de los medios de producción. Sigue diciendo Recalde que « el desarrollo es Economía. El bien de la Sociedad es Economía. »²¹ Cuando hacemos referencia a esa orientación « ideológica », partimos de que en la empresa del desarrollo se compromete al mismo tiempo la construcción de la sociedad futura; pero, a la vista de la situación objetiva de lucha de clases, es imposible la « tercera vía » al desarrollo. La acción de la clase trabajadora traerá como consecuencia un mayor o menor grado de contenido revolucionario; aquí, lo ideológico. Y esto ocurrirá si la presión de tal clase en el desarrollo impele al mismo hacia unas vertientes que se vayan materializando; es decir, que se vaya realizando el progresivo control del desarrollo por la clase obrera. Porque abogar e, incluso, consagrar legalmente medidas planificadoras **sin posibilidades** de llevarlas a la

práctica —máxime, sin son a título indicativo—, sería sencillamente demagógico. (Aquí la demagogia de los tecnócratas del Opus Dei o del « Trust de los Cerebros », que así fue como se llamó a la Comisión Consultativa de la Comisaría del Plan de Desarrollo.) Las clases dirigentes han mantenido esta contradicción, en vistas a su prolongación vital. Una política planificadora **materializable** (por poner un ejemplo que nos interesa mucho) solamente es posible con la presencia de los que hasta ahora han soportado los ciegos pasos de un desarrollo inarmónico y regional descazabado e inoperante.

En un marco **dualista**, dentro de una estructura capitalista, con características predominantes de subdesarrollo, junto a una política planificadora, se reclama unas fuertes medidas colectivizadoras. Esta perspectiva —sin olvidar la actual estructura de poder— se puede constatar en Italia. El ENI-IRI están muy condicionados por los monopolios capitalistas que controlan la política italiana. Pero la sola presencia de unas fuerzas sindicales (dejando aparte su relativa tendencia a la unidad) es presión suficiente para mantener tales organismos. El matiz tendrá un signo bien definido dentro del sistema, siendo un hábil cepo de reformismo, pero la praxis obrera y el contenido crítico en una lucha sindical y política son factores determinantes, en cierta medida. La agricultura del Mezzogiorno posee unas características semejantes a las ibéricas. La coalición **centro-sinistra** no podrá acometer una reforma agraria precisamente por las condiciones objetivas en las que se mueve el capitalismo italiano. Los grupos de presión financiera están bien instalados sobre las desarrolladas regiones industriales del norte. Parece ser que en este caso concreto,

20. J.R. Recalde: *Problemas del desarrollo*, Barcelona, 1967.

21. *Ibid.*

comienza a darse el maridaje y fusión entre el capital monopolista —penetrando en la agricultura— y el agrario.

En condiciones de **dualismo** se presenta igualmente la necesidad del « carácter dialéctico del desarrollo »²³, tras un análisis unitario, estructural. El encuadramiento en una política socialista revolucionaria de la praxis sindical, inyectará dinamismo progresivo al desarrollo. A fin de cuentas, el desarrollo económico es una conquista de los pueblos que luchan por su emancipación y por su libertad. El mismo carácter dialéctico nos hará patente la presencia de la clase obrera, como bloque histórico, y la **irremediable** necesidad de su participación y dirección en el desarrollo, dentro aún del marco capitalista y hacia una alternativa socialista.

IV. Acción sindical en la agricultura

Lo hasta aquí dicho, muy esquemáticamente, nos ayudará a abrir horizontes más o menos claros al tema tan baldío del sindicalismo en agricultura. Nuestros intentos se han orientado hacia una visión de conjunto partiendo de varios puntos de reflexión muy concretos. Las acciones sindicales sobre la agricultura en España han tenido un glorioso recorrido en el pasado²⁴. La base de todo el sindicalismo obrero en el ruedo ibérico se ha encontrado en el movimiento campesino. La importancia del mismo esperamos se desempolva en el futuro con una serie de estudios e investigaciones que aún están por hacer o publicar. Las condiciones objetivas que actualmente pesan sobre el campesino lo han abocado a una situación de pasividad y desidia. De aislamiento y desesperanza en su propia fuerza. El movimiento campesino ha vivido —tras la sangrienta represión

franquista de postguerra— un letargo impuesto y atomizador. Casi podría llegarse a afirmar que hoy cada campesino es su « movimiento pasivo ». Pérez Díaz señala lo siguiente, en las conclusiones de un estudio sociológico realizado en un pueblo de Guadalajara: « La esperanza de una solución venida del exterior (ya de por sí actitud insatisfactoria, en la medida en que nadie en el pueblo confía sino en sí mismo, y el pueblo en su conjunto no puede tampoco acabar de confiar en un poder exterior, que « tal vez no les conoce », « que tal vez no les atiende », etc.) es normalmente una esperanza frustrada, al menos en la medida de sus deseos, y genera una actitud de queja y resentimiento. »²⁴. Esta desidia parece ser que se ha convertido en una **constante** dentro de las zonas rurales²⁵. (En tal sentido, fueron las « primeras » conclusiones de algunos técnicos de una Campaña de Desarrollo Comunitario que se llevaba a cabo en la provincia de Málaga. Tras una primera toma de contacto y penetración, y tras aplicar las técnicas propias en estas campañas, los resultados de actitudes iban manifestándose de muy diversa manera, resultando a veces que los mismos campesinos « recobraban » un cierto nivel de conciencia para considerar lo que **ellos mismos** podían realizar. He aquí una prueba más o menos evidente de la « política de mordaza » impuesta por los fraternales jerarcas del sindicato vertical para impedir un resurgimiento de un movimiento sindical **operativo** en zonas agrícolas). Junto a la ausencia de aparatos organizativos de tipo sindical, la carencia, no menos importante, de estudios económicos²⁶ y estudios sociológicos²⁷. Con toda razón, Anlló ponía el dedo en la llaga, en esta importante llaga, al tiempo que abrigaba ciertas esperanzas: « Creo que la

22. *Ibid.*

* Notas 23, 24, 25, 26 y 27 en la página 62.

generación joven debe lanzarse sin temor a exponer sus ideas ante la opinión de su país a riesgo, incluso, de provocar la ira de aquellos mayores que consideran que sólo los años dan derecho a hablar con juicio y comedimiento. Al contrario, la proliferación en los últimos dos o tres años de libros, revistas, trabajos, artículos, etc., publicados por jóvenes profesionales, es un signo positivo de que la nueva generación ha comenzado a salir de su letargo intelectual y a intervenir activamente en el estudio de solución de los problemas nacionales, de los cuales el agrario sigue presidiendo (y frenando) desde hace decenios el desarrollo económico de la nación.»²⁸

Una acción sindical paralela y fusionada a unas perspectivas trazadas por estudios y análisis sobre desarrollo de la agricultura constituye el pilar básico, de cierto, para tener fundadas esperanzas en la liberación económica y en la emancipación social del campesinado.

a) Bases de solidaridad

Los problemas de los campesinos habrán de ser resueltos por los mismos campesinos. Esta problemática común es el soporte más correcto para la unión y la lucha unitaria. Es decir, es el « caldo de cultivo » para el inicio de un desarrollo de **conciencia sindical**, fase previa o simultánea al desarrollo de **conciencia de poder**²⁹.

La misma infraestructura, las condicionadas comunicaciones, el aislamiento de los pueblos-feudos en zonas rurales, la existencia de miles de cortijadas diseminadas y desperdigadas, las concretas relaciones de trabajo en el campo, la falta de organismos eminentemente campesinos, la presencia de la televisión que llega para romper lo poco de « vida social » en los típicos bares y tabernas, etc., son factores

objetivos que obstaculizan las posibilidades de aunamiento, aunque solamente fuese para intentar plantear y buscar soluciones a problemas fundamentales e inmediatos.

Tanto en zonas latifundistas como minifundistas se da la existencia de tales trabas, unas más acusadas en estas zonas, otras en aquéllas. Y como datos esenciales, los elevados índices de analfabetismo, sobre todo, en el sur y Extremadura.

Se plantean los mismos problemas que en los países subdesarrollados: el paso de una situación de pasividad y de superstición, a la toma de conciencia política, de emancipación, a través de organizaciones

23. Véase J. Díaz del Moral: *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Madrid, 1967; J. Sánchez Jiménez: *El movimiento obrero y sus orígenes en Andalucía*, ZYX, Madrid, 1967. (Prácticamente es una síntesis desafortunada y un mal plagio del Díaz del Moral; el autor desconoce un mínimo de encuadramiento metodológico.); Varios: *Un futuro para España: la democracia económica y política*, París, 1967; Varios: *Horizonte español*, París, 1966. También tengo noticias de un libro de J. Martínez Alier: *La estabilidad del latifundismo*, Ruedo ibérico, París, 1968.

24. V. Pérez Díaz: *Estructura social del campo y éxodo rural*, Madrid, 1966.

25. Incluso algunas organizaciones de izquierda, en sus programas de lucha en la ilegalidad, llegaron a considerar, por puro mecanicismo, al campesinado como « en reserva », sin llegar siquiera a plantear unos puntos estratégicos para tal capa de la clase obrera.

26. Hay un trabajo muy reciente de J.L. García-Delgado y A. López Muñoz, en *Cuadernos para el diálogo*, número 50. Es importante el libro del profesor Capelo Martínez sobre el desarrollo regional en Andalucía.

27. Tengo noticias de una importante investigación, sobre la población campesina andaluza, realizada en el Seminario de Derecho político de la Universidad de Granada, próxima a ser publicada, que ha sido dirigida por el profesor Murillo Ferrol. También es interesante el estudio sociológico del profesor Cazorla sobre Andalucía oriental, editado en Granada.

28. J. Anlló: *Estructura y problemas del campo español*, Madrid, 1966.

29. J.R. Recalde: *La conciencia de clase*, Barcelona, 1967.

populares. Es cierto que los sindicatos agrícolas deben ser expresión del pueblo³⁰, pero sería irreal imaginar que hoy la expresión jornalera y minifundista va a verse canalizada de la noche a la mañana. Por ello urge que los mismos campesinos entrevean las salidas más eficaces.

a) Las Comisiones de campesinos

Podemos sugerir, a la vista de nuestro panorama, la creación de unas COMISIONES DE CAMPESINOS (CC) que podrían aparecer de inmediato —valga el símil— como una réplica a los casinos de la burguesía terrateniente. Las CC constituirían algo así como una primera conquista campesina en el desarrollo de la agricultura y en la lucha por la liberación. Serían como gérmenes o plataformas que facilitarían la unión. Focos de promoción cultural. Fórmulas que facilitan la convergencia, los debates, las discusiones, el cambio de impresiones, e incluso las diversiones y el empleo del « tiempo ocioso ». Voces calladas por la represión las están pidiendo. Piezas eminentemente sindicales, unitarias y autónomas, que indudablemente generarán el contenido político evidente. En cada pueblo o punto de convergencia campesina se debería promover inicialmente una CC. Y ello, a través de toda la península.

b) Bases de organización

Toda estructura sindical tiene diversos niveles. Desde una red de células básica, formadas por la interconexión de las CC, hasta una Central coordinadora a nivel global. En todos estos grados, la asesoría técnica es imprescindible (entendiendo por técnica una exigencia metodológica al servicio de la estrategia global socialista de la clase obrera).

De todas maneras, todas las energías se

deberán volcar sobre la célula básica, surgida y enraizada en la misma base; es decir, en la CC. Una célula que realizaría funciones múltiples, entre las que se destacarían las puramente formativas y educacionales: « El desarrollo del ambiente rural —dice Pier Luigi Rosina— requiere, por tanto, de un lado, una acción, digamos, de educación social en profundidad, de otro, la convergencia en un campo común de la acción de los líderes, los cuales solamente podrán trabajar bien con la cooperación y la colaboración de una población rural abierta a las reglas del desarrollo comunitario. »³¹

Los pueblos andaluces, extremeños, manchegos, gallegos, asturianos, etc., necesitan de estas plataformas. Cualquier buen observador, sólo con darse un paseo a la caída de la tarde por estas zonas rurales y visitar las « célebres » y mitificadas tabernas, y cambiar impresiones, saldrá convencido de esta urgencia y sin mayores argumentos. Los campesinos de España no saldrán jamás del *status* actual, mientras no se conozcan entre sí y mientras no exista una posibilidad real de promoción humana, a través de una lucha solidaria, de una acción de clase, dirigida a la emancipación y liberación popular. Es necesario, por ello, que creen y potencien condiciones mínimas que favorezcan la realización de una conciencia aún en gérmenes.

Cerrar los ojos a la influencia del éxodo rural es —vistas las imprevisiones gubernamentales— adoptar una vez más la política del avestruz. El regreso de emigrantes a sus pueblos de origen, ya definitivo (presionados por el despido de mano de obra extranjera por los monopolios europeos), ya para pasar épocas de

30. H. de Montbron: *L'action syndicale dans l'agriculture*, París, 1965.

31. P.L. Rosina: « Un problema di psicologia economica », en *Sindicalismo*, p. 15, número 3, Roma, 1964,

vacaciones, tiene una gran importancia a nivel de estos núcleos de población. La misma estructura social de pueblos en zonas agrícolas facilita enormemente la difusión de noticias y nuevos rumores. La presencia de emigrantes en sus pueblos de origen más de una vez ha puesto en evidencia la « pacífica calma » aldeana. Las informaciones del extranjero, por ejemplo, sobre lucha sindical, van dejando un pozo de interés, temor y esperanza, resquebrajando lentamente « la importancia de los factores sentimentales y el carácter irracional de su comportamiento. »³² El campo español está necesitado de la acción creadora misma de los que trabajan la tierra. Ello sigue dentro de lo anteriormente aludido: la necesidad de que el análisis y el forcejeo sea dialéctico.

c) Acciones reivindicativas : a corto plazo

En la agricultura el terreno y los puntos sobre los que reivindicar son bien extensos. Desde un control sobre beneficios y salarios hasta las mismas condiciones de trabajo. Desde un control sobre el absentismo y las « medianerías », hasta diversas acciones sobre la situación laboral de los jornaleros y el paro estacionario. Desde unas acciones antimonopolísticas, muy claras en zonas minifundistas, hasta las dimensiones y reglamentación de la jornada laboral. Y, sin lugar a dudas, la Ley de Seguridad Social en su incidencia sobre los trabajadores del campo.

Los beneficios de los latifundistas siempre han constituido una especie de secreto mantenido y respetado por la tradición y el control caciquil. El obrero agrícola, a través de sus propios cauces de lucha sindical, deberá quebrar tajantemente las bases de tales temores. Con ello, acelerar el derrumbamiento de la relación semi-feudal que aún se sigue sosteniendo. En el campo se plantea una participación no

sólo en los beneficios sino en la gestión de la tierra y cultivos. Es válido aquello de que la tierra es para quien la trabaja.

Por la lucha sindical pueden alterarse notablemente las condiciones que rodean al campesinado, participando en gran medida en la lucha obrera que se entable a nivel de sociedad global.

La tarea de una lucha sindical sobre una infraestructura económica regresiva y de subdesarrollo tiene a corto plazo un campo poco elaborado: la participación en la política de precios y en la comercialización.

d) Acciones a largo plazo

Toda acción a largo plazo deberá ir bien orientada. Sólo de esta forma podrá evitarse el reformismo, tan fácil entre los sindicalistas. El objetivo permanente de un movimiento sindical campesino es la emancipación misma del campesinado del sistema de explotación vigente. Unido a esto, la lucha tenaz y permanente por la conquista de una radical reforma de las estructuras agrarias. En tanto que el campesino, al tiempo que es militante sindicalista, también es ciudadano y miembro de la clase trabajadora; por ello, el contenido político de su lucha es evidente. En tal perspectiva, un plan de reforma agraria deberá ir incluido en un plan general de desarrollo económico. Y un plan de desarrollo económico, dentro de un plan de desarrollo político. Y un plan de desarrollo político bajo la dirección de la clase obrera, deberá ir enfocado sobre las bases de una estrategia revolucionaria atraída por la alternativa socialista.

Las acciones sindicales sobre la agricultura tienen un contenido esencialmente político dado el carácter político de las actuales formas de explotación agraria,

32. *Ibid.*, p. 11.

bajo el control directo de la burguesía terrateniente y sus interconexiones financieras. En definitiva, la lucha del campesino es una lucha contra la clase que le oprime.

e) **Sindicalismo campesino e industrial: unidad y autonomía sindical**

La coordinación del movimiento obrero, a través de sus interconexiones organizativas, es un punto indiscutible. Una política de unidad sindical se impone a todas luces en función de la unidad de la clase trabajadora y en función de su eficacia operativa en todos los niveles: desde la lucha antifranquista, pasando por la lucha por formas democráticas, hasta la lucha por el socialismo. Unidad y coordinación de fuerzas. La eficacia de la unidad se manifestará en muchas ocasiones; por ejemplo, en la elaboración y puesta en práctica de un plan de desarrollo, de un proyecto de reforma agraria, de estudios sobre precios, de elecciones sindicales, de análisis regionales, de planes comarcales, de política de salarios, etc.

La lucha por la emancipación y las conquistas reivindicativas vienen, generalmente, a través de las fusiones o uniones. Dado el letargo del campesinado, defender otra cosa que no sea la unidad es querer volver a situaciones que, desde un mínimo análisis histórico, hoy serían inadecuadas. El proletariado industrial, en su acción sindical, ha de potenciar e incluso remolcar al campesinado. Y para empezar, ya bastaría con que las COMISIONES DE CAMPESINOS, conectadas con las COMISIONES OBRERAS, pudieran ser realidad. Comenzaría a brillar de otra manera el sol sobre los campos de España.

f) **Emancipación campesina: sugerencias**

La emancipación campesina será total el día que las clases trabajadoras controlen el

poder y los medios de producción. No obstante, la necesidad de un recorrido se manifiesta evidente. Queda todo por hacer o casi todo en este terreno. Desde problemas exclusivamente laborales (salarios, jornada de trabajo, participación en gestión y beneficios, seguridad social, política de precios, comercialización...), hasta problemas municipales que adquieren, muchas veces, características vitales (condiciones de vida, vivienda, electrificación, alimentación, escuelas, urbanización, reconversión de pueblos, promoción cultural y artística, lucha contra los residuos caciquiles, crítica activa a la política municipal...). Está claro que todas estas metas, cuya resolución y puesta sobre el tapete resultaría « altamente rentable » a la generalidad del país, no pueden materialmente conseguirse con una política inhibicionista como la actual. Una política activa, de participación, sólo es operativa a partir de estructuras unitarias organizativas. Y la organización, para que realmente sea consistente y eficaz, ha de poseer plataformas de base. De ello y por ello, las CC antes aludidas y sugeridas.

Como venimos insistiendo desde el principio (y de una manera muy simplificada), la polarización latifundismo-minifundismo son ejes que siempre hay que tener en cuenta cara a una política de emancipación campesina. Partiendo de la **unidad** de la clase obrera y de la **coordinación** estratégica entre COMISIONES OBRERAS (industriales) y COMISIONES DE CAMPESINOS (agrarias), varias vías podrían sugerirse en base de una elaboración detallada por las CC:

1) **Cooperativismo**

Formas cooperativas son necesarias para el desarrollo de nuestra agricultura. Zonas de minifundios, pequeños agricultores aislados, etc., podrían adoptar tal sistema. Un

cooperativismo dirigido por los mismos campesinos, bajo el control y patrocinio del sindicato obrero, de las CC. Este es el enfoque más oportuno y positivo para que una red de cooperativas no se convierta en un bloque netamente reformista, integrado al actual sistema, movido exclusivamente por el beneficio económico. (Por ejemplo, en Israel, personas progresistas están totalmente vinculadas al movimiento cooperativo y, más concretamente, a de los **kibutzim**, pero, a pesar de « no poderse negar el carácter socialista de la colonia agrícola fundada por los emigrantes [...] el carácter de ejemplaridad de esta estructura está limitado al campo microsociológico. No se puede negar su insertamiento en una sociedad global dominada por ninguna preocupación específicamente socialista, en donde la economía de mercado juega un papel capital. »³³ El cooperativismo agrícola toma matices completamente contrarios al israelí en Yugoslavia, Polonia, Checoslovaquia, Cuba, Unión Soviética, Argelia...).

Como afirma Preuss, citando a Casselman, « existen factores comunes entre cooperativismo y socialismo: 1) Ambos movimientos rechazan³⁴ el sistema capitalista. 2) Ambos tratan de establecer un sistema económico dedicado al beneficio de toda la población, en lugar de uno basado en el motivo beneficios. 3) Ambos, en interés del bienestar común, aspiran a una mayor justicia en la distribución de la renta nacional, que la permitida el capitalismo. »³⁵ Estas afirmaciones, así planteadas, podrían conducir a cierta confusión. Para que un cooperativismo fuese válido tendría que estar promovido y gestionado por los mismos campesinos; bajo el control y la coordinación de las CC; en estrecha relación con la estrategia global de la clase obrera, pudiendo valer como **medios de financiación** de la lucha por la consecución del poder y por la creación de la sociedad

socialista.

El cooperativismo, aparte de las funciones económicas inmediatas, puede realizar una función de mayor envergadura estructural. De aquí el necesario control por el movimiento obrero. A título de ejemplo, una lucha antimonopolista, creación de industrias de transformación, de producción de maquinaria, centrales lecheras, etc. Creación de estructuras cooperativas para la comercialización, paliando la situación de los consumidores³⁶ en función de los intermediarios. Dique de contención del pequeño propietario ante la penetración del capital financiero en el campo.

2) Colectivismo y autogestión

Una política de expropiación y colectivización en zonas latifundistas constituiría la otra vertiente estructural de la emancipación campesina. El concepto de **empresa agrícola** se adapta a las diversas formas. Lo importante es partir de él. Grandes haciendas pueden constituir la base de colectividades medianas de campesinos para su cultivo, bajo una especie de autogestión³⁷. Estas colectividades, dada la necesaria organización interna que han de llevar, pueden constituirse en piezas impor-

33. M. Rodinson: « La crisis arabo-israeliana e l'avvenire del socialismo », en *Problemi del socialismo*, número 21, Roma, 1967.

34. Esta posición radical no es totalmente cierta, ya que las formas cooperativas, de hecho, pueden estar totalmente integradas en un marco capitalista. De aquí mi interés en insistir en este apartado sobre aquel riesgo.

35. W. Preuss: *El cooperativismo en Israel y en el mundo*, Tel Aviv, 1963.

36. Véase Claude Quin y otros: *Les consommateurs*, Paris, 1965.

37. Creo que la autogestión, propiamente dicha, solamente es posible dentro del mecanismo de un sistema económico socialista. Fuera de él, se podrán dar « microrregímenes de autogestión », que estarán siempre condicionados por la economía de mercado, a nivel de sociedad global; algo así, como las « formas económicas del Izquierda » del sistema.

tantes de desarrollo y lucha política. Muchos latifundios, hoy en manos de un solo propietario, podrían ser reconvertidos en una base suficiente para el encuadramiento de, acaso, más de 400 familias campesinas. El movimiento campesino, a través de las CC, deberá presionar sobre tales extremos. Son cambios estructurales **claves** que no se pueden marginar de un ágil y orientador programa de lucha.

El concepto de **empresa agrícola**, como unidad óptima de cultivo, a la vista del impacto tecnológico y de la mecanización agrícola, habrá de orientarse hacia formas suficientemente amplias, organizadas cooperativa y colectivamente.

g) Propiedad de la tierra

Toda acción sindical, encardinada en una estrategia revolucionaria, debe ser partidaria de que la propiedad de la tierra sea del Estado. De todas formas, a la vista de las condiciones, posiciones socialistas han admitido y admiten la propiedad privada, pero con unas rígidas limitaciones³⁸.

La situación crítica de nuestra agricultura exige una rápida política agraria —que no vendrá con el actual régimen— orientada a tales extremos. Incluso, con el actual sistema, en zonas concretas, en donde junto a la opresión social se une la nula productividad³⁹.

h) Industria en la agricultura

Algunos sociólogos y economistas agrarios han visto en la creación de industrias (aunque no sean derivadas de productos del campo o para el campo) en la agricultura⁴⁰ una medida adecuada al desarrollo económico al mismo tiempo que suavizaría los estragos del éxodo rural. Es un asunto que se aceptaría plenamente por una «lógica» neocapitalista (naturalmente seguimos refiriéndonos a España en la

actual situación), al penetrar el capital financiero en el campo. Aunque movernos en estos niveles parecería un tanto descabellado para el campesino español. De todas maneras, esto nos presenta o revela unas conexiones con puntos de gran interés. Ante todo, es necesario ir más allá de la contención del éxodo rural y enfrentarse con las causas del **paro estacionario**. Esta situación va unida al monocultivo característico de zonas latifundistas. Seis meses de trabajo y seis de paro, aproximadamente. Este problema se aminoraría con la creación de plantas industriales que absorbiesen la mano de obra en paro. El terrateniente no está muy inclinado a hacer este tipo de inversiones, y tampoco a diversificar los cultivos. Está claro que la intervención subsidiaria del Estado actual se presenta evidente.

Podría ser ésta otra reivindicación sindical. Como todo lo reivindicativo, es un asunto urgente con dimensiones verdaderamente dramáticas, en donde los movimientos de población son el principal protagonista. Si hay dificultad para el crédito, mucho mayor será para canalizarlo a este tipo de plantas industriales.

La creación de estas industrias, con bases cooperativas, armonizadas con la empresa agrícola, de carácter mixto y diversificación cultivos, no encontraría grandes obstáculos; pero hoy día se presenta con bastante grado de utopismo, sobre todo, ante una nueva reflexión sobre el indicativo Plan de Desarrollo.

38. Véase, por ejemplo, la *Proposition de loi relative à la réforme agraire* (cap. III), del grupo parlamentario de «Union Nationale des Forces Populaires», Casablanca, 1964.

39. R. Tamames: *España ante un segundo plan de desarrollo*.

40. H. Halperim: *AGRINDUS: Intégration de l'agriculture et de l'industrie*, París, 1966.

V. Conclusión

Como se habrá podido observar, nos hemos limitado exclusivamente a intentar hilvanar unas cuantas ideas y hechos —que creemos básicos y clarificadores— sobre un tema muy vasto, muy amplio, baldío y apenas desarrollado. No creemos que la próxima Ley Sindical —fruto de la burguesía terrateniente y del capitalismo industrial y financiero— esboce siquiera estos problemas aquí apuntados. De todas formas, los pilares activos de la lucha sindical sobre la agricultura se encuentran bien determinados: los campesinos y los pequeños propietarios. Ambos soportan el « desarrollo » y aguantan los intentos del mismo. La única vía —de inmediato— para paliar esto es la creación de las plataformas sindicales —COMISIONES DE CAMPESINOS— que canalicen la acción de lucha. Hay que reconocer que el vigente sindicalismo agrario, « fraternal » y vertical, es primitivo e ineficaz. La clase obrera ignora por completo las Cámaras Agrarias, las Hermandades de Labradores y Ganaderos. La burguesía terrateniente parece ser que se ha interesado mucho en el control de las primeras; Solís, de las segundas. Urge una denuncia y enfrentamiento popular organizado, junto al análisis de la coyuntura y a estudios comparados con otros países. Una total reorganización, a nivel campesino, de las estructuras organizativas para que, aún dentro

del actual sistema, tengan un mínimo de operabilidad. El encuadramiento unitario del campesinado y del proletariado industrial, en el sindicato obrero, a través de una convergente acción de clase, utilizando las COMISIONES DE CAMPESINOS y las COMISIONES OBRERAS.

Resumiendo —en síntesis— todo lo hasta aquí dicho, podríamos señalar nuevamente los puntos básicos: I) Necesidad de una restauración del movimiento campesino; II) Necesidad de la COMISIONES CAMPESINAS (CC) como células básicas de lucha; III) Estructuración democrática de las CC hasta una Central Sindical; IV) Unidad y autonomía sindical campesina; V) Coordinación con la lucha sindical industrial (con las CO); VI) Reivindicaciones a corto plazo, integradas en una: VII) Política revolucionaria de la clase obrera, orientada a la conquista del poder; salto éste únicamente posible a través de la VIII) Unidad de lucha del proletariado, constante y real, contra las clases dirigentes y el Estado monopolista.

Advertencia final. Las pretensiones de este artículo no van más allá de unas simples anotaciones. Destacar una serie de puntos evidentes. Esperar, también, que, dentro del enfoque que lo ha orientado, se desarrollan posteriores estudios sobre el tema, tan virgen, de una estrategia actual del proletariado rural.

Sindicato y política de rentas

Las causas del debate sobre la política de rentas

La política de rentas ha sido, sin duda alguna, uno de los ejes del debate teórico de la izquierda europea en este último quinquenio así como uno de los problemas básicos ante el que los sindicatos obreros han debido tomar posición.

Las proposiciones de origen capitalista que lanzaron la política de rentas surgieron en una coyuntura económica y social muy precisa cuyos rasgos esenciales, desde la perspectiva que nos ocupa, eran: la inflación y el pleno empleo, el desarrollo del Mercado Común europeo y la tendencia hacia una mayor coordinación de la política económica.

La inflación ha sido una de las características permanentes del desarrollo de la mayor parte de países europeos en el periodo posterior a la segunda guerra mundial. El alza de precios se ha producido —por lo menos durante la segunda década de la postguerra— en un contexto de relativo pleno empleo; este rasgo es fundamental para comprender las causas objetivas que han inducido a los responsables de la política económica capitalista a elaborar las propuestas de política de rentas. En efecto, como ha señalado P. Santi¹, « si por razones diversas [...] no interviene el paro o, por decirlo como Marx, si no se forma el ejército de reserva y si, por lo tanto, el mercado del trabajo no reduce por sí mismo el precio de la fuerza de trabajo, los capitalistas se hallan en la necesidad de adoptar políticas económicas que sustituyen los efectos del paro, manteniendo baja y regulando dentro de

límites predeterminados la dinámica salarial. » Este es el papel que ha jugado precisamente la política de rentas.

El desarrollo del Mercado Común, en especial el aumento de los intercambios comerciales intracomunitarios ha agudizado la necesidad para cada país de mantener la estabilidad del poder adquisitivo de su moneda o bien conseguir que su depreciación no sea mucho más rápida que la de sus vecinos. Por otra parte, « el grado de liberación de los intercambios comerciales y la convertibilidad de las monedas es tal que para cada país es extremadamente importante que no aparezcan tensiones excesivas en sus vecinos »². La exportación de la inflación provoca reacciones en los gobiernos afectados; ello supone un incentivo adicional para intentar controlar las alzas de precios.

Por otra parte, se ha producido una toma de conciencia de la falta de selectividad y de « controlabilidad » de las medidas clásicas de política económica encaminadas a frenar la inflación, en especial la política presupuestaria y fiscal y la política monetaria y crediticia³. Los plazos en los que es eficaz la política presupuestaria son excesivamente aleatorios, o cuando menos dilatados, con lo que existe el peligro de que los efectos deflacionistas se produzcan

1. P. Santi: « Sindacati e politiche di controllo del salari », *Quaderni di Sindacato Moderno*, nº 1.

2. *L'Observateur de l'OCDE*, nº 12, 1964, p. 19.

3. « Sin embargo, a pesar de los progresos obtenidos, los Instrumentos de la acción coyuntural no han sido utilizados siempre de la mejor manera o en el mejor momento. Por otra parte, es propio de su naturaleza el ser insuficientemente selectivos ». P. Massé, Informe sobre política de rentas, Conferencia de rentas de 1963/1964, publicado en *Información Comercial Española (ICE)*, mayo de 1964.

efectivamente en el momento de la reactivación; la restricción del crédito reduce efectivamente la demanda global pero afecta también a las inversiones. Por otra parte, no resulta todavía posible anticipar con un margen de precisión aceptable las consecuencias cuantitativas de las medidas monetarias; como ha señalado V. Foa: «Una deflación razonable, susceptible de crear una masa de parados suficiente como para amedrentar a los sindicatos e intimidar a las masas de trabajadores: he aquí un ideal que no es fácilmente realizable para la dirección capitalista, incluso con los elementos estabilizadores de que dispone. Los elementos de control de la depresión son problemáticos». La insuficiencia de los citados instrumentos se agudiza si lo que se pretende resolver son los problemas más a largo plazo del «desarrollo en la estabilidad y el pleno empleo»⁵.

El papel de la política de rentas debería ser precisamente paliar las insuficiencias de la política económica convencional. La formulación más sintética de esta problemática quizás sea la enunciada por el gobernador de la Banca de Italia en el informe del año 1964: «En una situación próxima al pleno empleo, los objetivos de la política económica son inalcanzables si una política de rentas coherente no se inserta en la gama de instrumentos de acción monetaria y no monetaria para impedir la formación de rentas que superan los límites compatibles con el mantenimiento del equilibrio monetario. Sea cual sea su ordenación social, en las complejas economías modernas caracterizadas por la existencia de niveles de productividad distintos entre los grandes sectores de la actividad económica y en los mismos sectores de la industria, los instrumentos convencionales no sirven ya para impedir los fenómenos de inflación de costes y las consiguientes repercusiones sobre los

precios y, de todos modos, su eficacia se acompaña a menudo de una fuerte desaceleración o incluso de un atasco en el desarrollo».

La ventaja de la política de rentas radicaría, según sus defensores, en el hecho de que su acción se situaría en la etapa de **formación** de las rentas; su acción sería pues precoz; prevenir es siempre mejor que curar⁶.

La política de rentas, por otra parte, se ha desarrollado bajo el impulso de la tendencia a coordinar progresivamente la política económica de los Estados capitalistas; dicha tendencia, como es sabido, ha llegado a concretarse en determinados casos en un sistema de planificación indicativa (Francia, Italia, etc.).

No vamos a analizar aquí las causas que han impulsado la citada evolución⁷; nos limitaremos a constatar el hecho. Una vez reconocido éste resulta manifiesto que la voluntad de «planificar» el desarrollo capitalista aplicando una serie de medidas de política económica coherentes con el sistema y entre sí, obliga a incluir en el plan la evolución de las distintas rentas⁸; en particular obliga a ello el problema de la distribución de la renta en consumo y acumulación, aspectos que en una economía capitalista se confunden prácticamente

4. V. Foa: «Politique des revenus et syndicats», *Revue Internationale du Socialisme (RIS)*, n° 3, 1964.

5. «Los hechos han demostrado una vez más con gran claridad que no se pueden alcanzar simultáneamente los tres objetivos principales —el pleno empleo, la estabilidad de los precios y la maximización de la tasa de crecimiento— operando únicamente sobre el nivel de la demanda utilizando los medios clásicos, es decir, modificando el equilibrio global del presupuesto, el volumen y el coste del crédito, etc.». (*L'Observateur de l'OCDE*, n° 31, 1967, p. 19.)

6. P. Massé: *Op. cit.*

7. Véase, por ejemplo, las ponencias presentadas por J. Bénard, V. Vitello y S. Levrero al Coloquio del Instituto Gramsci sobre las tendencias del capitalismo europeo, publicado bajo el título *Tendenze del capitalismo europeo*, 1966.

con el problema de la distribución de la renta entre salarios y beneficios dado que la casi totalidad del ahorro proviene de las rentas no salariales.

Evidentemente, estas tendencias y estos problemas no son nuevos; no obstante, es hacia final de los años cincuenta cuando unos y otros se presentan con mayor agudeza. Es pues a partir de dicha época cuando el debate alcanza sus puntos culminantes y cuando la toma de posiciones resulta ineludible.

¿ Política de rentas o política de salarios ?

Según la OCDE⁹, una política de rentas significa que « los poderes públicos deben tener una opinión sobre las condiciones en las cuales la evolución de las rentas puede ser compatible con sus objetivos económicos y, en particular, con la estabilidad de los precios; significa que les es preciso esforzarse por obtener la conformidad de la opinión pública sobre los principios que deberían guiar la progresión de las rentas; significa, en fin, que deben tratar de llevar a la población a respetar, de buen grado, los principios directivos así formulados ». Como es sabido, el primer informe de la OCDE sobre el problema —*Le problème de la hausse des prix, 1962*— si bien reconocía genéricamente que las rentas no salariales podían también provocar tensiones inflacionistas consideraba que en la práctica eran los salarios el factor responsable; en consecuencia, sus recomendaciones prácticas se limitaban al campo de la **política de salarios**. El segundo informe, por el contrario¹⁰, hablaba ya de **política de rentas**, es decir, de la necesidad de incluir no únicamente a los salarios sino también a las otras, es decir, las rentas de los trabajadores independientes, las de la propiedad y los beneficios no distribuidos (que en

total, según los países representan de un 32 a un 47 % del producto nacional bruto al coste de los factores [1962]¹¹). Este segundo enfoque ha sido el que ha predominado **teóricamente** en el periodo posterior: incluso una editorial de **Información Comercial Española** reconocía que « otra [...] condición que podría denominarse social o política y de la que depende la práctica de una política de rentas es la de su generalidad [...] Si una política de rentas ha de contar con una aprobación de todos los grupos que integran una sociedad moderna, es evidente que una condición de partida es su generalidad »¹². En la práctica, por el contrario, las propuestas de política de rentas se reducen en la casi totalidad de los casos a aplicar una política de salarios; para legitimar dicha práctica se utiliza bien el argumento de las deficiencias de información por lo que se refiere a las rentas no salariales, bien sus particularidades que las hacen difícilmente susceptibles de planificación. La primera dificultad es real; no obstante, es preciso subrayar que no se trata de una dificultad técnica sino institucional. Por los que se refiere al segundo aspecto se afirma, por ejemplo, la relación con los beneficios, que la función económica que se les atribuye (estimulo a la iniciativa, contrapartida del riesgo, etc.) excluye toda posible planificación en sentido propio; como consecuencia de ello la CGT destacaba justa-

8. Los debates del Seminario sindical internacional sobre la programación económica y social (París, octubre de 1963) estuvieron precisamente centrados en torno al problema del inevitable recurso a la política de rentas como inevitable complemento de la planificación; véase el informe final publicado por la OCDE en 1964.

9. OCDE: « Una política de equilibrio de precios », 1962; publicado en ICE de diciembre de 1962.

10. OCDE: « Une politique d'équilibre des prix »; publicado en ICE de diciembre de 1962.

11. OCDE: « El problema de los beneficios y otras rentas no salariales »; publicado en ICE de mayo de 1964, p. 92.

12. ICE, mayo de 1964, p. 34.

mente¹³ que « mientras se plantea un sistema y unos medios de presión para los salarios, año tras año, para los beneficios en cambio se habla de « la definición de una orientación de las tendencias de los beneficios a largo plazo, compatible con las exigencias del crecimiento y de la competencia internacional ». Es decir, una fórmula hueca y sin ningún contenido ». En relación con el control de los precios es común también rechazar toda fórmula realmente operativa ya que « se está generalmente de acuerdo en reconocer que un sistema amplio y detallado de control de precios en el sentido estricto del término no es practicable ni oportuno, salvo tal vez a título de medida circunstancial destinada a hacer frente a unas situaciones particularmente difíciles. A la larga, tal sistema plantea dificultades administrativas casi insuperables, perjudica a la eficiencia e implica un grado inaceptable de ingerencia de los poderes públicos en la elaboración de las decisiones del sector privado »¹⁴. La política de salarios ha recibido diversas formulaciones ; si se prescinde del simple bloqueo de salarios, las distintas modalidades tienen en común el establecimiento de una vinculación de los salarios **contractuales** al nivel de la productividad, bien a escala global (política uniforme), bien a escala sectorial (política diferenciada) ; la vinculación de los salarios a la productividad de cada empresa ha tenido pocos defensores (por lo menos como mentalidad de política de rentas). Así pues, nos limitaremos a analizar con cierto detalle las políticas de salarios uniforme y diferenciada, limitándonos inicialmente a examinar su viabilidad en el marco del sistema capitalista.

La política uniforme ; su viabilidad

Como es sabido, la política de salarios uni-

forme se reduce a sostener que para que se mantenga la estabilidad de los precios es preciso que los salarios de los distintos sectores aumenten proporcionalmente a la productividad media del sistema.

Veamos cuál sería la evolución real en el supuesto de que los sindicatos aceptaran la citada regla del juego.

En los sectores en los que la productividad crece lentamente, por debajo de la media, el alza de los salarios contractuales de acuerdo con ésta provocaría evidentemente un alza de precios ; esta alza de precios se halla ya prevista por los que proponen dicha fórmula : su razonamiento consiste en afirmar que se hallaría compensada por la reducción de precios afectuada en los sectores en los que la productividad crece por encima de la media. Esta previsión es irreal. Efectivamente, los sectores en los que la productividad crece más rápidamente acostumbran a tener una estructura oligopolística caracterizada por el predominio de un número reducido de grandes empresas. Como consecuencia del poder de mercado de dichas empresas, es decir, de su capacidad de administrar sus precios, la reducción de los costes provocada por el aumento de la productividad no repercute automática y espontáneamente en un descenso de los precios¹⁵. Asegurar dicha reducción supondría instaurar un control de precios detallado, solución que, como hemos indicado ya, se rechaza por ser contraria a la lógica del sistema.

Evidentemente, un aumento muy importante en la productividad es probable que repercuta en una reducción de precios para frenar el eventual desarrollo de la competencia potencial (nuevas empresas o em-

13. Declaración de H. Krasucki en la Conferencia de las rentas, ICE, mayo de 1964, p. 65.

14. OCDE : « El problema de los beneficios », ICE, mayo de 1964, p. 107.

15. Rapport de B. Caxes dans le Séminaire syndical international sur la programmation, OCDE, p. 124.

presas ya existentes operando en otros sectores); de todos modos, la estabilidad de los precios exigiría que los descensos fueran proporcionales a los aumentos de la productividad. Por otra parte, en un mercado oligopolístico —tal como ha señalado Sylos Labini¹⁶— « si la nueva planta o la nueva instalación son accesibles a todas las empresas, sea cual sea su dimensión, en este caso en un plazo incluso breve, la **reducción de costes se generaliza** con lo que el precio de equilibrio disminuirá [...] Por el contrario, si la nueva instalación es únicamente accesible a las empresas mayores dicha reducción **no se producirá**: el precio no varía y la reducción de costes afecta únicamente a dichas empresas » [subrayados de S.L.]. En definitiva pues, la política de salarios uniforme resultaría ineficaz desde el punto de vista de su objetivo básico: el establecimiento de los precios¹⁷.

El razonamiento anterior se ha efectuado en el supuesto de que los salarios **efectivos** de los sectores en los que la productividad crece más rápidamente que la media se mantienen iguales a los salarios **contractuales** (los únicos que controla el sindicato), es decir que crecen también proporcionalmente a la productividad. Esta hipótesis —en una situación de pleno empleo, situación para la que se propone precisamente la citada política— se ha mostrado ampliamente irrealista debido al conocido fenómeno del **wage drift** o deriva salarial, es decir, a la progresiva diferenciación de los salarios efectivos de los salarios contractuales.

En una situación de pleno empleo, de escasez de mano de obra, son los propios capitalistas, incluso en ausencia de reivindicaciones salariales por parte de los sindicatos, los que se ven inducidos a aumentar los salarios, bien para conseguir la fuerza de trabajo precisa, bien para evitar su pérdida; por supuesto, son las grandes empresas de los sectores más

dinámicos las que disponen de mayores posibilidades en este sentido debido al margen de maniobra creado por las reducciones de costes no absorbidas por reducciones de precios.

Como ha puesto de relieve F.W. Paish « en estas condiciones es muy difícil, incluso contando con una legislación penal, impedir que los patronos traten de atraer la mano de obra que necesitan recurriendo a métodos que hacen mayores sus costes de trabajo [...] son innumerables los métodos de ofrecer una remuneración mayor en dinero o en otras formas tales como las horas extraordinarias garantizadas, el reconocimiento de una categoría superior, el trabajo a destajo... »¹⁸. Así pues, aun en el supuesto de que los sindicatos aceptaran las reglas de juego, los salarios efectivos no seguirían la evolución prevista para los salarios contractuales. La política de salarios uniforme no es ni viable ni eficaz. La relación existente entre salarios y productividad es mucho más compleja que la que pretenden los defensores de esta fórmula de « política de rentas »¹⁹.

16. P. Sylos Labini: **Oligopolio e progresso tecnico**, Turín, 1964, p. 90.

17. Véanse, por ejemplo, los análisis de P. Santi en « Sindacati e politiche di controllo dei salari », p. 83 y s.; F. Momigliano: **Sindacati, progresso tecnico, programmazione economica**, Turín, 1966, p. 238 y s.; B. Trentin: « Politica dei redditi e programmazione », en *Critica Marxista*, n° 1, 1964, p. 23 y s.

18. F.W. Paish: « Los límites de las políticas de rentas », ICE, mayo de 1964, p. 135. Véase asimismo: B. Rowthorne: « La trampa de una política de rentas », ICE, mayo de 1964. En la obra de F. Sellier: **Estrategia de la lucha social**, se hallan descritos los procedimientos utilizados en Francia con dicha finalidad durante el periodo de la inmediata postguerra en el que los salarios se fijaban de modo autoritario.

19. Véase B. Trentin: *Op. cit.*, p. 47 y P. Santi: *Op. cit.*, p. 97.

La política diferenciada ; su viabilidad

La política de salarios diferenciada consiste en ligar el nivel de los salarios en cada sector a la evolución de la productividad en el propio sector. Seguidamente analizaremos la viabilidad de una tal política en situación de pleno empleo.

Teniendo en cuenta el hecho de que existen notables diferencias en la dinámica de la productividad de los distintos sectores, dicha política supondría cristalizar importantes diferencias entre los niveles salariales de los respectivos sectores, incluso a calificación igual. La situación en el mercado del trabajo no será pues estable: aumentará la oferta en los sectores dotados de una dinámica de la productividad elevada mientras que ocurrirá lo contrario en los otros; en consecuencia, la evolución de los salarios efectivos difícilmente podrá ser la prevista por los defensores de la política diferenciada de salarios.

Por otra parte, no hay duda de que este sistema —si fuera efectivamente aplicable— supondría otorgar una « prima » a los sectores más retrasados al eliminar el incentivo para la innovación tecnológica y organizativa que supone la presión salarial; en consecuencia, supondría consolidar los desequilibrios ya existentes y las diferencias vigentes entre los ritmos de crecimiento de la productividad de los distintos sectores²⁰.

Así pues, puede concluirse que las políticas de salarios propuestas son en realidad ineficaces: su aceptación por parte del sindicato no tendría como contrapartida ni siquiera la estabilidad del nivel general de los precios que constituye su objetivo declarado principal. En rigor, como ha subrayado B. Trentin, « una planificación propiamente dicha de los salarios es imposible »²¹; esta conclusión es independiente de las posibles consecuencias negativas

que su aceptación podría tener para un sindicato de clase (aspecto que examinaremos más adelante). Las experiencias realizadas de políticas de salarios, en Holanda, Suecia y Gran Bretaña, confirman ampliamente dicha afirmación²².

Salarios y inflación

La reducción en la práctica de la política de rentas a una política de salarios pretende a menudo legitimarse —especialmente por lo que se refiere a los responsables de la política económica y los portavoces del patronato— mediante una concepción que señala a los salarios, y más concretamente, a los sindicatos como la causa esencial de la inflación.

No se trata de discutir, evidentemente, el hecho de que alzas extraordinarias de los salarios efectivos —consecuencia, generalmente, de una decisión de los responsables de la política económica, en el marco de una política autoritaria de salarios— provoquen efectivamente tensiones inflacionistas (si no se produce, simultáneamente, una reducción duradera de la tasa de beneficios); se trata, por el contrario, de discutir brevemente las consecuencias inflacionistas de los aumentos de los salarios **contractuales** (los únicos que controla el sindicato) en condiciones de pleno empleo y debido a la actividad reivindicativa.

Existe un hecho fundamental que hemos subrayado ya: se trata de la deriva sala-

20. Véase P. Santi: *Op. cit.*, p. 90 y F. Momigliano: *Op. cit.*, p. 240.

21. B. Trentin: *Op. cit.*, p. 46.

22. Véanse los análisis contenidos en las obras de J.M. Maravall: *Trabajo y conflicto social*, Madrid, 1967; *Une politique de revenus est-elle possible et souhaitable ?*, 1963; « La politique des revenus et les syndicats », *RIS*, n° 3, 1964; J. Hennessy: « Política de rentas en Europa », *ICE*, mayo de 1964, ya las obras ya citadas de Trentin, Momigliano, Paish et Rowthorne.

rial, o sea de la progresiva separación de la evolución de los salarios efectivos de la de los salarios contractuales. Sin desconocer el hecho de que el poder de contratación del sindicato se halla en relación con la situación en el mercado del trabajo, resulta manifiesto que si los salarios contractuales se retrasan generalmente, no puede atribuirse a la acción sindical la responsabilidad del alza de los salarios efectivos: ésta responde generalmente a una iniciativa patronal, bien para conseguir mano de obra, bien para evitar una rotación de personal todavía más costosa. La atribución de la responsabilidad al sindicato resulta grotesca en los casos en los que, como ocurre en España, el sindicato de clase no dispone de medios legales para ejercer su acción.

Por otra parte, es lógico que los sindicatos rechazan la caracterización de los salarios efectivos como única variable independiente sobre la que es posible operar para frenar un proceso inflacionista. El sindicato no puede menos que poner de relieve las insuficiencias de la política económica (falta de controlabilidad de las medidas monetarias, retardo de la acción efectiva de una reducción del gasto público, etc.) y sobre todo, se halla en pleno derecho de señalara las causas estructurales de la inflación²³.

Una primera causa la constituye la estructura oligopolística de la industria capitalista moderna como consecuencia de la cual —tal como hemos señalado ya— los aumentos de productividad no se repercuten generalmente en reducciones de precios. Como ha señalado Sylos Labini, « a simple vista, ambos aumentos, el de salarios y el de precios, parecen depender del poder de mercado de los sindicatos obreros (el cual es tanto mayor cuanto más elevado es el grado de concentración en cada industria). Un análisis más profundo muestra que dichos aumentos dependen tam-

bién, probablemente con mayor intensidad, del poder de mercado de que disfrutaban las grandes empresas en la venta de sus productos. Es vano buscar « el culpable »; en último análisis, la « responsabilidad » de los aumentos de precios radica en la propia estructura de la industria moderna²⁴. Otros factores estructurales generalmente activos se hallan constituidos por los distintos estrangulamientos que el sistema no puede eliminar fácilmente por cuanto su remoción provocaría conflictos en el interior del bloque dominante; los estrangulamientos más comunes se hallan constituidos por el sector agrario y por el sector distributivo. Unas estructuras arcaicas, la falta de dinamismo, la ausencia de reformas profundas, la inadecuación de la estructura de la oferta a una demanda que ha variado profundamente en su composición en estos últimos años: he aquí una de las causas fundamentales de la inflación de la economía española en estos últimos años, inflación cuyas raíces estructurales no resulta posible negar, especialmente una vez comprobada su prosecución en plena recesión. El sector distributivo, generalmente todavía más atrasado, constituye asimismo otro importante factor inflacionista (como lo indica el hecho de que los precios al detalle crecen generalmente con mayor rapidez que los precios al por mayor). Dichos estrangulamientos y deficiencias, por otra parte, reducen la tasa de crecimiento de la productividad efectivamente verificada.

En definitiva pues, los sindicatos tienen motivos más que suficientes para rechazar la caracterización de su acción y de la evolución de los salarios como el principal

23. Véase la documentación contenida en ICE de agosto-septiembre de 1966, en especial el artículo de E. de Figueroa: « La inflación en España: un enfoque estructural ».

24. P. Sylos Labini: *Op. cit.*, p. 97. Véase asimismo C. Napoleoni: *Elementi di economia politica*, 1967, p. 206.

factor inflacionista. Incluso cuando las alzas de los salarios efectivos operan como un factor inflacionista, su acción en dicho sentido no resulta independiente de las deficiencias estructurales de la economía.

Beneficios y desarrollo

La lógica del sistema capitalista conduce a la crisis cuando la tasa de beneficio disminuye y alcanza un umbral mínimo; la huelga del capital no es muy costosa para los capitalistas. No puede negarse —dentro de la lógica del sistema— validez a la tesis según la que la reducción de los beneficios inducida por los aumentos salariales, o por otras causas, puede llegar a provocar una paralización del proceso de acumulación; esta tesis es válida por cuanto la mayor parte de la acumulación privada proviene de los beneficios (bien se distribuyan o bien se destinen directamente a la autofinanciación). Como consecuencia de ello, una reducción de los beneficios restringe la tasa global de ahorro de la economía. Dicha validez, no obstante, puede discutirse —dentro de ciertos límites— si no se aceptan como invariables todos los otros datos del sistema, en particular la orientación de las inversiones y el nivel de consumo de la clase capitalista²⁵. En efecto, dentro de ciertos límites, una reducción de la tasa de ahorro no reduciría la renta nacional ni su crecimiento siempre y cuando fuera acompañada de una nueva orientación de las inversiones (penalización de las inversiones especulativas —terrenos, bolsa, etc.— y de aquellas destinadas a producir bienes de consumo de lujo, etc.). Dicha alternativa, como hemos señalado ya, es válida sólo dentro de ciertos límites; superados éstos, la lógica de las relaciones de propiedad —la apropiación privada de la plus-

valía— impone inflexiblemente sus leyes. Esta constatación debería ser la base de una propaganda claramente anticapitalista que evidencie que no se trata de una lógica natural sino de la lógica implacable de un determinado sistema de relaciones sociales.

Una argumentación similar se utiliza para sostener la inviabilidad de toda redistribución de la renta por medio de distintas modalidades de **transferts** sociales²⁶ (que aumentarían el consumo reduciendo la tasa global de ahorro). No deja de ser irónico que, como señala Dobb²⁷, « si bien con harta frecuencia aquellos que sostienen que es el rico quien soporta la carga de la abstinencia, son los que con mayor vigor afirman que si los ingresos fueran distribuidos menos desigualmente y se aumentara el consumo del pobre, la acumulación de capital declinaría. Si esto último fuera cierto habría que concluir que la incidencia final del coste del ahorro lo soporta no el rico, sino el consumo restringido del pobre, que es lo único que permite la obtención de altos ingresos de los cuales proviene la mayor aportación para la inversión ». En definitiva pues, la relación existente en las economías capitalistas entre beneficios y acumulación constituye una prueba de la « necesidad » del socialismo por cuanto evidencia la necesidad de separar el « excedente » y su función de toda apropiación privada.

25. Véase, por ejemplo, M. Dobb: *On the economic theory of socialismo*, 1955, p. 27 y s., y B. Trentin: *Op. cit.*, p. 57.

26. K. Hamada: « On the optimal transfert and income distribution in a growing economy », *The review of economic studies*, Julio de 1967.

27. M. Dobb: *Economía política y capitalismo*, 1945, p. 105.

Consecuencias para el sindicato de la aceptación de la política de salarios

A continuación intentaremos analizar cuáles son las consecuencias que para el sindicato derivan de la aceptación de la política de salarios; para no alargar excesivamente este artículo limitaremos nuestro estudio a la política uniforme de salarios; no obstante, la mayor parte de observaciones resultan también válidas por lo que se refiere a la política diferenciada de salarios.

—Pérdida de la autonomía

Si el sindicato aceptara ligar mecánicamente la dinámica de los salarios a la evolución de la productividad ello implicaría renunciar a toda autonomía reivindicativa, limitando su papel a tareas puramente « contables » y técnicas, es decir, la discusión en torno a la tasa de incremento de la productividad realmente verificada; esta tarea no sería sin duda fácil debido a los problemas de estimación que plantea el cálculo de la productividad y, en general, la elaboración de la Contabilidad Nacional, pero supondría para el sindicato de clase la renuncia a toda independencia, a toda autonomía en la defensa de los derechos, los intereses y las necesidades históricas de los trabajadores²⁸.

Aceptar dicho papel implicaría que el sindicato se limitaría a registrar (aunque fuera críticamente) los **resultados** de la gestión empresarial, y más concretamente los resultados de las decisiones de inversión de los capitalistas; en efecto, los incrementos importantes de productividad se consiguen fundamentalmente mediante la introducción de nuevos métodos de trabajo, nueva maquinaria, nuevas instalaciones y procesos (ocasión que se aprovecha

para aumentar también la intensidad del trabajo), en una palabra, son consecuencia de las decisiones de inversión de los capitalistas. La aceptación de los resultados de éstas implica la renuncia a incidir de cualquier modo sobre las mismas; consagra la subordinación del sindicato a la lógica del sistema, la aceptación de todos los desequilibrios existentes y de la política económica vigente.

—Imposibilidad de incidir sobre la distribución de la renta

La aceptación de la política de salarios implica la aceptación de la distribución global de la renta entre salarios y beneficios, renunciando pues el sindicato a uno de sus objetivos reivindicativos más característicos. La afirmación anterior sería exacta en el supuesto de que la política uniforme fuera eficaz; ahora bien, como hemos visto anteriormente, dicha política, al no ir acompañada de una reducción de precios en los sectores en los que la productividad aumenta por encima de la media, implicaría en la práctica una reducción de la participación de los salarios en la renta nacional.

Por otra parte, la aplicación mecánica de la regla a todos los salarios equivaldría a aceptar la persistencia de la estructura salarial vigente, sin la posibilidad de incidir sobre las desigualdades que el sindicato juzgara conveniente eliminar o reducir.

—Centralización y burocratización del sindicato

Una de las consecuencias más graves de la aceptación de la política de salarios

28. « La aceptación de cualquier forma de condicionamiento de las reivindicaciones salariales, de hecho, quebraría la autonomía del sindicato y su posibilidad de permanecer siendo una organización efectivamente representativa de los trabajadores y de sus intereses inmediatos e históricos ». Resolución general del XIV congreso de la FIOM (metalúrgicos italianos de la CGIL).

consistiría en que llevaría al extremo el proceso de centralización y burocratización del sindicato.

Sobre este punto existe un acuerdo casi total; la aplicación de la política de salarios exige la garantía del sindicato de que los acuerdos serán respetados. Ahora bien, como ha señalado J.D. Reynaud²⁹, « una política nacional [de salarios] implicaría la disciplina; es más [...] supone que las decisiones sean confederales ». En efecto, los acuerdos, tomados en el vértice del sindicato, deberían ser respetados en todos sus niveles, al margen de las situaciones concretas; esto exigiría el refuerzo de la autoridad del vértice sobre la periferia con la consiguiente centralización y burocratización crecientes; como resultado de ello se produciría una mayor distanciamiento del sindicato de los trabajadores y de la base con el vértice. Todo esto provocaría una progresiva debilitación del sindicato y una reducción de su carácter representativo; esta evolución haría todavía más fácil la subordinación de aquél a la lógica del sistema capitalista.

—Debilitación del poder del sindicato

El resultado final de las consecuencias que se han puesto ya en evidencia es debilitar el poder del sindicato.

La pérdida de autonomía reivindicativa y el proceso de centralización y burocratización impulsarían en dicha dirección. En efecto, la subordinación a los resultados de la gestión capitalista supondría la renuncia a ejercer cualquier iniciativa, supondría negar la legitimidad del ejercicio de su poder de contratación. El proceso de centralización y burocratización, por otra parte, pondría en marcha una evolución irreversible en el sentido de la debilitación del poder sindical a nivel de empresa y fábrica, imposibilitando el ejercicio de todo tipo de

control obrero sobre las condiciones de trabajo (primas, tiempos, afectación de máquinas, calificación, etc.).

Como hemos mostrado anteriormente, la aceptación de la política de salarios comportaría la prosecución del proceso de deriva salarial en los sectores en los que la dinámica de la productividad es superior a la media; como consecuencia de ello, las empresas de dichos sectores acumularían márgenes de maniobras salariales que quitarían toda eficacia a la acción del sindicato y serían utilizados con total libertad en el momento en que fuera preciso reducir los salarios efectivos.

Por otra parte, resulta evidente que a nivel macroeconómico —como ha señalado F. Momigliano³⁰— « cuando el sindicato obrero compromete su comportamiento reivindicativo, compromete prácticamente todo su poder, su función institucional; la empresa, por el contrario, cuando compromete su política salarial apenas renuncia a su poder ya que subsiste toda una serie de variables (además del precio de la fuerza de trabajo) en relación con las cuales su autonomía de comportamiento permanece intacta (inversiones, empleo, precios de oferta de sus bienes, etc.) ».

En definitiva pues, la aceptación de la política de salarios supondría para el sindicato iniciar un proceso que conduciría a su destrucción, no sólo como órgano autónomo de clase sino incluso como organización dotada de una capacidad real de incidir aunque fuera de modo subordinado a la lógica del sistema.

29. J.D. Reynaud: *Les syndicats en France*, París, 1963, p. 242; Rowthorne: *Op.cit.*, p. 160; B. Trentin: « Tendenze attuali della lotta di classe e problemi del movimento sindacale di fronte agli sviluppi recenti del capitalismo europeo », p. 199 en *Tendenze del capitalismo europeo*: *Op. cit.*

30. Momigliano: *Op. cit.*, p. 232.

El objetivo de la política de rentas

¿Cómo explicar la aparente paradoja de qué la burguesía monopolista y su tecnocracia de Estado propongan la política de rentas como fórmula que debe asegurar la estabilidad del nivel general de precios y que —si nuestro análisis es correcto— aquélla no resulte de hecho eficaz con tal finalidad?

En mi opinión la proposición de la política de rentas (o de la política de salarios) tiene una finalidad fundamentalmente **ideológica**: legitimar la subordinación del sindicato, contribuir a consolidar la convicción de que la autonomía sindical frente al sistema constituye una « irresponsabilidad ». El hecho de que desde el punto de vista operativo los capitalistas no hayan interpretado correctamente sus intereses al proponer las modalidades concretas de política de salarios no debe velar la clara conciencia de su objetivo esencial: quebrar la autonomía sindical, hacer admitir la subordinación del sindicato a las necesidades del equilibrio y del desarrollo capitalista. Como ha subrayado L. Libertini³¹ « el objetivo de los grupos capitalistas más avanzados no es tanto destruir los sindicatos como hacerles aceptar determinadas reglas de juego, los límites y los parámetros que derivan de sus decisiones ».

Así pues, la política de rentas es fundamen-

talmente un arma ideológica, un elemento más que utiliza el capital monopolista para consolidar su hegemonía.

La gestión del capitalismo en su conjunto y de las grandes empresas, en particular, se hace cada vez más rígida debido al peso creciente de los costes fijos, los plazos de realización de las inversiones, la creciente composición orgánica del capital; en consecuencia, precisa poder establecer previsiones seguras sobre la evolución futura de los distintos costes, en particular el coste de la fuerza de trabajo. La autonomía del sindicato constituye una amenaza para dicha exigencia, tanto a nivel de empresa como a escala global. La solución capitalista se halla no en la **destrucción** del sindicato sino en su **subordinación**. El capitalismo necesita que el sindicato encuadre a los trabajadores creándoles la ilusión de que pueden defender sus intereses y sus derechos; de otro modo se produciría una progresiva rebelión por parte de aquéllos, rebelión que impediría la realización de los planes capitalistas.

Es por todo ello por lo que el rechazo de la política de rentas constituye una opción fundamental, un test clave para todo sindicato. La posición de todo sindicato ante la política de rentas constituye la medida de su voluntad de autonomía frente al sistema capitalista.

31. L. Libertini: **Capitalismo europeo e movimiento operaio**, 1965, p. 170.

Ignacio Fernández de Castro

De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo

Sumario

La España de 1800.

I. Revolución burguesa : 1808-1898

1. La muerte del absolutismo : 1808-1833 : La guerra de la Independencia. Las Cortes de Cádiz. Reinado de Fernando VII. **2. Primer asalto al poder : 1833-1840 :** Regencia de María Cristina. Primera guerra carlista. El liberalismo en el poder. El abrazo de Vergara. **3. Segundo periodo de guerra revolucionaria : 1840-1868 :** La regencia de Espartero. Reinado de Isabel II. Los moderados en el poder. La Vicalvarada (bienio progresista). Los moderados otra vez. Víspera de la revolución. **4. El final de la revolución burguesa : 1868-1874 :** La revolución de septiembre. Monarquía sin rey. República federal (Pi y Margall). Pronunciamiento de Pavía y Serrano. **5. La restauración del orden burgués : 1874-1898 :** La restauración monárquica. Alfonso XII. Cánovas y Sagasta. Alfonso XIII ; regencia de María Cristina. Guerra con Norteamérica.

II. Revolución del proletariado : 1898-1939

1. Primera etapa de lucha de clases revolucionaria : 1898-1917 : Pérdida de los restos del imperio colonial. Mayoría de edad de Alfonso XIII. Semana trágica. Juntas de Defensa. **2. Segunda etapa de lucha de clases revolucionaria : 1917-1931 :** La crisis social de 1917. La dictadura de Primo de Rivera. La muerte de la monarquía. **3. Periodo revolucionario : 1931-1936 :** Proclamación de la república. Cortes Constituyentes. El bienio negro. El Frente Popular y las elecciones de 1936. Sublevación militar. **4. La revolución proletaria : 1936-1939 :** La revolución contra el fascismo. La república contra la revolución. La república vencida.

III. La dictadura de la burguesía : 1936-1966

1. La « cruzada » de Franco : 1936-1939 : La derecha elige la violencia. La derecha se viste de azul. Serrano Suñer y Franco. Liquidación del enemigo. **2. de la victoria de 1939 a la crisis de 1945 :** La guerra mundial. España opta por la participación en la guerra. Ensayo de institucionalización del Nuevo Estado. España vuelve a la neutralidad. Victoria aliada y sus consecuencias sobre la política española. **3. El régimen franquista en cuarentena : 1946-1950 :** Se plantea la sucesión. Abandono de la legitimidad republicana : pacto de San Juan de Luz. España se convierte en reino. Liquidación del movimiento guerrillero. Franco y Don Juan. Se empieza a romper el aislamiento internacional. **4. De la inflación a la estabilización : 1951-1960 :** Se rompe el bloqueo internacional. Primeros movimientos de masa. La crisis de gobierno de 1951. Hacia la « Reconciliación Nacional ». El pacto de Madrid y el Concordato. La lucha en la Universidad. Crisis política de 1956. Inflación. Gobierno de tecnócratas : el Opus Dei. Las nuevas generaciones. Estabilización. La Iglesia y el régimen franquista. **5. Tres años importantes : 1961-1962-1963 :** La tensión social aumenta con la reactivación económica. Las grandes huelgas de 1962. España pide su adhesión al Mercado Común. La reunión de Munich. Crisis de gobierno. Nuevas huelgas. Hacia el Plan de Desarrollo. **6. España ante el futuro : 1964-1966 :** El Plan de Desarrollo. Crisis del Partido Comunista. Agitación creciente en la Universidad. Crisis del Frente de Liberación Popular. Nuevo gobierno. Peligro de inflación. Reorganización de los Sindicatos Verticales. Tensión entre los católicos catalanes. La Ley de Prensa. Las comisiones obreras. Gibraltar. Subida del salario mínimo. Tensiones políticas en el Movimiento alrededor de la institucionalización. Franco anuncia a las Cortes la nueva Ley Orgánica del Estado y el referéndum. **Panorámica general.** El desarrollo económico. La liberalización política. La oposición política. **Conclusión.**

420 páginas

36,— F

Ruedo ibérico

Gerardo Núñez **España : también colonia de los trusts europeos**

En los años transcurridos de la década del sesenta han hecho irrupción en España, unos tras otros, o aumentado la extensión de su implantación anterior, la mayor parte de los trusts monopolistas de Estados Unidos y los países europeos. España, como resultado de ello, está siendo incorporada a la Europa neocapitalista al mismo tiempo que sus mercados son objeto de conquista también para los grandes monopolios yanquis. Y ésta es una situación a la que se ha llegado en breve espacio de tiempo, de manera casi fulminante. Se trata de una evidencia que el régimen franquista oculta tras el rótulo de « inversión exterior para el desarrollo económico » y que, por las indudables implicaciones, no sólo económicas sino también políticas, que lleva consigo, es de todo punto necesario sea conocida en toda su real dimensión.

En otra parte hemos tratado apresuradamente de llamar la atención acerca de la presencia generalizada del imperialismo industrial norteamericano en nuestro país¹, pero este hecho decisivo no debe hacernos olvidar el otro proceso que se está cumpliendo, del que son protagonistas los grandes trusts industriales de Alemania Federal, Gran Bretaña, Francia, etc., igualmente orientado en dirección neocolonialista y factor a tener bien presente en todo planteamiento de lucha por la oposición antimperialista española.

Hoy en España, los grandes trusts pertenecientes a los países de la Comunidad Económica Europea, de Gran Bretaña, Suecia y Suiza, controlan o pesan decisivamente en una amplia serie de ramas de la producción, ya se trate de las diversas actividades de la industria química y petroquímica, productos farmacéuticos, plásticos y fibras sintéticas, la maquinaria y equipo eléctrico, la industria del automóvil y auxiliares de la misma, el aluminio, el vidrio, la alimentación, la producción minera, etc.

Cierto es que la penetración de los mercados nacionales por el capital exterior —norteamericano en primer lugar— es un hecho observable fácilmente en los demás países de economía de mercado, pero el caso español posee una intensidad y algunas características singulares.

Las causas que han conducido a esta desnacionalización creciente de la industria española son varias, exteriores unas, otras interiores. Entre las primeras, son determinantes el desarrollo de las fuerzas productivas en Estados Unidos y Europa occidental, la agudización de la competencia entre los monopolios internacionales y la concentración capitalista, causas las

1. « Los monopolios yanquis en España », Cuadernos de Ruedo ibérico, nº 13/14, junio/septiembre de 1967

tres interrelacionadas. El desarrollo de las fuerzas productivas se ha traducido en el lanzamiento de producciones masivas, excedentarias incluso, por parte de las grandes empresas, única vía para el aprovechamiento capitalista de aquéllas. Los intercambios internacionales han crecido enormemente; el Estado nacional en Europa ha quedado convertido en marco estrecho en esta nueva fase de la concentración de capitales y el proteccionismo en obstáculo que es preciso reducir y eliminar. Ningún mercado resulta ya indiferente. Penetrar en uno y aumentar las ventas es dificultar la presencia de los trusts competidores. No hacerlo, significa perder posiciones que a otros refuerzan. Si el mercado nacional es estrecho, y en Europa todos los son para los grandes grupos, hay que asegurarse mercados en el exterior, y el establecimiento de compañías subsidiarias se ha revelado el procedimiento más adecuado a tal fin. Por otra parte, extendiéndose más allá de las propias fronteras se está protegiendo el propio mercado nacional también amenazado; la extensión de los monopolios es hoy la condición misma de su supervivencia. Si ello no puede realizarse con la dimensión disponible, se acude a la fusión o a la asociación con otros trusts. Unas veces la obtención de beneficios, otras el riesgo de perder mercados, otras la acción del Estado neocapitalista, proporcionan el impulso necesario. Se acude a la fusión preferentemente por los trusts nacionales —ésta es la regla general— o salvando las fronteras si no hay solución viable a escala nacional (la formación del grupo germano-belga Agfa-Gevaert para hacer frente a la Kodak norteamericana es el ejemplo más notable), pero en cualquier caso, por absorción, fusión o acuerdo, la división del trabajo a escala internacional se acentúa. Las posiciones no sostenibles se ceden (esto viene sucediendo con las actividades marginales de algunos trusts), se fortalecen creando nuevas entidades monopolistas, o se pierden adquiridas por el imperialismo norteamericano. Los ejemplos de estas distintas formas de actuación son tan numerosos y conocidos que no consideramos necesario repetirlos aquí.

Dentro de un proceso similar en sus grandes líneas directrices, la situación tiene en cada una de las naciones características diferenciales. La República Federal Alemana, Bélgica y Holanda, con una tradición librecambista y un desarrollo de las fuerzas productivas orientado hacia la exportación, están en mejores condiciones de hacer frente a la intensificación de la competencia, mientras Italia, con un ritmo rápido de desarrollo y la existencia de trusts creados por el Estado, resiste y aún empieza a hacer sentir en algunos sectores una penetración alarmante. Los monopolios franceses, tradicionalmente protegidos, encuentran dificultades de adaptación que el gaullismo trata de vencer acelerando el proceso de concentración empresarial. Fuera del Mercado Común, el imperialismo británico, en medio de dificultades casi insuperables, concentra también sus grandes trusts, estimulado por el gobierno laborista, y prepara su incorporación haciendo notar las ventajas que para el capitalismo europeo frente al de Estados Unidos supondría contar con los recursos británicos destinados a la investigación.

En tales condiciones de agudización de la competencia entre los imperialismos, España resulta un mercado con una cierta demanda solvente, un ejército industrial de reserva numeroso, geográficamente próximo, con elevados aranceles y baja presión fiscal que el fraude generalizado reduce aún más, donde el establecimiento de sociedades filiales origina una ampliación de las ventas y, en consecuencia, es un factor de consolidación de las posiciones de los trusts. Respondiendo a la ofensiva del imperialismo norteamericano, los imperialismos europeos han satelizado también la economía española a través de las inversiones de capital y los contratos de asistencia técnica.

En el lado español existen asimismo causas que han llevado a la nueva situación de neocolonización económica. La principal, el fracaso del franquismo en desarrollar las fuerzas productivas y la conciencia que de ello ha adquirido la gran burguesía financiera española. Fracaso en no haber logrado crear empresas de dimensión adecuada, capaces de otorgar al capitalismo español un lugar dentro de la lucha competitiva², fracaso también al no haber impulsado la investigación, condición indispensable de todo desarrollo autónomo.

El aspecto tecnológico resulta especialmente decisivo. El abismo entre el capitalismo nacional y el de las naciones desarrolladas es enorme y sin posible recuperación; por el contrario, se hace mayor cada año. Al igual que en los países del occidente europeo, las burguesías han tomado conciencia de su gran desventaja en el campo de la investigación y la tecnología frente al imperialismo norteamericano y de su transcendencia para la propia independencia nacional, la burguesía industrial española tiene bien presente su irremediable debilidad y su subordinación permanente a la técnica extranjera³.

Cegado en 1959 el camino de la autarquía, aceptando las condiciones « liberalizadoras » de los organismos económicos internacionales del capitalismo que ayudaran al régimen a remontar la grave crisis que culminó aquel año, la burguesía industrial española se unía, sin otra elección posible, a las burguesías europeas, su aliado de clase. Cuando está asistiendo a un proceso de concentración entre trusts contra los cuales ya venía tratando de protegerse desde antiguo y las barreras arancelarias desaparecen paulatinamente, sin capacidad de maniobra, tecnológicamente inexistente, su orientación no podía ser otra. Sólo le restaba el camino de la desnacionalización, la alianza —entrega al capitalismo internacional. Cediendo el mercado español entregaba al mismo tiempo gran parte de su capacidad de decisión en el futuro, pero la única posibilidad de no desaparecer en el

2. La pequeña y mediana empresa representaba en 1965 el 99,3 % del total de las industrias españolas. Únicamente 441 empresas tenían una plantilla superior a los 500 obreros. En la industria química, de un total de 7 000 empresas, 4 600, los dos tercios, tenían 5 obreros.

3. Un articulista escribía al respecto en un semanario de los medios bancarios: « La hemorragia de divisas

por royalties es tremenda. Pagamos no por ingenios espaciales o electrónicos, los estamos pagando por vulgares velomotores, automóviles utilitarios, utensilios elementales. Son divisas que debían perfectamente ahorrarse y que, sin embargo, dada nuestra situación actual, no tenemos más remedio que pagarlas si queremos que buena parte de nuestra industria funcione ». (El Economista, 15-1-1967).

inevitable enfrentamiento con otras burguesías era asociarse previamente con ellas, entrar en el bloque imperialista.

Así, el proceso de concentración que, paralelamente a los países europeos de economía de mercado, cabía esperar se realizara entre las empresas nacionales, no está teniendo lugar. ¿Cómo podrían constituirse empresas nacionales viables si las condiciones de su independencia tecnológica no se cumplen, ya de partida? En efecto, las concentraciones que se llevan a cabo o bien se producen entre filiales de trusts extranjeros⁴ o incluyen alguna empresa controlada por un trust extranjero que pasa a detentar en la nueva firma una importante participación⁵. En otros casos, se trata de la creación de una empresa estatal, concentrando varias privadas en difícil situación, indemnizando a los capitalistas por sus «aportaciones», empresa cuyos únicos objetivos son permitir que éstos inviertan sus inmovilizados recursos en sectores más dinámicos y repartir las pérdidas entre la comunidad, según la óptica neocapitalista.

Admitida, pues, la «ayuda» exterior se entra en un proceso acumulativo. La entrada de capital y técnica extranjeros facilita a su vez la penetración de otras inversiones procedentes del exterior. La presencia de un trust significa la ruptura del equilibrio existente. Al disponer de equipo más moderno, mayores recursos financieros, mejor organización y un amplio presupuesto publicitario (son las empresas extranjeras quienes han hecho de la publicidad un magnífico negocio) la competencia aumenta reduciendo las tasas de beneficio de las restantes. La alarma comienza a manifestarse y algunas empresas amenazadas concluyen por su parte acuerdos de asociación con firmas también extranjeras para tratar de mantener su nivel de beneficios. Y la penetración se intensifica y la necesidad de un socio «protector» se hace más apremiante. En estas condiciones, la incorporación de España a la Europa neocapitalista sigue una dirección dominante, realizándose de afuera a dentro y más que de incorporación se trata de absorción, de verdadera colonización.

El régimen franquista, emanación de esa gran burguesía industrial, sigue paralelamente similar evolución entreguista. De representante de la oligarquía nacional pasa a ser cada día más notoriamente defensor de los intereses extranacionales a los que comenzó otorgando todas las facilidades para su establecimiento. Al pasar bajo control de los trusts extranjeros las principales industrias del país, la política económica del régimen a través de la planificación indicativa, los polos de desarrollo, los aranceles y contingentes, las desgravaciones fiscales, la denegación de nuevas inversiones, la exigencia de condiciones mínimas prohibitivas a quienes deseen establecerse posteriormente y otras muchas medidas, orientan las decisiones de aquéllos, impiden el acceso de competidores y la formación de capacidades excedentarias que provocarían un descenso de los precios, facilita los suministros de piezas y productos terminados de la empresa extranjera matriz a sus filiales en España, reduce sus costes de producción mediante el gasto público en obras de infraestructura y, en definitiva, hace posible la obtención de elevados beneficios consolidando la dominación de

los trusts sobre el mercado.

El papel asignado a las empresas del INI de subordinación a los intereses extranjeros es otra prueba adicional de lo que decimos. Las participaciones del Instituto Nacional de Industria en las empresas más rentables se reducen en beneficio de los grandes trusts. En la ENASA, la participación de Leyland, que era del 7% a mediados de 1966, es actualmente del 25,1%, al haber adquirido acciones del INI. Más elocuente es el caso de la SEAT, empresa en la que el Instituto poseía una participación mayoritaria, que ha perdido al ceder a la FIAT las acciones necesarias para que ésta aumente la suya del 7% al 36%. Por todas partes es posible observar la unión de la burguesía industrial y financiera y del régimen franquista con el bloque imperialista.

Los trusts monopolistas han penetrado en España siguiendo varios procedimientos. Unas veces, han utilizado la inversión tradicional de tipo colonial, orientada hacia la explotación de los recursos mineros del país con miras exportadoras hacia la empresa metropolitana. Así, entre los trusts dedicados a la explotación del subsuelo español, figuran nombres conocidos como Río Tinto-Zinc, Banca Rothschild (Peñarroya), Royal Asturienne de Mines (Reocin), Vieille Montagne, Solvay (minas de potasa de Suria), Montedison (minas del Dubra), IRI (minas del Conjuro), Grupo Otto Wolff (Los Guindos), Compagnie de Mokta (Cía. Andaluza de Minas), etc. Otra vez, mediante la compra de empresas cuyas ventas en las distintas actividades significan un elevado porcentaje del total nacional. El imperialismo norteamericano es quien utiliza esta fórmula con mayor frecuencia.

Tercero, constituyendo filiales sin participación de los monopolios nacionales o con una participación meramente simbólica. Ejemplos significativos los ofrecen los trusts químicos de la Alemania Federal, sucesores de la IG Farbenindustrie al establecer sus filiales Hoechst Ibérica, Bayer Hispania y BASF Española.

En cuarto lugar, en asociación con la burguesía financiera e industrial española en los sectores más dinámicos de la economía. Esta alianza, mutuamente ventajosa, de la clase explotadora española con los trusts imperialistas, es consecuencia del retraso tecnológico insalvable de aquélla al que nos hemos referido y de la amenaza que deriva para su continuidad hegemónica. Esta forma ha dado lugar en repetidos casos a la creación de empresas mediante la interpenetración de capitales de distintas nacionalidades.

Por último, adquiriendo participaciones minoritarias por aportación muchas veces de asistencia técnica, hasta llegar al control absoluto de la empresa asociada tras sucesivas ampliaciones de capital, acuerdos de utilización de la red distribuidora del socio extranjero, fabricación de nuevos modelos, etc.

4. Reorganización de los grupos Nestlé, Saint-Gobain, AEG-Telefunken, Peñarroya, etc., en España.
5. Un ejemplo notable es la concentración de empre-

sas Motor Ibérica, en la que el trust canadiense Massey Ferguson adquiere un peso decisivo, a través de las empresas que aporta.

A través de estas distintas formas de penetración, la economía española ha caído en un profundo nivel de colonización bajo el imperialismo también de las llamadas democracias occidentales europeas. Una descripción bastante completa del mismo es lo que pretenden ofrecer las páginas que siguen.

Empresas controladas y participadas en España por los 100 más importantes trusts europeos*

1) Royal Dutch Shell (H-GB) (petróleo, química)	Industrias Químicas Asociadas SA (IQA) Sociedad Petrolífera Española Shell SA Shell España Abonos Sevilla SA Unión Española de Explosivos SA Refinerías de Cataluña SA I «Maskor» SA	[25 %] (800) [20 %] (600) (1 500) [50,1 %]
2) Unilever (GB-H) (alimentación, química)	Lever Ibérica SA Foret SA Lever SA Vinolia SA SE para la Nutrición Animal Agra SA Acidos Grasos y Derivados Lintas SA Industrias del Prat de Llobregat SA	[92 %] (220) ¹ (300)
3) British Petroleum (GB) (petróleo, química)	BP Española de Petróleos SA	
4) Volkswagenwerk (RFA) (automóviles)	Industrias del Motor SA (IMOSA) Volkswagen Española SA	[25 %] (324)

* La relación de los trusts europeos ha sido tomada de la revista norteamericana *Fortune* (15 de septiembre de 1967) y se refiere al año 1966. De ella han quedado excluidas entidades como la British American Tobacco, Imperial Tobacco, etc., que por la índole de sus actividades no pueden operar en España.

Las empresas cuyos nombres están compuestos en negritas, en los cuadros, figuran entre las 200 empresas españolas más importantes. En el texto de los análisis por países, tales empresas van precedidas de un asterisco (*). En estos casos, además del porcentaje [...] en poder del trust extranjero, cuando ha podido ser conocido, se incluye la cifra del capital (...) en millones de pesetas.

Dentro de varios grupos, las filiales en España están

siendo objeto de reorganización, para lo cual están previstas una serie de absorciones. Esto es particularmente cierto en las empresas controladas por Nestlé, AEG-Telefunken, Dunlop, Ugine-Kuhlmann, Saint-Gobain y Ciba.

La relación de trusts extranjeros no recoge, evidentemente, las concentraciones efectuadas posteriormente a la fecha de su publicación. Las más destacadas entre las que afectan en una u otra manera a dicha relación son las de British Motor (14) - Leyland (63); Thyssen (11) - HOAC - Hoogovens; Pechiney (43) - Trefimetaux; y AEI (51) - General Electric (GB) (73).
Abreviaturas: GB = Gran Bretaña; H = Holanda; RFA = República Federal Alemana; I = Italia; S = Suiza; F = Francia; B = Bélgica; Su = Suecia.

1. Antes Compañía Ibérica de Detergentes SA.

- 5) **Imperial Chemical Industries**
(ICI)
(GB)
 (química, textiles)
- ICI España
 Alcudia SA [100 %]²
 Crosici SA [37 %] (450)
 Hispavic Industrial SA [32 %]
 ICI Comas SA [25 %]
 ICI Farma SA [50 %]
 Intermedios Orgánicos SA
 Vinilo SA
 Imperial Azamón SA
 Zeltia Agraria SA [50 %]
 SE de Productos Fotográficos «Valca» SA
- 7) **Philips**
(H)
 (equipo eléctrico)
- Philips Ibérica SA
 SE de Lámparas Eléctricas «Z»
 Lámpara Philips SA
 Productos Electrónicos SA
 Unión Eléctrica de Canarias SA
- 8) **Montecatini-Edison**
(I)
 (química, textiles)
- Paular SA [50 %] (650)
 Nitroquímica SA
 Cromo SA [50 %]
 ACSA Española SA
 Investigaciones Petrolíferas SA (IPESA)
 Minas del Dubra SA
 Fabricación de Anilina y Productos Químicos SA
- 9) **Siemens**
(RFA)
 (equipo eléctrico)
- Siemens Industria Electrónica SA
 Siemens Electromédica Española SA
 Hispano Alemana de Electrodomésticos
 Industrial Latina de Electricidad Aplicada SA
 Central Técnica Científica SA
 Oeram SA
- 10) **Nestlé**
(S)
 (alimentación)
- Sociedad Nestlé AE de Productos Alimenticios [100 %] (710)
 Comercial Nestlé SA
 Productos Lácteos El Molinero SA [100 %]
 Derivados Lácteos SA [100 %] (360)
 Productos Maggi SA
 Industria Lechera Peninsular SA
 Sociedad Lechera Montañesa AE
 Industrial Lechera de Mallorca SA
 Granja Soldevila SA
 Queserías Reunidas SA
 Productos Sila SA
- 11) **August Thyssen-Hütte**
(RFA)
 (siderurgia)
- Thyssen Stahlunión Ibérica SA
 SA Echevarría
- 12) **Fiat**
(I)
 (automóviles)
- Sociedad Española de Automóviles de Turismo SA (SEAT) [36 %] (1 800)
 Fiat Hispania SAE
 Campomec
 Propilator Ibérica SA
 Autotransporte Turístico Español SA (ATESA)
 Tractorfiat SA

2. Antes Azamón SA.

- 43) **Daimler Benz** (RFA) (automóviles) Industrias del Automóvil SA (IDASA)
- 14) **British Motor** (GB) (automóviles) Automóviles de Turismo Hispano Inglesa SA (Authinsa) SA de Vehículos Automóviles (SAVA) (500)
- 15) **Farbwerke Hoechst** (RFA) (química) Hoechst Ibérica SA [100 %] (400) Electroquímica de Flix SA [37,5 %] (225) Industrias Químicas Asociadas SA (IQA) [25 %] (800) Sintesa SA Disolventes Químicos SL Comercial Químicas SA Cloralita SA Primma SA Derivados del Etileno SA [50 %] Monómeros Españoles SA [33,3 %] Unión Española del Acido Acético SA [33,3 %]
- 16) **Renault** (F) (automóviles) Fabricación de Automóviles SA Renault (FASA-Renault) [mayoría] (1 050) SA Maquinaria Agrícola Renault Fabricación de Carrocerías Renault de España SA (FACSA-Renault) Fabricaciones Mecánicas Renault de España (FAMESA-Renault) Difusión Industrial y del Automóvil por el Crédito SA Renault España SA SAE de Automóviles Renault Somua Española
- 17) **Farbenfabrieken Bayer** (RFA) (química, textiles) Bayer Hispania SA [75 %] Fabricación Nacional de Colorantes y Explosivos SA [25 %] Productos Electrolíticos SA Zeltia Agraria SA Industrias Químicas de Alsasua SA Unicolor SA Colorantes y Productos Químicos La Química Comercial y Farmacéutica SA Haarmann y Reimer SAE
- 18) **Krupp** (RFA) (siderurgia, maquinaria) UNINSA [10 %] (5 000) Siderúrgica Asturiana SA Plásticos del Cinca SA [35 %] Drim SA
- 19) **AEG-Telefunken** (RFA) (equipo eléctrico) AEG Ibérica de Electricidad SA [100 %] (400) Telefunken Radiotécnica Ibérica SA [70 %] Telefunken Fábrica de Tubos Electrónicos SA AEG Industrial SA Minfor SA Eléctrica Rubi SA Olympia de Máquinas de Oficina SA [99 %] Osram SA Aceros Atlas SA

- | | |
|---|---|
| 20) Badische Amilin & Soda Fabrik (BASF)
(RFA)
(química) | BASF Española SA
Fabricación Nacional de Colorantes y Explosivos SA [75 %]
Unicolor SA Colorantes y Productos Químicos [25 %]
Fabricación Española de Fibras Textiles Artificiales SA (FEFASA) |
| 21) Cie Française des Pétroles
(F)
(productos petrolíferos) | Petróleos y Derivados SA
Petroliera Española Total SA |
| 22) Rhône-Poulenc
(F)
(química, textiles) | SA de Fibras Artificiales (SAFA)
Comercial de Hules y Plástico
SOCARES |
| 23) ENI (Ente Nazionale Idrocarburi)
(I)
(petróleo) | Equip-Gas SA
SNAM Auxini Española SA [33,3 %]
Petrofibra SA [25 %]
Agip España SA |
| 25) Gutehoffnungshütte
(RFA)
(maquinaria) | MAN-Ferro Española SA
Ferriberia SA |
| 26) Rheinische Stahlwerke
(RFA)
(maquinaria) | Saenger SA
Motores Sura SA
Hidrotecar SA |
| 28) Mannesmann
(RFA)
(maquinaria) | Mannesmann Industria Ibérica SA
Mannesmann Agrotécnica SA
Riegos Mannesmann SA |
| 29) Guest, Kenn & Nettlefolds
(GB)
(siderurgia) | Taga SA [30 %] |
| 30) Hoesch
(RFA)
(siderurgia, maquinaria) | Helisold SA
Orenstein y Koppel SA |
| 31) Courtaulds
(GB) | Industrias del Acetato de Celulosa SA (INACSA)
Establecimientos Lory SA
Benditex SA |
| 32) Dunlop
(GB)
(neumáticos) | Dunlop Ibérica SA
Sociedad Ibérica de Gomas y Amiantos SA
Dunlop SE Neumáticos
Frenos Iruña SA
Española de Plásticos SA (Céplástica) (200) |
| 33) Peugeot
(F)
(automóviles) | Peugeot SAE |

- | | | |
|---|--|--|
| 35) Salzgitter
(RFA)
(maquinaria) | Agua y Suelo SA
Compañía Petrolífera Ibérica SA | |
| 36) Citroën
(F)
(automóviles) | Citroën Hispania SA
SE de Automóviles Citroën SA
SA de Vehículos Automóviles (SAVA) | [49 %] (400)
(500) |
| 37) Schneider
(F)
(metalurgia) | Sociedad de Aplicaciones Electrónicas
Schneider SA
Proyectos Técnicos Industriales SA | |
| 38) Metallgesellschaft
(RFA)
(metalurgia) | Lurgi Española SA
Cometal SA
Bereincua-Montan SL | |
| 40) Pirelli
(I)
(neumáticos) | Productos Pirelli SA
SE de Construcciones Electro-Mecánicas SA (SECEM)
Comercial Pirelli SA
Compañía de Inversiones SA
Inmobiliaria Pirelli SA
Ferodo Española SA | (1 000)
(456,9) |
| 42) British Insulated Callender's Cables
(GB)
(equipo eléctrico) | Conductores Eléctricos Roqué SA | [mayoría] |
| 43) Pechiney
(F)
(aluminio) | Aluminio de Galicia SA
Aluminio Transformación SA
Aluminio Earle SA
Aluminio y Aleaciones SA
Aluminio Español SA
Impresión en Aluminio SA
Centro de Desarrollo del Aluminio SA
Grafitos Eléctricos del Noroeste SA (GENOSA)
¹ Resinas Poliésteres SA (REPOSA)
Conducciones Industriales, Civiles y Agrícolas SA
Suministros y Estudios Industriales y Económicos SA
TEFAL Española SA
Standard Química SA
Insecticidas Cóndor SA ³
Sociedad Española de Tubos de Estaño | (400)
[40 %] (250)
(GB)
(230)
[33,3 %] |
| 45) ERAP
(F)
(productos petrolíferos) | IPESA
Empresa Nacional de Petróleos de Aragón SA (ENPASA)
Empresa Nacional de Petróleos de Navarra SA (ENPENSA)
Aquitania Ibérica SA
Etileno SA
Film Agrícola Industrial SA | [33 %]
[33 %]
[50 %]
[25 %]
[91,43 %] |

1. A través de Productos Químicos Pechiney-Saint-Gobain.
2. A través de Pechiney-Progil.

- 46) **Ugine-Kuhlmann**
(F)
Industrias Químicas de Tarragona SA
Ugine Química de Halógenos SA [51 %]
Industrial Química Moderna SA
Soler y Guitart SA
Aplicaciones del Acetileno SA
Colorantes y Productos Químicos Nacuma SA [100 %]
- 47) **AKU (Algemene Kunstzijde Unie)**
(H)
(textiles)
Seda de Barcelona SA [65 %] (333)
Perlofil SA [48 %] (300)
Cyanenka SA [25 % ; Seda de Barcelona 30 % y Perlofil el 5 %] (460)
Iberenka SA [20 % ; Seda de Barcelona 40 % y Perlofil el 40 %]
Shappe-Tex SA [Perlofil 25 % ; Seda de Barcelona 25 %]
Fibras Texturadas SA
- 48) **Robert Bosch**
(RFA)
(equipo eléctrico)
Constructora Eléctrica Española SA (CEESA) [50 %]¹
Electro-Diesel SA
Electro Inyección SA
Equipos Bosch SA
- 49) **Saint-Gobain**
(F)
(vidrio)
Cristalería Española SA [64,58 %] (461,2)
Explotación de Industrias, Comercio y Patentes SA
Vidriera de Castilla SA (250)
Fibras Minerales SA [55 %] (250)
General de Vidrierías Españolas SA
Gijón Fabril SA
Sociedad Comercial del Vidrio SA
Wanner Española SA
Esperanza SA
Aplicaciones Técnicas del Vidrio SA
Unión Comercial Vidriera SA
Vidriera Española SA [63 %]
Vidriera Mecánica del Norte SA
La Veneciana SA [51 %]
Cristalería Catalana SA
Vidriera Badalonesa SA
Cristalerías Corriplo SA
Vidrieras Cantábricas Reunidas SA
Sucesor de G. Pereanton SA
Suministros y Estudios Industriales y Económicos SA
Española para la Fabricación Mecánica del Vidrio SA
Cristal Madrid SA
Resinas Poliésteres SA¹
Celulosas del Nervión SA [50 %]
Manipulados Kraft del Sur SA
Standard Química SA
Central Forestal SA
- 50) **English Electric**
(GB)
(equipo eléctrico)
English Electric Española SA
Fabricaciones English Electric SA
Marconi Española SA
Equipos de Organización SA

1. En el futuro se denominará Robert Bosch Española SA.

- 51) **Associated electrical Industries (AEI)** (GB) (equipo eléctrico) Birlec Española SA Auto-Electricidad SA AEI Galicia SA
- 52) **Brown Boveri** (S) (equipo eléctrico) La Maquinista Terrestre y Marítima SA [19,7 %] (600) SAE de Electricidad Brown Boveri Oerlikon Eléctrica SA
- 54) **Petrofina** (B) (petróleo) Sociedad de Explotación de Petróleo Español SA (SEPESA) [50 %]
- 55) **SKF (Svenska Kullager Fabriken)** (Su) (rodamientos) Empresa Nacional de Rodamientos SA [40 %] Rodamientos a bolas « SKF » SA [67 %]
- 58) **Générale d'Electricité** (F) (equipo eléctrico) Hispano Francesa de Energía Nuclear SA [25 %] Isodel-Sprecher SA Oasa Savoisiennne Española SA Central de Aisladores SA Porcelanas Giralt SA Manufacturas Cerámicas SA Manufacturas Guipuzcoanas de Caucho y Latex SA General Española de Electricidad SA
- 59) **Usinor** (F) (siderurgia) Empresa de Tubos de Plástico
- 61) **Michelin** (F) (neumáticos) SA para la Fabricación en España de Neumáticos Michelin
- 63) **Leyland Motor** (GB) (vehículos) Empresa Nacional de Autocamiones SA (ENASA) [25,1 %] (2 100) Comercial Pegaso SA [25 %] Leyland Ibérica SA Metalúrgica de Santa Ana SA [9 %]¹ Vehículos Accesorios y Recambios SA Financiera Venta Vehículos SA TIMSA
- 64) **Volvo** (Su) (automóviles) Volvo Concesionarios SA
- 65) **Hoffman-La Roche** (S) (farmacia) Productos Roche SA

1. Participada por Productos Químicos Pechiney-Saint-Gobain, Celulosas del Nervión, Manipulados

Kraft del Sur por la Cellulose du Pin, así como Central Forestal SA.

- | | | |
|--|--|--------------------|
| 66) Solvay
(B)
(química) | Solvay y Compañía
Kali-Chemie Iberia SA
Minas de Potasa de Suria SA
Potasas Españolas SA
Hispavic Industrial SA
Manufacturas de Hule SA
General de Ferrocarriles Catalanes
Ferrocarril Económico de Manresa a Berga
Detergentes y Productos Químicos SA
Vinilo SA
DISAL
Financiera Alavesa
Vidrierías de Llodio
Española para la Fabricación Mecánica del Vidrio
Técnicas Especiales Industriales SA (TEINSA)
Cellophane Española SA
Química Ibérica SA
Química de Mieres
Industrias Químicas de Luchana
Unión Comercial Belgo-Española | [37,7 %]
[75 %] |
| 68) Joseph Lucas
(GB)
(equipo de transporte) | Lucas Iberia SA
Constructora de Equipos Diesel SA
Hispano Villiers SA | |
| 70) Tate et Lyle
(GB)
(alimentación) | Melazas SA | |
| 71) Olivetti
(I)
(máquinas de escribir) | Hispano Olivetti SA
Comercial Mecanográfica SA
Rápida SA | [71,32 %] |
| 72) Thomson Houston-Hotchkiss Brandt
(F)
(equipo eléctrico) | Thomson Española SA
General Española de Electricidad SA | |
| 73) General Electric
(GB)
(equipo eléctrico) | Genalex SA
Genalex Electrónica SA | |
| 74) Vickers
(GB)
(naval, motores) | Howson Ibérica SA | |

1. En una reciente ampliación de capital, se preveía el aumento de la participación de la Rover británica, perteneciente al grupo Leyland.

- | | | |
|---|--|---|
| 76) Ciba
(S)
(farmacia) | Ciba SA
SA Industrial de Cauchos y Resinas
Sociedad Intermedios y Colorantes SA
Calorífico SA
Laboratorio Químico Farmacéutico Garriga SA | [68] Solvas
(B)
(químicos) |
| 77) Rolls-Royce
(GB)
(automóviles) | Rolls-Royce de España SA
ORESA | |
| 78) ASEA (Allmänna Svenska Elektriska)
(Su)
(maquinaria eléctrica) | Electrolux SA
ASEA Eléctrica SA
ESAB Ibérica SA
Construcciones Eléctricas de Sabadell SA
Allmänna Svenska SA
Unión de Fabricantes de Electrodo de España SA
Sociedad Española de Ventilación SF SA | |
| 79) Klockner-Werke
(RFA)
(siderurgia) | Klockner Ibérica SL | [68] Joseph Lucas
(GB)
(de transporte) |
| 81) Coats, Patons LTD
(GB)
(textiles) | Hilaturas Fabra y Coats | [69,76 %] (380) |
| 82) J.R. Geigy
(S)
(farmacia) | Laboratorios Padró SA
Geigy SA
Industrias Químicas de Navarra SA | [70] Tate et Lyle
(GB)
(alimentación) |
| 85) Allied Breweries
(GB)
(alimentación) | Cervezas de Santander SA | [71] Olivetti
(I)
(máquinas de escribir) |
| 86) Feldmuhle-Dynamit Nobel
(RFA)
(explosivos) | Española de Estudios y Técnica de Explosivos SA | [72] Thomson Houston-Hotchkiss
Branch
(F)
(equipo eléctrico) |
| 88) Metal Box
(GB)
(containers) | Internacional de Envases SA | [73] General Electric
(GB)
(equipo eléctrico) |
| 90) Río Tinto-Zinc
(GB)
(minas) | Española de Minas de Río Tinto SA
The Río Tinto Company Ltd
The Tharsis Sulphur and Copper Company Ltd
Sociedad de Río Tinto Patiño SA
La Productora de Borax y Artículos Químicos SA | [33,33 %] (1 500)
[74] Victoria
(GB)
[100 %] |
| 92) L.M. Ericsson Telephone
(Su)
(equipo eléctrico) | Compañía Española Ericsson SA
ELEME Técnica SA
ELEME Comercial SA | [96,98 %] (265) |

93) Klockner-Humboldt-Deutz (RFA) (maquinaria)	Española de Motores Deutz Otto Legítimo SA	
99) Union Minera del Alto Katanga (B) (minas)	Real Asturiana de Minas SA Asturiana del Zinc SA Carbones de la Nueva Minas de Cartes Química Industrial de Capuchinos Sociedad Auxiliar de la Industria Química CENIM Talleres Obregón SA	(400)
100) L'Air Liquide (F) (químicas)	L'Air Liquide SA SE del Oxígeno SA Oxídrica Malagueña SA Oxígeno y Suministros para la Soldadura SA General del Oxígeno SA Castellana del Oxígeno SA Oxígeno del Norte SA	(23,51 FF) (311,8)

La simple lectura de la clasificación anterior —sin tener en cuenta la intensa penetración, incomparablemente más agresiva, del imperialismo yanqui— es suficiente para dar idea exacta del proceso de neocolonización a que viene estando sometida España por parte del capitalismo de los países europeos, aliado del franquismo en la etapa que éste denomina « liberalizadora y de consolidación de las bases del régimen ».

De los 100 trusts mencionados, 74 poseen intereses en España en la mayoría de los casos de singular importancia y peso en las distintas actividades económicas, llegando incluso al monopolio más absoluto. El número de sus empresas subsidiarias o asociadas es de 330 entre las que se encuentran 42 de las 200 más importantes situadas en territorio español.

Sin embargo, el hecho de considerar ese centenar de trusts, deja en la sombra a un número muy elevado de grupos que han irrumpido también en el mercado español y cuyo conocimiento ayuda a medir quienes son hoy realmente los árbitros de la economía española. Por eso, hemos creído no sólo útil sino necesario referirnos por separado a cada uno de los países de Europa exportadores de capital y dar a conocer bastante exhaustivamente el comportamiento expansivo de los oligopolios de cada uno de ellos.

Alemania Federal

A partir de 1951 la República Federal vuelve a participar en las inversiones de capital en el exterior orientadas por la dependencia de su economía respecto del comercio Internacional (en 1966 vuelve a ocupar el segundo lugar en los intercambios exteriores con el 11 % de la exportación total mundial).

Sus inversiones en España, tanto autorizadas por el franquismo (porcentaje superior al 50 %) como las

de porcentajes inferiores han significado :

	millones de DM
De 1951 al 31/12/1964	230,6
Hasta el 31/12/1965	296,2
Hasta el 31/ 3/1966	322
Hasta el 31/ 3/1967	410

Las mismas representan el 10% aproximadamente del total de las inversiones realizadas en España. A pesar del gran número de empresas subsidiarias y participadas por el nuevo imperialismo germano, el franquismo estima que este porcentaje resulta excesivamente bajo y, una y otra vez, los ministros franquistas manifiestan la conveniencia de que sea ampliado, no dudando en argumentar que tal sería la mejor manera de corresponder a su contribución al «milagro» alemán en forma de mano de obra

española emigrada.

De los 100 primeros trusts europeos, 23 pertenecen a la República Federal Alemana y 19 de ellos han realizado inversiones en el mercado español. Dado el desarrollo de las fuerzas productivas en aquél país, existen otros muchos konzern y empresas industriales que han establecido filiales o adquirido sociedades en España y que se mencionan a continuación:

Agfa-Gevaert
(RFA-B))

Agfa Gevaert SA
Agfa Foto SA
Gevaert Española SA
Manufacturas Fotográficas Españolas
Industria Fotoquímica Nacional
Infonal SA

Continental Gummi Werke
(automóvil)

Continental Industrias del Caucho SA [76,7 %]

Demag
(mecánicas)

Demag Maquinaria SA [100 %]
Demag Equipos Industriales SA
Sidernaal Equipos Siderúrgicos SA [50 %]

Ferrostaal
(metálicas)

MAN Ferro Española
Ferrerberia SA

Preussag
(extractivas)

Coromina Agefko-Tikko SA (CATISA)

Metzeler
(automóvil)

Metzcler Industria Española del Poliéster SA
Mirt-Metzcler SA

Linde
(mecánicas)

Linde Ibérica Industria del Frio SA
Abelló, Oxígeno Linde SA

**Rochling'sche Eisen- und
Stahlwerke GmbH**
(metálicas)

Aceros Rochling SA

Carl Zeiss
(mecánicas)

Zeiss Ibérica SA
Aplicaciones Técnicas del Vidrio

Otto Wolff
(extractivas)

Unión Matalgráfica Andaluza SA [100 %]
Minero Metalúrgica Los Guindos SA

Bayerische Moloren Werke
(BMW)
(automóvil)

Industrias Motorizadas Onieva

Triump International
(textil)

Triumph Internacional

Fichtel Sachs (automóvil)	Transmisiones y Embragues SA	
Gebruder Stumm (méticas)	Tamices y Rejillas Industriales SA	[40 %]
Didier Werke (construcción)	Didier Mersa SA Construcciones Didier SA Magnesitas Navarras Magnesitas Sintetizadas	
G. Bauknecht GmbH (eléctricas)	Hispano-Bauknecht SA	
Beton und Monierbau (construcción)	Constructora Beton y Monierbau ESA (Bymesa)	
Dyckerhoff Zementwerke (construcción)	SAE de Cementos Portland Hispania	
Rohm Haas (químicas)	Curtex SA Plexi SA Rohacril SA Elaboración Plásticos Españoles Polibérica SA	
Schering (químicas)	Productos Químicos Schering SA	
Telefonbau und Normalzeit (eléctricas)	Telenorma Española SA	
Varta (eléctricas)	Internacional de Acumuladores	[87,5 %]
E. Merck (químicas)	Igoda SA	
NSU Motorenwerke (automóvil)	Lube-NSU SA	
Th. Goldsmidt (químicas)	Productos Antiácidos y Cerámicos	
Braun AG (mecánicas) (adquirida por Guillette, de Estados Unidos)	Braun Española SA	[60 %]
Westfalia Separator (mecánicas)	Westfalia Separator Ibérica SL	
Wurttembergische Metallwaren- fabrik (WMF) (mecánicas)	WMF Española	

Pegulan-Werke (químicas)	Española de Plásticos	
Rosenthal (construcción)	Explotaciones Cerámicas Españolas	
Westfalia Dimendahl (mecánicas)	Wedag Española SA	
Jagenberg Werke (mecánicas)	Jagenberg Ibérica SA	
Messerschmitt (mecánicas)	Hispano Aviación SA	
Klinge Paperwerke (papel)	Papelera de Canarias Papeleras del Guadalquivir	[60 %]
C.H. Boehringer Sohn Ingelheim (químicas)	Boehringer SA Laboratoires FHER	
Persil GmbH	Henkel Ibérica SA	[100 %] (300)
FAG-Kugelfischer Georg Schafer	Soler Almirall SA FAG Española Bolas de Acero Tarragona Industrias Tarragona	[100 %] (250) [75 %] [75 %]

En total, cerca de 60 de los primeros 200 trusts y empresas se han introducido en el mercado español con particular intensidad en los últimos años. Bajo

la fachada de unas inversiones directas aparentemente escasas queda de manifiesto la ofensiva del imperialismo económico alemán.

Francia

El capitalismo francés en España controla un más elevado número de empresas que otros de mayor desarrollo económico y tecnológico. Aunque resulta difícil saber el número de empresas españolas en las que existe participación de capital francés, si es conocido el dato de que en unas 500 la participación francesa es mayoritaria.

Durante el periodo 1959-1966, las inversiones directas francesas autorizadas por el franquismo alcanzan la cifra de 31 millones de dólares, colocándose Francia en tercer lugar entre los países inversores, después de Estados Unidos y Suiza.

La punta de lanza del imperialismo francés en España la constituyen los trusts **Saint-Gobain**, **Pechiney**, las empresas automovilistas **Renault** y **Citroen**, el grupo **Peñarroya** de la Banca Rothschild y las Compañías **Air Liquide** y **Pont-à-Mousson**. **Saint-Gobain**, primera empresa europea en la fabricación de vidrio, establecida hace largo tiempo en

España posee el monopolio absoluto en este mercado, en el que ocupa más de 5 500 personas. Las principales empresas subsidiarias suyas son: **Cristalería Española** (capital 461 millones de pesetas); **Vidriera de Castilla** (capital 250 millones de pesetas); **Fibras Minerales** (capital 200 millones de pesetas); **General de Vidrierías Españolas** (capital 98 millones de pesetas); etc.

Por otra parte, a través de la **Cellulose du Pin** posee varias empresas en la rama de la celulosa y el papel. La relación completa de las empresas del grupo de España puede verse en la clasificación de los 100 primeros trusts europeos.

Pechiney, el más destacado productor de aluminio en Europa y tercero del mundo, ha logrado a través de las empresas que controla una decisiva importancia en el mercado español de este metal.

Sus filiales, **Aluminio Español**, **Aluminio de Galicia**, **Aluminio Transformación** y **Aluminio y Aleaciones**, realizaron en 1966 un volumen de negocios de 1 443 millones de pesetas. La primera de ellas se ha

unido recientemente con **Aluminio Earle**, filial del más antiguo transformador de este metal en España, en la que Pechiney participa con un 40 %. La nueva sociedad se denominará en el futuro **Earle Aluminio Español**.

Al igual que en el caso anterior, otras varias empresas de su grupo en España figuran en la relación de los 100 primeros trusts europeos.

Renault, con un complejo industrial en España que comprende más de 4 000 personas, es a través de su filial ***FASA-Renault** el segundo constructor de automóviles en el mercado español. Su producción supuso en 1967 el 21 % de la total, alcanzando la de vehículos industriales en igual periodo la cifra de 13 300.

Citroen, por medio de su filial ***Citroen-Hispania**, es el primer constructor de vehículos industriales y el cuarto de automóviles de turismo (5,5 % de la producción total en 1967).

Las empresas subsidiarias de **l'Air Liquide** controlan en gran parte el mercado español de gases industriales. Una de ellas, la ***Española del Oxígeno**, es el primer productor de oxígeno y acetileno.

El grupo **Pont-à-Mousson** ha desarrollado en los últimos años una intensa labor de penetración en España a través de la creación de filiales y de adquisición de participaciones en varias sociedades. **Pont-à-Mousson** posee hoy intereses en las siguientes empresas de materiales de construcción y obras públicas: **Roelaine Española SA**; **Funditubo SA**; **Materiales y Tubos Bonna SA**; **Iberit SA**; **SA Española Tubo Fábrega**; **Inelectra**; **Caorsa**; **General de Depuración y Saneamiento**; y **Ramón Vizcaino SA**, a través de **Tunzini**, otra empresa francesa de la que **Pont-à-Mousson** es gran accionista.

Peñarroya, de la Banca Rothschild, comprende en

España 10 sociedades cuya concentración ha sido autorizada por el régimen franquista a finales de 1967. El capital total de ellas se eleva a 991 millones de pesetas y la participación francesa es del 98,45 %. Tales sociedades son las siguientes: **Minera y Metalúrgica de Peñarroya SA** que produce el 65 % del plomo obtenido en España; **Sopwith**; **Maquinista de Levante**; **Minero Metalúrgica Zapata-Portman**; **Investigaciones y Explotaciones Mineras del Valle de Arán**; **Minas de Motril**; **Bético-Manchega SA**; **G y A Figueras**; **Carbonífera del Sur**; y **Cia. de Minerales**.

El grupo **Peñarroya**, primer productor mundial de plomo y uno de los diez primeros de zinc, logró en 1966 una cifra de negocios de 892 millones de francos, el 44,1 % de los cuales procedió de sus sociedades en España. En la actualidad, tras de haber cerrado en 1964 la mina **Regente** una vez que llegó a su agotamiento, prosigue sus investigaciones para extender las reservas de sus yacimientos. Otras exploraciones para aumentar su patrimonio minero cubren, según **L'Usine Nouvelle** del 8/12/1966, gran parte del territorio español.

Enumeradas las participaciones de los principales trusts industriales franceses en España al referirnos a los 100 primeros de Europa, interesa conocer la penetración de otras empresas francesas también notables. Partiendo de la clasificación que la revista **Entreprise** hace en su número 633 de las 500 primeras y tomando en cuenta únicamente las primeras 200, que incluyen algunas pertenecientes a trusts norteamericanos y de otras nacionalidades, hemos podido establecer que al menos 60 poseen filiales o asociadas en España. Si consideramos sólo las 100 primeras, el número de empresas con intereses en España es de 42. Entre ellas se cuentan:

Entreprise Minière et Chimique	Potasas Ibérica SA	
Compagnie des Compteurs	Contadores SA Contadores y Material Industrial SA Patrimonial COMPSA	
Hispano-Alsacienne	Hispano-Alsaciana de Construcciones Mecánicas	
Bousois-Souchon-Neuvesel	CE para la Fabricación Mecánica del Vidrio Pablo Vilella SA	[50 %]
Ciments Lafarge	Sevillana de Cementos Lafarge SA	
Roussel UCLAF	Laboratorios Roussel Amor Gil SA	[85 %]
Alsthom-Neyrpic	Alsthom Española SA Neyrpic Española SA General Eléctrica Española SA	[24 %]
Carnaud et Forges de Basse-Indre	Carnaud Galicia SA Oleo Metalgráfica del Sur SA	[63 %]

Progil	Progil Ibérica SA Comercial Química SA Odiel Química SA SA para el Tratamiento de Aguas Insecticidas Cándor SA	
Fives Lille-Cail	Fives Lille-Cail Ibérica SA Portland de Mallorca SA	
Ferodo	Ferodo Española SA Faessa y Men-Par SA Fraymón SAE	
Prouvost	Lanera Hispano Francesa SA Hilaturas Prouvost-Estambre Riojaña SA	
Générale de Télégraphie sans Fil	Componentes Electrónicos SA	
Saint Frères	Textiles del Sur	
Ciments Français	Canteras de Liendo Cementos Rezola Cementos del Sur	[minoría] [minoría]
Usines Chausson	Radiadores Puma Chausson SA	[63,8 %]
Compagnie de Mokta	Andaluza de Minas SA	[60,5 %]
Papeteries de France	Torras Domenech	[20 %]
Carbonisation et Charbons Actifs	Bentonitas y Minerales SA CECA Española Alginatos y Coloides Españoles SA	
Fenwick	SA Maquinaria Fenwick	[81,3 %]
Gervais-Danone-Bel	Gerdabel SA	

Holanda

La industria holandesa está caracterizada por la existencia de cuatro trusts de importancia mundial, **Royal Dutch-Shell**, **Unilever**, **Philips** y **Algemene Kunstzijde Unie (AKU)**, números 1, 2, 7 y 47 entre los 100 primeros trusts europeos.

La **Dutch-Shell** es un trust gigante comparable a la **Standard Oil** de Nueva Jersey y superior a **Mobil Oil**, **Texaco**, etc., los otros monopolistas del petróleo y sus derivados en el mundo. En España ha creado junto con **Farbwerke Hoechst**, **CEPSA** (del grupo Banco Central) y **Unión Española de Explosivos**, el complejo petroquímico denominado **Industrias Químicas Asociadas** en Tarragona, una de las inversiones más fuertes realizadas en los últimos años y ejemplo sobresaliente de asociación entre burguesías industriales de varios países. Participa también en la ***Unión Española de Explosivos (UEE)**, segunda

empresa química del país, y en ***Abonos Sevilla**, otra empresa importante del grupo UEE.

Unilever, segundo trust europeo y primer fabricante mundial de jabones, detergentes y margarina posee en España numerosos intereses, incluso su propia agencia de publicidad, ocupando unas 1 600 personas. Su filial más importante es **Lever Ibérica SA**, que controla en la totalidad. Asimismo posee una participación en la empresa química **Foret SA** del grupo de la **SA Cros**, participada también por la **Food Machinery Chemical (FMC)**. En 1967 ha tomado el control de la **Sociedad Española para la Nutrición Animal** que produce piensos compuestos.

El trust **Philips**, primer productor europeo de material eléctrico y electrónico, ocupa en España a través de su filial **Philips Ibérica SA** alrededor de 7 000 empleados y obreros y controla o participa en otras varias empresas.

El cuarto de los grandes trusts holandeses, **AKU**;

especialista de las fibras sintéticas y artificiales, controla en parte notable el mercado español en competencia con las fibras británicas (ICI y Courtaulds), alemanas (Bayer y BASF), italianas (Montedison y Snia Viscosa) y francesas (Rhône-Poulenc).

Tres de sus filiales, La Seda de Barcelona, Perlofil y Cyanenka, figuran entre las más importantes firmas instaladas en España. AKU está asociado en

varias empresas de su grupo con capitales norteamericanos (American Cyanamid y Burlington).

Junto a los trusts citados, y como muestra evidente de la penetración de los capitales holandeses, se mencionan a continuación 12 firmas holandesas y sus correspondientes filiales en España. Todas ellas figuran entre las 60 primeras de aquel país, según la clasificación de la revista francesa *Entreprise* (número 566):

N.V. Koninklijke Zwanenberg-Organon (químicas)	Organón Española SA	[100 %]
Van Doorne's Automobielfabriek (automóvil)	DAF SAE	
Heineken's Bierbrouwerijen N.V. (alimentación)	Hispano Holandesa Heineken	
Wm. Muller & Co. N.V. (transporte)	SE de Explotaciones Mineras Minera Cabarga-San Miguel Comercial y Marítima Wm. H. Muller	
Verenigde Machinefabrieken N.V. (mecánica)	Española de Construcción Naval Naval Stork Werkspoor SA	(300)
Wilton-Fijenoord-Bronswerk N.V. (navegación)	Bronswerk Española SA	
Koninklijke Nederlansche Papierfabriek (papel)	Celupal SA	[60 %]
N.V. Chemische Fabriek « Naarden » (química)	Naarden Ibérica SAE	[100 %]
N.V. Amsterdamsche Likeurstokerij « t Lootsje » der Erven Lucas Bols (alimentación)	Cograni SAE	
Konink. Neder. Maatsch. voor Haven werken N.V. (construcción)	Trabajos y Obras SA	
Lips N.V. (metálicas)	Navalips SA	
N.V. Chemische Ind. Synres (química)	Synres Ibero Holandesa SA	

Bélgica

La descripción del capitalismo belga en España, destino desde antiguo elegido para su expansión, queda claramente expuesta partiendo de los grupos financieros que dominan las actividades económicas en aquel país. Estos grupos son los siguientes:

1) La **Société Générale**, principal trust financiero del país, ejerce una influencia preponderante en la mayor empresa siderúrgica de Bélgica —Cockerill-Ougrée, número 83 entre las empresas industriales europeas. Por intermedio de ella el grupo controla las **Usines à Tubes de la Meuse** que posee en España una filial, la **SA Española de Tubos Meuse**.

A través de una sociedad de cartera (**Traction et Electricité**), la **Société Générale** tiene una importante participación en **Electrobel**, primer trust belga de la electricidad, del que también son accionistas la **Brufina**, la **Sofina**, **Electrorail** y el **Banco de París** y de los Países Bajos. **Electrobel** controla en España dos sociedades de cartera: la **Vizcaina de Electricidad** (capital 90 millones de pesetas) y, conjuntamente con ella, la **Compañía Europea de Inversiones Mobiliarias (Cedina)** (capital 50 millones de pesetas) y además posee la mitad del capital de **64,5 millones de pesetas de Regadíos y Energía de Valencia** e intereses minoritarios en **Hidroeléctrica Española y Vallehermoso**.

Al grupo de la **Société Générale** pertenecen también las **Cimenteries et Briqueteries Réunies (CBR)** con intereses en la **Sociedad Asland** en Barcelona y, a través de la **Société Belge de l'Azote et des Produits Chimiques du Marly** —cuyo más importante accionista es **Cockerill-Ougrée**— controla la **Española de Plásticos (Ceplástica)** (capital 200 millones de pesetas) y **Labaz SA**, de productos farmacéuticos. En esta última empresa, **L'Azote et Produits Chimiques du Marly** posee el 70 % del capital. Filiales suyas son también **Labaz-Pisagra SA** y **Tensia Surfac**.

La **Société Générale** controla la **Unión Minera del Alto Katanga**, voraz explotador de las riquezas del Congo ex-belga y una de las bases de la prosperidad de la antigua metrópoli, que posee 20 000 acciones de la **Vieille Montagne** y, desde principios de 1967, controla la **Real Compañía Asturiana de Minas**.

Vieille Montagne controla, a su vez, la **Sociedad Minera de Vitoria** (piritas) y la **Royal Compagnie Asturienne des Mines**, fundada en 1883, en la que también participa el **Banco Nagelmackers**, que controla la **Sociedad Asturiana del Zinc SA** (capital 400 millones de pesetas). Otras empresas de este trust en España son: la **Sociedad Auxiliar de la Industria Química**, **Carbones de la Nueva**, **CENIM**, **Minas de Cartes**, **Talleres Obregón SA** y **Química Industrial de Capuchinos**. La **Real Asturiana de Minas**

posee varias minas de zinc, plomo, etc., y produce el 60 % de la producción española de zinc.

2) Tan importante como el grupo de la **Société Générale** es el grupo **Solvay**, fuertemente implantado en numerosos países, que participa en trusts tales como la **Imperial Chemical Industries (GB)** y la **Allied Chemical de Estados Unidos**.

La penetración de este grupo en España se realiza a través de la **Sociedad Solvay y Cia.**, número 66 entre los trusts europeos, la **Compañía Internacional para la Fabricación Mecánica del Vidrio**, la **Société Financière de la Cellulose** y, especialmente, a través de la **Unión Chimique Belge**, controlada por **Solvay**. Las subsidiarias y asociadas pueden verse en la relación de empresas participadas por los 100 primeros trusts de Europa.

3) El tercer grupo financiero belga es el de **BRUFINA-COFININDUS**, del **Banco de Bruselas** y la familia **Launoit**.

La **Société de Bruxelles pour la Finance et l'Industrie SA (BRUFINA)** controla, junto con **Sarma**, la **Sarma Ibérica SA** (capital 100 millones de pesetas) que ha establecido supermercados en Madrid y en varias capitales de provincia.

Siendo el mayor accionista de **Electrobel** y de la **Société Belge de l'Azote et des Produits Chimiques de Marly**, sus intereses a través de estas empresas han quedado reseñados al hablar del grupo financiero de la **Société Générale**.

La **COFININDUS**, por su parte, participa en: **Banco del Noroeste**, **Financiera Hispana Internacional SA (FINTER)**, **Teno SA**, **Urbanizadora Hispano Belga** y **Sociedad Inmobiliaria Alcudia**.

4) Otro grupo de singular importancia, con estrechos lazos desde hace muchos años con la banca francesa **Rothschild**, es el grupo del **Banco Lambert**. Figura entre los principales accionistas de **Sofina** y **Petrofina**, a cuyos intereses en España nos referiremos más adelante, y a través de una sociedad holding participa en: **Urbanizadora Hispano-Belga**, **Financiera Hispano Internacional** y **Sociedad Inmobiliaria Alcudia**.

5) El grupo **Empain**, controla **Electrorail** y, a través de la **Société Parisienne pour l'Industrie Electrique SA**, la empresa **Nervión SPIE SA**.

6) El grupo de la **Société Financière de Transports et d'Entreprises Industrielles (SOFINA)** además de ser propietario de un gran paquete de acciones de **Electrobel** y de **L'Azote et Produits Chimiques du Marly** controla en España tres empresas: **Auxiliar de la Distribución de Electricidad**, **Hierros y Aceros Industriales y Maquinaria y Elementos de Transporte SA (Mototrans)**.

7) Otros grupos menores, **Nagelmackers**, **Bekaert** y **Coppée**, poseen asimismo intereses en España. El primero, el más antiguo de los bancos belgas, tiene intereses minoritarios en la **Royale Asturienne des Mines**. El grupo **Bekaert-Velge** participa en **The**

Tharsis Sulphur and Copper y Coppée en la Sociedad de Estudios e Investigaciones Industriales (ESINDUS).

Resta señalar las participaciones de algunos trusts importantes. En primer lugar, la del 50% de Petrofina en el capital de la **Sociedad de Explotación de Petróleo Español SA**. Petrofina es el más poderoso trust industrial de Bélgica. Los intereses en Dalami Española SA del trust Eternit; Phenix Works posee una filial en la región de Bilbao, **Skin-Plate Española SA**; los **Ateliers Basse-Sambre** otra denominada **Basse-Sambre-Corcho SA** y **Vesdre** ha construido una fábrica textil de la zona de Barcelona.

Finalmente, es preciso citar los intereses de **Gevaert**, que en 1964 se ha unido con la Agfa alemana, del Konzern Bayer.

Italia

A comienzos de 1965 se calculaba que unas 300 sociedades italianas habían establecido filiales en España o se habían asociado con empresas españolas. En cuanto al total de inversiones italianas, se evaluaba en unos 1.000 millones de dólares a mediados del año siguiente. Desde entonces, estimulado por los ministros franquistas, el capitalismo industrial italiano ha incrementado su penetración en el mercado español, como lo prueba la creación de numerosas empresas durante 1967.

Los sectores preferidos de la inversión italiana son la industria del automóvil y sus auxiliares, las fibras sintéticas, la industria química y farmacéutica, la construcción de autopistas y oleoductos, los electrodomésticos y las máquinas de escribir.

Ocho trusts industriales figuran al frente del expansionismo económico italiano y siete de ellos tienen filiales en España. El primero, el **Instituto per la Ricostruzione Industriale (IRI)**, es un trust gigante del Estado que controla numerosas de las más importantes empresas del país. En España posee las **Minas del Conjuro** (a través de Ferromin), la empresa **Sidro Ibérica SA** (a través de Siderexport) y una participación del 50% en el capital de **CIMI Española** (a través de la Italiana Montaggi Industriali).

La empresa **FINSIDER** tiene un representante en España, **Sideribérica SA** y **Autrostrade**, otra empresa del grupo, ha concluido un acuerdo con **Metra-Seis** para desarrollar proyectos de construcción y explotación de las carreteras de acceso a Barcelona, La Junquera-Barcelona y Mongat-Mataró.

El segundo de los trusts es el formado por la concentración de **Edison** y **Montecatini**, segundo trust europeo de la industria química, cuyas subsidiarias y asociadas han quedado enumeradas anteriormente.

En tercer lugar figura **FIAT**, segundo productor europeo de automóviles, que a través de la **SEAT** controla en España este mercado. En 1967, la **SEAT**

lanzó un número de automóviles superior al de los otros cuatro constructores reunidos (**FASA-Renault**, **Chrysler-Barreiros**, **Citroen** y **British Motor**). Su volumen de ventas en 1966 fue de 11.231 millones de pesetas. La participación de **FIAT** en la Española de Automóviles de Turismo que era del 7% se eleva en la actualidad al 36%.

Los intereses de **FIAT** en España alcanzan también a la *** Fábrica Española de Magnetos SA (FEMSA)** una de las 200 primeras empresas españolas estrechamente ligada con grupos italianos, principalmente **Marelli** controlado por **FIAT**.

El cuarto lugar lo ocupa otro trust del Estado, el **Ente Nazionale Idrocarburi (ENI)** que actúa en España a través de las empresas **SNAM Progetti**, **Anic SpA** y **Agip SpA**.

El grupo **Ledoga** se encuentra el sexto con dos filiales: **Española de Industrias Químicas y Farmacéuticas LLOFAR** y **Lepetit Española SA**.

Figuran después, en séptimo y octavo lugar, los grupos **Carlo Erba**, química y farmacia, con una filial **Carlo Erba Española SA** y la **Società Italiana Resine**, asociada de la empresa **Italo-Española de Resinas**.

Junto a estos grupos citados, existen otros varios trusts industriales destacados introducidos en el mercado español. Además de **Pirelli**, que posee empresas tales como **Productos Pirelli SA** —su más importante filial en el extranjero, con 7 fábricas y 6.500 personas empleadas— y la *** Española de Construcciones Electro-Mecánicas (SECEM)** y **Olivetti**, que ejerce una influencia decisiva en el mercado de las máquinas de escribir, es preciso referirse a la **Snlá Viscosa** cuyo grupo, entre los más destacados de Europa en las fibras sintéticas, controla las siguientes empresas: *** Nacional de Industrias Aplicaciones de la Celulosa Española (SNIACE)**, otra de las 200 primeras empresas existentes al sur de los Pirineos (capital de 931 millones de pesetas); **Fibracolor SA** (capital 125 millones de pesetas); **Explotaciones y Representaciones Industriales SA**; **Fibra Comercial de España SA**; y **Filsor SA**.

Por último citaremos las empresas: **Piaggio & Cº**, filial **Moto Vespa SA**; **Star-Stabilimento Alimentare**, filial **Star SA**; **Rumianca**, filial **Rumianca-Siata**, abonos y productos químicos; **Fausto Carello**, que participa en **Faessa** y **Men Par SA** y varias de las que ocupan en la fabricación de productos electrodomésticos en Europa un señalado lugar; **Ignis** con dos subsidiarias, **Ignis Ibérica SA** y **Distribuidora Española de Frigoríficos Ignis SA**; **Zanussi**; **Ibérica de Electrodomésticos SA**; e **Indesit**: **Hispano-Indesit SA**.

Gran Bretaña

Pese a las enormes dificultades por las que atraviesa el imperialismo británico y ante el peligro que representa para sus trusts un Mercado Común

sin su presencia, la concentración de sus grandes empresas está alcanzando un ritmo acelerado y el mercado español es objeto de sus miras expansionistas.

En el periodo 1959-1966, las inversiones británicas autorizadas en España superan a las italianas, belgas y suecas, siendo inferiores a las de Holanda.

La **Imperial Chemical Industries**, primer trust europeo de la industria química, es quien posee en España mayores intereses, asociados en algunos casos con **SA Cros**, la primera empresa química española, y el Instituto Nacional de Industria.

La sigue en importancia el grupo recientemente formado **British Leyland Motor**, por la concentración de **British Motor**, último trust llegado al mercado español del automóvil, y **Leyland**, primer constructor europeo de vehículos industriales. Las miras expansivas de este grupo en España son claramente perceptibles. **Leyland** ha aumentado su participación en la **Empresa Nacional de Autocamiones SA (ENASA)** desde el 7%, a mediados de 1966, al 25,1% y, a través de **The Rover Co.**, en la **Metalúrgica de Santa Ana**, fabricante de los vehículos «Land-Rover», desde un 9% a un porcentaje no conocido aún.

Además de las firmas que en la relación de los 100 primeros trusts europeos ocupan los lugares 29 (**Guest, Kenn & Nettlefolds**), 31 (**Courtaulds**), 32 (**Dunlop**), 42 (**British Insulated Callender's Cables**), 50 (**English Electric**, que ha absorbido en junio de 1967 a **Elliot Automation**, y cuya división de ordenadores junto con otros dos trusts, **Plessey** y **International Computers and Tabulators**, dará origen a la más importante firma europea de ordenadores), 51 y 73 (**AEI** y **General Electric** fusionadas recientemente), 68 (**Joseph Lucas**), 70 (**Tate & Lyle**), 74 (**Vickers**), 77 (**Rolls-Royce**), 81 (**Coats, Patons** que controla la más destacada empresa textil instalada en España), 85 (**Allied Breweries**), 88 (**Metal Box**) y 90 (**Rio Tinto-Zinc**), el capitalismo británico posee varios otros notorios representantes en el mercado español, sin olvidar a los dos primeros trusts de Europa, **Royal Dutch Shell** y **Unilever**, a los que nos hemos referido al hablar del capitalismo holandés.

De las 250 más importantes industrias existentes en Gran Bretaña, según una relación publicada por **The Times**, entre las cuales figuran un número apreciable de filiales de trusts yanquis, 57 poseen empresas subsidiarias o asociadas en España. Incluidas 21 de ellas entre los 100 primeros trusts europeos, las restantes son las siguientes :

Watney Mann	Cervezas de Barcelona SA	
Associated Portland Cement	Cementos Asland Asociada	[40 %] (200)
Rank Organisation	Rank Hotels (España)	
Turner & Newall	Ferodo Española	
Phillips Electronic & Assoc.	Pye Electrónica SA	[85 %]
Reckitt Copman	Brasso SA	
Tomas Tilling	Universal Pattern Ibérica SA	
Unión International	Corchera Española SA Weddel SA	
British Electrical Traction	Mole Richardson (España) Ltd	
Elliot Automation (absorbida por English Electric, nº 50)		
Electric & Musical Industries	Compañía del Gramófono Odeón SA	
Borax Holding (será absorbida por Rio Tinto-Zinc, nº 90)		
Brooke Bond	Brooke Bond España SA	

Stone Platt Ind	Nor SA	[40 %]
	Stone Ibérica SA	
Beecham Group	Margaret Astor SA	
George Wimpey	Wimpey Española	[50 %]
Laporte Industries	Peróxidos SA	[20 %]
Schweppes	Rioblanco SA	
The Charterhouse Group	Industrial Carbonera SA	[35 %]
	Internacional Frigoríficos SA	[30 %]
The Chloride Electrical Storage	SE del Acumulador Tudor	
Renold	Cadenas de Precisión SA	
	Renold-Walker SA	
Richard Costain	Hispano Costain de Construcciones SA e Inmobiliaria Ibero Costain SA	
De la Rue	Formica Española SA	
Johnson Matthey	Fidel García Guzmán SA	
Cope Allman International	Monturas y Fornituras SA	
Forte's	Mr. Whippy España SA	
Smith & Nephew	Smith & Nephew Ibérica SA	
Minerals Separation	Foseco Española SA	
John Laing & Son	Helasa y Laing Ibérica SA	
Steeley Company	Steeley Española SA	
Mitchell Cotts	Mitchell Cotts Española SA	
Taylor Woodrow	Taylor Woodrow (Mallorca) SA	
The Ever Ready C^o	Pilas Secas Tudor SA	[50 %]
Wilmot Breeden	Industrias Telluq SA	[50 %]
Forestal Land	La Forestal Tánica SA	
Amalgamated Metal	Sepulchre, Torras y Cia.	

Suecia

El imperialismo sueco ha penetrado en profundidad en España a través, principalmente, del grupo financiero Wallenberg, banqueros e industriales, que controla más de la mitad de la industria del aquel

país. Entre los quince primeros trusts industriales de Suecia, ocho han establecido filiales en España. El número total de empresas subsidiarias y asociadas al capital sueco es en nuestro país superior a 40, concentradas especialmente en la fabricación de material eléctrico y telefónico, rodamientos, cons-

trucción mecánica e industrias del papel. Entre los trusts del grupo Wallenberg destacan singularmente:

1) **AB Svenska Kullager Fabriken (SKF)** (rodamientos a bolas), primer trust industrial de Suecia y número 56 de Europa en 1966, según la lista elaborada por la revista norteamericana *Fortune*, que controla en España la empresa **Rodamientos a bolas «SKF» SA**, en la que posee el 67 % del capital y participa con el 40 % en la **Empresa Nacional de Rodamientos SA**. En ambas asociado al Instituto Nacional de Industria.

2) **Allmänna Svenska Elektriska AB (ASEA)**, una de las diez firmas que dominan el mercado mundial de la electricidad. Este trust controla en España las empresas: **ASEA Eléctrica SA**; **Construcciones Eléctricas ASEA de Sabadell SA**; **Allmänna Svenska SA**; **Electrolux SA**, a través de la **Electrolux AB** que posee el 96 % del capital; **ESAB Ibérica y Unión de Fabricantes de Electrodo de España**, a través de la **Elektriska Svtsnings AB (EŠAB)**; y **Sociedad Española de Ventilación SF SA**.

3) **LM Ericsson Telefon** (material telefónico), situado en el quinto lugar entre los trusts suecos y el 92 de Europa, con tres filiales en España: **Española Ericsson SA**; **ELEME Técnica SA** y **ELEME Comercial SA**.

También destacados dentro de la industria europea figuran otros dos trusts del grupo financiero Wallenberg:

4) **Alfa Laval AB** (industria mecánica) que posee en España la empresa **Tourón y Cia. SA**, dedicada a la construcción de motores, equipos frigoríficos industriales, etc.

5) **Atlas Copco** (construcción mecánica) con cuatro filiales en España: **Atlas Copco SA Española**; **Atlas Copco Industrial SA**; **Craelius-Terratest SA**; y **Craelius Diabor SA**.

No termina aquí la relación de empresas subordinadas al capitalismo sueco. Otras también por él controladas son las siguientes:

Acumuladores Nife SA (80 % del capital pertenece a la **Svenska Ackumulator ad Junger**); **Sandvick Española SA**, filial de **Sandvikens Jernwerks AB**; **Europapel SA**, participada por **Billeruds AB** junto con un poderoso grupo norteamericano; **Papelera Navarra SA** (capital 300 millones de pesetas y 50 % de participación sueca) y la **CA del Embalaje**, ambas con inversiones de la **Svenska Cellulosa**, la mayor empresa forestal de Suecia; **Constructora Española de Reguladores Industriales Billman SA** y **Reguladores Billman SA**, filiales de **Billman Regulator**; **Albón SA** y **Semic Española de Ediciones SA** del trust **Grafoprint AB**, **Kockum Española SA** filial de la **Kockums Mekaniska Verkstads AB**, **Pripp Española SA** (capital 120 millones de pesetas) del trust **Pripp-Bryggerierna AB**; **Ibérica AGA SA** y **Acetileno y**

Materiales AGA, filiales de **AGA AB**; **SAB Ibérica**, subsidiaria de **Svenska AB Bromsregulator**; **Tetra PAK Ibérica**, filial de **Tetra PAK AB**, y otras varias menos importantes.

Suiza

La cifra total de inversiones suizas autorizadas en España en el periodo 1959-1966 es de 103 millones de dólares. Esta cifra se refiere a capitales en régimen de participación superior al 50 %, esto es, dirigida hacia el control de las empresas. El total de inversiones suizas alcanza un valor muy superior al señalado. Desde 1959, Suiza ha ocupado el segundo lugar entre los países inversores de capital en España, después de Estados Unidos. Sin embargo, la mayor parte de los capitales suizos que figuran en las estadísticas oficiales pertenecen a grupos monopolistas norteamericanos, en primer lugar, alemanes, italianos, franceses y de otras nacionalidades. Conocido el papel primordial que este país desempeña en la expansión de los grandes monopolios, interesa también conocer la extensión del capitalismo suizo y su penetración en España.

Pese a su estrecha geografía y a la escasez de materias primas, el capitalismo suizo cuenta con una serie de trusts fuertemente competitivos cuya supervivencia depende inexorablemente de su expansión en el exterior. No contando con un mercado interior medianamente amplio, los trusts suizos se han especializado fuertemente y logrado, a través de la penetración en los mercados exteriores, la dimensión de otra manera inalcanzable. Limitando su actividad a muy concretos sectores industriales, el capitalismo suizo se ha hecho con un lugar en la división internacional del trabajo que la lucha imperialista está llevando a cabo.

Además de la Industria relojera y de precisión, los trusts suizos poseen una importancia mundial en dos sectores económicos: la industria de la alimentación y la de productos farmacéuticos.

En la primera destaca enormemente el trust **Nestlé**, qui figura entre los diez primeros trusts de Europa. En España, donde al igual que en otros países controla el mercado de la leche y del extracto de café, posee numerosas filiales, siendo las más importantes la *** Sociedad Nestlé Anónima Española de Productos Alimenticios** (con un capital que recientemente ha sido elevado a 710 (1) millones de pesetas) y *** Derivados Lácteos SA** (capital 360 millones de pesetas). Ambas filiales, controladas al 100 %, figuran a la cabeza de las empresas alimentarias españolas.

Tras de **Nestlé** se sitúan, entre otras, **Ursina** que controla la empresa **Massanés y Grau SA Productos MG** (capital 170 millones de pesetas); **Maggi**, controlada por **Nestlé**, filial en España **Productos Maggi SA**; y **Gebrüder Bühler**, filial **Bühler SA**, harinas y

piensos compuestos, con una participación del 99,8 % en el capital de 50 millones de pesetas.

En la industria farmacéutica, los trusts suizos **Hoffman-La Roche**, **Ciba**, **Geigy** y **Sandoz** monopolizan gran parte del mercado mundial; el primero de ellos es incluso el más fuerte trust del mundo.

Las filiales de los tres primeros en España, donde la industria farmacéutica está bajo control suizo, alemán y norteamericano principalmente, pueden verse en la relación de los 100 primeros trusts de Europa en la que figuran con los números 65, 76 y 82 respectivamente. El cuarto de los trusts citados, **Sandoz**, controla en España las empresas: **Sandoz SA Española** (capital 200 millones de pesetas); **Instituto Químico Farmacológico Español SA**; **Laboratorio Industrial de Síntesis Orgánicas SA**; y participa en la **SA Española de Colorantes Sintéticos**.

En otros sectores el capitalismo suizo posee también un considerable potencial. Así sucede con la construcción mecánica y eléctrica, rama en la que cuatro trusts suizos poseen importancia internacional. De ellos tres han penetrado en el mercado español: **Brown Boveri**, primer trust suizo y número 52 de Europa, posee en España dos filiales: la **SA Española de Electricidad Brown Boveri**; y **Oerlikon Eléctrica SA**, por haber pasado bajo su control los **Ateliers de Construction Oerlikon** de Zurich. Participa además, junto con la **Forter Wheeler** norteamericana, en la **Maquinista Terrestre y Marítima**, destacada empresa española.

Los otros dos trusts son **Sulzer Gebrüder** con una filial en España **Sulzer Hermanos SA**; y **Landis & Gyr**, también con una filial: **Landis & Gyr Española**.

Finalmente, la más importante empresa textil suiza, **Schappe**, que posee en España tres subsidiarias: **Fibras Texturadas**, **Laver Schappe** y **Schappe Tex**, ha sido adquirida recientemente por el trust norteamericano **Burlington**.

Fuentes utilizadas

Anuario Financiero y de Sociedades Anónimas, 1966-1967, Madrid.

Fortune, 15 de septiembre de 1967, Nueva York.

Who Owns Whom, Continental Edition, 1967-1968, O. W. & Co., Londres.

Pierre Joye: **Les trusts en Belgique. La concentration capitaliste**, Bruselas, 1964.

Morphologie des groupes financiers. Structures économiques de la Belgique, C.R.I.S.P., Bruselas, 1967.

Entreprise, números 534, 566, 589, 606, 618, 633 y 646, París.

L'Usine Nouvelle, años 1965, 1966 y 1967, París.

The Times 300. Leading companies in Britain and overseas 1967, Londres.

Economía Industrial, años 1964, 1965 y 1966, Ministerio de Industria, Madrid.

Los semanarios españoles de temas económicos: **Desarrollo**, **El Europeo** y **El Economista**.

Le Monde, París, y prensa diaria española.

Novedad Ruedo ibérico

Juan Martínez Alier

La estabilidad del latifundismo

Análisis de la interdependencia entre relaciones de producción y conciencia social en la agricultura latifundista de la campiña de Córdoba

Sumario: Introducción. 1: « El reparto ». 2: « Nosotros los pobres ». 3: La « unión » (I). 4: « Los que tienen ideas ». 5: La « unión » (II). 6: « Cumplir ». 7: Los obreros. 8: Las operaciones no indispensables. 9: El empleo de obreros en « mejoras ». 10: Los cultivos no rentables. 11: « Medianerías » y « parcelas ». 12: ¿ « Labradores », « empresarios » o « señoritos »? 13: Conclusiones. Apéndice 1, 2 y 3. Bibliografía. Índice de temas y de autores citados.

440 páginas

7 mapas

17 documentos fotográficos

42,— F

Algunos trabajos distribuidos por Editions Ruedo ibérico

Problemas agrarios españoles

Horizonte español 1966 : tomo I

21,— F

Xavier Flores : **La propiedad rural en España**

Macrino Suárez : **Problemas de la agricultura española**

Horizonte español 1966 : tomo II

30,— F

Antoliano Peña : **Las Hermandades de labradores y su mundo**

Raúl Torras : **Problemas de la entrada de España en el Mercado Común**

Ángel Villanueva : **Causas y estructura de emigración exterior**

Cuadernos de Ruedo ibérico :

nº 2. J.A.M. García : **La crisis de la agricultura española**

nº 4. Macrino Suárez : **La situación agraria en Asturias**

nº 5. Xavier Flores : **Salarios y nivel de vida en el campo español : 1964**

nº 13/14. Juan Naranco : **La agricultura y el desarrollo económico español**

Antoliano Peña : **Un mundo aparte : el campo español**

nº 15. Juan Martínez Alier : **El latifundio en Andalucía y América latina**

Juan Naranco

Los aumentos de salarios y la crisis de la pequeña explotación

Algunas consecuencias políticas

En el artículo « La agricultura y el desarrollo económico español », publicado en el número 13/14 de **Cuadernos de Ruedo ibérico**, hemos estudiado el papel que desempeñaron la variación de los salarios y la variación de los precios percibidos por los agricultores por la venta de sus productos, en la crisis de transformación que está atravesando la agricultura española. Por tratarse entonces de un estudio global sobre el sector agrario nos limitamos a observar la marcha general de los precios y de los salarios, que se ve reflejada en los índices que a continuación se exponen.

Este artículo consta de dos partes. La primera parte constituye un estudio técnico-económico de la influencia que han tenido los aumentos de salarios en los costes de producción de los cereales de invierno. En este estudio concreto se confirman plenamente las tesis que, sobre la crisis de la pequeña explotación agraria, mantuvimos en nuestro artículo « La agricultura y el desarrollo económico español », que publicamos en el número 13/14 de esta revista. En la segunda parte, tomando como base los análisis económicos realizados en la primera, se examinan sus consecuencias políticas y se discuten ciertos planteamientos erróneos.

La observación de estos índices (cuadro 1) nos muestra cómo, en lo que a precios se refiere, la situación de los agricultores ha mejorado a lo largo de último decenio: los precios que perciben por la venta de sus productos han aumentado desde 1957 en un 73,2 %, mientras que los precios pagados por los agricultores por la adquisición de sus medios de producción (piensos, abonos, carburantes, etc.) han aumentado en el mismo periodo sólo en un 43,5%. En consecuencia, asignar a los precios agrarios el papel de causa de la citada crisis muestra un grave desconocimiento

CUADRO 1

ANOS	PRECIOS PERCIBIDOS POR LOS AGRICULTORES AL VENDER SUS PRODUCTOS	PRECIOS PAGADOS POR LOS AGRICULTORES POR LOS PRODUCTOS QUE ADQUIEREN PARA LA EXPLOTACION		SALARIOS EN EL CAMPO
1957	100,0	100,0		100,0
1958	117,8	104,0		117,6
1959	114,4	113,9		137,8
1960	117,6	113,7		151,2
1961	121,8	116,4		162,9
1962	132,5	120,8		182,4
1963	137,6	130,8		233,2
1964	143,4	143,9		261,2
1965	166,4	138,7		289,4
1966	173,2	143,5		332,5

Fuente: Ministerio de Agricultura.

CUADRO 2

	TIEMPO DE TRABAJO EMPLEADO EN HORAS/HA			INCREMENTO DEL COSTE POR HA PRODUCIDO POR UN AUMENTO DE SALARIOS DE 5 PESETAS/HORA (EN PESETAS)
	PEON	TRACTORISTA	TOTAL	
A. SIEMBRA A VOLEO				
A.1. Enterrar la semilla con yunta y arado monosurco	18,30	—	18,30	91,50
A.2. Enterrar la semilla con yunta y cultivador de rejas cavadoras	6,80	—	6,80	34,00
A.3. Enterrar la semilla con yunta y grada de púas de 0,8 metros de ancho	4,30	—	4,30	21,50
A.4. Enterrar la semilla con tractor de 40 CV y cultivador de 7 rejas	2,30	1,75	4,05	20,25
A.5. Enterrar la semilla con tractor de 40 CV y grada de púas zig-zag de 3 m de ancho	2,30	1,50	3,80	18,96
B. SIEMBRA CON SEMBRADORA				
B.1. Con yunta y sembradora de 7 líneas	7,00	—	7,00	35,00
B.2. Con tractor de 40 CV y sembradora de 12 líneas	—	1,75	1,75	8,75
B.3. Con tractor de 40 CV y sembradora de 18 líneas	—	1,25	1,25	6,25

de la realidad. Han sido los salarios los que al aumentar en un 232,5% han repercutido especialmente sobre los costes de producción de las explotaciones no mecanizadas (que son generalmente aquellas cuyo reducido tamaño les impide la mecanización) haciendo abandonar sus explotaciones a numerosos pequeños agricultores y trabajadores familiares.

Para demostrar esta afirmación vamos a estudiar, en primer lugar, la influencia que en los costes de producción tienen los aumentos de salarios según los distintos métodos de cultivo empleados. Para ello nos limitaremos a los cereales de invierno,

dado que constituyen un grupo de cultivos homogéneos en cuanto al tipo de labores que requieren y cuya importancia en la agricultura española es evidente, pues, según el Censo Agrario de 1962, el 36,3% de las tierras labradas se dedica a estos cultivos.

Dada la importancia decisiva que en los costes de producción de estos cultivos tienen las labores de siembra y recolección, comenzaremos por estudiar éstas para acabar viendo cómo varía el coste total de las labores por quintal métrico, según el grado de mecanización de la explotación. Para ello nos basaremos en la serie de

trabajos que la Asociación de Productividad Agraria (ASPA) ha venido publicando en sus boletines informativos (n^{os} 4, 5, 6, 9, 10 y 12). En estos trabajos se han calculado el coste de utilización de los distintos elementos empleados en el proceso productivo y el coste de las operaciones elementales de que éste se compone. Esto ha permitido evaluar el coste total de las labores y observar la influencia que tienen los aumentos de salarios en dicho coste según las técnicas que se utilicen. Existen dos sistemas de siembra :

A. El denominado siembra « a voleo », que deja la semilla irregularmente esparcida sobre el terreno, lo que, además del despilfarro de la misma que esto implica, influye desfavorablemente en el desarrollo de los cultivos y dificulta las labores posteriores. Este sistema de siembra tiene que ser completado con una labor superficial que entierre la semilla.

B. El que se realiza con sembradora ; en este caso la semilla queda repartida en líneas uniformes con la densidad conveniente y a la profundidad adecuada.

CUADRO 3 RECOLECCION

	TIEMPO DE TRABAJO EMPLEADO EN HORAS/HA			INCREMENTO DEL COSTE EN PESETAS POR HA
	PEON	TRACTOR- RISTA	TOTAL	PRODUCIDO POR UN AUMENTO DE SALARIOS DE 5 PESETAS/HORA
(PARA UN RENDIMIENTO DE 20 QM/HA)				
a) Yunta con trillo	213,2	—	213,2	1 066,00
b) Yunta con trillo y aventadora	157,2	—	157,2	786,00
c) Yunta con agavilladora, trillo y aventadora	128,5	—	128,5	642,65
d) Yunta con agavilladora y trilladora	108,5	—	108,5	382,65
e) Tractor con segadora-atadora y trilladora	35,3	7,8	43,1	205,70
f) Tractor con cosechadora de arrastre	3,0	3,0	6,0	30,00
g) Tractor y cosechadora automotriz	2,3	2,3	4,6	22,50
(PARA UN RENDIMIENTO DE 10 QM/HA)				
a) Yunta con trillo	128,2	—	128,2	641,00
b) Yunta con trillo y aventadora	100,2	—	100,2	501,00
c) Yunta con agavilladora, trillo y aventadora	71,5	—	71,5	357,65
d) Yunta con agavilladora y trilladora	61,5	—	61,5	227,65
e) Tractor con segadora-atadora y trilladora	18,4	4,7	23,1	115,20
f) Tractor con cosechadora de arrastre	2,5	2,5	5,0	25,00
g) Tractor y cosechadora automotriz	1,7	1,7	3,4	17,50

En el cuadro que presentamos a continuación (cuadro 2) figuran los incrementos de costes de siembra por ha que produciría un aumento de salarios de 5 pesetas/hora para cada uno de los métodos más usados con los que dicha operación se realiza. Para este cálculo nos basamos en el número de horas de trabajo por ha que requieren cada uno de los sistemas de siembra (véase boletín nº 9 de ASPA).

Antes de comentar este cuadro vamos a ver los incrementos de los costes de recolección por ha que provoca un aumento de salarios de 5 pesetas/hora. Para este cálculo nos basamos en las horas/ha de trabajo que requieren los equipos más corrientes (véase boletín nº 6 de ASPA) para unos rendimientos tipos de 10 y 20 qm/ha. (Cuadro 3.)

Como vemos, el mismo aumento de salarios en 5 pesetas/hora repercute sobre los costes de siembra y recolección de forma muy diversa según el grado de mecanización, el incremento de costes oscila de 91,50 pesetas/ha a 6,25 pesetas/ha para la siembra y de 1 066,00 a 22,50 pesetas/ha para la recolección en el caso de un rendimiento de 20 qm/ha (o de 641 a 17,50 pesetas/ha en el caso de 10 qm/ha), según se trate de una explotación no mecanizada o altamente mecanizada. Así, las explotaciones más mecanizadas son muy poco sensibles a los incrementos de salarios, pues un incremento de 5 pesetas/hora supondría un aumento en los costes de siembra y recolección del orden del 2%,

mientras que en las explotaciones menos mecanizadas el mismo incremento de salarios elevaría los costes de siembra y recolección alrededor del 30%.

De esta forma, la situación de las explotaciones menos mecanizadas se ve cada más comprometida por los aumentos de salarios (especialmente los de los obreros eventuales, cuyo incremento en el periodo 1957-1965 ha sido del 301,2%) no resultándoles rentable el cultivo de cereales, a pesar del precio altamente protegido de que gozan estos cultivos. Muestra de esto es el siguiente cuadro en el que aparecen calculadas (datos del boletín 12 de ASPA) las horas de trabajo que requiere la obtención de un qm de trigo, según sea una explotación no mecanizada, semimecanizada o mecanizada, así como el coste del total de las labores y de las semillas y abonos por qm para cada tipo de explotación.

Como vemos en el cuadro 4, en el caso de una explotación de trigo no mecanizada el coste de las labores y los gastos en semillas y abonos requeridos para la obtención de un qm sobrepasan el precio medio que el agricultor recibía por dicho qm en la campaña 1963-1964² a la que se refieren los datos de dicho cuadro.

Aunque los gastos de las labores y de las semillas y abonos forman la parte más importante de los gastos de la explotación, si añadimos los demás gastos y la renta de la tierra llegamos a la conclusión de que los agricultores y ayudas familiares

CUADRO 4

	HORAS/HOMBRE POR QM			PESETAS/QM		
	PEON	TRABAJA-DOR ESPECI-ALIZADO	TOTAL	SEMILLAS Y ABONOS	COSTE DE LAS LABORES ¹	TOTAL
No mecanizada	20,08	—	20,08	235	388	623
Semimecanizada	5,19	1,98	7,17	207	296	503
Mecanizada	0,52	1,23	1,75	188	200	388

de este tipo de explotaciones obtienen de su trabajo una renta inferior a la de los trabajadores asalariados, pues, como hemos visto, el precio del trigo no les permite llegar a obtener una renta equivalente a un salario de 120 pesetas-jornada. Esta situación no es exclusiva de la pequeña explotación de trigo sino que refleja la situación de la mayoría de los pequeños agricultores, pues, según datos de la Encuesta de Presupuestos Familiares (INE, 1964-1965) el 48 % de los hogares de los agricultores propietarios tienen un consumo medio anual de 39 556 pesetas, que es notablemente inferior al consumo anual del hogar de un obrero agrícola, el cual es de 52 832 pesetas.

Sin embargo, a las explotaciones mecanizadas les queda un excedente bastante aceptable después de deducir los gastos de semillas y abonos y el coste de las labores, sobre todo si se tiene en cuenta que en éste último están incluidos un interés del 5 % sobre el capital invertido y las amortizaciones de las máquinas. Pero este tipo de explotaciones, si bien es poco sensible a los incrementos de salarios, sus costes por ha dependen de forma muy importante de la dimensión de la explotación. Así, los costes de siembra y recolección, cuando se realizan con los métodos más mecanizados antes expuestos, pasan de 3 978 pesetas/ha a 995 pesetas/ha, según la superficie de cultivo pase de 40 a 500 ha³.

De esto se desprende que la utilización de maquinaria exige una superficie mínima de cultivo, por debajo de la cual resulta aún menos rentable el realizar las labores por procedimientos mecánicos que la utilización de sistemas no mecanizados. Esta superficie mínima de cultivo se suele denominar umbral de rentabilidad de las máquinas, pues a partir de ella resulta más rentable la utilización de los procedimientos mecanizados que la de los manuales,

aun cuando las explotaciones mecanizadas de esa superficie obtengan pérdidas, pues, el pleno empleo de las máquinas requiere superficies muy superiores⁴. Los umbrales de rentabilidad dependen no sólo de las características técnicas y precios de las máquinas, sino también del rendimiento de los cultivos y del nivel de salarios. A continuación presentamos los umbrales de rentabilidad a partir de los cuales interesa sustituir —para la siembra o la recolección— los sistemas de tracción animal por otros con medios de tracción mecánica. Hemos realizado los cálculos para tres niveles de salarios de peón y considerando un rendimiento de 10 qm/ha (bastante aproximado a la media nacional del trigo, que es de 12 qm/ha) y el mismo salario

1. Estos cálculos están basados en los datos que facilitan las explotaciones asociadas a ASPA y en ellos los salarios atribuidos son de 120 pesetas/jornada para el peón, 267 pesetas/jornada para el tractorista. El primero corresponde bastante bien a la media nacional para el obrero eventual en 1964 (114 pesetas/jornada) pero el salario atribuido al tractorista es considerablemente más elevado que la media nacional para este tipo de trabajador (132 pesetas/jornada) con lo que para dicho año el coste de las labores en las explotaciones de cereal mecanizadas sería, para la media nacional, más bajo que el presentado en el cuadro.

2. El precio medio del trigo en la campaña 1963-1964 era de 616 pesetas/qm, actualmente es de 666 pesetas/qm.

3. Para este cálculo hemos mantenido los mismos supuestos de antes, tomando un rendimiento de 10 qm/ha y unos salarios para peón y tractorista de 120 y 267 pesetas/jornada, respectivamente. En el caso de un rendimiento de 15 qm/ha los costes de siembra y recolección pasarían de 4 213 pesetas/ha para una superficie de 40 ha a 1 230 para una superficie de 500 ha.

4. Para que una explotación mecanizada de cereales en secano pueda amortizar las máquinas requiere una dimensión mínima de cultivo que oscila entre 80 y 100 ha (datos del n° 42, ASPA).

5. Para este nivel de salarios el procedimiento de siembra más rentable para cualquier superficie es el B.1. del cuadro 2, en el que, como hemos visto, se utiliza yunta y sembradora.

del tractorista que en los supuestos anteriores.

CUADRO 5

SALARIOS PESETAS/JORNADA	SIEMBRA	RECOLECCION
	HA	HA
80	5	305
120	55	90
160	30	53

Este cuadro (5) nos da una idea de cómo para niveles de salarios muy bajos, en general, no resulta rentable mecanizar ni siquiera las grandes explotaciones. Y esto es lo que ha ocurrido en nuestro país hasta este último decenio en el que la escasez de trabajadores asalariados que creó la emigración provocó las importantes subidas de salarios (reflejadas en el índice del cuadro 1) que originaron el fuerte proceso de mecanización que ha tenido lugar en estos últimos años.

Para ver en qué situación se encuentra con respecto a los umbrales de mecanización las explotaciones que cultivan cereales de invierno, veamos cuales son los tamaños de dichas explotaciones.

Para realizar esta comparación en términos correctos tendríamos que tener en cuenta la mayor importancia del regadío en las explotaciones de menor tamaño y otros factores que puedan influir en el rendimiento. Pero para darnos una idea es suficiente observar que, en el caso del

trigo, a cuyo cultivo se dedican, según datos del Censo Agrario de 1962, el 42,5 % de las explotaciones del país (y el 21,8 % de las tierras labradas) sólo el 4,1 % de estas explotaciones tenían superficie superior a 70 ha y sólo el 35,6 % de la superficie cultivada de trigo estaba en las explotaciones mayores de 70 ha. Así en 1962, cuando existía esta estructura en las explotaciones cerealistas y los salarios se elevaron por encima de las 80 pesetas/jornada, es lógico que se produjese una fuerte emigración de pequeños empresarios agrícolas, a la vez que el parque de tractores se incrementaba en 22 000 unidades.

Este proceso ha sido continuo a lo largo de todos estos años, culminando la emigración de pequeños empresarios y ayudas familiares en 1964 con la cifra de 158 400, máximo que se produjo debido al fuerte incremento de salarios (de un 28 %) que tuvo lugar el año anterior y a la mala cosecha de cereal y aceituna que se dio en 1964. El incremento del parque de tractores ha sido máximo en el año 1966 (con un incremento de 24 200 unidades) favorecido, probablemente, por la buena cosecha de ese año, así como por la considerable elevación de los precios agrarios (en un 16 %) que tuvo lugar el año anterior.

Es lamentable que no dispongamos de

CUADRO 6. TAMAÑO DE LAS EXPLOTACIONES EN HA (miles)

	0 a 5		5 a 10		10 a 30		30 a 50		50 a 70		70 a 100		100 y más	
	Explotaciones	Ha cosechadas	Explotaciones	Ha cosechadas	Explotaciones	Ha cosechadas	Explotaciones	Ha cosechadas	Explotaciones	Ha cosechadas	Explotaciones	Ha cosechadas	Explotaciones	Ha cosechadas
Trigo	438	278	259	377	324	1 175	71	593	26	308	16	266	32	1 243
Cebada	281	157	193	192	277	519	65	232	23	116	15	94	30	426
Centeno	194	70	103	89	114	155	21	45	7	19	4	13	8	59
Avena	97	37	95	65	163	205	43	96	15	45	10	35	19	146

datos sobre la variación del número de explotaciones por tamaños referidos a estos últimos años, pues el proceso de concentración de tierras que se ha venido dando hasta el año 1963⁶ debe haber sido mucho más espectacular a partir de ese año, como parecen indicarlo la envergadura que en estos últimos años ha tomado la emigración de pequeños agricultores y los distintos índices de mecanización.

Vemos pues, cómo el desarrollo de las fuerzas productivas está haciendo desaparecer una estructura que impedía su expansión. En esta estructura, propia de un capitalismo incipiente, podían coexistir gran cantidad de pequeñas explotaciones familiares independientes junto con los grandes latifundios porque ambos utilizaban técnicas de cultivo atrasadas con las que, como hemos visto, la mayor o menor superficie no influía a penas en el coste por ha. Sin embargo, esta situación sólo podía mantenerse con una gran masa de trabajadores asalariados eventuales que, jugando el papel de ejército de reserva, presionaba los salarios a la baja, al verse obligados al paro una gran parte del año⁷. Parte de estos trabajadores asalariados eventuales cultivaban por cuenta propia pequeñas parcelas de tierra. Así existía una clara simbiosis entre el latifundio y la explotación familiar, pues mientras estas últimas podían emplear el exceso de mano de obra familiar trabajando como asalariados eventuales para los latifundistas, a su vez éstos disponían de una fuerza de trabajo barata, que sólo podía subsistir gracias a los ingresos complementarios que obtenían de sus pequeñas explotaciones. Este tipo de relaciones de producción, si bien tiene su antecedente en las prestaciones en trabajo propias de una sociedad feudal, no puede calificarse de feudal cuando hace tiempo que han desaparecido las condiciones necesarias para el predominio de las formas de producción feudal

y, de manera generalizada, lo que se da es la categoría capitalista del salario basada en la movilidad de la mano de obra. Como se afirma bajo el epígrafe «La propiedad feudal sobre la tierra base del feudalismo» en la Introducción al tomo III de la Historia Universal publicada por la Academia de Ciencias de la URSS, «bajo el régimen feudal el medio de producción principal, la tierra, no pertenecía a los productores directos: agricultores y artesanos. Pertenecía a los señores feudales. La propiedad de los señores feudales sobre la tierra era la base de la sociedad feudal [...]». Precisamente porque el señor feudal era el propietario de los lotes de tierra que cultivaban los campesinos, podían sostenerse las relaciones de servidumbre y otras limitaciones extraeconómicas, orientadas a obligar a dichos campesinos a trabajar en las tierras del señor. Esta dependencia personal de los campesinos con respecto al señor feudal es «una de las características típicas del régimen feudal». En estas condiciones la consigna «la tierra para quien la trabaja» sería una consigna revolucionaria, pues, apoyando la plena propiedad de los siervos sobre los lotes de tierra que cultivan, atenta contra la base del sistema feudal y establece las condiciones de partida para el desarrollo del capitalismo en el campo. Ahora bien, vamos a ver cuales son los regímenes de tenencia de la tierra que,

6. Proceso que hemos puesto en evidencia con los datos del SNT publicados en nuestro artículo del nº 13/14 de esta revista.

7. Este presupuesto se ha visto minado por la emigración de trabajadores asalariados eventuales que se ha venido dando desde principios de siglo, pero ha sido a partir del Plan de Estabilización en 1959 cuando verdaderamente se acentuado este proceso, debido, por una parte, a la apertura de fronteras a la emigración de trabajadores hacia los países europeos y, por otra, al importante desarrollo de los sectores industriales y de servicios. (Véase nuestro artículo publicado en el número 13/14 de Cuadernos de Ruedo ibérico.)

según datos del Censo Agrario de 1962, predominan en España (cuadro 7) :

CUADRO 7 ⁸	TODAS LAS EXPLORACIONES		TAMANO DE LAS EXPLORACIONES (ha)							
			0 A 5		DE 5 A 20		DE 20 A 100		MAS DE 100	
	% explotaciones	% ha	% explotaciones	% ha	% explotaciones	% ha	% explotaciones	% ha	% explotaciones	% ha
Propiedad	83,1	75,7	80,6	73,9	87,2	67,1	87,8	65,1	89,1	82,6
Arrendamiento protegido	20,7	5,7	18,7	9,8	24,5	11,4	27,3	11,1	6,0	1,5
Otras formas de arrendamiento	8,9	6,6	6,5	4,0	11,5	5,6	17,5	9,1	15,1	6,2

Estos datos muestran claramente hasta qué punto ha desaparecido la propiedad feudal sobre los lotes de tierra de los campesinos, pues la mayoría de los pequeños agricultores han conseguido la plena propiedad de sus tierras, desapareciendo, por tanto, el presupuesto en el que se basaban las relaciones de producción feudales, y, ante la carencia de otra serie de limitaciones extraeconómicas, desaparecía también la subordinación de los agricultores al señor, propia del feudalismo. Según Marx⁹, « esta forma de la propiedad parcelaria libre con labradores-propietarios la encontramos en los pueblos modernos como una forma resolutive de la propiedad feudal de la tierra [...] Es un estadio intermedio necesario en el desarrollo de la agricultura ». Precisamente esta forma de propiedad parcelaria es la base de la acumulación originaria del capital.

Así mismo vemos que entre los regímenes de tenencia de la tierra, distintos del de propiedad el que más predomina es el de arrendamiento, siendo éste un régimen característico de todo sistema capitalista. En consecuencia, podemos decir que el peso de la pequeña explotación familiar independiente en las explotaciones de cereal por tamaños que presentamos en

el cuadro 6 es el propio de un capitalismo incipiente, resultado, claro está, de la descomposición de la estructura feudal, por una parte, en pequeñas explotaciones familiares independientes y por otra, en grandes explotaciones que utilizan mano de obra asalariada. La gestión de estos dos tipos de explotaciones se realiza con criterios distintos, pues mientras en las pequeñas explotaciones familiares se intenta aprovechar al máximo la mano de obra, generalmente subempleada, de que disponen, aumentando la producción y con ello la renta de la familia, las grandes explotaciones se guían por el criterio capitalista de la obtención de un beneficio, ya que al tener que utilizar trabajadores asalariados, incluyen los salarios en los costes de producción.

La fuerte aceleración que ha experimentado el proceso de mecanización de la agricultura en los últimos años es una muestra de la existencia generalizada de relaciones de producción capitalistas en

8. En las columnas « % de explotaciones » la suma de los porcentajes es mayor que 100,0 por haber explotaciones que disponen de tierras en distintos regímenes de tenencia.

9. K. Marx: *El Capital*, libro III, sección 6^a, capítulo XLVII, p. 1549. Madrid, 1931.

las grandes explotaciones, y, en consecuencia, de criterios de gestión capitalistas. Pero si bien, como afirma Lenin¹⁰, « por una parte, el capitalismo es el factor que suscita y extiende el empleo de máquinas en la agricultura ; por otra, la introducción de máquinas en la agricultura reviste un carácter capitalista, es decir, entraña relaciones capitalistas y su desarrollo continuado ».

En efecto, paralelamente al fuerte incremento de la mecanización que se ha dado en la agricultura en estos últimos años, se han desarrollado las contradicciones propias del capitalismo y han aparecido en el campo los rasgos típicos del desarrollo de las relaciones de producción capitalistas. En primer lugar, se ha reforzado la contradicción capital-trabajo debido a que la producción se hace cada vez más social, al ser obra de un equipo de trabajadores asalariados y no de un productor individual, mientras que la apropiación continúa siendo privada. Esto va unido a uno de los rasgos característicos del desarrollo del capitalismo : la desaparición de la pequeña empresa artesanal. Este proceso, inexorablemente ligado al aumento de la mecanización en el campo, se produce porque la pequeña explotación no puede competir con la grande, dado que, como hemos visto, el presupuesto básico para la explotación mecanizada es disponer de superficie suficiente para conseguir el pleno empleo de las máquinas ; la pequeña explotación familiar, al no disponer de esa superficie mínima se ve llamada a desaparecer como tal explotación familiar residuo de estructuras anteriores en las que las fuerzas productivas estaban muy poco desarrolladas. Al mismo tiempo, la explotación mecanizada demanda un nuevo tipo de trabajo asalariado fijo y especializado, muy distinto al que como asalariados eventuales realizaban los pequeños agricultores independientes en los latifundios y que

constituía el complemento necesario de la explotación familiar.

Así, como resultado de la mecanización las grandes explotaciones se basan cada vez más en unas relaciones de producción claramente capitalistas, dejando atrás, no sólo el sistema de prestaciones en trabajo, propio de una sociedad feudal, sino también el sistema de transición, último residuo de aquélla, en el cual, como hemos dicho, al estar basado en técnicas atrasadas, la gran explotación requería de una gran masa de trabajadores asalariados eventuales, que en gran parte estaba constituida por pequeños agricultores independientes y sus familias.

El afianzamiento de las relaciones de producción capitalista en el campo, al favorecer la aparición de este nuevo tipo de trabajador asalariado fijo y especializado, hace que las condiciones de trabajo del proletariado agrícola se asemejen cada vez más a las del proletariado industrial. Así, cuando las pequeñas explotaciones familiares desaparecen masivamente como consecuencia inevitable del desarrollo del capitalismo y paralelamente se transforman los medios de trabajo en « medios de trabajo utilizables sólo en común »¹¹, mientras que su propiedad continúa siendo privada, tal contradicción sólo se puede resolver con la apropiación común, colectiva de estos medios de producción y nunca con su « distribución » entre los trabajadores. En estas condiciones mantener la consigna « la tierra para quien la trabaja », tratando de revivir en la conciencia del proletariado de hoy las aspiraciones del siervo de la gleba, además de ser inoperante, es completamente reaccionaria y coincide sólo con las pretensiones más retrógradas de los pequeños empresarios.

10. V. I. Lenin : *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, p. 243.

11. K. Marx : *El Capital*, libro I, sección 6ª, capítulo XXIV, p. 556.

A este respecto recordemos que ya en 1895¹² Engels decía que « de los campesinos que nos piden mantener la propiedad parcelaria no podemos jamás hacernos camaradas, de la misma forma que del pequeño patrón que quiere ser eternamente patrón ». También Lenin¹³, refiriéndose a la Alemania de principios de siglo, donde se había iniciado ya en el campo de desarrollo del capitalismo, opinaba que « el apoyo de los obreros a los deseos del mujik de recibir él la tierra es **reaccionario** »¹⁴.

Sin embargo, la actual dirección del Partido Comunista de España, ignorando todas las transformaciones capitalistas que se han dado en el sector agrario, considera que lo que define la estructura económica española es la supervivencia del feudalismo en el campo: el « rasgo fundamental de la estructura económica de España que sigue condicionando —hoy como ayer— todo su desarrollo [es] la gran propiedad latifundista [...] la supervivencia de una distribución prácticamente feudal de la tierra determina no sólo el atraso y la lentitud del desarrollo de la agricultura sino que condiciona, limita y deforma todo el desarrollo económico. » (Declaración de junio de 1964.) Consecuentemente con esto se mantiene en el campo la consigna « la tierra para quien la trabaja » que, como hemos dicho, es una consigna antifeudal que atenta contra las bases del feudalismo al defender el derecho de los siervos a detentar en plena propiedad los lotes de tierra que cultiven. Pero en el caso de la agricultura española ya hemos visto que la crisis de las relaciones de producción feudales había llegado a sus últimas consecuencias y que, no sólo los campesinos habían accedido ya de forma generalizada a la plena propiedad de sus parcelas (hemos visto que más del 80 % disponen de tierras en propiedad) convirtiéndose en agricultores independientes, sino que hace

ya tiempo que están viéndose expropiados por el desarrollo del capitalismo en el campo. En estas condiciones aplicar la consigna « la tierra para quien la trabaja » no sólo carece de toda base teórica, sino que en la práctica no puede ser movilizadora, ya que el actual proletario agrícola, cuya conciencia ha sido formada por las relaciones de producción capitalistas, no puede ver satisfechas sus aspiraciones en una consigna que no es más que una reliquia del pasado.

En nuestro artículo del nº 13/14 de **Cuadernos de Ruedo ibérico**, en el capítulo titulado « Posibles reformas » ya hemos estudiado algunas de las numerosas contradicciones en que incurría la actual dirección del Partido Comunista de España al propugnar una reforma agraria antifeudal como solución a los problemas que el desarrollo del capitalismo plantea en la agricultura española. Ahora insistiremos solamente sobre uno de los muchos errores que se derivan de esa falsa interpretación de la realidad. La actual dirección del Partido Comunista de España achaca la crisis de las pequeñas explotaciones a la política de precios del gobierno, ignorando su verdadera causa: el desarrollo del capitalismo en la agricultura. En el artículo « La agricultura y el desarrollo económico español » ya hemos transcrito y discutido las afirmaciones que Santiago Carrillo y Juan Gómez hacen en este sentido. Lo lamentable es que también las Comisiones Obreras se presten a difundir semejantes planteamientos erró-

12. F. Engels: **La cuestión campesina en Francia y en Alemania**, París, p. 24.

13. El subrayado es de Lenin: **La alianza de la clase obrera y del campesinado**, Moscú, p. 351.

14. Bien distinto es el lenguaje del actual secretario general del Partido Comunista de España, Santiago Carrillo, quien en su libro **Nuevos enfoques a problemas de hoy**, afirma que « nuestro Partido es también el Partido de los campesinos » y que « la defensa de los intereses y de los derechos de éstos es una de las causas de nuestra razón de ser. » (p. 80.)

neos, cayendo en graves contradicciones. Una muestra de esto es la « Denuncia de las Comisiones Obreras de Madrid ante la situación actual », publicada en septiembre de 1967.

En primer lugar, se comienza por apoyar la consigna « la tierra para quien la trabaja »: « Nuestro campo, enormemente atrasado y con residuos feudales, necesitaba y sigue necesitando por encima de todo una profunda reforma agraria encabezada por el lema « la tierra para quien la trabaja » » [...] « Hoy día, la necesidad de distribuir la tierra entre quienes la trabajan es más urgente que nunca, y, consecuentes con ello, las Comisiones Obreras hemos incluido esta exigencia en el programa reivindicativo aprobado en nuestra reciente Asamblea nacional ».

Además, la citada publicación de las Comisiones Obreras de Madrid cae, lo mismo que Santiago Carrillo¹⁵ y Juan Gómez, en el error de asignar a la política de precios del gobierno el papel de causa de la ruina de los pequeños agricultores: « Los pequeños agricultores se ven privados del crédito oficial, estafados por los grandes terratenientes al vender sus cosechas al Servicio Nacional del Trigo y a otros monopolios del Estado, arruinados por el raquitismo de los precios de sostenimiento de sus productos ». Ya hemos señalado al principio de este artículo la falsedad de este tipo de afirmaciones, ya que, en lo que a precios se refiere, la situación de los agricultores ha mejorado a lo largo de este último decenio. Pero mayor desconocimiento aún implica el calificar de raquícos los precios de sostenimiento del Servicio Nacional del Trigo, cuando, no sólo se sigue manteniendo el elevado precio de este cereal, sino que precisamente en la pasada campaña agrícola aquel organismo oficial ha elevado los precios mínimos garantizados del centeno, cebada, avena, maíz y sorgo en 60, 70, 95, 50 y 55 pesetas/qm respectivamente.

Asimismo se habla, en aquella publicación, de « la pequeña y mediana industria, ahogada por las restricciones de crédito, acorralada por los impuestos y sin poder dar salida a sus productos, se ve obligada a reducir su producción, y, en muchos casos, a declarar expediente de crisis [...] A su vez, por similares razones a las de la industria, cierran sus tiendas y talleres los pequeños comerciantes y artesanos ». De esta forma, como en el caso de los pequeños agricultores, se intenta hacer creer que la crisis de la pequeña y mediana empresa, de los pequeños comerciantes y artesanos, es consecuencia de medidas concretas de la política económica del gobierno de Franco y no consecuencia inevitable de todo sistema capitalista. Según Marx¹⁶, « la acumulación originaria del capital, es decir su génesis histórica [...] significa la expropiación al productor directo, o lo que es lo mismo, la destrucción de la propiedad privada basada en el propio trabajo ». En la citada publicación de las Comisiones Obreras no se acepta el carácter progresista de esta destrucción y se continúa defendiendo, mediante la consigna « la tierra para quien

15. En su último libro *Nuevos enfoques a problemas de hoy*, Santiago Carrillo continúa hablando de « precios irrisorios », llegando a afirmar que « está fuera de duda la necesidad de elevar los precios a la producción; de meter mano a los circuitos comerciales monopolistas que encarecen los precios al consumidor y dictan los del campesino; de facilitar protección y créditos al campesino » (p. 80 y 81). Siempre que hemos hablado de precios agrarios nos hemos referido a precios percibidos por los agricultores, con objeto de no tener que tratar los problemas de la comercialización. Pero, además, en el caso específico de los cereales de invierno (y en especial del trigo) no existen tales problemas, pues la compra de dichos cereales la realiza directamente el SNT. Indudablemente, en los casos en que existen problemas de comercialización, los pequeños agricultores se encuentran en peores condiciones que los grandes, que suelen comercializar sus productos más directamente.

16. K. Marx: *El Capital*, libro I, sección 7ª, capítulo XXIV, p. 564 y 565.

CUADRO 8

	COSTE DE LAS SEMILLAS Y ABONOS PESETAS/QM	COSTE DE LAS LABORES PESETAS/QM	TOTAL PESETAS/QM
No mecanizada	235	840	1 075
Semimecanizada	207	457	664
Mecanizada	188	239	427

la trabaja », este tipo de propiedad privada basada en el propio trabajo. Con ello se incurre en una grave contradicción al reivindicar al mismo tiempo aumentos de salarios, cuando, como hemos demostrado en la primera parte de este trabajo, precisamente estos aumentos han sido la causa principal de la crisis de aquel tipo de propiedad en el campo¹⁷. Así, unos salarios de 300 pesetas/diarias (que en la publicación de las Comisiones Obreras se considera el mínimo que podría « satisfacer las necesidades de una familia obrera ») implicaría la desaparición masiva de las explotaciones familiares que cultivan en secano cereales de invierno y que necesariamente reposan sobre técnicas atrasadas, dada su reducida dimensión (como se observa en el cuadro 6). Si tenemos en cuenta el tiempo de trabajo que requiere la producción de un qm de trigo en una explotación no mecanizada, semimecanizada o mecanizada (cuadro 4) podemos ver cual sería el coste de las labores con un salario de 300 pesetas (suponiendo de manera irreal que los demás costes de producción no se han elevado).

En consecuencia vemos que los miles de pequeñas explotaciones familiares de trigo que no pueden mecanizarse dada su reducida dimensión, si retribuyesen el trabajo asalariado o familiar a 300 pesetas/jornada, sólo los costes de las labores y de semillas y abonos se elevarían a 1 075 pesetas/qm. Con lo cual, la defensa de la propiedad de la tierra para quien la trabaja unida a la reivindicación de un salario de 300 pesetas, exigiría la elevación del precio del trigo por encima de 1 075 pesetas/qm, ya que

con dicho precio la retribución del trabajo del campesino y sus ayudas familiares ni siquiera llegaría a las 300 pesetas. Ni que decir tiene que tal medida beneficiaría enormemente a los empresarios agrícolas que al disponer de superficie suficiente han podido mecanizar sus explotaciones, pues, como vemos en el cuadro 8, éstos tienen unos costes inferiores a la mitad de los de las explotaciones no mecanizadas; pero perjudicaría al resto de la población, pues no debemos olvidar que el 48 % de los gastos de los hogares españoles se destina a la adquisición de productos alimenticios, siendo este porcentaje aún más elevado para las familias de baja renta¹⁸.

17. Esta contradicción de intereses es ignorada por Santiago Carrillo, quien pretende unir a obreros a obreros agrícolas y campesinos en torno a la consigna « la tierra para quien la trabaja » y opina que « los sectores más conscientes del proletariado agrícola pueden contribuir a esta labor de organización de los campesinos, si ellos mismos superan las reservas hacia éstos, comprendiendo que el adversario común es el gran terrateniente, y en último término, el régimen actual » (p. 88, op. cit.). Según esto, parece ser que quien debe « superar las reservas » hacia el pequeño empresario es el obrero agrícola, acomodándose a sus pretensiones reaccionarias, y no el campesino el que deba aproximarse al proletariado, tomando conciencia de que es la propiedad privada lo que lo pierde. Sin embargo, se ignora que el deber del proletariado consciente hacia los campesinos consiste en hacerles comprender que no pueden « salvar y conservar su propiedad como no sea transformándola en una propiedad y explotación cooperativas. » (F. Engels: La cuestión campesina en Francia y en Alemania, 1895, p. 24.)

18. Datos de la Encuesta de Presupuestos Familiares realizada por el Instituto Nacional de Estadística (1964-1965).

Tout « le cours des siècles qui comprend la vie de tous les chrétiens et de tous les hommes, n'est qu'un grand convoi », dit Nicole. Cela ne vaut donc pas la peine de vouloir devancer les autres, ce qui siérait mal à des chrétiens qui ne sauraient oublier où ils vont. Parfois ceux qui forment le convoi sont distribués ainsi, parfois autrement. Cela n'a pas grande importance ; puisque tous, qu'ils soient les premiers ou les derniers, aboutiront au même but. Mais ce qui importe, c'est qu'il y ait de l'ordre, qu'il y en ait qui marchent en tête, et d'autres qui suivent, pour que tout se fasse selon les règles.

Bernard Groethuysen.

Para entender lo del diálogo

I. El anatema

La teoría sobre la que se basa toda la doctrina tradicional de los pontífices parte de la convicción de que el origen de todos males característicos de los tiempos modernos se deriva de haber intentado construir la ciudad terrena, la sociedad y el Estado, en fundamentos diferentes de la piedra angular puesta por Cristo, esto es, la Iglesia.

« La Gran Revolución francesa fue la tercera insurrección de la burguesía, pero la primera que se despojó totalmente del manto religioso »¹. La burguesía, en efecto, comienza su carrera ascendente al margen de los principios morales eclesiásticos, confundidos con los intereses de la nobleza y, en lo que se refiere a aspectos tan importantes como la práctica del comercio y de la usura, contra esos principios. La burguesía liberal, religiosamente indiferente como tal clase, es el primer intento de construir la sociedad al margen y, casi siempre, en contra de las fuerzas religiosas ; es la primera clase que no tiene necesidad de justificar su situación en motivaciones religiosas y « cuando fue ya lo bastante fuerte para tener una ideología propia, acomodada a su situación de clase, hizo su grande y definitiva revolución, la

revolución francesa, bajo la bandera exclusiva de ideas jurídicas y políticas, sin preocuparse de la religión más que en la medida en que le estorbaba »².

La burguesía, pues, al contrario de la nobleza, no tiene necesidad de ninguna religión para justificarse a sí misma como clase dominante. Y es muy posible que hubiera podido prescindir de la religión e implantar sus propósitos humanizantes si su sistema económicosocial no hubiera dado origen a contradicciones internas que ponían en peligro sus propias adquisiciones. Esas contradicciones son, fundamentalmente, el nacimiento del proletariado, de su conciencia de clase y de su organización como movimiento revolucionario que pone en cuestión el conjunto del orden burgués. Es entonces, en el momento en que la burguesía se percata del peligro que ella misma engendra, cuando comienza a considerar a la religión no sólo en la medida en que le estorba sino en la medida en que puede resultarle útil y, en consecuencia, cuando renuncia a su proyecto de construir la sociedad sin la Iglesia. « La incredulidad parece entrar en la definición de la misma burguesía, como la fe define al pueblo [...] Esto implica que [el burgués] sea hostil a toda religión. Podrá decir perfectamente que es necesaria una reli-

gión « para el pueblo ». E incluso reconocer que el cristianismo es, sin contradicción, « lo mejor que puede dársele ». Pero al decirlo prueba precisamente que sabe hacer la diferencia entre los de su clase y los otros, que no lo son ». Cuando el nuevo orden burgués, ya triunfante, se pregunte qué debe hacer con la Iglesia « se planteará la cuestión menos por sí mismo que por los que no son de su clase : por el pueblo, de una parte y por los curas, de otra »³.

Los pensadores cristianos de la época, imbuidos todavía del fatalismo medieval y convencidos de que todo orden social comporta la distinción, querida por Dios, entre ricos y pobres, entre los que van a la cabeza de este inmenso entierro, que es nuestra marcha sobre la tierra, y los que van detrás, emplearán todas sus fuerzas para justificar las estructuras del nuevo orden social a la vez que se proponen como nueva misión « ir al obrero » con el sedante de la religión para que el orden del entierro no sea completamente trastocado. Estos pensadores procedentes en su mayoría de la antigua nobleza, ya convertida en burguesía, ejercen su poderoso influjo para que la Iglesia, reconciliándose con la nueva clase en el poder, haga todo lo que esté de su parte para que los obreros permanezcan cada uno de su sitio y no atenten, por la destrucción y la barbarie, a los sacrosantos derechos de propiedad⁴.

La hora de la reconciliación suena cuando León XIII llega al Sumo Pontificado. La Iglesia acepta el pacto que le propone la nueva clase y comienza una nueva alianza histórica. Sin embargo, esta alianza no será sin concesiones mutuas. León XIII sitúa el origen de todos los males de nuestra época en la aceptación del « derecho nuevo » derivado del « pernicioso y deplorable afán de novedades promovido en el siglo XVI » y según el cual « todos los hombres, de la

misma manera que son iguales en su naturaleza específica, son iguales también en la vida práctica [...] La autoridad no es otra cosa que la voluntad del pueblo [...] Queda en silencio el dominio divino [...] De ahí que el Estado no profesará ninguna religión, ni eligirá una de ellas ni la favorecerá [...] Es fácil ver la deplorable situación a que queda reducida la Iglesia si el Estado se apoya sobre estos principios »⁵. Con la aceptación de todos estos errores que, según el análisis de la Iglesia, deben su origen a las innovaciones de la Reforma protestante, no sólo la Iglesia católica se ve reducida a una situación « deplorable » ([...] **in locum quamque iniquum compellatur Ecclesia**) sino que, por su parte, el mismo Estado y la sociedad civil conocen situaciones no más halagueñas. El mismo León XIII comprueba, en otra ocasión, los efectos devastadores que para la sociedad civil han acarreado los principios del derecho nuevo « porque las pasiones populares [...] se alzan con mayor insolencia y con gran daño de la república se precipitan [...] en movimientos clandestinos y abiertas sediciones »⁶. De la herejía de la Reforma « se ha llegado a esos errores recientes que se llaman el comunismo, socialismo y nihilismo, peste vergonzosa y amenaza de muerte para la sociedad civil »⁷. Sin los frenos establecidos por la religión la « plebe revolucionaria » ha dirigido con impío atrevimiento sus armas contra los mismos príncipes ». Esta audaz perfidia (**haec autem perfidorum hominum audacia**) que amenaza con ruinas cada vez más graves al Estado [...] tiene su origen y causa en las venenosas doctrinas [propagadas] desde el siglo XVI »⁸.

Así pues, no es ya sólo la Iglesia quien se encuentra en peligro sino el orden social entero, el orden social existente en el último tercio del siglo XIX, época del apogeo de la burguesía. León XIII, por ello, « en este momento de supremo peligro » se

dirige a los gobernantes para indicarles « el puerto en que pueden encontrar un refugio seguro [...] y en nombre de su propia salvación y de la del Estado les pedimos con la mayor insistencia que acojan y escuchen como Maestra a la Iglesia [...] que se convenzan de que la religión y el Estado se hallan tan estrechamente unidos que las pérdidas sufridas por la religión son también pérdidas de la majestad del poder civil y de las obligaciones de los súbditos »⁹.

Con esta especulación doctrinal de unir las « pestes vergonzosas » de los tiempos modernos con los principios más queridos de la burguesía, la Iglesia ofrece a los gobernantes una justificación para que renuncien a su intento de edificación de la sociedad sin la religión. « No se levantará la sociedad si la Iglesia no pone los cimientos y dirige los trabajos » dirá sin pestañear San Pío X¹⁰. A la clase en el poder la Iglesia le propone lanzar todo su peso politicorreligioso en el mantenimiento del orden establecido a condición de que esa clase la saque de su deplorable estado, le restituya su libertad, esto es, su posibilidad de seguir dominando y haga de ella la directora de los trabajos o de lo que hoy se llamaría la construcción del mundo.

Para volver a su esplendor perdido¹¹ la Iglesia no sentirá ningún escrúpulo en utilizar a Dios como soporte, e inevitablemente como corsé, de la sociedad establecida. « Despreciar el poder legítimo, sea quien sea el titular del poder, es tan ilícito como resistir a la voluntad de Dios [...] Por tanto, quebrantar la obediencia y provocar revoluciones por medio de la fuerza de las masas constituye un crimen de lesa majestad, no solamente humana, sino también divina »¹². Por ello los pontífices proponen un comercio singular: nosotros os damos a Dios y vosotros aseguráis vuestra autoridad a la vez que garantizáis la restauración de la nuestra. « [...] Consideren

los que gobiernan a los pueblos si es prudente y saludable consejo, tanto para el poder público como para los ciudadanos, apartarse de la santa religión de Jesucristo, que tanta fuerza y consistencia presta a la humana autoridad [...] Harto nos demuestra la experiencia que la autoridad de los hombres perece allí donde la religión es desterrada »¹³. Y esta restauración de la religión se hace tanto más necesaria porque « frente a los que la suerte o la propia actividad ha dotado de bienes de fortuna, están los proletarios y obreros, ardiendo de odio »¹⁴ y dispuestos a dar « obrando no solamente contra la justicia y la caridad, sino contra la razón », a los ricos una lucha sin cuartel.

Una vez restablecida la autoridad de la Iglesia y colocado Dios como el soporte más firme de la sociedad y del poder « los ciudadanos [...] se sentirán obligados en justicia a aceptar con docilidad los mandatos de los gobernantes y a prestarles obediencia y fidelidad, con un sentimiento parecido a la piedad que los hijos tienen con sus padres »¹⁵.

A partir de esta renuncia a los principios de una sociedad laica, la Iglesia va a desplegar sus esfuerzos para sostener a los gobiernos legítimos contra los asaltos de la plebe revolucionaria utilizando dos instrumentos: la creación de asociaciones obreras católicas y la elaboración de una doctrina social imprescindible para encontrar una solución a lo que ella bautiza con el título de « cuestión social ». Tanto una como otra, estas dos direcciones en las que, en adelante, se va a mover la Iglesia constituyen un intento desesperado para mantener su influjo en la sociedad, influjo que había sido puesto en cuestión desde el advenimiento de las « perniciosas doctrinas » derivadas de la reforma protestante y del liberalismo que han conducido como por arte de birlibirloque al recientísimo peligro del comunismo, ese sistema « ab-

surdo » como lo calificará benévolutamente Benedicto XV.

Por lo que se refiere a las organizaciones obreras, y sin meternos aquí en la sutilísima discusión de si se trata de un restablecimiento retocado de los añorados gremios medievales o de las corporaciones de estilo fascista, la intención que está en el origen de su creación es clara ya desde León XIII: « Como los seguidores del socialismo se reclutan principalmente entre los artesanos y obreros, que, cansados tal vez de las condiciones de su trabajo, se dejan arrastrar fácilmente por la esperanza de las riquezas y por la promesa de los bienes ajenos, nos parece oportuno fomentar las asociaciones de artesanos y obreros, que, colocadas bajo la tutela de la religión, acostumbren a sus miembros a contentarse con su suerte, a soportar con paciencia el trabajo y a llevar en todo momento una vida apacible y tranquila »¹⁶. Es una lástima que nuestros eruditos investigadores de doctrina social de la Iglesia, los Padres Calvez, Bigo, etc., olviden en sus tratados estos textos brutales.

En lo que respecta a la doctrina social y como no es el objeto de este artículo desarrollar las teorías sociales de la Iglesia, nos tenemos que limitar aquí a señalar simplemente sus líneas fundamentales. En general, los documentos pontificios comienzan con una dolorida afirmación sobre el lamentable estado actual de la sociedad que ha dado origen a la cuestión social. En seguida se afirma el amor que, desde siempre, la Iglesia ha tenido hacia los pobres; estas declaraciones de amor, repetidas hasta la saciedad, nos recuerdan a esos amantes que o porque no se han querido nunca, porque ya no se quieren o porque se han traicionado, necesitan repetirse constantemente que sí, que ellos se siguen queriendo como el primer día, sin creer excesivamente en sus propias palabras. Como los pobres, tan ama-

dos por la Iglesia, sufren a causa de la dichosa cuestión social, nuestros pontífices van a echar la culpa de tantos sufrimientos no a unas instituciones que crean por sí mismas la injusticia (esto en doctrina social de la Iglesia se llama « determinismo » y la Iglesia no cree en los determinismos) sino a algunos (no a todos) ricos que se han dejado llevar por su desmedido afán de riquezas, por su avidez o por cualquier otra de las llamadas causas morales de la cuestión social. Pero no se vaya a creer que, por el hecho de declararse de parte de los pobres, los partidarios de soluciones absurdas o contrarias al derecho natural y a los principios revelados por Dios, van a encontrar la bendición de la Iglesia. Todo lo contrario: ellos querrán aprovecharse de la miseria de los otros para saciar sus apetitos desordenados y, en su osadía, estos hombres pérfidos no temen atacar todas las instituciones, y en especial la propiedad privada, establecidas por Dios para el recto orden social y la convivencia pacífica entre las distintas clases que, como los distintos miembros del cuerpo humano, están dispuestas por Dios desde toda la eternidad para que colaboren entre sí en la mayor armonía.

La verdadera solución de la cuestión social no se puede encontrar en estos propagadores de mentiras, sólo podrá encontrarse en la Iglesia y en la restauración del orden social querido por Dios. Este orden tiene como base fundamental la propiedad privada, la colaboración entre las clases y la ayuda subsidiaria del Estado para arreglar los posibles antagonismos que el pecado, cuya raíz está en lo más profundo del corazón humano, puede hacer surgir de vez en cuando. Sobre estas instituciones, y a condición que se deje a la Iglesia su influjo benéfico en la sociedad, volverá a nacer la paz en los espíritus y, cada cual en su sitio, todos podrán dedicarse a la alabanza de Dios y a la preocupación por

la salvación de sus almas que es, en fin y al cabo, el único negocio importante y que tiene la ventaja de estar al alcance de todas las manos y de todas las fortunas¹⁷. La jerarquía de la Iglesia, cegada por su anticomunismo radical y obsesionada por el mantenimiento de su situación privilegiada, elabora, pues, una doctrina social que justifica y sacraliza las instituciones capitalistas transformándolas en instituciones de derecho natural. En esta doctrina, sin embargo, unas veces por concesiones demagógicas al mundo obrero y otras porque la Iglesia jamás se ha reconciliado con los principios del liberalismo, se denuncia las consecuencias nefastas de estos principios: extrema indigencia de unos, extrema riqueza de otros, etc. Pero el correctivo de estas consecuencias no consiste para la Iglesia en una transformación de las instituciones económicas, sino en una moralización de las personas y de las costumbres o, como dice Pío XI, en una vuelta a Cristo de todas las clases sociales. Esta denuncia moralizante no alcanza su objetivo porque traslada el problema de su verdadera raíz a la conciencia de las personas. La doctrina social de la Iglesia es, por ello socialmente, inoperante; institucionalmente burguesa; ideológicamente, medieval o aristocrática; políticamente, antisocialista: extraña amalgama que no ha servido más que para acallar la « mala conciencia » de cierto sector del mundo burgués que todavía se preocupa por la salvación de su alma.

Lo que desde León XIII a Pío XI es condena inapelable del socialismo y del comunismo y que se podría resumir, para utilizar la fórmula más benévola, en la frase de Pío XI dedicada al « bloque más moderado que ha conservado el nombre de socialismo »: « Nadie puede ser a la vez buen católico y verdadero socialista »¹⁸, se convierte en Pío XII en un grito de verdadera cruzada frente las fuerzas tenebrosas

del mal, cuya arma es la insinceridad erigida en sistema. Este papa, que recibió con un discurso emocionante a un grupo de combatientes de la guerra de España, decepcionado sin duda por el fracaso del « nuevo orden » nacionalsocialista, dedicará todo su pontificado a una lucha sin cuartel para movilizar las fuerzas del mundo libre contra el peligro rojo.

El papa, que hubiera deseado ver extenderse el orden corporativista sin necesidad del supremo recurso de la guerra, se queja en el discurso de Navidad de 1939, la guerra ya comenzada, de esta « indecible desgracia » porque « ¿ cómo podrá, cuando la guerra acabe, una economía exhausta o extenuada encontrar los medios necesarios para la reconstrucción económica y social, entre las dificultades que de todas partes se verán aumentadas extraordinariamente, y de las cuales las fuerzas y las artes del desorden, que se mantienen ocultas, procurarán aprovecharse, con la esperanza de poder asestar el golpe decisivo a la Europa cristiana? »¹⁹. Y así, en pleno ataque hitleriano, en la Navidad de 1942, Pío XII se preocupa fundamentalmente en afirmar: « Movida siempre por motivos religiosos, la Iglesia ha condenado los varios sistemas del socialismo marxista, y los condena también hoy porque es su deber y derecho permanentes preservar a los hombres de corrientes e influencias que ponen en peligro su eterna salvación »²⁰. Y sin duda preocupado él también por la salvación eterna de los obreros les dice, el 13 de junio de 1943: « No; la salvación vuestra [...] no está en la revolución [...] sino en una evolución concorde están la salvación y la justicia ». Por si los obreros se mostraran escépticos ante estas evoluciones les recuerda que « la revolución social se jacta de elevar al poder a la clase obrera. ¡ Vana palabra y mera apariencia de una realidad imposible! Vosotros veis que de hecho el pueblo trabajador

sigue ligado, subyugado y sometido a la fuerza del capitalismo de Estado [...] que lo agrupa todo, lo ordena y lo constriñe en un espantable instrumento de guerra ». Por tanto nada de revoluciones sociales, apariencias de una realidad imposible, « no destruir [...] sino edificar y consolidar; no abolir la propiedad privada, fundamento de la estabilidad de la familia, sino promover su difusión como fruto de la concienzuda fatiga de todo trabajador y trabajadora, de modo que vaya disminuyendo gradualmente esa masa de pueblo inquieta y audaz, [...] que unas veces por profunda desesperación, otras por ciegos instintos, se dejan arrastrar por cualquier viento de falaces doctrinas o por solapados artificios de agitadores carentes de toda moral »²¹.

Cuando la paz se restablece y comienza la guerra fría, Pío XII, en la Navidad de 1947, hace un análisis de la situación y propone unos remedios que aun hoy ponen los pelos de punta. Aunque la cita sea un poco larga, vamos a dejar hablar al Pastor Angelicus, sin comentar su mensaje. Por lo pronto divide al mundo en dos partes: « Los fautores de la negación y de la discordia [...] Los amigos de la paz [...] En la lucha titánica entre los dos espíritus opuestos que se disputan el mundo, si el odio es suficiente para reunir en torno al espíritu del mal a hombres a quienes todo parecería dividir entre sí, ¿ qué no llegaría a hacer el amor para reunir en una liga vasta como el mundo a todos aquellos a quienes la altura de miras [...] ha enlazado con vínculos mucho más fuertes [...] ? A los millones de hombres dispuestos a adherirse a esta liga mundial [...] dirigimos en este momento nuestra férvida exhortación ». De pues se asegurar que los reunidos en torno al espíritu del mal son como un Herodes resucitado y de afirmar que « nuestra posición entre los dos campos opuestos está exenta de todo prejuicio », exclama: « Ah, si todos los hombres hon-

rados se unieran juntos, cuan cercana estaría la victoria de la fraternidad humana [...] ! Forman ellos ya una parte considerable de la opinión pública [...] Otros, en cambio, cuyo sí o cuyo no tiene un peso tan notable en acelerar o retardar la pacificación de Europa [...] siguen el camino contrario. ¿ Es que temen, acaso, que una Europa restablecida [...] cristianamente inspirada, quiera expulsar de su organismo los gérmenes venenosos del ateísmo y la revolución [...] ? ». Cuando va llegando al final de este discurso, el papa alcanza las cimas de su concepción mítica y apocalíptica del mundo que le ha tocado vivir: « En las asambleas humanas se infiltra sin sentir el espíritu del mal, el ángel del abismo, enemigo de la verdad, fomentador de los odios [...] A todos vosotros, por esto, amados hijos e hijas, Nos os decimos ¡ ha llegado vuestra hora ! En las reuniones de los hombres de Estado, otro invisible espíritu preside como Señor Soberano [...] aquel Dios cuyos impenetrables designios están dictados todos por su amor paternal. Pero para realizarlos quiere valerse de vuestra cooperación. En los días de lucha vuestro puesto está en primera línea, en el frente de combate. Los tímidos y emboscados se hallan muy cerca de convertirse en desertores y traidores »²². Nos hemos propuesto no comentar este discurso.

Este recorrido por los textos pontificios nos muestra la persistencia de una corriente de pensamiento en el seno de la Iglesia que está en la raíz del anatema lanzado contra el comunismo. Los comunistas están convencidos de que se puede edificar la sociedad con las fuerzas del hombre; los pontífices creen que fuera de la « piedra angular puesta por Cristo » no se puede construir nada. Pío XII, igual que sus antecesores, muestra un escepticismo profundo ante las « asambleas deliberantes » y « las muchedumbres innumerables, anónimas, presa fácil de la agitación desordenada »²³.

que son, para la desgracia del recto orden social, quienes tienen que elegir a esas asambleas. Para él la civilización, la edificación de la sociedad, es obra de las clases dirigentes impregnadas de las tradiciones cristianas, si saben permanecer fieles a esas tradiciones. Este es un pensamiento que volvemos a encontrar en Pablo VI. Por ello, las organizaciones que comiencen a luchar sin tener muy en cuenta a quien se dice depositaria de esas tradiciones, de esa sabiduría secular, están irremediablemente destinadas al anatema. El movimiento obrero es, por definición, laico; esto es, no justifica sus pretensiones en motivaciones religiosas: ésta es la verdadera raíz de su condena.

Cualquier conocedor de doctrina social de la Iglesia sabe que las razones que ésta ha dado para condenar al comunismo son muy variadas y cambiantes, según las diversas épocas históricas y el carácter mismo que haya adoptado la organización del comunismo. Las razones que se dan en los años de guerra fría no son exactamente las mismas que da León XIII, como las que da Pablo VI no son las que se empleaban por los años cincuenta. Algunos podrían pensar, incluso, que una de las razones más invocadas sigue conservando toda su validez; el comunismo, nos dicen los papas, es totalitario y opresor. Pero, dejando aparte el análisis histórico de las razones o sinrazones de la opresión comunista y sin poder entrar en el estudio del papel jugado por la Iglesia para apretar el cerco en torno a los países socialistas, esa condena del totalitarismo comunista pierde fuerza o se queda en nada cuando la misma Iglesia ha callado la opresión a la que el Occidente cristiano somete a los países colonizados y la barbarie infinitamente superior ejercida por los europeos civilizados para mantener su dominio sobre el conjunto del globo, o cuando esa misma Iglesia ha apoyado explícitamente a im-

plantar ciertos regímenes no menos totalitarios que los implantados en los países comunistas. La razón fundamental de la condena no es el totalitarismo, sino más bien el no haber pedido ayuda a la Iglesia para implantar ese totalitarismo.

En la base de todas estas posiciones hay una desconfianza instintiva respecto a las posibilidades del hombre para edificar por sí mismo la sociedad. El hombre sería ese ser impotente y desamparado que tiene que esperar del cielo las luces que le guíen en su marcha sobre la tierra. Dios ha hablado y la Iglesia, poseedora e intérprete de esa palabra, es imprescindible para la edificación de la sociedad, es su base y su soporte. La Iglesia se confunde así con cada sistema social a la que ella sirva de soporte y que sirva a su dominación y deriva de esta confusión unos « principios inmutables » que serían dados por Dios y según los cuales el hombre debe dirigir sus pasos sobre la tierra. Toda teoría o todo movimiento que intenten hacer andar al hombre sin el auxilio de andaderas exteriores, sin tener en cuenta la existencia de los principios inmutables y, por tanto, prescindiendo de la base sociológica que hace posible la existencia de esos principios —la confusión de la Iglesia con la Sociedad— tiene que ser condenado sin paliativos. Esta es la razón última de la condena de las teorías liberales, como lo es de la condena de las teorías comunistas, como lo es hoy de la revolución armada.

El peligro que de esta confusión entre Dios y Sociedad se deriva para la madurez del hombre es también un peligro para la misma idea de Dios. En efecto, Dios se presenta como identificado con el mundo, se le imanentiza y se le rebaja. Se le constituye como explicación del mundo y como su norma. Así se acaba a la vez con la libertad del hombre y con la libertad de Dios. Los dos quedan prisioneros de la

Iglesia confundida con el Orden. El mundo queda convertido en un inmenso entierro bien ordenado.

Esta confusión es el resultado inevitable de un largo proceso histórico. El hombre que busca en la religión la protección a su impotencia tenía que existir desde el momento en que, efectivamente, era un ser impotente. La religión se le presenta así a la vez como refugio, protección, respuesta y satisfacción³⁴. No que el papel de la religión haya sido siempre regresivo: a veces, en su nombre se han realizado avances históricos importantes; sino que incluso cuando su influjo ha sido benéfico para la madurez del hombre, era un influjo religioso, entendiendo aquí por religioso una apoyatura exterior al mismo hombre sobre la que era necesario dar el golpe de pie para entrar a matar. Esta alienación histórica del hombre, en sus relaciones con la naturaleza o con la sociedad, es la causa y la explicación de la dominación de las instituciones religiosas y, por lo que respecta a Europa y a los países colonizados por ella, del dominio de la Iglesia. Desde esa situación histórica y con objeto de retener el proceso de liberación del hombre la Iglesia ha elaborado sus esquemas de dominación, esquemas que se explican históricamente y que la Iglesia se ha empeñado en mantener incluso cuando las condiciones históricas que los hacían posibles han desaparecido. La condena del comunismo, que la Iglesia ha realizado mucho antes del establecimiento en el poder de partidos comunistas totalitarios e incluso mucho antes de que se elaborara por Lenin una teoría del partido como órgano del poder revolucionario, obedece simplemente de mantener el poder religioso sobre la sociedad. Por ello el anatema lanzado después contra el comunismo no es « limpio »: es un anatema impuro y partidista.

II. Del anatema al diálogo (como dice Garaudy)

Cuando el pontificado de Pío XII llegó a su fin, todos los otros grandes dictadores habían muerto: Hitler y Stalin (esa « y » no quiere decir que yo los compare: representan cosas muy distintas) habían dado paso a regímenes más « racionales ». Al trono de Pedro llegó, un poco inesperadamente, un hombre religioso: Juan XXIII, un creyente. Es cierto que **Mater et Magistra** continúa una línea tradicional y representa un avance en la medida en que consagra las nuevas necesidades de lo que se ha dado en llamar neocapitalismo. Pero es cierto también que un párrafo famoso de **Pacem in Terris** abría las puertas de ese enorme **ghetto** en que la Iglesia estaba inmovilizada. No vamos a analizar aquí las contribuciones de Juan XXIII. No tuvo tiempo de definir una línea para la Iglesia y quiso dejar este cuidado a un Concilio. Juan XXIII tiene el enorme mérito de haber dejado hablar a unas voces que desde hacía siglos estaban constreñidas al silencio en el seno de la Iglesia, el mérito de haber desatado con sus manos campesinas, amantes de la tierra, las fuerzas que se debatían bajo la pesada bota del Santo Oficio. Juan XXIII tenía fe, ese don de Dios, y pasará a la historia más por lo que fue y por lo que dejó hacer, que por lo que hizo o lo que dijo.

Su sucesor es quien verdaderamente ha elaborado toda una teoría del diálogo. Vamos a intentar aquí esbozar las líneas fundamentales por las que se mueve el sinuoso pensamiento de Pablo VI. Este análisis tiene que limitarse al objeto del presente artículo dejando para otra posible ocasión una elaboración más completa de lo que aquí sólo pueden ser unos sencillos esbozos.

« Debéis cumplir otra tarea, expresada en una frase que ha hecho fortuna en estos

últimos años: la **Consecratio Mundi**. El Mundo es vuestro campo de acción [...] Pero el movimiento natural de este mundo [...] lo empuja hacia ese fenómeno que han analizado muy bien —para apenarse o para alegrarse de ello— algunos pensadores contemporáneos, bajo los diferentes nombres de « secularización », de « laicización », de « desacralización » [...] Vuestro apostolado se inscribe en sentido inverso a estas corrientes [...] Qué es [vuestro apostolado] sino resacralizar el mundo »¹.

Pablo VI cree, por tanto, que la misión fundamental de los católicos de nuestro tiempo es hacer frente a la « secularización » del mundo. Este deber de resacralización nace del hecho de que este mundo moderno ha olvidado el arte de pensar, la antigua sabiduría cristiana y se mueve por caminos que le conducen a la desesperación, al absurdo y a la negación: « No quiere ya lógica formal ni metafísica; ni sistemas orgánicos de verdad, por muy autorizados que sean; ni razonamientos seguros, ni silogismos, ni esquemas previos y ordenados. Todo es mito, todo es discutible, todo es incierto ». Este rechazo de un pensamiento seguro sólo puede dar lugar a un mundo « contaminado por la duda y la negación » ya que « el abandono del « arte de pensar », al que nos han habituado el uso honrado del buen sentido y la sabia iniciación al pensamiento humanista y escolástico, hace perder la brújula de la verdad ». Ante ese inmenso espectáculo de un mundo ensombrecido por la duda y de unas « masas que piensan con el cerebro de otros », el papa, situado en « la orilla sólida y amiga en la que Nos ejercemos Nuestro ministerio » querrá ayudar a los que evocan en su pensamiento la « imagen temible de las arenas movedizas, sobre las que a veces parecen en vano caminar y avanzar tantos hombres [...] y Nos quisiéramos gritarles: ¡ cuidado! Nos

quisiéramos tenderles la mano e indicarles la puerta de salida »².

El papa, pues, conserva del mundo una imagen que está lejos de los famosos textos optimistas de su predecesor³; pero no por ello querrá ejercer sobre el mundo ningún dominio: se trata en realidad para la Iglesia de una gran tarea que debe realizar « sin reclamar para ella ningún privilegio »⁴, tarea que se puede resumir en estas palabras: ir hacia el mundo. « No debemos olvidar nuestro deber de ir hacia el mundo. Ciertamente, la Iglesia es esencialmente una institución autónoma [...] pero no es un **ghetto**, no es una sociedad cerrada » y de ahí nace el « deseo de acercarse a la sociedad [...] ir hacia el mundo, comprenderlo, servirlo, regenerarlo cristianamente »⁵.

Evidentemente esta misión de salir de sí mismo e ir hacia la sociedad no obedece sólo al espectáculo que se le presenta al papa y según el cual el mundo, el hombre « se arrastra al abismo del vacío, o al menos del absurdo, frecuentemente al abismo de la locura y la desesperación »⁶. El papa cree, como Pascal, que el hombre es capaz de lo mejor y de lo peor, de la grandeza y de la miseria. Ciertamente que esta consideración de los valores positivos que el mundo encierra en su seno será apercibida por Pablo VI cada vez con menos optimismo según van corriendo los años de su pontificado. De todas formas el papa, desde lo que él mismo llama su observatorio privilegiado, percibe en el mundo moderno una especie de conglomerado de luces y sombras. Así, a la vez que la mirada de la Iglesia se dirige hacia las raíces del mal « se posa también sobre este mundo moderno. La Iglesia no teme, no huye, contempla y bendice. Contempla y bendice la obra de los hombres: la ciencia, el trabajo, la sociedad. Como siempre, ve ahí grandeza y miseria [...] »⁷. La Iglesia « no se opone a los altos valores de

vuestra cultura y vuestro progreso, sino que los reconoce con gusto, los alienta y los bendice »⁸. Pero aunque la Iglesia se « percata de la asombrosa novedad del mundo moderno » hay algo que falta a este mundo si no le es aportado por esa sociedad « esencialmente autónoma » que es la misma Iglesia, hay algo que este mundo moderno no posee si no le es dado por la Iglesia, hay valores que se quedan como truncados si la Iglesia no está a la vera del hombre para aportarle ese « suplemento de alma » del que carece nuestro mundo. Así, por ejemplo, la paz, que no se conseguirá hasta una previa regeneración de los espíritus que sólo la religión puede aportar; así el trabajo, que puede hacer crecer al hombre o rebajarlo según el espíritu con que se haga; así el pensamiento que si se aparta de la brújula de la verdad conduce al hombre a las tierras movedizas por las que inútilmente querrá avanzar; así la ciencia, fuente de la dignidad humana pero que encierra el peligro de hacer del hombre un ser que intente bastarse a sí mismo, etc. Toda esta situación ambivalente del hombre queda resumida en la frase « un humanismo sin Dios es un humanismo contra el hombre » que el papa hereda del pensamiento humanista-católico francés⁹.

En efecto, hay en la humanidad sombras y luces, abismos y cúspides, desesperación y esperanza: el hombre es en sí mismo un ser ambivalente. Para alumbrar las sombras y plenificar las luces « la Iglesia se asoma con cándida confianza a los caminos de la historia y dice a los hombres yo tengo lo que vosotros buscáis [...] Y habla a los hombres de verdad, de justicia, de libertad, de progreso, de concordia, de paz, de civilización. Son palabras éstas de las que la Iglesia conoce el secreto: Cristo se lo ha confiado »¹⁰. Por ello, la Iglesia pide un puesto en la obra común de construcción del mundo, Poseyendo más que

nadie, ya que los demás no han tenido la suerte de conocer los secretos que Cristo revela, el secreto del hombre, la Iglesia se proclamará « más que nadie promotora del hombre »¹¹. Porque, en definitiva, « sólo la religión cristiana posee el remedio soberano a las insuficiencias humanas »¹².

Creo que esta exposición del pensamiento « humanista » de Pablo VI ofrece la pista que nos permite vislumbrar el intento que el papa busca. Hay, en ese pensamiento, en primer lugar la afirmación de una dicotomía: de una parte la Iglesia, en la orilla segura, en el observatorio privilegiado, de otra parte el mundo, en las arenas movedizas, en los « círculos concéntricos alrededor del centro en que la mano de Dios Nos ha colocado »¹³; hay, además, una dicotomía interna al mismo hombre: esas luces y esas sombras a las que hacíamos referencia, esos nobles intentos que, por sí solos, no pueden conseguir el fin que se proponen. Hay, en fin, la salida de las contradicciones desde el momento en que el mundo acepta la mano amiga de la Iglesia que viéndole como el médico ve al enfermo, hace de buen samaritano, baja de la montura y se ocupa de curar sus enfermedades.

Dando por supuesto que el hombre sin Dios no es plenamente hombre, el papa traslada, y extiende, esta visión a toda la sociedad. Una sociedad que se construya sin Dios no es plenamente humana ya que no puede conocer los secretos de que la Iglesia es depositaria. Por esta razón el papa propone la contribución de la Iglesia a esta obra de construcción común de la sociedad. Por esta razón la Iglesia entra en diálogo con el mundo, no para dominarlo sino para servirlo; no para degradarlo o para negar su « sana autonomía » sino para ayudarle a « ser más ». Y Pablo VI no duda en colocar a Dios como cúspide del « ser más » del hombre. Dios es quien llena los huecos que quedan después de que el

hombre ha intentado fabricarse su refugio en la tierra.

Ya desde ahora podemos señalar algunas de las debilidades ideológicas del marco en que se mueve el diálogo propuesto por Pablo VI. En primer lugar, no hay tal diálogo: se trata de un monólogo, o si se prefiere del diálogo que es establece entre el médico y el enfermo, entre quien busca la verdad y quien la posee, entre el que se hunde en las arenas movedizas y el que observa desde la orilla segura, entre el pastor y la oveja. Ahora bien: el enfermo no dialoga con el médico, se limita a exponerle sus males y a pedir un remedio; el que busca no dialoga con el que posee, se limita a pedirle la dirección por la que debe encaminarse su búsqueda; el que se hunde no dialoga con el que está seguro, se limita a pedir socorro, a pedir que le tire la cuerda salvadora; y no digamos nada del diálogo que se establece entre el pastor y la oveja. Pero, además, y en el supuesto que si hubiera diálogo, que es mucho suponer, la Iglesia se presentaría al mundo como contradistinta de él, como un centro que debe penetrar a la sociedad para vivificarlo, como un sistema con sus verdades, su concepción, su manera propia de enfocar los problemas humanos, su «verdad interna», su autonomía. La Iglesia, así, poseedora de una manera de ser se planta ante el mundo poseedor, a su vez, de una o de varias manera de ser. La superación de la Iglesia-ghetto es, como veremos, meramente verbal. Como es verbal la renuncia a la dominación ya que presentándose como una instancia, entre otras, para la construcción del mundo, pero como la instancia privilegiada porque ella posee lo que al mundo le falta, la Iglesia no puede dejar de intentar dominar sobre ese pobre mundo. En tercer lugar hay que señalar que Dios se sitúa como la cumbre de un humanismo, como el último eslabón al que el hombre debe llegar para ser

plenamente humano. Dicho en otros términos, esto es lo mismo que colocar a Dios como soporte de una sociedad en la que la Iglesia puede ejercer todo su influjo y, de esta manera «sostener» a las organizaciones humanas¹⁴.

En este marco, cuya debilidad ideológica depende de las fuentes humanistas en que ha bebido Pablo VI, esto es, de la filosofía católica francesa, el papa se enfrenta con lo que él mismo llama el problema mayor de nuestro tiempo: el ateísmo y en especial con el ateísmo marxista ya que por su intento totalizador, porque sigue prescindiendo (¿por cuánto tiempo?) de la Iglesia para construir la sociedad, es el único que se puede presentar como verdadero «adversario». Vamos a examinar cómo enfoca Pablo VI el diálogo que, a pesar de los pesares, debe establecerse con el comunismo.

Para comprender la posición, llena de sutilidades políticas, de Pablo VI ante el comunismo, me parece conveniente hacer referencia a una interviú que Ottaviani concedió a una revista italiana. El cardenal, amigo de las declaraciones a la prensa y que en otra ocasión se había declarado a sí mismo como *carabinieri* de la Iglesia, medía la eficacia de los pontificados de Pío XII y Juan XXIII según hubieran sido capaces de hacer frente al peligro comunista. Con Juan XXIII el Partido Comunista italiano había ganado un millón de votos. Al preguntarle por Pablo VI, Ottaviani eludió la respuesta, pero en otra ocasión dijo que se estaba mostrando cada vez más como un gran papa. Los criterios que esta pintoresca figura de la Iglesia Romana utiliza para medir la eficacia de un pontificado muestran bien a las claras por qué Pablo VI no merece el despectivo reproche que infligió a Juan XXIII.

Pablo VI, en efecto, en su primera encíclica, la del diálogo, se da por enterado de la existencia de «algunos que abiertamen-

te alardean de su impiedad y la sostienen como programa de educación humana y de conducta política, en la ingenua, pero fatal convicción, de liberar al hombre de viejos y falsos conceptos de la vida y del mundo para darles en su lugar, según dicen, una concepción científica [...] Es este el fenómeno más grave de nuestro tiempo ». Y lo es porque « la teoría en que se funda la negación de Dios es fundamentalmente equivocada [...] destruye en su misma raíz todo sistema social que sobre ese concepto pretende fundarse ». Nosotros sabemos ya que el motivo fundamental de la condena de todos los intentos socialistas es haber prescindido de la existencia de Dios, y por tanto de la Iglesia, para establecer un orden social. Pablo VI cree que esto es arruinar el mismo orden social. « Por eso, mirando al interés supremo de la verdad, resistiremos con todas nuestras fuerzas a esa avasalladora negación, por el compromiso sacrosanto adquirido en la confesión fidelísima de Cristo y de su Evangelio, por el amor apasionado e irrenunciante al destino de la humanidad [...] ».

Los compromisos fidelísimos y los amores apasionados del papa « Nos obligan, como han obligado a nuestros Predecesores —y con ellos a cuantos estiman los valores religiosos— a condenar los sistemas ideológicos que niegan a Dios y oprimen a la Iglesia, sistemas identificados frecuentemente con regímenes económicos, sociales y políticos y entre ellos, especialmente, el comunismo ateo ». La intención del párrafo es clara a pesar de la sutilidad verbal que emplea. En efecto el papa condena aquí directamente la negación de Dios y la opresión de la Iglesia, pero su condena no recae ya, aunque quien no conozca los recovecos del lenguaje eclesiástico no suele percibirlo, sobre los sistemas económicos, sociales y políticos más que en la medida en que « frecuentemente » se identifican con esa negación de Dios y con esa

opresión de la Iglesia. Para el lector normal, es decir para los que van a las urnas a votar, el papa ha condenado al comunismo ateo; para el especialista en doctrina social de la Iglesia el papa condena **in directo** un sistema ideológico, pero sólo indirectamente un régimen económico, social y político, con el que frecuentemente se asimila esa ideología, pero que según deja a entender el papa puede darse el caso en que esa asimilación no se efectúe. De otra forma no hubiera empleado la fórmula « identificación frecuente ».

Pablo VI continúa: « Pudiera decirse que su condena no nace de nuestra parte; es el sistema mismo y los regímenes que lo personifican los que crean contra nosotros una radical oposición de ideas y opresión de hecho. Nuestra reprobación es en realidad un lamento de víctimas más bien que una sentencia de jueces ». Es significativo que en esta reprobación el papa no retoma ninguno, o casi ninguno, de los argumentos empleados por sus venerados predecesores como son, entre otros, que el comunismo atenta contra el orden social, que corrompe los fundamentos en los que se asienta la autoridad humana, que supone la abolición de la sagrada institución familiar, que acaba con la propiedad privada de los medios de producción, fundamento de la libertad personal y social, etc. El socialismo es un hecho irreversible y el papa, político hábil, se da por enterado. Es cierto que dejará a su sucesor el cuidado de definir el orden socialista como el « querido por Dios desde toda la eternidad ». Pablo VI todavía no se atreve a hacerlo. Sus argumentos para reprobarlo se limitan a una oposición ideológica y a que los sistemas socialistas todavía ejercen sobre la Iglesia una opresión de hecho. No cabe duda que « la hipótesis de un diálogo se hace sumamente difícil en tales condiciones, por no decir imposible, a pesar de que en Nuestro ánimo no

existe hoy todavía ninguna exclusión preconcebida hacia las personas que profesan dichos sistemas [...] », es decir que un diálogo puede ser abierto en el momento en que los regímenes comunistas dejen de oprimir a la Iglesia, le devuelvan todos sus derechos ; a la vez, el papa prepara futuras conversaciones con « personas », esto es, no con los sistemas en cuanto tales. Esta distinción creo que obedece al hecho de que la recepción de Adjubei por Juan XXIII fue interpretada como una aceptación tácita de los sistemas socialistas. Pablo VI puntualiza que, por amor a la verdad, él está dispuesto a encontrar a personas que personifican dichos sistemas sin que, a la hora de las elecciones, los católicos deban confundir la recepción de dirigentes comunistas con la aceptación de los sistemas comunistas.

Por todo ello, el papa va a terminar la parte de la encíclica que consagra al comunismo con un comentario sutil : « Recordando por eso cuanto escribió nuestro Predecesor [...] que las doctrinas de tales movimientos, una vez elaboradas y definidas siguen siendo siempre idénticas a sí mismas, pero que los movimientos como tales no pueden menos de desarrollarse y sufrir cambios, incluso profundos, no perdemos la esperanza de que puedan un día abrir con la Iglesia otro diálogo, positivo, diverso del que constituye nuestra presente reprobación y nuestro obligado lamento ». Utilizando un argumento que un marxista verdadero rechazaría, pero que de todas formas servía para establecer ya desde ahora ese diálogo que tantos deseaban, Juan XXIII había abierto la puerta a la colaboración. Pablo VI no tenía más remedio que enfrentarse con este texto y, como es habitual, le da la vuelta, lo vacía de contenido y rechaza a un horizonte *sine die* la perspectiva del diálogo. Cuando vosotros cambiéis, hablaremos. Mientras « la Iglesia del silencio,

por ejemplo, calla, hablando únicamente con su sufrimiento »¹⁵.

La actitud de Pablo VI ante el comunismo va a estar marcada por estas líneas que hemos visto en *Ecclesiam Suam* y va a depender de las circunstancias y de los interlocutores. Nosotros creemos poder distinguir dos maneras de hablar del papa según haga referencia a los países en que el comunismo es la garantía del orden, es ya un orden establecido, o bien a los países en que está todavía en la oposición, recrudesciéndose su anticomunismo en relación directa con la fuerza que puedan tener los diferentes partidos comunistas de la oposición.

Cuando se refiere a los países de « más allá del telón de acero » el papa emplea de nuevo con insistencia la expresión « Iglesia del silencio ». Para deshacer equívocos digamos de entrada que nunca señala con esa expresión a esa parte de la Iglesia española que ve continuamente recogidos y quemados sus periódicos y revistas. Esa no es la Iglesia del silencio. La Iglesia del silencio es la que reside en los territorios en « los que dominan formas de estatismo autoritario y frecuentemente totalitario, y prácticamente hostil a la religión »¹⁶. Hay que decir, aunque sólo sea de paso, que el papa nunca designará como « estatismo autoritario y frecuentemente totalitario » a las dictaduras que no sean « prácticamente hostiles a la religión » e, incluso no tendrá ningún reparo en mostrar su « comprensión y ternura »¹⁷ hacia esos regímenes y establecer concordatos con ellos. Pero, dejemos esto.

La primera reacción ante esta Iglesia del silencio (una de cuyas figuras principales es el cardenal Wyszynski, conocido en el mundo entero por su asombrosa facilidad de palabra) es mostrar su solidaridad con « vosotros, hermanos todavía injustamente encerrados en el silencio, en la opresión y en la privación de los legítimos y sagra-

dos derechos »¹⁸. A la vez que la solidaridad, su lamento por la existencia de países en los que « la fe es amenazada, ridiculizada y oprimida »¹⁹ y su confianza en que « a través de las vicisitudes permitidas por la Providencia »²⁰ el alma de estos pueblos continuará enraizada en su milenaria fe.

Sin embargo, a través de todas estas denuncias, solidaridades, lamentos y esperanzas, se puede percibir una aceptación del régimen economicosocial en que estos cristianos viven oprimidos. Así invita a las autoridades « para que noblemente depongan su injustificada hostilidad hacia la religión católica, cuyos miembros deben ser considerados no como enemigos o ciudadanos desleales, sino más bien como miembros honrados y laboriosos de la sociedad civil a la que pertenecen »²¹. Hay aquí, por una parte, una invitación a los gobernantes para que depongan su hostilidad, pero por otra, y esto es lo más significativo, se invita a los católicos a la lealtad, la honradez y la laboriosidad respecto a las sociedades civiles en las que viven, es decir, hacia los regímenes socialistas. En este mismo sentido expresa su deseo de que el « reino de Jesucristo y de su dulce Madre, honrada en Czestochowa como reina de Polonia, pueda siempre vivificar el auténtico y continuo progreso humano, civil y católico de la querida y gloriosa Polonia »²². Aquí no se trata ya de discutir las bases de una sociedad socialista sino de invitar a los católicos a su « continuo y auténtico progreso ».

Al contrario de Pío XII, que pensaba en una alianza de los católicos de más allá y más acá del telón de acero (que él llamaba, para no levantar sospechas políticas « gigantesca muralla »²³ para derrocar los regímenes socialistas, Pablo VI deplora que basándose « en una sospecha equivocada de insubordinación de la Iglesia » se la impida el derecho a vivir « de

una manera tranquila y serena »²⁴. Evidentemente, se trata de reclamar los derechos de que se ha privado a la Iglesia, pero a la vez se intentan levantar las sospechas de insubordinación que podrían permanecer aun contra la Iglesia y se dice, indirectamente, a las respectivas iglesias nacionales que no se insubordinen, esto es, que no discutan el hecho del nuevo orden socialista.

Además de estas llamadas a los católicos para que colaboren con los regímenes respectivos como ciudadanos leales, hay también en Pablo VI una aceptación explícita de la « vida social organizada ». Así en la respuesta a un mensaje de Kroutchev le decía: « Nos rezamos para que éste [el pueblo ruso], en la prosperidad y la vida social organizada, pueda aportar una importante contribución al verdadero progreso de la humanidad y a la justa paz del mundo »²⁵. No es que vea en los discursos de Kroutchev lo que veía en los de Kennedy, a saber « una armonía espontánea con lo que Nuestro venerable predecesor decía en su última encíclica »²⁶ pero, al menos, no ve lo contrario y si lo ve no lo dice. De esta forma, Pablo VI pedirá que se restituya la libertad del ministerio pastoral « no solamente en beneficio de las almas, sino también de las naciones en las que viven »²⁷, fórmula que nos recuerda las empleadas por todos sus predecesores para pedirle a la burguesía que restituyera a la Iglesia sus esplendores perdidos.

La actitud de Pablo VI en esta primera serie de textos que estamos examinando, responde, pues, a un doble convencimiento: la seguridad que han adquirido ya los regímenes socialistas y la necesidad de la Iglesia de acomodarse a la nueva situación y mantener así, hasta donde sea posible, su influjo, siempre benéfico, en favor de la sociedad. Estas constantes de la política vaticana quedan resumidas en

el discurso al jefe del gobierno de la República Federal Socialista de Yugoslavia, a quien después de expresarle su satisfacción por los acuerdos a que se ha llegado y desear que produzcan resultados cada vez más positivos « para la satisfacción de las dos partes interesadas », le dice : « A este respecto, la Santa Sede no puede más que recordar la finalidad suprema que la Iglesia persigue en toda nación, una finalidad de orden esencialmente religioso y espiritual. Ella tiende a su consecución por la predicación de la doctrina evangélica, en el cuadro de su organización y de su legislación, siempre respetuosas de los derechos legítimos del Estado y siempre capaces de suscitar efectos saludables para la vida moral, social y civil de las poblaciones. Las virtudes que la doctrina cristiana enseña e inculca son, en efecto, el fundamento más seguro de toda vida social bien ordenada. Nos no tenemos necesidad de repetir a V.E. en cuánta estima tenemos a su país [...] »²⁸.

Me parece necesario destacar que, en el horizonte de la Iglesia se está vislumbrando una operación política al estilo de la que León XIII realizó con la clase burguesa en el poder. La burguesía era, como tal clase, no religiosa y empezó a ocuparse de la Iglesia sólo en la medida en que le estorbaba. Más adelante buscó y aceptó la ayuda espiritual de las fuerzas morales y religiosas para mantener a raya a los movimientos revolucionarios del mundo obrero. La Iglesia se presentaba como una garantía segura del orden social. Hoy, ante regímenes ateos, la Iglesia comienza a pedirles que consideren el influjo que sus instituciones pueden ejercer para el mantenimiento del nuevo orden. Así, el episcopado italiano en una finísima carta pastoral publicada unos meses antes de las elecciones generales invita a los gobiernos no cristianos a que reconside-

ren « su actitud ante la religión y la Iglesia y a reconocer su importancia para la vida civil, incluso si no tienen ningún deseo de acoger su invitación a la fe »²⁹. El mercado que se hace con la religión es excelente : señores gobernantes, a nosotros en realidad nos preocupa poco que ustedes acojan o no nuestra invitación a la fe, pero, por favor, fíjense en la importancia que para el orden tiene la religión cristiana ; en consecuencia, concédannos toda clase de facilidades, que nosotros sabremos responder recomendando a nuestros fieles la « honradez y la laboriosidad », la fidelidad y la subordinación ante la legítima autoridad del Estado. A mi modo de ver, estas nuevas alianzas que comienzan a dibujarse, obedecen al hecho de que la Santa Sede no considera ya a los regímenes socialistas como los perturbadores del orden. El problema de la revolución se ha trasladado al tercer mundo. Y aquí tendríamos que entrar en el análisis de cómo se comportan ante el tercer mundo Moscú, Roma y Wáshington para comprender muchas de las cosas que están pasando en nuestro valle de lágrimas.

La segunda actitud que toma el papa ante el comunismo se refleja, sobre todo, en los discursos que dirige a los obreros del llamado mundo libre. Una serie de constantes se perciben en estos discursos. Así, en primer lugar, la repetición del « interés y el amor que la Iglesia tiene por los trabajadores »³⁰. La Iglesia, es sabido y nosotros lo hemos demostrado ampliamente « se ha interesado a fondo por la cuestión social »³¹. Es evidente, y recordarlo aquí es sólo para refrescar la memoria de los olvidadizos que este amor por la clase obrera no es incompatible con el hecho de que « la Iglesia está próxima igualmente de vosotros, jefes de empresa, no para hacerse un escudo de vuestro poder y de vuestra riqueza, sino para reconocer que, en su conjunto, éstos son

buenos, que tienen un valor en sí mismos. Ellos se derivan, en efecto, de un designio de Dios al que pueden referirse: la civilización del trabajo que se desarrolla y se perfecciona igualmente por vuestra aportación. La Iglesia quiere alentar, sin adulaciones, la función indispensable —y bajo ciertos aspectos, incomparable— que os toca en esta civilización »³².

De todas formas, el amor de predilección va a la clase obrera, porque los obreros son los primeros a quienes Jesucristo ha encontrado. « ¿A quién ha querido comunicarse de preferencia? A los pobres, a los trabajadores, a los humildes [...] Hoy todavía los primeros en ser llamados sois vosotros. Vosotros tenéis quizá la impresión de estar fuera de la ciudad, fuera de la sociedad, de ser un poco dejados de lado, de no tener un puesto igual al de los otros, de ser obligados a tantas cosas que os pesan: el trabajo penoso, las preocupaciones por la vivienda y tantas cosas necesarias. Pues ¡bien! precisamente porque estáis en estas condiciones difíciles, porque no tenéis un puesto elevado en la sociedad, porque no tenéis a nadie que se ocupe de vosotros en la medida en que lo mereceríais y lo querríais, escuchad bien: vosotros sois a quienes más ama Cristo, vosotros sois sus preferidos ». Si tan dichosa es la condición obrera, más vale no cambiarla porque así tendrán el « primer puesto en el reino de los cielos »³³.

Estos dos amores en que se reparte el corazón de la Iglesia deben encontrar su consagración en el « ideal del orden social en la colaboración de las clases »³⁴, ya que la teoría marxista según la cual las clases deben luchar una contra otra está « superada »³⁵. Los obreros, sin embargo, no parecen muy afectados por el amor de predilección que Cristo les reserva y cuyo origen es « precisamente » las condiciones necesitadas en las que se encuentran y

« bajo la influencia de ideologías engañosas, de la frustración engendrada por la falta de reformas necesarias », van a esforzarse por salir, por medio de la lucha de esa situación aún a costa de perder el amor de Cristo y, por tanto, el lugar de privilegio que le está reservado en el reino de los cielos. Ese « renacer de ideas revolucionarias »³⁶ a la vez que moverá al papa a pedir « reformas urgentes y necesarias » le incitará a quejarse porque « asistimos a un declinar de los buenos y grandes ideales » y, entre otros, al declinar del « ideal del orden social en la colaboración de las clases ».

El mundo del trabajo se le presenta al papa movido e « inquieto ». Los trabajadores católicos se encuentran, quizá debido a lo que en otra ocasión llama « pluralismo peligroso »³⁷ confrontados con trabajadores de toda ideología, de todas las tendencias. El diálogo se hace, por ello, inevitable pero « no puede convertirse en una trampa táctica; no puede consistir, para los católicos, en concesiones a sus principios, y no debe encontrar en la aceptación condescendiente e ingenua de las ideas del adversario, una apología de las ideas propias. Y además, la unidad de las fuerzas del trabajo, no debe transformarse en un servilismo a ideas, métodos, organizaciones profundamente contrarias a lo que los católicos tienen de más querido: la fe religiosa, la libertad cívica, la concepción cristiana de la sociedad »³⁸.

Esta puesta en guardia del papa contra las trampas tácticas del adversario encuentra su consagración definitiva en la alocución pronunciada ante trabajadores católicos con motivo de la celebración del 75 aniversario de la **Rerum Novarum**. « La Iglesia no se adherido ni puede adherirse a los movimientos sociales ideológicos y políticos que, derivando su origen y su fuerza del marxismo, han conservado sus principios y sus métodos negativos, por la

concepción incompleta, y por tanto falsa, que el marxismo se hace del hombre, de la historia y del mundo. El ateísmo que profesa [...] es una ceguera que acabará por acarrear al hombre y a la sociedad las más graves consecuencias. El materialismo que de ahí se deriva expone al hombre a experiencias y tentaciones extremadamente nocivas [...] La lucha de clases, erigida en sistema, atenta y obstaculiza la paz social. Desemboca fatalmente en la violencia y la opresión ya que tiende a abolir la libertad. Conduce además a la instauración de un sistema pesadamente autoritario y de tendencia totalitaria»³⁹. El papa continúa diciendo que no por afirmar todo esto, la Iglesia renuncia a ninguna de las exigencias de justicia y que si recuerda todo lo malo que es el comunismo es para que «vosotros, trabajadores cristianos, no pongáis vuestra confianza en ideologías erróneas y peligrosas».

El papa parece volver aquí al anticomunismo de los mejores tiempos. Ya un año antes, en una espectacular bajada a las catacumbas de Santa Domitilia, Pablo VI había advertido a los cristianos que gracias a Dios viven en la libertad, que les sería provechoso acordarse de los que viven en las catacumbas, que no olvidaran cuán triste es su suerte, hablando humanamente, y pensar que si no hacen prueba de vigilancia y concordia esta suerte podría llegar a ser la suya, esto es, la de los católicos que viven en libertad⁴⁰. Del miedo a ver extenderse situaciones sociales «en las que los cristianos logran difícilmente subsistir», se originarán una serie de discursos en los que el papa llama a sus hijos, extendidos por el universo mundo, a la obediencia, a la unidad, a seguir las directrices de la jerarquía, y a dar muestra de vigilancia y concordia frente al adversario: «La unión es la gran ley de una actividad [...] Quien no está unido dispersa; las tentativas, los

esfuerzos individuales son llevados por las olas cada vez más fuertes de las potencias exteriores y contrarias. Hoy el característico de nuestra sociedad es la organización. Una actividad es floreciente, rentable, si es unitaria, organizada, concorde. La fraternidad se reconoce en la disciplina y en el desinterés. Si nosotros no comprendemos esto, si no avanzamos juntos, si no establecemos cuidadosamente planes y si no estudiamos los problemas seremos vencidos, incapaces, y seremos aplastados por los otros que habrán sido lo suficientemente hábiles para coaligarse y hacerse, por ello, más fuertes que nosotros⁴¹. La Iglesia, pues, debe convertirse en una «actividad floreciente» y para ello nada mejor que establecer cuidadosamente los planes que destruyan la habilidad de «los otros» y que permitan mantener toda la fuerza que hasta ahora sigue poseyendo: se trata, en efecto de impedir que esos otros sean más fuertes que nosotros. Ahora bien, si queremos que esta actividad a la vez que floreciente sea rentable, si queremos conservar esa fuerza es necesario unirse, organizarse y «para permanecer bien unidos [...] es necesario saber obedecer. Pero seamos obedientes no para volvernos máquinas [...] sino a fin de ser inteligentes, vivientes, actuantes, en el admirable renacimiento que la Iglesia y la sociedad cristiana solicitan para dar una nueva cara al mundo contemporáneo [...] Es necesario ser más disciplinados [...] No os dividáis, no os pongáis unos a otros». Obediencia y disciplina, dos constantes llamadas pontificas para el renacer de la sociedad cristiana.

Concibiendo la vida religiosa como servicio a una causa, como cruzada y, necesariamente, como oposición a otras causas no cruzadas, es decir, que no se hacen en nombre de la cruz, el papa que, preocupado por la libertad y la responsabilidad

rechaza el gregarismo de los que se dejan arrastrar por doctrinas erróneas, no tiene ningún reparo en pedir a los cristianos que abduquen su responsabilidad en favor de los líderes y en el colmo de los argumentos especiosos, les dice que precisamente cuando se hagan « armas e instrumentos de la causa católica » se harán verdaderamente libres. Júzguense estas palabras que dirige a los Comités cívicos italianos : « ¿ Qué causa sirve, en efecto, el comité cívico ? Como es sabido sirve la causa católica y ésta, como se sabe igualmente, es establecida y presidida por la jerarquía de la Iglesia. Y la sirve allí donde no puede llegar la acción propia y directa de la Jerarquía, pero donde no puede dejar de llegar la acción indirecta de la Iglesia [...] No es asunto vuestro determinar las fórmulas, establecer los fines de este servicio, que de temporal se convierte en espiritual. Esa es la tarea de las instituciones y de las personas responsables de la conducta, del **leadership**, como se dice, de la vida católica por una parte y de la vida específicamente política por otra. Vuestra tarea es la de ser heraldos y difusores. Y que esta humilde y severa disciplina sea el signo de vuestra libertad de militantes.

Vosotros no os servís a vosotros mismos ni a los otros, vosotros servís la causa de la que sois el arma y el instrumento »⁴². El católico corriente, apuntado a un comité cívico, no tiene el privilegio de determinar las fórmulas y establecer los fines de su acción. Eso queda reservado a los obispos, personas responsables de la vida católica, y a los jefes políticos, personajes responsables de la vida específicamente política. Ellos son los que determinan la tarea. A nosotros sólo nos queda ser heraldos y difusores de lo que ellos hayan determinado. En este servicio desinteresado a « la causa » es donde el católico encuentra el más profundo sentido de su libertad de militante.

Estas largas citas del papa actual muestran hasta qué punto es un jefe político y de qué manera utiliza la comunidad que él preside como soporte de un tipo determinado de sociedad, la sociedad cristiana, como guía absolutista de movimientos seculares y como competidora de otras tendencias y organizaciones que se disputan el dominio del globo. La Iglesia queda así reducida a una organización más que tiene que hacer todo lo posible para no ser vencida ni aplastada, para mantenerse más fuerte que las demás. Las alocuciones de Pablo VI a los obispos latinoamericanos tienen todas las características de los discursos de cualquier jefe político que mide los objetivos a conseguir, las fuerzas con las que se cuenta, las posibles formas de incrementarlas, los centros de influencia social, las maneras de infiltrarse en las « clases dirigentes », los movimientos adversos, los comienzos de la revolución, lo que podría planearse para contenerla, las reformas necesarias de las estructuras económicas y sociales... Los cristianos tenemos que encarnarnos de una vez con todas estas maniobras políticas y nos tenemos que preguntar qué tienen que ver todos estos análisis, planes, objetivos, llamadas a la disciplina, con el Evangelio de Cristo. ¿ Dónde están aquí la fe, la esperanza, dónde el amor que no piensa en sí mismo ? Nosotros no podemos dejar que la fe quede ahogada por la necesidad de defender las amplias posesiones de la « Iglesia de los pobres ».

Como se desprende de todos los textos que hemos citado, el diálogo de la Iglesia de Pablo VI con el comunismo responde a las necesidades políticas del momento y, según sean estas necesidades, podríamos resumir sus características de la manera siguiente : 1) Un rechazo global del comunismo ateo, « organización a la que la Iglesia no puede adherirse », aunque no ya por razones de índole económica o

social, sino por la opresión y por el ateísmo. 2) Cuando habla a los países comunistas, Pablo VI acepta implícita o explícitamente « la vida social bien ordenada » y pide libertad de acción para la Iglesia que redundará en beneficio de la sociedad civil, para la mayor satisfacción de las dos partes. 3) Cuando se refiere al mundo no comunista, condena más radicalmente al comunismo, problematiza el diálogo hasta hacerlo « casi imposible » y, a la vista de los avances del adversario, llama continuamente a los cristianos a la unidad, la obediencia y la disciplina.

Para comprender con exactitud esta política dialogante de la Iglesia católica con el comunismo tenemos que situarla en la concepción general de la sociedad y la Iglesia y de las relaciones que deben existir entre ellas y cuyas líneas fundamentales hemos señalado ya al comienzo de este apartado. Pablo VI, al igual que sus venerables predecesores, piensa que la Iglesia es imprescindible para la sociedad, que es su base y su soporte, que existen una serie de valores de los que la Iglesia conoce el secreto que no verán la luz hasta tanto el servicio que la Iglesia se propone aportar no alcance a todos los hombres y a todos los sistemas. Valores necesarios para la vida de la sociedad de los que la Iglesia es la privilegiada depositaria.

Con un nuevo lenguaje, más urgente, más angustiado; con un barniz filosófico a la moda francesa, menos apocalíptico, más bello; con una nueva estrategia política, menos cerrada, más atenta a los cambios de nuestro tiempo; con una doctrina social menos estática, más promotora de reformas « de las que los ricos serán los primeros beneficiarios »⁴³; con un empaque de modernidad, más educado y más respetuoso de la « sana autonomía » de las realidades temporales y, cuando se tercia, con un lenguaje que nos recuerda a

Pío XII, estamos en realidad donde estábamos: la Iglesia sigue confundida con el mundo y pretende mantener y extender esta confusión. Esta es la razón de ser de todo el diálogo.

Pablo VI dice, sin embargo, que la Iglesia no se confunde con el mundo, que es distinta de él y, jugando con las preposiciones, afirma que la Iglesia no es DEL mundo, sino que está EN el mundo y que es PARA el mundo. En efecto, la Iglesia no es ya el mundo: la sociedad moderna ha crecido fuera de la Iglesia, tiene sus valores propios, unas líneas de acción que se derivan de sus propios principios y de sus estructuras internas. El mundo está llegando, como se dice ahora, a su madurez, a su fase adulta y no acepta ya el corsé eclesiástico. Todo este mundo « como las olas del mar, envuelve y sacude a la Iglesia misma »⁴⁴ que, un poco asombrada, como quien acaba de despertar de un largo sueño, se pregunta angustiosamente: ¿quién soy yo? Iglesia, ¿qué dices de ti misma? Los tiempos de las tranquilas posesiones, de la validez de los principios inmutables, están ya definitivamente pasados. La Iglesia, al contrario de lo que ocurría en la Edad Media, no es ya el Mundo. De ahí la necesidad de entrar en diálogo con él.

Pero, ¿quién entra en realidad en diálogo con el mundo? La dicotomía a la que antes hemos hecho referencia nos da la pista para profundizar en la nueva ideología del diálogo. La Iglesia, que ya no puede confundirse con la totalidad del mundo, se confundirá en adelante con una parte de ese mundo, se constituirá en un mundo dentro del mundo, una « sociedad autónoma » dentro de la sociedad global, en una causa que entra en competencia con otras. La confusión Iglesia-mundo continúa aunque en adelante reducida a dimensiones más modestas. Ya así la Iglesia se presenta como una instancia,

entre otras, para la edificación del mundo. Sigue existiendo, en Pablo VI, una concepción cristiana del mundo, unas organizaciones católicas que se dedican a hacer realidad esa concepción, una escuela católica, unos partidos políticos católicos y, en definitiva, una manera de ser católica. Un fenómeno religioso, una fe, sigue siendo confundido con una civilización, una manera de actuar, una ideología, una acción sociopolítica determinada. Establecidas estas premisas es imposible, por muchos esfuerzos verbales que se hagan, salir de la Iglesia-**ghetto**. En efecto, la Iglesia irá al mundo, para convertir al mundo en Iglesia. De lo que se trata es de ampliar las dimensiones del **ghetto**.

La nueva ideología del diálogo responde, como la antigua de la cerrazón y de la condena, a una situación histórica determinada. Es la expresión ideológica de las relaciones actuales entre la Iglesia y la sociedad. Imposibilitados ya los sueños de restauración, alcanzada la mayoría de edad del pensar y del quehacer autónomos del hombre, afianzados los regimenes socialistas, alejada la burguesía del miedo al peligro rojo, la Iglesia tiene que abandonar ya sus pretensiones de dominio porque, en realidad, ya no puede dominar o, al menos, ya no puede dominar sola. Allí donde pueda seguir manteniendo sus privilegios y su intromisión descarada en esferas que no son de su competencia, hará todo lo posible por mantener el **statu quo**: España es un caso evidente, como lo es Italia, en cuyo parlamento no se pueden discutir ciertos asuntos porque el Vaticano amenaza con la ruina de la economía nacional. Sin embargo, ésta no es ya la situación general. Hoy la Iglesia ha perdido poder y si quiere mantener el que le queda o incluso en algunos países, recuperar parte del que ha perdido, no le queda más remedio que entrar en diálogo con los poderes establecidos. Nada im-

porta que estos poderes se llamen Johnson o Podgorny, Duvalier o De Gaulle, Kiesinger o Salazar, Tito o Frei. La cuestión no es: con quién se dialoga, sino, simplemente, dialogar. Y esto, sin duda, para cumplir su misión de servidora de la humanidad, de promotora del hombre, de sostén de « la vida social bien ordenada ». Los únicos que se quedan fuera de este diálogo son « los que dejan arrastrar por la tentación revolucionaria », « los terroristas ». Pero no se preocupen los revolucionarios: cuando alcancen el poder, si es que lo alcanzan, ya habrá tiempo de dialogar. Mientras, seguirá siendo una estúpida osadía querer transtornar el orden del entierro. Al fin y al cabo, tarde o temprano, todos tenemos que morir y no merece la pena morir de manera desordenada.

III. Del diálogo a la fraternidad

Mientras que en las más altas esferas de la Iglesia se sigue diciendo que ésta es « ciertamente reformadora, pero no revolucionaria »¹; mientras Pablo VI sigue condenando la fácil tentación de la revolución, condena dominante en todos sus discursos y sobre todo en los dirigidos a la América latina, a pesar de las sutilidades que emplea en la **Populorum Progressio**; mientras el Cardenal Veillot concede entrevistas para aclarar que el episcopado francés, en su reciente declaración sobre la vida económica, no ha querido negar la moralidad de un justo beneficio del capital², los estudiosos de la doctrina social católica se lanzan ávidamente sobre los nuevos textos que vienen a enriquecer y actualizar la doctrina tradicional, con la esperanza de encontrar en ellos algunas frases, por muy timidas que sean, que consagren el nuevo orden socialista, el

comunismo e, incluso, la revolución, Quizá sigamos cometiendo el viejo error, que Alfonso Comín señala muy acertadamente y que consiste, para emplear su misma expresión, en recibir como un « oráculo » lo que las jerarquías católicas hablan cuando se refieren a cuestiones económicas, sociales et políticas.

Así el Padre Alberti nos dice: « Los cristianos debemos urgentemente analizar las estructuras y el espíritu propios del capitalismo para alejarnos de él en la medida de lo posible [...] » y continúa: « Tenemos la convicción de que la Iglesia hablará con más claridad aún acerca del capitalismo actual »³. Evidente; los hermanos capitalistas pueden estar tranquilos: sólo nos tenemos que alejar de ellos en la medida de lo posible, pero además y en la espera de la « maduración de la conciencia del pueblo de Dios », la Iglesia hablará con más claridad cuando el capitalismo « actual » no exista. De todas formas, algo está claro: debemos alejarnos urgentemente del capitalismo para « construir una convivencia social en que se respete auténticamente al hombre ». El Padre Llanos nos asegura que « la economía humanista de que habla el papa ciertamente no puede identificarse con la capitalista ni se da entre ambas una relación temporal resuelta por evolución »⁴. Si leemos afirmativamente la fórmula empleada por el Padre Llanos, diría « la economía humanista de la que habla el papa es la economía socialista y, para llegar a ella es necesaria la revolución », pero es menos violento decir las cosas negativamente. El Padre Belda, con menos remilgos, concluye: « Por tanto la ética cristiana no se opone, sino que propugna, la revolución entendida como modificación substancial de las instituciones hoy vigentes »⁵. A pesar de las limitaciones que señala el Padre Belda queda claro que, según él, la ética cristiana propugna la revolución y que « la causa

última del talante revolucionario de la ética cristiana es la naturaleza misma del cristianismo ». Dejando aparte la noción ambigua de « talante », creemos honradamente que el problema está mal planteado. Porque ¿ qué es la naturaleza misma del cristianismo? Si es lo que Pablo VI nos indica, no cabe duda que no se trata de revolución sino de evolución, si es lo que nos dice Pío XII, no se trata de revolución sino de contrarrevolución. Y si es lo que Jesús dice no se trata ni de contrarrevolución, ni de evolución, ni de revolución. La ética cristiana ha propugnado demasiadas cosas según el correr de los tiempos, y el mismo Padre Belda nos dice que « este sano pensamiento revolucionario ha ido madurando lentamente ». Nosotros nos limitamos a preguntar: ¿ los que no han tenido la dicha de conocer esta maduración y que veneramos en los altares, son o no son cristianos? Desde el punto de vista ético, ¿ han vivido o no cristianamente?

Los estudios de los comentaristas de la ética social cristiana-revolucionaria no hacen más que comenzar y no han dado todavía sus frutos. En realidad no acaban de verse claros cuáles son los nuevos compromisos en los que los cristianos deben « s'engager pour construire l'avenir ». Hay un poco de todo en estos comentarios. Sobre todo, hay mucha ambigüedad.

El documento episcopal en que esta ética revolucionaria ha quedado plasmada es, por pura coincidencia y sin tener ninguna relación con la situación concreta en que viven estos países sino debido a un examen más atento de la « naturaleza misma del cristianismo », la carta que han firmado algunos obispos del tercer mundo. En esta carta se expresa toda la ambigüedad, la falsedad de la nueva situación, los avances, las mixtificaciones, en las que inevitablemente se cae cuando se con-

funde el cristianismo con una opción socio-política determinada. Hay en esta carta falsificación de la historia cuando se dice que la Iglesia « no se ha casado con ningún sistema y sobre todo con el « imperialismo internacional del dinero » como tampoco lo había estado con la realeza o el feudalismo »⁶. Cualquier historiador sabe que feudalismo e Iglesia eran una misma cosa y que se puede hablar perfectamente de una Iglesia feudal y cualquiera que conozca un poco las finanzas actuales de la Santa Sede sabe que todo el tinglado eclesiástico se sostiene en un poder financiero nada despreciable. Los mismos obispos firmantes dicen : « Después del Concilio se elevan algunas voces que piden enérgicamente que se acabe con esta colusión temporal de la Iglesia y el dinero ». ¿ Qué diferencia hay entre colusión y matrimonio ? Hay oportunismo cuando se invita a los católicos a salir de la barca del imperialismo que está haciendo agua, en el momento actual, por todos los lados⁷. Hay intención política cuando se afirma « el ateísmo y el colectivismo a los que ciertos movimientos sociales creen deber ligarse, son graves peligros para la humanidad ». Hay ambigüedad cuando se dice que los pobres ayudados por sus gobiernos deben procurar su propia elevación. Los gobiernos de la mayoría de los países del tercer mundo sólo pueden optar por aliarse con el « imperialismo internacional del dinero » para poder sobrevivir. Hay avance cuando se intenta retirar a la Iglesia de su compromiso con las clases en el poder. Hay una enorme confusión cuando se pueden leer frases como éstas : « Los cristianos tienen el deber de mostrar que el verdadero « socialismo » es el cristianismo vivido integralmente... « Bien loin de le bouder, sachons y adhérer avec joie », dice el original francés, ya que el socialismo en cuestión es « una forma de vida social mejor adaptada

a nuestro tiempo y más conforme con el espíritu del Evangelio ». Al poner entre comillas el término socialista no sabemos en realidad que propuganan los obispos del tercer mundo. Algo se puede vislumbrar si sabemos que ese socialismo debe encontrar la adhesión de los cristianos para evitar, como dicen los mismos obispos, el capitalismo y el colectivismo totalitario. Aquí está Lebreton y su escuela de Economía y Humanismo, que califican a los soviéticos de « barbarie » y a los norteamericanos de « torpes », de gentes que cometen muchos « errores » y que no están preparados para continuar el papel que Inglaterra se ha visto obligada a abandonar. La « obsesión por la tercera vía » de la que habla Comin. Una tercera vía que tiene por objeto la supervivencia de Occidente⁸.

Para nuestro objeto no es lo más importante saber a qué tipo de socialismo deben adherirse los cristianos, y qué caminos señalan nuestros obispos progresistas para alcanzarlo. Lo que nos interesa señalar es que, a partir de ahora, los cristianos tienen un nuevo deber : mostrar que el verdadero socialismo es el cristianismo vivido integralmente. ¿ Y los que oyeron decir a Pío XI (¡ refiriéndose a la socialdemocracia !), « no se puede ser a la vez verdadero socialista y buen católico ? » La respuesta habitual a esta pregunta es conocida : el socialismo que condena Pío XI no es el « socialismo » que propugnan los obispos del tercer mundo ; las realidades históricas cambian aunque permanezcan los mismos hombres, y lo que los papas condenaban bajo el nombre de socialismo era la opresión y la despersonalización. Esta respuesta, sin embargo, no soluciona nada. En primer lugar, porque los papas no han condenado nada más que las opresiones y las despersonalizaciones hechas por el socialismo, mientras conservaban su « neutralidad » respecto o otras

formas de opresión o incluso las propugnaban. Además, queda por saber si, en efecto, es lícita una distinción entre socialismo y « socialismo ». Por « socialismo » nuestros obispos entienden el socialismo que no cae en la tentación colectivista. Ahora bien, el problema de edificación de una economía socialista, que sólo se ha dado hasta ahora en países en que el proceso de industrialización estaba poco desarrollado, comporta necesariamente una alta centralización del poder al menos en los primeros años del nuevo sistema. El colectivismo no es una tentación sino una necesidad en que se encuentran los países públicamente llamados en vías de desarrollo para efectuar el « despegue » económico sin desperdiciar recursos ni energías. Que el colectivismo sea ateo o creyente no hace nada al caso porque es un adjetivo que no le pega. El colectivismo es, simplemente, el colectivismo.

Tanto en las afirmaciones de nuestros tratadistas de doctrina social como en las de nuestros obispos que se quieren alejar del capitalismo, se sigue cometiendo el mismo error que ya hemos venido observando: confundir la fe con los contenidos de las opciones de ética social. El cristianismo es una fe que comporta una ética pero que no nos dice nada acerca de los contenidos concretos que son posibles a cada nivel histórico. Más adelante volveremos sobre este problema.

Esta línea de confusión entre fe y contenidos de la acción y, por tanto, entre fe y construcción de los distintos sistemas que son posibles en cada etapa de la historia humana, se empieza también a observar en los intentos por construir lo que se ha dado en llamar « teología de la revolución ». Nuestros « hermanos comunistas »⁹ se llenan de gozo y regocijo al poder citar frases como ésta: « La postura, pues, de la Iglesia como tal ante el

socialismo es de claro estímulo a los cristianos para crear el camino que más eficazmente conduzca a estas situaciones de superación de la estructura de la « explotación institucionalizada » o sea, el capitalismo »¹⁰. No sé de dónde sacará el Padre González Ruiz esa postura de la « Iglesia como tal » ni sé de qué tal Iglesia se trata ni tampoco si la Iglesia como tal debe tener una postura estimulante respecto a cualquier sistema economicosocial. Lo que sí es seguro es que el « hermano » Carrillo, secretario general del Partido Comunista español, haciendo una sutilísima distinción entre las « dos Iglesias » (¿ por qué no tres, o cuatro, o cinco ?) afirma que la religión « no actúa ya como un opio y constituye objetivamente un fermento de progreso »¹¹. Viejos textos de Marx en los que la religión aparece no sólo como el resultado de las alienaciones naturales y sociales del hombre, sino también como respuesta de estas alienaciones, son resucitados con objeto de mostrar que la religión puede desempeñar un papel « objetivamente progresista » en la marcha de la historia y en la construcción del socialismo. El garaudinismo trasciende todas las fronteras y, en adelante, está claro que la colaboración y el diálogo y la hermandad no son solamente, como creíamos, un asunto de praxis sociopolítica exigida por el momento y por las « condiciones objetivas » por las que atraviesa Occidente, sino que también, y sobre todo, católicos y marxistas pueden dialogar y darse abrazos para ponerse de acuerdo en « ciertas zonas de la ideología », no en todas no vaya a ser que ante los no iniciados sea lo mismo un católico que un marxista. Todavía es pronto para fundir las dos Iglesias.

Cuando Santiago Carrillo, refiriéndose a las comisiones obreras, dice que « en su seno actúan obreros comunistas, socialistas, católicos, nacionalistas, sindicalistas,

falangistas, tradicionalistas y, particularmente, la gran mayoría, sin partido » está cayendo en el mismísimo error de Pablo VI, esto es, confundir el término « católico » con la pertenencia a un partido. Cuando, un poco más adelante nos enseña que en el seno de las Comisiones debe respetarse el principio democrático y en consecuencia « si los trabajadores eligen a un comunista, a un católico, un socialista, un sindicalista, un nacionalista, un falangista de izquierda, un tradicionalista o un sin partido, todos debemos reconocerle como un representante obrero », nosotros no podemos dejar de alabar la amplia democratización que se opera en la mente del Partido Comunista, pero no podemos dejar de llamar la atención sobre las posibles confusiones que se pueden derivar al confundir el término « católico » con todos los demás y contradistinguirlo de ellos. En concreto, puede darse el caso de un católico sin partido, o de un falangista de izquierda católico, que arruinan la preciosa clasificación, tan clara y distinta como una idea cartesiana, que Carrillo nos ofrece de la composición de las Comisiones obreras.

El mismo error en que incurre Pablo VI cuando habla de una « causa católica » es el que comete Carrillo cuando habla de un « campo católico », es decir, confunden los dos una religión con una política o con una forma de organización social. Es evidente que el señor Carrillo y su partido tienen ante sí un problema político inmediato y es que, en efecto, la religión es hoy una política (o dos, o tres) y unas organizaciones sociopolíticas destinadas a « cristianizar la sociedad ». El Partido Comunista español no ignora que el fracaso de la república española se debe, en gran parte, a que sus gobernantes pretendieron ignorar a la Iglesia sin darse cuenta que la Iglesia (me refiero a la católica) todo lo permite, todo la perdona, todo lo excusa,

a condición de que no se la ignore. No es a los partidos políticos a quienes corresponde estudiar qué es la fe y qué ética debe comportar una fe determinada. Somos nosotros, en cuanto fieles de una —no dos— Iglesias quienes debemos deshacer los equívocos y debemos deshacerlos pronto, antes de que se consume bajo nuestra complaciente mirada una nueva degradación de la fe cristiana, esta vez bajo la bandera progresista y revolucionaria. Porque cuando el socialismo se implante tendrá como todo sistema humano contradicciones que superar y que denunciar y si, desde ahora, vendemos nuestra fe a un sistema, después caeremos en el silencio ante las injusticias y los errores que ese sistema pueda cometer. Para la Iglesia ortodoxa rusa no hay nada en la organización de la Unión Soviética que denunciar, nada que corregir, nada que mejorar. Cuando se leen las declaraciones de sus obispos se tiene la impresión de que se están leyendo las alabanzas al régimen español que efectúan todos los obispos de la Iglesia católica española.

Vamos a dejar a Dios y a la Iglesia tranquilos y vamos a intentar resolver nuestros problemas con nuestras propias luces, sin buscar refugios y justificaciones que no existen. Dios debe estar ya cansado: ha conducido demasiadas batallas. En su nombre se han hecho cruzadas contrarrevolucionarias, en su nombre se han justificado todos los órdenes establecidos; ha guiado, y soportado, la teología de la restauración, de la conservación, de la evolución, de la transformación y, ahora, de la revolución. Y esto en el espacio de unos años. Personalmente me caen más simpáticos los capitalistas que han renunciado a la Iglesia porque les ha engañado y los abandona en el momento de peligro, que los neorrevolucionarios que intentan justificar por motivos religiosos la necesidad de la revolución. Porque el engaño es

el mismo : utilizar a Dios. Y Dios no es utilizable.

IV. Ni anatema, ni diálogo, ni fraternidad sino todo lo contrario

Hasta aquí hemos venido examinando las diferentes posiciones que la Iglesia va adoptando según cambien los « signos de los tiempos ». La Iglesia que absorbió al mundo y a la sociedad en la Edad Media, creando la sociedad cristiana, ha hecho en el último tercio del siglo pasado un último esfuerzo para seguir sirviendo de soporte a esa sociedad que ya se había escapado de su seno. Esta identificación o, mejor, esta absorción del mundo por la Iglesia no es más que el resultado de la imposibilidad histórica del hombre de conseguir su propia humanidad sin buscar refugios de índole religiosa. La consecución del hombre pasaba por la mediación religiosa.

El esfuerzo de mantener el influjo de la Iglesia sobre el conjunto de la sociedad estaba destinado al fracaso porque esa misma sociedad crecía ya a partir de unas fuerzas que le son inherentes. La reacción inmediata de la Iglesia, quizá también reacción inevitable, fue la de identificarse con una parte de esa sociedad que, en su conjunto, la rechazaba ya en su papel de instancia suprema. El curso inevitable de los aconteceres conducía así a la creación de una especie de Iglesia-ghetto, de una sociedad dentro de la sociedad o, para emplear la fórmula de Santiago Carrillo, de un « campo católico », a la vera de todos los demás campos ; de una causa católica, como dice Pablo VI, en medio de otras múltiples causas que se combaten en los teatros de estos mundos. Sin renunciar a la identificación de la Iglesia con un campo o una causa era imposible

salir del ghetto más que de una manera : por el diálogo o, incluso, por la colaboración con otros grupos. Dentro de estos grupos, unas veces por esnobismo, otras por cálculo político y otras por convencimiento, no quedaba más remedio que entrar en diálogo con el comunismo. Diálogo, desde luego, a todos los niveles.

El error de fondo que los cristianos hemos heredado no ha sido, sin embargo, superado y este error consiste en la degradación de la fe al nivel de una ideología, de una cierta concepción del mundo y, en consecuencia, de una política por instaurar esta concepción y de la creación de organismos consagrados desde su origen a hacer triunfar la ideología o la causa católica. En el momento en que aparecen otras ideologías, otras concepciones del mundo, otras organizaciones distintas o contrarias a las que propugna la Iglesia sólo queda una disyuntiva : o nos tiramos los platos a la cabeza o dialogamos. Como tirarse los platos a la cabeza en un tiempo en que esos platos contienen energía atómica es un tanto arriesgado y no se puede prever si habrá alguien que salga beneficiado, se ha preferido la otra alternativa : diálogo, coexistencia pacífica, ayuda mutua. A condición de no romper los equilibrios establecidos, las posiciones conseguidas por los diferentes campos, porque de otra forma correremos el peligro de que el noviazgo termine en la devolución de las ardientes cartas de amor o de que la hermandad termine a puñetazos.

Lo que los cristianos no nos acabamos de acostumbrar a admitir es que a partir del momento en que existen Adam Smith, Marx o Keynes puede haber una economía a lo Smith, a lo Marx o a lo Keynes, pero en modo alguno una economía cristiana ; que a partir del momento en que los pensadores políticos comienzan a exponer sus teorías habrá una política de la división de poderes a lo Montesquieu, de la

dictadura del proletariado a lo Lenin, de la nueva frontera a lo Kennedy o de la república moderna a lo Mendès-France, pero lo que no puede haber es una política cristiana, por muy democrática que sea. Lo « cristiano » no puede ser colocado como se coloca una ética detrás de una concepción económica, política, científica, filosófica... Ni detrás de una, ni detrás de ninguna. Es un fenómeno de otra índole cuyo contenido sólo podemos descubrir cuando lo alejamos de todos los « ismos » que se hacen la competencia en el mercado humano. Si queremos llevar hasta sus últimas consecuencias esta « sana autonomía de lo temporal », es decir la convicción de que lo temporal tiene sus principios internos, ya no tiene sentido seguir confundiendo los discursos de Kennedy con los mensajes de « Nuestro venerado predecesor » ; ni la construcción de una Europa unida con « Nuestros ideales de paz » ; ni tiene sentido la declaración del episcopado alemán invitando a los cristianos a votar por los que intentan resolver los problemas de la sociedad a la luz de la fe ; ni la declaración del episcopado italiano invitando a los cristianos a votar por los que defienden la integridad de la familia y la libertad de las instituciones democráticas. No tiene sentido porque la fe cristiana no tiene nada que ver con los discursos de cualquier presidente, ni con la construcción de Europa, ni con la política de partidos.

Por la misma razón, no tiene sentido dialogar desde el campo católico con el comunismo. El campo católico, la causa católica o como quiera llamársele son invenciones de determinados intereses económicos, sociales y políticos para seguir manteniendo el poder. Como religión no existe ningún campo católico desde el que se pueda establecer un diálogo porque la religión, o la fe, no tienen acciones sociales que proponer u

objetivos políticos que conseguir y por tanto no hay zonas comunes al nivel de la praxis en las que ponerse de acuerdo, como no las hay al nivel de la ideología porque la fe no es una ideología, y por tanto no tiene la posibilidad de ponerse de acuerdo con nadie para llegar a la colaboración incluso « en ciertas zonas de la ideología ». La fe se pregona, se acepta o no se acepta, pero no se llega a ningún acuerdo sobre la fe. Porque, en definitiva, la fe no es ni contrarrevolucionaria, ni conservadora, ni progresista, ni revolucionaria. La época de identificación histórica con cualquiera de estas ideologías debería estar definitivamente superada desde que Marx hizo la crítica de la religión.

De parte de la Iglesia, el diálogo y la colaboración que se quiere establecer con los que sólo hace unos años representaban el papel de « malos » en esta inmensa pieza teatral que es el paso del hombre sobre el mundo, obedece fundamentalmente al miedo. El miedo, la angustia de que el edificio eclesiástico tan laboriosamente levantado se quiebra por todas partes, está en la raíz de todas las comunicaciones de los más altos dirigentes eclesiásticos de este último tercio del siglo XX. Miedo que a su vez se deriva de la persistencia de la confusión entre fe y unas determinadas condiciones sociales en las que esta fe germine por sí misma. La Iglesia no se preocupa ya de convertir a la fe a los no creyentes que gobiernan los destinos del mundo ; lo que les pide es que consideren la eficacia social de la religión. Los dirigentes eclesiásticos piensan que la fe sólo puede germinar en una sociedad instaurada de tal manera que el fenómeno religioso sea posible debido precisamente a esa instauración. Esa preocupación por las condiciones sociales de la fe, por la fe sociológica, es una falta de fe. La Iglesia es mucho más eclesiástica que creyente. Pero estos intentos de última hora por

establecer el diálogo entre comunistas y católicos son imposibles y anacrónicos. No porque un católico no pueda ser comunista: esto debe él resolverlo en su propia conciencia y no debe esperar ninguna declaración vaticana que se lo permita. La imposibilidad del diálogo de los católicos, como tales, con los comunistas, como tales, proviene de la inexistencia de un terreno común, de una materia común sobre la que dialogar. Ese terreno y esa materia no existen. Es lo que intentaremos probar con las reflexiones que siguen.

Pensar que el socialismo es un sistema mejor adaptado a las exigencias del evangelio es un puro anacronismo, es pensar que el evangelio nos dice algo acerca de cómo deben ser los sistemas sociales, es sacar al evangelio de su verdadero lugar y utilizarlo como bandera para el establecimiento de un sistema. En el evangelio hay sin duda la proclamación de una fe a la que está indisolublemente unida una ética del amor. Pero no hay nada acerca de lo que los hombres, en nombre de esa ética, deben hacer para transformar la sociedad. La despreocupación absoluta de Cristo por los problemas sociopolíticos es manifiesta y su intento no es, ni podía ser, el de establecer una ética social en el sentido moderno de la palabra. Cristo no responde a la pregunta que el hombre de hoy se hace sobre cuál debe ser su actuación para instaurar una sociedad más justa. En primer lugar porque la llamada de Jesús se dirige a cada persona y exige de ella su transformación interior. La respuesta del individuo interpelado no puede dejar de ir acompañada de una ética, de una manera de comportarse en relación con su prójimo. Pero en Jesús esta ética es siempre personal: su objeto es transformar las relaciones del hombre con Dios y con el otro que está frente a cada uno de nosotros. Esa transformación es la donación

absoluta de sí al otro y no puede concretizarse en normas morales válidas de una vez por todas, ni en unos preceptos que prescribieran cada una de las posibilidades en las que el hombre debe moverse y que se le ofrecen a su opción personal y libre. El objeto de la ética de Cristo no es un objeto social, no es el intento de construir una sociedad más justa porque, en segundo lugar, en tiempos de Jesús es imposible concebir la existencia de éticas sociales en el sentido en que nosotros las entendemos hoy. La ética social es concebible sólo a partir del momento en que las estructuras sobre las que se asienta la sociedad son consideradas no como estructuras dadas, sino como transformables o revolucionables. Para ello es necesario conocer el origen, la evolución y los posibles modos de transformación de la sociedad. La opción ética social depende de este conocimiento y es imposible sin él. Ahora bien, en tiempos de Jesús se desconocen todos estos problemas y por eso es imposible buscar en su enseñanza algo que nos diga lo que nosotros debemos hacer para transformar nuestra sociedad. Así, cuando San Pablo se enfrenta con el fenómeno de la esclavitud no se le ocurre consagrarlo en nombre de Dios ni dirigir una revuelta para su abolición en nombre de la fraternidad predicada por Cristo: se limita a reenviar al esclavo a su dueño recordándoles a ambos que son hermanos en el Señor, es decir, que transformen sus relaciones interpersonales.

Utilizar esta solución de San Pablo para iluminar los problemas que se plantean hoy entre patronos y obreros es absurdo porque San Pablo no nos dice nada que nos pueda aclarar la solución más justa a los problemas sociales modernos. Ni Jesús ni San Pablo conocen los condicionantes del comportamiento humano y no pueden, dado el contenido religioso que quiereron transmitir y la época histórica en

que viven, preocuparse de los problemas mucho más modernos de ética social. La mejor prueba de que no existen contenidos de ética social específicamente cristianos, es decir contenidos que se derivarían inexorablemente de la afirmación de la fe cristiana, lo constituye el esfuerzo tragicómico de todas las tendencias que existen en el seno de la Iglesia para probar sus opciones morales con el Evangelio en la mano. Por ejemplo, en los problemas de objeción de conciencia o de la posibilidad de poseer y desarrollar un armamento atómico, todos los obispos que en el Concilio militaban en pro o en contra, esgrimían con desenvoltura los textos bíblicos más diversos para probar sus tesis que, por pura casualidad, coincidían generalmente con las de sus gobiernos respectivos. No se daban cuenta de lo anacrónico que resultaban sus patéticos esfuerzos; no querían percatarse de que violentando los textos bíblicos precisamente porque puede probarse todo, no se prueba en realidad nada. Este mismo fracaso es al que están destinados todos los esfuerzos de monseñor Ancel, el obispo-obrero, por buscar en la acción social de los cristianos algo que los diferencie de los demás, algo que sea específicamente cristiano. El resultado de su búsqueda, textos evangélicos en mano, es que el cristiano es el ser que se preocupa por la persona, por cada persona concreta. Pero ese resultado queda inmediatamente arruinado cuando un no cristiano o un no creyente se preocupan también « por cada persona concreta ».

Y si miramos a la historia, el resultado es el mismo. Los predicadores que se opusieron a la burguesía decían que Dios era quien en su sabiduría infinita había ordenado que en la sociedad hubiera ricos y pobres. Todos podían heredar el reino de los cielos: unos por el ejercicio de la magnanimidad, del desprendimiento, de la

generosidad. Otros, por el ejercicio de la paciencia, del agradecimiento, de la imitación de Cristo pobre. Con el advenimiento del « catolicismo social » ese mismo Dios es quien, también en su sabiduría infinita, ha establecido desde siempre las clases sociales para que colaboren entre sí y, por si alguna vez no quieren colaborar, ha establecido al Estado para que intervenga con objeto de hacer reinar la concordia y el interés común. Ahora, Dios es el fundamento de la revolución, de una transformación urgente y necesaria de las condiciones sociales, de la liberación de los pobres. De Cristo-Rey a Cristo-Obrero pasando por Cristo-Presidente de la república. Demasiados papeles para un mismo personaje que, además, cuando estaba vivo y no había ninguna Iglesia que le impidiera hablar o interpretara lo que hablaba, los rechazó todos.

Los contenidos de ética social y, por tanto, lo que hay que hacer para que esta sociedad sea más justa y más humana no se pueden buscar ni fundamentar en la Biblia, incluso si el cristiano está motivado en última instancia por los contenidos del mensaje bíblico. Cuando un cristiano se enfrenta con los problemas de la sociedad en la que vive, parte de cero, como todo hijo de vecino. A nosotros no nos es regalada ninguna luz especial que ilumine nuestra búsqueda, no existen principios inmutables que debemos adaptar o hacer realidad en las circunstancias cambiantes de la historia. Como le ocurre a todo el mundo, nosotros no podemos averiguar cuál ha de ser nuestra opción más que a través de una investigación de la estructura economicosocial y de una presencia real dentro del mundo, del único mundo que nos ha tocado vivir. La opción moral que hagamos estará condicionada por las circunstancias en las que nos movemos y por la visión que nos hallamos hecho de la sociedad y de los caminos que hay que

seguir para resolver sus problemas. Es cierto que la opción concreta no se explica sólo por el examen científico ya que entonces se negaría la libertad del hombre y la moral quedaría reducida a pura mecánica. Hombres que han realizado los mismos exámenes de la realidad han llegado a opciones concretas diferentes. Pero los contenidos de la ética tampoco pueden reducirse a sus motivaciones: una cosa es por qué nos movemos y otra qué hacemos al movernos. La fe se sitúa en el origen de la motivación del cristiano pero tampoco puede reducirse a ser una motivación ya que otros ingredientes actúan también para alentarnos a una acción determinada. Si la fe no se reduce a la motivación, mucho menos puede reducirse a la opción concreta. Una serie de planos e interacciones actúan aquí cuya explicación última quizá nunca pueda conseguirse porque significaría el fin del misterio que es todo ser humano.

Si la fe no está relacionada con la ética hasta el punto de confundirse con su motivación o con sus contenidos, no se aleja de ella creando en la persona una especie de compartimento estanco. De esta forma la fe no tendría nada que ver con la ética. En el evangelio, sin embargo, la fe se presenta como una opción que transforma a la persona creyente por el amor. La obligación ética del cristiano, derivada directamente de la afirmación de su fe, es amar y saber que nunca se ama hasta el punto en que nosotros hemos sido amados por nuestro modelo ético. Pero la decisión concreta en la que este amor se manifiesta y se hace real no depende tanto de la fe cuanto del mismo cristiano y de las condiciones sociales e históricas en las que se desarrolla su vida. En tiempo de Cristo la manifestación sólo era posible dando de comer al hambriento o vistiendo al desnudo. Hoy, que conocemos algo más las causas del hambre y de la desnudez,

el contenido concreto del amor al prójimo puede y debe manifestarse en la transformación de las estructuras economicosociales que hacen posibles estos fenómenos. Pero cuál es el origen de estos hechos, qué realizar para impedirlos, en qué grupo insertarse para luchar contra ellos no nos lo dice nuestra fe, precisamente porque la fe no es una ideología sociopolítica, no se reduce a una acción social determinada.

Por ello al final de la búsqueda que todo cristiano debe hacer para saber qué le exige a él la afirmación de su fe, búsqueda hecha en medio de los demás y por tanto en diálogo con todos, no puede decir que el resultado obtenido o la opción que ha realizado, sean el resultado cristiano o la opción cristiana. Habrá cristianos que opten por el colectivismo, otros creerán que en su circunstancia determinada es necesaria la revolución por las armas, otros pensarán que la única manera de arreglar la sociedad es una evolución gradual de las estructuras, otros se limitarán a preocuparse por los problemas inmediatos o por las personas concretas con las que se relaciona. Ninguno de ellos, por el solo hecho de su opción en el terreno social, es más cristiano que el otro. Un cristiano que opte por la revolución no es por este hecho más cristiano que otro que se ocupe en atender a unos enfermos. El cristianismo no se mide por la función « objetivamente progresista » que se pueda atribuir a la religión.

Si todo esto es así, el diálogo de los católicos con los comunistas no tiene razón de ser tal como lo proponen Pablo VI o Santiago Carrillo. No hay una ética social católica, ni una ideología católica, ni una acción social católica. No existen zonas de ideología o zonas de praxis en que los católicos y los marxistas, en cuanto tales, puedan llegar a un acuerdo. Evidentemente esto no quiere decir que un católico no

pueda dialogar con un marxista e inscribirse los dos en un mismo partido para « marchar juntos hacia la edificación del socialismo ». Pero esto lo hará no en tanto que católico, es decir, no justificando su opción por motivaciones religiosas y, por tanto, consagrando esas opciones, sino en tanto que también él (el católico en cuestión) es socialista y cree que apuntarse a la organización X es la mejor manera de contribuir al advenimiento de una sociedad mejor. Y entonces se daría el caso de que, por establecerse el diálogo entre todos los organismos que quieren actuar socialmente y porque en todos puede haber cristianos, éstos dialogarían entre sí para llegar a un acuerdo en « algunas zonas de la ideología ».

Este razonamiento no obedece a ningún nuevo maquiavelismo clerical que quiera introducir sus peones en todos los medios para mantener así la posesión de las riendas de los destinos humanos. Obedece al nuevo e inevitable planteamiento que se debe hacer de las relaciones entre Iglesia y sociedad. La Iglesia es una comunidad distinta de la sociedad sólo en tanto que reúne a los hombres que afirman explícitamente la fe en el Dios que se manifiesta en Cristo. Pero como esa fe no impone, ni supone, una ideología o una causa, la Iglesia no se distingue de la sociedad como un mundo dentro del mundo. Lo católico en su vida social y política no representan a su Iglesia porque su Iglesia en esos planos no puede ser representada; no defienden los intereses de su Iglesia porque la Iglesia no tiene, no debería tener, ningún interés que defender. Esto exige, desde luego, el resquebrajamiento del tinglado eclesiástico, la abolición de los partidos políticos confesionales, el cierre de la mayor parte de las oficinas vaticanas, el fin de las infinitas obras católicas que se mantienen todavía por los mundos para demostrar

que la Iglesia es un organismo vivo. Sólo así la Iglesia podrá volver a ser el lugar de encuentro de unos hombres social y políticamente libres y que, por ello, profesan libremente su fe en Cristo. Hay que tener el coraje y la fe suficiente para abandonar todas las tentativas que la Iglesia sigue haciendo para mantener su dominio sobre ciertas instituciones humanas.

Si dialogar con el comunismo es imposible de parte católica en el sentido explicado (es decir, en el sentido en que no existe una parte católica), por parte del comunismo sería una traición a lo que es original e irrenunciable en el pensamiento marxista: la construcción del mundo es asunto del hombre, del hombre solo, sin recurrir a instancias que le trasciendan. Como ocurre en tantas otras cosas, el socialismo debe llevar a cabo la obra que la burguesía no pudo terminar: dar fin a las alienaciones religiosas, desmontar todos los engaños que existen cuando se quiere justificar una sociedad en nombre de Dios.

Aquí se plantea, indudablemente, un problema político, de estrategia y otro problema de fondo, de concepción de la religión. El problema político es que los partidos que se llaman católicos existen, que el poder de esas organizaciones cuyo centro supremo reside en el Vaticano es, en algunas naciones, impresionante y que, de hecho, están unidos y sostenidos por las fuerzas del capitalismo. De esto los comunistas italianos saben bastante. El **carabinieri** Ottaviani sigue diciendo que votar por el Partido Comunista es pecado mortal. A mí no me extraña que lo diga. Lo que me extraña es que haya todavía gentes que le echen cuenta. Pero esa es la triste realidad. La Democracia Cristiana no sería gran cosa sin la poderosa fuerza de los confesionarios y de los pulpitos repartidos a lo largo de la geografía italia-

na. Nosotros, los españoles, también sabemos algo de todo esto: cuando eramos niños inocentes nos hicieron creer que la guerra civil, la destrucción de media España por la otra media, había sido una cruzada. Los hechos son éstos y cualquier estrategia política no podría ignorarlos. Pero de esto a reconocer la fuerza « objetivamente progresista » de la religión hay un abismo. Es no haber entendido la verdad que hay en Marx cuando dice que la religión es un « opio ». La crítica de la religión hecha por Marx es cierta siempre que la religión sea la ideología de nuestras impotencias. Y efectivamente lo es desde el momento en que el hombre no se atreve a encararse con la naturaleza y con la sociedad al desnudo, sin refugios prefabricados. Este es el caso cuando el hombre, por un motivo religioso, quiere conservar congelada la marcha de la sociedad, cuando la religión es « objetivamente reaccionaria »; pero éste también es el caso cuando el hombre quiere justificar su progresismo por esas mismas índole religiosa, cuando quiere derivarlo de una religión. El progresismo religioso es lo mismo que el reaccionarismo religioso, un opio, el resultante de una alienación: la que deriva del miedo a edificar la sociedad en nombre del hombre, con sus solas fuerzas, sin auxilios de arriba.

El desenmascaramiento de la religión que Marx efectúa es inapelable. Heredero de las grandes corrientes laicas del pensamiento europeo, Marx no cree en la necesidad de la religión y su aportación consiste en haber derivado el fenómeno religioso de las impotencias humanas. Mientras la religión sea eso, la crítica de Marx es cierta. Por esta razón Marx cree

que el tiempo de las « respuestas » de índole progresista en nombre de la religión ha pasado. Y tiene razón porque por muy progresista que sea la respuesta religiosa a las impotencias humanas sigue siendo de otra índole distinta a la pregunta y, por tanto, mixtifica a la misma pregunta, buscando su solución en un plano en que las respuestas no existen y en que, si hay alguno, sólo puede ser producto de la imaginación alienada del hombre. De esta forma, indirectamente, Marx ha contribuido, como pocos teólogos lo han hecho, a poner en claro un viejo dogma que los cristianos tendemos a olvidar: el de la no necesidad de la fe. La fe no es necesaria sino gratuita.

Estas aportaciones de Marx a la crítica de la religión no debían olvidarlas ni los que se llaman sus discípulos, ni los que se llaman cristianos. Las alienaciones humanas pueden y deben ser resueltas por el hombre. Esta es la aportación fundamental del socialismo. Reconocer a la religión un papel « objetivamente progresista » es, por tanto, una traición al socialismo verdadero; igual que es una degradación (un cambio cualitativo de grado) de la fe. Para un socialista que sea creyente, pero que se niegue a ser cristiano-socialista o socialista porque es cristiano, las cosas deberían quedar algo más claras de lo que permiten las necesidades políticas del momento: necesidades políticas del Partido Comunista, que no se puede confundir en todos sus rasgos con el marxismo y necesidades políticas de la Iglesia católica vaticana, a la que también es perjudicial confundir en todos sus rasgos con la Iglesia de Cristo.

París, marzo de 1968

Notas

Apartado I. El anatema

1. F. Engels: Prólogo a la edición inglesa de *Del socialismo utópico al socialismo científico*. Marx-Engels: *Obras escogidas*. Moscú, 1966, II, 103.
2. F. Engels: *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. Marx-Engels: *Obras escogidas*, II, 380.
3. B. Groethuysen: *Origines de l'esprit bourgeois en France: I. L'Eglise et la bourgeoisie*, 33 y 36.
4. Así, entre otros, Albert de Mun, La Tour du Pin, von Ketteler, etc. Todavía hoy los tratados de moral social que se estudian en los seminarios se reducen a una simple defensa del derecho de propiedad.
5. León XIII: Encíclica *Inmortale Dei*. BAC. Doctrina Pontificia. Documentos políticos, p. 203-207. En adelante citaremos: BAC-DP, si se trata del volumen dedicado a documentos políticos y BAC-DS si a documentos sociales.
6. León XIII: Encíclica *Diuturnum Illud*, nº 17. BAC-DP, 122-123.
7. *Idem.*
8. León XIII: Encíclica *Quod Apostolici Muneris*, 1 y 2. BAC-DP, 61-62.
9. *Idem.*, nº 10, p. 72. Pío X: Encíclica *Vehementer Nos*; dice: «El Estado no puede prosperar ni lograr estabilidad prolongada si desprecia a la religión». BAC-DP, 385.
10. Carta *Notre charge apostolique*, al episcopado francés. II. BAC-DP, 408. Ya León XII había dicho: «Sin religión es imposible un Estado bien ordenado» (*bene morata civitas esse, sublata religione, non potest*) en *Inmortale Dei*, 15. BAC-DP, 208. Pío XII veía este mismo papel de la religión en su primera encíclica *Summi Pontificatus*, 25. BAC-DP, 767.
11. León XIII: Encíclica *Nobilissima gallorum gens*, 2. BAC-DP, 143 y 144: «La prosperidad de un Estado no puede lograrse si se ahoga en ese Estado la influencia de la religión».
12. León XIII: *Inmortale Dei*, 2. BAC-DP, 192 y 193. En la encíclica *Libertas praestantissimum* dice: «La religión manda a los ciudadanos la sumisión a los poderes legítimos [...] prohibiendo toda revolución y todo conato que pueda turbar el orden». *Idem.*, 245-246.
13. Benedicto XV: Encíclica *Ad beatissimi*, 9. BAC-DP, 447 y 448.
14. *Idem.* Para que estos odios se eviten Benedicto XV da el siguiente consejo: «Exhortar a todos a que [...] se amen unos a otros como hermanos. La eficacia de este fraterno amor no consiste en hacer que desaparezca la diversidad de condición y de clases [...] sino que los que estén más altos se abajen [...] y los humildes, a su vez, se alegren de la prosperidad y confíen en el apoyo de los poderosos, no de otra suerte que el hijo menor de una familia se pone bajo la protección y el amparo del de mayor edad». *Idem.*, p. 450.
15. León XIII: *Inmortale Dei*, *idem.*, p. 192.
16. León XIII: *Quod Apostolici Muneris*, II. BAC-DP, 73. Pío XI señalaba para la Acción católica esta «santa batalla de Dios»: «[...] labor de asistencia religiosa a las clases trabajadoras, labor que nos es tan querida, porque consideramos esta asistencia religiosa como el medio más idóneo para defender a los obreros, nuestros queridos hijos, de las insidias comunistas» (*a communistarum fallaciis defendantur*). Encíclica *Divini Redemptoris*, 67-69. BAC-DS, 882-883. En este mismo sentido véase todos los discursos dirigidos a las organizaciones obreras católicas por Pío XII, sobre todo los pronunciados entre 1945-1950. Todavía en 1957, decía a la JOC: «[los jóvenes obreros] absorben lentamente el veneno de doctrinas materialistas, de actitudes falseadas por la oposición de clases y el odio; pierden así [...] su encanto, su gozo, sus aspiraciones más legítimas y en seguida se amargan y se rebelan. Tal es el desastre que la JOC quiere absolutamente evitar». Alocución a la JOC del 25 de agosto de 1957. BAC-DS, 1037.
17. Un precioso resumen de los deberes de patronos, obreros, gobernantes, puede encontrarse en el *Discurso a los delegados de las Sociedades de Uniones de Obreros católicos que vinieron de Francia a Roma a venerar la cátedra de San Pedro*, el día 20 de octubre de 1889. BAC-DS, 280-287.
18. Pío XI: Encíclica *Quadragesimo anno*, 120. BAC-DS, 752. Con el «bloqueo violento o comunismo», el papa no anda con tantos remilgos y predice que sus principios «acabarán destrozando por la violencia y la muerte a la sociedad entera», *idem.*, 747 y 748.
19. Pío XII: Sermón en la víspera de Navidad, 24 de diciembre de 1939. BAC-DP, 809.
20. Pío XII: Radiomensaje de Navidad de 1942, BAC-DP, 847.
21. Pío XII: Alocución a los obreros de las diócesis de Italia, BAC-DS, 969-977.
22. Radiomensaje de Navidad de 1947, BAC-DP, 942-950. Pío XI ya utilizaba un lenguaje a lo Pacelli cuando escribía: «La que desterró victoriosa la terrible secta de los albigenses [...] ahuyente también los nuevos errores, sobre todo de los comunistas [...] Y como en tiempos de las cruzadas [...] implórese fervorosamente a la gran Madre de Dios [...] que confunda a los enemigos de la civilización humana y cristiana [...] Si se hace esto [...] es de esperar que la Santa Virgen consiga de Dios que el furor de la tempestad anime, que se debilite, que caiga

y que corone esta laudable campaña de plegarias de los fieles cristianos una brillante victoria». Encíclica *Ingravescentibus malis*, BAC-DS, 899.

23. Pío XII: Discurso a la nobleza romana, 16 de enero de 1946, BAC-DP, 913-917. La desconfianza de Pío XII respecto a la «masa del pueblo inquieta y audaz» puede constatarse a través de todos sus discursos sobre la concepción del orden político y del Estado.

24. Marx llama a la religión «expresión de la miseria real y [...] protesta contra la miseria real, suspiro de la criatura oprimida». *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*.

Apartado II. Del anatema al diálogo

1. Alocución al III Congreso mundial de laicos. La *Documentation catholique*, 64 (1967), 1831.

2. Todas las frases entrecuilladas del párrafo pertenecen a la alocución al Movimiento universitario de la Acción Católica italiana, DC, 64 (1967), 1633-1637.

3. Así, Juan XXIII había dicho: «Llegan a nuestros oídos, hiriéndolos, ciertas insinuaciones de almas que, aunque con celo ardiente, carecen del sentido de la discreción y de la medida. Tales son quienes en los tiempos modernos no ven otra cosa que prevaricación y ruina [...] Nos parece necesario decir que disentimos de esos profetas de calamidades [...]». Discurso de inauguración del Concilio. BAC. Concilio Vaticano II, 747. Compárese con el texto de Pablo VI citado en nota 45.

4. Pablo VI: Mensaje de Navidad de 1965, DC, 63 (1966), 156.

5. Alocución en la audiencia general del 19 de julio de 1967, DC, 64 (1967), 1363.

6. Al movimiento universitario de Acción Católica italiana.

7. Alocución en la audiencia general del 30 de marzo de 1966. DC, 63 (1966), 778.

8. Mensaje de Navidad de 1965.

9. La influencia del pensamiento católico francés es evidente en la encíclica *Populorum Progressio* en la que la mayoría de los autores citados son franceses.

10. Encíclica *Ecclesiam Suam*, Edición PPC, p. 44.

11. Alocución pronunciada en la sesión pública de clausura del Concilio el 7 de diciembre de 1965, BAC, Concilio Vaticano II. «La antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del concilio [...] Vosotros, humanistas modernos, que renunciáis a la trascendencia de las cosas supremas, conferidle [al concilio] este mérito y reconocido nuestro nuevo humanismo: también nosotros —y más que nadie— somos promotores del hombre», p. 816.

12. Radiomensaje de Navidad de 1966, DC, 64 (1967), 112.

13. Encíclica *Ecclesiam Suam*.

14. Pueden verse las diferentes alocuciones que Pablo VI ha dirigido a los Jefes de Estado que le han visitado.

15. *Ecclesiam Suam*, PPC, 46 y s.

16. Alocución en la primera sesión del Sinodo, DC, 64 (1967), 1739.

17. Alocución en la presentación de cartas credenciales del embajador de Haití. «Y si en las relaciones humanas puede suceder que una nación se sienta «aislada e incomprendida», según vuestras propias palabras, esto no es nunca verdad respecto de la Iglesia que está cerca de todos sus hijos y llena de compresión y de ternura para cada uno de ellos», DC, 64 (1967), 585. Es inútil recordar la naturaleza del régimen que gobierna la República de Haití.

18. Homilía pronunciada en la misa de clausura del Concilio, BAC, Concilio Vaticano II, 821.

19. Alocución pronunciada el Viernes Santo de 1965, DC, 62 (1965), 878.

20. Al Cardenal Vojtyla y un grupo de peregrinos polacos, DC, 64 (1967), 1372.

21. Discurso de apertura de la segunda sesión del Concilio, 29 de septiembre de 1963, BAC, Concilio Vaticano II, 768.

22. Alocución al Colegio Cardenalicio, 23 de diciembre de 1966, DC, 64 (1967), 100.

23. Pío XII: Radiomensaje de Navidad de 1947.

24. Alocución en el Consistorio Secreto del 26 de junio de 1967, DC, 64 (1967), 1298.

25. Respuesta de Pablo VI a la felicitación que le había dirigido Kroutchev, DC, 60 (1963), 944. La «vida social organizada» en italiano «nell'ordinato vivere civile», había sido reproducida por la agencia Tass como «sua bene ordinata vita sociale». La traducción rusa que difundió la Tass había sido la oficial vaticiana. En el definitiva, que publican los periódicos italianos, falta el «bene». Esta pequeña historia de una palabra muestra hasta qué punto los documentos pontificios son cuidados en sus más insignificantes detalles.

26. Recepción del Presidente Kennedy, DC, 60 (1963), 939-941. El papa aprovecha la ocasión para afirmar que los Estados Unidos es «uno de los mejores pueblos de la familia de las naciones».

27. Primer mensaje de Pablo VI al mundo, DC, 60 (1963), 838.

28. Recepción del jefe de gobierno de la República Socialista de Yugoslavia, DC, 65 (1968), 199-202.

29. Declaración del episcopado italiano sobre «Los cristianos y la vida pública». DC, 65 (1968), 343.

30. A un grupo de obreros barceloneses, 7 de agosto de 1963, DC, 60 (1963), 1285.

31. Alocución con motivo del 75 aniversario de la *Resum Novarum*. DC, 63 (1966), 1059.

32. A la Unión Cristiana de Jefes de Empresa, 7 de febrero de 1966, DC, 63 (1966), 599-600.
33. Homilía en la Iglesia de San Rafael de Trullo, 25 de diciembre de 1964, DC, 62 (1965), 212-213. El papa ha pronunciado palabras semejantes cuando se ha dirigido a los barrenderos, albañiles y, en general, siempre que sale a los barrios más populares. En estas ocasiones suele emplear la primera persona del singular en vez del plural mayestático.
34. Alocución del 4 de septiembre de 1965, DC, 63 (1966), 1939.
35. Palabras dirigidas a un grupo de peregrinos de la diócesis de Albano, DC, 64 (1967), 1650. Pío XII, en lugar de decir que estaba superada, decía que era « una mera apariencia ». Pablo VI como mira las cosas con « perspicacia y en un espíritu científico [...] constata que esta lucha no tiene razón de ser, que no es la buena fórmula. Está superada ».
36. Alocución del 4 de septiembre de 1966.
37. Alocución a los Comités cívicos italianos, 30 de enero de 1965, DC, 62 (1965), 294.
38. Alocución a las ACLI, DC, 62 (1965), 681.
39. Alocución en el 75 aniversario de **Rerum Novarum**.
40. Homilía del 12 de septiembre de 1965 pronunciada en la catacumba de Santa Domitilia, DC, 62 (1965), 1671-1674. « En cuanto a los católicos que, gracias a Dios, viven en libertad, les será provechoso acordarse de los que viven en las catacumbas, no olvidar cuán triste es su suerte [...] y pensar que si no dan muestras de vigilancia y concordia, esta suerte podrá llegar a ser la suya ».
41. Discurso pronunciado el 30 de agosto de 1964 ante los fieles de la diócesis de Albano y reproducido por el *Osservatore Romano* el día 6 de enero de 1965. El día 5 habían tenido lugar las elecciones presidenciales de Italia, DC, 62 (1965), 215-217.
42. Alocución a los Comités cívicos italianos.
43. « Hay que decirlo una vez más: lo superfluo de los países ricos debe servir a los países pobres. La regla que antiguamente valía en favor de los más cercanos debe aplicarse hoy a la totalidad de las necesidades del mundo. Los ricos, por otra parte, serán los primeros beneficiarios de ello. Si no, su prolongada avaricia no hará más que suscitar el juicio de Dios y la cólera de los pobres, con imprevisibles consecuencias ». Encíclica **Populorum progressio**, nº 49.
44. Encíclica **Ecclesiam Suam**, PPC, 11.
45. Todas estas constantes del pensamiento de Pablo VI se encuentran ya reunidas en su primer discurso importante: « [...] al tender nuestra mirada sobre la vida humana contemporánea, deberíamos estar espantados más bien que alentados, afligidos más bien que regocijados, dispuestos a la defensa y a la condena más bien que a la confianza y a la amistad ». Después de deplorar el ateísmo que

conduce al « vacío, la tristeza y la desesperación », continúa: « Que lo sepa el mundo: la Iglesia lo mira con profunda comprensión, con sincera admiración y con sincero propósito, no de conquistarlo, sino de servirlo; no de despreciarlo, sino de valorizarlo [...] ». E inmediatamente pasa su mirada a los « jefes de los pueblos [...] ¡ Animo, gobernantes de las naciones! vosotros podéis dar a vuestros pueblos muchos de los bienes que la vida necesita [...] con sólo que conozcáis verdaderamente qué es el hombre, y sólo la sabiduría cristiana os lo puede decir con plenitud de luz [...] ». Discurso de apertura de la segunda sesión del Concilio, BAC, 768-770.

Apartado III. Del diálogo a la fraternidad

1. Audiencia general del 29 de julio de 1967. « [La Iglesia] no estará nunca contra la sociedad, contra el Estado, contra la cultura, como tampoco contra lo que es moderno [...] [La Iglesia] es la humanidad misma elevada a un grado superior. La Iglesia no es, pues, revolucionaria; es ciertamente reformadora, renovadora, pero no es nunca capaz de odiar y de matar », DC, 64 (1967), 1364. Pablo VI confunde u olvida aquí varias cosas: revolución con odio; que sin revolución sigue habiendo muerte; que la Iglesia ha odiado y matado.
2. El cardenal Veillot dice que otros obispos y él han quedado muy asombrados cuando « hemos oído hablar de la condena de la noción de beneficio. Porque si se toma uno el trabajo de leer lo que está dicho exactamente en ese texto, la noción de beneficio no está condena como tal [...] lo que nosotros hemos dicho es que el beneficio no es un criterio suficiente de la orientación de la economía, lo que no quiere decir que se condene el beneficio como tal, de una manera general ». Interviu a Europa 1, 6 de junio de 1966, DC, 63 (1966), 1327.
3. R. Alberti: « Juicio cristiano sobre el capitalismo », *Iglesia viva*, 10/11 (1967), 352.
4. J.M. Llanos: « ¿ Qué dice la **Populorum** a los españoles? », *Idem.*, 366.
5. R. Belda: « Subdesarrollo y violencia revolucionaria », *Idem.*, 394. Un poco antes el Padre Belda afirma: « Un examen superficial del pensamiento social cristiano, de los siglos XIX y XX, puede llevar a un desdichado equívoco consistente en identificar el compromiso temporal cristiano con el compromiso reaccionario ». Sin duda, nosotros hemos incurrido en la falta de examen superficial. De todas formas, para nuestro consuelo el mismo Padre Belda concede que « la aparente coincidencia de mentalidad y de propósito resulta difícil de ocultar ». En la interpretación de la historia siempre resulta difícil llegar a saber dónde acaba la realidad y dónde comienzan las apariencias.

6. Mensaje de algunos obispos del tercer mundo, DC, 64 (1967), 1900.

7. *Ibid.* « Ante la evolución actual del imperialismo del dinero debemos dirigir a nuestros fieles y volver a decirnos a nosotros mismos la advertencia que el vidente de Patmos dirigía a los cristianos de Roma ante la caída inminente de esta gran ciudad prostituida en el lujo gracias a la opresión de los pueblos y la tráfico de esclavos : « Sal, pueblo mío, abandónala, por miedo a que, solidarios de sus faltas, tengas que sufrir sus calamidades ».

8. Las intenciones de esta «tercera vía» están

patentes en el libro de Lebreton: **Suicide ou survie de l'Occident?**, título que es ya de por sí muy significativo.

9. Empleo esa expresión para no ser menos que Santiago Carrillo que dirigiéndose a los católicos que no somos « banqueros y grandes empresarios » nos llama « hermanos católicos ». **Nuevos enfoques a los problemas de hoy**, 131.

10. Citado por Manuel Azcárate, **Realidad**, 14 (1967), 39.

11. Santiago Carrillo : **Op. cit.**, 132.

Algunos libros distribuidos por Editions Ruedo ibérico

Marxismo-cristianismo

Marx y Engels	La sagrada familia	(Grijalbo)	24,— F
Shorojova	El problema de la conciencia	(Grijalbo)	30,— F
R. Hochhuth	El vicario	(Grijalbo)	27,— F
Guenter Lewy	La iglesia católica y la Alemania nazi	(Grijalbo)	27,— F
Fritz J. Raddatz	Summa injuria (Tormenta sobre el Vicario)	(Grijalbo)	24,— F
I. Lenzman	Los orígenes del cristianismo	(Grijalbo)	21,— F
Marino Ayerra Redín	No me avergoncé del evangelio	(DEA)	15,— F
R. H. Tawney	La religión en el origen del capitalismo	(DEA)	16,50 F

Distribución exclusiva en Europa
Editions Ruedo ibérico

Dario Puccini

**Romancero
de la resistencia
española**
(1936-1965)

516 páginas

84 F

Traducción del prólogo: **Jesús López Pacheco**. Versión española de los poemas: **José Agustín Goytisolo** (y colaboradores)

Numerosas ilustraciones en color y en negro y blanco. Autógrafos en facsimile

Tal vez ningún acontecimiento histórico moderno ha inspirado una literatura semejante por su extensión y calidad a la surgida de la guerra de España. En 1936 el país contaba con un grupo de poetas como no había vuelto a tener desde los siglos de oro; y en un momento que lo era todo a la vez —revolución, realidad, moral y poesía— acudieron los mejores poetas de todo el mundo en defensa de un pueblo agredido por los ejércitos del fascismo.

Dario Puccini, el crítico italiano que mejor conoce las letras hispánicas, ha compilado en este **Romancero de la resistencia española** una antología de los poemas escritos entre 1936 y 1965 en España, en el exilio, y en los países americanos y europeos. Obra de un carácter muy particular y absolutamente fuera de lo común, la antología de Puccini se divide en tres partes: **El Romancero de la guerra civil** es una expresión popular que reverdecía la característica primordial del primer Romancero: el elemento épico-lírico, y que representa una *lliada* escrita por innumerables voces. Las dos partes restantes: **El exilio, la cárcel y la resistencia** y **El homenaje del mundo** se explican por sí mismas. A todo ello Dario Puccini suma la documentación necesaria para el entendimiento del fenómeno político-literario, y un estudio preliminar que constituye una historia de los intelectuales a través de la poesía, desde 1920 a la actualidad. Así, el **Romancero de la resistencia española** es un libro que tiene una triple importancia, una significación estética, emotiva y testimonial.

Poemas de: Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Manuel Altolaguirre, Carlos Alvarez, Marcos Ana, Antonio Aparicio, Louis Aragon, Max Aub, Wystan Hugh Auden, Carlos Barral, José Bergamín, Bertolt Brecht, José Manuel Caballero Bonald, Carl-Martin Borgen, Giuliano Carta, Gabriel Celaya, Luis Cernuda, John Cornford, Victoriano Crémer, Rafael Dieste, Evgueni Dolmatovsky, Paul Eluard, Ilya Ehrenburg, León Felipe, Angela Figuera Aymerich, Louis Fürnberg, José Luis Gallego, Ramón de Garciasol, Pedro Garfias, Otto Gelsted, Jaime Gil de Biedma, Angel González, Raúl González Tuñón, José Agustín Goytisolo, Jorge Guillén, Nicolás Guillén, Eugène Guillevic, Frantisek Halas, Miguel Hernández, José Herrera Petere, José Hierro, Vladimir Holan, Josef Hora, Langston Hughes, Juan Ramón Jiménez, Semen Kirsanov, Jesús López Pacheco, Leopoldo de Luis, Antonio Machado, Ben Maddow, Archibald MacLeish, Louis MacNeice, Mario de Micheli, José Moreno Villa, Pablo Neruda, Stanislav Kostka Neumann, Eugenio de Nora, Blas de Otero, Octavio Paz, Emilio Prados, José María Quiroga Pla, Juan Rejano, Alfonso Reyes, Edwin Rolfe, Juan Manuel Romá, Pedro Salinas, Arturo Serrano Plaja, Stephen Spender, Jules Supervielle, Geneviève Taggard, Nikolai Tijonov, Tristan Tzara, José Angel Valente, César Vallejo, Nicola Vapzarov, Lorenzo Varela, Erich Weinert.

Ediciones Era Méjico

Crónica : revistas y libros

La censura política en «Realidad»

Con motivo del 50 Aniversario de la Revolución de Octubre, la revista de cultura y política *Realidad* dedica un número especial¹ para conmemorar tal hecho histórico. No vamos a entrar de lleno en un comentario crítico del contenido de cada uno de los artículos, trabajos y documentos que se insertan en ella. Pero sí queremos señalar un punto que nos ha llamado mucho la atención y que nos ha sorprendido bastante.

Se trata de un artículo titulado «El socialismo y el hombre en Cuba», firmado por Ernesto Che Guevara. Trabajo que, hace algún tiempo, fue publicado en una revista uruguaya².

Hoy aparece en *Realidad* con una nota preliminar al pie de página³, aclarando que, aparte de haber aparecido previamente en *Marcha* la versión original, texto íntegro, ahora solamente se reproducen extrac-

tos del citado artículo de Che Guevara. Después de hacer un cotejo entre ambos textos, vamos como, de suyo, la versión original se reproduce «casi» ad pedem literem (como indicaremos más adelante) y en «casi» su totalidad, a excepción de un párrafo continuado cuyo contenido pensamos que es muy significativo. Ello nos lleva a la conclusión inmediata de que tales frases han sido tachadas y, como decimos antes, dado su contenido, por una censura evidentemente política.

Resultando, entonces, que lo que se deja de publicar es un extracto y no al contrario. Así, podríamos hacer un análisis detenido, precisamente, del párrafo suprimido. Pero esto desbordaría los límites de una simple nota, hecha con deseos de completar en su integridad la versión original. El lector, con las aclaraciones, podrá juzgar por sí solo. (Ginés Marín)

Extracto censurado *

< [...] En el cambio de las ideas que conducen a actividades no productivas, es más fácil ver la división entre necesidad material y espiritual. Desde hace mucho tiempo el hombre trata de liberarse de la enajenación mediante la cultura y el arte. Muere diariamente las ocho o más horas en que actúa como mercancía para resucitar en su creación espiritual. Pero este remedio porta los gérmenes de la misma enfermedad; es un ser solidario el que busca comunión con la naturaleza. Defiende su individualidad oprimida por el medio y reacciona ante las ideas estéticas como un ser único cuya aspiración es permanecer immaculado.

Se trata sólo de un intento de fuga. La ley del valor no es ya un mero reflejo de las relaciones de producción; los capitalistas monopolistas la rodean de un complicado andamiaje que la convierte en una sierva dócil, aún cuando los métodos que emplean sean puramente empíricos. La superestructura impone un tipo de arte en el cual hay que educar a los artistas. Los rebeldes son dominados por la maquinaria y sólo los talentos excepcionales podrán crear su propia obra. Los restantes devienen asalariados vergonzantes o son triturados.

Se inventa la investigación artística a la que se da como definitoria de la libertad, pero esta «investigación» tiene sus límites, imperceptibles hasta el momento de chocar con ellos, vale decir, de plantearse los reales problemas del hombre y su enajenación. La angustia sin

1. Nº 15, octubre de 1967.

2. *Marcha*, Nº 1246, marzo de 1965. También en Cuba: una

revolución en marcha, Ruedo ibérico, 1967, p. 157.

* Véase nota en la página 159 de este número.

sentido o el pasatiempo vulgar constituyen válvulas cómodas a la inquietud humana; se combate la idea de hacer del arte un arma de denuncia.

Si se respetan las leyes de juego se consiguen todos los honores; los que podría tener un mono al inventar piruetas. La condición es no tratar de escapar de la jaula invisible.

Cuando la Revolución tomó el poder, se produjo el éxodo de los domesticados totales; los demás, revolucionarios o no, vieron un camino nuevo. La investigación artística cobró nuevo impulso. Sin embargo, las rutas estaban más o menos trazadas y el sentido del concepto fuga se escondió tras la palabra libertad. En los propios revolucionarios se mantuvo muchas veces esta actitud, reflejo del idealismo burgués en la conciencia.

En países que pasaron por un proceso similar se pretendió combatir estas tendencias con un dogmatismo exagerado. La cultura general se convirtió casi en un tabú y se proclamó el sùmmum de la aspiración cultural una representación formalmente exacta de la naturaleza, convirtiéndose ésta, luego, en una representación mecánica de la realidad social que se quería hacer ver: la sociedad ideal, casi sin conflictos ni contradicciones, que se buscaba crear.

Errores de juventud

El socialismo es joven y tiene errores. Los revolucionarios carecemos, muchas veces, de los conocimientos y la audacia intelectual necesarios para encarar la tarea del desarrollo de un hombre nuevo por métodos distintos a los convencionales; y los métodos convencionales sufren de la influencia de la sociedad que los creó. (Otra vez se plantea el tema de la relación entre formas y contenido.) La desorientación es grande y los problemas de la construcción material nos absorben. No hay artistas de gran autoridad que, a su vez, tengan gran autoridad revolucionaria. Los hombres del Partido deben tomar esa tarea entre las manos y buscar el logro del objetivo principal: educar al pueblo.

Se busca entonces la simplificación; lo que entiende todo el mundo, que es lo que entienden los funcionarios. Se anula la auténtica investigación artística y se reduce el problema de la cultura general a una apropiación del presente socialista y del pasado muerto (por tanto, no peligroso). Así nace el realismo socialista sobre las bases del arte del siglo pasado.

Pero el arte realista del siglo XIX, también es de clase, más puramente capitalista, quizás, que este arte decadente del siglo XX, donde se transparenta la angustia del hombre enajenado. El capitalismo en cultura ha dado todo de sí y no queda de él sino el anuncio de un cadáver maloliente; en arte, su decadencia de hoy. Pero ¿por qué pretender buscar en las formas congeladas del realismo socialista la única receta válida? No se puede oponer al realismo socialista « la libertad », porque ésta no existe todavía, no existirá hasta el completo desarrollo de la sociedad nueva; pero no se pretenda condenar a todas las formas de arte posteriores a la primera mitad del siglo XIX desde el trono pontificio del realismo a ultranza, pues se caería en un error proudhoniano de retorno al pasado, poniéndole camisa de fuerza a la expresión artística del hombre que nace y se construye hoy.

Falta el desarrollo de un mecanismo ideológico-cultural que permita la investigación y desbroce la mala hierba, tan fácilmente multiplicable en el terreno abonado de la subvención estatal.

El hombre del siglo XX

En nuestro país, el error del mecanismo realista no se ha dado, pero sí otro de signo contrario. Y ha sido por no comprender la necesidad de la creación del hombre nuevo, que no sea el que represente las ideas del siglo XIX, pero tampoco las de nuestro siglo decadente y morboso. El hombre del siglo XXI es el que debemos crear, aunque todavía es una aspiración subjetiva y no sistematizada. Precisamente, éste es uno de los puntos fundamentales de nuestro estudio y de nuestro trabajo y en la medida en que logremos éxitos concretos sobre una base teórica o, viceversa, extraigamos conclusiones teóricas de carácter amplio sobre la base de nuestra investigación concreta, habremos hecho un aporte valioso al marxismo-leninismo, a la causa de la humanidad. La reacción contra el hombre del siglo XIX, nos ha traído la reincidencia en el decadentismo del siglo XX; no es un error demasiado grave, pero debemos superarlo, so pena de abrir un ancho cauce al revisionismo.

Las grandes multitudes se van desarrollando, las nuevas ideas van alcanzando adecuado ímpetu en el seno de la sociedad, las posibilidades materiales de desarrollo integral de absolutamente todos sus miembros, hacen mucho más fructífera la labor. El presente es de lucha; el futuro es nuestro.

Resumiendo, la culpabilidad de muchos de nuestros intelectuales y artistas reside en su pecado original; no son auténticamente revolucionarios. Podemos intentar injertar el olmo para que dé peras, pero simultáneamente hay que sembrar perales. Las nuevas generaciones vendrán libres del pecado original. Las probabilidades de que surjan artistas excepcionales serán tanto mayores cuanto más se haya ensanchado el campo de la cultura y la posibilidad de expresión. Nuestra tarea consiste en impedir que la generación actual, dislocada por sus conflictos, se puerque y puerque a las nuevas. No debemos crear asalariados dóciles al pensamiento oficial ni « becarios » que vivan al amparo del presupuesto, ejerciendo una libertad entre comillas. Ya vendrán los revolucionarios que entonen el canto del hombre nuevo con la auténtica voz del pueblo. Es un proceso que requiere tiempo [...]

Ernesto Che Guevara

* Este extracto que reproducimos, según el texto original, correspondería su inserción en Realidad de esta forma: p. 103, último párrafo, a continuación de « Por ello Fidel machaca con tanta insistencia sobre la necesidad de la formación tecnológica y científica de todo nuestro pueblo y más aún, de su vanguardia [...] Hay que precisar también que los subtítulos empleados por Realidad (según indican en la nota 1, p. 96) son de la redacción de esta revista, no correspondiendo a los empleados por Ernesto Che Guevara en el texto original.

El Congreso Cultural de La Habana y « Mundo obrero »

En Mundo obrero, primera quincena de febrero de 1968, puede leerse lo siguiente en relación al Congreso Cultural de La Habana: « Del 2 al 12 de enero se reunieron en la capital cubana quinientos intelectuales de setenta países. En su gran mayoría procedían de los países del tercer mundo. Entre las delegaciones de los de Europa occidental, la del nuestro era de las más numerosas: Juan Antonio Bardem, Alfonso Sastre, Gabriel Celaya, José María Castellet, Caballero Bonal, Max Aub, José Angel Valente, Eloy Terrón, Sánchez Vázquez, Saura y otros ».

Vemos con sorpresa, aparte del reducido espacio de una columna a un hecho tan significativo para el socialismo mundial y para el internacionalismo proletario, la inclusión en « y otros » de los intelectuales españoles: Eduardo Arroyo, José

Aumente, Carlos Barral, Santiago Dexeus, Antoni Eceiza, José Luis Escotad, Francisco Fernandez-Santos, Eduardo García Rico, Rosario García Verde, Jaime Gil de Biedma, Luis Goytisolo, Félix Grande, José Martínez, Roberto Mesa Garrido, Antonio Moya, Raymon, Javier Pradera, Francisco Regueiro, Carlos Sampons, Alejandro Sandino, Jorge Semprún.

Creemos que existen momentos en que los nombres pueden y deben decirse; éste es uno de ellos. Y como suponemos que sólo lo reducido del espacio ha impuesto la selección a Mundo obrero, nosotros que andamos algo más sobrados de superficie, hemos perfeccionado la lista. Y de esta forma, además de completar la información, señalar la « destacada aportación » —en armonía con los presupuestos revolucionarios cubanos— de estos otros intelectuales españoles.

En memoria de Ernesto Che Guevara

La revista Casa de las Américas ha dedicado recientemente¹ un número extraordinario a Ernesto Che Guevara. En él se recopilan manifestaciones de diversos intelectuales, artistas, escritores, de América latina y de Europa principalmente. Junto a estas expresiones de recuerdo y solidaridad, una selección de textos de Ernesto Guevara.

Entre los mensajes reproducidos, podemos leer expresiones tan significativas como las siguientes:

« En la muerte de Ernesto Che Guevara », de Jorge Semprún, se dice: « [...] Tenemos que defender esta muerte, tenazmente, contra sus dos mortales enemigos. El primero es harto

conocido. Voces confusas, trémulas nos dirán, nos están ya diciendo, que la muerte de Ernesto Che Guevara es un sacrificio inútil, aunque generoso. Un acto desesperado. Una explosión, todo lo bella que se quiera, pero ineficaz, del romanticismo revolucionario. Pues no. Esta muerte es la culminación de una vida, de una serie de decisiones racionales (¿no es lo racional, para un marxista, el proyecto de transformar la realidad, de cambiar la opaca objetividad aparente del mundo tal y como es, tal y como lo determinan las estructuras económicas e ideológicas dominantes del imperialismo?). Esta muerte es un hecho político, y nos incumbe esclarecer y preservar su significación política: sus razones, sus sinrazones, sus causas, sus consecuencias. Para aprender de esta muerte. Para vivir de esta muerte, luchando. El segundo enemigo de esta muerte es más insidioso. En algunos sectores del campo mismo de la revolución —ya está viéndose y se verá— se pondrán las banderas a media asta, se enviarán sentidos telegramas de pésame, pero se utilizará la muerte de Ernesto Che Guevara —veladamente, con tono paternal y burocrático— para poner de nuevo en entredicho la perspectiva americana de la lucha guerrillera. En suma: se utilizará alevosamente la muerte del Che contra toda su vida. Pues no. Las posibilidades objetivas, la necesidad ejemplar, de la lucha guerrillera americana no se miden por el patrón de esta muerte. Tenemos, pues, que defender la muerte de Ernesto Che Guevara contra sus dos mortales enemigos. Tenemos que sostenerla, llevarla a hombros, a empujones rabiosamente meditados, hasta la lucha de hoy y de mañana. »

« Al camarada Che Guevara », de André Gorz: « Te escribo desde un continente lejano, camarada, donde los hombres no son felices. Sufrimos de trabajar sin saber por quién ni por qué; de producir cosas que sólo se miden en términos de dinero o de comodidad; de estar ocupados de ocho a nueve horas por día a cambio de un salario que no compensará jamás, por muy elevado que sea, la monotonía de nuestras ocupaciones privadas de sentido. Sufrimos de no poder ofrendar, durante 17 horas al día, lo mejor de nosotros a cambio nada más que de la alegría de conocer el límite de nuestras fuerzas en el combate común contra todo lo que degrada al hombre y de leer, en la mirada de nuestros compañeros y en la marca que juntos imprimimos a la materia, que queremos al igual, cada uno para todos, ese mundo que está por hacer. »

« Para el Che », de New Left Review: « La tormenta de la lucha arde en América latina, Asia y África actualmente. Che dio su vida por la liberación de estos continentes del imperio de los Estados Unidos, en un ejemplo sin paralelo de internacionalismo. Su solidaridad era un irrevocable compromiso, que sobrevive a su muerte y sigue amenazando sin cesar al imperialismo. Su brillantez militar como jefe era producto de su estatura moral como revolucionario. Sabía que hacer la revolución era una cruel y costosa prueba, para él y para otros. La escogió sin vacilaciones, sabiendo que el precio de la sumisión al imperialismo era incomparablemente mayor, y permanente. Vietnam, al que Che dedicara su último mensaje público, atestigua esta verdad. El peleó para que las llamas que se alzaron sobre Vietnam encendieran la pira funeraria del imperialismo. Para los países socialistas, Che no era sólo un símbolo de los deberes de la solidaridad internacional. Representaba también una renovación revolucionaria dentro de la construcción del socialismo. Nadie expresó tan profundamente la libertad revolucionaria como el auténtico contenido de la construcción económica diaria. La planificación no era un mero instrumento técnico para él, sino que estaba ligada indisolublemente a la actividad de las masas, era la forma necesaria del dominio del hombre sobre su medio. Excluía todo cálculo mecánico de intereses. Che no fue nunca más dialécticamente materialista que en su insistencia en la primacía de los incentivos morales en la construcción del socialismo. Era lógico que estuviera intransigentemente por la liberación del arte y la cultura de todo burocratismo. »

1. Casa de las Américas, número 46, La Habana, 1968.

España después del referéndum

La clase obrera afronta el Plan de Estabilización en curso con un poco más de organización que el de

1959; los trabajadores no aceptarán en silencio la agravación de sus condiciones de vida, el paro y la represión; en el porvenir inmediato, las condiciones económicas y políticas politizarán sin duda la lucha de clases; las Comisiones obreras deberán asumir independientemente sus responsabilidades políticas

—condición indispensable para alcanzar el primer objetivo propuesto, la destrucción del actual Sindicato vertical y el remplazamiento de éste por un auténtico sindicato de clase, democrático, unitario y autónomo.

La lucha del movimiento de clase para obtener las libertades democráticas de las que hay necesidad —primer paso de una estrategia socialista en las actuales condiciones— deberá probablemente, en un futuro inmediato, afrontar la segunda línea de defensa de la burguesía: un régimen pluripartidista que excluya legalmente al Partido Comunista y a la izquierda revolucionaria. El modo en que afrontará dicha maniobra depende en gran parte de cómo se enfoque actualmente la relación que existe entre lucha democrática y lucha socialista, problema arduo que escapa a los límites de este artículo.

Para terminar diremos únicamente que, en nuestra

opinión, los socialistas —especialmente los de Europa y los del área del Mediterráneo— deberían ser conscientes de la importancia real que tiene, incluso para su propia lucha, la evolución de la lucha de clases en España. De acuerdo con ello, la solidaridad activa de la izquierda socialista española debería imponérseles como una tarea y no sólo como una actitud. El primer paso, de todos modos, lo constituye sin duda la forma de conciencia de los términos reales en los que se plantea dicha lucha y una mejor comprensión de las exigencias de una estrategia socialista cuyo primer objetivo —la conquista de libertades democráticas— no debe confundirse con la simple lucha por la instauración de una democracia parlamentaria formal.

(De Revue Internationale du Socialisme, Miguel: « España después del referéndum », febrero de 1968.)

La lucha estudiantil en España

Los actuales acontecimientos en la Universidad española son el resultado de un mayor nivel de conciencia y de coordinación en la lucha progresista. La minoría dirigente estudiantil coincide plenamente con los sectores más conscientes de la clase obrera en cuanto a estrategia se refiere: así, la lucha por algunas reivindicaciones dentro del sistema —sin ser abandonada— en la práctica ha pasado a un segundo plano, reemplazada por una ofensiva general contra el sistema mismo. En la actual coyuntura, el movimiento estudiantil responde armónicamente a los objetivos e intereses comunes de la clase trabajadora. Ha aumentado su nivel de conciencia. Ha pasado de la exigencia de un sindicato libre a la lucha frontal contra la estructura académica y los mecanismos del Estado monopolista. Los universitarios luchan por un objetivo revolucionario: contra la universidad clasista y por una universidad popular, inscrita en un contexto democrático y, por ello, socialista [...]. La lucha por la universidad popular como alternativa política concreta da un contenido socialista a la orientación de la estrategia estudiantil. Planificar armónicamente las reformas parciales hacia la revolución global. El universitario se niega a transformarse en un tecnócrata al servicio del capitalismo. Comienza a comprender que no tiene sentido la reivindicación exclusiva de un sindicato estudiantil al servicio de la clase dirigente. Y transforma la universidad en un factor crítico constante y con perspectiva revolucionaria.

De todo esto se puede lógicamente deducir que la vanguardia coyuntural, la fuerza de choque, está en la universidad. Y es posible encuadrar los elementos más conscientes de los estudiantes —formando parte de las capas más elevadas (intelectuales, técnicos...) de la vanguardia revolucionaria, históricamente localizada en la clase obrera, sin llegar por ello a idealizarla.

[...] Tras de este esquemático análisis informativo, es necesario hacer alguna precisión. En primer lugar, que los elementos conscientes y dirigentes en la universidad constituyen una minoría en relación con la población total estudiantil, aunque, en efecto, en los últimos meses se haya incrementado. En esta minoría confluyen diversas organizaciones políticas con diferentes enfoques (así, por ejemplo, mientras el Partido Comunista español lucha por una democratización inmediata, el Frente de Liberación Popular lucha directamente por una universidad popular en un contexto socialista, estrategia esta última más armónica con la realidad objetiva, dado al alto nivel de concentración monopolista). En la universidad se refleja la confrontación de las fuerzas de izquierda que aún no han llegado —cosa que parece bastante lejana— a una unificación en la praxis: la formación, por ejemplo, de un frente de las clases trabajadoras a nivel de las nacionalidades ibéricas, que canalice los esfuerzos y la lucha contra la estructura del Estado capitalista, a través de un proceso

revolucionario orientado a una sociedad socialista, en donde se faciliten las condiciones para que nazca el « hombre nuevo ». Una de estas condiciones será inevitablemente la universalidad popular.

(De Mondo Nuovo, Ginés Marin : « L'opposizione studentesca in Spagna », Roma, abril de 1968.)

La duda de unos jóvenes

Hace poco tiempo, una revista española¹ publicaba un escrito, lleno de ardor juvenil, que se titulaba Manifiesto de la generación joven. Sorprende lo ambicioso del título, pues hoy ya se puede sospechar que una proporción considerable de la juventud española que actualmente lucha en las fábricas y en la Universidad tienen unos objetivos y unas perspectivas más clarificadas y firmes que los dieciocho jóvenes que suscriben el citado documento.

En su conjunto, conciliador. Redactado con un lenguaje cuidadosamente academicista. Una llamada, desde posiciones puramente « moralistas », para que reaccionen las conciencias Individuales en la búsqueda del « hilo abandonado de los productos de la razón humana » y para « poner los cimientos de otro mundo ». Los dieciocho jóvenes firmantes afirman : « la necesidad de mantener constante y metodológicamente, una duda dialéctica, que no la fe, será la dinámica que nos mueva ». Esta posición dudante se desprende de un análisis (?) del mundo actual.

El llamado « manifiesto de la generación joven »² no hubiera atraído nuestra atención caso de no haber sido considerado como producto de un sector de juventud que ha visto frustrados sus intentos para organizarse políticamente, y a la luz del no-marxismo o del anti-marxismo. Los aletazos de la « mala conciencia » son reprimidos con posturas esteticistas o existenciales, propias del periodo de la última postguerra mundial, e inaceptables y angelistas en la situación actual española, con un Estado monopolista represivo, brazo de la política imperialista mundial.

¿ Qué entienden estos dieciocho jóvenes por duda dialéctica ? Una vez más se ha recurrido alegremente a la mitología de las palabras para no decir nada o para querer decir mucho en función de los intereses de las capas reformistas de la « derecha »³ o, incluso, en su conjunto, de posiciones reaccionarias, de las que este manifiesto podría ser su expresión de juventud.

¿ Qué representan dieciocho firmas para respaldar un manifiesto de la generación joven ? Los jóvenes estudiantes y obreros, que a través de plataformas de lucha va adoptando una praxis revolucionaria, tienen que desautorizar públicamente tales manifiestos, cuya publicación es permitida por las oficinas de Fraga.

¿ Se puede dudar hoy ante la evidencia de la represión, ante la jugada de la derecha reformista aliándose al reformismo de izquierda ? ¿ Es « moral » (para utilizar análogo lenguaje al de estos jóvenes firmantes) dudar al contemplar la agresión del neocapitalismo europeo y de la dictadura del general Franco, sin desembocar en posiciones políticas revolucionarias, a la luz, precisamente, de esa metodología dialéctica, bien distinta de la « duda » de los firmantes ? Creemos que la posición que manifiestan los firmantes podría coincidir bastante con las emanadas por las juventudes democristianas y socialdemócratas europeas.

La juventud que hoy está comprometida en la lucha contra el franquismo y gran parte de la juventud aún al margen, nada tienen de común con los extremos de este manifiesto. La práctica y los hechos avalan nuestras afirmaciones. De la misma manera, los estudiantes italianos, los vinculados al Sozialistischer Deutscher Studentenbund (SDS), los estudiantes franceses, los estudiantes japoneses, los comprometidos en la lucha con la población negra en USA, los que hoy día arriesgan su vida en las guerrillas sudamericanas, etc., ninguna conexión tienen con el enfoque general de estos dieciocho jóvenes españoles.

Aquellos que luchan no marchan hacia el encuentro con ellos mismos. Marchan, sí, contra el imperialismo y los regímenes dictatoriales, oponiéndoles las mismas armas e impulsados por el anhelo de conseguir unas condiciones, en un marco socialista, que hagan posible el hombre nuevo, sobre el que acertadamente « profetizó » Che Guevara.

En los momentos por los que atraviesa la « vida » política en España, y en un futuro próximo, muchos manifiestos de este tipo saldrán a la luz. Es el deber de la juventud revolucionaria, de las capas juveniles de la vanguardia de la lucha, delimitar los campos y hacer frente a tales posiciones de confusión, finalmente seniles, envejecidas por el conformismo de la inacción y coherentes con los sectores « más hábiles » de la derecha reformista.

G. Mieres

1. Cuadernos para el diálogo, número 52, Madrid, 1968.
2. Hoy proliferan los manifiestos. Recordemos el de Palamós, del que nos ocuparemos en otro lugar.
3. Llamadas « evolucionistas » de Santiago Carrillo en Nuevos enfoques a problemas de hoy, y en trabajos posteriores bajo el patrocinio del Partido Comunista español.

El laberinto de la burocracia vaticana y la «deserción» del clero

El crecimiento de la administración posconciliar supera y reemplaza el viejo mecanismo. Al final del Concilio, se han añadido a las doce venerables congregaciones numerosos órganos que se relacionan y doblan en número las comisiones, los consejos, los organismos consultivos, los comités, la asamblea y los sínodos. El laberinto burocrático se vuelve incontrolable. Bien. Quizás ésto ayudará a ver que los principios de la organización comercial no son aplicables al Cuerpo de Cristo. Es aún más sorprendente ver a su Vicario como un director de una sociedad anónima que como un rey bizantino. La tecnocracia clerical está más lejos del Evangelio que la aristocracia sacerdotal. Y acaso veremos que el testimonio cristiano es más astutamente falso en la eficacia que no en el poder.

En un momento en el que también el Pentágono intenta reducir su mano de obra, adjudicando algunos contratos en el mercado libre de la industria y la investigación, el Vaticano se encamina hacia una siempre mayor diversificación y proliferación institucional. La organización central de este gigante administrativo pasa, de las manos de las venerables congregaciones dirigidas por curas italianos de carrera a miembros especialistas del clero, reclutados en todo el mundo. La Curia Pontificia medieval se vuelve en dirección a la planificación y administración de una sociedad por acciones.

Uno de los aspectos paradójicos de la estructura actual es que el cura de la máquina organizativa es también un miembro de la aristocracia del único poder feudal que subsiste en el mundo occidental, un poder cuya soberanía se reconoció en el Tratado de Letrán. Además, este mismo poder se sirve, cada vez más, de una estructura diplomática (desarrollada

originariamente para representar los intereses de la Iglesia ante otros Estados soberanos) para ofrecer servicios a los entes internacionales que surjan: FAO, UNICEF, UNESCO, y la misma ONU. Este desarrollo requiere siempre más adeptos para una más vasta gama de funciones, que además necesitan una preparación aún más especializada para la selección de personal. La jerarquía, habituada al control absoluto sobre sus dependientes, intenta cubrir estas funciones con el clero. Pero el gran impulso a un reclutamiento intensivo se encuentra con una fuerte tendencia contraria. Cada año el número de dependientes especializados que dejan sus puestos es casi igual al número reclutado. Por esto asistimos de súbito a la acentuación aberrante de los laicos dóciles para cubrir esta laguna.

Algunos explican las «deserciones» clericales como la eliminación del elemento indeseable. Otros culpan a la abundancia mística del mundo contemporáneo. La institución intenta instintivamente explicar esta pérdida y la crisis concomitante en las vocaciones, en términos favorables a sí misma. Además, es necesaria una fuerte justificación para la iniciativa entusiasta y emocionante a favor de las nuevas vocaciones. Pocos quieren admitir que el colapso de una desproporcionada estructura clerical es un claro signo de su poca importancia. Y muy pocos ven que la talla y la fidelidad evangélica del mismo papa crecerán en la medida en que disminuya su poder de influenciar cuestiones sociales en el mundo y su control administrativo en la Iglesia.

(De « El clero : una « especie » que desaparece », Ivan Illich, Questitalia, 116-117, Venezia, 1967.)

El antimperialismo del clero sudamericano

Unos cincuenta sacerdotes y católicos de Argentina, Chile, Colombia y Uruguay se han reunido en Montevideo para preparar el «Encuentro Camilo Torres», convocado en Bogotá para marzo de 1969. Camilo Torres, sacerdote católico caído en febrero de 1966 en Colombia en las filas de las guerrillas, se convierte así, y siempre más, en un punto de referencia moral e ideal para muchos estratos católicos de América latina, los cuales no creen en el reformismo e intentan ponerse sobre el camino nuevo de la lucha contra el imperialismo y contra la tragedia de un subdesarrollo que se agrava en proporciones geométricas, haciendo real la hipótesis de diez millones de desocupados en los próximos diez años. Pero ¿podrá durar durante tanto tiempo, sin explosión violenta, el actual estado de degradación de América latina?

Los sacerdotes y católicos reunidos en Montevideo lo niegan firmemente. Tomando posición contra el «genocidio» de la agresión americana en Vietnam, han afirmado, en un documento, que «los cristianos deben asumir su responsabilidad frente a esta guerra, porque América latina será el Vietnam de 1970» [...] Algunos sacerdotes han afirmado que «el marxismo da el análisis más científico de la realidad imperialista, y los estímulos más eficaces para la acción revolucionaria de las masas» [...] Los sacerdotes reunidos en Montevideo han escrito a Pablo VI para que no realice el previsto viaje a Colombia en este año, para no avalar de ningún modo, aún indirectamente, el «carácter dictatorial y represivo» de estos gobiernos.

(De *Rinascita*, 11, Roma, 1968.)

Agresión imperialista y pueblo norteamericano

Vencer al imperialismo no quiere decir vencer a la nación o al pueblo norteamericano. Los sectores que controlan el capital monopolista controlan una infima minoría en el interior de los Estados Unidos. El pueblo de los Estados Unidos, en su inmensa mayoría, está compuesto por millones de obreros que trabajan en la industria, por campesinos que cultivan la tierra, por intelectuales y por estudiantes. Entre estos millones, se encuentra el sector considerable de la población negra que lucha ardentemente por sus derechos. Muy pocas veces se tiene en cuenta que el pueblo de los Estados Unidos es una de las grandes víctimas del imperialismo yanqui. Es el

pueblo quien en gran medida paga con el sudor de su trabajo y la sangre de sus hijos las injustas guerras de represión de los imperialistas. El Pentágono ha declarado recientemente —acaso intentando responder a la palabra de orden revolucionario del comandante Ernesto Guevara— que los Estados Unidos estaban en disposición de librar simultáneamente varias guerras semejantes a la de Vietnam. Esto es lo que piensa el Pentágono, pero no lo que piensan las madres norteamericanas, ni lo que piensa la población negra de los Estados Unidos privada de sus derechos más elementales, ni lo que lógicamente pueden pensar los obreros que viven de su trabajo o la inmensa mayoría de los estudiantes o jóvenes norteamericanos.

(De «Ante la nueva amenaza de agresión imperialista», Declaración del Comité central del Partido Comunista cubano, La Habana, 1967.)

Autogestión y organización

La autogestión no significa un estado de cosas tal en el que no se respete la organización del trabajo, el régimen y procedimientos laboral confirmados, la responsabilidad profesional, los deberes y derechos que allí emanan y que corresponden a determinada clase de producción, y por tanto a cada puesto de trabajo. La autogestión tiene una posición y exigencia directamente opuestas a esto. La práctica autogestora ha demostrado que los obreros exigen que se sepa exactamente lo que hace cada individuo, en qué forma lo realizará y respecto a qué asuntos asume responsabilidad, ya que ellos comparten el destino de su empresa. La autogestión no pretende en una forma anarcoprimitiva y desintegradora abolir la división del trabajo, y mucho menos enseñar a los obreros decenas y cientos de oficios y especialidades que existen en cada fábrica. La penetración democrática de la autogestión no se produce si se viola el comportamiento profesional del hombre durante el trabajo, sino si se cambia su posición social y económica respecto al trabajo —si se cambia la relación productiva. Estas son dos cosas diametralmente opuestas.

La resistencia contra la organización burocrática de la producción social, la superación de la burocracia no son posibles mediante la negación de las normas del comportamiento técnico-profesional; por el contrario, las consecuencias de tal comportamiento aseguran directamente la condición básica para la existencia de la burocracia en la organización social

del trabajo, desde luego, comprometen a la autogestión obrera.

(De « La autogestión obrera en las fábricas », D. Bilandzic, **Cuestiones actuales del socialismo**, Belgrado, 1967.)

Imperialismo y regímenes antipopulares

¿Después de Francia los Estados Unidos? (Hacia una nueva dependencia de Marruecos): Cuando un régimen pierde el sostén popular en su país, se encuentra acorralado y, para imponer su dominio, ha de recurrir a otros medios: en primer lugar, el despliegue de un aparato policial y militar para mantener « su orden »; también, recurrir al extranjero para obtener la ayuda que le es necesaria en el plano militar, económico y financiero.

Si la prioridad acordada al aparato de represión —con lo que esto supone de punción en los gastos públicos— traduce la despreocupación e incapacidad del régimen para elevar el nivel del pueblo; el sostenimiento extranjero solicitado no es sin embargo más benévolo, pues supone la renuncia a las reivindicaciones nacionales y se traduce por la manumisión y la dominación extranjera sobre la economía del país. Es lo propio del neocolonialismo que no es otra cosa que un protectorado de género nuevo, disfrazado tras una independencia de fachada. Tal es la situación en que se encuentra Marruecos desde 1960, fecha en la que el régimen decidió cambiar de rumbo volviendo definitivamente la espalda a la política de liberación nacional que antes sostuvo, substituyéndola por una política de represión, como único medio de gobierno [...] Marruecos conoce actualmente una grave situación y es deber de todo militante progresista y de cada patriota marroquí seguir de cerca la evolución de esta nueva orientación de régimen feudal. Debemos considerarnos como movilizadas para afrontar todas las eventualidades de esta situación. El futuro próximo tendrá que edificarse sobre las intenciones del régimen antipopular, soporte del imperialismo. No cabe duda que la leyenda sobre ciertos « progresistas » sindicales se pondrá al descubierto. Cualquiera que sea, la ayuda americana no podrá de ninguna manera

consolidar un régimen fundado esencialmente sobre la corrupción, la espoliación y el aplastamiento de las aspiraciones nacionales, entregándose a este paternalismo que implica el mantenimiento de la población en un estado de apatía que cree tranquilizador,

(De « Editorial », **Bulletin d'information du Maroc**, UNFP, julio de 1966.)

La OLAS y la lucha antimperialista

En los tres continentes, los pueblos en lucha hacen pagar al imperialismo su parte de sangre. El movimiento de liberación nacional estructura día a día la indispensable solidaridad en la que deben participar activamente los países ya liberados. El desprecio y el odio hacia el imperialismo crecen en diferentes sectores de la humanidad. En el interior mismo de la sociedad norteamericana, las contradicciones se agravan: la oposición a la guerra del Vietnam aumenta cada día y la lucha del pueblo negro, estrechamente ligada a la de todo el movimiento de liberación, adquiere proporciones cada vez más grandes y se dirige actualmente hacia su verdadero objetivo, la destrucción del sistema imperialista.

La conferencia de la OLAS, ineluctablemente ligada a la lucha mundial, ha tenido una significación particular para los pueblos de América Latina y demuestra a los imperialistas que el movimiento de liberación reagrupa actualmente sus fuerzas y que los pueblos están decididos a disputarle su pretendida hegemonía.

Mientras se « preserva la paz » en el mundo, la miseria y el hambre continúan dejando su saldo de muertos; cada hora que pasa, el genocidio en el Vietnam añade nuevas víctimas al martirologio de los pueblos; las tropas federales, coloniales, imperiales o « nacionales » asesinan cada día a numerosos asiáticos, a nuevos africanos y a nuevos latinoamericanos en los tres continentes. Es un asesinato a la vez físico, cultural y económico contra sus formas naturales de vida.

(De « Editorial », **Tricontinental**, número 1, París, 1968.)

España contemporánea

HUGH THOMAS

La guerra civil española

Nueva edición corregida y aumentada

800 páginas 30 mapas 48 F

GERALD BRENAN

El laberinto español.

Antecedentes políticos y sociales de la guerra civil

330 páginas 9 mapas en colores 24 F

MIJAIL KOLTSOV

Diario de la guerra de España

500 páginas 141 documentos fotográficos 33 F

STANLEY G. PAYNE

Falange. Historia del fascismo español

276 páginas 24 F

IGNACIO FERNANDEZ DE CASTRO

De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo

412 páginas 36 F

JUAN MARTINEZ ALIER

La estabilidad del latifundismo

440 páginas 7 mapas 17 documentos fotográficos 42 F

STANLEY G. PAYNE

Los militares y la política en la España moderna

498 páginas 36 F

DANIEL ARTIGUES

El Opus Dei. 1

184 páginas 21 F

ROBERT G. COLODNY

El asedio de Madrid

en prensa

5 rue Aubriot Paris 4

«La cuestión agraria» de Karl Kautski

Intencionadamente queremos iniciar este comentario de la obra de Kautski con algunas opiniones de Lenin sobre **La cuestión agraria**¹ y sobre su autor, contenidas en su obra **La revolución proletaria y el renegado Kautski**²:

«Kautski [...] en tiempos muy remotos, hace casi veinte años, escribió una obra marxista admirable sobre el problema agrario...» (p. 540).

Este juicio de Lenin tiene una significación especialmente elogiosa si se tiene en cuenta que eso lo cite Lenin precisamente en la obra que dedica a demostrar la traición de Kautski a las ideas del socialismo marxista, la obra en que Lenin llama una y mil veces a Kautski «renegado» y «marxista de palabra pero lacayo de la burguesía de hecho», «canalla», «sico-fante al servicio de la burguesía», «filisteo», etc.

En otros lugares del libro dice Lenin: «Todo lo que el marxista Kautski escribía en 1899 en el **Problema agrario** [...] lo olvida el renegado Kautski en 1918» (p. 542). «Muchos de sus trabajos nos dicen que Kautski **sabía** ser historiador marxista y **esos** trabajos quedarán como patrimonio perdurable del proletariado, a pesar de haberles seguido la apostasía de su autor.» (p. 487).

La intención que nos mueve a traer aquí en lugar destacado estas opiniones de Lenin es la siguiente: nos parece que el testimonio de Lenin sobre la obra es el más autorizado que pudiésemos encontrar. En definitiva, se trata aquí de demostrar la calidad y la importancia de **La cuestión agraria** y es en este sentido que este testimonio es importante. En efecto, la figura de Kautski ha llegado hasta nosotros

—creemos— inseparablemente unida a la polémica con Lenin (o mejor dicho a la inversa, a la polémica de Lenin con Kautski). Kautski, de ser durante mucho tiempo el teórico más importante del partido socialdemócrata alemán, e incluso —en una época en que este partido era la vanguardia del movimiento socialista— una de las figuras más importantes de la ortodoxia marxista a escala mundial, pasó luego a convertirse en el principal enemigo, dentro del movimiento socialista, del poder soviético y del partido bolchevique.

¿Cómo es posible que fuese el autor que escribiera **La cuestión agraria** —reconocido como extraordinariamente valioso por Lenin— el mismo que escribiera más tarde la **Dictadura del proletariado** —según Lenin, «un ejemplo evidentesísimo de la más completa y vergonzosa bancarrota de la II Internacional, de esa bancarrota de que hace tiempo hablan todos los socialistas honrados de todas las naciones»—? Lenin dedica su libro precisamente a dar respuesta a esta pregunta, y demuestra que Kautski no llegó a comprender nunca (quizá apenas si llegó a plantárselo) el problema de cómo debería ser utilizado el aparato del Estado por la revolución victoriosa. Las obras importantes de Kautski estuvieron destinadas a clarificar cuestiones que afectaban a la situación del partido alemán hacia 1900, el cual por una parte pretendía hacer grandes avances por la vía electoralista, pero por otra parte no creía en la perspectiva real de la toma efectiva del poder por parte del proleta-

1. **La cuestión agraria**, Ediciones Ruedo Ibérico, París, de próxima publicación.

2. **Contra el revisionismo**, Moscú.

riado. Cuando poco más tarde se presentó con toda claridad esta perspectiva, entonces fue cuando tuvo lugar el tremendo viraje de Kautski respecto a ciertas cuestiones fundamentales del marxismo. Desde el momento en que Kautski comienza a criticar al partido bolchevique, y más tarde a la dictadura del proletariado soviética, esgrimiendo argumentos del tipo de « democracia pura » (Lenin repetía cien veces : « un marxista nunca se olvida de preguntar : democracia, ¿ para qué clase ? »), Kautski hace de Marx un « adocenado liberal » y se convierte, por lo tanto, él mismo en un leguleyo liberal. La historia ha confirmado plenamente las apreciaciones de Lenin, y ella misma ha dado respuesta a las críticas y vacilaciones de Kautski.

Necesariamente, pues, el significado histórico de una personalidad como Kautski hay que buscarlo en relación no sólo con sus aportaciones teóricas al marxismo sino también en relación con sus actitudes respecto a cuestiones tan trascendentales como lo fue la primera revolución socialista triunfante. Estas actitudes constituyen, en definitiva, la prueba irrefutable de la fidelidad hacia los principios teóricos.

Por esta razón el nombre de Kautski ha ido cayendo paulatinamente en el olvido, hasta desaparecer casi por completo de la lista de autores marxistas que se leen hoy en día ; y en particular, por lo que se refiere a los lectores españoles. En la actualidad uno no puede menos de asociar automáticamente el nombre de Kautski al de el « renegado » o el « revisionista » por excelencia. El nombre de Kautski ha quedado poco menos que « condenado » para siempre, por lo que se refiere al marxismo revolucionario. Por esta misma razón se corre el riesgo de que **La cuestión agraria** de Kautski pase fácilmente desapercibida, lo que sería doblemente injusto dado el extraordinario interés, incluso vigencia

actual, del libro, y dado que, efectivamente, esta obra pertenece al patrimonio perdurable del marxismo.

A nuestro entender fueron tres las razones que determinaron a Kautski a escribir **La cuestión agraria**, a saber :

1. Las « necesidades electorales », y, relacionado con ello, la polémica que durante muchos años agitó al partido socialdemócrata alemán en torno al problema de cómo llevar la propaganda marxista a los campesinos y cómo lograr los votos campesinos en las elecciones. En este sentido había opiniones muy diversas en el seno del partido, desde los socialistas del sur de Alemania que pretendían ganarse a la gran cantidad de pequeños propietarios de aquella región, hasta los socialistas prusianos que, bajo condiciones de latifundio casi exclusivo, preconizaban lógicamente la política de dirigirse únicamente a los asalariados del campo, a los « proletarios del campo », prescindiendo de los pequeños propietarios a quienes consideraban casi más reaccionarios, si cabe, que los propios terratenientes. La primera tendencia, a pesar de los continuos rechazos del partido, no desapareció en absoluto. Por el contrario, surgieron dirigentes « sudistas » que se hicieron famosos y que incluso llegaron a negar la tendencia secular en la agricultura a la socialización de la producción y la desaparición paulatina del cultivo en pequeña escala en favor de la explotación en gran escala. Muchos de estos dirigentes se escindieron más tarde del partido.

2. El propósito de difundir los acuerdos tomados en el Congreso de Erfurt de 1891, que suponían el abandono radical del Programa de Gotha (1875). Este último había sido adoptado por el partido socialdemócrata con miras a obtener la unificación con los partidarios de Lasalle. Desde antes incluso de haberse aprobado dicho

programa, Marx se mostró en absoluto desacuerdo con él y le hizo una crítica feroz (**Crítica del Programa de Gotha**) que no fue publicada por el partido en aras de la « unidad » y que sólo pudo publicarse en 1891 por exigencia de Engels, visperas del Congreso de Erfurt, en la revista que Kautski dirigía (**Neue Zeit**) y aún entonces contra el deseo de la dirección oportunista del partido. Las críticas de Marx fueron plenamente aceptadas entonces y a partir de ese momento conformaron toda la actividad del partido.

Kautski, que ya entonces era uno de los teóricos más importantes del partido, se trazó la tarea de difundir aquella obra de Marx y de adaptarla a las condiciones específicas del momento. Leyendo la segunda parte de **La cuestión agraria** puede observarse en seguida que, en lo fundamental, está basada sobre dicha obra de Marx, e incluso a veces no es más que una mera repetición exacta de las ideas del propio Marx. Quizá sea ésta una de las razones del valor « clásico » indiscutible de la obra de Kautski.

3. Por último, Kautski se proponía estudiar el problema agrario en sí mismo. Como acabamos de ver, no había unanimidad dentro del partido respecto a dichos problemas. Pero además ocurría que los marxistas se habían retrasado considerablemente respecto al estudio de la agricultura. Habiendo cifrado inicialmente todas sus esperanzas en el movimiento obrero industrial, no se habían ocupado de la agricultura más que cuando ello era necesario para extender su acción política, con ocasión de las campañas electorales. La evolución de la agricultura desde el punto de vista de las perspectivas del marxismo, no había sido analizada científicamente más allá de las conclusiones a que habían llegado Marx y Engels. Frente a este retraso de los marxistas,

había sin embargo ya en Alemania una enorme cantidad de estudios fragmentarios en torno a la cuestión agraria, informes y análisis de políticos e historiadores burgueses en su mayor parte. Había también una gran actividad a nivel de congresos científicos. Todo ello puede verse en **La cuestión agraria** a tenor de las numerosas referencias bibliográficas que Kautski utiliza y que constituyen uno de los atractivos del libro.

A falta de una puesta al día científica y unánimemente aceptada por todos los marxistas, los políticos burgueses habían hecho circular entre los medios campesinos —aprovechándose de las particulares condiciones sociales del campesinado— una presentación mixtificada del marxismo, especialmente de lo referente a las nacionalizaciones, la reforma agraria, la expropiación, la propiedad cooperativa, etc. Si aún hoy los políticos reaccionarios utilizan con éxito contra los marxistas el fantasma de la expropiación forzosa, etc., cabe imaginarse cuál no sería entonces la preocupación de los dirigentes marxistas por disipar estas confusiones.

El libro se compone de dos partes, bien diferenciadas porque aparecieron con dos años de diferencia la una de la otra y también por su contenido.

La primera parte, titulada « Evolución de la agricultura en la sociedad capitalista », se publicó en alemán en 1899 y fue traducida en castellano en 1903 (traducción de Ciro Bayo, Madrid) con la mención de « escrupulosamente revisada y corregida por D. Miguel de Unamuno ». En la presente edición se utiliza la traducción de 1903 con algunas modificaciones. Resulta curioso el estilo de aquella traducción española así como la terminología marxista empleada, ligeramente distinta de la que se emplea hoy en día.

La segunda parte, titulada « Política agraria de la socialdemocracia », no llegó a ser

traducida. Esta es, por consiguiente, la primera versión española.

A continuación vamos a comentar por separado ambas partes del libro.

Primera parte

Una frase tomada de la Introducción nos servirá para conocer el propósito del libro :

« Si se quiere estudiar la cuestión agraria según el método de Marx no hay que contentarse a la cuestión de saber si la pequeña explotación tiene algún porvenir en la agricultura, sino que por el contrario hay que examinar las transformaciones de la agricultura en el régimen de la producción capitalista. Es decir, averiguar : **Cómo el capital se apodera de la agricultura, la revoluciona y quebranta las viejas formas de producción y de propiedad, haciendo necesarias otras nuevas** ».

« Respondiendo a estos enunciados, veremos si la teoría de Marx es o no aplicable a la agricultura [...] Y con esto manifestamos claramente el plan de esta obra ».

A pesar de que la obra es lo que podríamos llamar un tratado completo, desde el punto de vista marxista, del papel de la agricultura en el desarrollo social, es interesante señalar cómo Kautski no pierde de vista en ningún momento su propósito primitivo de referir todo su trabajo a estas dos cuestiones fundamentales implícitas en la frase anterior :

A. Hay que analizar la significación de la pequeña explotación, el proceso de su evolución con relación a la gran explotación, a través de los datos estadísticos disponibles, pero sin olvidar nunca las condiciones históricas concretas que constituyen el marco del análisis, a saber, el modo de producción capitalista y las leyes inherentes al mismo.

B. Otra condición necesaria para que el estudio de la evolución de la pequeña

explotación agrícola nos lleve a resultados significativos, comprensibles en el sentido de determinar las tendencias fundamentales de la evolución, consiste en tener siempre presente que « la industria es el verdadero resorte de la evolución en la sociedad actual », y que por tanto un estudio de la agricultura que deje de lado la situación del desarrollo industrial en el momento de que se trate, carece por completo de todo valor.

Ambas cuestiones están íntimamente ligadas ; la primera es de carácter genérico, la segunda es el elemento fundamental específico del estudio de Kautski.

Kautski toma como punto de partida la formulación general marxista de que la pequeña explotación agrícola está históricamente condenada a desaparecer en beneficio de la gran explotación o sea del modo « socializado » de producción. En todo caso, distinguiendo siempre claramente entre **pequeña propiedad** (que alude a un tipo de **relación** de producción) y **pequeña explotación** (que alude a un tipo de **modo** de producción).

En la actualidad, aún con las reservas con que se admite cualquier tipo de simplificación, se tienen pruebas históricas suficientes como para considerarla una ley general verdadera del desarrollo histórico, que no se contradice por el hecho de que puedan encontrarse excepciones, incluso importantes, referidas a determinados momentos y lugares, dado que esas excepciones pueden ser explicadas en función de otros elementos del desarrollo social.

Sin embargo, en 1899 la cuestión no estaba planteada de la misma manera. En primer lugar, había que **demostrar** científicamente esta tendencia de la evolución histórica. En segundo lugar, había que destruir las exageradas simplificaciones que habían surgido en el seno mismo del pensamiento socialista, y que habían surgido precisamente como consecuencia de intentar

explicar algo de lo que se estaba « convencido » pero de lo cual no se podían ofrecer explicaciones científicas convincentes que oponer a las mistificaciones de la ciencia burguesa. Por lo demás, estas simplificaciones eran gustosamente « recogidas » por los ideólogos burgueses, como sucede igualmente hoy día.

¿ Qué queremos decir al hablar de demostraciones ? Evidentemente Marx y Engels no se habían limitado a hacer enunciaciones generales. Simplemente sucedía que los ideólogos y economistas burgueses se habían lanzado, incluso aún en vida de Marx y Engels, a la tarea de encontrar la refutación de esta ley general a la luz de los datos estadísticos de que podía disponerse y ciñéndose, naturalmente, a las « cifras escuetas ». Para ellos, que no ponían en cuestión el sistema capitalista, que no tenían en cuenta las leyes generales del desarrollo capitalista (únicas que podían —y han podido— arrojar algo de luz sobre el significado de las cifras), si a corto plazo no se comprobaba la « desaparición » de la pequeña **propiedad**, no había ninguna razón para esperar otra cosa a largo plazo.

Pero además, no se trataba solamente de los científicos burgueses : dentro del propio partido alemán surgieron numerosas posiciones revisionistas relativas a esta cuestión (incluido Bernstein dentro de una de ellas) como consecuencia de una falta de « comprobación estadística definitiva », e incluso como consecuencia de las « refutaciones » de los economistas burgueses. Por el otro lado de los socialistas que seguían la ortodoxia marxista, se tenía una visión mecánica de las leyes de la evolución del desarrollo agrícola.

El propio Kautski resume (en el capítulo « Los resortes de la evolución ») la situación de la manera siguiente :

« La economía burguesa, en sus investigaciones sobre la marcha de la evolución

agrícola, se ocupa especialmente de las relaciones entre las grandes y pequeñas explotaciones desde el punto de vista de su superficie. Y como esa relación de superficie apenas se modifica, atribuye a la agricultura, en oposición a la industria, un carácter conservador.

La concepción socialista popular ve, por el contrario, el elemento revolucionario de la agricultura en la usura, en el endeudamiento que desposee al campesino de su propiedad y lo arroja de su casa. Creemos haber demostrado cuán inexacta es la primera concepción ; pero no podemos asentir a la segunda sin reservas ». « [...] la respuesta : la **industria** constituye el resorte no sólo de su propia evolución, si que también de la propia evolución agrícola ».

Respecto a las afirmaciones de la ciencia burguesa, Kautski, después de un exhaustivo estudio de las estadísticas disponibles, llega a la conclusión importante de que : « Por poco que debemos contar en agricultura con una rápida absorción de las pequeñas propiedades por las grandes, menos razones hay para esperar lo contrario. La estadística no nos muestra más que modificaciones ínfimas respecto a las diversas categorías de extensiones ; modificaciones que se explica en su mayor parte por los cambios en los sistemas de explotación y no por retroceso económico ».

Quiere decir Kautski que no puede apenas constatarse —por el momento— una desaparición significativa de la pequeña **propiedad**. Pero lo que si puede constatarse, y es lo que importa, es una transformación de la gran propiedad en gran **explotación** industrializada, lo cual **acelera** las ventajas de la gran propiedad e incrementa la degeneración absoluta y relativa de la pequeña. Incluso puede también constatarse con frecuencia una « proliferación » de la pequeña **propiedad**, lo cual no contradice sino que, al contrario (dentro

del marco del análisis de Kautski) confirma la ley general, desde el momento en que la posesión de un pequeño huerto puede ser para el campesino un « seguro de vida » frente a la degradación creciente del nivel de vida del campo.

Respecto a los que creen que la usura es el « elemento revolucionario », Kautski responde que : Primero, el endeudamiento ha existido en todas las épocas y por tanto no sirve para caracterizar a la agricultura bajo el régimen capitalista. Segundo, cuando la renta de la tierra baja, como es el caso frecuente en la época que Kautski estudia, los usureros no tienen el menor interés en expropiar, prefiriendo el cobro de sus intereses, hasta el punto de llegar a ayudar al campesino arruinado con tal sacarle del apuro para así asegurarse los intereses y la devolución del préstamo.

La explicación no puede, pues, residir en la usura, sino en la revolución industrial, respecto a lo cual dice Kautski : « Punto inicial de esta revolución [económica en la agricultura] ha sido la disolución que la industria esencialmente urbana y el comercio determinaron en la pequeña industria de los campesinos ». Esta disolución se produce en virtud de dos fenómenos : por un lado la creación de nuevos instrumentos de cultivo (que el campesino se ve obligado utilizar si quiere producir en condiciones competitivas); por otro lado, la creación en las ciudades de nuevas necesidades materiales incompatibles con el antiguo modo de producción agrícola.

Estos dos elementos provocan la ruina de la vieja industria artesanal agrícola y por tanto la necesidad de **dinero** para comprar en la ciudad los instrumentos que antes fabricaba la propia aldea. Y desde el momento mismo en que el campesino necesita dinero se coloca bajo la dependencia absoluta de la producción para el mercado, de la producción mercantil. Y es

a partir de entonces cuando se desencadena el círculo vicioso que conduce al campesino al endeudamiento, a la usura : las buenas cosechas derrumban los precios ; las malas cosechas no cubren siquiera las necesidades de la familia campesina.

Por tanto, es la industria el motor de la evolución. Por un lado rompe el ancestral equilibrio industria aldeana-economía campesina por medio de la revolución técnica. Por el otro obliga a la agricultura a producir para el mercado, dando origen, por tanto, a la aparición de la explotación agrícola capitalista con la que el pequeño campesino no puede competir. Y concluye Kautski, cerrando el círculo : « Así es como se vuelve al punto de partida, a la **supresión de la separación de la industria y de la agricultura**, el sistema moderno de producción bajo la forma del trabajo asalariado del campesino y bajo la de la industria agrícola del gran agricultor ».

Este proceso de disolución de las viejas formas de producción lo analiza Kautski con mucho detalle, remontándose hasta la agricultura medieval. En el capítulo « El cultivo por amelgas trienales », dice : « El equilibrio económico fue turbado por [...] en la proporción en que los productos agrícolas se convertían en mercancías y recibían valor comercial, la tierra convirtiéndose también en mercancía de valor ».

Analiza igualmente Kautski el efecto que todos estos cambios en la forma de producción tuvieron sobre las diversas instituciones sociales. Así, explica como se produce la disolución de la « vieja familia campesina » : el aumento de las necesidades materiales, por un lado, sin la posibilidad de aumentar la tierra disponible obliga a disminuir el tamaño del hogar (la emigración, la colocación de los hijos como mozos de granja, el enrolamiento en los ejércitos, etc.); por otro lado, ello mismo daba lugar a la despoblación rela-

tiva del campo y por consiguiente a la acumulación estacional de trabajo en unos casos, dando lugar, en otros, a la aparición de una oferta excesiva de mano de obra fuera de las épocas de recolección. Ambos factores se conjugarán para dar lugar a la aparición del asalariado, que en los primeros tiempos era agricultor y al mismo tiempo jornalero al servicio de los grandes terratenientes. Y este fenómeno, concluye Kautski, reduce la posición dentro de la familia (en relación con el padre) a la del obrero asalariado: «El antagonismo de clase entre explotador y explotado [...] penetra en la aldea y en la vivienda del labrador y destruye la antigua armonía y comunidad de intereses».

Basta echar una ojeada al índice para darse cuenta de la enorme amplitud del libro, respetando en todo caso, como hemos dicho la fidelidad al propósito inicial.

Es interesante, sin embargo, hacer notar que Kautski no combate un tipo de simplificaciones para caer en otro. El mismo es consciente de que «el curso de la evolución de la industria moderna, compleja por lo demás, es, sin embargo, más sencilla que en la agricultura. Las más diversas tendencias obran [en la agricultura] en direcciones divergentes y unas con otras, y en este caos es muy difícil apreciar las tendencias dominantes».

Segunda parte

«Aquel que quiera acudir eficazmente en ayuda de la población agrícola necesita mucha claridad y una gran fuerza de persuasión. Esto por sí solo bastaría para obligar a la socialdemocracia a definirse claramente respecto a las cuestiones agrarias. Por el contrario, quedarse indiferente ante ello significaría abandonar a las masas proletarias del campo en manos de los farsantes de la charlatanería agraria.» [...] «Se intentaba por todas partes la

elaboración de programas agrarios socialdemócratas antes de ponerse de acuerdo sobre los principios de una política agraria socialdemócrata. Pero en tanto no se esté de acuerdo sobre los principios, la búsqueda del programa no será nunca más que una vacilación, de donde nada seguro, nada durable podrá salir, por mucha sagacidad de que se haga gala.»

Estas dos frases sacadas del comienzo de esta parte, explican también con bastante precisión el propósito del autor. Se trata, desde luego, de concretar los puntos esenciales que deberían estar contenidos en un programa agrario socialdemócrata, para lo cual era necesario, ante todo, exponer cuales eran las líneas maestras sobre las cuales debería apoyarse dicho programa. Kautski se dedica pues a estudiar dichos principios con toda extensión y profundidad, pero sin embargo no pretende dar aquí el programa mismo, ni siquiera para uso de su propio partido, ni siquiera la aplicación de dichos principios a la situación de Alemania. Como él mismo indica en la parte final del libro, cuando resume todo su análisis (en cierto modo bajo la apariencia de un programa), y siempre que habla de la situación concreta de Alemania, su intención es principalmente la de poner ejemplos concretos de lo que dice, sin olvidar utilizar también como ejemplos las situaciones de otros países. Esta característica es precisamente la que da al libro, incluso en esta segunda parte, un valor sin limitaciones de carácter histórico ni geográfico. En otro caso, su valor hubiese estado circunscrito a las condiciones políticas y económicas de Alemania en aquel periodo.

Aunque esta parte está fundamentada en la primera, de hecho es un libro diferente, que puede ser leído casi con independencia del primero. Por otra parte, su valor de originalidad es muy superior, en nuestra opinión, al de la primera parte, porque,

en todo caso, no era Kautski el único teórico marxista que se preocupó por los problemas agrarios. Sin embargo su exposición de los principios políticos en los que debe apoyarse cualquier programa socialdemócrata agrario, parece ser el primer intento serio y conseguido sobre la materia. La prueba de ello es que todos los marxistas rusos posteriores a Kautski, incluido Lenin, cuando tratan de esta cuestión, se remontan hasta Kautski y apenas citan a otros autores. Esa es al menos la conclusión que hemos sacado de la lectura de las obras de Lenin contenidas en el volumen **La alianza entre la clase obrera y el campesinado**.

Sin embargo, a pesar del carácter general del libro, no puede negarse que fue escrito en una oportunidad muy concreta. Esta oportunidad, de la que ya hemos hablado, fue la larga polémica dentro del partido sobre el papel del campesinado cara al movimiento obrero.

De una manera general, la posición de Kautski respecto al papel que habrían de jugar los campesinos era altamente optimista, en contra de los que afirmaban, evocando los acontecimientos de 1848, que el campesinado era un peligro permanente para la clase obrera.

« Este antagonismo —dice Kautski— entre los que venden sus mercancías y los que venden su trabajo ¿no terminará forzosamente de forma fatal para estos últimos? ¿No es de temer que, en estas circunstancias, se repita el drama de 1848, se vea a los campesinos e hijos de campesinos volverse contra los proletarios y aplastarlos bajo sus « botas herradas »? »

« Examinemos un poco más de cerca este espantajo de las botas herradas; quizá pierda él, como todos los espectros, parte de su horror, quizá se desvanezca desde que se le toque con la mano ».

Expone Kautski con abundancia de cifras la evolución que, desde 1848, ha sufrido

la situación del campo y las cifras de población activa dedicada a la agricultura, y demuestra como la población campesina ha decrecido extraordinariamente tanto en términos absolutos como relativos, no solamente en Alemania sino también en la totalidad de los países industrializados.

Sin embargo, Kautski no pierde de vista la importancia de ciertos factores negativos relativos al campesinado hasta el punto de que, además de exponer durante todo el libro las medidas políticas encaminadas a ganarse al campesinado, no olvida tampoco emplear el término « neutralizar al campesinado » (a ello dedica un capítulo entero, con este mismo título). Kautski comienza su análisis, intentando establecer una clara distinción entre el campesino y el proletario. En primer lugar, estaba planteada la confusa cuestión de la pobreza del campesino, confusa en el sentido de que numerosos marxistas sostenían que la miseria hacía del campesino un revolucionario en sí mismo, a poco que la socialdemocracia supiese llegar hasta él con su propaganda, Kautski, como anteriormente hacía al tratarse de la usura, rechaza esta concepción: « Es innegable —dice— que las condiciones de vida del campesino son tan adversas como las del proletario y, a menudo, incluso más miserables todavía. Pero esto no quiere decir que sus intereses de clase hayan llegado a ser los mismos que los del proletariado. »

« La marca distintiva del proletariado moderno no es de ninguna manera su miseria. No han existido pobres en todos los tiempos, pero si los hay desde hace miles de años; sin embargo, el movimiento socialdemócrata del proletariado es un producto especial del último siglo [...] » « Su pobreza [la del proletariado] es por otra parte menos profunda. El lumpenproletario carece de todo, sufre sobre todo de la falta de medios de disfrute. Para el

lumpenproletario no supone un particular sufrimiento la no disposición de medios de producción: el dominio de la producción le está cerrado, y a menudo no tiene el menor deseo de ser admitido en él. Pero si él no quiere trabajar, quiere, en cambio, vivir, y esto no es posible más que si los poseedores reparten con él sus medios de consumo. Así, aun cuando el lumpenproletario se eleve hasta ciertas aspiraciones sociales, su ideal será un comunismo de consumo más bien que de producción, un comunismo de **reparto** y no un comunismo **societario**, y este es un objetivo que, de hecho, conduce al pillaje allí donde la situación social permite actos de violencia y a la mendicidad allí donde las violencias son imposibles. Por el contrario, la pobreza que caracteriza al proletario asalariado moderno es la falta de **medios de producción**. Ello puede comportar a veces la falta de bienes de consumo pero no lo implica necesariamente. El asalariado moderno es un proletario en tanto que no está en posesión de medios de producción, por muy satisfactoria que pueda ser su situación de **consumidor** [...] » Hemos reproducido este extenso párrafo porque resume magistralmente el punto de vista marxista sobre esta cuestión. En otro lugar dice también:

« Que un cultivador esté en la miseria, que él esté endeudado, no es esto en definitiva lo que decidirá si ha llegado la hora de que se incorpore a las filas del proletariado en lucha; lo que lo decide es lo que él aporta al mercado, si aporta su trabajo o sus mercancías. La miseria y las deudas no bastan por sí mismas para solidarizar a alguien con los intereses de la clase proletaria; [...].

Siguiendo con el mismo problema, Kautski analiza también las diferencias que separan al proletariado de las demás capas de la población campesina. Así, a propósito del campesino pequeño propietario, dice:

« en este caso, el antagonismo entre el explotador y el explotado desaparece, pero el antagonismo entre el proletario asalariado y el productor de artículos para el mercado, el antagonismo entre el **comprador** y el **vendedor**, persiste. » Y más adelante: « Dos almas viven en el interior del campesino ínfimo: la del campesino y la del proletario [...] »

Todas estas consideraciones de Kautski no tienen por objeto demostrar que no se puede, desde un punto de vista marxista, plantear la cuestión de la « protección » sin más de los campesinos; que es necesario, en primer lugar, al enfocar la cuestión de la protección del campesinado, tomar nota de las diferencias importantes que hay entre las diferentes « clases » de campesinos; y que, en segundo lugar, excepción hecha de los obreros sin tierra, la protección que puede brindarse al pequeño campesino, debe tener cuenta de no « destruir necesariamente los sentimientos proletarios de los campesinos ínfimos y no dejar subsistir en ellos más que los sentimientos propios del campesino »; así como de que « nada podría ser más peligroso, más cruel, que despertar ilusiones en ellos sobre el futuro de la pequeña explotación agrícola ».

Entonces, ¿ cómo podría la socialdemocracia hacer realidad la alianza entre el proletariado y el campesinado, o por lo menos —o simultáneamente— « neutralizar » amplias capas del campesinado? La respuesta de Kautski es la siguiente: la socialdemocracia, para no traicionar a sus principios ni comprometer su futuro a cambio de « efímeros triunfos que luego pueden volverse contra ella misma », debe siempre tener presente esta triple orientación:

1. El desarrollo social, o sea el desarrollo industrial y agrícola nunca debe ser obstaculizado, dado que por un lado dicho desarrollo es el resorte de la evolución

y por otra lado sería inútil querer obstaculizarlo. Ni siquiera la protección de los obreros puede servir de excusa para dicha obstaculización. « A veces se reprocha a la socialdemocracia —dice— de alegrarse por la proletarianización de estas clases. Nada hay más falso; la socialdemocracia lo deplora, abandonaría inmediatamente este método de progreso económico si tuviese el timón en sus manos; ella únicamente declara que de nada sirve querer impedir este proceso en el marco de la sociedad actual. Su verdadera misión histórica no es la expropiación de los productores independientes, sino la expropiación de los expropiadores ».

2. La **agricultura**, en consonancia con lo anterior, debe ser protegida en su desarrollo, incluso si ello entraña terminar con las « ilusiones » de los campesinos ínfimos o de otras capas. Ello implica, en todo caso, la adopción de una gran cantidad de medidas —nacionalización de aguas, bosques, etc.— que pueden ser reivindicadas en el marco de la sociedad actual, siempre que haya un mínimo de participación popular en la administración del Estado y siempre que ello no acarree forzosamente el acrecentamiento del poder del Estado en su aspecto específicamente « dominador ».

3. Debe protegerse al campesinado en general en su condición « humana » intentando, en la medida de lo posible, eliminar los efectos degradantes de la sociedad capitalista, eliminando el embrutecimiento, la degradación moral y física del campesinado, al igual que se hace con el proletariado industrial. « Invitar a la socialdemocracia a sostener la resistencia de los indígenas de las colonias contra la expropiación, es una utopía igualmente reaccionaria que la de querer mantener la artesanía y el campesinado; pero significaría una bofetada para los intereses del proletariado el exigirle que apoyarse a los capitalistas poniendo a disposición de ellos

su potencia política. No, ésta es una faena demasiado sucia para que el proletariado se haga cómplice con ella. Este miserable negocio pertenece a las tareas históricas de la burguesía; y el proletariado se tendrá por feliz de no haberse ensuciado las manos con ello. El proletariado puede abstenerse de hacerlo, que la burguesía no descuidará su tarea por eso, y el desarrollo económico no se detendrá. A **esta** será fiel, en tanto conserve la potencia social y política, pues esta tarea no significa otra cosa que aumentar sus beneficios.

En tanto que el proletariado intervenga en este proceso del desarrollo capitalista, su tarea no será la de favorecerlo, dándole su apoyo voluntario directo o indirectamente (a través de la autoridad pública), no será tampoco la de obstaculizarlo, sino simplemente la de atenuar tanto como sea posible los efectos desastrosos y degradantes que resultan de ello para ciertas capas del pueblo, sin, en todo caso, perjudicar la evolución ». En el caso particular de los **obrer**os agrícolas, se trata, además de estas medidas de protección general del campesinado, de englobarles dentro del programa del partido y de conseguir para ellos un conjunto de reivindicaciones mínimas —como la libertad de desplazamiento, jornada limitada, contrato, etc.— que le aproximen a la situación de los obreros industriales.

No nos es posible detenernos en el estudio exhaustivo que Kautski hace de las medidas tendentes a la protección de la agricultura, a pesar de la gran importancia del tema. Conviene, en cambio, señalar, aunque sólo sea muy por encima, al agudo análisis que hace en el capítulo « El militarismo », dentro de la parte que dedica a las medidas de protección de la población de los campos en general. Kautski demuestra que la lucha contra el militarismo, de consecuencias extraordinaria-

mente beneficiosas para la sociedad en su conjunto, pero en particular para la población campesina, no puede en cambio conducir a una paz duradera entre las naciones dentro del marco de la sociedad actual ; sólo la socialdemocracia puede ser capaz de garantizar la paz. « Todo el mundo está persuadido de que esto no puede continuar así ; esta situación conduce a la bancarrota o a una guerra de exterminio, la más loca de todas las guerras, una guerra que precisamente se desencadena porque no pueden soportarse las cargas del armamento que debería en principio asegurarnos la paz. No parece haber más que un medio que puede conjurarla, a saber, que las grandes potencias supriman de común acuerdo los ejércitos permanentes y se sometan voluntariamente, sin perder su soberanía, a las decisiones de un tribunal universal de arbitraje. No hay duda de que la idea es muy bonita ; pero utópica en una sociedad cuyos antagonismos son tan fuertes, que ni siquiera dentro de las propias fronteras es posible eliminar mediante el arbitraje las luchas puramente económicas, por ejemplo las

huelgas ». He aquí por tanto un factor, entre otros, de agitación utilizable por la socialdemocracia.

Tienen también interés los dos últimos capítulos dedicados a la cuestión de la « expropiación » de los pequeños propietarios bajo el régimen socialista y a la cuestión del « hogar privado » y su supervivencia en un mundo futuro de producción y de propiedad socializados. Respecto al primero de los dos, podemos señalar como dato curioso que, según se desprende de la lectura de **El renegado Kautski**, Kautski en el folleto la **Dictadura del proletariado** se contradice hasta cierto punto de lo que mantiene en **La cuestión agraria**, hasta el punto de acusar a la revolución soviética de « burguesa » por no llevar a sus últimas consecuencias la socialización de la propiedad campesina. De todas maneras, es un tema que no podemos tocar aquí, a pesar de su interés.

Creemos haber mostrado, con lo que antecede, que **La cuestión agraria** es un libro de gran importancia y de una actualidad fuera de toda duda.

Novedad Ruedo ibérico

Biblioteca de cultura socialista

Karol Modzelewski y Jacek Kuron

¿ Socialismo o burocracia ?

Sumario. El fin de un mito (LORENZO TORRES). Introducción. I. El poder de la burocracia ; II. Salario, producto excedente y propiedad ; III. Objetivo de clase de la producción ; IV. El origen del sistema ; V. La crisis económica del sistema ; VI. Las relaciones de producción en la agricultura y la crisis ; VII. La primera revolución antiburocrática : 1956-1957 ; VIII. La crisis social general del sistema ; IX. Los problemas internacionales de la revolución ; X. Programa ; XI. Contrargumentos.

el opus dei en españa

La primera visión de conjunto de una asombrosa aventura : cómo el modesto grupo religioso de 1928 se ha convertido en una poderosa organización que ha marcado profundamente la evolución ideológica y política de España después de 1939.

Sumario

I. José María Escrivá de Balaguer y Albas. Los comienzos del Opus Dei. Su acción universitaria antes de la guerra civil. El Padre Escrivá durante la guerra : 1. José María Escrivá de Balaguer ; 2. La Universidad española en 1926-1930 ; 3. La Junta para Ampliación de Estudios y la Institución Libre de Enseñanza ; 4. Angel Herrera y la Asociación Católica Nacional de Propagandistas ; 5. La « vida oculta » del Opus Dei (1928-1936) ; 6. El Padre Escrivá y su grupo durante la guerra civil (1936-1939). **II. El Opus Dei de 1939 a 1947. Desarrollo de la Obra. Implantación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y en la enseñanza superior :** 1. La evolución del Opus Dei de 1939 a 1947 ; 2. El Opus Dei y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas ; 3. El Opus Dei y la conquista de las cátedras universitarias (1939-1947). **III. El Opus Dei, Instituto Secular. Su organización. Su espíritu. Sus métodos :** 1. Los Institutos Seculares : su naturaleza exacta ; 2. El Opus Dei, Instituto Secular : a) Organización general ; b) Las diversas categorías de los miembros del Opus Dei ; c) Camino y la espiritualidad del Opus Dei ; d) La vida espiritual de los miembros del Opus Dei ; e) El voto de pobreza y el Opus Dei. Las finanzas de la Obra ; f) El voto de obediencia en el Opus Dei. Sus repercusiones sobre la vida profesional de los miembros de la Obra ; g) Secreto y discreción en el Opus Dei ; h) El Opus Dei, el poder y la conquista de las élites ; i) La rama femenina del Opus Dei ; j) Opus Dei, clero y Acción Católica ; k) La permanente « crisis del Estatuto » del Opus Dei ; el Opus Dei y Vaticano II. **IV. El Opus Dei de 1947 a 1957. La fase ideológica. La « Tercera Fuerza » :** 1. A la búsqueda de una ideología. La « minoría activa » de 1948 (1947-1951) ; 2. El Ministerio de Julio de 1951. La « Tercera Fuerza » (1951-1955) ; 3. La crisis de 1956 y el gobierno del 25 de febrero de 1957. Libros y artículos consultados. Índice de nombres.

184 páginas

21 F



Editions Ruedo ibérico

Sergio León

Los últimos traidores

Anotaciones críticas a dos libros recientes sobre la guerra civil

Desde hace unos años a esta parte se ha despertado en España un insólito interés por el hecho histórico de la guerra civil (1936-1939); es obligado calificar de insólito el suceso, o de paradójico, si pensamos en el enorme esfuerzo y dedicación del Poder, así como de cierta parte de la llamada Oposición, a la tarea incansable de demostrar que los tres años de guerra civil habían sido ya archivados, olvidados, y podían pasar cómodamente a ocupar un tranquilizador puesto en los manuales de una historia más o menos contemporánea, pero en absoluto comprometedora. Parecía unánime el consenso nacional en la adopción de un postulado no necesitado de demostración: los que hicieron la guerra enterraron el hacha fratricida y quieren olvidar el pasado luctuoso; los jóvenes, nada tienen que olvidar pues nada conocieron: son inocentes, ya que nacieron libres de culpa y de pecado. Los XXV Años de Paz vendrían a poner dorado broche a la grandiosa campaña de olvido nacional. El español cotidiano disponía de un blasón más que colocar en la panoplia de los recuerdos gloriosos y lejanos: el millón de muertos pasaba a ser un millón de marcianos. Este fue el primer paso: conversión de la guerra civil en pasado histórico mítico y remoto, en reliquia digna de figurar en las vitrinas de los museos. Sin embargo, pese a tan gran empeño, la empresa fracasaría; y tuvo que darse paso a una nueva etapa deformatoria: de la guerra-reliquia se pasaría a la guerra-ficción.

Frente a la versión oficial, y con frecuencia oficiosa, de que la guerra civil había sido

un hecho incivil, merecedor de la más tenebrosa losa sepulcral, los jóvenes ignorantes del pasado, en un primer movimiento tímido, comenzaron un lento y fraudulento aprendizaje por la vía literaria. Fueron los años de Malraux y de Hemingway, de Bernanos y de Orwell; la información perversa y de contrabando de Arturo Barea y la todavía más difícil de conseguir de Max Aub. Fue, cortés es admitirlo, una primera reducción del tiempo a sus límites exactos: la defensa de Madrid dejaba de ser un avatar bélico del medioevo, era un capítulo vivido por los padres y por los hermanos mayores. Rafael Alberti no había sido sólo el cantor de los ángeles y de la marinería andaluza, sino también el poeta en la calle. Y, sobre todo, Antonio Machado era « algo » muy distinto al provinciano profesor de francés enamorado de una Doña Guiomar inaprehensible; cobrada su dimensión entera: la de un pobre exilado enterrado en tierra extranjera, tras haber anunciado a las juventudes españolas el alborar de una nueva aurora.

A partir de 1960, como fecha operativa poco precisa, el español venido al mundo en un fanal aséptico, y en él mantenido, se hace viajero: con beca de estudios para el extranjero, si es hijo de la burguesía, o con contrato de trabajo, si lo tiene, cuando ha de cargar sobre sus espaldas las consecuencias del Plan de Estabilización. Viaja y, primero, descubre a otro español sentimental que habita más allá de los Pirineos: un ser paradójico con una inconmensurable dosis de ilusión, unas veces, y de escepticismo, otras. Y el mismo español que

viaja, cuando tiene dinero y sabe leer, compra libros distintos a los habidos en la Madre Patria.

La campaña del interior comienza a sufrir una vertiginosa etapa de desenmascaramiento, de carácter rigurosamente histórico, con la publicación de una serie de libros de diversa importancia, pero todos colaboradores en esta común tarea aclaratoria. Quizá el mérito primero, una vez más, haya que atribuírselo a Hugh Thomas *, con un libro apresurado y discutidísimo ; pero que, cuando menos, aportó los datos mínimos desconocidos, aunque fuese acompañado de una interpretación ideológica de sospechoso distanciamiento y superioridad. Mayor importancia hubieron de tener, posteriormente, la edición en lengua castellana de las obras de Gerald Brenan *, de Broué y Témime, y muy especialmente la de Gabriel Jackson. Junto con la más temible y demoledora de todas ellas : **El mito de la Cruzada de Franco** *, de Herbert R. Southworth, conocido « fichemonger » que, entre otras cosas, se ha encomendado la tarea de pulverizar y demoler la metodología histórica y la honestidad científica de los historiadores oficiales. Las horas de lectura clandestina de millares de españoles se enriquecieron positivamente gracias a los nombres mencionados. Más de uno de los citados puede figurar con éxito en la lista de **best-sellers** de Irún y de La Junquera. Se han superado con creces las marcas mantenidas durante lustros por la literatura pornográfica clandestina y fronteriza, para desgracia de aquellos a los que fue encomendada la alienación de un país entero. Junto a la función de los historiadores, exclusivamente casi de nacionalidad francesa y norteamericana, las generaciones posteriores a la guerra civil también se han encarado desde muy distintas perspectivas con el acontecimiento. Los hombres que, cuando niños, eran obligados a cantar en los patios colegiales el « Yo tenía un cama-

rada », empiezan a preocuparse inquietantemente por su pasado inmediato. Son los años de vergonzantes y ocultas investigaciones universitarias, ahora cada vez menos recatadas, y también los días de la recreación literaria. Sin embargo, la primera reacción fue de una torpeza tan primitiva que solamente sirvió para avivar aún más el interés. Para los alevines de investigadores y de estudiosos sólo una respuesta : la lógica denegación de toda ayuda económica a sus trabajos y el cierre a cal y canto de archivos y de hemerotecas. Para los literatos, la contestación fue todavía más simple : la denegación del permiso obligatorio de la censura para su publicación y, en caso de editarse en el extranjero, la persecución de sus obras y el más implacable silencio. Son muchos los nombres que van desde el Antonio Ferrer de **Los vencidos** hasta el último libro de Juan Goytisolo, **Señas de identidad** ; sobre estas obras, de tipo imaginativo digamos, no pueden publicarse ni tan siquiera críticas adversas. Claro está que siempre se encuentra algún librero progresista que se arriesga a proporcionar la mercancía prohibida a todo aquel que le paga el quintuplo de su precio de origen.

Sobre estos deseos de un mayor conocimiento ha venido a incidir un hecho mercantil lógico, pero de funesta consecuencias : los editores españoles han acabado por descubrir el pingüe negocio que supone el fomento de la edición de la novela, ensayo, relato, poema o panfleto, centrado en el tema de la guerra civil. Incluso se ha dado el caso de avisados editores que han consagrado una colección entera a la Historia Contemporánea de España, que es una manera tan artificial como cualquiera otra de llamar al periodo 1936-1939¹. Todo ello culminó con el **roman-fleuve** de Gironella que, pese a todos los pesares, no resultó de satisfacción total para los mono-

* Ediciones Ruedo ibérico, París.

polizadores del pensamiento político español.

Tal cúmulo de incidencias vino, en última instancia, a desmontar el tinglado primitivo de lo que, al principio, llamamos guerra-reliquia, para dejar paso al momento actual que instrumentalmente hemos calificado de guerra-ficción. Respondiendo adecuadamente a la exigencia exterior, es decir externa al Poder, se ha ofrecido una doble contestación: una, en el plano de la investigación; otra, en el plano de la literatura imaginativa.

Desde el primer ángulo se ha iniciado un ligero rechazo, todavía tibio, de las versiones que parecían inmovibles; incluso el peso de cierta crítica autorizada ha caído sobre los nombres de Aznar y de Arrarás. Al Fraga a quien se debe la Ley de Prensa hay que cargarle también en cuenta la creación, dentro del Ministerio de Información y Turismo, de una llamada « Sección de Estudios sobre la Guerra de España ». Departamento que, sin descuidar las publicaciones « tipo Comín Colomer »², se ha encomendado la prolija tarea de poner orden y concierto en la bibliografía especializada³, dando a cada uno la suyo, según su libérrimo saber y entender. Si repasamos los calificativos empleados en estos estudios exhumatorios, comprobaremos que no hay nada nuevo bajo el sol: « Los mitos de H. R. Southworth », « Gerald Brenan en el laberinto », « La morbosa importancia de Antonio Bahamonde », « La Pasionaria: el único camino sin salida », « El reticente diario de Mikhail Koltsov », « El novelista que oyó campanas: Ernest Hemingway », « André Malraux o la resurrección del tío Tom », « Rafael Alberti, el Platero explosivo », « Miguel Hernández: Rosa en el destajo », etc. Creemos que son buenas muestras de ecuanimidad, al mismo tiempo que de fino espíritu crítico. Sobre la orientación ideológica del libro en cuestión, **Cien libros básicos sobre la Guerra de**

España, el final del prólogo de Ricardo de La Cierva, autor también de la compilación y de gran parte de los comentarios bibliográficos, ilustra adecuadamente: « Cada uno de los bandos ha pretendido desacreditar sistemáticamente todos los escritos del adversario; la guerra de España ha continuado en las imprentas. Uno de los bandos, sobre todo, ha intentado crear el mito de su superioridad intelectual, triste consuelo a su derrota militar, política y humana. Este libro, que no es una balanza analítica, pone en evidencia que tal superioridad es un espejismo de propaganda machacona y autosatisfecha. Pero la polémica sobre quién es más listo me interesa muy poco. Este es un libro hecho en la paz y para la paz. Para esa paz que ya reina sobre nuestros campos, aunque para nuestra historiografía reciente sea una paz que empiezo nunca »⁴. También, sobre la cuestión bibliográfica, habría que mencionar la tarea iniciada por alguno de los hombres del Opus Dei que, de todas formas, merecería un comentario aparte⁵.

Estas primeras publicaciones de la nueva etapa interpretativa, destinadas particularmente a los especialistas y a cierto tipo de curiosos, ha sido complementada con la edición de unos fascículos semanales titulados **Crónica de la Guerra Española**⁶, cuya publicación aún no ha finalizado; responsable directo, aunque no aparece en consejo de redacción alguno encargado

1. Ariel, de Barcelona, en su colección « Horas de España », ha publicado con notable éxito comercial: Maura, Miguel: *Así cayó Alfonso XIII*, 1965; Rojas, Carlos: *Diálogo para otra España*, 1966; Romero, Luis: *Tres días de julio*, 1967; Gil Robles, José María: *No fue posible la paz*, 1968.

2. La Cierva, Ricardo de: *Los documentos de la Primavera trágica*, Secretaría General Técnica, Sección de Estudios sobre la Guerra de España, Madrid, 1967, 758 p.

3. La Cierva, Ricardo de: *Cien libros básicos sobre la Guerra de España*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1966, 348 p.

4. La Cierva, Ricardo de: *Cien libros...*, p. 13.

de su confección, es el ya mencionado de Información y Turismo y el también citado Ricardo de La Cierva.

No obstante, operación de tamaño envergadura, crear una nueva mitología de la guerra civil para uso interno no ha cosechado el éxito apetecido. Y era de esperar: sobre este género de maniobras ha sido ya todo prácticamente hecho. Su repercusión no sale del círculo más arriba descrito de especialistas y curiosos. El gran público no se ha inmutado: los jóvenes y los expertos porque siguen nutriéndose de las obras editadas al otro lado de la frontera; el resto del país, sencillamente, porque no le interesa: sus necesidades intelectuales están cubiertas con la prensa deportiva y el fotorromance, según el sexo del lector (aunque pudieran señalarse algunas sabrosas variantes). Y es, precisamente, a ese gran público al que se quiere llegar, al verdaderamente consumidor.

Con este planteamiento, que al lector distante del país o de la realidad puede resultar un tanto anecdótico pero que es totalmente riguroso, se inaugura el periodo de la guerra-ficción. Ahora bien, los nombres y los hombres habituales están gastados desde hace tiempo, o sea, inutilizados. Ha sido necesario « descubrir » a otros autores y, además, lanzarlos con una campaña de resonancia nacional. Es decir, con un acompañamiento publicitario que luego impusiese su lectura; siguiendo el método empleado con el utilitario o con el televisor o con cualquier otro electrodoméstico. En una palabra: crear la necesidad y luego ofrecer la mercancía. Para mejor redondear la operación, haciendo gala de un burdo maquiavelismo, se iban a utilizar las voces de los históricamente vencidos. Los que combatieron al otro lado de la trinchera iban a recibir el encargo de relatar su fracasada experiencia y cómo ellos proféticamente adivinaron la derrota inevitable. De forma tan simple comenzó la campaña

que pudiéramos llamar « Mes de marzo de 1939 ».

La preparación publicitaria llegó por la efectiva vía del escándalo que, realmente, no reúne dato alguno que permita caracterizarlo de fortuito. Los hechos, aún muy recientes, son de fácil recordación. Hace pocos meses, el diario de la tarde **Pueblo** anunciaba el comienzo de un serial dedicado a la rendición de Madrid y escrito por Segismundo Casado. Al mismo tiempo, en idénticas fechas, otro vespertino madrileño, vinculado al Opus Dei, **El Alcázar**, comenzaba la publicación de una serie de reportajes sobre el mismo tema, escritos principalmente por Ricardo de La Cierva. La figura estaba ya lanzada: el coronel Casado aparecía como la sibila encargada de levantar el velo que ocultaba el tenebroso ajeteo del mes de marzo del año 1939. A la escandalosa de la presentación del personaje se añadiría inmediatamente otro tema, peculiar éste de la diatriba entre la prensa del Movimiento y la del Opus Dei. Cierva atacó a **Pueblo** y a Casado publicando las fotocopias de varios documentos; entre otros, la petición del coronel solicitando su reingreso en el ejército español. La réplica de Emilio Romero no se hizo esperar: contrató publicando una carta de Casado en la que acusaba a

5. Nos referimos a la tarea iniciada por la Cátedra de « Historia Contemporánea de España » de la Universidad de Madrid, bajo la dirección de Vicente Palacio Atard. Con una pretensión no conseguida de imparcialidad, pero sí de distanciamiento, en la colección **Cuadernos bibliográficos de la Guerra de España (1936-1939)**, se han publicado, hasta la fecha, tres volúmenes: **Folletos**, Madrid, 1966, 258 p.; **Periódicos 1**, Madrid, 1967, 302 p.; y **Memorias 1**, Madrid, 1967, 222 p. Se promete la publicación de otros siete volúmenes. Las notas críticas son harto discutibles, aunque tienen el valor operativo de indicar la signatura y la biblioteca donde pueden consultarse, en el caso de que tales centros se encuentran abiertos al público.

6. **Crónica de la Guerra Española (No apta para irreconciliables)**, Editorial Codex; como domicilio social se indica Maipú 88, Buenos Aires, Argentina.

La Cierva de hacer uso público de documentos privados cuyo carácter no le autorizaba para tal empleo; y, además, se subrayaba airadamente la utilización que el mismo Ricardo de La Cierva hacía del Archivo sobre la guerra civil de Información y Turismo para fines lucrativos particulares, tales como la serie de reportajes para **El Alcázar**. Aquí concluyó la historia conocida de las mutuas acusaciones; luego, por la vía del rumor, se añadirían las cifras recibidas por los dos protagonistas, La Cierva y Casado, de los periódicos respectivos y alguna que otra sabrosa anécdota acerca del estatuto de los funcionarios y personal contratado del Ministerio de Información y Turismo.

El segundo protagonista se presentaría revestido por caracteres todavía mucho más románticos de los que, en fin de cuentas, pueden adornar el perfil de Segismundo Casado. Mucho antes de hacerse pública la decisión del jurado del Premio Planeta 1967 se comentaba con fruición que ya estaba concedido de antemano. Y así sucedió: el agraciado con el millón cien mil pesetas resultó ser Angel María de Lera; hombre, al parecer, de acreditado progresismo y con un apreciable historial: afiliado durante la guerra civil al grupo pestañista, de matiz anarcosindicalista, había desempeñado durante la misma el cargo de comisario político; al final de la guerra fue condenado a muerte, pena que se le conmutó; después, tras unos duros años de lucha por la vida, su nombre había surgido con cierto estruendo en la novelística española con **Los clarines del miedo**. Desde hace un par de años dirige una sección del diario monárquico **ABC**: **El mirador literario**. Lera recibía, finalmente, el Premio Planeta 1967 por una novela también consagrada al tema del madrileño mes de marzo de 1939. En la misma semana de la concesión del premio, Lara, propietario de la Editorial Planeta, era recibido en audiencia

civil por el Jefe del Estado. Angel María de Lera fue promocionado a la primera página de todos los periódicos y revistas; al mismo tiempo, Televisión Española se encargaba de llevar a todos los hogares del país la sonriente imagen del novelista recibiendo del editor el importe del premio: un millón cien mil pesetas, en verdes billetes de mil.

Quedaba creado el primer artículo de consumo nacional: **Las últimas banderas**⁷, de Angel María de Lera. El segundo tardó en presentarse sólo unos meses: **Así cayó Madrid**, de Segismundo Casado⁸, se ponía a la venta en todas las librerías en el pasado mes de abril. Con este título iniciaba sus actividades una nueva editorial: «Gudiana de Publicaciones» que, con implicaciones financieras importantes y conocidas, saltaba a la palestra editorial con un sedicente aire liberal, con todo lo que tiene de peyorativo el término. Para mayor detalle, basta con leer los títulos y autores de los libros aparecidos, junto con el de Casado, en la Colección que pretenciosamente se denomina «Ayer, Hoy y Mañana de España»: **Latinoamérica y otros ensayos**, de Miguel Angel Asturias; **El Pentagonismo, sustituto del imperialismo**, de Juan Bosch; **Atisbos desde España**, de M. Jiménez de Parga; y, **España ante la libertad, la democracia y el progreso**, de Rafael Calvo Serer. Para disipar cualquier duda favorable a la tesis del hecho fortuito, también en el mes de abril de este año se ponía a la venta en todos los kioscos el número primero de una revista nueva: **Historia y Vida**⁹; un **magazine** mensual dedicado a ciertos temas históricos, con un planteamiento similar al de otras publicaciones francesas e italia-

7. Lera, Angel María de: **Las últimas banderas**, Planeta, Barcelona, 1967, 410 p.

8. Casado, Coronel: **Así cayó Madrid (Ultimo episodio de la Guerra Civil Española)**, Gudiana de Publicaciones, Madrid, 1968, 310 p.

9. **Historia y Vida**, Barcelona-Madrid, año 1, n.º 1, abril de 1968, 146 p.

nas; en este su primer número publicaba artículos de la índole que sigue: « **Historia-Flash: Robin Hood** », « **Madame de Montespan y el caso de los venenos** », « **La última carga del Coronel Custer** », « **Las Memorias y las 122 mujeres de Casanova** », etc. Pero junto a estos escritos, de un cierto tinte amarillento, aparecen dos artículos de un carácter inequívoco: « **Burgos, marzo 1939. Notas de un viejo cuaderno** », de Manuel Aznar, y « **Madrid, marzo 1939. Lo que yo vi** », de Angel María de Lera. En el consejo de redacción de la nueva revista volvemos a tropezarnos con otro nombre ya inevitable en estos quehaceres: Ricardo de La Cierva. El círculo está cerrado; el español medio ya cuenta con unos instrumentos adecuados para proceder, poco a poco, a la disección del cadáver de la guerra civil; comenzando por el hecho más turbio: la entrega de Madrid relatada por protagonistas de excepción, por aquellos que procedieron a su entrega.

Todo lo anterior nos movió a realizar una lectura detenida de los libros de Angel María Lera y de Segismundo Casado. No nos hemos detenido en el análisis histórico de los hechos relatados, aspecto que no deja de tener un indudable interés; pero pensamos que es bastante más positivo descender a un estudio comparativo, considerándolos como escritos paralelos de propaganda. De una propaganda que es aún más urgente denunciar, dado que se presenta con una apariencia de imparcialidad y objetividad que hace su contenido mucho más peligroso.

Así cayó Madrid viene a ser una puesta al día, con importantés variantes, de otro libro del mismo Casado, **The Last Days of Madrid** (Londres, 1939); el coronel dedica los cinco primeros capítulos de su escrito a exponer sus ideas personales sobre los políticos y los partidos de la segunda república; el resto se reduce a una descripción minuciosa de sus esfuerzos para

salvar a España de la catástrofe final, incluyendo varios documentos sobre las negociaciones con los representantes del gobierno de Franco; amén de unas páginas dedicadas a rebatir las acusaciones que sobre su actividad han caído desde todos los ángulos. **Las últimas banderas** relata las peripecias madrileñas, en los postreros días de la guerra, de Federico Olivares; se combinan las aventuras políticas con las andanzas eróticas del protagonista y de su grupo de choque; de vez en cuando, como si se tratase de una voz en off, aparecen algunos personajes políticos de relieve; utilizando la técnica de la marcha atrás en el tiempo, Lera intercala otros capítulos en los que se describen ciertos pasajes novelescos del comienzo de la guerra en un pueblo andaluz y, principalmente, el episodio de la caída de Málaga.

Una lectura detenida de ambos textos pone de relieve una serie de coincidencias, por no hablar de orientaciones políticas, que son de una sorprendente identidad y similitud. Suponemos difícil que se trate de una mera casualidad. Las anécdotas y circunstancias que hemos detallado, necesarias para conocer la gestación de los libros en cuestión, inducen a creer en la existencia de una orientación de las alturas administrativas. Convicción que se hace todavía más firme cuando, una vez finalizada la lectura, hemos procedido a una catalogación de temas y de tópicos en ambos autores que exponemos a continuación.

Los personajes de la tragedia

Como en cualquier melodrama al uso, de inmediato, en las primeras páginas, nos damos de bruces con una división maniquea en « buenos » y en « malos »; con la peculiaridad característica de que los « buenos » son los que procedieron a la entrega de la ciudad sitiada a los cercadores y, junto con ellos, los políticos más conservadores de la segunda república. Los

« malos » son los que preconizaban la resistencia a ultranza y también los de más acendrada ideología marxista. Sin embargo, hay que subrayar que el coronel Casado es mucho más burdo en sus calificaciones que el novelista Lera; éste, en función de sus aptitudes literarias, desciende a calificativos más perversos que penetran casi inconscientemente en el cerebro del lector poco experto.

Para Casado hay dos figuras monstruosas en la historia de la guerra civil: Manuel Azaña y Juan Negrín. Su opinión es tajante: se trataba de dos hombres que tenían perturbadas sus facultades mentales. Así, cuando se refiere al presidente de la segunda república, escribe: « [...] el Sr. Azaña estaba muy lejos de ser un hombre equilibrado, pues padecía de un complejo de inferioridad viril » (Casado, p. 31); o, más adelante, « la imperturbable tranquilidad del Presidente me extrañaba mucho. Se me antojaba que era la reacción de un insensato » (Casado, p. 55). La misma tesis médica tipifica el comportamiento de Negrín: « [...] el gesto bufo del doctor Negrín en la sesión de Cortes de Figueras, son la obra de un hombre que tiene perturbadas sus facultades mentales » (Casado, p. 108); insistiendo, Negrín « no era un hombre normal, sino un desequilibrado » (Casado, p. 134C); desequilibrio que, en la prosa difamatoria de Casado, llega a límites de procacidad inconcebibles¹⁰.

Lera, por el contrario, se muestra más cauto en la configuración de los personajes políticos que asoman a su novela como simple telón de fondo histórico; ignoramos con que extraña intención, Lera se ciñe a cualidades sonoras para calificar a los políticos de la segunda república: « La conmovida voz de Besteiro, dijo... [...]. La de Casado, dura y militar, se dirigió al enemigo en un gesto de mano tendida » (Lera, p. 36). « Era la voz de uno de los miembros de la Junta. José del Río. Una

voz conmovida » (Lera, p. 358). « Era una voz acongojada, trémula [...]. Era una voz suplicante. La del viejo profesor de Lógica, Julián Besteiro » (Lera, p. 374). Y cuando, por raro azar, Lera aboceta a cierto personaje, teóricamente enemigo, recurre a las mismas metáforas vocales: « Una voz potente, ronca, patética » (Lera, p. 43, refiriéndose a Queipo de Llano). Queda claro quiénes tienen voz honesta, entre tal « criterio ».

Resulta grotesco que Casado revele también ciertas admiraciones, relacionadas con las tonalidades de las cuerdas vocales: « Alcalá-Zamora [...] era un hombre humano, afectivo y bondadoso, y yo le admiraba por su elocuente oratoria » (Casado, p. 66). Y, pasando de lo discursivo a lo animico, el mismo Casado contribuye con una pobreza mental sorprendente a perfilar la silueta que él supone humana de Besteiro: « Yo tenía un excelente concepto del Sr. Besteiro, concepto que mejoró mucho al tratarlo. Era un gran señor (Casado, p. 200); se ve que la esencia del señorío preocupa hondamente a Casado: « [...] aquel gran señor y españolísimo D. Julián Besteiro, a quien España tiene mucho que agradecer » (Casado, p. 267).

Ahora bien, no extrañará al lector de la obra de Casado el uso de tales epítetos, una vez descubierto su bagaje ideológico; Casado, con una imprudencia tan sólo parangonable con su vanidad, se toma por

10. De esta forma enjuicia Casado a sus personajes políticos: « De regreso de Francia, el doctor Negrín estuvo en Madrid del 12 al 16 de febrero. Uno de estos días trágicos, el Director General de Seguridad, el señor Jirauta [...], me dio una noticia tan repugnante como extraña, de forma que no puede contener la indignación. Me informó que, la noche anterior, el doctor Negrín estuvo solo en Acuarium de diez a diez y treinta horas. Salió del café y, en la calle del Clavel, se puso a hablar con una buscona, marcharon a la calle de Augusto Figueroa, nº X. A las cuatro de la madrugada salió solo y se dirigió a la Presidencia del Gobierno ». (No, el párrafo no es de Mauricio Carlavilla, sino de Casado, p. 136.)

especialista de la Ciencia Política y desciende, incluso, a la definición de ciertos movimientos político de la España republicana con una insensatez que puede pasar merecidamente a cualquier antología del **non-sens** ; citaremos, sólo a título de ejemplo, un breve compendio : « La UGT es una organización sindical de tendencia económica socialista [...]. La CNT puede ser definida como una organización sindical socialista, por su programa económico, y anarquista, por sus aspiraciones de carácter político (Casado, p. 25). Y cuando ahonda en los conceptos : « La diferencia fundamental entre la CNT y la UGT es de tipo temperamental. Lo que distingue generalmente a la CNT es la corazonada impulsiva, el arranque irreflexivo y la furia española [...]. Los anarquistas españoles son ante todo trabajadores de una extraordinaria capacidad de sacrificio y tienen un gran sentido de organización (Casado, p. 26-27).

2. La Junta y sus tesis

Tanto Casado como Lera están completamente de acuerdo para calificar a la Junta y a sus hombres como a unos auténticos patriotas que salvaron a España de la hecatombe nacional ; primero, porque ahorraron vidas y sufrimientos inútiles ; segundo, porque con su acción redentora evitaron que España se convirtiera en un lacayo de Stalin.

Los autores, una vez más, se reparten los papeles. Casado se dedicará a los malvados políticos ; Lera, al sufrido y honrado pueblo madrileño. Para esta conclusión, favorable a la Junta, es previo destruir los argumentos contrarios. Lera, en un abrir y cerrar de ojos, desmonta las tesis opuestas a los casadistas : Negrín mantiene la « hipótesis de que la guerra mundial es inminente. Por eso, es necesario resistir hasta ese momento [...]. Nosotros no

podemos jugar esa carta » (Lera, p. 24-25). La tesis de los negrinistas es insostenible puesto « que lo fían todo a la solidaridad internacional de los trabajadores » (Lera, p. 35). Juan Negrín tuvo un error de apreciación de seis meses : los que van del mes de abril al de septiembre del año 1939.

Casado, tras rechazar la posibilidad de la resistencia, se decide a « asumir los poderes abandonados por Negrín y su gobierno errante » (Lera, p. 27). El pueblo está cansado y harto : « La Junta es una posibilidad, tal vez la única [...]. La gente quiere la paz, compañeros, aunque le cueste mucho, con tal de salvar la vida » (Lera, p. 87). La Junta de Defensa amanece como un poder carismático : « Es la única de todas las fuerzas que sabe lo que quiere » (Lera, p. 85).

La conjura, según afirmación de Casado, cristaliza a partir del día 2 de marzo ; aquel día « estuvimos hablando y discutiendo ampliamente para la eliminación del gobierno [...]. Llegué a Madrid por la noche con el acuerdo tomado en firme de no demorar el acto de fuerza contra el gobierno de Negrín » (Casado, p. 142). El mismo coronel Casado hace el balance de su actuación, aunque de rechazo e involuntariamente nos informe de alguna de las posibilidades de resistencia que el había calificado de utópicas : « Y con esta decisión mía, de no oponer resistencia, se produjo la que pudiéramos llamar la autodislocación de los ejércitos con tan excelente resultado (¡ sic !) que se hizo la entrega de 600 000 hombres y diez millones de ciudadanos sin actos de violencia... » (Casado, p. 266). « A partir de estos momentos, Madrid quedó a merced del enemigo » (Casado, p. 267) ; « Llegado este momento estimé que, como Consejero de Defensa, mi misión en Madrid había terminado » (Casado, p. 268). De allí marcharía el coronel a Valencia y muy poco después, tras continuar dando muestras de exaltado españolismo, según él, embarcaba para Inglaterra ; mientras, el profesor de

Lógica quedaba en Madrid para someterse a la justicia del Nuevo Estado.

3. El enemigo comunista

Nuevo motivo de coincidencia entre Lera y Casado : el odio al comunismo. Estimamos que, llegados a esta altura del análisis de textos, pocas sospechas puede haber sobre el origen del lanzamiento de los libros que comentamos. Sin embargo, nuevamente, justo es reconocerlo, Lera da pruebas de una mayor sutileza que Casado ; este último, torpe y tosco, arrecia en sus acometidas, recordando otra vez a Juan Negrín ; para Casado, Negrín y comunismo llegan a confundirse : « Negrín, quien se adueñó de la España republicana, al servicio de Rusia, hasta el final de la guerra » (Casado, p. 70) ; « [...] una Dictadura impuesta por el doctor Negrín al servicio de una Potencia extranjera » (Casado, p. 111) ; aunque, incomprensiblemente, unas páginas antes, Casado revele que « el doctor Negrín no tenía libertad de acción » (Casado, p. 95) ; con lo cual los límites normales de la comprensión quedan desbordados.

El coronel insiste en sus aficiones de poltista y caracteriza tajantemente a la España del año 1936 : « La actuación de las izquierdas, a partir de la organización del Frente Popular, fue desenfrenada, bajo la dirección del Partido Comunista » (Casado, p. 13).

Para Casado, los comunistas son individuos aviesos, de torvas intenciones, cuya pretensión máxima era arrojar la España republicana en los brazos de la Rusia estalinista. Claro, ante esta perspectiva, la elección no era dudosa : entregar España al fascismo. Ahora bien, esta viga maestra de la ideología « casadiana » se encuentra en franca contradicción con su apreciación personal de los comunistas por él conocidos : « Coronel Barceló. Tenía el carnet del P.C., pero no era comunista [...], era

burgués. Coronel Bueno. Era un hombre trabajador y deseoso de ser leal, pero estaba dominado por el P.C. al que estaba afiliado a la fuerza. Coronel Ortega. El P.C. le catequizó con propaganda, fotografías, interviús, etc. » (Casado, p. 111).

Lera, repetimos, se muestra mucho más sutil en su acción difamadora. Los comunistas, para Lera, surgen como oportunistas que valoran la guerra civil como una inversión a largo plazo : « ¿ No sería posible convencer a los comunistas para que se estuvieran quietos mientras la Junta se juega su carta ? ¡ Ca ! No se conformarán con ser un elemento pasivo en este último episodio de nuestra guerra. Ya los conoces. De sobra saben que nos hay nada que hacer, pero querrán salvar su prestigio para el día de mañana » (Lera, p. 29-30)¹¹.

Inesperadamente, Lera hace aparecer en su novela a un visionario : al oficial comunista Casanova, que les salva la vida a Federico Olivares y a sus compañeros, en los días del enfrentamiento entre las fuerzas casadistas y los grupos comunistas. Federico Olivares es el ejemplo de entrega a la causa y de entereza, que se retrata con unos perfiles recordatorios de la imagen del propio Lera. La noche en que el comunista Casanova protege al grupo de anarquistas, mantienen una conversación en la que el oficial se presenta como un idealista, encerrado en un callejón sin salida ; a su postura, carente de todo realismo, responde uno de los compañeros de Federico Olivares : « Todo eso está bien en teoría, Casanova. Dialécticamente es hermoso [?]. Pero menos retórica —le replicó Olivares. En la

11. Insistiendo en el tema, Lera añade : « ... los de la Junta cuentan con que los comunistas hagan una oposición simbólica para salvar su prestigio con vistas al futuro. No tienen prisa ni les importa una derrota parcial. Lo contrario que a nosotros » (Lera, p. 75). Sería un interesante tema de discusión el averiguar los motivos que inducen a Lera a calificar de derrota parcial la entrega de Madrid en marzo de 1939 a las tropas de Franco.

revolución, como en la guerra, hay que saber retirarse a tiempo. El heroísmo tiene un límite, máxime cuando no nos jugamos sólo nuestra vida, sino la de miles y miles y miles de personas que no están dispuestas a morir, que no quieren morir. Habría que preguntárselo antes, ¿no te parece? » (Lera, p. 189-190). Tras esta parrafada, compendio al parecer del manual del perfecto revolucionario, y otras reflexiones de carácter similar, el comunista Casanova, enfrentado con la dureza de las reflexiones, pone fin a sus inquietudes levantándose la tapa de los sesos con su propia pistola. Esta muerte tiene un requiem merecido : « Lo que más me duele es lo de Casanova. En el fondo —dijo Cubas— Casanova era un excelente compañero y un hombre de verdad. Yo quisiera saber quién tiene la culpa de que se haya matado » (Lera, p. 198).

La solución a la enigmática muerte suicida de Casanova, sin gran esfuerzo, podemos encontrarla en la otra obra complementaria. Casado informa suficientemente a Lera sobre las causas de esta muerte imaginativa y otras muchas reales : « La verdad es que en el ruedo estábamos solos el toro y yo. El toro era de espanto. El toro era nada menos que las fuerzas comunistas, tres veces más fuertes de las mermadas fuerzas que me eran leales. Y a todo esto, de los que tenían que matar al toro, uno era yo » (Casado, p. 304).

4. La mitología

También en este apartado, no sólo puramente instrumental, coinciden ambos autores. De una manera ramplona, Casado ; el cual insiste machaconamente en un trasnochado populismo, en el centro de cuya fama se encontraba él, Casado, el salvador de Madrid y de España : « [...] las gentes me despedían con cariño y respeto y en sus semblantes pude recoger muestras de gratitud [...]. Fue una rendición silen-

ciosa, pero más beneficiosa que la hubiera sido una rendición espectacular » (Casado, p. 269).

Otra de las constantes del pensamiento casadiano, junto al de su popularidad, es el españolismo del coronel ; así, cuando narra su entrevista en la Valencia ya ocupada con las jerarquías falangistas y otros representantes de las fuerzas vencedoras : « Hice yo uso de la palabra, para expresarles cuáles eran nuestros propósitos, y me expresé en unos términos tan reciamente españoles que aquellos hombres no podían disimular su emoción, seguramente sorprendidos de que un rojo pudiera abrigar esos sentimientos tan humanitarios y tan patrióticos » (Casado, p. 277).

El florilegio de tópicos de la obra de Casado, al mismo tiempo de pretender una seria aclaración histórica, se cierra con un rendido homenaje a la mujer madrileña. Cuya inserción es de difícil explicación para el lector : « Las mujeres de Madrid, con esa gracia serrana que Dios las dio » (Casado, p. 198) ; y, en la última página : « Y, para terminar, cumplo un deseo bien sentido y desprovisto de formularia cortesía, dirigiendo un emocionado saludo a las madrileñas de la guerra civil » (Casado, p. 310). Lera, con mayor habilidad, desenfunda otro muestrario de lugares comunes sobre la guerra civil, en estos últimos años muy puesto de moda, incluso por autores con ribetes de historiadores. El mismo Lera proporciona una fantasmal descripción de la guerra civil, inmensa como un cajón de sastre donde todo cabe y lacrimógena como un serial radiofónico : « La guerra civil, en definitiva, gloriosa y desvergonzada, generosa y ruin, sublime o sórdida, según cada uno de sus mil aspectos, pero siempre trágica, delirante, destructora, envilecedora, porque en ella el odio, la falacia y la traición pueden ser consideradas grandes y heroicas virtudes también » (Lera, p. 83). El estrambote final no creemos que sea

completamente gratuito, ni tampoco colocado a beneficio de inventario.

En este escenario de aquelarre, donde incluso la traición puede ser una virtud heroica, Lera coloca unos personajes de ficción o de realidad. Y, con astucia, echa mano del argumento último, aquel que siempre cae bien: se considera la guerra civil como un enfrentamiento supremo y definitivo entre las Fuerzas del Bien y del Mal, con unos personajes torvos que movían los hilos de la conspiración, y del que los españoles salieron engañados pero dando muestras de un valor personal y de una capacidad de sacrificio incalculable tanto a uno como a otro lado de la trinchera. El argumento no es nuevo: los problemas políticos, sociales y económicos se minimizan y reducen a posiciones personales de gran gallardía, tanto con camisa azul sobre el torso como con pañuelo rojo al cuello. Federico Olivares, comisario político, hombre de un atractivo erótico demostrado a lo largo de toda la novela, mantiene un romance con aires de tragedia griega con una activa militante política que se llama Matilde, mujer de grandes prendas personales, físicas y morales; una noche de aquel mes de marzo, Matilde confiesa a Federico: « Desde hace más de un año estoy al servicio de Auxilio Social [...]. La guerra estaba perdida ya entonces. Lo comentaba la gente enterada. No se podía decir en público, pero se sabía » (Lera, p. 309). La heroína del relato comparte sus actividades militantes con otras más previsoras de quintacolumnista. El círculo vicioso de la confusión está cerrado, con gran satisfacción para troyanos y griegos; pues todos pueden encontrarse en la narración con perfiles más o menos románticos de « cruzados de la causa », pero de la causa en abstracto: « Y ese chaval no me gusta. Tiene ojos de fanático. Tan joven y ya odiando de esa manera... Claro, a lo mejor tiene motivos personales para

ello [...] ¡ Ha sembrado tanto odio esta guerra! [...] Todo el país está podrido de odio: el aire, la tierra, las gentes [...] » (Lera, p. 316). Es interesante comprobar de qué manera la tortuosidad política se mezcla con la ramplonería literaria.

En las últimas páginas de Lera, para más remachar en el tema, todavía queda lugar para el comportamiento noble de los vencedores en el momento de la captura de Federico Olivares: « Eso no es cuenta nuestra. Si de todas maneras quieres llevarte el reloj y la pluma, ya sabes que tendrás que entregarlos en la jefatura de la Centuria, porque yo pienso hacerlo constar en mi parte. Luego, dirigiéndose a Olivares, prosiguió: Y allí, si creen oportuno requisártelo, te darán un recibo » (Lera, p. 405-406).

5. El ambiente

Ya tenemos la ideología, la mitología y los personajes del drama. Nos falta el ambiente. ¿ En qué olima van a moverse estos españoles de la última hora? Aquí, la intención de Lera es todavía más aviesa si cabe. El joven lector español, escasa o nulamente informado, que lea esta novela tendrá una imagen muy peculiar de Madrid durante la guerra civil: una inmensa cama donde los madrileños se dedicaban a los mil y un placeres del erotismo. Motivo que, en lógica racional, puede proporcionar al lector una de las múltiples causas de la derrota: son difíciles de compartir los placeres del lecho con las glorias del combate. En Lera, el tema tiene caracteres obsesivos: « La noche se asomaba por el balcón de la gran alcoba » (Lera, p. 10); « Estaban en el lecho del hotel [...] » (Lera, p. 89); « Luego se desprendió de él bruscamente y saltó del lecho, quedando desnuda en el halo de luz encarnada » (Lera, p. 92); « Tenías razón. Yo era una mujer fría, lo fui hasta esa segunda vez » (Lera, p. 99); « ¿ Ves como soy una mujer? Pero

ya es tarde, lo de aquella noche lo has perdido para siempre » (Lera, p. 362). Erotismo que, por otra parte, no resulta reñido con una pretensión poética rayana en la cursilería : « Federico la besó fuertemente y ella se le entregó rendida, como si fuera a morir, balbuceando palabras » (Lera, p. 90) ; « En los ojos negros, grandes, húmedos de Maruya, hay como un claro de luna » (Lera, p. 235). En resumen, la novela de Lera puede venderse con una faja que, como para cierto tipo de literatura consumista, anuncie : « Sexo y violencia ».

6. Racionalización de la derrota

Estos hombres que se mueven en un escenario tenebroso quieren, además, convencer de la racionalidad de sus ideas ; mejor aún, de una idea fija : la inevitabilidad de la derrota. No sólo arrojando la culpa sobre los comunistas, oportunistas aprovechados de cualquier eventualidad ; no sólo explotando, llamada qui siempre produce los efectos sentimentales apetecidos, al noble y sufrido pueblo. Quieren adornar su obsesión con un aire de fatalismo irreprochable : « Estamos vencidos y no hay que darle más vueltas. A mí también me ha costado mucho admitirlo, pero es así y no de otra manera » (Lera, p. 75) ; todo ello, según la norma habitual, aderezado por el cansancio patológico y la añoranza del retorno a la tranquilidad : « La gente desea volver a todo trance al tiempo normal » (Lera, p. 289).

Pero una cosa es jugar con el fatalismo de los hados y rechazar la tesis de la resistencia negrinista y otra muy distinta justificar, desapasionadamente, el comportamiento de la Junta : « Claro que traidores los ha habido siempre en todos los campos » (Lera, p. 78). Sin embargo, aún es poco ; no resultan convincentes como justificación las disidencias políticas y los planteamientos morales. Lera, con un arrojo mental incompatible con su pretendido

progresismo, une su opinión sin ahorrar calificativo alguno a los juicios críticos más en boga en la España oficial de los años 40. Aunque el párrafo es largo, estimamos que merece la pena reproducirlo en toda su extensión, para mejor llegar a una valoración completa del espíritu que anima a la obra de Angel María de Lera ; se trata lisa y llanamente de repartir la culpa máxima por la derrota del campo republicano : « Hemos pasado revista a algunas de las causas de nuestra derrota, pero algún día tendrá que hablarse de las conductas. Porque ¿ qué me dices de aquellos célebres escritores e intelectuales que trajeron la república y que fueron nuestros maestros ? Ellos nos lanzaron (hablo de los estudiantes de mi generación) a la lucha por una España nueva, y luego, a la hora de la verdad, se pusieron al margen y nos dejaron en la estacada. ¡ Qué faena ! ¿ Qué se creían ellos que iba a pasar cuando el pueblo jugara el papel que ellos le habían descrito ? Yo no sé qué pensaron. Tal vez que el drama político y social de España podría ventilarse como un acto académico, ¿ no ? [...]. —Déjalos, era puro señoritismo literario lo que hicieron.— De acuerdo, Molina. Pero ¿ es que se puede hacer esteticismo con las miserias de un pueblo ? » (Lera, p. 368). Lera riza el rizo y ofrece en bandeja aquello que siempre se ha propuesto como interpretación de la guerra civil ; como interpretación manejable y explotable. Lera, con un pasado sin mácula, auténtico vencido, no es de aquellos que como León Felipe se llevaron la voz al destierro ; Lera pone su voz y su pluma al servicio de una viejísima explicación del periodo 1936-1939, enriquecida ahora por las circunstancias personales que en él concurren.

7. El militar Casado

Concluimos estas notas con unas observaciones finales que pueden contribuir a

desvelar lo que hay en lo íntimo de cada uno de los autores en cuestión. En Lera, al fin y a la postre, resucita la posición desgarrada y rota de un pasado militante que utiliza todos los medios a su alcance, lícitos o no, para justificar una postura personal posterior; Lera es el mito que se encuentra en toda **conversión**. Casado no llega a tanto; en las páginas de su libro, hay una característica constante que, por lo repetida y lo lamentable, resulta esperpéntica: Casado no tiene dinero para su triste vejez e incluso, hace un par de años, presentó infructuosamente un recurso para su readmisión en el ejército español donde cobraría su jubilación con el grado de general que alcanzó en los últimos días de la lucha. En más de una ocasión, Casado profiere lastimeros ayes: « Desde el mes de marzo de 1939 hasta esta fecha, no he percibido del Erario Público Español ni un solo céntimo de sueldo, pensión o emolumento de ninguna especie » (Casado, p. 32 y 288).

Pero, además, en la mente de Casado hay un dato que también se repite incansablemente: su formación de militar mezclada a un oscuro deseo de sacar a la luz su fidelidad al ejército. En última instancia, se une a las posturas más ultramilitaristas; interesantes si se contrastan con sus aspiraciones de politicólogo: « [...] el acuerdo, tomado en firme con anterioridad, de eliminar al gobierno del doctor Negrín, que carecía de toda legitimidad, y tratar de negociar la paz directamente con el enemigo, siendo como era la Autoridad Militar,

el Poder Legítimo de la Nación » (Casado, p. 127). Lealtad al ejército y honradez económica son los supremos valores del coronel Casado: « ¡ Qué contraste con la mayoría de los jefes políticos y sindicales y de los jefes militares profesionales y de milicias, que salvo unos pocos, que podrían contarse con los dedos de una mano, cuando se acabó la guerra, salieron con sus bolsillos vacíos dejando un sello de honestidad que será muy difícil superar » (Casado, p. 97).

Estos son los libros de la primavera madrileña de 1968; los **best-sellers** de la temporada. Los acogidos con afirmativos movimientos de cabeza por los más sesudos varones. El tópico hecho, una vez más, letra de imprenta; el libro sancionado por la bendición de la censura oficial. El final lógico para la última línea de la novela de Angel María de Lera; el día primero de abril de 1939 se abría ante el novelista-comisario político un incierto camino: « Era un pasillo largo y oscuro » (Lera, p. 410). Al final de tan duro sendero se encontraba la recompensa: un millón cien mil pesetas (en billetes de mil) del Premio Planeta, los honores de la prensa oficial y los halagos de Televisión Española. No creemos que con el torpe medio de la guerra-ficción se haya encontrado remedio a la molesta curiosidad de indígenas y forasteros por el tema todavía abierto al estudio y a la investigación de nuestra historia contemporánea: la guerra civil.

Madrid, mayo de 1968

Cuba : una revolución en marcha

Suplemento 1967 de Cuadernos de Ruedo ibérico

Francisco Fernández-Santos : **Cuba : una revolución en marcha**

Los orígenes

Roberto Fernández Retamar : **Martí en su (tercer) mundo**

Osvaldo Dorticós : **Fragmento**

José Martí : **Selección**

Edmundo Desnoes : **Martí en Fidel**

La guerra revolucionaria

Fidel Castro : **La historia me absolverá**

Faure Chomón : **El asalto al Palacio presidencial**

Ernesto « Che » Guevara : **Alegría del Pío y El combate del Uvero**

Camilo Cienfuegos : **La invasión de Las Villas**

Raúl Castro : **Con menos empezó el « Che »**

Enrique Oltuski : **Gente del llano**

El castrismo : teoría y praxis de la revolución cubana

Fidel Castro : **Estos son nuestros caminos (selección)**

Ernesto « Che » Guevara : **Somos una antorcha encendida (antología)**

La lucha contra el burocratismo (Editoriales de Granma)

Regis Debray : **El castrismo, la larga marcha de América latina**

David Alexander : **La política internacional del castrismo**

Un socialismo en construcción

Sergio de Santis : **En torno a la polémica sobre la economía cubana**

Juan Martínez Alier : **Paréntesis**

Carlos Rafael Rodríguez : **La situación económica en Cuba**

Michel Gutelman : **La socialización de los medios de producción**

J.A. A. Maceiras : **Una revolución educacional en la Cuba revolucionaria**

El nuevo pensamiento cubano

Alejo Carpentier : **Literatura y conciencia política en América latina**

Roberto Fernández Retamar : **Hacia una intelectualidad revolucionaria**

Lisandro Otero : **El escritor en la revolución cubana**

Edmundo Desnoes : **El mundo sobre sus pies**

José Hernández

6 dibujos de la serie

Por el imperio hacia la ceniza

José Hernández nace en Tanger en 1944. Autodidacta.

Pepe Hernández está sólo en su taller. Dibuja. Una línea puede ser un elemento descargado de toda significación, abstraída de toda realidad, inerte; pero puede ser también la frontera delimitativa de un cuerpo contra el vacío que le envuelve. Pepe Hernández va forzando una sinuosidad interesada de su propia línea: fuera de ella está el vacío; dentro de ella está lo que quiere ser definido, la cabeza de un hombre, por ejemplo.

En realidad, las cosas no se definen mediante líneas en el espacio, pero Pepe Hernández, siguiendo en esto una tradición de milenios, le otorga a esa línea la capacidad de definir, acepta una convención y aque-

llo que ha quedado dentro de su línea es, por lo menos, el signo de la cabeza de un hombre. A Pepe Hernández no le bastan los signos. Quiere ir más allá, hasta desvelar los significados; tiene que convertir el signo en imagen. Por eso, no le bastan ya las fronteras delimitativas en un plano de dos dimensiones: es necesario modelar volúmenes. Una sombra establece automáticamente la corporeidad de las cosas; no se define sólo a sí misma, sino a su contrario, a lo que en el volumen se ilumina...

Ya está. Pero eso no sería nada si no fuera más que eso. ¿Qué hacer con la cabeza de un hombre, para qué está ahí, qué es lo que quiere decirnos? Pepe Hernández regresa ahora desde la imagen significada hasta los hechos significantes, confabula ahora a la imaginación con la significación... Lo significativo

se trasciende en imaginativo, y a la inversa.

Ahora bien, imaginar no es sólo crear imágenes. Es, ante todo, convocar a las potencias de lo ausente a partir de la evidencia de lo presente; desencadenar una relación infinita de resonancias, de asociaciones, de encuentros... sí: de significaciones, a partir de un mero dato. Para eso es necesario que en el dato esté ya el germen que desencadena a la imaginación: un mínimo pequeño atentado contra la lógica de su posible realidad. Cada artista puede proceder de una manera. Pepe Hernández procede injertando en la imagen que está en el comienzo de su definición, un mínimo factor argumental del significado que debe estar en el final de su disertación. De esa manera, distorsiona la lógica figurativa para ampliar mucho más su

lógica simbólica y significativa o, mejor, provoca la ruptura con la lógica de la representación para adoptar la lógica de la figuración, de la fabulación, de la imaginación...

Todas estas imágenes no están ahí gratuitamente. Estan ahí a favor de algo y, lógicamente, contra algo. Yo me niego a descifrarlas para, con mi negativa, contribuir al desarrollo de la imaginación y, si fuera posible, de la confusión general del espectador. De todas formas, me gustaría prevenir... José Hernández tiene la luz de la inocencia en sus ojos pero... ese ser angélico, como Orfeo, debe tener alguna experiencia de su descenso a los infiernos.

José María Moreno Galván



J. Hernandez '68



J. Hernandez 68







J. Hernandez 68



J. Hernandez '68

Aurelio Alonso : **Polémica contra los manuales**
Ricardo Jorge Machado : **Generaciones y revolución**
Fernando Martínez Heredia : **El ejercicio de pensar**

El arte y la literatura

Alfredo Guevara : **Sobre el cine cubano**
T. Christensen : **Estructura, imaginación y presencia de la realidad
en el documental cubano**
Miguel Barnet : **La segunda africanía**
Adelaída de Juan : **Cuarenta años de pintura en Cuba**
Riné Leal : **El teatro cubano**
Guillermo Rodríguez Rivera : **La poesía cubana**

Selección de poemas de : Nicolás Guillén, José Lezama Lima, Cintio Vitier, Virgilio Piñera, Eliseo Diego, Samuel Feijóo, Oscar Hurtado, Roberto Fernández Retamar, Roberto Branly, Pablo Armando Fernández, Fayad Jamís, Heberto Padilla, José Alvarez Baragaño, Luis Marré, César López, Antón Arrufat, Miguel Barnet, Luis Suardíaz, Belkis Kuza Malé, Guillermo Rodríguez Rivera, Víctor Casaus, Pedro Pérez Sarduy, Nancy Morejón, Luis Rogelio Nogueras.

Salvador Bueno : **La nueva (y actual) novela cubana**

Selección de textos de : Alejo Carpentier, José Lezama Lima, Virgilio Piñera, Onelio Jorge Cardoso, David Camps, Guillermo Cabrera Infante, Antonio Benítez, Jaime Sarusky, Jesús Díaz, Nelson Rodríguez.

Testimonios sobre la revolución cubana

Mario Benedetti, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Alfonso Sastre, Eva Forest, José María de Quinto, Ricardo Aguilera, Juan Goytisolo, José Agustín Goytisolo, Francisco Fernández Santos, Jesús López Pacheco, José Manuel Caballero Bonald, Antonio Eceiza.

528 páginas 12 páginas ilustradas fuera de texto 106 ilustraciones 48 F

Editions Ruedo ibérico

das en defensa siempre de la libertad (no carente siempre de atisbos metafísicos), sus contradicciones, su estar siempre presente, nos ha servido a todos, y sin duda ha servido a la tarea que a todos nos une.

En nuestro país tardíamente se empieza a escribir sobre Sartre, tardía pero sensatamente. Ningún Léo Figuerès ha lanzado su pluma agresivamente, entre nosotros, contra Sartre.

Manuel Ballester, nada sospechoso por otro lado, ha escrito un bello libro para Ciencia Nueva: **Marx o la crítica como fundamento**. Directamente ataca al Lukács de Existencialismo o marxismo, y asume el método crítico de A. Schaff para discutir con el existencialismo. «Tal método de análisis [el de Lukács] liga historia y pensamiento en la medida que niega toda sustantividad a los momentos concretos, tanto de la una como del otro [...] En estas condiciones se llega a la paradoja de formular el proceso histórico como determinante del teórico en la medida en que historia y pensamiento son tomados en su más alto grado de abstracción, para luego considerarlos como exteriores, indiferentes, a nivel de las manifestaciones concretas de ambos [...] Las insuficiencias del examen de Lukács estallan y se hacen patentes si se considera que un análisis, eminentemente histórico-social, conduce a errores de peso en el momento de caracterizar histórica y socialmente el objeto de su estudio»².

Se me había pedido me ocupase del libro de Ignacio Sotelo: **Sartre y la razón dialéctica**. Ni Ballester ni Sotelo, los dos jóvenes, viven en nuestro país. El primero reside en París y el segundo en Berlín. Esto no es índice, según creo, más que de las dificultades, a nivel informativo y sobre todo económico, con que tropieza el escritor joven en España. Por otro lado, la joven izquierda se ocupa más en España de teoría sindical y económica, que de filosofía. No es el momento se señalar las causas. Haré notar solamente que la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas ha dirigido siempre el movimiento universitario, y en nuestro país la oposición liberal universitaria residió casi exclusivamente entre los catedráticos de Economía y algunos de Derecho. Por otro lado el economista es un ser más desmitologizado que el pobre, resentido y casi siempre exclaustrado profesor de filosofía, que sigue demasiado fiel a la oscurantista filosofía tomista del seminario o convento, y que por supuesto carece de todo espíritu crítico.

Ni que decir tiene que los universitarios más de lleno vinculados a la acción conducen sus trabajos por el camino de la teoría más directamente política: estrategia sindical y política, problemas del desarrollo, etc.

No sé demasiado de I. Sotelo, sólo su libro y que reside en Berlín como miembro del Instituto Sociológico de la Universidad Libre de Berlín, el centro

del movimiento socialista de extrema izquierda, todavía incipiente, lleno de contradicciones, pero muy importante para el porvenir de la izquierda alemana. Sotelo es un gran conocedor del lenguaje filosófico. Esto es una ventaja inicial. El problema del lenguaje tiene una gran importancia. Con frecuencia la ambigüedad del lenguaje significa un obstáculo insalvable en la comunicación autor-lector cuando no es índice de la pobreza material del libro. En libros filosóficos fundamentalmente el método científico exige una adecuación justa, inseparable de fondo-forma. Este es primer elogio del libro de Sotelo. Según mis noticias es el primer libro en España dedicado íntegramente al pensamiento de Sartre. Por ello el autor se ha colocado en el oficio de guía. Las 158 páginas del libro constituyen una exposición clara y pedagógica del camino ideológico recorrido por Sartre desde la metafísica del absurdo de *La nausée* hasta su grandioso intento de fundamental *la Razón dialéctica*. No era fácil la tarea. No es Sartre escritor riguroso y «controlable». Su honda preocupación por el hombre, su lucidez la ha llevado a todos los campos, no como una especie de *Deus ex machina* para resolver mágicamente los problemas sino como testigo lúcido de ellos, como guardian contra cualquier intento de mixtificación o coartada. Sotelo ha optado por reducirse a su obra filosófica en sentido técnico y sus salidas a otros campos de la producción sartriana son sólo las indispensables. En este sentido alude a la famosa polémica Sartre-Merleau-Ponty sobre el descubrimiento de la historia por parte del primero y de manos del segundo, en el momento justo en que Merleau-Ponty abandonaba la lucha.

El «tecnicismo» de Sotelo nos deja en la oscuridad gran parte de la obra sartriana muy necesaria para comprender en toda su complejidad su pensamiento filosófico. Sin embargo sería injusto por nuestra parte quitarle valor a su exposición rígida, clara y ajustada del pensamiento filosófico de Sartre.

En la primera parte del libro estudia el proceso de Sartre desde el existencialismo metafísico de su primera época hasta el marxismo de la *Crítica*.

Nada tenemos contra la exposición que nos hace Sotelo del primer Sartre: su concepto de la conciencia que se trasciende en la cosa, en el mundo opaco del en-sí, del cual se diferencia ónticamente por la interrogación, la duda, la nada del para-sí que es la conciencia. La antinomia cartesiana del primer Sartre (en-sí - para-sí, Ser-Nada, afirmación-negación) nos da la clave de su existencialismo anarquizante. La libertad se confunde con la nada. «Esta posibilidad para la realidad humana de segregar una nada que lo aísla, Descartes, a partir de los históricos, le ha dado un nombre: es la libertad»³.

2. *Marx o la crítica como fundamento*, Madrid, 1967, p. 44-45.
3. *L'Être et le Néant*, p. 61.

Sólo queda una forma de vivir esta libertad: la angustia. Ya que «la conciencia se aniquila en nada y desde la nada tiene que elegirse». Cualquier intento de abandonar la angustia será para Sartre «mala fe». El proyecto humano es la identificación del en-sí para-sí, lo cual es ontológicamente imposible porque el para-sí existe en cuanto negación del en-sí precisamente. De ahí la famosa conclusión del *Ser y la Nada*: «El hombre es una pasión inútil». Este es el esquema que el primer Sartre aplica a todos los problemas de la filosofía: libertad, temporalidad, existencia, etc.

Desde luego estamos plenamente de acuerdo con H. Lefèvre el negar todo valor científico a estas categorías filosóficas producto de una otra abstracción «objetiva»: el filósofo burgués. El mismo Sartre lo reconocerá después.

Ni que decir tiene que, para el primer Sartre, el marxismo encarnaba la «mala fe». Según Sartre la conciencia humana, el hombre como proyecto de acción no tiene cabida en el marxismo. El marxismo es una concepción **naturalista**, «en-sista» del universo, de la realidad.

El desprecio del primer Sartre por las ciencias es realmente impresionante. En ello era hijo directo del danés Kierkegaard.

Consecuencia lógica era su desconocimiento de la historia **real**. La historia sólo significaría para él el modo de temporalización del para-sí (nada) en un mundo (ser).

Pero Merleau-Ponty y su vinculación incondicional a la Resistencia francesa le descubrirán la historia real como el terreno del hombre. «El intelectual, escribe Sotelo, se descubre no como un superhombre que está sobre lo divino y lo humano, para aprehender en la Idea, sino perteneciendo a un grupo, empuñando las armas, obedeciendo y mandando, en solidaridad y dependencia con otros hombres». Merleau-Ponty, su maestro lo había dicho con precisión: «Hemos aprendido la historia y pretendemos que es preciso no olvidarla».

Sartre a la zaga de Merleau-Ponty iniciaba el «aprendizaje» de la historia, de una realidad objetiva y supraindividual. Su famoso escrito **Los comunistas y la paz** se explica sólo dentro de la perspectiva de esta **conversión**. Así lo dijo después en **Les Temps Modernes**. Era entonces inaudito oír decir a Sartre: toda derrota del partido significa una derrota del proletariado.

El salto ha sido dado. La conversión se ha producido. «La reflexión filosófica del segundo Sartre parte del materialismo histórico». La conciencia de **El Ser y la Nada** ha sido sustituida por la praxis individual, en última instancia por la historia. Sartre acepta el marxismo como el horizonte filosófico de nuestra época, pero quiere profundizarlo críticamente. En primer lugar preguntándose por su fundamentación, caballo de batalla de siempre. Bien dice

Sotelo que «se trata de hacer evidente que el marxismo no es una filosofía de la historia sino la filosofía de la historia». Sartre plantea el problema de la inteligibilidad dialéctica, «[...] la afirmación de que la realidad humana es dialéctica tiene que parecer en principio problemática». Ahora bien Sartre está lejos del proyecto de G. Gurvitch que intenta una fundamentación empírica de la dialéctica. Para Sartre «la experiencia dialéctica es asequible a aquel que previamente está dentro de ella. O, dicho de otra forma, la razón dialéctica lo es a priori». Sotelo hace bien en explicar este **a priori** sartriano, al que por ejemplo Garaudy ha querido dar un sentido kantiano⁴ como categorías anteriores a toda experiencia histórica. «La razón dialéctica es a priori porque se muestra como **universal** y **necesaria**: es decir de ella hemos de tener una evidencia apodíctica [...] La fundamentación de la razón dialéctica consiste en hacerla inteligible. Y podemos hacerla inteligible porque es la inteligibilidad misma [...] funda su inteligibilidad [...] en la unidad del proceso del conocimiento y del movimiento del objeto». No escapa a Sotelo que Sartre se sitúa así dentro del pensamiento hegeliano. ¿Cómo es posible afirmar la unidad del proceso del pensamiento con el movimiento de lo real sin caer en el idealismo hegeliano? El marxismo «ortodoxo» había resuelto el problema fundando la dialéctica fuera del hombre. Pero para Sartre esto es inadmisibile, y constituye, según él, un «materialismo idealista» que afirma dogmáticamente que la materia, la naturaleza es dialéctica y que esta dialéctica la «sufre» el hombre, pura pasividad en este caso. Sartre quiere fundar una dialéctica materialista. Para ello sólo encuentra un camino: el materialismo «realista», «que el pensamiento descubre su propia necesidad en su objeto material descubriendo en el pensamiento, en tanto que es un objeto material, la necesidad de su objeto» (CRD, p. 131-132). La dialéctica así queda reducida al ámbito de lo humano, «de la realidad concreta del hombre-en-el-mundo». Lo humano salva la contradicción porque lo humano «aparece como la unidad contradictoria de pensamiento y materia, de subjetividad y mundo». Esta unidad es la **praxis**. La praxis es la garantía del materialismo dialéctico. La dialéctica ya no viene impuesta desde fuera sino que es el resultado del modo de ser de la realidad humana en un mundo y en una **historia determinados**.

El estudio de la praxis individual nos llevaría tiempo. El problema queda sin embargo claramente enmarcado. El punto de partida es la praxis individual. La inteligibilidad dialéctica comienza pues siendo inteligibilidad de la primera totalización en curso: la praxis humana.

En el estudio de la praxis individual Sartre llega

4. Preguntas a J.-P. Sartre. Buenos Aires, 1964.

—aún no despojado enteramente de su bagaje metafísico— a las categorías marxistas de necesidad (el organismo aparece como falta —*manque*— como necesitante del exterior), trabajo (el organismo como falta, como negación, proyectado hacia el mundo lo transforma, lo humaniza), relación humana («la relación humana surge de la pluralidad de actividades en el interior de un mismo campo práctico», la materia trabajada).

Para «salvar» a Sartre es necesario subrayar, como hace Sotelo, que la reciprocidad de la relación humana está siempre encarnada en circunstancias y condiciones sociales concretas. «El hombre no reconoce primariamente al hombre en el otro —«lo humano» como generalidad es una pura abstracción— sino a este obrero, a este oficinista, a este banquero, a este intelectual», no como entidades metafísicas sino en el proceso global de producción y de lucha de clases. En lo que Sartre quiere insistir es que para la explotación y la enajenación tengan un sentido, se sepa qué es que se enajena, hay que atender a la relación primera de reciprocidad, que nos descubre al individuo concreto dentro de la totalidad. «El opresor incluso reconoce esta relación primaria de reciprocidad, justamente en el intento de suprimirla. El dueño considera al esclavo como cosa, pero no por ello tiene menos presente su *realidad humana*, en cuanto toma sus precauciones para que no huya o se rebele».

Sartre funda esta relación unívoca de reciprocidad de los individuos en el concepto más primigenio de escasez, que surge de la relación primera del organismo con el mundo como falta. «La escasez es el mundo real de la relación de los individuos en el interior de un mismo campo en *cuanto no hay bastante para todos*». El concepto sartriano de escasez como explicativo de la inteligibilidad dialéctica de esta historia es el menos claro y más contradictorio; por un lado nos recuerda demasiado la metafísica de *El Ser y la Nada*, y por otro, como señala Sotelo, fundar la inteligibilidad de esta historia en la escasez es fundarla en lo empírico dado y por tanto negar —siguiendo los presupuestos sartrianos— su propia inteligibilidad dialéctica.

Fundamentalmente ligado a la escasez aparece el segundo momento de la inteligibilidad dialéctica: el de *necesidad*. La praxis —proyecto humano— se enajena en la materia trabajada, en lo que llama práctico-inerte o anti-praxis. «El resultado de mi praxis niega y sobrepasa el proyecto originario. Lo que pretendo es siempre distinto de lo conseguido» interpreta con justeza Sotelo. Las reminiscencias metafísicas del *El Ser y la Nada* son evidentes y habría que insistir en ello para comprender el mundo contradictorio en que Sartre se desenvuelve, un Sartre que no ha renunciado plenamente a su primera época en un concepto fundamental y clave

en todo su pensamiento: la libertad, a la que concibe como *puro* proyecto —proyección— humano, como para-sí, como *nada*.

A partir de la praxis individual desembocamos en el concepto de *colectivo*. «El colectivo se define por su ser, en tanto que toda praxis se constituye por él como simple exis, es un objeto material e inorgánico del campo práctico-inerte» (CRD, p. 307-308). «La síntesis de la materia y de la acción humana constituyen un colectivo». El colectivo, pues, como de ser del práctico-inerte establece entre los individuos la relación de *serialidad*. Sabemos que en Sartre este vocablo tiene un claro matiz peyorativo, pero a pesar de ello Sartre nos dice que significa la sociabilidad misma a nivel del práctico-inerte, se trata pues del ser social en su estructura primaria, nos dice Sotelo. «La relación primaria del hombre con las cosas produce la serialidad como una vinculación con la materia que *dépasse* y altera las relaciones humanas de reciprocidad», relación abstracta, de pura libertad. A nivel del práctico-inerte el hombre vive la libertad como negación. El mundo objetivo, el mundo de la materia trabajada aparece como lo que esclaviza al hombre. Únicamente podrá el hombre liberarse del yugo de la *serialidad*, de esta anti-dialéctica, mediante el salto a la dialéctica del grupo.

En este momento Sartre nos muestra, siguiendo el método comprensivo de la fenomenología⁵, una interesante descripción del proceso de formación del grupo revolucionario, es decir del paso de la *praxis individual* a la *praxis común*, concebida no ya como anti-praxis (a nivel del práctico-inerte) o negación sino como realización de la libertad, de la misma praxis individual en una historia real, determinada.

La génesis del grupo se entiende desde una necesidad común, una misma necesidad de defensa ante un peligro común. En la serie el aglutinante es siempre algo externo, en el grupo sin embargo el aglutinante de la unidad es vivido como algo interior al grupo.

El 12 de julio de 1789 el pueblo sabe que un ejército real de 35 000 hombres rodea París. Cunde el terror, y todos quieren salvarse particularmente, pero todos coinciden en la misma salida: el asalto a las armerías. Es un acto producido a nivel de serialidad pero su resultado objetivo ha supuesto un cambio cuali-

5. El método fenomenológico es el que Sartre mejor conoce y al que más vinculado está. Su propósito de incluirlo en la metodología marxista es completamente justo. El marxismo no es un materialismo mecanista que excluya las ideas de *proyecto* y *finalidad*, sino que trata de «comprender» la complejidad del proceso de totalización de lo real. Sin embargo el método fenomenológico ha perdido a Sartre un poco en el dualismo metafísico cartesiano. De ahí que a veces Sartre hable de la enajenación y del Terror, por poner por caso, sin una clara orientación racional —no meramente voluntarista— hacia la historia real.

tativo: la constitución del grupo. Todas las praxis particulares se han fusionado en el interior del grupo. El otro no es ya mi enemigo, sino que es mi otro yo; es reconocido como libertad; no como amenaza del hombre sino como salvación del hombre.

El próximo paso será la institucionalización del grupo. En el grupo en fusión mi praxis se totaliza en el mismo sentido que la del otro, la unidad sigue residiendo en la praxis individual. La descripción del grupo es parecida a la del para-sí de **El Ser y la Nada**: el grupo es un vacío óntico, es pura libertad, praxis común. Sin embargo, ¿qué sucede una vez desaparecido el peligro inmediato que ha dado lugar a esta fusión de praxis individuales? ¿Cómo evitar la vuelta a la serialidad?

Dos pasos señala Sartre:

—el juramento (yo decido **permanecer** en el grupo para conservar la libertad ganada, y me comprometo con el grupo).

—el Terror. El juramento nace por el temor a la disolución del grupo. La garantía de ello está en la disciplina, en lo que Sartre llama Terror. «El Terror es la violencia de la libertad común contra la necesidad en tanto que ésta no existe más que por alienación de alguna libertad»⁶. Al faltarle al grupo la presión externa debe hacerse interiormente coercitivo. Bien dice Sotelo que la Libertad y el Terror forman en Sartre la unidad dialéctica constitutiva del grupo. La libertad vivida como terror está en la base de la experiencia de la fraternidad.

A partir de aquí es posible la organización y diferenciación de funciones. El que acarrea panfletos o el que compra las cuartillas, por mecánica que sea su acción, no se siente desgajado del grupo, sino que porque yo tengo una función diferenciada puedo realizar mi proyecto. Cada miembro del grupo es mi hermano.

La tarea global del grupo es no caer en la serialidad. Sartre de esta forma termina por proclamar —al menos queda poco claro— una especie de profética «revolución permanente», demasiado pura y estética y alejada de la historia real. No olvidemos que Sartre nunca «prestó juramento» a un grupo **organizado**.

En la última parte de su libro Sotelo hace un balance crítico del «marxismo» sartriano. Es difícil captar el método marxista e incluso su misma problemática si no es desde dentro. No creemos que Sotelo esté dentro en este caso. Su crítica «economicista» de Marx nos parece desconocedora de los presupuestos filosóficos realmente revolucionarios de Marx. Carece de rigor apuntar la idea —no nueva por otro lado en ambientes filosóficos reaccionarios— del humanismo moralista del economista K. Marx. No es este el momento de discutir estos presupuestos que una

mera lectura de la obra de Marx echaría por tierra⁷.

Esta parte del libro de Sotelo nos parece la más floja, en lo que se refiere a la exposición de algunas categorías marxistas como enajenación, lucha de clases, poder. Sin embargo, si lleva razón, creemos, cuando dice que Sartre está lejos de Marx en el planteamiento y solución de problemas tan decisivos.

La vinculación a **El Ser y la Nada** le ha volcado hacia la pendiente hegeliana. «La enajenación fundamental viene de la relación unívoca de interioridad que une al hombre como organismo práctico con su medio» (CRD, p. 286). El origen de la alienación está en la escasez y se manifiesta como una objetivación. La lucha de clases recaba igualmente su origen en la escasez, que lanza al hombre para subsistir contra el otro hombre.

Desearíamos ver a Sartre más lejos de la metafísica y más cerca de la realidad, de la historia de las cosas reales. La **contingencia** de la escasez sartriana no es suficiente para fundamentar la historia real. ¿No llevará razón Sotelo cuando dice que el concepto de escasez en Sartre expresa la contradicción hombre-materia y es esta contradicción la que aparece como insuperable? En este caso Sartre está en un callejón sin salida, y al final no ha sabido decirnos por qué el terreno de la racionalidad es el de la lucha junto al proletariado; en resumidas cuentas no ha sabido darnos razón de la historia. Sartre tropieza al final con la misma abstracción metafísica: el individuo. «La realidad fundante, dice Sotelo, es para Sartre el individuo, para Marx las relaciones sociales [...] Para Marx la realidad humana como relación social no niega la subjetividad sino que la fundamenta». Y desde esta abstracción —el individuo— no se llega a la razón dialéctica, a no ser que convirtamos a este individuo en Dios, como hizo Hegel, pero tampoco nos serviría para fundamentar una dialéctica materialista. El mismo Sartre lo reconoce implícitamente, como bien dice Sotelo, al querer fundamentar la razón dialéctica «en hechos como la «escasez» [...] o el «juramento» cuyo sabor rousseauniano es innegable».

Ya hemos dicho que la exposición de Sartre por parte de Sotelo es muy válida y constituye una excelente guía de Sartre. De todas formas desearíamos que la entrada de Sartre en España fuese más polémica, más rica. El propio terreno sartriano es el crítico y polémico, implacable acusador de la hipócrita conciencia burguesa.

6. CRD, p. 448. Así dicho uno no sabe de qué terror se trata, cuál es su significado histórico.

7. K. Marx: **Filosofía social y sociología**, Barcelona, 1967; **Ideología alemana**; **Miseria de la filosofía**; **Los Manuscritos de 1844 sobre economía política y filosofía**, etc.

Sartre en España ha sido detestado. Sabemos bien por qué. Algo de esto le ocurrió también en Francia. Y los mismos comunistas llegaron a detestarlo tanto como los gaullistas. Ya es hora que se haga justicia a Sartre por parte de la izquierda. Por favor, mi querido Léo Figuerés, el enemigo del comunismo no es J.-P. Sartre. Es ridículo. Admirable que se alie con los católicos y la burguesía liberal y excluya a Sartre de esta alianza. ¿Molesta su crítica lúcida y mordaz? De lo que no cabe duda es de que todas sus contradicciones políticas tienen una misma base : la defensa de la libertad. Y es claro que a la hora de la verdad esta libertad está siempre bien delimitada, bien concretada : el FLN argelino, el FNL del Vietnam del Sur, los castristas cubanos, el proletariado francés, los estudiantes españoles, etc.

No es a Sartre a quien tememos, sino todo lo contrario. Nos alegra encontrarle siempre en el mismo frente de lucha.

Por ello quisiéramos que el próximo libro dedicado a Sartre en nuestro país nos mostrase su otro rostro : menos el filósofo « técnico » y más el político total que es.

Por otro lado Sotelo, ajeno a la metodología marxista, no ha sabido explicarnos el sentido, la riqueza de las mismas contradicciones del pensamiento sartreano, que sin duda abren enormes posibilidades de reflexión y profundización a la filosofía que « explica el movimiento general de la sociedad » : el marxismo. Siempre le deberemos sus denodados intentos por colocar al individuo desmitificado, al hombre particular y concreto, no abstracto, en el corazón de la historia. Con él coincidimos en el proyecto de una humanidad desalienada que subordine a sí el mundo de la « objetividad ». Este Sartre es evidentemente ajeno al « capitalismo en su fase imperialista », como simplista y dogmáticamente quería enmarcarlo G. Lukács.

Novedad Ruedo ibérico

Stanley G. Payne

Los militares y el poder político en la España contemporánea

Prefacio ; Introducción. La debilidad institucional de la España moderna ; 1. El fin de un orden ; 2. La era de los pronunciamientos : 1814-1868 ; 3. El derrocamiento de la primera república ; 4. El ejército durante la restauración : 1875-1895 ; 5. El desastre colonial ; 6. Las consecuencias de la derrota ; 7. El protectorado de Marruecos : 1908-1918 ; 8. Las juntas de defensa ; 9. La guerra del Rif ; 10. El pronunciamiento de Primo de Rivera ; 11. Primo de Rivera y Marruecos ; 12. Primo de Rivera y el ejército ; 13. El colapso de la Monarquía ; 14. Las reformas de Azaña ; 15. La Sanjurjada ; 16. El ejército en el bienio negro ; 17. El golpe militar de 1936 ; 18. La rebelión ; 19. La implantación de la dictadura de Franco ; 20. El ejército nacionalista en la guerra civil ; 21. La represión ; 22. El ejército de Franco ; Conclusión. Las bases del poder del ejército en la España moderna. Apéndice A : Datos bibliográficos de Francisco Franco. Apéndice B : Bajas falangistas y carlistas en 1937-1939. Notas. Bibliografía. Índice onomástico.

496 páginas

39 F

Marxismo y lucha de clase

El interés y la oportunidad de este libro* se concreta, en primer lugar, por la escasez de documentación sobre el tema, realizada por autores españoles. Un estudio breve en torno al nivel de conciencia de la clase trabajadora, según las fases de la evolución capitalista. La tesis fundamental subrayada es la **proletarización progresiva** generada con mayor incremento por el neocapitalismo. Contra las posiciones sociologistas y de los psicólogos sociales, que defienden la proliferación de clases, el autor sostiene que el sistema neocapitalista amplía desorbitadamente el área proletaria; que la concentración y control de capital por las clases dirigentes trae

de los no propietarios, al servicio del capitalismo como consecuencia inmediata el incremento masivo monopolístico. Es decir, el ensachamiento de la clase trabajadora. (Cosa bien distinta es las diferentes **actitudes psicológicas** dentro de los grados —mayor o menor— de estratificación.) Sentado esto, Recalde pone de relieve cómo el proletariado —en estos sistemas— puede inmovilizarse en un nivel de « conciencia reformista », aceptando las reglas de juego impuestas por el neocapitalismo, y en marcha a una integración en el sistema.

Desde esta perspectiva —que también puede ser de inoportuno optimismo político, muy ligado a análisis voluntaristas e idealistas de la realidad— la lucha de algunos sectores obreros (en suma, sencillamente reivindicativa) se verá mediatizada e incluso conducida a una serie de alianzas, precisamente con las mismas clases explotadoras. Se llega a negar el mismo contenido de la acción de clase y también la clase en sí misma. (Hecho éste al que se ha visto conducido un sector importante de la clase obrera de las nacionalidades ibéricas, sector fiel a posicio-

* J. R. Recalde : La conciencia de clase, Editorial Nova Terra, 122 p. Barcelona, 1968.

Francisco Carrasquer

Imán y la novela histórica de Ramón J. Sender

Primera incursión en el realismo mágico senderiano

Uitgeverij Firma J. Heijnis Tsz. Zaandijk
(Holanda) 1968, 394 páginas

Sumario : Introducción. Perfil sobre **Imán**. I. Comentario sobre **Imán**. Impresión global de la obra. Contenido de **Imán**. Composición de la novela. Estudio del protagonista. Personajes de **Imán** portadores de crítica. Descripción realista. Estilo e intención de **Imán**. II. La novela histórica. Mister Witt en el Cantón. Los tontos de la Concepción. Carolux Rex. La equinoccial de Lope de Aguirre. Tres novelas teresianas. Las criaturas saturnianas. La novela histórica de Sender. De **Imán** a **Las criaturas saturnianas**. Lo mágico en el realismo de Sender. Bibliografía. Índice onomástico.

nes y orientaciones que parecen olvidar el esquema de la lucha de clases.)

Señala el autor cómo una estrategia revolucionaria, encaminada a la creación de la sociedad socialista —pasando por la revolución socialista, como hay que deducir del contexto— provendrá del mayor o menor grado de conciencia de poder en el proletariado y, naturalmente, en las capas dirigentes del mismo. Tal posición, basada en la unidad de la clase trabajadora, tiene una proyección práctica de lucha constante y realista contra las oligarquías monopolistas, no pudiendo entrar en su táctica la alianza con unos sectores de las clases dominantes (Iglesia-catolicismo progresista, monárquicos, liberales, etc.). La lucha revolucionaria no puede caer en tales

errores que le costarían muy caros. La clase obrera, vanguardia revolucionaria (alcanzado el grado de conciencia de poder), materializa el proceso revolucionario, señala las perspectivas y lleva la dirección del mismo. Surge el revolucionario con una opción precisa que rechaza de lleno la política reformista de las alianzas con la burguesía.

Valdría la pena elaborar un ensayo más extenso sobre el contenido de este libro. Pero no queremos sacrificar esta noticia bibliográfica a la espera de trabajos posteriores de mayor amplitud.

Hay que señalar también que la bibliografía que adjunta Recalde es muy expresiva, por sí misma, de lo hasta aquí comentado. (G.M.)

Alguno libros distribuidos por Editions Ruedo ibérico

Filosofía marxista contemporánea

Georg Lukács	Prolegómenos a una estética marxista	(Grijalbo)	24,— F
Georg Lukács	Aportaciones a la historia de la estética	(Grijalbo)	33,— F
Adam Schaff	Filosofía del hombre	(Grijalbo)	18,— F
Karel Kosic	Dialéctica de lo concreto	(Grijalbo)	24,— F
A. Sánchez Vázquez	Filosofía de la praxis	(Grijalbo)	30,— F
Georg Lukács	La significación actual del realismo crítico	(Era)	15,— F
A. Sánchez Vázquez	Las ideas estéticas de Marx	(Era)	21,— F
Georg Lukács	Teoría de la novela	(DEA)	15,— F
Henri Lefevre	¿Qué es la dialéctica?	(DEA)	9,— F
Louis Althusser	La revolución teórica de Marx	(Siglo XXI)	15,— F
Herbert Marcuse	Eros y civilización	(Joaquín Mortiz)	15,— F

Algunos libros publicados por Editions Ruedo ibérico

Guerra civil española

Hugh Thomas	La guerra civil española (nueva edición aumentada)	48,— F
Gerald Brenan	El laberinto español	24,— F
Mikhail Koltsov	Diario de la guerra de España	33,— F
Stanley G. Payne	Falange. Historia del fascismo español	24,— F
Herbert R. Southworth	El mito de la cruzada de Franco	16,50 F
Max. García Venero	Falange en la guerra de España : la Unificación y Hedilla	51,— F
Herbert R. Southworth	Antifalange : crítica de Falange en la guerra de España, de Maximiano García Venero	30,— F
Luis Ramírez	Franco. Historia de un mesianismo	16,50 F

Ciudad rebelde

Novela * de gran interés para el militante revolucionario. Luis Amado Blanco, actual embajador de Cuba ante la Santa Sede, ha pretendido diseccionar acertadamente la situación en La Habana previa a la llegada de Fidel desde la Sierra. Muestra parte de un interesante proceso de agitación y subversión urbana. La lenta preparación de la ofensiva de los revolucionarios, a través del montaje organizativo, a nivel de la ciudad. Paralelamente, todo un montaje complejo de relaciones y manifestaciones puramente personales, muy unidas a la idiosincrasia cubana, que dan una gran riqueza a la narración. Se entresaca una cadena de hechos muy significativos, sobre los que gira la estructura narrativa. Queda de manifiesto la sensibilidad guerrera del pueblo cubano ante la dictadura de Batista, los mecanismos policiales y los sistemas de torturas ; el régimen de terror y de asesinato que incrementaron la oligarquía y Batista al verse definitivamente acorralados por el salto definitivo por el que optó la población. La ayuda de la ciudad a la Sierra y la coordinación entre ambas. El acato a la dirección de la lucha que Fidel trazaba desde el mando guerrillero.

* Luis Amado Blanco : **Ciudad rebelde**, Nova Terra, Barcelona, 1968.

Esta novela es la primera publicada en la península sobre la revolución cubana. Constituye un material positivo e indicador para los que actualmente luchan para liberarse del régimen dictatorial franquista. G.M.

Libertad en el arte

Este análisis crítico, variopinto y desigual, de la escritora comunista británica Honor Arundel ** se orienta a sentar posición en cuanto a la actitud que debieran adoptar los comunistas ante los complejos problemas del arte en la vida cotidiana. Como apéndice a **La libertad en el arte (The freedom of art)**, figura un sustancioso y polémico trabajo teórico de los autores soviéticos Kelle y Kovalson acerca del arte como forma de la conciencia social.

Las cuestiones del significado y tendencias de las artes se han convertido en la actualidad en problemas de viva y a menudo acalorada discusión. Con ello, ha venido a comprenderse que el arte es parte de la verdadera esencia de la vida misma y no un lujo para disfrute de minorías. ¿Hay una apreciación marxista sobre el arte, y cuál es? El concepto

** Honor Arundel : **La libertad en el arte**, Editorial Grijalbo, México, 1967.

de la responsabilidad social del artista, ¿contradice la libertad artística? ¿Se justifica la censura? ¿Qué les está sucediendo a las artes en los países socialistas? ¿Existe un futuro para el arte en el socialismo? La autora de este manojito de ensayos se plantea estas importantes preguntas, para, a renglón seguido, desarrollar una serie de respuestas medianamente convincentes.

El trabajo dedicado a Mac Diarmid y el renacimiento escocés quizás sea el más logrado y saludable de todo el conjunto. Los trabajos restantes, bienintencionados en su antiesquematismo, adolecen de escaso rigor crítico e incluso albergan un «dogmatismo abierto» nada eficaz. No obstante, su lectura posee cierto interés indudable: más a escala de fenómeno que de resultado propiamente dicho. U.

El cuento cubano

El crítico más destacado entre los nuevos escritores cubanos, Ambrosio Fornet, ofrece en esta Antología * un preciso panorama de los cuentistas de su país: del precursor Jesús Castellanos —que escribe en el 900 republicano, ante un país ocupado por los yanquis— al joven Jesús Díaz, miembro de la generación llegada a la literatura después del triunfo revolucionario de 1959. Entre uno y otro hay autores como Alejo Carpentier, Lino Novás Calvo, Virgilio Piñera, Calvert Casey, que han hecho de la narrativa cubana una de las más importantes en lengua castellana. La introducción que Fornet ha escrito para este volumen de Enciclopedia Era —cuidadamente editado, con una bella portada de Portocarrero— precisa el contexto sociopolítico en que ha surgido la literatura cubana.

* Ambrosio Fornet: Antología del cuento cubano. Ediciones Era, México, 1967.

La revolución devolvió al arte y al pensamiento de Cuba la fuerza y la coherencia adquiridas en el periodo de 1923 a 1932. Y al dar al pueblo una nueva confianza en su destino colectivo, otorga al escritor una nueva dignidad: hace del escribir una forma de enriquecer la conciencia de un pueblo empeñado en cambiar la vida y contribuir al desarrollo de una cultura más auténtica, universal y dinámica. U.

Morirás lejos

Con Morirás lejos ** —la sentencia aplicada a las víctimas que acaso resumirá también el destino que espera al verdugo— José Emilio Pachero logra un relato o una serie imbricada de relatos absoluta y voluntariamente al margen de la novela. Es una construcción verbal sin ningún propósito psicológico y una obra que sólo el lector puede completar o definir.

Al concepto de «creación» suma el de organización: reclama para la prosa narrativa esa libertad concedida a otras artes de poder emplear junto a la propia inventiva materiales ajenos: documentos y testimonios libremente elaborados que en estas páginas conviven con una historia que es pura fantasía. Con la misma arbitrariedad se emplean aquí los recursos estilísticos tradicionales y las convenciones de la «vanguardia». Hasta la falsa erudición y el falso esoterismo se convierten en la materia misma de un texto que opone a la idea de géneros la tentativa de una escritura total.

José Emilio Pachero (México, 1939) ha publicado dos breves colecciones de cuentos: La sangre de Medusa (1958), El viento distante (1963) y dos libros de poemas: Los elementos de la noche (1963), El reposo del fuego (1966). U.

** José Emilio Pachero: Morirás lejos, Joaquín Mortiz, México, 1967.

«Blanco» de Octavio Paz

Octavio Paz concibe al poema extenso como una forma distinta y regida por una lógica propia, no como una expansión o ampliación del poema breve. Dentro de su primer periodo, esta búsqueda culmina en Piedra del Sol, poema final de Libertad bajo palabra y comienzo de otra tentativa: la poesía en movimiento, los signos en rotación. Consecuencia con su nueva concepción, Octavio Paz ha escrito en los últimos años dos poemas largos: Viento entero (1965) y Blanco (1966). El primero es un poema que emite distintas realidades simultáneas y en movimiento. El segundo es un poema que presenta el movimiento de la realidad ***

Aparición, desaparición y reaparición de ciertos temas, presencias, palabras, obsesiones, la forma de Blanco es la de la espiral. Hay dos corrientes principales —palabra y erotismo—

*** Octavio Paz: Blanco, Editorial Mortiz, México, 1967.

que se unen, separan y vuelven a reunirse. El texto permite múltiples lecturas: es un racimo de significados, un poema que contiene varios poemas. Entre los procedimientos de que se sirve Paz hay uno, antiguo como la poesía misma, que consiste en enfrentar dos textos distintos que, de algún modo, producen un tercer texto. Hay ejemplos de este procedimiento en todas las literaturas. La época moderna lo ha rescatado y de mera curiosidad literaria —mencionada con escándalo en las historias académicas de la literatura— se ha convertido en una forma de creación no sólo poética sino musical (Boulez, Cage) y aun novelística (Butor, Cortázar). En México, tal vez en español, el primero que emplea esta forma es José Juan Tablada, en un corto poema que se llama **Nocturno alterno**. Por su parte y desde hace más de diez años, Octavio Paz ha escrito poemas breves utilizando el mismo método (**Espacio, Madurai**, etc.). Ahora lo emplea en un poema largo y complejo porque piensa que « esta forma ofrece al poeta (y al lector) la posibilidad de combinar dos elementos contradictorios: la extensión y la intensidad, la concentración y la sucesión, lo que pasa aquí y lo que pasa allá ».

La misma exigencia poética rigió la concepción visual de la página y explica las particularidades de esta hermosa edición de Editorial Joaquín Mortiz. La composición tipográfica es un aspecto de la composición verbal. Por una parte, es una suerte de puntuación, no ortográfica sino rítmica; por la otra, es el espacio en donde se despliega el signo escrito, análogo al tiempo de la elocución. La página tiende a evocar con relación a la continuidad abstracta con que nosotros vemos al tiempo y al espacio y la discontinuidad real del lenguaje y del pensamiento: lagunas, silencios, rupturas. La escritura no es sino un punto de partida, un texto inicial, sobre el cual se escriben la lectura o lecturas, nunca las mismas, que según su humor puede hacer el lector —esa criatura hipotética. U».

Ediciones Ruedo ibérico

Juan Goytisolo

El furgón de cola

Índice : El furgón de cola. La actualidad de Larra. Escribir en España. Los escritores frente al toro de la censura. La literatura perseguida por la política. Literatura y eutanasia. Estebanillo González, hombre de buen humor. La herencia del noventa y ocho o la literatura considerada como una promoción social. Cernuda y la crítica literaria española. Homenaje a Cernuda. Lenguaje, realidad ideal y realidad efectiva. Menéndez Pidal y el Padre Las Casas. Examen de conciencia. Tierras del Sur.

216 páginas

18 F

José Luis Abellán

Filosofía española en América (1936-1966)Ediciones Guadarrama
Madrid, 1967, 326 p.

Excelente panorámica —única además en su género— de lo que el exilio intelectual español ha hecho especialmente en la esfera de la filosofía. Amplios estudios sobre los principales filósofos españoles en América (Joaquín Xirau, Eduardo Nicol, José Ferrater Mora, José Gacs, Luis Recaséns Siches, Francisco Ayala, María Zambrano, Juan David García Bacca, Eugenio Imaz) e información bastante completa sobre todos los demás, país por país. Notamos la falta de un estudio, proporcionado a su creciente importancia, de Adolfo Sánchez Vázquez, cuyo libro fundamental **Filosofía de la praxis** es de todos modos posterior al excelente libro de Abellán. F.F.-S.

Francisco García Pavón

La guerra de los dos mil añosEdiciones Destino
Barcelona, 1967. 212 p.

Este libro recoge, encadenados, unos relatos que podríamos llamar de «ciencia ficción ibérica», con marcada intención política y social; y otros concebidos con un surrealismo personalísimo. Una imaginación extraña, bastante rara en las letras españolas, domina este libro de uno de los mejores cuentistas españoles de hoy. F.F.-S.

José María Maravall

Trabajo y conflicto socialEditorial Cuadernos para el diálogo
Madrid, 1967, 237 p.

El mejor texto español aparecido hasta el momento sobre el problema de la lucha de clases, especialmente en el terreno sindical, dentro de las sociedades capitalistas desarrolladas, así como también en España. José María Maravall, joven y ya brillante sociólogo, analiza agudamente el capitalismo contemporáneo y pone al descubierto sus mecanismos y justificación ideológica. Excelente información bibliográfica. F.F.-S.

Algunos libros publicados por Editions Ruedo ibérico**Poesía**

Carlos Alvarez	Noticias del más acá. Otras noticias	7,50 F
Antología	España canta a Cuba	7,50 F
Antología	Versos para Antonio Machado	
Gabriel Celaya	Episodios nacionales	2,70 F
Salvador Espriu	La pell de brau	16,50 F
	Texto bilingüe. (Traducción de J. A. Goytisolo. Notas de María Aurelia Capmany)	
Angel González	Grado elemental	
Blas de Otero	Que trata de España (edición completa)	21,— F

En las tres primeras series de **Cuadernos de Ruedo ibérico**, números 1 a 21, en **Horizonte español**, suplemento anual de la revista, correspondiente a 1966, y **Cuba: una revolución en marcha**, suplemento correspondiente a 1967, han sido publicados textos de:

Ramón Aboy
Alonso Aguilar
Ricardo Aguilera
José A. Aguilera Maceiras
Vicente Aleixandre
David Alexander
Aurelio Alonso
José Alvarez Baragaño
Pedro Altares
José Luis Aranguren
Arrabal
Máximo Arrieta
Antón Arrufat
Daniel Artigues
José Aumente
Max Aub

David Barea
Miguel Barnet
Carlos Barral
Lelio Basso
Juan Becarud
Mario Benedetti
Antonio Benítez
José Bergamín
Angel Bernal
Charles Bettelheim
Jordi Blanc
Roberto Branly
Alfredo Bryce
Salvador Bueno
Ramón Bulnes
Andreu Burriel

J.M. Caballero Bonald
Guillermo Cabrera
David Camps
José Cardona
Onelio Jorge Cardoso
Carpani
Alejo Carpentier
Victor Casaus
Camilo Castaño
Castelao
José María Castellet
Carlos Castilla del Pino
Fidel Castro
Raúl Castro
Gabriel Celaya
Luis Cernuda
Julio Cerón
Miguel Cervera

Camilo Cienfuegos
Juan Claridad
Fernando Claudín
Alfonso C. Comín
José Corrales Egea
Julio Cortázar
Alfredo Costafreda
Juan Carlos Curutchet
Belkis Cuza Malé

Faure Chomón
Che Lan Vien
Theodor Christensen

Anna Daurella
Regis Debray
Lorenzo de los Ríos
René Depestre
Edmundo Desnoes
Alberto Diazlastra
Eliseo Diego
Osvaldo Dorticós

Antonio Eceiza
Carlos Envalira

Francisco Ferreras
Samuel Feijóo
León Felipe
Pablo Armando Fernández
Santiago Fernández
I. Fernández de Castro
Roberto Fernández Retamar
Francisco Fernández-Santos
Antonio Ferres
Xavier Flores
Eva Forest
Ambrosio Fornet
André G. Frank
Enrique Fuentes

Eduardo Galeano
Enrique García
Martín García
Juan García Hortelano
Jaime Gil de Biedma
Pedro Gimferrer
Vicente Girbau
Maurice Godelier
Iñaki Goitia
José M. González Ruiz
José Agustín Goytisolo

Juan Goytisolo
Félix Grande
Alfonso Grosso
Alfredo Guevara
Ernesto « Che » Guevara
Nicolás Guillén
Michel Gutelman
Angel Gustalavida

Oscar Hurtado

Fayad Jamís
Adelaida de Juan
Santos Juliá Díaz
Julius

Marcos Kaplan

Yves Lacoste
José Lezama Lima
Riné Leal
Sergio León
Antonio Lettieri
Antonio Linares
Jesús López Pacheco
F.M. Lorda Alaiz
Rafael Lozano
Jaime Llosa

Ricardo Jorge Machado
Lucio Magri
José Maldonado
Manuel Maldonado-Denis
Serge Mallet
Pedro Marcos-Santibáñez
Herbert Marcuse
Ruy Mauro Marini
Luis Maristany
Robert Marrast
Luis Marré
José Martí
Gonzalo Martín
José Martínez
Juan Martínez Alier
Fernando Martínez Heredia
Manuel Martínez
Florentino Martino
Roberto Mesa Garrido
Felipe Miera
Gregorio Mieres
Julio E. Miranda
Joan Miser

Rodrigo Montoya	Luis Suardiaz	Feijóo
Nancy Morejón	Macrino Suárez	Fornes
Juan Naranco	Chandler Thompson	Genovés
Eugenio Nieto	Enrique Tierno Galván	Geordie
José Rogelio Nogueras	Raúl Torres	Ges
Gerardo Núñez	Santiago Torres y Castro	Guerrero
	Lorenzo Torres	
Lauro Olmo	Juan Triguero	
Enrique Oltuski	León Trotski	José Hernández
Lisandro Otero		Horacio
	José Miguel Ullán	
Heberto Padilla	José Angel Valente	Izamaga
Josep Pallach	Xavier Valls	
Leopoldo María Panero	Antonio Vargas	Fayad Jamís
Raniero Panzieri	Mario Vargas Llosa	
Miguel Parra	M.-C. Vial	
Luca Pavolini	Andrés Vidal	Lam
Antoliano Peña	Jean-Pierre Vigier	Luis
Pedro Pérez Sarduy	Juan Villa	
Phan Than Vinh	Angel Villanueva	
E. Pinilla de las Heras	Cintio Vitier	Martínez
Virgilio Piñera		Millares
Américo Pumaruna		
	Georges Waysand	
José María de Quinto		Novoa
	Martín Zugasti	Nuez
Luis Ramírez		
Juan José Real	y dibujos de :	Umberto Peña
José Ramón Recalde		Portocarrero
Juan Relayo		Posada
Luciano F. Rincón	Adigio	Pitín
Nelson Rodríguez	Albén	
Carlos Rafael Rodríguez	Alexis	Reade
Pedro Rodríguez	Aloñso	Rojo
Guillermo Rodríguez Rivera	Aníbal	
Joan Roig	Aristide	Saura
Esteban Romay		Socorro
José Romero Marcos	Beltrán	Sosa Bravo
R. Romero Meza		Nelson Sosa
Lázaro Rosso	Camacho	
León Rozitchner	Cardenas	
	Magali Carles	Tubal
Manuel Saizar	Carpani	
Juan Tomás de Salas	Castelao	
Victor Sánchez Zabala	Cattolica	Urculo
Nicolás Sánchez-Albornoz	César	
Adolfo Sánchez Vázquez	Cur	
Sergio de Santis		
Heleno Saña Halcón	Chago	Vasco
Jean-Paul Sartre	Chamaco	Pilar Vázquez
Jaime Sarusky		Vázquez de Sola
Alfonso Sastre		
Tomás Segovia	David	Zapata
Jorge Semprún		
Ramón Serra		
Blai Serratés		
Herbert R. Southworth		

Cuba

Antología	España canta a Cuba	(Ruedo ibérico)	7,50 F
Carlos Franqui	Cuba. El libro de los 12	(Era)	15,— F
E. Lieuwen	Armas y política en América latina	(Sur)	12,— F
Huberman y Sweezy	Cuba. Anatomía de una revolución	(Palestra)	18,— F
Ernesto « Che » Guevara	Condiciones para el desarrollo económico de América latina	(Palestra)	12,— F
—	Obra revolucionaria	(Era)	42,— F
E. Martínez Estrada	Mi experiencia cubana	(Siglo Ilustrado)	7,50 F
Leland H. Jenks	Nuestra colonia de Cuba	(Palestra)	18,— F
R. Freeman Smith	Estados Unidos y Cuba	(Palestra)	12,— F
E. Martínez Estrada	Martí : el heroe y su acción revolucionaria	(Siglo XXI)	12,— F

China

Julio Alvarez del Vayo	¡ China vence !	(Ruedo ibérico)	18,— F
Fernando Benítez	China a la vista	(Cuadernos Americanos)	15,— F
Charles Bettelheim	La construcción del socialismo en China	(Era)	21,— F
Giuseppe Boffa	La crisis del campo socialista	(Era)	18,— F
Lukács, Deutscher y otros	Pekín y Moscú	(Jorge Alvarez)	9,— F
Hu Sheng	El imperialismo y la vida política china	(Carymar)	9,— F
K. S. Karol	China : el otro comunismo	(Siglo XXI)	21,— F
Robert Payne	Mao Tse-tung	(Grijalbo)	33,— F
Lin Yutang	La vida en China	(Joaquín Mortiz)	7,50 F

Ruedo ibérico

Algunos libros distribuidos por Editions Ruedo ibérico

Guerra civil española

Gabriel Jackson	La república española y la guerra civil (1931-1939)	(Grijalbo)	36,— F
Claude G. Bowers	Misión en España	(Grijalbo)	24,— F
Pietro Nenni	La guerra de España	(Era)	15,— F
Luigi Longo	Las brigadas internacionales en España	(Era)	24,— F
Gral. Vicente Rojo	Así fue la defensa de Madrid	(Era)	21,— F
José Peirats	Los anarquistas en la crisis política española	(Alfa)	21,— F
Ramón Garriga	Las relaciones secretas entre Franco y Hitler	(Jorge Alvarez)	27,— F
Pierre Broué	Trotsky y la guerra civil española	(Jorge Alvarez)	6,— F
Aurora de Albornoz	Poesías de guerra de Antonio Machado	(Asomante)	12,— F
George Orwell	Cataluña 1937	(DEA)	12,— F

Marcuse

Herbert Marcuse	Eros y civilización	(Joaquín Mortiz)	15,— F
Herbert Marcuse	El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada	(Joaquín Mortiz)	15,— F
Herbert Marcuse	Cultura y sociedad	(Sur)	13,50 F
Marcuse, Fromm, Gorz, Horowitz y Olea	La sociedad industrial contemporánea	(Siglo XXI)	12,— F

H.R. Southworth

Antifalange :

Estudio crítico de

“ Falange en la

guerra de España”

de García Venero

Editions Ruedo ibérico. París

344 páginas 32 páginas de ilustraciones 30 F

Vietnam

Wilfred G. Burchett	La guerra de Vietnam	(Era)	18,— F
Wilfred G. Burchett	Habla Vietnam del Norte	(Era)	18,— F
Bernard Fall y Marcus G. Raskin	Para el expediente de la tercera guerra mundial : testimonios sobre el caso Vietnam	(Siglo XXI)	24,— F
Hoang Van Chi	Vietnam Norte	(Sur)	15,— F
Lê Châu	Del feudalismo al socialismo : la economía de Vietnam del Norte	(Siglo XXI)	27,— F
W. J. Pomeroy	Guerrillas y contraguerrillas	(Grijalbo)	7,50 F
Madeleine Riffaud	Con las guerrillas del Vietnam	(Grijalbo)	18,— F
John L. Swomley	El poder militar en los Estados Unidos	(Era)	21,— F
Robert Taber	La guerra de la pulga. Guerrilla y contraguerrilla	(Era)	18,— F

Algunos libros del Instituto del Libro de Cuba distribuidos por Editions Ruedo ibérico

Miguel Angel Asturias	Week-end en Guatemala	3,— F
Angel Augier	Nicolás Guillén. Notas para un estudio biográfico-crítico (2 tomos)	36,— F
Emilio Ballagas	Orbita de Emilio Ballagas	18,— F
Miguel Barnet	Cimarrón	15,— F
Wilfred Burchett	¿ Otra vez Corea ?	9,— F
Stokely Carmichael, James Baldwin, Martin Luther King Jr., Malcolm X, Leroi Jones	Now. El movimiento negro en Estados Unidos (Selección y prólogo de Edmundo Desnoes)	18,— F
Alejo Carpentier	El siglo de las luces	24,— F
Luis Cernuda	La realidad y el deseo (Primeras poesías - Egloga, elegía, oda - Un río, un amor - Los placeres prohibidos - Donde habite el olvido - Invocaciones a las gracias del mundo - Las nubes - Como quien espera al alba - Vivir sin estar viviendo - Con las horas contadas - Desolación de la quimera)	24,— F
Claude Couffon	En Granada, tras las huellas de García Lorca	13,50 F
Ruben Dario	Antología poética	3,— F
Edmundo Desnoes	El cataclismo	18,— F
Bernal Díaz del Castillo	Historia verdadera de la conquista de la nueva España (2 tomos)	18,— F
Roberto Fernández Retamar	Papelería	13,50 F
Carlos Franqui	El libro de los doce	9,— F
Ernesto Guevara	La guerra de guerrillas	4,50 F
Nicolás Guillén	El gran Zoo	6,— F
José Lezama Lima	Antología de la poesía cubana (3 tomos)	54,— F
José Martí	Obras completas (27 tomos)	396,— F
Marx y Engels	Manifiesto comunista	1,20 F
Moisés Moleiro	El MIR en Venezuela	7,50 F
Marta Rojas y Raúl Valdés Vivó	Vietnam del Sur	9,— F
Haydée Santamaría	Haydée habla del Moncada	7,50 F
Gregorio Selser	Sandino, general de hombres libres (2 tomos)	15,— F

B.D.I.C

CUADERNOS AMERICANOS

Ofrecemos las siguientes obras

Dólares

Hispanoamérica en lucha por su independencia por varios autores	2,—
Trayectoria ideológica de la revolución mexicana por Jesús Silva Herzog	1,20
La reforma agraria en México por Emilio Romero Espinosa	1,20
El drama de la América latina. El caso de México por Fernando Carmona	2,50
Guatemala, prólogo y epílogo de una revolución por Fedro Guillén	0,80
El panamericanismo. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson por Alonso Aguilar Monteverde	1,—
Historia de la expropiación de la empresas petroleras por Jesús Silva Herzog	1,50

A los precios anteriores se agregará el coste del porte postal

Representantes exclusivos en Europa

Editions Ruedo ibérico

5, rue Aubriot, Paris 4



cuadernos de

ruedo ibérico

22

24

diciembre

mayo

1969



8°P. 5439



c u a d e r n o s d e

Revista bimestral

Redactores-jefe
RAMON BULNES
JOSE MARTINEZ
JORGE SEMPRUN

ruedo ibérico

Directeur Gérant de la publication :
FRANÇOIS MASPERO

© Editions Ruedo ibérico

Tous droits de reproduction et de traduction
réservés pour tous pays.

Administration, diffusion et ventes :

203, avenue Pierre-Brossolette, Montrouge (92)
Boite postale 168-08 Paris
C. C. P. Paris 16.586-34

Imprimé par A. Cary. Colombes (Hauts-de-Seine)

número

22

24

diciembre 1968-mayo 1969

sumario

James Petras : Clases sociales y política en América latina 3

X **Venezuela** 25



Rodolfo Quintero : Tres conquistas de América latina 27

D.F. Marcos Zavala : Problemas principales y situación actual 49

Américo Martín : Pasado y presente 65

José Agustín Silva Michelena : El siglo XX 85

Domingo Alberto Rangel : Un ensayo de sinceridad 103

Hugo Calello : Subdesarrollo y estructura de clases en Venezuela 113

Marco-Aurelio Vila : La integración humanoeconómica en Venezuela 137

Ramón Losada Aldana : Fetichismo del petróleo 155

Héctor Malavé Mata : Aproximación al análisis estructural de la inflación en Venezuela 179

Salvador de la Plaza : Estructura agraria 213

Raúl Domínguez Capdevielle : El camino para una reforma agraria de tipo nacionalista 239

Alfredo Chacón : Identidad revolucionaria y autenticidad cultural 259

Libros recibidos 269

Pedidos y suscripciones a Ediciones Ruedo ibérico

203, avenue Pierre Brossolette, (92) Montrouge ● Boite postale 168-08, Paris
● C.C.P. 16.586-34 Paris

Precio de venta: Cuaderno ordinario 7,— F; cuadernos atrasados 14,— F

Condiciones de suscripción:	6 cuadernos ordinarios	6 cuadernos ordinarios y suplemento anual*
Francia	30,— F	50,— F
América latina (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US
América latina (correo aéreo)	16,— \$ US	24,— \$ US
Otros países (correo ordinario)	7,— \$ US	12,— \$ US

* El primer suplemento anual de Cuadernos de Ruedo Ibérico es Horizonte español 1966, tomo I: 288 p., 6 planchas fuera de texto; tomo II: 436 p., 10 planchas fuera de texto. Precio de los dos volúmenes: 51 F. Para poder adquirir la obra al precio de 20 F es necesario ser suscriptor de Cuadernos de Ruedo Ibérico, al menos a partir del número 4 inclusive. Los suscriptores que han abonado 50 F recibirán automáticamente el suplemento. Aquellos suscriptores que sólo han abonado 30 F deberán enviarnos 20 F. Para los no suscriptores será aplicado el precio de librería. Respecto al suplemento anual 1967, Cuba: una revolución en marcha, la suscripción mínima para tener derecho al suplemento cuenta sólo antes del nº 10.

La suscripción a Cuadernos de Ruedo ibérico da derecho automáticamente al 20 % de descuento en la compra de los libros pertenecientes al fondo de Ediciones Ruedo ibérico o de aquellas editoriales que Ruedo ibérico representa en Europa occidental. Solicítese el Boletín de Información Bibliográfica correspondiente (Cuadernos de Ruedo ibérico, BIB nº 4 y 9; libros de Ediciones Ruedo ibérico, BIB nº 7; libros de otras editoriales, BIB nº 6 y 8).

Cuadernos de Ruedo ibérico

Ayuda recibida (cuarta lista)

Número	Francos	Donante
138	50	J.S. (segunda aportación)
203	100	Ramón Lugiis

James Petras

Clases sociales y política en América latina

Introducción

En Latinoamérica, a diferencia de Europa occidental y Estados Unidos, la industrialización no ha sido un factor decisivo en la evolución de la estructura de clases. La urbanización, la burocratización, la comercialización de la agricultura, así como la influencia de fuerzas externas, de tipo social, económico y político han tenido un efecto más significativo en la naciente estructura social. La Industrialización se ha instalado ampliamente en un contexto establecido por estos otros procesos y fuerzas.

En años recientes han aparecido cierto número de estudios sobre diversos aspectos de la estructura social latinoamericana. A pesar de las limitaciones impuestas por la desigual calidad de esta literatura, el presente ensayo pretende sintetizar algunos de los hallazgos relevantes y especular sobre las perspectivas futuras de algunos de los estratos significativos de Latinoamérica. Este ensayo tratará principalmente sobre el comportamiento político de las clases sociales y de los segmentos dentro de cada clase y, el impacto de las relaciones en el interior mismo de las clases [*intra-class relationships*] sobre la evolución política.

Determinantes de la estructura social urbana

En la mayoría de los países latinos, las fábricas emplearon la clase trabajadora como fuerza social naciente, comparativamente tarde en la historia¹. Hasta la primera guerra mundial, la clase obrera industrial urbana estaba compuesta casi exclusivamente por artesanos de pequeños talleres. Únicamente en los países más grandes, especialmente en Argentina, Brasil, México y Chile, podían encontrarse núcleos de trabajadores empleados en enclaves económicos extranjeros. Los talleres contenían por regla general menos de cinco trabajadores. Existían pocos sindicatos u organizaciones políticas de la clase obrera, excepto en el sector minero. En el país más desarrollado industrialmente en la primera parte del siglo XX —Argentina—, núcleos de obreros industriales inmigrantes estaban ampliamente influidos por las ideologías anarquistas y sindicalistas, así como por la Ideología socialista europea. A través de toda Latinoamérica, la organización y la Ideología de tipo radical estaban limitadas a un pequeño

número de trabajadores, sobre todo artesanos y, tenían poco o ningún impacto entre los obreros no calificados y la fuerza laboral rural. Apenas existían sindicatos de masa y partidos socialistas.

En 1929, con la llegada de la depresión, la mayoría de los países latinoamericanos se vieron forzados, a causa de su restringida capacidad para importar bienes claves, a adoptar medidas para promover y proteger la industria nacional. En los años 30, el Estado intentó fomentar las industrias de bienes de consumo ligeros. Estas industrias requerían en gran medida el empleo masivo de mano de obra y absorbieron un incremento substancial de la fuerza laboral urbana. En el periodo posterior a la segunda guerra mundial, algunos países latinoamericanos han ido más allá de la producción de bienes no duraderos de consumo y están produciendo maquinaria pesada y bienes intermedios. La utilización de la tecnología moderna y el desarrollo de las industrias de utilización intensiva de capital se han traducido en un aumento del rendimiento *per capita*, pero en pocas oportunidades, si acaso alguna, de nuevos empleos para la creciente masa de migrantes rurales que ocupan las áreas suburbanas, que rodean las grandes ciudades². Grandes firmas norteamericanas y empresas europeas, ubicadas en Latinoamérica, utilizan la más moderna tecnología y, por tanto, proporcionan oportunidades a un pequeño número de empleados cualificados, pero ningún o casi ningún puesto de trabajo al gran número de parados « camuflados », incluidos frecuentemente en el « sector terciario »³.

A comienzos de siglo y, especialmente en las últimas décadas, ha habido un éxodo creciente del campo a las ciudades. Los que han llegado « tarde » han sido calificados como « urbanos », a pesar de que muchos de ellos residen en áreas extrurbanas y continúan manteniendo valores mezclados « rural-urbanos »⁴. Tanto desde el punto de vista espacial como sociológico, no existe una clara distinción entre los estilos de vida rural o urbano. La « urbanización » se ha producido por una diversidad de razones, entre las cuales las más importantes son, probablemente, la falta de oportunidades en el campo, la presencia de parientes y amigos y la esperanza de que en la ciudad haya trabajo seguro.

La urbanización no es un resultado de la necesidad de la industria, de mano de obra barata. La tensión social y la polarización en Latinoamérica son consecuencia, en parte, del hecho de que la acelerada urbanización ha coincidido con una decadencia del desarrollo de la industria de utilización masiva de mano de obra, y el incremento de la producción de maquinaria, por medio de las inversiones intensivas de capital⁵. A la decadencia relativa de los pequeños talleres, incapaces de competir con empresas mayores, corresponde el eclipsamiento de la Industria de mano de obra masiva por las máquinas automáticas. En estas circunstancias, la migración rural se ha traducido en la expansión de una amplia clase suburbana, que no es empleada en los talleres ni en las grandes empresas. Se puede encontrar este proletariado no industrial en todos los países latinos, tanto los más desarrollados como los más extremadamente subdesarrollados. Este proletariado suburbano no industrial cuenta con pocos

apoyos políticos entre las organizaciones obreras. Existiendo partidos que pretenden simples reformas, no están dispuestos a montar campañas serias para cambiar su condición socioeconómica estructural⁶.

Uno de los hechos más llamativos que se presenta en el estudio de la política latinoamericana, es la falta de solidaridad social que existe entre amplios sectores de la clase obrera urbana, en la mayoría de los países. Las causas de esta fragmentación social son numerosas y complejas. Un factor que ha sido observado es el de las desigualdades económicas existentes entre la clase obrera urbana y la debilidad numérica del proletariado fabril. La comprensión de esta falta de solidaridad social, requiere un análisis de las bases de las divisiones socioeconómicas de la clase obrera urbana⁷. Pueden distinguirse tres estratos distintos: trabajadores de «cuello blanco» (tanto empleados públicos como privados), obreros industriales y trabajadores no industriales, clasificados normalmente en el sector terciario, pero, en gran medida, compuesto por individuos activos semiempleados, como vendedores ambulantes y domésticos.

Trabajadores industriales: fábrica y taller

El número de obreros fabriles, empleados en grandes empresas, constituye una proporción muy pequeña de la población activa, incluso considerando como «grandes», empresas que emplean el reducido número de cien trabajadores. No obstante el aumento del número de obreros fabriles empleados en la industria, casi la mitad de la mano de obra industrial está compuesta por artesanos (47,3%)⁸. Los artesanos y los trabajadores independientes o empleados en establecimientos de menos de cinco componentes, son todavía más numerosos, en la mayoría de los países latinoamericanos, que los trabajadores fabriles. El predominio de los talleres no ha ayudado al desarrollo de un proletariado con conciencia de clase, ni al de organizaciones sociales de gran escala. El paternalismo y los vínculos personales y familiares caracterizan habitualmente la relación entre patrón y empleado, en el área del taller. La dispersión de pequeños núcleos de obreros en un gran número de establecimientos, plantea serios obstáculos a la comunicación de ideas, experiencias y bases de protesta, que podrían crear los lazos para una organización social⁹. Los trabajadores de los talleres pueden sentirse en una situación transitoria, al prever la posibilidad de llegar a ser personalmente propietarios de un taller y no es raro que puedan combinar actividades comerciales con su trabajo manual.

Los obreros fabriles están empleados en un heterogéneo medio industrial. Se encuentran en numerosas empresas pequeñas de baja productividad y bajos salarios, lo mismo que, en menor número, en grandes empresas. Entre las mayores, los trabajadores son empleados en las industrias de utilización de mano de obra intensiva, tecnológicamente atrasadas y económicamente ineficaces, que producen bienes de consumo, así como en las mucho menos numerosas industrias de empleo intensivo

de capital, tecnológicamente modernas, que producen bienes de capital. El número de obreros sin especializar sobrepasa con mucho el de los especializados¹⁰. La proporción de trabajadores empleados en grandes industrias modernas es menor al 5 % de la población activa latinoamericana; el número de obreros especializados se aproxima al 1 %. El crecimiento de la gran industria en Europa y en los Estados Unidos al concentrar un gran número de obreros especializados y no especializados en las fábricas, creó las condiciones para el nacimiento de las organizaciones obreras de masa¹¹. Estas condiciones faltan en la mayor parte de Latinoamérica. No existe una cultura obrera basada en la experiencia de las fábricas. Las pequeñas empresas dispersas han encontrado una manera individual y personal de resolver los problemas entre los diversos segmentos de la clase obrera urbana, cuya experiencia política está reducida a la sola empresa.

Los trabajadores del sector terciario : trabajadores de «cuello blanco» y los «sin camisa»*

Dos procesos relacionados entre sí han afectado igualmente la relativa fuerza social y política de la clase obrera: la burocratización y la urbanización. El crecimiento del capitalismo comercial y la importancia crucial del Estado en todos los aspectos de la vida económica y social, han producido en Latinoamérica un amplio grupo de empleados de «cuello blanco»¹². Estos se han multiplicado, a pesar del bajo nivel industrial de la mayoría de los países latinoamericanos, en el interior de empresas públicas y privadas —nacionales y extranjeras— del sector bancario y comercial, en cuerpos semiautónomos y, en oficinas del gobierno (que proliferan a cada cambio del mismo)¹³. El sector de servicios no fue el producto de una revolución tecnológica industrial en expansión. Los trabajadores de «cuello blanco» aumentaron, sobre todo con anterioridad a dicha revolución, para servir las actividades comerciales en aumento del sector de exportación de la economía, que estaba ampliamente controlado por los grandes terratenientes y por inversionistas extranjeros¹⁴. A continuación de la gran depresión, el incremento del intervencionismo estatal en la economía y la rápida expansión del número de bachilleres se tradujo en un aumento substancial de empleados de «cuello blanco» en las oficinas estatales. Dichos empleados han sobrepasado, en algunos países latinoamericanos, el número de obreros que trabajan en grandes empresas.

Los empleados de «cuello blanco», no propietarios, han organizado frecuentemente sindicatos legales o semilegales u otros tipos similares de asociaciones para promover sus intereses. En algunos países, como Uruguay y Chile, los empleados de «cuello blanco» se encuentran entre

* Hablamos indistintamente de sector de servicios y sector terciario, como opuesto al sector industrial —primario— y al agrícola —secundario—. *Shirtless* o «sin camisa» hace referencia al subproletariado urbano. «Descamisados» fue el término acuñado por el peronismo. NDT.

los grupos mejor organizados y « militantes »¹⁵. Concentrados en gran medida en la capital, frecuentemente en grandes oficinas y, sufriendo la inflación y/o los programas de austeridad, han mostrado una capacidad considerable para comprometerse en la acción social y política. A través de sus organizaciones políticas y sociales, han podido obtener cierta legislación sobre mejoras sociales y niveles salariales que los sitúan claramente aparte de la mayoría de los otros sectores del grupo urbano asalariado.

En contraste con los trabajadores industriales y los de « cuello blanco » y, en la base de la pirámide urbana, se halla el « subproletariado », el mayor grupo aislado de la ciudad. Clasificado como parte del « sector terciario », el subproletariado abarca una gran masa de individuos semi-empleados o irregularmente empleados que a duras penas se mantienen, por medio de una gran variedad de actividades mal retribuidas y de baja productividad: vendedores ambulantes de unos pocos artículos baratos, trabajadores domésticos, vigilantes de coches, limpiabotas, vendedores de periódicos y de lotería, trabajadores ocasionales al día, etc. El subproletariado urbano no está directamente relacionado con la producción industrial y, sin embargo, todavía rebasa el número de trabajadores fabriles, incluyendo los artesanos. La mayoría de los puestos de « servicios » mal retribuidos, es ocupada por migrantes rurales, mientras que los obreros industriales son reclutados entre los trabajadores ya urbanizados*. Así pues, existen entre los dos grupos, tanto diferencias culturales como económicas, que conducen a divisiones políticas. El subproletariado ha formado una proporción creciente de la población urbana activa; tendencia que ha llegado a ser todavía más evidente, en los últimos años. El fenómeno migratorio a la ciudad, que ha tenido lugar con independencia de la capacidad de la industria para proporcionar puestos de trabajo, ha creado una situación social aparentemente explosiva: una clase creciente de subproletarios, que viven una existencia extremadamente precaria, excluidos de los beneficios que pueda procurar al país una industria moderna tecnológicamente avanzada. Sin embargo, la verdadera posición socio-económica que el subproletariado ocupa en la sociedad, ha sido responsable del papel amollamente **no revolucionario** que aquél ha jugado en la vida política latinoamericana¹⁶.

El comportamiento relativamente conservador del subproletariado puede ser entendido a través de un estudio de su posición en el proceso productivo y de un examen de la clase de problemas que le interesan. Un gran número de las ocupaciones en las que aquél está empleado son « individuales ». El miserable « capitalismo de calderilla » de los vendedores callejeros les estimula a una identificación con los valores comerciales de la pequeña burguesía y no a las ideas de solidaridad de clase que se encuentra entre los obreros industriales. Otros están empleados en servicios personales —difícilmente se priva un miembro de la clase media, al

* Urbanizados, en el sentido de adaptados, en cierta medida, a los módulos y formas de la vida urbana. NDT.

menos, de una lavandera y/o una criada permanente—, sometidos a un control directo y a la influencia del empleador y sus valores. Por lo general, el pago se hace parcialmente en « especie » (habitación y manutención) y en metálico. El carácter extremadamente disperso de estas actividades laborales no favorecen un compartir de experiencias que podría conducir a la acción colectiva. En resumen, la naturaleza de la actividad profesional, llevada a cabo por los mal remunerados trabajadores de servicios, origina dependencia personal y paternalismo, individualismo y valores comerciales, en contraste con la conciencia de clase, resultado más propio de las grandes empresas impersonales, donde el vínculo del trabajador al puesto lo constituye únicamente el pago de un salario a cambio de trabajo.

Estas masas urbanas se diferencian de los obreros industriales, no sólo en cuanto a su posición en el proceso productivo, sino también, en cuanto a los problemas inmediatos a los que se enfrentan y, en consecuencia, en su orientación social y política. La preocupación inmediata de los obreros industriales es de **mejora**: protección de seguros sociales, aumentos de salarios, seguridad de empleo, promoción, etc. En contraste, la preocupación esencial del subproletariado no industrial es la **subsistencia**: encontrar un trabajo en la industria y/u otro tipo de institución que pueda proporcionar empleo seguro; obtener un sitio para construir una chabola y asegurarse un título legal sobre el mismo; lograr algunos servicios sanitarios mínimos (agua potable, electricidad, etc.). Para los habitantes del suburbio, no industriales, las organizaciones tradicionales basadas en las fábricas no han sido apropiadas. Ha sido imposible organizar el subproletariado en sindicatos, dada la heterogeneidad de las actividades profesionales en las que están empleados. En segundo lugar, por su alcance, los sindicatos, limitados a soluciones tales como las condiciones de trabajo y salarios dentro de cada empresa¹⁷, ejercen poca atracción sobre el subproletariado que se encuentra fuera de la fábrica. En tercer lugar, la restricción política y legal opera en el sentido de impedir las organizaciones economicosociales de base amplia y fomentar la fragmentación social y las relaciones de clientela que, a su vez, implican soluciones estrechamente concebidas para sectores específicos de la clase obrera urbana, en particular, los mejor organizados.

Los principales llamamientos políticos a la clase obrera urbana no industrial, han sido populistas, corporativistas o, una mezcla de ambos, más que llamamientos orientados de clase¹⁸. Las posibilidades de estructurar organizaciones orientadas de clase, entre los migrantes, pueden ser mayores antes de que se lancen a la ciudad, que una vez llegados al suburbio. Una homogénea fuerza laboral relativamente estable, tal como se encuentra entre los trabajadores rurales o en una comunidad minera, es susceptible de organización laboral y de su ideología. Por otra parte, los refugiados rurales que « emigran » a la ciudad, pierden su identidad social como parte de un grupo laboral. La configuración amorfa y la transitoriedad de las relaciones laborales e interpersonales en el nuevo

asentamiento suburbano, hace a aquéllos fácilmente accesibles a los movimientos demagógicos corporativistas y populistas¹⁹. La atracción de estos movimientos reside en su capacidad de ofrecer servicios marginales a individuos con desesperadas necesidades elementales. Peronismo, varguismo y aprismo, todos se dirigen a los nuevos habitantes del suburbio aunque, naturalmente, no sólo a ellos. Las variantes de extrema derecha, expresadas en organizadas dictaduras paternalistas (Odria en Perú, Pinilla en Colombia, Jiménez en Venezuela, etc.) promovieron amplios programas de obras públicas y apoyaron legislación social, legislación sobre seguridad del empleo, así como sobre el control del precio de alimentos básicos como, por ejemplo, la harina.

La atracción corporativista es la consecuencia del bagaje de actividades tradicionales traído del campo²⁰. Sin embargo, en algunas zonas de Latinoamérica, el izquierdismo crece con más fuerza entre la población rural, por lo que este « bagaje importado » pudiera tener un efecto radicalizante²¹. La atracción corporativista puede también reflejar el « conservadurismo » de individuos que experimentan un cambio ascendente en la movilidad social, al pasar de áreas rurales a urbanas. Sin embargo, según surge una nueva generación de habitantes del suburbio, es improbable que su marco de referencia, para valorar su posición social, continúe siendo el de sus padres. En cualquier caso, el tipo de movilidad ascendente experimentado es relativo y subjetivo: en efecto, en la ciudad el subproletariado no industrial se halla en la base. La explicación más plausible de la atracción corporativista puede encontrarse en la doble posición del migrante que habita en el suburbio. Sociológica y físicamente es, en parte rural y en parte urbano. Viviendo a las afueras de la ciudad, refleja al mismo tiempo la pobreza del campo y las aspiraciones de la ciudad. De un lado, experimenta una pérdida de identidad de la comunidad rural o minera de la que proviene y, de otro, no está integrado en un sindicato ni en un establecimiento industrial. El paternalismo urbano, en forma de atracción corporativista, proporciona un lazo con la nueva realidad, en la que las organizaciones liberales o izquierdistas no ofrecen nada o casi nada tangible. Más que el marxismo orientado de clase, corporativismo y populismo llegaron a constituir la ideología de las masas latinoamericanas, porque los grupos de izquierda tradicionales actuaban como organizaciones institucionalizadas de defensa de fracciones particulares de la clase obrera industrial²². La izquierda tradicional no se dirigió a los trabajadores no industriales y, por lo general, rara vez ha hecho un esfuerzo para elaborar programas acordes a sus necesidades.

Clase obrera urbana y revolución

Hasta aquí, hemos examinado las características de la sociedad urbana que impiden la solidaridad social y la política radical entre las clases asalariadas, tanto las que reciben un sueldo como las que cobran un salario [wage and salaried classes]. Hemos observado la ausencia de

vínculos entre los empleados, los trabajadores industriales y los no industriales y las diferencias de organización, orientación y comportamiento. Sin embargo, existe una serie de casos importantes, en los que las clases urbanas se han unido con éxito a la acción revolucionaria o, al menos, a movimientos que han desembocado en cambios significativos de tipo economicosocial. Estos casos sugieren que existen condiciones en las que las diferencias y obstáculos anteriormente descritos parecen haber sido superados.

Los obreros industriales han jugado un importante papel en la dirección de la revolución social (los mineros de estaño en Bolivia, 1952), proporcionando apoyo a la misma (los obreros de las centrales azucareras de Cuba) y sosteniendo un régimen de reforma popular nacional (proletariado industrial de Argentina, durante el periodo peronista)²³. En Cuba y, especialmente en Bolivia, los trabajadores, aun siendo una minoría de la población activa estaban concentrados en comunidades de ocupaciones homogéneas, en el interior de las cuales podían crear una cultura política radical. Durante cierto tiempo, estos trabajadores constituyeron importantes grupos de difusión de ideas radicales. En Cuba, la presencia de un liderazgo político que fue capaz de combinar la política revolucionaria con un énfasis populista, más bien sobre las condiciones de vida, desempleo, impotencia, etc., que sobre la situación de empleo en sí, permitió una movilización masiva que agrupaba amplios estratos de población, incluyendo trabajadores industriales, no industriales y de «cuello blanco». El blanco del populista revolucionario era la explotación realizada por la sociedad (no por el capitalismo). En la ciudad, el conflicto se presentaba, amplia pero no exclusivamente, en el aspecto de alojamiento, y no de producción. La consecuencia de este estilo de política fue que se creara en la calle y en las áreas alejadas el sentimiento de identidad colectiva (la experiencia de compartir problemas y una lucha comunes), tan claramente ausente en los suburbios de emigrantes. La política de «lucha de clases» se reveló a los habitantes del extrarradio, explotados fuera de la moderna industria, a través de la movilización populista revolucionaria. En Argentina, el modelo de desarrollo industrial concentró trabajadores inmigrantes del interior y del exterior del país [**migrant and immigrant workers**], en un número relativamente pequeño de grandes empresas, en la provincia de Buenos Aires (que cuenta con el 66 % de toda la producción industrial argentina)²⁴. La habilidad de Perón para movilizar un apoyo masivo a sus programas de distribución de la renta, acción social y sindicalismo industrial, fue en gran medida facilitada, por la concentración de la clase obrera industrial.

En toda Latinoamérica, allí donde el desarrollo económico ha estimulado la concentración de trabajadores, ésta ha hecho aptas generalmente las fuerzas sociales para una organización política radical de masas. En Chile la principal base para la izquierda marxista la han constituido, en el pasado y actualmente, los mineros y los obreros industriales²⁵. Los mineros, a pesar de su limitado número, han sido además agentes eficaces en la politización de otros estratos explotados, tanto campesinos como trabaja-

dores urbanos. Esto sugiere, que tanto factores cualitativos (enrolamiento, habilidad organizativa), como cuantitativos, son importantes para determinar el papel político de los obreros industriales. En Venezuela, durante su primera fase radical, « Acción Democrática » atrajo un considerable apoyo de los obreros concentrados en la industria petrolera²⁶. En Perú, los trabajadores agrícolas de las grandes plantaciones de azúcar y algodón, poseídas por extranjeros, proporcionaron al APRA su base humana, durante sus primeras luchas revolucionarias²⁷. La revolución dominicana de 1965 y la resistencia a la ocupación militar estadounidense, constituye quizá el mejor ejemplo de solidaridad de clase y entre clases [**intra-class and inter-class solidarity**]: empleados de « cuello blanco », obreros industriales, el subproletariado y los trabajadores de la gigantesca firma azucarera « El Romano », se integraron en brigadas de combate²⁸. Sin embargo, con la restauración del viejo orden, se produjo de nuevo la fragmentación política y se incrementaron, una vez más, las diferencias sociales.

La idea de que la mano de obra no es « revolucionaria » en Latinoamérica, no es válida, si examinamos las experiencias políticas de un considerable número de países²⁹. Lo que es evidente es que la mano de obra urbana en Latinoamérica no es una entidad homogénea, preparada para levantar barricadas en cualquier momento de la historia. Fracciones del movimiento laboral, tales como obreros industriales, mineros y trabajadores agrícolas, han llegado a ser la base de movimientos revolucionarios más amplios, cuando han sido capaces de comunicarse y organizarse (en la ausencia de una represión intensiva o donde un gobierno simpatizante intentaba movilizar el apoyo de la clase obrera) y donde ha surgido un liderazgo revolucionario que ha reconocido los rasgos y necesidades específicas que caracterizan la fuerza laboral urbana. En algunos casos, como en Perú con el APRA, en Venezuela con « Acción Democrática » y en Argentina con los sindicatos peronistas, un doble proceso de desradicalización de los grupos dirigentes y de burocratización de la organización, se traduce en un viraje en la orientación de la acción de la clase obrera, que pasa de reivindicaciones de cambios estructurales a soluciones económicas mucho más limitadas³⁰. A pesar del mantenimiento de la retórica revolucionaria, estos grupos políticos, a través de sus políticas de sindicalismo comercial, han aumentado la separación socioeconómica entre trabajadores industriales y no industriales, entre la mano de obra organizada y no organizada. Con el paso del tiempo estas diferencias se han acentuado. Esto ha contribuido a la indiferencia manifiesta, entre grupos de sindicalistas organizados, hacia la multitud de problemas sociales de sus compatriotas menos afortunados.

Las élites económicas urbanas : industriales y hombres de negocios

El cambio de una sociedad rural a una urbana, y de la actividad agrícola a la comercial e industrial, se ha traducido también en una influencia cada

vez mayor de las élites económicas y administrativas urbanas. Las decisiones que afectan a las políticas gubernamentales, concernientes al desarrollo económico y a los cambios sociales, han sido influidas crecientemente por el comportamiento y actitudes de las élites industriales. La cuestión que examinaremos es la de si las modernas élites urbanas están orientadas hacia cambios estructurales y un desarrollo económico dinámico.

Los industriales en Latinoamérica son rara vez hombres que se han hecho a sí mismos [*self-made-men*], elevándose desde la base de la sociedad. La gran mayoría, o bien provienen de las élites dirigentes tradicionales, o bien son inmigrantes de clase media que emigraron a Latinoamérica. En su estudio de empresarios industriales de grandes firmas de Chile, Johnson observó «... este grupo de chilenos se compone ampliamente de miembros de familias de la élite tradicional nacional...»³¹ Estudios sobre las élites industriales en Perú, Brasil, Argentina y México, sugieren conclusiones similares³². Raras veces individuos de origen marginal, las élites urbanas industriales y comerciales forman parte integrante del sistema social. Los empresarios tienden a orientarse hacia la conservación de las relaciones sociales existentes y la búsqueda del apoyo de las fuerzas políticas y sociales que comparten sus perspectivas. La mayor parte de los industriales y hombres de negocios de Latinoamérica, habían nacido en una situación relativamente privilegiada, recibido una educación por encima de la media normal y comenzado su carrera desde una posición relativamente alta. El empresario, por su origen social y experiencia, tiene poco contacto con las clases bajas populares, y no es probable que desarrolle ninguna identificación estrecha con sus problemas y luchas. Los orígenes sociales, la educación y el tipo de carrera de los empresarios, les exponen a los valores de la clase tradicional superior y de la clase media, al tiempo que identifican ampliamente sus objetivos con aquellos grupos a los que se encuentran más estrechamente ligados. A través de los vínculos familiares y de amistad con miembros de la élite terrateniente, es más probable que el hombre de negocios urbano mantenga una perspectiva conservadora que no favorable a modificar la estructura social existente. Una vez establecidas en la economía, las élites económicas urbanas se encontraron absorbidas en la tarea de proteger sus monopolios y oligopolios recientemente establecidos³³. Hacia los primeros años de 1960, existían pocas posibilidades para nuevos empresarios de participar en algún mercado establecido.

Muchas de las prácticas y actitudes del pasado continúan igualmente en las industrias modernas: firmas poseídas por familias, relación social paternalista entre empresarios y obreros, etc. Dada su posición preponderante en el nuevo complejo industrial urbano, es muy improbable que estas élites económicas intenten romper las barreras del desarrollo económico.

Las nuevas élites industriales no actúan autónomamente, sino más bien dependen, en diversos grados, de fuerzas económicas externas³⁴. Las empresas mayores atraen más fuertemente el capital extranjero. Muchos

de los bienes producidos están patentados en el exterior, e inversionistas extranjeros poseen substanciales participaciones en muchas grandes empresas. Las élites comerciales e industriales de Latinoamérica, en el mejor de los casos, comparten el control de sus economías con compañías estadounidenses. Este vínculo de dependencia justifica en gran medida la falta de sentimientos de fuerte nacionalismo entre las élites urbanas.

Un fuerte intervencionismo estatal ha ayudado ampliamente a grandes firmas, que han sido las principales beneficiarias de las finanzas y créditos estatales. Por ejemplo, las grandes compañías tienen un tratamiento preferencial en la compra de empresas públicas productivas que han sido vendidas al sector privado. Esta historia de vínculos estrechos entre gobierno e industria favorece la introducción y la promoción de instituciones políticas corporativas. A causa de sus lazos con las instituciones políticas que se suceden, no es probable que los hombres de negocios o los industriales latinoamericanos se comprometan en una actividad política innovadora, que podría trastornar sistemas de relaciones establecidas, con futuros departamentos gubernamentales.

Los empresarios de las mayores firmas detentan generalmente direcciones en varias empresas y bancos, lo que conduce a una alta concentración del poder económico³⁵. La naturaleza cerrada del *statu quo* económico limita las posibilidades de los industriales que se comprometen « en una reforma parcial a nivel de empresa ».

Uno de los sectores menos analizados en la literatura del desarrollo es el de las relaciones entre negocios y agricultura. La hipótesis no probada que sirve de base a los más impresionantes informes, es la de que existen dos sectores, que son representados por grupos distintos³⁶. Datos recogidos sobre los hombres de negocios más importantes de Chile indicaban que casi la mitad, o bien eran propietarios de grandes fincas o estaban relacionados con éstos por vínculos de familia³⁷. La extensa coincidencia entre la gran propiedad terrateniente y los grandes negocios invalida, en gran medida, la noción de que existen en Latinoamérica conflictos sectoriales básicos, entre las élites urbanas y las élites rurales tradicionales. Una de las razones políticas más importantes de que la agricultura no haya sido reformada es que ello requeriría un ataque frontal a los grandes hombres de negocios urbanos, influyentes políticamente. La ausencia de conflictos importantes entre las élites rurales y urbanas, con la llegada de la industrialización en los años treinta, puede ser imputada a la coincidencia recíproca de sus componentes. Los lazos de parentela y los vínculos de propiedad entre los negocios y la agricultura proporciona, quizá, una útil explicación de la falta de apoyo a la reforma agraria por parte de los industriales.

El conservadurismo de las élites urbanas industriales no se limita, sin embargo, a las soluciones rurales. Un reciente estudio, sobre el empresario industrial en Latinoamérica, indicaba que su « aprobación » de los sindicatos era reforzada con la exigencia de un mayor control estatal. El estudio observaba que « una fuerte proporción de empresarios apoyaban la idea

de que el Estado debía aumentar su control sobre las organizaciones obreras, especialmente en relación con las peticiones de aumentos salariales y derecho de huelga»³⁸. El tipo de sindicato que tienen en la mente la mayor parte de empresarios es el de «variedad instituida». En las presentes circunstancias, lo que los empresarios aprueban es una estructura sindical débil, altamente fragmentada, en la que, con pocas excepciones, cada fábrica posee su propio sindicato y el 85% de la fuerza laboral no está organizada en sindicatos verdaderamente independientes.

Un examen de conjunto de la élite empresarial chilena muestra que más del 82% es partidaria del mantenimiento del actual sistema de sindicalismo fragmentado, o de un aumento del control estatal, con vistas a una ulterior restricción de las actividades básicas³⁹. Menos del 15% son favorables a una mayor libertad para los sindicatos.

Las élites urbanas industriales conservan su posición por medio de una multiplicidad de instituciones y prácticas cuyo contrafuerte lo constituye el apoyo estatal. Los empresarios, esencialmente integrados en la economía, subvencionados por el Estado, protegidos de la competencia exterior y controlando el mercado interno a través de monopolios y direcciones instituidas, integran una fuerza básicamente conservadora, interesada en la estabilidad del sistema social. Representados en el sistema político por los partidos, teniendo acceso directo a las oficinas estatales para el regateo político, por lo general tienen influencias en la mayoría de las coaliciones. Su asociación con las élites tradicionales, coloca a los empresarios en una posición desfavorable para tratar los problemas planteados por el estancamiento económico y la exclusión de la población rural de la política. Los empresarios, por formar parte de la clase dirigente, han pasado a ser el blanco de los nuevos insurgentes. Encerrados en las antiguas coaliciones, aquéllos han llegado a identificar su prosperidad con el mantenimiento de la estructura tradicional de poder y autoridad.

Un factor más importante que fomenta el estancamiento económico es la rigidez de clases, que comprende renta, mercados, oportunidad y movilidad social. Los problemas de desarrollo económico y cambio social residen en el fracaso de las empresas para proporcionar mayores oportunidades a la gran masa de clase inferior, e incluso para crear nuevas empresas. El progreso social llevado a cabo por los esfuerzos iniciales de los industriales, su rentable manipulación del Estado y su promoción de nuevas empresas han acabado por crear nuevos problemas y barreras para un ulterior desarrollo. El problema no está en la falta de industria; se trata de problemas creados por un complejo de monopolios, oligopolios y pequeñas empresas ineficaces.

Estos problemas plantean serias dudas sobre la capacidad de los movimientos políticos que pretenden el apoyo de la moderna élite económica urbana para reorientar grupos acostumbrados a cambios limitados y a la seguridad económica, convirtiéndolos en una fuerza dinámica que promueva cambios sociales básicos (incluyendo la integración del campesinado en la sociedad) y el desarrollo económico.

La élite administrativa

Cuanto más se han modernizado los países de Latinoamérica, más difícil se hace para los partidos de clase media actuar como fuerzas políticas coherentes que dirijan la economía hacia un crecimiento rápido y sostenido y hacia una extensión de las oportunidades sociales⁴⁰. El incremento de la modernización ha conducido a un mayor quebranto de los partidos de clase media. Bajo las condiciones de la creciente polarización social, la burocracia ha llegado a ser el mayor despacho de dirección de los problemas sociales y de manejo de conflictos. Mientras gabinetes y coaliciones cambian frecuentemente y mientras los partidos experimentan bruscos cambios en cuanto a su fuerza, la continuidad y estabilidad del sistema político es mantenida por la burocracia⁴¹.

Los principales grupos de la burocracia que hacen política, los principales departamentos y secciones, así como los profesionales, guardan una estrecha semejanza en su comportamiento con los grupos de « cuellos blancos » occidentales⁴². En términos de identificación de clase, se identifican con la clase media. De una manera general y vaga, son favorables al cambio social. En su estilo de vida, se orientan más hacia el consumo que hacia el ahorro. Las élites de la burocracia urbana se diferencian de la clase media tradicional latinoamericana, que se identifica con la vieja aristocracia. Los miembros de la burocracia muestran pocas similitudes con la anterior burguesía occidental orientada hacia el ahorro y la austeridad.

El tipo específico de innovaciones que las élites burocráticas tienden a favorecer, como sus iguales en otras partes del mundo, consiste en cambios cuantitativos dentro de la estructura de la sociedad. Estas élites secundan programas que preconizan la ampliación de la base en materia de enseñanza, la estabilidad económica y el pleno empleo. A pesar de la evidencia del problema, la mayoría de los miembros de la burocracia no han concedido una clara prioridad a soluciones como la reforma agraria —que podría alterar la estructura del poder socioeconómico—, o los programas intensivos de viviendas de bajo coste, así como la redistribución efectiva de la renta nacional. Los planes de desarrollo que intenten ir más allá del simple carácter cuantitativo, encontrarán probablemente resistencia por parte de la élite administrativa. A pesar de que los altos cargos administrativos se pronuncien frecuentemente en favor de una ideología colectivista o « estatal » y muestren su hostilidad a la libre empresa sin limitaciones, en su comportamiento práctico siguen políticas aceptables para las élites económicas urbanas dominantes. Dos rasgos, pues, caracterizan la élite burocrática: una ideología radical sin consecuencias radicales inmediatas y su compromiso en soluciones de corto alcance, consistentes por lo general en reformas liberalizantes.

El esfuerzo necesario para que una seria industrialización conduzca a la superación del estancamiento crónico que aqueja a la mayor parte de las economías latinoamericanas, es debilitado por el comportamiento clara-

mente de consumo de las élites administrativas. Las exhortaciones del gobierno, dirigidas a obreros y empleados, al trabajo, al sacrificio y al ahorro, no son tomadas en cuenta, porque son contrastadas con el estilo de vida de los mismos altos funcionarios que las hacen. El actual comportamiento forzando la obtención de satisfacciones inmediatas —no de austeridad— ha influido y continúa influyendo las clases inferiores y constituye el modelo que orienta su comportamiento. En este sentido, los valores de la élite burocrática tienen un efecto directo e indirecto sobre el proceso de desarrollo. Ampliamente al servicio de las élites económicas, rurales y urbanas, es dudoso que la élite administrativa esté cerca de iniciar ninguna innovación significativa en el plano económico o social.

La estructura social rural y radicalismo agrario

En la actualidad, los campesinos han desempeñado un papel decisivo en México, Bolivia y, más recientemente, en Cuba⁴³. Los revolucionarios Latinoamericanos depositan cada vez más su confianza en el campesinado como soporte de la revolución social, en parte, a causa de su importancia numérica en la mayoría de los países y su creciente conciencia política y, en parte, por el éxito en Cuba de la guerrilla entre los campesinos. Recientemente, en varios países latinoamericanos, los campesinos han surgido como una poderosa (y quizá revolucionaria) fuerza política, cuya fidelidad es disputada. Desde los primeros años de la década de 1960, en la mayoría de los países, ha sido intensa la agitación sobre la reforma agraria. En Chile, por ejemplo, el número de campesinos implicados en las huelgas triplica de 1964 a 1965, y un gran número de granjas han sido ocupadas por los mismos. Las organizaciones demócratacristianas, socialistas y comunistas se han mostrado activas entre ellos, estableciendo organizaciones independientes de campesinos cada vez más numerosas.

Sin embargo, en los últimos tres años, el número de movimientos campesinos, en países tan diversos como Perú, Brasil, Guatemala y Colombia, que prometían un gran desarrollo en el interior de las masas revolucionarias, ha ido en decadencia⁴⁴. Un factor importante que ha causado tal decadencia ha sido la represión masiva por parte del gobierno y de los terratenientes. Los grupos iniciales de líderes y la base social de soporte de la izquierda política han sido los primeros en sufrir la represión estatal. Uno de los resultados de la misma ha sido el miedo o la indiferencia, o ambos, entre los campesinos ya implicados, que pueden ser, incluso, más difíciles de superar que el miedo de la iniciación política⁴⁵. Por otra parte, la represión puede tener como consecuencia inmediata la derrota y, a largo plazo, según la naturaleza de la derrota sufrida, el estímulo para el desarrollo de una conciencia política radical⁴⁶.

La fuerza laboral agraria latinoamericana está envuelta en una gran variedad de relaciones socioeconómicas. Sin entrar en una descripción detallada, generalmente podemos distinguir varios estratos distintos en

el campesinado : a) jornaleros y arrendatarios ; b) aparceros ; c) pequeños propietarios⁴⁷.

Los pequeños propietarios, que constituyen la mayoría del campesinado, poseen menos del 5 % de la tierra, mientras que los grandes terratenientes, cuyo número no sobrepasa el 5 % de los propietarios agrícolas, poseen más del 50 % de aquéllas. La gran propiedad es, pues, la institución socio-económica dominante en las áreas rurales.

Fundamentalmente, existen dos clases de grandes fincas en Latinoamérica : la hacienda o el fundo y la plantación⁴⁸. La hacienda ha sido, con mucho, la unidad más importante en el campo. Hasta hace poco, sus relaciones internas han sido esencialmente tradicionales y patriarcales. En contraste, las plantaciones son unidades de gran escala, poseídas en gran parte por extranjeros, y que producen cosechas comerciales para la exportación, al tiempo que emplean un gran número de jornaleros. Donde predomina el sistema de plantación, se llega a la destrucción del tradicionalismo y del paternalismo y, frecuentemente, se socava o desplaza a la élite latifundista indígena. En las plantaciones, los campesinos poseen, en gran medida, normas seculares y un *ethos* de consumo, limitado por sus ingresos salariales y su capacidad adquisitiva. Las relaciones entre la dirección —a menudo estadounidense— y el asalariado son ampliamente impersonales y basadas en el nexo monetario. En la mayor parte de Latinoamérica, la hacienda, la estructura agraria y el poder de los terratenientes están basados, en gran medida, en el mantenimiento de la sumisión del campesinado. Aislados y adheridos a la tierra, los campesinos constituyen una base de poder seguro para grandes terratenientes, que han disfrutado de una autoridad suprema en sus dominios. En la hacienda, una parte principal de la fuerza laboral está compuesta por arrendatarios —campesinos que trabajan los campos del terrateniente y contribuyen a otros tipos de labores, a cambio de ciertas contraprestaciones mínimas—. Hasta hace poco, la vida de los arrendatarios se centraba casi exclusivamente dentro de la hacienda. Estaban más o menos bajo el régimen del terrateniente, que instituía la ley, rara vez, si acaso alguna, desafiada desde dentro o desde fuera de la hacienda.

A comienzos de 1950, y hasta los primeros años del 60 —antes de la racha de golpes militares de derecha—, las alianzas de fuerzas políticas de centro e izquierda aprobaron leyes que facilitaban a los arrendatarios agrícolas y otros campesinos votar por los partidos según su preferencia. En algunos casos, bajo la presión de la izquierda revolucionaria y, en otros, por su propia iniciativa, los principales partidos políticos presentaron soluciones al campesinado, que, con anterioridad, no eran tema de debate público⁴⁹.

Aparte de estas evoluciones políticas que han contribuido a aumentar la politización y radicalización del campesinado, han ocurrido en el campo una serie de cambios pequeños, pero acumulativos⁵⁰. La electrificación, la radio de transistores, el aumento de carreteras y medios de transporte, han facilitado la comunicación entre los campesinos, en diferentes áreas del

campo y han hecho posible romper su aislamiento, así como el que hayan sido afectados por nuevas interpretaciones de sus condiciones de existencia y por llamamientos a cambiarlas. Las grandes haciendas han llegado a ser destinadas, cada vez más, a la producción para el mercado. Las compañías agrícolas han cobrado importancia, en relación a los grandes terratenientes individuales, poseyendo en la actualidad una proporción considerable de la tierra. Tanto la producción de cosechas con propósitos industriales, como la mecanización creciente de la hacienda, han contribuido a cambios en el contexto externo y en las relaciones internas de las fincas; cambios que tienden a socavar sus estructuras tradicionales. Los campesinos que han emigrado a las ciudades mantienen contacto con sus familiares y amigos del campo y sus experiencias se convierten pronto en parte de las presiones acumulativas para el cambio de las formas de pensar de los campesinos. Incluso los que se quedan en el campo pueden actualmente visitar la ciudad y tomar contacto con un modo diferente de vida. La posibilidad de abandonar la hacienda por la ciudad, proporciona también a los arrendatarios rústicos una mayor oportunidad de independencia respecto al terrateniente, no diferente de la del trabajador libre. Dentro de las mismas grandes haciendas, el trabajo a jornal ha ganado en importancia. Muchos de los jornaleros, que forman una parte importante de la fuerza laboral de la hacienda, provienen de familias de arrendatarios y constituyen otro factor importante de influencia en el cambio de mentalidad de estos últimos.

Los jornaleros se encuentran considerablemente más libres del condicionamiento de la hacienda y del dominio personal del terrateniente, que los aparceros o los arrendatarios. Muchos de los jornaleros rurales dejan sus familias en los pueblos, para buscar trabajo en fincas distantes o en empleos eventuales en las ciudades, como mineros, obreros fabriles o de la construcción. La búsqueda de trabajo les conduce a tomar contacto con otros campesinos, con quienes pueden confrontar sus experiencias. El contacto que muchos tienen con obreros industriales, proporciona a los trabajadores rurales un gusto por los sindicatos, por los conflictos de clase, antes que la sumisión y por las posibilidades inherentes a la organización de clase, al tiempo que les prevé de explicaciones nuevas de la realidad social. A causa de su extensa comunicación con otros de su misma clase, su contacto con obreros organizados, sus experiencias al contrastar situaciones sociales y su falta de fidelidades especiales a un hacendado específico, los trabajadores rurales se darán cuenta, probablemente más que los arrendatarios rústicos, los aparceros o los pequeños propietarios, de los intereses comunes que comparten con otros campesinos y trabajadores y aceptarán interpretaciones radicales de su situación común. Experiencias políticas de algunos países latinoamericanos apoyan esta observación. En Cuba, los trabajadores agrícolas de la industria azucarera constituían una fundamental base social prerrevolucionaria comunista y han sido también una base importante de la revolución misma. En Perú y en Venezuela, el APRA y Acción Democrática, en sus primeros

y más combativos intentos de organizar al campesinado y cuando sus slogans tenían todavía un significado revolucionario, procuraron y lograron conservar su mayor apoyo entre los trabajadores del campo⁵¹. Un reciente estudio de las actas electorales presidenciales de 1958 y 1964 de Chile, descubre que los jornaleros agrícolas fueron, más probablemente que los otros campesinos, los que votaron por la alianza socialista-comunista, el Frente de Acción Popular (FRAP)⁵².

A pesar de que las condiciones socioeconómicas facilitan la politización y radicalización de los trabajadores del campo más que la de otros estratos, los campesinos propietarios, los aparceros y los arrendatarios rústicos, se han movilizado para una acción política radical, cuando organizadores políticos exteriores han proporcionado un vínculo entre los campesinos —una forma de comunicación y confrontación de experiencias. Centros de fuerza obrera organizada como, por ejemplo, centros mineros, que se encuentran cerca de las comunidades campesinas, les han proporcionado liderazgo, organización e ideología, que radicalizan el campesinado por medio de una ayuda concreta en sus vidas cotidianas⁵³.

Los movimientos guerrilleros, esperando obtener fuerza entre el campesinado, intentan proporcionar el vínculo entre los campesinos dispersos. La movilidad de la guerrilla y el empleo selectivo de la violencia contra los odiados terratenientes y su camarilla, crea lazos de unión entre guerrillas y campesinos. Ernesto « Che » Guevara, uno de los líderes de la revolución cubana, observaba que los reclutamientos efectivos para las guerrillas en Sierra Maestra —y una importante base social de la guerrilla en el campo— provenían de campesinos, como los cultivadores de café de las tierras altas, que « por naturaleza » estaban extremadamente aislados entre sí y eran precisamente, según dice Guevara, los más conscientes de sus cualidades, los menos proletarizados y « pequeños burgueses » del campesinado⁵⁴. Los factores socioeconómicos que impiden a los estratos rurales radicalizarse son superados, cuando existe una participación consciente como agentes políticos en el proceso social, participación que puede constituir el eslabón entre las condiciones objetivas de existencia del campesinado y la evolución de las respuestas subjetivas a estas condiciones, concretamente, un comportamiento político de izquierda. Así pues, si el proletariado rural históricamente ha constituido la base de la izquierda en el campo, ello no significa que, en un próximo futuro, dada la decadencia de la influencia política de las élites tradicionales en las áreas rurales, otros estratos campesinos no puedan también llegar a ser organizados y movilizadas por la izquierda.

Tendencias en las políticas latinoamericanas

Las políticas latinoamericanas están en un continuo flujo. Periodos de conformismo (tales como hace unos años), en los que juntas militares o regímenes civiles de estrecho control aumentan, siendo desmantelados los

movimientos populares y reducida la actividad de las organizaciones obreras y campesinas a « conflictos económicos », alternan con otros tiempos (los últimos años de la década de 1950 y primeros de 1960), en los que movilizaciones de masas urbanas y rurales y cambios políticos radicales parecen estar a la orden del día. En años recientes, informes que han intentado definir « la » situación política en Latinoamérica o « el » papel de la clase obrera, campesina o media, han hecho normalmente generalizaciones sobre la base de periodos de tiempo limitados y han sido extremadamente selectivos en los datos presentados⁵⁵. Como consecuencia, estos informes no reflejan el proceso histórico, que es más extenso. Repetida y equivocadamente, los sociólogos han hecho generalizaciones, partiendo de actitudes y acontecimientos particulares, sin molestarse en analizar la relación entre las sucesiones históricas y las respuestas individuales, en un momento dado, o la vinculación entre reivindicaciones particulares y la evolución de amplios movimientos sociales y políticos. Estratos de la clase obrera urbana han apoyado y, en algunos países continúan apoyando, líderes políticos radicales y revolucionarios —especialmente donde no van a ser fusilados o encarcelados largo tiempo por hacerlo. Los campesinos participan en sindicatos « reformistas » que intentan conseguir la satisfacción de necesidades inmediatas mientras continúan apoyando programas de reestructuración básica de la sociedad.

Los sindicatos que se han estructurado según el modelo de los sindicatos comerciales de los Estados Unidos y que funcionan simplemente para defender el standard de vida de sus miembros (interesándose poco por soluciones que afecten a la mayoría de los trabajadores miserablemente pagados que no son miembros), se muestran cada día más ineficaces en la obtención de sus limitadas metas. El estancamiento económico y la intransigencia creciente de los dirigentes de los negocios, respaldados por los regímenes militares, han forzado, en algunos casos, incluso a esta élite laboral, a aceptar las congelaciones de salarios y sueldos, y aun a su suspensión. Los sindicatos obreros, que han llegado a un alto grado de burocratización y han perdido su fervor revolucionario, son cada vez más ineficaces en los últimos años. La proporción de la fuerza laboral activa que aquéllos representan, ha decrecido. Frente a los regímenes autoritarios, los funcionarios sindicales han mostrado poco del ímpetu y de la combatividad necesaria para movilizar la fuerza laboral, con vistas a lograr siquiera las ventajosas marginales que, con anterioridad, habían obtenido. Las organizaciones de trabajadores, burocráticas y orientadas económicamente, se enfrentan a problemas políticos graves, mostrándose singularmente impreparadas par tratarlos en un plano efectivo. El viejo estilo de negociación —en el que los burócratas sindicales eran tan hábiles—, no da ningún resultado con las élites conservadoras, tan prominentes hoy día en algunos grandes países latinoamericanos. La descomposición de los sindicatos en Argentina y del partido laborista en Brasil, las divisiones, defecciones y expulsiones de Acción Democrática (y sus sindicatos asociados) en Venezuela, la desintegración del Movimiento Nacional Revolucionario

(MNR) y sus sindicatos en Bolivia, el surgimiento de sindicatos radicales rurales y urbanos rivales del APRA, una vez dominada la CGT, en Perú, son ejemplos que vienen al caso⁵⁶. La extinción de la política de negociación se ha puesto particularmente de manifiesto en los países latinoamericanos más evolucionados e industrializados, que poseen las estructuras sindicales más importantes y desarrolladas. Cualesquiera que sean las específicas reivindicaciones que los trabajadores latinoamericanos puedan expresar, es obvio que, en las presentes circunstancias políticas (en que más de dos tercios de la población de Latinoamérica están bajo el régimen de gobiernos militares o gobiernos civiles controlados por militares), las restricciones que afectan a la organización y movilización, están mermando las posibilidades de un cambio gradual aumentativo. Como consecuencia, los sindicatos moderados han ido perdiendo influencia sobre sus miembros, algunos de los cuales se activizan, mientras que otros se vuelven indiferentes o apáticos.

Las posibilidades de coaliciones entre clases, que envuelvan fracciones de clase obrera organizada y la clase alta, y que lleven a cabo cambios en sectores específicos de la economía (reforma agraria o nacionalización de empresas extranjeras), son cada vez menos probables, debido al repliegue sobre sí mismas de las élites económicas. Pueden encontrarse en número creciente inversionistas extranjeros, empresarios industriales y comerciales y grandes terratenientes como directores y/o dueños de las mismas empresas.

Existen indicios, sin embargo, de que están surgiendo nuevas fuerzas sociales que pueden vigorizar las políticas reformistas o radicales.

El creciente número de trabajadores de «cuello blanco» en Latinoamérica y su vulnerabilidad a la inflación, a la imposición fiscal regresiva y a las congelaciones de sueldos, han originado una nueva base social para políticas radicales. En alguno de los países más evolucionados, concretamente Uruguay y Chile, los trabajadores de «cuello blanco» (empleados de Banco, maestros, sanitarios, empleados públicos de todas clases, etc.) se han comprometido en luchas militantes, recurriendo, en algunos casos, a huelgas generales. La mayoría de los líderes activos que dirigen el sindicato de trabajadores de «cuello blanco» de ambos países son marxistas. El incremento de un grupo de «cuello blanco» no propietario, dependiente de un salario y sometido a las mismas condiciones de relación patrono-empleado que existe entre los obreros industriales, en los países más avanzados de Latinoamérica, ha conducido a alianzas entre los trabajadores fabriles (*blue collar workers*) y los de «cuello blanco» —fenómeno completamente extraño hace unos años. Más que hablar de una creciente clase media en Latinoamérica, parece más exacto describir este proceso como el aumento de la proletarianización de la clase media. Con la expansión de la gran industria moderna y la decadencia relativa de la clase media propietaria independiente, los empleados de «cuello blanco» organizados se han convertido cada vez más, en elementos importantes en la política nacional.

Una fuerza política potencialmente dinámica la constituye la segunda generación de habitantes del suburbio, los hijos de los migrantes rurales que crecen ahora en un medio urbano. Estos no han experimentado, ni las ventajas marginales ni la represión que impidieron a sus padres participar en movimientos políticos radicales. La juventud suburbana sin empleo, entre los quince y los veinticinco años, desempeñó un papel extremadamente importante en la resistencia a la ocupación de la República Dominicana, por parte de los Estados Unidos⁵⁷. Disponibles para la movilización política por soluciones concretas, continúan siendo difíciles de organizar sobre una base permanente, puesto que la mayor parte de ellos carece de puestos fijos de trabajo.

Es posible, sin embargo, con la creciente ola de golpes militares, que las condiciones para la movilización política masiva se vuelvan difíciles y que la tendencia de alejamiento de la política de clientela sea temporalmente invertida, es decir, que el paternalismo y las relaciones personales tradicionales entre gobernantes y gobernados resurjan, por algún tiempo, en los asentamientos urbanos⁵⁸.

En el campo, el impulso de los artifices-de-la-política estadounidenses y de las élites latinoamericanas se orienta hacia la mecanización y racionalización crecientes de la producción agrícola⁵⁹. En algunos países, como Perú y Chile, se han hecho intentos infructuosos de crear una clase de pequeños granjeros, como contrapeso a los campesinos sin tierra, entre los cuales el número de militantes va en aumento. En las áreas rurales, el impulso de mecanización está menoscabando los lazos de lealtad tradicionales e intensificando las tensiones sociales. A pesar de que la represión gubernamental no ha impedido una especie de modernización desde arriba, en áreas rurales, no es seguro que los grupos rurales insurgentes puedan ser contenidos indefinidamente. Una nueva rebelión rural y urbana, comprendiendo trabajadores de «cuello blanco» industriales y agrícolas, podría trastornar las inestables combinaciones de compromiso, que han impedido a algunos de los mayores países latinoamericanos experimentar profundos cambios políticos y sociales.

Notas

1. La exposición de esta parte se basa en datos obtenidos de las Naciones Unidas, Consejo Económico y Social, Comisión Económica para Latinoamérica, Symposium sobre el desarrollo industrial: El proceso de desarrollo industrial en Latinoamérica, vol. I, II, III (ST/ECLA 23/L. 2 de diciembre de 1965, Santiago de Chile); Naciones Unidas, Comisión Económica para Latinoamérica: Estudio económico de América latina, 1963 (Rev. E/CN.12/696, 1 de noviembre de 1964, Nueva York); Naciones Unidas: El desarrollo económico de Latinoamérica en la postguerra (Rev. E/CN.12/659, 1, Nueva York, 1964).

2. Para un estudio general sobre la evolución social latinoamericana en el periodo posterior a la segunda guerra

mundial, véase Naciones Unidas, Consejo Económico y Social: Desarrollo social de América latina en la postguerra (E/CN.12/660, abril de 1964, Mar del Plata, Argentina); André Gunder Frank: «Pobreza urbana en Latinoamérica», Estudios de Desarrollo Comparado, vol. II, nº 5, 1966-1967.

3. Para un estudio detallado del impacto de la nueva industrialización en Brasil, véase Glaucio Ary Dillon Soares: «La nueva industrialización y el sistema político brasileño», en James Petras y Zeitlin (ed.): Latinoamérica: reforma o revolución (Nueva York, Fawcett, 1963), p. 186-201. Anibal Quijano: «Dependencia, cambio social y urbanización en Latinoamérica», Cuadernos de Desarrollo Urbano Regional, marzo de 1963, 3-48.

4. DESAL: América latina y desarrollo social (Santiago de Chile, DESAL, 1965), vol. I y II; Armand Mattelart y Manuel A. Garretón: Integración nacional y marginalidad (Santiago de Chile, 1965); para un estudio de la continuidad urbana-rural y el nuevo tipo de individuo —los «cholos»—, véase Julio Cotler: «Los mecanismos de dominación interna y cambio social en Perú», *Estudios de Desarrollo Comparado*, vol. III, nº 12, 1967-1968, 240.
5. John Friedmann: «Una teoría general del desarrollo polarizado», Fundación Ford/Programa consultivo urbano y regional en Chile, Santiago de Chile, diciembre de 1967 (mimeo).
6. Julio Cotler describe la separación entre estratos como «neutralización de los participantes» e «incorporación por segmentos». «Los mecanismos de dominación interna y cambio social en Perú», op. cit., p. 240-241.
7. Naciones Unidas, Comisión Económica para América latina: *Estudios sobre la distribución del ingreso en América latina* (E/CN.12/770, 29 de marzo de 1967). El proceso de desarrollo industrial en Latinoamérica, op. cit., p. 124-136.
8. El proceso de desarrollo industrial en Latinoamérica, op. cit., p. 125.
9. Frank Bonilla: «El trabajador urbano» en John J. Johnson (ed.): *Continuidad y cambio en Latinoamérica* (Stanford, 1964), 196.
10. La relación diferencial de sueldos varía de 1/2 en Brasil a 1/5 en Colombia, véase *El proceso de desarrollo industrial en Latinoamérica*, op. cit., 131-133.
11. S.M. Lipset: *El hombre político*, Nueva York, 1963, ch. 7.
12. Marcos Kaplan: «Estado, dependencia externa y desarrollo en América latina»: *Estudios Internacionales*, vol. II, nº 2, julio-septiembre de 1968, p. 179-213; y por el mismo autor: «Desarrollo socioeconómico y estructuras estatales en América latina», *Cuadernos de Desarrollo Urbano Regional*, nº 5, diciembre de 1967, 1-27.
13. Probablemente, el caso más extremo lo constituye Uruguay, donde existen 230 000 empleados del gobierno y 350 000 obreros retirados, con un total de fuerza laboral activa ligeramente superior a un millón de personas. Eduardo Galeano: «Uruguay: Promesa y traición», en Petras y Zeitlin, op. cit.
14. Luis Ratinoff: «Los nuevos grupos urbanos: las clases medias», en S.M. Lipset y Aldo Solari (ed.): *Elites en América latina*, Nueva York, 1967, p. 61-93.
15. Sobre Uruguay, véase Roque Faraone: *El Uruguay en que vivimos*, Montevideo, 1965. Durante el año 1968, aparecieron en el semanario uruguayo *Marcha* informes semanales sobre las huelgas, las huelgas generales, y los conflictos entre los sindicatos de empleados públicos y el gobierno. Sobre Chile, véase Jorge Barria Serón: *Trayectoria y estructura del movimiento sindical chileno 1948-1963*, Santiago, 1963.
16. E.J. Hobsbawm: «Campesinos y emigrantes rurales en política» en Claudio Véliz (ed.): *La política de conformismo*, Nueva York, 1967, p. 43-65. Véase también Hello Jaguaribe: «Nacionalismo brasileño y la dinámica de su evolución política», *Estudios de Desarrollo Internacional Comparado*, vol. II, nº 4, 1967-1968. *Barriadas de Lima*, Centro de Investigaciones Sociales, Ministerio de Trabajo y Comunidades, Lima, 1967.
17. Para un estudio de la vertiente moderada «economicista» de la actividad laboral latinoamericana, véase Henry Landsberger, «¿Es revolucionaria la élite laboral?» en S.M. Lipset y Aldo Solari: *Elites en Latinoamérica*. Nueva York, 1967, 256-300.
18. Para un estudio del populismo en el medio latinoamericano, véase Torcuato Di Tella: «Populismo y Reforma en Latinoamérica», Nueva York, 1966, 47-74.
19. La comparación de Germani de Argentina bajo Perón con los movimientos fascistas europeos, aclara la diferencia de bases sociales y de resultados de ideologías «corporativistas», aparentemente similares. Gino Germani: «Sociedad de masas, clases sociales y nacimiento del fascismo», *Estudios de Desarrollo Internacional Comparado*, vol. III, nº 10, 1967-1968.
20. E.J. Hobsbawm: «Campesinos y emigrantes rurales», op. cit., 47.
21. Anibal Quijano: *Movimientos campesinos contemporáneos*, Lipset y Solari (ed.): *Elites en Latinoamérica*, op. cit., p. 301-342.
22. Osvaldo Sunkel: «Cambio y frustración en Chile», en Claudio Véliz (ed.): *Obstáculos al cambio en Latinoamérica*, op. cit., 116-144. Véase también Espartaco: «Crítica del modelo politicoeconómico de la izquierda oficial», *Trimestre económico*, 121.
23. Sobre Cuba, véase M. Zeitlin: «Política revolucionaria y la clase obrera cubana», Princeton, 1967. Sobre Bolivia, véase Antonio García: «Los sindicatos en el esquema de la revolución nacional», *El Trimestre económico*, octubre-diciembre de 1966. Torcuato Di Tella: *El sistema político argentino y la clase obrera*, Buenos Aires, 1964.
24. El proceso del desarrollo industrial en Latinoamérica, op. cit., 148-149.
25. J. Petras y M. Zeitlin: «Mineros y radicalismo agrario», *Revista sociológica americana*, vol. 32, nº 4, agosto de 1967, p. 578-586.
26. Robert Alexander: *Fuerza laboral organizada en Latinoamérica*, Nueva York, 1965.
27. Quijano: «Movimientos campesinos contemporáneos», op. cit., p. 308.
28. José Antonio Moreno: *Aspectos sociológicos de la revolución dominicana* (Conferencia no publicada, pronunciada en la Universidad de Cornell en 1967).
29. Los estudios que mantienen que la mano de obra en América latina no es revolucionaria han sido resumidos por Henry Landsberger en «¿Es la élite laboral revolucionaria?», op. cit., 256-300.
30. Sobre el APRA en Perú, véase Carlos Astiz: *Grupos de presión y élites en el poder en la política peruana*, Nueva York (en prensa). Sobre el liderazgo peronista, véase Torcuato Di Tella: «Coexistencia o callejón sin salida en Argentina», en Petras y Zeitlin (ed.): op. cit., 249-263.
31. Dale Johnson: «Industrialización, movilidad social y formación de clases en Chile», *Estudios de Desarrollo Internacional Comparado*, vol. III, nº 7, 1967-1968.
32. Sobre Argentina, véase Gustavo Polit: «Los industriales argentinos», en Petras y Zeitlin: op. cit., 399-430. También, Comisión Económica para Latinoamérica: *El empresario industrial en América latina*, vol. I-IV, 1962.
33. El proceso de desarrollo... op. cit., 147.
34. Teotonio Dos Santos: «Inversión extranjera y gran empresa en Latinoamérica: El caso brasileño», en Petras y Zeitlin, op. cit., 431-453.
- Un estudio excelente sobre la dependencia latinoamericana de los Estados Unidos, se encuentra en un libro que contiene varios ensayos, editado por José Matos Mar: *La dominación*

- de América latina, Lima, 1968. Véase especialmente Hello Jaguaribe : « La asistencia técnica extranjera y el desarrollo nacional »; Celso Furtado : « La hegemonía de los Estados Unidos y el futuro de América latina »; Osvaldo Sunkel : « Política nacional de desarrollo y dependencia externa »; Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto : « Dependencia y desarrollo en América latina ». Véase también, James Petras : « Negocios USA y política exterior latinoamericana », Nueva Política, vol. VI, nº 4, p. 71-84. Jorge Bravo Bresanti : « Gran Empresa y pequeña nación », en José Matos Mar : Perú problema, Lima, 1968, 119-152.
35. Ricardo Lagos : « La concentración del poder económico », Albert Lauterbach : « Gobierno y desarrollo : actitudes patronales en América latina », Diario de Estudios Inter-Americanos, vol. VII, nº 2, abril de 1965; Carlos Malpica : Los dueños del Perú, Lima.
36. Como informe extenso crítico, véase André Gunder Frank : « Sociología y desarrollo y subdesarrollo de la sociología », en Catalyst, nº 3 (verano de 1967), 20-73.
37. Los datos han sido proporcionados amablemente por el profesor Mauricio Zeitlin, que está preparando un estudio sobre la integración de las élites económicas en Chile.
38. El empresario industrial en América latina, Mar del Plata, mayo de 1963, 16-17.
39. Guillermo Briones : El empresario industrial en América latina, p. 42-44.
40. Para un estudio detallado de la debilidad de los partidos en Latinoamérica, véase Douglas Chalmers : « Partidos y sociedad en Latinoamérica », escrito presentado a la Convención APSA, en Washington, en septiembre de 1968.
41. Sobre el papel del Estado en las políticas latinoamericanas, véase la « Introducción » de Claudio Véliz a Política de conformismo en Latinoamérica, Nueva York, 1967; Jacques Lambert : Latinoamérica, Berkeley, 1967, especialmente parte IV; Marcos Kaplan : Países en desarrollo y empresa pública, Buenos Aires.
42. En esta parte me baso en algunos de mis hallazgos de mi estudio sobre la burocracia chilena. Véase Fuerzas políticas y sociales en la evolución chilena, Berkeley, 1969.
43. Sobre México, véase Pablo González Casanova : La democracia en México, México, 1965. Sobre Bolivia, véase Richard Patch : « Bolivia : Asistencia USA en una situación revolucionaria », en Richard Adams (ed.) : Cambio social en América latina, hoy, Nueva York : Comité de relaciones exteriores, 1960, 108-176. Sobre Cuba, véase M. Zeitlin : op. cit.
44. Véase mi artículo : « Revolución y movimientos guerrilleros en Latinoamérica : Venezuela, Guatemala, Colombia y Perú », en Petras y Zeitlin, op. cit., p. 329-370. Sobre Perú, Víctor Villanueva : Hugo Blanco y la rebelión campesina, Lima, 1967.
45. Sobre los efectos negativos de la represión de la participación política, véase Daniel Goldrich, Raymond Pratt y C.R. Schuller : « La integración política de los asentamientos de la clase baja urbana en Chile y Perú », Estudios de Desarrollo..., vol. III, nº 12, 1967-1968.
46. En el análisis de Zeitlin sobre los trabajadores cubanos, el segundo grupo más radical en los años 1960 fue la generación que se había comprometido en la política revolucionaria en 1930 y que había sido reprimido. Véase M. Zeitlin : Política revolucionaria..., op. cit., especialmente ch. 9 : « Generaciones políticas en la clase obrera cubana ».
47. Para un estudio más detallado, véase Eric Wolf : Campesinos, 1966; y Henry Landsberger : El papel de los movimientos campesinos y de las revueltas en el desarrollo, 1967 (mimeo).
48. Richard Adams : La segunda siembra, San Francisco, 1967, 96.
49. Oscar Delgado (ed.) : Reformas agrarias en la América latina, México, 1965. La exposición de los varios intentos de reforma agraria a través de Latinoamérica, se encuentra en las partes II y III.
50. Sobre la modernización de las áreas rurales latinoamericanas, véase Aníbal Quijano : Urbanización y tendencias de cambio en la sociedad rural en Latinoamérica, Lima : Instituto de Estudios peruanos, 1967.
51. Aníbal Quijano : « El movimiento campesino del Perú », Lima, 1964 (mimeo). Sobre Venezuela, véase John Powell : Informe preliminar sobre la Federación Campesina de Venezuela, Madison, 1964.
52. Véase J. Petras y M. Zeitlin : « Radicalismo agrario en Chile », British Journal of Sociology, vol. XIX, nº 3, septiembre de 1968, 254-270.
53. Véase James Petras y Maurice Zeitlin : « Mineros y radicalismo agrario en Chile », Revista de Sociología Americana, vol. 32, nº 4, agosto de 1967, 578-586.
54. Ernesto Guevara : Recuerdos de la guerra revolucionaria cubana, Nueva York, 1968, 192-195.
55. H. Landsberg : « ¿ Es la élite...? », op. cit. Véase también la colección de ensayos sobre Latinoamérica, editada por Claudio Véliz : La política de conformidad en Latinoamérica, op. cit.
56. En Argentina, un número importante de sindicatos peronistas, incluyendo los obreros portuarios, de ferrocarriles y azucareros, han perdido amargos y extensas huelgas, desde que la junta tomó el poder en 1966. En Brasil, el Partido Laborista no ha podido en cinco años hacer nada serio contra el régimen militar. Las divisiones de Acción Democrática son estudiadas en « Venezuela se prepara para las elecciones de diciembre », Intercontinental Press, vol. VI, nº 29, p. 716-719.
57. José Antonio Moreno : « Aspectos sociológicos... », op. cit., especialmente el capítulo 5 : « Qué hace diferentes a los rebeldes ».
58. Para un estudio de la continuidad de la política de clientela bajo los gobiernos civiles controlados militarmente, véase Norman Blume : « Grupos de presión y toma de decisiones en Brasil », Estudios de Desarrollo Internacional Comparado, vol. III, 1967-1968.
59. En abril de 1967, el encuentro continental en el vértice de jefes de Estado, hizo explícito el paso definitivo de una « reforma social » a la modernización desde arriba. Un excelente informe de los acontecimientos se encuentra en el Christian Science Monitor, 27 de abril de 1967, p. 12.

Venezuela

- 1** Rodolfo Quintero **Tres conquistas de América latina**
- 2** D.F. Marcos Zavala **Problemas principales y situación actual**
- 3** Américo Martín **Pasado y presente**
- 4** José A. Silva Michelena **El siglo XX**
- 5** Domingo Alberto Rangel **Un ensayo de sinceridad**
- 6** Hugo Calello **Subdesarrollo y estructura de clases en Venezuela**
- 7** Marco-Aurelio Vila **La integración humanoeconómica en Venezuela**
- 8** Ramón Losada Aldana **Fetichismo del petróleo**
- 9** Héctor Malavé Mata **Aproximación al análisis estructural de la inflación en Venezuela**
- 10** Salvador de la Plaza **Estructura agraria**
- 11** Raúl Domínguez Capdevielle **El camino para una reforma agraria de tipo nacionalista**
- 12** Alfredo Chacón **Identidad revolucionaria y autenticidad cultural**

La Ley de Universidades de la República de Venezuela asigna a profesores y alumnos la tarea de buscar la verdad, concibe las universidades como instituciones al servicio de la nación y solicita de ellas el esclarecimiento de los problemas nacionales ; todo lo cual deben realizar en su respectiva función rectora de la educación, la ciencia y la cultura. Dentro de esa función, concierne a los institutos universitarios una labor fundamental de investigación científica. En este cuadro, el **Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales**, de la Universidad Central de Venezuela, cumple una misión realmente importante, tanto en los niveles teóricos como prácticos de la investigación, y en la esfera del trabajo universitario propio de la Facultad.

Se trata de un instituto que, dentro de los marcos universales de los procedimientos de investigación, persigue unos objetivos dirigidos claramente hacia « el esclarecimiento de los problemas nacionales », como lo demanda la Ley de Universidad que rige su actividad. Para verificar esta decisiva realidad es suficiente dar una ojeada a la colección de su revista —**Revista de Economía y Ciencias Sociales**— y a su creciente volumen de publicaciones. Esa profunda y dinámica preocupación nacional procesada a niveles de seriedad y de metodología sistemáticas— aparece, con particular relieve, en los doce ensayos publicados a través de la revista **Cuadernos de Ruedo ibérico**. La sola lectura de los títulos es de por sí una verificación de esa vigilante preocupación nacional. Entre ellos existen las inevitables diferencias de personalidad intelectual y de enfoques, pero en todos vive una constructiva inquietud por trazar las vías de la comprensión del país, por fomar las bases cognoscitivas de una activa conciencia nacional ; por contribuir sólidamente a la estructuración contemporánea de la nación.

Estos trabajos constituyen una prueba más, tanto por su vigorosa composición teórica como por su voluntad transformadora, de que otro de los factores activos de la historia universal presente, lo constituye la conciencia que los pueblos subdesarrollados han tomado —y siguen tomando— de su actual posición en el mundo y de su porvenir en el mundo futuro. No cabe duda, ante el estudio de estos ensayos, de que significativa parte de la inteligencia universitaria de los países subdesarrollados se afirma vigorosamente como conciencia creciente contra el subdesarrollo.

RLA.

Rodolfo Quintero

Etnólogo de la Escuela de Antropología de México (1955). Doctor en Antropología por la Universidad Central de Venezuela (1963). Profesor de la Escuela de Sociología y Antropología de la Universidad Central de Venezuela. Coordinador del Estudio de Caracas. Ha sido presidente del Colegio de Sociólogos y Antropólogos de Venezuela. Fundador de las primeras organizaciones sindicales de Venezuela y dirigente de la Federación de Estudiantes durante el movimiento estudiantil de 1928.

Obras publicadas: Daniel de León, el padre del sindicalismo americano (1955), Universidad y política (1962), Antropología de las ciudades latinoamericanas (1963), El hombre y la guerra (1965), Elementos para una sociología del trabajo (1965), Sindicalismo y cambio social en Venezuela (1966), La cultura del petróleo (1968).

Obra en preparación: Caminos para nuestros pueblos.

Las tres conquistas de América latina

Procesos de conquista y colonización • Cronología y alcance de los mismos • El impacto de las conquistas en las estructuras de nuestras sociedades

El periodo nacional de la historia de los pueblos de América latina comienza en el siglo XIX, y se desenvuelve en cada uno de ellos conforme al desarrollo y la culminación del respectivo movimiento de emancipación de la metrópoli.

Movimientos todos favorecidos por circunstancias creadas en la dinámica mundial al suceder en Europa la Revolución Industrial. Porque el crecimiento del comercio exterior de Inglaterra principalmente y de Francia, exigía nuevos mercados. Y podían serlo las colonias hispanas una vez transformadas en repúblicas políticamente independientes.

Las guerras de independencia habidas en nuestros países no resolvieron el problema de la organización nacional. Puede decirse que lo hicieron difícil y complejo, por inmadurez de las bases socioeconómicas internas, indispensables para consolidar la unidad



de la nación. Con una incipiente división social del trabajo, la falta de acumulación de capitales, el atraso técnico y un defectuoso sistema de comunicaciones, las regiones no podían integrarse en un todo sólidamente constituido.

Aunque se trataba de países con territorios contiguos y poblaciones de origen y sicología similares, se mantenían económicamente separados y sin relacionarse políticamente, debido a las formas de producción e intercambio impuestas por la dominación colonialista.

Durante largos años, ya liberados de España y Portugal, actuaron sin coordinación. La falta de intereses comunes explica el surgimiento de tantas naciones y la frecuencia de guerras civiles en sus periodos de formación.

Las naciones no podían formarse por decreto, recurriendo a fórmulas jurídicas sin contenido social. Sino por el desarrollo cuantitativo y cualitativo de las fuerzas productivas.

Violentamente sus economías atrasadas se incorporan al mercado mundial capitalista y la introducción de mercancías europeas provocan la ruina de industrias domésticas en varios países y, al mismo tiempo, conectan la producción latinoamericana con la producción industrial de Europa, especialmente de Inglaterra.

Este poderoso país capitalista, el más desarrollado de la época, no estaba interesado en dominar políticamente América latina, sino en aprovecharla comercialmente. Las nuevas naciones se perfilaban como buenos mercados para las manufacturas británicas y eran importantes surtidores de materias primas. Por eso los patriotas latinoamericanos contaron con apoyo material y financiero de Inglaterra para realizar las guerras de independencia.

Para equipar, mantener y conducir el ejército que en Ayacucho afirmó la condición independiente de Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú y Bolivia, se contrató un empréstito en Londres por cinco millones de libras. Garantizando la deuda con la pignoración de las rentas fundamentales en las repúblicas que surgían: tabaco, quintos de oro, y el cincuenta por ciento de la renta de aduana.

Argentina, para adelantar su guerra de liberación política, recibió un millón de libras esterlinas. México contrató empréstitos considerables. Centroamérica lo hizo por tres millones de libras. Los empréstitos fueron suministrados por el capital privado mediante negociaciones entre el país solicitante y casas comerciales o entidades bancarias que, generalmente, no hacían la entrega en efectivo sino en armas y mercancías.

Fueron los ingleses los primeros grandes colonizadores de la libre América latina, cuyas economías de origen colonial se subordinan a la economía capitalista mundial, desplegándose en sentido capitalista también, pero de manera deformada. El ritmo de este proceso no es el mismo en todas las naciones; varía según la estabilidad de las instituciones feudales de cada una de ellas. En Argentina, por ejemplo, resulta más rápido que en Bolivia y Perú.

Pero en ningún caso es un proceso normal de cambio, sino una transformación **sui generis** de adaptación de formas capitalistas a formas precapitalistas, dentro de un marco general donde el latifundismo se mantiene frente al mercado exterior.

Nuestros países como exportadores de materias primas mantienen como base de sus estructuras la gran propiedad de tierras y minas, cuya producción se relaciona con el mercado extranjero sirvién-

dose del capital intermediario. El producto básico puede variar por exigencia de la demanda exterior. Así, el Brasil exporta azúcar primero, después algodón y finalmente café; Argentina y Uruguay cueros, astas, sebo, después carne, lana y trigo, y ahora lana y carne principalmente; Colombia exportó oro, algodón y cueros, después café y petróleo; Perú comenzó exportando oro y plata, posteriormente guano, petróleo y productos agrícolas; Chile salitre fundamentalmente, a éste se agrega el carbón y después exporta cobre.

Es el interés de obtener mayores beneficios para el mercado mundial lo que impulsa el desenvolvimiento económico de los países latinoamericanos. La consecuencia natural fue la instauración de sistemas de monocultivos, alrededor de una producción dominante. En la división del trabajo que el capitalismo industrial impone a los pueblos atrasados, a los nuestros correspondió funcionar como economías monoproductoras y monoexportadoras.

La obligación de cambiar su principal producto de exportación, hacía padecer al país consecuencias sociales y económicas: hambre de las masas rurales fundamentalmente. Además, el monocultivo encadenaba las economías de nuestros pueblos al mercado exterior en forma tal, que cualquier baja de precios repercutía inmediatamente, negativamente, en su funcionamiento.

Los efectos de la segunda conquista se acentúan en América latina a medida que el capitalismo industrial se extiende y consolida en Europa, se perfeccionan los medios de transporte y aumenta el interés por las materias primas. Masas de emigrantes invaden nuestros países, venidos para satisfacer la necesidad de que se produzca más en los centros de producción de materias esenciales. Al mismo tiempo, una mayor exportación de capitales europeos

acelera el desarrollo económico en varias regiones del Nuevo Mundo.

Sucursales de los bancos de la City, establecidas en casi todos los puertos de importancia, orientaban los negocios. Aconsejaron las inversiones de frigoríficos en las zonas ganaderas de Argentina y Uruguay; la explotación del cobre chileno y el monopolio de los servicios de transportación y electricidad. Manejaron la introducción y extensión de los ferrocarriles en diferentes repúblicas, etc. Cuando comienza la última década del siglo pasado las inversiones británicas en América latina pasan de los ciento sesenta y siete millones de libras.

Europeas, como las de la primera conquista, son las potencias que participan en la segunda. Junto con los capitalistas ingleses actúan los alemanes, los franceses y los holandeses. Hasta fines del siglo XIX, los nuevos colonialistas económicos se caracterizan por la preocupación de arriesgar poco, lo mismo que los viejos colonialistas de los siglos XV y XVI.

Los inversores prefieren otorgar empréstitos para obras públicas, explotables por largo tiempo mediante concesiones de administración tales como ferrocarriles, aguas corrientes, usinas eléctricas, etc., y crear industrias (frigoríficos, por ejemplo) rentables por el bajo costo de la materia prima y la mano de obra.

Inglaterra, líder colonialista de la época, poseía el mayor poder industrial del mundo y era dueña de una formidable flota mercante. No requería de colonias para obtener beneficios, materias primas para sus industrias, alimentos para su población y mercados para sus manufacturas. Su colonialismo económico se dirigía principalmente a convertir Estados independientes en países coloniales y semicoloniales.

Actuaban los nuevos colonialistas asimilando los planteamientos de los **utilitaristas**, particularmente de Jeremías Bentham.

Influencian en ese sentido a intelectuales y jefes políticos de América latina, para quienes lo útil llega a ser lo que proporciona bienestar y placer. Santander en Colombia ordenó la enseñanza obligatoria de la legislación de Bentham. Y en Quito Francisco Hall contribuyó a la formación del Partido Liberal, con un programa impregnado de **utilitarismo**.

El colonialismo cultural engendrado por el colonialismo económico tiene expresión definida en el fenómeno de la **uropeización**. Se generaliza el deseo de sustituir lo americano por lo europeo; hacer esfuerzos por « traer la Europa a América » es actividad de los interesados en el **progreso** de nuestros pueblos.

De un marinero sueco llegado a un puerto chileno, son estos comentarios reveladores :

Quizás sea Valparaíso la ciudad más civilizada de Sudamérica y donde en mayor grado han penetrado las últimas ideas mundiales. Sin llegar a negar las ventajas de esa circunstancia ni establecer seriamente la conclusión de que lo mejor de todo es que sigan imperando las primitivas condiciones naturales, no podemos menos que lamentar la forma rápida en que está siendo desplazada la idiosincracia nacional. Para el viajero que acaba de dejar a Europa y aquí sólo ve malas o mediocres imitaciones de lo que allá le es familiar, la impresión le es similar a la que recibiría si se encontrara en una aldea luego de haberse hecho la idea de ir al campo. Con seguridad que la civilización actúa beneficiosamente a la larga y es una reconocida necesidad histórica, pero en las grandes masas su primer efecto es anular las pocas buenas cualidades que pueden poseer en su estado natural y semisalvaje, sin reemplazarlas siquiera por otras, haciéndoles conservar las malas, que aun surgen con caracteres enfáticos y crudos. Entre las clases más altas, lo más común es que la influencia civilizadora no haya llegado más allá de la vestimenta. El nativo no niega que Europa esté mucho más adelantada en una serie de aspectos, pero no se da bien cuenta en qué consiste esa superioridad. Así es como a la llegada de una modista parisienne o de un sastre alemán, que tratan de inculcar, con el mismo fanatismo que en otras épocas empleaban los monjes para imponer las sagradas verdades, que la única forma de elevarse es someterse a los dictámenes de las revistas de modas de París, a la levita negra y a todos los accesorios que corres-

ponden, sucede que aquéllos son escuchados y de resultas de ello la señora se compra un elegante sombrero, que la hace sentirse consumadamente parisienne, mientras que el marido se coloca un tieso y alto corbatón y se siente en el pináculo de cultura europea. Naturalmente hay excepciones, sobre todo entre los hombres que han tenido más facilidades para trasladarse a Europa, pudiendo por consiguiente ver las cosas más de cerca y compenetrarse del verdadero significado de los adelantos en esa parte del mundo¹.

La situación intercultural captada y analizada por el viajero en Valparaíso, no llegó a comprenderla buen número de pensadores y estudiosos de América latina empeñados en negar la condición distinta de la realidad americana, y juzgarla inferior. Al extremo de manejar esta falsa concepción para hacer una toma de conciencia, al llamar bárbaro todo lo americano y en consecuencia rechazarlo. Y repetir que progresar era **salir de América para entrar en Europa**.

Del complejo cultural europeo formaban parte las ideas económicas. Saint Simón, que participó en la guerra de independencia de Estados Unidos, cultivó relaciones con personas representativas de la vida social de nuestras repúblicas. Manifestación de la influencia de su ideología fue la incorporación del término **socialismo** en el lenguaje político de las nuevas constituciones.

El proceso de formación y crecimiento de las sociedades latinoamericanas fue esquematizado por algunos ideólogos del periodo de la segunda conquista, conforme a los tiempos de la historia establecidos por Augusto Comte. El mexicano Gabino Barreda consideraba que el periodo de la primera conquista correspondía al tiempo teológico de Comte; el de la lucha por la independencia lo asociaba con el metafísico, y aquel en que vivía era el tiempo del positivismo.

1. C. Skogman: Viaje de la fragata sueca Eugenia M. (1851-1853). Traducción publicada en Buenos Aires, 1942.

Tanto los antropólogos culturalistas como los historiadores idealistas exageran el papel de las ideas como factores de cambio social, como si tuvieran vida y poder propios, independientes de las condiciones materiales de las formaciones humanas. En sus planteamientos y formulaciones ignoran que las ideas son producidas por la sociedad, a la que no gobiernan caprichosamente, sino por causas que condicionan los factores económicos y sociales.

No es científico sostener que lo económico por sí solo sea lo determinante y carezcan de importancia las causas extra-económicas. Pero tampoco es científico declarar que únicamente las ideas dirigen al mundo. Las ideas europeas de las últimas décadas del siglo XIX influyeron en los acontecimientos de nuestros países conforme a la capacidad receptiva de éstos, con los niveles de desarrollo de las condiciones de sus vidas materiales.

Para los intelectuales latinoamericanos del siglo pasado, Europa era promesa de capitales, técnicas y mano de obra. Por eso dirigieron sus esfuerzos hacia la creación de un ordenamiento jurídico en cada país, que facilitara la utilización de los recursos fundamentales que aportaba el Viejo Mundo. Estaban convencidos de que el avance económico, social y político de nuestros pueblos era posible sólo dentro del marco del capitalismo pujante en escala mundial.

Los cambios sucedidos en las organizaciones sociales de la América latina independiente, fueron provocados por el impacto de la segunda conquista. Las mercaderías europeas, baratas, de mejor calidad y abundancia, desplazaron los productos domésticos y artesanales. Para romper la resistencia de las clases sociales representativas de formas precapitalistas de producción, los conquistadores económicos se apoyaron en sectores de la

sociedad que se enriquecían a la sombra de las inversiones extranjeras. Sectores que conducían políticamente nuestros países entonces, y esta circunstancia abrió el camino a los inversores europeos. La contradicción tuvo expresión en frecuentes guerras civiles que retardaron la organización nacional.

Las estructuras atrasadas de las sociedades latinoamericanas no constituían bases internas sólidas para el afianzamiento del capitalismo. Las clases dominantes fracasaron en sus intentos de crear sociedades semejantes a las de Europa occidental, bajo el control económico y la tutela ideológica de las fuerzas externas que participaron en la segunda conquista. Porque su realización dependía de la superación de las contradicciones internas, y ésta sólo era posible en un ambiente de unidad de los intereses en pugna como reflejo del propio desarrollo capitalista.

La segunda conquista configuró una fase significativa en la vida postindependencia política de los países de América latina. Aunque su iniciación y duración en cada uno de ellos no permite establecer una correspondencia cronológica rigurosa, todos vivieron ese lapso de transformaciones semejantes, con la intervención de factores múltiples e interrelacionados, resultantes en buena parte de cambios anteriores.

Al instaurarse las instituciones republicanas, una vez concluidas las guerras de independencia, no encontraron en la vieja estructura social levantada y consolidada en cuatro siglos las mejores condiciones para su funcionamiento. Se desempeñaron como factores superestructurales del cambio y, cuando más, sirvieron de modelos de lo que podrían ser los fundamentos de la sociedad nacional, una vez integrada.

Durante la fase significativa antes señalada, coexistieron en cada sociedad dos países. Porque el nuevo sistema no produjo la eliminación completa del patrón

tradicional. Y esto provocó el surgimiento del fenómeno de la **marginalidad** de nuestras sociedades, que conservan como característica sobresaliente.

Integrantes de las sociedades que se transforman bajo el signo de la nueva conquista son los negros y los indígenas. A estos grupos étnicos y sociales atribuyeron los europeos gran parte de los obstáculos que encontraron en la realización de sus operaciones colonialistas. Empeñados en aumentar la producción y trazar las líneas de ferrocarriles en regiones de ambiente natural hostil al hombre, se quejaban de la **debilidad** y la **pereza** de los trabajadores latinoamericanos, en su mayoría indios, mestizos y negros.

El conde Gobineau, de actuación diplomática en Brasil, se refiere a la **inferioridad** de nuestra población en informe redactado en 1869 :

La mayor parte de esos que llamamos brasileños se compone de mestizos, mulatos, cuarterones y caboclos de diferentes grados. Los encontramos en todas las situaciones sociales. En una palabra quien dice brasileño, salvo excepciones, dice hombre de color. Sin entrar en la apreciación de las cualidades físicas o morales de esas variaciones, es imposible desconocer que no son ni laboriosos, ni activos, ni fecundos. Las familias mestizas se destruyen tan rápido que ciertas categorías de mezclas existentes hace apenas veinte años ya no se encuentran más, por ejemplo : los mamelucos, y por otra parte la gran mayoría de los terratenientes, cuya penosa situación acabo de señalar, viven en un estado vecino a la barbarie en medio de sus esclavos, y no se distinguen de ellos ni por gustos más refinados ni por tendencias morales más elevadas...²

En otro informe del mismo año y en relación con el cultivo de la caña de azúcar en Perú, escriben en el consulado francés :

Este cultivo es susceptible de un enorme desarrollo, pero no se debe olvidar en este aspecto que la falta de brazos en las explotaciones agrícolas se hace sentir en Perú más que en ningún otro país del mundo. La raza india se va degenerando día a día, los negros, desde su liberación, no quieren trabajar sino en las ciudades...³

Y Verbrugge establece :

El indio se pliega mal a las exigencias de un trabajo regular ; le falta la fuerza física y la fuerza moral ; marcha sin descanso en sus selvas, acecha todo un día inmóvil los peces de sus ríos, pero rehusa agacharse para cavar la tierra en el canal de Panamá...⁴

La segunda conquista se cumple en ambientes sociales donde la población indígena es la gran víctima pasiva. En los últimos años del siglo XIX los rasgos de la estructura racial de América latina toman una forma que en lo fundamental existe todavía. La región andina (Perú, Ecuador, Bolivia, zonas montañosas de Venezuela y Colombia), mantienen con débiles modificaciones la estructura de la primera conquista.

En el sur templado (Chile, Argentina, Uruguay y la región meridional del Brasil) predominan los « blancos ». Paraguay continúa siendo indígena. En países del Caribe (Cuba, República Dominicana, Puerto Rico, la costa norte de América del sur y la costa oeste de América central), aunque culturalmente españoles, tienen zonas donde predominan grupos de población negra. En el resto del territorio centroamericano, salvo la « blanca » Costa Rica, la estructura era semejante a la de los países indígenas. Para la fecha citada hervía en la mayor parte del Brasil una **nación multirracial con predominio de grupos portugueses**.

La abundancia de problemas raciales, económicos, sociales, etc., y su complejidad, se refleja en la vida política de las nuevas repúblicas. Lo accidentado de la búsqueda de ordenamientos jurídicos que aseguren la estabilidad nacional de cada

2. Ministerio de Asuntos Extranjeros. París. Vol. 16 de la correspondencia de Río, folio 008 y s. Citado por Gustavo Beyhaut en *Raíces contemporáneas de América latina*.

3. Cit. Beyhaut.

4. *Ibid.*

una de ellas, se aprecia en la recopilación de algunas fechas de renovaciones y reformas de las constituciones.

En Argentina la Constitución de 1826 es reemplazada por la de 1853, que a su vez sufre reformas en 1860, 1866 y 1898. En Bolivia hay durante el periodo que estudiamos tres constituciones: 1843, 1861 y 1880. En Brasil, tres constituciones: 1888, 1889 y 1891. En Colombia cinco: 1843, 1853, 1863, 1864 y 1866. En Costa Rica, cinco constituciones: 1844, 1847, 1859, 1871 y 1882. En Cuba: 1869, 1895, 1897, 1901. En Chile: la Constitución de 1833 es modificada en 1871. En Ecuador: la Constitución de 1830 sufre seis modificaciones en treinta años, la substituye la de 1861 y a ésta la de 1906. En El Salvador: cuatro constituciones (1838, 1847, 1848, 1883). En Guatemala, seis constituciones (1838, 1851, 1879, 1887, 1897, 1903). En México, tres constituciones (1843, 1857, 1877). Paraguay, una constitución (1870). Perú, seis constituciones (1831, 1834, 1839, 1845, 1856, 1860). Venezuela, cuatro constituciones (1830, 1857, 1858, 1914).

Las acciones acogedoras de los segundos conquistadores y la profundización de la lucha de clases en los países que surgían, aumentaban y fortalecían las contraposibilidades de formar y estabilizar las naciones. Las guerras de independencia en la práctica se prolongaron y tomaron el aspecto de guerras de organización política y jurídica. Las clases dominantes aprovechaban las oportunidades de poder para atacar y debilitar otros grupos de la sociedad. Y eliminar los caudillos populares.

Fueron guerras de clases donde participan las poblaciones de los respectivos países y maniobran los colonialistas. Se llamaban unos conservadores y otros liberales. Pero en el fondo chocaban las fuerzas interesadas en detener el progreso y las empeñadas en impulsarlo, según las

concepciones y modelos de la época. Luchas armadas que en México duraron hasta la caída de Maximiliano, y en Argentina hasta que Rosas dejó el poder. En el resto de los países latinoamericanos hasta los comienzos del siglo XX.

El dominio económico de Inglaterra se hace sentir en la actividad y la designación de los agrupamientos políticos. La división general y común en partidos conservadores y liberales es tomada del país conquistador. Principalmente de los partidos **tories** y **whigs** (este último partido liberal primero y laborista después). Pero en América latina las fracciones liberales y conservadoras tienen las mismas concepciones y defienden un determinado sistema de clases donde predominan las familias pudientes que, desde los tiempos del colonialismo hispanoportugués, se transmiten poder y privilegios.

Los mecanismos de organización de los nuevos Estados consisten en una transposición de modelos de Estados Unidos, Inglaterra y Francia y sus adaptaciones a la dinámica de las sociedades latinoamericanas. El proceso de adaptación a las estructuras derivadas de la colonización anterior, fue posible porque despertó e impulsó las tendencias hacia la democracia burguesa, latentes en una parte de las sociedades.

Sin embargo, planteó una contradicción entre las formas del poder estatal civilizador (introducidas para transformar nuestros países dentro de los moldes del capitalismo), y las sociedades de América latina que las padecían (por no haberlas engendrado, sino recibido de fuera).

Norma general de los nuevos Estados fue ofrecer grandes facilidades a las inversiones de capital extranjero, sin preocuparse por el progreso del capital nacional. Misión de los Estados era garantizar a los inversores extraños altos beneficios, y asegurar a los terratenientes la

rápida valorización de sus propiedades. Con la excepción única de México, donde hubo dos tentativas monárquicas, la organización republicana adoptada en el siglo XIX se ha mantenido.

Durante los cuatro siglos de la primera colonización, la religión católica fue la única de nuestros pueblos. Las guerras de independencia se acordaron en nombre de Dios, y los patriotas juraron defender la patria y la Inmaculada Concepción. En las banderas de los rebeldes mexicanos, argentinos y colombianos estaban las imágenes de las vírgenes de Guadalupe, Luján y Chiquinquirá. Pero en lo ideológico y en la práctica, los movimientos revolucionarios contra la metrópoli se apoyaban en Inglaterra protestante y en Francia liberal.

La Iglesia católica fue una fuerza opuesta a las luchas por la independencia. Esta posición la definieron Pío VII y León XII al condenar los deseos de emancipación y llamar al clero y los fieles para no escatimar esfuerzos en la conservación del imperio colonial hispano. Sin embargo, al concluir la lucha liberadora la mayoría de la población de América latina continuaba siendo católica, y el fenómeno permitió a la Iglesia amoldarse a la nueva situación y participar activamente en la política del continente.

El clero católico se apoya indistintamente en liberales y conservadores para mantener los privilegios económicos y políticos. Y uno y otro partido fueron alternativamente clericales y anticlericales, partidarios del patronato y del principio de la Iglesia libre en el Estado libre, o partidarios de la sujeción del Estado o la Iglesia por conveniencias de grupos o de individuos.

En la etapa de la segunda conquista, la religión y la lengua forman en América latina un substrato de gran solidez. La comunidad de lengua disimulaba diferen-

cias interregionales profundas, principalmente étnicas y también económicas y sociales. Unidad de religión y de lengua que constituyen un lazo poderoso entre los pueblos latinoamericanos.

Lazo vigoroso que no pudo, sin embargo, descartar frecuentes conflictos internos y externos de las naciones, que signaron de pobreza, privaciones y necesidades sin satisfacción a las poblaciones latinoamericanas. Que devoraron riqueza pública y privada, y dejaron en la miseria millares de familias. Que marcaron una época en la que el derecho de propiedad estaba a merced de los vencedores y su costumbre de decretar la confiscación contra los vencidos. Y el modo de adquirir o perder la posesión de la tierra era la violencia, signo de la acumulación primitiva del capital.

Conflictos en su mayoría provocados por los colonialistas que abiertamente intervenían en ellos, y establecían las condiciones para ponerles fin. La guerra entre Brasil y Argentina, por ejemplo, fue obra de Gran Bretaña para conseguir la « independencia » de Uruguay y asegurar el dominio sobre el margen del río de la Plata que ocupaba.

En Londres Jorge Canning, y en Buenos Aires el enviado especial lord John Ponsomby, impulsieron la solución del conflicto: **Uruguay es declarado independiente.** Años antes, al concluir las acciones armadas contra España, Canning había declarado: « Hispanoamérica es libre y si nosotros sentamos rectamente nuestros negocios, ella será inglesa. » El sistema de producción capitalista que aparece en algunos de nuestros países el siglo pasado, fue condicionado en su iniciación por el capitalismo inglés principalmente.

La relación entre la causa externa representada por la política de penetración de los colonialistas, y las bases internas, se consolidó con el enriquecimiento de un

grupo de familias latifundistas, que se hicieron económica y políticamente poderosas a la sombra del industrial extranjero, con quien participaban en la explotación del trabajo nacional.

Numerosas sociedades anónimas se constituyeron en Londres, París y Berlín para explotar en nuestro continente ferrocarriles, tranvías, bancos, puertos, aguas corrientes, obras sanitarias, gas, frigoríficos, etc. Las inversiones alentaron muchos inmigrantes a abandonar la miseria en que vivían, cruzar el océano e instalarse en el Nuevo Mundo.

Inversiones que se hacían en las naciones latinoamericanas según las conveniencias y los planes de los inversores extranjeros. Y su distribución marcó la ruta de las masas inmigrantes y las concentró en zonas determinadas. México, Brasil y Argentina se contaron entre los países donde los colonialistas emprendieron más y mejores negocios. El siguiente cuadro revela el crecimiento de la población y el ritmo del mismo en dos países « favorecidos » por las inversiones de los colonialistas (México y Brasil) y dos que no lo fueron⁵:

CRECIMIENTO DE POBLACION

Fecha de estimación	México	Brasil	Venezuela	Cuba
1827	—	6 000 000	659 633	704 487
1850	7 300 000	7 000 000	1 500 000	—
1870	9 000 000	10 000 000	1 600 000	1 400 000
1899	13 000 000	17 000 000	2 325 000	1 500 000

En las sociedades latinoamericanas que durante el periodo de la segunda conquista fueron mayormente afectadas por el capitalismo colonialista, va formándose un complejo de técnicas y relaciones sociales traído desde afuera, que algunos autores llaman islotes de modernismo o industrialización intersticial por lo escasamente vinculada al conjunto. El hombre del campo pasa, sin las transiciones necesarias, de su aldea a la ciudad, del trabajo en la agricultura al trabajo fabril, de un medio social a otro.

Fue Argentina la nación de América latina donde se hicieron las mayores y más rápidas inversiones de capital extranjero. En 1889 se autorizaron treinta y nueve concesiones para construir 12 000 kilómetros de vías férreas. Entre 1887 y 1890 se constituyeron 250 sociedades con un capital nominal de 764 millones de dólares, y las negociaciones en bienes raíces pasaron

de 40 millones en 1866 a 306 millones en 1889.

El tonelaje de los barcos que entraron a Buenos Aires aumentó de 644 570 en 1880 a 4 507 096 en 1890. Al concluir su viaje por la América del sur en 1887, el portugués Ramalho Ortigao declaró que Argentina era « o mais grande phenomeno de raça latina no seculo XIX »⁶.

La incorporación del país del sur al sistema capitalista mundial pudo hacerse con mayor rapidez que en otras repúblicas latinoamericanas por la inexistencia en gran parte de su amplio territorio, de estructuras socioeconómicas precapitalistas de importancia que ofrecieran resistencia. La gran demanda del mercado exterior elevó la producción de carnes y cereales en las fincas del litoral que no funcionaban

5. Rodolfo Quintero: Antropología de las ciudades latinoamericanas. Caracas.

6. Véase Louis Guillaime: La République Argentine, París, 1889, p. 24.

como centros productores de autoabastecimiento, sino de exportación.

Argentina fue un paraíso para los inversores extranjeros cuyos capitales contaban de antemano con altos porcentajes de ganancias. A los capitalistas constructores de líneas de ferrocarriles se les pagaba por cada kilómetro el doble de lo que se les asignaba en Chile y cuatro veces más que en México. Ventajas semejantes encontraron los colonialistas económicos en todas las negociaciones con el Estado nacional. El proceso de transplantación del capitalismo se llevó a efecto con sorprendente velocidad.

La República Argentina, por la conjugación de causas internas y externas no sólo funcionó como la carnicería y el granero del Imperio británico, sino que configuró su economía según los moldes del capitalismo industrial y agropecuario, en conexión y oposición al mismo tiempo, con el capital extranjero. Y su nueva estructura planteó importantes contradicciones económicas y sociales: entre la producción social y la apropiación individual, entre la burguesía y el proletariado, entre los industriales y los terratenientes, entre los explotadores agropecuarios y los peones asalariados. Además, la contradicción principal entre las tendencias hacia la construcción y desarrollo de una economía propia, y la dependencia del capital extranjero, mantenida por las inversiones en empréstitos, transportes, bancos, comercio exterior y obras públicas.

En 1854, capitalistas ingleses asociados con el vizconde de Mauá, Irineo Evangelista de Sousa, fundan el Banco Mauá, McGregor y Cía., que opera en el Brasil. En 1893 se organiza el banco London & Brazilian Ltd, y poco después, también con capital inglés, el Banco Brasileño y Portugués, que se benefician con las disponibilidades del país en el exterior, provenientes de la exportación. Manejaban

todas las letras de cambio, en consecuencia concentraban las operaciones de cambio en el extranjero y el sector más importante de las finanzas brasileñas, el ligado a la exportación.

Igualmente operaba el capital colonialista y controlaba las empresas de servicios públicos: ferrocarriles, servicios y mejoramientos urbanos, instalaciones portuarias, abastecimiento de energía eléctrica. Entre 1850 y 1870 se construyeron en Brasil astilleros navales, líneas telegráficas, sesenta y dos empresas industriales, veinte compañías de navegación a vapor, ocho compañías mineras, tres de transportes urbanos y ocho vías férreas. A fines de este lapso el Brasil vende cuarenta y cuatro mil contos de algodón y está obligado a importar cuarenta y siete mil contos de tejidos ingleses.

La penetración del capital extranjero y el reforzamiento del monopolio de la tierra obstruyeron el pleno desarrollo del mercado interno: tanto por la falta de crecimiento adecuado de bienes de consumo como de bienes de producción, principalmente los últimos. La penetración capitalista en la agricultura, aún conservando las relaciones precapitalistas, expulsa el campesino de la tierra hacia zonas urbanas o regiones agrícolas donde predomina el trabajo asalariado.

La burguesía urbana crece por el aumento de las exportaciones de productos primarios e impulsa industrias ligadas a la agricultura. Al mismo tiempo crece el proletariado. Y en la dinámica de la sociedad brasileña surgen contradicciones económicas y sociales profundas.

En México actuaron tres grandes empresas de capital inglés: Asociación Unida Mexicana, Asociación Anglo-Mexicana y Compañías de Minas de Real del Monte, pero las operaciones de estos consorcios de explotación minera no prosperaron en la proporción que esperaban sus animadores.

El país para vitalizar sus finanzas públicas recurrió a los empréstitos internacionales.

El dinero que a la nación le faltaba para pagar la nómina de sus empleados y el haber de sus soldados, lo tenía Inglaterra. Dos préstamos se concertaron (1824-1825) que sumaban 32 millones de pesos. El Estado mexicano se fue endeudando y las rentas públicas fueron pasando, como prenda hipotecaria, a manos de un grupo de capitalistas que monopolizaban los negocios.

El movimiento conocido como la Reforma creó condiciones propicias para las inversiones capitalistas extranjeras en la industria mexicana y la consolidación de la burguesía. En 1843 funcionaban en el país 59 fábricas de hilados y tejidos de algodón, clasificados así :

De motor de vapor	2
De motor hidráulico	34
De motor animal	14
De motor humano	9

Cuarenta años después el progreso de la técnica de la producción acusaba estas cifras significativas :

De agua y vapor	54
De vapor	9
De agua	36

El kilometraje de líneas de ferrocarriles se desarrollaba de esta manera :

1873	539
1883	5 281
1893	10 430
1903	15 135

Al comenzar el siglo XX puede decirse que México es un país semifeudal convertido en campo de explotación del capital colonialista europeo y norteamericano, donde pugnan diferentes clases sociales : a) la burguesía enriquecida con los bienes raíces que la Reforma quitó al clero y

sirve a los intereses del capitalismo extranjero ; b) los grandes terratenientes enriquecidos con el despojo de los bienes del clero y de las tierras comunales de los pueblos ; c) una gran masa de campesinos siervos y semisiervos explotados en las haciendas ; d) una clase explotada en las fábricas y las minas.

Hasta 1880 los capitales ingleses invertidos en Chile, ascendían a poco más de 7 500 000 libras esterlinas, de las cuales 6 millones, aproximadamente, correspondían a la deuda pública contraída en Londres, y 1 400 000 a inversiones directas en ferrocarriles, minas y otras actividades. Diez años después las inversiones de Gran Bretaña llegan a 24 millones de libras esterlinas y de éstas 16 eran inversiones directas (salitreras, minas, bancos, ferrocarriles, etc.).

La segunda conquista afectó, como la primera, a todos los países latinoamericanos. Mas no con igual intensidad. Los que acusan en la historia continental un mayor grado de colonización, registran cambios importantes que se expresan en un nuevo patrón de estratificación. Las repúblicas citadas especialmente, sufrieron a fines del siglo pasado y comienzos del presente transformaciones básicas en sus regímenes económicos principalmente.

Al iniciarse las guerras de independencia en la segunda década del siglo XIX, la estratificación de las clases sociales en las diferentes regiones de América latina, puede expresarse con este esquema general.

Clases explotadoras

- 1) Clero
- 2) Grandes comerciantes
- 3) Dueños de minas
- 4) Terratenientes
- 5) Dueños de obrajes
- 6) Maestros artesanos

Clases explotadas

- 1) Trabajadores de las minas
- 2) Trabajadores de los obrajes
- 3) Oficiales y aprendices artesanos
- 4) Peones (en su mayoría esclavos)
- 5) Esclavos con distintas ocupaciones

El censo de la población argentina de 1895 acusa una población activa del 41,2 %, agrupada de esta manera: producción de materias primas (agricultura y ganadería), 394 000 personas; producción industrial, 366 000; comercio, 134 000; transporte, 63 000; mano de obra no calificada (peones, personal de servicio, etc.), 565 000. Para entonces, según Ricardo Ortiz⁷, la población ocupada se agrupaba en clases sociales así: terratenientes,

gran burguesía, industriales, altos funcionarios, etc., 45 000 (2,7 %); campesinos, comerciantes, 230 000 (14 %); pequeños patronos, campesinos pobres, comerciantes pequeños, artesanos, 470 000 (28,3 %); proletarios y semiproletarios, 900 000 (54,5 %).

Al finalizar el siglo el 92 % de las industrias instaladas en Buenos Aires son propiedad de capitalistas extranjeros. Y los trabajadores se distribuían así: de la construcción en el territorio nacional, 38 000; de imprenta, 4 200; de carpintería, 28 000; de máquinas, 28 000; de costura, 120 000; de tejidos, 40 000.

En un estudio sobre las clases sociales de México⁸ se establece que su estructura en 1895 era la siguiente:

Clases Sociales	Absoluta	%
Población total	12 698 330	100,00
Altas	183 006	1,44
Urbana	49 542	0,39
Rural	133 464	1,05
Medias	989 783	7,78
Urbana	776 439	6,12
Rural	213 344	1,66
Populares	11 525 541	90,78
Urbana	1 799 898	14,17
Rural	9 725 643	76,61

Los 9 725 643 de personas comprendidas bajo la denominación de clase popular rural, se distribuyen así; peones, 80,74 %; parcelarios, 6,68 %; artesanos rurales, 3,23 %; pequeños comerciantes rurales, 0,72 %; otras ocupaciones, 8,62 %.

Esta es la composición del grupo social llamado clase popular urbana: obreros y jornaleros industriales 20,3 %; artesanos 27,2 %; pequeños comerciantes y vendedores ambulantes, 11,5 %; otras ocupaciones, 41,0 %.

Las clases altas estaban constituidas fundamentalmente por hacendados, grandes comerciantes e industriales, predomi-

nando económicamente los primeros hasta la revolución de 1910.

Brasil cuenta con más de 600 establecimientos industriales en 1881. El capital invertido sube a 400 000 contos (25 millones de libras aproximadamente), distribuidos de esta forma: 60 %, industria textil; 15 %, alimentación; 10 %, productos químicos y análogos; 4 %, industria maderera; 3 %, del vestido y objetos de tocador; 3 %, metalurgia⁹.

7. Historia económica de la Argentina.

8. José E. Iturrriaga: La estructura social y cultural de México, 1951.

9. Caio Prado Junior: Historia económica del Brasil, Buenos Aires, 1960.

Entre 1890 y 1895 se instalan 452 fábricas con una inversión de 200 000 contos. Cuando en 1907 se registra el primer censo general y completo de industrias del Brasil, figuran 3 258 establecimientos industriales con una producción geográficamente distribuida así: 33 %, Distrito Federal (capital de la República a la cual se puede agregar el 7 % del vecino Estado de Río de Janeiro, con que formaba la misma unidad geográfica); 16 % San Pablo y 15 % Río Grande do Sul. Ninguno de los otros Estados alcanzaba un 5 %. En las empresas trabajaban 150 841 obreros.

Los datos anteriores que pueden enriquecerse con los semejantes de otros países latinoamericanos, evidencian la formación de pirámides sociales nuevas en buen número de nuestras naciones, como efecto de los cambios provocados por la segunda colonización. Pirámides que materializan el desarrollo capitalista en América latina, impulsado por el mercado mundial, la exportación de capitales al iniciarse la etapa monopolista del capitalismo internacional, y, también por necesidades internas que surgen al formarse los mercados nacionales. En el nuevo sistema de estratificación de las clases sociales aparecen, además de las viejas clases conocidas, la burguesía y el proletariado.

En los países mayormente afectados por el cambio, la base latifundista es alcanzada por las modificaciones. El mercado exterior al poner precio a los productos agropecuarios, somete a las leyes de la economía mercantil las tierras, los ganados, etc. La incorporación del país en calidad dependiente al proceso internacional de transformación del capitalismo a la fase monopolista, afecta las relaciones de producción en el campo. Y también las afecta el desarrollo del capitalismo de forma contradictoria en el propio país, al conformar

el mercado interno y ampliar el régimen del asalariado en el territorio nacional.

Las relaciones capitalistas se extienden siguiendo tres direcciones: a) la formación de empresas propiedad del capital colonialista; b) instalación de manufacturas en los centros urbanos de mayor importancia, que incorporan mano de obra inmigrante de países europeos principalmente; c) evolución del latifundio semifeudal siguiendo el camino del capitalismo. En esta última dirección los avances hacia el establecimiento de relaciones capitalistas son muy limitados. El rasgo dominante en las relaciones agrarias es el monopolio de la propiedad privada de la tierra: una de las bases donde se asientan las estructuras de los países, deformadas económica y socialmente.

El desarrollo del capitalismo impulsado en países latinoamericanos por la acción de la segunda conquista, es un proceso complejo sobre la base de la vieja estructura del latifundio. Que se desenvuelve sin afectar en apariencia la independencia política de cada nación, aunque el capital colonialista —el inglés principalmente—, maneja sus economías, controla los centros vitales y hace de cada una de ellas una parte de su mecanismo de reproducción ampliada, una economía dependiente, un manantial que reduce las posibilidades de nuestros pueblos de acumular y convertirse en fuente de su propio fortalecimiento.

Resumiendo los rasgos y proyecciones de la segunda colonización, como fenómeno general que en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX afecta la dinámica de las repúblicas latinoamericanas, puede establecerse: 1) Conservación aparente de la independencia política; 2) Dependencia económica del capital extranjero, fundamentalmente de británico; 3) Desarrollo deformado del capitalismo; 4) Aparición de nuevas clases sociales: burguesía y clase obrera; 5) Mantenimien-

to del latifundio; 6) Cambios demográficos; 7) Unos países son más afectados que otros; 8) Los países más afectados muestran rasgos comunes y rasgos propios o particulares.

En 1898 el gobierno de los Estados Unidos hace la guerra contra España para lograr la redivisión del mundo. Con ella consiguió: la propiedad de las Filipinas y Puerto Rico, la propiedad virtual de Cuba, una esfera de influencia que comprendía el norte de la América del sur y toda América central, la dominación estratégica del Caribe y el poderío naval en el Pacífico.

A aquella guerra siguieron otras de conquista e intervención contra los pueblos de Filipinas, México, Cuba, Puerto Rico, Nicaragua, Panamá, Haití, Colombia, la República Dominicana, Costa Rica y Honduras que marcan el comienzo de una tercera conquista de las naciones latinoamericanas.

La gestión colonialista del naciente y poderoso capitalismo norteamericano, tiene motivos y utiliza métodos semejantes a los de las potencias europeas que realizaron la primera y la segunda conquistas de nuestros pueblos. Pero fue favorecida por ventajas que propiciaron las guerras mundiales.

Los capitalistas de Estados Unidos pudieron eludir la destrucción física, en términos de capital y mano de obra, sufrida por las potencias de Europa por causa de la primera guerra mundial. El empobrecimiento de los países del Viejo Mundo y el enriquecimiento de los capitalistas norteamericanos favoreció el ascenso del poderío eco-

nómico, financiero y militar de éstos, que internamente disponían de un gran territorio, rico en materias primas, y una fuente de mano de obra adicional gracias a la inmigración y la atracción de exesclavos negros a la producción capitalista.

Al florecer mucho después que sus principales rivales, el capitalismo de Estados Unidos heredó las enseñanzas y experiencias de un siglo de actividad del capitalismo europeo. Sus industrias comenzaron a funcionar en niveles técnicos más elevados y lograron superar la producción de Inglaterra y Francia. El capital financiero estadounidense estableció en el exterior empresas que proporcionaron grandes ganancias y crearon bases para la expansión.

Expansión que, durante los años iniciales, se concentró en el hemisferio occidental que garantizaba, por razones geográficas entre otras, la supremacía militar norteamericana. Durante ese periodo se limitó a reducir y debilitar las posiciones británicas y francesas en Canadá y América latina.

Otras potencias colonialistas gozaron de una o más de las ventajas señaladas. Pero Estados Unidos dispuso de todas a la vez. Por eso continuó expandiéndose mientras que las demás se debilitaban o eran destruidas.

Puede apreciarse en el cuadro siguiente¹⁰ la magnitud de la inversión de capitales norteamericanos en América latina, durante la primera etapa de las acciones colonialistas:

	Inversiones en América latina (en dólares)	Total de inversiones en el exterior
1897	308 000 000	665 000 000
1908	1 069 000 000	2 525 000 000
1914	1 649 000 000	3 514 000 000

10. Naciones Unidas: Foreign capital in Latin America.

O sea que en diecisiete años, el 50% aproximadamente de todas las inversiones en el extranjero fueron colocadas en América latina. En 1914 las inversiones hechas por los capitalistas norteamericanos en nuestros países, representaban el 20% del total de capitales extranjeros que había en el conjunto de repúblicas latinoamericanas.

Los grandes consorcios de Estados Unidos aseguraron el control sobre las repúblicas centroamericanas y del Caribe; se formaron el « banana empire » manejado por la United Fruit Co., y el « imperio petrolero » de la Standard Oil Co. Y se proyectaron otros imperios sobre América del sur.

La base ideológica de la tercera conquista fue la misma de la primera y la segunda, con algunas modificaciones formales impuestas por los cambios sucedidos que, en su conjunto, configuran las teorías neocolonialistas.

Hasta 1898 la política mundial fue política europea principalmente. Los Estados Unidos habían ganado en población y riqueza durante un siglo, en proporciones nunca vistas y anexado territorios más extensos que cualquier potencia del Viejo Mundo. Pero su expansión se producía exclusivamente en América.

En la segunda mitad de 1897 el capitán de marina A. J. Mahan difundió sus ideas sobre el presente y el porvenir de las naciones¹¹. Declaró que no era posible prever el resultado final de la lucha entre las civilizaciones del este y del oeste, pero indicaba que el occidental que estuviera convencido de la superioridad de su civilización y del mayor beneficio de ésta para la humanidad, estaba obligado a sugerir las condiciones llamadas a facilitar el triunfo de la misma. Creía que la creación de un gran poder naval era no sólo el necesario y adecuado coronamiento de la grandeza norteamericana, sino la indispen-

sable garantía de la existencia y la seguridad de los Estados Unidos, y, en último término, de la civilización cristiana de Occidente. Mahan fue el teórico de la expansión, y el animador práctico de la misma.

Expansión territorial urgida por la expansión económica, cuyas condiciones y normas estableció el senador Albert J. Beveridge en 1898:

Las fábricas norteamericanas producen más de lo que el pueblo norteamericano puede utilizar. El suelo norteamericano produce más de lo que puede consumir. El destino nos ha trazado nuestra política. El comercio del mundo debe ser nuestro y lo será. Y lo conseguiremos de la manera en que nos enseñó nuestra madre Inglaterra. Estableceremos puestos comerciales en todo el mundo, como puntos de distribución de productos norteamericanos. Cubriremos los océanos con nuestra marina mercante. Construiremos una armada a la medida de nuestra grandeza. Grandes colonias, gobernadas por sí mismas, pero enarbolando nuestra bandera y comerciando con nosotros, crecerán en torno de nuestros puestos comerciales. Nuestras instituciones seguirán a nuestros comerciantes en alas de nuestro comercio. Y la ley norteamericana, el orden norteamericano, la civilización norteamericana se implantarán en playas hasta ahora sangrientas e ignorantes, embellecidas e iluminadas en adelante por aquellos instrumentos de Dios¹².

Expresión y síntesis de los mecanismos de expansión y penetración puestos en marcha por los realizadores de la tercera conquista de nuestros pueblos, es el testamento del general de división Smedley D. Butler:

Me he pasado treinta y tres años y cuatro meses en el servicio activo, como miembro de la más ágil fuerza militar de este país: el Cuerpo de Infantería de Marina. Servi en todas las jerarquías, desde segundo teniente hasta general de división. Y durante todo ese periodo me pasé la mayor parte del tiempo en funciones de pistolero de primera clase para los Grandes Negocios, para Wall Street y para los banqueros. En una palabra, fui un pistolero del capitalismo... Así, por ejemplo, en 1914 ayudé a hacer que México, y en especial Tampico, resultasen

11. *The Interest of America in Sea Power, Present and Future*, Boston, 1897.

12. Quincy Howe: *A World History of Our Times*, Nueva York, 1949.

una presa fácil para los intereses petroleros norteamericanos. Ayudé a hacer que Haití y Cuba fuesen lugares decentes para el cobro de rentas por parte del National City Bank... En 1909-1912 ayudé a purificar a Nicaragua para la casa bancaria internacional de Brown Brothers. En 1916 llevé la luz a la República Dominicana, en nombre de los intereses azucareros norteamericanos. En 1903 ayudé a « pacificar » a Honduras en beneficio de las compañías fruteras norteamericanas...¹³

Mas los medios militares no fueron los únicos a que acudieron los colonialistas contemporáneos. Se sirvieron con frecuencia de la presión económica : a) créditos a nuestros países en condiciones muy favorables para los monopolios norteamericanos ; b) convenios comerciales que dejan sin protección la industria de las repúblicas latinoamericanas frente a la destrucción por parte de los monopolios internacionales ; c) embargos y boycotts contra la moneda de nuestros países ; d) ayudas a las clases dominantes de las repúblicas latinoamericanas que sirven a los intereses extranjeros ; e) tratados que permiten la adquisición de los recursos nacionales por los monopolistas extranjeros ; f) intervenciones diplomáticas para arrancar concesiones que benefician las compañías de la metrópoli ; g) imposición a nuestros países de créditos no solicitados, que proporcionan a los banqueros de Estados Unidos hipotecas sobre aquéllos ; h) control de las finanzas de los pueblos latinoamericanos mediante la utilización de asesores financieros y cobradores de impuestos norteamericanos.

La combinación de medios de penetración diversos crea el cuadro general de la tercera conquista : 1) dominio de los monopolios extranjeros, principalmente norteamericanos, que ocasiona el desplazamiento de los inversionistas nacionales y los subordina ; 2) precios elevados como efecto de las operaciones monopolistas ; 3) altas tasas de ganancias de los monopolios en las ramas que dominan y reducción de las tasas en las ramas que

ofrecen posibilidades para los inversionistas nacionales ; 4) imposibilidad de entrada de los inversionistas nacionales en las ramas dominadas por los monopolios ; 5) técnica controlada por los monopolios que restringen las posibilidades de su utilización por los empresarios nacionales ; 6) grandes inversiones de los monopolios en publicidad para controlar el mercado, e influir en la opinión pública en favor de los intereses monopolistas ; 7) contribuyen a la mala distribución de los ingresos y obstaculizan [los monopolios] la formación del mercado nacional ; 8) el envío constante de fuertes sumas al exterior detiene el proceso de acumulación interna ; 9) los monopolios apoyan las fuerzas reaccionarias de nuestros países y obstaculizan el progreso y el ejercicio de las libertades ; 10) los monopolios debilitan la independencia económica, política y cultural de las naciones latinoamericanas.

Las empresas extranjeras, establecidas para facilitar las materias primas que producen los países latinoamericanos, entorpecen en éstos el incremento de las fuerzas productivas y dificultan la creación de condiciones favorables para el desarrollo independiente.

Lo decisivo —anota Baran—¹⁴, es que el desarrollo económico de los países subdesarrollados es profundamente adverso a los intereses dominantes de los países capitalistas más avanzados. Abasteciendo de muchas materias primas importantes a los países industrializados y proporcionando a sus corporaciones grandes beneficios y posibilidades de inversión, el mundo atrasado siempre ha sido el hinterland indispensable de los países capitalistas altamente desarrollados del occidente. De ahí que la clase dirigente de los Estados Unidos y de otros países se oponga amargamente a la industrialización de los llamados « países fuentes » y al surgimiento de economías industriales integradas en las regiones coloniales y semicoloniales.

Es finalidad de la tercera conquista, como de las anteriores, prolongar el mercado de

13. Smedley D. Butler : *Common Sense*, 1935.

14. La economía política del crecimiento, México.

los conquistadores, y su consecuencia directa o indirecta, el estancamiento de la industria nacional y el control de esta economía como mercado de importación y de exportación. El colonialismo económico es un proceso de instalación de la economía de la metrópoli en la economía dependiente, que se manifiesta en alianzas con las clases privilegiadas que sirven de « conciliadores criollos ».

El proceso colonialista de instalación de la economía metropolitana en la dependiente, es simplemente una superposición de estructuras capitalistas a la economía tradicional de grandes propiedades rurales y ausencia o debilidad de la burguesía. Que disloca a ésta y a las culturas nacionales que entran en contacto con la llamada cultura occidental.

Las tres conquistas económicas han mantenido en nuestros países la coexistencia de diferentes etapas históricas. Las estructuras anteriores se alteran sin producirse al mismo tiempo en intensidad semejante un desarrollo de la industria, de las fuentes de trabajo capaces de absorber la mano de obra que surge de las modificaciones de la economía tradicional. Y crece la población porque las técnicas de salubridad moderna reducen la mortalidad, produciéndose un desequilibrio entre el crecimiento demográfico y el desarrollo insuficiente, limitado por la dependencia de una economía extranjera y la explotación exclusiva de productos determinados que interesan a esa economía.

Nuestros países tienen estructuras desequilibradas: en ellas existen no sólo las diferencias de clases propias de los países de gran desarrollo industrial, sino un desnivel entre una parte de la población que vive dentro de las relaciones sociales del capitalismo, y partes de la misma que viven fuera de este sistema y casi no participan de la riqueza nacional.

La industrialización de cierta importan-

cia, se ha concentrado en media docena de los países latinoamericanos más poblados, y carece de uniformidad. Y en éstos la agricultura no ha crecido al mismo ritmo. El 87 % del producto bruto interno de América latina tiene su origen sólo en seis países: Brasil, 30 %; Argentina, 18 %; México, 15 %; Venezuela, 11 %; Colombia, 7 % y Chile, 4 %. Y del producto bruto total un 20 % proviene de la actividad agropecuaria, 25 % de la industrial, 6 % de la minera y petrolera, 3 % de la construcción y 47 % de servicios diversos.

Más de la mitad de la población de América latina vive escasamente en condiciones de subsistencia, sin capacidad de gozar de los avances de las técnicas modernas. La falta de una demanda intensa que justifique mayores expansiones productivas reduce los mercados tanto físicamente como económica y socialmente. Los contados países que forman la excepción de este tipo de distribución del ingreso, resultan ser muy pequeños para modificar la caracterización general¹⁵.

En el transcurso de la primera mitad del siglo, las inversiones directas de los monopolios norteamericanos en América latina evolucionaron así:

	Millones de dólares ¹⁶
1908	754
1914	1 281
1943	2 800
1950	4 735
1955	6 556

Pero el crecimiento progresivo de las cifras no expresa una afluencia cada vez mayor de capital monopolista extranjero en nuestros países. Porque las inversiones aumentaron sobre la base de los beneficios fabulosos obtenidos por dos mil

15. Véase Victor L. Urquidí: *Viabilidad económica de América latina*, México. Buenos Aires.

16. Naciones Unidas: *Las inversiones extranjeras en América latina*, New York, 1965.

corporaciones norteamericanas que operan en territorio latinoamericano, y se estima que más del 60 % de ese incremento tuvo ese origen. Según estadísticas de las Naciones Unidas, entre los años 1946-1954 concretamente, cada dólar nuevo invertido por las compañías de Estados Unidos en América latina, reportó 3,17 dólares de beneficio. Y en 1955 la proporción es mayor: una inversión de 141 millones de dólares produjo ganancias de 735 millones de dólares¹⁷.

Las inversiones de los monopolios extranjeros que intervienen en acciones neocolonialistas en América latina, constituyen un factor de descapitalización del ahorro de las naciones. Y deforman y obstaculizan el progreso de cada una de éstas al explotar sólo los recursos que interesan a los monopolistas. Apenas un 0,3 % del total de las inversiones directas norteamericanas figura en el renglón industrial de maquinarias, un 15 % en industria manufacturera y más de 50 % se dedica a la explotación minera y petrolera.

Sólo en países que al iniciarse la tercera conquista contaban con cierto grado de desarrollo industrial, se invierte en la industria para controlarla e impedir el surgimiento de una industria independiente. Las inversiones norteamericanas en el campo manufacturero se concentraron inicialmente en Brasil, Argentina, México y Chile, países de mayor desarrollo en esta rama de la producción, logrado en buena

parte con recursos nacionales.

La expansión de los monopolios que signa el neocolonialismo, es un fenómeno que se desenvuelve contando con la colaboración de las oligarquías terratenientes y las burguesías comerciales, que mantienen y mejoran sus privilegios en el cuadro nacional de dependencia económica, que instituye en cada país la penetración y control del capital extranjero en la vida social.

En América latina prevalece una estructura social y económica basada en el control de las riquezas, mano de obra y poder por una pequeña clase terrateniente. Las principales instituciones de tenencia de la tierra en la sociedad tradicional, pueden clasificarse así: **a)** grandes propiedades (haciendas y plantaciones); **b)** propiedades pequeñas (minifundios); **c)** propiedades comunales e indígenas; **d)** tierras fiscales o del Estado. Las primeras (haciendas y plantaciones) son la forma de tenencia dominante.

Mientras la mayor parte de la tierra en nuestras repúblicas se encuentra dividida en grandes haciendas y plantaciones, la mayoría de los campesinos tiene posesiones muy pequeñas que se caracterizan por recursos de capital y tierras muy limitados, abundancia de mano de obra y baja capacidad administrativa. En el siguiente cuadro está resumida la distribución de las explotaciones agropecuarias de América latina, por grupos de tamaño:

Grupos de tamaño (ha)	Explotaciones		Superficie	
	Número	%	Ha	%
De 0 a 20	7 500 776	76,3	34 018 000	4,5
De 20 a 100	1 595 127	16,2	71 453 000	9,6
De 100 a 1 000	634 448	6,5	177 426 000	23,7
Má de 1 000	98 706	1,0	464 694 000	62,2
Total	9 829 057	100,0	747 591 000	100,0

Tomado del Apéndice de la recopilación de trabajos titulada **Reformas agrarias en la América latina**. Edición preparada por Oscar Delgado, 1965.

17. Naciones Unidas: **Estudio económico de América latina: 1951-1952, 1953-1954 y 1955.**

La tenencia de la tierra en el conjunto de los países latinoamericanos presenta rasgos feudales o semif feudales, mantenidos durante las tres conquistas. Los expertos de la OEA han establecido que el uno y medio de los propietarios poseen el cincuenta por ciento de las tierras cultivadas.

En Brasil el 1,6 % de los propietarios son dueños del 51 % de las tierras; en Colombia el 0,4 % posee el 27 %; en Guatemala, 0,4 % son dueños del 41 %. En Uruguay el 4,2 % de los propietarios son dueños del 56 % de las tierras. La proporción es semejante en casi todas las repúblicas de América latina con la excepción relativa de aquellas donde se han hecho reformas agrarias de cierta importancia.

En el sistema de latifundios la productividad en relación con la superficie ocupada es muy baja. Absorbe un mínimo de mano de obra; tiene un efecto despoblador que aumenta en la medida que se extiende el régimen. Como forma de tenencia concentrada de la tierra caracteriza nuestras clases altas rurales poderosas, que asumen la representación de casi todos los productores rurales.

El latifundio en algunos países latinoamericanos ha evolucionado siguiendo una dirección capitalista y creado capas de burgueses agrarios. Sobre grandes latifundios se montan establecimientos capitalistas que emplean técnicas avanzadas. Ejemplos de este desenvolvimiento deforme del capitalismo en el campo los encontramos en diferentes países de nuestro continente, donde el empleo de maquinaria agrícola alterna con la degradación de la agricultura: penetración de los monopolios y extensión de las sociedades anónimas en combinación con la usura y actividades precapitalistas del capital comercial; concentración de la propiedad de la tierra y al mismo tiempo aumento de los propieta-

rios por la « atomización de la pequeña propiedad »; éxodo rural; influencia de los bancos; intervención del Estado en la fijación de los precios; « territorialización » de grupos capitalistas y comerciantes y participación de grandes terratenientes en directorios de institutos financieros y empresas industriales urbanas. Proceso contradictorio que da lugar a variadas desigualdades entre diferentes zonas de América latina y aún dentro de un mismo país y se profundiza con la adquisición de grandes extensiones de tierras por los monopolios extranjeros que realizan la tercera conquista.

Proceso contradictorio que determina una forma de vivir y **progresar** propia de organizaciones sociales que funcionan como colonias o semicolonias, que dependen en lo económico, lo político y lo cultural de potencias extranjeras. Manera de vivir y **progresar** de gran complejidad, conocida generalmente como subdesarrollo. Que no es aspecto o parte del desarrollo integral, sino sistema con dinámica particular, estructuras **sui generis** y problemas definidos que reclaman soluciones urgentes. Económicas en lo fundamental, pero no únicamente.

América latina forma una constelación de pueblos subdesarrollados cuyos rasgos —expresión del proceso contradictorio señalado— establecen semejanzas básicas y diferencias secundarias entre ellos. Este universo de estudio es magnífico campo de operaciones para los investigadores interesados en la formulación de diagnósticos; para los planificadores empeñados en impulsar cambios cuantitativos y cualitativos científicamente recomendables, y asegurarles dirección racional. Para hombres y mujeres heroicos decididos a dar hasta la vida para conquistar la independencia nacional y el progreso efectivo de nuestras sociedades.

Caracas (Venezuela), 1968.

Algunos libros distribuidos por Editions Ruedo ibérico

Imperialismo norteamericano y América latina

Alonso Aguilar	El panamericanismo. De la doctrina Monroe a la doctrina Johnson	(Cuad. Amer.)	7,50 F
	Hispanoamérica en lucha por su independencia (Textos de Bolívar, Martí, Fidel Castro y otros)	(Cuad. Amer.)	15,— F
Leopoldo Aragón	Por qué y cómo somos satélites de los Estados Unidos	(Moncloa)	21,— F
J.-J. Arévalo	Fábula del tiburón y las sardinas	(Palestra)	15,— F
J.-J. Arévalo	Guatemala, la democracia y el imperio	(Palestra)	9,— F
Carleton Beals	América latina, mundo en revolución	(Palestra)	13,50 F
Roger E. Bolton	Defensa y desarme	(Grijalbo)	7,50 F
Juan Bosch	El pentagonismo, sustituto del imperialismo	(Siglo XXI)	3,60 F
Newton Carlos	Santo Domingo, la guerra de América latina	(Iguazú)	5,40 F
Fernando Carmona	El drama de América latina : el caso de México	(Cuad. Amer.)	18,— F
Fidel Castro	La historia me absolverá	(Inst. Libro)	12,— F
Alberto Ciria	Cambio y estancamiento en América latina	(J. Alvarez)	9,— F
Dardo Cúneo	La batalla de América latina	(Siglo XX)	15,— F
Régis Debray	Defensa en Camiri	(Siglo Ilustrado)	4,50 F

Lion Dion	Los grupos y el poder político en los Estados Unidos	(Grijalbo)	7,50 F
Ediciones R.	Playa Girón, derrota del imperialismo (4 tomos; 88 páginas de ilustraciones fuera de texto)	(Inst. Libro)	54,— F
J.-C. Esteban	Imperialismo y desarrollo económico. La Argentina frente a nuevas relaciones de dependencia	(Palestra)	8,10 F
R. Freeman Smith	Estados Unidos y Cuba	(Palestra)	12,— F
Ramiro Guerra y Sánchez	La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y los países hispano-americanos	(Inst. Libro)	30,— F
Ernesto Guevara	Condiciones para el desarrollo económico latinoamericano	(Siglo Ilustrado)	12,— F
Ernesto Guevara	Diario del Che en Bolivia	(Ruedo ibérico)	15,— F
Ernesto Guevara	Obra revolucionaria (Prólogo y selección de Roberto Fernández Retamar)	(Era)	42,— F
Germán Guzmán Campos	El padre Camilo Torres	(Siglo XXI)	19,50 F
Leland H. Jenks	Nuestra colonia de Cuba	(Palestra)	18,— F
Carlos Malpica	El mito de la ayuda exterior	(Moncloa)	30,— F
José Martí	Obras completas (27 tomos)	(Inst. Libro)	396,— F
		el tomo suelto	18,— F
H.-L. Matthews y K.-H. Silvert	Los Estados Unidos y América latina	(Grijalbo)	7,50 F
Manuel Medina Castro	Estados Unidos y América latina, siglo XIX (Premio de ensayo Casa de las Américas, 1968)	(Inst. Libro)	12,— F
Gregorio Ortega	Panamá	(Inst. Libro)	6,— F
Alfredo L. Palacios	Nuestra América y el imperialismo	(Palestra)	21,— F
W.-J. Pomeroy	Guerrillas y contraguerrillas	(Grijalbo)	7,50 F
Rodolfo Pulgrós	Integración de América latina. Factores ideológicos y políticos	(J. Alvarez)	5,10 F

Carlos Rama	Historia del movimiento obrero y social latinoamericano contemporáneo	(Palestra)	12,— F
Ricardo Rojo	Mi amigo el Che	(J. Alvarez)	15,— F
Gregorio Selser	Alianza para el progreso. La mal nacida	(Iguazú)	4,80 F
Gregorio Selser	C.I.A. : de Foster Dulles a Raborn. Métodos, logros y pifias del espionaje	(Ed. Política Americana)	12,— F
Gregorio Selser	Diplomacia, garrote y dólares en América latina	(Pálestra)	11,10 F
Gregorio Selser	Espionaje en América latina. Et Pentágono y las técnicas sociológicas	(Iguazú)	15,90 F
Gregorio Selser	El guatemalazo. La primera guerra sucia	(Iguazú)	6,60 F
Gregorio Selser	Punta del Este contra Sierra Maestra (Kennedy. Frondizi. Guevara)	(Hernández)	15,— F
Gregorio Selser	Sandino, general de hombres libres (2 tomos)	(Inst. Libro)	15,— F
Siné y Ezequiel Martínez Estrada	El verdadero cuento del tío Sam	(Inst. Libro)	9,— F
Paul Sweezy	Capitalismo e imperialismo norteamericano	(J. Alvarez)	9,— F
Paul Sweezy y Leo Huberman	Cuba, anatomía de una revolución	(Palestra)	18,— F
John L. Swomley	El poder militar en los Estados Unidos	(Era)	21,— F
Robert Taber	La guerra de la pulga (Guerrilla y contra guerrilla)	(Era)	18,— F
Osiris Troiani	Dominicana : sólo para adultos	(J. Alvarez)	6,— F
Alisio Ugarte Pelayo y Joaquín Gabaldón Márquez	América latina ante los Estados Unidos (Un discurso y varias cartas)	(Univ. Venez.)	9,— F
Varios	La dominación de América latina	(Moncloa)	24,— F

Doctor economista por la Universidad Central de Venezuela. Director del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela. Profesor titular en la Cátedra de Dinámica económica, en la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela. Miembro del Consejo técnico del CENDES.

Entre sus últimas publicaciones destacan: Venezuela, una economía dependiente, Análisis macroeconómico, Problemas de la economía exterior de Venezuela.

Problemas principales y situación actual

1. Sinopsis de la evolución histórica

La independencia política nacional alcanzada mediante la guerra patriótica contra el dominio colonial de España (1811-1821), provocó escasos cambios de la estructura socioeconómica de Venezuela. El fundamento de la economía colonial era la agricultura de plantaciones, orientada hacia la exportación. En la colonia, el cultivo del cacao se hacía en fincas de gran extensión territorial, formadas en su origen mediante la institución de los « repartimientos » de tierras ordenados por el rey de España y acrecentados en virtud de procedimientos tales como la expansión ilegítima de la propiedad regularizada después mediante el pago de un derecho fiscal y la escritura notarial, las mercedes de tierras y las donaciones. Estos repartimientos se combinaban con las « encomiendas » de indios, o sea la asignación de un cierto número de pobladores nativos al encomendero para su cuidado, protección y servicio. La mano de obra indígena se mostró inadecuada para el duro trabajo de las plantaciones y los propietarios recurrieron a la mano de obra esclava, de origen africano. El régimen agrario colonial puede caracterizarse, por tanto, como de un singular tipo feudal, con elementos de esclavismo y de un sedicente capitalismo manifestado en la vinculación con el mercado extranjero. El modo de producción era eminentemente esclavista, fundamentado en la explotación intensiva de fuerza de trabajo cautiva y caracterizado por el monocultivo, la ocupación parcial del suelo poseído y la utilización de métodos e instrumentos atrasados de producción.

Hacia fines del siglo XVIII el régimen esclavista entra realmente en crisis, en sentido económico, y aumenta el número de manumisos, o sea de esclavos que habían obtenido su libertad y se habían convertido en trabajadores dependientes de la plantación, pagando a los propietarios prestaciones en trabajo o en frutos por el uso de una porción de tierra y trabajando para la plantación mediante el pago de un salario en especie o en dinero. Sin embargo, la posesión de esclavos continuó existiendo hasta después de la independencia e instauración de la república, y formalmente fue liquidado este régimen mediante decreto gubernamental de 1853.

El cuadro socioeconómico de vísperas de la guerra de independencia era como sigue: la clase propietaria de la riqueza estaba compuesta por descendientes de conquistadores y colonizadores españoles, denominados « blancos criollos », españoles peninsulares y algunos « pardos » (de razas mezcladas); esta clase incluía a los propietarios de tierras (grandes cacaoas), comerciantes y mercaderes; los comerciantes eran principalmente expor-

tadores de productos agropecuarios y ejercían funciones de prestamistas; los mercaderes eran importadores de géneros industriales y alimenticios. Existía también una «pequeña burguesía» compuesta por profesionales, comerciantes detallistas, artesanos y empleados subalternos de la administración pública. En la escala inferior seguían los trabajadores libres, pequeños agricultores por su cuenta, vendedores ambulantes. Más abajo estaban los manumisos, que conservaban algunos lazos de dependencia servil con respecto a los hacendados. Por último, los esclavos negros, que aún formaban el contingente principal de trabajadores agrícolas y domésticos. La base económica consistía en el cultivo del cacao, con la complementación de algunos otros frutos (café, tabaco, añil, caña de azúcar, algodón, etc.), y de la cría. La estructura de la propiedad agraria era eminentemente regresiva, de índole latifundista. Un grupo de familias, no superior al centenar, monopolizaba la propiedad del suelo y del trabajo esclavo, formando una especie de «casta», con ostentación de títulos nobiliarios, privilegios de sangre, figuración social y poder económico. La Iglesia Católica poseía grandes extensiones de tierra, esclavos y plantaciones, tenía el usufructo de otras y había acumulado un considerable capital financiero que prestaba a usura con cuantiosos beneficios. Hasta muy entrado el siglo XVIII el comercio exterior estaba monopolizado por la Corona española, bien directamente, bien mediante la denominada Compañía Guipuzcoana, empresa capitalista en la cual tenía participación sustancial el rey de España. Esta Compañía regulaba los precios de los principales productos, regimentaba los cultivos, compraba y vendía con preferencia y ventaja, ejercía funciones de resguardo aduanero y marítimo y adelantaba dinero para el pago del personal de la administración colonial. Los conflictos entre hacendados, comerciantes, mercaderes y Compañía Guipuzcoana fueron frecuentes y en algunos casos agudos. El contrabando —tanto de frutos exportables como de géneros importados— floreció a lo largo del siglo XVIII, practicado desde el exterior por ingleses, franceses y holandeses. La libertad de comercio, decretada por la Corona española hacia el último cuarto del siglo XVIII, persiguió como objetivo suavizar las tensiones ocasionadas por las rígidas y onerosas reglamentaciones de la Guipuzcoana y el monopolio del comercio por España; pero esta medida llegó tardíamente, pues ya las contradicciones que darían lugar al movimiento de independencia nacional estaban en proceso irreversible.

Las contradicciones señaladas anteriormente en el seno de la sociedad colonial pre-independentista, pueden expresarse sintéticamente como sigue: la más importante desde el punto de vista histórico fue la entonces existente entre la nación venezolana, ya consciente de su formación, y la metrópoli española, contradicción que se resolvería mediante la conquista de la independencia en la tercera década del siglo XIX; viene luego la contradicción entre las clases económicamente poderosas, propietarias y monopolistas de la riqueza material, y las clases no propietarias cuya fuerza de trabajo era objeto de explotación de índole semifeudal o esclavista, o cuyas posibilidades de ascenso económico estaban rígidamente restringidas dentro de la estratificación colonial; una contradicción accesoria, pero muy viva y aguda, se planteaba entre las agrupaciones étnicosociales con rasgos de «castas», verbigracia, entre los blancos mantuanos que alegaban limpieza de sangre y los pardos o mestizos con alguna fuerza económica, entre blancos y pardos, por un lado, y los indios y negros, por el otro; aun entre los grupos étnicos de contornos imprecisos se hacían distinciones discriminatorias, por ejemplo, entre los blancos de alcurnia y los blancos «de orilla», entre los peninsulares (nativos de España) y los criollos, etc.; otra contradicción que debe ser mencionada era la existente entre los diferentes estratos económicos de la clase propietaria, entre los hacendados, los comerciantes y mercaderes, cada uno de cuyos grupos cumplía una función en el proceso de explotación y usufructo de la riqueza creada.

La guerra de independencia, y los fenómenos dependientes directa o indirectamente de ésta, dieron lugar a algunos cambios en la sociedad venezolana, pero ninguno de carácter estructural en el sentido estricto. La clase terrateniente y comercial obtiene el poder político bajo la égida de las instituciones republicanas. Individuos ajenos a las castas dominantes de la colonia —próceres de la independencia, entre otros— ingresan en la clase propietaria y ésta se hace más heterogénea, sin perder, y por el contrario fortaleciéndose, su poder oligárquico. El proceso de liquidación del esclavismo se acelera y se amplía el grupo de los trabajadores libres en campos y ciudades. La discriminación étnicosocial se suaviza. El liberalismo político y económico sustituye a las regimentaciones coloniales, pero en provecho

principalmente de la clase propietaria dominante. El café desplaza al cacao como principal fruto de exportación y se fomentan los vínculos con el mercado capitalista mundial. La estructura agraria continúa siendo regresiva, de alta concentración de la propiedad, a pesar de que los soldados de la liberación lucharon por la conquista de la tierra y se les prometió colocarlos en posesión de una parcela. El cambio que ocurre en la propiedad agraria es de índole personal: en buena medida los antiguos terratenientes son reemplazados por los próceres de la independencia y oligarcas de nuevo tipo. El régimen de servidumbre en el campo —colonos, aparceros, arrendatarios que pagan la renta en trabajo o en especie, etc.— se extiende. La rígida estratificación en grupos cerrados similares a « castas » tiende a desaparecer dando lugar a cierta movilidad social. Las posiciones políticas se dividen en dos grandes partidos: el conservador y el liberal, pero su dinámica en esencia gira en torno a la lucha por el gobierno, ya que entrambos ostentan el poder económico y la mayor jerarquía social. El capital usurario —préstamos a elevadas tasas de interés y condiciones de exacción en perjuicio del prestatario— se fortalece y logra apoyo legal prácticamente irrestricto, convirtiéndose en un instrumento de despojo de los medianos y pequeños agricultores y hacendados, así como de rápido crecimiento de las fortunas de unos pocos agiotistas. Las crisis capitalistas de sobreproducción, que se originan en los países que se han industrializado o están en proceso de hacerlo, se transmiten a la economía venezolana a través del comercio exterior y provocan graves conmociones internas. Café, cacao y política son los polos de interés de la historia nacional durante el largo y tormentoso siglo XIX.

La guerra civil que se denominó « revolución federal » fue el estallido violento y prolongado de las contradicciones críticas acumuladas durante los treinta años anteriores (1830-1859). Los liberales se hacen federacionistas, partidarios de la descentralización del poder político y de la administración pública; los conservadores se hacen centralistas, partidarios de la concentración del poder y de la administración y el pueblo los llamaba « godos ». La participación de la masa campesina en ese movimiento le dio un contenido socioeconómico de fuerte trascendencia; Ezequiel Zamora se hace el caudillo agrario y dice luchar por el reparto de la tierra a los campesinos que no la poseían y por el ascenso de éstos a la categoría de ciudadanos completos de la república en lo económico, político y social. Detrás de Zamora se arremolinan agricultores y llaneros sin tierras; pero también se incorporan al movimiento federalista caudillos ambiciosos sedientos de poder, riqueza y figuración, que conducirían finalmente a desvirtuar el contenido reivindicativo de esa lucha. La estructura económica no se transformó a consecuencia de la guerra federal; la propiedad agraria continuó monopolizada por algunos centenares de familias, mientras muchos miles de familias campesinas carecían de tierras para el cultivo; el trabajo casi servil de los campesinos en provecho de los latifundistas prosiguió siendo el régimen de relaciones de producción prevaleciente en el campo; el capital usurario siguió aumentando a costa de los agricultores en dificultad; el país continuó dependiendo de la exportación de café y cacao, principalmente, pero la capacidad de pago generada por esta actividad se manifestó insuficiente para sufragar la importación de géneros industriales, en buena parte suntuarios, los viajes al extranjero, las misiones diplomáticas y hasta el envío de capitales a los centros europeos de mayor atracción (Londres y París); en consecuencia, se recurrió frecuentemente al empréstito exterior bajo condiciones desventajosas. El movimiento federalista arrojó, sin embargo, algunos resultados importantes en el campo político y social: los partidos tradicionales desaparecen (conservador y liberal) y en su lugar se multiplican las facciones políticas, sin doctrina, sin programa, impulsadas por caudillos ambiciosos de poder, detrás de los cuales se agrupan campesinos y trabajadores atraídos por las promesas, siempre falsas, de los jefes. En lo social, el proceso federalista complementó la obra de igualación que había comenzado en la guerra de independencia: definitivamente desaparecen las castas, las discriminaciones raciales, los grupos cerrados e inamovibles en la composición de la sociedad y el pueblo venezolano adquiere conciencia de igualdad en este sentido. El Estado venezolano, por otra parte, acentúa su fisonomía institucional y orgánica, mediante la promulgación de leyes y reglamentos sobre la hacienda pública, el servicio de la administración, la educación, la organización de los despachos ministeriales, etc. Cierta grado de intervención oficial en la actividad económica se manifiesta en la política de la Federación; se regulariza relativamente el sistema monetario, el gobierno realiza obras públicas notables, se fomenta el ferrocarril, el telégrafo y el correo y se da

impulso formal a las relaciones diplomáticas, consulares y comerciales con países extranjeros. El café y el cacao constituyeron durante ese largo periodo los ejes de la economía y de la sociedad venezolana. El capital extranjero —comercial y financiero— penetra apreciablemente en esta economía y obtiene pingües beneficios.

1.1. El petróleo en la vida venezolana

Hacia 1917 comienza la explotación comercial de petróleo en Venezuela. En los años inmediatamente anteriores se lleva a cabo una sorda lucha entre compañías extranjeras rivales por la posesión de las mejores áreas petrolíferas; también se efectúan maniobras políticas para obtener las mayores ventajas y la libertad de movimientos en el negocio del petróleo, entonces incipiente. Mediante la comprobación de las grandes posibilidades del país en este campo, la lucha por concesiones se amplía. Un gobierno tiránico, de primitivo instinto de poder e insaciable apetito de riqueza, aunado a la ausencia de experiencia sobre el negocio petrolero, constituyen el campo más propicio para la expansión imperialista en la actividad extractiva y a la vuelta de unos pocos años buena parte del suelo y del subsuelo venezolano estaría bajo el control de las empresas extranjeras del ramo, en condiciones manifiestamente lesivas a la soberanía nacional y al interés económico del país. Hacia 1926 la exportación de petróleo ocupa el primer lugar en el cuadro de comercio exterior de Venezuela, desplazando al café de esta posición que había mantenido durante un siglo. En la tercera década del siglo XX el signo de la economía venezolana —y con ello la entera dinámica social de la nación— cambia esencialmente. Es menester detenerse en este fenómeno.

La época petrolera, que aún vive Venezuela, se caracteriza en primer lugar por la expansión sin precedentes de la capacidad para importar y de los recursos fiscales. En este proceso hay que distinguir varias fases: una que se extiende de 1917 a 1943, de casi completa irregularidad en el régimen de participación nacional en el producto petrolero y, por tanto, de considerable y rápido enriquecimiento de las empresas explotadoras, mientras que los ingresos del Estado venezolano y de los trabajadores ocupados en la industria a pesar de su crecimiento se mantenían dentro de márgenes modestos; otra fase se extiende de 1943 a 1957, durante la cual tiene lugar una muy fuerte expansión de la inversión petrolera extranjera en el país, un crecimiento acelerado de las actividades de exploración, producción y exportación de petróleo, un aumento pronunciado y prácticamente continuo de los ingresos de divisas petroleras al país, de los ingresos del Estado y del volumen de salarios de los trabajadores petroleros venezolanos; la fase última, que aún está en evolución, se distingue por un reajuste persistente y notable de las actividades exploratorias, de la inversión y de la tasa de aumento de la exportación, además de una tendencia al deterioro de las cotizaciones del petróleo declaradas por las compañías exportadoras a los efectos de la liquidación del impuesto sobre la renta.

La explotación y exportación de petróleo por compañías extranjeras, principalmente norteamericanas e inglesas, determina cambios considerables en la vida económica, política y social del país. En lo económico, hay que mencionar en primer lugar la formación de un sector externo de poderosa influencia, bajo el control del capital foráneo; mientras que la producción de café y cacao, exportaciones tradicionales, se realizaba y realiza por factores nacionales y la mayor parte del producto obtenido corresponde a los titulares de los mismos, la producción de petróleo se realiza bajo el predominio de factores extranjeros y una parte sustancial del producto obtenido es apropiada por dichos factores. Mientras la producción y exportación de frutos agrícolas proporciona ocupación a centenares de miles de trabajadores campesinos, la actividad petrolera apenas absorbe a los 2% o 3% de la fuerza de trabajo total del país, con tendencia a la reducción tanto absoluta como relativa del empleo en este sector. El Estado venezolano se convierte, merced a los ingresos derivados de la industria petrolera, en un poderoso agente de actividad económica nacional, con la particularidad de que los recursos que moviliza a través de los canales de la economía interior —para efectuar gastos corrientes, sociales o de inversión— provienen en proporción sustancial de fuentes del patrimonio fiscal de la nación y no de impuestos, tasas o contribuciones de los ciudadanos. Una modalidad institucional, heredada de la

legislación colonial española, hace al Estado propietario de las riquezas del subsuelo, a pesar de que el propietario del suelo sea un particular. El Estado puede explotar directamente tales riquezas —o mediante un instituto autónomo oficial— o conceder a un sujeto privado, nacional o extranjero, el derecho de exploración, explotación, industrialización y comercialización de los hidrocarburos o minerales que se encuentren en el subsuelo, por un tiempo determinado, que es de cuarenta años según la Ley de Hidrocarburos de 1943. Esta concesión, por supuesto, está sujeta al pago de derechos fiscales, que en conjunto forman el ingreso que el Estado percibe por concepto de aprovechamiento del subsuelo. Esta modalidad permite al Estado disponer de una cuantiosa y creciente corriente de fondos que al ser gastados en el país por diversos conceptos ejercen una acción similar a la de una inversión autónoma, es decir, no sólo se agregan a la formación de ingresos sino que se multiplican en la medida en que los perceptores privados apliquen los fondos recibidos a la adquisición de bienes y servicios de producción interna. Con ese poder de gasto, el Estado está en capacidad de sanear el territorio de las endemias tradicionales, de proteger la salud de la población, de atender a su educación, de construir obras de infraestructura necesarias para fomentar el establecimiento y desarrollo de actividades económicas, de facilitar asistencia financiera a las empresas privadas y, en general, de ampliar y profundizar el campo de la prestación de servicios. En lo político, el ingreso petrolero permite la estabilización del gobierno, la liquidación de los caudillos regionales o locales, la concentración del poder en manos del jefe del Estado, el sostenimiento de una burocracia numerosa y exigente, de una clientela oficial, de organizaciones fuertes de seguridad militar y policial, y, por consecuencia, la desaparición de las revueltas armadas que habían sido la característica del medio siglo anterior a la iniciación de la época petrolera. En lo social, el decaimiento del prestigio y de la base de dominio de la clase terrateniente rural, el aumento acelerado de la población, la aparición del fenómeno de urbanización, o sea el crecimiento rápido de las ciudades merced a la emigración hacia éstas de considerables contingentes de la provincia, el florecimiento de una burguesía comercial principalmente importadora y subsecuentemente de una burguesía financiera con vínculos externos, el surgimiento de una pequeña burguesía nutrida con los aportes de las profesiones liberales, de los intelectuales, de los pequeños comerciantes, de los artesanos, de los empleados públicos y privados de rango medio, la formación de un proletariado incipiente en campos petroleros y mineros, en las factorías semirurales y en los brotes industriales de las ciudades.

1.2. Cambios políticos contemporáneos

Con la muerte del dictador Juan Vicente Gómez (1935), quien durante 27 años había dominado a Venezuela con poder prácticamente absoluto, se operan algunos cambios políticos e institucionales en este país. El pueblo ensaya tímidamente el ejercicio de libertades fundamentales, la prensa cobra significación como medio de información y de opinión, se organizan los primeros sindicatos obreros y los primeros partidos políticos con afán de participar en el juego democrático. La estructura del poder no ha sufrido alteraciones, sin embargo, y pronto se deja sentir la represión del movimiento popular y sindical, con el encarcelamiento y exilio de los líderes (1937-1939), la ilegalización de partidos y sindicatos, el cierre forzoso de periódicos, la disolución por la fuerza de manifestaciones y reuniones, el atropello a la Universidad central (Caracas) y otros hechos similares. Las elecciones siguen siendo indirectas o de segundo grado para presidente de la república y el derecho de voto es muy restringido (mayores de 21 años, varones, alfabetos). En 1941 es elegido el general Isaías Medina Angarita presidente de la república por el Congreso, en el que sólo había 13 votos de la oposición. Sin embargo, el gobierno de Medina se distingue por una acentuada liberalización política, por la realización de importantes pasos hacia la democracia representativa y por ciertas medidas de carácter económico y fiscal que inciden en rasgos fundamentales de la vida nacional. Los partidos políticos adquieren legalidad, el movimiento sindical se desarrolla, las libertades esenciales son ejercidas, prácticamente no hubo presos políticos y las elecciones municipales y para

los cargos parlamentarios tuvieron un mayor contenido popular que en el quinquenio precedente. Se establece el impuesto sobre la renta, se regulariza por primera vez el régimen legal de explotación de petróleo, se consolida la estructura del mercado de divisas, se crea una junta de fomento de la producción nacional, se promulga una ley de reforma agraria que no llegó a practicarse porque poco después, en octubre de 1945, se levantó en armas contra el gobierno un considerable sector del ejército y, apoyado en el partido opositor Acción Democrática (socialdemócrata), se hizo cargo del poder político, designándose entonces una junta revolucionaria de gobierno presidida por el señor Rómulo Betancourt, líder del partido mencionado.

El movimiento de octubre de 1945 aceleró el proceso de incorporación de las masas populares a la vida política y amplió el campo de las instituciones de la democracia representativa. El voto se hizo posible legalmente para la mayoría de la población, el presidente de la república pudo elegirse por votación directa en 1948, se crearon nuevos partidos políticos (Unión Republicana Democrática y Socialcristiano Copei), se ensanchó el movimiento sindical y agrario, se promulgaron leyes contra el peculado administrativo, contra la especulación con la escasez de mercancías y para protección del inquilino de viviendas urbanas. En lo económico, se incrementó la participación porcentual del Estado en el producto petrolero, se creó la Corporación Venezolana de Fomento encargada de promover la industrialización del país y se dieron algunos pasos en materia de colonización agrícola. En noviembre de 1949, pocos meses después de asumir el gran novelista Rómulo Gallegos la presidencia de la república, es derrocado militarmente y comienza una dictadura militar y policial que se prolonga hasta principios de 1958 y a cuyo frente estuvo el general Marcos Pérez Jiménez, posteriormente preso y enjuiciado por el presunto delito de enriquecimiento ilícito a costa de la nación.

En los ocho años de la última dictadura la vida política transcurre en su mayor parte en la clandestinidad, los líderes y cuadros medios son perseguidos, encarcelados, desterrados o asesinados, el movimiento sindical se reduce sustancialmente, se vive en un clima de terror, el peculado y el enriquecimiento ilícito florecen extraordinariamente, la especulación en terrenos urbanos, edificios, valores y otros activos adquiere ritmo de vorágine, el desempleo abierto o encubierto alcanza cifras considerables, aunque no se podrán conocer públicamente sino después de derrocado el régimen; la industria de construcción absorbe importantes recursos y se expande exageradamente, provocando una deformación en la composición de la actividad económica; la industria manufacturera crece a ritmo lento, en base de sustitución de importaciones de bienes de consumo; una costosa política de colonización agrícola intenta dar la impresión de que se ejecuta una reforma agraria; se favorece una inmigración intensiva, pero la gran mayoría de los inmigrantes se detiene en las ciudades y se emplea en la construcción, el comercio, los servicios y la artesanía; parte de los programas oficiales es financiada mediante deuda irregularmente contraída, formalmente oculta, ya que no se cumplen en esta materia las disposiciones de la ley de crédito público; los apuros financieros del régimen obligan a cerrar, en el bienio 1956-1957, el largo paréntesis abierto en 1946 en el otorgamiento de nuevas concesiones petroleras, y se negocia apresuradamente con las compañías del ramo a fin de obtener fondos monetarios para hacer frente a las exigencias fiscales y los apetitos de enriquecimiento de los validos del régimen; a consecuencia de estos últimos actos el Tesoro nacional registra un aparente incremento de reservas equivalente a 1 200 millones de dólares y del mismo modo la balanza de pagos muestra un voluminoso superávit que se incorpora en las reservas de oro y divisas del Banco Central, las cuales alcanzan a fines de 1957 a 1 400 millones de dólares aproximadamente; este movimiento fue fortalecido por el aumento de la exportación de petróleo, tanto en volumen como en precios, en virtud de los efectos del cierre del canal de Suez sobre el mercado petrolero mundial.

Sin embargo, la dictadura de Pérez Jiménez realizó, o inició la realización, de algunas obras de gran importancia para el desarrollo económico nacional y que han entrado a formar parte del capital básico del país. Hay que mencionar, especialmente, programas como los siguientes: la construcción de algunos tramos ferroviarios y la rehabilitación de otros, la construcción de algunas autopistas y carreteras, la iniciación de la instalación de la industria petroquímica, la construcción de gasoductos, la iniciación y adelanto de los trabajos de instalación de una industria siderúrgica, la construcción de algunos sistemas

de riego agrícola y la iniciación de los trabajos de la electrificación en gran escala mediante el aprovechamiento de las caídas de agua del río Caroní. Estas obras fueron continuadas por los gobiernos que sucedieron a la caída de la dictadura.

El 23 de enero de 1958 termina la época de Pérez Jiménez mediante un movimiento civicomilitar de unidad nacional del cual forman parte todos los partidos políticos, sectores de la burguesía, la juventud estudiantil y obrera y las fuerzas armadas. Una junta provisional de gobierno presidida por el contralmirante Wolfgang Larrazábal y en la cual participan altos representantes de los empresarios, conjuntamente con un gabinete ejecutivo en el cual figuran destacados hombres de negocios, toma el mando, mientras en las calles de las ciudades numerosas manifestaciones populares apoyan al gobierno y exponen las aspiraciones colectivas. Sin embargo, no hay una verdadera participación de los partidos políticos en el gobierno provisional, ni tampoco hay una participación real de las clases progresistas de la sociedad venezolana en el poder. El sector políticamente más consciente de sus posibilidades en el proceso de transición de la dictadura a formas democráticas de vida pública es la alta burguesía: los industriales más importantes, el alto comercio, los hombres que manejan las finanzas privadas internas, los gerentes de las grandes firmas económicas. Son ellos los que controlan posiciones burocráticas clave, los que toman u orientan las decisiones de política económica más significativas, los que imprimen un rumbo a la administración pública. Las deudas contraídas por la dictadura, en buena parte de modo irregular o ilícito, son canceladas o amortizadas sustancialmente en un corto tiempo. El mercado de divisas continúa enteramente libre y tiene lugar una extraordinaria salida de medios de pago al exterior, que se refleja en un descenso inquietante de las reservas monetarias; las importaciones continúan aumentando y la fuga de capital adquiere magnitudes que debieron dar lugar a la alarma. El desempleo es tratado perentoriamente con subsidios de emergencia, con el efecto contradictorio de que el volumen de desempleo subió. La construcción privada sufre un colapso y decenas de miles de trabajadores quedan cesantes. Las arcas fiscales se vierten para aplacar la sed de gasto. Los sueldos del personal del Estado son aumentados y la propensión a importar se eleva. Algunos juicios por enriquecimiento ilícito son iniciados, pero la mayor parte de la riqueza acumulada mediante el tráfico con dineros públicos y los intereses de la nación escapa a la acción de la justicia.

La lucha política durante el año 1958 se mantiene dentro de los límites de la mayor prudencia, en aras de la conservación del clima de libertades entonces imperante y para prevenir cualquier intento de regreso a la situación prevaleciente hasta el 23 de enero. Sin embargo, se preparan elecciones primarias apresuradamente y la contienda adquiere visos de torneo cívico de elevado nivel. El contralmirante W. Larrazábal renuncia a la presidencia de la Junta de gobierno para hacer campaña como candidato a la presidencia de la república, postulado por el partido Unión Republicana Democrática (populista) y apoyado por el Partido Comunista. Se le enfrentan Rómulo Betancourt, candidato de Acción Democrática y Rafael Caldera, del Partido Socialcristiano Copei. Betancourt triunfa por un amplio margen, favorecido por el voto mayoritario de los campesinos y de la clase media. Mientras se realiza la campaña electoral y toma posesión el nuevo gobierno, el mando es ejercido por una junta presidida por el doctor Edgar Sanabria, profesor universitario de pensamiento conservador. Sin embargo, paradójicamente, en ese breve periodo el gobierno provisional emite dos decretos de gran importancia: uno de reforma de la ley de impuesto sobre la renta, que incide principalmente sobre las compañías extranjeras de petróleo y mediante la cual la tasa impositiva sobre la renta de éstas se eleva de 28,5% a 47,5%; otro de reforma del estatuto orgánico de las universidades, mediante la cual se consagra la autonomía de estos institutos. Esos decretos tuvieron gran repercusión nacional, en el campo económico, político y cultural.

2. Cuadro económico

La economía venezolana ha venido formándose mediante un accidentado proceso histórico y aun no ha encontrado su módulo definitivo, ni su estructura equilibrada, propicia

al continuo y vigoroso desarrollo de las fuerzas productivas. En cada etapa de este proceso formativo han coexistido, entremezclándose, diferentes modos de producción, correspondientes o no a distintos niveles de desarrollo de las fuerzas productivas. Es posible reconocer en la estructura económica de la sociedad colonial rasgos de esclavismo, de un feudalismo modificado, de un incipiente capitalismo comercial y usurario; al lado de una agricultura de subsistencia tuvo lugar una agricultura de plantaciones, con fuerza de trabajo esclava incorporada, fuerza de trabajo servil y producción sustancialmente destinada al mercado exterior. El intercambio permitía el abastecimiento de la colonia con bienes importados. La balanza comercial ha debido ser favorable, en promedio, en la época en que la capacidad productiva de las plantaciones alcanzó un máximo y los precios de los frutos fueron satisfactorios. Ello hizo posible alguna acumulación interna de capital, manifestada en la expansión de las plantaciones, en la instalación de medios de elaboración primaria de los frutos y en la construcción de casas y edificaciones tanto en el medio rural como en las pequeñas ciudades de la época. El comercio exterior fue siempre en Venezuela, y aun lo es, la variable estratégica principal de la economía.

La guerra de independencia trastornó la vida económica del país, pero ocasionó pocos cambios en la estructura económica. El esclavismo subsistió, pero ya desde mediados del siglo XVIII se notaron signos de decadencia de este modo de explotación; este proceso se aceleró durante la guerra y años después, en el período republicano, fue abolida legal y económicamente la esclavitud. El enfeudamiento —fuerza de trabajo servil— sufrió también considerables modificaciones y cobró importancia creciente la figura del **peón** agrícola, bajo un régimen rudimentario de salariedad; como fase intermedia se hizo presente el modo de explotación de fuerza de trabajo conocido con los nombres de **medianería**, **aparcería**, **colonato** y similares, una combinación de trabajador libre y de pequeño agricultor dependiente económicamente del hacendado o latifundista. El café sustituyó al cacao como fruto exportable principal. La producción y el comercio de café se vincularon más estrechamente al mercado mundial capitalista, en el que, por otra parte, las crisis periódicas de sobreproducción se hicieron más sistemáticas e intensas, imponiendo su módulo a las economías dependientes o periféricas como la venezolana.

Ante las indicadas modificaciones en el modo de producción, por lo que se refiere al factor fuerza de trabajo, la estructura agraria permaneció prácticamente invariable. La propiedad agraria cambió de dueños, pero el régimen de propiedad y tenencia de la tierra, de índole latifundista, persistió, incluso con una mayor concentración de dicha propiedad. El desarrollo de las fuerzas productivas no era estimulado por esa estructura y la producción entró en una fase de decadencia, aun antes de que hiciera su aparición en el cuadro económico venezolano la explotación de petróleo, lo que ocurrió en la segunda década del siglo XX.

En principio, la incorporación del petróleo como recurso económico de crecientes proporciones en nuestra economía ha debido impulsar el desarrollo del país en todos los órdenes, ya que significa una expansión formidable de la base de producción y acumulación de capital. No ha sido enteramente así, en virtud del freno relativo supuesto por el modo de producción bajo el cual se aprovechan los recursos. Desde el comienzo, el capital extranjero domina absolutamente la explotación de petróleo. Las fuerzas productivas han aumentado firmemente en el nuevo sector extractivo exportador y la ampliación del mercado mundial para la nueva mercancía ha asegurado el éxito de la empresa. El producto petrolero se distribuye en proporciones desiguales entre el Estado venezolano, propietario de los yacimientos, y la empresa privada extranjera. Gracias a las reformas practicadas en la legislación de hidrocarburos y en la de impuesto sobre la renta, así como también la mejor organización administrativa y política del Estado, la participación nacional en aquel producto ha venido aumentando, tanto en términos absolutos como relativos, alcanzando en la actualidad, en promedio, a un 60% esta participación.

La explotación de petróleo ejerce una influencia considerable en la estructura específica de las actividades económicas y en la dinámica demográfica. Aproximadamente en 1926 el petróleo ocupa el primer lugar como renglón de exportación, pasando el café al segundo lugar. La demanda de fuerza de trabajo por parte de la industria petrolera crea un nuevo horizonte de oportunidades para los asalariados. La agricultura revela abiertamente signos de crisis en la época de estructuración de la industria extractiva y se afecta una inmigra-

ción numerosa desde los campos a las zonas petroleras y las ciudades influidas por aquella actividad. La población de los distritos petroleros aumenta aceleradamente. Maracaibo, en el occidente, se convierte en la capital venezolana del petróleo. Dos grandes polos regionales de atracción se forman: el Zulia, en el oeste, y Anzoátegui y Monagas en el este.

El crecimiento del ingreso público procedente en su mayor parte de la actividad petrolera, permite sustentar una burocracia administrativa muy extendida y hace del Estado un verdadero gestor de la situación económica. El gasto público en servicios y obras tiende a concentrarse en las principales ciudades, con la consecuencia de que empeoran las condiciones de vida en el medio rural y mejoran en el medio urbano y suburbano. Las ciudades se convierten en polos de distorsión de crecimiento perverso; en la periferia proliferan las rancherías, mientras que en las zonas privilegiadas se forman barrios residenciales elegantes. Los patrones de vida de los países industrializados, principalmente los Estados Unidos, ejercen gran influencia en los sectores de población agrupados en las ciudades y distritos petroleros. Según el censo de población de 1926, el 85 % de ésta era rural y el 15 % urbana; para 1961, el 34 % de la población era rural y el 66 % urbana. La inmigración extranjera durante el periodo 1948-1957, principalmente, se agrega como factor importante en el movimiento demográfico; en ese periodo el ingreso neto de inmigrantes al país fue de 600 000 personas, en su mayoría españoles, italianos y portugueses. Este aporte humano provoca cambios en el mercado de trabajo, en la pauta de la distribución del ingreso, en el modo de vivir, en el comportamiento social y en la actitud ante los problemas nacionales. Los inmigrantes se ocupan en su gran mayoría en actividades no agrícolas. La agricultura continúa siendo una ocupación de venezolanos.

Los rasgos dominantes de la economía venezolana pueden resumirse así: la industria extractiva exportadora —petróleo y mineral de hierro— contribuye directamente con una cuarta parte del producto nacional, emplea alrededor del 2 % de la fuerza de trabajo y utiliza alrededor de una quinta parte del capital localizado en el país; aproximadamente el 80 % de las divisas extranjeras que ingresan al mercado venezolano son proporcionadas por la mencionada actividad; ésta da origen igualmente directa o indirectamente al 70 % del ingreso público; el negocio petrolero y de mineral de hierro está controlado casi totalmente por la empresa extranjera; la actividad tradicional, la agricultura, sufre de un atraso estructural en su porción sustancial y ocupa más de un tercio de la población activa, contribuyendo con sólo un 8 % del producto nacional; la estructura agraria sigue siendo muy regresiva; el volumen de la producción agrícola es esencialmente insuficiente, la capacidad de compra de los agricultores es muy baja y el uso de los recursos es antieconómico en su mayor parte; la industrialización es incipiente, dispersa, inorgánica en su base, consistente en la sustitución de importaciones de bienes de consumo por productos acabados en el país, pero elaborados con materias primas y equipo importados; igualmente la tecnología industrial es copiada de la prevaleciente en los países de mayor desarrollo capitalista, con el efecto de que el aprovechamiento de factores nativos —recursos naturales y fuerza de trabajo— por la industria es muy escaso, en tanto que se exige mucho capital por unidad de producto o por trabajador empleado; sin embargo, el Estado ha acometido la instalación de algunas importantes industrias básicas: siderúrgica en Guayana, petroquímica en el centro y el occidente, electrificación en gran escala en la zona del río Caroní; la construcción, privada y pública, absorbe un fuerte contingente de fuerza de trabajo y cuantioso capital, significando una de las actividades claves para el sostenimiento de la expansión económica; los diversos servicios, incluido el gobierno, proporcionan trabajo a un 45 % de la población empleada, mientras que la industria se lo proporciona a un 15 %; el desempleo abierto representa alrededor de un 12 % de la población activa; la población total crece a una tasa de 3,4 % anual y cada año la población en edad de trabajar crece en 90 000 individuos; además del desempleo absoluto, abierto o forzoso, el subempleo o paro encubierto se observa en casi todas las actividades, principalmente en la agricultura y en los servicios.

La inversión extranjera es considerable en la economía venezolana. El sector donde se aplica mayormente es el ya indicado de explotación de petróleo y mineral de hierro, con el efecto de que esta economía ha venido creciendo hacia afuera, conservándose así fuertes vinculaciones de dependencia y creándose otras, por lo que la dinámica económica interna se sujeta casi enteramente a las alternativas y contingencias de los grandes centros indus-

trializados, donde se encuentran los mercados principales para los hidrocarburos y minerales y que son, a su vez, los mayores abastecedores de los productos industriales que el país requiere. Los sectores internos de la producción venezolana no se han desarrollado convenientemente a causa de los frenos estructurales mencionados. La acumulación de capital nacional ha sido frenada por el tributo cuantioso que impone al país la inversión extranjera, así como también por los efectos de demostración en el consumo. El promedio anual de utilidades, intereses y rentas de la inversión extranjera en Venezuela es de 650 millones de dólares, cantidad equivalente a un 40 % de las divisas que ingresan en el país. Ese voluminoso excedente económico representa una parte considerable del valor agregado por factores venezolanos aplicados en la explotación de nuestros recursos naturales. Desde otro punto de vista, en lo que se refiere a petróleo y minerales, la extracción sistemática de éstos acarrea el agotamiento progresivo de una riqueza en materias primas que son y serán cada vez más indispensables para el crecimiento de la economía nacional en su fase de industrialización.

Por otra parte, el capital extranjero desempeña un papel significativo en el proceso de industrialización distorsionada que se cumple en este país. Los centros capitalistas abastecedores exportan productos semielaborados, maquinarias, equipos, tecnología, marcas y patentes de fabricación y comercio, y participan sustancialmente en los capitales y beneficios de las empresas establecidas en el país importador que se industrializa, con dos efectos negativos notables: 1) patrones de vida de los centros capitalistas desarrollados se imponen a nuestra sociedad, en circunstancias en que el poder general de compra es insuficiente para sostenerlos, y se sacrifican de este modo oportunidades de acumulación interna de capital; 2) patrones de producción de manufacturas de dichos centros son calcados casi sin modificaciones por las empresas de este país, aprovechándose mal la escasa provisión de capital, desaprovechándose en gran medida la fuerza de trabajo y los recursos naturales. En estas condiciones, la industrialización no libera la economía, ni le asegura estabilidad a largo plazo.

La reforma agraria sigue siendo todavía una simple aspiración de los sectores progresistas y una necesidad del desarrollo. La promulgación de una ley agraria en 1960 no ha sido acompañada por un plan oficial para su ejecución y las realizaciones en esta materia son escasas, fragmentarias y lentas. El núcleo de la estructura agraria no ha sido transformado. El latifundio —en sus diferentes aspectos: económico, técnico, social, jurídico— sigue en pie. Grandes grupos de población campesina continúan marginados del mercado, de la cultura y hasta de la vida institucional. Su ingreso real por habitante está casi al nivel de subsistencia. Mientras no se realice la reforma agraria, el proceso de desarrollo estará frenado.

El sector público es muy influyente. El ingreso público representa un 35 % del ingreso nacional; el ahorro público significa un 40 % del ahorro nacional y una significación semejante tiene la inversión pública con respecto a la inversión nacional; el gasto de consumo del gobierno equivale a un sexto del gasto total de consumo; el sector público emplea un décimo de la fuerza de trabajo del país. Esta posición tan importante no ha sido utilizada convenientemente para imprimir un rumbo progresivo en definitiva a la economía nacional. La transformación de la economía y la sociedad venezolana depende, evidentemente, del carácter concreto del poder político.

3. Cuadro social

Las características estructurales de la economía venezolana, que han sido señaladas someramente en el párrafo anterior, imprimen necesariamente su sello en la estructura social y en la dinámica de la vida nacional. La sociedad venezolana está en proceso de transición. La insatisfacción creciente de la mayoría y la vitalidad demográfica son fenómenos notables de la época. El elevado índice de juventud de la población y el ensanchamiento del déficit entre la demanda de bienestar y lo que se ofrece dentro de las condiciones limitativas vigentes, constituyen poderosos factores de quebrantamiento del orden jerárquico tradicional, y las antiguas escalas de valores resultan estrechas y extrañas para las nuevas generaciones. La sociedad debe encontrar un rumbo cierto y justo

antes de que aquellos factores hagan explosión. El objetivo de desarrollo integral de la nación puede significar un atractivo que canalice las voluntades revolucionarias de la juventud y permita superar la fase de transición al menor costo social posible.

El proceso histórico venezolano determina lo que se califica como igualdad social. No existen castas, ni privilegios puramente sociales de cuna, títulos, limpieza de sangre o abolengo familiar. No existe prácticamente discriminación racial. Este igualitarismo tiene escasos paralelos en el mundo subdesarrollado (y también podría decirse con respecto al mundo desarrollado). La igualdad social sin base económica tiene, sin embargo, características formales. El sistema liberal burgués es adversario, en principio, de los títulos de nobleza, de los privilegios señoriales, de las genealogías seculares, del dominio feudal, de la estratificación social heredada; pero funciona en base de la desigualdad económica, de la concentración del poder económico, de la acumulación de fortunas en grupos restringidos de la sociedad, del despojo del producto del trabajo de las mayorías por una minoría explotadora.

En Venezuela la desigualdad económica es evidente. Menos del 2% de la población percibe alrededor de la mitad del ingreso nacional: es el grupo de los empleadores, de los ejecutivos de empresas y gobierno, de los terratenientes y demás rentistas. El 50% restante del ingreso se distribuye, también desigualmente, entre el 98% de la población. Aun en la clase obrera, tomada en su conjunto, existe una amplia gama de niveles o estratos de ingreso: el proletariado petrolero percibe ingresos superiores en dos veces, en promedio, a los del proletariado manufacturero y en el seno de este último grupo hay también desniveles acentuados. El proletariado petrolero, por otra parte, percibe ingresos cinco veces mayores que los de la población campesina. Los profesionales independientes con ingresos considerables, comparables a los de los ejecutivos empresariales, significan un porcentaje moderado del total de profesionales. Los trabajadores del servicio doméstico en las ciudades devengan salarios superiores a los de apreciables contingentes industriales y, desde luego, agrícolas. En las ciudades el inquilinato privado es la forma predominante de ocupación de viviendas, con ratas de arrendamiento que no bajan del 1% mensual sobre el valor del inmueble.

La estructura social corresponde a la de una sociedad en transición. La clase obrera verdaderamente tal, ocupada en la producción material no agrícola y en los servicios productivos, representa un sexto de la población total. El campesinado —pequeños agricultores, arrendatarios, peones, temporeros, etc.— significa otro sexto de la población. Los trabajadores ocupados en servicios improductivos alcanzarán a dos sextos de la población. Los niños y adolescentes, así como las mujeres dependientes del trabajo de los varones, ocuparán la mayor parte de la proporción restante. Los grupos minoritarios están formados por: profesionales independientes, empleados públicos, estudiantes de niveles medios y superiores, rentistas, terratenientes, industriales, comerciantes, empresarios de servicios. La llamada clase media —pequeños empresarios, profesionales, estudiantes, intelectuales, funcionarios públicos, ejecutivos privados de nivel promedio, etc.— es relativamente numerosa. Los sectores que ostentan el poder económico, dentro del cuadro de dependencia externa que hemos trazado, son: la incipiente burguesía industrial, la burguesía importadora y la financiera, los grandes empresarios y propietarios agrícolas. La conciencia de clase de estos diferentes grupos está en distintos grados de evolución. Aún no puede hablarse en propiedad de la existencia de eso que se ha dado en calificar como una «burguesía nacional», con intereses y conceptos definidos en relación con el capitalismo nacional frente al extranjero. Pueden observarse contradicciones frecuentemente muy vivas entre los estratos de la burguesía: entre los industriales y los importadores, entre los productores de la ciudad y los del campo, etc. El pensamiento económico y social de los diferentes estratos de los sectores propietarios y empresariales se canaliza a través de tres órganos de opinión y gestión: la Federación Venezolana de Comercio y Producción (Fedecámaras); la Asociación Pro Venezuela y la Federación de Productores Rurales (Fedagro).

Los desajustes sociales son tremendos. La emigración campesina a las ciudades, el alto crecimiento demográfico, la excesiva juventud de la población, la falta de oportunidades de empleo, la escasa o nula calificación de la fuerza de trabajo, la insatisfacción avivada por el «efecto de demostración», entre otros hechos, determinan la aparición de morbos sociales inquietantes: la delincuencia principalmente juvenil y hasta infantil, la prostitución,

el abandono de la infancia por sus padres, la mendicidad, la aguda inestabilidad familiar urbana, la preferencia al ocio. No hay un plan oficial para el enfrentamiento de esos males desde su raíz y la acción del gobierno se limita en lo esencial a reprimir o aliviar las manifestaciones más agudas de esas endemias sociales.

4. Cuadro político

Los factores de encuadramiento económico y social constituyen la clave para la explicación del cuadro político. La experiencia de este país es la de sometimiento casi total a las dictaduras por largo tiempo, con lapsos mucho más breves de regímenes « blancos », algunos de los cuales surgieron de elecciones de primer grado. La formación de partidos políticos es un proceso de los últimos 30 años y aún no ha concluido. Al caer la dictadura de Pérez Jiménez, el 23 de enero de 1958, los partidos existentes eran: Socialcristiano (Copei), Acción Democrática (populista), Unión Republicana Democrática (populista), Partido Comunista venezolano. Copei es ubicado generalmente como un partido que refleja los intereses de los sectores dominantes, aunque presenta su doctrina como una interpretación del pensamiento socioeconómico de la Iglesia católica; Acción Democrática, actualmente en ejercicio del gobierno, es un partido que se autodefine como nacionalrevolucionario, reformista, aproximado al socialismo llamado democrático; Unión Republicana Democrática no tiene diferencias doctrinarias, estratégicas o programáticas con AD, pero mantiene algunas modalidades surgidas de su propia evolución histórica y de la personalidad de su principal dirigente, Jóvito Villalba. Acción Democrática, mediante divisiones internas ocurridas en los últimos siete años, ha dado origen a dos nuevos partidos: el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), de inclinación radical y orientación marxistaleninista, y el Partido Revolucionario Nacionalista, de inclinación menos radical y que define su doctrina como nacionalismo revolucionario. Otros partidos surgidos de circunstancias electorales son: el presidido por el vicealmirante Wolfgang Larrazábal (expresidente de la Junta de gobierno de 1958) y que se denomina Fuerza Democrática Popular, de orientación populista, y el Frente Nacional Democrático cuyo dirigente principal es el doctor Arturo Uslar Pietri, de orientación liberal moderada.

Todos los partidos mencionados, excepto el MIR y el comunista, han declarado reiteradamente su fidelidad a los principios y mecanismos de la democracia representativa y encuadran su juego político dentro de dicho esquema. El MIR y el Partido Comunista adversan a la democracia representativa y luchan por un cambio del sistema socioeconómico del país, proclamando la necesidad para ello de practicar todas las formas de lucha. El gobierno decretó la inhabilitación legal de esos partidos y sus líderes principales están o han estado presos, exilados o perseguidos. En estas circunstancias la lucha política ha adquirido relieves de violencia singular. En algunas zonas montañosas del país se mantienen grupos armados que se denominan « guerrillas » y que combaten eventualmente contra el ejército y la policía. El gobierno y los sectores del poder económico sostienen que ese movimiento armado y toda la lucha de los partidos inhabilitados están animados y apoyados moral y materialmente por el gobierno de Fidel Castro, en Cuba, y obedecen a un plan continental para fomentar la subversión y la toma violenta del poder político, para instaurar regímenes revolucionarios de la misma clase que el cubano.

Varias estrategias se enfrentan en el campo de la lucha política en Venezuela. Por una parte, existe la estrategia conservadora, la que persigue el mantenimiento de la economía y la sociedad venezolana en su estructura actual y trata de anular, por tanto, toda acción de progreso, para lo cual maneja los resortes de poder. Las fuerzas del gran capital extranjero, principalmente norteamericano, operan dentro de esta estrategia y tienen como aliados los estratos de la alta burguesía (terratenientes, rentistas, importadores, banqueros, industriales asociados con firmas extranjeras, etc.). También opera una estrategia reformista, populista, que se propone la realización de algunos cambios importantes en la estructura socioeconómica del país, para modernizarla y suavizar sus contradicciones más agudas, pero sin alterar las bases fundamentales del sistema, o sean: en lo económico, la propiedad privada de los medios de producción y el modo privado de distribución del producto social; en lo político, las instituciones de la democracia

representativa. Esta estrategia ha sido adoptada por los partidos llamados **legalistas democráticos**, entre los cuales se encuentra el que tiene responsabilidad de gobierno, Acción Democrática. Por último, los partidos marxistaleninistas, el MIR y el comunista, tienen una estrategia orientada al cambio del sistema socioeconómico y para ello dicen utilizar todas las formas de lucha, desde la pacífica legal hasta la insurreccional. La oposición activa entre estas diferentes estrategias determina un proceso conflictivo, de violencia permanente, que se hace acumulativa.

5. Diagnóstico global

Venezuela está en una encrucijada histórica. Debe tomar en el más breve plazo posible el control de su propio desarrollo o resignarse al estancamiento y quizás a la regresión secular. Tomar el control propio significa una doble acción: 1) sujetar efectivamente la dinámica del sector externo —petróleo, mineral de hierro, importación— a los imperativos del desarrollo económico nacional; 2) encontrar y fomentar aceleradamente fuentes sustitutivas de la explotación de recursos naturales no renovables como soportes primarios de la creación del producto nacional. Esta doble acción es interdependiente. La economía venezolana no puede esperar mucho más del petróleo bajo las condiciones vigentes de su explotación. Tampoco es viable obtener mucho más de la industrialización que se nutre simplemente del reemplazo de la importación de bienes de consumo en su fase final de elaboración. Este modo de industrializar el país está limitado por dos frenos estructurales: el atraso de la agricultura, que impide la expansión vertical del mercado interno y la integración igualmente vertical de las fuerzas productivas; y la carencia de un principio orgánico de acumulación nacional de capital, que permita armonizar el crecimiento « hacia afuera » —por la vía del comercio exterior— con el crecimiento « hacia adentro » —por la vía de la creación de una base técnica de producción de bienes capitales y de insumos materiales. La doble acción indicada no puede efectuarse por el procedimiento de ajustes progresivos, por el camino de la evolución simple, como propugnan los partidarios del cambio « sin dolor »; se requiere una transformación intensiva, cualitativa y cuantitativa a la vez, en las propias condiciones de la vida nacional. Esta necesidad puede apreciarse en la discrepancia crónica entre los resultados alcanzados —en todos los órdenes, el económico, el cultural, el político, el social— y las exigencias planteadas por la sociedad. La insatisfacción determinada por esa discrepancia mantiene un estado de tensión entre los diferentes grupos sociales —clases, estratos, estamentos— y ello se profundiza en las raíces de la violencia y de la crisis nacional. En síntesis, la contradicción entre la necesidad de crecimiento integral del país y la posibilidad de crecimiento dentro de los encuadramientos vigentes es lo que conmueve en este tiempo a la nación venezolana y la hace girar entre la angustia estéril o destructiva y la voluntad de transformación.

6. Pronóstico

A corto plazo no se vislumbran modificaciones considerables en los lineamientos básicos de la vida y la actividad de este país. Probablemente las tensiones estructurales anotadas se acentuarán en los próximos años y se harán suficientemente imperiosas como para imponer una solución de fondo. A largo plazo —no necesariamente largo en sentido cronológico, sino en sentido dialéctico— sobrevendrán cambios profundos en el sistema socioeconómico y político de Venezuela. Es indudable que el petróleo dejará de ser eje de la vida venezolana dentro de las próximas dos décadas. Es también indudable que el país debe avanzar aceleradamente en su industrialización o incurrir en el riesgo de un colapso histórico. La preocupación que nos asiste es que no hay una toma de conciencia general y precisa sobre estos imperativos y de que el pueblo no está organizado realmente para impulsarlos. Toma de conciencia y organización —simultáneamente— son los agentes indispensables del cambio que está planteado.

Caracas (Venezuela), julio de 1968.



Premio anual a la investigación

Asociación de Profesores de la Universidad Central de Venezuela

La Asociación de Profesores de la Universidad Central de Venezuela, en la oportunidad de la celebración del DIA DEL PROFESOR UNIVERSITARIO, en el año de 1967 instituyó, con la finalidad de contribuir al desarrollo de la investigación científica y humanística del profesorado de las universidades venezolanas, un Premio Anual de acuerdo con las bases siguientes :

- « Primera : Podrán optar al premio tanto los miembros del Personal Docente y de Investigación en ejercicio en las universidades del país, como los Profesores Jubilados y Honorarios de las mismas.

- Segunda : El premio se otorgará a cada uno de los trabajos considerados como el mejor en los siguientes campos de Investigación :
I) Ciencias Naturales y Matemáticas ; II) Ciencias Sociales y Humanidades.

- Tercera : La evaluación de los trabajos se hará conforme a su originalidad y contribución al desarrollo científico y humanístico.

Cuarta : Se podrá optar al premio mediante la remisión a la Asociación de Profesores de la Universidad Central de Venezuela de cinco ejemplares por trabajo inédito o publicado durante el periodo comprendido entre la presente fecha y el 31 de octubre de 1968.

Quinta : El periodo de admisión de los trabajos en lo sucesivo será el comprendido entre el 15 de enero y el 31 de octubre de cada año.

Sexta : El Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la Universidad Central de Venezuela designará a tal efecto los jurados correspondientes.

Septima : El premio consistirá en lo siguiente :

- I) La cantidad de diez mil bolívares y diploma para el autor o los autores del trabajo seleccionado en Ciencias Naturales y Matemáticas.
- II) La cantidad de diez mil bolívares y diploma para el autor o los autores del trabajo seleccionado en Ciencias Sociales y Humanidades.

Octava : El premio será entregado por el Presidente de la Asociación de Profesores de la Universidad Central de Venezuela en acto especial, el 5 de diciembre de cada año, « Día del Profesor Universitario ».

Novena : Los trabajos premiados serán publicados por la Asociación de Profesores de la Universidad Central de Venezuela. Los autores premiados mantendrán la propiedad intelectual de las obras respectivas y tendrán derecho a doscientos ejemplares de la edición. »

Biblioteca de cultura socialista

Colección dirigida por Jorge Semprún

KAROL MODZELEWKI y JACEK KURON

¿ Socialismo o burocracia ?

228 páginas

12 F

LEON TROTSKI

Literatura y revolución. Otros escritos sobre la literatura y el arte

Tomo 1 216 páginas

15 F

Tomo 2 216 páginas

15 F

LEON TROTSKI

1905. Resultados y perspectivas

Tomo 1 244 páginas

16,50 F

Tomo 2 224 páginas

16,50 F

N. BUJARIN

La economía mundial y el imperialismo

268 páginas

12 F

FERNANDO CLAUDIN

La crisis del movimiento comunista

I. De la Komintern al Kominform

440 páginas

33 F

De inmediata publicación

KARL KAUTSKI : **La cuestión agraria**

LEON TROTSKI : **Escritos sobre España**

FERNANDO CLAUDIN

La crisis del movimiento comunista

II. Del XX Congreso a la invasión de Checoslovaquia

LEON TROTSKI : **La revolución desfigurada**

PAUL CARDAN : **Capitalismo moderno y revolución**

LEON TROTSKI : **El gran forjador de derrotas**

Editions Ruedo ibérico

Dirigente clandestino de la Juventud de Acción Democrática (1953-1956), en la lucha contra la dictadura militar de Pérez Jiménez, y fundador del Frente Universitario. Miembro de la dirección nacional del MIR (1960-1968). Comandante del frente guerrillero Ezequiel Zamora (El Bachiller) [1966-1967]. Hecho prisionero en mayo de 1967 y condenado a treinta años de prisión por los tribunales militares. Actualmente en la prisión militar de San Carlos.

Pasado y presente

Venezuela está ubicada al norte de América del sur. Parte de un subcontinente atrasado desde el punto de vista económico y dependiente del imperialismo norteamericano, Venezuela tiene rasgos comunes con los restantes países que lo integran. Apartando la historia del siglo XIX, historia de la independencia política respecto a la dominación luso española, así como la similitud cultural en su más amplio sentido, los países latinoamericanos, que tienen un mismo origen, son unificados de rechazo en lo que va del siglo XX por una potencia que los oprime. Roto el colonialismo tutelar del siglo pasado, los países latinoamericanos construyen Estados nacionales independientes, pero en forma muy distinta al fenómeno que tiempo atrás se había producido en Europa. En efecto, mientras allá los Estados nacionales fueron una consecuencia del fortalecimiento del capitalismo y de la quiebra del sistema feudal, en América en cambio las fronteras nacionales encierran estructuras económicas complejas donde se encuentran relaciones de producción feudales, con formas económicas esclavas, y con algún desarrollo de la producción mercantil simple. Una parte no desestimable de la población, particularmente en ciertos países, vivía todavía en comunidad primitiva. En conjunto se trataba de economías precapitalistas, en buena parte de subsistencia, y basadas en un factor dinámico: la exportación de productos primarios de origen principalmente agrícola-pastoril. Algunas consecuencias pueden señalarse. En primer lugar, las fuerzas productivas de cada país latinoamericano no se han desarrollado lo suficiente como para rebasar las fronteras. La bajísima productividad propia de la estructura económica antes señalada, engendraba tendencias autárquicas. La vinculación con el sistema mundial era débil: se hacía a través de productos con base en una muy rígida oferta. La capacidad de importación era muy reducida. Cada país pues se consumía sobre sí mismo, sin nexos estrechos con los otros. En segundo lugar, las naciones latinoamericanas tenían economías poco complementarias, fenómeno que en buena parte subsiste aún y explica en gran medida las dificultades de los llamados proyectos de integración económica latinoamericana. Feudalismo, minifundismo, monocultivo y monoexportación de productos no muy diferentes, contribuían a

agrandar las distancias entre los latinoamericanos, a convertir su pasado heroico común en un viejo recuerdo, a depender cada una por separado y aun en forma competitiva del mismo enemigo. En tercer lugar, nuestros países caían casi sin esfuerzo bajo el dominio de potencias extranjeras, dueñas del mercado exterior. Adquirían éstas la producción interna a bajísimo precio y la revendían con ganancias muy crecidas.

Las luchas populares se movían impotentemente dentro de un círculo vicioso. El campesinado era la clase fundamental, los latifundistas y comerciantes eran las clases dominantes. Sin clase obrera, sin un partido capaz de satisfacer los más radicales anhelos de las masas, los combates se hicieron sin concierto, bajo la dirección de caudillos que chocaban entre sí y que se turnaban en el poder. La expresión más alta de estas luchas fue, en Venezuela, la Guerra federal, la cual sin embargo no produjo ni podía producir las transformaciones revolucionarias de la estructura económica imperante.

El imperio petrolero venezolano

Al cumplirse la primera década del siglo XX, cae la dictadura de Cipriano Castro y se instala en el poder Juan Vicente Gómez. Los obstáculos interpuestos por el primero a la voracidad imperialista tanto en la cuestión del reclamo de las deudas, como en la cuestión de las inversiones directas, fueron rápidamente superados con la colocación de Gómez en el gobierno. A partir de 1926, el petróleo se convierte en el principal producto de exportación venezolano, desplazando al café y al cacao, con lo que se marca una importante transformación estructural: el imperialismo norteamericano se convierte en la fuerza dominante del país. Por otra parte, ya la dependencia con respecto a éste no se expresa en la venta de frutos producidos en condiciones precapitalistas al comercio, controlado por capital extranjero, sino que lo decisivo pasa a ser la inversión directa en petróleo. La estructura económica de Venezuela se desgaja entonces en dos grandes sectores: uno, interno, donde subsistían todas las formas económicas inicialmente descritas, y otro, externo, representado por la industria petrolera bajo control del capital norteamericano y angloholandés. Posteriormente, con el surgimiento de un sector capitalista nacional, principalmente a partir de la segunda guerra mundial, la estructura económica venezolana pudo caracterizarse como tricotómica, donde el sector dominante era y es el exterior. En otras palabras, Venezuela es un país sometido por el imperialismo, pero además con un sector capitalista nacional y un sector precapitalista. Sería largo exponer la historia de las inversiones extranjeras en Venezuela. Las primeras pertenecieron a capital Inglés y se colocaron como empréstitos o inversiones ferrocarrileras y de tranvías. Después el capital

inglés llegó también al petróleo, valiéndose de la inmoralidad de venezolanos que prestaron sus nombres para lograr concesiones de los gobiernos de Castro y Gómez que transfirieron a los pocos días a las compañías petroleras inglesas y norteamericanas.

La tiranía de Juan Vicente Gómez pudo definirse con justo título como feudal-imperialista. El mejoramiento de la coyuntura exterior del café y el cacao coincidieron con el desarrollo acelerado del petróleo, para permitir una animación de la actividad económica del país, y mayores ingresos fiscales. El elevado valor de retorno petrolero encubría una injustísima relación, donde las compañías petroleras obtenían gigantescos dividendos. Pero, en todo caso, para un país acostumbrado a modestos presupuestos que no sobrepasaban los 60 millones de bolívares, el nivel elevado de gasto público que pudo mantenerse fue suficiente para suministrar estabilidad y cierto prestigio de constructor al sanguinario dictador. El ejército nacional fue mejor dotado y disciplinado. La crisis en la agricultura, especialmente de exportación, restó base económica a los encastillados caudillos militares. La migración rural-urbana provocada no tanto por la industria petrolera en sí, que con su alta composición orgánica de capital no fue nunca un gran factor de empleo, sino por las actividades económicas conexas, especial- en comercio y servicios, aceleró las dificultades de la agricultura y provocó una mayor centralización del país alrededor de los núcleos urbanos. Como los caudillos militares, salvo con el Mocho Hernández y la llamada revolución libertadora, no habían superado sus divergencias, pudieron ser batidos fácilmente al detal por Gómez. Así como se produjo una

sería transformación estructural en Venezuela, sufrieron grandes cambios las luchas populares. El languidecimiento de las guerrillas con las características anotadas, coincidió con la victoria de la revolución rusa y los posteriores éxitos en la guerra civil de la joven patria socialista. La influencia del marxismo, la revelación de la monstruosidad del nuevo imperialismo y de la conducta genuflexa de los déspotas venezolanos, prendieron esencialmente en la juventud estudiantil, en la clase obrera y en los empleados urbanos. La lucha reúne entonces dos vertientes: es por una parte democrática, anti-represiva, y es, por la otra, antimperialista. En puridad puede decirse que la lucha antimperialista nació en esos años. No es casual tampoco que el primer manifiesto de los comunistas venezolanos se produzca en 1931, bajo el régimen gomecista, aun cuando ya el marxismo había prendido al iniciarse la década de los años 1920. A partir de 1936, a la caída de la dictadura, estos perfiles se acentúan. Se producen grandes movilizaciones y huelgas obreras y estudiantiles, donde los trabajadores petroleros destacan. El gobierno de López Contreras se ve obligado a hacer concesiones y se pone en vigencia la Ley del trabajo, nace la actividad sindical, surgen los partidos, varios de ellos definitivamente antimperialistas. Pese a la represión se enriquece el pensamiento revolucionario en la confrontación más o menos abierta de ideas y se crea un movimiento de opinión que denuncia la abusiva presencia del imperialismo norteamericano e inglés y agita banderas nacionalistas. También se fortalece, en condiciones muy difíciles el movimiento obrero. Escribe Pompeyo Márquez: «Había que ver, en 1938, por ejemplo, a los sindicatos cerrados, con un puñado de activistas que no llegaban a los 15 o 20. Sin realizar asambleas, sin jornadas reivindicativas. Había que observar a los partidos clandestinos —PCV, PDN— como la única llama de resistencia que permanecía viva. Eran organismos minúsculos desde el punto de vista numérico, pero con una tendencia a vincularse a las masas populares.»¹

El gobierno de Medina y las compañías petroleras

Con el gobierno del general Medina Angarita, todos estos agregados cuantitativos hacen inevitables ciertas medidas a favor de la nación. Se democratiza la vida pública y se aprueban leyes y decretos que mejoran la participación venezolana en el negocio petrolero y golpean aunque muy débilmente la posición hegemónica de los monopolios petroleros. La ley de impuesto sobre la renta de 1941 y la de hidrocarburos en 1943 provocan algunos indiscu-

tibles beneficios. Al efecto señala Salvador de la Plaza: «Los efectos de las mencionadas leyes se apreciaron desde 1943. Entre ese año y el de 1955, mientras la producción de petróleo cuadruplicaba, la participación de la nación aumentó en trece veces.»² El Decreto 178 de 1944 contiene una más o menos osada reivindicación: obliga a las compañías a vender con carácter de exclusividad, y a un tipo de cambio preferencial favorable al país, absolutamente todas las divisas que se originen por la exportación del petróleo y demás minerales combustibles y por las diversas actividades de las compañías petroleras. El Banco Central de Venezuela adquiría tales divisas al precio de 3,09 bolívares, los vendería a los Bancos comerciales a 3,33 y éstos al público a 3,35 bolívares por dólar. Al verse obligadas por decreto a vender sus divisas al Banco Central, las compañías absorberían la diferencia entre 3,35 y 3,09 bolívares en beneficio de la nación. Sin embargo, el gobierno de Medina también hizo generosas concesiones al imperialismo. Al efecto, el doctor Sáder Pérez, actual director general de la Corporación venezolana de petróleo, dice: «Se habían otorgado concesiones antes en el periodo del año 1943 al 1945 cuando al aprobar la Ley de 1943 el gobierno prorrogó las concesiones que estaban ya por vencerse y otorgó nuevas concesiones por una extensión de un poco más de 5 millones de hectáreas.»³ Sin embargo, los aspectos progresistas de la legislación de Medina fueron quizás suficientes para asegurar la participación imperialista en el golpe de Estado que cristalizó en 1945.

El golpe de Estado del 18 de octubre de 1945 fue producto de la unión de las esferas dirigentes de AD, con Rómulo Betancourt a la cabeza, y las nuevas promociones del ejército, formadas con criterios más técnicos, cuyo representante más conspicuo era Marcos Pérez Jiménez. Como AD era un partido popular, con tradiciones combativas —era el mismo PDN de los tiempos de López Contreras, obligado a cambiar de nombre durante el régimen de Medina Angarita— esa conjura suscitó esperanzas de amplios sectores populares y abrió un compás de indecisiones: la amalgama no resistiría mucho tiempo la prueba del gobierno. Las consignas democráticas de AD incluían la realización de la reforma agraria, de la reforma educacional, del sufragio universal, de elevación de los impuestos a las compañías petroleras y creación de una empresa nacional de petróleos.

1. Pompeyo Márquez: *Revista de Documentos Políticos*, 1967, Caracas.

2. Salvador de la Plaza: *Desarrollo económico e Industrias básicas*, Caracas, 1962.

3. Rubén Sáder Pérez: *CVP y los contratos y la reversión del 83*. Conferencia. Universidad Central, Caracas, 1968.

El país se transforma

¿Pero qué nuevas transformaciones económicas habían ocurrido en Venezuela?
 ¿Cuáles eran las perspectivas que se abrían al país?

Con el vertiginoso crecimiento de la producción y exportación petroleras, el producto territorial bruto y el ingreso nacional habían crecido grandemente. Con este último, dado el escaso desarrollo de las actividades productivas industriales internas y la inflexibilidad de la oferta agropecuaria, a más de la influencia del llamado efecto-demostración (tendencia de los países atrasados a adoptar los patrones de consumo de los países adelantados), la gran capacidad de compra creada se había traducido en un crecimiento muy grande de las importaciones. La economía del país se hacía cada vez más monetaria por el crecimiento de la circulación de la moneda como función determinante de los ingresos de divisas petroleras. La distancia entre el sector de hidrocarburos, bajo control imperialista y los sectores internos pre-capitalista y capitalista se hacía cada vez mayor. La deformación económica del país

se traducía en la escasisima relación intersectorial e interrural. La producción petrolera se orientaba hacia el extranjero y su influencia sobre el país se hacía fundamentalmente por vía indirecta: por medio del gasto público. De manera que la actividad económica se concentró esencialmente en el sector primario, especialmente de producción petrolera, y el sector terciario (comercio y servicios). Con las crisis capitalistas de 1921-1922 y sobre todo de 1929-1935, la ruina de la agricultura de exportación se hizo crónica. Desde el punto de vista social se perfilaron características que hoy están muy dibujadas: el crecimiento de las ciudades, con apariencia exterior de metrópolis capitalistas, con un proletario creciente, y la despoblación relativa del campo. El doctor Tomás Enrique Carrillo Batalla hace las estimaciones de la distribución de la población entre urbana y rural guiándose primero por el criterio de las Naciones Unidas de definir un centro poblado como urbano cuando alcanza la cifra de 20 000 habitantes, y luego por una apreciación propia de establecer la cifra-nivel en 1 000 habitantes. En el primer caso, el resultado es el siguiente:

Población ⁴					
Años	Urbana	%	Rural	%	Total
1936	513 635	15	2 850 694	85	3 364 347
1941	660 262	18	3 190 509	82	3 850 771
1950	1 585 540	31	3 449 298	69	5 034 838
1961	3 549 223	47	3 974 776	53	7 523 999

En el segundo caso:

Años	Urbana	%	Rural	%	Total
1936	1 168 039	35	2 196 308	65	3 364 347
1941	1 516 444	39	2 334 327	61	3 850 771
1950	2 709 344	54	2 325 494	46	5 034 838
1961	5 078 624	68	2 445 275	32	7 523 999

Es evidente que el criterio de los 1 000 habitantes como cifra-nivel es mucho más realista para Venezuela que el de los 20 000. En el censo venezolano último se fija en 2 500 la mencionada cifra. Pero cualquiera que sea el criterio a seguir, hay un hecho inocultable: el proceso de urbanización ha sido y va a seguir siendo vertiginoso, mientras que la tasa de aumento de la población rural es pequeña y la población misma tiende a decrecer aun en términos absolutos. Poco importa desde luego que varios de los centros poblados reputados cuantitativamente como urbanos, sean cualitativamente rurales, si extendemos un poco libremente el concepto de rural para identificarlo con población dedicada a las actividades agropecuarias.

Esa estructura económicosocial deformada y sujeta a la dominación imperialista tendió a hacerse crónica y a « institucionalizarse ». En 1938 los Estados Unidos imponen a Venezuela el Tratado de reciprocidad comercial que debía oponerse al desarrollo de la industria venezolana. Para ese año, Venezuela importó de los Estados Unidos bienes por un valor de 175 201 000 Bs. La prosperidad aparente de un país con alta capacidad de compra en el extranjero, ocultaba una realidad distinta. El doctor Maza Zavala la describe en los términos siguientes: « En un país donde un aumento de ingresos se traduce inmediatamente en un crecimiento de la demanda de bienes de consumo de todas clases, como el nuestro, y donde esa demanda acrecida es satisfecha en gran medida por importaciones, debido a deficiencias e insuficiencias de la producción nacional, el principio multiplicador [...] opera principalmente en beneficio de los países extranjeros que nos abastecen de cuanto demandamos. Así, una gran inclinación a consumir casi totalmente cualquier incremento del ingreso, que debería ocasionar en la economía venezolana un alto nivel de

inversiones y un grado óptimo de ocupación, con el correspondiente ingreso elevado, causa tan sólo un crecimiento fuerte de las importaciones, beneficiando de esta manera al extranjero y dificultando los esfuerzos productivos que se realizan en el interior del país. »⁵

Una industria nacional condenada

Pese a todo, circunstancias como la crisis de 1929 y años siguientes y el inicio de la segunda guerra mundial, debieron provocar por contrapartida efectos beneficiosos para las actividades industriales venezolanas. Desde el año 1938 había comenzado a expandirse la circulación monetaria en medida muy grande. Las dificultades en el comercio internacional, por causa de la guerra, obstaculizaron las compras venezolanas en el extranjero. Las divisas petroleras no encontraron una salida muy libre hacia el exterior, con lo que los bolívares creados se depositan en los bancos o van a manos del público. Subieron los precios, y las actividades productivas internas se vieron estimuladas para producir parte de lo que antes se traía por la vía de la importación. Venezuela emergió de la guerra, como otros países atrasados, con grandes reservas de oro y divisas y con un pequeño pero promisor crecimiento industrial. Desde luego, como no toda la expansión interna pudo traducirse en una sustitución inmediata o muy sustancial de productos extranjeros por productos venezolanos, crecieron mucho los depósitos bancarios.

Pero en todo caso, con la segunda guerra, se dieron circunstancias que, mejor aprovechadas, podrían haber engendrado

4. T.E. Carrillo Batalla: *Población y desarrollo económico*, 1967, Caracas.

5. N.F. Maza Zavala: *Notas sobre el Tratado de reciprocidad comercial Venezuela-Estados Unidos*, 1952, Caracas.

un mayor crecimiento industrial del país. El gobierno de AD tuvo excepcionales posibilidades en sus manos, pero su condición colonialista le impidió utilizarlas. En materia petrolera, AD elevó los impuestos, incluyendo el llamado Impuesto adicional del 50-50. Los dirigentes de este partido consideraban que se vivía la etapa «fiscal» de la política petrolera. Creó también la Corporación venezolana de fomento con el fin de impulsar la industrialización. Pero estos tímidos proyectos quedaron allí. Simultáneamente, con el llamado impuesto adicional, AD renunció aparentemente por medio de un compromiso secreto con los monopolios, a modificar la escala impositiva sin acuerdo de las empresas.

Se extiende el nacional reformismo

AD en el poder pudo fortalecerse como partido. Valiéndose del mejoramiento fiscal como resultado de la coyuntura de guerra y postguerra y de las leyes y decretos aprobados por el gobierno medinista, emprendió una política de penetración en el campo y en la clase obrera que le deparó una clamorosa victoria electoral en los comicios de 1947. Con el movimiento obrero organizado y el movimiento campesino bajo su control, introdujo serias desviaciones nacional y socialreformistas que años más tarde, a partir de 1958 le sirvieron para conjurar la creciente combatividad del proletariado. Es discutible hablar de la formación de una aristocracia obrera en esos años, como en los años que corren. Este fenómeno, estudiado por Lenin, corresponde más exactamente a los países imperialistas que pueden corromper a una parte de los obreros con sueldos y ventajas sociales y políticas a cuenta de los superbeneficios extraídos de las colonias. Pero evidentemente se formó una burocracia

obrera, desvinculada por mucho tiempo de las actividades productivas, alimentada con la basura ideológica del aprismo, el nacional reformismo en todas sus variedades y el socialismo de la II Internacional, y acostumbrada a defender las medidas antinacionales, patronales y reaccionarias del gobierno frente a los reclamos obreros. Esta burocracia, momificada en sus cargos, se valió de la fuerza y del respaldo policial para dividir, asaltar y torpedear la renovación de directivas sindicales. A la luz de esto se ve claramente por qué, con el golpe reaccionario del 24 de noviembre de 1948, los más altos dirigentes de AD se refugiaron en embajadas, fueron detenidos en sus residencias o se apartaron de la lucha activa, mientras que un movimiento obrero que aparentemente sostenía al gobierno no se movió para nada. El golpe de noviembre fue reveladoramente incruento.

Dictadura militar y economía

La nueva situación creada en el país produjo cambios políticos de extraordinaria importancia. Los sectores populares de AD, sus núcleos más aguerridos y de izquierda, se convirtieron en el sostén de la resistencia. Su dirección clandestina, bajo el control primero del heroico Ruiz Pineda y luego de Carnevall, fue pasando cada vez más completamente a manos de los sectores avanzados, en la medida en que la represión se incrementaba.

La década dictatorialista, primero con la Junta Militar presidida por Delgado Chalbaud y después de su muerte, con la dictadura unipersonal de su asesino, el coronel y después general Pérez Jiménez, se llena de significativos hechos económicos y políticos. Demos un vistazo general a través de ciertas magnitudes económicas al lapso 1950-1957. La tasa de formación de capital fue ciertamente muy grande: alrededor del 27% del PTB durante todo

el periodo. El producto industrial creció a una tasa de 11 % o más anual como promedio. La producción petrolera a un 9 % anual. Los gastos de capital crecieron mucho, llegando a superar en 1957 a los gastos corrientes. El nivel de 2 951 millones de bolívares fue el más elevado de toda la historia de Venezuela. La demanda interna creció también poderosamente sin afectar los precios porque las importaciones más que se duplicaron. El tipo de cambio se mantuvo estable. Libre convertibilidad, estabilidad de los precios, generosidad del gobierno frente a la empresa privada y entreguismo al capital extranjero, particularmente a las compañías petroleras, dieron cierta estabilidad al régimen que permite explicar su perduración durante 10 años (1948 a 1957) contra el repudio de toda la nación. Por otra parte, la dictadura aumentó el gasto mientras florecía la actividad económica señaladamente en comercio y construcción. Durante los primeros años hubo dificultades económicas. Las entradas de divisas llegaron apenas a 534,71 millones de dólares en 1950, contra 703,46 en 1948. Por el desbarajuste y la incuria en los gastos públicos, se redujeron las reservas a 156,4 millones de bolívares, cuando habían sobrepasado los 300 millones durante el gobierno de AD. Sin embargo, pronto se recupera la actividad económica, se expande la circulación monetaria, sin que deje de crecer el respaldo de la moneda. Desde el punto de vista estructural, se fortaleció el sector externo de la industria de hidrocarburos, acelerándose al mismo tiempo en una forma extraordinaria la explotación del hierro, también bajo control de empresas monopolistas norteamericanas. Como el país no apeló al control de cambios, de inversiones y de ventas (aunque sí, en forma parcial, de divisas, al mantenerse el diferencial del dólar petrolero, junto con el dólar café y cacao), la acrecida capacidad adquisitiva

del país, fruto del aumento del ingreso, devino en fortalecimiento de la importación, cosa que redujo las posibilidades de acumulación capitalista en el país. Ciertamente es que, como lo hemos visto, la composición de las importaciones incluyó un porcentaje muy respetable de bienes instrumentales o de capital. Pero la significación del porcentaje se reduce si recordamos que una gruesa parte de él se refiere a los bienes traídos por las compañías petroleras y que no tienen ningún significado —ni siquiera arancelario— para la industrialización nacional. El crecimiento de la importación ha estado ligado a la tendencia secular de los términos del intercambio, común a todos los países semicoloniales y atrasados, según la cual el valor de los productos primarios de exportación siempre es menor, mientras que el de las manufacturas de importación es siempre mayor. Esta desventajosa relación, nociva además para el futuro industrial del país, fue consagrada en el nuevo Tratado de reciprocidad comercial Venezuela-Estados Unidos que se firmó en 1952. La oposición a la firma del tratado fue muy amplia: incluyó a sectores de la burguesía asociada al imperialismo

El imperialismo yanqui se hace hegemónico

En 1952 las inversiones yanquis han alcanzado el 60 % de todas las inversiones extranjeras en el país. Su predominio es absoluto. El desplazamiento del capital angloholandés se acentúa en 1953 y 1954 con las grandes inversiones en hierro. En noviembre de 1953, el presidente de la Orinoco Mining declaró: « A 3 000 millones de bolívares alcanzan hasta ahora las inversiones de la Orinoco... ». Sin embargo, aun cuando esta compañía comenzó a producir sólo en 1954, de 1952 a 1953 el ritmo de explotación de hierro bajo el imperio de otra compañía yanqui —Iron

Mines— no había tenido paralelo en el mundo. De 198 352 toneladas en el primero de los años mencionados, se elevó a 2 296 402 en el segundo. Esto es: ¡doce veces más! Para 1953, del total de inversiones directas norteamericanas en América latina, Venezuela acapara nada menos que el 38,5%. El predominio norteamericano sobre otros países imperialistas en Venezuela aparece expresado en cifras del Banco Central de Venezuela⁶. Las inversiones extranjeras para fines de 1953 llegan en el país a la cantidad de casi 11 000 000 000 de bolívares. De ellas el 98,23% son directas, y sólo 1,77% son de cartera. Las primeras otorgan el control, las segundas implican simplemente colocaciones del dinero. El 54% de esta suma global se concentra en petróleo. La minería, segunda en importancia, sólo alcanzaba a un 6,74%. Ahora bien, por países inversores, los porcentajes eran para ese año los siguientes:

	%
Estados Unidos	60,63
Holanda	25,35
Inglaterra	12,02

Pérez Jiménez entrega nuevas concesiones petroleras

La situación habría de agravarse, la dependencia del país hacerse más acentuada, con las concesiones petroleras entregadas por la dictadura en 1956 y 1957. Aunque 1957 fue el año aparentemente mejor desde el punto de vista económico, la dictadura perezjiménista se desmoronó al primer mes del año siguiente, por la poderosa insurgencia popular del 23 de enero. Para 1957 las reservas internacionales alcanzaron una altura sin paralelo en los años anteriores ni en los años posteriores, hasta el día de hoy. Ello explica el hecho señalado de que con una expansión monetaria muy acusada, los precios se

mantuvieran firmes y la solidez de la moneda, lejos de quebrantarse, no dejó de fortalecerse. Pero en la realidad la crisis económica había progresado mucho. La demanda mundial de petróleo se había estabilizado (y ya sabemos cómo este elemento es el factor dinámico sin sustituto de la actividad económica venezolana). Esta estabilización se produjo como consecuencia del fin de la guerra egipcio-anglo-franco-israelí, del fin de la reconstrucción europea, del fin de la guerra y efectos posteriores de Corea y de la generalización del uso del diesel en los Estados Unidos⁷. Aunque la dictadura entregó las concesiones para hacer frente a este proceso, el efecto de contención fue muy pasajero —se refleja en las abultadas magnitudes económicas de 1957 y 1958.

Se fortalece la conciencia revolucionaria

La década de la dictadura militar preparó cambios sustanciales en la conciencia de las masas y en la actitud de las fuerzas revolucionarias. La extraordinaria huelga petrolera de 1950 fue el punto de inicio de la represión sanguinaria que no habría de cesar sino con el derrocamiento del régimen dictatorial. Aquella huelga tuvo el poder suficiente como para imponer algunas de sus reivindicaciones, aun aplastada por la fuerza represiva. La dictadura decretó el 9 de abril de 1950 unas normas temporales de trabajo, en las que si bien no se recogía la consigna central de estabilización, varias de las restantes fueron incluidas. Con una industria de la alta composición orgánica de la petrolera, el problema de la estabilidad en el trabajo resulta verdaderamente la cuestión decisiva en la lucha sindical del proletariado petrolero. Pero al margen de las cuestiones reivindicativas, a partir de la huelga de

ese año el movimiento petrolero es brutalmente reprimido y desorganizado. Puede decirse que desde ese momento dejó de jugar un papel principal en la resistencia contra la dictadura. El Partido Comunista sufrió una escisión. En AD se perfilaron las tendencias y las luchas internas que luego dieron origen al Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

Para comprender bien el proceso de maduración revolucionaria en el país, el deslinde organizativo que luego ocurrió, debe analizarse la táctica de aquellos años, las divergencias que entonces surgían. Tomemos las resoluciones del Partido Comunista, única organización revolucionaria para entonces, independientemente de los grupos que en AD comenzaban a inclinarse hacia el marxismo y la revolución. En su VI Conferencia, celebrada en 1951, el Partido Comunista resume la táctica seguida por el partido durante el gobierno de Acción Democrática (1945-1948). «... 1. Lucha contra las fuerzas reaccionarias militares y civiles que fraguaban un golpe de Estado para imponer una dictadura policiaca y represiva; 2. Lucha por la integración del Frente Nacional Democrático. Objetivo: defensa de las libertades públicas; 3. Denuncia del grupo entreguista encabezado por Betancourt; 4. Defensa de los intereses vitales de los trabajadores.» Haciendo la autocritica de este periodo, el Partido Comunista dijo en la conferencia: «El partido mantuvo una falsa política de no desenmascaramiento del papel y contenido de clase de todos los demás partidos existentes, presentándolos ante las grandes masas populares como partidos ineficaces en la lucha por la liberación nacional.»⁸ De esta crítica a la táctica seguida se pasó a adoptar una política donde se tuviese más presente la perspectiva estratégica y no se engrandeciese, por encima de sus límites, el papel de la táctica. «El objetivo fundamental del

movimiento democrático y revolucionario venezolano es la lucha por la liberación nacional de nuestro país, por el rescate de su soberanía e independencia, subyugada por los imperialistas, y la edificación de nuestra patria como nación independiente, soberana y democrática.»⁹ Obsérvese esta falla común a todos los revolucionarios de entonces, pero que sólo por aquel tiempo podía el Partido Comunista expresar en forma suficientemente clara: de una política signada por la búsqueda de la ventaja más o menos inmediata, con prescindencia casi total de la lucha por el objetivo estratégico. De allí que en la autocritica de la VI Conferencia se destacara sobre todo el débil desenmascaramiento del carácter del grupo dominante del gobierno y el partido acciondemocratista, y se remachara el propósito nacional liberador de la revolución venezolana en la etapa estratégica.

Es posible que el salto de lo táctico a lo estratégico fuese demasiado extremo. Ello tal vez tenía relación con la debilidad de los comunistas de entonces, su aislamiento y la convalecencia de los hechos de 1950. Sin embargo, las elecciones de 1952 y el cambio pequeño pero significativo del CEN clandestino de AD hacia la unidad, inspiraron la nueva consigna táctica de Bloque único, que habría de allanar el camino a la unidad en la coyuntura electoral del año 1952.

AD, la izquierda y el marxismo

En AD el proceso no era menos rico. Betancourt y la camarilla de sus seguidores más fieles se hallaba en el exilio empeñado en buscar salidas para Venezuela mediante

6. Banco Central de Venezuela: Memoria 1954.

7. José Agustín Silva Michelena: *El siglo XX*.

8. *Noticias de Venezuela*, periódico de los comunistas en el exilio, año 1, número 2, 22 de junio de 1951.

9. *Idem*.

acuerdos con los sectores « liberales » del partido demócrata y los gastados líderes « democráticos » del Caribe, los Muñoz Marín, Pepe Figueres, Prio Socarrás, Alberto Lleras Camargo. De esos contactos saldría la inocua Legión del Caribe con sede en Costa Rica. Su papel en esencia consistía en convencer al gobierno de los Estados Unidos de la conveniencia de gobiernos con fachada democrática como valladar para contener el comunismo. Pero en Venezuela esta política encontraba serias resistencias. En primer término, lucía irritante ese reparto de trabajo donde los dirigentes betancuristas practicaban la diplomacia en un cómodo exilio, mientras Ruiz Pineda y los dirigentes clandestinos se jugaban la vida en una lucha anónima y sin recompensas inmediatas. En segundo lugar, sobre todo por la acción conjunta en la clandestinidad y en hechos de masas de tanta envergadura como la huelga petrolera y la huelga estudiantil de 1951, entre los comunistas y la juventud de AD se estrechaban lazos. En ese trabajo conjunto se conformaba una nueva mentalidad revolucionaria, claramente marxista. Desde el punto de vista político en el seno de AD el conflicto interno giró inicialmente alrededor de la táctica a seguir. Mientras el CEN propiciaba golpes de Estado que obligaban a silenciar el trabajo propagandístico y de organización de las masas, la juventud de AD condenó el putchismo, lanzó una amplia consigna unitaria contra la dictadura y planteó la necesidad de preparar la insurrección armada. En su breve tránsito por la secretaría general Alberto Carnevali y Antonio Pinto Salinas se hicieron eco de estas consignas. Pero fue ya al final de la dictadura cuando la izquierda de AD pudo tomar el control del partido. Simón Sáez Mérida se convirtió en el secretario general y AD tomó un camino unitario, una fisonomía revolucionaria. El marxismo cobró gran influencia en sus filas, la unidad Partido

Comunista-AD se fortaleció. A la caída de la dictadura, fue esa la realidad que encontraron Betancourt y los dirigentes obreros y profesionales de derecha de AD. De allí que a partir de 1958 se recrudeciese la lucha interna. Llegado Betancourt a la presidencia de la república, la izquierda se desgajó fundando una organización marxista-leninista, el MIR, cuya oposición al gobierno fue tan intransigente y firme como su oposición a la política derechista cuando aún formaba en AD. El surgimiento del MIR quiebra definitivamente el espíritu conciliador y deslinda los campos. Desde 1960 hasta 1962, se realizan vigorosas jornadas populares en las ciudades, que culminan con los levantamientos militares democráticos de Carúpano y Puerto Cabello. A partir de allí surgen las guerrillas con un nuevo contenido. Sobre este tránsito ha dicho A. Debray: « La revolución venezolana, tras el fracaso de su forma insurreccional urbana, que no es su propia forma, ha encontrado sin duda su segundo aliento, su equilibrio definitivo, en esta labor a largo plazo: pasar de un ejército guerrillero a un ejército regular popular en el interior del país, dejándole a la ciudad toda su importancia política. »²⁰ Todo este periodo vio estrechar más aún las relaciones entre grupos de izquierda.

Antecedentes de una política

¿Cuál ha sido el hilo rojo en medio de todas las fluctuaciones políticas que se produjeron desde 1950 hasta los años que corren? Para encontrar el camino que no se pierde, debemos volver a las conclusiones de la VI Conferencia de los comunistas de 1951. El proceso de entonces a esta parte, podría resumirse, **grosso modo**, de la manera siguiente:

a) Rectificación de la desviación taccista que oculta el papel independiente del

partido de la clase obrera, se conforma con ciertas ventajas concretas inmediatas y no pone énfasis suficiente en la perspectiva estratégica nacional liberadora, junto con todos los medios a ella ligados. Esto se reflejó en la consigna de gobierno señalada: por un gobierno de liberación nacional. Como el problema agudo de entonces, el elemento unificador, era la absoluta proscripción de libertades por la dictadura militar, aquella consigna aparecía como remota, como inaccesible para darle una salida inmediata a la lucha antidictadura. Aparentemente, pues, se había pasado, en el terreno de las consignas del tacticismo al estrategicismo.

b) Con la coyuntura electoral de 1952 pareció producirse un retroceso en la táctica de los comunistas. Se asimiló toda la posibilidad táctica que planteaba la unidad antidictadura, pero nuevamente se rompió la ligazón con la estrategia. Otra vez los aspectos tácticos se levantaron hasta cubrirlo todo. No había una clara idea del poder, de la posibilidad de poder para los revolucionarios. En carta dirigida por el Partido Comunista a AD se dice: « Nuestro partido no propone a AD la lucha por ninguna consigna comunista. Sin hacer tampoco renuncia en absoluto a nuestros principios en la lucha por una paz duradera, en el empeño de barrer definitivamente la dominación imperialista y feudal sobre Venezuela y establecer, mediante la lucha revolucionaria, el socialismo en nuestro país, el Partido Comunista concreta hoy sus objetivos centrales e inmediatos en la conquista de las garantías constitucionales, la celebración de elecciones libres, y la libertad de los presos políticos [...] Es sobre la base de tales consignas concretas que proponemos la formulación de acuerdos de acciones conjuntas con el Partido Acción Democrática. »¹¹ Este enfoque irreprochable en la letra no correspondió a la táctica real. Aparte del desa-

rollo del Partido Comunista en forma independiente, no hubo una planificación de cómo una vez conquistados los objetivos inmediatos descritos, se proseguiría ininterrumpidamente en la tarea de romper la dominación imperialista y abrir cauce al socialismo. De más está decir que en la izquierda de AD no había ni podía haber más claridad al respecto. La perspectiva de un poder revolucionario se confundía con la posibilidad de que AD conquistara el gobierno de cualquier manera. Aunque se distinguía entre dos etapas estratégicas de la revolución, la izquierda de AD sólo entendía este problema como el deslinde de la etapa democrática antimperialista y la etapa socialista, iniciándose la primera con la caída de la dictadura. No se tenía conciencia de la naturaleza de clase de AD, y de la imposibilidad de pasar de la fase antidictadura de la lucha a la acción gubernamental antimperialista y luego la marcha al socialismo, sin contar con un dispositivo de poder con alcance de masas. Aunque las ideas de Lenin acerca del desarrollo ininterrumpido de la revolución eran conocidas, aun excesivamente, no eran comprendidas y aplicadas a la realidad nacional. Se digerían en forma libresca pero nada más. Este serio error fue un error de inmadurez del cual habrían de salirse con el proceso iniciado el 23 de enero de 1958 y especialmente desde el año 1960.

c) En 1960 y los años siguientes el MIR analiza el problema. De nuevo se distingue entre la etapa estratégica y el gobierno que a ella corresponde (gobierno de liberación nacional) y la táctica con su posibilidad inmediata de gobierno: de un gobierno capaz de expresar la coincidencia de los sectores nacionalistas y democráticos independientemente de sus divergen-

10. Régie Debray: América latina: estrategia revolucionaria.
11. Suplemento de Noticias de Venezuela, número 42, mayo de 1955.

cias en cuanto a formas de lucha y organización. Desde el punto de vista de clase puede entenderse la naturaleza de estas fórmulas si recordamos la estructura económica del país, con su sector exterior dominado por el imperialismo norteamericano, y sus sectores internos (capitalista y precapitalista), donde si bien el capital monopolista ha tomado posiciones, éstas no determinan en la magnitud de las primeras el carácter dependiente y semicolonial del país. La coincidencia objetiva de varias clases frente al sector monopolista injertado en plan hegemónico sobre el país tenía su expresión en la posibilidad de un gobierno nacionalista, popular y democrático, capaz de iniciar la quiebra de ese dominio a fin de abrir libre cauce a las fuerzas económicas nacionales. Pero desde luego el análisis no puede quedarse en el solo aspecto económico. En Venezuela sí puede hablarse de una burguesía media o nacional, mucho más en la medida en que se ha desarrollado la industria manufacturera, el comercio que mira hacia el mercado interno, los sectores agropecuarios y la industria de la construcción. Ciertamente esta burguesía se caracteriza por su hibridez: combinada con el capital importador, y con la alta banca y los terratenientes, destaca de sí una capa superior que se asocia con el imperialismo —sin dejar de tener contradicciones menores con él— en la empresa de mantener intacta y aun remachar la estructura semicolonial de Venezuela. Una investigación de grupos pertenecientes a estas clases y capas sociales, investigación no dinámica, permitió encontrar tendencias y rasgos que explican coincidencias inesperadas al calor de determinadas luchas. Por ejemplo, los ganaderos representan una actividad cuya productividad aumenta y sus métodos mejoran. Desde el punto de vista político han formado grupos de interés con influencia regional, pero al

mismo tiempo ese interés local se ha quedado allí y ha sido acompañado de poca sensibilidad hacia los problemas nacionales. Esta investigación realizada por sociólogos ratifica un hecho confirmado en varias ocasiones: la lucha repetida de los ganaderos occidentales contra el gobierno, aun haciendo unidad con las fuerzas revolucionarias, cuando el punto de coincidencia comenzó siendo un problema de interés ganadero o lechero regional. Pero insistimos: el problema no puede examinarse solo, ni fundamentalmente, desde ese punto de vista no dinámico. En realidad lo que está en juego, particularmente en los últimos años de lucha venezolana, es el sistema mismo, el sistema de libre empresa. Aunque el programa nacional liberador respeta la propiedad no monopolista, y aun la alienta, la perspectiva socialista de esta revolución aparece muy presente, sobre todo después del ejemplo cubano. El Frente de Liberación Nacional, en su Programa de acción aprobado en 1963, señala: «No levantamos la expropiación de los capitalistas venezolanos.» Y más adelante: «Nadie será castigado por el solo hecho de tener fortuna o de pertenecer a las clases adineradas. Sólo se pide acatamiento de las leyes del gobierno nacionalista y democrático. Sólo se le pide lealtad a la patria.»¹³ Pero con el desarrollo de la lucha revolucionaria en América latina y en Venezuela, ¿qué duda cabe sobre la meta socialista de la revolución? Hablar de liberación nacional es en América latina hablar de socialismo. Pero al afirmar esto salimos al paso de la tendencia a unificar estas dos metas que corresponden a épocas históricas diferentes. Esa tendencia que define a nuestro país como capitalista y se queda allí, olvidando la peculiaridad venezolana con su capitalismo nacional deprimido, su estructura anacrónica y precapitalista en el agro y su sector (de pequeño volumen

de ocupación) exterior que representa una avanzada geoeconómica del imperialismo. Una visión superficial de Caracas y otras ciudades venezolanas, y una estimación rápida de magnitudes como las que se refieren al volumen de inversión, de ocupación obrera, al papel de la banca y otras instituciones crediticias, etc., encuentra elementos como para definir a nuestro país como capitalista. La conclusión que sigue es obvia: el capitalismo es superado por el socialismo, luego nuestra revolución es DIRECTAMENTE socialista. Nada tendría que hacer esa insistencia sobre el objetivo nacional liberador, la presente etapa estratégica y los aliados que a ella corresponden, más sin duda de los que pueden ser atraídos para la meta socialista. Porque es como dice Lenin: « El proletariado debe llevar a término la revolución democrática, atrayéndose a las masas campesinas, para aplastar por la fuerza la resistencia de la autocracia y paralizar la inestabilidad de la burguesía. El proletariado debe llevar a cabo la revolución socialista, atrayéndose a la masa de elementos semiproletarios de la población, para romper por la fuerza la resistencia de la burguesía y paralizar la inestabilidad de los campesinos y de la pequeña burguesía. »¹⁴ Es decir, la primera repercusión de ese punto de vista se realiza sobre las alianzas reduciéndolas por definición.

Venezuela : ¿ País capitalista ?

Ahora bien: desde el punto de vista estructural nos encontramos con que si las relaciones de producción capitalistas son las más extendidas y determinantes del ritmo de nuestra economía, no todas ellas tienen coincidencias objetivas, históricas. La parte de la estructura económica del país, representada por el imperialismo (petróleo-hierro, principalmente ; excluimos

para facilitar la comprensión, las inversiones monopolistas en ramas orientadas hacia el mercado interno) no facilita sino que « frena » el desarrollo del capitalismo nacional. En Venezuela ha habido, cierto es, una determinada acumulación por el elevado ingreso causado sobre todo por vía indirecta por los altos ingresos petroleros. Pero el fenómeno de estímulo de la actividad industrial o en general de la actividad económica conocido como « efecto multiplicador » no se da en forma directa a partir del petróleo. En otras palabras: el efecto multiplicador se opera en los países de origen del capital monopolista. ¿ Por qué ? Porque las compañías no tienen una sustancial relación insumo-producto con la producción interna. Las maquinarias, utillaje y en general lo que necesitan para la exploración, refinación, producción y transporte lo adquieren en el país de donde provienen. Las compras realizadas en Venezuela son extraordinariamente reducidas. Los sueldos y salarios con que pagan la mano de obra venezolana se consumen en una parte en los propios campamentos petroleros. No hay pues un estímulo muy señalado al desarrollo del capitalismo interno. En cambio hay una vertiente contraria, ésta sí muy poderosa: el imperialismo descapitaliza aceleradamente al país o lo somete a nocivas fluctuaciones. Escuchemos lo que dice el economista Malavé Mata: « Las estadísticas financieras de la industria petrolera en Venezuela muestran grandes desinversiones en los años 1955 y 1958 y mayores aplicaciones de capital en 1956 y 1957 [años donde se entregaron concesiones petroleras]. Los efectos que sobre la economía del país han ejercido estas

12. Frank Bonilla y J.A. Silva M.: *Exploraciones en análisis y síntesis*, p. 79.

13. Frente de Liberación Nacional: *Programa de acción*, 10 de mayo de 1963, Caracas.

14. Lenin: « Dos tácticas de la socialdemocracia en Rusia », *Obras escogidas*, tomo I, p. 549, Moscú, 1966.

bruscas oscilaciones de las inversiones petroleras se advierten en el ritmo de la actividad económica general.»¹⁵ La desinversión de 1955 fue contrarrestada por la violenta formación de capital de los años 1956 y 1957. En 1958 se produce una desinversión de 762 millones. Hay una pequeña reinversión de 290 millones de bolívares en 1959, y una nueva desinversión en 1960. En estas oscilaciones se encuentran sin duda las causas decisivas de la seria crisis económica que vivió Venezuela en 1959, 1960, 1961 y 1962. Por otra parte, el Tratado de reciprocidad comercial vigente, la injusta relación de los términos del intercambio, la condición venezolana de país monoexportador (el petróleo constituye hoy el 90% del valor de nuestra exportación), el endeudamiento progresivo externo, la dependencia de la industria manufacturera venezolana en medida cada vez mayor de insumos fabricados en los Estados Unidos, forman un estrangulamiento al eventual progreso del capitalismo nacional, de la industria criolla. Francismo Mieres y C. Medina llaman la atención sobre el estrangulamiento exterior a que ha conducido el crecimiento industrial latinoamericano por la vía de sustituir importaciones. La situación del intercambio va creando progresivamente una mayor escasez de divisas en estos países, mientras la necesidad de ellas se mantiene porque hay mercancías que por razones tecnicogeográficas no pueden ser sustituidas, hay otras que resultaría anti-económico hacerlo por lo reducido del mercado nacional y otras que exigen inversiones muy grandes de divisas. « Cuando el proceso de industrialización arriba a este punto, topa con una barrera que no puede franquear: la acumulación no encuentra en el interior del país los medios de producción indispensables para que se materialice la reproducción ampliada [...] El proceso se detiene ante la

barrera que separa la simple instalación de factorías para montaje de la construcción de fábricas para producir fábricas, barrera que impide tomar por asalto la ciudadela de la industria pesada [...] Además, el indispensable proteccionismo arancelario y la estrechez de los mercados nacionales, junto con la tecnología importada, a menudo inadecuada a la escala de producción, dan lugar a elevados costos unitarios y a precios aún más elevados de los productos industriales, muy por encima del nivel mundial.»¹⁶ Esa burguesía paralizada por la dominación imperialista tiene contradicciones con ella y esto debe tomarse en cuenta para diversas consideraciones tácticas, pero en su conjunto tiende a pactar con el imperialismo o se asocia con él ante el temor de un peligro mayor: la revolución popular, bajo dirección proletaria, y esto debe tenerse en cuenta también para la consideración estratégica y táctica. Por lo demás no es un fenómeno nuevo: ya Marx lo señalaba cuando estudiaba las características de la revolución burguesa en Alemania, cuando el proletariado ya se presentaba combatiivamente en escena con sus soluciones propias. Por huir de tal perspectiva, la burguesía hizo su revolución, pero por el camino de las transacciones con los representantes sociales del feudalismo. No caer pues en el simplismo de unificar a todos los enemigos de clase, pero no perder de vista la inevitabilidad histórica de estas vacilaciones. He allí la base de una política firme en los principios y flexible en la táctica. En definitiva, pues, definir a Venezuela como país capitalista constituye una simpleza que al mismo tiempo estrecha la política del movimiento revolucionario y arroja un velo sobre el propósito nacional liberador que se corresponde con la presente etapa histórica.

De 1958 a 1968

¿ Cuáles han sido los cambios y acontecimientos económicos y políticos desde 1958 a 1968 ? Este lapso, como se sabe, correspondió a los gobiernos posteriores a la dictadura de Pérez Jiménez. Sucesivamente se turnaron en la presidencia de la República el almirante W. Larrazábal, E. Sanabria, Rómulo Betancourt y Raúl Leoni, pertenecientes los dos últimos al Partido Acción Democrática. Estructuralmente, en Venezuela el proceso de industrialización por el camino sin esperanzas de la sustitución de importaciones ha avanzado aceleradamente en lo que se considera su primera etapa : la de sustituir bienes de consumo. Por la mayor complejidad que tienen, la más alta densidad de capital que exigen, las etapas sucesivas (sustitución de bienes intermedios y de bienes de capital) se convierten en el escollo irrebalsable. Pero el cumplimiento de la primera y más fácil etapa implicó una modificación sustancial del papel del Estado frente a la actividad económica. Si durante la dictadura el intervencionismo estatal fue bastante reducido, e imperó la libre convertibilidad, libre inversión privada, libre movimiento de precios y libertad de comercio exterior, el crecimiento industrial manufacturero bajo el signo señalado, que ocurre a partir de 1958, inicia un periodo de control de precios, proteccionismo industrial, modificaciones del tipo de cambio, etc. Comparando los dos periodos los economistas « neoliberales » Sánchez Coviza y Olcoz escriben : « La dimensión de la industria petrolera y la bonanza vivida por ella entre 1950 y 1957 permitieron al sector público mantener una política fiscal fundamentalmente favorable al crecimiento económico que se caracterizó por los siguientes aspectos : 1) el nivel del gasto público fue moderadamente alto y orientado en cuantía sustancial hacia la formación de capital de infraestructura ;

2) la presión fiscal fue relativamente baja y 3) el presupuesto se mantuvo equilibrado e incluso con superávit. A partir del año 1958, el sector público vivió un cambio no menos radical que el operado en el sector petrolero, tanto en el ámbito presupuestario como en el de la política general y económica, siendo de destacar en el primero de ellos : 1) el aumento del nivel del gasto público y la reducción en la porción destinada a la formación de capital ; 2) el incremento de la presión fiscal, y 3) la aparición de saldos negativos. »¹⁷ Con el crecimiento de la industria manufacturera se operan nuevos cambios en la distribución de la población y por tanto en la distribución del ingreso. En materia petrolera se inicia un periodo de dificultades que aún vive el país, caracterizado por la descapitalización neta y la paralización de las exploraciones. Disminuye el porcentaje de reservas venezolanas respecto a las reservas mundiales y la participación venezolana en la exportación mundial. El gobierno emprende una política de protección y el índice de crecimiento de la producción petrolera baja en una mitad en relación con el 9 % a que creció entre 1958 y 1960. El gobierno de Sanabria aumentó el impuesto complementario a las compañías, las cuales respondieron bajando los precios del crudo para disminuir las utilidades gravables en el país. Con una industria tan cartelizada como la petrolera las evasiones al fisco y las maniobras del precio permitieron a las casas matrices adquirir mayores utilidades con todo y rebaja de precios. Las maniobras de precios fueron realizadas por las compañías

15. Héctor Malavé Mata : *Petróleo y desarrollo económico de Venezuela*, 1962, p. 16 y 17.

16. F. Mieres y C. Medina : « Crisis de estructuras y posibles vías de salida », *Revista Internacional*, número 5, 1967.

17. Sánchez Coviza y Olcoz : « Informe sobre el desarrollo económico venezolano », *Revista Orientación Económica*, número 20, agosto de 1966.

en todas las áreas productoras. En el año 1959, se produjeron consecutivas en Venezuela y el Medio Oriente. Con esto pudo el cártel petrolero esgrimir el latiguillo de que Venezuela perdía poder competitivo y sus corifeos criollos comenzaron a gemir pidiendo que el Estado hiciera concesiones de algún tipo capaces de elevar más todavía las utilidades de las compañías, con el fin de « estimularlas » para que invirtieran en el país. Esta pugna ha devenido en concesiones y contraconcesiones. El gobierno ha creado la Corporación nacional del petróleo, pero ha reducido su papel hasta ahora a mera negociante intermediaria con las compañías. Su capital de operación no sobrepasa los 60 millones de bolívares. El gobierno ha ordenado por Decreto 187 de 1964 que la tercera parte del mercado interno de derivados del petróleo le corresponderá a la nación, pero las compañías han burlado persistentemente la decisión oficial. El gobierno ha tratado de reclamar a las compañías en relación con descuentos y precios, pero todo ha terminado en transacciones desfavorables para el país. Esta política vacilante, tímida, no ha fortalecido la posición venezolana en medida importante, pero ha enardecido a las compañías. En materia agrícola creció la producción y se aceleró la introducción de relaciones capitalistas en el campo. La política de reforma agraria no ha tenido como propósito romper la estructura semi-feudal predominante, sino que se ha dirigido esencialmente a colonizar tierras vírgenes de la nación. El proceso de penetración del capitalismo se observa más en la agricultura que en la ganadería. La población activa en el campo se eleva a unas 900 000 personas con una mitad aproximadamente en condición de desempleo disfrazado. Pero el pequeño incremento capitalista de la agricultura se realiza sobre una base cada vez más pre-

caria. En efecto : de 1950 a 1963 la formación de capital varió en los siguientes porcentajes¹⁸ :

	1950	1963
	%	%
Construcciones y mejoras	46	50
Maquinarias y equipos	9	5,2

Puede verse cómo el porcentaje de maquinaria y equipo se reduce en términos relativos.

Estos cambios estructurales en la industria manufacturera y la agricultura perfilaron más todavía la estructura tricotómica a que ya hemos hecho mención, la dependencia con respecto al imperialismo y la incapacidad nacional de salir de esas entabadoras relaciones de producción predominantes sin apelar al instrumento de la revolución. En lo económico y lo político tales cambios se realizaron dentro de importantes incidencias, como la crisis que se extendió desde el año 1959 a 1963 y que redujo a nada las altísimas reservas de oro y divisas del país. Creció la lucha obrera y campesina. Se produjeron huelgas de extensión nacional. Con el acceso de Betancourt al poder, la lucha obrera, estudiantil, campesina y de los barrios se vio empujada a empuñar las armas. El conjunto de los choques contra el gobierno y los sectores sociales y políticos reaccionarios que lo sustentaban se salió del estrecho marco de la Constitución y las leyes bajo el impacto del acoso policial. Nacieron las primeras formas de auto-defensa paralelamente con las rebeliones de Carúpano y Puerto Cabello. Nacieron las primeras organizaciones del movimiento militar revolucionario. Un tiempo de luchas intensas, un lapso de enfrentamientos extremos fue el recorrido hasta el año 1964. Las elecciones generales que llevaron a la presidencia a Raúl Leoni, candidato de AD, marcan el inicio de un periodo para el movimiento revolucionario en que

se vio obligado a volver sobre sí, a discutir, a clarificar la perspectiva, a despojarse de la idea de la conquista rápida del poder y emprender la resistencia. Era natural que este cambio engendrara nuevos conflictos internos. Hubo que resolver ahora la cuestión de aquellos que querían mantener la altura de la actividad revolucionaria aun contra las condiciones objetivas y subjetivas ahora prevaletientes. Hubo que resolver sobre todo la cuestión de aquellos que querían convertir en letra muerta clarividentes resoluciones, producto de la maduración revolucionaria de muchos años, respecto a la estrategia y a la cuestión del poder. Años de discusión y clarificación. Años de escisiones y nuevas escisiones. Años de pugnas, de genuflexión ideológica. Años de desviaciones derechistas e izquierdistas. Años también de retrocesos organizativos y de golpes

de la represión. Pero para quien contemple todo el panorama descrito y observe con atención el inmenso potencial revolucionario, el prestigio de los líderes más sacrificados, la profundidad mayor del pensamiento revolucionario, ¿qué duda cabe respecto a la pronta recuperación del movimiento revolucionario popular? No se trata de simples ilusiones. Espontáneamente surgen y se reorganizan las energías revolucionarias, facilitando la labor consciente de la dirección. Las disputas ideológicas dan garantía de mayor solidez a la política revolucionaria. La lucha contra las desviaciones ideológicas hace parte de la aplicación de la política. Tener conciencia de ello es una de las notas que distingue a los revolucionarios venezolanos.

18. H. Silva Michelena: Conferencia económica, 7 de diciembre de 1967.

Ediciones Ruedo ibérico

diario del **che** en bolivia

noviembre 7, 1966

octubre 7, 1967

Única edición autorizada en castellano para Europa

346 páginas

10 documentos fotográficos

15 F

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS Y SOCIALES
FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS Y SOCIALES



PUBLICACIONES

Colección Boletín Bibliográfico

- Universidad y política, Rodolfo Quintero.
- Venezuela primero, Fotos : Elena Hochman, Textos : Profesores Héctor Mújica, Germán Carrera Damas, D.F. Maza Zavala, José Agustín Silva Michelena.
- Perfiles de la economía venezolana, Profesores : D.F. Maza Zavala, Salvador de la Plaza, Pedro Esteban Mejía, Leonardo Montiel Ortega, César Salazar Cuervo y Celio Orta.
- Monopolio y precios del petróleo, Pedro Esteban Mejía Alarcón.
- Sindicalismo y cambio social, Rodolfo Quintero.

Colección Esquema

- El aparato singular (Un día de T.V. en Caracas), Antonio Pasquali.
- La cultura del petróleo, Rodolfo Quintero.

Colección Libros

- Curso de muestreo y aplicaciones, Francisco Azorín Poch.
- Diagnóstico y medida de la desorganización social contemporánea, Arturo Monzón Estrada.
- La estructura económica de Venezuela colonial, Federico Brito Figueroa.
- Elementos de teoría y política monetaria, Raniero Egidi Belli.
- Crisis y administración fiscal, Tomás Enrique Carrillo Batalla.
- Venezuela, una economía dependiente, D.F. Maza Zavala.
- Ludwig Feuerbach, textos escogidos, Eduardo Vásquez.
- Historia económica y social de Venezuela, Profesor Federico Brito Figueroa.
- El régimen de la encomienda en Venezuela, Eduardo Arcila Farías.
- Estadística aplicada, Ernesto Rivas González.

Colección Medpe

- Aspectos teóricos del subdesarrollo, Armando Córdova y Héctor Silva Michelena.
- Dialéctica del subdesarrollo, Ramón Losada Aldana.

Solicitarlos en : **Distribuidora de Publicaciones**

Universidad Central de Venezuela

Edificio de la Biblioteca Central

Piso 9

Caracas. Venezuela

Revista Economía y Ciencias Sociales

Año X Número 1 (enero-marzo de 1968)

- La formación humana: Llave del desarrollo, Josué de Castro.
- Los conflictos fundamentales en el proceso de formación económica de Venezuela. Introducción, Domingo Alberto Rangel.
- El poblamiento de los paisajes geográficos en hispanoamérica, Marco Aurelio Vila.
- A propósito de algunos problemas sobre la concepción marxista de la teoría sociológica, Prof. Dr. Milos Kalab - Dr. Zdenek Strmiska.
- La insuficiencia del ahorro nacional en América latina, D.F. Maza Zavala.

Año X Número 2 (abril-junio de 1968)

- La integración de la población negra en la sociedad mexicana, Gonzalo Aguirre Beltrán.
- En torno al concepto de élite del poder de Wright Mills, J.R. Núñez Tenorio.
- Mutaciones de la Administración pública en América latina, Henri Roson.
- El desarrollo del capitalismo en la Africa negra, Samir Amin.

Año X Número 3 (julio-septiembre de 1968)

- Palabras lliminares, Walter Dupouy.
- La cultura de conquista y el fenómeno de la transculturación, Ponencia presentada en la Asamblea Nacional para el Avance de la Ciencia, Rodolfo Quintero.
- Notas sobre los telares y las técnicas de tejidos de los indios guajiros, Venezuela, Mario Sanoja O.
 1. Introducción al análisis intraestructural del idioma baniva
 2. Introducción al análisis intraestructural del idioma yaruro y sus implicaciones para el estudio de la cultura de los hablantes del mismo.
 3. Elementos de lingüística: Arahua, Esteban Emilio Mosonyi.
- Ponencia presentada en la XVIII Convención Anual de la Asociación Venezolana para el avance de la ciencia, Sección de Antropología, Omar E. González Núñez.

Año X Número 4 (octubre-diciembre de 1968)

- Capital extranjero y desarrollo nacional, Hello Jaguaribe.
- Se disuelve una sociedad, Domingo Alberto Rangel.
- Laguna Blanca: El hombre y su tierra, José Cruz.
- La geografía en la investigación histórica, Ramón Santaella.
- Notas.

Solicitar suscripción a : **Facultad de Ciencias Económicas
y Sociales
Instituto de Investigaciones**

Sección de Publicaciones
Ciudad Universitaria
Caracas. Venezuela

Suscripciones : Exterior US\$ 3.00 por año - Interior B^s 12.00 por año

Número suelto : Exterior US\$ 1.00 - Interior B^s 4.00

Nota : Los cheques deberán hacerse a la orden de : **Universidad Central de Venezuela**

César Vallejo

Obra poética completa

**Edición numerada y con facsímiles
de los originales**

Primera edición fidedigna y exacta de todos los poemas de Vallejo, que rectifica más de 550 errores y erratas de puntuación, palabras o frases omitidas o agregadas, versos descompuestos, etc. que figuran en casi todas las versiones anteriores. La mejor y más lujosa edición impresa y editada en el Perú. Formato de gran tamaño: 27,5 x 21 cm. 510 páginas en papel Arslibris de 110 g/m². Iconografía inédita, 123 facsímiles de los originales. Apuntes biográficos por Georgette de Vallejo. Prólogo de Américo Ferrari. Encuadernación en tela con sobrecubierta a color.

Moncloa editores S. A. Perú

Distribución en Europa

Editions Ruedo ibérico

4**José Augustin Silva Michelena**

El siglo XX *

La concentración nacional del Poder

Gómez es el dictador venezolano que más tiempo permaneció en el mando (1908-1936). Las bases de su poder eran, en esencia, las mismas de sus predecesores: el ejército, el latifundio y ciertas cualidades personales de caudillo ambicioso. Sin duda alguna, a pesar de los numerosos encarcelamientos, destierros y de algunas revueltas, es el periodo de mayor estabilidad política que desde 1800 ha tenido el país. No en vano sus panegiristas lo ensalzaban como el hombre que había logrado imponer «la paz y el orden». Debemos preguntarnos, pues, ¿cómo logró un hombre iletrado como él eliminar los caudillos regionales y concentrar efectivamente todo el poder en sus manos? La respuesta es, por supuesto, de tipo contingente. Se debió a su habilidad para incrementar y hacer más eficientes sus bases tradicionales de poder, para lo cual utilizó la coyuntura que le brindó el descubrimiento y explotación del petróleo, un nuevo producto de exporta-

Sociólogo y antropólogo cultural, graduado en la Escuela de Sociología y Antropología de la Universidad Central de Venezuela en 1956. Master en Sociología rural por Universidad de Wisconsin, en 1957. Doctor en Ciencias Políticas por el Instituto Tecnológico de Massachusetts (1968). Profesor de la Escuela de Sociología y Antropología desde 1957 y del Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES) desde 1961. Director de la revista Cambio desde marzo de 1968. Secretario de la Subcomisión Social de la Comisión de Reforma Agraria (1958-1959). Encargado del Sector Social de la Oficina Central de Planificación de Venezuela (1959-1960). Trabajos publicados: La vida rural en Venezuela (1958) en colaboración con G.W. Hill y Ruth O. de Hill; Las ciencias sociales en Venezuela (1959). Coeditor, junto con Frank Bonilla, de Exploraciones en análisis y síntesis, vol. I: Cambio político en Venezuela (1967).

ción que muy oportunamente sirvió de sustituto a los ya declinantes café y cacao. Esta combinación de una dictadura de carácter feudal con una de las industrias extranjeras tecnológica y organizativamente más avanzadas, determinó el tipo de desarrollo que posteriormente experimentó el país. Veamos en lo esencial sus efectos combinados.

Gómez sube al poder con el beneplácito general de la población. A la desordenada administración de Castro se suma la disminución de los ingresos debida a la crisis de la producción agrícola en general y en especial del café, cuyos precios habían declinado notablemente en 1903, pero que en verdad habían experimentado una disminución errática desde fines del siglo XIX cuando los andinos llegaron al poder¹.

* Este trabajo es el tercer capítulo de un libro que está en preparación y que será publicado en el primer semestre de 1969.

1. Véase Arcila Farías, E.: Evolución de la economía en Venezuela, p. 417-418.

Por otra parte, para 1908, el gobierno de Castro se había granjeado el antagonismo de varias potencias extranjeras, culminando así un proceso que se inició desde el segundo año de su gobierno. En efecto, en 1900 había ordenado el encarcelamiento de ciertos financistas que se habían atrevido a protestar sus medidas monetarias y que habían creado pánico entre los banqueros. Aparentemente detrás de esa política había una intención de venganza contra quienes meses antes se habían negado a suscribir un empréstito en favor del gobierno. A partir de esta acción se organizó una revolución dirigida por uno de los banqueros quien, además del apoyo de compañías extranjeras, contaba también con el respaldo de la heterogénea coalición de viejos y nuevos caudillos regionales que aspiraban al poder:

El grupo de los alzados no puede ser más significativo. Liberales de todas las facciones, guzmancistas, crespistas, autonomistas y conservadores tradicionales, aparecen en esta fusión [...] Los orientales acuden al mando de Domingo Monagas, Nicolás Rolando y Horacio y Alejandro Ducharne; los centrales con Hernández Ron, Crespo Torres, Blanco Fombona y Ortega Martínez; los guyaneses con Zolito Vidal, «El Caribe», los andinos con Juan Pablo y Manuel Peñalosa; los corianos con Gregorio Riera y Amable Solagnie. Y con una cantidad de caciques menores que aspiran a sitio de primer orden en esta nueva guerra².

A pesar de que las fuerzas de Castro derrotaron totalmente a los insurgentes, éste no se preocupó por consolidar su poder a lo largo del territorio nacional, sino que más bien —como lo había hecho desde un principio— se encuadró dentro de la oligarquía central la cual supo sacar partido a sus debilidades básicas. Esto, a su vez, le creó tensiones dentro de su propio grupo de andinos.

Poco tiempo después Venezuela es bloqueada por barcos alemanes, ingleses e Italianos quienes reclamaban el pago de una deuda equivalente aproximadamente a dos tercios del ingreso de la hacienda pública³. El presidente lanza una proclama excitando al nacionalismo criollo y obtiene alguna respuesta fervorosa en las ciudades principales, pero el incidente no llegó a cobrar mayores proporciones pues por presión de otros países latinoamericanos, los Estados Unidos influyeron para que se sometiera a arbitraje. El fallo se dictó en 1904 y fue favorable a las grandes potencias, sin que hubiera ninguna manifestación nacionalista por parte de los venezolanos. Cuatro años más tarde los propios Estados Unidos, junto con Francia y Holanda, van a estar envueltos en reclamaciones contra Castro. Esta

relativa apatía que los distintos estratos de la población venezolana mostraron hasta ese momento ante los posibles conflictos extranjeros es una consecuencia, por una parte, de la escasa cristalización de una conciencia nacional, y por la otra de la debilidad del poder central⁴. Esta apatía hacia la nación es lo que permitió que en 1899 Venezuela —representada por el juez de la Corte Suprema de los Estados Unidos— aceptara el fallo mediante el cual se le reconocía a la Gran Bretaña derecho sobre gran parte de la Guayana que era parte del territorio nacional y que más tarde cediera parte de su territorio a Colombia (La Guajira) sin que ningún sector de la población se manifestara significativamente en contra.

Por todas estas razones, se dan muestras de regocijo general cuando Francia coopera con Gómez para impedir que Castro —después de haberse sometido a un tratamiento de salud en Europa— regresara a Venezuela. Tampoco se levantan voces de protesta cuando Gómez procede a abrir las puertas del país a las compañías petroleras extranjeras que desde hacía algún tiempo operaban en el territorio nacional a través de testaferros venezolanos. De esta manera pudieron las compañías extranjeras (principalmente Shell y Standard Oil) intensificar la explotación del petróleo a sus anchas dejándole muy poco beneficio al país, pero que resultó suficiente para permitir al recién «elegido» presidente constitucional (1910) consolidar su poder. De allí en adelante el capital extranjero pasa a ser un factor de creciente poder economicopolítico⁵.

La concentración nacional del poder la realizó Gómez con cierta eficiencia. Por una parte, se dedicó a acaparar la tierra de los valles centrales en sus manos o en la de gente de su confianza eliminando así posibles o reales enemigos de la oligarquía central. En esta tarea, así como en la de explotación de sus fincas, le ayudó la formación de un ejército

2. Siso Martínez, J.M.: *Op. cit.*, p. 132.

3. La deuda montaba 21 421 798 Bs. *Ibidem*, p. 133. El ingreso de la Hacienda pública en 1901-1902 fue de 31 650 000 Bs. Arcilla Farías, E.: *Evolución de la economía en Venezuela*, p. 411.

4. Durante todo el siglo XIX, Venezuela tuvo diversos altercados internacionales. Primero con la Nueva Granada y luego con las grandes potencias. En ningún caso hubo una manifestación nacional que pasase más allá de unas pocas palabras rimbombantes pronunciadas en el claustro del Congreso.

5. Betancourt, Rómulo: *Venezuela; política y petróleo*. México, 1956. Véanse especialmente capítulos I y II.

regular que fue estructurado siguiendo el modelo prusiano⁶.

El establecimiento de un Estado Mayor central ligado a comandos regionales permanentes permitió a Gómez controlar militarmente al país de un modo que no había sido logrado antes.

Por otra parte, el ejército ofreció a sus coterráneos del Táchira una vía « natural » de ascenso con lo cual se garantizaba su lealtad⁷.

Pero si bien las nuevas fuentes de ingreso proveyeron al dictador de los fondos necesarios para consolidar su poder a corto plazo, al mismo tiempo crearon las condiciones para dar, a largo plazo, un vuelco profundo a las bases tradicionales del poder y, en general, a las relaciones entre las distintas clases sociales. La importancia del asunto amerita que se le considere con cierto detalle.

Paralelamente al proceso de concentración política que se acaba de describir, la expansión económica generada por el petróleo también impulsó la integración y el fortalecimiento del mercado interno. No solamente porque aumentó considerablemente el circulante en manos del público, sino también porque permitió que se construyeran vías de comunicación las cuales, a su vez, facilitaban el control político desde un punto de vista nacional. La política de obras públicas que siguió el gobierno tuvo también otro efecto importante: el de extraer mano de obra de la agricultura. En efecto, la agricultura había logrado inicialmente satisfacer el crecimiento de la demanda interna porque se había hecho un uso más extensivo de la tierra ociosa y se había aprovechado la desocupación disfrazada. No obstante, este proceso se agotó prontamente por la naturaleza no innovadora de la estructura agraria prevaleciente, reforzada por la poca eficiencia del gobierno y porque como había ocurrido desde la colonia, el excedente agrícola había ido a parar a manos de los comerciantes exportadores⁸. Las consecuencias del éxodo campesino fueron consideradas negativamente por los terratenientes hasta el punto que para 1926 exigieron al gobierno que cesara sus programas de obras públicas para que los trabajadores pudieran volver al campo⁹. Tal acción evidencia que actitudinalmente los hacendados criollos estaban aún más cerca de sus ancestros coloniales — quienes en víspera de la independencia y ante el mismo fenómeno de éxodo campesino pedían a las autoridades españolas que tomaran medidas para hacer regresar la gente al campo — que de los pocos contemporáneos que más bien decidieron intensificar los cultivos¹⁰. Esto último, sumado a la mayor demanda de tierra en las áreas urbanas y a las inversiones en infraestructura, hicieron elevar el precio de la tierra lo que a su vez incrementó el costo de oportunidad de la producción agrícola. Por otra parte, la acentuación de las fluctuaciones y caídas de los precios

mundiales del café actuaron como un poderoso desestimulante adicional. El gobierno trató de ayudar a resolver esta crisis concediendo créditos a través del Banco Agrícola, pero esto no hizo sino agravar el problema del absentismo latifundista ya que éstos los utilizaron principalmente para establecerse definitivamente en las ciudades.

Es así, pues, como vemos cumplirse la paradoja de que durante el gobierno más netamente latifundista, y el que más acentuó las bases del poder tradicional, es cuando la clase terrateniente pierde efectivamente poder y prestigio.

Los comerciantes, sin embargo, no sufrieron con la declinación de la producción agrícola. Ellos supieron transformarse rápidamente de exportadores agrícolas en importadores de productos manufacturados de los países avanzados. Esta transformación, por supuesto, no requería de nuevas actitudes o habilidades que ya no tuvieran. Tan es así que la acumulación de capital, producto de sus operaciones de financiamiento, importación, exportación y distribución de productos nacionales y extranjeros, la utilizaron para especular con la tierra urbana, invertir en transportes y otros servicios, reinvertir en la bolsa de valores de los Estados Unidos o simplemente gastársela en viajes de placer a Europa. De esta clase no saldrían los empresarios que se necesitaban para desarrollar la industria nacional.

El crecimiento del ingreso que el sector petrolero había generado extendió a nuevas zonas la necesidad de distribuir los productos internos y los de importación y estimuló así el florecimiento de un grupo de pequeños negociantes en las escasas ciudades que para ese entonces había en el país. Sin embargo, ese crecimiento del ingreso fue más que generoso para unos y magro para otros. Estos últimos no tenían otra alternativa que la de consumir los productos locales, de allí que la clase artesanal se incrementara también notablemente en ese periodo. Estos productores precapitalistas, en consecuencia, nunca llegaron a acumular lo suficiente como para crear una industria nacional cuyos productos compitieran con los importados. En los casos en que se logró establecer alguna industria, su producción siguió, por lo general, las mismas líneas tradicionales¹¹.

6. Para esta tarea se utilizaron los servicios de un oficial chileno. Como se sabe, para esa época ya el ejército chileno se había estructurado siguiendo el modelo prusiano.

7. Véase Rangel, Domingo Alberto: *Op. cit.*, especialmente los capítulos X y XI.

8. Véase Córdova, Armando: *Op. cit.*, p. 58-59.

9. United States Department of Commerce: *Commerce Yearbook, 1926*. Citado por Córdova, A.: *Ibidem*, p. 30.

10. Brito Figueroa, F.: *Op. cit.*, p.

11. Córdova, A.: *Ibidem*, p. 63-64. Hace énfasis en este punto y señala una interesante ley de correspondencia entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el patrón de consumo, p. 65.

Entre los grupos que se beneficiaron directamente de la expansión económica estuvieron, por supuesto, los empleados y obreros de las compañías petroleras. Como puede verse en el apéndice III.1, su importancia numérica era muy reducida, pero su poder estratégico era obvio, como muy bien se demostró en la huelga general que hicieron en 1936 para obtener mayores reivindicaciones¹². Por esta agresividad de clase, pero también porque el tipo de industria lo permitía, los obreros petroleros lograron niveles de salarios que ningún otro sector de la economía del país podía pagar. No obstante, por efecto demostración los salarios en todos los sectores alcanzaron niveles que no correspondían con la productividad real.

El escaso número de empleados petroleros sugiere también que otros debieron ser los sectores de la economía que absorbieron tanto el éxodo campesino, como la migración: hacia las ciudades de los medianos y grandes propietarios de tierra, así como también la de los pequeños comerciantes. Los primeros ingresaron directamente al servicio doméstico, principalmente las mujeres, y la mayoría de los hombres pasaron a desempeñar los cargos más bajos en la escalafón de la administración pública (obreros, bedeles y cargos similares), ya que sólo fueron muy pocos los que pudieron ingresar en la incipiente y poco dinámica industria. En cambio, los que provenían de las familias más acomodadas fueron a trabajar en el sector comercial o a engrosar las filas de la creciente burocracia oficial.

Ese crecimiento del personal empleado por el gobierno no es sino el reflejo de un cambio más fundamental que ya se estaba operando en el papel que desempeñaba el gobierno en la vida nacional. El Estado era el único mecanismo para canalizar hacia adentro las rentas provenientes de la explotación petrolera por lo que sus ingresos crecieron rápidamente lo cual le confirió un papel decisivo en la economía nacional¹³. La burocracia gomecista, no obstante, funcionó dentro de criterios particularistas estrictos. El dictador la manejaba casi como su hacienda personal, sin objetivos específicos y sin que tampoco se convirtiera en la entidad concreta que pudiera substituir la orientación paternalista que tradicionalmente se había tenido hacia el gobierno, por una orientación más moderna y funcional que concibiera al Estado como la entidad secular suprema. Por el contrario, más bien en este periodo —quizás debido a la extremada actitud religiosa de los andinos— la Iglesia logró conquistar muchas de las posiciones de preponderancia que había perdido desde la época guzmancista. No en vano el papa otorgó una prestigiosa condecoración al dictador. Pero una manifestación más importante fue el desarrollo que experimentó la educación privada en manos de asociaciones religiosas y en especial de

los Jesuitas y de los Hermanos de La Salle. A esas escuelas enviaban sus hijos las nuevas clases medias en ascenso así como también las viejas oligarquías ligadas o no al poder actual. De estos alumnos van a surgir después no sólo muchos de los líderes fundadores del movimiento democristiano, sino también muchos de los miembros de las élites económica y política¹⁴.

Había también, por supuesto, planteles oficiales a los que iban la mayoría de los hijos de la pequeña burguesía. De este núcleo, y en especial del que estudió bajo la influencia del maestro Rómulo Gallegos, futuro presidente de la república, van a surgir los líderes que actuando como miembros de la Federación de Estudiantes de la Universidad Central de Venezuela, van a repetir en 1928, pero con mayores consecuencias políticas, las demostraciones estudiantiles del año 1912. Estos movimientos estudiantiles hicieron surgir a flote el estado de descontento que existía entre diversas capas de la población, lo cual a su vez hizo nacer en los propios líderes estudiantiles la necesidad de expandir sus organizaciones para agregar los intereses de esos núcleos más amplios de la población, que hasta el momento no había encontrado en la prensa u otras organizaciones vías adecuadas de expresión, pues éstas estaban estrictamente controladas.

Los movimientos estudiantiles constituyen también la primera manifestación política del cambio que se había operado en las bases del poder. En esencia ellos eran cualitativamente diferentes a los intelectuales que habían florecido bajo el control gomecista y a quienes éste despectivamente designaba como los «plumíferos». Una evidencia de esto es que quien manejaba «el potrero» (como también llamaba Gómez peyorativamente al grupo de intelectuales que le servían) era Ezequiel Vivas, un andino de escasa educación¹⁵.

No obstante que ya para fines de la segunda década del presente siglo se habían realizado cambios fundamentales en la estructura económica y social, no va a ser sino hasta después de la muerte del dictador, a fines de 1935, cuando estas transformaciones van a tener consecuencias políticas de importancia. Es a la consideración de estos factores donde ahora tomamos nuestra atención.

12. Quintero, Rodolfo: «Las bases económicas y sociales de una aristocracia obrera en Venezuela», *Economía y Ciencias Sociales*, Caracas, año V, número 2, abril-junio de 1963, p. 95.

13. Córdova, A.: *Op. cit.*, p. 44, «Los ingresos del sector público suben de un 10% del Ingreso nacional en 1920, a 20% en 1936.»

14. El que fuera ministro de Relaciones Interiores de Pérez Jiménez evoca estos hechos con bastante detalle. Véase Vallentia Lenz, L.: *Escrito de memoria*, París, 1961.

15. Véase Rangel, D.A.: *Op. cit.*, capítulo XII.

La disociación del Poder

Si bien Gómez concentró nacionalmente el poder, no puede decirse que erradicó las lealtades regionales como criterio de transmisión de mando. El hecho que el ejército hubiera sido utilizado como canal de ascenso, principalmente por andinos, contribuyó a dar una base sólida de poder a este sentimiento de primacía regional. Por tanto, no sorprende constatar que quien substituye a Gómez es su ministro de Guerra, el general López Contreras, quien a su vez —una vez terminado su periodo en 1940— es también substituido por su ministro de Guerra y que ambos sucesores eran tachirenses formados en el ejército de Castro. Finalmente, tampoco puede decirse que estos sentimientos regionalistas no hayan jugado un papel importante para que el general Marcos Pérez Jiménez surgiera, a la larga, como el líder del movimiento militar que en 1948 derrocó al gobierno de Rómulo Gallegos¹⁶. ¿Cómo explicarse entonces que ese mismo grupo militar se aliara tres años antes con el partido de Gallegos (AD) para derrocar a Medina? La respuesta conduce a identificar dos procesos que afectan a toda la estructura social y que son consecuencia directa de los cambios que ya se habían efectuado en los años anteriores: el de diferenciación intrainstitucional e incorporación al proceso político de nuevos grupos sociales.

La institucionalización del ejército había avanzado lo suficiente como para formar un cuerpo de jóvenes oficiales de carrera, muchos de los cuales habían complementado su enseñanza con cursos que habían seguido en el exterior. Sin embargo, el ascenso de estos nuevos oficiales se veía bloqueado por los viejos gomecistas quienes aún ocupaban las principales posiciones de mando, aun cuando su preparación fuera bastante inferior. En otras palabras, se había creado una heterogeneidad básica dentro de la institución armada pero, al mismo tiempo, no se habían provisto los medios adecuados para contrarrestar sus efectos disociadores. Al contrario, los jóvenes oficiales, a pesar de haberseles mejorado sus remuneraciones, aún consideraban que estaban en un plano de prestigio que era muy inferior a sus aspiraciones, lo cual estimulaba aún más la pérdida de su lealtad para con sus superiores.

Paralelamente a este proceso estaba realizándose también la incorporación de nuevos grupos a la esfera política. En efecto, la mayoría de los líderes estudiantiles que participaron en las protestas del «28», al regresar del exilio con una orientación ideológica más definida, fundaron varias organizaciones de carácter netamente político¹⁷. Estas agrupaciones pronto sirvieron para agregar y dar más coherencia a las demandas de las organizaciones laborales —que ya se habían creado o que habían surgido paralelamente. Una evidencia del grado en

que había avanzado este proceso fue lo que ocurrió 10 meses después de la muerte de Gómez, cuando se le impidió al Comité de Defensa Democrática, con el apoyo del Frente Obrero y el Frente Nacional de Trabajadores, constituir el Partido Democrático Nacional (PDN), «Partido único de la izquierda».

La crisis de participación que se había desatado a partir de 1928 e intensificado con la muerte del dictador, no llegó a culminar sino años más tarde, porque los nuevos dirigentes de la clase media no tenían aún una estrategia bien definida, especialmente en términos de sus objetivos básicos y, quizás por ello, porque también cometieron una serie de errores tácticos que antagonizó más de la cuenta a los viejos gomecistas (ultraderecha) y empujó al gobierno a frenar la participación popular. Las principales acciones que habían escandalizado a las clases dominantes y al gobierno fueron: la inmensa y vociferante marcha hacia el Palacio Presidencial que en febrero de 1936 había encabezado la oposición, después que la policía de Caracas había disparado sobre una multitud reunida en la Plaza

16. Uno de los ministros de Pérez Jiménez e importante coordinador del golpe incurso de 1948, cuenta que el general Medina en su exilio le aconsejó, mientras paseaban por el Central Park de Nueva York: «No vaya a conspirar con cualquiera, Laureano. Sería triste que fuera usted a parar a la cárcel. Trate más bien de convencer a los que pueden tumbar a esa gente, sin mayor esfuerzo, sin sangre. Pérez Jiménez seguramente tiene ambiciones. Estimúleselas. En mi concepto sus posibilidades son mayores que las de Delgado Chalbaud. No olvida que es palsa y que un elevado porcentaje de la oficialidad viene de mi tierra. Su amigo Carlos, hijo de merideño y de caraqueña, educado en París, siempre será considerado como un intruso.» Vallenilla Lanz, L.: *Op. cit.*, p. 270.

17. El Bloque de abril de 1936 se constituyó con el apoyo de las siguientes organizaciones: La Federación de Estudiantes de Venezuela (FEV), la cual había protagonizado los sucesos de 1912 y 1928; la Asociación Nacional de Empleados (ANDE), el primer grupo laboral organizado durante el periodo; Unión Nacional Republicana (UNR), un partido de corta vida integrado principalmente por jóvenes empresarios progresistas; el Partido Republicano Progresista (PRP), en el cual se habían afiliado un grupo de exdirigentes estudiantiles de orientación predominantemente socialista; y los militantes del Movimiento de Organización Venezolana (ORVE), en donde también militaban exdirigentes estudiantiles y que había surgido no como un partido político, sino con la aspiración de llegar a convertirse en un frente popular de las distintas clases. Dos meses después de haberse constituido, se le sumaron los sindicatos petroleros, el partido Bloque Nacional Democrático (BND), que había nacido en Maracalbo, para constituir así el Comité de Defensa Democrática que entre el 9 y el 13 de junio paralizaron al país con una huelga general en la cual intervino una buena parte de la población. Una descripción compacta de estos acontecimientos puede encontrarse en Martz, J.D.: *Acción Democrática: Evolution of a Modern Political Party in Venezuela*. Princeton, 1966.

Bolívar; el encendido discurso pronunclado por uno de los líderes políticos de mayor popularidad, Jóvito Villalba, el cual ante una delirante audiencia pronunció la frase «la ley es el refugio de los reumáticos» y que dio pie al gobierno y a los grupos conservadores para acusarlos de que querían subvertir el orden público por medio de la violencia, y, finalmente, haber llevado la huelga general de junio más allá de sus límites naturales, lo cual la convirtió de triunfo en derrota.

El clima de pánico anticomunista que se creó entre las clases dominantes le dio un punto de apoyo al gobierno para que tomara sucesivamente un conjunto de medidas que finalmente destruyó la fuerza inicial de la oposición. Así, impidió la constitución del PDN; restringió aún más el voto para nominar representantes municipales (las únicas elecciones en que había voto directo); encarceló a los dirigentes de la oposición que, a pesar de todo, habían resultado electos y luego los expulsó por comunistas, junto con otros dirigentes políticos de importancia y, finalmente, bloqueó todo intento de ganar reconocimiento legal a otras organizaciones como el Partido Democrático Venezolano (PDV) que intentaron fundar en 1937 algunos ciudadanos ligados al grupo de expulsados.

Sin embargo, tales medidas no lograron detener el deseo de participación que había surgido ya en los sectores más amplios de la población porque, aun cuando los exilados políticos sólo pudieron regresar en 1941, en este periodo se hizo un intenso trabajo clandestino durante el cual se incorporaron al proceso político nuevos sectores, en especial del interior del país. Los nuevos grupos tenían entre sus objetivos el expandir el juego político a todo el territorio nacional. Estos esfuerzos se vieron fortalecidos por la actitud más liberal del nuevo presidente, general Medina Angarita, en quien influyeron los aires de democratización que emanaban de la política rooseveltiana, la prosperidad económica proveniente del incremento de las exportaciones petroleras que exigía la segunda guerra mundial y la necesidad de crear industrias nacionales que las restricciones económicas de tiempo de guerra habían impuesto.

Quizás por los beneficios que derivaron de esa situación, los sectores económicos del país permanecieron dependientes del poder militar o como empresarios sin interés directo en la política, como lo habían venido siendo desde la temprana disolución del UNR. Esta apolitización del sector económico contribuyó a hacer menos adaptiva la estructura política vigente ya que le impedía ver la necesidad de transformar los criterios de selección de gobernantes ante la creciente presión popular. Quizás también ellos pensaban, como muchos de los viejos oficiales, que la estructura del país permitiría realizar la transmisión de mando de la misma manera como

lo había hecho López Contreras. El siguiente párrafo escrito por el propio general Medina tres años después de su derrocamiento caracteriza este aspecto de la cultura política de esa élite dirigente:

[...] en momento alguno manifesté aspiraciones políticas ni hice nada para llegar a ser candidato presidencial. Mi carácter respetuoso de la ley, ajeno a toda clase de componendas; la constancia en el orden profesional; mis sentimientos de patriotismo y mi consagración al servicio del país, tal vez indujeron al general López Contreras a recomendar mi candidatura a sus amigos políticos, que tenían la facultad de elegir al presidente de la república¹⁸.

La disociación del poder político del militar se consolida en el trienio 1945-1948. En este último año el recién electo presidente Rómulo Gallegos es derrocado por un incruento golpe militar en el cual los principales protagonistas fueron su propio ministro de Defensa y los jefes del Estado Mayor. Sin embargo, el cambio estructural que se había operado en el sistema político se revela en la actuación de esta nueva dictadura la cual, a diferencia de las anteriores, se vio forzada a tomar en cuenta en sus cálculos políticos la oposición sistemática y más o menos coordinada de los partidos, organizaciones estudiantiles y sindicatos. Más aún, como se verá más adelante, también tuvo que enfrentarse a la oposición de poderosos sectores de la economía y del propio ejército nacional. Pero antes de entrar a considerar esta fase del proceso político venezolano, veamos con un tanto más de detalle las principales consecuencias que tuvo para el sistema político las medidas tomadas durante el trienio.

En primer lugar, se institucionaliza la participación popular en la política al hacer el voto directo, universal y secreto, sin discriminaciones de ninguna clase, exceptuando la edad límite que se bajó de 21 a 18 años. Esta última medida es de gran significado para un país como Venezuela que no solamente es joven sino que los jóvenes, al menos los que logran llegar al bachillerato, se politizan pronto.

En segundo término, se facilita notablemente la expansión de la articulación de intereses. Sin embargo, este proceso se realiza de una manera peculiar ya que las organizaciones campesinas y obreras —que son las únicas que se expanden significativamente— surgieron casi exclusivamente por los estímulos provenientes del sector político. No quiere decir esto que no existía una conciencia de clase que los impulsara a agruparse para defender sus intereses ante los patronos, ni que el proceso hubiera estado exento de luchas internas entre los sindicatos de distintas tendencias ideológicas. Por el contrario, éstas se acentuaron con la propia

18. Medina Angarita, Isafas: Cuatro años de democracia. Caracas, 1963, p. 17.

expansión sindical. Sin embargo, lo que interesa destacar es que si los líderes no hubieran asumido la doble función politicossindical, probablemente —a excepción quizás de los sindicatos petroleros— el proceso de articulación de intereses laborales se hubiera demorado un tanto más¹⁹.

Finalmente, también se expanden notablemente las funciones del Estado. Este toma un rol decididamente más activo en el desarrollo de la producción y los servicios. No sólo porque se crea un nuevo instituto autónomo que tenía la función específica de impulsar la industria, y se fortalece el que debía realizar la reforma agraria o modernizar los servicios sociales, sino principalmente porque el decreto petrolero del 50-50 hace expandir considerablemente los ingresos del gobierno en un orden de magnitud que le permite ampliar su radio de penetración efectiva²⁰.

En suma, el sistema político cambió tanto por el lado de la expansión e institucionalización de la participación, como desde el punto de vista de la administración gubernamental. Pareciera pues que se hubieran creado las condiciones para alcanzar la estabilidad política, no obstante, el nuevo régimen del primer presidente popularmente electo en Venezuela duró sólo nueve meses. El examen de algunas de las condiciones que efectivamente dan estabilidad a un régimen político ayudan a explicar estos hechos.

La primera condición es que los participantes deben ser a la vez políticamente competentes, es decir no solamente participar, sino creer que los demás también deben participar y creer que se debe hacer algo ante cualquier injusticia cometida por las autoridades²¹. En suma, que sean políticamente eficaces. Una segunda condición que está también profundamente enraizada en la cultura política de los ciudadanos, es el grado de legitimidad que se le otorga a un gobierno. El voto popular, es cierto, confiere un tipo de legitimidad, pero no es en sí mismo necesario, ni mucho menos suficiente. Lo que realmente confiere legitimidad a un gobierno es el creer que el sistema que él representa es la forma política *per se*, es decir, que se la considere un valor en sí misma. Las masas venezolanas de 1948 carecían en gran medida de estas orientaciones normativas. Por una parte, porque existía una tradición paternalista que venía desde la colonia y que más tarde fue reforzada por el caudillismo regional. El nuevo Estado poderoso pasó a ser, en la mente de los ciudadanos, el nuevo gran pater familias y no el Estado secular moderno. Esto, obviamente, era también una indicación de la escasa eficiencia política de los grupos populares que eran la fuente de apoyo de Acción Democrática como parece confirmarse por las escasísimas protestas que se pudieron articular en su caída, las cuales eran más bien un reflejo de la lealtad hacia el partido que hacia el sistema democrático que se estaba tratando de

implantar. Por otra parte, sectores importantes de la élite no guardaban mayor lealtad hacia el sistema democrático. El siguiente párrafo da una idea de la manera como pensaba un abogado miembro de la élite económica:

Tratamos de nuevo sobre el problema de la legitimidad de los gobiernos. Una situación de facto se legitima a la larga, si es útil. También ocurre lo contrario. Un régimen surgido del sufragio universal se vuelve ilegítimo si no corresponde a las esperanzas de la voluntad mayoritaria que lo lleva al poder. La Administración Gallegos es quizás legal, al menos después de las elecciones, pero cada día se vuelve menos legítima por su ineptitud²².

Finalmente, la Constitución que se elaboró en el periodo —a pesar de la mayor representatividad de la Asamblea constituyente— en verdad no podía esperarse que de la noche a la mañana le confiriera legitimidad al sistema ante los ojos de generaciones que, desde 1830, habían visto elaborar un promedio de una Constitución cada cinco años.

La tercera condición se refiere más bien al plano de las organizaciones. Se trata del grado de adaptabilidad del sistema y en especial a la capacidad del gobierno para responder eficientemente a las demandas de la población. Parte del problema es, por supuesto, la propia capacidad de la gente para transmitir sus demandas al gobierno de una manera eficiente. Teóricamente, si los ciudadanos disponen de canales institucionalizados para transmitir sus demandas entonces el que sus lealtades se hagan más o menos sólidas sólo depende de la eficiencia con que el gobierno les atiende. El proceso es aparentemente circular y acumulativo²³. Ya hemos visto que para la época existían numerosos grupos organizados que articulaban y transmitían las demandas de

19. Tanto la forma como opera este mecanismo como las funciones que cumplen los sindicatos en el medio rural se puede encontrar resumidas en Mathiason, John: «El campesino venezolano» en *Estudios sobre la política venezolana: exploraciones en análisis y síntesis*. Caracas, 1967. Un análisis de los sindicatos en general se puede encontrar en Quintero, Rodolfo: *Sindicalismo y cambio social en Venezuela*. Caracas, 1966.

20. En 1943, antes de la reforma del estatuto petrolero que se dictó ese mismo año, los ingresos fiscales provenientes del petróleo eran aproximadamente 155 millones de bolívares y ya para 1948 habían ascendido a 1110 millones de bolívares. The International Bank for Reconstruction and Development: *The Economic Development of Venezuela*. Baltimore, 1961, p. 482.

21. Almond, G. y Verba, S.: *Political Culture*, Princeton, 1963.

22. Vallenilla Lanz, L.

23. Almond, G. y Verba, S.: *Political Culture*.

la población (partidos políticos y organizaciones gremiales), no obstante el gobierno procedió con criterio sectario al darle trato preferencial a las organizaciones controladas por el partido Acción Democrática. Esto influyó notablemente el proceso de reclutamiento de nuevos funcionarios para la creciente burocracia, lo cual entorpecía los canales de comunicación entre otros grupos organizados y el gobierno. De iguales consecuencias para el sistema fue también la ausencia de organizaciones que articularan y transmitieran las demandas de la alta y pequeña burguesía las cuales, como se ha visto, hasta el momento no tenían partido político que las representara adecuadamente. Es cierto que el recién creado Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI) aglutinó una gran parte de estos sectores, pero debido a su orientación religiosa y su fuerte tendencia clerical, no podía ser el representante genuino de todo el estrato.

Además de las diferencias en cuanto a la orientación ideológica, hubo dos factores adicionales que contribuyeron a agudizar los antagonismos entre la burguesía y el gobierno. Por una parte, en estos sectores sociales aún quedaban latentes, pero con cierta fuerza, los criterios de discriminación étnica que fueron la norma en la sociedad colonial. Muchos de los pequeños empleados que constituían la clase media y gran parte de la alta burguesía miraban con algo más que aprehensión cómo el impulso igualitario de Acción Democrática estaba llevando a gente de la « chusma » y a « negros » a ocupar altos cargos en el gobierno y a interactuar con las más rancias familias caraqueñas²⁴. Por otra parte, también influyó la supervivencia de una actitud poco secular hacia el Estado, en especial en el campo educacional. Así, ciertas medidas que tomó el gobierno en favor de la educación oficial y mayor control de la educación privada provocaron protestas masivas organizadas por dirigentes de colegios católicos. Estos incidentes tuvieron el efecto de sembrar la idea en la población de que AD era anticatólico.

Finalmente, debe mencionarse una cuarta condición que en países como Venezuela es quizás la más importante: la institucionalización de las Fuerzas Armadas. Si bien se había tecnificado el ejército e introducido un sistema de escalafones que definía los criterios de selección y promoción, aún los altos oficiales se consideraban a sí mismos como los árbitros supremos del destino nacional. Además, la alianza que se había celebrado entre AD y el ejército se había realizado en forma circunstancial, no programática ni ideológica, y en el corto periodo de cogobierno no se hizo nada para estrechar estos lazos. Por el contrario, como se anotó anteriormente, aún predominaban sentimientos regionalistas dentro del alto mando militar.

La concurrencia de todos estos factores condujo al derrocamiento de Acción Democrática y el inicio de un nuevo periodo de gobierno militar que va a durar hasta 1958.

¿ La última de las dictaduras militares ?

En esa década el producto territorial bruto e ingreso nacional crecieron a una tasa anual muy elevada (8%). La política económica del nuevo gobierno fue la de acentuar y estimular la industria de la construcción, especialmente carreteras y obras en las ciudades, pero la actividad industrial también creció enormemente (el valor del producto industrial se triplicó). A pesar de que se comenzaron a establecer industrias básicas como la petroquímica, la siderúrgica y la planta de energía eléctrica del Caroní, el principal incremento fue el de la industria liviana. El consumo interno creció también a una tasa anual elevada (7%). La agricultura comercializada (especialmente azúcar, tabaco, algodón, arroz, ganadería y leche) también prosperó. Hubo además una notable expansión de los servicios. En suma, se vivió un periodo de expansión que se denominó el « boom petrolero ». Sin embargo, al mismo tiempo se crearon una serie de desajustes estructurales. De sobra son conocidos éstos, pero a manera de ilustración, y dadas sus consecuencias socio-políticas, baste con citar las desigualdades en la distribución del ingreso, en la estructura de la producción y del empleo y en el sistema de financiamiento. Así, mientras el ingreso per capita nacional era alrededor de 2 500 Bs, el de los campesinos se estimó en 125 Bs²⁵. Por otra parte, la contribución de la agricultura tradicional al producto territorial bruto era sólo de 3%, y sin embargo empleaba cerca del 31% de la población activa, mientras que el petróleo que contribuía con un poco más del 29% de producto empleaba un dos por ciento de la fuerza de trabajo²⁶. En cuanto al sistema de financiamiento

24. En el libro de Vallenilla Lanz se citan varias anécdotas que dan vigencia a estos comentarios. Significativo a este respecto es la siguiente reflexión que hace mientras está en un seudoexilio en Cali: « Cada día leo detenidamente *El Siglo* y *El Tiempo* de Bogotá. El periódico de Eduardo Santos llama Doctor a Rómulo Betancourt y Roberto García Peña celebra el avance democrático de Venezuela. Poco cuenta que haya presos políticos y desterrados. La crónica social que examino con interés me sorprende. Cada día se casa un Londoño con una Restrepo o un Restrepo con una Londoño.

25. En esta época 3,35 Bs eran equivalentes a un dólar. Córdova, A.: Op. cit., p. 22. El ingreso campesino fue estimado por Hill, G.W., Silva Michelena, J.A., y Hill, R.O. en « La Vida Rural en Venezuela », en *Revista de Sanidad y Asistencia Social*. Vol. XXIV, números 1 y 2, enero-abril de 1959.

26. Córdova, A.: *Ibidem*, p. 44-45.

relación al violento crecimiento de la mano de obra en las ciudades no permitió una diferenciación muy marcada entre el obrero y el habitante de ranchos. Por esta razón, el lugar de origen y de residencia (rural-urbano) son los criterios más importantes para distinguir la conducta y psicología de los individuos ubicados en los estratos bajos. En la clase media, en cambio, el panorama es distinto. Puede esperarse que la cosmología de imágenes y la conducta política de los distintos grupos que pueden ser clasificados como clase media, varíe principalmente según el sector de actividad. Ya se mencionó que el liderazgo político provino fundamentalmente de la esfera cultural. Esta penetración de actividades políticas y culturales se acentuó durante el decenio 1948-1958, principalmente por la falta de libertad para actuar abiertamente en política. Sin embargo, ello no quiere decir que ambos sectores, el político y el cultural, no continuaron diferenciándose internamente. Por una parte, la propia expansión del aparato burocrático oficial abrió a muchas personas la posibilidad de actuar en la esfera política sin que fuera necesario pertenecer a partido alguno. Por otra parte, las actividades estrictamente partidistas, a pesar de la clandestinidad y represión, continuaron cobrando importancia cuantitativa.

En contraste, las personas que trabajaban en la esfera económica, como por ejemplo los oficinistas de casas comerciales o pequeños comerciantes, permanecieron al margen de las actividades políticas, no obstante que la proporción de la población activa que trabajaba en el comercio casi se duplicó entre 1936 y 1958. (Véase apéndice III.1.)

En los grupos de status de clase alta hubo también cambios importantes. Por una parte, se consolidaron las organizaciones patronales a nivel nacional y regional. La Federación de Cámaras de Comercio y Producción (FEDECAMARAS), desde su constitución en 1944, avanzó rápidamente en la coordinación y defensa de los intereses de sus afiliados y en ese sentido estimuló la formación de una conciencia de clase. Los grandes comerciantes continuaron predominando, aunque ya para fines de la década de 1950, los industriales manufactureros y agrícolas habían ganado en importancia. El hecho de que no se crearan tensiones internas que pusieran en peligro este proceso de institucionalización del poder económico, fue lo que permitió a la así llamada «clase gerencial» jugar un papel activo en el derrocamiento del dictador. Examinemos pues más de cerca los factores que determinaron la caída de Pérez Jiménez.

En primer lugar debe mencionarse la crisis económica que sufrió el país. El origen de esta crisis fue la disminución de la tasa de crecimiento de las exportaciones petroleras. En efecto, la finalización de la reconstrucción de Europa, la conclusión del proceso de generalización del uso del diesel en los

Estados Unidos y la resolución de las crisis de Corea y del Canal de Suez, hicieron estabilizar la demanda mundial de petróleo, lo cual repercutió directamente en los ingresos fiscales venezolanos. El gobierno, con el fin de cubrir sus compromisos con la deuda interna dio nuevas concesiones en 1956 lo cual trajo un ingreso adicional al Estado; sin embargo, al año siguiente el gobierno no pudo ya recurrir al mismo expediente. Cerca de dos mil millones de bolívares era el monto de lo que adeudaba el gobierno al sector privado²⁹. Esto predispuso a algunos capitalistas nacionales a participar en las actividades conspirativas que se tramaban en aquellos sectores del ejército que no habían sido incluidos en la camarilla que rodeaba al dictador. Finalmente, la unificación de las fuerzas políticas clandestinas llevó a una mejor coordinación entre los líderes económicos, militares y políticos que se oponían al régimen lo que hizo posible que se decretara una huelga general que duró tres días y que concluyó con la huida de Pérez Jiménez el 23 de enero de 1958.

Los últimos ocho años

El clima de unidad y de regocijo que siguió al derrocamiento de Pérez Jiménez condujo a los principales partidos políticos (AD, COPEI y URD) a concertar el pacto de Punto Fijo, según el cual los partidos se comprometían a gobernar en coalición, cualquiera que fuese el que ganara las elecciones que iban a realizarse en diciembre de 1958. Sin embargo, a pesar de la omnipresente amenaza de otra dictadura lo que se llamó «espíritu del 23 de enero», se disipó tan rápidamente como vino. Los conflictos se manifestaron primero en la esfera política. El partido URD se separó de la coalición por divergencias en la política exterior de condena a Cuba que propiciaba el recién electo presidente Rómulo Betancourt.

Por otra parte, los principales líderes de Acción Democrática, quizás influidos por su experiencia de 1948, habían propiciado una política de acercamiento con los Estados Unidos y con el sector económico y de ataque al Partido Comunista. Estas medidas se adelantaron a pesar de la oposición cada vez mayor que internamente presentaban los sectores juveniles de AD, quienes no solamente habían desarrollado amistades con los comunistas en la época de la lucha clandestina, sino que desde hacía tiempo habían venido tomando una posición ideológica más radical que la de los viejos dirigentes. Estas contradicciones internas llevaron definitivamente a la escisión de AD y a la constitución de un nuevo partido, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria

29. The Economic Development of Venezuela, p. 105.

baste mencionar que el sistema bancario prácticamente impedía la otorgación de créditos Industriales, mientras que favorecía el negocio especulativo. Finalmente el gobierno financiaba sus programas de obras públicas con la deuda interna, la cual cancelaba con los nuevos Ingresos fiscales.

Pero quizás los principales desajustes estructurales se crearon entre los sectores políticos y sociales. Así, el Estado continuó su proceso de vertiginosa expansión al punto de que para 1958 llega a emplear algo más del ocho por ciento de la población activa. El gobierno construye y maneja Industrias básicas, centrales azucareras, colonias agrícolas, una cadena de hoteles de lujo, gigantescos centros residenciales y, por supuesto, todos los servicios que tradicionalmente están reservados al Estado²⁷. Sin embargo, no se establecen normas administrativas racionales, sino que se mantienen y perfeccionan los viejos vicios de peculado, nepotismo y compadrazgo.

Se restringe la participación política y sindical hasta hacer desaparecer legalmente a los partidos y centrales obreras, con excepción de aquellas fomentadas por el gobierno y que sólo llegaron a contar con una participación poco militante. Los ideólogos del gobierno tratan de acentuar las virtudes del apoliticismo y organizan desfiles cívicos durante lo que denominan «Semana de la Patria» para conmemorar pomposamente el cinco de julio, día de la independencia nacional. A estos desfiles se hace asistir a los empleados públicos, alumnos de colegios públicos y privados y al menos representaciones simbólicas de las organizaciones universitarias y gremiales. Imbuidos de la idea de que «gobernar es poblar», pero también con la esperanza de que ayudaría a cambiar las actitudes políticas de los venezolanos, se estimula enormemente la inmigración extranjera, principalmente española e italiana, la cual llega a alcanzar el 10 % de la población.

El rezago en que se mantuvieron los sistemas de administración de justicia, educación y el gobierno municipal constituye otro de los desajustes en el sistema social. La mayor complejidad del país comenzaba ya a demandar de sus ciudadanos ciertas habilidades técnicas que el sistema educacional no proveía de manera adecuada. El nivel de analfabetismo se mantuvo alto (52 % en 1958) y apenas había puestos en las escuelas para alojar al 60 % de la población en edad escolar. Desde un punto de vista cualitativo, la educación continuó siendo libresca y canalizadora hacia el derecho, humanidades, medicina e ingeniería civil. La eliminación del juego político contribuyó a hacer más inocuas las instituciones de gobierno local, convirtiéndolas en pequeñas oficinas de administración de los escasos servicios municipales. Finalmente, el sistema judicial se mantuvo dependiente del ejecutivo y, en los niveles provinciales, la asignación de roles se continuó

haciendo en base a criterios particularistas, de modo que la mayoría de los jueces de provincia eran escasamente competentes en sus labores y sujetos a las influencias locales. La estructura normativa permaneció inmodificada, a pesar de los cambios notables que habían ocurrido en las condiciones reales del país. Así, por ejemplo, el código penal, que fue elaborado en 1920 para una sociedad en donde el 85 % de la población vivía en zonas rurales, se mantuvo inmodificado, aun cuando para 1950 ya Venezuela era predominantemente urbana.

Este proceso de urbanización acelerada es el producto de una confluencia de factores. En primer lugar hay que tomar en cuenta que, salvo las escasas y mal remuneradas oportunidades de trabajo que ofrecían las nuevas empresas agrícolas, la estructura agraria se mantuvo en su patrón semifeudal, en donde el campesino apenas podía subsistir. Sin embargo, las nuevas carreteras y la expansión de los transportes y medios de comunicación de masas contribuyeron a crear nuevas aspiraciones en la masa campesina que, por su larga historia de movilización bélica, era relativamente apática. Por otra parte, las ingentes inversiones en obras públicas que se estaban realizando en las ciudades abrían, aún cuando fuera de una manera temporaria, posibilidades inmediatas para los trabajadores no calificados. En términos de la distribución de la población el resultado fue la inversión de la tasa rural-urbana en el corto lapso de 25 años —proceso este que tomó a Chile 32 años y a Argentina cinco décadas²⁸.

Como consecuencia de este fenómeno aparece un nuevo tipo social: el habitante urbano de ranchos que es marginal en todos los sentidos. Siendo la mayoría proveniente del medio rural no se identifican con él, pero tampoco han logrado desprenderse de sus viejos patrones de pensamiento y conducta, ni asimilar totalmente los nuevos de la vida urbana. Su conducta política tiende a ser apática, pero cuando participan tienden a hacerlo anónimamente en movimientos colectivos o a seguir a personalidades extrapartidistas más que a partidos políticos tal como lo han hecho después del derrocamiento de Pérez Jiménez.

La escasa expansión del empleo industrial en

27. The Economic Development of Venezuela, p. 84 et. passim.

28. En Argentina el porcentaje de población urbana aumentó de 39,5 % que era en 1895 a 65,7 % en 1947. En Chile entre 1920 y 1952 pasó de 46,0 % a 60,2 %. Mientras que en Venezuela el cambio fue de 34,7 % que era en 1936 a 67,5 % en 1961. Las cifras para Argentina y Chile se encuentran en Vekeman, Roger S.J. y Segundo, J.L.: «Tipología socioeconómica de los países latinoamericanos». Número especial, Vol. 2 de la Revista Interamericana de ciencias sociales, 1963. Los datos de Venezuela fueron tomados de los respectivos censos nacionales.

(MIR). La incorporación de jóvenes activistas al campo de la oposición de izquierda pronto se reflejó en una mayor virulencia en el lenguaje y en la incorporación a la política activa de las masas marginales de la ciudad. Esto era debido, en parte, a que los líderes disidentes tenían un gran prestigio en esas zonas marginales en donde habían trabajado en la lucha contra el dictador, y en parte a las condiciones de angustia creadas por la alta tasa de desempleo, consecuencia de la crisis coyuntural, pero también de las distorsiones en la estructura de la ocupación. Así, en 1962 la tasa nacional de desempleo fue algo más de 14 %, se estima que el promedio de las ciudades fue de 17 % y se puede decir con cierta confianza que alcanzó hasta un 25 % en los barrios marginales. Por otra parte, el « antiadequismo » de la población caraqueña era otro factor que contribuyó a que una creciente masa de población le diera su fervoroso apoyo a los grupos de oposición.

A semejanza de lo que había hecho López Contreras a raíz del discurso de Jóvito Villalba en 1936, Betancourt aprovechó una editorial publicada en el periódico del MIR para acusar a la izquierda de que estaban propiciando la subversión del orden constitucional y procedió a incautar la edición. La izquierda movilizó a sus seguidores y a la masa caraqueña. La policía y el ejército actuaron para restablecer el orden público. Al finalizar el año de 1961 ya la lucha era abierta y armada. Se peleó primero en las ciudades y especialmente en los barrios, en donde tenían su sede las Unidades Tácticas de Combate (UTC) de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), la organización que crearon los partidos de izquierda para tomar el poder, inspirados por el ejemplo que había dado Fidel Castro. Luego, una vez que perdieron en los centros urbanos, la guerra se trasladó a las zonas rurales en donde se establecieron campamentos guerrilleros. Estos también, a pesar de que aún para el momento en que se escribe este capítulo no han sido totalmente erradicados, tuvieron poco éxito. Muchos son los factores que determinaron este fracaso y poca la información que se dispone sobre ellos como para intentar analizarlos en este somero recuento histórico. Sin embargo, para los propósitos de este capítulo es interesante mencionar algunos de ellos. Como los describió un miembro de las FALN:

1) El primero es el subjetivismo infantil de origen pequeño-burgués —el entusiasmo desbordado que se produjo como consecuencia de la larga cadena de éxitos que tuvimos en un principio y que cada día nos hacía aparecer tanto en Venezuela como en el extranjero, como una fuerza casi mitológica de poder inconmesurable, y que hizo dar la impresión de que

en cualquier momento podríamos sacar a Rómulo Betancourt del Palacio de Miraflores.

2) La segunda causa, que en muchas ocasiones ha facilitado los golpes dados por los aparatos represivos, es el franco liberalismo, profundamente arraigado en nuestra organización y en casi todos nuestros cuadros y militantes, lo cual nos ha conducido a abandonar la vigilancia revolucionaria.

3) Por largo tiempo las FALN y los partidos revolucionarios han estado operando según un esquema más o menos fijo, siguiendo procedimientos que casi se han convertido en clichés. Esto le ha permitido al gobierno, una vez que se ha iniciado un ataque, prever los próximos pasos y prepararse para enfrentarlos³⁰.

Un factor adicional de suma importancia fue la falta de apoyo del campesinado, que impidió establecer líneas de comunicación efectivas y ágiles entre los distintos centros de operaciones y, además facilitaba la acción del gobierno.

Esta enconada lucha produjo divisiones y rupturas en casi todas las organizaciones gremiales, sindicales, y aun en los mismos partidos políticos. El conflicto ideológico penetró profundamente en todos los grupos politicoculturales y aun en algunos de los grupos económicos, aunque con menor intensidad. Sin embargo este conflicto ideológico no era sino una de las manifestaciones —quizás la más aguda— de la heterogeneidad de las orientaciones normativas de los distintos grupos de status medio y alto. Posiblemente esta diferenciación en las orientaciones de valores se relacionan con las disímiles experiencias de cambio y actividades políticas de grupos que tienen la misma posición o status de clase³¹.

Las casi innumerables divisiones, reagrupaciones y realineamientos que se han producido en el campo político venezolano durante estos últimos años han creado una situación política propensa a caer en *impasses* ya que no existe un partido político que sea hegemónico. La implicación más obvia es, por supuesto, que se hace necesario gobernar por medio de coaliciones las cuales tienen que ser forzosamente inestables debido a la heterogeneidad de los patrones normativos que existe entre y dentro de los diversos partidos. Es decir, que aún cuando el mismo partido gane las elecciones, no necesariamente se formará la misma coalición del período anterior, tal como ocurrió en la transición de la

30. FALN: « Our Errors », en *Studies on the Left*, Vol. 4, número 4, 1964, p. 129 (traducción nuestra).

31. Véase el capítulo I, « Perspectiva teórica », para una formulación más rigurosa de este concepto. (El autor de este ensayo remite a su libro en preparación. NDLR.)

coalición AD-COPEI en el periodo de Betancourt, a la coalición actual AD-URD³².

No obstante esta situación de permanente transitoriedad de los compromisos y lealtades políticas e institucionales, el proceso de consolidación del poder económico, y de articulación de los intereses de diversos grupos medio ha continuado. Así, lo revela la fundación de la Asociación Venezolana Independiente (AVI) por un grupo de empresarios ligados a FEDECAMARAS y la negociación política abierta que en forma permanente existe entre este último organismo y el gobierno. En la clase media hay que mencionar el fortalecimiento de ANDE y de la Unión Nacional de Empleados Públicos (UNEP), así como el surgimiento de multitud de asociaciones de pequeños comerciantes e industriales, nuevas asociaciones y gremios de profesionales y técnicos y la Asociación Venezolana de Ejecutivos.

El ejército, en cambio, es más difícil de evaluar. Por una parte, sus dirigentes continuamente enfatizan en la prensa que se ha institucionalizado, pero por otra, cada grupo político trata de captarse las simpatías de los oficiales. Las cuestiones clave son, por supuesto, si se ha logrado desarrollar tanto en el ejército como en los diversos grupos nacionales una supralealtad hacia el sistema político y eliminado sentimientos regionalistas, en qué medida subsisten aún en la población patrones de actitudes que son favorables a una nueva dictadura tradicional, y hasta qué punto los oficiales partidarios o simpatizantes de soluciones más revolucionarias se jugaron el todo por el todo en los alzamientos de Carúpano y Puerto Cabello en 1962.

En suma, pues, puede decirse que el sistema político venezolano se caracteriza hoy día por la falta de cristalización de sus instituciones y la heterogeneidad cultural que existe tanto dentro de ellas como en los distintos estratos sociales. La presencia e interacción de ambas circunstancias tiene dos efectos principales. En primer lugar, limita la capacidad de adaptación del sistema; es decir, la prontitud con que las diversas instituciones son capaces de absorber y satisfacer las nuevas demandas de la población. En segundo lugar, expande considerablemente el conjunto de vías alternativas que puede tomar la política. Ambos factores, a su vez, hacen más difícil la tarea de fijar objetivos que sean socialmente compartidos. Un somero examen de las perspectivas futuras del país ayudará a aclarar las implicaciones que tienen estos problemas.

¿1984: Una nueva crisis revolucionaria?

Imaginarse cuál va a ser el estado futuro de un sistema político es una tarea para la cual el novelista probablemente está aún mejor capacitado que el

científico social. Sin embargo, es una tarea indispensable para definir el campo de una investigación que, como ésta, tiene entre sus objetivos proveer una base racional para la toma de decisiones. Por tanto, oareciendo nosotros de la imaginación orwelliana, no podemos sino limitarnos a señalar un conjunto de hechos que tienen alta posibilidad de ocurrir e indicar cómo la situación actual puede influir para que estas perspectivas tomen una u otra forma.

Aproximadamente para 1984 Venezuela estará de nuevo ante una encrucijada. En el pasado, siempre que hubo una nivelación o declinación del principal motor de la economía —cacao, café y petróleo— el país atravesó por un periodo de intensos conflictos que se convirtieron en puntos críticos en nuestra historia política. El deterioro de los precios del cacao a fines del siglo XVIII fue sin duda un factor que precipitó la guerra de independencia. La toma del poder por los andinos fue estimulada por la crítica situación económica por la que atravesaba el Táchira de fines del siglo XIX como consecuencia del brusco descenso de los precios del café. La crisis económica que azotó al país entre 1957 y 1963 tuvo como origen la disminución de los precios y de la tasa de crecimiento de las exportaciones de petróleo. El nuevo gobierno que surgió en este periodo logró superar y estabilizar la economía tal como se evidencia en la tasa de crecimiento del producto territorial bruto y en la disminución del desempleo³³. La política del gobierno se basó principalmente en el reestímulo de la industria de la construcción y en la iniciación de dos procesos que pueden convertirse en la nueva fuente dinámica de la economía nacional: la modernización de la agricultura y la sustitución de importaciones. Fijemos pues nuestra atención un momento en ellos. Lo primero que salta a la vista es la imperiosa necesidad de compatibilizar ambos objetivos. Si la modernización del campo libera más mano de obra que la que el crecimiento industrial puede absorber, entonces se agudizarán el problema del desempleo y en general el de las poblaciones marginales. Una producción agrícola insuficiente crea presiones inflacionarias y dificulta el financiamiento de la propia agricultura y de la industria. Esto, naturalmente, implica que las posibilidades de obtener un crecimiento equilibrado dependen, entre otras cosas, de la capacidad institucional pública y privada para impulsar coordinadamente ambos sectores. Sin embargo, como se

32. Es de recordar que ambos periodos se iniciaron con una triple coalición y que más o menos cuando estaban a medio camino el número de socios se redujo a dos. Así, URD abandonó el gobierno de Betancourt y el Frente Nacional Democrático (FND) abandonó el de Leoni.

33. Leoni, R.: *El Mensaje al Congreso Nacional del Presidente de la República*. Caracas, 1966, p. XI et passim.

mencionó anteriormente, las instituciones venezolanas no se caracterizan por su capacidad adaptativa. Aparentemente, éste ha sido el principal obstáculo con que se ha encontrado la reforma agraria y que ha determinado que hasta ahora ese proceso no haya sido todo lo eficiente que era de desear³⁴. La sustitución de importaciones es un factor que, por definición, se agota a sí mismo. Basándonos en la experiencia de otros países latinoamericanos puede estimarse que el «techo» se alcanza en unos 15 o 20 años, con la peculiaridad de que a medida que se avanza en el tiempo la tarea se hace más compleja y difícil. En otras palabras, para 1984 la economía entrará de nuevo en uno de sus puntos críticos. El que se pueda salir o no de esa encrucijada depende en gran parte de la eficiencia con que se realice la industrialización. Si las nuevas industrias son capaces de competir con éxito en el mercado mundial se puede decir entonces que estarían dadas las bases para crecer hacia afuera; si no, las perspectivas son las de un largo estancamiento como por el que han pasado desde hace unos treinta años Argentina y Chile. La magnitud del esfuerzo que hay que hacer es descrita por el jefe de la Oficina central de coordinación y planificación de Venezuela en estos términos:

Si queremos para 1980 llegar a un grado de desarrollo industrial como el que corresponde a nuestro nivel de ingresos, similar al de países industrializados, o sea procurar el aumento de su participación en el producto territorial a un 30 %, será necesario que durante ese periodo se llegue a una tasa de crecimiento acumulativa anual superior al 11 % del sector industrial con un crecimiento global del 7 %³⁵.

Las dificultades inherentes al logro de estas metas se hacen más evidentes si se toma en cuenta que en la etapa más fácil del proceso de sustitución de importaciones, que es la que se ha cumplido entre 1957 y 1964, el producto industrial creció al 8,4 %. Los requerimientos económicos son, por supuesto, ingentes; sin embargo no es allí en donde residen todas las dificultades inherentes a este proceso. En primer lugar, es necesario que el mercado común latinoamericano se consolide y perfeccione. Desde el punto de vista nacional ello requiere no solamente que haya gobiernos que tomen medidas adecuadas, sino también que la propia clase empresarial adquiera el conjunto de actitudes que les permita colaborar activamente en el proceso. En este sentido, tendrán que adquirir una orientación hacia la nación que les permita ver al Estado no como un enemigo, sino como la entidad capaz de orientar sus actividades. Por otra parte, la clase obrera no sólo tendrá también que cobrar conciencia de la tarea por realizar, sino que también será necesario darle el entrena-

miento técnico adecuado para elevar significativamente su productividad. En otras palabras, que el gobierno, con la participación de las organizaciones pertinentes, tendrá que elaborar y poner en práctica una política social que induzca tal cambio de actitudes de modo que se puedan organizar grupos que actúen eficientemente en las ramas de la producción manufacturera que ya existen y desarrollan actividades en las que aún no se han iniciado. Por supuesto que para diseñar una política de tal naturaleza antes que nada es necesario conocer cuál es la distribución actual de las orientaciones normativas relevantes en los distintos grupos nacionales.

Pero el desarrollo industrial no es el único factor que hay que tomar en cuenta para evaluar la situación venezolana de 1984. Precisamente en estos años caducarán las principales concesiones petroleras que existen en el país³⁶.

La política de gobierno actual hace suponer que, de haber para esa fecha un gobierno de similar orientación, tales concesiones no se renovararán. Sin embargo, la naturaleza de las negociaciones que se establecerán y las ventajas que de ellas derive Venezuela, no dependen únicamente del tipo de gobierno que exista en el país. Un factor importante es el poder de negociación que tenga el Estado venezolano de la época; es obvio que si la Corporación venezolana del petróleo y la Corporación venezolana de Guayana cumplen a cabalidad sus cometidos, y la industrialización y la modernización de la agricultura se realizan eficientemente, entonces la posición será mucho más fuerte simplemente porque habrá mayor capacidad para absorber cualquier fluctuación importante en la producción y precios del petróleo.

Un factor todavía más fundamental y dramático, por sus implicaciones globales, es el posible agotamiento de las reservas del petróleo. Para 1965 se estimaba la duración teórica de las reservas en 13,7 años a la tasa actual de producción (3,5 millones de barriles diarios). Las estimaciones oficiales son optimistas:

Puede anticiparse que, por un tiempo de duración difícil de determinar, Venezuela podrá agregar, por lo menos, suficiente petróleo nuevo a las reservas como para reponer la producción futura³⁷.

34. Osorio, Alejandro M.: *Factor limitante del desarrollo agropecuario*, Caracas, 1966.

35. Hurtado, Héctor: *Etapas difíciles y complejas del desarrollo industrial*, Caracas, 1966.

36. Entrevista 138.163 VENELITE, p. 31-32.

37. Pérez Guerrero, Manuel: *Petróleo y hechos*, Caracas, 1965, p. 21-22. El delegado venezolano al Consejo Permanente del Congreso mundial del petróleo, en un libro publicado recientemente, estima que el año 2055 será el año cuando hipotéticamente se terminará la producción. Martínez, A.R.: *Our Gift, Our Oil*, Viena, 1966, p. 73-78.

Este optimismo se basa en las posibilidades de encontrar petróleo aún no descubierto, de aumentar el factor de recuperación de los yacimientos y en los avances tecnológicos de la industria que hagan posible la recuperación económica de un petróleo muy pesado que existe en grandes cantidades en la zona oriental del país³⁸. Si se tiene la capacidad política y técnica para transformar estas posibilidades en realidades, entonces no hay duda de que la capacidad de negociación del gobierno se verá fortalecida, en caso contrario las consecuencias pueden ser catastróficas.

Otros factores que también incidirán sobre la capacidad de negociación del gobierno con su propia heterogeneidad, la naturaleza de la oposición política que encuentre y las actitudes que tengan los distintos grupos nacionales. Si el grado de heterogeneidad cultural es todavía alto, la oposición es poderosa y la masa venezolana continúa tan apática hacia los eventos internacionales como ha sido en el pasado, el gobierno estará entonces en una posición muy débil. Así mismo, el anverso de este panorama ayudaría a fortalecerlo. Quizás la única salvedad que habría que hacer es con respecto a la fuerza relativa y la actitud política de los grupos de izquierda. Paradójicamente, si ésta es lo suficientemente fuerte como para amenazar al gobierno, pero no tanto como para tomarlo, entonces puede fortalecer indirectamente la posición de ese gobierno ante los grupos internos opuestos a la política de no concesiones.

Por último, aunque no por ello menos importante, está la política que tenga los Estados Unidos hacia América latina y en particular hacia Venezuela. No sólo por el peligro real de que si ésta continúa siendo del tipo intervencionista, aun cuando no exista un gobierno socialista, puede conducir a una invasión del país, en vista de la enorme y creciente importancia que tienen los intereses económicos norteamericanos, sino también porque el tipo de influencia política, social y cultural que ejerce los Estados Unidos, y que es cada vez mayor, puede contribuir a obstaculizar la formación de las actitudes necesarias en los distintos grupos de la población venezolana para que el proceso de desarrollo se realice más armónicamente.

A pesar de que en los últimos años el gobierno de los Estados Unidos, con el objeto de ganar la guerra fría, ha lanzado lo que ellos mismos llaman « la ofensiva ideológica » —una operación mediante la cual se hacen esfuerzos conscientes y coordinados para conocer e influir la situación de los diversos países del mundo y de que la mayoría de estos esfuerzos los está centralizando el Departamento de Defensa, lo cual ha tendido a « sobremilitarizar » la política exterior de ese país³⁹. Damos por supuesto que cuando en el párrafo anterior se habla de « la

política » de los Estados Unidos no se está pensando en que ese país tendrá un conjunto explícito y unificado de normas para aplicar en cada situación. Ello sería desconocer la complejidad del asunto. La época en que los imperios construían colonias para sí y a su imagen y semejanza se acabó, no sólo porque en las colonias han surgido movimientos de oposición bastante fuertes y se ha templado un poco más la conciencia nacional, sino también porque en el seno de las propias naciones dominantes, y en particular en los Estados Unidos, hay grupos con gran influencia cuyos intereses económicos pueden verse dañados por una política determinada.

Sería también muy simplista pensar que porque intereses norteamericanos controlen gran parte de los medios de comunicación de masas y porque la mayoría de las revistas, películas y telecines sean originados en los Estados Unidos, ese país ejercerá un control absoluto sobre la mente de los venezolanos. Sin embargo, las perspectivas de comunicación que ofrecen los satélites artificiales son enteramente nuevas y si en la actualidad sabemos muy poco cuál es la influencia real que tienen los medios que existen hoy día, mucho menos podremos calibrar cuál va a ser la influencia que se derive de esta revolución tecnológica en las comunicaciones. No obstante como lo señala un agudo observador de América latina:

En la medida que las naciones puedan controlar la recepción de las señales espaciales a través de estaciones centrales en la tierra, se elimina el problema de la « invasión síquica » de un pueblo. Sin embargo, el problema del « control de las señales » se presentará tarde o temprano —cuando las naciones adquieran la capacidad técnica de transmitir directamente desde un satélite a un aparato de recepción de cualquier hogar o aldea del mundo. (Con la tercera o cuarta generación de satélites corremos el riesgo de recibir una « lluvia » de información tal como ocurre con el polvo radioactivo después de una explosión nuclear.) El espectro orwelliano del « control de la mente » no está tan lejano como podría suponerse...⁴⁰

Venezuela es una de las cinco primeras naciones latinoamericanas que firmaron los acuerdos del

38. *Ibidem*, p. 20-26.

39. U.S. House of Representatives, Committee on Foreign Affairs, Subcommittee on International Organizations and Movements, Behavioral Sciences and the National Security, Report 4 on Winning the Cold War: The U.S. Ideological Offensive, 6 de diciembre de 1965, Washington.

40. Hurlley, Neil P.: « Satellite Communications », *America*, 27 de agosto de 1966, p. 205.

del COMSAT mediante los cuales se intenta crear un mercado común interamericano de comunicaciones. Esto, por supuesto, hace más real lo que plantea Hurley; sin embargo sabemos que, en última instancia, el efecto de tal «lluvia» de comunicaciones dependerá de las predisposiciones actitudinales que tenga la población.

En los capítulos siguientes se hace un estudio detallado de la experiencia de cambio, orientaciones normativas y evaluaciones de aquellos grupos sociales que en la historia reciente del país han jugado un papel de importancia, bien como protagonistas o bien como objetos de la política. El que llegue a ocurrir una crisis en 1984 y el que se le pueda dar una resolución exitosa para el país depende en gran

medida de la capacidad política que tengan estos grupos para trabajar eficiente y constructivamente, es decir que puedan manejar el conflicto para que no vaya más allá de los límites que cualquiera de las partes desea llegar.

La exploración histórica que aquí se ha hecho revela que éste es un punto flaco en el funcionamiento y la organización de la sociedad venezolana. La historia del país exuda violencia, sin embargo, hemos visto también cómo se han ido expandiendo nuevas actitudes nacionalistas y nuevas organizaciones que las articulan, lo cual tiende a darle mayor capacidad de adaptación al sistema político. Torneemos nuestra atención, pues, al examen de todos estos factores.

Apéndice III.1. Distribución de la población activa por sectores económicos de actividad. Venezuela, 1920-1966 (miles de personas)

SECTOR	1920 ¹		1936 ²		1950 ²		1958 ²		1968 ³	
	n	%	n	%	n	%	n	%	n	%
Petróleo	2,0	(0,3)	13,8	(1,2)	42,7	(2,7)	44,3	(2,1)	35	(1,2)
Minas	—	—	1,6	(0,2)	5,7	(0,3)	11,5	(0,5)	12	(0,4)
Industria	20,0	(3,1)	51,0	(4,7)	92,6	(5,8)	155,8	(7,3)		
Artesanado	35,6	(5,6)	96,6	(9,0)	114,3	(7,1)	99,3	(4,7)	445	(15,4)
Comercio	51,1	(8,0)	64,3	(6,0)	149,7	(9,4)	236,7	(11,0)	396	(13,7)
Construcción	8,0	(1,3)	24,4	(2,3)	91,1	(5,7)	179,6	(8,3)	199	(6,9)
Transporte	16,0	(2,5)	25,0	(2,3)	52,3	(3,3)	82,5	(3,9)	152	(5,3)
Electricidad y agua	—	—	—	—	5,0	(0,3)	10,5	(0,5)	41	(1,4)
Servicios públicos	13,4	(2,1)	56,2	(4,0)	113,3	(7,1)	173,2	(8,1)		
Servicios domésticos	35,0	(5,5)	108,3	(10,0)	149,4	(9,3)	193,0	(9,0)	799	(27,6)
Otros	—	—	15,4	(1,4)	79,1	(4,9)	132,1	(6,2)		
Agricultura	457,0	(71,6)	625,0	(57,9)	704,7	(44,1)	824,4	(38,4)	813	(28,1)
Total	638,6		1 081,6		1 598,9		2 142,9		2 892	

Fuentes: 1. Córdova, A.: *Inversiones extranjeras y desarrollo económico*, p. 56 y 52.

2. Córdova, A.: *Consideraciones...*, p. 44.

3. Venezuela, *Plan de la Nación 1966-1968*, Cordiplán. Se excluye los desempleados. La estimación del desempleo para otros años es como sigue:

Año	1951	1959	1962	1968
Miles de personas	127	251	374	219
% de la fuerza de trabajo	6,8	10,5	14,4	7,0

Cuba : una revolución en marcha

Suplemento 1967 de Cuadernos de Ruedo ibérico

Francisco Fernández-Santos : Cuba : una revolución en marcha

Los orígenes

Roberto Fernández Retamar : Martí en su (tercer) mundo

Oswaldo Dorticós : Fragmento

José Martí : Selección

Edmundo Desnoes : Martí en Fidel

La guerra revolucionaria

Fidel Castro : La historia me absolverá

Faure Chomón : El asalto al Palacio presidencial

Ernesto « Che » Guevara : Alegría del Pío y El combate del Uvero

Camilo Cienfuegos : La invasión de Las Villas

Raúl Castro : Con menos empezó el « Che »

Enrique Oltuski : Gente del llano

El castrismo : teoría y praxis de la revolución cubana

Fidel Castro : Estos son nuestros caminos (selección)

Ernesto « Che » Guevara : Somos una antorcha encendida (antología)

La lucha contra el burocratismo (Editoriales de Granma)

Regis Debray : El castrismo, la larga marcha de América latina

David Alexander : La política internacional del castrismo

Un socialismo en construcción

Sergio de Santis : En torno a la polémica sobre la economía cubana

Juan Martínez Alier : Paréntesis

Carlos Rafael Rodríguez : La situación económica en Cuba

Michel Gutelman : La socialización de los medios de producción

J.A. A. Maceiras : Una revolución educacional en la Cuba revolucionaria

El nuevo pensamiento cubano

Alejo Carpentier : Literatura y conciencia política en América latina

Roberto Fernández Retamar : Hacia una intelectualidad revolucionaria

Lisandro Otero : El escritor en la revolución cubana

Edmundo Desnoes : El mundo sobre sus pies

Aurelio Alonso : **Polémica contra los manuales**
Ricardo Jorge Machado : **Generaciones y revolución**
Fernando Martínez Heredia : **El ejercicio de pensar**

El arte y la literatura

Alfredo Guevara : **Sobre el cine cubano**
T. Christensen : **El documental cubano**

Miguel Barnet : **La segunda africanía**

Adelaida de Juan : **Cuarenta años de pintura en Cuba**

Riné Leal : **El teatro cubano**

Guillermo Rodríguez Rivera : **La poesía cubana**

Selección de poemas de : Nicolás Guillén, José Lezama Lima, Cintio Vitier, Virgilio Piñera, Eliseo Diego, Samuel Feijóo, Oscar Hurtado, Roberto Fernández Retamar, Roberto Branly, Pablo Armando Fernández, Fayad Jamís, Heberto Padilla, José Álvarez Baragaño, Luis Marré, César López, Antón Arrufat, Miguel Barnet, Luis Suardíaz, Belkis Kuza Malé, Guillermo Rodríguez Rivera, Víctor Casaus, Pedro Pérez Sarduy, Nancy Morejón, Luis Rogelio Nogueras.

Salvador Bueno : **La nueva (y actual) novela cubana**

Selección de textos de : Alejo Carpentier, José Lezama Lima, Virgilio Piñera, Onelio Jorge Cardoso, David Camps, Guillermo Cabrera Infante, Antonio Benítez, Jaime Sarusky, Jesús Díaz, Nelson Rodríguez.

Testimonios sobre la revolución cubana

Mario Benedetti, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Alfonso Sastre, Eva Forest, José María de Quinto, Ricardo Aguilera, Juan Goytisolo, José Agustín Goytisolo, Francisco Fernández Santos, Jesús López Pacheco, José Manuel Caballero Bonald, Antonio Eceiza.

528 páginas 12 páginas ilustradas fuera de texto 106 ilustraciones 48 F

Editions Ruedo ibérico

Novedad Ruedo ibérico

Antonio Vilanova

Los olvidados

**Los exilados
españoles
en la segunda
guerra mundial**

Primera aportación de carácter general a la historia del exilio español de 1939, de sus características, de su evolución, de su participación en el segundo conflicto mundial, de su dispersión. Para situar la actuación y el destino de los refugiados republicanos españoles, el autor se extiende ampliamente sobre los campos de exterminio alemanes, su organización y las condiciones de existencia en ellos. La dispersión de los refugiados españoles en distintos frentes de guerra y en numerosas unidades militares le han conducido en ciertos casos (Narvik, Bir-Hakeim, División Leclerc) a hacer relatos que desbordan la sola actuación de los refugiados españoles.

Presentación. Campos de concentración: Francia; Africa; Compañías de trabajo; los batallones de marcha; Dunkerque. Campos de exterminio: Los orígenes; Los transportes; Los verdugos; Se abre el infierno; La sociedad de los esclavos; los kommandos; El exterminio; El último crimen; La liberación; Final. La Resistencia y el maquis; La Resistencia; El maquis; La Legión: La Legión; Narvik; Tchad; Levante; Bir-Hakeim; La División Leclerc: El origen; La «Nueve»; Detalles sueltos; Hacia Berchtesgaden; Frentes soviéticos: Los emigrantes; Los combatientes. Final: Dispersión; Algunas precisiones. Bibliografía.

596 páginas

182 Ilustraciones fuera de texto

51 F

Ruedo ibérico

Biblioteca de cultura socialista

Karol Modzelewski y Jacek Kuron

¿ Socialismo o burocracia ?

Sumario. El fin de un mito (LORENZO TORRES). Introducción. I. El poder de la burocracia; II. Salario, producto excedente y propiedad; III. Objetivo de clase de la producción; IV. El origen del sistema; V. La crisis económica del sistema; VI. Las relaciones de producción en la agricultura y la crisis; VII. La primera revolución antiburocrática: 1956-1957; VIII. La crisis social general del sistema; IX. Los problemas internacionales de la revolución; X. Programa; XI. Contrargumentos.

124 páginas

12 F

Doctor en Ciencias políticas por la Universidad Central de Venezuela. Profesor de Historia económica de Venezuela, de Historia de las doctrinas económicas y de Historia económica general en la Universidad Central de Venezuela desde 1961. Investigador adscrito al Instituto de Investigaciones económicas y sociales de la UCV (1967). Asesor técnico de la Comisión nacional de planeamiento de Bolivia (1945), de la Junta Planificadora de la producción agrícola de Costa Rica (1957), Presidente de la Comisión de finanzas de la Cámara de diputados de Venezuela (1959).

Publicaciones : Con Estados Unidos o contra Estados Unidos (1947), Venezuela, país ocupado (1954), La industrialización de Venezuela (1958), Una teoría para la revolución democrática (1959), Historia económica de Venezuela (1962), La moneda ladrona (1964), Los andinos en el poder (1965), La revolución de las fantasías (1966), Domingo de Resurrección (1966).

Un ensayo de sinceridad

Venezuela es un país subdesarrollado. Esa expresión dice mucho y, paradójicamente, no dice nada. El concepto de subdesarrollo sufre un proceso parecido en las ciencias económicas de nuestra época al que hubo de registrarse en el derecho penal del siglo pasado cuando la escuela clásica de esa disciplina catalogó los delitos y determinó las sanciones con inflexible precisión. El delito fue convirtiéndose en una categoría abstracta, demasiado general, en la cual cabían múltiples situaciones y complejos casos. A la variada gama de delinquentes que cometían un mismo delito, debidamente clasificado por los repertorios penales, era imposible someterlos a idéntico tratamiento. De la necesidad de diferenciar dentro de los moldes generales lo que hubiera de específico e intransferible en cada sujeto, surgió la Escuela positiva que hizo del delincuente con todas sus taras personalísimas el centro de la inquietud científica. Los estudios contemporáneos sobre el subdesarrollo han elaborado todo un diagnóstico para pueblos que se encuentran en una peculiar situación histórica. Pero entre esos pueblos, teniendo características comunes, median diferencias sustanciales que las ciencias económicas no pueden soslayar. De las generalizaciones, aún en proceso de decantación, debemos pasar a los enfoques particulares. Sólo así alcanzarán las disciplinas sociales a abarcar la complejidad casi infinita que se esconde tras el fenómeno del subdesarrollo.



Fieles a ese método particularista, que sitúe a Venezuela como caso propio dentro de una categoría general de pueblos, debemos preguntarnos cuáles son los rasgos que diferencian a nuestro país de todos aquellos que con él comparten una posición histórica determinada. Pero antes de abordar esa tarea vale la pena fijar las características que ubican a Venezuela en lo que ya se llama por comodidad de lenguaje el Tercer Mundo. Sobre el telón de fondo de esa caracterización general se recortan mejor, y adquieren su verdadero valor científico, los aspectos peculiares del caso venezolano. Nuestro país tiene fijado su destino en los cartabones de la división internacional del trabajo establecida por el sistema capitalista hace ya varios siglos. Allí radica la condición fundamental que imparte a Venezuela, y ello desde su aparición como sociedad, una estructura, un ritmo y un cometido. Esa es la índole del subdesarrollo, en esencia histórica. El país subdesarrollado es como un ser en tutela irremediable al cual se le discierne desde el exterior lo que debe producir, de qué manera ha de producirlo y para quiénes tendrá que producir. Ese sistema de condicionamiento desde el extranjero —perdónese este vocablo un tanto pedante— es lo que constituye el aspecto persistente, inagotable en la evolución histórica de todos los países subdesarrollados.

El subdesarrollo venezolano comenzó a gestarse en las entrañas de la sociedad colonial, creada por los españoles para atender las exigencias de un mercado mundial que ya entonces sentía avidez por los productos ultramarinos. A Venezuela se le asignó, imperativamente, la función de prover distintos bienes primarios para los cuales era apto su territorio. A lo largo de los siglos ha cambiado la composición e importancia de esos bienes. Del cacao que floreció en los días coloniales pasamos al café, con el cual se inició la república

hacia 1830 y, más tarde, sin que tuviésemos el menor presentimiento, se nos vino encima la borrasca del petróleo. En la escogencia sucesiva de esos productos no intervino Venezuela. Apenas siguió nuestra economía la batuta del mercado internacional que le señalaba una orientación y una cadencia. Para producir esos diversos artículos, las potencias extranjeras, fuesen éstas la España de los Borbones o los Estados Unidos de Woodrow Wilson, nos impusieron una estructura social. Primero fue la apropiación de nuestra tierra por grandes barones de una agricultura extensiva, luego la captura del subsuelo por un puñado de compañías multimillonarias. El latifundio de raíz hispánica y la penetración del capital petrolero constituyen así los dos cimientos con que el sistema internacional del capitalismo alindó la vida social venezolana.

En tal matriz histórica fraguó y se ha hecho pertinaz el subdesarrollo que envuelve a Venezuela. Las contradicciones en las cuales se condensa todo el ser subdesarrollado de un país provienen de allí. Desde los primeros tiempos de nuestra existencia surgió una contradicción entre la urgencia de explotarnos, cualesquiera fuesen nuestros amos ultramarinos, y las necesidades genuinas de nuestra economía. Un enriquecimiento desproporcionado constituyó el norte de los dueños extranjeros de la riqueza venezolana y el suplicio de una economía desangrada por las rapaces tasas de beneficio que se le extraían y transferían fuera de su territorio. Junto a esos dos polos de opulencia ajena y postración doméstica, se alzó el desigual ritmo de crecimiento de la economía. Ya en los periodos de la colonia las regiones, clases y esferas donde influía el producto privilegiado de un momento acusaban un alto ritmo de desarrollo. El resto del país entraba a vivir, o seguía viviendo, en lo que pudiéramos llamar una zona oscura. El

capital invertido, la productividad, el volumen del comercio, todo crecía en los ámbitos hasta donde se extendía el efecto del producto en el cual tuvieron interés los círculos extranjeros. En otros sectores, predominaba la inercia más absoluta. Una tercera contradicción se daba entre el ascenso determinado por el auge comercial que suscitaba un producto y la falta de diversificación de la economía. El país era un campo absolutamente pasivo que entregaba la producción que se le exigía y, con aquella parte de los excedentes que podía conservar, adquiría las manufacturas y técnicas que necesitase. Se alcanzaba así un crecimiento que algunos investigadores han calificado de simple porque no engendraba efectos acumulativos. El Producto nacional se elevaba en función directa, escueta e inevitable de las cifras a que llegara la exportación, ya que sólo había inversiones en las ramas económicas que atendiesen las exigencias del comercio exterior y en las que pudiesen servirles de auxiliares. La demanda interna, templada por el aumento de las exportaciones, no se colmaba con la producción nacional sino con importaciones de géneros ultramarinos.

Esas contradicciones fundamentales, que entrañan la raíz del subdesarrollo, se han conservado bajo el predominio petrolero instaurado hace unos cincuenta años. Venezuela es un país cuyo excedente económico se transfiere al exterior por los mecanismos de la exportación de utilidades que realizan las compañías petroleras internacionales. Es frecuente el caso de que la transferencia de utilidades alcance al diez por ciento del producto territorial bruto del país. Entre las zonas privilegiadas que el petróleo anima y galvaniza y el resto del país median abismos en cuanto a la cadencia de su crecimiento. Venezuela es hoy un conjunto donde las hipertroflas conviven debillidades extremas. Por último, el ingreso que el petróleo proporciona se

gasta en artículos extranjeros que confieren a nuestra tierra inequívoco aspecto de bazar cosmopolita. La situación actual tiene, a través de esos rasgos, nexos y similitudes con la que crearon los españoles cuando sus correrías trasatlánticas los llevaron a sentar su planta en nuestro suelo y a instituir en él un orden colonial. El cordón umbilical que sigue ligando a la Venezuela del presente con sus predecesoras de otros tiempos, y mantiene intacta la vida del subdesarrollo, es la dependencia. Ayer y hoy, cualesquiera fuesen los productos favoritos del comercio internacional, nuestro ordenamiento económico es resultante de una estructura implantada hace ya varios siglos y de unas fuerzas que operan desde el exterior sin tomar en cuenta las necesidades, la vocación o la idiosincracia de nuestro país. Porque hay inmensos contrastes, amasados en una sumisión absoluta y en un andamiaje social ya manido, Venezuela es fundamentalmente una nación subdesarrollada.

Pero hasta aquí llegan los rasgos que pueden identificar a Venezuela con cualquiera otra de las naciones que sufren la situación del subdesarrollo. Profundicemos, ahora con técnica particularista, su estructura y su ritmo de evolución bajo el latigazo del petróleo para encontrar lo que haya de intransferible y peculiar en nuestra posición. El producto que el mercado internacional impone a un país atrasado para que lo entregue a la demanda exterior influye notablemente en la trayectoria de su economía. El mundo capitalista es, sin escapatoria posible, un conjunto donde impera la ley del desarrollo desigual. Ella no sólo se manifiesta mediante diferencias en el ritmo de crecimiento de los distintos países o de las diferentes esferas que componen la vida de una nación. En la demanda y en el valor de los productos que concurren a los mercados se da, con el mismo vigor, la mencionada ley. El pla-

netamente vive, por razones que no es del caso señalar aquí, bajo la égida del petróleo. Todo el desarrollo tecnológico contemporáneo podría tornarse incomprensible y absurdo si hacemos abstracción del petróleo. No ha habido invención, desde principio de siglo, ni mecanismo económico que no se apoye o necesite del concurso de un combustible derivado del negro mineral. Esas circunstancias, que a nadie se le ocurriría desconocer, han impartido a la producción y al comercio de petróleo una dinámica que ninguna otra mercancía ha podido ostentar en el siglo XX. Basta un hecho escueto, para no hacer fatigosa una argumentación que basta apenas enunciar, sobre el relieve del petróleo. Hace acaso unos treinta años, el petróleo y sus derivados apenas colmaban el 20 % de la demanda internacional de energía. Hoy, ya los aceites y gases hidrocarbonados atienden cerca del 60 % de aquella demanda. Tres décadas han sido suficientes para enterrar, bajo su trono, al llamado rey carbón que imperó desde el siglo XVIII en las economías avanzadas del planeta. Los países que producen petróleo adquieren una alienación de tipo muy singular porque ese producto crece a ritmos salvajes, ajeno a depresiones y a crisis comerciales crónicas, y ello tiene su influencia en las tierras donde lo extraigan. Aunque el capitalismo viva un estancamiento en otras actividades y en su estructura técnica se advierta el envejecimiento, el petróleo comunica a una esfera de su vida el auge más sostenido. La alienación petrolera por monstruosa alcanza a sacudir las economías de los pueblos donde arraiga con un frenesí inusitado. Nos atreveríamos a decir que ninguno de los productos que han constituido la cadena de la dependencia ha sido tan diabólico —uso la palabra en su acepción más objetiva— como el petróleo.

Venezuela, porque produce petróleo, ex-

porta hoy mercancías por valor de dos mil millones de dólares. El Brasil exporta mil quinientos millones y Argentina unos mil doscientos. Si recordamos que nuestro país tiene una población de nueve millones de habitantes mientras los otros dos que hemos citado alcanzan a noventa y a veinte millones respectivamente, veremos las diferencias que median entre petróleo por un lado y café o carnes por el otro. Pero aún deduciendo de lo que Venezuela exporta la porción que sustraen las compañías petroleras a título de amortizaciones y utilidades, resta un saldo neto que ingresa a nuestra economía equivalente a mil quinientos millones de dólares. Eso significa que Venezuela tiene una exportación por habitante diez veces superior a la del Brasil y casi tres veces mayor que la de Argentina. Esta ventaja venezolana sólo puede provenir, dadas las limitaciones de nuestra población, de una inmensa productividad. En el petróleo cada trabajador produce casi cien mil dólares al año. Esa es la cifra a que está llegando el nivel físico de la productividad en los actuales momentos. Pregúntese en qué país del área subdesarrollada del planeta, exceptuados los reinos, repúblicas y principados árabes del petróleo, la productividad de una industria o rama cualquiera frisa en tan fabulosas alturas.

El elevado ingreso internacional que obtiene Venezuela ha colocado al subdesarrollo de su economía en condiciones **sui generis** que van mucho más allá de la simple expansión del comercio. Entre la riqueza petrolera y el fisco hay conexiones indesligables. Los impuestos que satisfacen las compañías imperialistas pasan a las arcas del tesoro. Es la participación del país en la descomunal producción de los yacimientos. El presupuesto público de Venezuela monta, en virtud de tal situación, a dos mil quinientos millones de dólares. El fisco venezolano sostiene un elevadí-

simo nivel de gastos. Desde hace cincuenta años, pese al manirroto derroche de gobiernos enfeudados e incapaces, la palabra déficit ha sido borrada de nuestro argot financiero. Los sucesivos regímenes han colmado de dinero a las clases poseyentes del país y han creado, en proporciones que no guardan paralelo con lo que ocurre en las latitudes subdesarrolladas, obras de infraestructura técnica que han entregado al imperialismo norteamericano y a la burguesía criolla un espléndido mercado. Carreteras y diques, usinas eléctricas y edificios, puentes y viaductos han tendido y levantado los gobiernos a lo largo de varias décadas. Era lo que necesitaba la burguesía interna y extranjera, coaligadas, para redondear la explotación del país.

El inmenso gasto fiscal —en obras públicas y en burocracia— ha concentrado la población en las ciudades. Cuarenta años bastaron para que Venezuela trajera a sus gentes desde la periferia campesina hasta las improvisadas urbes. Hoy la población urbana llega al 75 % de la masa que habita el territorio nacional. En 1936 en las ciudades apenas vivía el 25 % de los pobladores. Una pirámide que se ha invertido en el lapso de tres décadas, revela el efecto erosionador de un ingreso que han utilizado las clases dirigentes, criollas y extranjeras, para labrarse un nuevo orden que asegure mejor la reproducción del capital. La concentración urbana ha modificado el panorama de las clases sociales porque también la correlación de fuerzas entre los distintos sistemas económicos que conviven dentro de una estructura subdesarrollada ha sufrido mutaciones hondas. Cuando llegaron las compañías petroleras, Venezuela era un país de economía predominantemente semifeudal. La agricultura componía el 40 % del producto territorial bruto y en ella, salvo las explotaciones cafeteras del occidente

del país, campeaban las relaciones de producción establecidas por el conquistador español y respetadas por las sucesivas etapas de sujeción al extranjero que nos irrogó la evolución capitalista internacional. Del producto nacional el resto se repartía entre un artesanado típicamente semicolonial, una industria muy embrionaria y un comercio que traía al país los géneros extranjeros o hacía escurrir hacia el mercado la producción doméstica. Los sistemas precapitalistas componían tal vez el 80 % de la economía nacional. Cincuenta años después de la irrupción petrolera todo ello ha cambiado. El capitalismo, criollo y extranjero, domina ahora el 80 % cuando menos de nuestra economía. El residuo va a los sistemas semif feudales en franco proceso de extinción.

Obedeciendo a esos cambios operados por la dinámica capitalista, las clases sociales ofrecen hoy un aspecto distinto. Entre las clases explotadas, los obreros constituyen hoy una franca mayoría. El proletariado urbano llega a unas setecientas mil personas. A ellas hay que agregarle unos trescientos mil desempleados y no menos de doscientos mil semiproletarios. Dentro del proletariado su destacamento más importante es el de los obreros fabriles cuyo número frisa en las cercanías de los cuatrocientos mil. Luego vienen los trabajadores de la construcción, hipertrofiada por las deformaciones económicas de una sociedad dual, que se aproximan a los doscientos mil. Por último se alinean los obreros de las minas y el petróleo, los operarios del comercio y el transporte y los jornaleros al servicio del Estado. Frente a ese mundo, los campesinos no pasan, en su totalidad, de los ochocientos mil. La mayoría de ellos son los típicos aparceros, colonos y poseedores precarios que sufren la variada gama de la explotación feudal. Pero ya en el campo empieza a perfilarse un proletariado rural que no baja hoy día

de las doscientas mil personas. Son los obreros de las plantaciones de caña, de las haciendas del ganado de leche, de las granjas productoras de materias primas agrícolas, de las explotaciones frutícolas y de otros productos. Hace apenas diez años, el proletariado rural alcanzaba a las cien mil personas. En una década su número ha duplicado.

A la luz de estos datos, escuetamente presentados, se infiere que las contradicciones sociales de Venezuela tienen dos aspectos porque es dual la estructura económica del país. En una esfera del país, la mayoritaria y decisiva, la contradicción dominante es la que opone al proletariado y a las clases afines a él con la burguesía indígena y la extranjera. Un país donde el tercio de la población económicamente activa pertenezca al proletariado tiende a ofrecer el contexto que fue típico de Inglaterra o Francia en la fase de su ascenso capitalista. Y si la riqueza creada en ese ámbito que enfrenta al proletariado con la burguesía significa el 80 % de todo el producto social no es difícil concluir que allí radica el epicentro de todas las luchas. El proceso venezolano no es igual al de Francia e Inglaterra. Varios factores lo diferencian agudamente. La economía venezolana sigue siendo dependiente, pese al vertiginoso auge experimentado. Predomina la burguesía extranjera entre las clases dirigentes. La parte del producto material que controlan los intereses imperialistas en el país oscila entre el 58 y el 65 %. Es una proporción alta. La burguesía tiene una función consular porque dentro del esquema prevaliente apenas le corresponde ser emisaria, defensora y solidaria de los grandes consorcios del exterior que le han impedido desarrollarse o la han convertido, según los casos, en su socia residual. No fue así el ciclo inglés y francés hacia el desarrollo capitalista. En esos dos países

la burguesía nacional realizó las transformaciones y las economías de ambos mantuvieron y conservaron su independencia. Otro rasgo de diferenciación radica en la temprana aparición, entre nosotros, de una clase media numerosa. Las clases medias surgieron en Europa hacia fines del siglo XIX como fenómeno importante cuando ya la evolución capitalista había culminado. En Venezuela hay en la actualidad unas clases medias muy difundidas y poderosas desde el punto de vista político sin que hayamos sufrido un proceso típicamente capitalista. El exagerado auge del Estado, como correa de transmisión entre el petróleo y la economía, es la causa de tal anticipación. Una burocracia proliferante ha constituido el núcleo de las clases medias prematuramente robustecidas en nuestro país.

El sector capitalista de nuestra economía se expande con inexorable rapidez. Dos factores determinan hoy su ritmo de expansión. El primero proviene de las mismas contradicciones del crecimiento en un contexto internacional de signo neocolonial. Para apoyar su dinámica, el capitalismo venezolano necesita agenciarse materias primas de origen agrícola que por circunstancias de tipo comercial no puede obtener en el extranjero sin comprometer la balanza de pagos o estrangular el propio proceso de predominio en el cual está interesado. Empresarios criollos y extranjeros, separados o coaligados, han decidido impulsar la producción de materias primas y de alimentos en escala mercantil. Esa circunstancia va liquidando el viejo latifundio precapitalista y entronizando en su lugar la hacienda moderna que trabaja con asalariados y emplea técnicas racionales de producción. Es posible que en una década más, a medida que la industria y la población urbana exijan insumos y alimentos, la esfera precapitalista del campo llegue a desaparecer o quede

relegada a proporciones infinitesimales. Todos los años caen en la esfera capitalista cultivos o actividades agrícolas que fueron teatro del tradicional latifundio. Es clásico el caso del maíz. Ese fue el producto típicamente precapitalista en nuestra economía agraria. Desde hace años se implantaron en el país gigantescos molinos que lo preparan para el consumo humano. El abastecimiento de semejantes instrumentos de elaboración industrial exige una producción en gran escala. Ello dio margen a la penetración del capitalismo en el cultivo del maíz que hará de ese cereal, en un lapso prudencial, otro teatro para la expansión de la burguesía. Así, en un proceso paulatino, la valoración mercantil de los productos agrícolas instaurará nuevas formas de explotación social en el campo.

El otro factor que condiciona la expansión del capitalismo —ese capitalismo híbrido que predomina en Venezuela— es la política del imperialismo en la América latina. Frente a las nuevas circunstancias del mundo y de América, el imperialismo ha decidido auspiciar un tipo *sui generis* de industrialización en nuestros países. El viejo esquema de una periferia que suministraba materias primas exclusivamente y adquiría artículos elaborados está sufriendo una discreta modificación. Ahora el imperialismo tiene interés en que ciertos países de la América latina realicen una parte del proceso industrial o proporcionen artículos de relativa elaboración. Dentro de esos planes Venezuela tiene una figuración preeminente. Sus riquezas en petróleo y hierro, sus fuentes de energía eléctrica y sus recursos de capital aportan una base para convertirnos en proveedor de bienes intermedios derivados de las industrias siderúrgica y petroquímica. El destino de esos productos, obtenidos por empresas norteamericanas asociadas al gobierno de Venezuela, será el mercado

común de la América latina. El imperialismo quiere abrirse un campo en nuestro país para la venta de las grandes máquinas que trabajarán en esos ramos de la industria pesada y conquistar, utilizando a nuestra economía, un lugar descollante en el área latinoamericana cuya integración presionan los postillones de Washington. Es posible que dentro de algunos años Venezuela sea un exportador relevante de sustancias petroquímicas y de metales. Los trusts yanquis ya se han adjudicado la propiedad de vastas empresas que utilizarán el petróleo para fabricar distintas materias primas, como las que sirven de base al caucho sintético y a los plásticos. La escala de producción en ese frente contempla fundamentalmente el mercado internacional y, dentro de él, aquel que surgirá de una América latina integrada bajo los designios de los Estados Unidos.

La liquidación del latifundio tradicional en el campo, reemplazado por una explotación capitalista y el auge de una industria destinada al comercio exterior, colocarán a Venezuela en una posición bien peculiar dentro del mundo subdesarrollado. Subsistirá la dependencia y, sin la menor duda, llegará a intensificarse ese rasgo ya atávico de nuestra vida nacional. Pero la estructura económica tenderá a asemejarse muchísimo a la que hoy caracteriza al Canadá que siendo nación sometida a la tutela del imperialismo norteamericano tiene, empero, una anatomía capitalista. Los sistemas precapitalistas se encogerán casi hasta borrarse. Mientras tanto, los específicamente capitalistas, señoreados por el que encarnan las inversiones extranjeras, asumirán un papel determinante. La comparación con el Canadá olvida, para ser válida como simple término de referencia, un aspecto esencial. En nuestro país, por más impetuoso que sea el desarrollo capitalista inducido desde el exterior, la industria y los servicios pro-

ductivos o modernos no son capaces de absorber todo el excedente de la población que abandona los campos o brota de las ciudades. Pervivirá entre nosotros el fenómeno de la desocupación estructural —que ahora alcanza al 12% de la fuerza de trabajo y menudearán las manifestaciones urbanas a ese subempleo en que naufragan millares y millares de personas en oficios y actividades de escasisima productividad. En el propio seno del capitalismo empujado por las inversiones extranjeras y su repercusión interna, permanecerá una población marginal cuya extinción resultará imposible. Y ello porque cualquiera que sea el tipo de desarrollo que el imperialismo auspicie dentro de sus esquemas acomodaticios a la luz de las situaciones internacionales, los procesos industriales que se instauren en el país no terminarán por elaborar todos los artículos que sea posible obtener de los recursos internos y habrá una fuga sustancial del excedente económico.

Esta perspectiva de crecimiento plantea el problema de la lucha social en Venezuela sobre un terreno singularísimo. La estrategia de la liberación de los países subdesarrollados descansó siempre en el aprovechamiento, por una vanguardia obrera, de las frustraciones existentes en los sistemas precapitalistas de la sociedad para derrumbar la pequeña cúspide que el imperialismo puso en ellas. Así ocurrieron, con modalidades y ritmos distintos, las revoluciones rusa y china que constituyen el cuadro clásico. Los bolcheviques obraron como una vanguardia proletaria que utilizó una crisis de todo el capitalismo internacional a fin de levantar contra el orden burgués de su país a las mayorías oprimidas por los sistemas precapitalistas que allí existían. Mientras la clase obrera no encontró una coyuntura que hiciera explotar las contradicciones inherentes a aquellos sectores feudales, sus posibilidades de victoria fueron bastante reducidas.

Y ello porque el proletariado era decididamente minoritario y el sistema en que él operaba, el capitalismo recién introducido en Rusia, constituía una minúscula porción de la economía nacional. El orden imperante podía derrotar a las vanguardias obreras hasta que dispusiese del respaldo o por lo menos de la aquiescencia tácita de los campesinos, clase mayoritaria, en sus maquinaciones y maniobras. El proceso chino fue mucho más largo pero respondió, estratégicamente, al mismo cuadro. Los revolucionarios chinos asediaron con las masas campesinas en armas a los pequeños núcleos donde había arraigado el capitalismo foráneo. En ese país los sectores feudales y semif feudales de la economía eran abrumadoramente mayoritarios y el capitalismo constituía un sistema bastante marginal. Como en Rusia, la presencia del campesinado resultaba insoslayable para asfixiar y conquistar la fortaleza de las clases dirigentes. La dirección obrera tenía que poner el acento en la periferia rural porque así lo determinaba la estructura social del país. Lenin en Rusia organizó las vanguardias obreras para que pudiesen dirigir la rebelión campesina y llevarla a los molinos del socialismo, transformando la inevitable revolución democrática en un proceso de mayor aliento. Mao trasladó al campo a la fracción más lúcida de la vanguardia obrera y con ella trasmutó en salto cualitativo hacia el socialismo lo que sin aquel elemento no hubiese pasado de ser una revolución democrática.

Pero en Venezuela el grueso de la población, el haz de las contradicciones y la mayoría de los procesos conflictivos de la sociedad vive, surge y se desenvuelve en las ciudades. El sistema capitalista, nacional o extranjero, es netamente mayoritario. Las esferas precapitalistas van consumiéndose lentamente y pronto serán extinguidas. No hay en el país una periferia ajena al capitalismo que asuma

importancia por la población envuelta en ella, por el volumen de la producción que allí se consiga o por la calidad de las contradicciones que en su seno lleguen a imperar. El país se ve encauzado así hacia una lucha que utilizaría, más bien, los recursos clásicos que ha manejado el movimiento revolucionario en Europa. Son los obreros la clase mayoritaria entre los explotados. Ningún otro sector tiene importancia parecida tanto desde el punto de vista numérico como por su calidad política y su papel social. El proceso del crecimiento capitalista hará más homogénea y más lúcida a la clase obrera. La penetración imperialista chocará directamente contra los trabajadores pues serán ellos quienes reciban el impacto frontal de ese fenómeno. La conciencia de clase asumirá por esa razón un doble carácter, nacional y social, que convertirá al proletariado en agente histórico de vanguardia, como ocurre en otros países, y en masa de peso suficiente para acometer las tareas de la transformación. Dentro de unos años, si las cosas van desenvolviéndose conforme a los patrones actuales, los obreros estarán agrupados en grandes fábricas fundamentalmente y predominarán entre ellos los hombres de alta calidad técnica y cultural. Su enemigo directo será el imperialismo, dueño de esas fábricas, o una burguesía consular e hipotecada. La estrategia de la liberación tiene que trabajar esencialmente con esa masa cada vez más consciente y eficaz.

El problema de las alianzas se plantea para el proletariado, en el caso venezolano, conforme a esquemas un tanto diferentes de los que prevalecen en otros países subdesarrollados. Entre los sectores explotados que pueden derivar hacia posiciones revolucionarias ninguno es más importante que el de los desempleados o subempleados de las ciudades. En ellos aparece la población castigada por la miseria y obsesionada por la inseguridad de la vida, cambiando de empleo casi todos los días para no perecer. Mientras en otros países es el campesino el grupo social de mayor ímpetu y el aliado seguro y más apetecido de la clase obrera, en Venezuela ese papel corresponde a los hombres de las ciudades que no tienen ocupación o que han de cambiarla al compás de una vida azarosa. No es que en Venezuela los campesinos no ofrezcan asideros para el descontento y la acción. Pero a medida que progresa el crecimiento capitalista serán ellos convertidos en proletarios cuya solidaridad con sus hermanos de las ciudades tendrá el fondo común de unos mismos problemas objetivos y de una misma conciencia de sus necesidades históricas. En estas condiciones, la revolución venezolana adquiere un carácter socialista franco e inevitable. El rasgo descollante de ese proceso radica en que será animado, casi exclusivamente, por hombres que no tendrán vínculo alguno con la propiedad, es decir, por asalariados como ha de ocurrir en las naciones industriales de occidente.

Daniel Artigues

el opus dei en españa

La primera visión de conjunto de una asombrosa aventura : cómo el modesto grupo religioso de 1928 se ha convertido en una poderosa organización que ha marcado profundamente la evolución ideológica y política de España después de 1939.

Sumario

I. José María Escrivá de Balaguer y Albas. Los comienzos del Opus Dei. Su acción universitaria antes de la guerra civil. El Padre Escrivá durante la guerra : 1. José María Escrivá de Balaguer ; 2. La Universidad española en 1926-1930 ; 3. La Junta para Ampliación de Estudios y la Institución Libre de Enseñanza ; 4. Angel Herrera y la Asociación Católica Nacional de Propagandistas ; 5. La « vida oculta » del Opus Dei (1928-1936) ; 6. El Padre Escrivá y su grupo durante la guerra civil (1936-1939). **II. El Opus Dei de 1939 a 1947. Desarrollo de la Obra. Implantación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y en la enseñanza superior :** 1. La evolución del Opus Dei de 1939 a 1947 ; 2. El Opus Dei y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas ; 3. El Opus Dei y la conquista de las cátedras universitarias (1939-1947). **III. El Opus Dei, Instituto Secular. Su organización. Su espíritu. Sus métodos :** 1. Los Institutos Seculares : su naturaleza exacta ; 2. El Opus Dei, Instituto Secular : a) Organización general ; b) Las diversas categorías de los miembros del Opus Dei ; c) Camino y la espiritualidad del Opus Dei ; d) La vida espiritual de los miembros del Opus Dei ; e) El voto de pobreza y el Opus Dei. Las finanzas de la Obra ; f) El voto de obediencia en el Opus Dei. Sus repercusiones sobre la vida profesional de los miembros de la Obra ; g) Secreto y discreción en el Opus Dei ; h) El Opus Dei, el poder y la conquista de las élites ; i) La rama femenina del Opus Dei ; j) Opus Dei, clero y Acción Católica ; k) La permanente « crisis del Estatuto » del Opus Dei ; el Opus Dei y Vaticano II. **IV. El Opus Dei de 1947 a 1957. La fase ideológica. La « Tercera Fuerza » :** 1. A la búsqueda de una ideología. La « minoría activa » de 1948 (1947-1951) ; 2. El Ministerio de julio de 1951. La « Tercera Fuerza » (1951-1955) ; 3. La crisis de 1956 y el gobierno del 25 de febrero de 1957. Libros y artículos consultados. Índice de nombres.

184 páginas

21 F



Editions Ruedo ibérico

Hugo Calello

Profesor adjunto de la cátedra de Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras, y en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, hasta julio de 1966.

Profesor contratado para la cátedra de Historia del pensamiento social en la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela.

Director del volumen de «Estratificación social» del Estudio de Caracas.

Obras publicadas: Cambio social y desarrollo comunitario (1965). Hacia la sociología del subdesarrollo (1967). En la actualidad dirige una investigación sobre clases sociales en Venezuela.

Subdesarrollo y estructura de clases en Venezuela

Las investigaciones que se proyectan hacia la problemática clasista en América latina introducen por lo general un concepto pretendidamente neutro de estratificación social; sustituyendo el concepto de clase por el de estrato, es decir, soslayando la definición de una categoría analítica que presupone una «imagen» conflictual de la estructura social, definida por el carácter de las oposiciones que en ella se dan, por otra en la cual todo se reduce a agrupar los individuos en estratos a partir de la «objetividad», de sus ocupaciones o ingresos coincidentes —por lo general— con una serie de actitudes que el investigador define como «ideología»¹.

Nuestro punto de partida en el presente ensayo pretende plantear una alternativa teórica distinta a la que hemos criticado.

1. El déficit general de las ciencias sociales asume en América latina proporciones alarmantes, sobre todo a partir de la actitud de la mayoría de los investigadores frenados por un absurdo temor intelectual de claro origen cientificista en algunos casos, de temor a la pérdida de un privilegio status estructural (llámese organismos Internacionales, centros de estudios nacionales, universidad intervenida o frágilmente autónoma, etc.). Este freno se traduce en un tremendo «temor a equivocarse», a que la realidad desmienta las más articuladas hipótesis fraguadas en las más complejas IBM. Aparece entonces el refugio de los análisis postfactum, de intrincadas explicaciones sobre hechos ya sucedidos, o la dedicación al estudio de ciertas áreas de la realidad donde la predicción es a muy corto plazo, y el riesgo del error casi nulo, en

función de que la predicción estable, una gama de alternativas difusas, que no van más allá de las que podía postular el sentido común. La alusión a temas fundamentales en los problemas sociales de América latina, como los conflictos violentos, el estado de conciencia crítica de las masas, el desarrollo de las organizaciones políticas revolucionarias o los movimientos guerrilleros no forman parte del interés de nuestros científicos. Si forman parte en cambio del interés de las investigaciones dirigidas por las fundaciones norteamericanas más interesadas que nosotros mismos en conocer las tendencias latinoamericanas de ruptura violenta del status quo. La Fundación Ford financia en estos momentos un estudio sobre los sectores marginales de América latina, que se desarrolla por ahora en Argentina, Chile y Brasil, con agenda abierta para la realización en otros países.

Está basado en una investigación donde la problemática de las clases sociales en Venezuela se analiza en términos de su incidencia en el proceso histórico de cambio político y a partir de sus vinculaciones con el sistema productivo y el capital extranjero. Lo elaborado hasta ahora supone sólo la articulación de una serie de hipótesis que se proyectarán a un estudio a más largo plazo. En el presente ensayo se han suprimido casi la totalidad del material cuantitativo. Hemos preferido avanzar más sobre el campo de lo teórico especulativo, sobre todo teniendo en cuenta que nuestro análisis intenta abarcar una periodización que en diferentes etapas supone alrededor de 100 años de historia politicosocial de Venezuela.

La primera imagen

Venezuela es un país casi atípico en América latina. El manipuleo de algunos datos nos define la complejidad de su problemática. En general, hasta las primeras décadas del siglo XIX Venezuela no difería de muchos países de América latina que constituyen el área de colonización hispanolusitana definida como « del Caribe ». Los colonizadores españoles definieron las condiciones de vida en las comunidades en el nuevo continente a partir de los intereses económicos que tales áreas podían satisfacer. El cacao y el café fueron las mercancías que se explotaron y las que condicionaron un determinado tipo de estructura social².

Luego de la independencia la estructura que se conformó fue la dominada por los « caudillos regionales », dueños y patrones de áreas geográficas, que guerreaban entre sí para conseguir el dominio sobre un endeble poder central. Esta situación se

prolongó hasta la larga y sangrienta Guerra Federal (1858-1863). La constitución de un Poder central bajo el dominio de Guzmán Blanco se consolida en parte con Cipriano Castro (1899-1908) y definitivamente con Juan Vicente Gómez (1908-1935), bajo cuyo gobierno se otorgan las primeras concesiones petroleras.

A partir de la inserción petrolera Venezuela se desarrolla tremendamente. Su crecimiento económico es único por su aceleración y magnitud³ en América latina.

Semejante aceleración del proceso estructural está definido por un denominador común que, si bien es típico en todos los países de latinoamérica, en Venezuela tiene características particulares. Generalmente en América latina la relación entre urbanización-ingreso per capita y alfabetización, presenta una congruencia altamente positiva⁴. En Venezuela en cambio las cifras son las siguientes :

Ingreso per capita	700 \$	(entre los primeros países)
Alfabetización	48 % ⁵	(entre los últimos países)
Urbanización	67,5 %	(entre las más urbanizadas)
Legitimidad aproximada ⁶	50 %	

El crecimiento desmesurado de su eje metropolitano, Caracas, la convierte en una especie de gran pulpo macrourbano que absorbe paulatinamente todos los órdenes de la vida nacional. El crecimiento también formidable de los sectores marginales que

se levantan como un cinturón de miseria alrededor del valle en que se extiende la gran ciudad. En la actualidad comprenden alrededor de 400 000 habitantes.

En general el proceso político muestra desde la muerte del dictador Juan Vicente

Gómez (1935) sólo dos gobiernos constitucionales; el primero del presidente Rómulo Gallegos (1948), duró sólo ocho meses, el segundo del mismo partido Acción Democrática, terminó el primer mandato de Rómulo Betancourt, y continuó con el segundo presidente Raúl Leoni que en diciembre de 1968, culmina ocho años de gobierno constitucional venezolano. El primero de su historia.

Venezuela presentó en 1958-1962 las características de un país al borde de una transformación revolucionaria de tipo nacional izquierdista, que a muchos hizo esperar una segunda experiencia similar a la cubana. Sin embargo, fue a partir de esta etapa en la que se institucionaliza y se afirma un gobierno parlamentario, surgido de un muy « particular » populismo venezolano.

En Venezuela se plantea un tipo de subdesarrollo definido a partir de « una mono-economía petrolera ». Un dicho popular define la situación: por cada barril de petróleo que sale del Puerto de la Guaira, cae una gota (que representa metafóricamente el impuesto que el gobierno venezolano cobra a las concesiones a las empresas extranjeras) de la cual se apropia el gobierno, vive el pueblo venezolano. Nosotros agregamos que la forma en que ella se distribuye hace que Venezuela tenga uno de los ingresos más altos de América latina pero a su vez una de las distribuciones más injustas del continente⁷.

En Venezuela la violencia política fue una variable habitual a través de toda su historia. Aun a partir de la integración nacional y la consolidación del Estado y su asiento metropolitano, esta violencia fue elemento permanente de expresión política. Pero la violencia cambia de nivel cualitativo. Ya deja de ser una opción común de casi todos los movimientos y partidos para llegar al poder, para convertirse en la estrategia de los grupos, que

a partir del año 1960 surgen como nacionalismo e izquierdismo revolucionario. La experiencia cubana pesa en la política venezolana. La violencia se erradica de las reglas del juego habituales, y se auto-margina fundamentalmente en las áreas campesinas, en la guerrilla, o en inesperadas explosiones urbano militares (Carupano y Puerto Cabello, 1962). Paradójicamente, la violencia definida a partir de una ideología sirve para soldar las fisuras habituales entre los factores proinstitucionalistas y consolidar al ejército contra un

2. En realidad podemos caracterizar toda la etapa de la guerra de independencia como una sociedad fuertemente jerarquizada, violentamente convulsionada por el sojuzgamiento que las oligarquías nativas ejercían sobre el indio, los negros esclavos y en general sobre todos los individuos mulatos, mestizos, o de color. En el año 1810 encontramos la siguiente distribución de población.

	Habitantes *
Habitantes de origen europeo	184 727
Indios puros	161 364
(60 000 ambulando por extensiones del territorio no colonizado.)	
Mulatos, negros, mestizos, negros libertos, cimarrones	464 362
Esclavos, negros empadronados	87 805
Total	800 500

* Brito Figueroa, Federico: *Historia social y económica*, tomo I, p. 242.

3. El PTB aumentó en 8 % anual desde 1936 a 1958. El crecimiento demográfico en 2 % anual en 1920; 2,5 % 1930; 3,6 % 1950. El ingreso per capita pasó desde los más bajos de América latina en 1920 a 750 dólares en 1962. Mientras la economía en general creció en 8 % anual, el sector agrícola sólo en un 4 %. Actualmente la contribución de la agricultura al PN es de 7 %.

Los capitales extranjeros controlan el 90 % de las exportaciones, el 25 % de ingreso Nacional, el 60 % de las entradas del gobierno.

Datos obtenidos del capítulo I del libro *Cambio político en Venezuela*, de J.A. Silva Michelena y Frank Bonilla. El capítulo pertenece a Jorge Ahumada.

4. Véase UNESCO: *La situación educativa en América latina*, 1967, Buenos Aires.

5. Datos de Naciones Unidas en 1960. En la actualidad el porcentaje de analfabetos disminuyó notablemente, pero no hasta el punto de alterar la tendencia.

6. Datos aproximados.

7. Distribución de la población activa de Caracas, de acuerdo a estratos de ingreso.

	%
Menos de 800 bolívares	52,25
Menos de 1 200 bolívares	74,98
De 1 200 bolívares	21,15

Datos: volumen de *Estratificación social*. Estudio de Caracas, Universidad Central de Venezuela (en prensa).

« enemigo nacional », evitando al mismo tiempo su incidencia o toma de partido por algunos de los grupos que habitualmente luchan por el poder.

Esta imagen trazada en grandes líneas tiene como objetivo poner de relieve los rasgos contradictorios de la sociedad venezolana. En este ensayo tratamos de mostrar la vinculación del desarrollo económico venezolano con las condiciones sociales que posibilitaron la existencia de ciertas estructuras de poder político. Las « condiciones sociales » las definiremos a través de las clases y grupos que actúan en la defensa de sus intereses alrededor del sistema productivo, y en su vinculación con el capital extranjero.

A partir de aquí el ensayo se divide en cinco momentos de la historia venezolana, no hemos querido establecer límites precisos porque en este nivel de análisis ellos no son importantes (la secuencia histórica es sólo un ordenamiento). Nos interesa más definir la cualidad culminante de cada momento, a través de los cambios fundamentales que afectan las bases socio-económicas del poder político.

La primera etapa de este proceso comienza con la independencia política venezolana. Este lapso histórico (la primera mitad del siglo XIX) conserva la huella de la colonización hispánica. En el « área del Caribe » los colonizadores explotaron « mercancías » como el cacao y el café, importaron esclavos como mano de obra necesaria, organizaron una sociedad con un alto grado de rigidez en la cual la segregación social tuvo características de tipo étnico; sobre todo a partir de una economía donde el trabajo esclavo tuvo un papel importante. Durante el lapso que va desde la independencia política hasta la « integración nacional », se puede hablar de dominio de las « oligarquías regiona-

les », donde cada caudillo local aspiraba al liderazgo nacional, entrándose en complicados sistemas de alianzas que por lo general se quebraban con gran facilidad. La Guerra Federal y las guerras de independencia tienen un claro valor reivindicativo; donde lo « nacional » a veces se confunde con lo « social ». En realidad nos vamos a encontrar en este aspecto con una situación que es típica en los países donde las clases poseedoras nativas fueron más « expoliadoras » que « paternalistas » con sus asalariados o « esclavos ». En estas sociedades definidas típicamente por las zonas de cultivo tropical y de explotación minera, las condiciones sociales impuestas por las clases poseedoras a los no poseedores fueron de explotación y violencia. Esto determinó que el pueblo peleara a veces más por su propia libertad, que por la libertad de una « nación » —una abstracción con la cual no podía estar identificado— cuyos líderes eran sus más directos explotadores. Para las oligarquías criollas, la libertad era una necesidad emanada de sus intereses económicos. Significaba libertad para vincularse con los países europeos que por su desarrollo económico les ofrecían condiciones más ventajosas para su enriquecimiento que las semif feudales España y Portugal. Algunos españoles, y esto sucedió en toda América latina, se alinearon en las filas patriotas, porque así convenía a sus intereses. En Venezuela el caudillo regional solía levantar las más contradictorias banderas, desde un nacionalismo tan fervoroso e incipiente como las más liberales de la igualdad racial⁸; la razón más importante para explicar esta anarquía y la consiguiente inestabilidad del poder político hay que buscarla en la « marginalidad » de las clases poseedoras venezolanas (oligarquías criollas) con respecto al mercado internacional. La definición de « caudillos feudales », con respecto a estos señores de la tierra y de

la guerra, merece por nuestra parte algunas observaciones: a) El sistema feudal europeo —por lo menos el dominante entre los siglos IX y XI en Francia— tiene como característica social básica la relación de servidumbre, donde el siervo está vinculado al señor por una serie de relaciones que van desde las obligaciones estrictamente económicas hasta la mutua protección, y sobre todo dentro de una filosofía, la del derecho natural, que garantiza una institucionalidad normativa de gran poder; b) En América latina el tipo de producción era para un mercado de tipo capitalista donde predominaba el objetivo de la producción para el lucro y no para el automantenimiento. La prueba del valor de esta distinción cualitativa, la da el hecho de que en el sur de América latina durante mucho tiempo se mantuvieron mercados agrícolas regionales, donde el sistema de relaciones sociales gestado estuvo más dentro de la dinámica de cierto paternalismo feudal, que en Venezuela y en los países de explotación de tipo plantación o minera; c) Estas dos situaciones, la que hace referencia al tipo de producción y la que lo hace al « tipo de relaciones de producción », indican por lo menos una serie de alteraciones cualitativas que merecen replantear el concepto de dominación « feudal ». Es evidente que en el aspecto interno sobre todo a partir de las condiciones de trabajo la relación dominante no era la de « asalariado »; pero la condición de siervo feudal no se define únicamente por esta situación. El campesino sometido a relaciones de servidumbre tiene ante sí un mundo cambiante, la posibilidad de la violencia a cada paso y sobre todo en este plano; la posibilidad de acciones militares en las cuales se levantaban a veces banderas de igualdad y de distribución de la tierra. Es evidente que el sistema de relaciones precapitalistas en Venezuela tuvo características que

lo definen como un sistema híbrido, en el cual los rasgos feudales, se confunden con los de la burguesía mercantilista primitiva. Esta situación lo aleja de una asimilación demasiado simple tanto al feudalismo como al capitalismo, tal como se da en el « modelo de desarrollo europeo ».

II

La segunda etapa es la que abarca la mitad del siglo XIX, y en las primeras dos décadas del siglo XX. Es la que caracterizaremos como la « típica estructura social de preenclave petrolero ». La clase hegemónica se define en ese momento como la « oligarquía terrateniente ». Una oligarquía militar, con poder absoluto, que logra instaurar un poder centralizado rompiendo paulatinamente con la atomización derivada del dominio de las oligarquías regionales. La paulatina conformación del Estado venezolano se va concretando como un proceso definido por la presencia de tres caudillos: Guzmán Blanco (1870-1884), Cipriano Castro (1899-1908) y Juan Vicente Gómez (1908-1935).

La culminación de la dominación de la oligarquía andina se da con Cipriano Castro, un caudillo, que trata de llevar la autonomía regional al plano nacional. Al mismo tiempo se define la impotencia de una clase social para imponer por sí misma, las condiciones del desarrollo nacional.

Guzmán Blanco, su antecesor, es el autócrata que aprovecha el apoyo de la

8. « ... Guerras civiles de las que fue escenario el país hasta entrado el presente siglo, sin que con esa interpretación se niegue el hecho de que los trabajadores urbanos y sectores de clases medias plantearan y lucharan por sus propias reivindicaciones económicas y políticas. En las llamadas guerras de cinco años o Guerra Federal, 1859-1864, por ejemplo, uno de los jefes liberales, Zamora, enarbó la bandera de mejores condiciones de vida para las clases campesinas calificando a los propietarios de la tierra que comandaban el bando contrario de oligarcas (godos, conservadores). » Salvador de la Plaza: *La formación de las clases sociales en Venezuela*. Círculo de Estudiantes de Historia. Edición multigráfica, 1964.

burguesía financiera extranjera para asentar su poder, desarrollar fuertes inversiones en Caracas, sobre todo en urbanismo y obras públicas. Los préstamos al gobierno venezolano a partir de las exportaciones de café, van creando otro sector social; el de una burguesía financiera local que especula con el préstamo y la usura al amparo de las casas de negocios extranjeras « beneficiarias » de las importaciones y las exportaciones.

El documento citado al final⁹, es un testimonio magnífico de esta situación (documento del Ministerio de Fomento, 1878).

Cipriano Castro es el caudillo « andino » que presenta con cierto romanticismo brutal la idea de la unificación nacional. A diferencia de su antecesor, Castro no pretende ejercer el despotismo ilustrado, sino que a su modo se define como un « reivindicador » de la soberanía nacional. Venezuela, cuya economía estaba sujeta a los vaivenes del precio en el mercado internacional del cacao y del café, estaba en deuda. La burguesía extranjera había participado en el financiamiento de la hegemonía del poder central, a través de empréstitos, ligándose fuertemente no sólo a los sectores nacionales que vivían de la especulación, sino también a la oligarquía andina gobernante; Castro pretendió romper esta alianza a través de la « heroica » resolución de desconocer las deudas con el extranjero. Esto determinó el bloqueo marítimo de Venezuela por las grandes potencias, lo cual a su vez engendró una situación de solidaridad nacional con el caudillo. Sobre todo de aquellos que no tenían nada que perder; o sea, los que estaban fuera de las alianzas de clases que sostenían al gobierno. Pero las condiciones para el éxito de un enfretamiento de tal naturaleza no estaban dadas. Castro fue derribado por Gómez aprovechando su ausencia. Es evidente, de acuerdo con la posterior política de Gómez, que tal

reemplazo no significó sólo el desplazamiento de un caudillo por otro caudillo, sino el restablecimiento de la hegemonía de los intereses que habían sido atacados por Cipriano Castro. Podríamos sintetizar el proceso de la siguiente manera:

—Aparentemente la sociedad venezolana estaba librada a su propia suerte a partir de la independencia; esta situación sumada a las condiciones sociales gestadas por la colonización y las oligarquías criollas, determinó sus violentas convulsiones como sociedad en formación.

—Las deformaciones estructurales creadas por el régimen de explotación colonial tenderían a resolverse por sí mismas, las alianzas eran efímeras porque no surgía un sector nacional con capacidad hegemónica.

—Sin embargo poco debía durar esta independencia; los países más desarrollados de Europa y Estados Unidos en plena etapa de expansión capitalista, habían tomado contacto con el excolonia española y desde su potencialidad económica mercantil se aprestaban a aprovechar la situación.

—La aparición de la burguesía mercantil venezolana coincide con el surgimiento de las casas de negocios extranjeras y, al mismo tiempo, con la consolidación de un sector en el poder: la oligarquía andina cafetalera.

—De tal manera que presenta una alianza de clases, a partir de intereses comunes. La centralización y mantención del poder es un objetivo político de una clase que basa su poder en la tierra productora de mercancía exportable: el café. Pero, al mismo tiempo, este objetivo político se logra con el apoyo del capital extranjero que empieza a poseer fuertes intereses que defender. La burguesía mercantilista

venezolana surge a la sombra de esta alianza con intereses convergentes con la oligarquía cafetalera y los inversores extranjeros.

—En la caída de Cipriano Castro se puede demostrar la influencia de los países dominantes en el mercado internacional. Fracuada la alternativa de la amenaza militar, que como ya dijimos engendró una momentánea solidaridad nacional alrededor de Castro, los intereses externos reciben el apoyo de esta doble alianza. La burguesía mercantil no se puede oponer a la oligarquía andina cafetalera porque su acuerdo es indispensable para mantener el poder centralizado y sus intereses económicos se complementan en la relación producción-financiamiento. La caída del caudillo andino se produce, porque éste excedió los intereses de su clase; y, por supuesto, no pudo encontrar apoyo en otros sectores estructuralmente poderosos. Su conducta vendría a romper la vinculación entre dos clases, que para sostenerse en el poder necesitaban no sólo de un mutuo apoyo, sino primordialmente del respaldo de los capitales extranjeros.

—La afirmación del poder central, coincidente con el proceso de integración política de la nación venezolana, se realiza simultáneamente con el aumento de un interés de los condicionantes externos (países extranjeros mercantilistas en expansión de mercado) que operaron de alguna manera como « financiadores » de dicho proceso. La continuidad de esta estructura de dominación definida por la vinculación del país dominado y el país dominante a través de las relaciones dentro del mercado internacional —gestadas por la exportación de café y cacao— se quiebra cuando aparecen los intereses petroleros.

—La ruptura de la antigua forma de dominación implica a su vez una transformación

cualitativa en la condición del subdesarrollo venezolano debido a que : a) En primer lugar, el país dominante debía tener una gran tecnología, capacidad económica inversora y capacidad política estratégica, para controlar la defensa de sus intereses generados por la nueva inversión; b) la nueva forma de penetración define al país dominado como una reserva energética de indudable importancia en el juego de fuerzas internacionales tanto dentro del mercado capitalista, como con respecto al bloque socialista; c) esto determinará que las modificaciones en la estructura dominada van a ser fundamentales en todo sentido. La nueva estructura presentará pocos resabios « resistentes » de la vieja; las clases y grupos dominantes en el poder económico, social y político, se ven privadas de su apoyatura, o sea, el dominio de la producción básica, y deben ser sustituidos por otros grupos sociales. La variable « petróleo » (vinculación con el mercado internacional), redefine tanto la importancia economicopolítica de Venezuela en el mercado que su tránsito de país subdesarrollado agrícola, al nuevo estadio, se realiza con un grado de conflicto muy atenuado, lo cual determina una situación de cómodo dominio de los inversionistas extranjeros; d) la nueva estructura es a tal punto « recreadora », que recién en el año 1950 los inversionistas externos se deciden a reforzar su penetración (o sea, en otro plano que el petrolero) mediante una exportación de capitales

9. « Nadie ignora que los venezolanos por lo general carecen de capital circulante. La agricultura, por ejemplo, en frutos mayores depende completamente del comercio extranjero, las casas comerciales de él reciben con alto interés los fondos de los que ha de menester, para la limpieza de las haciendas, recolección de cosechas y sustento diario de las familias. Por consiguiente el agricultor está forzosamente sometido a la ley del prestador, no sólo en cuanto utilidad y precio del dinero sino en cuanto al valor de los mismos frutos. Si al cambiarse éstos en país extraño se obtiene alguna ganancia, seguro que ella no cede en provecho del productor... » Memoria del Ministerio de Fomento, año 1868.

que van a absorber las necesidades del creciente consumo de los « sectores medios » venezolanos. Al mismo tiempo, se determina la liquidación de los pequeños grupos de productores locales ; que a la manera incipiente burguesía nacional, servían a esa ampliación del mercado ; presentándose por primera vez como « acumuladores de capital » no controlables desde el exterior.



La tercera etapa de esta periodización es la que inicia la inserción del enclave petrolero, que se desarrolla a partir del descubrimiento del primer yacimiento explotable en 1917. El economista Francisco Mieres ha definido con gran claridad la importancia economicosocial de las inversiones extranjeras en petróleo ; de él extraeremos los siguientes párrafos¹⁰ : « a) se trata del primer combustible en la actividad productiva mundial tanto en tiempo de paz, como en el de guerra ; b) se trata de la primera mercancía del sistema de comercio mundial ; c) constituye el rubro más importante para la exportación de capitales ; d) es la primera rama industrial del mundo capitalista ; e) es la explotación que origina mayores tasas de beneficio ; f) es la actividad que ha logrado mayor integración vertical monopolista en escala internacional ; g) utiliza la mayor densidad de capital y obtiene la mayor productividad y creatividad de todo el mundo capitalista ; h) los consorcios petroleros son el grupo de mayor influencia en el mundo capitalista. »

El impacto de la inversión petrolera en la estructura economicosocial venezolana ha sido exhaustivamente analizada por el economista venezolano Armando Córdova, en la obra ya citada, hasta 1936. En este trabajo, más específicamente en el capítulo VIII, Córdova fundamenta el desarrollo de « tres sistemas económicos », dentro de la estructura económica general de Vene-

zuela, como país subdesarrollado. El sector « precapitalista » (que todavía se mantiene en algunas áreas rurales), el sector « capitalista extranjero », que domina en la industria del petróleo, las industrias de sustitución y el sector « capitalista nacional », que tiene un desarrollo más marcado en las áreas urbanas ante el crecimiento de la demanda interna y más raramente en las estructuras agrícolas donde el surgimiento de relaciones capitalistas es muy aislado, dado el predominio de la hacienda como estructura de producción tradicional. Estos tres sistemas están ligados por una relación jerárquica donde por su importancia cuantitativa y cualitativa para el desarrollo económico nacional, el sector capitalista extranjero asume características de « factor condicionante fundamental ». Es de presumir entonces que la situación de subordinación de los otros dos sectores, es lo que define la desigualdad de la relación : « país dominante-país subordinado ». Pero... ¿ cómo actúan las clases sociales surgidas de tal realidad económica ? De acuerdo a nuestro enfoque teórico metodológico debemos definir las tanto en su situación de productoras, distribuidoras o financieras con respecto a la producción básica (función económica), como con respecto a su acción en el plano del poder político (función política) ; teniendo siempre en cuenta cuáles son sus vinculaciones estructurales con los capitales extranjeros, tanto en el plano de las relaciones de poder, como con respecto a la relación de dichos capitales con la producción básica del país dominado. La tercera época está definida por un denominador común que la da « continuidad » a la nueva estructura de dominación : el enclave petrolero. Esta tercera época abarcará un lapso de alrededor de 30 años, o sea, de 1920 hasta 1950 y a su vez constará de varias etapas definidas por los periodos **A, B y C.**

A. 1900-1935

La podemos definir como la etapa del tránsito de la vieja forma de dominación a la nueva forma de dominación. Ya hemos definido el carácter no conflictivo del cambio de situación. Las debilidades constitutivas de la vieja estructura facilitan una imposición total de la nueva; con el menos costo social y político imaginable. El poder en manos de Juan Vicente Gómez es tal que no sólo es « socio » de las compañías extranjeras, sino que también inicia un proceso de redistribución de la tierra que demostrará la incapacidad de reacción de los viejos grupos dominantes, o sea, las oligarquías terratenientes agrícolas regionales. Gómez crea, a partir de esa redistribución, una nueva clase poseedora entre sus amigos, parientes y secuaces. Al profesionalizar el ejército, les va a quitar a las oligarquías regionales su capacidad de presión más formidable: la posibilidad de la violencia política a través del orden militar. Es decir, lo va a convertir en base del poder político central, al mismo tiempo que le otorga un *status* de organismo de presión, relativamente autónomo. El gobierno puede ser caracterizado como una oligarquía militar con poder absoluto. Pero dicho poder comienza a ser discutido. El proceso de urbanización acelerado por las inversiones en obra pública y por el crecimiento de los centros urbanos, comienza a definir grupos opositores que sin alcanzar a formularse con mucha claridad generan lo que siete años antes de la muerte de Gómez, se llamó la generación del 28. La generación del 28 fue la vanguardia del movimiento opositor a Gómez que luchaba para desarrollar las formas políticas del « *democratismo burgués* ». Estaba encabezada por universitarios, intelectuales y dirigentes sindicales. La generación del 28 fue, según algunas fuentes, en parte

financiada en su actividad opositora clandestina, a veces subversiva, por representantes de las viejas oligarquías desplazadas del poder, ya marginales económica y políticamente. De la generación del 28 es de donde surgen los políticos que crean los principales movimientos y partidos, la mayoría de los cuales —Rómulo Betancourt, Jóvito Villalba, entre otros— todavía mantienen el liderazgo latente o manifiesto en sus respectivas organizaciones.

Se ha intentado definir el surgimiento de los partidos políticos venezolanos como el desarrollo del « *poder de las clases medias* », que pretenden, y lo logran, participar políticamente. Entendemos que esta consideración es errónea tanto del punto de vista particular del proceso histórico venezolano, como en la concepción general del contenido significativo conceptual de las « *clases medias* ». La extensión de los « *sectores medios* », o sea, el desarrollo del sector terciario de la mano de obra, genera en algunos países de América latina una serie de fenómenos políticos que se pueden homologar a partir de la presencia significativa de estos sectores no productivos en la producción; pero no a su conducta significativa como clase, precisamente por su función de no directamente productivos y no homogéneos, ni social, ni económica, ni políticamente. La utilización del modelo Graciarena - Ratinoff¹¹, que divide las clases medias en residuales (o clientelas de las oligarquías terratenientes) y emergentes (o pequeños y medios productores nacionales industriales), válida en general para los países sureños de fuerte inmigración europea a principios de siglo, y de poderosas oligarquías terratenientes nacionales, no lo es para Venezuela donde las características de las inversiones ex-

10. Córdova, Armando: *Inversiones extranjeras y dependencia*, Tesis doctoral, capítulo VII. Edición multigrafiada, 1968.

11. Graciarena, Jorge: *Clases sociales y poder en América latina*, capítulo IV: « *Las clases medias* », 1967.

tranjeras definen, en el siglo XX, una correlativa debilidad estructural y cuantitativa de los sectores medios.

B

El segundo periodo dentro de la tercera época, muestra con claridad un doble proceso. El de la formación de los partidos políticos venezolanos, y el del desarrollo de un gobierno autocrático también de tipo militar, pero con el apoyo y la coparticipación de partidos y movimientos políticos. La muerte de Juan Vicente Gómez permitió la expansión de tensiones acumuladas durante la última etapa de su periodo de gobierno. López Contreras pretendió mantener el absolutismo del poder heredado de Gómez, con algunas concesiones, pero terminó por ceder ante la alternativa de un gobierno también autocrático, pero no absoluto, encabezado por Isaías Medina Angarita que contó con el apoyo de parte de las fuerzas políticas recién constituidas. Y es precisamente frente al gobierno de Medina Angarita donde las fuerzas políticas comienzan a delinear posiciones que las llevarán al primer enfrentamiento electoral en 1948.

En los años que van de 1935 a 1948, se da un modelo de participación política, que se destaca por su particularismo frente a las opciones que se dieron en otros países, sobre todo en los del sur. Tomemos a título comparativo la situación de uno de ellos: Argentina. En la Argentina la formación de los partidos políticos alcanzó cierta representación clasista desde sus comienzos. Conservadores: clase terrateniente; Radicales liberales: clases medias emergentes y parte del proletariado industrial naciente. Comunista y socialista, fundados a fines del siglo XIX y principios del siglo XX representaban al artesanado pollizado y la pequeña burguesía progresista. La característica fundamental de estos

grupos era que todos aceptaban el modelo de participación política, impuesto por la alianza de las clases dominantes; y que sus oposiciones se daban a partir de la búsqueda de mejoras electorales. La violencia de los sindicatos anarquistas no contradice esta hipótesis porque estos grupos no manifestaron fines explícitos de acceso al poder. Esto no quiere decir que los partidos de la « izquierda » no creyeran firmemente en su cualidad revolucionaria. Sin embargo la difusión del marxismo se realizó unilateralmente, se transmitieron sus objetivos ideológicos a través de lineamientos utopistas saintsimonianos, que, en última instancia, encajaban con bastante coherencia en la matriz liberal de las corrientes hegemónicas que triunfaron en las guerras de la independencia.

Mientras que la revolución soviética se afirmaba como proceso de transformación a partir de la praxis de las concepciones leninistas, los factores de distorsión creados en América latina por el dominio colonial imperialista iban planteando nuevas condiciones, a las cuales las « izquierdas » responden con estrategias que en realidad eran extraídas de las experiencias del anarcosindicalismo y del cartismo en la Europa del siglo XIX. La poca difusión del leninismo en las izquierdas de América latina, cuando es realmente Lenin el que clarifica la estrategia del colonialismo y el imperialismo a partir de la expansión del capitalismo monopólico, es sintomática. Sobre todo teniendo en cuenta que la difusión y la discusión de tales materiales hubieran replanteado (o por lo menos hubieran introducido algunos elementos de discusión), las tesis electoralistas de los partidos de izquierda, partidos y movimientos que definían su acción política a través de alternativas de participación en el sistema, basados en un híbrido anclaje teórico, donde el « marxismo » se confundía con el socialismo utópico y aun con el

positivismo filosófico. En los países sometidos a las economías de enclaves extranjeros, como en el caso de Venezuela, hubo factores distintos que se operaron sobre el proceso de formación política de las masas. El tipo de proceso que genera el enclave, no gesta una clase nacional como la sureña especialmente interesada en la ampliación del mercado interno desde el comienzo. Este desarrollo del mercado interno posterior en Venezuela, lo usufructan los capitales externos con fuertes inversiones en el área del consumo, respondiendo a las necesidades de amplios sectores urbanos, adquisitivamente capacitados los menos, sometidos al « efecto de demostración », los más. El proceso de formación de los partidos políticos que tiende a gestarse en estos países difiere bastante del analizado precedentemente y podríamos resumirlos en los siguientes aspectos :

1. La ausencia de fuertes contingentes de inmigrantes europeos a fines del siglo XIX o a principios del siglo XX, es un factor cuya existencia gravita sobre el desarrollo ideológico de los distintos sectores sociales en Venezuela. Bajo el poder autocrático de Gómez, la izquierda se vio reprimida desde principios de siglo, a pesar de que se manifestó a través de movimientos y grupos con nominaciones democráticas que tratan de eludir la prohibición dirigida al « comunismo ». Bajo dicha autocracia, se van creando, sin embargo, condiciones de gestación de organizaciones políticas, que van a representar formas de oposición que desarrollan la madurez de ciertos grupos sociales que, aunque no tienen vinculaciones de posesión con la propiedad, van expresando su disconformismo ante los límites de un sistema que no les permite expresarse políticamente. La ya indicada redistribución de la tierra desarrollada por el gomecismo, juntamente con la creación

de una nueva burocracia política propietaria, determinó el repliegue de los grupos desplazados imposibilitados de un enfrentamiento directo. Sobre todo, debido a la desproporción de recursos con respecto a un gobierno enriquecido a partir de las regalías petroleras y la concreción del ejército como instrumento de poder al servicio de la autocracia centralizada.

2. La exclusión determinó que los grupos desplazados ingresaran de alguna manera a la corriente de oposición que se desarrolla como fuerza social, cuando se produce la muerte del autócrata ; la « apertura » continuista de López Contreras fracasó. La estructura del poder político se redefinió a partir de Medina Angarita sobre todo, de acuerdo a las condiciones de « coparticipación » que gestó, aún sin perder totalmente sus formas autocráticas. Es evidente que Medina Angarita representó en Venezuela la forma más avanzada del liberalismo político. Y precisamente frente a este gobierno se consolidan las tres corrientes básicas de las ideas políticas en Venezuela. La « izquierda », representada por el Partido Comunista, a través de sus diversas formas de expresión ; Unión Popular, Partido Republicano Progresista, Partido Democrático Nacional, el « nacionalismo burgués », que se origina en ORVE, y que va a ser luego el partido « Acción Democrática » ; y la derecha representada por los grupos ideológicos católicos y económicos de la oligarquía terrateniente, sobre todo andina, COPEI. El último grupo representa la derecha tradicional, con algunos ingredientes de fascismo que se van perdiendo con el tiempo para ser reemplazados por cierta ideología empresarialista que se va acentuando a partir del año 1950. Acción Democrática representa el nacionalburguesismo que en Venezuela tuvo clara consciencia de las limitaciones de la dependencia estructural y siempre la aceptó como una situación

dada, económicamente irreversible. Este nacionalburguesismo fue el que tuvo mayor arraigo en los sectores populares y su llegada al poder se debe fundamentalmente al peso de éstos y a la política populista llevada a cabo por dicho partido. La izquierda tiene su momento de coparticipación en el poder a través del gobierno de Medina Angarita.

3. El desarrollo de este proceso político tuvo alternativas que se pueden resumir de la siguiente manera :

El gobierno de origen militar instauró un liberalismo político que le permitió a la izquierda ir adquiriendo cada vez mayor influencia, a través de su presencia en los organismos deliberativos. Pero, al mismo tiempo, el gobierno fue ganándose la oposición ; tanto de la derecha y paulatinamente del ejército, como del nacionalburguesismo, que ya se iba vinculando a los reclamos populares de mayor participación política. Paradójicamente la izquierda, en función de su coparticipación progresiva, debía, para mantener tal situación, oponerse a los reclamos de los sectores populares de voto directo que propiciaba Acción Democrática. El nacionalburguesismo aparece en algunas situaciones aliado con la derecha católica representante de las clases tradicionales y termina conspirando con oficiales del ejército para derrocar a Medina, cuando su gobierno había decidido prolongarse a través de un civil propuesto por la izquierda y los sectores progresistas.

La caída del gobierno de Medina marca el fin del « liberalismo político » en Venezuela ; un liberalismo que a pesar de su formulación autocrática define también el fracaso del primer gobierno que no usa la violencia policial desde el poder, como instrumento fundamental de sostén. La violencia política en Venezuela ejercida desde el poder o contra el poder, desde los sectores populares o contra ellos, es

todavía un instrumento de acción política fundamental.

C

El 48 representa, en Venezuela, la primera opción de gobierno para el nacionalismo burgués triunfante en las elecciones, en las cuales se aplica una conquista que supone la participación masiva de los sectores populares venezolanos : el voto directo. Pero por otra parte representa también una muestra de cómo los condicionantes externos actúan en ciertas situaciones límites, para restaurar las reglas del juego que más convengan a sus intereses económicos. La guerra mundial había acentuado un proceso que se venía dando en las áreas urbanas. El desarrollo de una industria que, si bien no había superado la etapa artesanal, podía ya acometer el mercado de la producción en masa para el mercado interno ; al mismo tiempo, las fuerzas políticas se habían reagrupado de tal modo que el poder no estaba ocupado por un instrumento dócil a los condicionantes externos, sino que cada vez está influido por orientaciones ideológicas e incipientes fuerzas económicas, que con el tiempo podían ser amenaza para los intereses inversionistas. Al mismo tiempo, tales fuerzas no eran demasiado poderosas, ni económica ni socialmente, debido a las características de la estructura social venezolana. El grupo social con mayor expresión cuantitativa eran los sectores ya definidos como populares que la izquierda no podía representar políticamente ; el nacionalburguesismo ya lo estaba haciendo ; y eso facilitaba la redefinición de la situación en dos planos : el económico a partir de inversiones que por su capacidad productiva comparativa liquidasen a la burguesía nacional en gestación ; y el social, para dotar el golpe político de contenido de « revolución popular ».

IV

La primera experiencia populista en Venezuela duró exactamente ocho meses y sus características fueron singulares dentro del « populismo » latinoamericano en general.

Las experiencias populistas representan el intento de participar y la participación de « las masas » en el poder político. La diferencia estriba en si los movimientos por ellas inspirados llegan al poder o se quedan en el camino. El populismo es un movimiento de desposeídos que reciben a veces el apoyo político de los pequeños poseedores y de los sectores desplazados del poder; por lo general dirigentes que nunca plantean objetivos de cambio estructural. Sin embargo, en la lucha por acceder a los planos del poder entra en conflicto a veces violento con sus tradicionales detentadores, por eso los **slogan** populistas por lo general atacan a la « oligarquía », y a veces al imperialismo, como aliado a esa oligarquía. Las formas políticas de expresión del populismo se definen siempre a partir de la existencia de movimientos de tipos más o menos fluidos que, excepto en casos de una posterior organización sindical tan poderosa como lo fue la Confederación General de Trabajadores Argentina, en la época peronista, tienden a desintegrarse políticamente cuando la llegada al poder coincide con la ruptura de un proceso de acumulación, que es condición básica para que el movimiento se desarrolle. En América latina, populismo y « desarrollismo » a veces se sirven mutuamente de apoyo, pero a veces también se enfrentan, sobre todo cuando el desarrollismo debe « respetar » excesivamente los intereses de las oligarquías. En Venezuela, el populismo fue el soporte de un partido nacional burgués, que a través de su política urbanoagraria de corte reformista, popular y antioligárquica, planteó conquistas democráticas que siempre se

mantuvieron « racionalmente » en el límite de la « dependencia » estructural. La relación entre la oligarquía y el imperialismo no fue planteada nunca por el nacionalburguesismo venezolano; porque tal cosa equivalía a cuestionar su propia existencia. El surgimiento de partidos y movimientos « progresistas », como el aprismo en Perú, el varguismo en Brasil, el acciondemocratismo en Venezuela, y aun el radicalismo progresista en la Argentina, significó, tal como lo afirman algunos analistas, el intento de « emergencia » de una élite intelectual profesional industrial, a través de una lúcida comprensión de lo que significan las inversiones extranjeras. Tanto en su función abortiva sobre la burguesía nacional incipiente, como por su apoyo a las oligarquías dominantes que garantizaban estabilidad política a las inversiones. Pero en el tiempo se fue demostrando la ineficiencia de los sectores emergentes incapaces de gestar ahorro nacional, productividad, inversiones básicas y tecnologías para superar el subdesarrollo¹², y por lo tanto el dominio de las « oligarquías ». Al mismo tiempo, como lo plantea Cardoso en la obra ya citada, otro cliente asomaba en la mesa de la distribución del ingreso, exigiendo participar a través de las decisiones políticas. Las « masas », rotos los mecanismos de contención rurales y aglutinadas por el distorsionado proceso de urbanización. El sector progresista va a recibir ese aliado y va a aprovechar su fuerza para proyectarse hacia el poder, reemplazando la insuficiencia estructural con esa fuerza social. Pero el poder reformador —no transformador de las masas— sobre las alianzas políticas, está además limitado por los intereses de los capitales extranjeros tendentes a mantener el equilibrio político. Esta mantención

12. Langue, Oscar: *Planificación y desarrollo*, Buenos Aires, 1965.

de la estabilidad, puede no tener implicaciones estrictamente ideológicas en el orden nacional (aunque en el caso límite del acceso de grupos o partidos izquierdistas al poder, si los tiene) lo que interesa es lograr un nivel de condiciones socialmente favorables al mantenimiento de la relación país dominante-país dominado. El populismo será aceptado en tanto no comprometa esa relación de dependencia estructural; pero también, aun sin comprometer realmente tal dependencia, cuando su existencia crea un conflicto muy grave con los antiguos grupos de dominación todavía influyentes y poderosos, el populismo tiende a ser eliminado del poder. Ese es el caso de Acción Democrática en 1948. Es evidente que el gobierno de Rómulo Gallegos fue envuelto por su propia política demagógica y quizás la experiencia del peronismo argentino lo llevó, en los ocho meses que duró, a lanzarse a una serie de reformas de corte antioligárquico, que precipitó a las derechas y al ejército a promover su liquidación. El golpe promovido por Delgado Chalbaud, fue aprovechado por Pérez Jiménez, para luego del asesinato de aquél, instaurar una dictadura de tipo militar; pero que poco a poco fue recortándose aun del ejército para convertirse en una autocracia personalista, que en cierto modo, siguió el « modelo » gomecista.

El gobierno de Pérez Jiménez pertenece al estilo de las « dictaduras » que entre 1945 y 1960 cumplieron en América latina un papel fundamental. Si bien es algo arriesgado establecer comparaciones, es evidente que tales formas de poder político pueden, aunque sea temporalmente, lograr apoyo popular para cumplir la función de « esterilizar » tensiones que conducidas por otros grupos pueden plantear cambios estructurales (caso del peronismo) o más directamente, acallar rebeliones y protestas, mediante la seguri-

dad de un fuerte aparato represivo, que las mantenga durante un lapso definido en la posesión del poder político; aun sin tener apoyatura social definida, y menos contenido popular. Este es el caso del perezjimenismo.

La caída de Pérez Jiménez se produce en 1958, cuando estaba cumplida la función de la dictadura en el proceso económico social venezolano desde el punto de vista de los condicionantes externos. Tal función se puede definir de la siguiente manera:

a) Eliminación de un gobierno con base populista (Acción Democrática) cuya política reivindicativa y reformista alteraba demasiado bruscamente los esquemas que habían trazado las fuerzas económicas y políticas dominantes hasta el 48; creando situaciones imponderables, y estableciendo un monopolio del poder que intentaba desconocer los intereses de coparticipación en el poder de las fuerzas ya citadas, aún significativas.

b) Tranquilidad, estabilidad y orden institucional para la nueva penetración económica extranjera manifestada a través de inversiones en el rubro financiero, en las industrias de sustitución de importaciones dirigidas al consumo de alimentos, automóviles, de industrias livianas en general. Es evidente que, tal como lo habíamos planteado anteriormente, la expansión del mercado interno —producto del acelerado proceso de urbanización— había desarrollado algunos sectores que podían empezar a actuar como incipiente burguesía nacional.

c) Y una tercera función, que en parte se define como opuesta a las otras dos, es la que se refiere a la unificación de los sectores de la izquierda, la nacionalburguesía y aun la derecha en la última etapa del perezjimenismo donde la dictadura uni-

personal fue perdiendo apoyo aun de aquellos sectores a quienes favorecía naturalmente. La lucha clandestina, retomó la sintomatología de la violencia política que ha sido la característica del proceso sociopolítico venezolano.

V

A. El 58

La caída del perezjimenismo es una respuesta de las fuerzas sociales venezolanas a la existencia de un poder político que pretendió ejercer un cacicazgo a partir de un modelo superado históricamente. El «dictador dispendioso» se puede mantener un tiempo en función de la red de intereses que crea a su alrededor; pero siempre, poco a poco, con los sectores con los que pueda tener convergencia de intereses, si no promueve inversiones realmente acumulativas, y fundamentalmente, si no genera acuerdos clasistas que puedan sostenerle en el poder, su caída será inevitable; además el ejército por más instrumentalizado y profesionalizado que esté, va a responder a intereses de orden social; en América latina a los de la oligarquía a los cuales siempre estuvo estructuralmente vinculado. La ruptura del perezjimenismo con esos sectores, significó la ruptura y la división del ejército.

Sin dejar de hacer resaltar la importancia de este factor, es evidente que en la caída de Pérez Jiménez tuvo fundamental participación un frente político clandestino de tipo militante, que fue aunando la violencia subversiva a la acción política. Una vez más como en la época de Gómez, el estudiantado, la Universidad y los grupos profesionales, tuvieron el papel de líderes urbanos de la subversión, pero al mismo tiempo, las fuerzas de izquierda se nutren evidentemente de los sectores populares de bajo nivel social, de los mar-

ginales, y se preparan para la lucha levantando los barrios de emergencia y aún las villas miserias verticales definidas por los monobloques que construyó el perezjimenismo; esta situación repercute en el 58 o sea en el gobierno provisional, respaldado por una Junta Patriótica, donde la izquierda y algunos grupos ya con tendencias nacionalistas revolucionarias tienen indudable peso, junto a los sectores de poder tradicional.

El 58 representa una coyuntura importante para las fuerzas que se oponen al imperialismo en Venezuela. Podemos aplicar en esta época nuestro modelo analítico¹³ de acuerdo a las siguientes condiciones:

1. El imperialismo trata de crear condiciones óptimas a partir del sujuzgamiento de las presiones socio-económico-políticas, que puedan levantarse contra su hegemonía.
2. La creación de tales condiciones se plantea sobre la base de dos requisitos: control de la producción básica del país, o sea, aquella de la cual deviene la mayor posibilidad de acumulación de capital, y control sobre la situación política; lo cual implica presiones para la conformación de un acuerdo de clases y grupos sociales que garantizasen la paz social y el respeto a la dependencia estructural.
3. En el caso venezolano las características de su producción básica determinan dos niveles de necesidad. La necesidad de tipo económico, un tipo de explotación que exige una gran concentración de capital y sobre todo un gran aparato tecnológico, para lograr el objetivo de la «maximización de los beneficios» la necesidad de tipo

13. Caello, Hugo: *Sociología del subdesarrollo*, capítulo I. Ediciones del Instituto de Investigaciones Económicas. Colección Esquemas (en prensa).

estratégico político derivada de la calidad energética de la producción básica unida a las condiciones generales de dominio que se plantea Estados Unidos sobre América latina, sobre todo, a partir de la revolución cubana.

4. Estos « dos niveles de necesidad », que se van alternando históricamente con un mayor énfasis progresivo sobre el aspecto político, producen consecuencias sobre las estructuras socioeconómicas venezolanas que ante tal impacto condicionante reaccionan de acuerdo al campo de condiciones internas creadas por la relación estructura dominante-dominada en la etapa anterior. Es evidente que de acuerdo a una política « racional » el imperialismo debía propiciar acuerdos de grupos económicos y clases sociales, que le asegure una mayor distribución de beneficios y por lo tanto una menor tensión. Sin embargo, esto implica chocar contra las tendencias explotadoras de las oligarquías dominantes y contra la política dura del mismo gobierno norteamericano, que en las situaciones límites, no vacila en aplicar la invasión armada. Desde este punto de vista, la Alianza para el Progreso sería una alternativa de máxima racionalidad, pero inefectiva ante una dinámica de oposiciones internas que, como en el caso venezolano, estuvo supeditada a los factores no imprevisibles, pero sí difícilmente controlables.

5. Históricamente en el desarrollo político venezolano, es evidente que cada redefinición de tipo cualitativo en la relación país dominante-país dominado, determinó la creación de rígidas condiciones socio-políticas que necesitaron de un gobierno autocrático basado en la represión para crear el máximo de condiciones que garantizaran la solidez y la estabilidad de las inversiones. El gobierno de Juan Vicente Gómez, es el que operó en la etapa de inserción social-económico-política del enclave petrolero. El de Pérez Jiménez, es

el que crea condiciones para el segundo tipo de inversión.

6. Pero al mismo tiempo los gobiernos de tipo represivo no fueron capaces de engendrar solidaridad popular, ni acuerdo de clases que los perdurasen. Esto determinó que se fueran creando frentes de oposición a partir de sectores que por su lado luchaban por alcanzar el poder y con él el control de un Estado distribuidor de beneficios y, al mismo tiempo, por instaurar reglas de juego « democráticas ».

7. En el 58, con el gobierno provisional, lucharon dos tendencias : una representada por el nacionalburguesismo, poco a poco cada vez más aliado a la derecha católica, libreempresista y en última instancia a los intereses externos, y la representada por la izquierda y el progresismo revolucionario del propio partido Acción Democrática, sobre todo en su juventud, que tenía cierta hegemonía sobre los sectores populares urbanos, y presentaba la Universidad como una organización de combate desde la cual se obtuvo la renuncia nada menos que del secretario de Guerra, militar que representa el ejército represivo. El ejército mismo apareció dividido y eso inclusive permitió violentas manifestaciones antimperialistas, y que originaron una amenaza de invasión de los **marines** norteamericanos, ante la agresión a su vicepresidente Richard Nixon. Al mismo tiempo, en la Junta de gobierno, renunciaban los dos representantes más importantes de la burguesía empresarial venezolana : Mendoza y Lamberti. El **Time** de Nueva York denuncia mientras tanto la infiltración comunista en la revolución venezolana¹⁴. La izquierda intenta sin embargo repetir la táctica que la llevó a la coparticipación en el gobierno de Medina Angarita, coincidiendo con los demás grupos políticos en la nueva salida electoral. Esto permite al nacionalburguesismo venezolano, apoyado en su tradición populista, retomar el poder político —a

pesar de haber perdido las elecciones en Caracas— que le había arrebatado el golpe militar diez años atrás.

B. 1958-1968

Los diez años que van desde 1958 a 1968, representan la afirmación de la burguesía nacional venezolana en el poder a través de la concreción de las formas políticas de dominación que le permiten institucionalizar el poder político, definir organismos de participación y al mismo tiempo su base popular por un sistema de alianzas, que sustenta la representatividad parcial, por objetivos de orden general que convierten al Estado en supremo administrador, y no en brazo de partido o grupo social.

En esta última etapa, se plantea el proceso en dos niveles: a) En la formulación de nuevas alianzas de grupos o clases sociales que van a sostener y hacer perdurar la institucionalidad hasta la actualidad, y b) cómo se articulan las fuerzas de oposición a esa institucionalidad en que ingresan por las circunstancias historico-políticas y por propia decisión al área de la marginalidad subversiva.

a. La afirmación de la nacional burguesía en el poder define a un partido político Acción Democrática, claro en sus limitaciones, consciente de sus errores históricos (que le costaron el poder en 1948), de los factores que debe « respetar » y del sistema de alianzas que debe crear para subsistir en el gobierno. El proceso seguido se puede resumir en los siguientes pasos:

—Estabilidad política —eliminación de la expresión de las masas a través de manifestaciones callejeras—, mantención del *statu quo* a través de la no alteración de las pautas tradicionales de distribución del ingreso.

—Mediatización de los intereses obreros a través de la CTV, organización de tipo

oficialista. Reformismo y economicismo sindical, repudio a toda lucha de tipo político. La eliminación de contradicciones internas en la central de trabajadores determinó la creación de la CUTV que responde al sector izquierdista venezolano. En la CTV « oficialista » se concentran los trabajadores del petróleo, sectores estratégicos en la lucha obrera venezolana y en su desarrollo sindical¹⁵.

—Pacto con la derecha. Le otorga a la burguesía nacional, a través de la coalición¹⁶, el aval de los grupos de dominación tradicional sobre todo de los grupos « andinos » que la democracia cristiana controla.

En los países subdesarrollados muchas veces las alianzas de clases se organizan a partir del prestigio de ciertos grupos, que habiendo perdido mucho de su poder económico mantienen su poder social y político, a través de estructuras de parentesco, influencias personales en el ejército y toda una complicada gama de intereses políticos que se articulan en una sociedad donde el ejercicio del poder exige todavía una cuota de relaciones « cara a cara ».

14. « Esta semana en Venezuela, como secuela de los disturbios anti Nixon dirigidos por los rojos, el comunismo se convirtió en un problema político de toda magnitud. Reflejando la indignación de la Iglesia católica romana y otros sectores conservadores, los dos miembros civiles de la Junta de gobierno —el Industrial Eugenio Mendoza y el Ingeniero Blas Lambertí— exigieron que se pusiera en vigor la ley antirrojo de Venezuela para limitar el creciente Partido Comunista. Los tres miembros militares, reflejando la tolerancia irrealista de todos los políticos principales se negaron. Mendoza y Lambertí se retiraron, provocando una tensa crisis política. » Time, 28 de mayo de 1958.

15. Afiliados a la CTV: 70 %; sin organización: 30 %. (La CTV era la central única en 1960.)

1962: Afiliados a la CTV: 30 %; a la CUTV: 20 %; sin organización: 30 %.

1965: Afiliados a la CTV: 30 %; a la CUTV: 30 %; sin organización: 40 %.

Rodolfo Quintero: Qué pasa en Venezuela, número 3, 1965.

16. Esta alianza se ostentiza en el primer gabinete de Betancourt. Entrega a URD y a COPEI tres ministerios, y el partido gobernante con sólo dos.

—Ruptura definitiva de relaciones con la izquierda. La base de dicha ruptura fue la situación con Cuba. La experiencia de la revolución cubana planteaba un tipo de desarrollo social, económico y político sobre nuevas bases, antagónico con los objetivos de la burguesía venezolana. La experiencia cubana ponía en tela de juicio el punto de partida de la burguesía nacional venezolana, o sea la aceptación de la dependencia estructural.

—La ruptura con la izquierda tiene indudables repercusiones en el ejército. Mientras Cuba se mantuvo dentro de los límites del nacionalismo revolucionario, o sea no trascendió hacia postulaciones sociales y políticas frontalmente anticapitalistas, sus logros podían resultar objetivamente interesantes para el nacionalismo de los sectores del ejército venezolano, aquellos sectores de militares jóvenes no asimilados a las fuerzas tradicionales, que tenían el respaldo y respeto popular, que también estaban impactados por las convulsiones revolucionarias en América latina. El ejército en América latina es un organismo de opinión y acción política. Bien es cierto que tal acción depende de la dirección, de su vinculación con los grupos económicos, con las clases sociales y también de el grado de politización partidaria que se dan en el seno de las fuerzas armadas.

b. La articulación de la oposición al acuerdo de clases y grupos en el poder político contribuye en parte a la «perdurabilidad institucional» del gobierno de Acción Democrática.

Las hipótesis básicas que se podrían desarrollar en este campo serían las siguientes:

—La expulsión de la izquierda, de los «acuerdos de clases» en que se basa el poder político en la última etapa del

desarrollo político venezolano, demostró la carencia de apoyo social de ésta, como consecuencia de sus limitaciones históricas que la llevaron a actuar como grupo de presión sobre acuerdos políticos, pero sin una base social desde la cual sostener sus posiciones. Es evidente que la izquierda —y esta afirmación es válida para Latinoamérica en general—, jugó siempre una estrategia que responde más a la experiencia europea, donde su proyección hacia la coparticipación en el poder político se apoyaba en situaciones objetivas como son la concentración de las masas obreras a partir de la revolución industrial, y sus experiencias de lucha, que las llevaron, en los países capitalistas desarrollados, a una transferencia de los objetivos revolucionarios del siglo XX a los de coparticipación, a través del sistema parlamentario. En América latina es evidente que las condiciones sociales para la inserción de la izquierda fueron distintas, pero esa distinción no fue asimilada por su estrategia general. El papel que jugaron los intelectuales y aun la universidad como institución y universitarios frente a las autocracias de Gómez y Pérez Jiménez, fue de clara oposición revolucionaria. En la actualidad los primeros ingresan paulatinamente en los altos estratos de empleos dentro de organismos técnicos del gobierno, o a partir de su *status* universitario, se asimilan a los altos estratos de la «sociedad de consumo». Se podría argumentar que el «progresismo» ingresa a los «niveles de decisión política» por los canales de participación, tal como lo sostiene Darendorff⁷⁷.

Nosotros sostenemos que el proceso es inverso, las decisiones fundamentales parten del acuerdo de clases que sostiene el poder político —ya definido en el acápite anterior—, y la posibilidad de influencia sólo es posible en los niveles de las decisiones secundarias o instrumentales.

—El surgimiento del nacionalismo revolucionario es un elemento fundamental (representado por el MIR en el pronunciamiento de 1960)¹⁸ que da un punto de partida para un doble proceso, por un lado el ya analizado proceso de «perdurabilidad institucional». Pero al mismo tiempo el desarrollo de una idea y una estrategia de revolución nacional y popular, que rechaza el camino del golpe de Estado o de la insurrección «tradicional», para plantear el camino hacia el poder mediante una «guerra de liberación nacional», que transforme radicalmente la estructura economicosocial venezolana.

Este desprendimiento libera al «nacionalburguesismo» de sus contradicciones; facilita su alianza con otros grupos, pero lo debilita en su estructura partidaria. Los problemas de la progresiva deformación estructural del país van deteriorando las características de la coalición política en el poder, sobre todo no sólo a partir del reajuste de condiciones entre los grupos, sino también a partir de los síntomas de división interna cada vez más significativos sobre todo en AD. En el partido gobernante es evidente que aún predomina la lucha por el «caciquazgo personal». La lucha de facciones no se resuelve ya por los canales de la distribución interna sino que ya dividió irreversiblemente el partido y lo más importante es que tal división hace replantear uno de los problemas que ya los jóvenes del nacionalismo revolucionario habían desarrollado: «la vuelta a la política de masas que el partido traicionó»; es decir, a una reivindicación de populismo que puede originar un reagrupamiento perturbador de las alianzas de los grupos que luchan por el poder.

En lo que al nacionalismo revolucionario en sí mismo se refiere, es evidente que la adopción del modelo político cubano se realizó sobre la base de una modificación substancial. La revolución cubana en su

etapa de violencia liberadora se realizó bajo las banderas de la burguesía nacional revolucionaria y el policlasismo. Sea un planteo táctico o no, eso le permitió especular con la neutralidad de los inversores extranjeros. El documento del año 1960 es un claro indicador que los nacionalistas revolucionarios venezolanos tomaron parte del esquema: el policlasismo, pero simultáneamente con él definieron también el antimperialismo. La reacción de los inversores extranjeros, del gobierno de los Estados Unidos y los militares norteamericanos frente a situaciones límites en las cuales las postulaciones de los grupos revolucionarios son ideológicamente anticapitalistas, son drásticas. Se hace evidente que la expulsión (que por otra parte fue autoexclusión por razones estratégicas) de estos grupos de las reglas del juego democráticas y por consiguiente del contacto con las masas sobre todo urbanas, significó el aislamiento del nacionalismo revolucionario y de los grupos y partidos de izquierda que hicieron causa común con él (Fuerzas Armadas de Liberación Nacional; ex Partido Comunista), de los centros neurálgicos del poder político o sea a los núcleos urbanos.

Cuadro general

A manera de síntesis presentamos el siguiente cuadro en el cual se esquematiza el desarrollo de la estructura social venezolana desde el punto de vista de su dinámica clasista con referencia al poder político y a los condicionantes externos.

17. Clases sociales y conflicto en la sociedad industrial, Barcelona, 1965.

18. El MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), tiene su punto de partida en el Documento de los Jóvenes de Acción Democrática a la dirección nacional y a la militancia del partido, publicado en 1960.

A. Etapa postcolonial. Primera mitad del siglo XIX.

—Dominio de las oligarquías regionales tipo agrícola, terrateniente, militar. —Estructura económica para el consumo y mercado regional y para la exportación de cacao y café. —Estructura social rígida, fundamentada en relaciones de servidumbre dominantes y de esclavitud en segundo orden. —Estado de guerra casi permanente por la hegemonía del poder central. —Debilidad del Estado nacional debido a la marginalidad de las oligarquías en su integración al mercado internacional.

B. Etapa de influencia del capitalismo mercantilista. Última mitad del siglo XIX, primera del siglo XX.

—Afirmación del dominio centralizador de la oligarquía andina. —Surgimiento de la burguesía mercantil nacional, como subsidiaria del capital comercial extranjero.

—Influencia marcada de los sectores financieros extranjeros sobre la centralización del poder nacional. —Relativa autonomía de los sectores dirigentes nacionales por el carácter de los capitales extranjeros y fundamentalmente por el carácter del desarrollo capitalista de los países a partir de los cuales se vincula Venezuela al mercado internacional capitalista-mercantil en proceso de expansión. —Fortalecimiento y desarrollo de estructuras sociales urbanas, donde las relaciones de servidumbre se van reemplazando por las del trabajo asalariado, aún incipientes.

C. Etapa de afirmación y desarrollo de la economía dominada por el sector capitalista internacional, a través de inversiones de carácter petrolero.

C1 (1900-1935). —Oligarquías militares de poder absoluto. Desarrollo de una nueva

clase en el poder sobre la base de súbito enriquecimiento derivado de la explotación petrolera. —Eliminación de la competencia de las ya impotentes oligarquías regionales agrícolas terratenientes, a través de la conversión de los terratenientes en socios menores de las compañías extranjeras o dependientes de los impuestos y regalías derivados del petróleo. —Redistribución de la propiedad a través de las expropiaciones. —Práctica abolición del usufructo agrícola exportable como eje económico de poder. —Desarrollo de una clase media residual de residencia urbana.

C2 (1935-1948). —Oligarquía militar con apoyo de los sectores de pequeña burguesía y organizaciones políticas surgidas de los sectores medios. —Poder político relativamente absoluto con formas de participación limitada a los partidos políticos que acepten las reglas del juego impuestas por el poder. —Surgimiento de los primeros grupos de clase media industrial y emergente y desarrollo de la residual o dependiente de los sectores económicos dominantes. —El acuerdo de las clases oligárquicas en el poder se resiente en su hegemonía por el conflicto armado, y es en parte desplazado por el progresismo intelectual.

D. Etapa en la cual el enclave extranjero amplía su condicionamiento explotando capitales destinados a absorber el crecimiento del mercado interno, desarrollando industrias de sustitución de importaciones.

D1 (1948-1958). —Oligarquía militar con poder absoluto. —Eliminación de la democracia burguesa y de todas las formas de oposición legales. —Liquidación de la incipiente burguesía nacional. —Vinculación con los sectores externos que financian el desarrollo de industrias de sustitución alta-

mente tecnificadas. —Surgimiento de un sector industrial con carácter residual dependiente de la nueva forma de inserción de capitales.

D2 (desde 1958). —Imposición del nacionalburguesismo a través de formas políticas de participación total, con amplia base populista, ganada a través de la abortada experiencia de Acción Democrática que duró 8 meses en el 48. —Abortada experiencia del nacionalismo izquierda revolucionario en 1958. —Institucionalización de las formas de dominación de la burguesía a través de un sistema de participación política pluripartidista donde se expresaban una multitud de grupos residuales económicamente, pero donde la base del acuerdo de clases dominantes estaba dada por el nacionalburguesismo, las clases terratenientes agrícolas y a través de ellas el sistema capitalista interno financiado por el capital extranjero.

Breves conclusiones

El presente ensayo culmina con esta síntesis, donde pretendemos exponer el desarrollo de las relaciones entre los cambios en la estructura económica de la sociedad y el «acuerdo» de clases que sostiene el poder político con la necesaria referencia a los condicionantes externos que actúan sobre la sociedad venezolana.

La realidades de estas relaciones estructurales, que definen los niveles significativos en un país subdesarrollado nos llevarían a las siguientes consideraciones finales:

1. Las tendencias de la estructura de clases de la sociedad venezolana, es necesario explicarlas a partir de la inserción de la «propiedad extranjera» como variable dominante desde 1920. El concepto de propiedad extranjera no se refiere a

la apropiación física del territorio nacional por un país extranjero, sino que es un concepto que, a través de una definición simbólica, trata de explicar cómo se organiza el sistema de clases sociales, cuando las clases propietarias nacionales pierden el control de la producción básica. Nuestra hipótesis central se refiere precisamente a tratar de demostrar cómo el tipo de control que se ejerce sobre tal producción, depende fundamentalmente del desarrollo capitalista del país dominante en la relación, pero también de la disposición estructural con que éste se encuentre en las fuerzas sociales del país dominado.

El desarrollo de tales fuerzas sociales es lo que en Venezuela determina una alteración en su dinámica a partir del año 1958.

Hasta ese momento en el seno del poder político predomina como tendencia histórica el «caudillismo» que no se supera con la «integración nacional» y la afirmación de un poder centralizador. Tal situación determinó que la estabilidad política fuese sinónimo del «autocratismo» de mano dura y omnipotente. Pero a medida que el país se desarrollaba, que su proceso de urbanización se acelera, los gobiernos autocráticos, iban tropezando con mayores dificultades, el desarrollo de otros grupos con peso cuantitativo, que pugnaban por lograr una participación en la distribución del ingreso, iba resquebrajando el poder autocrático. Esta presión se expresaba a partir de la violencia política contra el autócrata, pero su caída por lo general no alteraba en gran medida la dominación clasista que él representaba. Precisamente la falta de poder económico de las fuerzas que luchaban por el poder político, es lo que determina que sus conquistas sean el término de una participación que no redefine los ejes principales del poder. El caso de la incipiente burguesía nacional es típico. Es evidente que estos sectores

logran a partir del año 1940 alguna participación en el poder a través de las izquierdas y de los sectores progresistas que colaboran con Medina Angarita. Pero a partir del 48 otro sector mucho más amplio y de mayor peso exige participación: las masas. El movimiento que las representa se caracteriza por su aceptación de la dependencia estructural. Sin embargo, en el 48 esta situación no está clara ni para los detentores del poder ni para los inversores extranjeros; lo cual determina —junto con la necesidad de estabilidad para la nueva etapa inversionista— la conformación de una nueva autocracia. Mientras tanto las fuerzas sociales en la oposición se unifican, pero la burguesía nacional ha perdido contenido y razón de ser ante el copamiento del mercado interno por los inversores extranjeros, sólo queda su vanguardia política intelectual.

La actualidad en Venezuela se caracteriza por las nuevas tendencias surgidas a partir del año 1958. Como dijimos en las páginas anteriores a partir de ese momento se da la institucionalización de la dominación de la burguesía nacional dependiente, las clases terratenientes agrícolas y lógicamente los intereses del capital extranjero, que se patentizan en la condición de dependiente del nacionalburguesismo en el poder. Tal institucionalización crea un sistema de participación política donde se expresan una multitud de grupos residuales económicamente, cuyas aspiraciones y expectativas se satisfacen a través de situaciones de poder secundarias, sobre todo en la burocracia pública.

La oposición estructural dentro de esta dinámica, y frente a tal acuerdo de clases en el poder, carece en primer lugar de una apoyatura económica. Es decir no existen posibilidades, desde la destrucción de la incipiente burguesía nacional, de proyección hacia el poder de un grupo de poseedores nacionales independientes. A

partir de 1960, la oposición estructural se da a partir del nacionalismo revolucionario orientado por tesis marxistas leninistas que desarrolla la llamada estrategia de la lucha armada. A medida que tal definición de objetivos se clasifica en la enunciación de una ideología, su apoyatura social, que nunca fue definida clásicamente, se hace más restringida cualitativamente. El desarrollo de este tipo de oposición es un producto del autoconvencimiento de sectores del nacionalburguesismo venezolano de la incapacidad de dicho nacionalburguesismo para transformar las condiciones existentes. Son grupos surgidos de la intelectualidad universitaria y política, sobre todo de la juventud, emergentes ideológicamente, residuales económicamente. Estos grupos, que fueron contra la autocracia perezjime-nista vanguardia de la violencia política, provocan el trasvasamiento de la izquierda de sus formas tradicionales de lucha a través del fuerte apoyo que encuentran en sectores del Partido Comunista. En el aspecto estratégico, es evidente que la experiencia reciente de la revolución cubana es el elemento desencadenante de esta nueva forma de oposición. Una experiencia cuyo traslado demasiado esquemático provoca una paulatina automarginación de los escenarios donde se desarrolla la tradicional política de masas, que al mismo tiempo permite al acuerdo de clases en el poder proscribir la violencia política del grado de alternativas posibles, por su « contaminación ideológica » y simultáneamente ejercer su propia violencia como mecanismo semilegal de control social. Pero el control sobre la situación nacional del acuerdo de clases en el poder no sólo debe actuar contra la oposición de la lucha armada reducida a algunos núcleos activos en áreas campesinas, aislados de los focos del poder urbano, sino que debe enfrentarse sobre todo en la actualidad tanto con su propio deterioro, al cual hemos hecho

mención, como con tendencias en la estructura social que resultan muy difíciles de controlar a menos que se promuevan cambios de orden estructural. Nos referimos a los sectores marginales, de progresivo aumento en los alrededores de las zonas urbanas, sobre todo en Caracas.

El problema de los llamados « sectores marginales » está siendo sometido cada vez más al análisis sociológico. Conocida es la literatura que al respecto existe sobre todo en aquellos países donde el problema asume características socialmente conflictuales. La importancia política de estos sectores, sobre todo en lo que hace a su poder « perturbador » en la dinámica social, es innegable. A partir de 1958, es considerable la aceleración de un proceso migratorio hacia el eje metropolitano, que se conforma como nueva « clientela » para los diversos grupos políticos que tratan de lograr su apoyo. Una enumeración de algunos factores históricos y actuales podría contribuir a definir la importancia de este sector.

1. Las experiencias del populismo en Venezuela se organizan sobre la base de la ampliación de los conglomerados urbanos. Sin embargo, la representatividad de las masas en el poder es tan fugaz como ilusoria. Lo máximo que consiguen es estancarse en los márgenes de la gran ciudad viviendo malamente sobre opciones ocupacionales temporarias.

2. El proceso de « lucha de masas » en Venezuela ha tenido algunos atisbos de eclosión sobre todo en el 58, pero lo cierto es que la inexistencia de « vanguardias asimiladoras » de la realidad de las masas, las ha condenado hasta el momento a la situación de clientela electoral.

3. Tal situación no será en el futuro fácilmente controlable, sobre todo por las previsiones demográficas sobre el creci-

miento urbano que superarán al parecer indefinidamente las posibilidades de absorción ocupacional.

4. El nacionalburguesismo dependiente no consiguió gestar una maquinaria política gremial capaz de controlar la mayoría de las masas, precisamente a causa de su incapacidad de gestar una estructura ocupacional dinámica correspondiente con el aumento de población urbana.

5. La clientela electoral, que por una parte fundamenta las formas políticas que desarrolla la burguesía en el poder en Venezuela, necesita de las masas como clientela, pero su incapacidad estructural, definida por su situación dependiente, limita las posibilidades del control organizado.

Estas reflexiones de orden descriptivo nos llevan al desarrollo de las siguientes consideraciones :

La situación de estos sectores sumergidos, social, económica y políticamente, es importante en lo que respecta a la posibilidad del desarrollo de una « conciencia colectiva » de tipo reivindicatorio que encontraría condiciones objetivas donde insertarse, y que por otra parte sería capaz de gestar acciones políticas tendentes a lograr una participación en la estructura de poder a través de conflictos violentos y profundos. Dicha conflictualidad aparece como probable, dado el ya enunciado control social de las estructuras de poder sobre las masas urbanas marginales. La incorporación de estos sectores exigirá nuevas decisiones sobre la producción y el consumo, es decir, un replanteo en la distribución del ingreso.

En una sociedad donde las características son tendencialmente hacia una polarización cada vez más pronunciada —con una cierta diferenciación en los altos tramos del ingreso estratificado— es evidente

que un intento redistributivo hacia los sectores menos beneficiados —sobre todo teniendo en cuenta que no hay posibilidades de aumentar el ingreso nacional a corto plazo— significaría un deterioro en la posición de los grupos dominantes, que conforman la alianza de clases que sostiene el poder político.

El dilema es claro para la estructura del poder: o sacrificio a corto plazo de carácter reformista —que desde ya parece

improbable por razones economicopolíticas— o la alternativa de que las condiciones de sumisión se hagan conscientes colectivamente, y que tal conciencia se proyecte con tremenda fuerza social y plantee una crisis total de consecuencias, sólo previsible a través de un análisis más en profundidad, sobre las posibilidades de inserción de objetivos que transformen cualitativamente las masas a través de sus organizaciones actuales o futuras.

Caracas, agosto de 1968

Novedad Ruedo ibérico

Fernando Claudín

La crisis del movimiento comunista

Tomo 1 . De la Komintern al Kominform

Introducción. I. La crisis de la Internacional Comunista: 1. La disolución de la Internacional Comunista; 2. La crisis teórica; 3. La ascensión del monolitismo; 4. La crisis política: La experiencia alemana; La experiencia frentista; La experiencia colonial. 5. La bancarrota de la Internacional Comunista. II. El apogeo del estalinismo: 1. Revolución y esferas de influencia; 2. El Kominform; 3. La brecha yugoslava; 4. El relevo oriental; 5. Nuevo equilibrio mundial. Primer epílogo.

440 páginas

33 F

En preparación:

Tomo 2 . Del XX Congreso a la invasión de Checoslovaquia

Hizo sus estudios en la Universidad Autónoma de Barcelona y en la Escola Normal de la Generalitat de Catalunya. Durante la guerra civil española, combatió como teniente en los frentes de Aragón. Cuando el ejército republicano de Cataluña se refugió en Francia, fue internado en el campo de Saint-Cyprien. Es profesor de Geografía de Eurasia y de Geografía general y de Venezuela. En 1961, recibió el premio Joaquín Xirau en los Juegos Florales de la Lengua Catalana celebrados en Alguer (Italia), por su trabajo *Motius de conversa*. Académico correspondiente de la Academia Argentina de Geografía. Su bibliografía es copiosa. Hay que señalar su serie de obras consagradas a la geografía venezolana (*Aspectos geográficos de los Estados de Bolívar, Anzoátegui, Portuguesa, Apure, Monagas, Cojedes, Falcón, Sucre, Guárico, Trujillo, Lara, Yaracuy, Carabobo, Aragua, y del Zulia, del Distrito Federal, del Tachira, de Nueva Esparta, de los territorios federales de Amazonas y Delta Amacuro*), *Geografía de Venezuela y Las regiones naturales de Venezuela* (1950). Ha colaborado intensamente en revistas y periódicos, especialmente en *El Nacional* de Caracas y en los *Cuadernos de Información Económica de la Corporación Venezolana de Fomento*.

La integración humano-económica en Venezuela



De Venezuela —un país históricamente joven— se podría decir que es una nacionalidad en formación, en integración. Al fin y al cabo, todo país está en constante integración. Este proceso de integración no sólo se ha de entender en el aspecto étnico, sino también en los demás aspectos humanos, por ejemplo, el económico. La economía de Venezuela se ve fuertemente presionada por la necesidad de establecer una estructura equilibrada de actividades múltiples. La dinámica económica ha de ser, por

consiguiente, dirigida a esta finalidad; finalidad que contribuye poderosamente a mantener y consolidar la realidad nacional. La diversidad de los paisajes geográficos venezolanos y la pluralidad de sus recursos naturales, imponen una economía diversificada.

En este esbozo se tratará de presentar a grandes rasgos determinados aspectos geográficos que han influido en la actual constitución geo-económica de nuestro país. Como es lógico, varios de estos aspectos se presentarán relacionados con las etapas históricas.

La integración territorial

La integración legal del territorio nacional se ha realizado a través de diversos tratados internacionales. No vamos a analizar ni a discutir estos tratados, pero sí deseamos presentar y sólo bajo el aspecto geográfico, algunos ejemplos de integración defectuosa.

El caso de La Guajira: La frontera internacional que divide en dos La Guajira y por consiguiente el grupo étnico guajiro, ha dado lugar a la existencia de un « corredor » venezolano a lo largo de la costa oriental guajira. Es un « corredor » que no conduce a ninguna parte y su única y positiva utilidad es la de haber evitado que parte de las aguas del Golfo de Venezuela fueran comprendidas como aguas territoriales del vecino país.

Es bueno recordar aquí lo dicho por el Libertador en la Carta de Jamaica:

« La Nueva Granada se unirá con Venezuela, si llega a convenirse en formar una república central, cuya capital sea Maracaibo, o una nueva ciudad que con el nombre de Las Casas, en honor de este héroe de la filantropía, se funde entre los confines de ambos países, en el soberbio puerto de Bahía Honda ». Bolívar señalaba a Bahía Honda como el confín o puerto fronterizo entre ambos países.

Frente a nuestras costas tenemos unas islas —Aruba, Curaçao, Bonaire, Trinidad— que geológica y geográficamente, están íntimamente relacionadas con tierra firme. Factores históricos hicieron que dichas islas no sólo quedaran bajo soberanía de otros países, sino también que la integración de su población se desarrollara bajo aspectos —lengua, religión, costumbres...— de un todo diferentes a los de la población de tierra firme.

La Guayana Esequiba en reclamación, geográficamente es la continuación de las tierras deltaicas de la fachada oriental del país, de los paisajes macrotérmicos y lluviosos del Cuyuní y de la formación orográfica culminada por el Rorajma (2 810 m).

La población

El aspecto que consideramos de una importancia excepcional es el proceso de integración actual de la población venezolana de acuerdo con su territorio. Oficialmente —se está trabajando para rectificar esta cifra— la superficie de Venezuela es de 912 050 km². La población nacional, de

acuerdo con el censo de 1961, alcanzó a 7 523.999 habitantes, lo que dio una densidad por km² de 8,2 habitantes. Para 1968, se estima la población en 9 686 486 h; con lo cual, la densidad ha alcanzado a 10,6 h por km².

Esta densidad de población es sumamente baja. Nuestra relativa escasa población constituye un inconveniente para la instalación de determinadas industrias que requieren, ya que de lo contrario resultan antieconómicas, un amplio mercado consumidor.

Un mercado consumidor interno de elevado poder adquisitivo, complementado con una exportación apreciable de productos del agro y de la industria, compensa un mercado numéricamente deficiente.

Nuestro país, si bien tiene zonas de alta concentración humana, estas zonas constituyen a modo de islotes a lo ancho y lo largo del territorio nacional.

Algunas zonas de considerable densidad de población, tales como el sector oriental de Margarita o determinados sectores del Táchira —el cordón de localidades que de Rubio llega a La Fría— tienen un débil poder adquisitivo, lo que explica la tendencia a la emigración de su población, atraída por sectores en desarrollo económico.

La integración geológica reciente

En los tiempos miopliocenos tuvo lugar la principal orogénesis andina y de las cordilleras del litoral del Caribe. Del todo erguidas las grandes montañas del occidente y del norte del país, se inició inmediatamente el desgaste de las mismas. Grandes masas de arcillas, arenas y gravas aluvionales se depositaron al pie de las elevaciones formándose diversos pies de monte de gran interés para el futuro agrícola. Al igual, se depositaron los mismos materiales en los valles de las quebradas y ríos de las zonas intermontanas, formándose terrazas fluviales y rellenándose cubetas. Grandes ríos transportaron y transportan parte de estos materiales a la gran llanura central, convirtiendo a la misma en un espacio propicio para la ganadería de carne, y, al asegurarse el riego, en una zona donde la agricultura comercial puede alcanzar gran desarrollo.

Si bien los movimientos orogenéticos no terminaron con el Plioceno, los que se produjeron posteriormente a esta época fueron de menor importancia.

A través de todo el cuaternario y en la actualidad, los procesos de erosión y sedimentación, en su constante hacer y deshacer, siguieron y seguirán. El Orinoco continúa su tarea de ir formando su inmenso delta. La costa del Caribe sigue levantándose. La erosión es intensa en las montañas del norte del país. Los movimientos sísmicos que de vez en cuando sacuden las tierras del norte del Orinoco, no nos permiten olvidar que gran parte del territorio nacional no ha alcanzado su estabilidad. El terremoto de Caracas del 29 de julio de 1967 recordó a sus pobladores esta verdad. Sólo la Guayana que tiene como base las rocas arcaicas que integran un escudo, constituye la parte inmutable de nuestro territorio a

través de las eras geológicas. Únicamente el proceso lento, pero efectivo, de la erosión a través de los millones de años ha dado a las tierras guayanesas las formas exteriores —tepui (altas mesetas); hundidos y encañonados valles...— que nos muestran.

No hay ningún país en el cual exista unidad de integración geológica. Esto se ha de ver como una ventaja, dado que proporciona al país una diversidad de suelos y rocas y por consiguiente, una diversidad de posibilidades económicas. Si las rocas más antiguas de origen ígneo proporcionan a Venezuela yacimientos minerales de sumo interés —hierro, níquel, cuarzo aurífero...— en las rocas sedimentarias se encuentran el petróleo, el gas, el carbón, las calizas, etc. Los suelos aluviales recientes constituyen, en muchos lugares, buenos suelos agrícolas.

El aspecto orográfico

El relieve venezolano puede aparecer como simple en un principio; pero cuando se estudia con detenimiento este aspecto de nuestra geografía, se hace evidente su complejidad.

Los sistemas montañosos del norte se caracterizan por no formar un todo continuo. La individualización de las cordilleras permite que existan pasos bajos —abras, amplias depresiones, collados— entre ellas que favorecen las relaciones humanas. Únicamente la Cordillera de Mérida, por su gran desarrollo tanto longitudinal (400 km) como por su altitud (Pico Bolívar, 5 007 m), ha constituido un serio obstáculo a las comunicaciones entre los Llanos y las tierras que rodean el Lago de Maracaibo. Tradicionalmente, este inconveniente era vencido por los caminos que, partiendo de los Llanos, buscaban la Altiplanicie de Barquisimeto, al norte de la cordillera, para seguir luego por las áridas sabanas de Carora y llegar a la orilla del lago. Esta vía buscaba las tierras lacustres por el lugar de contacto de la Sierra Jirajara con el extremo NO de la Cordillera de Mérida. Con todo, las relaciones humanoeconómicas entre los Llanos y las tierras del lago han sido a lo largo de la historia de escaso volumen; el imponente obstáculo orográfico lo ha impedido. Es en tiempos muy recientes cuando las modernas carreteras han minimizado el obstáculo. El complejo formado por los surcos orográficos que recorren los ríos Motatán, Chama, Mocotíes y Grita ha prestado desde los tiempos prehispánicos un gran servicio a las relaciones humanoeconómicas de los habitantes de la cordillera citada.

El sistema costanero del centro-norte del país se encuentra separado del sistema de la Formación Lara-Falcón por la depresión del Turbio-Yaracuy; una depresión tectónica que facilita la relación entre los Llanos y el litoral del Caribe. El alemán Nicolás Federman, en su primer viaje (1531), utilizó, al retornar de los Llanos a Coro, este curso.

La Cordillera del Caribe presenta varios pasos: el Campo de Carabobo, el Abra de La Puerta, el Abra de las Trincheras, el Abra de Catia, la Cortada del Guayabo. Estos pasos permiten una intercomunicación de norte a sur a través de la Cordillera; y lo que es más importante, la relación

entre sí de los grandes valles altos interiores de la cordillera: Valles de Aragua, Valle de Caracas, Valles del Tuy. En el caso particular de Barlovento, una llanada muy extensa y abierta al mar, éste puede comunicarse fácilmente con el Valle de Caracas, gracias al abra que existe al norte de Petare. El conjunto de facilidades que ofrece el relieve de la Cordillera del Caribe y las relaciones humano-económicas, fue el factor que más contribuyó a su integración en una gran franja donde las zonas económicas están estrechamente interrelacionadas.

La Cordillera del Caribe en su formación norteña, la Cordillera de la Costa, desciende en altitud de oeste a este a partir del Pico de Naiguatá (2 765 m) hasta hundirse en el mar en el Cabo Codera. La Serranía del Interior, fila meridional de dicha cordillera, se transforma a partir de las cercanías de la Albufera de Unare, en una serie de pequeñas elevaciones que si bien limitan por el norte la Cuenca del Unare, no constituyen obstáculo alguno para las comunicaciones de la llanura de esta cuenca con el litoral. Por otra parte, las elevaciones que rodean por el este, sur y oeste la Cuenca del Unare son de tan poca altitud que tampoco dificultan las comunicaciones.

La pobreza de los suelos de las Mesas que comparten los Estados Anzoátegui y Monagas, si bien por su relieve no constituían inconveniente alguno para las relaciones humanas, hizo de las mismas unas tierras de nadie que separaban los Llanos de Monagas de los otros Llanos. Resultaba penoso el cruzar las Mesas en los tiempos en que se contaba únicamente con el transporte de recua. La riqueza petrolera del subsuelo cambió la característica económica de las Mesas; y el trabajo del hombre, al construir las carreteras a través de las mismas, hizo que se integraran en la vida activa del país. En la actualidad, está tomando auge el cultivo del maní y se prevé que lo mismo puede ocurrir con el merey; lo cual pone de manifiesto que « no existen suelos malos »; se trata, en todo caso, de encontrar para qué sirven.

El Macizo Oriental únicamente presenta de sur a norte un paso alto y difícil que cruza la montaña a 1 100 m de altitud. Esto ha hecho que las relaciones entre las tierras de Monagas y el litoral del Golfo de Cariaco se hayan realizado con dificultad impidiendo una mejor relación humano-económica. Modernas carreteras rodean el macizo, con lo cual se han intensificado las relaciones humano-económicas.

El conjunto de las abras y collados prestan al país el mismo servicio que un sistema de tuberías que relacionen varios tanques entre sí. Estas abras y estos collados cumplen la misión de hacer efectiva la ley de los vasos comunicantes entre las zonas pobladas (los vasos) del norte del país. Es claro que la existencia de **presiones** hace que la corriente humana —las migraciones interiores— tiendan a ir hacia una dirección o a otra a través de las abras y collados. Estas **presiones** tienen un carácter predominantemente económico; pero no exclusivamente económico.

El estrecho contacto entre la montaña y la costa desde Puerto la Cruz a Cumaná, semejantemente a lo que sucede con la Cordillera del Caribe

desde Puerto Cabello a Cabo Codera, ha dificultado, cuando no impedido del todo, la relación por tierra entre los diversos valles costaneros. La carretera que relaciona a Puerto la Cruz con Cumaná es de muy reciente construcción y ha venido a resolver un problema que demoró la interrelación entre la cuenca del Unare y la cuenca del Golfo de Cariaco.

La Formación de Paria, desde Punta Araya hasta Punta Piedras, se desarrolla en un muro orográfico que se eleva paulatinamente de oeste a este, pero que presenta diversos pasos bajos que han facilitado la interrelación humana a través de la misma, especialmente en su parte central.

Dejando por el momento de hablar del obstáculo que ha representado el Orinoco en las relaciones entre la Venezuela meridional y la Venezuela septentrional, hemos de presentar el Macizo de Guayana como un serio obstáculo a las relaciones humanas a través del mismo. Si las elevaciones y las profundas hondonadas que las separan, impiden un paso franco de oeste a este, el escalonamiento natural que el macizo presenta de norte a sur —buena prueba de ello son los saltos y raudales de los ríos que del macizo descienden para ir a desembocar al Orinoco— ha dificultado y dificulta enormemente la penetración. Únicamente el sector de las tierras regadas por el Yuruari-Cuyuní, separadas de las tierras que avanan al Orinoco por una divisoria de aguas casi imperceptible, han dificultado a lo largo de la historia la penetración desde las riberas del Orinoco.

El clima

La ubicación de Venezuela en la franja norte de la zona intertropical y su fachada al Caribe le dan, hasta cierto punto, las bases de un clima en cierto modo parejo. Una temperatura semejante durante todo el año en concordancia con la altitud; la acción constante de los vientos alisios del NE en su fachada marítima; la existencia bien determinada en la mayor parte del territorio nacional de una época de lluvias y otra de sequía; una humedad relativa alta en todo el país y unas horas de luminosidad muy semejante durante todo el año, contribuyen a dar cierta relativa uniformidad al país en el aspecto climático. No obstante, en las diferencias climáticas locales, por otra parte notorias, está la razón de una diversidad fitográfica que repercute eficazmente en los aspectos humanoeconómicos.

Existen en el país zonas de altas precipitaciones (medias de hasta 4 500 mm), donde la época de sequía se nota muy poco. Otras regiones reciben escasas precipitaciones (menos de 300 mm de media) dando al paisaje un aspecto semidesértico. Si en las tierras bajas y llanas suele existir un solo mes-punta de lluvias, en las regiones de montaña son dos los meses-punta. La temperatura varía de acuerdo con la altitud y por consiguiente, aparecen en sucesión escalonada los pisos térmicos desde el tropical hasta el gélido.

La tendencia del hombre por lo que se refiere a su ubicación en los tiempos de la Colonia, fue de situarse preferentemente en los valles altos de las montañas del norte, donde junto a tierras feraces podía gozar de

una temperatura más fresca que en las tierras bajas. Esta temperatura le permitía cultivar plantas útiles traídas de la Península. Bien pronto y por razones eminentemente económicas —cultivo del cacao, ganaderías de carne...— pasó a poblar las tierras bajas. Se situó en la costa por razones comerciales y de pesca; o bien, pasó a fundar hatos en los pies de monte de la Cordillera de Mérida y de la Serranía del Interior, donde las tierras eran fértiles y abundante el agua. Se podría decir que al terminarse la Colonia dominaban en las tendencias de poblamiento del país tres « líneas »: la costanera; la de los valles altos de las montañas del norte y del este, y la de los pies de monte de estas formaciones orográficas con relación a la gran llanura central. Poblados aislados como los de Calabozo, Pariaguán, Angostura y San Fernando, respondieron a motivos económicos locales de tipo ganadero comercial. Estos centros eran verdaderos puestos de avanzada de una economía en marcha.

El poblamiento de las tierras bajas y por consiguiente cálidas (medias entre 27° y 28°), demostraba que las mismas reunían condiciones aceptables para la instalación de colectividades humanas. Sin duda, existían las enfermedades tropicales en estas tierras bajas y cálidas; y aun en los valles intermontanos y en la propia costa. No era el clima el culpable de estas enfermedades, sino los escasos conocimientos en medicina preventiva y curativa de la época. Se ha de recordar que, hasta entrado nuestro siglo, también grandes epidemias arrasaron a Europa.

Vencidas varias de las enfermedades endémicas y principalmente el paludismo, la vida del hombre en las tierras bajas y cálidas se desarrolla normalmente. Podemos tomar el ejemplo del Estado Cojedes, donde casi toda su población se halla en tierras cálidas y bajas. En esta entidad y en 1941, la mortalidad fue del 37 por 1 000 habitantes, debido principalmente al paludismo endémico; en 1959 se había reducido la mortalidad al 14 por 1 000.

En 1965, la mortalidad en toda Venezuela había descendido a 7,09 por 1 000 h. En 1967, se estimó el promedio de vida del venezolano en 70 años.

El aspecto hidrográfico

El sistema hidrográfico de nuestro país y en cuanto a su función con las relaciones humanas, es sumamente interesante de analizar. Existe un eje fluvial, el del Apure-Orinoco, que separa la Venezuela del norte de la Venezuela del sur. Al norte de este eje fluvial los ríos que afluyen al mismo presentan la dirección NO-SE, tratándose de aquellos que se originan en la Cordillera de Mérida y cruzan los Llanos Altos occidentales; y de N-S, si se refiere a los que se originan en la Cordillera del Caribe y atraviesan los Llanos Altos centrales. Un eje fluvial, el Cojedes-Portuguesa, separa ambos sistemas fluviales. El eje Codejes-Portuguesa recibe por el O afluentes con la dirección NO-SE y por el este, afluentes con la dirección N-S. El conjunto de ambos sistemas fluviales dificulta las relaciones de oeste a este a través de los Llanos Altos. Las vías tradicionales o modernas que

han querido vencer estos obstáculos, han sido trazadas por los pies de monte; nunca por el llano abierto. Las vías de penetración a estos llanos se han trazado de acuerdo con la dirección de las corrientes fluviales.

En los tiempos coloniales y durante la república, repetidamente se ha tratado de utilizar la vía fluvial Orinoco-Apure. La falta de un desarrollo humanoeconómico importante en los extremos de esta vía acuática y en las riberas de la misma, ha hecho fracasar los proyectos. La navegación realmente activa por el Orinoco, en la actualidad se realiza entre el Atlántico y ciudad Bolívar.

Al sur del eje Apure-Orinoco las corrientes fluviales siguen dos direcciones de un todo diferentes. Los ríos que avanzan por el sur del Apure marchan paralelamente al mismo y de O a E por tierras de casi nulo desnivel. La falta de desnivel provoca en la época de lluvias las grandes y periódicas inundaciones de los Llanos Bajos. Los ríos que del Macizo Guayanés van a desembocar al Orinoco mantienen la dirección S-N; o en el oeste (Territorio Amazonas), de E a O. Son ríos de curso sumamente quebrado que impiden la navegación por largos trechos. El sistema fluvial de la cuenca del Orinoco dificulta el establecimiento de un sistema vial por tierra que facilite las interrelaciones humanoeconómicas. No obstante, en la actualidad avanza la construcción de la carretera por la margen sur del Orinoco que enlazará con la que se construye a partir de Puerto Ayacucho hacia el norte.

El Orinoco separa a dos Venezuelas que a través de la historia parece como si apenas se conocieran. El Orinoco ha actuado más como un foso que como un medio de comunicación. El Orinoco, que corre en gran parte de su recorrido, de oeste a este, es un río ancho y caudaloso —el caudal en Ciudad Bolívar oscila entre 8 000 mm³ y 30 000 mm³ por segundo— en cuyas orillas presenta grandes extensiones que el río cubre en las épocas de crecida. El puente sobre el río en las proximidades de Ciudad Bolívar, ha establecido la comunicación por « tierra » entre las dos Venezuelas. Otro puente cruza el Caroni.

Al norte del Orinoco se extienden los Llanos y las Mesas, y al sur las tierras de Guayana. Estas grandes regiones tienen una población numéricamente muy reducida. El Orinoco separa, por consiguiente, inmensos paisajes venezolanos con una economía productora y consumidora sumamente baja. **Un obstáculo es tanto más obstáculo cuanto menos desarrollada se halla la economía de las tierras que el obstáculo separa.** Puede argüirse válidamente que recientemente y gracias a la explotación del mineral de hierro guayanés y a la instalación de grandes industrias —siderúrgica y producción de aluminio— ya existe potencialmente el factor favorable que puede reducir y aun anular el Orinoco como obstáculo. La reciente construcción del puente demuestra el cambio humanoeconómico. La construcción del puente ha sido una consecuencia y no una causa.

No todas las corrientes fluviales situadas al sur del eje Apure-Orinoco pertenecen a la cuenca de este último río. Por una parte, se tiene el tramo

superior del Orinoco, cuyas aguas sólo parcialmente se mantienen en el río, ya que parte de ellas a través del Casiquiare, se dirigen por el Río Negro al Amazonas. Otro caso es el de la cuenca Yuruari-Cuyuni; independientemente en un todo de la cuenca del Orinoco.

En ambos paisajes geográficos, a pesar de que la dirección que llevan sus aguas puede hacer parecer que se trata de paisajes disociados de los de la cuenca orinoquense, se mantienen en relación humanoeconómica con la misma. El primero —el Alto Orinoco y las tierras del Cariquiare— en una forma muy rudimentaria, debido a la escasa población y poco desarrollo económico, ya que lo alejado de los mercados consumidores así lo determina. En el caso de la cuenca Yuruari-Cuyuni, las relaciones humanoeconómicas con las tierras del Orinoco son sumamente activas ya que la cuenca es parte integrante de la zona económica del oriente de Guayana; zona esta que está destinada a ser una de las más potentes del país, gracias a los minerales que posee, a los saltos de agua, a las formaciones forestales y a sus sabanas. El Orinoco actúa de brazo marítimo para estas tierras. Desde la época de los capuchinos catalanes esta zona ha estado en actividad económica; pero, se había mantenido muy apartada del resto del país, debido a que el Orinoco le brindaba rápida y cómoda relación con el exterior. Los nuevos sistemas de vialidad por tierra y aire han establecido el intercambio económico y humano con el resto del país.

Las elevaciones del Macizo Oriental y de las Mesas influyen de tal manera sobre la hidrografía que, en realidad, constituyen conjuntamente unos paisajes distribuidores de aguas fluviales hacia los cuatro puntos cardinales. Por su importancia se han de señalar los ríos —San Juan, Guarapiche, Guanipa, Tigre, Morichal Largo...— que van del Macizo y de las Mesas cruzando de O a E —o de SO a NE—. Los Llanos de Monagas y los que aportan sus aguas al Unare; entre los que descuella el Güere. La cuenca del Unare es independiente de toda otra, pero como ya se ha señalado al hablar de la orografía, esta cuenca eminentemente llana sólo está separada de los Llanos por elevaciones de escasa magnitud —unos 200 m—; altitud que no impide las relaciones humanoeconómicas entre las Llanuras de Unare y los Llanos.

La Cordillera del Caribe presenta una cuenca endorreica: la del Lago de Valencia. Esta cuenca se relaciona en forma relativamente fácil con otras tierras cercanas a través de abras y pasos por la montaña; no existe, por lo tanto, aislamiento. Un río, el Tuy, tiene una cuenca propia e independiente y riega dos regiones, los Valles del Tuy y Barlovento, y recibe las aguas del Valle de Caracas. Tradicionalmente, estas tres regiones se han mantenido en estrecha relación humanoeconómica.

La Formación Lara-Falcón presenta la peculiaridad hidrográfica de que sus ríos están dominados por la dirección S-N; mientras los ejes de las montañas presentan un rumbo de O a E con ligera inclinación hacia el norte. Muchos de los ríos que cruzan esta región nacen muy al interior; incluso, como sucede con el Tocuyo, en la Cordillera de Mérida; y cortan las serranías que encuentran a su paso en busca del mar. Las tierras

tradicionalmente relacionadas con otras regiones son las de la Altiplanicie de Barquisimeto. Precisamente aquellas cuyas aguas a través del Río Turbio se dirigen a los Llanos. Cabe hacer mención de que el Río Turbio descende a la depresión que por el norte es recorrida por el Yaracuy y por el sur por el propio Turbio; este hecho ha favorecido el desarrollo agrícola que está experimentando dicha extensa y fértil depresión.

El sistema hidrográfico de la cuenca del Lago de Maracaibo está integrado por el propio lago y los diversos ríos que nacen en el Arco Andino; arco que por el norte se abre al Caribe. La afluencia de las aguas fluviales a un centro, en este caso el Lago de Maracaibo, y la magnitud de las montañas del arco han contribuido poderosamente, a través de la historia, a que tanto las tierras bajas de la cuenca como las montañas que la integran, se hubieran mantenido un tanto marginadas del centro-norte del país. Este centro-norte, al fin y al cabo, constituyó el núcleo alrededor del cual se integró Venezuela. La existencia de la Cordillera Oriental Andina que en Venezuela recibe los nombres de sierras de Motilones, Perijá, Valledupar y Montes de Oca, ha prestado un gran servicio a la integración territorial de la nación, ya que fue el obstáculo natural que impidió que nuestras tierras occidentales pudieran quedar bajo la dependencia del vecino país.

La prolongada fachada que presenta Venezuela al mar permitió que desde los primeros tiempos de la Conquista, y aun antes de ella de acuerdo con el parecer de los etnólogos, se establecieran relaciones humano-económicas entre los diferentes sectores venezolanos en comunicación más o menos directa con el mar. Unas islas —Margarita, Cubagua y Coche— y la Península de Paraguaná, cuyo extenso istmo de médanos dificultaba sus relaciones por tierra, mantuvieron normales relaciones humano-económicas desde los tiempos prehispánicos con otros sectores del país. Por lo que Paraguaná se refiere, estas relaciones, debido al inconveniente que representaba el istmo para el buen manejo de las mismas, se desviaron mucho hacia las próximas islas de soberanía holandesa. La carretera que en la actualidad pasa por el istmo, ha constituido un poderoso factor de relación entre la península y tierra firme.

La integración humana

En **Cultura Universitaria** —número 45, septiembre-octubre de 1954— publicamos una nota bibliográfica referente a la obra **Estudios de etnología antigua de Venezuela**, del Dr. Miguel Acosta Saignes. En esta nota hicimos especial mención de cómo las áreas culturales prehispánicas de Venezuela a que se refería el doctor Acosta Saignes, presentaban una notable relación con la división del país en regiones naturales. Podríamos añadir que entre aquellas áreas culturales, y así lo ha precisado el propio doctor Acosta Saignes, existían interesantes relaciones humano-económicas. En nuestro trabajo « Los caminos de la sal » —**Revista Shell**, diciembre de 1953— creemos haber demostrado cómo el mercadeo de este esencial producto,

contribuyó poderosamente a las relaciones humanoeconómicas en la época prehispánica y posteriormente.

Los aborígenes que poblaban a Venezuela antes de la llegada de los conquistadores, estaban en muchos lugares establecidos en forma permanente (población sedentaria) y ocupando rancherías. Muchos de estos poblados constituyeron la base humana de las fundaciones que realizaron los recién llegados. Se puede afirmar que muchas localidades, tales como Acarigua, Mérida, San Cristóbal, Barquisimeto, etc., ya existían antes de la llegada de los hispánicos y que éstos lo que hicieron con sus fundaciones protocolarias fue darles personalidad legal de acuerdo con las Leyes de Indias. Los indígenas que ocupaban los poblados suministraron la mano de obra de las actividades económicas que iniciaron los conquistadores al convertirse en colonizadores. El contacto de los peninsulares con los indígenas produjo la desaparición de gran número de estos últimos por muerte (violenta o por enfermedades) y por fugas ; pero también contribuyó a que se produjera un intenso mestizaje.

El indígena en la época prehispánica, ocupaba todo el territorio nacional ; el hispánico, desde que puso su planta en el país, inició la ocupación con deseo de que ésta fuera integral para todo el territorio. Cabe hacer mención que después de los siglos transcurridos aún existen amplias regiones donde puede afirmarse que el no indígena se encuentra ausente. El deseo de conquistadores y colonizadores de integrarse plenamente con el territorio sólo se logró parcialmente.

La inmigración europea en la Colonia provino preferentemente de las tierras peninsulares de lengua española, aunque también entraron portugueses. Con la Compañía Guipuzcoana (1730), llegaron los vascos ; y con la Compañía de Comercio de Barcelona (1778), los catalanes.

Puede verse la introducción de los negros en calidad de esclavos, como el intento de dotar de mano de obra a una naciente agricultura de carácter comercial : la del cacao. De acuerdo con esta finalidad, fueron colocados en las regiones que interesaba poner en actividad económica. Las tierras que el colonizador deseaba que entraran en producción estaban situadas en las regiones macrotérmicas y húmedas del norte del país ; precisamente aquellas tierras que tenían más semejanza a las de origen de los recién traídos. Ello constituyó un factor favorable a la aclimatación del negro en nuestro territorio nacional, y fue el único aspecto con el que se evitó dañar a los recién llegados. Pronto entró el hombre de color en la casa de sus patronos en calidad de servicio doméstico ; lo cual permitió que el negro pasara a residir en pisos térmicos más altos situados, preferentemente, en el piso térmico subtropical. La penetración del negro en la vida doméstica del blanco, dio lugar a una intimidad que en muchas ocasiones facilitó el cruce de sangre ; con lo cual se originó un nuevo mestizaje.

Con el tiempo, el mestizaje se complicó extraordinariamente y gracias al mismo, según nuestro criterio, se sentó una de las principales bases de la democracia social venezolana. El amor, aunque ilícito en muchos casos, contribuyó poderosamente a que en Venezuela no existan problemas de los

denominados raciales. Esta tendencia a una integración tan profundamente humana ha sido un gran beneficio para el país.

Las corrientes inmigratorias del exterior no alcanzaron importancia sino a partir de 1944, por lo que al total de la república se refiere. Anteriormente, determinadas zonas habían recibido importantes contingentes de inmigrantes en determinadas épocas. Tal es el caso de la constante entrada de colombianos en el Táchira; de grupos de antillanos en la zona del oro de Guayana, en la segunda mitad del siglo pasado; de corsos que se situaron en varios lugares del país (Guayana; Trujillo; Táchira; Valle de Caripe, en Monagas) a últimos del siglo XIX y principios del actual. El grupo inmigrante alemán que quedó enquistado (1843) en la Colonia Tovar, hoy Tovar de Aragua, es un caso especial en que no se produjo por largo tiempo mezcla con el criollo.

A partir de 1944 y hasta 1959, los saldos migratorios fueron ampliamente positivos; en 1960 se experimentó un fuerte saldo negativo y los datos que se tienen posteriores, señalan evidentes signos de que el saldo negativo se mantiene, o es positivo en grado mínimo. La residenciación de extranjeros está en la actualidad muy controlada. Una parte muy importante de la inmigración de 1948 a 1959 era inmigración golondrina, o sea, una inmigración de temporada; otra parte de esta inmigración constituida mayormente por elementos masculinos, permanecía unos años en el país y retornaba al lugar de origen. Con todo, numerosos grupos familiares y parte de la inmigración soltera que llegó al país a partir de 1944, se residenciaron plenamente en él y han constituido sus hogares en el mismo; o sea, que han pasado a integrar la población venezolana. La cifra de nacionalizados en estos grupos es bastante elevada. Basta señalar que en 1941 el tanto por mil habitantes de nacionalizados era de 1,0, y en 1961 de 10,0.

Referente a las migraciones interiores se constató entre 1941 y 1950 una fuerte corriente migratoria del campo a los grandes centros urbanos, especialmente al área metropolitana de Caracas. Otros sectores de atracción fueron la zona norte de la depresión de Maracaibo, los valles de Aragua, la costa occidental de la Península de Paraguaná, las Mesas, el sector Barcelona-Puerto La Cruz, etc. En los más de estos sectores jugó un papel determinante la explotación petrolera. La integración humana se fue realizando en las grandes concentraciones urbanas donde la mezcla de sangre vino acompañada por una interrelación económica muy estrecha. Sólo es de lamentar que este proceso, que queremos calificar en general de positivo, ocurriera en contra de una mejor distribución de la población en el territorio nacional y de un desajuste humanoeconómico entre las concentraciones citadas y los grandes espacios nacionales.

Al hablar de la integración geograficoeconómica, nos referimos de nuevo a las migraciones interiores.

La integración geograficoeconómica

Un país con inmensos espacios casi despoblados y por consiguiente sin una economía activa, tiene que orientar su política humanoeconómica hacia

una mejor distribución de su población y por consiguiente, de las actividades económicas. En Venezuela, al igual que en todo país con una economía nacional en formación, se tendió a dar más importancia a los polos económicos que a las zonas económicas. De aquí, que las vías de comunicación fuesen planificadas pensando más en relacionar los centros poblados que en poner en marcha las zonas de potencialidad económica. Dicho de otra forma, la integración geografico-económica se intentó realizarla con base a los centros económicos tradicionales o surgidos recientemente debido a la producción o industrialización del petróleo; y no se puso el pensamiento en las grandes zonas económicas en que el país puede dividirse. Durante largo tiempo, el centro económico de Caracas dominó en forma casi absoluta; en el sentido que se buscaba que la capital constituyera el centro del sistema vial del país. Posteriormente, se pensó en una especie de cuadrícula vial que cubriera todo el país. En ninguno de los casos se tuvo en cuenta que la función de un sistema de vialidad ha de estar relacionada con las zonas económicas en rendimiento y con los espacios económicos en potencia. En los tiempos más recientes, se han corregido progresivamente las anteriores normas y se están construyendo modernas carreteras que cruzan territorios « nuevos » con el objeto de ponerlos en rendimiento económico.

Siempre hemos creído que ha sido una gran suerte para Venezuela que el oro de Guayana no se descubriera sino hasta la mitad del siglo pasado. Si los conquistadores o los colonizadores lo hubieran descubierto, es muy posible que el Orinoco fuera hoy la frontera entre Venezuela y otra república situada al sur del río. Lo tardío del descubrimiento de la riqueza aurífera de Guayana fue, a nuestro criterio, favorable a la integración del actual territorio nacional. Contra la integración a Venezuela del sector SE de Guayana, se ejerció la acción de Gran Bretaña. El resultado de esta acción es la actual situación de la Guayana Esequiba ocupada por Guayana y reclamada por Venezuela.

Las zonas económicas tradicionales de nuestro país se hallaban en la fachada norte de cara al Caribe. Las tres franjas de población que hemos indicado anteriormente respondían a tres tipos de economía estrechamente relacionados entre sí. La guerra de la independencia y las luchas posteriores desarticulaban el sistema geografico-económico de la Colonia, o sea, el de las tres franjas. La franja del pie de monte llanero eminentemente ganadera y secundariamente agrícola, quedó destrozada; ya que se perdió la mayor parte de la riqueza ganadera y desaparecieron determinados cultivos (tabaco, añil). La mano de obra fue diezmada y los hombres de empresa, los que dirijían hatos y haciendas, los que hoy llamaríamos ejecutivos, abandonaron en gran número esta franja.

Hasta que no se entra en la época del petróleo, la economía nacional se mantuvo preferentemente con base a las dos primeras franjas: la de las montañas del norte (café) y la costanera (cacao).

La actividad ganadera en los Llanos permaneció durante mucho tiempo

en forma desorganizada. El empirismo, para no decir el primitivismo, dominaba esta actividad. Las estadísticas (?) de otras épocas nos dan cifras en ocasiones tan abultadas —en 1858, 12 000 000 de cabezas de vacunos— que son francamente absurdas. En otra ocasión y en un sólo año de diferencia (1887 y 1888), se hizo pasar la cifra de 6 687 041 cabezas de vacunos a 8 476 291. ¡ Un aumento de 1 789 250 cabezas en 12 meses !

No es sino hasta tiempos muy recientes que la ganadería —especialmente la de la leche— empieza a desarrollarse de acuerdo con normas técnicas y que la economía ganadera va tomando características de seriedad. De esta manera, puede decirse que se están integrando, aunque en forma forzosamente lenta, unas zonas económicas llaneras y otras zonas del país —SO del Lago de Maracaibo, Sabanas de Carora...— con base a una ganadería tecnificada.

La franja de pie de monte llanero se está recuperando ostensiblemente, especialmente por lo que de refiere al pie de monte de los Llanos Altos centrales y occidentales. Las explotaciones agrícolas de tipo comercial (maíz, ajonjolí...) y la silvicultura son por ahora, sus principales actividades económicas. La ganadería constituye la tercera actividad. Estas tres actividades han vitalizado el mercado en la propia franja.

Los sistemas de riego han cambiado la economía de diversos sectores. Tal es el caso del sistema de Calabozo donde la agricultura (arroz...) cubre grandes extensiones que antes eran ocupadas por la cría de vacunos.

Las explotaciones petroleras que más tarde se ampliaron con la industrialización del producto en el propio país, vinieron a crear por razones de origen geológico y no geográfico, unas zonas de intensa actividad en la cuenca de Maracaibo, en los Llanos Altos centrales, en las Mesas y en los Llanos de Monagas ; aparte de otras zonas de menor importancia. Durante cierto tiempo, estas explotaciones petroleras —los campos petroleros— y más tarde las zonas de industrialización y las de embarque del crudo y productos refinados, atrajeron grandes contingentes de población, población que en una mínima parte dependía de las actividades petroleras y en gran parte del comercio y otras actividades. Algunas de estas actividades no muy recomendables —centros de prostitución, expendios de licor, etc.— surgieron de improviso como consecuencia de una intensa circulación de dinero en dichas zonas petroleras. Las zonas de explotación e industrialización del petróleo, más que constituir franjas económicas, han formado « manchas » económicas en el mapa nacional.

En la actualidad existen tres casos de intensa atracción de población por razones económicas de singular interés : la zona minero-industrial (siderúrgica, aluminio...) del Caroní con fachada sobre el Orinoco ; la industrial (petroquímica, papel...) con centro en Morón y que al desarrollarse se relacionará cada vez más fuertemente con Puerto Cabello y las tierras del sur del Lago de Maracaibo. La segunda de estas zonas, por su proximidad a la parte central de la franja económica del centro-norte del país (actividades industriales de los Valles de Arauca, Valles del Tuy y Barlovento), tenderá a integrarse cada vez más con ella. La zona del Caroní

se ha de ver como la célula generatriz del desarrollo de la economía de Guayana y como una nueva zona económica de gran potencialidad e independiente de las franjas económicas tradicionales del norte del país y de las « manchas » económicas petroleras. Con la zona del Caroní, se inicia en Venezuela un notorio cambio en la distribución de las zonas económicas, ya que surge al sur del Orinoco un nuevo centro de interés.

Otro caso, el terreno, que cabe destacar es el de las tierras que rodean el Lago de Maracaibo. Al entrar en producción la región petrolera del norte de las mismas, las otras tierras regionales recibieron un impacto negativo que retardó fuertemente su normal marcha económica. A no tardar y gracias precisamente al auge económico de las tierras del norte con escasa producción de productos alimenticios, las tierras del oeste con centro en Machiques y las del sur con centro inicial en Santa Bárbara, entraron en producción y hoy se han convertido en zonas económicas cada vez más potentes. De Santa Bárbara, el polo económico pasó a El Vigía gracias a la Carretera Panamericana. La Carretera Panamericana y la de Machiques a La Fría en construcción compiten y competirán con ventaja con los transportes acuáticos. Esta competencia se ha hecho más evidente con la puesta en servicio del puente que delante de Maracaibo cruza el canal que relaciona el lago con la Bahía de Tablazo. En su conjunto, las tierras planas que bordean el Lago de Maracaibo constituyen una región con una economía cada vez más equilibrada aunque todavía deficientemente desarrollada. El establecimiento de una nueva petroquímica en el Tablazo y las obras de drenaje que se realizan en las tierras empantanadas del SO del lago, cooperarán al equilibrio.

Factores eminentemente geográficos fuerzan a las tierras del Táchira a mantener unas estrechas relaciones económicas y humanas con las vecinas tierras de Colombia. La superior cotización del bolívar venezolano con respecto al peso colombiano contribuye también en grado sumo a esta dependencia. En este caso particular, vemos que unos complejos factores actúan en contra de la integración humanoeconómica. Se ha de aceptar que la Carretera Trasandina primero y la Panamericana más tarde, contribuyeron a mejorar las relaciones y por consiguiente la interrelación entre el Táchira y el resto del país. Creemos que la carretera en construcción del Táchira a Barinas facilitará aún en mayor escala dicha integración. La problemática de las relaciones económicas fronterizas han hecho surgir programas de integración zonal entre Venezuela y Colombia. Sin duda, cualquiera solución que se quiera dar al problema desvirtuará inquietudes y celos; inquietudes y celos que sólo el tiempo podrán desvanecer.

Una revisión, aunque superficial, de las relaciones económicas entre las diferentes zonas del país permite darnos cuenta de que entre varias de ellas no existe mercadeo alguno. Por ejemplo: no existe comercio digno de mención entre Falcón y Monagas; entre el Zulia y Bolívar; entre Falcón y el Táchira; entre el Táchira y el oriente del país (Sucre, Monagas, Anzoátegui y Nueva Esparta). Cada una de estas entidades tiene mucho más tráfico económico con el exterior que entre sí. Esto es verdad, aun

prescindiendo del petróleo como artículo de comercio internacional. Es lógico, por consiguiente, que se estudie la forma de interrelacionar las economías de estas diferentes entidades, lo cual facilitaría la integración económica del interior del país; cosa esencial si se desea que la nación cuente con una economía estable.

La integración cultural

Deseamos dar al vocablo **cultural** el sentido más amplio. Si por una parte consideramos como formación cultural de las masas la elevación intelectual de las mismas y su formación profesional, por otro lado consideramos el término cultural como el exponente de un pensamiento colectivo que vea la comunidad nacional como una parte de la humanidad, pero con factores determinantes propios: antecedentes históricos comunes, la misma lengua, un proceso en marcha de integración étnica y, singularmente, un deseo de progresar en convivencia las diferentes regiones del país.

Cada región geográfica tiene una personalidad más o menos desarrollada; aunque no pueda decirse que coincide con los límites políticoadministrativos. Esta personalidad tiene que desplegarse de manera intensa con el objeto de que su contribución al conjunto nacional sea más completa. Se tendría que estudiar la conveniencia de reestructurar la división político-administrativa, con el objeto de hacerla más adaptada a las realidades geoeconómicas.

Cada región venezolana tendría que esforzarse para establecer la interrelación cultural con las otras regiones; sin esperar que las cosas vengán resueltas de la capital de la nación.

Hay que despertar en las masas el deseo de culturizarse que es lo mismo que integrarse a la dinámica social. Pero las masas tienen que ser conducidas, ya que por tradición creen que las manifestaciones intelectuales son algo que sólo puede interesar a las élites.

La verdadera integración nacional se ha de realizar sin olvidar la geografía y con la voluntad preparada para realizar el trabajo que a cada cual corresponda con la máxima **responsabilidad**.



Estudio de Caracas

El más complejo y profundo estudio sobre una ciudad de América latina patrocinado por el Consejo Universitario de la Universidad Central de Venezuela que preside el Rector, Doctor Jesús M. Bianco, realizado por 500 especialistas de diversas disciplinas y millares de estudiantes que participaron como auxiliares de investigación. Una obra que comprende ocho volúmenes divididos en diecisiete tomos de más de 300 páginas cada uno.

Coordinador general de la obra : **Doctor Rodolfo Quintero**

Volumen 1 Ecología vegetal y fauna. Atlas climatológico e hidrológico de la Cuenca hidrográfica del Valle de Caracas.

Coordinador del volumen : **Profesora Maruja Crema.**

Volumen 2 Marco histórico. Tecnología. Economía y actitudes hacia el trabajo.

Coordinador del volumen : **Profesor Rodolfo Quintero.**

Volumen 3 Población. Servicios urbanos.

Coordinador del volumen : **Profesora Amneris Tovar.**

Volumen 4 Estructura socio-ocupacional de la ciudad de Caracas. Clases sociales y su desarrollo en la sociedad venezolana. Dinámica de los grupos familiares en una sociedad subdesarrollada.

Coordinador del volumen : **Profesor Rodolfo Quintero.**

Volumen 5 Imagen literaria. Prensa especializada. Organizaciones religiosas. Actividades recreativas.

Coordinador del volumen : **Profesor Alfredo Chacón.**

Volumen 6 Personalidad. Lenguaje. Educación.

Coordinador del volumen ; **Profesora Graciela Sosa.**

Volumen 7 La salud y los problemas medicosociales.

Coordinador del volumen : **Profesor Hermán Méndez Castellano.**

Volumen 8 Gobierno y política.

Coordinador del volumen : **Profesor Antonio Moles Caubet.**

Completan esta obra monumental, ampliamente elogiada en los círculos científicos del continente y del mundo, un álbum fotográfico sobre la ciudad de Caracas realizado por Paolo Gasparini y un índice analítico de materias.

El **Estudio de Caracas** ya concluido y en proceso de edición (circulan más de cinco tomos) ha marcado una nueva etapa en las actividades de investigación no sólo en la Universidad Central y en Venezuela sino en diferentes países donde se le ha calificado de «obra modelo». Constituye una experiencia positiva que abre perspectivas para nuevas y ambiciosas realizaciones en el plano de la ciencia y la tecnología.

Solicítelo en la **Editorial de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela (EBUCV)**. Piso N° 9 de la Biblioteca. Universidad Central. Caracas, Venezuela.

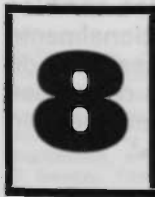
**Es una obra de interés para los estudiosos
y el público en general**

Fetichismo del petróleo

Aproximaciones a una sociología de la explotación petrolera en Venezuela

Decía Marx, en relación a ciertas regiones atrasadas de su país y de su tiempo, que « las calamidades heredadas procedentes de medios de producción ya superados, se juntan a las modernas, con su séquito de relaciones sociales y políticas antagónicas al espíritu de la época en que vivimos »¹. De igual manera, Venezuela experimenta la desarmonía combinación de su realidad tradicional latifundista con la foránea explotación petrolera. Esta realiza sobre aquella una profunda influencia multilateral llevada a tales magnitudes que, sin duda, conduce justamente de « una a otra Venezuela ». No se trata de que la realidad latifundista se transforme en sustancia, sino que su posición y papel histórico adquieren dimensiones diferentes.

De ese modo, las calamidades colectivas provenientes del latifundio ahora, con el petróleo, se juntan a las calamidades modernas, propias de los efectos del capitalismo monopolista para los países atrasados. En tales circunstancias, a la explotación extensiva de la tierra se junta la explotación intensiva del subsuelo; a la explotación extensiva-exhaustiva feudal del hombre, se une la explotación intensiva y foránea del hombre; a las relaciones productivas feudales internas, se agregan superdesarrolladas relaciones productivas capitalistas externas; a una técnica excesivamente precaria, concurre la más evolucionada en la esfera mundial, al dominio de la oligarquía terrateniente criolla y comercial, principalmente externa, se suma la integral absorción de la oligarquía financiera extranjera. Todo esto tiene una extraordinaria complejidad, pero no obstante ella, se podría simplificar diciendo que el petróleo introduce la convivencia de dos órdenes estructurales y la base inductora de una tercera modalidad. Hacemos referencia a los órdenes feudal y capitalista imperialista y al capitalismo nacional.



Una comparación entre la economía nacional prepetrolera y la que introduce la explotación del petróleo, esquemáticamente puede expresarse en pocos términos. Monopolio feudal de la tierra frente a concentración capitalista de la producción y del capital; oligarquía terrateniente, sobre la base del

1. Marx, Carlos: El capital, t. I, p. 65.

Abogado y doctor en Derecho por la Universidad Central de Venezuela. Profesor de Sociología de la Facultad de Ciencias económicas y sociales y de la Facultad de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela. Asesor del Instituto de Investigaciones de ciencias económicas y sociales.

Última publicación: Dialéctica del subdesarrollo. En prensa: Venezuela: latifundio y subdesarrollo.

monopolio territorial feudal, frente a oligarquía financiera, sobre la base de la fusión capital industrial y capital bancario; exportación de materias primas y productos alimenticios frente a exportación de capitales y de bienes industriales; Venezuela como parte del mundo repartido entre las asociaciones monopolistas internacionales frente a esas asociaciones monopolistas mundiales; el país dentro de la esfera imperialista norteamericana frente a la terminación del reparto del mundo entre las más importantes potencias capitalistas³. Si estas características las expresamos en términos de dinámica histórica real, cabe decir que ocurre un proceso de múltiples adaptaciones o fusiones entre dos órdenes estructurales: uno interno y otro externo, con las consecuencias de la confección de una realidad diferente a las dos, conservadora en determinados sentidos, renovadora en otros; pero siempre deformada y de dominio de la estructura externa sobre la interna y su sociedad. Proceso de mezclas claramente percibido por Lenin cuando desarrolla sus ideas sobre el imperialismo, en las cuales siempre está presente el choque interestructural entre naciones dominantes y naciones dominadas. La exportación de capitales no es, por tanto, un simple desplazamiento económico. Ella conlleva, con signos de dramática histórica, los mundiales canales de la conquista y los mecanismos generales de adaptación a los moldes de la entidad conquistadora.

Pensamos que en esa forma de choque estructural también es concebida la relación entre países imperialistas y naciones subdesarrolladas por Paul Sweezy, quien, después de expresar su adhesión a la tesis leninista, sostiene que « la existencia o inexistencia del imperialismo puede probarse del modo más satisfactorio examinando la modalidad de las relaciones económicas entre los países avanzados y atrasados, y especialmente observando el proceso del desarrollo en los segundos »³. Posteriormente habla sobre « el impacto del imperialismo en el país atrasado », el cual resume señalando la explotación capitalista extranjera de los recursos naturales del país, con utilización de la más moderna tecnología; creación y desarrollo de sistemas de transporte conducentes al exterior; estancamiento industrial y quiebra artesanal; deterioro constante de la agricultura⁴.

En síntesis, los cuatro siglos de dominio feudal en la historia venezolana, son interrumpidos por la penetración del monopolio capitalista extranjero, con lo cual se desarrolla sobre nuestro país la preponderancia de la oligarquía financiera, el impacto de la exportación de capitales, y su transformación en importante zona socioeconómica integrada a la economía mundial de Estados Unidos. En este trabajo, por tanto, no haremos otra cosa que tratar de explicar cómo se producen en nuestro país los cambios operados por la economía imperialista sobre una realidad tradicionalmente agraria, tomando muy en cuenta, como lo indica Hilferding, que se trata de un proceso en el cual « se revolucionan radicalmente las viejas relaciones sociales, se desmorona el aislamiento agrario milenarío de las naciones sin historia, las cuales se ven arrastradas a la vorágine capitalista. »⁵

Formación economicosocial con base pluriestructural

En el sentido precedente, la constatación más general que puede inferirse de la penetración imperialista petrolera en Venezuela es que a partir de ella coexisten dos órdenes estructurales distintos y se consolida inducidamente una tercera organización estructural. El primero concierne al capitalismo monopolista, integrado internacionalmente a la concentración mundial del petróleo y a su explotación colonial y semicolonial. El segundo, de raigambre tradicional hispánica, pertenece al latifundio feudal, de relaciones pre-capitalistas. El último, finalmente, conforma un conjunto de relaciones capitalistas nacionales, fuertemente vinculadas a los órdenes anteriores. En consecuencia, el petróleo establece sobre Venezuela toda la complejidad de una estructura pluriparticular, con sus tres infraestructuras respectivas y unos márgenes estructurales de cierta flotabilidad social⁶.

Ese conjunto de relaciones productivas pluriestructurales constituyen la base económica sobre la cual se levantan todas las relaciones sociales que caracterizan a Venezuela y le otorgan su conformación contemporánea. Es así como se confecciona la totalidad concreta de nuestra actual formación economicosocial. Es decir, Venezuela, como sociedad global concreta, individualizada actualmente en la esfera del mundo, traza sus contornos históricos en la realidad impresa por la explotación petrolera. Bases estructurales, proyecciones superestructurales, canales de intercomunicación recíproca, intrincada confluencia de nexos y contradicciones, complejos desajustes y crecientes impulsos conflictivos, todo este conjunto centra en el petróleo su problemática más honda. Ese es el hecho fundamental: de él se deriva todo lo demás. Sin entenderlo, la Venezuela actual se nos torna inaccesible.

Composición de la contradicción fundamental de la sociedad venezolana

A las contradicciones fundamentales del capitalismo y de nuestro tiempo, hemos propuesto agregar la del subdesarrollo. Esta consiste en una realidad infraestructural precapitalista interna y capitalista externa que frena decisivamente el desarrollo de las fuerzas productivas nacionales⁷. Pues bien, la explotación petrolera introduce en Venezuela, concretamente, la composición básica en la red de contradicciones economicosociales que operan en

2. Para una caracterización del latifundio, véase nuestro trabajo «Revisión conceptual del latifundio», en la revista *Economía y Ciencias Sociales*, año VI, números 1 y 2, enero-junio de 1964. Para la caracterización de l'imperialismo, consúltese a Lenin: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, en *Obras escogidas*, tomo II.
3. Sweezy, Paul: *Capitalismo e imperialismo norteamericano*, p. 11.

4. *Ibidem*, p. 13-14.

5. Hilferding citado por Lenin: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, *Obras escogidas*, t. II, p. 433.

6. Esta terminología consúltese en Ramón Losada Aldana: *Dialéctica del subdesarrollo*, p. 73-75.

7. Losada Aldana, Ramón: *Dialéctica del subdesarrollo*, p. 93-98.

el país, todas las cuales, después de la explotación petrolera, mantienen una relación de dependencia con la contradicción fundamental de la Venezuela contemporánea: Se trata, como ya lo hemos expresado, de la contradicción entre unas relaciones productivas precapitalistas internas y capitalistas externas que frenan significativamente el desarrollo de las fuerzas productivas, y éstas, que pugnan por crecer y progresar.

Es importante destacar que esa contradicción tiene un aspecto principal y otro derivado. El primero es el cambio de las relaciones productivas, el segundo, las fuerzas de producción, ya que éstas pueden desarrollarse importantemente sólo con el cambio liberador de aquellas relaciones productivas. Este cambio consiste en la realización de una profunda transformación agraria y en la nacionalización del petróleo.

Además, dentro del aspecto principal de la contradicción, puede distinguirse todavía un lado principal y otro secundario. El primero es la dependencia externa, el segundo, las relaciones precapitalistas. De esta manera, ciñéndonos a este último aspecto, la reducción de la concentración fundamental se expresa en la que existe entre el país y el imperialismo.

Esa contradicción se manifiesta en la lucha de clases de todo el pueblo venezolano contra el imperialismo, el latifundio y la burguesía intermediaria. Ella contiene, pues, el nudo de la problemática venezolana y la situación que exige transformaciones profundas⁸.

Cambio del sector fundamental

Como es sabido, la historia tradicional del país se caracteriza por un dominio decisivo del latifundio sobre la vida nacional. La economía petrolera cambia radicalmente esta situación, pasando a ocupar el lugar prominente en la vida económica venezolana un tipo de explotación extraña a la organización social del país. De tal modo, el petróleo, operado por empresas extranjeras, filiales de grandes consorcios internacionales, se transforma en el eje de la vida venezolana. Como se comprende fácilmente, este fenómeno transfiere el control sobre nuestra sociedad hacia el exterior. El eje petrolero de nuestros ingresos es, asimismo, hasta hoy, el eje extravenezolano de nuestro proceso social.

Describamos ligeramente los efectos sobre nuestra agricultura latifundista, el ministro de Fomento en 1869, muy significativamente, escribía: «Nadie ignora que los venezolanos por punto general carecen de capitales circulantes. La agricultura, por ejemplo, en frutos mayores depende enteramente del comercio extranjero, de él recibe con elevado interés los fondos que ha menester para la limpieza de las haciendas, recolección de las cosechas y sustento diario de las familias. Por consiguiente el agricultor se encuentra sometido a la ley del prestador no sólo en cuanto a la utilidad o precio del dinero, sino en cuanto al valor mismo de los frutos. Si al cambiarse éstos en país extraño, se obtiene alguna ganancia, de seguro que ella no cede en provecho del productor. Apenas había algún propietario en actitud de sacudir la tutela, mandando él mismo a otra parte la producción

de su finca. Una cosa parecida tiene efecto con las demás producciones. Y he aquí otra de las causas del malestar de tantos cultivadores.»⁹

La transcripción anterior nos demuestra evidentemente que la economía latifundista venezolana ya había entrado en decadencia cuando penetra la economía petrolera, sin que esta afirmación pueda ser desmentida por ciertos auges tenidos por la producción agropecuaria antes de la explotación comercial del petróleo. La cita indica también que había una especie de oligarquía comercial extranjera que realizaba una notable explotación sobre los latifundistas, a cambio del financiamiento que tal oligarquía prestaba a la agricultura. Los beneficios obtenidos por esta actividad de financiamiento eran, a juzgar por las afirmaciones del ministro, realmente usurarios, lo que contribuía al estado de « malestar de tantos cultivadores ».

Nuestros fundamentales productos tradicionales de exportación han sido el café y el cacao, por lo cual es bastante significativo que las exportaciones declinen en una época de auge de precios, como era la que transcurría para el año 1926, después del cual esas exportaciones descienden, aunque es de advertir que ese descenso ocurre más pronunciadamente desde 1930, como se verá con posterioridad. La influencia que en esta declinación tiene el petróleo nos la muestran los comentarios de una publicación del Departamento de Comercio de los Estados Unidos. Allí se dice, en relación a nuestro país: « Durante 1926 la demanda de trabajo se desplazó de la agricultura hacia los campos petroleros, obras públicas y otros sectores, causando congestión en las ciudades y un notable incremento del costo de la vida. La demanda de trabajo incrementó los salarios hasta un nivel sin precedentes, especialmente en los campos petroleros. La partida de trabajadores de las haciendas ha sido tan extensiva que ha comenzado la agitación por parte de los propietarios de la tierra para lograr que el gobierno detenga los programas de construcción de carreteras y devuelva los trabajadores a las labores agrícolas.»¹⁰ A esto debe agregarse una serie de fluctuaciones cambiarías¹¹, la contracción mercantil internacional ligada a la crisis económica mundial y el empleo de la tierra como objeto de especulación y no como medio productivo¹², para obtener el cuadro causal de la crisis de la agricultura latifundista de exportación.

8. Arismendi, Rodney: Problemas de una revolución continental. Aquí explica este autor la contradicción fundamental de la sociedad uruguaya. Sobre la importancia de la contradicción fundamental, dice: « Los datos objetivos que predominan el carácter actual y las etapas de la revolución se condensan en la contradicción fundamental. Sólo comprendiendo las contradicciones en que se basa el autodesarrollo de la sociedad uruguaya y, especialmente, descartando la contradicción fundamental, dominante, tendremos una idea multilateral y profunda del alineamiento social y político de las fuerzas y una línea principal de actuación, para el proletariado. Esta contradicción establece, en el plano objetivo, las

premisas materiales de la revolución uruguaya. De aquí derivan las miras agrarias y antimperialistas de la revolución. »

9. Veloz, Ramón, citado por Armando Córdova y Héctor Silva Michelena: Aspectos teóricos del subdesarrollo, p. 131.

10. Córdova, Armando y Héctor Silva Michelena: Aspectos teóricos del subdesarrollo, p. 137.

11. *Ibidem*, p. 137-138.

12. Mieres, Francisco: « Los efectos de la explotación petrolera sobre la agricultura en Venezuela ». Apéndice al libro de Héctor Malavé Mata: Petróleo y desarrollo económico de Venezuela, p. 355-356.

La influencia del petróleo sobre la agricultura, la juzga como un importante problema nacional la Comisión Norteamericana Ford, Bacon y Davis, la cual considera efecto del petróleo « el atraso de la agricultura, la cual ha pasado a plano secundario. »¹³

Como el petróleo entra en nuestra economía en 1917, si tomamos la serie 1916-1965, tendremos un periodo de 50 años para comprender el impacto petrolero sobre el país y sobre el latifundio (cuadro I). En los 10 primeros años la exportación petrolera desde Venezuela es apenas de 271,3 millones de bolívares, mientras que la exportación no petrolera (básicamente agrícola) es de 1 470 millones de bolívares. Durante el periodo, las exportaciones superan las importaciones en más de 60 millones de bolívares. En el quinquenio de 1926-1930 las exportaciones no petroleras muestran estancamiento mientras que la exportación petrolera se multiplica por ocho. Desde este periodo comienza la declinación de nuestras exportaciones agrícolas y se acentúa la exportación petrolera. Este papel preponderante del petróleo en el comercio exterior de Venezuela queda confirmado al estudiar el último quinquenio de la serie, pues la exportación petrolera supera en más de 44 000 millones de bolívares a la exportación no petrolera, a pesar de que esta última incluye más de 2 500 millones de bolívares de exportaciones de hierro también controlado por empresas extranjeras.

El cuadro I, al señalarlos el inusitado crecimiento de las importaciones, nos señala, asimismo, que su financiamiento sólo ha sido posible en base a los ingresos provenientes de la exportación petrolera.

En el cuadro II, en que se analiza la composición de las exportaciones de Venezuela en los 10 años comprendidos entre 1957 y 1966 se puede apreciar el extraordinario peso del petróleo en las exportaciones venezolanas. Creemos que es suficiente señalar, que para 1966 el 93,1 % de esas exportaciones están constituidas por petróleo, además de que el 5,1 % lo constituye el hierro, totalizando estos dos rubros manejados por empresas extranjeras el 98,2 % del total de las exportaciones venezolanas. Esta situación nos está señalando que el resto de las exportaciones propiamente nacionales: café, cacao y otros llegan apenas al irrisorio porcentaje de 1,8 %.

Dependencia semicolonialista

La explotación petrolera, como ya hemos visto, tiene su centro de gravitación en el exterior. Opera mediante filiales de grandes consorcios financieros cuya estrategia económica es contraria al desarrollo nacional de los pueblos atrasados. Si vinculamos esto a la vida económica venezolana, totalmente subordinada a una explotación extranacional, podremos medir la gravedad colectiva de su situación. Las exportaciones, la vida del

13. Ford, Bacon y Davis (Comisión): Revelaciones sobre la economía política del país, p. 40.

CUADRO I. COMERCIO EXTERIOR DE VENEZUELA CON O SIN PETRÓLEO
1916-1965 (Quinquenios)

Periodo	IMPORTACION	EXPORTACION		Total
		Sin petróleo	Petróleo y derivados (millones de bolívares)	
1916-1920	810,2	757,6	12,0	769,6
1921-1925	868,6	712,3	259,3	971,6
1926-1930	1 645,6	768,2	2 221,9	2 990,1
1931-1935	892,7	390,7	2 890,5	3 281,2
1936-1940	1 467,8	354,9	3 986,9	4 341,8
1941-1945	2 074,6	359,2	4 504,2	4 863,4
1946-1950	10 067,8	580,4	13 744,2	14 324,6
1951-1955	14 418,5	1 393,9	24 778,4	26 172,3
1956-1960	23 077,9	3 475,6	35 703,4	39 179,0
1961-1965	21 843,2	3 550,1	47 890,6	51 441,7

Fuente : Anuario estadístico de Venezuela 1964, p. 389.
Anuario estadístico de Venezuela 1965, p. 376.

Nota : Desde 1964 el tipo de cambio fue modificado de 1 \$ = 3,09 Bs a 1 \$ = 4,40 Bs.

CUADRO II. EXPORTACION VENEZOLANA POR GRUPOS DE PRODUCTOS

Años	Petróleo y derivados		Hierro y derivados		Café y cacao		Otros		Total
	Millones de bolívares	%	Millones de bolívares	%	Millones de bolívares	%	Millones de bolívares	%	
1957	7 286	91,9	383	4,8	148	1,9	111	1,4	7 928
1958	7 084	91,1	391	5,0	160	2,1	137	1,8	7 772
1959	7 144	90,5	424	5,3	109	1,4	220	2,8	7 897
1960	7 394	87,0	554	6,5	104	1,2	448	5,3	8 500
1961	7 450	92,0	442	5,5	102	1,3	99	1,2	8 093
1962	8 058	92,8	417	4,8	85	1,0	118	1,4	8 688
1963	8 155	92,6	404	4,6	109	1,2	139	1,6	8 807
1964	12 047	93,9	562	4,4	100	0,8	117	0,9	12 826
1965	12 179	93,5	631	4,8	94	0,7	122	1,0	13 026
1966	11 971	93,1	655	5,1	93	0,7	136	1,1	12 875

Fuente : 1957-1962 : Memoria BCV.
1963-1966 : Dirección de Estadística. Ministerio de Fomento.

Nota : Desde 1964 el tipo de cambio de 1 \$ = 3,09 Bs es modificado a : 1 \$ = 4,40 Bs.

Estado, el financiamiento de las instituciones, la composición del mercado interno y externo, la vida nacional, todo en Venezuela, tiene una relación de terrible dependencia respecto al petróleo, arrastrando así nuestra vida histórica hacia el destino de unas empresas cuyos fines son los super-beneficios de las casas matrices, y cuyos intereses se enfrentan, de manera inexorable, a todo lo que sea crecimiento económico y social independiente.

Hablando de las características de las regiones subdesarrolladas, Barre señala esa dependencia y la demuestra a través de tres aspectos.

De acuerdo con él, « algunas naciones subdesarrolladas dependen de las grandes empresas extranjeras que explotan sus recursos económicos y aseguran la mayor parte de sus exportaciones: no tienen otra actividad económica que por la actividad y en la medida de la actividad de esas grandes empresas ». Y entre esas « naciones aparentes » cita como un importante caso el de Venezuela, o, según su expresión textual: « Venezuela y las empresas petroleras »¹⁴. (Subrayado de Barre.)

En segundo lugar, dice Barre, « los países subdesarrollados son dependientes en la relación de las importaciones de bienes manufacturados y de servicio »¹⁵.

Esta característica en Venezuela está ligada también íntimamente al petróleo. Al estudiarla, el profesor Armando Córdova la relaciona con la explotación de hidrocarburos y sostiene:

« La producción de mercancías extranjeras comienza a llegar hasta los más apartados rincones del país sustituyendo a la producción artesanal, y en muchos casos a la producción agrícola doméstica. De esta manera, el país se convierte en mercado de la producción industrial de las economías capitalistas más avanzadas. »¹⁶

Este rasgo de la dependencia traída por el petróleo repercute también negativamente sobre la agricultura venezolana, como lo indica la cita anterior.

Y, en tercer término, Barre asevera: « Los países subdesarrollados son dependientes, por último, de las importaciones de capital procedentes del extranjero. »¹⁷

Para Venezuela, esta característica es sobradamente conocida por propios y extraños. Así, pues, la realidad venezolana confirma la existencia de las características que, según Barre, son propias del subdesarrollo económico, todo ello procedente principalmente de la explotación petrolera.

Aparejado a esta dependencia ocurre el fenómeno de languidecimiento crónico de la agricultura latifundista, acentuando una profunda disgregación de la estructura económica, y agravando la crisis agrícola.

Mercado interior

También se ha destacado como efecto económico de la explotación petrolera la « integración y fortalecimiento del mercado interno »¹⁸, lo que vendría a ser una consecuencia de los ingresos del país derivados de la explotación petrolera y del ascenso que ella produjo en el poder adquisitivo interno de bienes y servicios. En este ascenso tuvo una gran influencia la inversión del gasto público. Pensamos que este fenómeno ha sido un factor dinámico en la formación de la burguesía nacional, aunque también en la producción de la llamada burguesía intermediaria. Ligado a este fenómeno se encuentra el cambio en la relación de la población rural y urbana, consistente en el predominio de la última sobre la primera.

Tierras ociosas

Otro problema que introduce la explotación petrolera relacionado con la agricultura es el de la tenencia de tierras por las compañías.

Todos conocemos que, de conformidad con la legislación venezolana vigente, para explotar una hectárea de concesiones es necesario obtener una hectárea de derechos superficiales. En tal sentido, la tenencia de concesiones por las compañías petroleras para el 31 de diciembre de 1965 era la siguiente :

	Ha	%
Total de concesiones	2 996 023	100
Area probada	525 823	17,6
Concesiones no explotadas	2 470 200	82,4

Las compañías petroleras, para haber probado esa superficie de 525 823 hectáreas, necesitaron —cuando menos— adquirir derechos de superficie por un hectareaje igual. Ahora bien, el área probada no está explotada en su totalidad, sino que tiene la siguiente composición :

	Ha	%
Area probada explotada	421 443	14,1
Area probada no explotada	104 380	3,5
Total área probada	525 823	17,6

Por consiguiente, existe una superficie de cuando menos 104 380 hectáreas en manos de las compañías petroleras que no está siendo usada ni en la explotación agrícola ni en la explotación petrolera. Además de este aspecto, queda claro que las empresas detentan derechos de superficie sobre un área de 525 823 hectáreas que equivalen al 17,6 % del total de concesiones otorgadas¹⁴.

Existe pues, en manos de las compañías petroleras, una gran cantidad de tierras ociosas (104 380 ha) que son sustraídas a la producción y que podrían ser utilizadas en alguna actividad económicamente edificante. Por cierto, que la situación descrita ha sido uno de los más contundentes argumentos contra la insistente propaganda de algunos sectores por el otorga-

14. Barre, Raymond : *El desarrollo económico*, p. 38. A este respecto el mismo autor cita una publicación francesa : « El poder de las sociedades mineras se refleja ampliamente en el caso de la Cerro de Pasco Copper Corporation, que se ocupa ella sola de la explotación del 100 % de cobre fundido, el 100 % del cinc fundido, el 90 % del carbón, el 60 % de la plata y el 60 % del plomo. Estos centros de decisión están tan poco sometidos al gobierno peruano porque se trata casi siempre, a pesar de su dimensión considerable, de simples filiales que dependen a su vez de otros centros de decisión para los cuales las plantas situadas en el Perú no cons-

tituyen más que una parte, con frecuencia mediocre, de su actividad. »

15. *Ibidem*, p. 39.

16. Córdova, Armando y Héctor Silva Michelena : *Op. cit.*, p. 142.

17. Barre, Raymond : *Op. cit.*, p. 41-42.

18. Córdova, Armando : *Op. cit.*, p. 17.

19. Mejía Alarcón, Pedro E. : *La industria del petróleo en Venezuela*. (Obra en preparación.)

miento de más concesiones. Efectivamente, si las compañías disponen del 82,4 % de concesiones sin explorar ni explotar, concesiones mantenidas ociosas, ¿ por qué no realizan sus labores exploratorias y de ulterior explotación allí ? Es más, ¿ qué sentido tiene el otorgamiento de más concesiones si incluso, una porción importante del área probada (104 380 ha, 19,9 %) no está siendo explotada actualmente ?

Petróleo : industria extranjera

Todo lo anterior plantea una pregunta : ¿ Es nacional la industria petrolera ? Hay un libro, **De una a otra Venezuela**, de Uslar Pietri, que sugiere esta interrogante. Tal título induce a preguntar si él es expresión de identificar el proceso interno de la producción propia de Venezuela rural con el proceso fundamentalmente externo de la industria petrolera. No ha de olvidarse que esta comparación debe dejar a salvo la diferencia de una economía interna con una economía externa, de una realidad en manos nacionales y otra en manos extranjeras.

Afirmamos que es una forma neocolonialista el propagar la confusión de los intereses nacionales con los extranjeros imperialistas. Ejemplo de ello es un pasaje del informe de la Comisión Económica de las Naciones Unidas, que sostiene, en relación a Venezuela : « De este modo nos vemos forzados nuevamente a la conclusión de que la industria petrolera es nacional, no solamente en sentido geográfico, sino por virtud de sus efectos económicos sobre el país, a pesar del hecho de que opera con capital extranjero. »²⁰ El Dr. Maza Zavala, quien toma esta cita de **The Economist**, después de refutar las « razones » alegadas en aquel planteamiento, afirma : « Si una actividad se limita a tomar la tierra y la mano de obra nativa que requiere para su combinación económica, trayendo de fuera todo el capital, no puede decirse que sea nacional, ya que los beneficios y los intereses, que constituyen las porciones más importantes del ingreso, en virtud de que no corresponden a sacrificio alguno, van a ser gozados por ciudadanos de otros países. La explotación de tierra y trabajo por el capital extranjero, es característica del colonialismo económico y no pueden ser disfrazados de nacionalismo, como pretenden la Comisión Económica de las Naciones Unidas y **The Economist**. »²¹

No quiero terminar esta parte, sin recordar lo sostenido por Alberto Adriani en relación con el petróleo : justamente dijo sobre éste : « Es, desde el punto de vista económico, una provincia extranjera enclavada en el territorio nacional », afirmando también que « en todo caso es factor precario de prosperidad. Cuando se agoten las minas, cuyos principales beneficios habrán sido para el extranjero, el país deberá soportar los perjuicios y pagar los gastos que implique la desvalorización de esas industrias. »²²

20. Citado en Maza Zavala : **Paradojas venezolanas**, p. 34.

21. *Ibidem*, p. 36.

22. Adriani, Alberto : **Labor venezolanista**, p. 129 y 121.

Efectos sobre la constitución clasista de Venezuela

A la convivencia de tres órdenes estructurales y al predominio del sector externo corresponde una muy importante transformación en el aspecto cuantitativo y cualitativo de las clases sociales, así como también en las correlaciones operantes entre las mismas. A tales extremos que puede afirmarse, con toda seguridad, que la penetración imperialista en Venezuela constituye la base misma de nuestro sistema clasista actual. Y si la lucha de clases integra el eje de nuestras batallas colectivas, habremos de encontrar su clave en la explotación petrolera. Los más importantes efectos, en este sentido, los resumimos a continuación :

Latifundistas y petroleros : En la Venezuela prepetrolera predomina la clase de los latifundistas. Se trata de una economía agrícola en la cual, como es lógico, la superioridad clasista corresponde a los dueños del medio de producción fundamental, es decir, a los propietarios de la tierra. Son éstos los constitutivos de la clase social que extrae rentas territoriales a los campesinos y quienes reciben el mayor volumen del ingreso nacional. Históricamente hablando, es la clase social más atrasada de nuestra presente realidad, constituyendo la principal fuerza interna de conservación de las relaciones precapitalistas. Pero, ¿ cómo influye la explotación petrolera sobre esta clase ?

En primer lugar, debe destacarse que el capital monopolista no produce la transformación progresiva de las relaciones económicas y sociales características de las naciones atrasadas. Todo lo contrario, el dominio de los sectores imperialistas tiene entre una de sus condiciones esenciales la existencia de ese estado de atraso en determinadas regiones del mundo. Por esta causa, se produce la alianza entre los sectores capitalistas externos y las clases sociales más atrasadas dentro de los países subdesarrollados. Es así, entonces, como se efectúan los nexos clasistas entre los señores del latifundio y los señores del petróleo, vínculos cuya compactación se comprueba evidentemente en los momentos de intensificación de la lucha de clases. Hay otra causa de esta coincidencia clasista : Muchos terratenientes estaban interesados en la venta de sus tierras, ya que en sus bases, la decadencia agrícola había comenzado con anterioridad a la explotación petrolera.

No obstante ello, se producen ciertas fricciones entre los « petroleros » y los latifundistas, claramente apreciables en lo relativo a las labores y derechos superficiales de los concesionarios mineros, ya que éstos adquieren derechos sobre el subsuelo, no sobre el suelo ; lo que permite distinguir entre concesión y servidumbre. Aquí, en este punto, precisamente, pueden ocurrir diferencias entre los propietarios del suelo y los concesionarios, habiéndose procesado numerosos juicios por esta circunstancia. Un reflejo de este fenómeno podría ilustrarlo la intervención del Dr. Manuel Egaña en la « Conferencia de relaciones humanas », celebrada por la Creole

en 1953²³. Una manifestación del mismo fenómeno es la creación de la asociación de « Defensa de agricultores y ganaderos ante la industria petrolera », la cual aspira a una mayor participación de los propietarios territoriales en los beneficios del petróleo²⁴.

A pesar de esto, la característica más importante de los latifundistas es su vinculación con el capitalismo norteamericano, pasando aquéllos a una categoría social inferior en relación a éste. Tal fenómeno es algo sustancialmente confirmado por la historia²⁵. Unido a la explotación petrolera se observa también un cierto proceso de mutación capitalista en los antiguos señores latifundistas.

La burguesía intermediaria. Con anterioridad al petróleo, existía cierto sector mercantil que, como hemos visto, financiaba la producción agrícola y exportaba sus productos. Gracias al petróleo, este sector mercantil cambia significativamente, ya que ahora se convierte en un agente de importación de la producción capitalista extranjera. De aquí, pues, que esta burguesía intermediaria tampoco esté interesada en el desarrollo independiente del país, ya que su propia existencia como clase es un efecto del atraso económico interno de la nación. Hoy puede sostenerse que esta clase intermediaria, actualmente más poderosa que los latifundistas, es otra importante fuerza de vinculación con el capital extranjero. Antes que significar desarrollo, este fenómeno petrolero, indica todo lo contrario. Por eso Marx decía: « Pero el monopolio del comercio intermediario decae, y con ello también este comercio, en la misma proporción en que progresa el desarrollo económico de los pueblos explotados cuya falta de desarrollo era base de su existencia. »²⁶. Naturalmente, estas afirmaciones no son extensibles al comercio que opera con mercancías de producción nacional, aunque —debe decirse— este comercio también es estimulado por el petróleo porque, como hemos observado, el incremento del mercado interno está estrechamente ligado al petróleo.

La burguesía nacional y la clase obrera. El petróleo produce también una cierta posibilidad de capitalización, en cuya dinámica se desarrolla la burguesía industrial, especialmente después de la segunda guerra mundial, aunque su carácter fluctúa entre los intereses externos y los nacionales, puede decirse que ella, en términos generales, tiende a la industrialización independiente de la nación. El petróleo ha sido también factor importante en el desarrollo del proletariado venezolano, de manera particular, de los obreros petroleros. Es una clase social todavía débil, lo que refleja el escaso desarrollo industrial del país. La clase obrera y algunas capas de la burguesía nacional, forman sectores sociales muy importantes en la lucha contra el imperialismo y el latifundio.

El campesinado. Con la explotación petrolera, los campesinos experimentan pocos cambios, a no ser un objetivo más en su lucha contra el latifundio, puesto que los imperialistas son enemigos de la reforma agraria, sobre todo concebida como vía campesina.

Un resumen de lo anterior podría expresarse diciendo que, desde el punto de vista de las clases sociales, la explotación petrolera acentúa

extraordinariamente las distancias sociales en Venezuela, puesto que en campos y ciudades la Venezuela mayoritaria y esencial continúa en las mismas condiciones subhumanas, ajena a la vorágine petrolera, mientras que se forma una capa social minoritaria que podríamos llamar los favorecidos del petróleo²⁷.

Es la situación que constatan hasta los extranjeros. La Comisión técnica norteamericana Fox dijo hace algunos años: «Venezuela tiene riquezas magnificas que todavía no han sido desarrolladas enteramente. La situación es única en su género, visto que Venezuela tiene probablemente los más altos ingresos gubernamentales *per capita* en el mundo, sin deuda interna y casi ninguna deuda externa. Sus nacionales, sin embargo, son pobres y los efectos de su pobreza se manifiestan por todas partes.»²⁸

Repercusiones sobre el Estado. El Estado venezolano tradicional venía siendo un órgano político de los grandes señores terratenientes. Una organización pública señorial, con ingresos y egresos públicos excesivamente exiguos, bien distante de lo que se ha denominado modernamente Estado-servicio, con una tasa de inversión colectiva sumamente precaria. Era un Estado bastante estático, propio de una sociedad en que el medio productivo fundamental, la tierra, se encuentra en manos de los latifundistas. Esta situación la cambia hondamente la explotación petrolera.

La composición social del Estado sufre una mutación significativa, ya que ahora sobre él, más que nunca, se producen inevitablemente fuertes presiones externas, impregnándose la política económica de tales presiones extranacionales. Este es un fenómeno de dramática gravedad en nuestro caso venezolano, ya que es el Estado, fundamentalmente, quien puede realizar una política económica de desarrollo nacional. Sin embargo, para ello es condición indispensable una actitud de audaz dignidad constructiva frente a las presiones imperialistas, pues, como sostiene Baran, refiriéndose

23. Creole Petroleum Corporation: Conferencia sobre relaciones humanas, p. 35.

24. Mejía Alarcón, Pedro E.: Algunas notas sobre economía y política petrolera, s/f.

25. En su obra sobre el imperialismo, Lenin afirma: «Las gigantescas proporciones del capital financiero, concentrado en unas pocas manos, que ha creado una vasta y espesa red de relaciones y enlaces, que ha sometido no sólo a la masa de capitalistas medianos y pequeños, sino a los más insignificantes, por una parte, y la exacerbación, por otra, de la lucha con otros grupos nacionales de financieros por el reparto del mundo y por el dominio sobre otros países: todo esto provoca el paso de todas las clases poseyentes al lado del imperialismo.» Lenin: Op. cit., t. II, p. 422. Ello se puede hacer extensivo a determinadas clases de países dependientes, sobre todo a los latifundistas.

26. Marx, Carlos: Op. cit., t. IV, p. 328. Sobre el mismo tema, Marx afirma: «El desarrollo sustantivo del capital comercial estará, pues, en proporción inversa respecto al desarrollo económico general de la sociedad» (p. 327). En otra parte leemos: «El predominio del capital comercial supone siempre un sistema de saqueo, al igual que su

desarrollo entre los pueblos comerciales de la antigüedad, como de la edad moderna, va unido directamente al saqueo violento, a la piratería, robo de esclavos y subyugación de colonias, como ocurrió en Cartago y en Roma, y posteriormente como los venecianos, los portugueses, los holandeses, etc.» (p. 330).

27. A este respecto, el Dr. Uslar Pietri tiene un trabajo llamado «Los privilegiados del petróleo», donde, entre otras conclusiones, dice: Todos estos que hemos venido enumerando constituyen la minoría privilegiada del petróleo. Superpuesta a la mayoría venezolana cuya vida, cuyos medios, cuyas posibilidades, han cambiado muy poco con el auge del petróleo. Esta minoría de consumidores privilegiados, que disponen de servicios y de recursos, son los que constituyen y pueblan esa Venezuela artificial petrolera que se ha superpuesto a la Venezuela pobre, agrícola y tradicional... Una minoría que vive como en el Nueva York del siglo XX, y una mayoría que sigue viviendo como en la Borburata del siglo XVI.» (Uslar Pietri, Arturo: De una a otra Venezuela, p. 60-61.)

28. Fox (Comisión): Venezuela vista por ojos extranjeros, p. 8.

a la espesa cortina de humo que se tiende contra los desarrollos independientes: « Lo decisivo, es que el desarrollo económico de los países subdesarrollados es profundamente adverso de los intereses dominantes de los países capitalistas más avanzados. »²⁹ Por eso, las grandes empresas extranjeras han constituido tradicionalmente el más fuerte apoyo a las dictaduras autóctonas, las cuales más que expresión de realidades internas son expresión de intereses extraños. No por casualidad Gómez tuvo en las compañías petroleras su más firme factor de consolidación, ni tampoco por azar Pérez Jiménez fue concebido como el gobernador ideal por Foster Dulles. Su relación con las compañías petroleras nos la expresa Engler: « La brutal dictadura del general Pérez Jiménez en Venezuela (con casi mil millones de dólares al año de impuestos petroleros) gozó mucho tiempo del apoyo de las grandes empresas petroleras, como lo goza el rey autocrático de Arabia Saudita, con sus 300 millones de dólares de ingresos anuales provenientes del petróleo. »³⁰ De ahí nuestro radical desacuerdo con Vallenilla Lanz cuando conceptúa que el « gendarme necesario » es expresión de nuestra « constitución positiva ». No, las dictaduras latinoamericanas son, en gran parte, una manifestación de la « constitución positiva » del capitalismo monopolista, completamente contraria a nuestra verdadera « constitución positiva ». Ellas, como también todo régimen que no efectúe transformaciones profundas, expresan las características de imperialismo, tan exhaustivamente analizadas por Lenin: « El imperialismo es la época del capitalismo financiero y de los monopolios, los cuales traen aparejados por todas partes la tendencia a la dominación y no a la libertad. La reacción en toda la línea, sea cual fuere el régimen político, la exacerbación extrema de las contradicciones en esta esfera también, tal es el resultado de dicha tendencia. Particularmente se intensifica la opresión nacional y la tendencia a las anexiones, esto es, a la violación de la independencia nacional. »³¹

Esto constituye también, a más de otras causas, la explicación de la calamitosa administración pública que nos ha caracterizado, y sobre lo cual tanto nos lamentamos. La mala administración pública es la capacidad de nuestros Estados de servir los intereses no nacionales.

Las reiteradas agresiones directas contra la soberanía nacional venezolana realizadas por el imperialismo, son bien conocidas. Ni ayer ni hoy han dejado de ocurrir³². Pero posiblemente uno de los más ilustrativos hechos sobre el carácter de la mediatización capitalista extranjera sobre el Estado, lo constituya el intento de separación del Zulia y el establecimiento de una república de igual nombre. Esta república del petróleo, sería puesta bajo la inmediata protección política de Estados Unidos y la explotación se habría realizado en condiciones auténticamente coloniales: No otra cosa

29. Baran, Paul: *La economía política del crecimiento*, p. 28. El autor agrega: « Abasteciendo de muchas materias primas importantes a los países industrializados y proporcionando a sus corporaciones grandes beneficios y posibilidades de inversión, el mundo atrasado siempre ha sido el hinterland indispensable de los países capitalistas altamente desarrollados de occidente. De ahí que la clase dirigente de los

Estados Unidos y otros países se oponga amargamente a la industrialización de los llamados « países fuente » y el surgimiento de economías industriales en las regiones coloniales y semicoloniales. »

30. Engler, Robert: *La política petrolera*, p. 192.

31. Lenin: *Obras escogidas*, t. II, p. 432.

32. A este respecto, véase Ramón Losada Aldana: *Dialéctica del subdesarrollo*, p. 135-139.

quiso expresar Morgan, en aquellos tiempos, cuando declaró: « El Zulia tiene una importancia tal que debe estar bajo el control político de Estados Unidos »³³. Las compañías no lograron establecer la República del Zulia, a pesar de los contactos con las clases dominantes del país, de los acuerdos con el gobernador Pérez Soto, de la provocación de numerosas agitaciones³⁴, pero siempre han tenido activa participación en las decisiones del Estado, pues de una u otra manera habría de cumplirse el designio expresado por Morgan.

La trascendencia de este fenómeno es particularmente decisiva en Venezuela, pues el petróleo transformó, de modo casi entero, la economía venezolana en una economía fiscal, poniendo en manos del Estado las palancas de nuestro crecimiento. A él corresponde la instalación y desarrollo de nuestras industrias básicas. Esto se ha expresado en la consigna de « sembrar el petróleo ». Pero hasta ahora esa siembra no se ha realizado. No se podrá efectuar con medidas superficiales y burocráticas, y ello porque, según nuestro modo de ver, « sembrar el petróleo » equivale a sepultar el dominio extranjero. Ello será posible con una inaudita voluntad nacional de reivindicar lo nuestro. Con una consciente y audaz mística nacional en la conciencia del Estado y en la volición de los venezolanos. Pero hasta ahora el petróleo ha producido una hipertrofia burocrática y de marcada saturación individualista. A ella se ha referido Uslar Pietri como una de las capas integrantes de « los privilegiados del petróleo ».

La relación que esto tiene con el latifundio es que « sembrar el petróleo », en gran parte, consiste en sembrar la reforma agraria. Una política económica acertada invertiría mucho de los ingresos fiscales en la eliminación del latifundio.

Repercusiones ideológicas. Si el predominio material del petróleo sobre Venezuela es tan vasto y profundo, nada más natural que ello se refleje en el trabajo ideológico y hasta artístico de la sociedad. El dominio material petrolero habrá de tener su reflejo necesario en el espíritu de la nación. Ello es un tema apasionante para una investigación superestructural. Por ahora nos limitaremos a señalarlo y a escribir unas breves notas.

Es innegable que el dominio petrolero realiza su trabajo de afianzamiento ideológico a través de una aplastante red publicitaria. Dispone, a más no poder, de la radio, el cine, la televisión, la prensa, revistas, y hasta de discursos presidenciales y ministeriales³⁵, y, en general, de todos los recursos necesarios a conformar la conciencia colectiva. Todos estos recursos están dirigidos a convencer sobre la formidable suerte venezolana del petróleo y sus compañías, de la gran riqueza nacional que significa la explotación extranjera del petróleo, de la imposibilidad de un autodesarrollo sostenido. Según esta misma propaganda, nuestros destinos colec-

33. De La Plaza, Salvador: El embajador de la devaluación, las reservas de petróleo, los « contratos de servicios », las restricciones petroleras, p. 47.

34. *Ibidem*, p. 45-62.

35. Harvey O'Connor se refiere a esta « penetración cultural en Venezuela », y dice: « Tan sutiles esfuerzos pretenden

presentar a las compañías como abanderadas de la cultura, más que como empresas comerciales. Para más de un venezolano las palabras « Creole » o « Shell » denotan no las gigantes corporaciones del petróleo, sino las generosas patrocinadoras de la ictiología, del basket-ball o de la integración de las artes. » O'Connor, Harvey: Crisis mundial del petróleo, p. 173.

tivos son atados a los del imperio por mandato de la geopolítica continental y de la « cultura occidental », en cuyo seno se moverían a sus anchas los « pueblos libres » y la personalidad individual tendría su máxima expansión. En resumen, el mundo traído por las compañías petroleras sería el mundo de la cultura y de la civilización. Todo lo demás sería « la trama salvaje y diabólica » del comunismo internacional. Esta propaganda, formidablemente organizada y de carácter cada vez más expansivo, no ha logrado borrar la gran verdad de que las compañías petroleras representan intereses hostiles al país y de que sus objetivos reales no son la cultura y la civilización, sino los superbeneicios económicos. Sin embargo, pensamos que esa labor publicitaria sí ha tenido ciertos éxitos en una especie de norteamericanización observable en algunos sectores, especialmente pequeño burgueses, de la vida venezolana, en cierta actitud de pesimismo respecto a nuestras posibilidades de liberarnos del dominio yanqui, en alguna falta de fe en las perspectivas de nuestro destino histórico o en el pesimismo sobre la capacidad del pueblo venezolano como sujeto activo de transformación colectiva. Pensamos, asimismo, que se relaciona con el dominio petrolero la difusión de las corrientes reformistas, según las cuales, nuestra transformación social debe ocurrir por la vía evolutiva y por agregados cuantitativos, condenando drásticamente toda programación revolucionaria y toda vinculación con el mundo socialista.

Quisiéramos ilustrar nuestras afirmaciones con un interesante ejemplo: la influencia del petróleo sobre la Iglesia³⁶. Como es sabido, en 1953 la Creole realizó una conferencia sobre relaciones humanas, ubicable, naturalmente, en su programa de propaganda. A ella asistió monseñor Ramón Lizardi, quien intervino con una exposición titulada significativamente: « La industria petrolera y la Iglesia ». Expresa: « La gran industria petrolera, que como problema económico trae consigo ineludibles consecuencias de orden social, moral y religioso ». ¿Cuáles son entonces, esas « ineludibles consecuencias » de orden « religioso »? La intervención del calificado representante eclesiástico permite contestar a esta pregunta diciendo que en Venezuela las compañías se ganan la adhesión de la Iglesia. Monseñor Lizardi señala que el gran medio ideológico de lucha contra el marxismo es el catolicismo y que « cuando las empresas petroleras cayeron en cuenta de esta gran verdad, colaboraron generosa y ampliamente con la Iglesia. Yo sé como construyeron templos y escuelas donde se podía impartir enseñanza religiosa, subvencionaron párrocos, recibieron espléndidamente las visitas pastorales de los obispos, prestaron ayuda económica para el sostenimiento de sacerdotes en las parroquias vecinas a los campos petroleros y otras cosas por el estilo, de todo lo cual la Iglesia les está muy agradecida. »³⁷ Después monseñor Lizardi propone a la empresa imperial toda una táctica y estrategia, en cuyo cumplimiento la Iglesia jugaría destacado papel: « Escuela y hospital —dice el representante eclesiástico— son dos puntos estratégicos en las relaciones humanas, siendo en ellos el hombre preponderantemente afectivo y por ende más permeable a una serie de influjos, que la sola razón no es capaz de asimilar »³⁸ y hace una declara-

ción de fidelidad eclesiástica a las empresas; ya que los hombres y mujeres de la Iglesia « ni traicionarán la empresa ni defraudarán al obrero »³⁹.

A todo ello, Mr. Proudfit, presidente de la empresa, contesta y acepta: « Las sugerencias hechas por monseñor Lizardi coinciden con nuestras ideas y normas. »⁴⁰ De este modo, pues, las compañías y la Iglesia coinciden: es una conclusión infinitamente importante en la calificación de las fuerzas sociales e ideológicas que actúan en nuestra vida nacional.

No dudamos de que la penetración imperialista en el campo ideológico se refleja en una actitud mental y psicológica deformadora de nuestra herencia cultural y progresista, y en una evasión cosmopolita que nos hace perder las perspectivas de la continuidad histórica venezolana. Pesimismo, falta de fe en las posibilidades creadoras del hombre y de la nación, gangsterismo, filosofía abstracta, amoralismo, endiosamiento individualista; todo esto es cultivado cuidadosamente por los factores imperialistas como medios de apartarnos de los grandes problemas nacionales.

Para terminar, formulamos la observación de que a veces se producen unas sutiles formas panamericanistas, a manera de curiosas especulaciones en que un sofisticado intelectualismo conduce al colonialismo cultural. Por estos caminos, Mariano Picón Salas concluye en la unidad panamericana como resultado de la simbiosis de la práctica tecnológica, representada por Norteamérica, y la intuición emocional, aportada por el sur continental⁴¹. Es así como de radicales diferencias y antinomias de formación histórica y de perspectivas humanas, se deriva la unidad de destino, pero, como puede observarse, es una lógica invertida que, por lo demás, hace abstracción de las bases reales sobre las cuales se gestan las diferencias.

Ligamos también a la penetración imperialista las notables deficiencias en el nivel de nuestra investigación científica y en la baja calificación técnica de nuestra población.

La quiebra estructural y el latifundio. Hay un trabajo de Celso Furtado, **El desarrollo reciente de la economía venezolana**, una de cuyas partes, « Modificaciones estructurales », nos parece de mucho interés para apreciar debidamente la situación por la cual atraviesa el país. De allí extraemos la siguiente consideración: « Las etapas de rápido crecimiento con base en estímulos externos, cuando no aparejan **modificaciones estructurales** del sistema económico tienden necesariamente a un punto de **estancamiento**. Se han observado casos de economías que, al impulso de la expansión de sus exportaciones, crecen con inusitada intensidad durante uno o dos

36. Losada Aldana, Ramón: « Religión y sociedades », en la Revista venezolana de sociología y antropología, número 3.

37. Lizardi, Monseñor, en Conferencia sobre relaciones humanas, p. 12.

38. *Ibidem*, p. 13.

39. *Ibidem*, p. 13.

40. Proudfit, en Conferencia sobre relaciones humanas, p. 15.

41. Picón Salas, Mariano: Crisis, cambio, tradición, p. 137 y 138. Dice así el escritor: « Mientras que los Estados Unidos se han realizado espiritualmente como una especie de Extremo Occidente que lleva a sus últimas consecuencias y aplicaciones tecnológicas los supuestos de la ciencia natural y matemática moderna, entre nosotros podría completarse la casi deshumanización teórica occidental con un rico factor intuitivo. » Y luego: « Creo que semejantes valores diferenciales admiten intercambio y complemento. »

decenios para ahogarse después en un permanente **estancamiento**, el cual es tanto más difícil de vencer cuanto se constituyen poderosos mecanismos de defensa de un **orden de privilegios que se ve amenazado por las modificaciones estructurales** que exigiría una nueva fase de desarrollo. »⁴² (Subrayados nuestros.)

Este planteamiento nos permite varias conclusiones trascendentes :

El auge aportado por los sectores económicos externos es provisional y con un grado considerable de artificialidad.

Después de agotada esa provisionalidad, la economía entra necesariamente en un periodo de estancamiento.

La única vía para evitar ese estancamiento es realizando, simultáneamente al auge provisional, modificaciones estructurales, para convertir ese auge, de provisional en relativamente permanente.

Cuando no se efectúan esas modificaciones, y llega el estancamiento, la realización de tales modificaciones se hace indispensable, constituyendo la única salida.

En este último caso, cuando la transformación estructural es la única solución posible, la fuerza y las presiones de las estructuras a cambiar deben ser enfrentadas con la decisión y la inteligencia necesarias. En tal situación los intereses del país y los del « orden de privilegios », acentúan sus inevitables contradicciones.

Si aplicamos estas conclusiones a Venezuela, son posibles las constataciones siguientes :

En nuestro país se ha operado un auge económico inducido por la explotación petrolera, especialmente en la conformación del mercado interno, fenómeno ligado a la inversión del gasto público.

Este auge no ha sido acompañado de los indispensables cambios estructurales, conservándose en sus fundamentos la realidad precapitalista y, de manera particular, el latifundio feudal.

Por la circunstancia anterior, la superficialidad del auge económico traído por el petróleo se ha cumplido, habiendo entrado el país en un periodo de estancamiento.

Por lo tanto, vivimos un periodo de quiebra estructural, requiriéndose, entonces, para resolverla, efectuar las modificaciones estructurales que nuestra situación reclama perentoriamente.

En este caso, el « orden de privilegios » se opondrá a tales modificaciones estructurales, no quedando otra alternativa nacional y progresista que enfrentarlo inteligente y decididamente.

Es de gran significación histórica comprobar que el diagnóstico sobre la situación nacional dado por la Primera Convención Nacional de Economistas, es la de que el país vive precisamente una crisis estructural y que, por tanto, la solución no puede ser otra que los cambios estructurales.

En su convención los economistas destacaron el hecho de que el gasto público representaba del 25 al 30 % del producto nacional neto, gasto que procede de los ingresos derivados del petróleo. Esa circunstancia hace que el desarrollo económico venezolano dependa de la política económica del

Estado, y, en última instancia, de los ingresos fiscales petroleros. Pero la situación actual se caracteriza por un descenso de la tasa de crecimiento de éstos, en contraposición a un aumento de los beneficios empresariales. Lo mismo ocurre si consideramos el renglón relativo a sueldos y salarios compras y otros gastos realizados por las empresas en Venezuela⁴³.

Uno de los indicadores de que el crecimiento venezolano operado por el petróleo no se ha aparejado con cambios estructurales, es el hecho de que los sectores precapitalistas no han experimentado los efectos de ese fenómeno, habiendo entrado la agricultura latifundista en una crisis crónica coincidente con la paralización de la expansión petrolera.

Pues bien, la mencionada coincidencia nos coloca ante el imperativo de transformar radicalmente la estructura latifundista, como una de las condiciones básicas de la solución a través de las modificaciones estructurales. Es decir, en la crisis actual, en la que la expansión económica nacional derivada del petróleo se estanca, la superación del latifundio adquiere la magnitud de un decisivo imperativo histórico inexcusable⁴⁴.

Petróleo y deshumanización. Sólo unas cuantas notas sobre el tema humanístico. En este sentido, creemos que el petróleo opera sobre Venezuela una doble alienación: la alienación del hombre y la alienación del país.

La alienación es una deshumanización producida sobre la base de la propiedad privada, siendo uno de sus aspectos básicos la transformación del mundo de las cosas en un despótico imperio sobre los hombres. De tal modo, los objetos producidos por la actividad del hombre se presentan ante éste como potencias extrañas que lo dominan: Así sucede con el petróleo: el hombre venezolano lo extrae y lo produce, pero luego escapa a su control y deviene medio de dominio sobre ese hombre venezolano, sirviendo así lo producido por su actividad como cauce de encadenamiento. El produce la riqueza y esa riqueza aumenta, pero su vida empobrece y el dominio sobre él se acrecienta. Algunos especialistas han destacado el poder deshumanizante del petróleo incluso en la propia sociedad norteamericana. Así, por ejemplo, Robert Engler, después de mostrarnos que

42. Furtado Celso: *El desarrollo reciente de la economía venezolana*, p. 2.

43. Después de analizar numerosos hechos, documentos y cifras, los economistas expresan: «Este conjunto de razones conduce a la convicción de que sería poco realista y poco sensato esperar que en el futuro se reprodujeran etapas de auge petrolero nacional similares a las que hemos conocido. Mal podría, por eso mismo, trazarse una perspectiva alegre respecto al futuro de los impuestos provenientes de esa actividad. La tendencia de los impuestos petroleros debería ser más bien hacia el estancamiento y la declinación, de acuerdo con lo dicho.» *Diagnóstico de la economía venezolana*, p. 143.

44. Los economistas, en su convención, destacaron la coincidencia del estancamiento de la expansión nacional derivada del petróleo con los records de producción y de beneficios

obtenidos por las compañías, lo que demuestra: «La aparición de un nuevo punto nodal en el proceso de desenvolvimiento económico nacional que debe interpretarse como el inicio de una etapa nueva, cualitativamente diferenciada de todas las que hasta ahora ha vivido la economía del país y que es el lógico resultado de casi medio siglo de economía artificial. En resumen, las empresas petroleras pueden ahora garantizarse sus elevadas tasas de beneficio sin necesidad de mayores incrementos a sus actividades intraterritoriales debido a haber alcanzado un punto de su desarrollo en el que el monto y organización de sus activos fijos y su estructura operativa le permite adaptarse al volumen de producción requerido sin necesidad de nuevas inversiones. En otras palabras, la elasticidad marginal del producto en relación al capital se ha igualado a cero.» *Ibidem*, p. 121.

« la consideración central que surge del análisis de la política petrolera es la incompatibilidad de un sistema de poder socialmente irresponsable con la meta de una sociedad verdaderamente democrática », comenta lo que él considera « la deshumanización del hombre »⁴⁵, operada en Estados Unidos por la producción petrolera capitalista.

Entre nosotros, Rodolfo Quintero nos ha resumido los efectos del petróleo en lo que se llamado una « cultura de conquista »⁴⁶, lo cual se manifiesta en todos los rasgos y complejos de nuestra creación. Y ello ocurre así en el campo petrolero, en la « ciudad petróleo », y se proyecta a todo el hacer nacional. Si se toma en cuenta que, según el último censo de población, más del 25 % de la población nacional vive en « ciudades petróleo »⁴⁷, podrá advertirse la gravedad de la situación. Y, de igual modo a como la explotación petrolera capitalista conduce en Estados Unidos, según Engler, a « la deshumanización del hombre », en Venezuela lleva, según Quintero, a la proliferación de « semihombres »⁴⁸.

Pero la alienación del hombre en las zonas subdesarrolladas, toma también la forma de enajenación de las riquezas naturales : La riqueza natural de las naciones deviene en medios de colonización por los grandes consorcios. Así, entonces, las riquezas nacionales escapan al control venezolano, y se transforman luego en instrumentos de opresión. Es un mecanismo de alienación en que lo nacional deviene antinacional, un proceso de enajenación en que el dominio internacional del país, se realiza a través de lo nacional.

Todo ello deriva hacia un babelismo tremendo en la sicología colectiva que, sin duda, contribuye muy poderosamente a obscurecer la conciencia sobre los problemas sustanciales del país. Aunque aquí nos limitamos a señalarlo, pensamos que, por esta vía de la alienación, el petróleo desvirtúa la esencia humana del venezolano, degrada sus valores sustantivos, rompe la continuidad histórica de nuestra cultura y quiebra la voluntad creadora de la nación y las palancas de su liberación colectiva.

Caracas, 1968

45. Engler, Robert : *Op. cit.*, p. 485-486.46. Quintero, Rodolfo : *La cultura del petróleo*, p. 19.47. *Ibidem.*, p. 68.48. *Ibidem.*, p. 77.

Bibliografía

- ADRIANI, Alberto : **Labor venezolanista**, Caracas, Tip. Garrido, 1946.
- ARISMENDI, Rodney : **Problemas de una revolución continental**, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1962, 556 p.
- BARAN, Paúl : **La economía política del crecimiento**, México, Fondo de Cultura Económica, 346 p.
- BARRE, Raymond : **El desarrollo económico**, México, Fondo de Cultura Económica, 1962, 174 p.
- BANCO CENTRAL DE VENEZUELA : **Informes del Banco Central de Venezuela**.
- CORDOVA, Armando y SILVA MICHELENA, Héctor : **Aspectos teóricos del subdesarrollo**, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1967, 272 p.
- CREOLE PETROLEUM CORPORATION : **Conferencia sobre relaciones humanas**, Caracas, Creole Petroleum Corporation, 1953, 264 p.
- COLEGIO DE ECONOMISTAS DE VENEZUELA : **Diagnóstico de la economía venezolana**, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1964, 176 p.
- DE LA PLAZA, Salvador : **El embajador de la devaluación, las reservas de petróleo, los « contratos de servicios », las restricciones petroleras**, Caracas, Editorial La Torre, s/f, 62 p.
- ENGLER, Robert : **La política petrolera**, México, Fondo de Cultura Económica, 1966, 514 p.
- FORD, BACON, DAVIS (Comisión) : **Venezuela en la encrucijada. Revelaciones sobre la vida económica, política y social del país**, Caracas, s/f, 114 p.
- FOX (Comisión) : **Venezuela vista por los ojos extranjeros**, Caracas, Editorial Magisterio, 1942, 352 p.
- FURTADO, Celso : **El desarrollo de la economía venezolana (en multigrafo)**.
- LENIN, Vladimir : **El imperialismo, fase superior del capitalismo, en Obras escogidas**, México, Ediciones Sociales, 1941, 4 tomos.
- LOSADA ALDANA, Ramón : « Religión y sociedad ». **Revista venezolana de sociología y antropología**, Caracas, junio de 1963, números 3 y 4.
- LOSADA ALDANA, Ramón : **Dialéctica del subdesarrollo**, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1967, 226 p.
- MARX, Carlos : **El capital**, México, Ediciones Fuente Cultural, s/f, 5 tomos.
- MALAVE MATA, Héctor : **Petróleo y desarrollo económico de Venezuela**, Caracas, Ediciones Pensamiento Vivo, 1962, 402 p.
- MAZA ZAVALA, D.F. : **Problemas de la economía exterior de Venezuela**, Caracas, Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela, 1962, 390 p.
- Paradojas venezolanas**, Caracas, Talleres Gráficos Mersifrica, s/f, 286 p.
- MEJIA ALARCON, Pedro : **La industria petrolera en Venezuela (obra en preparación)**.
- MIERES, Francisco : **Los efectos de la explotación petrolera sobre la agricultura venezolana**, Apéndice al libro de Malavé Mata, Héctor : **Petróleo y desarrollo económico de Venezuela**, Caracas, Ediciones Pensamiento Vivo, 1962.
- MINISTERIO DE FOMENTO : **Anuarios estadísticos**.
- O'CONNOR, Harvey : **Crisis mundial del petróleo**, Caracas, Ediciones y Distribuciones Aurora, 1962, 432 p.
- PICON SALAS, Mariano : **Crisis, cambio, tradición**, Madrid, Edime, s/f, 238 p.
- QUINTERO, Rodolfo : **La cultura del petróleo**, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1968, 111 p.
- SWEEZY, Paul : **Capitalismo e imperialismo norteamericano**, Buenos Aires, Jorge Alvarez, Editor. 180 p.
- USLAR PIETRI, Arturo : **De una a otra Venezuela**, Caracas, Ediciones Mesa Redonda, s/f, 171 p.

Ediciones

UCV

**Universidad
Central
de Venezuela**

materias

Bibliografía
Ciencias
Ciencias médicas
Derecho
Economía y Ciencias sociales
Educación
Filología
Filosofía
Folklore
Geografía
Historia
Literatura
Música
Periodismo

dirección

Para información sobre nuestras publicaciones (actualmente tenemos en venta 374 títulos), diríjase a **Ediciones Ruedo ibérico**, nuestro distribuidor para Europa.

autores y títulos

		\$
ARCILA FARIAS, Eduardo	El régimen de la Encomienda en Venezuela	3.80
BRITO FIGUEROA, Federico	Historia económica y social de Venezuela (2 vol.)	8.90
CARRILLO BATALLA, T.E.	El presupuesto soviético como instrumento de planificación y desarrollo económico	1.35
FERNANDEZ-SHAW, Daniel	Organización internacional	5.35
MAZA ZAVALA, D.F.	Análisis macroeconómico	9.80
PASQUALI, Antonio	Comunicación y cultura de masas	4.00
PEREZ ALFONZO, Juan Pablo	La dinámica del petróleo en el progreso de Venezuela	3.35
QUINTERO, Rodolfo	Antropología de las ciudades latinoamericanas	2.00
ZEA, Leopoldo	Latinoamérica y el mundo	1.15
JESUALDO	Los fundamentos de la nueva Pedagogía	3.35
ROSENBLAT, Angel	El castellano de España y el castellano de América	0.80
FEUERBACH, Ludwig A.	Textos escogidos	2.25
GAOS, José	Filosofía contemporánea	4.50
GARCIA BACCA, J.D.	Elementos de Filosofía de las ciencias	1.15
GOLDMANN, Lucien	Investigaciones dialécticas	1.60
GURVITCH, Georges	Dialéctica y sociología	3.60
REVEL, Jean-François	¿ Para qué filósofos ?	1.15
RIU, Federico	Ontología del siglo XX	1.60
CARRERA DAMAS, Germán	Historiografía marxista venezolana y otros temas	2.70
GERSTACKER, Friedrich	Viaje por Venezuela en el año 1868	1.80
HALKIN, León-E.	Iniciación a la crítica histórica	2,25
KAUFFMANN, William W.	La política británica y la independencia de América latina (1804-1828)	2.45
GIRARD, René	Mentira romántica y verdad novelesca	2.25

Horizonte español 1966

Primer suplemento anual de Cuadernos de Ruedo ibérico

Sumario

Tomo I

1. Esteban Pinilla de las Heras. España : una sociedad de diacronías.
2. C.E.Q. García. De la autarquía económica al Plan de Desarrollo.
3. Equipo de jóvenes economistas. Las 100 familias españolas.
4. Pedro Marcos Santibáñez. La familia « F ».
5. Xavier Flores. La propiedad rural en España.
6. Macrino Suárez. Problemas de la agricultura española.
7. Vicente Girbau. La entrevista de Hendaya.
8. Felipe Miera. La política exterior franquista y sus relaciones con los Estados Unidos de América.
9. Ignacio Fernández de Castro. La Iglesia de la cruzada y sus supervivencias.
10. P.B. Significación religiosa, económica y política del Opus Dei.
11. Luis Ramírez. Visión actual de la guerra civil (encuesta).

Tomo II

12. Enrique Fuentes. La oposición antifranquista de 1939 a 1955.
13. Xavier Flores. El exilio y España.
14. Jorge Semprún. La oposición política en España : 1956-1966.
15. Fernando Claudin. Dos concepciones de « la vía española al socialismo ».
16. Martín Zugasti. El problema nacional vasco.
17. Santiago Fernández. El movimiento nacional en Galicia.
18. Joan Roig. Veinticinco años de movimiento nacional en Cataluña.
19. Antonio Linares. Las ideologías y el sistema de enseñanza en España.
20. Antoliano Peña. Veinticinco años de luchas estudiantiles.
21. Angel Bernal. Las paradojas del movimiento universitario.
22. Antoliano Peña. Las Hermandades de Labradores y su mundo.
23. Iñaki Goitia. El orden laboral y las Magistraturas del Trabajo.
24. Jordi Blanc. Las huelgas en el movimiento obrero español.
25. Ramón Bulnes. Del sindicalismo de represión al sindicalismo de integración.
26. Blai Serratés. Teoría económica del turismo y su aplicación al caso español.
27. Raúl Torras. Problemas de la entrada de España en el Mercado Común.
28. Angel Villanueva. Causas y estructura de la emigración exterior.
29. Ramón Aboy. Españoles en Alemania.
30. Juan Claridad. Nueva realidad : nueva prensa.

Ilustraciones de Cattolica, Genovés, César, Ges, Rojo y Vázquez de Sola.

Tomo I: 288 páginas, 6 planchas fuera de texto, numerosas ilustraciones, mapas y gráficos. 21,— F

Tomo II: 436 páginas, 10 planchas fuera de texto, numerosas ilustraciones, mapas y gráficos. 30,— F

Los dos tomos

51,— F

Editions Ruedo ibérico

Aproximación al análisis estructural de la inflación en Venezuela

Doctor en Ciencias Económicas y Sociales por la Universidad Central de Venezuela. Profesor de Teoría económica y de Economía y política petroleras y de Problemas de la economía venezolana en la Universidad Central de Venezuela.

Obras publicadas: La metamorfosis (Premio del Concurso de cuentos de El Nacional de Caracas, 1957). Como brasa hundida en el espejo (Premio del Concurso de cuentos de El Nacional, 1962). Los sonámbulos (1964), La noche ingrima (1967), Petróleo y desarrollo económico de Venezuela (1964), « El sistema tributario venezolano y el sector petrolero » (El Trimestre Económico, México, abril-junio de 1964), « Metodología del análisis estructural de la inflación » (El Trimestre Económico, México, julio-septiembre de 1968). En prensa: Análisis estructural del subdesarrollo y la inflación en Venezuela. En preparación: El conflicto del petróleo.

Introducción

El análisis estructural de la inflación venezolana nos remite inicialmente a un problema con dos aspectos definidos en una relación de mutua dependencia. Uno es el relacionado con el conflicto ideológico en torno a la política económica que mantiene la superestructura del sistema. Otro es el vinculado con la concepción dialéctica del subdesarrollo. El primer aspecto envuelve la controversia sobre el comportamiento de la superestructura en la problemática ontológica de la realidad nacional. El segundo se refiere a la concepción de esa realidad como un todo estructurado, como una totalidad de estructura básica y estructura superpuesta con relaciones interdependientes en las que la base económica tiene un papel más determinante que determinado. Ambos aspectos mantienen, no sólo interiormente sino fuera de sus respectivas fronteras, relaciones recíprocas que determinan la realidad contradictoria del subdesarrollo.

Las contradicciones inherentes a la totalidad estructurada del atraso se manifiestan en perturbaciones y trastornos del proceso social que no pueden examinarse concretamente sin la conexión dialéctica entre su aspecto fenoménico y la correspondiente

esencia. La facticidad del subdesarrollo no significa equivalentemente su realidad esencial, sino su exterioridad, su somera apariencia. Igualmente la realidad esencial de la inflación se diferencia de su realidad facticia no porque aquélla sea una realidad independiente y extraña al fenómeno inflacionario, sino porque es la relación interior, el contenido del proceso en su totalidad concreta. Tanto el subdesarrollo como la inflación que le es estructuralmente ingénita no pueden analizarse en toda su amplitud sin antes indagar el origen y las fuentes internas de sus correspondientes realidades.

El subdesarrollo tiene históricamente una racionalidad que jamás se descubre en la simple apariencia de los hechos y fenómenos que ocurren en la superficie de la formación social, sino en los elementos y las relaciones que conforman la estructura como interioridad conflictiva del sistema. El proceso inflacionario que afecta a la realidad subdesarrollada tiene también una razón de ser predominantemente estructural, ya que las fuerzas que lo determinan provienen fundamentalmente de los conflictos internos del modo de producción social. La racionalidad estructural del sistema constituye, en consecuencia, el vínculo dialéctico entre el subdesarrollo y la inflación. Es ciertamente, dentro de este contexto de la realidad subdesarrollada como adquiere significado propio el análisis estructural del proceso inflacionario en Venezuela.

Quienes estudian con una visión estrictamente monetaria los problemas económicos del país, parecen no advertir que detrás del **velo monetario**¹ existen realidades en conflicto que perdurarán fatalmente mientras persisten las fuerzas concretas que las determinan. En sus formulaciones y diagnósticos, la **imagen monetaria** encubre frecuentemente la realidad económica esencial, formaliza el contenido de los hechos reales, oculta la visión de lo que, bajo la apariencia de las cosas, ciertamente opera como causalidad estructural de las perturbaciones económicas y sociales. Así, fenómenos como la devaluación, la diferenciación o unificación cambiaria,

la medida o incontinencia crediticia, la estabilidad o el desequilibrio presupuestario constituyen expedientes de apelación sistemática fundamentados en la ortodoxia que rige el comportamiento de la superestructura en el campo monetario y fiscal. En torno a esto, sin embargo, falta la experiencia histórica de que la acción de los agentes superestructurales coadyuve directa y efectivamente a la transformación de los elementos y las relaciones contenidos en la estructura del sistema establecido. La gestión monetaria, financiera y fiscal de la superestructura, lejos de abolir las causas del subdesarrollo estructural, se identifica con la praxis de conservación que, en el mejor de los casos, apenas se limita a morigerar las manifestaciones perturbadoras de los conflictos de estructura. Orientada en tal sentido, la política económica del Estado se identifica entonces con un pragmatismo convencional que disuelve lo concreto en lo útil y reduce la esencia de la realidad económica a su simple apariencia superestructural.

Para algunos economistas el ordenamiento institucional y político vigente conduce a la conclusión de que mientras es fácil y flexible la acción mediante factores monetarios y fiscales, son difíciles y rígidos los medios y las condiciones requeridos en la transformación de la realidad actual en otra realidad de grado superior. Para otros es ésta una interpretación organicista que limita la concepción de la viabilidad del desarrollo porque inscribe la totalidad estructurada del sistema en la

formalidad de los mecanismos de la superestructura. Sólo un error tan ingenuo como lamentable puede conducir a la falsa creencia de que la flexibilidad operativa que existe en la conducción de la política monetaria y fiscal, también existe en las vías de transformación de las situaciones económicas reales. Por derivación es posible incurrir también en el error de que sólo mediante medidas monetarias y fiscales ajustadas al carácter y la conservación de las relaciones de producción existentes— pueda alguna vez lograrse **un cambio en las relaciones de estructura**. La visión institucionalista del subdesarrollo y sus múltiples implicaciones se caracteriza por la **falsa totalización** que despoja a la realidad de sus contradicciones internas y concibe la totalidad del sistema como una totalidad de significados residuales. La interpretación de la realidad nacional así resulta no sólo divorciada de su contenido sino descompuesta en dos aspectos excluyentes: uno que conviene al principio de conservación, encubre la esencia conflictiva del subdesarrollo y predomina artificialmente en el diagnóstico y la simulación de la realidad significada; otro que contradice a aquél y es, en consecuencia, relegado a la abstracción u omisión intencional como un residuo inexplicado.

¿Es que acaso la solución de los conflictos fundamentales del subdesarrollo debe darse en términos de alternativas que por fáciles y flexibles no transformen su contenido estructural, o en términos de realizaciones concretas que destruyan los factores primarios que lo determinan y mantienen? Muchas respuestas a este planteamiento son generalmente inconsistentes y limitadas, debido a que no abordan el problema en sus aspectos sustantivos, en su interdependencia dialéctica, sino en su proyección contingente y en sus contornos adjetivos. La falacia en la interpretación del problema radica en concepciones ex-

trañas a su propia naturaleza, en abstracciones que omiten el contenido de las relaciones sociales mediante la sustitución de lo cualitativo por lo cuantitativo² y la confusión entre procesos esenciales y procesos aparentes.

En el análisis de las contradicciones propias del subdesarrollo la realidad es concebida como **mala totalidad**, al margen de su **dimensión vertical** —dialéctica del fenómeno y la esencia—, con exaltación de la forma y abstracción del contenido. La visualización de la realidad económica determina entonces soluciones erróneas. Se asigna, de tal suerte, a los factores y mecanismos monetarios un rango principal y casi excluyente, en desmedro de una práctica transformadora —imprescindible por fundamental en la superación histórica del subdesarrollo— que actúe directa e inmediatamente sobre la realidad estructural del sistema.

En el fondo del problema existe una discrepancia que trasciende en dos interpretaciones distintas sobre el signo y la viabilidad de la política económica. Una que insiste en la finalidad del sistema establecido, en la irreductibilidad del

1. Una imagen singularmente ilustrativa del velo monetario nos presenta A.C. Pigou, cuando expresa: «Prescindamos de los hechos y acontecimientos reales, entonces, los hechos y acontecimientos monetarios se desvanecerán necesariamente también; pero prescindamos de la moneda, entonces cualesquiera que fueran los resultados, la vida económica no carecería de significación; no es absurda la concepción de una familia con autonomía económica, o un grupo rural sin moneda alguna. En este sentido la moneda es claramente un velo. No comprende ninguno de los elementos esenciales de la vida económica.» (Negritas en el original.) (El velo monetario, Aguilar, p. 26.)

2. Toda sustitución de lo cualitativo por lo cuantitativo significa una sustitución de la esencia por la apariencia. Lo cualitativo significa y refleja la esencia. Lo cuantitativo carece de contenido; es apenas la cifra de la realidad; sus modificaciones se refieren a una forma susceptible solamente de variación cuantitativa como expresión del cambio único que en ella ocurre. Con este criterio opera la política económica trazada sobre la base de las formulaciones keynesianas, ya que intenta resolver los problemas de la economía —tanto en el campo monetario como en la esfera de la producción— mediante arreglos cuantitativos sobre una estructura que se desea mantener tal como existe.

orden existente, mediante una concepción **adialéctica** que despoja a la realidad social de su esencia, a las fuerzas actuantes de su potencialidad transformadora, cuando pretende que lo que aumenta o disminuye continúe con forma y contenido tal como actualmente existe. La Irreductibilidad del sistema, así concebida, no significa la inmutabilidad de los elementos que existen en la realidad estructurada de la formación social, sino la inmutabilidad de las relaciones esenciales entre tales elementos, es decir, la invariabilidad de las relaciones en la estructura fundamental del sistema. Pero considerar que el orden establecido persistirá con el modo y la forma que mantiene actualmente es presuponer no sólo una caracterización estática de la formación social³, sino una irreductibilidad cualitativa del subdesarrollo, lo que niega, a la vez, el tiempo, el movimiento, la dialéctica de la duración, la historia como proceso de cambio estructural; niega, en consecuencia, tanto la gradualidad cuantitativa como la mutación cualitativa del proceso único de desarrollo. En rigor dialéctico, la política económica que acepta el aspecto **positivo** del sistema, construye necesariamente su modelo de acción en base de la idea metafísica de la inmutabilidad y la conservación del orden existente; niega, por lo tanto, toda posibilidad de cambio; opera como irrenunciable defensa del sistema en su realidad profunda y en su forma determinada.

En oposición a la interpretación expuesta en los términos anteriores, existe la concepción de la política económica fundamentada en el conocimiento y la aceptación de la dialéctica del desarrollo. Esta concepción **niega** el sistema tal como existe. Considera la realidad social como una permanencia transitoria; al sistema económico —en su forma y contenido— como un conjunto de estructuras y relaciones fluctuantes, sujetas a transformaciones que

superan la realidad presente. Tales transformaciones ocurren dentro de un proceso que rebasa las formas existentes y muestra el vínculo necesario entre lo que acaba y lo que surge, entre lo que desaparece y lo que emerge. La política económica derivada de la concepción dialéctica del desarrollo considera el sistema económico como una unidad total de elementos en interdependencia dinámica y contradictoria, como totalidad de fuerzas y relaciones conjugadas en oposiciones internas y externas; construye su esquema de comportamiento sobre el aspecto **negativo** del orden establecido, ya que tiende constantemente al cambio y opera con el objeto de transformar la esencia del sistema mediante profundas mutaciones de estructura que liquiden la vieja cualidad e impongan una nueva. Esto sólo tiene lugar cuando la acumulación gradual de los cambios cuantitativos alcanza históricamente un nivel de inflexión crítica, o cuando se produce, en palabras de Althusser, «la forma globalmente visible de la **mutación** o del salto cualitativo que consagra el momento revolucionario de la refundición del todo»⁴. Desaparece así la vieja cualidad y ocurre, entonces, el surgimiento de otra nueva. La conversión de lo cuantitativo en lo cualitativo requiere la praxis como guía de transformación; supone una caracterización dinámica del sistema, ya que implica la acción del movimiento, el transcurso del tiempo; afirma, en consecuencia, el desenvolvimiento histórico en una sucesión irreversible⁵.

Entre estas dos concepciones existen oposiciones evidentes que se proyectan al campo de aplicación de la política económica imprimiendo al sistema rasgos definidos. La primera considera el orden inmediato como una realidad definitiva, en la que acontecen variaciones que no alteran significativamente la forma y ni siquiera muy levemente el contenido; es una con-

cepción **empírico positivista** porque acepta irreductiblemente la verdad de los hechos en su inmediata ocurrencia, negando tanto la posibilidad de mutaciones trascendentes como las fuerzas reales que subyacen en la simple apariencia; es una concepción **conservadora** porque afirma el mantenimiento del sistema en su esencia e integridad cualitativa, y fundamenta la defensa del **statu quo** en la activación de fuerzas resistentes al cambio. La otra concepción considera el ordenamiento vigente como una realidad perecedera, sujeta a contradicciones internas y externas, a procesos continuos que transforman el sistema convirtiendo su cualidad en otra superior; es una concepción **dialéctica** porque afirma el desarrollo —en todas y cada una de sus fases— sobre la noción de la existencia de fuerzas y relaciones cuya conjugación contradictoria determina los impulsos del cambio; es una concepción **revolucionaria** porque sobre el desenvolvimiento histórico de las contradicciones apoya la idea de la conversión de lo caduco en lo nuevo, del atraso en progreso, de lo que se extingue en lo que surge, mediante mutaciones de cualidades inferiores en otras superiores que son irreversibles y definen el proceso de desarrollo de la formación social.

Entre estas dos concepciones existe igualmente una notoria discrepancia en torno a los fenómenos económicos y sociales que afectan a la realidad venezolana. La concepción formalista y conservadora de la realidad nacional presenta una interpretación parcial y mecanista que se ciñe predominantemente a la racionalidad intencional de la superestructura del sistema. La concepción dialéctica consigna en las contradicciones económicas y sociales la explicación de la racionalidad histórica del subdesarrollo y la dependencia. Esta última se despoja no sólo de elementos acrílicos sino también de juicios de apreciación convencional que impiden tras-

pasar las fronteras de la realidad manifiesta; construye, en cambio, su modelo de interpretación sobre el fundamento de las categorías causales auténticas, y asigna a la realidad las dimensiones de su totalidad concreta. En suma, la concepción formalista afirma la existencia del sistema mediante la **negación no crítica** de su problemática ontológica y el oscurecimiento de su esencia contradictoria. La concepción dialéctica niega la afirmación del mismo mediante la **negación crítica** de su existencia conflictiva.

El establecimiento de tales criterios de diferenciación nos permite oponer a la intencionalidad conservadora, la racionalidad dialéctica; a la pseudoconcreción, la concreción; a la falsa causalidad, la causalidad verdadera; al evolucionismo vulgar, el desarrollo como proceso histórico de cambio. Por vía de esta oposición podemos abordar el análisis de la realidad nacional

3. Tal caracterización está relacionada estrechamente con el principio de Identidad establecido de un modo abstracto por la lógica formal. La identificación formal de un fenómeno concreto no toma en cuenta las variaciones y los conflictos internos que ocurren en el mismo; tampoco las oposiciones y contradicciones que sobre él se ejercen desde afuera. La sola Identidad —absoluta y rígida— de un fenómeno consigo mismo termina por confirmar su deficiencia. Por tal razón, Eli de Gortari la define como una diversidad no desarrollada.

4. Louis Althusser: *La revolución teórica de Marx, Siglo XXI Editores, México, 1967, p. 179.*

5. Eli de Gortari explica la conducción y la realización dialécticas del cambio en los términos siguientes: «En realidad, lo que ocurre es que la variación cuantitativa produce una serie de cambios en el proceso, que son imperceptibles o poco apreciables, los cuales se van acumulando gradualmente hasta que, al llegar a una determinada fase de acumulación señalada justamente por su límite crítico provocan una conversión cualitativa brusca en el proceso, o sea, la sustitución de la vieja cualidad por otra nueva. De esta manera en la entraña misma de la cualidad vieja se engendra la nueva cualidad que la contradice. La nueva cualidad se manifiesta precisamente a partir del momento en que se acumulan suficientes cambios, debido al aumento o a la disminución cuantitativa. A partir de ese momento, la nueva cualidad se desarrolla rápidamente, en pugna con la cualidad anterior, hasta que cobra ventaja sobre ella y se manifiesta bruscamente como una propiedad dominante, provocando la consiguiente desaparición de la vieja cualidad.» (Lógica general, Editorial Grijalbo, México, 1965, p. 53.)

en su contexto único, el tratamiento de los problemas del país en su significado y su contenido cabales. Es sólo en este sentido como podemos revelar el orden rígido y oculto que subyace en la apariencia unívoca de los trastornos reales. En fin, con esta orientación intentaremos luego el análisis del proceso inflacionario que afecta, entre otros problemas, a la realidad económica y social de Venezuela.

Racionalidad estructural de la inflación en Venezuela

El método reduccionista que caracteriza a una tendencia definida del pensamiento venezolano, concibe, con frecuencia, la realidad económica del país como sedimentada en su apariencia o manifestación superficial, confiriendo a los fenómenos de esa realidad un carácter de falsa concreción, al aspecto inmediato de la misma una independencia y pretendida abstracción de su causalidad determinante. Con la subordinación de la causa al efecto, con la mediatización de la realidad esencial por el fenómeno, con el divorcio entre la reproducción externa de la realidad y su concepto, con la reducción de la realidad a las formas cosificadas de su apariencia, la interpretación reduccionista despoja a la realidad venezolana de su contenido y atributo, a la vez que confiere a su simple proyección un carácter primordial.

Refugiado precisamente en este reduccionismo, el análisis monetario a menudo cercena la realidad esencial de la inflación venezolana, no la explica en su proceso integral, sino mediante la reducción de su totalidad dinámica a la manifestación contingente de ella misma. El aspecto monetario, como expediente tematizado de la superestructura social, es sólo una forma —la más restringida, por cierto— de explicación y diagnóstico de la realidad inflacio-

na. Pero además del aspecto monetario existe también el aspecto estructural de la realidad estudiada, lo que significa que la concepción monetaria no agota la realidad de la inflación en su totalidad indivisible y contradictoria. El enfoque monetarista envilece y simplifica exageradamente la interpretación de la realidad inflacionaria del país, porque reduce la relación dialéctica entre su fenómeno y su esencia al exclusivo aspecto de sus relaciones cuantitativas, a la exterioridad de sus dimensiones extensivas, lo que, según el enfoque dialéctico de la inflación, resulta inexacto y equívoco porque lo monetario, como **parte**, no puede apropiarse de la racionalidad que explica la realidad del **todo**. El modelo dialéctico del proceso inflacionario es, en cambio, una derivación rigurosa de la dialéctica de la totalidad concreta, como método científico que disuelve la falsa concreción y confiere validez objetiva al desarrollo contradictorio del todo estructurado.

El análisis de la inflación que, conforme a este modelo, intentaremos de inmediato, reviste entonces una concepción científicamente heterodoxa.

Si conducimos el análisis del problema planteado en progresión de lo abstracto a lo concreto, desde el todo inmediato de las representaciones hasta el todo mediato de la realidad representada, arribamos al conocimiento de que en Venezuela existe una **inflación estructuralmente sumergida**, que no emerge con rasgos pronunciados a la superficie de la formación social porque mientras existen fuertes presiones estructurales sobre el nivel de los precios, operan presiones contrarias que surgen de factores inherentes a la **singularidad estructural** del sistema y determinan efectos contrarrestantes de aquéllas.

La formación social venezolana exhibe básicamente una **asimetría estructural** que engendra —a nivel de las relaciones de

producción y las fuerzas productivas— un cuadro de contradicciones en el subdesarrollo que la caracteriza. Sólo la exploración de la realidad contenida en las contradicciones estructurales del atraso puede facilitar un diagnóstico objetivo del **proceso inflacionario** subyacente. En tal sentido, la caracterización de la base económica del sistema ilustra tanto el contenido estructural del proceso inflacionario como las fuerzas que neutralizan los efectos emergentes del mismo.

La base productiva de la formación social venezolana presenta cualitativamente dos grandes parcelas estructurales⁶ que, limitadas y delimitadas por **fronteras interestructurales** perfectamente definidas, coexisten sin vínculos de continuidad morfológica, con caracteres propios, desiguales orígenes históricos y ritmos de desarrollo diferentes. En su perspectiva exterior conforman conjuntamente una **totalidad estructural asimétrica**. Exhiben entre sí acentuados desniveles económicos, relieves productivos distintos, tendencias con bifurcaciones evidentes. Existen como dos parcelas geográficamente próximas a la vez que económicamente distantes. Por las propias características de la formación social que las contiene, no operan —en forma directa ni en modo suficiente— **vasos comunicantes** entre ambas parcelas de la estructura económica⁷. El **hermetismo interestructural** determina la ausencia de flujos inductores recíprocos y la separación de las respectivas vertientes productivas.

Existe, por una parte, una subestructura económica tradicional, con vacíos improductivos y grandes áreas de subempleo permanente; conformada por un cuadro de relaciones de producción históricamente retrasado con respecto a la potencialidad de las fuerzas productivas. Se trata de una parcela estructural resistente al cambio, relativamente hermética, tecnológicamente

refractaria, con recursos técnicos apenas contenidos en límites estrechos; asimismo, con precaria base de sustentación agropecuaria y un incipiente proceso de industrialización que tienen, en conjunto, un bajo nivel de rendimiento.

Existe, por otra parte, una subestructura económica avanzada, de formación más reciente y relaciones capitalistas de producción en consonancia con el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas; conformada predominantemente por el sector extractivo de exportación, tecnológicamente absorbente, abierta y vinculada a la concurrencia exterior, con capitalización extensiva, altos niveles de productividad y elevada escala de realización.

Tales contrastes se sintetizan en la observación de que la parcela estructural avanzada crece con ritmo progresivo y en dirección **hacia afuera**, mientras la retrasada permanece sin importantes fluctuaciones en sí misma, relativamente estancada

6. Para los efectos de este análisis se considera, grosso modo, la existencia de dos grandes parcelas estructurales en el sistema social venezolano. El análisis de la esencia conflictiva del proceso inflacionario en Venezuela requiere efectivamente una metodología fundamentada en la dialéctica de la contradicción fundamental del sistema. Tanto las causas determinantes como las fuerzas contrarrestantes de la inflación en el país se explican por la coexistencia de dos parcelas estructurales con modos de producción diferentes. Esto no significa que el enfoque de la dicotomía estructural tenga la misma validez y dimensión metodológica en el análisis heterodoxo de la inflación como en el análisis dialéctico del subdesarrollo. Aunque en ambos casos el concepto de estructura conforma un aspecto común del tratamiento dialéctico, debe necesariamente advertirse que en el primero se aplica el concepto de dicotomía estructural solamente como reducción metodológica del problema a sus causas determinantes y fuerzas contrarrestantes.

7. La impermeabilidad de las dos parcelas estructurales se interpreta en sentido recíproco, directo y no absoluto. Cuando se dice que no operan vasos comunicantes entre ambas subestructuras quiere significarse que no existe directa ni suficientemente una transmisión recíproca de efectos. En la realidad concreta ocurre una inducción indirecta del sector extractivo exportador al resto de la economía a través del sector público fiscal y mediante la aplicación presupuestaria de los recursos provenientes de la explotación de hidrocarburos. La inducción en sentido contrario ocurre levemente y sin la mediación o ingerencia del sector público; pero por ser tan leve e insignificante se considera efectivamente inexistente.

hacia adentro. En suma, son dos parcelas estructurales con caracteres específicos y diferenciados; coetáneas pero no contemporáneas; geográficamente coexistentes pero económicamente segregadas. Las dos coexisten y cada una condiciona la existencia de la otra. Es decir, ambas adquieren sentido real consideradas a la luz de su relación mutua. Pero como en las dos existen objetivos contrarios —dominación externa **versus** Independencia interna— surgen de modo necesario las contradicciones inherentes a las economías duales con estructuras en conflicto. Siendo que la diferencia entre el crecimiento del sector petrolero de exportación y el estancamiento relativo del sector productivo interno (no petrolero) es cada vez más pronunciada, la coexistencia de las dos parcelas estructurales implica el desarrollo de las contradicciones con tendencia al conflicto, es decir, al estadio o punto culminante del desarrollo de las contradicciones en que éstas deben resolverse necesariamente.

El cuadro anterior de contradicciones esenciales sirve de fundamento al desarrollo de la interpretación heterodoxa del proceso inflacionario en Venezuela. La insistencia en la diferenciación estructural del sistema deriva de la necesidad de establecer el origen de las presiones generadoras y las fuerzas contrarrestantes de la inflación en la raíz dialéctica de los conflictos de estructura. Planteando así el problema, resta solamente señalar que el análisis estructural de la inflación requiere, **prima facie**, el enfoque de cada uno de los aspectos de la oposición contenidos en el proceso. O tanto como decir que las presiones generadoras y las fuerzas contrarrestantes —términos de la contradicción en el proceso inflacionario— deben ser estudiadas inicialmente con abstracción, de sus contrarios correspondientes, diferenciadas unilateralmente de sus respectivos opuestos, reveladas en su aisla-

miento relativo. Dentro de la misma concepción estructural del fenómeno es necesario estudiar finalmente los dos elementos conjugados en la oposición que los contrapone y los fusiona, en la síntesis que expresa la unidad incluyente de su existencia objetiva. Corolario de esta interpretación de elementos contrarios es el diagnóstico del proceso inflacionario en la determinación unitaria de sus fuerzas conflictivas.

Dentro de la realidad del subdesarrollo del país, la inflación se origina en el desnivel cualitativo entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción que existen en la parcela estructural rezagada. A la luz de la **ley de la obligada correspondencia de las relaciones de producción con el carácter de las fuerzas productivas** se descubre que en la base económica del sistema social venezolano no existe la necesaria concordancia histórica entre aquéllas y éstas. La discrepancia entre las primeras y las segundas es resultado de desiguales grados de desarrollo en los dos elementos del modo de producción social. Esta disparidad determina a la vez un conflicto entre la forma y el contenido del proceso productivo que degenera en la parálisis relativa de las fuerzas productivas y en la crisis y el estancamiento de la producción. No significa esto que en la interioridad de la parcela retrasada no ocurran movimientos o cambios, desplazamientos o mutaciones. Existen dentro de las fronteras del atraso fuerzas y factores dinámicos que se desplazan constantemente en torno al eje de conservación de las relaciones estructurales prevalecientes. En la dinámica de la conservación de la estructura ocurren cambios que pueden afectar a elementos o formas sin que afecten a la misma estructura en su esencia. La estructura puede asimilar algunas mutaciones sin que éstas signifiquen un cambio en la racionalidad esencial que la

define. Como tales debe entenderse, entonces, las transformaciones cuantitativas que no afectan a la **ley fundamental de la estructura** mientras ésta se mantenga en un límite de resistencia cualitativa.

La **asincronía histórica** entre los dos aspectos del modo de producción que existe en una vasta parcela estructural del sistema, determina contradicciones cuya persistencia restringe la escala de la producción nacional. Esto ocurre porque en la parcela estructuralmente rezagada, las relaciones de producción —retrasadas históricamente con respecto a la totalidad dinámica del modo de producción que las contiene— aherrojan las fuerzas productivas y reprimen su desenvolvimiento. O, en otros términos, la **vis inertiae** de las relaciones de producción estrangula la potencialidad de las fuerzas productivas, origina obturaciones y rigideces en la base económica del sistema e impide, en consecuencia, el desarrollo de la capacidad de producción a nivel de la parcela estructural retrasada.

Frente al ostensible crecimiento de la población del país —rasgo demográfico del subdesarrollo—, el estancamiento relativo de la escala de producción del sistema determina el escasez de bienes de consumo básico, y ésta, agravada por el carácter de las relaciones de intercambio del producto social, origina el **encumbramiento de los precios**. En tal forma, el **embrión inflacionario** que se gesta en las entrañas de la estructura deficitaria, se desarrolla y trasciende al relieve de la formación social mediante presiones ascendentes sobre el nivel de los precios, ocasionando, a la postre, el **envilecimiento real del nivel de subsistencia**.

Hasta aquí el análisis se limita a la causalidad **positiva** del proceso inflacionario y, como tal, a la **tesis** de la activación de fuerzas que, por las contradicciones persistentes en la parcela estructural

rezagada, desatan básicamente un conjunto de presiones sobre el nivel de los precios. El enfoque del problema desde el ángulo de las presiones determinantes implica, por unilateral y limitado, la abstracción de uno de los dos elementos activos de la contradicción contenida en el proceso inflacionario. La continuidad dialéctica de este proceso supera la limitación de su causalidad **positiva**, el aislamiento relativo de su **tesis** por vía de la acción recíproca entre la causalidad que **afirma** y la causalidad que **niega**. Se establece, en tal forma, la oposición dinámica entre las presiones generadoras y las fuerzas contrarrestantes de la inflación.

La parcela estructural avanzada actúa como fuente de las fuerzas que neutralizan las presiones inflacionarias generadas en la estructura retrasada. La industria extractiva de exportación —sector predominante del área estructural desarrollada— se caracteriza por la existencia de relaciones de producción que impulsan el desarrollo de las fuerzas productivas, conservando las rasgos y caracteres de la explotación capitalista en un régimen de realización proyectado principalmente hacia los mercados petroleros internacionales. La estructura económica del sector capitalista externo mantiene —particularmente a nivel de la industria de hidrocarburos— una elevada escala de producción vinculada, en su mayor parte, a la concurrencia exterior. Los ingresos provenientes de las exportaciones petroleras —considerablemente altos en virtud de los cuantiosos volúmenes de petróleo exportado y con embargo del efecto restrictivo que ejerce el deterioro de sus precios— constituyen el elemento determinante de la **alta capacidad para importar** que tiene el sistema económico venezolano. El **valor de retorno** de las exportaciones petroleras representa la fuente principal del poder exterior de compra requerido para la importación de

bienes manufacturados que no son producidos —o lo son en medida insuficiente— por la estructura retrasada del sistema. En tal forma la alta capacidad para importar que se origina en el sector extractivo de exportación y proviene de la realización internacional de los hidrocarburos venezolanos, opera como fuerza contrarrestante de las presiones inflacionarias que surgen de la porción estructural retrasada.

Pero el desarrollo del proceso no se detiene en esta negación. Hasta ahora el enfoque unilateral de cada elemento de la contradicción ha permitido el señalamiento de los dos signos de la oposición activa en el proceso. Lo **positivo** de las presiones determinantes existe en correspondencia con lo **negativo** de las fuerzas contrarrestantes, y viceversa. Pero conjugadas en su oposición tanto aquéllas como éstas se proyectan en unidad de contrarios, en síntesis que las comprende conjuntamente y las supera con nuevas cualidades. Ocurre, en expresión de Althusser, «una reestructuración global del todo sobre una base cualitativamente nueva»⁸.

La síntesis de las presiones generadoras de la inflación y las correspondientes fuerzas neutralizantes se manifiesta en la conjugación dialéctica de tales elementos como aspectos opuestos del proceso que se realiza con la superación de ambos. La afirmación y la negación del proceso inflacionario en la coexistencia de dos modos de producción distintos se conjugan en la síntesis que difiere de la doble negación formal, ya que el resultado de aquélla no revierte al punto de partida de los dos términos de la contradicción, sino que entraña aspectos de una nueva determinación.

El resultado de la síntesis dialéctica de los dos elementos mencionados se manifiesta en la existencia de un **proceso inflacionario estructuralmente sumergido**, activo en su esencia, trabado en su forma,

corregido en su manifestación externa y en su efecto. Se trata de una **inflación artificialmente reprimida**⁹, con caracteres que reflejan la esencia contradictoria de un proceso que persiste en estado latente y en equilibrio inestable de tensiones porque no desaparecen las presiones estructurales que lo determinan ni dejan de existir las fuerzas que lo neutralizan. La persistencia de las presiones generadoras de la inflación es, a la vez, un rasgo típico del subdesarrollo; el atraso económico contiene fundamentalmente un conjunto de factores que se oponen al desarrollo de las fuerzas productivas e impiden la mutación estructural del sistema. La persistencia de las fuerzas contrarrestantes de la inflación es resultado del desarrollo de las fuerzas productivas a un nivel estructural más avanzado. El proceso inflacionario —caracterizado en tales términos— expresa la conjugación de las fuerzas contenidas en los conflictos estructurales del subdesarrollo.

La singularidad de la inflación venezolana se hace aún más evidente con la caracterización resumida en las siguientes observaciones:

1) En la determinación del proceso inflacionario, la **afirmación** de las fuerzas generadoras es estructuralmente **endógena**, mientras que la **negación** que surge de las fuerzas contrarrestantes es estructuralmente **exógena**. De esto se desprende que, en la perspectiva del desarrollo económico, la prognosis estructural de la inflación asigna a la afirmación un carácter **cierto** y a la negación un carácter **aleatorio**.

2) El proceso inflacionario exhibe, a largo plazo, mayor tendencia a la emersión que al sepultamiento, en virtud de que la rigidez de la estructura retrasada determina presiones ascendentes sobre el nivel de los precios que tienden a prevalecer

sobre las correspondientes fuerzas contrarrestantes.

3) El soterramiento de la inflación en Venezuela ocurre, en gran parte, por la explotación del petróleo en gran escala y con embargo de la capacidad de compra de las exportaciones petroleras. Pero, dadas las características de la estructura económica del país, el costo de corrección inflacionaria presenta dos vertientes contradictorias. Debido al aumento de los precios de las importaciones, el poder de compra de las exportaciones petroleras fluye al exterior cada vez en mayores proporciones, originando una **capitalización hacia afuera**. La explotación sistemática e intensiva de los hidrocarburos acelera su agotamiento sin que los ingresos provenientes de tal explotación se apliquen substancialmente en la transformación cualitativa de la estructura rezagada. El agotamiento progresivo del petróleo y el empleo predominantemente consuntivo de los ingresos fiscales derivados de su explotación determinan una **descapitalización hacia adentro**.

4) Si, como ciertamente ocurre, el proceso inflacionario se manifiesta en un leve aumento del nivel de los precios —inflación exteriormente moderada— es porque, entre otras razones, operan filtraciones en el **valor de retorno** de las exportaciones petroleras que determinan contracciones en la capacidad de compra global del país, impidiendo que la acción correctora del sector capitalista de exportación neutralice suficientemente las presiones derivadas de la parcela retrasada.

5) Muchas veces las fuerzas neutralizantes del proceso inflacionario no fluyen significativamente más allá de la superficie de la formación social. Por las propias características del sistema establecido, la aplicación de la capacidad para importar no surte un efecto substancial en la par-

cela económicamente deprimida, sino que, en muchos aspectos, sólo contribuye al reforzamiento de los factores que determinan su estancamiento relativo. Asimismo, por deformación del subdesarrollo del país, una porción considerable de la capacidad adquisitiva de las exportaciones petroleras fluye con frecuencia hacia el gasto improductivo interno, ampliando, en tal forma, las brechas de propagación inflacionaria.

Las presiones estructurales de la deflación en Venezuela

En el capítulo anterior las **presiones estructurales** han sido definidas como un conjunto de tensiones que se originan en las rigideces de la base económica del sistema y actúan en impulsos ascendentes sobre el nivel de los precios. El papel de las presiones estructurales en la determinación del proceso inflacionario en Venezuela responde al lugar central que la estructura productiva ocupa en la economía del país, no sólo en cuanto a la producción de bienes materiales, sino en cuanto también a las relaciones sociales que rigen esa producción. En este sentido se ha expresado que las relaciones de producción que conforman la parcela estructural retrasada del sistema restringen el desarrollo de las fuerzas productivas ocasionando rigideces en la oferta. La escala cuantitativa de la producción resulta entonces determinada por la conformación cuali-

8. Louis Althusser: Op. cit., p. 180.

9. El concepto de **inflación artificialmente reprimida** se emplea aquí no para significar un fenómeno que se refleja en la acumulación de liquidez excesiva por la implantación de controles monetarios suficientemente rígidos, sino para expresar un proceso caracterizado por la existencia de un conjunto de presiones estructurales que operan sobre el nivel de los precios, y son, a la vez, reprimidas artificialmente por fuerzas que provienen de una estructura económica distinta de la que genera las causas determinantes de la inflación.

tativa de la base económica. Es así como la falta de correspondencia entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas no sólo restringe el rendimiento social del proceso de producción, sino que impide todo movimiento expansivo del mismo. Generalmente las adiciones cuantitativas de recursos productivos no surten, en estas condiciones, efectos substanciales de expansión, debido a que, por la falta de coherencia entre los dos aspectos mencionados del modo de producción social, la aplicación de recursos adicionales tropieza con resistencias cualitativas que impiden su desarrollo. Ocurre apenas una adición cuantitativa de recursos sin que el incremento de los mismos encuentre brechas cualitativas que permitan el crecimiento del producto social.

Entre las principales fuentes de presiones inflacionarias estructurales en Vene-

zuela se mencionan la inflexibilidad de la estructura de la producción, la disparidad de las productividades sectoriales medias de la economía y el deterioro de la relación de precios del intercambio.

La inflexibilidad de la estructura de la producción

Si, como en el caso de Venezuela, la población consumidora crece a un ritmo mayor que el de la producción de bienes de consumo básico, lógico es que crezca también la escala de necesidades no cubiertas por la oferta interna. Es decir, con la rigidez relativa de la oferta interna de bienes de subsistencia aumenta colateralmente la demanda social no solvente. El grado de insatisfacción de las necesidades es, por lo tanto, una medida socialmente

Cuadro 1. POBLACION OCUPADA POR SECTORES ECONOMICOS EN VENEZUELA (%)

Sectores de la producción material*	1936	1941	1950	1961	1964	Variaciones periódicas	
						1936-1950	1936-1964
Agropecuario	57,9	51,2	45,1	34,4	34,4	- 12,8	- 23,5
Industrial manufacturero	13,7	13,3	10,8	13,1	12,8	- 2,9	- 1,0
Construcción	2,2	3,2	5,8	5,7	7,2	3,6	5,0
Transporte y comunicaciones	2,3	3,4	3,3	4,7	3,9	1,0	1,6
Electricidad, gas y agua	0,1	0,2	0,3	1,1	0,6	0,2	0,5
	76,2	71,3	65,3	59,0	58,9	- 10,9	- 17,4
Sectores de servicios							
Comercio e institutos financieros	6,0	8,1	9,6	13,5	11,9	3,6	5,9
Servicios públicos y privados	16,3	18,7	21,9	25,4	27,7	5,6	11,4
	22,3	26,8	31,5	38,9	39,6	9,2	17,3
Población ocupada en % de la población total del país	32,1	32,2	31,0	29,9	30,4		

Fuentes: VI, VII, VIII y IX Censos generales de población (Dirección General de Estadística). Informe económico del Banco Central de Venezuela, 1964.

* Con excepción de petróleo y minas. En estas ramas de producción el porcentaje de la fuerza de trabajo empleada con respecto a la ocupación total del país en el año 1936 fue igual al año 1964. La suma de los porcentajes de la población ocupada en los sectores productivos y los sectores de servicios no alcanza el 100 % del empleo en el país, debido a que entre los primeros no han sido incluidas las actividades petroleras y mineras.

aproximada de la inelasticidad de la estructura productiva del sistema, siendo esta entropía del producto nacional básico la principal fuente de las presiones estructurales de la inflación.

Un rasgo típico de la economía venezolana es la insuficiente capacidad productiva en relación con la elevada tasa de crecimiento demográfico. El aumento de la población determina una demanda creciente de bienes y servicios. Pero ésta no puede ser cubierta satisfactoriamente sin la aplicación de capitales que permita el aumento correspondiente de la escala de producción del sistema. La falta de un régimen de inversiones estructurales que se adapte a las necesidades de ampliación de la capacidad productiva impide la absorción de los nuevos contingentes de fuerza de trabajo incorporados anualmente a la economía por efecto del crecimiento poblacional. Basta la referencia al cuadro 1 para la ilustración de tal aspecto. Durante el periodo 1936-1964 la trayectoria de la población ocupada muestra —tomando en cuenta el aumento absoluto del empleo en el país— un descenso relativo en los **sectores de la producción material**, sin considerar las actividades petroleras y mineras, equivalente a 17,4 %, al mismo tiempo que los **sectores de servicios** incrementaron su capacidad ocupacional, respecto al empleo total en el país, de 22,3 % en el año 1936 a 39,6 % en 1964. Esto confirma la ostensible incapacidad de los sectores —precapitalista y capitalista internos— para absorber los sucesivos incrementos de fuerza de trabajo generados por el crecimiento efectivo de la población. Mientras la población económicamente activa crece a un ritmo sostenido, las inversiones de desarrollo se mantienen en un nivel inferior a las necesidades del crecimiento económico, y el proceso agro-industrial —deformado en su contenido dinámico— permanece bajo el efecto de

rigideces y frustraciones causadas por el enfeudamiento de la estructura productiva.

Es obvio que el crecimiento demográfico acentúa la necesidad de promover el desarrollo económico del país. Sin embargo, como el sector primario —con excepción de las actividades extractivas— y el sector secundario de la economía no mantienen un nivel adecuado de inversión productiva, el incremento de la población y el aumento concomitante de la fuerza de trabajo efectiva y potencial, además de agravar las presiones sociales en el sistema, impiden o retardan el curso del desenvolvimiento económico. En efecto, la fuerza de trabajo se incrementa a un ritmo mayor que las nuevas oportunidades de empleo, ocasionando una tendencia depresiva en las tasas de salarios reales que determina en los sectores básicos de la producción un **efecto-sustitución** de capital por trabajo —efecto Ricardo¹⁰—, cuando lo que se requiere es la aplicación de mayores dosis de capital que hagan factible el aumento de la productividad y el producto en función de las crecientes exigencias sociales.

La incapacidad de los sectores productivos para absorber —a niveles crecientes de productividad— las nuevas adiciones de mano se obra se debe a un fenómeno de **sobreocupación relativa** en el sentido de que la inversión no aumenta al mismo ritmo que la población ocupada y cada unidad de trabajo es menos productiva que en condiciones de una expansión de capital. Como la insuficiencia de inversión productiva se debe a factores estructurales que aumentan considerablemente el costo de capital en relación con su rendimiento económico y social, el crecimiento de la

10. El efecto Ricardo se interpreta en el sentido de que un aumento general en la remuneración del trabajo proporcionalmente mayor que en los precios de bienes producidos, causa una disminución de la rentabilidad de los procesos de producción que absorben relativamente menores dosis de capital.

fuerza de trabajo efectiva impide, en tales condiciones, la sustitución de técnicas que utilizan mayor proporción de trabajo por técnicas que predominantemente emplean recursos de capital. El subempleo y el desempleo disfrazado que caracterizan a los sectores primario y secundario de la economía venezolana son manifestaciones de las **desproporciones factoriales** típicas de las economías con desequilibrio estructural, en las que, como afirma Furtado, «se despilfarran un factor —el trabajo— porque otro —el capital— es escaso»¹¹.

El subempleo estructural es un fenómeno que afecta a los sectores primario y secundario de la economía del país por obstáculos cualitativos del sistema y, particularmente, por carencia de capital productivo. En el caso venezolano este tipo de subempleo no se traduce únicamente en la baja productividad de los sectores agropecuario e industrial, sino también en un **anormal crecimiento del sector terciario**. El bajo nivel de inversión en las actividades primarias de la economía y el desplazamiento progresivo de capitales hacia las actividades terciarias han determinado, en primer lugar la insuficiencia económica del país para ocupar —a mayores niveles de productividad— la fuerza de trabajo adicional en la producción de bienes básicos y, luego, la proliferación comercial y de servicios mediante el desarrollo —en muchos casos desproporcionado— de actividades que gradualmente se convierten en generadoras de desempleo disfrazado. En efecto, la proporción de fuerza de trabajo dedicada a comercio y servicios es considerablemente alta. Como tales actividades se desarrollan con un volumen de ocupación superior al nivel óptimo, la presión del subempleo se manifiesta generalmente en una multitud de pequeñas ocupaciones improductivas. La hipertrofia de los sectores de servicios —signo de un elevado nivel de vida en las economías

desarrolladas— revela en Venezuela una evidente asimetría de las **proporciones factoriales** que es, a la vez, causa y efecto del bajo índice de productividad de la estructura de su economía.

Las disparidades sectoriales de la formación de capital y el consiguiente desequilibrio de los niveles de ocupación entre las actividades de la producción material y de servicios han imprimido una notoria insuficiencia a la base productiva del sistema. La estructura de la producción permanece inflexible ante el aumento de la demanda global de subsistencia. Por no cubrir los márgenes cada vez mayores de la demanda total, la rigidez estructural de la oferta interna genera una serie de presiones ascendentes sobre el nivel de los precios.

La inflexibilidad de la estructura de la producción nacional reside tanto en la rigidez de la producción agropecuaria como en el desarrollo insuficiente de las industrias de bienes de consumo básico. A cada uno de estos aspectos dedicamos de inmediato algunas breves consideraciones.

1) La rigidez de la producción agropecuaria

El sector agropecuario actúa como elemento dinámico del proceso de desarrollo económico mientras, con una relación eficientemente productiva entre la tierra cultivada, el capital y la fuerza de trabajo en ella incorporados, aumenta su rendimiento y su oferta al resto de la economía en niveles que cubran suficientemente los incrementos en la demanda como resultado del crecimiento de la población. La experiencia agropecuaria en Venezuela durante los últimos veintidós años no parece solventar este rasgo primario del desarrollo, debido a que si ha cambiado, en cierto modo, la sustancia política de la

tierra, no ha cambiado significativamente las reacciones estructurales que en ella prevalecen como freno de su potencialidad productiva.

El bajo rendimiento del sector agropecuario del país impide que la oferta interna de productos agrícolas no alcance el nivel requerido por la demanda de una población creciente. Las cifras consignadas en el cuadro 2 fundamentan el contenido de esta afirmación. Puede, en efecto, observarse que de 1945-1947 a 1963-1965 el producto agropecuario por habitante aumentó el 16,2% a una tasa anual de crecimiento de 2,5%, y, dentro de la producción agropecuaria, el producto agrícola vegetal por hectárea cosechada se incrementó en 25%, durante el mismo período, a un ritmo anual de 3,9%. Es claro que la tasa de crecimiento anual de la producción agropecuaria, a más de indicarnos que el sector contribuyó en cada año del período a incrementar la oferta total de bienes y servicios en 2,5%, no puede significar por sí sola la problemática estructural de la realidad estudiada. Si admitimos que durante el período 1945-1965 la superficie cosechada aumentó el 61% y el producto agropecuario se mantuvo en proporciones de relativo estancamiento, puede afirmarse que el crecimiento del sector es insatisfactorio y precario, ya que su producción aumentó en un ritmo inferior al crecimiento de la población y pocos son los productos que han tenido incrementos medianamente aceptables.

Parte de la insuficiencia de la oferta de productos agrícolas ha sido solventada por importaciones y parte, también, se ha convertido en factor de presiones inflacionarias sobre los precios de bienes de consumo vital. El efecto inflacionario en los precios de los artículos alimenticios reviste mayor severidad en un país subdesarrollado, como Venezuela, que en países con un mayor desarrollo social de

la producción, debido a la alta proporción que representan los alimentos en las economías de bajos ingresos populares, en donde la demanda de productos de alimentación absorbe alrededor del 40 al 50% del gasto total.

Con frecuencia se establece una relación de causalidad entre la rigidez de la producción agropecuaria y el proceso inflacionario que afecta a las economías estructuralmente retrasadas. Por cuanto la economía venezolana se caracteriza por un subdesarrollo de tal índole, esa misma relación sirve para explicar cómo la inflexibilidad de la oferta agrícola en el país determina presiones ascendentes sobre el nivel de los precios. En efecto, con el crecimiento demográfico urbano aumenta la demanda urbana de productos agrícolas y pecuarios. Siendo ésta más alta y rígida ante las fluctuaciones de los precios que la demanda de esos mismos productos en el medio rural, debe necesariamente existir una oferta creciente de bienes agropecuarios en las ciudades si se quiere impedir un encumbramiento en los precios de tales productos. Es menester, entonces, que aumente la producción y el rendimiento en el campo o que se cubra con importaciones el déficit de la oferta interna. Como en importantes renglones la oferta interna de alimentos aumenta a un ritmo proporcionalmente menor que la población del país, el precio de los productos alimenticios aumenta en mayor proporción que el de otros productos de consumo indispensable. Siendo los alimentos el « bien-salario » por excelencia, el incremento de sus precios determinará la exigencia de mayores salarios que se traducirán al mismo tiempo en costos de producción más altos, y éstos,

11. Celso Furtado: «La formación de capital y el desarrollo económico», en la obra de A.N. Agarwala y S.P. Singh: *La economía del subdesarrollo*, p. 259-280, Madrid, 1963. Este ensayo de Furtado es fundamentalmente un análisis crítico de la tesis nurksiana del crecimiento equilibrado.

Cuadro 2. RENDIMIENTO DEL SECTOR AGROPECUARIO EN VENEZUELA

Periodos	Producto agropecuario por habitante (Promedio trianual)		Producto agrícola vegetal por hectárea cosechada (Promedio trianual)	
	Bolívares a precios de 1957	Índice 1945-1947 = 100	Bolívares a precios de 1957	Índice 1945-1947 = 100
	1945-1947	222	100,0	636
1948-1950	213	95,9	597	93,9
1951-1953	221	99,9	742	116,7
1954-1956	216	97,3	768	120,8
1957-1959	225	101,4	798	125,5
1960-1962	237	106,8	731	114,9
1963-1965	258	116,2	795	125,0

Fuentes: Banco Central de Venezuela: **Informe económico**, Caracas, 1965.

Banco Central de Venezuela: **La economía venezolana en los últimos veinticinco años**, Caracas, 1966.

a la vez, en una nueva y más amplia elevación de los precios.

Antes hemos expresado que la oferta interna de productos agropecuarios exhibe a largo plazo una rigidez determinada por factores y relaciones estructurales persistentes. La baja productividad del sector agropecuario en Venezuela obedece a la existencia de un régimen improductivo e irracional en la tenencia de la tierra. La inadecuada propiedad y distribución de las áreas aptas para el cultivo reside en la existencia de grandes extensiones de tierra cultivable en poder de un reducido número de propietarios (latifundios), a la vez que en un gran número de pequeñas y fragmentadas propiedades agrícolas (minifundios). La estructura agraria latifundista —con una clase terrateniente que se nutre de su perpetuación dinástica y su *status* de privilegios— se caracteriza por su falta de dinamismo y su resistencia a la incorporación al medio rural venezolano de técnicas de producción más avanzadas. El problema del minifundio y su constante fragmentación, por otra parte, origina un desmejoramiento en la relación hombre-tierra y, en consecuencia, una disminución de la productividad del trabajo campesino y de las

superficies cultivadas. Tanto el latifundismo, con sus grandes áreas inactivas, su refracción a técnicas superiores de explotación agraria y sus patrones arcaicos de financiamiento y comercialización como el minifundismo, con su precaria economía de subsistencia y su desocupación disfrazada, constituyen conjuntamente —y por razones distintas— los factores determinantes del bajo índice de productividad del sector agropecuario en Venezuela. Mientras ambos persistan como elementos de conformación regresiva de la estructura agraria del país jamás podrá impedirse que el bajo rendimiento de las fuerzas productivas en el campo se refleje en la insuficiencia de la oferta interna de productos agrícolas y en los efectos inflacionarios consiguientes.

2) El desarrollo insuficiente de las industrias de bienes de consumo básico

El desarrollo insuficiente de las industrias de bienes de consumo básico constituye otra fuente estructural de presiones inflacionarias en el país. Es necesaria una explicación previa aun cuando breve de esta causalidad inflacionaria. En la diná-

mica de las relaciones entre el sector agropecuario y el sector industrial —particularmente la rama manufacturera de bienes de consumo vital— se observan algunos estrangulamientos y restricciones que inciden en la escala de producción de bienes básicos de subsistencia. La rigidez de la producción agropecuaria no sólo tiene efectos inflacionarios directos, sino también una repercusión inflacionaria indirecta porque opera como factor restrictivo de la oferta de insumos agrícolas requeridos en las industrias de transformación. En tanto afecta el aprovisionamiento de algunas ramas importantes del sector industrial, la inflexibilidad de la oferta agrícola interna determina la contracción relativa de la producción de tales ramas y, consiguientemente, el retraso de la oferta de bienes de consumo manufacturados de primera necesidad con respecto a la creciente demanda de esos mismos bienes. Es necesaria, entonces, la importación de materias primas y artículos alimenticios elaborados que suplementen el déficit interno. En opinión de Orlando Araujo encontramos la explicación del origen estructural de este problema :

La estructura latifundista del sector agropecuario, con sus características de cultivos extensivos, tierras ociosas, producción irregular y baja productividad, así como la existencia colateral de una forzada agricultura de subsistencia, factores esenciales del estancamiento secular del agro venezolano, determinan una producción irregular y una oferta inflexible, muy poco adecuadas para atender la demanda de materias primas y de alimentos de una industria y una población crecientes. El esfuerzo industrial de los años cuarenta para proveer de materias primas nacionales, obedecía a una causa impuesta por la situación internacional [...] Desaparecida esta causa, la economía interna va a imponer las condiciones de su estructura deformada: será más fácil ahora importar las materias primas y los alimentos, que exigirlos a una agricultura cuyo sistema feudal la estanca e incomunica con el sistema capitalista. Comienza así un proceso inverso al anterior, un proceso hacia afuera, ayudado por la abundante y libre disponibilidad de divisas, por el poder adquisitivo exterior de la unidad monetaria nacional¹².

Con la importación suplementaria de bienes de consumo básico ocurre una absorción de efectos inflacionarios externos que repercute en detrimento del consumo popular. El ingreso real de las masas consumidoras resulta parcialmente envilecido por el encarecimiento de los bienes manufacturados de subsistencia que conforman un importante renglón de las importaciones del país. En tal forma, la insuficiencia estructural de las industrias de bienes de consumo básico determina no sólo la erosión del nivel masivo de subsistencia, sino también una traslación adicional de ingresos al exterior por vía de importaciones con crecientes márgenes inflacionarios.

En cuanto a las industrias de bienes de consumo alimentario en el país —que bien constituyen un elemento revelador de la afección inflacionaria— se observa en general un crecimiento moderado y lento. Esta realidad puede comprobarse, en cierto modo, a la luz de las cifras contenidas en el cuadro 3. Durante el periodo 1950-1966 la población del país aumentó en 74,7 % a una tasa anual de 4,5 % ; el producto industrial interno de alimentos por habitante se incrementó durante el mismo lapso en 70,3 % a un ritmo anual de 4 %. Esto significa un breve retraso de la oferta interna de bienes alimenticios en relación con el crecimiento poblacional. La brevedad del retardo de aquélla con respecto a éste podría no significar una brecha inflacionaria de importancia si tan sólo limitamos nuestra observación al índice de desnivel cuantitativo entre ambas variables y advertimos, en apariencia, el efecto suplementario de las importaciones de alimentos. Basta, sin embargo, penetrar

12. Orlando Araujo : « Caracterización histórica de la industrialización de Venezuela », en *Economía y Ciencias Sociales*, Revista de la Facultad de Economía de la Universidad Central de Venezuela, año VI, número 4, octubre-diciembre de 1964, p. 12-13.

en la realidad estructural del problema para arribar a una conclusión diferente. En efecto, un retraso de 0,5% anual de la producción industrial de alimentos con respecto al crecimiento demográfico del país puede no tener efectos inflacionarios si tal insuficiencia es solventada por importaciones de valor equivalente al déficit de la oferta interna. Pero ocurre que la importación de alimentos manufacturados contiene ingredientes inflacionarios que perciben los países subdesarrollados en los mecanismos de intercambio con las economías industriales. Las importaciones de tales bienes son trasmisoras de inflación por motivos de un **comercio exterior no equivalente** a la vez que por causas estructurales internas. Es la rigidez de la producción industrial del ramo lo que determina el expediente de las importacio-

nes como medio de suplir la insuficiencia interna de manufacturas de consumo esencial.

Si la oferta interna de alimentos fuera lo suficientemente flexible con respecto a las crecientes exigencias que surgen con el aumento de la población, la consecuente eliminación de las importaciones evitaría, por extensión lógica, los efectos de ingredientes inflacionarios externos. Pero la estructura productiva de las industrias de bienes de consumo básico no mantiene niveles progresivos de producción y rendimiento, y, en consecuencia, la oferta interna de alimentos no puede cubrir los incrementos sucesivos de la demanda social no solvente. Es ésta la razón del aumento de las importaciones de alimentos por habitante durante el periodo 1950-1966.

La correlación entre el crecimiento de la

Cuadro 3. INDICES DE LA OFERTA GLOBAL DE ALIMENTOS MANUFACTURADOS (por habitante y a precios de 1957). 1950 = 100

Años	Población del país	Producto industrial interno de alimentos	Importación de alimentos
1950	100,0	100,0	100,0
1951	103,3	86,0	100,0
1952	106,8	101,8	92,1
1953	110,4	107,0	98,3
1954	114,2	117,5	98,3
1955	118,1	125,1	109,8
1956	122,2	135,1	105,9
1957	126,4	135,1	109,0
1958	130,9	131,6	125,3
1959	135,4	138,3	126,6
1960	140,2	143,9	137,5
1961	147,2	145,6	133,4
1962	152,3	150,9	120,6
1963	157,5	156,1	130,5
1964	163,0	161,9	132,4
1965	168,7	165,4	139,2
1966	174,7	170,3	139,0

Fuentes: Aspectos demográficos de Venezuela, Oficina de Análisis Demográfico, Dirección General de Estadística, Caracas, 1964.
Anuarios estadísticos de Venezuela, 1950-1965, Dirección General de Estadística.
Informe económico correspondiente al año 1966, Banco Central de Venezuela.

población y el de la producción industrial de alimentos, observada en la evolución casi pareja de los índices, parece revelar una situación en la que persiste la irregular distribución del ingreso real —en términos de alimentos— que existía en el año tomado como base. Si a esto se agrega que en el periodo 1950-1966 se advierten evidentes desplazamientos alcistas de los precios, ineludible es la conclusión de que la rigidez de la producción industrial de alimentos constituye —por vía de las presiones inflacionarias estructurales que ella desata— una causa determinante de la erosión del ingreso real alimentario de las masas populares de bajos ingresos. Referimos únicamente los efectos del deterioro a los grupos sociales de ingresos precarios e inflexibles, ya que los grupos de elevados niveles de ingreso solventan con exceso el efecto de la inflación sobre sus presupuestos de consumo mediante el aumento de las **rentas residuales** que perciben en las **transferencias inflacionarias de ingresos**.

En el retraso de la producción manufacturera de bienes de consumo básico con respecto al crecimiento poblacional se justifica concretamente la necesidad del desarrollo industrial venezolano. Si, como consecuencia de ese retraso, el margen de insolvencia de la demanda interna determina la necesidad de importaciones con ingredientes inflacionarios, más urgente es todavía la industrialización nacional orientada preferentemente hacia la sustitución de importaciones. El desarrollo de la economía del país requiere, con este objetivo, un proceso industrial **articulado horizontalmente** en la diversificación productiva e **integrado verticalmente** en la dinámica de los sectores de la producción. Así no sólo se logra una oferta interna más diversiforme y amplia, sino también se elimina el drenaje de ingresos causado por el conte-

nido inflacionario de las importaciones de bienes manufacturados.

Mal puede, sin embargo, realizarse el proceso industrial de sustitución de importaciones mientras persistan en el país las rigideces y deformaciones estructurales de la base productiva del sistema, a la vez que los rasgos inequitativos de la distribución que prevalecen. Sin la abolición de las relaciones y los factores que frenan el desarrollo de las fuerzas productivas a nivel de la estructura agroindustrial y con la persistencia de una distribución regresiva del ingreso, no es posible alcanzar una escala de producción y rendimiento que cubra suficientemente las exigencias de la industrialización sustitutiva. La interpretación de este problema ha sido consignada por Orlando Araujo en los términos siguientes:

... la experiencia histórica del subdesarrollo nos indica que la política de sustitución de importaciones por sí sola no es apta para cumplir el objetivo de un desarrollo equilibrado: al contrario, lo más probable es que conduzca a la producción industrial hacia una situación de estrangulamiento, no sólo por razones de financiamiento de etapas más complejas y costosas, sino porque una sustitución que no tenga en cuenta las deformaciones de la demanda (efecto demostración, entre otros) ni se realice conjuntamente con una política de redistribución del ingreso, estará siempre forzada a desviarse siguiendo el curso de aquellas deformaciones y estará, así mismo, limitada por los módulos de la distribución del ingreso en la sociedad subdesarrollada. Creemos que esto ha sucedido en Venezuela y que la situación actual, ya oficialmente aceptada, de estrangulamiento del desarrollo industrial es la consecuencia lógica de una política de sustitución de importaciones adaptada y subordinada a las deformaciones estructurales de la economía nacional¹³.

La esclerosis y la deformación de los sectores primario y secundario de la economía impiden que el proceso de sustitución de importaciones se realice con suficiente aportación de insumos nacionales. Al margen de algunas alteraciones

13. Orlando Araujo: *El mercado interno* (copia multigráfica), Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1967, p. 13-14.

cuantitativas. —restricción de algunas líneas de importación en proceso interno de sustitución; importación de algunos bienes por insuficiencia de la oferta interna— el problema persiste circularmente en lo mismo, ya que la rigidez de la producción nacional determina la importación de bienes primarios e intermedios con fines diversos de insumo y consumo, ocurriendo en ambos casos una absorción inflacionaria. En tal forma, el estrangulamiento estructural de la industrialización convierte al proceso de sustitución de importación en lo que Orlando Araujo ha denominado una **industrialización importadora**. La irracionalidad del desarrollo industrial venezolano reside entonces en un costoso proceso de agregación definido como una **industrialización semifirme con alto contenido de importaciones inflacionarias**.

La disparidad de las productividades sectoriales medias de la economía

Intentaremos analizar ahora los rendimientos sectoriales medios de la economía como resultado de la desarticulación e incoherencia de la estructura económica del sistema a la vez que como fuente de presiones inflacionarias estructurales. Los desniveles de la estructura productiva determinan el alto grado de deformación económica de Venezuela. Una desarticulación estructural a nivel de los sectores básicos de la producción parece constituir la fuente de graves trastornos y estrangulamientos del desarrollo del país. En sus dimensiones macroscópicas la estructura económica exhibe diferenciaciones discontinuas, fracturas bruscas, desniveles bastante pronunciados y, en muchos aspectos, escasos perfiles de transición.

Una de las características más resaltantes de la economía venezolana es la

coexistencia de tres sectores productivos con ritmos diferentes de crecimiento, separados dentro de la misma estructura por grandes diferencias tecnoeconómicas. Uno es el sector agropecuario, tradicionalmente rígido, resistente al cambio, con grandes áreas de desperdicio y bajo índice de productividad; otro es el sector industrial, interiormente desarticulado, con mixtura de financiamiento y contrastes internos en la densidad de ocupación y el rendimiento de la fuerza de trabajo; y otro, finalmente, es el sector petrolero, básicamente exportador, con grandes proyecciones de capital exclusivamente extranjero y elevado rendimiento a nivel de los factores. Estas diferencias intersectoriales pueden ilustrarse en un modelo de discriminación de los aspectos opuestos —atraso y desarrollo— de cada sector hasta constituir un cuadro de la dicotomía horizontal de la estructura productiva en su conjunto. Como, en efecto, la diferencia de rendimientos entre los sectores agropecuarios e industrial es notoriamente inferior a la existente entre el sector petrolero y el resto de los sectores de la economía, puede abordarse, por simplificación metodológica, el tratamiento del problema a través del enfoque comparativo entre el sector extractivo exportador y el complejo agroindustrial, sin omitir en éste sus rasgos internos de diferenciación. Cualquiera de las dos vías de análisis nos conduce, en fin de cuentas, a la conclusión de que la parcelación estructural a nivel de los sectores productivos con diferencias cuantitativas y cualitativas determina polos de contradicción en el sistema.

El crecimiento desequilibrado de la economía venezolana es producto de la coexistencia de dos parcelas estructurales en conflicto que mantienen fundamentalmente sus rasgos y caracteres respectivos dentro del todo asimétricamente estructurado del sistema. Como entre ambos no existe una

inducción recíproca importante de flujos productivos, la inercia relativa de la parcela atrasada y el curso expansivo de la parcela avanzada originan pronunciados desequilibrios, sin fronteras de mediación, en la totalidad estructural de la economía. La polarización de las contradicciones inherentes a la coexistencia conflictiva de las dos parcelas estructurales del sistema se manifiesta en un vigoroso desarrollo **hacia afuera** y un estancamiento relativo **hacia adentro**. Por eso, un rasgo aún más perturbador de la economía venezolana consiste en que la dualidad de la estructura —en el sentido de una simplificación metodológica de la realidad nacional— no sólo se mantiene, sino que se acentúa: **mientras las actividades agropecuaria e industrial exhiben un desarrollo relativamente retardado, la explotación del sector extractivo crece a un ritmo visiblemente superior**. En esto consisten los grandes desniveles sectoriales de crecimiento. Las productividades medias de los compartimientos dinámicos de la economía exhiben, en efecto, una mayor disparidad a largo plazo con resultados deformadores en el desarrollo. La economía venezolana es, por lo tanto, una realidad que comprende dos aspectos contradictorios en el desarrollo desigual de las fuerzas productivas.

Las discrepancias intersectoriales de la productividad de la fuerza de trabajo constituyen un rasgo indicativo de la asimetría estructural del país. Puede observarse en el cuadro 4 que durante el periodo 1950-1966 el producto agropecuario por persona ocupada aumentó de 1 439 a 2 745 bolívares, el industrial de 5 563 a 12 885, el petrolero de 88 418 a 323 040, mientras la economía en su conjunto aumentó de 7 955 a 13 605. La multiplicación de la productividad laboral en la explotación de hidrocarburos con respecto a la de las otras actividades es claramente manifiesta. Puede, en efecto, observarse que durante

el mismo periodo el producto territorial petrolero por persona ocupada aumentó de 11,1 a 23,7 veces en relación con el total de la economía, de 15,9 a 25,1 veces con respecto al sector industrial, y de 61,4 a 117,7 veces en comparación con el sector agropecuario. Los movimientos sectoriales del producto territorial bruto por persona ocupada muestran una notable desviación del producto petrolero con respecto al de los sectores agropecuarios e industrial y al de la economía en su conjunto. La evolución de tales indicadores significa que la desigualdad dinámica en el rendimiento de la fuerza de trabajo es mayor entre el sector petrolero y el resto de la economía que entre los sectores no petroleros de la producción nacional.

El creciente aumento de la composición técnica del capital en la industria del petróleo ha originado, por vía de una progresiva sustitución de los factores, una mayor productividad por unidad de trabajo ocupada. Las innovaciones técnicas y la aplicación intensiva de capitales en la producción del recurso han ocasionado —simultáneamente con la elevación del rendimiento de la fuerza de trabajo— niveles crecientes de **desocupación tecnológica**. Aunque en torno a este problema el profesor Alvin Hansen mantiene una opinión opuesta cuando afirma que « en el análisis de las tendencias económicas de nuestros tiempos, no puede existir mayor error que el de quienes opinan que los progresos de la técnica son la causa fundamental de la desocupación »¹⁴, existen, en el curso histórico de las relaciones entre el capital y el trabajo de la industria petrolera en Venezuela, serias razones para disentir del criterio sustentado por el citado autor. La maduración industrial del sector petrolero —concomitante con el proceso

14. Alvin H. Hansen : Política fiscal y ciclo económico, Fondo de Cultura Económica, México, 1955, p. 312.

de saturación de capital y una elevada capacidad de absorción tecnológica— ha dado lugar a crecientes marejadas de desempleo. De 1948 a 1958 la ocupación en el mencionado sector disminuyó, según estadísticas oficiales contenidas en la Memoria del Ministerio de Minas e Hidrocarburos correspondiente al año 1963, de 55 170 a 44 720 trabajadores. Posteriormente el desempleo en la misma industria, según la fuente oficial del Ministerio del ramo, aumentó en proporciones mayores. En efecto, la ocupación disminuyó de 44 720 trabajadores en 1958 a 28 464 en 1966, sin incluir los **despidos** de las empresas que operan por contratación de servicios técnicos con las compañías productoras.

La magnitud de la contratación en el nivel de empleo durante los dos periodos confrontados parece responder a factores internos y externos de la industria mencionada. Los primeros están relacionados con el alto nivel técnico de la explotación: **en los últimos años ha ocurrido un considerable desplazamiento de la fuerza de trabajo en la industria petrolera debido a que los recursos tecnológicos han intervenido predominantemente en las proporciones factoriales.** Los segundos están relacionados con la naturaleza conflictiva de las relaciones entre el capital y el trabajo. Durante el periodo 1948-1957 hubo, por razones estrictamente políticas, un quebrantamiento en la beligerancia contractual de los sindicatos petroleros. De 1958 a 1967 resurgieron, no obstante las alienaciones políticas que han deteriorado la unidad del movimiento sindical, las luchas —moderadas y tímidas— de carácter reivindicativo. Frente a las perspectivas externas de este fenómeno social, **la industria petrolera ha aumentado el grado de sustitución de los factores —trabajo por capital— para neutralizar, y aún disminuir en escala mayor, los costos de las reinvin-**

dicaciones laborales. En suma, los factores internos y externos del desplazamiento progresivo de la fuerza de trabajo en la industria petrolera han determinado nuevas combinaciones factoriales que implican el **crecimiento vertical de la inversión** —o lo que Hawtrey denomina **profundización del capital**— en tal sector.

Aun cuando parece asignar mucha importancia al « tipo de innovaciones que crean nuevas industrias y que, por lo tanto, abren nuevas oportunidades de inversión real », el mismo profesor Hansen advierte que « no podemos dejar de tomar en cuenta el problema de la desocupación técnica, problema que puede intensificarse con la creciente importancia de las inversiones que ahorran capital »¹⁵. Esta última aseveración del autor aludido parece ajustarse con bastante aproximación —en un diagnóstico sectorial del problema— a la realidad de la explotación petrolera en Venezuela, y no como causa de intensificación del desempleo en escala global, dada la insuficiencia de capital que caracteriza la economía venezolana en su conjunto.

Con el desplazamiento progresivo de la fuerza de trabajo desde un sector con alta productividad —industria petrolera e innumerables actividades derivadas y conexas— a otros de bajos rendimientos ocurre una disminución relativa en el nivel de la productividad media de la economía. En efecto, la dosis adicional de fuerza de trabajo incorporada a los otros sectores productivos —con recursos de capital que aumentan en proporción muy inferior— determina, en condiciones de técnica relativamente constante, una disminución del rendimiento del trabajo que repercute en el nivel medio de la productividad conjunta del sistema. Frente a la inflexibilidad relativa de la tasa de salarios, el descenso del nivel medio de la productividad ocasiona correlativamente una elevación de los

costos reales de producción. Este fenómeno, unido a la persistente rigidez estructural de la oferta, causa, ante variaciones ascendentes de la demanda efectiva, un encumbramiento inflacionario de los precios.

Las cifras revelan un conjunto de relaciones que permiten un análisis objetivo de los caracteres predominantes en la estructura económica de Venezuela. En efecto, las discrepancias intersectoriales de la productividad por persona ocupada ponen de manifiesto, como se ha expresado anteriormente, la gran asimetría —a nivel de los factores— en la estructura productiva del país.

Como ilustración de tal desequilibrio basta señalar que durante el periodo 1950-1966 el sector petrolero ha aportado anualmente, en términos aproximados, el 30 % del PTB, con apenas una ocupación que ha fluctuado entre el 2,8 y el 0,6 % del empleo total en el país. Durante el mismo periodo, las aportaciones de los sectores agropecuarios e industrial han constituido, respectivamente, el 7,0 % y el 11,3 % del PTB, con niveles de empleo fluctuantes entre el 44 y el 36 % de la ocupación total, en el primero, y entre el 12,9 y el 25,6 % en el segundo. Son evidentes los desniveles de producción y productividad entre los sectores básicos de la economía venezolana. Mientras, a largo plazo, el sector petrolero exhibe una ascendente productividad por unidad de trabajo ocupada, las actividades agropecuaria e industrial muestran un crecimiento visiblemente retardado en el rendimiento por persona empleada.

Hemos expresado anteriormente que la coexistencia de sectores con rendimientos de magnitudes desiguales revela las contradicciones que persisten en la estructura productiva de la economía venezolana. Los elementos de tales contradicciones están vinculados con relaciones de producción

existentes en cada uno de los sectores y con los conflictos factoriales que de aquéllas se derivan: en el sector de alta productividad la fuerza de trabajo disminuye por las causas que determinan la fuerza expansiva del capital; en los sectores de baja productividad la fuerza de trabajo aumenta —levemente en magnitud absoluta— por las mismas causas que originan la precaria formación de capital.

El desarrollo del sector petrolero se ha caracterizado por un proceso casi ininterrumpido de expansión vertical del capital —es decir, en concepto de Hansen, un aumento del capital por unidad de trabajo. La creciente sustitución de trabajo viviente por trabajo acumulado —sustitución de fuerza de trabajo por capital— ha determinado, con los nuevos métodos de producción y las inyecciones tecnológicas que reducen el margen de riesgo implícito en las actividades extractivas, un aumento extraordinario del rendimiento por trabajador. La productividad del factor que por sustitución se convierte progresivamente en escaso, aumenta, ceteris paribus, en relación con la del factor que se convierte correlativamente en abundante. Como la industria petrolera, núcleo capitalista principal del sector extractivo exportador, mantiene mayores vínculos con el exterior que con los sectores productivos de la economía recipiente, la mayor parte de los frutos de la productividad —ahorro al capital por vía del proceso de acumulación— revierten a las fuentes primarias de inversión mediante transferencias extraterritoriales del excedente económico generado en el país. Los flujos de la productividad del trabajo en la industria de hidrocarburos no se infunden al capital de los otros sectores sino que se refunden, por acumulación, al capital de la misma industria y luego, por mecanismos abiertos de traslación, se difunden exteriormente. En

tal forma, el conflicto entre el capital y el trabajo en la industria del petróleo se proyecta doblemente en una **acumulación hacia afuera** y en una **descapitalización hacia adentro**. En la citada industria el alto grado de **integración intrasectorial** contrasta fuertemente con el bajísimo índice de **integración extrasectorial**. La **integración vertical** y la **diferenciación horizontal** constituyen polos de contradicción que, generados primariamente por el conflicto entre el capital y el trabajo, se proyectan en una antítesis mayor: la **acumulación extraterritorial** y la **descapitalización intraterritorial**.

La complejidad estructural de la economía no petrolera del país impone la necesidad de un análisis por separado de los sectores productivos —agropecuario e industrial— que principalmente la conforman. No prevalece en este tratamiento un criterio de desvinculación entre los sectores mencionados, sino un propósito de diferenciación objetiva que permite establecer con menores dificultades las características predominantes en los compartimientos de esta otra porción estructural que es elemento activo de la contradicción.

La elevada concentración del producto y los niveles de productividad extraordinariamente altos en la industria extractiva de exportación contrastan con la baja densidad del producto y los bajos niveles de rendimiento en las actividades agropecuarias. Tanto el rezago del producto agropecuario como la tendencia a que la productividad de tal sector mantenga un ritmo proporcionalmente inferior al de su propia producción, se deben a obstáculos y distorsiones estructurales que en él persisten como grilletes del desarrollo de las fuerzas productivas. La estructura agraria de Venezuela revela, en efecto, el predominio de rasgos semif feudales y precapitalistas configurados por un latifundismo resistente al

cambio, casi intacto en las vertientes de su conformación primitiva, sobre el que priva en no pocos aspectos la **estabilización de los factores de inercia**. La irracionalidad de la estructura agraria del país reside en un **status** perpetuado en un régimen de explotación que persiste con relaciones de producción atrasadas y ocupa grandes porciones de recursos humanos a precarios niveles de subsistencia y rendimiento. El atraso de las fuerzas y los medios de producción permanecen encadenados a una propiedad territorial que está distribuida más como elemento de acumulación de poder y dominación clasista que como fuente social de explotación productiva. El comportamiento de la burguesía terrateniente impide la transformación de la tierra en recurso socialmente productivo, frustrando así su capacidad de producción potencial y estrangulando, en consecuencia, la oferta de alimentos y materias primas de origen agropecuario. Con grandes desperdicios de tierras y fuerza de trabajo, la estructura agraria permanece enfeudada a relaciones que estrangulan la provisión primaria de la economía. Corolario del orden estructural que prevalece en el campo es el abatimiento de la productividad agropecuaria hasta límites de palpable insuficiencia: **el subempleo de la fuerza de trabajo opera débilmente en una explotación irracional y extensiva de la tierra**.

El bajo crecimiento del sector agropecuario se ha caracterizado por una proporción factorial obviamente diferenciada de la que prevalece en la industria petrolera. Mientras en ésta predomina la **expansión vertical del capital**, como se ha expresado anteriormente, en aquél prevalece la **expansión horizontal del trabajo** —es decir, un aumento de la ocupación laboral sin variaciones correlativas de la cantidad de capital empleada por traba-

jador. Esto significa la provisión de una masa relativamente invariable de capital a los incrementos netos de fuerza de trabajo incorporada periódicamente a las actividades del sector, y presupone, en estrecha vinculación con la realidad agropecuaria del país, tanto una creciente población subocupada como una técnica relativamente constante¹⁶.

Con la creciente incorporación de mano de obra a la explotación agropecuaria y la inmutabilidad de las relaciones de producción que en ella prevalecen, el subempleo sectorial aumenta progresivamente hasta alcanzar límites inferiores al nivel mínimo de subsistencia. Sobrevienen entonces migraciones intersectoriales de fuerza de trabajo que causan desequilibrios y perturbaciones en la economía del país. Con el desplazamiento de mano de obra desde un sector de baja productividad —agricultura, ganadería y pesca— a otro de mayores rendimientos pero con una tasa de empleo superior a los requerimientos de capital, se origina en muchas ramas de las actividades receptoras una sobreocupación relativa que a la vez determina un descenso del rendimiento medio de la economía en su conjunto.

De lo antes expresado se deriva que la productividad del sector agropecuario es comparativamente baja porque su fuerza de trabajo se mantiene a nivel de subempleo. La escasez de capital impide la utilización racionalmente productiva de la mano de obra ocupada. No es, sin embargo, el bajo coeficiente de capital existente la única causa del estrecho rendimiento del trabajo. La experiencia venezolana demuestra que la mecanización de la agricultura no ha dado, en muchos casos, resultados satisfactorios debido a las barreras erigidas sobre la estructura de la propiedad territorial en el campo. Las condiciones sociales en que se aplica el

progreso técnico en el medio rural del país han impedido el aumento de la productividad del trabajo hasta el límite de las exigencias básicas del desarrollo económico y el bienestar social. En las áreas sectoriales donde se aplica el progreso técnico en función de la estructura regresiva de la tenencia de la tierra, entran el capital y el trabajo en conflictos que evolucionan en crisis perturbadoras. De esto se desprende que toda política de desarrollo agropecuario proyectada hacia la meta de una mayor productividad del trabajo de la tierra en escala nacional debe estar necesariamente precedida de una reforma agraria que implique la transformación estructural del régimen de propiedad y distribución de la tierra. Sólo es posible, en tales condiciones, **la interacción del trabajo y el capital sobre la explotación socialmente productiva de la tierra.**

Puede también observarse en el cuadro 4 que el producto industrial por persona ocupada es cuantitativamente mayor que el producto agropecuario e inferior al producto del sector petrolero. El ritmo de crecimiento de las actividades industriales es mayor que el del sector agropecuario y marcadamente inferior a las actividades extractivas de exportación. El retraso de la productividad del sector industrial responde a distorsiones estructurales que actúan sobre los factores de la producción determinando en algunas actividades una densidad de capital relativamente alta, mientras que en otras una elevada densidad de trabajo. Consecuencias de esta desproporción entre los coeficientes factoriales

16. Se mantiene en este sentido un criterio fundamentado en la observación de la realidad del sector agropecuario en su totalidad. Existe dentro de tal sector un número relativamente pequeño de explotaciones capitalistas y un gran número de explotaciones atrasadas que en rigor deben tipificarse como semifundales y precapitalistas. De tal correlación surge un bajo nivel medio de la explotación agropecuaria determinado por la fuerte gravitación de las áreas donde persisten relaciones de producción atrasadas.

son, por una parte, el aumento del desempleo generado por las industrias que incrementan el ritmo de capitalización y, por otra, la ocupación de mano de obra por las actividades con gran intensidad de fuerza de trabajo. No parece, sin embargo, plantearse la alternativa entre desarrollo industrial con alta densidad de capital y desarrollo industrial con gran intensidad de mano de obra¹⁷. Conforme a las exigencias de la industrialización venezolana en la etapa actual, lo que debe buscarse no es un nivel de producción industrial partiendo de una combinación factorial con intensidad de trabajo hacia otra con intensidad de capital, o viceversa, sino una función de producción que permita la obtención del mismo producto industrial con la menor cantidad de insumos posible y, por tanto, la mayor productividad de trabajo y capital. En el primero de estos factores se observa una débil tendencia a desplazarse en forma homogénea dentro del sector industrial. La mano de obra registra —en índices de dispersión y subempleo— formas varias de desperdicio encubierto. En algunas ramas industriales se observa una sub-inversión considerable y grandes dosis de fuerza de trabajo, lo que determina un bajo rendimiento de este factor. En otras se advierte contrariamente un elevado índice de capitalización y un bajo nivel de ocupación laboral, lo que origina una alta productividad de la fuerza de trabajo. Como las industrias que se encuentran en la primera situación abundan en relación con las que utilizan la proporción contraria, y no existe una adecuada movilidad inter-industrial de la fuerza de trabajo que permita su desplazamiento desde las actividades de menor rendimiento a las de mayor productividad, la desproporción de los factores determina el retraso del rendimiento medio por trabajador a nivel sectorial.

En sumaria condensación de lo antes

expuesto arribamos a la conclusión de que la disparidad de las productividades sectoriales medias de la economía constituye una fuente estructural de las presiones inflacionarias en el país. El aumento de la productividad del sector petrolero compensa —en la generación del producto territorial bruto de Venezuela— el bajo rendimiento de los sectores agropecuario e industrial, haciendo menos baja la productividad media de la economía en su conjunto. Sin embargo, el alto rendimiento de las actividades extractivas de exportación —conocida la naturaleza consuntiva de la producción petrolera— poco influye en el comportamiento de la relación entre la oferta interna de bienes y servicios y el curso de los precios. En cambio, la baja productividad en los otros dos sectores de la economía del país determina —tanto a través del consiguiente aumento de los costos unitarios de producción como por vía de la contracción relativa de la oferta de bienes alimenticios e insumos industriales primarios— un aumento del nivel general de los precios.

El deterioro de la relación de precios del intercambio

Siendo Venezuela un país de estructura económica retrasada que —en un régimen comercial abierto— mantiene generalmente relaciones de intercambio con países de estructura económica avanzada, las desventajas comparativas de su realidad estructural interna no pueden menos que reflejarse en un deterioro del saldo de sus operaciones internacionales. En esta erosión de los términos de intercambio ciertamente reside el origen de importantes presiones inflacionarias que afectan a la economía venezolana.

Las ventajas o desventajas económicas en el comercio internacional derivan de las

variaciones de la relación real de intercambio. Con la alteración de los niveles de precios entre dos países, el comercio internacional modifica la distribución del ingreso en cada uno de ellos porque establece un trasvase continuo de ingresos de un país al otro. ¿De qué depende este trasvase o mecanismo de transfusión de ingresos? Es evidente que de la relación entre los precios de los productos intercambiados. La modificación de los términos de intercambio beneficia a los países productores de bienes que suben de precio, en detrimento de los que producen otras mercancías y en la medida e intensidad con que tal desequilibrio se produce. Cuando la alteración internacional de los precios relativos no es proporcional en

sentido recíproco y origina diferencias o variaciones desiguales en el poder adquisitivo externo, la relación de intercambio se convierte en un mecanismo de explotación de unos países por otros, en virtud de que los países favorecidos por el aumento relativo de los precios absorben, a través de los mecanismos invisibles de extracción, rentas de los que permanecen en desventaja de intercambio¹⁸. De allí el desmedro que para los países subdesarrollados —exportadores generalmente de materias primas sobre las cuales recae el envilecimiento de los precios— representa la absorción de **plusvalía de intercambio** realizada por los países industriales a través del comercio exterior no equivalente.

17. Con respecto al debate sobre desarrollo con alta densidad de capital versus desarrollo con alta densidad de trabajo, véase Walter Galenson y Harvey Leibenstein, «Investment Criteria, Productivity and Economic Development» en *Quarterly Journal of Economics*, vol. 69, número 3, agosto de 1955 (o su versión al español, «Criterio de inversión, productividad y desarrollo económico» en *Desarrollo Económico*, vol. 1, número 2, p. 43-74, Buenos Aires, julio-septiembre de 1961). Una réplica a la tesis de los autores mencionados ha sido formulada por Francis M. Bator, «On Capital Productivity, Input Allocation and Growth» en *Quarterly Journal of Economics*, vol. 71, número 1, febrero de 1957 (o su versión al español, «Acerca de la productividad del capital, la asignación de factores de producción y el crecimiento» en *Desarrollo Económico*, vol. 1, número 4, p. 94-120, Buenos Aires, enero-marzo de 1962). Una confrontación parcial de la controversia se encuentra en Joseph Grunwald, «Inversión, relación capital-producto y crecimiento económico», *El Trimestre Económico*, número 106, p. 274-294, México, abril-junio de 1960.

18. Una manera sencilla de ilustrar el mecanismo de absorción de ingresos a través del comercio internacional es mediante el empleo de vectores (fuerzas) y escalares (volúmenes) en un espacio bidimensional. (Las magnitudes vectoriales poseen sentido y orientación, en tanto que las magnitudes escalares carecen de uno u otro.) Llamemos A al grupo de países económicamente desarrollados, exportadores netos de productos industriales e importadores netos de productos primarios. Denotemos con B al grupo de países subdesarrollados, exportadores netos de materias primas e importadores netos de bienes manufacturados. Si, como generalmente ocurre, los precios de los artículos industriales (minuyendo) aumentan o se mantienen, y los de las materias primas (aumenta) disminuyen, la diferencia entre ambos —plusvalía de intercambio— aumenta y es absorbida en escala internacional por

las economías dominantes (grupo A). Como grupos de países que mantienen intercambio en términos no equivalentes, A y B son, respectivamente, sujeto de absorción y objeto de extracción. Del análisis vectorial del mecanismo de absorción se desprende que, por la traslación de ingresos en una sola dirección, la relación de intercambio puede expresarse como una magnitud orientada, y, en consecuencia, representarse vectorialmente por BA. Esta notación significa una corriente continua de ingresos que fluye de una región o área de escasez (grupo B) a otra de abundancia (grupo A). Los países del grupo B son, por vía del intercambio, objeto de explotación encubierta. La medida de esta explotación se determina por el módulo del vector BA y se manifiesta en una contracción de la renta nacional. La notación BA significa la existencia de dos polos en contradicción por la asimetría del intercambio: un polo (A) de enriquecimiento por efecto de la absorción y un polo (B) de empobrecimiento por efecto de la extracción. Si el vector BA persiste con gran magnitud, A y B se convertirán progresivamente en dos áreas de acumulación de riqueza y pobreza respectivamente.

19. En virtud de que una parte importante de las importaciones de los países subdesarrollados está constituida por materias primas procedentes de otros países subdesarrollados, en muchos casos resulta, de acuerdo con Kaldor, «más ilustrativo considerar no la relación de precios entre las exportaciones e importaciones totales, sino la relación de precios entre los productos primarios y los bienes manufacturados.» («El problema de la relación de precios del intercambio en los países subdesarrollados», en *Programación del desarrollo económico*, p. 57, F.C.E., México, 1965.) Sobre conceptos similares a los de Kaldor, D.F. Maza Zavala, en Venezuela, una economía dependiente (p. 319, n), explica la manera de dar «un contenido real más preciso a la relación de intercambio» de los países subdesarrollados principalmente exportadores de petróleo.

La evolución a largo plazo de los términos de intercambio de Venezuela revela el deterioro de los precios de las exportaciones nacionales en relación con los de las importaciones. El *trend* desfavorable en los precios de las materias primas exportadas —principalmente petróleo y hierro— con respecto a las cotizaciones de los productos manufacturados provenientes del exterior, equivale a un constante aumento en el volumen físico de las exportaciones del país que se requiere para obtener un mismo *quantum* de productos importados¹⁹. Esto, en otros términos, equivale al intercambio de una cantidad cada vez mayor de materias primas exportadas por una misma cantidad de productos manufacturados de procedencia exterior.

Durante los últimos dieciocho años, la relación de precios del intercambio de Venezuela exhibe, en valores nominales y ajustados, una erosión acelerada y sostenida. El envilecimiento continuo de los precios de los productos primarios de exportación y el encarecimiento progresivo de los precios de los productos industriales de importación, han determinado el deterioro de la relación neta de cambio con tendencias acumulativas.

Los indicadores en valores nominales y con base 1948 = 100 muestran una disminución sensible de los términos de intercambio de 93,2 en el año 1949 a 50,3 en 1966. El deterioro real, aún más pronunciado en virtud de que la relación de intercambio en valores ajustados, ha involucionado de 107,4 en 1949 a 47,0 en 1966.

El quebrantamiento de la relación de intercambio de Venezuela tiene todavía un significado más concreto cuando se expresa en el hecho de que cada unidad de exportación representa, en términos de importación, una capacidad adquisitiva inferior a todos los años de la serie, con la excepción de 1950, si se establece en

valores nominales, y de 1949 si se computa en valores ajustados. Con respecto a esta extracción neta de ingresos de que es objeto la economía venezolana, el Banco Central de Venezuela ha expresado su criterio en los términos siguientes :

La situación anotada implica el traslado sistemático y sin contraprestación real de parte del producto nacional al exterior, lo cual trae consecuencias adversas sobre el nivel del bienestar interno, objetivándose de manera directa en un deterioro de la capacidad para importar de la economía nacional. Tal situación constituye una característica generalizada a casi todos los países en vías de desarrollo, particularmente los exportadores de productos primarios, encontrándose entorpecida la evolución de las economías de tales naciones motivo de su *desequilibrio externo*²⁰.

El quebrantamiento de la relación de precios del intercambio es indicador de la cantidad de recursos potenciales que el país deja de percibir en sus movimientos internacionales de mercancías. En efecto, si en el año 1948 —tomado como base— cada unidad de exportación equivalía a otra de importación, en 1966 cada unidad exportada apenas pudo adquirir nominalmente el 50,3 % —o el 47,0 % en valores ajustados— de una unidad importada. En esta forma ha ocurrido, soterrada entre los propios mecanismos del comercio internacional, una traslación de recursos nacionales a los países extranjeros —proveedores de productos industriales— con los cuales el país mantiene regularmente intercambio²¹.

Durante el periodo de 1950-1966 el empeoramiento de la relación de precios del intercambio causó a la economía del país una sustracción territorial neta de 27 508,3 millones de bolívares a precios de 1957. En los últimos años, el ingreso territorial bruto sufrió, por la misma causa, una contracción de 28 360 millones de bolívares. Es evidente que el aumento interanual

en el volumen físico de las exportaciones ni siquiera compensa el efecto restrictivo de la relación de precios del intercambio en la dinámica de la generación territorial de ingresos. Por esta razón la tendencia a largo plazo del quebrantamiento de los términos de intercambio se erige en un factor de descapitalización de la economía venezolana que, sobreañadida a las rigideces estructurales de la oferta interna, determina presiones ascendentes sobre el nivel general de los precios. La situación desfavorable de los precios internacionales de las materias primas en relación con los productos manufacturados opera, de tal suerte, como un factor que limita —con tendencia cada vez más crítica— la capacidad del país para solventar con los recursos provenientes del comercio exterior las exigencias de su propio desarrollo.

Un aspecto importante de este problema se percibe por la conexión entre los términos de intercambio y el desarrollo económico. La estrecha vinculación existente entre ambas variables se destaca con la comprobación de que gran parte del ingreso territorial bruto del país proviene de las exportaciones. En países que, como Venezuela, no sólo dependen de la economía mundial a través del comercio exterior, sino que, además, una considerable proporción de sus ingresos está constituida, como se ha dicho, por el valor de las exportaciones, la contracción de la capacidad de compra de las mismas —por causa del deterioro de los términos de intercambio— determina una de las más graves limitaciones de su desarrollo. Es decir, como el poder adquisitivo de las exportaciones está en función de los términos de intercambio, resulta evidente el efecto restrictivo que sobre la economía venezolana ejerce la erosión de aquéllos.

El deterioro de la relación de precios del intercambio de Venezuela deriva de causas que residen fundamentalmente en la estruc-

tura de su economía. Algunas, por más importantes, se explican a continuación:

1) La precaria diversificación de la producción nacional. Esta causa, visiblemente relacionada con la persistente realidad estructural del sistema, actúa como fuerza determinante de la vulnerabilidad externa de la economía venezolana. La economía nacional, básicamente monoprodutora, con fuertes rigideces en su estructura productiva y una marcada dependencia de las exportaciones del mineral combustible, se mantiene, como la generalidad de las economías subdesarrolladas, en una situación desventajosa que resulta de las sensibles fluctuaciones de los precios de las materias primas en los mercados internacionales.

La precaria diversificación de la producción venezolana —casi en el límite de la monoproducción— y la dependencia que, por medio de los mismos géneros de exportación, exhibe la economía nacional respecto a las economías industriales, son factores sistemáticos del deterioro comercial del país a nivel internacional. A mayor abundamiento, tal aseveración puede ilustrarse con sólo señalar que las exportaciones de petróleo —producto con frecuentes oscilaciones de precios en el mercado mundial— constituyen aproximadamente el 90 % del valor de las exportaciones globales del país, y representan, también en términos de

20. Informe Económico correspondiente al año 1964, p. 136.

21. Esta situación ha sido destacada por el doctor Manuel R. Egaña, ministro de Fomento y presidente de la Delegación de Venezuela en sesión plenaria de la Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo celebrada en Ginebra el 30 de marzo de 1964. De su intervención se transcribe el párrafo siguiente: «Nuestros términos de intercambio con el exterior se han deteriorado entre 1958 y 1963 en alrededor de un 40 %, lo que representa un promedio anual de deterioro de casi 10 %. Durante el mismo período, la pérdida neta acumulada alcanza a 4 000 millones de dólares, o sea un promedio anual de 800 millones de dólares.» (Noticias del Ministerio de Fomento, número 118, Caracas, 11 de abril de 1964, p. 8.)

aproximación, el 40 % del ingreso nacional.

Esta falta de diversificación de las exportaciones —o alta concentración de la producción petrolera en el volumen de las mismas— tiende a aumentar las fluctuaciones de los ingresos derivados del comercio exterior. La inadaptación de los factores en función del comercio internacional —un rasgo de la inflexibilidad de la estructura productiva interna— determina una línea demasiado estrecha de productos para la exportación que, por los cauces del intercambio, trasmite a la economía nacional los trastornos de las coyunturas externas. Es decir, la vulnerabilidad exterior de la economía venezolana es fundamentalmente de carácter estructural con rasgos coyunturales más o menos periódicos. Con esto quiere significarse que en una economía abierta y de estructura productiva débil, como la nuestra, las corrientes internacionales de mercancías y capitales conllevan ingredientes perturbadores que fluyen de las áreas económicamente dominantes y se sobreagregan a las perturbaciones estructurales internas.

En el caso venezolano, la estrecha diversificación de las exportaciones es resultado de la desagregación factorial de la estructura productiva a nivel de la competencia exterior. Como tal desconexión es inherente a la propia morfología del subdesarrollo, el biformismo estructural del país ejerce sobre los términos de intercambio efectos claramente diferenciados. La elevada productividad del sector petrolero de exportación se traduce, contrariamente al esquema clásico, en reducciones de los precios del petróleo en los mercados internacionales. Siendo este producto el principal género de exportación venezolana sobre el que privan variables externas de estrategia económica, el envilecimiento de sus precios determina, en gran parte, el deterioro de los términos de intercambio del país. Al mismo tiempo, los sectores no

petroleros de la economía venezolana —o más propiamente, el **complejo sectorial** de estructura retrasada —exhibe una baja productividad de los factores que impide, a nivel de la competencia exterior, la obtención de ingresos más remunerativos. Como los mecanismos de intercambio interno de las dos parcelas estructurales, antes mencionadas, son ostensiblemente débiles, la coexistencia de las mismas —según el modelo de las estructuras duales— trasciende con efectos contradictorios: 1) La lesión de los términos de intercambio se relaciona, en gran parte, con el aumento progresivo de la productividad del sector extractivo exportador, lo que significa, en virtud del carácter geográfico de las inversiones petroleras, una traslación extraordinaria de recursos desde el país hacia las economías dominantes²².

2) El quebrantamiento de los términos de intercambio se relaciona igualmente con la desarticulación y la ineficiencia factoriales de los sectores económicamente retardados, lo cual impide la diversificación competitiva de las exportaciones nacionales. En síntesis, el sector petrolero de exportación, con sus impulsos dinámicos **hacia afuera**, y los sectores de producción tradicionales, con sus obturaciones y rigideces estructurales, determinan, por vías distintas, el empeoramiento de la relación de precios del intercambio de la economía venezolana.

2) La estructura oligopólica de la industria petrolera de exportación y la reducción de los precios del petróleo. La erosión de los precios del petróleo crudo —expediente mediante el cual la industria del ramo efectúa transferencias de su sector primario a su sector secundario— es una causa del deterioro de la relación de intercambio del país. Los precios del mineral combustible constituyen a la vez una variable relacionada con la estructura

oligopólica de la industria petrolera de exportación. El alto grado de integración horizontal y vertical que mantiene en escala internacional la industria petrolera establecida en Venezuela permite la traslación de rentas extraordinarias desde el sector primario (actividades de producción localizadas totalmente en el país) al sector secundario (actividades de refinación localizadas predominantemente en el exterior), mediante **descuentos anormales** otorgados, sobre la base de los precios de cotización del petróleo bruto, por compañías productoras que operan en territorio nacional a empresas de paternidad común que realizan operaciones extraterritoriales²³.

En torno a esta modalidad del deterioro de la relación de intercambio de las **economías periféricas**, D.F. Maza Zavala complementa, « con la incorporación de los efectos de la estructura oligopólica de vastos sectores del comercio exterior de los países subdesarrollados », la tesis Prebisch-Singer en los términos siguientes :

Los sectores exportadores de estos países, principalmente la explotación de hidrocarburos y minerales, están ocupados económicamente en proporción absoluta, por grandes compañías extranjeras, que controlan todo el proceso, desde la exploración y extracción de las materias, hasta la venta de productos finales en los mercados mundiales. Los precios de los productos exportables están sujetos a la política oligopólica de esas compañías, que se ejercitan en el sentido de mantenerlos comparativamente bajos para los materiales crudos de exportación y comparativamente elevados para los productos refinados, de modo que las ganancias son radicadas en los países centros, donde están domiciliadas las casas matrices de las empresas exportadoras, en perjuicio de la participación de los países productores²⁴:

Como apenas el 27 % de las exportaciones petroleras del país está constituido por productos derivados y el 73 % restante se exporta en forma bruta por intermedio de empresas subsidiarias o filiales, la tendencia descendente de los precios de los hidrocarburos crudos exportados deter-

mina, por una parte, la lesión de los términos de intercambio de Venezuela y, por otra, las transferencias anormales de ingresos desde el sector de la producción ubicado en el país al de la refinación localizado predominantemente en el exterior, ya que ambos sectores constituyen piezas integradas en la estrategia geográfica de precios que mantiene el cártel petrolero internacional.

3) La alta concentración geográfica de las importaciones venezolanas. Aún cuando en los últimos quince años los precios unitarios fob de las importaciones provenientes de los Estados Unidos muestran una tendencia alcista y se sitúan por encima de las correspondientes a las importaciones de otra procedencia²⁵, la mayor parte de las compras venezolanas se concentra en el mercado de ese país²⁶. Esta

22. Las compañías extranjeras que explotan el petróleo en Venezuela son igualmente importadoras de insumos industriales cuyos precios aumentan persistentemente. El aumento de los costos unitarios de producción resultante, en medida considerable, del encarecimiento de las importaciones, y la disminución de los Ingresos medios de exportación derivada de la caída de los precios del mineral combustible, determinan una contracción de la renta neta imponible en detrimento de los ingresos fiscales de la nación. En esta forma, el deterioro de los términos de Intercambio exterior de la industria petrolera ejerce efectos restrictivos sobre el financiamiento fiscal del desarrollo.

23. Para más amplitud sobre este aspecto, véase: Pedro Mejía Alarcón: *Monopolio y precios del petróleo*, Edición del Boletín Bibliográfico de la Facultad de Economía, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1964. Héctor Malavé Mata: *Petróleo y desarrollo económico de Venezuela*, Ediciones Pensamiento Vivo, Caracas, 1962; y Banco Central de Venezuela: *Memoria correspondiente al año 1959*, p. 33-35, Caracas.

24. « La relación de Intercambio de Venezuela », *El Trimestre Económico*, número 124, México, octubre-diciembre de 1964, p. 537-538.

25. Tal situación puede ilustrarse, de acuerdo con estadísticas del Banco Central de Venezuela (*Informe económico*, 1963), con sólo señalar que durante el periodo 1952-1963 los precios fob de las importaciones venezolanas provenientes de los Estados Unidos han superado en 0,75 bolívares por unidad importada, los precios de las importaciones de otra procedencia.

26. Durante el periodo 1953-1964, el 57,3 % de las importaciones venezolanas provino de los Estados Unidos, mientras el 32 % de las mismas se originó en países europeos.

elevada concentración geográfica de las importaciones afecta desfavorablemente los términos del comercio exterior de Venezuela, por cuanto disminuye el margen de competencia de los proveedores extranjeros y acentúa la dirección monopólica y la ventaja unilateral del intercambio en beneficio del país privilegiado, al mismo tiempo que nuestra economía absorbe los efectos del aumento persistente en los precios de los productos importados. En tal sentido, la economía venezolana percibe —a través de las brechas del intercambio— las presiones inflacionarias de origen externo.

La alta concentración geográfica de las importaciones revela no sólo la inconveniente orientación de la política comercial venezolana —alejada de los esquemas multilaterales que prevalecen en el comercio internacional—, sino también la situación de dependencia de la economía nacional con respecto a la de los Estados Unidos²⁷. Al colocar su principal renglón de exportación en ese mercado, Venezuela se ve forzada a aceptar, en cambio, ciertas condiciones para los productos importados de aquel país. Obligada por tratados comerciales inequitativos y poco flexibles, la economía venezolana, en menoscabo de su industrialización sustitutiva, no puede menos que abrir sus fronteras a innumerables artículos de consumo de procedencia externa. A esto hay que añadir los no menos deplorables efectos de la política crediticia de los Estados Unidos al condicionar el otorgamiento de sus préstamos a la adquisición por parte de Venezuela —como nación prestataria— de maquinarias, equipos y otros bienes producidos en ese país. Los trastornos de tales situaciones no ocurrirían si, como resultado de una adecuada conformación estructural, el país lograra una posición menos dependiente de la economía norteamericana y alcanzara

una deseable capacidad de negociación internacional que le permita diversificar el ámbito geográfico de sus importaciones en función de las exigencias internas de su desenvolvimiento.

Aunque del contexto de las causas analizadas anteriormente se desprenden no pocas conclusiones, puede destacarse como fundamental la de que el abatimiento de los términos del comercio exterior determina, en el caso venezolano, una sustracción de ingresos a la economía nacional que se traduce en una restricción de los recursos de financiamiento del desarrollo económico. Mientras la base productiva de la economía venezolana requiere inversiones que le impriman una mayor flexibilidad y capacidad de producción, el país es a la vez objeto de grandes extracciones de capital que le restan posibilidades de inversiones estructurales en sus sectores deficitarios.

Conclusiones

De la tesis desarrollada se derivan algunas importantes conclusiones, cuya validez en todo caso se circunscribe a la índole heterodoxa del tratamiento de la inflación en Venezuela. Quiere significarse con esto que las conclusiones que se destacan posteriormente pueden no tener vigencia o justificación si se encuadran en una realidad estudiada a la luz de una concepción estrictamente monetarista. Pueden, en cambio, constituir elementos de más amplias exploraciones si el análisis del que se desprenden mantiene la misma orientación que en este ensayo se le ha trazado. He aquí tales conclusiones:

1) Existe en Venezuela una inflación estructuralmente sumergida. **La rigidez de la estructura productiva del sistema determina una estrechez de la oferta interna**

que, frente al ritmo relativamente acelerado del crecimiento demográfico del país, origina, por extensión, crecientes márgenes de demanda social no solvente y, en consecuencia, presiones alcistas sobre el nivel general de los precios.

2) Advertimos, en simplificación metodológica, la existencia de dos parcelas estructurales en la economía venezolana. Una, retrasada, en la que la inmutabilidad de las relaciones de producción frena el desarrollo de las fuerzas productivas, ocasionando el estancamiento relativo de la capacidad de producción del sistema. Otra, avanzada, en la que las relaciones capitalistas de producción coadyuvan el desenvolvimiento de las fuerzas productivas, originando una elevada escala de explotación que, en cierto modo, neutraliza la insuficiencia de la parcela estructural retrasada.

3) Las presiones inflacionarias de índole estructural fluyen ciertamente por todos los ámbitos de la economía. Sus efectos, sin embargo, no se materializan en una substancial elevación de los precios, porque al mismo tiempo actúan fuerzas

contrarrestantes que se originan en la parcela estructural avanzada por vía de la alta capacidad para importar proveniente de los grandes volúmenes de exportación petrolera.

4) De la dinámica de las contradicciones interestructurales del sistema social venezolano se desprende la distorsión del desarrollo de la economía del país. En efecto, la acción enajenante de la parcela estructural avanzada sobre la parcialidad estructural retrasada del sistema refuerza en esta última la subordinación irracional de las fuerzas productivas a las relaciones de producción, acentuando el surgimiento de factores correctores endógenos de la inflación.

27. Esto parece desprenderse del criterio sustentado al respecto por D.F. Maza Zavala cuando expresa: «En la inflexibilidad de la importación venezolana, por lo que se refiere a su procedencia geográfica, tiene influencia notable la alta relación de dependencia que guarda nuestra economía con respecto a la de los Estados Unidos, cuya expresión instrumental, entre otras, es el tratado de comercio entre los dos países, por lo cual otorgan amplios privilegios y preferencias a la exportación norteamericana y se mediatiza la soberanía comercial de Venezuela de una manera objetiva.» (Venezuela, una economía dependiente, Instituto de Investigaciones de la Facultad de Economía, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1964, p. 321-322.)

Ignacio Fernández de Castro

De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo

La España de 1800.

I. Revolución burguesa : 1808-1898

1. **La muerte del absolutismo : 1808-1833 :** La guerra de la Independencia. Las Cortes de Cádiz. Reinado de Fernando VII. 2. **Primer asalto al poder : 1833-1840 :** Regencia de María Cristina. Primera guerra carlista. El liberalismo en el poder. El abrazo de Vergara. 3. **Segundo período de guerra revolucionaria : 1840-1868 :** La regencia de Espartero. Reinado de Isabel II. Los moderados en el poder. La Vicalvarada (bienio progresista). Los moderados otra vez. Víspera de la revolución. 4. **El final de la revolución burguesa : 1868-1874 :** La revolución de septiembre. Monarquía sin rey. República federal (Pi y Margall). Pronunciamiento de Pavía y Serrano. 5. **La restauración del orden burgués : 1874-1898 :** La restauración monárquica. Alfonso XII. Cánovas y Sagasta. Alfonso XIII ; regencia de María Cristina. Guerra con Norteamérica.

II. Revolución del proletariado : 1898-1939

1. **Primera etapa de lucha de clases revolucionaria : 1898-1917 :** Pérdida de los restos del imperio colonial. Mayoría de edad de Alfonso XIII. Semana trágica. ¡Maura no ! Juntas de Defensa. 2. **Segunda etapa de lucha de clases revolucionaria : 1917-1931 :** La crisis social de 1917. La dictadura de Primo de Rivera. La muerte de la monarquía. 3. **Periodo revolucionario : 1931-1936 :** Proclamación de la república. Cortes Constituyentes. El bienio negro. El Frente Popular y las elecciones de 1936. Sublevación militar. 4. **La revolución proletaria : 1936-1939 :** La revolución contra el fascismo. La república contra la revolución. La república vencida.

III. La dictadura de la burguesía : 1936-1966

1. **La « cruzada » de Franco : 1936-1939 :** La derecha elige la violencia. La derecha se viste de azul. Serrano Suñer y Franco. Liquidación del enemigo. 2. **de la victoria de 1939 a la crisis de 1945 :** La guerra mundial. España opta por la participación en la guerra. Ensayo de institucionalización del Nuevo Estado. España vuelve a la neutralidad. Victoria aliada y sus consecuencias sobre la política española. 3. **El régimen franquista en cuarentena : 1946-1950 :** Se plantea la sucesión. Abandono de la legitimidad republicana : pacto de San Juan de Luz. España se convierte en reino. Liquidación del movimiento guerrillero. Franco y Don Juan. Se empieza a romper el aislamiento internacional. 4. **De la inflación a la estabilización : 1951-1960 :** Se rompe el bloqueo internacional. Primeros movimientos de masa. La crisis de gobierno de 1951. Hacia la « Reconciliación Nacional ». El pacto de Madrid y el Concordato. La lucha en la Universidad. Crisis política de 1956. Inflación Gobierno de tecnócratas : el Opus Dei. Las nuevas generaciones. Estabilización. La Iglesia y el régimen franquista. 5. **Tres años importantes : 1961-1962-1963 :** La tensión social aumenta con la reactivación económica. Las grandes huelgas de 1962. España pide su adhesión al Mercado Común. La reunión de Munich. Crisis de gobierno. Nuevas huelgas. Hacia el Plan de Desarrollo. 6. **España ante el futuro : 1964-1966 :** El Plan de Desarrollo. Crisis del Partido Comunista. Agitación creciente en la Universidad. Crisis del Frente de Liberación Popular. Nuevo gobierno. Peligro de inflación Reorganización de los Sindicatos Verticales. Tensión entre los católicos catalanes. La Ley de Prensa. Las comisiones obreras. Gibraltar. Subida del salario mínimo. Tensiones políticas en el Movimiento alrededor de la institucionalización. Franco anuncia a las Cortes la nueva Ley Orgánica del Estado y el referéndum. **Panorámica general.** El desarrollo económico. La liberalización política. La oposición política. **Conclusión.**

420 páginas

36,— F

Ruedo ibérico

Salvador de la Plaza

Estructura agraria

Procurarse alimentos para subsistir, siempre ha sido la finalidad vital de los hombres y, desde los remotos tiempos, la tierra y el agua, por esa causa, absorbieron su primordial preocupación y fueron el objeto de sus esenciales actividades: la recolección de frutos, la caza, la pesca y luego la agricultura y la cría de animales. A esas actividades agropecuarias fueron yuxtaponiendo otras encaminadas a la elaboración de los instrumentos de trabajo, de los utensilios para conservar y cocer los alimentos —la cerámica—, de los abrigos para protegerse de las inclemencias de los climas —los primitivos telares—, a la construcción de viviendas, etc., generándose entre los hombres, a través de esa diversidad de actividades, determinadas relaciones de producción que, en definitiva, constituyeron la base económica —la estructura económica general— sobre la cual se sustentaron sus relaciones sociales y políticas y su correlativa evolución en sociedades¹.

La estructura agraria, por consiguiente, no es otra cosa, en esa compleja e interaccionada estructura económica, que el conjunto de aquellas relaciones de producción, de intercambio y de propiedad que, condicionadas por el desarrollo de las fuerzas

1. «... El resultado general a que llegué y que, una vez obtenido, sirvió de hilo conductor a mis estudios, puede resumirse así: en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias, independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El sistema de producción de la vida material condiciona todo el proceso de la vida social, política y espiritual. No es la conciencia del

hombre lo que determina su existencia, sino, por el contrario, su existencia social la que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las condiciones de producción existente o, lo que es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han movido hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se truecan en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se transforma más o menos lenta, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella...». Carlos Marx: Contribución a la crítica de la economía política, Obras Escogidas, t. 1 (Prólogo), p. 337-341, Barcelona, 1938.

productivas, se fueron creando entre los integrantes de cada sociedad con ocasión de sus actividades agropecuarias.

Si a todas las sociedades, en su evolución, les ha sido común la acción prioritaria y determinante de sus estructuras agrarias, por el desigual desarrollo de sus fuerzas productivas, difieren esas estructuras de una a otra sociedad y, en una misma sociedad, las modificaciones operadas en las relaciones de propiedad y en las relaciones de producción, han impreso a su vez transformaciones en su estructura agraria, no obstante el prolongado período de estancamiento que en ella pueda observarse. Para conocer, en consecuencia, la actual estructura agraria de Venezuela, forzoso es que examinemos a grandes rasgos tanto el proceso de las relaciones de propiedad como el de las relaciones de producción que han tenido lugar en el curso de su historia.

Quando las huestes de la monarquía española descubrieron este territorio, encontraron en él a una población indígena que vivía plácidamente en « comunidad primitiva », dedicada a la pesca, la caza, a una agricultura rudimentaria, repartiéndose por iguales partes el producto del esfuerzo realizado para arrancarle a la naturaleza los alimentos, los útiles de trabajo y los abrigos de que habían menester. Validos de sus superiores armas de guerra, los capitanes y soldados españoles pudieron dominar y someter a la población indígena, despojarla de sus pertenencias, apoderarse de sus tierras y de sus aguas, obligándola por la fuerza a laborar las tierras, así como las minas que ocasionalmente localizaban, en exclusivo beneficio de los conquistadores, de los pobladores y de la Corona de España, instaurando desde entonces el régimen de la propiedad privada y de la explotación del hombre por el hombre.

Como consecuencia de esa conquista, la evolución normal de la sociedad indígena fue interrumpida violentamente, conservando, sin embargo, la población, que sin dejar de rebelarse y de presentar tenaz resistencia fue sojuzgada o se internó en las selvas, sus hábitos, costumbres, tradiciones y organización económica y social. La población indígena pura que no fue

absorbida durante los 300 años de la dominación española ni en los 138 de vida republicana, continúa hoy todavía viviendo, en diversas regiones del país, en « comunidad primitiva » como lo han certificado en libros, revistas y películas los sociólogos, antropólogos y demás científicos que han visitado y estudiado esas regiones y a la población que en ellas habita y que los censos de población han registrado con el calificativo de « selvática » y estimado en más de 100 000 habitantes².

Diezmada la población indígena por causa de la exhaustiva explotación a que fue sometida, los conquistadores y pobladores que se habían apoderado y repartido sus tierras importaron de Africa esclavos negros, con el fin de ampliar y desarrollar los cultivos y la cría de ganados y de esta manera aumentar la producción de frutos y de productos pecuarios para su exportación a la metrópoli³.

Y la sociedad que comenzó a integrarse en este territorio como resultado de la convivencia y mezcla de indígenas, europeos y negros no siguió en su evolución el esquema clásico de las sociedades europeas —comunidad primitiva, esclavismo, feudalismo, capitalismo—, como han intentado demostrarlo algunos historiadores, ya que los conquistadores, conjuntamente con la toma de posesión de estas

tierras en nombre del rey de España, trasladaron e impusieron la organización y las concepciones económicas, sociales y políticas que predominaban en la metrópoli para finales del siglo XV y que se fundamentaban sobre la propiedad privada de los medios de producción y las inherentes relaciones burguesas de producción. Las tierras fueron adjudicadas por el rey tanto a los conquistadores y sus descendientes mediante « mercedes » y « repartimientos » como a los pobladores mediante « caballerías » y « peonías », « encomendándoles » a los primeros determinados grupos de indígenas, a pesar de que por las Leyes de Indias a éstos se les considera hombres libres y vasallos del rey. Conforme a esas relaciones de propiedad y a ese sistema de « encomiendas », se instauraron las relaciones de producción en las actividades agropecuarias de la sociedad en formación: a través de las « encomiendas », la prestación forzosa de trabajo por los indígenas « encomendados » sin retribución alguna por parte del « encomendero » y, en los fundos habidos por « mercedes », « repartimientos », « caballerías », « peonías », la prestación de trabajo mediante remuneración reglamentada por ordenanzas y, al ser importados los esclavos de Africa, la explotación de los productores —los esclavos— la llevaron a cabo los propietarios de éstos y de las tierras donde laboraban, relación esta de producción que durante todo el periodo de la dominación española predominaría en las grandes plantaciones, en los « hatos » de cría y en las minas emprendidas y desarrolladas, como ya vimos, para exportar los productos a la metrópoli.

Los conquistadores y pobladores introdujeron los ganados vacuno, caballar, caprino, ovino, porcino así como diversas plantas alimenticias —trigo, cebada, avena, etc.—, promoviendo así una amplia división social del trabajo que se traduciría,

conjuntamente con la importación de la mano de obra esclava, en un incremento de la productividad.

Por otra parte, los conquistadores y pobladores trasladaron e impusieron, ade-

2. « ... Es el comienzo de una invasión y de una resistencia que con cortos periodos de tregua se prolongarán durante 461 años, manteniéndose el territorio aborigen rebelde, tanto para la bellicosidad del colonizador y soldado del rey como para la pacífica cruz del misionero de Cristo [...] Las más modernas armas son empleadas contra la primitiva flecha. Pero el Bari tiene a su favor la mejor de ellas: el medio circundante, impenetrable para el blanco, pero que el aborigen conoce como a la palma de sus manos. Su agilidad, su astucia y un rencor, muy justificado por cierto, acumulado durante muchos años y constantemente acrecentado por la invasión de sus legítimas tierras, son el acicate para mantenerlos irreductibles [...] Con el Sol por origen y descendientes de los cema-doyl según su mitología; íntimamente ligados a los Chibchas por su filiación lingüística, los Bari, pequeña tribu de 1 500 a 2 000 aborígenes diseminados en una extensión de 1 470 kilómetros cuadrados (frontera de Venezuela con Colombia), forman verdaderas comunidades con residencia dinámica en espacio y variable en tiempo [...] Divididos en grupos autónomos, ocupan áreas con sus zonas de caza, pesca y agricultura, que les son asignadas a cada uno de ellos mediante acuerdo entre los caciques vecinos [...] Su unidad social está constituida por un conjunto de personas que oscila entre 50 y 100 individuos ubicados en un territorio aproximado de 150 kilómetros cuadrados, unidad que se distingue por el nombre del cacique [...] Conviven en uno o más bohíos comunales denominadas ka (casa) o coal'ka (casa de palmas) de estructura siempre similar, pero de dimensiones que varían para cubrir las necesidades del número de sus habitantes. Sin poseer una marcada estratificación social, no constituyen una sólida unidad residencial, económicamente sí la forman al estar ligados por idénticos intereses de subsistencia: trabajo, caza, pesca y agricultura [...] Tratándose de una sociedad ágrafa, sin ningún sistema de escritura ideográfica nemotécnica, las poquísimas normas que guían la conducta del grupo son transmitidas por tradición oral. En la construcción del bohío coopera todo el grupo social que posteriormente lo habitará, inclusive las mujeres y los niños mayores de siete años. El cacique, además de dirigir el trabajo, también toma parte activa en él. Una vez terminado, el bohío pasa a ser propiedad colectiva y pertenencia exclusiva del grupo social que lo habita. » Oswaldo D'Empaire: Introducción a la cultura Bari, tesis presentada ante la Universidad Católica Andrés Bello para optar el título de doctor en psicología. Revista El Farol, número 223, octubre, noviembre y diciembre de 1967, Caracas.

3. « ... Moriremos de hambre por falta de negros y quien labore la tierra. Con no venir navíos sino en flota se pasan años sin que vengan provisiones de España y carecemos de pan, vino, jabón, aceite, paño, lienzo. Cuando vienen son exorbitantes los precios y si queremos poner tasa, se esconden las mercancías... » De una carta del Cabildo de Santo Domingo, 27 de mayo de 1555, citada por F. Brito Figueroa: La estructura económica de Venezuela colonial, p. 101, Instituto de Investigaciones, Facultad de Economía, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1963.

más, la superestructura de orden jerarquizado que imperaba en la sociedad metropolitana —nobles y plebeyos— las consiguientes discriminaciones sociales. El Estado monárquico estaba representado en este territorio por gobernadores y por diversas instituciones —audiencias, intendencias, etc. Fueron así mismo creados los cabildos como organismos que asumieron la administración de las ciudades y villas y que debían ser integrados por los «principales» personajes en cada localidad, es decir, por los grandes propietarios de tierras y de esclavos —los «nobles» o «mantuanos»—, quienes por ese hecho se aseguraron en lo sucesivo el poder político local y se sirvieron de los cabildos para dirimir tanto con las autoridades peninsulares sus pugnas y querellas por los altos cargos provinciales, como con los sectores plebeyos —los «pardos»— que se habían enriquecido con el comercio, la usura y el contrabando, sus contradicciones económicas y sociales.

Esa sociedad que así comenzó a raíz de la conquista a estructurarse, a integrarse, formó parte, por consiguiente, tanto económica, como social y políticamente de la sociedad metropolitana, a ella ensamblada y como uno de sus apéndices en el extenso continente americano y, por tanto, caracterizada en la «formación social» que en España evolucionaba hacia la estabilización de relaciones capitalistas de producción en relación a las modalidades diversas y al desigual desarrollo económico propios a ese sistema.

A fines del siglo XVIII, en 1797, insurgieron contra tal régimen de explotación económica y de discriminación social, los conjurados que con Gual, España, Picornel y otros se pronunciaron por la abolición de la esclavitud, por la incorporación de los indígenas mediante la restitución de las tierras que les habían sido usurpadas, por la libertad de comercio con todos los

países del mundo y por el establecimiento de una república que garantizara igualdad, libertad y fraternidad para todos los integrantes de la sociedad; rebelión que las autoridades peninsulares, presionadas por los «criollos» grandes propietarios de tierras y de esclavos, reprimieron sangrientamente⁴.

No es de extrañar, por consiguiente, que cuando en 1810 algunos de esos «mantuanos», entre los que se destacaron Bolívar, Miranda, Ribas, se pronunciaron por la separación de este territorio de la corona española, no contaran, en las primeras acciones de guerra, con el apoyo y decidida participación de las masas populares explotadas y discriminadas; que fracasaran por ello en sus iniciales intentos separatistas y que fuera a partir de 1815, con la incorporación de las «guerrillas llaneras» comandadas por Páez, Zaraza, Farfán, Monagas, cuando se asegurara el triunfo del movimiento con la derrota de los ejércitos realistas en la batalla de Carabobo, el 24 de junio de 1821 y, posteriormente, en 1830, cuando Venezuela se constituyera en república independiente y soberana.

Conformado el nuevo Estado, el poder económico lo continuaron detentando los grandes propietarios de tierras y de esclavos —los «mantuanos» republicanos, sus descendientes y los jefes militares a quienes la república, en premio de sus hazañas, había adjudicado fundos confiscados a los «mantuanos» realistas o grandes extensiones de tierras baldías—, controlando, por consiguiente, desde entonces el poder político, que compartirían con los comerciantes y usureros enriquecidos independientemente de su origen social —blancos de «sangre impura», «pardos», etc.—, iniciándose así la estructura económica, social y política que predominaría sin modificaciones de fondo hasta la tercera década de este siglo, fundamentada en la

división de la sociedad en dos clases principales antagónicas: de un lado los grandes propietarios de tierras y los comerciantes exportadores e importadores y, del otro, la gran masa campesina diseminada en los cerros y llanos del extenso territorio y los sectores pobres de las ciudades y pueblos.

Como las guerras de independencia favorecieron una profunda desarticulación de la relación de producción esclavista —rebeliones y fugas de esclavos, incorporación de éstos indistintamente a los ejércitos combatientes, su internamiento en montañas y llanos para proveerse de alimentos mediante el cultivo de la tierra— los grandes propietarios de tierra se vieron forzados a reemplazar la mano de obra esclava y generalizaron relaciones de producción que parcialmente ya se usaban en la colonia. En las grandes plantaciones de cacao, de café, de caña de azúcar, cultivos que predominaban en las actividades agrarias y cuyas producciones eran destinadas a la exportación, implantaron los « contratos de medianería »; en la producción de cereales, leguminosas, tubérculos para su consumo en el mercado interno, apelaron a la « aparcería » y en unos y otros cultivos y en la cría, al peón asalariado por jornal o por tarea, formas estas de relaciones de producción que aseguraron a los grandes propietarios incrementar la producción de sus fundos y su renta territorial. El « aparcerero » tenía que entregar al propietario de la tierra parte de la cosecha que recogiera —el 1/4, la 1/2 o el 1/3— según la región o si el propietario suministraba bestias de labor o semillas. Mediante el « contrato de medianería », verbal o escrito, el propietario de la tierra entregaba al campesino « medianero » un lote de montaña para que lo talara y sembrara de cacao o café, con la condición de que las matas que fueran sembradas se repartirían de por mitad al estar en producción,

obligando al « medianero » a vender las suyas al propietario de la tierra a su requerimiento y a realizar, así como también los « aparceros », por exiguos salarios las labores que en el fundo les fueran encomendadas. Como además de ser exiguos esos salarios, se los pagaban con « fichas » sólo cambiables por artículos a altos precios en las « pulperías » que los propietarios de tierras tenían establecidas en sus haciendas y hatos, tanto los « medianeros » como los « aparceros » y peones para poder cubrir sus gastos de subsistencia y los de sus familias, forzosamente tenían que solicitar de los propietarios de tierra préstamos o anticipos a cuenta de labores por realizar, sobre su parte de cosecha o sobre las matas que les corresponderían en las « medianerías », deudas que debían ser canceladas totalmente para poder abandonar el fundo y trasladarse a otro lugar y que se heredaban de padres a hijos, quedando de esta manera los campesinos arraigados al propietario de la tierra y a la tierra en que trabajaban. El aparato represivo del Estado se encargaba de velar y hacer cumplir esos compromisos. Todavía en 1936, en algunas regiones, se pagaba el trabajo con « fichas » a pesar de haber sido prohibido su uso desde tiempos de Guzmán Blanco y, en el Estado Zulia, se compraban y vendían indígenas para trabajar en la agricultura y la cría.

Con el sistema de la « medianería » los propietarios de tierra aumentaron no sólo el número de matas de café o de cacao de sus haciendas, sino también, a costa de las tierras baldías colindantes, la superficie de sus fundos, logrando al mismo

4. « ... La conspiración de Gual y España fue fácilmente sofocada, una vez descubierta, por la rápida acción del gobierno local y a causa de la implacable oposición de los criollos horrorizados ante la doctrina de igualdad social predicada por los conspiradores. » William J. Callaman, « La propaganda, la sedición y la revolución francesa en la Capitanía general de Venezuela (1780-1796) », *Boletín Histórico de la Fundación John Boulton*, número 14, mayo de 1967, Caracas.

tiempo el asentamiento en ellos de familias campesinas y así poder disponer, por consiguiente, de mano de obra servil.

Esas nuevas formas de relaciones de producción, en relación con la sustituida esclavista, favorecieron, sin embargo, clerto aumento de la productividad del trabajo como lo comprobó el incremento del volumen de las exportaciones de los productos agropecuarios. En el año 1830-1831 las exportaciones de café y de cacao habían descendido respectivamente a 3 610 000 y 2 280 000 kilos y para 1854, año de la abolición « legal » de la esclavitud, las de café habían quintuplicado al alcanzar los 16 000 000 de kilos y las de cacao doblaron a 3 900 000 kilos. En 1884-1885 las exportaciones de café y de cacao conjuntamente habían alcanzado ya los 46 millones de kilos. Pero la supervivencia de la estructura de gran apropiación de la tierra y de las inherentes relaciones de producción, obstaculizaría el desarrollo de una economía nacional, mantendría al país dividido en regiones que se autoabastecerían y en las que los respectivos grandes propietarios de tierra, convertidos en « caudillos », se disputarían entre sí el poder político local. En el ámbito nacional, las disputas entre los « caudillos » por el control del poder político central, se traduciría, en lo esencial, en las guerras civiles que hasta la segunda década de este siglo asolaron al país.

En esas guerras participaron las masas campesinas y los sectores pobres de las ciudades y pueblos en su condición de mesnadas de los « caudillos », reclutadas por la fuerza o halagadas por las promesas que les hacían los líderes políticos de mejorarles sus condiciones de vida, tal como ocurrió durante las cruentas guerras llamadas « federales », al final de las cuales fue asesinado en San Carlos de Cojedes el general Ezequiel Zamora por haber auspiciado la aspiración campesina

de que fuera abolida la discriminación social, cuya vigencia atribuían a los sectores ricos que habían gobernado al país desde 1830 y calificaban de « oligarquía » conservadora. Pero fueran cuales fueren los « caudillos » vencedores en esas contiendas, sobre las masas campesinas y populares, ofrendada su cuota de sangre y muerte, se abatía acentuada la secular explotación de los grandes propietarios de tierras, liberales y conservadoras, así como las persecuciones, conscripciones y torturas que les infligían los jefes civiles, comisarios y demás agentes represivos del Estado, culminando ese régimen en la larga y sombría tiranía de Juan Vicente Gómez —1908-1935—, convertido éste, con el apoyo del gobierno de los Estados Unidos, en el más grande propietario de tierras —haciendas y hatos— y en el más sanginario déspota de cuantos hasta entonces había padecido el país⁵.

Contribuyó al fortalecimiento y perduración del régimen de gran apropiación de la tierra, la instalación en el país, desde mediados del siglo XIX, de importantes casas comerciales extranjeras, principalmente alemanas —primeras avanzadas de la penetración y de la mediatización del país por el capital extranjero—, por haberse convertido esas casas comerciales en banqueros financiadores de los grandes propietarios de haciendas y de hatos. En efecto, mediante anticipos y préstamos en dinero efectivo que les hacían, así como suministrándoles artículos manufacturados o no para que surtieran las « pulperías » que tenían instaladas en sus haciendas y hatos, esas casas comerciales lograron no sólo acaparar las cosechas de café, de cacao, de ganados y los cueros y así monopolizar el comercio de exportación de nuestros principales frutos y el de importación, sino que, por pagarles precios a los que regían en el mercado internacional, venderles a altos precios los artículos

importados y cobrarles leoninos intereses por el dinero que les prestaban, lograban obtener cuantiosas ganancias. La retención en el exterior de esas ganancias por las casas matrices, acarrearía, por consecuencia, de una parte la succión al país por las casas comerciales extranjeras, de la poca riqueza que con su trabajo creaban los campesinos y los asalariados de las ciudades y pueblos y, de la otra, que no se acumulara capital nacional, con el consiguiente empobrecimiento del país. Muy ilustrativa a este respecto es la situación descrita en su Memoria de 1868 por el titular de la Cartera de Fomento :

Nadie ignora que los venezolanos por punto general carecen de capitales circulantes. La agricultura, por ejemplo, de frutos mayores, depende enteramente del COMERCIO EXTRANJERO, de él recibe con elevado interés los fondos que ha menester para la limpia de las haciendas, recolección de las cosechas y sustento diario de las familias. Por consiguiente, el agricultor se encuentra forzosamente sometido a la LEY DEL PRESTADOR no sólo en cuanto a la utilidad o precio del dinero, sino con respecto del valor mismo de los frutos. Si al cambiar éstos en país extraño, se obtiene alguna ganancia, de seguro que ella no cede en provecho del productor. Apenas habrá algún propietario en aptitud de sacudir la tutela mandando él mismo a otra parte los productos de su finca. Una cosa parecida tiene efecto con las demás producciones. Y he aquí otra de las causas del malestar de tantos cultivadores⁵.

No obstante tan acertada y drámatica apreciación, fueron planteadas como soluciones: aumentar la producción agropecuaria mediante la creación de incentivos a los inversionistas extranjeros, al ingreso al país de inmigrantes y a su instalación en colonias agrícolas. En esa época fueron creadas dos colonias, una en Altagracia de Orituco a la cual bautizaron « Guzmán Blanco » y la otra en Araira, entre Guatire y Caucacagua, la colonia « Bolívar », en la que inmigrantes italianos llegaron a cultivar unas 2 000 hectáreas.

Igualmente, años después, el control que de la explotación del petróleo ejercieron los trusts internacionales a quienes Juan

Vicente Gómez otorgó concesiones sobre los más ricos yacimientos, no sólo fortalecería a éste en el poder asegurándole su prolongada tiranía, sino que sería acentuado en grado mayor aún el subdesarrollo del país y su dependencia del capital extranjero, no obstante la distorsión que la explotación del petróleo, con su correlativa demanda de mano de obra para las exploraciones, perforación de pozos y los diversos servicios en los « campos petroleros », ocasionó al sistema latifundista al no poder continuar contando los grandes propietarios de tierras con la cantidad de mano de obra servil que requerían para la producción en grandes plantaciones y para la cría en extensos hatos.

El éxodo de campesinos hacia las ciudades y « campos petroleros » y la consiguiente movilización de poblaciones de unas a otras regiones, la caída de los precios en el mercado internacional de los frutos de exportación y el estancamiento general en que se encontraba la economía, impulsaron, en los últimos años de la tiranía de Juan Vicente Gómez, el movimiento de los obreros y de los campesinos por mejores condiciones de vida, al que imprimieron en 1936 gran combatividad los exiliados políticos a su regreso al país al iniciar e impulsar la organización y funcionamiento de sindicatos obreros, ligas campesinas y partidos políticos, exteriorizada así la realidad histórica de que en lo

5. Caracas, 14 de diciembre de 1908. Ministro del Brasil. Washington: Reacción contra el general Castro iniciada. Ministro Exterior me requirió hoy pedir hacer constar gobierno americano voluntad presidente Gómez ultimar satisfactoriamente todas las cuestiones internacionales. Halla conveniente presencia nave de guerra americana La Guara, previsión acontecimientos. Hizo idéntica comunicación otras legaciones. De Lorena, Ministro del Brasil. (Cable solicitado por el ministro de Relaciones Exteriores, Dr. J. de J. Paul, por el general Juan Vicente Gómez y por su secretario general, Dr. Leopoldo Baptista), insertado por Salvador de la Plaza en El embajador de la devaluación, Caracas, 1965, p. 8.

6. Ramón Veloz: « Economía y finanzas de Venezuela desde 1830 a 1944 », Tercera Conferencia Interamericana de Agricultura, p. 150, Caracas, 1945.

sucesivo, los obreros y los campesinos tendrían que enfrentarse directamente a las clases que los explotan, las clases detentadoras de la tierra y demás medios de producción y a los trusts imperialistas que a esas clases apoyan y sostienen y al país mantienen subyugado. Esos sindicatos, ligas campesinas y determinados partidos políticos se pronunciaron en 1936 por la parcelación de los latifundios, por la entrega de las parcelas a los campesinos sin tierra, a los pequeños y medianos propietarios y a los peones, por la moratoria de las deudas de los campesinos pobres y medios, por la abolición del pago de los salarios con « fichas » y de las deudas con trabajo personal, por la persecución de la usura y la organización de un amplio sistema de créditos y de suministro de útiles de labranza, semillas seleccionadas, etc., a los campesinos por cuenta del Estado. Se pronunciaron también por la revisión de todos los títulos de concesiones petroleras a compañías extranjeras, por la creación de un impuesto sobre el capital y las ganancias de las compañías petroleras y por la dedicación de los ingresos que provinieren de ese impuesto al desarrollo de la economía nacional agropecuaria e industrial, por la construcción de una refinería lo suficientemente grande para el abastecimiento interno de derivados del petróleo controlada directamente por el Estado; planteamientos que sincronizaban las tareas principales de la revolución agraria antimperialista que los obreros, campesinos y sectores progresistas de la población debían llevar a cabo y a término para liquidar el sistema latifundista, sacar al país del subdesarrollo y de la mediatización del capital extranjero y así poder construir una economía propia e independiente que garantizara a los venezolanos su integración en una nación libre y soberana⁷.

En diciembre de 1936 se reunió en

Caracas el Primer Congreso de Trabajadores con delegados que representaron a más de 200 000 obreros y campesinos de todo el país. Ese congreso acordó por unanimidad apoyar en forma decidida y firme la huelga que los trabajadores petroleros tenían declarada a los trusts internacionales por su negativa a reconocerles sus sindicatos y a aumentarles los salarios, huelga que durante los 42 días de su duración recibió un entusiasta respaldo por parte de la mayoría de la población. El gobierno que presidía López Contreras, suspendió esa huelga por decreto y desencadenó una violenta represión contra los sindicatos, ligas campesinas y partidos políticos con la finalidad de garantizar a los trusts imperialistas la explotación del petróleo.

Desde 1917, y por causa del control que los trusts imperialistas ejercían sobre la explotación del petróleo y del destino que el Estado daba al ingreso fiscal proveniente de esa explotación, el abastecimiento del país en artículos manufacturados y en gran medida de los alimenticios, dependería cada vez más del exterior, así como más profunda vendría la mediatización de su economía. Habían comenzado a coexistir en el país dos economías en violenta contradicción y antagonismo: la altamente tecnificada del petróleo, ensamblada en las economías de los países de origen de esos trusts y orientada por la obtención de los mayores beneficios para esos países, y la propiamente nacional, basada en la atrasada estructura agraria y entorpecida en su normal desarrollo tanto más profundamente cuanto que contra la distorsión que provocaba la coexistencia, no se tomaban las medidas requeridas para liquidar la supervivencia de la estructura de gran apropiación de la tierra ni para impulsar un desarrollo autónomo que aprovechara al máximo lo que al país ingresaba por concepto de la explotación

del petróleo. Esos ingresos, o sea, las divisas que los trusts petroleros traían para el pago de salarios, de impuestos, gastos, etc., en lugar de quedarse en el país, de acumularse en el país, al mismo tiempo que las adquiría de los trusts, el Banco Central de Venezuela las vendía para cubrir en el exterior el pago de las importaciones. Si todavía en 1917 la balanza comercial se cerró con saldo favorable, diez años

después, en 1926, mientras las exportaciones, excluidas las del petróleo, aumentaron ligeramente al colocarse en los 158 millones de bolívares, las importaciones quintuplicaron al alcanzar más de los 433 millones de bolívares, siendo sustituido el superávit en la balanza comercial por un déficit de 275 millones de bolívares, déficit que en los sucesivos años crecería a saltos y que por la composición de las

7. * **Medidas Económicas.** 2. Por haber acaparado Juan Vicente Gómez, sus familiares e inmediatos cómplices, las mayores riquezas del país, tanto en tierras como en industrias, y por ser la nación, como entidad integrante de todos los venezolanos, la más perjudicada en su presente y porvenir, luchar porque el Estado proceda a la confiscación de todos los bienes muebles e inmuebles de Juan Vicente Gómez, sus familiares e inmediatos cómplices. Los trabajadores que sufrimos cárceles, carreteras, reclutas, que nos destruyeron nuestros hogares, nos violaron nuestras hijas, nos quemaron nuestros conucos, no disponemos de medios ni de tiempo para intentar juicios en reclamación de perjuicios sufridos. Sólo pasando esas riquezas al Estado, su aplicación para el adelanto de la nación, es que todos los trabajadores venezolanos nos sentiremos resarcidos siquiera en parte de los perjuicios personales sufridos.

3. Estando en manos de las compañías extranjeras la más grande riqueza del país, el petróleo, y teniendo en cuenta que de esa riqueza no disfruta la nación venezolana sino en una ínfima porción, y que por otra parte, esas compañías han extraído ya con exceso más de los capitales invertidos por ellas en el país, luchar porque:

a) Sean revisados todos los títulos de concesiones y sean anulados aquellos logrados por cohecho, abuso del poder de Gómez y sus ministros, etc. De los títulos que resultaren de acuerdo con la ley, revalidar sólo los de los concesionarios que se comprometan a acatar las leyes del país en todos sus efectos.

b) Por la aplicación del IMPUESTO PROGRESIVO sobre el capital y la renta a las ganancias de las compañías petroleras.

c) Por la prohibición de exportar petróleo crudo.

d) Por la construcción de una refinería por el Estado, suficiente para el abastecimiento nacional de los derivados del petróleo; obligación para las compañías petroleras de proveer al Estado de todo petróleo que éste necesite para su refinería y a los precios corrientes en el mercado internacional.

4. En lo que respecta a las minas, fábricas, empresas, etc. en manos de compañías extranjeras, luchar porque sólo se permita continuar funcionando o el establecimiento de nuevas, a aquellas que por sí mismas o por intermedio de sus representantes o gerentes se comprometan a acatar y cumplir las leyes del país.

5. Con el fin de cooperar a ponerle cese a la crisis económica profunda en que nos debatimos y sentar las bases para el desarrollo de una economía nacional saneada, luchar porque se proceda a destruir los vestigios medievales que en el campo mantienen la agricultura en un estado de atraso técnico tal, que no permite a Venezuela competir en el mercado internacional con los demás países agrarios, y al

campesinado (peones agrícolas, conuqueros y medianeros) en un estado de esclavitud y pauperización que dificulta el desarrollo del consumo de los productos de la industria nacional. Al efecto luchar por las medidas siguientes:

a) Aplicación de la técnica a la agricultura; creación por el Estado de escuelas y laboratorios de agronomía; facilitamiento de la adquisición por los agricultores, de máquinas y otros elementos de cultivo.

b) Persecución del sistema de deudas de padres a hijos que atan por generaciones sucesivas a los campesinos pobres y peones a sus extorsionadores, moratoria de las deudas e hipotecas de los campesinos pobres y medios y persecución del pago de deudas en trabajo personal.

c) Parcelación de los grandes latifundios y entrega de estas parcelas a los campesinos pobres, medios y peones, así como útiles de labranza y semillas por cuenta del Estado.

d) Persecución de la usura y organización por el Estado de un amplio sistema de créditos baratos para los campesinos y suministro de útiles de labranza y de semillas por cuenta del Estado.

e) Realización de la garantía para la libertad de industria y comercio; persecución de los monopolios y del acaparamiento que encarecen para las masas consumidoras los artículos de primera necesidad; protección a la industria nacional.

f) Fomento intenso de la economía venezolana; construcción planeada de un vasto sistema de vialidad; canalización de los ríos; saneamiento intenso y sistemático; fomento de la inmigración y constitución de las colonias agrícolas de inmigrantes.

g) Creación de un Banco de Estado emisor de billetes que funcione bajo el control del Consejo de Economía Nacional que se establece en el nº 6 de este programa; abolición del convenio de cambio existente hoy día entre el gobierno y las compañías petroleras; control del cambio para hacer efectiva la libertad del comercio.

6. Aplicación de las entradas por concepto del IMPUESTO PROGRESIVO sobre las compañías explotadoras del petróleo, así como las provenientes por razón del embargo de los bienes muebles e inmuebles de Gómez, sus familiares e inmediatos cómplices, al desarrollo de la economía nacional agropecuaria-industrial, por tanto de la realización de las medidas del punto anterior; creación de un Consejo de Economía Nacional integrado por iguales partes por representantes elegidos por industriales, agricultores, comerciantes mayoritarios, comerciantes al detal, de los obreros, trabajadores agrícolas y del gobierno para la elaboración y ejecución del plan de reconstrucción de la Economía Nacional. (Programa del PARTIDO REPUBLICANO PROGRESISTA. Caracas, marzo de 1936.)

importaciones —productos alimenticios y artículos manufacturados de consumo inmediato— serían la prueba irrefutable del estancamiento en que se encontraba la

producción agropecuaria, del incipiente desarrollo industrial y de la peligrosa dependencia del país del capital extranjero⁸.

Años	Exportación	Importación	Saldos mercantiles	Saldos servicios	Saldos capital	Total de saldos
(En millones de bolívares)						
1830	8	8	+ 0			
1854	35	29	+ 6			
1908	83	49	+ 33			
1917	97	80	+ 16			
(En millones de dólares)						
1926	28	81	— 53			
1944	20	102	— 81			
1953	55	638	— 582	— 147	— 69	— 699
1960	35	965	— 929	— 394	— 256	— 1 580
1963	64	798	— 733	— 293	— 219	— 1 246

Fuentes : Ramón Veloz : « Economía y finanzas de Venezuela desde 1830 hasta 1944 », Informe Económico del Banco Central de Venezuela, años 1960-1964.

La derrota de la Alemania imperial en 1918 y el encumbramiento de los Estados Unidos a primera potencia imperialista mundial, se reflejarían en Venezuela, por una parte, en un pronunciado decline de la producción agropecuaria, ya que por haber sido afectadas por la guerra las casas comerciales extranjeras, la consiguiente suspensión del financiamiento que prestaban a los grandes hacendados y ganaderos distorsionaría aún más el sistema imperante de producción agropecuaria, al que Juan Vicente Gómez intentó apuntalar con créditos y subsidios a los latifundistas —creación en 1928 del Banco Agrícola y Pecuario— y, por la otra, dado que Venezuela se convertiría gradualmente en apéndice de la economía imperialista yanqui al pasar el control de su economía a manos de los trusts norteamericanos que acapararon tanto la compra de los frutos de exportación como el suministro de maquinarias, de productos alimenti-

cios y de artículos manufacturados, a más de la hegemonía que ejercían sobre la explotación y distribución del petróleo.

En su Memoria al Congreso —1936-1937—, el ministro de Hacienda del gobierno de López Contreras suministró elocuente imagen del estancamiento en que se encontraba el desarrollo económico de Venezuela para aquella época :

Desde el punto de vista exclusivamente económico, con un tesoro que alcanzó para la fecha citada —1 de enero de 1936—, a casi 100 millones de bolívares, la agricultura, la industria y el comercio se hallaban en la más completa postración. Esa situación de un Estado opulento en un pueblo exhausto acarrearía embarazosas consecuencias, de las que hoy aún se resiente la vida nacional. Es grande el número de los venezolanos aptos para las más diversas actividades, a quienes la pobreza de los recursos privados, empujaba y empuja todavía hacia los puestos públicos, como un último refugio contra la miseria de cuyas garras no pueden salvarlos las escasas posibilidades que ofrecen nuestras fuentes de producción y de intercambio. El sistema de privilegios indebidos y la absorción, por unos pocos, de

aquellos negocios y trabajos que debían ser el libre patrimonio de todos los habitantes del país, contribuyeron a agravar singularmente la crítica situación creada por la baja de nuestros frutos en los mercados extranjeros. Y así, cuando el nuevo gobierno asumió la administración del país, encontró que los CAMPOS ESTABAN SEMIABANDONADOS, que la INDUSTRIA LANGUIDECIA y que el COMERCIO SE HALLABA AMENAZADO DE RUINA⁸.

Los censos agropecuarios levantados en 1937, pondrían en evidencia una de las causas principales de esa situación: la estructura de gran apropiación de la tierra. En efecto, de los 23 370 299 hectáreas apropiadas por 69 777 particulares, 21 591 643

—el 92 %— lo estaban por 6 047 particulares —el 8,5 %. Para esa fecha la extensión territorial de Venezuela era de 120 000 000 de hectáreas.

Los organizadores de esos censos, en consideración a la calidad de los suelos y factores geográficos, clasificaron las tierras en tierras de agricultura y tierras de ganadería. De los 23 370 299 hectáreas apropiadas, resultaron censadas 3 437 690 de agricultura y 19 932 605 de ganadería.

59 014 propietarios detentaban los 3 437 690 hectáreas de agricultura en la forma siguiente :

Hectáreas		Propietarios	%	Hectáreas		%
De	a			Hectáreas	%	
1/2	1	1 228		649,6		
1	2	5 335		6 515,6		
2	5	16 538		51 180,8		
5	10	14 697		97 313,4		
		<hr/>		<hr/>		
		37 798	(64,00)	155 659,4	(4,5)	
10	100	17 962	(28,70)	466 376,0	(13,5)	
		<hr/>		<hr/>		
100	1 000	2 714		736 970,0		
1 000	10 000	500	(0,80)	1 222 254,0	(35,5)	
10 000 y más de 50 000		40	(0,06)	856 434,0	(24,9)	
		<hr/>		<hr/>		
		3 254	(5,40)	2 815 658,0	(81,0)	

es decir, que el 81,0 % de la tierra de agricultura censada lo acaparaba el 5,4 % de los propietarios, mientras que el 64,00 % —los pequeños propietarios— sólo poseían el 4,5 % de esas tierras, observándose que 40 grandes propietarios poseían cinco veces más tierras que los 37 798 pequeños propietarios y casi el doble que los 17 962 medianos propietarios.

De los 3 437 690 hectáreas de tierras de agricultura, sólo estaban cultivadas 1 119 974, encontrándose, por consiguiente, ociosas 2 317 710, consecuencia característica esta de la gran apropiación y concen-

tración de la tierra en pocas manos. De las cultivadas, lo estaban de café y de cacao 418 432 hectáreas —el 37,3 %—; de algodón, tabaco, coco, serrapia 35 914 y las restantes 655 628 hectáreas de maíz, granos, tubérculos, actividad productiva de « conuqueros », « aparceros », « pisatarios » que pagan renta en especie o en dinero a los grandes propietarios. De estas cifras se desprende que la alimentación de 5 venezolanos, durante un año,

8. Balanza de cambios del Sector Nacional :

9. Ramón Veloz : « Economía y finanzas de Venezuela desde 1830 a 1944 », p. 404-405.

dependía de lo que se cultivaba en sólo una hectárea, lo que explica, por una parte, que la mayoría de la población se hallara en situación de hambre permanente y, por la otra, que se importara del exterior grandes cantidades de alimentos para

abastecer a la población urbana, principalmente a la pequeña minoría de familias ricas.

Los 19 932 605 hectáreas de tierras de ganadería las detentaban 10 763 propietarios en la forma siguiente :

De	Hectáreas	a	Proprietarios	%	Hectáreas	%
1/2	1		30		16	
1	2		240		276	
2	5		1 302		3 876	
5	10		913		5 957	
10	20		883		11 250	
20	30		507		11 518	
30	50		581		21 233	
			4 456	(51,4)	54 126	(0,2)
50	100		742		49 308	
100	250		1 027		156 256	
250	500		823		299 627	
500	1 000		922		647 303	
			3 514	(32,6)	1 152 494	(5,7)
1 000	5 000		1 891		4 115 469	
5 000	10 000		474		3 044 219	
10 000	50 000		374		6 938 596	
50 000	100 000		41		2 570 266	
100 000 y más			13		2 057 431	
			2 793	(25,9)	18 725 981	(93,9)

Es decir, que mientras el 25,9% de los propietarios detentaban el 93,9% del total de la tierra de ganadería apropiada, el 51,4% de los propietarios, los pequeños propietarios, sólo detentaban el 0,2% de esas tierras. Se observará asimismo que 54 propietarios de entre 50 000 y más de 100 000 hectáreas, ellos solos, detentaban 4 627 691 hectáreas, 85 veces más tierra que los 4 456 pequeños propietarios y cuatro veces más que los 3 514 medianos propietarios entre 50 y 1 000 hectáreas.

De los 19 932 605 hectáreas de tierras de ganadería, 15 224 132 estaban cubiertas de pastos naturales, 4 170 000 por selvas

y malezas y de pastos artificiales sólo estaban cultivadas 538 468 hectáreas.

Los censos revelaron que el 58,9% de los propietarios de tierras de ganadería se encontraban en la zona centro-costera del país y tenían apropiadas 1 853 732 hectáreas, mientras que en los Estados deshabitados, denominados llaneros, se encontraba el 40,6% de los propietarios, detentando 18 078 873 hectáreas, el 90,5% del total de tierras de ganadería.

En los Estados Miranda, Aragua, Carabobo, Trujillo y Táchira de las 2 341 912 hectáreas de tierras de agricultura y de ganadería apropiadas, 1 829 628 las acapa-

habían 1 320 propietarios de más de 150 hectáreas, perteneciendo las restantes 512 274 a 34 570 propietarios entre 1/2 y 150 hectáreas. Ahora bien, como la población rural de esos Estados era de 687 091 habitantes (Censo de población 1936), tendremos que mientras 35 890 eran propietarios de tierra, 651 201 campesinos no tenían ninguna tierra. En el Estado Miranda, que circunda al Distrito Federal, de su extensión territorial de 795 000 hectáreas, 655 053 estaban apropiadas —de agricultura 388 569 y de ganadería 266 547— y de ellas, 557 506 —el 85 %— las acaparaban 406 propietarios de más de 150 hectáreas. De su población rural de 166 926 habitantes, 163 130 campesinos no poseían ninguna tierra.

Como datos complementarios del cuadro de estancamiento general en que se encontraba el desarrollo económico del país, señalaremos que de los 3 324 839 habitantes que tenía Venezuela para 1936, 2 324 452 —el 67 %— era población rural y urbana 1 143 387 —el 33 %. En la agricultura y la cría la población ocupada montaba a 1 038 248 distribuida así: 853 179 jornaleros y empleados y 185 069 medianeros, aparceros y pisatarios. En la industria, comercio y servicios estaban ocupados 103 285 habitantes distribuidos así: 47 863 en la industria, en la explotación petrolera 22 496, en el comercio 20 768 y en los servicios 12 156.

El capital invertido en la agricultura y la cría alcanzaba los 1 372 millones de bolívares, mientras que en la industria, incluidos 456 761 526 en petróleo, montaba a 751 691 159 bolívares; en el comercio 340 798 633 y en servicios 257 895 972 bolívares. Cifras demostrativas de que la producción agropecuaria prevalecía sobre la industria y que más del 80 % de la población ocupada extraía sus medios de vida de las labores del campo¹⁰.

La muerte de Juan Vicente Gómez en

1935 debía haber dado paso a un desarrollo progresivo de la economía del país, pero no ocurrió así, por una parte, porque el sistema de apropiación latifundista de la tierra permaneció intocado y, por la otra, debido a que la explotación del petróleo, por haber sido controlada desde sus comienzos por trusts internacionales, obstaculizó, impidió el desarrollo económico independiente del país. Esa explotación esencialmente capitalista por ser realizada por trusts integrantes de economías imperialistas, en lugar de favorecer la liberación de las fuerzas productivas nacionales, las entrabó, mediatizando, amoldando el desarrollo económico del país a los intereses colonizadores de esas economías. La penetración imperialista —las casas comerciales extranjeras, los trusts petroleros, etc.— reforzó en el poder a los grandes propietarios de tierra, transformándolos luego en «hombres de negocios», en grandes comerciantes importadores, en sus agentes de colonización y sumió a la mayoría de la población en la improductividad, frenando así el desarrollo económico propio e independiente de Venezuela.

El gobierno que sucedió a Juan Vicente Gómez en el poder, suprimió las «reclutas» (conscripción militar), el «trabajo forzado» en las carreteras y las prácticas de jefes civiles y comisarios mediante las cuales obligaban a los campesinos a permanecer en los latifundios, medidas estas que alentaron aún más el éxodo de la población campesina hacia las ciudades. Para abastecer de alimentos y de artículos manufacturados a la creciente población urbana, dado el estancamiento de la producción agropecuaria y lo incipiente de la producción manufacturera, fue incrementada la importación de toda clase de artículos y en gran medida la de alimentos,

10. Dr. J.I. Baldó: *Revista de Sanidad y Asistencia social*, número 3, junio de 1944.

determinando que quienes se dedicaban a las actividades importadoras, por su creciente número y fácil enriquecimiento, integraran un sector de las clases dominantes que al perseguir acrecentar sus cuantiosas ganancias, se aliaría gradualmente a los intereses extranjeros y presionaría, dentro del aparato del Estado, para que fuera impulsada la política de aumentar el « gasto público corriente » en detrimento del « gasto público de inversión », impulso en favor del cual también presionaría el sector de los banqueros, de altos burócratas y de profesionales para obtener a su vez cuantiosos ingresos con la contratación de obras, el tráfico de influencias, las jugosas « comisiones », etc. La lucha entre sí de tales sectores por el reparto de los ingresos fiscales, principalmente de los provenientes de la explotación del petróleo, condicionó, desde 1936, las relaciones sociales y políticas de los venezolanos y la creación, organización y actividades de los partidos políticos, con la consiguiente estrangulación del desarrollo agropecuario e industrial del país. El ingreso fiscal petrolero en lugar de acumularse como capital nacional en el país, impulsó cada vez más el incremento de las importaciones, escapando así al exterior a los países altamente industrializados y arrastrando consigo las demás riquezas que con su trabajo creaban los obreros y campesinos venezolanos¹¹.

Mientras la mayoría de su población permanezca completa o parcialmente improductiva, ningún país podrá estructurar y desarrollar su economía nacional, porque tanto la producción agropecuaria como la industrial, para prosperar, requieren de consumidores en el interior mismo de sus fronteras que adquieran los artículos que en él se produzcan. Por ello que en los países que se encuentran en situación de subdesarrollo —Venezuela entre ellos— sea básica la realización de una profunda

e integral reforma agraria que, al incorporar a los campesinos en su conjunto al proceso de la producción, no sólo los libere de la explotación de que son víctimas por parte de los medianos y grandes propietarios de tierra y de los prestamistas usureros y acaparadores locales de productos, sino que al mejorarles sus condiciones de vida, aumentarles sus ingresos y su capacidad adquisitiva, los dote de posibilidades para adquirir la diversidad de artículos que les son indispensables para satisfacer sus necesidades, derivándose así un franco impulso para la producción industrial y artesanal de las ciudades. La población urbana incorporada a su vez, como consecuencia, de más en más a la producción, dispondrá de mayores recursos para proveerse de alimentos, dependiendo en definitiva el desarrollo económico general del país, del incremento que se imprima al intercambio interno de los artículos que produzcan los obreros, los campesinos y los artesanos. Contrariamente a lo que sostienen los « técnicos » al servicio de la penetración imperialista, los países subdesarrollados construirán sus economías nacionales y se liberarán de la mediatización y dependencia en que se les mantiene, sólo cuando en ellos se acumule capital nacional como consecuencia del intercambio interno de productos nacionales. Se empobrecen y no se acumula en ellos capital nacional —lo que le ha ocurrido a Venezuela—, cuando el capital invertido en la producción industrial y en la agropecuaria es capital privado extranjero, porque esos inversionistas succionan y exportan a sus países de origen la riqueza que con su trabajo crean los campesinos, los obreros y los artesanos. En Venezuela, a través de las casas comerciales extranjeras y de la explotación de sus recursos naturales no renovables por trusts internacionales, se han enriquecido las potencias imperialistas, convirtién-

dola en mercado de consumo de sus excedentes de productos manufacturados y agrícolas y en productora para ellos de materias primas a bajo costo.

Que los países subdesarrollados para construir sus economías nacionales tengan que partir de la base, es decir, de la realización de una profunda reforma agraria, de la creación de sus mercados internos, no implica que deban reunir y llenar idénticas condiciones a las afrontadas por los hoy países industrializados y recorrer igual lapso de tiempo al por ellos empleado. De esos países pueden aprovechar sus adelantos técnicos y sus experiencias aunque por el uso de patentes industriales tengan que pagarles gruesas sumas y, además, explotando ellos mismos, directamente, sus recursos naturales no renovables, pueden hacerse del capital que les ha impedido acumular la mediatización imperialista. Países hasta hace poco subdesarrollados y hoy con pujante desarrollo económico propio e independiente —Corea del Norte, Cuba, el mismo México, etc.—

confirman esa irrefutable verdad económica. En lo que respecta a Venezuela, es conocido que se ha encontrado en situación privilegiada, en relación a otros países subdesarrollados, por contener su subsuelo enormes depósitos de petróleo, de hierro y otros minerales, pero que han estado controlados y explotados por trusts extranjeros. Si el petróleo, el gas, el hierro, que son propiedad de la nación, ésta los explotara directamente, si los ingresos fiscales que percibe provenientes de la explotación del petróleo los destinará a inversiones reproductivas y los « gastos públicos corrientes » los redujera al minimum, en relativo corto tiempo podría construir su economía propia e independiente. Pero las clases dominantes y el gobierno que las representa y celosamente defiende sus intereses, lo que han hecho y están haciendo es incrementar el « gasto público corriente » y contratar en el exterior empréstitos para construir obras suntuarias de infraestructura con el fin de distribirse el ingreso fiscal proveniente de la explotación del petróleo y, mediante la

11. Divisas ingresadas a Venezuela provenientes de la explotación del petróleo (en millones de bolívares y de dólares):

Años	Por compra « royalty »	Percibidas por el fisco			Otras		Divisas \$
		Impuesto s. Renta	Otros impuestos (en bolívares)	Total percibido	Salarios gastos, etc.	Total ingreso	
1944	155	19	30	205	172	378	122
1948	672	297	138	1 108	978	2 086	675
1955	1 034	585	94	1 714	922	2 637	853
1956	1 139	711	1 186*	3 036	1 002	4 093	1 307
1957	1 626	930	1 264*	3 822	1 368	5 190	1 679
1958	1 304	1 052	251	2 608	1 374	3 983	1 289
1961	1 573	1 554	110	3 238	932	4 171	1 349
1963	1 715	1 758	123	3 596	578	4 174	1 351
Totales desde							
1944 a 1963	19 456	14 258	4 536	38 251	16 183	54 435	17 614

* Incluidos en esos dos años 2 118 millones de bolívares por concepto de impuesto inicial de explotación, correspondientes a 821 089 hectáreas de concesiones que fueron otorgadas en esos dos años por Pérez Jiménez.

creación de « sociedades mixtas » y la celebración de « contratos de servicio », garantizarle y conservarle el capital extranjero, principalmente al yanqui, la hegemonía que ejercen sobre los recursos naturales no renovables del país.

Durante la segunda guerra mundial, el tráfico marítimo entre Venezuela y los países que la surtían de artículos, quedó interrumpido y, en consecuencia, reducida considerablemente la importación de alimentos y de artículos manufacturados. Para suplir ese abastecimiento, artesanos y pequeños industriales instalaron en ciudades y pueblos múltiples talleres —grandes y pequeños—, que dedicados a la reparación de máquinas y de vehículos y la producción de artículos de uso corriente, podían con el tiempo transformarse en manufacturas y fábricas. Asimismo, con el fin de incrementar la producción agropecuaria fue introducido al Congreso un anteproyecto de Ley Agraria que éste sancionó en septiembre de 1945. No obstante su moderación, a esa ley se opusieron decididamente los trusts imperialistas, previendo que su aplicación impulsaría y fortalecería el movimiento nacionalista que había logrado algunas importantes conquistas, tal como la Ley de Hidrocarburos de 1943 que al obligar a las compañías petroleras a pagar todos los impuestos generales, entre ellos el impuesto sobre la renta, a un mismo tiempo que les reducía sus enormes beneficios aumentaría el ingreso fiscal petrolero y, como consecuencia, la nación en posibilidad de disponer de mayores recursos con los cuales podría incrementar el desarrollo de la producción agropecuaria e industrial del país. Los trusts imperialistas, para impedir que esa ley de reforma agraria entrara en vigencia, fraguaron un golpe de Estado, el que tuvo lugar el 18 de octubre de 1945, procediendo a derogarla el gobierno de facto que asumió el poder. A este respecto es muy

esclarecedor el comunicado emitido por el Instituto de Inmigración y Colonización (ITIC) en noviembre de 1946:

A raíz de la instalación del gobierno revolucionario, la agitación campesina llegó a tener un clima insurreccional, provocada por la demagogia hecha en torno de una proyectada reforma agraria, ofrecida por el partido derrocado para distraer a la opinión pública de la farsa a cumplirse con motivo de la sucesión presidencial. A evitar el estallido de esa INSURRECCION CAMPESINA se abocó el gobierno revolucionario sin recurrir a extremos que contraríasen los principios éticosociales tenazmente sustentados en la oposición por sus integrantes y sin provocar trastornos a la economía nacional qui impidiesen al capital privado tener la necesaria confianza para invertirse en forma útil, como lo ha hecho amparado por el clima de seguridad logrado por las medidas tomadas por aquél en su primer año de administración... (mayúsculas y subrayados, nuestros)¹².

El Congreso que fue elegido en 1947, procedió a promulgar otra Ley Agraria, en la que sustituyeron el derecho de los campesinos a ser dotados de tierra en propiedad —la tierra para quienes la trabajen— y que la ley derogada consagraba, por el goce de usufructo de tierras que el Estado arrendaría a los latifundistas y que serían entregadas a unas « comunidades agrarias », instaurando así el lema de « dotar de hombres a la tierra », ya que para quienes promulgaron esa ley, el problema de Venezuela no consistía en transformar la estructura agraria, sino en « aumentar la producción », quedando así un avez más frustrada la acción de construir una economía independiente por causa del contubernio de líderes de un partido político y oficiales del ejército con los trusts imperialistas.

En 1949 el ITIC fue transformado en Instituto Agrario Nacional y el gobierno de turno, con el fin de incrementar la producción agrícola, acordó la creación de varias colonias, entre ellas la de Turén en el Estado Portuguesa, con parcelas hasta 200 hectáreas. En torno a esa colonia se

inició cierto desarrollo agrario capitalista, al instalarse en tierras de ese Estado y en el de Barinas « empresarios agrícolas » que se dedicaron, beneficiados con créditos otorgados por el gobierno, a los cultivos de algodón, ajonjolí, tabaco, maíz, etc. Pero como el sistema de gran apropiación de la tierra y de sus inherentes relaciones de producción permaneció intocado y la política del « gasto público corriente » recibió mayor impulso por el gobierno, el éxodo de campesinos —incluso desde los Estados mencionados— se acentuó hacia las ciudades, en las que, por no poder ser absorbidos por la industria cuyo desarrollo obstaculizaba e impedía la penetración imperialista, se convirtieron en población improductiva, siendo cada vez menor el número de personas activas en la producción, en relación al total de la población y, por consiguiente, cada vez mayor el de las que, sin producir, debían ser alimentadas.

El 23 de enero de 1958 huye del país el sátrapa Pérez Jiménez y emerge la realización de una profunda reforma agraria no tan sólo como acción para hacer justicia a los campesinos, aumentar la producción agropecuaria, mejorar las condiciones de vida de las masas trabajadoras en general, sino como imprescindible solución de las contradicciones que la tiranía en sus diez años había agudizado ; como acción básica para la construcción y desarrollo de la economía nacional. Pero la clase obrera, las masas campesinas y los sectores progresistas de la pequeña burguesía, carentes de una dirección que las organizara y condujera, no impulsaron la lucha por una transformación de la estructura agraria del país, perdiéndose así la oportunidad de que se organizara y fortaleciera la alianza de las clases con capacidad para llevar adelante esa lucha, así como las otras tareas de la revolución agraria antimperialista vigente históricamente en

todos los países subdesarrollados, Venezuela entre ellos.

Prolifera durante todo el año 1958 en partidos, sindicatos, ligas campesinas, en la prensa y la radio, una palabrería altisonante, huera, pequeñoburguesa, reformista, que sirvió de telón tras el cual las clases dominantes y los agentes del imperialismo maniobrarían exitosamente para mantenerse en el poder, profundizar y fortalecer su dominación de clase y para mediatizar más aún al país al capital extranjero. La proyección de esa realidad en los siguientes años es lo que explica el carácter regresionista y antinacional del proceso económico, social y político que desde entonces ha venido teniendo lugar en Venezuela, con sus secuelas de división y de debilitamiento de los movimientos obrero y campesino.

No obstante, en marzo de 1960 fue sancionada por el Congreso Nacional la hoy vigente Ley de Reforma Agraria, en la que se estableció como su objetivo, la transformación de la estructura de gran apropiación de la tierra mediante el fraccionamiento de los latifundios y la concentración de la diseminada población campesina en unidades de producción, consagrando a tal efecto, por una parte, el derecho de los campesinos a ser dotados de tierra en propiedad en los lugares mismos donde trabajen o habiten y, por la otra, que los campesinos así dotados debían ser organizados en centros agrarios y el Estado obligado a prestarles los servicios de crédito, de mercadeo y almacenaje de sus productos, de suministro de útiles de trabajo, semillas. artículos manu-

12. Del Comunicado del Instituto Técnico de Inmigración y Colonización (ITIC) publicado en La Esfera del 3 de noviembre de 1946, Caracas.

facturados, etc., así como los de asistencia sanitaria y cultural¹³.

Los campesinos en Venezuela, desde la época de la dominación española, han venido trabajando y habitando, salvo los que con posterioridad a la independencia ocuparon tierras baldías¹⁴, en las grandes haciendas y hatos ya como medianeros, aparceros, pisatarios o como simples ocupantes y, por consiguiente, dispersos y diseminados en las extensas áreas apropiadas por particulares. De acuerdo con la vigente ley, es con las tierras de esas haciendas y hatos, salvo determinadas excepciones, que los campesinos deben ser dotados. Pero como el solo reparto de tierras no contribuiría a la transformación de la estructura agraria imperante, la ley establece que los campesinos que sean dotados de tierra deben ser organizados en centros agrarios¹⁵ que constituyan, además de núcleos de generación y organización de las actividades productivas y sociales de los campesinos, la base sobre la cual se organicen y funcionen los diversos servicios de crédito, almacenaje, etc., que, por declararlos la ley de utilidad pública, el Estado quedó obligado tanto a organizarlos y prestarlos como a destinar en el presupuesto nacional los requeridos fondos para su eficaz funcionamiento. El Instituto Nacional Agrario, por disposición de esa ley¹⁶, deberá instalar en los centros agrarios plantas de beneficio, e industriales, equipos, servicios de maquinarias, etc. Para transformar la estructura agraria, para incorporar efectivamente a la población campesina al proceso económico, social y político del país, los campesinos requieren ser dotados de créditos por el Estado que los liberen de los prestamistas usureros y de los acaparadores locales y así liberados, puedan iniciar e incrementar su producción; requieren la asistencia técnica para el mejor aprovechamiento de la tierra, escogencia de los cultivos más apropiados

en cada región y rendir más productivo el trabajo y menos duro el esfuerzo a realizar; requieren los servicios de almacenaje, mercadeo, precios mínimos que les aseguren la colocación de sus frutos en el mercado con remuneración conveniente para el trabajo realizado; requieren, en fin, de los servicios asistenciales para la salud de la comunidad y de los culturales para el perfeccionamiento y defensa de sus personas.

La ley, en beneficio de productores y consumidores nacionales, propende al incremento del intercambio de productos entre las ciudades y campos mediante la creación de un organismo central que coordine los servicios¹⁷ en escala nacional a través de una red de establecimientos que, partiendo de los centros agrarios, asuma la distribución de los productos agropecuarios en los mercados urbanos y el suministro a los productores rurales de los artículos manufacturados producidos en las ciudades. En cada centro agrario, por consiguiente, una « tienda » o « bodega » cumpliría las funciones de agencia del Banco Agrícola y Pecuario para la tramitación, entrega y recuperación de los créditos, para la compra de los productos a los parceleros y para la venta a éstos de los suministros y, mediante un sencillo sistema de « cuentas corrientes », cada parcelero o unión de parceleros, tendría posibilidad de realizar sus diversas operaciones en forma práctica y eficiente, liberados de las garras de los especuladores y acaparadores locales.

Las clases dominantes entregadas al imperialismo y los partidos políticos que las representan en el aparato del Estado, empecinadas en retener el poder político y conservar sus privilegios, han opuesto y continuarán oponiendo, tenaz resistencia a que se realice una profunda reforma agraria. Si las disposiciones fundamentales

de la Ley de Reforma Agraria no han sido aplicadas por los organismos designados para tal efecto, ello no ha sido por deficiencias de la ley, sino porque esos organismos han actuado en cumplimiento de

13. Ley de Reforma Agraria. De las bases de la Reforma Agraria.

Artículo 1º. La presente ley tiene por objeto la transformación de la estructura agraria del país y la incorporación de su población rural al desarrollo económico, social y político de la nación, mediante la sustitución del sistema latifundista por un sistema justo de propiedad, tenencia y explotación de la tierra, basado en la equitativa distribución de la misma, la adecuada organización del crédito y la asistencia integral para los productores del campo a fin de que la tierra constituya para el hombre que la trabaja, base de su estabilidad económica, fundamento de su progresivo bienestar social y garantía de su libertad y dignidad.

Artículo 2º. En atención a los fines indicados, esta ley:

a) Garantiza y regula el derecho de propiedad privada de la tierra, conforme al principio de la función social que la misma debe cumplir y a las demás regulaciones que establezcan la Constitución y las leyes;

b) Garantiza el derecho de todo individuo o grupo de población aptos para trabajos agrícolas o pecuarios que carezcan de tierras o las posean en cantidades insuficientes a ser dotados en propiedad de tierras económicamente explotables, preferentemente en los lugares donde trabajen o habiten o, cuando las circunstancias lo aconsejen, en zonas debidamente seleccionadas y dentro de los límites y normas que establezca esta ley;

c) Garantiza el derecho a los agricultores de permanecer en la tierra que están cultivando en los términos y condiciones previstas por esta ley;

etc., etc.

14. Se denominan tierras baldías las extensiones del territorio nacional que no han sido objeto de apropiación por parte de particulares o que no han sido destinadas por el Estado para ejidos de los municipios, para la conservación de los recursos naturales (parques nacionales), para la construcción de vías de comunicación, etc. Una ley especial —la Ley de Tierras Baldías y Ejidos— regulaba lo concerniente al uso y a la transmisión de propiedad sobre esas tierras por parte del Estado, pero la vigente Ley de Reforma Agraria, afectó las tierras baldías a los fines de la reforma agraria —Artículo 10º—, es decir, que el Estado sólo podrá transmitir las tierras baldías a los sujetos de la reforma agraria.

Durante la Colonia, el rey otorgó grandes extensiones del territorio a los conquistadores y pobladores mediante «mercedes», «repartimientos», «caballerías» y «peonías» y, posteriormente, creada la república, el Estado llevó a cabo nuevos otorgamientos de tierras en forma gratuita o por pago de determinadas cantidades. Los censos agropecuarios registran, como se expuso en el texto, que de la superficie territorial del país —91 205 000 hectáreas— estaban apropiadas por particulares 23 370 299 —tierras de agricultura y tierras de ganadería—, por lo que si se deducen las porciones destinadas por el Estado a ejidos, conservación de recursos naturales, etc., puede estimarse en unos 60 000 000 de hectáreas la extensión actual de las tierras baldías.

una política consecuentemente planificada en connivencia con la «Alianza para el Progreso» y encaminada a impedir que sea transformada la estructura agraria de Venezuela.

15. Ley de Reforma Agraria, artículo 58. Los beneficiarios de las dotaciones colectivas en todo caso, o de las individuales cuando lo pidieren expresamente, se organizarán con la colaboración del Instituto Agrario Nacional en CENTROS AGRARIOS cuya administración estará a cargo de un Comité Administrativo nombrado por los miembros del centro, asesorados, mientras sea necesario, por un director técnico designado por el Instituto Agrario Nacional.

16. Ley de Reforma Agraria, artículo 79. El Instituto o los Despachos Ejecutivos a quienes corresponda, procederán a complementar las dotaciones de tierra con las construcciones de obras de vialidad, riego y saneamiento indispensables para el éxito de los centros agrarios, así como de viviendas para los parceleros, edificios y otros servicios comunes.

También instalará o gestionará el Instituto Nacional el establecimiento de plantas de beneficio e industriales, equipos, servicios de maquinarias, almacenes y cuanto sea necesario al buen funcionamiento de los centros agrarios.

Artículo 80. En cada centro agrario se crearán centros de estudio y de demostración agropecuaria y se establecerán escuelas rurales destinadas a la formación de trabajadores agrícolas aptos para llenar sus funciones, las cuales orientarán sus programas hacia los objetivos técnicos y sociales de la reforma agraria.

Artículo 81. A objeto de incrementar la economía campesina, se propenderá a que las parcelas sean organizadas en forma de granjas mixtas, y a tal efecto, el Instituto Agrario Nacional proporcionará a los beneficiarios, como ayuda de instalación, los medios para adquirir en cantidades adecuadas, los ganados, aves de corral, y cualesquiera otras clases de animales que favorezcan la economía de las familias campesinas. Asimismo se establecerán potreros comunales para el pastoreo de los ganados de los parceleros, cuando sea necesario.

17. Ley de Reforma Agraria, artículo 128. El Estado está obligado, en beneficio de los productores y de los consumidores nacionales, a promover, operar y controlar los servicios destinados a facilitar y regular el almacenamiento, la conservación, el transporte y la distribución de productos agropecuarios y pesqueros en los mercados del país y del exterior y la adquisición y distribución de suministros a los productores rurales, sin perjuicio de la colaboración que pueda prestar la iniciativa privada en estas actividades, dentro de las regulaciones y limitaciones legales.

Artículo 129. El Estado creará el organismo central especializado que tendrá a su cargo los servicios mencionados en el artículo anterior; entretanto, proveerá lo necesario para que el Banco Agrícola y Pecuario preste estos servicios en colaboración con las otras dependencias oficiales y con las cooperativas de pequeños y medianos productores que realicen servicios similares.

Artículo 200. Todo lo relativo al cumplimiento de los fines y objetivos de la presente ley se declara de UTILIDAD PÚBLICA; y son irrenunciables los derechos consagrados por ella en favor de los beneficiarios de la reforma agraria.

Esos organismos —Ministerio de Agricultura y Cría, Instituto Agrario Nacional y Banco Agrícola y Pecuario— y su red de agentes, los líderes de los sindicatos y ligas campesinas que integran la Federación Campesina de Venezuela, para ocultar el por qué no ha marchado la reforma agraria en cuanto a la transformación de la estructura agraria que mantiene sumida en la miseria a la gran masa campesina y la ha obligado a buscar en el éxodo hacia las ciudades mejores condiciones de vida, elaboran informes y suministran información a periódicos y revistas del país y del exterior con cifras tergiversadas y abultadas sobre el número de las familias que han sido asentadas, sobre los ingresos de esas familias y sobre aumentos de las superficies por ellas cultivadas, cifras que si en el exterior han sido utilizadas para hacer aparecer la « reforma agraria de Venezuela » como la reforma tipo a imitar por todos los países de América latina, en Venezuela a nadie engañan, sencillamente, porque es del conocimiento público que a quienes principalmente ha beneficiado la « reforma » es a los grandes propietarios que a « precio de oro » han vendido al IAN sus tierras, a los medianos y grandes « empresarios agrícolas » y a los burócratas que se han enriquecido con el tráfico de influencias y las jugosas « comisiones », lo que no niega, por supuesto, que en ciertas regiones, reducidos grupos de campesinos asentados, a pesar de todo, por su propia iniciativa y esfuerzo se hayan incorporado a la producción y su situación económica y social haya devenido relativamente superior a la del resto del campesinado del país.

Intentaremos refutar algunas de esas informaciones y cifras: el IAN, por ejemplo, ha afirmado en sus publicaciones haber asentado, entre 1960 y 1967, unas 145 350 familias campesinas, pero deliberadamente ha ocultado que ese número de

familias lo integran los « conuqueros », los pequeños, medianos y grandes « empresarios agrícolas » que desde 1938 han venido siendo dotados de parcelas, primero por el ITIC durante los gobiernos de López Contreras, Medina Angarita y Acción Democrática y por el IAN con posterioridad a 1950, en las colonias que al efecto fueron creadas —Mendoza, Chirgua, Guayabita, Manaure, el Cenizo, Turén, Unidad de los Andes, Sistema de Riego del Guárico, etc.— y, desde 1960, en los llamados « asentamientos campesinos », por lo que de comprobarse verídica esa cifra de 145 350 familias, ella correspondería no al lapso 1960-1967, sino al de 29 años de « reformas agrarias » de los 9 gobiernos que desde 1936 ha tenido el país, como las mismas encuestas oficiales se han encargado de ponerlo de manifiesto. Igual ocurre con respecto a la superficie de 492 716 hectáreas que el IAN informa haber incorporado a la producción desde 1960 y a los volúmenes de producción y su respectivo valor obtenidos por esas familias campesinas. La verdad es que la producción de arroz, ajonjolí, algodón, maíz, caña de azúcar, productos pecuarios a la cual hace referencia el IAN, provino principalmente de las cosechas levantadas en el Sistema de Riego del Guárico por los « parceleros millonarios » de más de 180 hectáreas; en la Colonia Turén por los grandes parceleros de más de 200 hectáreas que desde 1950 han venido cultivando 40 000 hectáreas; en el Central Tacarigua, fundo administrado por el Estado desde 1936 y que desde 1961 explotan sus obreros organizados en cooperativa, sin que hayan aumentado la superficie sembrada de caña de azúcar.

El valor total de la producción agrícola de Venezuela pasó —según los informes anuales respectivos del Banco Central de Venezuela— de los 1 777 millones de bolívares en 1960 a 2 847 millones de bolí-

vares en 1966, es decir, que registró un aumento de 1 070 millones, pero como en ese aumento están incluidos el de la producción agrícola-animal —492 179 000—,

el de la producción agrícola-pesquera —22 214 000— y el de la agrícola-forestal —46 291 000—, tendremos que el de la agrícola-vegetal sólo fue de 509 millones¹⁸.

18. Producción agropecuaria de Venezuela. Comparación de las superficies cosechadas y del respectivo valor de las producciones entre los años 1960 y 1966. (En hectáreas y en miles de millones de bolívares.)

Cultivos	1960		1966		Aumento	
	Superficie Ha	Producción en Bs	Superficie Ha	Producción en Bs	Superficie Ha	Producción en Bs
Totales		1 777 438		2 847 860		1 070 422
Agrícola-vegetal	1 426 775	1 035 979	1 649 275	1 545 717	222 500	509 738
Cereales	431 721	146 322	573 604	283 421	141 883	137 099
Arroz	41 882	43 117	103 857	123 900	61 975	80 783
Maíz	388 200	102 829	466 893	158 879	78 693	56 050
Trigo	1 639	376	2 854	642	1 215	266
Leguminosas	157 700	64 780	114 228	47 636		
Arveja	2 864	1 155	3 560	1 458	696	303
Caráotas	98 883	38 079	69 274	26 452		
Frijol	49 638	23 470	29 843	15 543		
Quinchoncho	6 315	2 076	11 551	4 183	5 236	2 107
Raíces, tubérculos	112 794	186 912	120 244	254 911	7 450	67 999
Apio	2 700	5 671	7 250	25 718	4 550	20 047
Batata	2 936	4 062	1 923	6 694		2 632
Mapuey	4 102	9 531	1 466	5 464		
Name	8 738	19 738	8 619	34 179		14 441
Ocumo	14 954	29 291	11 214	49 521		20 230
Yuca	61 182	64 647	73 277	69 120	12 095	4 473
Papas	18 182	53 972	16 495	64 215		10 243
Textiles, oleaginosos	126 577	72 027	180 239	150 305	53 662	84 278
Ajonjolí	53 890	27 355	94 137	72 000	40 747	44 645
Algodón	45 627	28 065	49 145	62 100	3 518	34 035
Copra (Coco)	16 000	7 866	23 000	5 570	7 000	
Maní	1 317	1 746	2 300	4 485	983	2 739
Sisal	9 743	6 995	11 157	12 150	1 414	5 155
Frutas, hortalizas	66 835	174 171	75 982	200 582	9 147	26 411
Cambur	54 225	94 178	59 280	93 668	5 055	
Otras frutas	5 950	15 200	7 910	18 180	1 960	2 980

Cebollas	1 690	11 442	1 736	21 404	46	9 962
Tomates	3 338	26 545	5 156	29 451	1 818	2 906
Otras hortalizas	1 632	26 806	1 900	37 879	268	11 073
Café, cacao, otros	531 148	391 767	584 978	602 882	53 830	211 115
Cacao	70 000	24 530	70 000	62 875		38 345
Café	340 000	169 126	340 000	237 351		68 225
Caña azúcar	47 348	115 752	61 075	146 187	13 727	30 435
Plátanos	66 754	32 514	107 241	99 862	40 487	67 348
Tabaco	7 046	49 845	6 662	56 607		6 762
Agrícola-animal		624 161		1 116 340		492 179
Pesquera		50 238		72 452		22 214
Forestal		67 060		113 351		46 291
Otros productos		2 750		1 879		

Fuentes: Informe económico anual, Banco Central de Venezuela.

Observaciones: a) el área cosechada por « conuqueros », aparceros, pisatarios, pequeños propietarios, disminuyó en 58 599 hectáreas —49 409 en leguminosas y 9 195 en raíces y tubérculos;

b) el área cosechada por grandes y medianos « empresarios agrícolas », aumentó en 217 755 hectáreas —arroz, ajonjolí, algodón, caña de azúcar, yuca, etc.;

c) el área de los cultivos permanentes —café, cacao— permaneció sin cambio.

Ahora bien, como el IAN ha informado que el valor de la producción agrícola-vegetal de los campesinos « asentados » ascendió de 79 334 000 bolívares en 1960 a 439 379 000 en 1966, o sea, que experimentó un aumento de 360 645 000 bolívares, resultaría, por consiguiente, que el valor de la producción de los grandes, medianos y pequeños « empresarios agrícolas » sólo aumentó en 140 millones, apreciación que es desmentida por el hecho de que el aumento registrado por el Banco Central durante esos 6 años provino principalmente de los cultivos a los cuales han estado dedicados los grandes, medianos y pequeños empresarios agrícolas: arroz, maíz, ajonjolí, algodón, cacao, café, caña de azúcar, como puede observarse en el cuadro de la nota 18.

El IAN ha declarado también haber « distribuido » entre las 145 350 familias campesinas asentadas 3 787 550 hectáreas

—1 732 314 adquiridas a particulares y 2 055 235 de tierras baldías—, pero como asimismo ha informado que esas familias tenían en explotación en 1967 —cultivos y cría— una superficie de 542 500 hectáreas, sin proponérselo ha puesto en evidencia que la reforma agraria no ha marchado, ya que esa superficie representa tan sólo el 14 % de la tierra que dice haber « distribuido », permaneciendo, por tanto ociosas más de 3 200 000 hectáreas, no obstante las 2 000 solicitudes de tierras que le han sido formuladas por grupos campesinos en todo el país y que mantiene sin atender.

Para 1961 el IAN había adquirido en el Estado Aragua, entre otros fundos, La Concepción, El Cortijo y Santa Lucía por un valor de 5 800 000 bolívares y de su extensión —8 900 hectáreas— había dotado 1 077 hectáreas a 253 familias —4,2 ha por familia— conservando en « disponibilidad » 7 823 hectáreas. En el Estado

Carabobo había adquirido entre otros fundos, el Latifundio Pimentel, La Linda y Las Vueltas por 32 336 516 bolívares y de la extensión total —14 277 hectáreas— había dotado 8 129 a 857 familias, conservando en « disponibilidad », por consiguiente, 6 148 hectáreas, de las cuales 4 875 en el Latifundio Pimentel. De esos ejemplos se desprende que el IAN, con fines de propaganda política y de exhibición en el exterior, tergiversa el contenido de las palabras, pues no es lo mismo « afectar » a la reforma agraria 3 787 550 hectáreas que distribuir, dotar, esas hectáreas entre los campesinos.

La relativa pequeña incidencia de la « reforma » sobre la atrasada estructura agraria de Venezuela se aprecia más concretamente en las siguientes cifras y porcentajes: El 1 732 314 hectáreas que el IAN declara haber adquirido de particulares representa tan sólo el 8 % de las 21 541 639 hectáreas —2 815 658 tierras de agricultura y 18 725 981 de ganadería— acaparadas por los grandes propietarios. Las 145 350 familias « asentadas » —unos 725 000 campesinos— representan apenas un 29 % de la población rural —2 450 154 habitantes según Censo de Población de 1961—, es decir, que el latifundio permanece casi intocado y más del 70 % de la población campesina continúa diseminada, sin haber sido incorporada al proceso de la producción, a la que deben ser sumados los cientos de miles de campesinos que han abandonado los campos y se les mantiene improductivos y hacinados en los suburbios de las ciudades.

Igualmente acusador es el hecho de que las familias que el IAN informa haber asentado y dotado de tierra, continúa en su tradicional situación de « conuqueros », extorsionados por los prestamistas y acaparadores locales a quienes han tenido que recurrir para poder financiar sus producciones. Con escasas excepciones, el IAN

no ha organizado en centros agrarios, conforme lo establece la ley, los asentamientos que informa haber creado desde 1960. La escueta verdad es que la mayoría de la población, principalmente las 150 000 familias que trabajan y habitan en las 410 000 hectáreas de las haciendas de café y de cacao —reductos del latifundismo—, continúa sumida en la miseria, extorsionada por los grandes propietarios de tierra a través de las perviventes relaciones semif feudales de producción y de intercambio.

Sin embargo, desde 1936 se han venido operando en el campo determinadas modificaciones que es necesario tener en cuenta. Si las distorsiones que la explotación del petróleo, por su demanda de mano de obra, provocó en las relaciones de producción y el hecho de haber sido eliminadas desde 1936 las « reclutas », el « trabajo forzado » en las carreteras y las prácticas de jefes civiles mediante las cuales retenían a los campesinos en los latifundios, alentaron y acentuaron el éxodo campesino hacia los « campos petroleros », las ciudades y pueblos, también es cierto que esos hechos originaron, por una parte, que los grandes propietarios de tierra, por la escasez de brazos, se vieran forzados a elevar los salarios y, por la otra, un despertamiento de su conciencia clasista en la masa campesina que se manifestó en embriones de organización —las ligas campesinas— para luchar contra el pago de las deudas con trabajo, por la reducción de los cánones de arrendamiento, por la reducción de las horas de trabajo, por la abolición del pago de los jornales con « fichas » o vales, etc., luchas que si no llegaran a adquirir gran envergadura debido a la diseminación en que vivía y vive la masa campesina, contribuyeron a liberarla de su secular actitud de temerosa pasividad ante los propietarios de tierra, mayordomos y caporales.

Así también, la mayor demanda desde la segunda guerra mundial de productos alimenticios y de productos de uso industrial por parte de la población urbana en violento crecimiento y de las industrias de transformación, aunque en incipiente desarrollo, atrajo hacia el campo cierta inversión de capital privado y, en mayor medida, el del Estado, tanto en los valles de Aragua y Carabobo, en los de Portuguesa y Barinas en torno a la Colonia Turén como en las zonas de abundantes y buen pasto del Estado Zulia, con la consiguiente generación y desarrollo de nuevas clases economicosociales en el campo: la de los « empresarios agrícolas » —grandes, medianos y pequeños— y la de los obreros agrícolas, rigiendo entre esas clases abiertas relaciones capitalistas de producción; los « empresarios agrícolas » persiguiendo obtener grandes ganancias mediante inversión de capital —propio o prestado— en maquinarias, abonos, semillas y ganados seleccionados y una mayor apropiación del excedente de fuerza de trabajo de los obreros agrícolas y, éstos, no obstante su reducido número en relación a la gran masa campesina sin tierra y sometida a las relaciones semif feudales de producción, obtener reivindicaciones laborales similares a las ya conquistadas por los obreros de las ciudades.

Los « empresarios agrícolas » —grandes, medianos y pequeños— asimismo, precisados de tierras para desarrollar los cultivos de uso industrial de su preferencia —ajonjolí, algodón, tabaco, caña de azúcar— y de mercados interno y externo para la colocación de sus producciones, entraron en contradicción con los latifundistas, con los comerciantes importadores y acaparadores de esos productos, con los industriales consumidores, con los mismos y con los prestamistas —el Estado, los bancos nacionales y extranjeros— pero, estrechamente unidos a esas clases y sectores,

se oponen decididamente a la realización de una profunda reforma agraria, por una parte, porque la incorporación de la población campesina al proceso de la producción reduciría la oferta de mano de obra servil que requieren para las labores temporales y permanentes de sus cultivos —preparación de tierras, siembra y cosechas— y, por la otra, porque la reforma agraria, inevitablemente, conduciría a la liquidación de la gran propiedad territorial, estructura que aspiran sea conservada, que perdure. Tal conjunción de intereses y alianza clasista se ha exteriorizado en el hecho de que la reforma agraria haya sido estrangulada y sustituida, por los mismos organismos que debían realizarla, por una reforma agrícola con la que se persigue aumentar la producción agropecuaria sin que sea alterada o modificada la estructura de gran apropiación de la tierra conforme al modelo imperialista de la « Alianza para el Progreso ».

Ese desarrollo capitalista, circunscrito a determinadas zonas rurales y por participar en él inversionistas imperialistas —han adquirido grandes fundos, controlan la cría de aves, la producción y distribución de huevos, la distribución de leche cruda, la producción y distribución de leche en polvo, de mantequilla, queso, etc.; el Bank of América, los trusts cigarreros, Rockefeller, financian la producción de los grandes y medianos « empresarios » agrícolas— consecuentemente ha incidido, distorsionándola aún más, en la economía de la gran masa de campesinos sin tierra y de pequeños propietarios rurales, así como en el alza del costo de la vida que agobia a la clase obrera y a la población pobre de las ciudades. Correlativamente la estructura de gran apropiación de la tierra y de relaciones semif feudales de producción ha sido reforzada y la producción agropecuaria del país de más en más caerá bajo el control y mediatización del capital impe-

rialista, principalmente el yanqui.

Ese delimitado desarrollo capitalista en el campo, que algunos líderes de izquierda han destacado como un paso de avance de Venezuela en el camino del progreso, por las anotadas consecuencias, lo que evidencia, con meridiana claridad, es que la transformación de la estructura agraria —la realización de una profunda e integral reforma agraria— y la liquidación de todo yugo o mediatización extranjera, objetivos de la revolución agraria antimperialista, están sólidamente vinculadas entre sí y son los prerequisites impostergables que deben ser realizados para la construcción de una economía propia e independiente y para la integración en una nación soberana.

La transformación de sus estructuras

agrarias y la liberación de todo yugo imperialista, no las lograrán los países subdesarrollados, Venezuela entre ellos, sino a través de una perseverante, organizada, dura y combatiente lucha armada de sus obreros y campesinos estrechamente unidos y en alianza con los sectores progresistas de la pequeña burguesía, porque las clases dominantes —los grandes propietarios de tierra, los comerciantes importadores, los banqueros, los trusts imperialistas, los burócratas enriquecidos— defienden, valiéndose del aparato represivo del Estado, del ejército, de los **marines** yanquis y a como haya lugar, sus privilegios y la fuente de sus ganancias: la explotación exhaustiva de las masas obreras y campesinas.

Ediciones Ruedo ibérico

Juan Martínez Alier

La estabilidad del latifundismo

Análisis de la interdependencia entre relaciones de producción y conciencia social en la agricultura latifundista de la Campiña de Córdoba

Sumario: Introducción. 1: «El reparto». 2: «Nosotros los pobres». 3: La «unión» (I). 4: «Los que tienen ideas». 5: La «unión» (II). 6: «Cumplir». 7: Los obreros. 8: Las operaciones no indispensables. 9: El empleo de obreros en «mejoras». 10: Los cultivos no rentables. 11: «Medianerías» y «parcelas». 12: ¿«Labradores», «empresarios» o «señoritos»? 13: Conclusiones. Apéndices 1, 2 y 3. Bibliografía. Índice de temas y de autores citados.

440 páginas

7 mapas

17 documentos fotográficos

42 F

Algunos libros distribuidos por Editions Ruedo ibérico

Problemas agrarios

René Dumont	Tierras vivas	(Era)	21,— F
Josué de Castro	Ensayos sobre el subdesarrollo	(DEA)	18,— F
Emilio Romero	La reforma agraria en México	(Cuadernos Americanos)	9,— F
Moisés T. de la Peña	El pueblo y su tierra		
Oscar Lewis	Los hijos de Sánchez	(Joaquín Mortiz SA)	24,— F
Oscar Lewis	Pedro Martínez	—	24,— F
Huberman y Sweezy	Cuba, anatomía de una revolución	(Palestra)	18,— F
Ernesto Guevara	Condiciones para el desarrollo económico de América latina	—	12,— F
Juan Anlló	Problemas del campo español	(Cuadernos para el diálogo)	10,50 F
Z. Alvarez Ahumada	Desarrollo social y reforma agraria	(Palestra)	

Novedad Ruedo ibérico

David W. Pike **Vae victis !**

**Los republicanos españoles
refugiados en Francia
(1939-1944)**

En breves páginas, apoyándose en numerosos datos rigurosamente inéditos, el autor estudia el problema que representaron los refugiados españoles de 1939 para Francia y para sus gobiernos, los ecos que aquella avalancha humana inesperada provocó en la prensa y en la opinión pública francesas, las medidas que las autoridades se creyeron obligadas a tomar contra una minoría (más de 400 000 personas) considerada desde el principio como halógena y peligrosa, el problema de derecho internacional que planteó y sus incidencias políticas. Sobre la vida de los refugiados en los campos y sobre las querellas que dividieron en ellos a las distintas corrientes políticas de refugiados españoles, esta obra es, sin duda alguna, una contribución de gran valor a la historia política, todavía no escrita, del exilio español.

Raúl Domínguez Capdevielle

Doctor en Ciencias políticas por la Universidad Central de Caracas (1948). Fundador del Centro de Investigaciones Históricas de San Felipe (1936). Fundador y primer director del Teatro Universitario de la Universidad Central de Venezuela (1942). Codirector del Teatro Nacional de Caracas (1943). Fundador de la Revista de Cultura Universitaria (1943). Consultor jurídico del Instituto Agrario Nacional y miembro del directorio del mismo (1959-1962). Miembro del Estudio de Caracas y del personal docente y de investigación de la Facultad de Economía de la UCV.

Obras publicadas, inéditas y en preparación: **Teatro**: El pan ajeno, El cielo no tiene dueño, La Aurora, La Paz Coral y el Mar, El Congreso de Finlandia. **Ensayo**: Necesidad de una reforma agraria integral, Siete enmiendas al Proyecto de ley de reforma agraria, Papel de las delegaciones agrarias, Sobre la cuestión agraria en Venezuela. **En preparación**: Introducción al derecho agrario en Venezuela, Origen de la propiedad territorial agraria en los valles centrales.

El camino para una reforma agraria de tipo nacionalista

A lo largo de nuestras intervenciones en foros, conferencias y en las asambleas de la Comisión de Historia de la Propiedad Territorial Agraria en Venezuela, dependiente del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela, hemos sostenido que la estratificación social de la población rural venezolana en verdaderas castas cerradas, la miseria y las deficientes condiciones de vida para la mayor parte de esa población, son consecuencias generales de la concentración de la propiedad de la tierra.

Igualmente hemos expresado que, para que una sociedad moderna y democrática funcione como tal, debe existir un mínimo de integración social, un mínimo de apertura y de permeabilidad

entre los distintos grupos humanos que la conforman. Tales grupos no tienen sólo situaciones diametralmente opuestas, sino también oportunidades y expectativas muy diferentes, e incluso escalas de valores de muy distinta naturaleza. De allí que nos encontremos de un lado, el pequeño grupo de los latifundistas de mentalidad feudal y tradicional y, del otro lado, los empresarios capitalistas del campo para el mercado interno o de la agricultura especulativa de exportación, que concentra en sus manos la mayor parte del recurso tierra y absorbe una parte considerable del ingreso generado en el sector agrícola. La situación así descrita no es valedera solamente para nuestro país, sino que típica a la mayoría de los países latinoamericanos. A ello se debe el que en estos países las relaciones promedios de su ingreso por habitante comparado con los de la masa campesina en general sean de 20, 30 o más, a 1. Es de advertir que frente a este pequeño sector están los grupos sociales inferiores constituidos por la inmensa masa campesina, preterida y abandonada¹.

Por otra parte, entre nosotros encontramos a los empresarios minifundistas que bien pueden ser propietarios, arrendatarios, aparceros u ocupantes de hecho. Lo que caracteriza a este grupo es que, ante su imposibilidad de satisfacer sus necesidades mínimas con el trabajo de su tierra, se ven precisados a arrendar parcialmente su fuerza de trabajo por un salario, o dedicarse también en forma parcial a otras actividades extractivas, comerciales, o bien emplearse en labores en las haciendas tradicionales, como inquilinos, medianeros o aparceros, colonos o conuqueros. Uno de los rasgos más importantes de este grupo o categoría socioeconómica del campo venezolano es que por regla general su remuneración no se les paga en dinero sino en especie (derecho de uso de una pequeña porción de la tierra del latifundista; derecho a construir un rancho en los terrenos de la hacienda; derecho a pasturaje para ciertos animales cuando los tiene; derecho a cultivar un conuco por regla general en tierras marginales, con lo cual ayuda a su subsistencia y la de su familia). La aspiración tradicional de este grupo es poder trabajar su propia tierra, a diferencia del proletariado agrícola, en donde el ansia individual de tierra tiene menos fuerza y las reivindicaciones sociales son más bien de tipo proletario. En los países de desarrollo capitalista en el campo, es posible distinguir cierto proletariado rural, con mentalidad bastante similar a la del proletariado industrial de las ciudades, llegando en muchos aspectos a confundirse con el proletariado urbano.

La CEPAL, en su informe publicado bajo el título de « Postulados y Problemas de Reforma Agraria »² asienta :

Estos tres sectores, que en conjunto pueden representar alrededor del 90 % de la masa campesina de América latina, constituyen la antítesis del pequeño grupo dominante en las zonas rurales. No existe entre unos y otros una clase media agrícola, salvo pocas excepciones y con características muy limitadas. Las expectativas que se ofrecen a esta masa para mejorar dentro de la actual estructura agraria son casi nulas y su única salida real es emigrar a las ciudades. Por su falta de capacitación, su carencia de recursos y el insuficiente desarrollo industrial, tampoco son muy considerables las posibilidades urbanas que encuentran.

1. Delgado, Oscar : Reformas agrarias en América latina, p. 29.

2. Ibid., p. 30.

La cita que hemos transcrito encaja perfectamente dentro de la realidad social de nuestro país. Este es, si se quiere, uno de los problemas más difíciles de resolver: el éxodo campesino hacia las ciudades y centros industriales. Y es en gran parte el caldo de cultivo que ha dado origen a la integración del « cordón de miseria » que caracteriza nuestras principales ciudades y en mayor grado a la capital de la república, la ciudad de Caracas.

Para superar esta dramática situación, que da origen a muchos de los graves problemas que nos aquejan, no hay otro camino sino proceder a un cambio radical de las actuales condiciones de la tenencia de la tierra. Por lo demás este concepto ha sido consagrado en nuestra Ley de Reforma Agraria al establecer en su artículo primero :

La presente ley tiene por objeto la transformación de la estructura agraria del país y la incorporación de su población rural al desarrollo economicosocial y político de la nación, mediante la sustitución del sistema latifundista por un sistema justo de propiedad, tenencia y explotación de la tierra, basado en la equitativa distribución de la misma, la adecuada organización del crédito y la asistencia integral para los productores del campo a fin de que la tierra constituya para el hombre que la trabaja, base de su estabilidad económica, fundamento de su progresivo bienestar social y garantía de su libertad y dignidad...³

Transcrito este artículo de nuestra Ley de Reforma Agraria vigente, cabría preguntarnos : ¿ Se han cumplido, siquiera a medias, los elevados postulados consagrados en la letra de la norma jurídica ?

Indudablemente que no. Tanto la estructura agraria, como las relaciones de producción en el campo, apenas han sufrido ligeras modificaciones de tipo capitalista, pero el sistema predominante en el campo venezolano sigue siendo el sistema latifundista. No es pues una herejía decir que en nuestro país, la propiedad de la tierra como principal medio de producción de la actividad agropecuaria se encuentra en manos de un puñado de latifundistas. Esta circunstancia nos lleva a insistir en que la cuestión agraria se plantea cuando la estructura latifundista de la propiedad territorial ya no corresponde a las necesidades del desarrollo de la sociedad, convirtiéndose en un freno al crecimiento de las fuerzas productivas, y la producción agropecuaria, lo cual a su vez obstaculiza la expansión de los demás sectores productivos. De aquí se deriva una creciente incapacidad para satisfacer los requerimientos de consumo y de trabajo de la población. Llega un momento en que esta situación se hace intolerable para las clases populares y progresistas, especialmente para los campesinos pobres, víctimas directas de la explotación latifundista, cuyo sentimiento activo de liberación se confunde con la exigencia objetiva del desenvolvimiento economicosocial. En ese momento, sostenemos, estamos en presencia de una crisis de la estructura agraria que ha de resolverse de manera apremiante. Tal es el caso de la Venezuela de hoy.

De todo cuanto hemos dicho se deduce que la reforma agraria es la solución de la crisis agraria, o sea la liquidación de la estructura y elimi-

3. Ley de Reforma Agraria de Venezuela, promulgada en 1960.

nación del sistema latifundista y de las relaciones semif feudales de producción, la democratización de la propiedad territorial mediante la intervención de las clases más progresistas de la sociedad y del poder estatal.

Reiteradamente hemos manifestado que el proceso de reforma agraria debe ser masivo y rápido, no un simple proceso de colonización, como los realizados en nuestro país en las regiones del sur del Lago de Maracaibo (Estado Zulia), Yumare (Distrito Bolívar del Estado Yaracuy, Santa Isabel (Estado Barinas), El Cenizo (Estado Trujillo) y otros, donde fueron asentados campesinos y empresarios agropecuarios en tierras vírgenes propiedad del Estado, sin que en este caso fueran afectadas en absoluto las relaciones de producción existentes en estas regiones, ni las tierras de propiedad latifundista. Para que sea verdaderamente significativa la redistribución de la tierra debe beneficiar a un gran número de familias campesinas en la zona. Aunque hoy es reducida su capacidad empresarial, es preciso darles la oportunidad de desarrollo, lo que se conseguirá en el momento mismo en que se sienta propietario de la tierra, haciendo abstracción del tan desprestigiado criterio de que primero es necesario educar a los campesinos para luego dotarles de la pequeña empresa agrícola que se expresa en su parcela. Sostenemos que este proceso de dotación y asentamiento debe ser realizado en pocos años. En tal sentido, en la oportunidad en que formamos parte del comité ejecutivo del Directorio del Instituto Agrario Nacional en los años 1959-1960, en compañía de un grupo de técnicos que prestaban servicios en el mismo instituto, presentamos un proyecto de repartos de tierra en cuatro y ocho años respectivamente.

Plan de reparto de tierras en cuatro años para realizar la primera etapa de la reforma agraria

Bases para proyectar las labores del Instituto Agrario Nacional 1960-1964 y 1960-1968

La existencia del Instituto Agrario Nacional, a partir de 1960, estará condicionada a la realización de la reforma agraria en el país.

Para dar cumplimiento a la Ley de Reforma Agraria, el Instituto deberá encaminar sus planes y proyectos hacia el complejo proceso conocido con el nombre de reforma agraria.

Hasta ahora, la acción sobre el agro venezolano ha sido únicamente obra colonizadora, que no ha contribuido a transformar la estructura agraria de Venezuela. La acción colonizadora que se ha venido realizando en el país, posiblemente ha sido exitosa, pero no tiene significación alguna como elemento de reforma agraria.

A partir de 1960 el programa de reforma agraria constará de dos grandes partes: I. Terminación de los proyectos de colonización existentes; y II. Acción coordinada para armonizar el proceso social y económico del país, de modo que su evolución histórica y política no se vea entorpecida.

Primera parte

Terminación de los proyectos de colonización existentes

El estudio «La colonización agraria en Venezuela», elaborado por la Dirección de Planificación Agropecuaria del Ministerio de Agricultura y Cría, recomienda que «la economía de la colonización agraria dirigida sea considerada en términos de los usos alternativos de los fondos públicos disponibles y que dicha colonización sea, además, tenida solamente como una de las posibilidades de fomentar el desarrollo de la agricultura nacional, y no especulativamente como solución en escala nacional de todos los problemas inherentes al medio rural».

En vista de la validez técnica de los conceptos emitidos en el informe anteriormente citado —decía el proyecto— se advierte como meta primaria la terminación exitosa de los proyectos actualmente bajo su jurisdicción, tratando de corregir los errores cometidos en el pasado⁴.

La terminación de los proyectos actualmente bajo la jurisdicción del Instituto Agrario Nacional costará alrededor de noventa millones de bolívares (90 000 000 Bs) si se considera que dicha terminación debe incluir el retiro gradual de las obras, a fin de ir dando al parcelero mayor autonomía hasta que se convierta en un productor independiente con título de propiedad para que sus actividades se ligen a otros organismos gubernamentales y privados, tales como: el Banco Agrícola y Pecuario, el Ministerio de Agricultura y Cría, el comercio, la banca privada, etc.

Segunda parte

Acción coordinada para armonizar el proceso social y económico del país, de modo que su evolución histórica y política no se vea entorpecida

Los requisitos fundamentales que debe tomar en cuenta un plan son el realismo y la consistencia; por ello los objetivos inmediatos, los mediatos y aun los instrumentos de realización del programa agrario en Venezuela, deben adecuarse a los factores que gravitan en el campo social, económico y político.

A continuación se presentan las posibilidades de entregar la tierra a los campesinos que la trabajan en 4 o 8 años, para lograr la transformación de la estructura agraria del país.

Para el programa de 4 años el presupuesto de inversión y gasto del Instituto Agrario Nacional será el siguiente. (Véase cuadro 1, en la página siguiente.)

Los presupuestos anteriores servirán para beneficiar a un total de 350 000 familias campesinas, en el orden siguiente. (Véase cuadro 2, en la página siguiente.)

Se han tomado como sujetos de la reforma agraria a 350 000 familias en

4. «La colonización agraria en Venezuela 1830-1957», estudio efectuado por el MAC con la colaboración del IAN. Caracas, 1958.

Cuadro 1.

Años	Bolívares	% respecto presupuesto nacional proyectado por Cordiplán
1960-1961	200 000 000	3,7
1961-1962	225 000 000	4,0
1962-1963	265 000 000	4,5
1963-1964	322 750 000	5,2
Total	1 013 000 000	4,4
Deuda agraria	892 500 000	
	1 905 500 000	

Cuadro 2.

50 000 en 1960-1961
75 000 en 1961-1962
100 000 en 1962-1963
125 000 en 1963-1964

virtud de los conceptos emitidos en el Informe Final de la Comisión de la Reforma Agraria (Subcomisión económica), que dice : « El problema tendrá un tamaño de 300 000 a 400 000 unidades para asentar, de modo que un promedio de 350 000 no sería muy objetable como base de cálculo. Es conveniente señalar que el movimiento económicosocial que la reforma generará, puede conducir a una disminución del ritmo demográfico en el campo y quizás a un estancamiento del número de familias que requieren ser asentadas en parcelas explotables. »

Por otra parte, en base a los estudios de macroanálisis de asociaciones de suelos realizados en este instituto, tomando como base el mapa de algunas condiciones edafológicas de Venezuela, elaborado por el Ministerio de Agricultura y Cría, Departamento de Suelos y los mapas de precipitaciones pluviales, de temperatura y el mapa ecológico de H. Pitier, se ha podido evaluar que el territorio nacional posee alrededor de 6 000 000 de hectáreas aptas para el cultivo agrícola, sin incluir el área pecuaria. Además, esta superficie de más o menos 6 000 000 de hectáreas confirma a través de la suma de las áreas sembradas, en descanso y cultivadas con pastos artificiales que asciende a 6 394 401 hectáreas según encuesta agropecuaria nacional de 1956.

En consecuencia se deduce que la superficie necesaria para satisfacer la demanda de tierras del campesinado venezolano, debe estar dentro de la frontera agrícola ya incorporada a la economía nacional. De acuerdo con el análisis de las cifras estadísticas agropecuarias y los mapas de suelos son más o menos 6 000 000 de hectáreas. En consecuencia las 350 000 familias campesinas a las cuales nos hemos referido anteriormente, serán dotadas con un promedio de 17 hectáreas.

Planteado así el problema, surge la pregunta de : ¿Cuál será el porcentaje anual, como base para el cálculo de las dotaciones ?

La respuesta a la pregunta planteada debe tomar en consideración las circunstancias sociales, económicas y políticas por las cuales atraviesa en

este momento el país, y en particular, la inquietud que impera en el sector rural, debido a su asfixiante situación económica, la cual se confirma a través de las estadísticas del Ingreso nacional y del producto territorial bruto, elaboradas por el Banco Central de Venezuela y publicadas en la Memoria correspondiente al ejercicio anual de 1958. Para este año la agricultura contribuyó al producto territorial bruto a precios de mercado con 1 635 000 000 Bs, los cuales representa 554 Bs *per capita* para la población dedicada a la agricultura si se toma en consideración que la población agrícola del país fue de 2 949 930 personas; en tanto que el producto territorial bruto *per capita* para la población total del país fue de 3 107 Bs, es decir, cinco y media veces mayor que el producto territorial bruto *per capita* de la población agrícola.

Si el producto territorial bruto *per capita* de la población campesina fue de 554 Bs en 1958, se comprenderá claramente que para modificar la situación que prevalece en los renglones de la remuneración del trabajo y del capital del citado sector, se impone la necesidad de elevar la participación que actualmente tiene la agricultura en el producto territorial bruto que apenas representó en 1958 el 7,2 %, lo cual revela que ha venido disminuyendo en forma considerable a partir de 1950. La formación de capitales en la agricultura y los incrementos en sus fondos de amortización también vienen disminuyendo en forma considerable a partir de 1950. Es así como podemos ver que en el año de 1956 sumaban 59 040 000 Bs; en 1957, 50 940 000 Bs, y en 1958, 29 000 000 Bs. En cuanto a la estructura del ahorro privado la agricultura cubre últimamente el 0,6 %. La remuneración al factor trabajo en el año de 1957 ascendió a 9 110 000 000 Bs, de los cuales sólo el 8 % correspondió al sector agrícola; esto quiere decir que el 46 % de la población del país apenas recibió 806 000 000 Bs.

A pesar de que en 1958 se produjo un cambio sustancial en la distribución del ingreso entre la remuneración del trabajo y del capital, « se puede decir que el efecto sobre la masa campesina, que forma el núcleo más importante de la población, habrá sido casi imperceptible. »⁵

La situación que prevalece en el sector agrícola y que se constató en los párrafos precedentes a través del producto territorial bruto, del ingreso nacional, de la remuneración a los factores trabajo y capital, y de la estructura del ahorro privado, así como el escasísimo efecto que han producido las medidas de redistribución del ingreso auspiciadas por el gobierno nacional, revelan la imperiosa necesidad de transformar la actual estructura de la tenencia de la tierra como un medio para lograr la incorporación de un amplio sector de la población venezolana a la economía nacional, ya como productor, ya como consumidor. El Instituto Agrario Nacional para lograr el cambio de la actual estructura agraria del país, ha calculado que requiere de 1 905 000 000 Bs, de los cuales 892 500 000 Bs deben pasar a formar parte de la deuda agraria. A continuación se presenta el cuadro que contiene dos posibilidades para efectuar la reforma agraria :

5. Banco Central de Venezuela : Memoria 1958, p. 332-333.

PRESUPUESTO DE INVERSIÓN Y GASTO DEL INSTITUTO AGRARIO NACIONAL. 1960-1964
(En bolívares de 1959)

	Alternativa				Total Bs.
	« A »				
	1960-1961	1961-1962	1962-1963	1963-1964	
I. Terminación de los proyectos existentes	53 000 000	22 000 000	5 000 000	6 000 000	86 000 000
1) Obras de ingeniería civil	50 000 000	18 000 000	—	—	68 000 000
2) Asistencia de mejoramiento rural	3 000 000	4 000 000	5 000 000	6 000 000	18 000 000
II. Dotación de tierras a los campesinos	107 500 000	161 250 000	215 000 000	268 750 000	752 500 000
1) Cuota inicial de la tierra (25 %)	42 500 000	63 750 000	85 000 000	106 250 000	297 500 000
2) Caminos : 150 metros por familia	15 000 000	22 500 000	30 000 000	37 500 000	105 000 000
3) Galpones vivienda	50 000 000	75 000 000	100 000 000	125 000 000	350 000 000
III. Gastos de funcionamiento	39 500 000	42 000 000	45 000 000	48 000 000	174 500 000
TOTAL	200 000 000	225 250 000	265 000 000	322 750 000	1 013 000 000
Número de familias dotadas con tierras	50 000	75 000	100 000	125 000	350 000
Costo por familia	4 000	3 003	2 650	2 582	2 894
Costo por hectárea	235	176	156	152	170
% de familias beneficiadas	14	22	29	35	100
Precio de la tierra	170 000 000	255 000 000	340 000 000	425 000 000	1 190 000 000
Deuda agraria	127 500 000	191 250 000	255 000 000	318 750 000	892 000 000
Cuota inicial de la tierra (25 %)	42 500 000	63 750 000	85 000 000	106 250 000	297 500 000

la primera para un lapso de 4 años y la segunda para un periodo de 8 años.

En el presupuesto de inversión y gasto que figura en el cuadro anterior se plantea como primera posibilidad la de realizar en 4 años la reforma agraria, tomando en consideración un promedio anual de 87 500 familias, partiendo del año de 1960-1961, de 50 000, y concluyendo en el año de 1963-1964, con 125 000, para los años intermedios las cifras son 75 000 y 100 000.

Para fiar el presupuesto necesario de 200 000 000 de bolívares en el año fiscal 1960-1961, se ha tenido en consideración que el presupuesto nacional dedicado al sector agrícola desde hace 10 años ha girado alrededor del 5 % en promedio. Ahora, es lógico suponer que a partir de la promulgación de la Ley de Reforma Agraria, y frente a una presión campesina cada vez creciente por obtener una mejoría en sus niveles de vida, el Estado debe destinar a este sector tan importante del país por lo menos el doble del porcentaje promedio dedicado a los años anteriores, cuando se tenía muy poco interés por el desarrollo del sector agrícola nacional; es decir, que del presupuesto del año fiscal 1960-1961, que estará en el orden de los 5 400 millones de bolívares⁶, debería presupuestarse para el sector agrícola por lo menos un 10 %, a fin de ser canalizado a través del Instituto Agrario Nacional, Banco Agrícola y Pecuário, Ministerio de Agricultura y Cría.

6. Instituto Agrario Nacional : Memoria, 1961.

Del presupuesto nacional correspondiente al año de 1960-1961 el Instituto Agrario Nacional necesita el 3,7 %, es decir, un incremento de sólo 1,1 % respecto del año 1959-1960. El porcentaje antes mencionado en cifra absoluta representa 200 000 000 de bolívares.

Si se obtiene para el año de 1960-1961 un presupuesto de 200 000 000 de bolívares, el Instituto Agrario Nacional estará en posibilidad de concluir las obras de colonización que hasta la fecha han estado a su cargo y, además, podrá iniciar su política agraria acorde con la nueva ley.

Para continuar las obras emprendidas en años anteriores se ha procedido a recabar los presupuestos mínimos necesarios de las Divisiones de Ingeniería civil y de Mejoramiento rural, habiéndose llegado a fijar una cifra de 53 000 000 de bolívares para el año 1960-1961.

La dotación de tierras a los campesinos en el lapso 1960-1961 costará 107 500 000 bolívares, los cuales serán para pagar la cuota inicial (25 %) de 850 000 hectáreas, 150 metros de camino por familia dotada de tierra y la construcción de galpones-vivienda. Además, se ha presupuestado 39 500 000 Bs para gastos de funcionamiento del instituto.

Los 200 000 000 de bolívares que solicita el Instituto Agrario Nacional para el año 1960-1961 equivalen al producto territorial bruto que generan 50 000 campesinos y se propone beneficiar en ese año a un número igual de familias a través de su política de dotaciones y regularización de la tenencia.

Con este fin, los departamentos técnicos del Instituto Agrario Nacional se han abocado a elaborar la metodología que servirá al personal encargado de poner en marcha el programa de reforma agraria; además se está redactando un manual ágil de procedimientos, para las delegaciones locales y los comités campesinos.

La segunda posibilidad planteada en el primer cuadro presupuesta la dotación de tierras para 350 000 familias campesinas en un lapso de 8 años a un ritmo promedio de 43 750 familias por año, con un costo total de 1 160 500 000 Bs. Esta hipótesis trata de solucionar el problema agrario nacional dotando de tierras a un 12,5 % anual del total de familias que están consideradas como sujetos de reforma agraria.

Para el año 1960-1961, según el programa de 8 años (alternativa « B ») el Estado debe proporcionar al Instituto Agrario Nacional 186 562 500 Bs. esta cifra equivale al 3,5 % del presupuesto nacional proyectado por Cordiplan.

Si se comparan las hipótesis « A » y « B » en cuanto al volumen de inversión y gasto se puede observar que en el caso de la primera alternativa, que cubre 4 años, tiene un costo promedio por familia de 2 894 Bs; en tanto que la segunda alternativa, o sea en 8 años de realización, el costo por familia sube a un promedio de 4 700 Bs.

Si la reforma agraria se llega a realizar en 4 años, el ritmo de asentamiento anual será de 25 % promedio, porcentaje que, dentro de las circunstancias actuales, se acercaría a satisfacer las demandas campesinas. Si el porcentaje de familias campesinas dotadas de tierras anualmente llega a ser inferior al 20 %, no sería arriesgado afirmar que, desde el punto

de vista económico se presentarán serios obstáculos al crecimiento de la economía en su conjunto y en particular sería un grave freno a la industrialización nacional porque el desarrollo industrial de un país depende del estado y del desenvolvimiento de su agricultura, entre otras muchas, por las siguientes razones:

a) porque el poder adquisitivo de los campesinos es uno de los principales componentes de la demanda de productos industriales;

b) porque la industria requiere de materias primas de origen agrícola, y

c) porque si el poder adquisitivo de los agricultores no aumenta, el desarrollo de la industrialización se ve obstaculizado en forma importante por las limitaciones del mercado.

Proyecto de plan de financiamiento para el Banco Agrícola y Pecuario en 4 años

Acoplado los planes elaborados por el IAN al proyecto de Plan de financiamiento del Banco Agrícola y Pecuario en 4 años, elaborado por técnicos de la comisión agraria del Partido Comunista de Venezuela, se lograría satisfacer la consigna campesina de reforma agraria rápida y profunda.

Veamos el plan para dotar de créditos a las familias que considera el plan del IAN como posibles de ser asentadas en los próximos 4 años y que como sabemos su número se eleva a 350 000, de las cuales 50 000 se asentarían en el primer año, 75 000 en el segundo, 100 000 en el tercero y 125 000 en el cuarto, con un promedio de 17 hectáreas por familia.

De acuerdo con las experiencias del Banco Agrícola y Pecuario cada una de esas familias necesita de 4 000 bolívares de crédito por año, como promedio. Observemos el siguiente cuadro:

Años	1960-1961	1961-1962	1962-1963	1963-1964	Total
Número de familias dotadas	50 000	75 000	100 000	125 000	350 000
Superficie entregada (en hectáreas)	350 000	1 275 000	1 700 000	2 325 000	5 950 000
Promedio crédito por familias (bolívares)	4 000	4 000	4 000	4 000	—
Total créditos en cada año (en millones de bolívares)	200	500	900	1 400	—
Menos recuperación del año anterior (millones de bolívares)	—	150	400	810	—
Aporte necesario para el BAP (millones de bolívares)	200	350	500	590	1 640

En el plan de financiamiento se considera una recuperación de los créditos dados, del 75 % de lo otorgado en el primer año, y recuperado en el segundo, del 80 % para lo otorgado en el segundo año, a recuperarse en el tercero, y del 90 % de los créditos concedidos en el tercer año, porcentaje a recuperarse en el cuarto año.

Restando el dinero obtenido por porcentajes de recuperación del total de créditos dados en cada año, se calcula el verdadero aporte presupuestario que recibirá el BAP en cada uno de esos años, que es igual a 1 640 millones de bolívares.

En realidad, el total de créditos otorgados por el BAP ascenderá a unos 3 000 millones de bolívares⁷.

El plan que hemos transcrito es una demostración evidente de que la reforma agraria en Venezuela ha podido realizarse en 4 años. Es bueno señalar que para los fines de la realización práctica de esta reforma los técnicos que participaron en la elaboración del plan estimaron que, para las dotaciones de tierras a los campesinos, sólo se requería la cantidad de 1 013 millones de bolívares, y para los efectos del crédito a través del Banco Agrícola y Pecuario la cantidad de 1 640 millones de bolívares. Es decir, que, las partidas presupuestarias correspondientes a estos dos organismos de la reforma agraria, alcanzarían a la suma de 2 653 millones de bolívares.

Tenemos que señalar que la suma de 2 653 millones de bolívares requerida para realizar la primera etapa de la reforma agraria, incluyendo en ésta asentamientos y créditos, así como la terminación de los proyectos de colonización existentes, corresponde al 10 % del presupuesto nacional en esos mismos cuatro años. Es de advertir que para los años 1960-1964, según las cifras dadas por la misma oficina de Cordiplán, el presupuesto de ingresos fiscales asciende a 26 000 millones de bolívares. El hecho de señalar esta cifra tiene importancia porque las organizaciones de masas en el país, solicitaron de las Cámaras legislativas nacionales el que se incluyera en el texto de la Ley de Reforma Agraria la obligatoriedad de que el Estado destinara para los fines de la reforma el 10 % del presupuesto nacional. De más está decir que estas exigencias de las organizaciones de masas y los sectores populares, no encontraron eco en los círculos oficiales, ni en el seno de las Cámaras legislativas, donde apenas fueron apoyadas por los parlamentarios de la oposición revolucionaria. Es un hecho evidente el de que el gobierno no exhibe interés alguno en romper la estructura latifundista que ha imperado tradicionalmente en el sistema de relaciones de producción en el campo, ni tampoco liberar al país de su condición de subdesarrollo y atraso. Ello explica por sí solo la lentitud del proceso de reforma agraria venezolana.

Los argumentos que hemos expresado ponen al descubierto el porqué de la supervivencia del latifundismo en nuestro país, y nos colocan en la posibilidad de interpretar con toda claridad las causas determinantes del bajo nivel en la composición de las fuerzas productivas. Nosotros hemos sostenido reiteradamente que en los países subdesarrollados —entre los cuales se encuentra el nuestro— existe una contradicción fundamental de

7. Este plan fue incorporado a la Tesis agraria del Partido Comunista de Venezuela. Sobre la cuestión agraria en Venezuela, p. 200-209. Caracas, diciembre de 1960. El material en cuestión ha sido poco divulgado y en la actualidad se

debate en los más variados círculos políticos y económicos del país el estruendoso fracaso de la reforma agraria venezolana, vista a la luz del plan de los 4 años que transcribimos.

la que se derivan todas las otras contradicciones y toda la problemática del subdesarrollo. Valdría la pena señalar cuáles son los aspectos integrantes de esta contradicción. Por un lado, el conjunto de relaciones de producción de carácter precapitalista y las relaciones de producción de dependencia con respecto al exterior, y, de otro lado, las fuerzas productivas de la nación. Esto plantea como cuestión central, la necesidad de resolver esta contradicción fundamental. Es decir, superar las relaciones de producción precapitalistas y capitalistas de dependencia del exterior para así liberar el desarrollo de las fuerzas productivas, y sacudir nuestra condición de país subdesarrollado.

Creemos que es necesario tratar con mayor profundidad este problema del latifundio, por cuanto está íntimamente vinculado a los diversos aspectos que conforman la cuestión agraria en Venezuela. Para lograr nuestro objetivo, debemos precisar el concepto de latifundio, sus características esenciales. En esta dirección hacemos nuestro el concepto del profesor Ramón Losada Aldana, quien dice :

Para nosotros el latifundio es una realidad intraestructural, en cuyo seno la propiedad feudal de la tierra y demás recursos naturales afines, determinan un bajo nivel en la composición técnica de las fuerzas productivas, lo cual, unido a los efectos del capitalismo monopolista exterior, gesta y sostiene la global situación subdesarrollada del país⁸.

En esta caracterización del latifundio aparece la propiedad sobre la tierra y los demás recursos afines, como elemento determinante, porque en la estructura, que es la esencia de la organización social, las relaciones de propiedad son decisivas. Evidentemente, éstas determinan un muy bajo nivel en la composición técnica de las fuerzas productivas. Cuando nos referimos a la composición técnica estamos expresando la relación entre medios productivos y la fuerza de trabajo, por lo que es fácil comprender que ella es muy baja en latifundio, puesto que en él los dos elementos predominantes y casi únicos son la tierra y el hombre, ya que el capital (las inversiones), casi no existe. Otra de las características del latifundio es la utilización de una mano de obra simple, no calificada, lo que explica también, lo bajo de la composición técnica. También es característica del latifundio la ociosidad absoluta de la tierra, en el sentido de que el latifundio produce una situación en la cual la tierra no ejerce ninguna función. Para años anteriores, situación que se conserva todavía, la ociosidad absoluta de la tierra en Venezuela, era del 84 % de la superficie apropiada y la superficie ocupada oscilaba entre el 16 y el 18 %. A esto tenemos que agregar la ociosidad relativa, la cual está determinada por la aplicación de una técnica inexistente, como es la del latifundio, donde la tierra casi no es trabajada, es decir, no se extrae de ella la potencialidad, la efectividad de que es capaz.

Todo cuanto aquí decimos pone de manifiesto las causas reales del

8. Losada Aldana, Ramón : « Evaluación y perspectivas de la reforma agraria en Venezuela », en la revista *Economía y Ciencias Sociales*, Caracas, 1966, p. 127.

infraconsumo individual. Es decir, el bajo nivel de vida de las masas campesinas, sobre las cuales pesa toda la estructura de las relaciones de producción latifundista. Ante esta situación, ante esta realidad objetiva, se nos plantea la necesidad inaplazable de transformarla, de realizar un verdadero cambio estructural, pero para lograr este objetivo se presentan diversas vías, las cuales responden a las distintas clases que integran la sociedad venezolana y también a los poderosos intereses internacionales que inciden en la vida nacional. Estas vías están presentes en el texto de la Ley de Reforma Agraria vigente. En primer lugar, tenemos la vía terrateniente, que corresponde a la reforma agrícola y cuyo contenido conduce a un cambio fundamentalmente técnico que favorece a los latifundistas y a la burguesía agrícola. Esto permite que los viejos latifundios sean transformados en explotaciones agrícolas capitalistas, operándose así un doble proceso de cambio: la transformación de los antiguos latifundistas en nuevos señores burgueses, y los campesinos en obreros agrícolas o asalariados del campo. A esto tenemos que agregar que todo este proceso se cumple mediante el financiamiento estatal, con lo cual se comprueba cómo esta vía concierne específicamente a los intereses de las clases dominantes y a los del capital monopolista exterior, el que, agotadas las posibilidades de conservación del latifundio, prefiere la reforma agrícola a la vía campesina, es decir, a la vía de la reforma agraria, la que significa la ruptura del sistema de relaciones de producción latifundistas feudales, y la realización de un cambio en que los sujetos y beneficiarios son, de modo fundamental, los campesinos sin tierra o que la tienen insuficientemente. La vía campesina, o la reforma agraria, supone una transformación tanto técnica como social, a diferencia de la otra, que es esencialmente técnica. La campesina es una vía ambilateral, pues no solamente supone una transformación social —a la cual algunos la reducen— sino que conlleva el cambio técnico y la multiplicación de la propiedad y del producto⁹.

La otra vía que está presente en nuestra legislación agraria, es la que corresponde a la colonización, que no es propiamente una vía de cambio verdadero, sino más bien una evasión del problema, a base de la ubicación de los campesinos en tierras vírgenes, por regla general propiedad del Estado, con un resultado antieconómico y antipopular. Si observamos la incorporación de tierras a los sectores campesino, capitalista y latifundista en el periodo Intercensal 1950-1961, vemos que las fincas aparecen clasificadas por tamaño en cuatro categorías: de menos de 0,5 ha a 4,9 ha; de 5 a 19; de 20 a 499 y de 500 a 50 000 y más ha. Con estos datos puede establecerse claramente la agrupación de clases en estos tipos de haciendas, lo cual reviste una decisiva importancia. Está claro que las haciendas menores de 0,5 ha constituyen un sector campesino minifundista; las correspondientes al segundo grupo también integran el sector campesino, pero con una relativa estabilidad; las comprendidas entre 20 y 499,9 ha indican la tendencia del desarrollo agrícola capitalista mientras que las unidades de explotación siguientes tienen significación latifundista. En

9. Losada Aldana, Ramón: Op. cit., p. 130.

este sentido, el profesor Ramón Losada Aldana, proporciona en su intervención en el Foro sobre la Reforma Agraria, celebrado en los últimos días de noviembre del año 1966, en la Universidad Central de Venezuela, una serie de datos que son realmente reveladores de la situación que describimos.

« Así resulta —asienta Losada Aldana— que el primer sector campesino ha crecido —incorporación de tierras—, en el 32,08 % ; el segundo sector campesino aumenta el 39,95 %. Las fincas en el sector capitalista han incorporado tierras en el 64 % y el último sector —latifundista— el 10,07 %. Lo que deseamos destacar específica y fundamentalmente es que la comparación entre todos los sectores surge el capitalismo agrícola, con un 64 %, imprimiendo el sentido básico de la realidad históricorrural... »¹⁰

Es fácil comprender entonces, mediante la observación de los datos a que hacemos referencia, que esto es característico de un cambio agrícola, contrario a los cambios de la estructura agraria que se han venido planteando en el país. Una reforma agraria tendría forzosamente que producir el quebrantamiento del actual sistema de relaciones de producción en el campo, y provocar un cambio de verdadero signo popular, antifeudal y antimperialista.

No nos hemos planteado en este trabajo, el objetivo de hacer una evaluación completa de los resultados de la llamada « reforma agraria en Venezuela ». No obstante esto queremos señalar algunas cuestiones que bien podrían servir de base para conformar un juicio objetivo sobre sus fallas y deficiencias. En este sentido, el Consejo de Bienestar Rural, organismo internacional financiado por el Estado venezolano e instituciones ligadas a las finanzas norteamericanas, especialmente a Rockefeller, realizó una investigación sobre los asentamientos de la mayoría de los Estados, con el objeto de precisar el número de aquellos que llenasen las condiciones mínimas requeridas para concederles créditos supervisados, así como las posibilidades de recuperación crediticia. Los asentamientos objeto de este estudio del CBR están ubicados en los Estados Aragua, Carabobo, Yaracuy, Lara, Portuguesa, Zulia, Trujillo, Miranda, Distrito Federal, Mérida, Sucre, Monagas, Anzoátegui y Monagas. Fueron estudiados 391 asentamientos. De éstos sólo 77 llenaron los requisitos mínimos, en tanto que 314 se encontraron en las peores condiciones, lo cual equivale a un promedio de 77,54 % de asentamientos casi inservibles y a un 22,46 % muy relativamente aceptables. Más de las entidades estudiadas arrojaron promedios negativos superiores a la media nacional del 77,54 %. Así, Aragua, resultó con el 79,42 % de asentamientos por debajo de los requisitos mínimos ; Carabobo, con el 82,05 % ; Yaracuy, 90,48 % ; Portuguesa, con el 100 % ; Trujillo, con el 77,78 % ; Miranda, con el 100 % ; Distrito Federal, con el 100 % y Monagas, con el 80,65 %¹¹.

10. Losada Aldana, Ramón: Cuadros demostrativos de las cantidades porcentuales, en su exposición en el Foro de 1966. Op. cit., p. 128.

11. Datos oficiales del Consejo de Bienestar Rural (CBR), Losada Aldana, Ramón: Op. cit., p. 138.

Las cifras anteriormente citadas, dan idea exacta del estruendoso fracaso de la reforma agraria en nuestro país. Estas demuestran igualmente que el camino que han seguido las clases dominantes en este sentido, es el camino de las transformaciones capitalistas. En ningún caso el de cambios estructurales de signo campesino, como son los requeridos por un país como el nuestro, sometido al dominio de poderosos sectores imperialistas, en el aspecto exterior; y de los sectores latifundistas, en el orden interno.

Para mayor precisión de estos conceptos podemos decir con Pompeyo Márquez:

La propiedad de la tierra como principal medio de producción en la actividad agropecuaria, se encuentra en manos de un puñado de latifundistas. Los datos suministrados por la encuesta agropecuaria de 1956, se conservaron casi intactos para 1961 y se prolongan en lo fundamental en nuestros días. 6 800 propietarios de unidades de explotación de más de mil hectáreas acaparaban en sus manos el 91,7 % del total de la tierra cultivable.

El otro polo de la propiedad territorial se encuentra en el hecho de que 320 000 unidades de explotación sólo disponían del 3,8 % de dicha tierra cultivable.

Cerca de cuatrocientas familias campesinas carecen de tierras, mientras en 1961 habían 26 214 824,4 hectáreas mal utilizadas. De esta extensa superficie se encontraban 652 973 hectáreas en cultivos permanentes y 1 025 245 hectáreas en cultivos semipermanentes (de estas últimas 125 899,1 hectáreas se encontraban en Portuguesa, lugar donde se adelanta una de las producciones agrícolas más modernas de todo el país). Esta área cultivada debe haber aumentado para 1966 en forma absoluta, pero creemos que en forma relativa debe conservarse estacionaria si tomamos en consideración que nuevas hectáreas deben haber sido incorporadas como aptas para el cultivo¹².

Un cuadro demostrativo de esta situación está concebido como sigue:

Utilización de la tierra	Superficie Ha	%
Tierras sembradas	2 924 942	9,9
Tierras en descanso	864 001	2,9
Pastos naturales	15 164 850	51,4
Pastos artificiales	2 604 458	8,8
Otras superficies	7 971 877	27
Totales	29 590 128	100

En este cuadro puede verse que el total de superficie utilizada con la aplicación más o menos sistemática de la actividad productiva del hombre a la tierra, alcanza apenas a unos 4 y medio millones de hectáreas constituidos por las tierras sembradas que incluyen unas 600 000 hectáreas de plantaciones permanentes (café, cacao, coco, frutales, etc.) y por los pastos artificiales, o sea, que apenas el 18,5 % de la tierra apropiada ejerce una función productiva. Todo lo demás, el 81,5 % es ociosidad, incultura, aprovechamiento primitivo y extensivo¹³.

12. Márquez, Pompeyo: *Imperialismo, dependencia, latifundio*, p. 86, Caracas, 1966.

13. Sobre la cuestión agraria en Venezuela, p. 23. Caracas, 1960.

Si analizamos este cuadro podremos comprender el porqué hemos sostenido, a través de foros, conferencias y seminarios, realizados en la Universidad Central de Venezuela, que el sistema de relaciones de producción imperante en el campo venezolano es el latifundista. Por otra parte, podemos poner al descubierto el hecho de que la llamada « reforma agraria » en nuestro país no ha sido capaz de aumentar la productividad de la tierra, ni de sacudir la vieja estructura tradicional. Es cierto que en la actualidad se realiza un proceso de transformaciones de tipo capitalista en el campo, que se desarrollan en algunas regiones del vasto territorio nacional empresas agrícolas de tipo capitalista, en algunos renglones de la producción agropecuaria, tales como la ganadería, arroz, ajonjolí, maíz, etc. Pero es bueno señalar que este no es el rasgo que caracteriza a la economía agropecuaria.

En el campo, al lado del terrateniente está el aparcerero o el arrendatario, que paga al propietario de la tierra renta en su mayor parte en especie o en dinero, a estos datos hay que aportar los referentes a la participación de la agricultura precapitalista al producto bruto. La última cifra que hemos podido conseguir es la referente al año 1963. He la aquí : agricultura precapitalista, 1 093 millones ; agricultura capitalista, 991 millones.

Es de hacer notar que la agricultura capitalista ha tenido sus mayores inversiones y aporta mayor contribución en la agricultura animal (ganadería, leche y aves)¹⁴.

Algunos datos estadísticos manejados por la mayoría de los estudiosos de la materia en nuestro país, corroboran esta realidad socioeconómica que hemos venido comentando. Por ejemplo, el índice de ocupación en el campo para el año de 1963, nos proporciona el siguiente resultado : agricultura precapitalista, 636 000 trabajadores ; agricultura capitalista, 229 000 trabajadores.

Estos mismos datos nos indican que para el año de 1966, se podían estimar en más de 275 000 los trabajadores asalariados del campo y cerca de 700 000 los diversos grupos campesinos no asalariados.

El análisis de los datos que hemos señalado, el grado de concentración de la propiedad territorial, el porcentaje de la mano de obra empleada en la agricultura precapitalista, la supervivencia de relaciones de servidumbre en algunas regiones del país y la persistencia de la renta territorial (pago en especie, en dinero y en algunos casos en trabajo), es lo que nos conduce a la afirmación de que el latifundismo es el sistema económico predominante en el campo venezolano.

Existen más datos comprobatorios de que la política seguida por los organismos encargados de realizar la llamada « reforma agraria en nuestro país », no rompe las estructuras tradicionales, sino que se orienta hacia la colonización y la reforma agrícola, como lo hemos manifestado en forma reiterada. Los mismos informes y memorias del Instituto Agrario Nacional, ponen de relieve esta realidad. Así nos encontramos en las memorias del IAN, correspondientes al año de 1966 con el siguiente cuadro :

14. Márquez, Pompeyo : Op. cit., p. 85.

CLASIFICACION DE TIERRAS AFECTADAS SEGUN SU ORIGEN

Años	Privadas Ha	Públicas Ha
1960	485 614,29	263 318,71
1961	93 936,73	62 152,48
1962	131 072,74	36 210,45
1963	16 036,66	121 070,24
1964	97 083,70	105 779,90
1965	347 043,03	437 279,00
Totales	1 170 787,15	1 025 810,78
Gran total	2 196 597,93	

La situación que refleja el cuadro que antecede, no ha variado en mucho hasta nuestros días en relación a la política seguida por el IAN. Como se observará, hay una marcada tendencia a utilizar tierras del dominio público para los efectos de lo que las clases dominantes, se han dado en llamar « reforma agraria ». Es de advertir que por lo general, estas tierras son vírgenes, es decir, tierras baldías, incultas, sin vías de penetración y alejadas de los servicios que presta el Estado a la ciudadanía, por lo cual, la ubicación de campesinos —yo los llamaría colonos— resulta más onerosa para el organismo encargado de realizar esta reforma. Por otra parte, con la utilización de las tierras del dominio público para estos objetivos, se mantienen intactas las tierras del dominio privado, generalmente ubicadas en las zonas más próximas de los centros de consumo de la producción agropecuaria, y donde es mayor la presión demográfica, preservando las relaciones de producción capitalista y latifundista.

Hemos sostenido que la verdadera reforma agraria debe realizarse en corto plazo. En igual forma hemos dicho que ella involucra, no solamente un cambio estructural en relación al problema de la tenencia de la tierra, sino también un cambio social y político, en cuyo proceso deben participar activamente las masas campesinas y los sectores populares.

¿ Cuáles serían, entonces, las conclusiones a que nos conducen los factores que hemos venido estudiando ?

1) En el campo venezolano subsisten las relaciones de producción de tipo latifundista.

2) Se adelanta —en cuanto a las vías del desarrollo en el campo— una reforma agrícola y un proceso de colonización.

3) La reforma agrícola, con signo empresarial, está dirigida a crear una capa burguesa y terrateniente burguesa en el campo. En esta dirección se emplean las inversiones privadas y los créditos y planes del sector oficial, evadiendo la ruptura del latifundio.

4) La colonización se dirige a mitigar el problema socioeconómico del campesinado, y se orienta a crear ilusiones en los sectores más atrasados de la población.

Para finalizar este trabajo, debemos preguntarnos :

¿ Cuáles serían las consecuencias que se derivarían de un verdadero proceso de reforma agraria ? ¿ Cuáles serían sus resultados ?

Por todo cuanto hemos venido expresando, las respuestas a las interrogantes que nos planteamos serían :

1) Eliminación de la propiedad latifundista, de las formas semif feudales de explotación y de su secuela minifundista : el conuco, engendro del latifundio.

2) Creación de una economía agropecuaria basada en la propiedad campesina de la tierra, en la pequeña producción mercantil de cultivadores independientes y el disfrute de la producción por parte de quienes la trabajan.

3) Creación de bases para formas elementales de cooperativas, mediante la persuasión, educación y participación voluntaria del campesinado.

4) Impulso al desarrollo del capitalismo en el campo y en la ciudad.

5) Incorporación del campesinado a la lucha por la liberación nacional.

6) Estabilidad y fortalecimiento de las instituciones democráticas y de las libertades públicas, y afianzamiento de la soberanía nacional, mediante la liquidación del poder económico y político de la clase terrateniente, aliado interno fundamental del imperialismo norteamericano.

7) Desarrollo de las fuerzas productivas del campo venezolano, aumento de la producción agropecuaria, aumento del poder adquisitivo de los campesinos y del salario real de los obreros e impulso del proceso de industrialización independiente y desarrollo económico del país¹⁵.

Tal tipo de reforma agraria, así como el grado de profundidad de su efecto, se obtiene o no, de acuerdo con la decisión que tomen las actuales clases que están en el poder. Esto quiere decir que no bastan leyes agrarias que definan el contenido económico y político de la reforma, lo que equivale a decir que, mientras el poder político esté en manos de las clases dominantes, no tendrán eficacia las normas de la ley. Todo esto significa, que, mientras no rompamos la estructura latifundista en el orden interno y, mientras no sacudamos el yugo de la dominación de los grandes monopolios norteamericanos, en el orden externo, no podremos avanzar por una senda de verdadero cambio nacionalista.

Caracas, 1968

15. Domínguez C., Raúl : Intervención en el Foro Agrario de 1966. En *Mundo Campesino*, p. 50, Caracas, 1966.

Bibliografía

1. BRITO FIGUEROA, Federico : **Estructura económica de Venezuela colonial**, Caracas, UCV, 1963.
2. DELGADO, Oscar : **La reforma agraria en América latina**, México, Fondo de Cultura Económica, 1966.
3. DOMINGUEZ C., Raúl : **Crisis de la estructura agraria**. Foro sobre concepción y evaluación de la reforma agraria en Venezuela, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1966.
4. LENIN, V. I. : **La cuestión agraria y los críticos de Marx**, Buenos Aires, Ediciones Estudio, 1965.
5. LOSADA ALDANA, Ramón : **Evaluación y perspectivas de la reforma agraria en Venezuela**. Foro sobre concepción y evaluación de la reforma agraria en Venezuela, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1966.
6. MANTILLA, Wenceslao : **Contribución al estudio del proceso agrario en Venezuela**, Caracas, Ediciones Revista Política, 1967.
7. MARQUEZ, Pompeyo : **Imperialismo, dependencia, latifundio**, Caracas, Ediciones La Muralla, 1968.
8. PARTIDO COMUNISTA DE VENEZUELA : **Sobre la cuestión agraria en Venezuela**. Comisión Agraria Nacional del PCV. Caracas, Ediciones Cantaclaro, 1960.
9. PEARSE, Andrew : **Tendencias de cambio agrario en América latina**. Traducciones de reseña crítica de la *Latin American Research Review*, vol. I, Austin, Texas, The University of Texas, 1967.
10. SILVA HERZOG, Jesús : **El agrarismo mexicano y la reforma agraria**, México, 1959.
11. UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA : **Economía y ciencias sociales**, Revista de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, enero de 1966.
12. VENEZUELA : **Anuario estadístico agropecuario**, Caracas, 1964.
13. VENEZUELA, INSTITUTO AGRARIO NACIONAL : **La reforma agraria y el desarrollo agropecuario**, Caracas, 1965.
14. VENEZUELA, INSTITUTO AGRARIO NACIONAL : **Memorias**, Caracas, 1966.
15. VENEZUELA, Ley de Reforma Agraria promulgada en 1960. En : *Gaceta Oficial de la República de Venezuela*, 5 de marzo de 1960, Caracas.

Problemas agrarios españoles

Horizonte español 1966 : tomo I

21,— F

Xavier Flores : **La propiedad rural en España**
Macrino Suárez : **Problemas de la agricultura española**

Horizonte español 1966 : tomo II

30,— F

Antoliano Peña : **Las Hermandades de labradores y su mundo**
Raul Torras : **Problemas de la entrada de España en el Mercado Común**
Angel Villanueva : **Causas y estructura de emigración exterior**

Cuadernos de Ruedo ibérico :

- nº 2. J.A.M. García : **La crisis de la agricultura española**
nº 4. Macrino Suárez : **La situación agraria en Asturias.**
nº 5. Xavier Flores : **Salarios y nivel de vida en el campo español : 1964**
nº 13/14. Juan Naranco : **La agricultura y el desarrollo económico español**
Antoliano Peña : **Un mundo aparte : el campo español**
nº 15. Juan Martínez Alíer : **El latifundio en Andalucía y América latina**
Juan Martínez Alíer : **El « reparto »**
nº 20/21. Gonzalo Martín : **Acción sindical en la agricultura**

Ediciones Ruedo ibérico

Ruedo ibérico

Stanley G. Payne

Los militares y el poder político en la España contemporánea

Prefacio ; Introducción. La debilidad Institucional de la España moderna ; 1. El fin de un orden ; 2. La era de los pronunciamientos : 1814-1868 ; 3. El derrocamiento de la primera república ; 4. El ejército durante la restauración : 1875-1895 ; 5. El desastre colonial ; 6. Las consecuencias de la derrota ; 7. El protectorado de Marruecos : 1908-1918 ; 8. Las Juntas de defensa ; 9. La guerra del Rif ; 10. El pronunciamiento de Primo de Rivera ; 11. Primo de Rivera y Marruecos ; 12. Primo de Rivera y el ejército ; 13. El colapso de la Monarquía ; 14. Las reformas de Azaña ; 15. La Sanjurjada ; 16. El ejército en el bienio negro ; 17. El golpe militar de 1936 ; 18. La rebelión ; 19. La implantación de la dictadura de Franco ; 20. El ejército nacionalista en la guerra civil ; 21. La represión ; 22. El ejército de Franco ; Conclusión. Las bases del poder del ejército en la España moderna. Apéndice A : Datos bibliográficos de Francisco Franco. Apéndice B : Bajas falangistas y carlistas en 1937-1939. Notas. Bibliografía. Índice onomástico.

496 páginas

39 F

H.R. Southworth

Antifalange : Estudio crítico de " Falange en la guerra de España " de García Venero

Editions Ruedo ibérico. París

344 páginas

32 páginas de ilustraciones

30 F

Alfredo Chacón

Identidad revolucionaria y autenticidad cultural

En la fase actual del conflicto entre los países subdesarrollados y los países subdesarrollantes, los intelectuales latinoamericanos más conscientes de su situación y de su responsabilidad, encuentran nuevas formas de plantear la ansiosa y reiterada pregunta por la originalidad, identidad o autenticidad de nuestra cultura.

En sus preocupaciones y proposiciones, la palabra cultura va quedando despojada de sus antiguas magias. No la entienden ni la quieren practicar con espíritu de concesionarios coloniales de la grandeza de Occidente. Tampoco como templo de la veneración elitescas e incondicional. La intentan como una actividad de autoafir-

Después de dos años de posgrado en la Universidad de París, ingresa como profesor de antropología social en la Escuela de Sociología y Antropología de la Universidad Central de Venezuela. Paralelamente a su trabajo en el campo de la poesía y a su participación en los grupos que se definieron como la izquierda cultural venezolana a partir de 1958, ha adelantado un programa de investigaciones de campo sobre diversos comportamientos colectivos y populares de índole magicorreligiosa. Su obra comprende dos volúmenes: *Saloma* (1961) y *Materia bruta* (1969). Desde 1966 es director de la Escuela de Sociología y Antropología. Actualmente prepara dos libros que recogerán la primera fase de sus experiencias científicas y una obra analítica-antológica sobre la izquierda cultural venezolana, 1958-1968.

mación personal y colectiva, cuyo sentido y unidad quedan reconocidos en la necesidad de identificación con las mejores posibilidades de la vida y la libertad, y cuyo ámbito de triunfo o de fracaso, de resonancia o de silenciamento, a fin de cuentas y bajo los ropajes culturalistas que se pueda imaginar, es el combate universal entre las víctimas y los victimarios de este mundo.

La cultura ha dejado de ser para ellos trascendencia inmaculada y ajena. Se convierte en conciencia problematizada, en esfuerzo propio y dramáticamente relativo a los diferentes contextos y procesos colectivos en juego, sólo en ellos factible

y explicable, sólo a través de ellos admisible como valor universal. La autenticidad de la cultura va quedando planteada como un desafío permanente a la propia capacidad de realización, como una obra solidaria y continua, imposible de cumplir fuera de ciertas condiciones y predisposiciones que son su fundamento y su materia y no se pueden sustituir impunemente por modelos resueltos a partir de otras experiencias y necesidades.

En cualquiera de nuestras ciudades, aparecen indicios de que esta actitud ha empezado a tomar cuerpo, a construir una unidad dinámica de puntos de partida y de propósitos. En mayor o menor contacto con los movimientos políticos que bregan por desarrollar la fuerza necesaria para vencer al *statu quo*, y siempre sensibles a los acontecimientos equivalentes que se suceden en otras partes del mundo, en América latina se están configurando nuevas modalidades de pensar y de practicar la vocación creadora. Hay razones para señalar que ellas tienden hacia la conformación de una utopía factible, la promisoría utopía de incorporar la propia vida, y no solamente la idea que otros se han formulado de la vida, a la creación de las relaciones entre los hombres y de las significaciones que se hacen necesarias cuando los *desesperados* ya no esperan ninguna liberación sino del despertar de los *condenados de la tierra*.

Si se trata de alcanzar la identificación revolucionaria con nosotros mismos, como objetos del mundo, el problema consiste en denunciar y superar la mentalidad colonizada que sustenta a la ideología dominante de nuestra sociedad, una sociedad estructuralmente dependiente desde sus orígenes.

En el nivel de la producción, la distribución y el consumo de los bienes imprescindibles a la subsistencia, la dependencia estructural en que nos encontramos ha sido

definida recientemente por el economista venezolano Armando Córdova, como « la subordinación de una economía a las decisiones autónomas —centralizadas o no— tomadas en otra economía con la cual ha establecido un esquema tal de relaciones de toda índole que institucionalizan la subordinación e impiden la posibilidad de que pueda ejercerse una acción similar en sentido contrario ».

Aun circunscrito a la economía, este concepto de dependencia no autoriza a ninguna de las ilusiones burguesas que conducen al escamoteo de las relaciones entre las cosas que tienen precio y el resto de la actividad individual y social. Contra esta falsa conciencia, la definición de Córdova no sólo apunta al hecho, relativamente obvio y superficial, de que nuestro ingreso nacional ha dependido y depende de las exportaciones de materias primas cuyos precios no decidimos; lo más importante es, como él mismo dice, « que la « dependencia » de las exportaciones se transforma en una relación de subordinación de unos hombres con respecto a otros hombres que deciden, en última instancia, sobre aspectos determinantes de su vida social ».

En el desarrollo de esta subordinación global a través del período colonial, la independencia política y el siglo XX, un rasgo sociológico se ha mantenido como decisivo: el hecho de que la dominación ejercida sobre nuestros países tiene como base la coincidencia de los intereses de las potencias imperialistas con los de las clases sociales poderosas de las naciones latinoamericanas.

Así, una vez alcanzada la emancipación puramente política, la segunda mitad del siglo XX fue el tiempo de una manera distinta de someternos a Europa; una manera que dejaba en manos nacionales la responsabilidad de hacer los arreglos para que las cosas cambiaran en el sentido

en que a los nuevos amos les convenía; una manera que convertía en un problema nacional la tarea de neutralizar, absorber o aniquilar los brotes de inconformismos que inevitablemente se habrían de producir. Las nuevas minorías dominantes estuvieron tan dispuestas como las metropolitanas a entregar al mejor postor las riquezas naturales y la potencialidad social de los distintos países, a cambio de su enriquecimiento seguro y exclusivo. El abismo siguió siendo el mismo entre ellas y la mayoría campesina, que ahora quedaba condenada a repetir los esquemas socioculturales conformados durante la colonia y a hundirse cada vez más en la miseria, en la inanición social, a medida que esos esquemas perdían sus bases de sustentación.

Gracias a esta europeización, aprendimos más a consumir que a producir los bienes materiales y las configuraciones culturales que hubieran podido sustentar y orientar la integración nacional. A ella debemos agradecer que seamos parte del occidente cristiano y tengamos una cultura oficial edificada sobre los despojos insepultos de los pocos que la desafiaron, y dirigida por hombres cultivados en la lucrativa función de salvaguardar contra todo peligro la noción europea colonialista de universalidad. Hombres que al ver fracasar los hipócritas intentos de distribuir como un donativo entre el pueblo tan elevados ideales, no encontraron otros culpables que no fuesen el clima tropical, el mestizaje, la barbarie campesina y otros hallazgos por el mismo estilo.

Esta escandalosa autonegación en beneficio de los amos, es la característica fundamental de las ideologías dominantes en América latina; en ella conducen, en última instancia, las versiones latinoamericanas del humanismo burgués, a pesar de los significativos casos de Inconformismo que llegaron a manifestarse y de las batallas por la independencia mental que

se han librado desde Andrés Bello hasta José Martí, desde José Enrique Rodó hasta Ezequiel Martínez Estrada. Desgarrados entre las minorías dominantes groseramente occidentalizadas y las mayorías explotadas e inicuaamente desculturizadas, los intelectuales latinoamericanos más influyentes a causa de su colaboración con la estructura de poder, se definen por una serie de rasgos que arrancan del periodo colonial, pero que no han desaparecido ni han perdido su poder ideológico de escamotear los problemas y evadir las responsabilidades esenciales de la creación y la comunicación cultural.

Al insistir en algunos de estos rasgos (« desconocimiento casi completo de la realidad iberoamericana », falta de originalidad y de rebeldía, parasitismo y escapismo europeísta), el historiador uruguayo Gustavo Beyhaut tocaba hace unos años el punto central de la cuestión que deseamos plantear. Decía Beyhaut que « si la universalización de la cultura se hizo notoria e integral para aquellos elementos en los que no cuenta el medio... », ella « no podía afectar del mismo modo a aquellos otros elementos de cultura sobre los cuales influye la realidad circundante (corrientes de opinión, soluciones políticas, géneros de vida) ». He aquí lo esencial.

Al formular teorías e intentar modos determinados de practicar la cultura en Latinoamérica, sólo en raras excepciones nuestros intelectuales han pasado de ser intermediarios, trasmisores, usufructuarios de los esquemas políticos, literarios, filosóficos, artísticos y científicos elaborados en los centros mundiales de poder. Es perfectamente posible que a través de la oscilación entre la evasión y el retorno, que según el poeta y ensayista mexicano Octavio Paz caracteriza a la literatura hispanoamericana, puede trazarse una línea que tiende a afirmar en el presente la posibilidad y la preocupación crecientes por el

descubrimiento, la encarnación, la fundación de la propia realidad, para seguir empleando las palabras de Paz. Pero es indudable que incluso los objetivos y los progresos de esta tendencia se proponen y se estiman generalmente en términos de sistemas conceptuales e hipótesis en cuya formulación la experiencia histórica de América latina, su comprensión y explicación, no ha jugado ningún papel.

En el desarrollo de las discusiones sobre estos problemas entre nuestros intelectuales, la realidad concreta de las situaciones y de los hombres latinoamericanos es la mayoría de las veces puesta entre paréntesis o sustituida con malas artes por una seudorrealidad abstraída de la falsa metáfora entre Europa y América, y repetida hasta el absurdo en la retórica y en la fantasía de los portavoces del orden establecido. Ellos se sentaron alguna vez a Latinoamérica en las rodillas y la encontraron horrible; pero de este horror nada hicieron sino evadirlo como materia de la reflexión y la creación, verlo a través de cristales que le rebajan su tremenda fuerza de desafío.

Hasta hace poco tiempo, todo parecía consistir en ser hábiles en la utilización de los cristales culturales importados de Europa y los Estados Unidos. La tónica predominante en nuestra actividad cultural ha sido el virtuosismo del consumo. Se defiende ampulosamente la universalidad, la originalidad, la contemporaneidad, pero las soluciones europeas y norteamericanas a estos problemas se prefieren sin vacilación a las que podrían realizarse partiendo de nosotros mismos. A través de la consagración como universal de la particularidad de los otros, negamos las posibilidades de la nuestra. Admiramos lo español, lo francés, lo italiano, lo germano que se transparenta como razón de ser de los grandes movimientos y obras europeas, pero a la hora de aspirar a semejante

grandeza, saltamos por sobre los procesos reales que produjeron esas culminaciones y sólo tomamos lo esquemático de los resultados, los modelos cristalizados que sólo entran a valer como pretextos para la imitación y el mimetismo.

El proceso mediante el cual nuestras sociedades latinoamericanas han instaurado los niveles mentales de la dependencia, es una de las motivaciones y objetivos que hoy resaltan como estructuralmente más significativos. Pero no se trata de emprender el proceso de las culpas individuales, de las experiencias particulares a través de las cuales nuestra tradición cultural se configura como básicamente impuesta, aceptada e insuficiente. En el camino hacia la toma de conciencia crítica y autocrítica, muy poco se podrá obtener de la utilización del mecanismo de defensa según el cual se transfieren a los presuntos culpables del pasado las responsabilidades que deberían ser las de los nuevos intelectuales latinoamericanos.

La verdadera cuestión que se debe plantear es que por más destructiva que sea nuestra relación con la cultura de dominación, por más efectiva que sea esta cultura como impositora de límites a la conciencia, el margen posible para la contestación nunca ha podido desaparecer totalmente. Dentro de ese margen (cuya relatividad a la estructura social y a la dinámica de nuestra historia es tan evidente como la dependencia misma) han sido considerables y todavía ejemplares las actitudes y actuaciones inconformistas, ya sea en el enfrentamiento directo o la negación simbólica del *statu quo*.

El asunto principal reside, no sólo en que la posible influencia de este inconformismo ha sido frustrada en la sociedad misma, por la actividad explícita de las clases dominantes y por el abismo que ellas crearon entre la decisión de los problemas nacionales y las mayorías negadas en su

capacidad de construir; al mismo tiempo hay que considerar la relatividad historico-social de los marcos teóricos e ideológicos dentro de los cuales el margen del inconformismo se ha presentado. Es decir, por más que en los rebeldes del pasado se encuentre una valiosa reserva cultural, cuya asimilación crítica es necesario efectuar, es un hecho que estos puntos de apoyo se ajustan casi universalmente a las limitaciones ideológicas del democratismo abstracto, del humanismo burgués.

La responsabilidad que actualmente se plantea, entonces, es la de trascender el ámbito de esta ideología, comenzando por entenderla como un instrumento de la dominación y recurso eficaz para la equilibración social en beneficio de la subordinación estructural. Se trata de estimar la capacidad de este marco ideológico para **poseer** a nuestros pensamientos y nuestros actos, para mantenernos bajo control como ajusticiados en libertad condicionada. Su efectividad es tanta, que no se reduce a imperar apoyándose en las dificultades que contribuye a crear para el desarrollo de otros contextos teóricos e ideológicos. En realidad, su predominio ha funcionado como principal condicionante hasta en la incorporación del marxismo a nuestra historia política.

Es indudable que hasta pocos años, hasta la decisión socialista de Cuba, el marxismo entre nosotros, si bien ha suministrado las consignas de las luchas populares, no había llegado a convertirse en concepción teorico-práctica del mundo concreto que vivimos, en razón dialéctica del proceso de autoconocimiento y apropiación de nuestro destino, ni siquiera entre las vanguardias ilustradas. También las ideas del marxismo se han mantenido ajenas y disminuidas. El esquema de su inserción en nuestra realidad, también pertenece al marco de la dependencia. Es sólo durante la última década, a partir del extraordinario

impacto que sobre nuestra conciencia histórica ha tenido la revolución cubana, cuando nos planteamos dialécticamente el problema de que la actividad social en general, y la nuestra en particular, es un todo relativo a formas predominantes y secundarias de totalización; y que la lucha revolucionaria destinada a vencer el vasallaje no puede entenderlo ni entenderse a sí misma sino en función de la totalidad concreta de la sociedad, de la cual es una parte esencial la actividad teórica y creadora de significaciones revolucionarias. La influencia que entre nosotros ha tenido la militancia en un seudomarxismo de citas y « aplicaciones » mecánicas a situaciones que no han sido reconocidas ni conocidas como el marxismo propicia, es el índice más general del mecanismo seudorrevolucionario como estrato de la subordinación y del desajuste entre nuestra realidad y la conciencia que de ella se tiene.

Puesto que en la totalidad concreta de nuestras naciones este desajuste aparece como un elemento historicoestructural, la tarea cultural más importante y más promissora de resultados originales y auténticos, no puede consistir sino en asumirlo y desencadenar con este fundamento un proceso de superación, teórica y vivencialmente decidido. Semejante proyecto exige como base dialéctica la especificación de dos niveles que en la práctica no pueden ser comprendidos sino como partes inseparables de la unidad del proceso.

Se trata, por una parte, de la estructuración misma de la visión crítica y auto-crítica cuya puesta en marcha es, precisamente, el objetivo a alcanzar. Por otra parte, de la inserción en la realidad asumida a través de esta visión, de una actividad cultural reestructurada y a su vez reestructurante. En este sentido, salta a la vista que hay una estrecha relación entre la vigencia de los marcos mentales subordinados y la manera como dentro de la

estructura subordinada entran en contacto los creadores, las obras y los demás. Me refiero, entre otros aspectos, al hecho de que en el origen mismo de la obra tiende a ser predominante la opción del creador por los modelos y resultados culturales impuestos desde afuera a través de su propia pasividad, y a ser menospreciada la vinculación directa y deseada entre la dramaticidad en acto de los hombres y las circunstancias que forman realmente parte de la misma comunidad global; e igualmente me refiero al hecho de que entre la obra y los demás, se interpone toda una red de obstáculos que limitan el contacto a la copresencia esporádica de dos polos desconectados, dos extrañezas, dos incomprendiones declaradas o disimuladas. Desde cualquiera de los tres elementos del circuito que partamos, se hace patente la incomunicación y la gratuidad.

Por lo que se refiere a la estructuración revolucionaria de la visión crítica y auto-crítica que a la altura de las experiencias y conocimientos contemporáneos nos transforme en sujetos responsables de escoger la autenticidad, hay algo que es inherente a la esencia misma de esta responsabilidad y debe quedar aclarado desde el principio. Al contrario de lo que las modalidades retrógradas o seudovanguardistas de la mentalidad colonizada pretende hacer creer, la asunción de nosotros mismos y de nuestras posibilidades como sujetos de nuestra imagen cultural, no significa resignarse a la mediocridad. La relación entre Europa y los Estados Unidos como fuentes de toda fecundidad cultural y el Tercer Mundo como sinónimo de su privación, es una de las armas que los imperialistas esgrimen contra nosotros, una de sus victorias sobre nuestra conciencia.

Pertenece a los datos fundamentales de la ciencia contemporánea que no existe una esencia de la cultura desligada de las realidades concretas. El arte, la literatura,

la ciencia, la filosofía, son modalidades específicas de la actividad de los hombres, relativas a los contextos sociales en función de los cuales ésta se orienta y se desenvuelve, formando parte de la implicación mutua entre lo individual y lo colectivo.

Es precisamente a partir de esta copertenencia de la creación y de la actividad concreta de los individuos y las colectividades, como se puede fundamentar tanto la crítica de nuestra cultura en tanto que producto de la dependencia aceptada, como el proyecto de una acción cultural destinada a contestar y superar la subordinación. La comprensión y asunción de este dato teorico-práctico, es la primera victoria sobre la mentalidad vasalla y sobre la fuerza real que la determina.

No se trata de cambiar, una vez más, de esquema; no es cuestión de « ponernos al día » otra vez, mediante la exhibición simiesca de otra retórica, tan ajena a nuestro esfuerzo como todas las demás. Se trata de entender, de admitir como el más auténtico de nuestros riesgos y la más rica de nuestras posibilidades, la responsabilidad de liberarnos de las falacias que con nuestra complicidad nos imponen los otros, los que nos poseen como a un circo de objetos parlantes. Las bases de esta ruptura se encuentran en nosotros mismos, en nuestra experiencia histórica. Consisten en que el vasallaje cultural es sólo un nivel de la dependencia global y por lo tanto funciona estrechamente ligado a los niveles económico y político de la estructura social.

Así, con respecto a la sociedad de economía precapitalista que en el comienzo fuimos, la introducción de relaciones de producción capitalistas, al mismo tiempo que generó, como expresa Armando Córdova, « el aumento de los ingresos del sector público y el inicio del desarrollo de un mercado nacional y la creación de los

primeros elementos de una infraestructura moderna», también ocasionó «el surgimiento de la contradicción entre el grado de desarrollo de los instrumentos de producción y el de la fuerza de trabajo y la desvinculación geográfica entre la clase capitalista extranjera del sector y la clase obrera nacional, aspecto éste que se traduce en la infiltración hacia el exterior de los beneficios que privan la economía de una parte importante del producto territorial, con lo cual se limita considerablemente sus posibilidades de crecimiento sostenido.»

En la fase, llamada por Córdova de **crecimiento simple**, es decir, no acumulativo, «el incremento del ingreso no es el resultado del desarrollo de las fuerzas productivas internas, sino de la explotación intensiva, con capitales y experiencias extranjeros, del único factor de la producción que, lejos de acumularse en el tiempo, se «desacumula»: los recursos naturales». Al preguntarse por las consecuencias de este crecimiento simple, el mismo autor afirma: «No será necesario hacer muchos esfuerzos para comprobar que este modelo origina en su forma más pura el conjunto de resultados que satisfacen a cabalidad los móviles del inversionista extranjero...»

¿Cuáles son las clases y capas sociales existentes en Venezuela durante este proceso; y cuál la responsabilidad de cada una de ellas en el desarrollo del mismo? He aquí, citada ampliamente, la respuesta de Córdova. En cuanto a los **sectores precapitalistas**, o sea, aquellos en los que privan las relaciones feudales de servidumbre y las de la pequeña producción mercantil, encontramos el campesinado, los terratenientes, los artesanos y trabajadores por su cuenta en comercio y servicios, y los trabajadores domésticos. Sólo el artesanado y la servidumbre doméstica escapan a la suerte del «descenso de su

capacidad productiva de empleo y de creación de producto».

En el extremo opuesto, aparece el **sector capitalista extranjero**, es decir, «el constituido por empresarios cuyo capital es propiedad de individuos o instituciones que forman parte o representan a la clase capitalista de otros países.» Sus componentes son: la clase capitalista extranjera (que por residir fuera del país hiesped internacionaliza la relación contradictoria de explotación y no reconoce otro interés que no sea «el mantenimiento de aquellas condiciones que le permitan maximizar la obtención de sus objetivos empresariales»), y los trabajadores en el sector capitalista extranjero (que por ser el «único grupo de trabajadores nacionales en contacto directo con la tecnología y organización más avanzadas del capitalismo mundial», «el único grupo asalariado en oposición a una clase capitalista madura» y «el grupo de trabajadores venezolanos más concentrados, tanto desde el punto de vista geográfico como del tamaño de las unidades de explotación», llegó a protagonizar, en el caso de los trabajadores petroleros, «un creciente proceso de toma de conciencia» y «una elevada cohesión clasista», así como también «el rápido cambio de visión con respecto al proceso productivo que iba a favorecer el contacto con la cultura tecnológica del capitalismo.»)

Entre estos dos polos, aparecen el **sector capitalista nacional**, con su clase capitalista y sus trabajadores asalariados, y el **sector público**. «La clase capitalista nacional, tiene sus orígenes en la burguesía comercial tradicional, en algunos grupos de terratenientes enriquecidos y en la capa de altos funcionarios públicos que se conoce como «burguesía burocrática», que utilizó las ventajas del poder político como factor de acumulación». De aquí que sus principales intereses consistan en el negocio impor-

tador, la usura, la especulación y el « desarrollo de los medios de transporte y de los servicios conexos a la circulación interna de mercancías. » Los trabajadores asalariados, por su parte, y en virtud de la estructura económica de la que forman parte, « lejos de identificarse con el desarrollo de las fuerzas productivas nacionales, expresa más bien el auge de las relaciones de dependencia económica que se conforman y desarrollan durante el periodo de crecimiento simple. » El sector público ha aumentado más que todos los demás, hasta alcanzar un peso específico « completamente divorciado del desarrollo económico del país ».

Esta es la base concreta en relación con la cual se configura la dependencia mental y el vasallaje cultural correspondiente. Considerar —tácita o explícitamente— que entre semejante estructura económica y la actividad hipotéticamente creadora no hay sino relaciones exteriores, es sólo uno de los efectos de la dependencia económica y social que contribuyen a perpetuarla. Tanto en el nivel de las mentalidades o estructuras significativas de nuestra cultura tradicional y actual, como en el de los comportamientos y la afectividad personales, estamos preocupados por la misma deformación estructural y abocados a optar por la continuidad de la subordinación o por su derrota.

Entre la « coalición (que Córdova define) de clases dominantes integrada por la burguesía imperialista, la clase terrateniente y la burguesía comercial interna », cuyo predominio por sobre las grandes masas populares impide el desarrollo mantenido de nuestra capacidad productiva, y la estructuración de una ideología dominante que sistemáticamente rechaza y traiciona nuestras posibilidades de autorrealización cultural, hay una estrecha y esencial vinculación. En virtud del triunfo económico-social y antinacional de estas formas de la

burguesía, la falaz racionalidad mediante la cual ella justifica su acción destructiva sobre el país como totalidad, se impone, por la fuerza de las instituciones y la dimisión de los líderes culturales, como la **racionalidad** por excelencia, como el **logos de la falsa universalidad** tan ansiada por los que caen en la trampa.

En el plano en que la nueva visión de nosotros mismos y de nuestras perspectivas de realización se debe estructurar, es posible una analogía diferente. Sobre los intelectuales que se consideran o se desean revolucionarios en términos políticos, científicos y estéticos, recae la responsabilidad de darle forma y confrontarla con los revolucionarios que se consideran esencialmente políticos. Es la analogía que afirma la más profunda conexión entre el drama de nuestro mundo y de las fuerzas que impulsan su liberación, y el quehacer politicopoético necesario para que los hombres de nuestro mundo se reconozcan en la imagen que ellos, sin temor a los arquetipos pretendidamente superiores, reallcen de sí mismos.

Este quehacer politicopoético debe diferenciarse y someterse a la prueba de la realidad de un modo radicalmente distinto del sistema tradicional de contacto o desencuentro entre los hacedores de obras y los demás. Sobre el entendimiento de la actividad científica y la artística como una fuerza, y de la política como un desafío práctico que necesita ser significativo para sí mismo, se funda la posibilidad de intentar una forma de acción cultural que propicie el ajuste más completo entre actuación, comunicación y creación. Su objetivo es abrirse a la gran mayoría potencialmente revolucionaria y penetrar en ella como un estímulo incesante y solidario; su deber, negarse a toda forma de colaboración con la gestión ideológica de las clases dominantes; convertirse todas las oportunidades que permita el sistema, en la más

efectiva contestación de los poderes y las formas que lo justifican y tratan de mantener.

En esta manera de actuar sobre la realidad, la vida entera está implicada, en la motivación, en el proceso, en el porvenir. La persona misma es su ámbito. Las

personas identificadas revolucionariamente consigo mismas y con el mundo suyo y de los otros.

La autenticidad de la cultura que así es posible alcanzar, se arraiga en esta identificación.

Caracas, agosto de 1968

Francisco Carrasquer

Imán y la novela histórica de Ramón J. Sender

**Primera incursión
en el realismo mágico senderiano**

Uitgeverij Firma J. Heijnis Tsz. Zaandijk
(Holanda) 1968, 394 páginas

Sumario: Introducción. Perfil sobre **Imán**. I. Comentario sobre **Imán**. Impresión global de la obra. Contenido de **Imán**. Composición de la novela. Estudio del protagonista. Personajes de **Imán** portadores de crítica. Descripción realista. Estilo e intención de **Imán**. II. La novela histórica. Mister Witt en el Cantón. Los tontos de la Concepción. Carolus Rex. La aventura equinoccial de Lope de Aguirre. Tres novelas teresianas. Las criaturas saturnianas. **Conclusiones**. La novela histórica de Sender. De **Imán** a **Las criaturas saturnianas**. Lo mágico en el realismo de Sender. Bibliografía. Índice onomástico.

España contemporánea

HUGH THOMAS

La guerra civil española

Nueva edición corregida y aumentada

800 páginas 30 mapas 48 F

GERALD BRENAN

El laberinto español.

Antecedentes políticos y sociales de la guerra civil

330 páginas 9 mapas en colores 24 F

MIJAIL KOLTSOV

Diario de la guerra de España

500 páginas 141 documentos fotográficos 33 F

STANLEY G. PAYNE

Falange. Historia del fascismo español

276 páginas 24 F

IGNACIO FERNANDEZ DE CASTRO

De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo

412 páginas 36 F

JUAN MARTINEZ ALIER

La estabilidad del latifundismo

440 páginas 7 mapas 17 documentos fotográficos 42 F

STANLEY G. PAYNE

Los militares y la política en la España moderna

498 páginas 36 F

DANIEL ARTIGUES

El Opus Dei. 1

184 páginas 21 F

ROBERT G. COLODNY

El asedio de Madrid

300 páginas numerosas ilustraciones y mapas en prensa 30 F

Ruedo ibérico

Libros recibidos

JOSE AGUSTIN. **Inventando que sueño.** Nueva Narrativa Hispánica. Joaquín Mortiz, Méjico, 1968. 176 p.

AURORA DE ALBORNOZ. **En busca de esos niños en hilera.** Publicaciones La Isla de los Ratones, Santander, 1967. 72 p.

DOMINGO ALFONSO. **Historia de una persona.** Prefacio de Roberto Fernández Retamar. Cuadernos de poesía. Instituto del Libro, La Habana, 1968. 84 p.

M.S. ALPEROVITCH. **Historia de la independencia de México (1810-1824).** Traducción del ruso de Adolfo Sánchez Vásquez. Grijalbo, Méjico, 1967. 356 p.

CARLOS ALVAREZ. **Escrito en las paredes. Papeles encontrados por un preso.** Colección Ebro. Editions de la Librairie du Globe, Paris, 1967, 182 p.

MANUEL ALVAREZ ORTEGA. **Poesía francesa contemporánea (1915-1965), antología bilingüe.** Taurus, Madrid, 1967. 1 256 p.

La armazón del libro y la completísima bibliografía, puesta al día, aumentan el valor e interés del más completo panorama de la actual poesía francesa, tal como la muestran sus propios cultivadores, los poetas.

CONSTANTIN AMARIU. **Los siete pecados capitales.** Plaza y Janés, Barcelona, 1968. 234 p.

ANDRES AMOROS. **Sociología de una novela rosa.** Taurus, Madrid, 1968. 84 p.

Antes que la ciencia fuera ficción. (Varios autores.) Ediciones de la Flor, Bs. Aires, 1967. 304 p.

JORGE ANTONIO. **Argentina en venta (la desintegración del Estado liberal).** Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1968. 204 p.

LEOPOLDO ARAGON. **Washington por dentro. La era de Kennedy.** Francisco Moncloa, Lima, 1966. 272 p.

LEOPOLDO ARAGON. **Por qué y cómo somos satélites de los Estados Unidos. Washington por dentro/ Epoca de Kennedy/ 2ª edición.** Francisco Moncloa, Lima, 1968. 270 p.

Los argentinos en la luna. (Eduardo L. Holmberg, Manuel Mújica Láinez, Alberto Vanasco, Donald Yates, Eduardo Goligorsky, Angélica Gorodischer, Juan Jacobo Bajaría, Marie Langer, Héctor Yánover,

Héctor G. Oesterheld, Alfredo Grassi, Pablo Capanna, Alberto Lagunas, Jorge Légor, Carlos M. Caron, Eduardo Stilman.) Ediciones de la Flor, Bs. Aires, 1968. 216 p.

JOSE MARIA ARGUEDAS. **Amor mundo y todos los cuentos.** Francisco Moncloa, Lima, 1968. 208 p.

HOMERO ARIDJIS. **Perséfone.** Colección del Volador. Joaquín Mortiz, Méjico. 1967. 264 p.

RENE ARIZA. **La vuelta a la manzana.** Premio de Teatro « José Antonio Ramos ». Instituto del Libro, La Habana, 1968. 68 p.

J.A. DE ARMAS CHITTY. **Canto solar a Venezuela.** Ediciones de la Biblioteca. Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1968. 138 p.

CARLOS ARNICHES. **La señorita de Trévez. La heroica villa. Los milagros del jornal.** Taurus, Madrid, 1968. 285 p.

HONOR ARUNDEL. **La libertad en el arte.** Colección 70. Grijalbo, Méjico, 1967. 160 p.

MIGUEL ANGEL ASTURIAS. **El espejo de Lida Sal.** Siglo XXI, Méjico, 1967. 156 p.

JORGE AYALA BLANCO. **La aventura del cine mexicano.** Era, Méjico, 1968. 455 p.

AZORIN. **Crítica de años cercanos.** Taurus, Madrid, 1967. 232 p.

MANUEL BALLESTERO. **Marx o la crítica como fundamento.** Los Complementarios. Ciencia nueva, Madrid, 1967. 230 p.

VICENTE BATTISTA. **Los Muertos.** Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1968. 121 p.

JEAN BECARUD. **La segunda república española.** Biblioteca política Taurus. Madrid, 1967. 214 p.

PIERRE BELLEVILLE. **Una nueva clase obrera.** Série de Sociología. Tecnos, Madrid, 1967. 286 p.

ANTONIO BENITEZ. **Tute de revés.** Casa de las Américas, La Habana, 1967. 128 p.

FERNANDO BENITEZ. **En la tierra mágica del peyote.** Era, Méjico, 1968. 288 p.

AMBROSE BIERCE. **El puente sobre el río del Buho.** Traducción y prólogo de José Bianco. Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1968. 271 p.

- JUAN BOSCH. **El pentagonismo, sustituto del imperialismo.** Minima. Siglo XXI, Méjico, 1968. 147 p.
- FRANÇOIS BOURRICAUD. **Poder y sociedad en el Perú contemporáneo.** Traducción de Roberto Bixio. Sur, Bs. Aires, 1967. 358 p.
- VALERIANO BOZAL. **El realismo entre el desarrollo y el subdesarrollo. Los Complementarios.** Ciencia Nueva, Madrid, 1967. 212 p.
- KAZIMIERZ BRANDYS. **Madre de reyes.** Era, Méjico, 1968. 204 p.
- JORGE BRAVO BRESANI. **Desarrollo y subdesarrollo.** Francisco Moncloa, Lima, 1967. 380 p.
- ANDRE BRETON. **El amor loco.** Colección del Volador. Joaquín Mortiz, Méjico, 1967. 128 p.
- FEDERICO BRITO. **Venezuela siglo XX.** Casa de las Américas, La Habana, 1967. 460 p.
- JACOB M. BUDISH. **¿Es el comunismo una nueva etapa?** Versión española de Oscar Luis Molina. Grijalbo, Méjico, 1967. 160 p.
- Buenos Aires - Santiago de Chile: **Ida y vuelta.** (Agustín Cuzzani, Juan José Sebrelli, Bernardo Kordon, Margarita Aguirre, Raúl Gonzáles Tuñón, Manuel Rojas, Rodrigo Quijada, Pablo Neruda, Joaquín Edwards Bello, Antón Skarmeta.) Ediciones de la Flor, Bs. Aires, 1968. 130 p.
- JOSE BULLEJOS. **Problemas fundamentales de España, contribución a un programa socialista.** Edición del autor, Méjico, 1966. 80 p.
- SILVINA BULLRICH. **Mañana digo basta.** Sudamericana, Bs. Aires, 1968. 248 p.
- EUGENIO BUONA. **Mercedes Rueda, cuentos.** Francisco Moncloa, Lima, 1966. 96 p.
- WILFRED G. BURCHETT. **Otra vez Corea.** « Ancho Mundo ». Era, Méjico, 1968. 184 p.
- JOSE CADALSO. **Noches Lúgubres.** Taurus, Madrid, 1968. 160 p.
- JOSE MARIA CARANDELL. **Peter Weiss : Poesía y verdad.** Cuadernos Taurus, Taurus, Madrid, 1968. 130 p.
- CARNAVAL. **CARNAVAL.** (Fray Mocho, Manuel Mujica Láínes, Humberto Constantini, David José Kohon, Pedro Orgambide, Marta Lynch, Juan J. Manauta, Anibal M. Machado.) Hernández, Bs. Aires, 1968. 92 p.
- CONDE DE CARNAVON. **Viajes por la Península Ibérica.** Temas de España. Taurus, Madrid, 1967. 164 p.
- JULIO CARO BAROJA. **Vidas mágicas e inquisición,** dos tomos. Taurus, Madrid, 1967. 426 y 354 p.
- HOMERO CASTILLO. **Antología de poetas modernistas hispanoamericanos.** Blaisdell Publishing Company, Waltham, 1966. 506 p.
- GUILLEN DE CASTRO, CORNEILLE. **El Cid.** Temas de España. Taurus, Madrid, 1968. 272 p.
- UMBERTO CERRONI. **Introducción al pensamiento político.** Minima. Siglo XXI, Méjico, 1967. 96 p.
- ALBERTO CIRIA. **Brecht.** Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1967. 248 p.
- ALBERTO CIRIA. **Cambio y estancamiento en América latina.** Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1967. 168 p.
- A. CIRIA y H. SANGUINETTI. **Los Reformistas.** « Los Argentinos ». Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1968. 356 p.
- HELI COLOMBANI. **Orfeón 25 años.** Universidad Central de Venezuela, Dirección de Cultura, Caracas, 1968. 100 p.
- Comentarios de Cuadernos para el diálogo a la **Populorum Progressio.** Análisis previo: Problemática de la **Populorum Progressio.** Por Joaquín Ruíz-Giménez. Editorial Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1967. 208 p.
- Comunidad, psicología y psicopatología.** Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1968. 168 p.
- FRANCISCO CONTRERAS PAZO. **Sinai. Una novela sin título.** Ediciones CISA, Montevideo, 1965, 512 p.
- COPI. **Los pollos no tienen sillas.** Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1968. 128 p.
- Crónicas de Italia.** (Dino Buzzati, Italo Calvino, Truman Capote, Ennio Flaiano, Curzio Malaparte, U.P. Quintavalle, Cesare Pavese, Lucio Mástronardi, Enrique Heine, Corrado Alvaro.) Selección de Fernando Quiñones y Nadia Consolani. Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1968. 160 p.
- Crónicas de Latinoamérica.** Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1968. 240 p.

Crónicas de Norteamérica. Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1967. 304 p.

Cuadernos Semestrales de Cuento, N.º. 1. Editorial Retablo, Lima, junio de 1967. 68 p.

CLAUDE CUENOT. Pierre Teilhard de Chardin. Las grandes etapas de su evolución. Taurus, Madrid, 1967. 640 p.

Cuentos cubanos de lo fantástico y lo extraordinario. (Alejo Carpentier, Reinaldo Arenas, Leonardo Acosta, Labrador Ruiz, Lezama Lima, José Martínez Matos, Manuel Diz Martínez, Eliseo Diego, José Lorenzo Fuentes, Rogelio Llopis, María Elena Llana, Esther Díaz Llanillo, César López, Antón Arrufat, Isidoro Núñez, Marines Mederos, Antonio Benítez, Angela Martínez, Armando Alvarez Bravo, Evora Tamayo Martínez Villena, Ezequiel Vieta, Aristides Fernández, Jesús Abascal, Onelio Jorge Cardoso, Arnaldo Correa, Virgilio Piñera, Angel Arango, Miguel Collazo, Juan Luis Herrero, Germán Piniella, Manuel Herrera.) Bolsilibros Unión. Instituto del Libro, La Habana, 1968. 336 p.

DARDO CUNEO. Leopoldo Lugones. Perfiles. Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1968. 100 p.

TEILHARD DE CHARDIN. Himno del universo. Taurus, Madrid, 1967. 174 p.

ISAAC CHOCRON. Teatro. (El quinto infierno. Amoroso. Animales feroces.) Letras de Venezuela. Dirección de Cultura. Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1968. 406 p.

HUNTER DAVIS. Paseando detrás de los zarzales. Grijalbo, Méjico, 1967. 276 p.

FRANCISCO DELICADO. Retrato de la lozana andaluza. Taurus, Madrid, 1967. 232 p.

TIBOR DERY. El ajuste de cuentas y otros relatos. Versión Sergio Pitol. Era, Méjico, 1968. 144 p.

JORGE DIAZ. La vigilia del degüello. El cepillo de dientes. Requiem por un girasol. Primer Acto. Taurus, Madrid, 1967. 202 p.

MANUEL DIA MARTINEZ. Vivir es eso. Premio de Poesía « Julián del Casal ». Instituto del Libro, La Habana, 1967. 88 p.

LEON DION. Los grupos y el poder político en los Estados Unidos. Grijalbo, Méjico, 1967. 160 p.

MAURICE DOBB. Argumentos sobre el socialismo. Ciencia Nueva, Madrid, 1967. 136 p.

RICARDO DOMENECH. Le rebelión humana. Taurus, Madrid, 1968. 288 p.

La dominación de América latina. (Helio Jaguaribe, Celso Furtado, Torcuato di Tella, Espartaco, Osvaldo Sunkel, Fernando H. Cardoso, Enzo Faletto.) Francisco Moncloa, Lima, 1968. 221 p.

CONRADO EGGERS LAN. Cristianismo y nueva ideología. Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1968. 296 p.

ALFRED EIBEL. El cine de Fritz Lang. Era, Méjico, 1968. 288 p.

S.M. EISENSTEIN. Iván el terrible. Prólogo de Emilio García Riera. Era, Méjico, 1968. 290 p.

SALVADOR ELIZONDO. El hipogeo secreto. Serie del Volador. Joaquín Mortiz, Méjico, 1968. 160 p.

PAUL ELUARD. Ultimos poemas de amor. Traducción: César Fernández Moreno. Ediciones de la Flor, Bs. Aires, 1968. 124 p.

MODESTO ESPINAR. Una democracia para España. Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1967. 192 p.

FRANTZ FANON. Sociología de una revolución. « El hombre y su tiempo ». Era, Méjico, 1968. 152 p. Fanon indaga las implicaciones psicológicas del problema (no hay que olvidar que su profesión era la siquiatria) y arroja luz sobre ciertos aspectos de la lucha anticolonial que muchos dirigentes revolucionarios ignoran o subestiman hasta la fecha.

ANIBAL FORD. Sumbosa. Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1967. 112 p.

AMBROSIO FORNET. Antología del cuento cubano contemporáneo. Era, Méjico, 1967. 248 p.

CHARLES FOURIER. El libro de los cornudos. Círculo de libro precioso. Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1968. 114 p.

RICARDO FRETE. Los parientes. Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1968. 172 p.

ROGELIO FRIGERIO. La integración regional, instrumento del monopolio. Hernández, Bs. Aires, 1968. 92 p.

VICTOR FRUTOS. Los que no perdieron la guerra. España: 1936-1939. Oberon, Bs. Aires, 1967. 176 p.

JOSE LORENZO FUENTES. Viento de enero. Premio de Novela « Cirilo Villaverde ». Instituto del Libro, La Habana, 1968. 216 p.

GAY GAER LUCE Y JULIUS SEGAL. *El sueño*. Siglo XXI, Méjico, 1967. 404 p.

JUAN DAVID GARCIA BACCA. *Elementos de filosofía de las ciencias*. Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1967. 182 p.

JUAN DAVID GARCIA BACCA. *Invitación a filosofar. Según espíritu y letra de Antonio Machado*. Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela, 1967. 228 p.

F. GARCIA PAVON. *Historias de Plinio (Dos casos muy científicos de la policía municipal de Tomelloso)*. Plaza y Janés, Barcelona, 1968. 204 p.

JUAN GARCIA PONCE. *Nueve pintores mexicanos*. (Manuel Felguérez, Alberto Gironella, Lilia Carrillo, Vicente Rojo, Roger Von Gunten, Fernando García Ponce, Gabriel Ramírez, Francisco Corzas, Arnaldo Coen.) Era, Méjico, 1968. 108 p.

FRANCISCO J. GARCIA VAZQUEZ. *Aspectos del planeamiento y de la vivienda en Cuba*. Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1968. 122 p.

JOSE MIGUEL GAROFALO. *Se dice fácil*. Premio de Cuento « Luis Felipe Rodríguez ». Instituto del Libro, La Habana, 1968. 126 p.

JUAN CARLOS GHIANO. *Ceremonias de la soledad*. Ediciones de la Flor, Bs. Aires, 1968. 140 p.

MAURICE GODELIER. *Racionalidad e irracionalidad en la economía*. Siglo XXI, Méjico, 1967. 324 p.

ANTOINE GOLEA. *La música de nuestro tiempo*. Era, Méjico, 1967. 208 p.

JOSE ANTONIO GOMEZ MARIN. *La idea de sociedad en Valle Inclán*. Cuadernos Taurus. Taurus, Madrid, 1967. 138 p.

ANTONIO GRAMSCI. *La formación de los intelectuales*. Grijalbo, Méjico, 1967. 160 p.

FELIX GRANDE. *Blanco Spirituals*. Casa de las Américas, La Habana, 1967, 168 p.

Guerilleros y generales sobre Bolivia. (Mariano Baptista Gumucio, Ted Córdova Claure, Sérgio Almaraz, Simón Reyes.) Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1968. 188 p.

ERNESTO CHE GUEVARA. *Obra revolucionaria*. Era, Méjico, 1967. 666 p.

NICOLAS GUILLEN. *Prosa de prisa*. Crónicas. Hernández, Bs. Aires, 1968. 344 p.

LEON E. HALKIN. *Iniciación a la crítica histórica*. Traducción y prólogo: Germán Carrera Damas. Ediciones de la Biblioteca. Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1968. 178 p.

LEWIS HANKE. *Estudios sobre Fray Bartolome de las Casas y sobre la lucha por la justicia en la conquista española de América*. Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1968. 430 p.

FREDERICK HARDMAN. *La guerra carlista vista por un inglés*. Taurus, Madrid, 1967. 188 p.

GUY HERMET. *Les Espagnols en France, immigration et culture*. « L'évolution de la vie sociale » dirigée par Paul-Henry Chombart de Lauwe. Les Editions Ouvrières, Paris, 1967. 336 p.

LUISA JOSEFINA HERNANDEZ. *La memoria de Amadís*. Serie del Volador. Joaquín Mortiz, Méjico, 1967. 328 p.

HO CHI MINH. *En la revolución*. Compilación y prólogo de Bernard B. Fall. Colección « El Hombre y sus obras ». Siglo XXI, Méjico, 1968. 384 p.

Entre la frialdad de los hechos y la vida real que éstos encierran, este libro impone la necesidad de reflexionar, plantea un reto constante a la razón, al pensamiento, obliga a seguir una visión penetrante y sabia de las cosas, y al mismo tiempo mueve impulsos, conmueve, cataliza la mente del lector.

JORGE IBARGUENGOITIA. *La ley de Herodes y otros cuentos*. Serie del Volador. Joaquín Mortiz, Méjico, 1967. 160 p.

JOSE IGLESIAS DIAZ. *La sicología francesa a través del lenguaje*. Gráficas Cóndor, Madrid, 1966. 106 p.

Los intelectuales y la política. (Wright Mills, Weber, Russel, Sartre, Schroers, Duvignaud, Maldonado, Rama.) Nuestro Tiempo, Montevideo, 1968. 176 p.

VILLIERS DE L'ISLE-ADAM. *Sus mejores cuentos crueles*. Era, Méjico, 1968. 148 p.

JESUALDO. *Los fundamentos de la nueva pedagogía*. Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1968. 300 p.

JESUALDO. *Pedagogía de la expresión*. Prólogo de J.F. Reyes Baena. Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1968. 76 p.

NOE JITRIK. *El 80 y su mundo*. Presentación de una época. « Los Argentinos ». Jorge Alvarez, 1968. 276 p.

JAMES JOLL. **Los anarquistas**. Grijalbo, Barcelona, 1968. 288 p.

DON JUAN MANUEL. **El conde Lucanor**. Taurus, Madrid, 1968. 208 p.

ALFRED C. KINSEY Y OTROS. **Desviaciones funcionales de la sexualidad**. Escuela, Bs. Aires, 1967. 112 p.

BERNARDO KORDON. **Hacele bien a la gente**. Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1968. 106 p.

KAREL KOSIK. **Dialéctica de lo concreto**. Grijalbo, Méjico, 1967. 272 p.

MAXIMO LAFERT. **El almirante a pique**. Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1968. 138 p.

ENRIQUE LAFOURCADE. **Frecuencia modulada**. « Nueva narrativa hispánica ». Joaquín Mortiz, Méjico, 1968. 336 p.

Concebida como un mural que nos enfrenta a una realidad contemporánea, **Frecuencia modulada** descubre el complejísimo rostro de una sociedad en ebullición. La burocracia, la pequeña burguesía, los intelectuales, pero sobre todo los hombres y las mujeres de los barrios populosos de Santiago de Chile, desfilan por las páginas de este libro efervescente.

NICOLAS LARIN. **La rebelión de los cristeros**. Era, Méjico, 1968. 260 p.

El libro de Larín es resultado de una minuciosa búsqueda en archivos, periódicos y libros. Su visión de la rebelión cristera es esencialmente política y, por lo mismo, aleccionadora. Su juicio de historiador cede, a veces, al esquema previo; sin embargo, Larín esclarece no pocos hechos entre el caos aparente de aquellos días.

JUAN LARREA. **Del surrealismo a Machupicchu**. Serie del Volador. Joaquín Mortiz, Méjico, 1967. 228 p.

LE CHAU. **Del feudalismo al socialismo, la economía de Vietnam del Norte**. Siglo XXI, Méjico, 1967. 440 p.

El autor, economista vietnamita graduado en la Universidad de París, realiza en este libro el primer estudio profundo, analítico y crítico de ese proceso histórico, seguramente uno de los que más inquietan hoy al estudioso de las ciencias sociales.

J. LECHNER. **El compromiso en la poesía española del siglo XX. Parte primera: de la generación de 1898 a 1939**. Universitaire Pers Leiden, Holanda, 1968. 292 p.

J. LECHNER. **El compromiso en la poesía española del siglo XX. Parte primera: de la generación de 1898 a 1939. Antología**. Universitaire Pers Leiden, Holanda, 1968. 262 p.

A. LEON. **La conception matérialiste de la question juive**. Edition revue et présentée par M. Rodinson. Avec des textes complémentaires de L. Trotsky, I. Deutcher, E. Germain. Etudes et Documentation Internationales, Paris, 1968. 205 p.

GERMAN LEOPOLDO GARCIA. **Nanina**. Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1968. 280 p.

OSCAR LEWIS. **Tepoztlan, un pueblo de México**. Joaquín Mortiz, Méjico, 1968. 224 p.

El trabajo de Lewis aporta una revisión en profundidad del concepto del continuum folk-urbano y analiza los diversos aspectos de la comunidad —economía, estructura social, familia, ciclo de vida, idiosincrasia— dedicando el último capítulo a registrar las transformaciones que ha experimentado en los años comprendidos entre su primera visita y la última. La importancia de este análisis metodológico de la vida de un pueblo, tan semejante a muchos otros pueblos de Méjico, da a su estudio un valor que va mucho más allá del marco particular.

JOSE LEZAMA LIMA. **Antología**. Prefacio de Armando Alvarez Bravo. Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1968. 340 p.

JOSE LEZAMA LIMA. **Paradiso**. Era, Méjico, 1968. 490 p.

Monumento verbal, reflexión sobre el mundo, indagación de finalidades y principios, **Paradiso** es, al mismo tiempo, el reencuentro con la deslumbrante riqueza del idioma, la contemplación de un acto poético de gravedad y gracia, el vislumbramiento de dimensiones y realidades negadas o desdenadas por una literatura vanamente realista.

JOSE LEZAMA LIMA. **Paradiso**. Ediciones de la Flor, Bs. Aires, 1968. 618 p.

GERARDO LOPEZ DORIA. **Cristo siglo XX**. Valbuena, Madrid, 1967. 616 p.

ALEXANDER LOWEN. **Amor y orgasmo**. Grijalbo, Méjico, 1967. 372 p.

YVES LOYER. **Black power (Etude et documents)**. Etudes et Documentation Internationales, Paris, 1968. 262 p.

HENRI DE LUBAC, S.J. **El pensamiento religioso del padre Pierre Teilhard de Chardin**. Taurus, Madrid, 1967. 456 p.

RAUL LUIS. *Las pequeñas historias*. Cuadernos Unión, La Habana, 1968. 44 p.

ROC LLOP. *Poemas de Llum i tenebra*. Editado por el autor, París, 1967. 132 p.

MARTA LYNCH. *La señora Ordoñez*. Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1967. 376 p.

ROSA LUXEMBURGO. *La acumulación del capital*. Grijalbo, Méjico, 1967. 456 p.

La acumulación del capital es una de las obras más conscientemente meditada —y también más debatidas— de la literatura económica marxista. Es más: no sin gran dosis de fundamento, ha sido considerada como la investigación más importante dentro de la materia después de la obra básica de Carlos Marx, *El Capital*.

ANTONIO MACHADO. *Soledades*. Temas de España. Taurus, Madrid, 1968. 148 p.

EDUARDO MALLEA. *La red*. Sudamericana, Bs. Aires, 1968. 392 p.

CARLOS MALPICA. *Crónica del hambre en el Perú*. Francisco Moncloa, Lima, 1966. 302 p.

El libro contiene un exhaustivo estudio de las causas de la crisis agrícola y del hambre durante la república, para completar el cual el autor recurre al análisis del material más serio y actual.

MARIO ANTONIO MALPICA. *Biografía de la revolución. Historia y antología del pensamiento socialista*. Ensayos Sociales, Lima, 1967. 540 p.

En esta obra, de fácil comprensión para todos los públicos por el estilo directo que usa el autor, se hace un estudio sucinto, a la par que esclarecedor, de toda una pléyade de pensadores y revolucionarios sociales que han hecho aportes en la ideología y en la praxis, el gran proceso por la liberación del hombre. Platón, More, Saint-Simon, Fourier, Babeuf, Blanqui, Weitling, Proudhon, Bakunin, Marx, Fidel Castro, Camilo Torres, Ernesto Guevara, Malcolm X, Lumumba.

JOSE ANTONIO MARAVALL. *Antiguos y modernos. La idea del progreso en el desarrollo inicial de una sociedad*. Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1966. 628 p.

JOSE MARIA MARAVALL. *Trabajo y conflicto social*. Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1967. 244 p.

Marcuse polémico. (Erich Fromm, Karl Miller, Henri Lefebvre, Serge Mallet, Herbert Marcuse.) Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1968. 166 p.

MARIO ÁNGEL MARRODAN. *Paz y después gloria (Poemario pacifista)*. Edición del autor. Bilbao, 1967. 22 p.

MARIO ANGEL MARRODAN. *Atisbos del buen decir (Tanda de retales filosóficos)*. Edición para amigos, Bilbao, 1968. 30 p.

LUIS MARIA MARTINEZ. *Arder, es la palabra*. Asunción, Paraguay, 1966. 58 p.

A. MARTINEZ-AZNAAR. *Una barraca en el Oise (Españoles en Francia)*. Edición del autor, Bilbao, 1968. 264 p.

MARIO MARTINEZ SOBRINO. *Poesía de un año treinta y cinco*. Manjuarí Poesía. Instituto del Libro, La Habana, 1968. 114 p.

CARLOS MARX. *Revolución y contrarrevolución*. Grijalbo, Méjico, 1967. 160 p.

MARX/ENGELS. *Cartas sobre El Capital*. EDIMA-Edición de Materiales, Barcelona, 1968. 368 p.

H.L. MATTHEWS/K.H. SILVERT. *Los Estados Unidos y América latina*. Grijalbo, Méjico, 1967. 160 p.

FRANZ MEHRING. *Carlos Marx. Historia de su vida*. Grijalbo, Barcelona, 1968. 548 p.

Memorias de infancia. (Beatriz Guido, Juan José Hernández, Leopoldo Marechal, Manuel Mújica Láinez, Victoria Ocampo, Augusto Roa Bastos, Rodolfo Walsh, José Donoso, Manuel Puig.) Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1968. 92 p.

TUNUNA MERCADO. *Celebrar a la mujer como a una pascua*. Cuentos. Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1967. 72 p.

LUIS MERCIER VEGA. *Technique du contre-Etat (Les guérillas en Amérique du Sud)*. Editions Pierre Belfond, París, 1968. 252 p.

ROBERTO MESA GARRIDO. *El colonialismo en la crisis del XIX español*. Los Complementarios. Ciencia Nueva, Madrid, 1967. 292 p.

ROBERTO MESA. *Vietnam, conflicto ideológico*. Ciencia Nueva, Madrid, 1968. 190 p.

FIDEL MIRO. *Cataluña, los trabajadores y el problema de las nacionalidades*. Editores Mexicanos Unidos, Méjico, 1967. 336 p.

ALFONSO MOLINA. *Antología de la poesía revolu-*

ENRIQUE SILBERSTEIN. **Los economistas. Los Argentinos.** Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1967. 184 p.

E. TIERNO GALVAN. **Baboeuf y los iguales. Un episodio del socialismo premarxista.** Tecnos, Madrid, 1967. 264 p.

ENRIQUE TIERNO GALVAN. **Conocimiento y ciencias sociales.** Tecnos, Madrid, 1967. 236 p.

FERNANDO TOLA. **Himnos del Atharva Veda.** Col. Oriente y Occidente. Sudamericana, Bs. Aires, 1968. 194 p.

JUAN TOVAR. **El mar bajo la tierra.** Serie del Volador. Joaquín Mortiz, Méjico, 1967. 272 p.

MANUEL TRUJILLO. **Teatro. El gentiluerto/Movlización general.** Letras de Venezuela. Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1968. 146 p.

MANUEL TUNON DE LARA. **Historia y realidad del poder.** Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1967. 212 p.

ALFONSO DE URQUIJO. **El Pirineo y los sarríos.** Taurus, Madrid, 1967. 356 p.

ALEJANDRO DEL VALLE. **La poesía revolucionaria española.** Edición del autor. París, 1967. 178 p.

CESAR VALLEJO. **Novelas y cuentos completos.** Francisco Moncloa, Lima, 1967. 328 p.

Se ofrece, así, por primera vez, reunida, toda la narrativa de uno de los escritores que mayor adhesión suscitan hoy y más vasta influencia han ejercido en la poesía de nuestra lengua.

CESAR VALLEJO. **Obra poética completa.** Edición con facsimiles. Francisco Moncloa, Lima, 1968. 506 p.

JOSE VAZEILLES. **Los socialistas. Los Argentinos.** Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1967. 320 p.

LOPE DE VEGA. **El castigo sin venganza.** Temas de España. Taurus, Madrid, 1967. 144 p.

BERNARDO VERBITSKY. **Vacaciones.** Ediciones de la Flor, Bs. Aires, 1967. 96 p.

DAVID VINAS. **Los hombres de a caballo.** La creación literaria, Siglo XXI, Méjico, 1968. 390 p.

Esta obra de David Viñas —según Leopoldo Marechal—, nada tiene de panfletaria y muy poco de discusión política: es que su autor, como artífice, se ha propuesto escribir una novela, vale

decir una obra de arte, aunque su materia precipite una carga de intenciones ineludibles que impone la materia misma.

DAVID VINAS. **Los hombres de a caballo.** Casa de las Américas, Cuba, 1967. 632 p.

LUIS VITALE. **Interpretación marxista de la historia de Chile. Tomo I: Las culturas primitivas. La conquista española.** Prólogo de Julio César Jobet. Prensa Latinoamericana, Santiago de Chile, 1967. 208 p.

GERARD WALTER. **Lenin.** Grijalbo, Barcelona, 1967. 496 p.

PETER WEISS. **La Indagación.** Grijalbo, Barcelona, 1968. 240 p.

RENE WELLEK. **Conceptos de crítica literaria.** Traducción: Edgar Rodríguez Leal. Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1968. 300 p.

ENRIQUE WERNICKE. **El agua.** Ediciones de la Flor, Bs. Aires, 1968. 126 p.

LANCELOT LAW WHYTE. **El inconsciente antes de Freud.** Joaquín Mortiz, Méjico, 1967. 208 p.

TENNESSE WILLIAMS. **En el invierno de las ciudades.** Ediciones de la Flor, Bs. Aires, 1968. 120 p.

NORBERT WIENER. **Dios y Golem, SA. Comentario sobre ciertos puntos en que chocan cibernética y religión.** Siglo XXI, Méjico, 1967. 108 p.

JACK WODDIS. **El porvenir de Africa.** Ancho Mundo. Era, Méjico, 1968. 158 p.

ERIC WOLF. **Pueblos y culturas de Mesoamérica.** Era, Méjico, 1967. 256 p.

ROBIN WOOD. **El cine de Hitchcock.** Era, Méjico, 1968. 226 p.

JOSE YANES. **Permiso para hablar.** Cuadernos unión. UNEAC. La Habana, 1968. 84 p.

ATAHUALPA YUPANQUI. **Airs Indiens.** Traduit et présenté par Sarah Leibovici. Pierre Jean Oswald, Honfleur, 1968. 82 p.

CARLOS ZAVALETA. **Muchas caras del amor, cuentos.** Francisco Moncloa, Lima, 1966. 156 p.

JEAN ZIEGLER. **Sociología de la nueva Africa. El hombre y su tiempo.** Era, Méjico, 1968. 236 p.

ALEJANDRO ROMUALDO. *Como Dios manda*. Joaquín Mortiz, Méjico, 1967. 72 p.

JUAN BAUTISTA ROSSI. *Mal comienzo*. Grijalbo, Méjico, 1967. 300 p.

INGRID ROTH. *Organigrafía comparada de las plantas superiores*. Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1968. 246 p.

JAIME SABINES. *Yuria*. Joaquín Mortiz, Méjico, 1967. 68 p.

DALMIRO SAENZ. *Hip... hip... ufa!* Casa de las Américas, Cuba, 1967. 96 p.

AUGUSTO SALAZAR BONDY. *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo*. Francisco Moncloa, Lima, 1967, tomo I y II. 508 p.

SEBASTIAN SALAZAR BONDY. *Pobre gente de París*. Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1965. 126 p.

OBRAS DE SEBASTIAN SALAZAR BONDY. Tomos I, II y III: *Comedias y juguetes. Piezas dramáticas. Poemas*. Moncloa, Lima, 1967. Tomo I: 458 p.; tomo II: 304 p.; tomo III: 260 p.

Sebastián Salazar no quedó confinado al papel de melancólico testigo de un devenir al que fuere ajeno; si bien es sensible, agudamente, a pálidas luces y emblemas de acabamiento, no es, en modo alguno, inmóvil espejo de atardeceres. Sale en busca de los seres, actúa, participa con ellos, al lado de ellos, sobre ellos; conquista activamente sus esencias, adivina sus destinos. Ha platicado a menudo con «su interior hombre» (como dijera Francisco de Albana en verso que le sirve de epígrafe a *Máscara del que duerme*), ha descubierto hondas certezas, personales primero, luego sociales; la existencia nacional que tanto le preocupara y que tan lúcidamente revelara.

SEBASTIAN SALAZAR BONDY. *El tacto de la araña. Sombras como cosas sólidas. Poemas 1960-1965*. Francisco Moncloa, Lima, 1966. 72 p.

SEBASTIAN SALAZAR BONDY. *El tacto de la araña*. Francisco Moncloa, Lima, 1966. Colección piedra negra sobre una piedra blanca. Ilustrado por Fernando de Szyszlo. Lujosa edición limitada a 580 ejemplares. 54 p. Encuadernado en tela y estuche de tela.

ADOLFO SANCHEZ VASQUEZ. *Filosofía de la praxis*. Grijalbo, Méjico, 1967. 384 p.

Uno de los estudios más importantes que —dentro o fuera del campo marxista— se hayan realizado sobre la praxis.

SEVERO SARDUY. *De donde son los cantantes*. Serie del Volador. Joaquín Mortiz, Méjico, 1967. 160 p.

Una epopeya que comienza en la Andalucía árabe del siglo IX lanza a dos devotas españolas a la busca de un amante rubio hasta una Cuba de anticipación donde acaban transformándose en Cristo's fans. Tal es el *curriculum cubense*: un círculo de metamorfosis, donde España —Las Españas—, Africa y China intercambian sus epitetos y sus figuras, un círculo a lo largo del cual no cesa de transcurrir, insaciable, ilusorio, el deseo.

HELENO SANA ALCON. *El capitalismo y el hombre*. Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1967. 226 p.

ADAM SCHAFF. *Lenguaje y conocimiento*. Grijalbo, Méjico, 1967. 272 p.

PEDRO SCHWARTZ. *La « Nueva economía política » de John Stuart Mill*. Tecnos, Madrid, 1968. 412 p.

GIORGOS SEFERIS. *Tres poemas escondidos*. Alacena. Era, Méjico, 1968. 50 p.

TOMAS SEGOVIA. *Historias y poemas*. Alacena. Era, Méjico, 1968. 80 p.

HOWARD SELSAM. *Revolución en filosofía*. Grijalbo, Méjico, 1967. 160 p.

GREGORIO SELSER. *CIA, de Dulles a Raborn*. Política Americana, Bs. Aires, 1967. 254 p.

Jamás se había tenido pruebas tan cabales e irrefutables acerca de los métodos, logros y pifias del espionaje estadounidense, así como del inmenso poder de ese organismo semiclandestino del gobierno de los Estados Unidos, cuya influencia llegó hasta el extremo de derrocar a gobernantes de América latina, Asia y Africa, o sostenerlos en el poder cuando así lo consideró indispensable para los objetivos de la diplomacia norteamericana.

GREGORIO SELSER. *Punta del Este contra Sierra Maestra. (Kennedy - Frondizi - Guevara.)* Hernández, Buenos Aires, 1968. 222 p.

SEGUNDO SERRANO PONCELA. *La metáfora*. Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1968. 68 p.

Sexualidad y represión. H. Marcuse/E. Fromm y otros. Bs. Aires, 1968. 146 p.

ROBERT SHERRILL. *Johnson el presidente accidental*. Edició de Materiales, Barcelona, 1968. 296 p.

cionaria del Perú. Ediciones América latina, Lima, 1966. 174 p.

RODOLFO MONDOLFO. *Espíritu revolucionario y conciencia histórica*. Escuela, Bs. Aires, 1968. 94 p.

ALVARO MONTALDO. *Bibliografía de raíces y tubérculos tropicales*. (Revista de la Facultad de Agronomía de la Universidad Central de Venezuela.) Maracay, Venezuela, 1967. 596 p.

VINIUS DE MORAES. *Para vivir un gran amor*. Ediciones de la Flor, Bs. Aires, 1968. 190 p.

LORD MORAN. *Winston Churchill (Memorias de su médico)*. Taurus, Madrid, 1967. 816 p.

CARLOS MUNIZ ORTEGA. *La URSS y América latina*. Francisco Moncloa, Lima, 1968. 130 p.

SIMON MUNOZ. *La cianosis de origen cardiovascular*. Cuadernos científicos. Universidad Central de Venezuela, Dirección de Cultura, Caracas, 1968. 98 p.

GRACE NAISMITH. *Privado y personal*. Grijalbo, Méjico, 1967. 304 p.

CARLOS NEUHAUS RIZO PATRON. *Pancha Gamarra, la mariscal*. Francisco Moncloa, Lima, 1967. 160 p.

EUGENIO NOEL. *Diario íntimo*. Volumen II. Taurus, Madrid, 1968. 386 p.

Testimonio humano de primera magnitud, y el retrato de una vigorosa y poco común personalidad.

EUGENIO NOEL. *Escritos antitaurinos*. «Temas de España». Taurus, Madrid, 1967. 184 p.

EUGENIO NOEL. *Las siete cucas (Una mancebía en Castilla)*. Taurus, Madrid, 1967. 276 p.

Nicolás Achúcarro. *Su vida y su obra (1880-1918)*. Textos de Santiago Ramón y Cajal, Gregorio Marañón, José Ortega y Gasset, Miguel de Unamuno, Juan Ramón Jiménez, Pedro Laín Entralgo, Fernando de Castro, Gonzalo Rodríguez Lafora, Miguel Prados y Such, Pío del Río Horteiga y Javier Martín Artajo. Taurus, Madrid, 1968. 142 p.

SALVADOR NOVO. *Nueva grandeza mexicana*. Era, Méjico, 1967. 144 p. texto más 44 p. fotos.

Nueva Iglesia, nueva política. Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1967. 226 p.

SEBASTIAN DE LA NUEZ / JOSE SCHRAIBMAN.

Cartas del archivo de Pérez Galdos. Taurus, Madrid, 1967. 384 p.

ANIBAL NUNEZ/ANGEL SANCHEZ. 29 poemas. Edición de los autores. 1967. 60 p.

El oficio de escritor. Entrevistas con: E.M. Forster, François Mauriac, Ezra Pound, T.S. Eliot, Boris Pasternak, Katherine Anne Porter, Henry Miller, Aldous Huxley, James Thurber, William Faulkner, Thornton Wilder, Ernest Hemingway, Alberto Moravia, Lawrence Durrell, Mary McCarthy, Angus Wilson, Ralph Ellison, Truman Capote. Era, Méjico, 1968. 326 p.

JORGE ARTURO OJEDA. *Como la ciega mariposa*. Serie del Volador. Joaquín Mortiz, Méjico, 1967. 136 p.

FRANCISCO OLAYA. *España desnuda*. Rojo y Negro, Montevideo, 1967. 464 p.

PEDRO ORGAMBIDE. *Yo, argentino*. Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1968. 176 p.

JOSE EMILIO PACHECO. *Morirás lejos*. Serie del Volador. Joaquín Mortiz, Méjico, 1967. 138 p.

JOSE PANETTIERI. *Los trabajadores*. Los Argentinos. Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1967. 214 p.

EMILIA PARDO BAZAN. *La tribuna*. Temas de España. Taurus, Madrid, 1968. 240 p.

JEAN PARIS. *El espacio y la mirada*. Taurus, Madrid, 1967. 380 p.

OCTAVIO PAZ. *Blanco*. Joaquín Mortiz, Méjico, 1967. Paginación plegable.

OCTAVIO PAZ. *Claude Lévi-Strauss o el nuevo festín de Esopo*. Serie del Volador. Joaquín Mortiz, Méjico, 1967. 136 p.

OCTAVIO PAZ. *Corriente alterna*. Siglo XXI, Méjico, 1967. 232 p.

VICTOR PERLO. *Militarismo e industria*. Grijalbo, Méjico, 1967. 284 p.

Perú problema. 5 Ensayos: José Matos Mar, Augusto Salazar Bondy, Alberto Escobar, Jorge Bravo Bresani, Julio Cotler. Francisco Moncloa, Lima, 1968. 198 p.

ANDRE PHILIP. *Historia de los hechos económicos y sociales de 1800 a nuestros días*. Taurus, Madrid, 1967. 592 p.

- RICARDO PIGLIA. *La invasión*. Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1967. 120 p.
- FELIX PITA RODRIGUEZ. *Viet Nam. Notas de un diario*. UNEAC, La Habana, 1968. 130 p.
- SERGIO PITOL. *Antología del cuento polaco contemporáneo*. Era, Méjico, 1967. 244 p.
- SERGIO PITOL. *No hay tal lugar*. Era, Méjico, 1967. 112 p.
- JORGE PLEJANOV. *Materialismo militante*. Grijalbo, Méjico, 1967. 160 p.
- MARCELO POGOLOTTI. *Del barro y las voces*. UNEAC, La Habana, 1968. 326 p.
- W.J. POMEROV. *Guerrillas y contraguerrillas*. Grijalbo, Méjico, 1967. 160 p.
- JULIO ANIBAL PORTAS. *Malón contra malón. La solución final del problema del indio en la Argentina*. Ediciones de la Flor, Bs. Aires, 1967. 96 p.
- V.P. POTEMKIN Y OTROS. *Historia de la diplomacia*. Tomo II (De la paz armada a primera guerra mundial). Grijalbo, Méjico, 1967. 664 p.
- JORGE DEL PRADO. *Manual de sindicalismo*. Organización y Lucha Sindical, Lima, 1967. 240 p.
- Problemas del estructuralismo*. (Jean Pouillon, Marc Barbut, A.J. Greimas, Maurice Godelier, Pierre Bourdieu, Pierre Macherey.) Siglo XXI, Méjico, 1967. 192 p.
- Los procesos de Oscar Wilde*. Presentación y traducción: Ulises Petit de Murat. Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1967. 248 p.
- DARIO PUCCINI. *Miguel Hernández: vita e poesia*. Civiltà Letteraria del Novecento. Mursia, Milano, 1966. 232 p.
- DARIO PUCCINI. *Romancero de la resistencia española (1936-1965)*. Serie Mayor. Era, Méjico, 1967. 516 p.
- Dario Puccini, el crítico italiano que mejor conoce las letras hispánicas, ha compilado en este *Romancero de la resistencia española* una antología de los poemas escritos entre 1936 y 1965 en España, en el exilio, y en los países americanos y europeos. El *Romancero de la resistencia española* es un libro que tiene una triple importancia, una significación estética, emotiva y testimonial.
- LUIS F. DE LA PUENTE UCEDA. *La reforma del agro peruano*. Ensayos Sociales, Lima, 1966. 236 p.
- RODOLFO PUIGGROS. *La democracia fraudulenta. (Historia crítica de los partidos políticos argentinos.)* Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1968. 294 p.
- JAMES PURDY. *Comienza Cabot Wright*. Serie del Volador. Joaquín Mortiz, Méjico, 1968. 256 p.
- QUINO. *Mafalda-4*. Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1968. 64 p.
- JEROME Y JULIA RAINER. *Aventura sexual en el matrimonio*. Grijalbo, Méjico, 1967. 308 p.
- CARLOS M. RAMA. *Historia del movimiento obrero y social latinoamericano contemporáneo*. Palestra, Montevideo, 1967. 144 p.
- MARCUS G. RASKIN Y BERNARD B. FALL. *Para el expediente de la tercera guerra: testimonios sobre el caso vietnam*. Siglo XXI, Méjico, 1967. 584 p.
- En esta recopilación prestan testimonio hombres de las tendencias más dispares, el filósofo Bertrand Russell y el presidente Charles de Gaulle, periodistas como Marcus G. Raskin, Bernard B. Fall, I.F. Stone, políticos norteamericanos como Robert S. McNamara, George F. Kennan, Wayne Morse, Dean Rusk, J.W. Fulbright, profesores universitarios como George Mc T. Kahin y Robert A. Scalapino. Prestan su declaración Lyndon B. Johnson y Mao Tse-tung, el Departamento de Estado y los soldados del Vietnam. Se incluyen también la Declaración Final de Ginebra, los informes de la Comisión Internacional de Supervisión y Control, el programa del Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur y la declaración soviético-nordvietnamita de 1965. La obra termina con una extensa cronología de los acontecimientos a partir de 1945 y hasta la fecha.
- JOSE RAMON RECALDE. *Integración y lucha de clases en el neocapitalismo*. Ciencia Nueva, Madrid, 1968. 272 p.
- ALFONSO REYES. *Anecdotario*. Era, Méjico, 1968. 120 p.
- J.F. REYES BAENA. *Contribución para la historia de una facultad*. Prólogo de José Fabbiani Ruiz. Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1968. 94 p.
- ROBINSON ROJAS. *Estados Unidos en Brasil*. Prensa Latinoamericana, Santiago de Chile, 1965. 208 p.
- RICARDO ROJO. *Mi amigo el Che*. Jorge Alvarez, Bs. Aires, 1968. 266 p.

Ediciones Ruedo ibérico

Juan Goytisolo

El furgón de cola

Indice : El furgón de cola. La actualidad de Larra. Escribir en España. Los escritores frente al toro de la censura. La literatura perseguida por la política. Literatura y eutanasia. Estebanillo González, hombre de buen humor. La herencia del noventa y ocho o la literatura considerada como una promoción social. Cernuda y la crítica literaria española. Homenaje a Cernuda. Lenguaje, realidad ideal y realidad efectiva. Menéndez Pidal y el Padre Las Casas. Examen de conciencia. Tierras del Sur.

216 páginas

18 F

Algunos libros publicados por Editions Ruedo ibérico

Poesía

Carlos Alvarez	Noticias del más acá. Otras noticias	7,50 F
Antología	España canta a Cuba	7,50 F
Antología	Versos para Antonio Machado	
Gabriel Celaya	Episodios nacionales	2,70 F
Salvador Espriu	La pell de brau	16,50 F
	Texto bilingüe. (Traducción de J.A. Goytisolo. Notas de María Aurelia Capmany)	
Angel González	Grado elemental	
Blas de Otero	Que trata de España (edición completa)	21,— F

Distribución exclusiva en Europa
Editions Ruedo ibérico

Dario Puccini

**Romancero
de la resistencia
española**

(1936-1965)

B.D.I.C.

516 páginas

84 F

Traducción del prólogo: **Jesús López Pacheco**. Versión española de los poemas: **José Agustín Goytisolo** (y colaboradores)

Numerosas ilustraciones en color y en negro y blanco. Autógrafos en facsimile

Tal vez ningún acontecimiento histórico moderno ha inspirado una literatura semejante por su extensión y calidad a la surgida de la guerra de España. En 1936 el país contaba con un grupo de poetas como no había vuelto a tener desde los siglos de oro; y en un momento que lo era todo a la vez —revolución, realidad, moral y poesía— acudieron los mejores poetas de todo el mundo en defensa de un pueblo agredido por los ejércitos del fascismo.

Dario Puccini, el crítico italiano que mejor conoce las letras hispánicas, ha compilado en este **Romancero de la resistencia española** una antología de los poemas escritos entre 1936 y 1965 en España, en el exilio, y en los países americanos y europeos. Obra de un carácter muy particular y absolutamente fuera de lo común, la antología de Puccini se divide en tres partes: **El Romancero de la guerra civil** es una expresión popular que reverdeció la característica primordial del primer Romancero: el elemento épico-lírico, y que representa una Iliada escrita por innumerables voces. Las dos partes restantes: **El exilio, la cárcel y la resistencia** y **El homenaje del mundo** se explican por sí mismas. A todo ello Dario Puccini suma la documentación necesaria para el entendimiento del fenómeno político-literario, y un estudio preliminar que constituye una historia de los intelectuales a través de la poesía, desde 1920 a la actualidad. Así, el **Romancero de la resistencia española** es un libro que tiene una triple importancia, una significación estética, emotiva y testimonial.

Poemas de: Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Manuel Altolaguirre, Carlos Alvarez, Marcos Ana, Antonio Aparicio, Louis Aragon, Max Aub, Wystam Hugh Auden, Carlos Barral, José Bergamín, Bertolt Brecht, José Manuel Caballero Bonald, Carl-Martin Borgen, Giuliano Carta, Gabriel Celaya, Luis Cernuda, John Cornford, Victoriano Crémer, Rafael Dieste, Evgueni Dolmatovsky, Paul Eluard, Ilya Ehrenburg, León Felipe, Angela Figuera Aymerich, Louis Fürnberg, José Luis Gallego, Ramón de Garciasol, Pedro Garfias, Otto Gelsted, Jaime Gil de Biedma, Angel González, Raúl González Tuñón, José Agustín Goytisolo, Jorge Guillén, Nicolás Guillén, Eugène Guillevic, Frantisek Halas, Miguel Hernández, José Herrera Petere, José Hierro, Vladimir Holan, Josef Hora, Langston Hughes, Juan Ramón Jiménez, Semen Kirsanov, Jesús López Pacheco, Leopoldo de Luis, Antonio Machado, Ben Maddow, Archibald MacLeish, Louis MacNeice, Mario de Micheli, José Moreno Villa, Pablo Neruda, Stanislav Kostka Neumann, Eugenio de Nora, Blas de Otero, Octavio Paz, Emilio Prados, José María Quiroga Pla, Juan Rejano, Alfonso Reyes, Edwin Rolfe, Juan Manuel Romá, Pedro Salinas, Arturo Serrano Pla, Stephen Spender, Jules Supervielle, Geneviève Taggard, Nikolai Tijonov, Tristan Tzara, José Angel Valente, César Vallejo, Nicola Vapzarov, Lorenzo Varela, Erich Weinert.

Ediciones Era Méjico

CUADERNOS AMERICANOS

Ofrecemos las siguientes obras

Dólares

Hispanoamérica en lucha por su independencia por varios autores	2,—
Trayectoria ideológica de la revolución mexicana por Jesús Silva Herzog	1,20
La reforma agraria en México por Emilio Romero Espinosa	1,20
El drama de la América latina. El caso de México por Fernando Carmona	2,50
Guatemala, prólogo y epílogo de una revolución por Fedro Guillén	0,80
El panamericanismo. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson por Alonso Aguilar Monteverde	1,—
Historia de la expropiación de la empresas petroleras por Jesús Silva Herzog	1,50

A los precios anteriores se agregará el coste del porte postal

Representantes exclusivos en Europa

Editions Ruedo ibérico

Boîte postale 168-08 Paris

En el sumario de este fascículo triple :

James Petras : Clases sociales y política en América latina

Venezuela

**Rodolfo Quintero : Las tres conquistas de América latina ●
D.F. Marcos Zavala : Problemas principales y situación
actual ● Américo Martín : Pasado y presente ● José A.
Silva Michelena : El siglo XX ● Domingo Alberto Rángel :
Un ensayo de sinceridad ● Hugo Calello : Subdesarrollo y
estructura de clases en Venezuela ● Marco-Aurelio Vila :
La integración humano-económica en Venezuela ● Ramón
Losada Aldana : Fetichismo del petróleo ● Héctor Malavé
Mata : Aproximación al análisis estructural de la inflación
en Venezuela ● Salvador de la Plaza : Estructura agraria ●
Raúl Domínguez Capdevielle : El camino para una reforma
agraria de tipo nacionalista ● Alfredo Chacón : Identidad
revolucionaria y autenticidad cultural**

Prix : 21 F